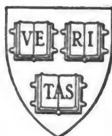

3 2044 004 747 739


VE
RI
TAS

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO DÉCIMO.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

ROMANCERO GENERAL,

ó

COLECCION DE ROMANCES CASTELLANOS

ANTERIORES AL SIGLO XVIII,

RECOGIDOS, ORDENADOS, CLASIFICADOS Y ANOTADOS

POR DON AGUSTIN DURAN.

TOMO PRIMERO.



MADRID.
M. RIVADENEYRA — EDITOR — IMPRESOR.
SALON DEL PRADO, 8.
1854.

PRÓLOGO.

En esta nueva edicion de los *Romanceros* voy á seguir un plan análogo á la publicada desde 1828 á 1832. Entónces y ahora me propuse formar una coleccion de romances de todas las épocas, hasta los últimos años del siglo XVII, para que reunidos resulte en una serie de composiciones el principio, progresos y retrocesos de esta forma de poesía, que empezó por el inculto pueblo, se continuó por los juglares, y mas tarde se aceptó por los poetas para devolverla á su orígen mas bella y perfecta, y aunque ménos espontánea y natural, no privada del sello y carácter propio de los tiempos en que nació y de las épocas en que se fué modificando.

Bien quisiera ordenar los romances por su antigüedad, pero es casi impracticable, puesto que en general se ignora la fecha de su composicion, y solo puede vagamente conjeturarse observando su lenguaje, sus modismos y el carácter de sus narraciones. Un plan así concebido diera márgen á graves yerros, y excluiria la posibilidad de cualquiera otro método, que por su sencillez, ya que no por su erudicion, fuese claro y practicable. En estas razones me he fundado para clasificar los romances por series de materias y asuntos, en vez de hacerlo sobre otros datos vagos é inciertos. No obstante, á riesgo de mil errores fáciles de cometer y difíciles de evitar, en un apéndice que seguirá á este prólogo, adoptaré por via de ensayo un método, que aplicaré á cada romance en el índice de materias, designándole la clase y épocas á que presumo puede pertenecer, atendiendo á su espíritu, carácter, construccion y lenguaje.

La primera edicion fué benignamente recibida, con particularidad en la patria de los sabios eruditos Schlegel, Bouterweck, Grim, Huber, Depping, Wolf (1) y otros tantos críticos alemanes que se dedicaron y dedican al estudio de la literatura romànica y de los siglos medios, para conocer á fondo el influjo de ella en los adelantamientos y civilizacion del mundo. Los trabajos de los escritores alemanes que me precedieron, han influido en los mios; así como tambien los que

(1) Sin la publicacion que el Sr. Wolf ha hecho de aquellos romances de las *Rosas*, de Timoneda, que no están incluidos en otras antologías mas comunes y conocidas, no hubiera podido insertarlos, pues hasta hoy dia no se conoce mas ejemplar de tan precioso libro, que el que dicho señor halló en la biblioteca de Viena. De él nos ha dado una excelente descripcion bibliográfica en su *Rosa de romances*, publicada en Leipsik, 1846, de la cual tuvo la bondad de regalarme un ejemplar. Ninguna de las composiciones que contiene creo se haya librado de las reformas y alteraciones que á Timoneda le plugo hacer en las que no son completamente suyas.

despues publiqué no han sido del todo estériles á los que me siguieron; sucediendo en esto, como era natural, que se cruzasen, se encontrasen y asimilasen ideas de un mismo orígen, y que influidas por el mismo espíritu, se forman sobre datos, hechos y estudios idénticos, aplicados al mismo fin.

Aunque el espíritu de reaccion haya provocado el estudio de la historia de la edad media para oponerse á los novadores que, rompiendo contra todo lo pasado, han querido reconstruir *à priori* las sociedades; aunque este espíritu, digo, no haya en modo alguno presidido á mis planes, es preciso convenir que la antorcha de la buena crítica emanada de él me guió en las tareas comenzadas, y que el aprecio de los extranjeros á nuestra literatura me la ha hecho mas interesante. Emprendí estas tareas cuando un poder arbitrario dominaba nuestra patria, y por ello me fué imposible manifestar libremente las ideas filosóficas que abrigaba; pero arrostré la dificultad bordeándola, deseoso de que la juventud amiga de las letras comenzase su emancipacion omnímoda (2), rompiendo primero los estrechos límites que al ingenio y la inteligencia habia impuesto una crítica empírica y exclusiva, que la obligaba á imitar modelos indirectos de la naturaleza representada bajo formas ya muertas, ó cercanas á espirar, aun en el mismo sitio de su cuna.

Despues de mediar el siglo XVIII fué moda en Europa, y mas en España, despreciar la patria literatura, sin haber estudiado y conocido la buena de nuestros antepasados. Hacíase un vanaglorioso alarde de preferir lo extraño á lo propio, y se tenia por ignorante y bárbaro al que dudaba de la infalibilidad de los novadores. Cundió y debió cundir el contagio, porque era mas fácil ser eco de los pretendidos críticos, que estudiar bien lo antiguo para crear sobre ello; porque era mas cómodo traducir que inventar; porque costaba ménos imitar lo hecho, que reformar lo pasado y conformarlo á las variaciones que debia tener. En tal situacion apénas hubo quien saliese al encuentro de tan extraviadas ideas, siquiera para discutirlas. Perdido así el buen camino, nos quedamos reducidos á ser debilitados ecos de lo que era bueno y acomodado á los paises donde nació, mas que entre nosotros no podia producir creaciones espontáneas ni vivificador entusiasmo. Nos sucedió lo que á aquel que escribe en papel rayado, cuya letra, aunque bella y acabada, siempre carece de soltura y elegancia, y jamas tiene el carácter de originalidad.

Tambien participé del mismo error general; tambien sacrifiqué en el altar de la moda al temor de que se me tuviese por necio y ridículo; tambien tuve la audacia de reprobar lo que me era poco conocido, y de despreciar en público lo que en secreto admiraba. Pero llegó el tiempo de madurez y de reflexion, y conocí que la red que circuia al ingenio nacional era muy estrecha, y que la tierra ansiaba recibir en su seno la semilla de buenas y liberales doctrinas, para que brotase briosa y fecunda. Mi único mérito en este caso fué conocer que era llegada la hora de la emancipacion literaria; el de atreverme á romper la primera malla de la red que la impedia, y en fin, el de arrojar en el suelo ya preparado la semilla que debia brotar. Apénas entónces teniamos un crítico que osase defender nuestra antigua literatura considerándola en sí misma, y como medio necesario para recuperar la perdida originalidad é independencia que debiera nacer de la union de lo pasado con lo presente; apénas uno que pensase en deducir de ella

(2) La emancipacion del pensamiento en literatura es la aurora de la independencia, y el síntoma mas expresivo de nacionalidad. Como no inspira recelos, como se introduce en las masas sin perturbacion aparente del órden público, aunque no es la libertad en su esencia, es su mejor auxiliar. Tal déspota manda quemar á un filósofo, y no se atreve á ofender á un poeta. El primero pasa desapercibido, el segundo suele ser el ídolo del pueblo, y el que eleva su inteligencia á graves cosas.

una teoría racional que la diese unidad filosófica; apénas uno que quisiera presentarla bajo el aspecto de espontánea belleza que la caracteriza. El mas arrojado no era bastante audaz para defenderla en su propio terreno, y se contentaba con colocarla en el lecho de Procusto, y haciendo salvedades tímidas y concesiones importunas la queria ajustar á un cuadro mezquino é incapaz de contener las nobles y grandiosas dimensiones del verdadero ingenio español y de su nacionalidad. Deseoso de excluir tan falsos medios de defensa, sustituyéndoles los verdaderos y fundados en altas y extensas consideraciones filosóficas, y ansiando rescatar los graves yerros que cometí por obedecer una incalificable moda, publiqué un opúsculo sobre el drama español antiguo, varios artículos de crítica escritos en el mismo sentido, y el discurso preliminar al *Romancero de caballerescos é históricos*, los cuales ensayos, buenos ó malos como son, dieron á la crítica un nuevo giro, y la sacaron del camino empírico y estrecho que tomó al mediar el siglo XVIII.

Nunca me pesó haber acometido tamaña empresa, pues el tiempo y los hechos han demostrado que la idea que la presidió era fecunda, favorable y digna de que otros mas sabios la realizasen. Animado por esto, inducido por algunos amigos, viendo ademas que despues de tantos años ninguno de los que mejor que yo podian, publicaron trabajos análogos á los que habia iniciado (3), y que nos dejaban prevenir por los extranjeros, me pareció indecoroso esperar mas y condenar al olvido lo que desde 1832 á 1844 habia trabajado para, en su caso, publicar una nueva edicion de los *Romanceros*, mas abundante y completa que la precedente, cuyos primeros tomos, empezados como por juego, elevaron despues mi pensamiento á las miras serias y filosóficas que se observan en los últimos (4).

El resultado que mis tareas, por su oportunidad, alcanzaron, me animó á continuarlas. A ello he sacrificado una carrera pública con que me brindaba mi posicion social. Reducido á voluntaria oscuridad, sin ambicion de ninguna clase, el poco renombre adquirido y la posicion que ocupo, debidos son á estas tareas, que, aunque constantes y continuas, no me han impedido cultivar otros estudios mas serios, ni contribuir á la propagacion de aquellas doctrinas generosas que emancipan el pensamiento, ordenan las ideas, ensalzan la humanidad y levantan el corazon y el ingenio á grandes cosas.

Doloroso es por cierto que una de las mayores dificultades que he tocado sea

(3) Mi mayor gusto fuera que otros mas aptos, instruidos y ménos sujetos al error, se hubiesen encargado de los mismos ó análogos trabajos á los que emprendí. Naturalmente desconfiado del acierto, aceptara como un favor que cualquiera se encargase de una tarea, si no enojosa, penosa y difícil. En la discusion, mis ideas, mis observaciones, han sido siempre comunes á todos, á nadie las escondí; en el consejo fuí franco y leal; en los hechos, mis libros, apuntes y recursos estaban á disposicion, no sólo de mis amigos, sino hasta de los indiferentes. Todo esto es notorio, no habrá quien lo niegue, y prueba que deseaba hubiese quien se me anticipase y ahorrase de continuar trabajos que creia no poder ejecutar con aquella perfeccion sin la cual, solo á falta de otros mejores, pueden ser tolerables. Y en efecto, si bien se mira, ¿qué interes personal pudo incitarme á un trabajo tan penoso y deslucido? No el deseo de gloria y de renombre, que alcanzan mezquinos y miserables á un editor de romances viejos; no el anhelo de honores, distinciones y consideraciones públicas, á que nunca aspiré; no el ansia de riquezas y dinero, que nunca tocó mis manos, sino para gastarlo en libros, comprados ademas á costa de otros goces. El móvil de mis deseos ha sido ser tan útil al pais, como lo permitian mis cortos recursos intelectuales, morales y materiales. Bien sé que nada de esto me librará, ni debe librar, de la justa crítica que merece una obra imperfecta ó mal hecha; pero me da derecho á responder que no me era posible presentar otra cosa de lo que sabía ó pensaba.

(4) El nuevo giro que dí á la obra, mas que á nada, se debió á los consejos de mi muy querido amigo D. Manuel José Quintana, á la aficion que desde mi infancia me ha manifestado, y al tierno interes con que me honró en todas las épocas y circunstancias de la vida. Este sabio, noble y distinguido, me persuadió que se esperaba de mí algo mas que una antología mejor ó peor ordenada, mas ó ménos completa que las existentes, y que para que esta clase de trabajos presentase alguna utilidad, convenía acompañarlos de observaciones científicas, donde se hallasen los resultados de mis estudios sobre la historia, la literatura y la civilizacion española.

la de reunir los libros oportunos á mi plan. Apénas, á fuerza de grandes sacrificios, logré adquirir la cuarta parte de aquellos que fácilmente se encuentran en las bibliotecas de Lóndres, de Viena y de Paris, donde parece que á porfía se han aglomerado los documentos literarios de España. La bibliografía es una ciencia mal apreciada y mal protegida entre nosotros : hay pocos que la cultiven, y ménos que á fondo la conozcan. Cuantos á ella se dedican ninguna recompensa esperan, sino la de satisfacer su aficion á los libros, que en general no tienen mas uso que el de pasar apolillados de unos á otros estantes, ó de salir para el extranjero. Por eso las primeras antologías de romances regularmente concebidas y bien pensadas se han hecho en Alemania. Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro; los que sabia y filosóficamente han reimpreso, comentado y juzgado algunas de nuestras crónicas. Ingleses ó anglo-americanos son los que hoy escriben ó han escrito las historias de Cárlos V, de los Reyes Católicos, de Colon, de Méjico y otras muchas. Para hacerlo bien no escasean gastos ni viajes, ni los gobiernos les niegan los auxilios necesarios. Entre tanto, condenados á un marasmo y apatía incalificable, miramos estupefactos lo que pasa, y sumidos en la pereza dejamos la gloria para los otros, y nos dormimos sin cuidado. ¿Cuándo despertarémos? Cuándo aquel brioso ingenio que admiró la Europa sacudirá su letargo? Tiempo vendrá en que se levante, y pronto sin duda le verémos desplegar sus entumecidas alas para recobrar el puesto que le corresponde en la sociedad culta; así lo esperamos, así comienza á verificarse; así sucederá, pues aparece una activa juventud que se lanza en la carrera, y á quien solo le falta tener mas constancia en el estudio y ménos ansia por los goces materiales ó los de una desmedida ambicion.

Sin embargo de tantas dificultades he podido reunir para esta segunda edicion de los *Romanceros*, y del *Cancionero*, si esta llega á hacerse, ademas de los originales que para la primera tuve presentes, algunos otros muy raros y preciosos, que solo se hallan en pliegos sueltos, impresos ántes ó poco despues de mediar el siglo XVI (5),

(5) En estos pliegos, impresos casi todos ántes de 1550; en el *Cancionero de romances*, en las *Silvas* y otras antologías impresas desde mediados del siglo XVI en adelante, es donde se presenta lo mas genuino y precioso de los romances viejos y verdaderamente populares: es decir, de aquella poesía que, ruda é inartificiosa, pero natural, sin colores prestados y libre de toda imitacion erudita, nos da una idea de los esfuerzos que contribuyeron á perfeccionar el idioma y á amoldarle para la expresion de los pensamientos. La mayor parte de estas composiciones son anónimas, y sin fecha de tiempo cierto que sirva para ordenarlas con exactitud cronológica. Ninguna, tal como ha llegado á nosotros, puede creerse anterior al siglo XV; pero muchas conservan profundos vestigios de ser reproducciones ó reformas de otras mas antiguas, recibidas de la tradicion oral ántes de haberse impreso. Mezcladas con estas, hay otras del siglo XV, que parecen son primitivas y contemporáneas á los hechos que refieren. Por tales pueden considerarse varios romances que tratan de las correrías y batallas que acaecian entre los moros y los cristianos fronterizos, que ciertamente se cantarian por los mismos jefes y soldados que intervinieron en tan continuadas luchas. Tambien pueden tenerse por primitivas, aunque mas modernas, y mas bien trasmitidas al pueblo, que de él tomadas, aquellas composiciones del siglo XVI y XVII, en que se narraban y consignaban hechos palpitantes y célebres de dicha época. Algunos romances viejos se hallan, pero mas ó ménos modernizados y eruditamente desfigurados, en los romanceros de autores particulares, tales como Sepúlveda, Timoneda y otros poetas que se propusieron poner las crónicas en verso, imitando los romances viejos, remendando su lenguaje y conservando aquel espíritu antiguo que en aquellos predominaba. Aunque privadas estas composiciones del carácter de espontaneidad y sencillez de sus modelos, sin embargo no carecen de interes é importancia, pues representan el carácter de su época, conservan vestigios de las anteriores, y contienen muchas tradiciones populares, que sin ellas fueran perdidas. Tambien Gabriel Laso de la Vega, Pedro de Padilla, Lúcas Rodriguez, Alonso de Fuentes, Juan de la Cueva, y otros mejores ó peores poetas de profesion, tuvieron la idea, en el último tercio del siglo XVI, de reducir á romances varios hechos de la historia antigua y moderna desde Adan hasta su tiempo: lo hicieron por su cuenta, teniendo en poco los romances viejos, despreciados por los modernos, que aspiraban á mayor cultura. Pero como en su tiempo predominaba el mal gusto, y dichos autores carecian acaso de las dotes del ingenio necesarias para excitar el entusiasmo, léjos de mejorar lo antiguo, no hicieron mas que sustituirlo con obras un tanto pedantescas é hinchadas, que deslucian sus trabajos. Sobre todos, Juan de la Cueva se excedió á sí mismo, y es mucho decir, por los defectos y exageraciones que se hallan en sus romances históricos.

cuya mayor parte debí á la fina amistad de D. Jacobo María Parga, ilustre sabio y noble caballero, cuya erudicion, ciencia, libros, auxilios y consejos se anticipan siempre á los deseos de quien los necesita.

Estos son los únicos recursos de toda clase que he alcanzado para verificar mi empresa. Si en la presente edicion del *Romancero general*, así como en la de los anteriores, se echan de ménos las composiciones místicas y devotas, no es por desconocer su importancia, sino por considerarlas á propósito para un trabajo especial que contenga los pensamientos primitivos, y la idealidad poética que los vivifica en las nacientes sociedades.

Refiriéndome en todo á lo que en el discurso preliminar al *Romancero de caballerescos é históricos* he dicho sobre el orígen de la combinacion métrica llamada romance, añadiré, para evitar dudas, que en el presente caso esta voz expresa la idea de una composicion de versos iguales, que, no excediendo de ocho sílabas cada uno, y siguiendo una misma rima desde el principio al fin, se combinan de suerte que los pares resultan rimados, y sueltos ó libres los impares. Hay sin embargo algunos, en versos cortos pareados que se usaron ya en el siglo XV, y otros de la última mitad del XVI, en los cuales para adorno y gala se mezclan, con el texto vulgar, variedad de metros y combinaciones. A todos estos, á pesar de su anómala construccion, los he considerado y clasificado tambien como romances.

Para ordenar y metodizar este trabajo, he considerado los romances en tres grandes series, á saber: la de fabulosos ó novelescos, la de históricos y la de varios.

A la primera corresponden los moriscos, los caballerescos y algunos de los vulgares; á la segunda, los de historia verdadera ó tradicional; y á la tercera la de asuntos amorosos, satíricos y burlescos, que consideran las pasiones, las virtudes y los vicios subjetivamente, ó segun el sentimiento íntimo y moral para expresar las unas, ensalzar las otras y castigar ó ridiculizar las costumbres y los actos viciosos.

OBSERVACIONES

SOBRE LOS ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

Dos diversas modificaciones experimentaron las costumbres y literatura de Europa por su trato y comercio con los pueblos de Asia y con los africanos. La una, obrando mas particularmente desde el siglo XI sobre los hombres del Norte, produjo la expresion feudo-oriental (6), contenida en los poemas y en los libros inspirados por los sentimientos caballerescos propios de la época. La otra, fundada sobre la civilizacion mas libre y democrática (7) que creó la necesidad de

(6) Llamamos feudo-oriental á la civilizacion y á la literatura que resultó de las comunicaciones entre los pueblos feudales del Norte, con los monárquicos absolutos del Oriente.

(7) La democracia apareció entre nosotros bajo las aparentes formas del feudalismo, puesto que las libertades y fueros adquiridos por los pueblos eran de privilegio, asimiladas á las que se otorgaban á los señores, y no de derecho general y comun. Pero como cada ciudad, villa ó lugar privilegiados constituia en su régimen interior un gobierno comunal y democrático, luego que se extendieron y multiplicaron los afueramientos, se vino á formar una suma de poderes aislados primero, que despues adquirieron la unidad necesaria para constituir un sistema de gobierno. Los fueros adquiridos individualmente por los señores en el Norte, formaron la monarquía feudal, miéntras en Castilla los fueros de los Comunes produjeron la monarquía democrática. Igual fué pues el principio de uno y otro sistema, diversos sus resultados por la diferente aplicacion de aquel; pero su terminacion fué la misma, supuesto que la monarquía, vencedora de los señores en el Norte y de los pueblos en Castilla, se convirtió en un poder arbitrario.

reconquistar el pais perdido, produjo en España la poesía de un caballerismo especial, como se ve en los romances moriscos novelescos de que vamos á tratar, y aun en muchos históricos ó mistos con fabulosos de que hablarémos despues, y que fuéron la iniciacion de los mas modernos novelescos. Comenzaron aquellos, ó á lo ménos los que nos son conocidos, y tales como á nosotros han llegado, en el siglo XV; en el XVI y parte del XVII llegaron á su apogeo ya revestidos de la parte de pompa oriental que aceptamos de los árabes directamente. Luego que nuestros caballeros y poetas vieron el pais libre (8) de sus contrarios, se apoderaron con frenesí de los recuerdos que habian dejado, de manera que al leer los cantos de aquel tiempo nadie creeria que los moros no ocupasen la España y no la poseyesen todavía. Las guerras, los combates, las fiestas, los juegos, los amores, los celos y las pasiones, la expresion de los sentimientos y de las ideas, las galas, los trajes y aun los nombres: todo, todo en los romances moriscos es una escena completa, un retrato vivo y brillante, un espejo fiel de aquella parte de recuerdos que los moros nos dejaron cuando partieron á los desiertos de Berbería, y que amalgamados con los elementos de nuestra antigua civilizacion y los progresos de la nueva, formaron el sistema poético popular que predominó en España desde las tres últimas décadas del siglo XVI, hasta el último tercio del XVII. Aunque los asuntos de estos romances fuesen fingidos, su espíritu era la misma verdad, no solo respecto á la época en que se inventaron, sino aun al de la anterior que intentaban reproducir embellecida. A nadie que los estudie filosóficamente se le ocultará la verdad moral que contienen, con solo observar la fácil inspiracion que los anima y vivifica. Allí se conoce desde luego que se imita, no ya un modelo extraño é indirecto, sino una segunda naturaleza creada por haberse combinado y asimilado elementos que anteriormente existieron aparte; allí se ve la manera cómo se modificaron é influyeron uno en otro dos pueblos diversos; y en fin, allí se percibe el influjo que ejerció el trato hostil, pero caballeroso y noble, en el espíritu de dos razas que muchos siglos se combatieron, mas que habitaban el mismo suelo sobre que guerrearon, y que á su pesar, y aun sin conciencia de ello, confundian y aunaban sus diferentes civilizaciones en cuanto eran compatibles.

La idolatría dedicada al valor individual bárbaro, pero generoso y en sí mismo confiado; la aficion á duelos y desafíos singulares; el culto místico y apasionado rendido al bello sexo, eran las cualidades que caracterizaban á los descendientes del Norte. Pues bien, las costumbres hijas de ellas, aceptadas por los moros, templaron, á pesar del Alcoran, sus instintos celosos, modificaron sus hábitos guerreros, y les impusieron un espíritu caballeresco que ántes les era desconocido. A la par que esto sucedia, nuestros contrarios nos comunicaron una parte de su amor á las ciencias y á las artes: su ostentoso lujo, su ferviente imaginacion, su inspiracion lírica, su sutileza ideal, y otra multitud de cualidades que, á pesar de obstinada resistencia sostenida por el fanatismo religioso, llegaron á corregir nuestra barbarie, y á formar entre musulmanes y cristianos una casi identidad de hábitos, costumbres y literatura que, si ellos míseros desterrados no pudieron conservar, entre nosotros dejó un indeleble sello, que ni los siglos ni los cataclismos sociales han podido destruir. ¿Quién no percibe en los romances moriscos la rica y abundante vena de fantasía que nos comunica-

(8) Con efecto, poco ántes de la conquista de Granada, y quizá hasta algunos años despues, se hallan pocos romances moriscos novelescos que tengan vestigios muy señalados de la poesía árabe. Varios de los de la primera seccion se aproximan mas á ella, y pueden provenir de épocas anteriores á las citadas. Sin embargo, si nos atenemos á los romances, parece cierto que solo despues de la expulsion de los moros se desarrolló con brio entre nosotros aquella parte de poesía que nos dejaron.

ron los árabes, y que aunada despues de su expulsion á la ruda, áspera, fiera y melancólica caballerosidad de los españoles, constituyó un género de literatura mas análogo á la época en que nació, que no los elementos que le formaron? En los romances moriscos novelescos ó mistos es donde existe mejor el tipo del carácter y caballerismo propiamente español, modificado por los árabes, y tambien la poesía que nació de tan feliz union. En efecto, entre este y el producido desde las Cruzadas por la fusion del orientalismo con las costumbres feudales, cuyo reflejo recibimos de Francia, hay tanta diferencia como entre los sistemas políticos predominantes en el Norte, y el monárquico liberal que mucho tiempo nos fué propio y exclusivo. La Francia, algunos tiempos ántes que nosotros, produjo libros de caballería feudal, tuvo traducciones de las fábulas sanscritas de la India, las acomodó á su carácter y costumbres, y formó con ellas aquellos cuentos libres, punzantes y graciosos que propagaron sus troveras ó juglares. Igualmente la Italia, empapada de las ideas francas, se nos anticipó en aceptarlas y en fundirlas despues con la poesía clásica, griega y latina, que ántes que en ninguna parte allí fué conocida, estudiada y aceptada con fecundísimos resultados (9). En este sentido y con estos modelos escribieron los italianos, con mas ó ménos felicidad, aquella multitud de poemas caballerescos precursores del *Orlando furioso* (10), en el cual se reasumieron todos los elementos compatibles de la poesía clásica con la romántica, hija del estado social de los siglos medios. Así fué como la literatura europea empezó y completó el nuevo sistema poético que reunia todos los medios de imitacion conocidos é incrustados, por decirlo así, en las modernas sociedades. Verdad es que en los primeros tiempos de la restauracion literaria, la poesía y las lenguas vulgares tuvieron que sostener una obstinada lucha con los entusiastas de las bellezas de Homero y de Virgilio, y de la perfeccion de sus idiomas. Pretendian nada ménos que excluir todos los modelos, todas las lenguas diferentes, ó que no perteneciesen á los poetas y oradores que admiraban. Pero el instinto y necesidades de la nueva sociedad los obligaron á desistir de su empeño; y las grandes, sublimes y magníficas creaciones de la moderna civilizacion triunfaron al fin del espíritu reaccionario que procuraba ahogarlas en la cuna. Era ademas imposible que el lenguaje de las naciones que tenian obras como las *Partidas*, libros como los *caballerescos*, é iniciados poemas como la *Divina Comedia*, fuese vencido y aniquilado por el idioma latino, por mas que se le intentase reducir á su primitiva pureza, por mas que se le volviese á corromper bajo otras formas, para darle la aptitud necesaria á expresar el nuevo órden de ideas introducido por otra civilizacion.

Al tratar de los romances moriscos me ha parecido oportuno exponer, como lo he hecho, mis conjeturas sobre los vestigios que conservan de la parte que los árabes españoles nos dejaran de su espíritu oriental; pero ademas de ellos hay otros con igual denominacion, que no tomaron sus asuntos en nuestras guerras con los moros, ni en los hábitos por ellas creados, sino en los poemas italianos donde predomina el espíritu feudal modificado por el orientalismo. Mucho he

(9) Algunos siglos ántes de la época de la restauracion, ya eran conocidos en Europa, si no los libros clásicos genuinos de la antigüedad, sí al ménos los asuntos de que trataban. Acaso en esta época nos aventajamos los españoles en el estudio serio y profundo de algunas materias que tratan. Testimonio irrecusable de esto son las *Partidas* del rey Don Alfonso, que prueban no solo la ciencia adquirida acerca del derecho, sino tambien que nuestra lengua se anticipó muchísimo en perfeccion á las de orígen románico, exceptuando quizá la provenzala.

(10) En este poema italiano y en todos los que le precedieron y tomaron sus asuntos de las fábulas carlovingias, se ve la civilizacion del Oriente en presencia de la feudal; pero no, como en los romances moriscos, la de un pueblo que modificó la suya bajo el influjo de costumbres muy democráticas un tiempo, aunque ya subyugado por la monarquía pura, ó próximo á serlo.

titubeado sobre si debia comprender estos romances entre los moriscos : muchas razones me inducian á ello; pero al fin decidí incluirlos con los caballerescos, porque lo son en efecto en su espíritu y en sus formas.

Ocurrióme tambien alguna duda para colocar otros varios romances. Tienen tanta semejanza con los moriscos novelescos, y hay tanto de fantástico en muchos de los que versan sobre las hazañas, duelos, amores y hechos individuales ocurridos durante nuestras últimas guerras contra los moros de Granada, que casi debieran formar al lado de los mas fabulosos; pero al fin, en favor de la verdad que contienen y de la fe que les da el vulgo, me decidí á incluirlos entre los históricos. Pertenece quizá alguno á los fines del siglo xv, casi todos al xvi y muy pocos al xvii: es decir, á aquellas épocas en que estaba vencida la aristocracia, humillado el pueblo, y los grandes hombres próximos á convertirse ó convertidos ya en cortesanos, no solo en España, sino en la Europa entera (11).

Considerando así los romances moriscos, y atendiendo á que su número es limitado, he incluido en esta coleccion todos los que llegaron á mi noticia, aunque haya algunos bastante malos, y otros que con monotonía repiten los mismos pensamientos y escenas.

Se han dividido en las secciones siguientes :

Primera. Romances moriscos sueltos : es decir, que no forman series de historia fabulosas ó novelescas.

Segunda. Romances que son una sucesion de novelas mas ó ménos completas.

Tercera. Id. satíricos, jocosos y burlescos.

Cuarta. Id. imitaciones de los comprendidos en las anteriores secciones.

Interesantísimos sobre todos parecen los de la primera seccion, entre los cuales hay muchos cuya fecha no es posible conocer, pero que pertenecen sin duda á la época tradicional.

Pocos de ellos, á nuestro corto entender, como se conservan en su actual redaccion, se compusieron ántes de mediar el siglo xv; mas no será extraño que

(11) La creacion de ejércitos permanentes en el Norte despues de las Cruzadas, y en España al terminar la guerra de Granada; el uso que de aquella fuerza hicieron los monarcas contra sus propios súbditos; las guerras extranjeras que diezmaban los pueblos, y que los reyes por su ambicion provocaron y sostuvieron; la ruina de la aristocracia en unas partes, y el olvido de las libertades públicas donde, como entre nosotros, eran conocidas y practicadas; la codicia desmedida de riquezas, cambiaron en poco tiempo la faz política de la Europa. Con la total expulsion de los moros se extinguió en España la inmediata necesidad que los reyes tenian de los pueblos; se ahogó el estímulo que vivificaba al amor patrio, y que levantaba en los corazones el deseo de participar en las cosas públicas, tan desconocido entre los siervos feudales, como practicado y sostenido entre nosotros. Los próceres y el pueblo castellano, bajo los cañones de Cisneros y el águila austriaca, aunque ya sin miras de conservar ó recuperar un poder político, aunque sin esperanzas de enfrenar la arbitrariedad, que de incógnito y cubierta de laureles se venia encima, á pesar de los esfuerzos facticios y desordenados que, tarde ya, hicieron los comuneros, conservaron sin embargo aquel espíritu caballeresco compatible con su nueva posicion. En la época de decadencia política brillaron los Pulgares, los Garcilasos, los Gonzalos de Córdova, los García de Paredes, los duques de Alba, con otra multitud de generales, gloriosos sí, pero sumisos palaciegos, y no ya fieros y nobles caudillos de un pueblo libre, generoso é independiente. ¡Qué diferencia, en efecto, entre estos, y el noble Rodrigo Diaz de Vivar! Aquellos servian á un rey, este y sus iguales le defendian y ayudaban en nombre y en interes de la patria; aquellos prodigaban sus brios caballerescos y su sangre para lucirse en la servidumbre, el otro y sus semejantes para engrandecer y libertar su país. No parece sino que nuestros grandes del siglo xvi y siguientes, con sus vanagloriosos esfuerzos empleados en objetos de extraño y extraviado interes, trataban de agotar aquel inmenso manantial de verdadero, noble y útil caballerismo, cuyo impulso sentian aun en sus pechos; no parece sino que el pueblo, olvidado de la parte que tuvo en los negocios públicos, solo pensaba en el oro que del Occidente manaba, y que, desertando de su industria y sus talleres, no tenia otra idea que la de una fortuna aventurera y como caida de los cielos, ó una arriesgada holganza que compraba con un mosquete para quemar los herejes de Flándes, ó pelear en Italia contra los franceses que la oprimian. Entónces fué cuando pulularon en España los libros de la familia de Amadís, á cuyas nobles pero extravagantes hazañas querian remedar las nuestras; entónces fué cuando el inmortal Cervántes, admirador de los antiguos héroes, hirió de muerte á los nuevos, y á

sean reformas ó remedos de otros mas antiguos. Descúbrese en ellos cierto candor primitivo, cierta expresion de sencillez semi-bárbara; un lenguaje tan en su infancia; tantas palabras, frases y giros de expresion anteriores á la reforma con que se nos presentan, que es imposible no considerarlos como de una muy remota procedencia, y como hijos de un espíritu que se empleaba en asuntos é invenciones de suyo muy populares, aunque ya impregnadas del colorido oriental que los árabes nos iban lenta y escasamente comunicando.

Representan los de la segunda seccion una época artística subjetiva y lírica, llena de cultura, pero políticamente corrompida; una poesía rica, brillante y perfecta, inclinada y aficionada á la novela, pero caminando muy temprano á la exageracion y al mal gusto. Hay en ella multitud de composiciones inspiradas y con un lenguaje puro, correcto, vigoroso, lleno de armonía y capaz de expresar toda clase de pensamientos, y de describir con vivísimos colores todos los objetos físicos y morales que la naturaleza puede contener. Los romances de esta seccion son la idealizacion completa de los Histórico-fabulosos, tales como los que tratan de las hazañas, empresas y hechos atribuidos á los Vargas, Pulgares, Garcilasos, etc. El espíritu de moda influyó mucho en la boga que tuvieron, y en la cansada monotonía que á muchos les impuso la necesidad de repetirlos por acomodarse al gusto público y facticio de la época. Así se observa que entre los romances moriscos novelescos hay muchos que solo lo son en sus aparentes formas, cuando en realidad pueden, con mudar los nombres de los protagonistas, convertirse en otro género de los eróticos ó descriptivos. Pero esto no impide que los genuinamente moriscos no sean descendientes y no contengan todos los vestigios del orientalismo árabe que los caracteriza. Los cuadros que forman los Romances moriscos novelescos no son ciertamente la poesía árabe pura, ni la castellana primitiva, sino la fusion de ambas en las nuevas formas que adquirió la civilizacion por el roce y trato de ambos pueblos. Desde los romances fronterizos, á los histórico-fabulosos, y desde estos á los moriscos novelescos, se percibe una graduacion continua que señala sus trasformaciones,

guisa de destruir los libros cabellerescos, encarnó el puñal de la sátira, ya seria, ya festiva, en el corazon corruptor y corrompido del siglo XVI. El instinto, si acaso no la razon filosófica, obrando sobre el ingenio divino del poeta, le hicieron adivinar los resultados que tendrian los increibles pero mal empleados esfuerzos de sus compatricios. Cervántes caricaturó en su obra el espíritu ridículamente exagerado de las altas clases, contraponiéndole el sesudo y razonable de las medias, y el prosáico de la gente vulgar, cuyo carácter tímido, receloso, desconfiado y egoista, se formó bajo el despotismo y la inquisicion. Don Quijote, el cura y Sancho Panza forman la unidad compleja de la sociedad española en aquel tiempo: todos los demas incidentes son el desarrollo y las combinaciones y graduaciones de los tres principales tipos. Por esto, y porque no es una sátira individual, sino un cuadro completo de costúmbres, el libro no necesita de buscapié ni clave. Algunos han pensado lo contrario; pero aunque se les concediera la razon, todavía valdria la nuestra de que Cervántes no esgrimió su pluma contra el antiguo caballerismo que reconquistó la patria, sino contra aquel facticio y de moda que se empleó despues para turbar ó defender ajenas causas. Nadie ha dicho que Don Quijote fuese el conde Fernan-Gonzalez, ni el Cid Campeador; y muchos han creido que representaba á Cárlos V, á Francisco I, á Felipe II ó á sus guerreros cortesanos. Al escribir estas líneas nosotros no pensamos lo mismo; pero creemos que el gran poeta retrataba fielmente los españoles de su tiempo que empleaban sus fuerzas colosales en servicio y utilidad ajena, creyendo servir la propia.

Cuantos lean y mediten la clase de romances que motivan estas observaciones, y los comparen con los que son ó se refieren á épocas anteriores, conocerán que no del todo son infundadas estas conjeturas. Es preciso confesarlo de una vez: las glorias adquiridas por nosotros despues de la conquista de Granada, y las que de ella emanaron, no fuéron todas de buena ley: llevaban en sí el gérmen de destruccion y decadencia, y nos cegaron hasta el punto de descuidar aquellos intereses que constituyen la verdadera y estable prosperidad de las naciones. Llevamos, sí, la civilizacion á remotos y desconocidos paises, mas nos estacionamos en la nuestra; nos llenamos de metales preciosos, pero perdimos la industria indígena: como Midas, convertímos en oro cuanto tocaban nuestras manos; pero hasta la camisa nos llegara á faltar, si en cambio del oro comprado con sangre no nos viniese de las ajenas. Las conquistas, las glorias, los triunfos que haciamos ó ganábamos, se volvieron al fin contra nosotros, que adormecidos sobre ellos, de ellos abusamos pródigamente.

é indica lo que influyó en ellas el espíritu que las anima, y la moda que las aceptó y corrompió. Esta clase de romances, y los de las dos siguientes secciones, representan la época en que el pueblo, apartado enteramente de los negocios públicos, abatido y sin un interes vivaz y heróico que lo animase, dejó á los poetas el cuidado de divertirle, ya que no podia ni pensaba hacer otra cosa.

El título de la tercera seccion indica bastante el objeto de las composiciones que contiene. Parodias de los romances moriscos, sátiras contra la moda de hacerlos, y exageraciones para ridiculizar sus formas y pensamientos : hé aquí lo que en ella se encuentra.

La cuarta seccion está llena de buenas y malas imitaciones de los romances de la segunda, presentando algunas de mucho interes, que pintan el giro que dieron á nuestro espíritu las guerras contra los turcos. Sobre todo los de Dragut, de Ochali, Arnaute Mahami, de quien fué cautivo Cervántes, conservan la memoria de hechos gloriosos y retratan las costumbres de piratería de los berberiscos, el trato que daban á los esclavos cristianos, y los sentimientos que en estos producia su cautividad y el ansia de tornar á su patria. Su mayor número pertenece á los heróicos ó amatorios.

El conjunto de estas cuatro secciones forma un cuadro bastante completo del espíritu, orígen y vicisitudes por que pasaron los romances moriscos fabulosos desde la época de tradicion á la artística inclusives, y en él podrá examinarse la mayor ó menor probabilidad de nuestras conjeturas.

Algunos pensarán que, no por los romances moriscos, sino por los históricos ó caballerescos, deberia haber comenzado este ROMANCERO, suponiendo á estos mas antiguos que los otros. No lo he ejecutado así, porque aunque es cierto que el mayor número de los históricos sea mas de época remota y tradicional, entre los moriscos se hallan algunos de igual clase y época. Así pues, y como cada uno de los romanceros que componen la obra contiene romances viejos de tradicion y genuinamente nacionales, era indiferente, respecto á ese punto, el comenzarla con uno ó con otro.

OBSERVACIONES

SOBRE LOS ROMANCES CABALLERESCOS.

En el discurso que sobre estos y los históricos puse al frente de ellos, en la primera edicion, manifesté lo que me pareció conveniente para ilustrar la materia, y á lo dicho me remito. Sin embargo voy á exponer lo que de nuevo he pensado para completar aquel cuadro. No es culpa mia si la escasez de documentos gráficos me obliga á buscar, en los pocos que quedan, las verdades que entreveo, mas bien hijas del sentido crítico, que de escrituras formales.

La índole, el carácter y los asuntos de que tratan los romances caballerescos, propiamente dichos, proceden casi todos de los libros y novelas de su género, escritos y propagados durante los siglos medios en los paises feudales y en los tiempos de las Cruzadas. De allí los tomamos y aceptamos los españoles desde el principio, si no por el espíritu que los anima, casi extraño á nosotros, á lo ménos por las hazañas y valientes hechos que refieren y nos eran simpáticos. Las crónicas caballerescas escritas, ya en verso, ya en prosa, eran los elementos de la epopeya de los tiempos feudales, como las rapsodias lo fuéron de la *Iliada* y la *Odisea* en los siglos heróicos de la Grecia. Circunstancias particulares á nuestro estado so-

cial multiplicaron entre nosotros hechos, hazañas y situaciones dignas de la epopeya; pero aquellas mismas impidieron que se desarrollase un pensamiento de unidad trascendente, propia del poema épico. En vez pues de este, los romances primero, y luego el drama, suplieron su falta en cuanto era posible. De todas maneras es preciso confesar que no tenemos otra cosa, y que nuestras composiciones de aquel género, ya de orígen clásico ó ya feudal, son malas ó medianas copias.

Aunque revestidas las crónicas caballerescas de accesorios imaginarios, fantásticos y fabulosos, así como hemos dicho lo están los romances moriscos, no por eso carecen de cierta verdad histórica relativa. Los héroes de ellas podian ser verdaderos respecto á los tiempos en que existieron, y las costumbres lo eran respecto á aquellos en que se escribian. Así es que, despojadas de su parte imaginaria y de sus adornos fantásticos, resulta luego un anacronismo expresado con formas relativamente verdaderas.

Los libros y poemas del Ciclo caballeresco breton, proceden de cantos y tradiciones populares, mucho mas antiguos que ellos, donde se celebran hazañas de héroes reales, que los troveras desde el siglo XII revistieron á la usanza de su época feudal y del espíritu aventurero de los normandos. Lo mismo puede decirse de las crónicas novelescas de orígen franco: Carlo-Magno y sus Pares, aunque en realidad existieran, no fué ciertamente del modo con que se retrataron y pintaron en los tiempos mas crudos del sistema feudal, ni su colorido tan brillante y fantástico como el que los cruzados importaron del Oriente.

La poesía del Norte, reformada por el trato con los asiáticos, llenó la Francia de su espíritu y se exhaló en libros de caballería que cundieron por toda Europa, miéntras apénas eran conocidos en España, sino por unos pocos romances, y eso privados de las brillantes bellezas orientales, y del picante, epigramático y sabroso francesismo que les era propio.

En las bibliotecas de Francia existen numerosos códices de novelas y de extensos poemas sobre asuntos caballerescos, de los cuales apénas obtuvimos, que sepamos, sino alguna traduccion hecha en el siglo XV. El *Amadis de Gaula*, del todo fabuloso, á diferencia de los anteriores, que participan de la historia, pertenece á una serie que pudiera llamarse Greco-gala. Su orígen, harto dudoso, pudo ser para nosotros una imitacion de fábulas anteriores, desconocidas del vulgo hasta el siglo XVI, en que aparecieron reformadas. Así es preciso pensarlo, no solo porque es muy posterior á las de Artus y Carlo-Magno, sino porque, aun siendo nuestro, sería, como lo fuéron los libros de Esplandian y sus descendientes, nacidos y muertos en España en el siglo XVI, producto de un espíritu feudal facticio y falso, que si poco valió en su tiempo mas crudo, ménos pudo influir despues que en toda Europa desaparecia como poder.

De las novelas bretonas, de las francas y de las greco-galas: es decir, de las de la Tabla redonda, de las Carlovingias y de las de los Amadises, está tomado el cortísimo número de romances caballerescos que poseemos; y de la escasez y de la corta duracion que, aun los tomados de las últimas, con decirse nuestras, tuvieron, debe presumirse que no simpatizaron mucho con nuestro carácter, ni alteraron gravemente nuestras costumbres populares. Si así sucediera entre los italianos, ciertamente que no existirian aquellas obras maestras, aquellos verdaderos poemas épicos que nos admiran. Algo habia sin duda en el espíritu caballeresco feudal, que le rechazaba del de nuestro caballerismo peculiar. Entre otras muchas causas que pudieron influir para esto, no es quizá la menor la de no sernos necesario. A la verdad, que durante la dominacion goda comenzaron á iniciarse entre nosotros los elementos sobre que luego en el Norte se asentó

el feudalismo completo. No hay duda que algo de él se trasladó á las Astúrias; pero muy pronto, por la necesidad de reconquistar la patria, desapareció tal engendro, hasta tal punto que, á duras penas y bajo muy templadas formas, se conservó en las provincias limítrofes de la Francia, y un tanto retoñó bajo el mando de algunos monarcas de Castilla. No tuvieron igual dicha los paises mas setentrionales, donde, como un gigante á un pigmeo, ahogó el feudalismo la monarquía y el poder popular. Allí cada nacion, hecha pedazos, fué repartida entre cierto número de magnates y poderosos, que se consideraron como dueños absolutos del territorio, de sus habitantes cultivadores é industriales, y se lo distribuyeron como botin. Con el dictado de feudatarios de la corona al principio, y luego como adversarios y competidores del que la llevaba, ejercian en sus estados, sin freno alguno, todas las atribuciones de una omnímoda soberanía. Guerreaban entre sí y contra el monarca, y hacian con él tratados que le humillaban y empobrecian, despojándole de sus posesiones y derechos. En los territorios feudales, cuantos no eran caballeros, eran siervos juntamente con sus mujeres y sus hijos : sus bienes eran en último resultado del señor, así como tambien la honra de sus familias. No habia otra ley que la fuerza ; y el hierro, que cubria el cuerpo de los señores y sus satélites, sirvió solo para ultrajar los inocentes é indefensos siervos, rompiendo cada dia, cada hora, cada instante, segun la voluntad del señor, hasta las promesas hechas sobre la conservacion de la vida. Por lo mismo que semejante arbitrariedad se ejercitaba en multitud de divisiones y subdivisiones de terreno, pesaba el despotismo hasta sobre el mas ínfimo y oscuro de la sociedad. Allí era preciso rescatar del señor, á fuerza de dinero ó de servicios, la honra de las hijas y de las esposas, la conservacion de los bienes, que como prestados se poseian, y en fin, hasta el derecho de vivir en la miseria. Preciso fué pues que surgiese un remedio, paliativo al ménos, que mitigase tanto desconcierto, tantos dolores como atormentaban la humanidad esclavizada. Nació este remedio del mismo exceso de los males : apareció con sus mismas formas, y aun con su mismo nombre. El derecho del mas fuerte, aplicado por el instinto innato de la justicia, de la humanidad y del Cristianismo, formó una especie de religion entre sagrada y profana. Sobre estas bases se fundó lo que llamaron órden de caballería, que apoyado en la necesidad y en la opinion, mas que en leyes positivas, fué poco á poco ganando terreno y adquiriendo vigor para combatir y vencer la fuerza bruta inmoral con otra tambien arbitraria como aquella, pues no tenia mas freno que la conciencia ; pero razonable y humanitaria. El íntimo sentimiento religioso y compasivo por un lado, y por otro las costumbres propias de un valor individual y guerrero, y las pasiones de amor y de gloria, se aunaron para producir el espíritu caballeresco de donde procede la literatura, que generalizándole y extendiéndole comunicó á todos los paises, donde era necesario, su influjo benéfico y consolador. Do quier que un caballero armado se presentaba en defensa del débil y oprimido, surgia un poeta cantando sus proezas, ó un narrador trazando una crónica novelesca, no tan desnuda de verdad que no participase de la historia; ni tan libre de ornatos imaginarios y fantásticos, que no se asimilase á la fábula. Hé aquí el espíritu de los libros caballerescos escritos con colorido oriental, y propagados en los pueblos feudales mucho ántes del siglo XII.

Ahora bien, como por circunstancias particulares no encarnó en España hondamente el sistema social y político (12) que lo produjo; como fuertemente com-

(12) Aunque en España no encarnó tanto el feudalismo como en otros paises, no por eso se crea que del todo carecímos de él : al contrario, bajo sus mismas formas aparecieron los fueros comunales y comenzaron las libertades públicas, adquiriendo las ciudades y villas privilegios feudales, como los go-

batido no triunfó decididamente; como los reyes á una con los pueblos lo hicieron abortar; como teniamos leyes fijas y escritas en códigos mas ó ménos generales (13); como la justicia se ejercia con poco constantes excepciones por los

zaban las personas. Hay mas: en los paises limítrofes con la Francia, tales como Cataluña, Navarra y Aragon, se presentó el feudalismo con una fuerza suficiente, si no para ahogar del todo la libertad, á lo ménos para ponerla en muy estrechos apuros. Tambien en Galicia y Portugal los borgoñones, que acudieron al llamamiento de Alfonso VI como nuestros auxiliares en la reconquista, introdujeron y establecieron en gran manera las costumbres feudales á que venian habituados. Ni aun la Castilla se libró del todo de esta plaga, pues dicho monarca, dando el ejemplo de llamar en su auxilio, para recobrar á Toledo, á los señores extranjeros que á ello le ayudaron, se inoculó de los hábitos exóticos que traian de sus patrias, cuando casado con una princesa de Francia, supeditado por ella, llegó á consentir que se faltase á las capitulaciones hechas con los moros; que el ritual muzárabe fuese sustituido por el romano; y que el Papa adquiriese derechos extraordinarios sobre la iglesia española. Deseoso de recompensar á los extranjeros, y poderosamente influido por la Reina y su favorito frances el arzobispo D. Bernardo, quiso tambien introducir el sistema feudal en Castilla, y para ello repartió tierras y levantó señores con todos los privilegios feudales que existian en Francia, y aun todavía mas exagerados. No fué el último en aprovecharse de estas largnezas el arzobispo D. Bernardo, alcanzando para los monjes de Sahagun tales derechos sobre los terrenos que les fuéron concedidos, y tan duros y escandalosos, que muy luego los pueblos sometidos á ellos se alzaron y entablaron contra el monasterio una encarnizada lucha que duró algunos siglos. Lo mismo sucedió respecto á otros barones y monasterios; pero todos hallaron tan constante y dura resistencia, como era de esperar de aquellos que acostumbrados á ser libres, se les imponia dura servidumbre. El mal éxito de la idea que preocupó el ánimo de Alfonso VI, y las causas por que de ella triunfó, en Castilla particularmente, un sistema verdaderamente nacional arraigado en hábitos y costumbres hijas de circunstancias necesarias, se podrán deducir de lo contenido en la siguiente nota, donde hemos formado un cuadro de las vicisitudes sociales que condujeron nuestra civilizacion por un camino diverso del que siguió en otros paises.

(13) Tan atrasados como estuvimos en obras de bella literatura durante los siglos medios, otro tanto y mas nos adelantamos á la Europa en tener un sistema político y civil, que precedió á las ideas filosóficas modernas. Nuestra aristocracia, como en la anterior nota expusimos, no fué nunca desde el siglo VIII, sin contradiccion, completamente feudal; y como es muy curioso observar la marcha que siguió nuestra civilizacion desde que los árabes nos invadieron, no podemos resistir el deseo de formar un cuadro que presente y reuna las ideas que acerca de ello nos ha sugerido el estudio de nuestra antigua historia y literatura.

La aristocracia en otros paises ahogó el sistema y el poder de los comunes, hijos y descendientes de los municipios. Al contrario sucedió en España, porque el poder del clero, todo popular en su espíritu y esencia, aun en la época goda conservó y extendió entre los vencidos costumbres y atribuciones administrativas que atajaron y contuvieron moralmente los desmanes é impetus de los bárbaros vencedores. Desde el punto que los árabes ocuparon la Península, la aristocracia goda, fugitiva en las montañas, quedó casi anulada, pues tambien desde entónces el pueblo solo se encargó, y podia encargarse, de recuperar la patria y su independencia. En tan alta é inmarcesible empresa, sin riquezas ni poder, los cortos restos de los antiguos nobles tuvieron que confundirse con el pueblo armado, de donde en adelante salieron los caudillos y guerreros defensores del pais: todos fuéron soldados, y el pechero mas oscuro, que á su costa sostenia armas y caballo, dejaba de pagar tributos y pechos miéntras cumplia aquellas condiciones. El hombre de armas bastante rico para mantener á su costa una mesnada, adquiria los fueros y privilegios de alta nobleza ó de hidalguia, salvo el perderlos y descender de su estado si se empobrecia. Esto no era á la verdad muy comun, porque la muerte le libraba de semejante riesgo, ó los despojos de los enemigos le daban riqueza y opinion. Con tales elementos, el del feudalismo no podia incrustarse hondamente en la aristocracia castellana, forzada por las circunstancias á armar al pueblo, á emanciparle de aquellos restos de servidumbre que habian quedado mas por hábito que por poder ni fuerza de continuarla. Los castellanos estaban todos armados, todos eran conquistadores, todos peleaban *pro aris et focis*: del seno del pueblo salian los jefes de la guerra, sin que la nobleza de raza por sí sola bastase á su elevacion; el pueblo era en fin un ejército, mandado mas bien por un valiente caudillo elegido por el voto público, que por una ley de sucesion establecida. Las villas y lugares eran ó habian sido fronterizos y peleado por su cuenta para atacar ó defenderse del enemigo, y por lo tanto, casi aislados de un poder central, se constituian en comunes, concejos ó ayuntamientos; formaban de por sí una individualidad, y ligadas, una federacion mas ó ménos lata, mas ó ménos independiente del poder general establecido. Este, que no podia acudir á todas partes, se veia forzado á confiar la defensa de los pueblos á los pobladores, y á consentir, á título de concesiones, fueros, derechos y ventajas á las ciudades y villas, tan democráticos en su esencia, como en sus formas parecidos á los aristocráticos que se otorgaban á los nobles y ricos hombres. Apénas se habia reconquistado algun territorio, acudian pobladores de todas las clases para fundar villas y lugares fronterizos, que tenian que defender y disputar al enemigo con incansables desvelos y riesgos crecidos y continuos. Los mismos señores que por parte de botin ó por otros títulos adquirian los terrenos conquistados, se pujaban en ofrecer ventajas á los pobladores, y á costa de leves prestaciones estipulaban aquellos fueros, privilegios y cartas-pueblas tan democráticas, tan libres, que aun hoy dia nos asombran. Los ayuntamientos y concejos realengos, y aun los de señorío y behetría, llegaron á ejercer en sus respectivos territorios un poder administrativo, jurisdiccional y aun político tan lato como el de las antiguas repúblicas, é igual al que los señores feudales ejercian en sus dominios. Tenian vasallos pecheros, y aun solariegos, los cuales á la verdad fácilmente se rescataban, eran

merinos, en alzada y en nombre del rey, es claro que no necesitábamos caballeros errantes y aventureros que anduviesen en cuesta de doncellas que am-

recibidos por miembros del comun, y admitidos á participar de todos los derechos políticos y forales, inclaso el de no pechar, sin consentimiento de la comunidad, mas tributos que los estipulados con los reyes ó los señores. Así, y por estas causas y circunstancias, adquirieron los pueblos los fueros y libertades de privilegio y de costumbre, que en otros paises, arrancados por los señores á monarcas débiles, constituyeron el poder feudal. Extendidos estos derechos tales como existieron en Castilla, mas no sin cruda resistencia de algunos señores, fuéron, por decirlo así, la regla general opuesta, aunque asimilada á los feudos individuales y personales que obtenian ó usurpaban los grandes vasallos de la corona. Hé aquí cómo se alzó entre nosotros un poder popular fuerte y vigoroso, al lado del feudalismo que los señores franceses, auxiliares en la reconquista de Toledo, procuraron introducir; y cómo se formó un sistema social y político, que ahora tendriamos por imposible y anárquico; pero que, necesario entónces, fué el escudo de la autoridad real, salvó la institucion monárquica, se ligó estrechamente con ella, la enlazó con las libertades públicas, reconquistó la patria y defendió muchas veces á los monarcas de las usurpaciones de los grandes. Entre nosotros puede decirse que los fueros conquistados por los comunes eran el poder feudal que se convertia en democracia, y se oponia al feudalismo aristocrático, conservando algun tiempo sus mismas formas. No entendemos por lo expresado suponer que estas ideas políticas dejaron de entreverse en otros paises: al contrario, considerándolas provenientes de la extension dada á los municipios romanos, sostenidos y conservados mas ó ménos por el clero, es muy natural que algunas simpatías tuviesen entre los pueblos del Norte. En estos, y en circunstancias análogas, el poder comunal, bajo cualquiera forma que tomase, debió luchar contra el feudalismo personal; debió ser sostenido por los reyes; pero en todas partes débil y vencido, solo en España logró un triunfo duradero, y constituyó un sistema completamente desarrollado, cuyo influjo aun se deja sentir en nuestras costumbres. Estas observaciones y reflexiones instintivas, sugeridas en nosotros por el estudio de nuestra historia y literatura antigua, no se hallan gráficamente estampadas en los libros, ni erigidas en sistema; pero del conjunto de ellas no es imposible deducir lo que conjeturamos. Quizá muy pronto nuestras conjeturas hallen documentos que las acrediten. En ello convenia nuestro amigo Don Rafael Llanos, hombre generoso y digno de esclarecerse por sus estudios históricos, y malogrado é injustamente desatendido por causas leves y por espíritu de partido, y que falleció en temprana edad cuando empezaba su noble carrera.

Parécenos que hasta ahora no nos es completamente conocida la historia política y civil de nuestra patria, porque hemos descuidado y prescindido de los medios mas á propósito para su estudio, contentándonos con registrar las crónicas y la historia oficial y erudita, sin hacer cuenta de otros documentos esencialísimos que, oscuros é incógnitos, yacen en los archivos, ó esparcidos y olvidados en algunas bibliotecas. Era mas cómodo, sin duda, registrar libros hechos y códices coleccionados escritos en un lenguaje fácil de comprender, códigos ya formados, y en fin, trabajos que bien ó mal meditados ya existian, que no buscar, reunir y declarar aquellos documentos que, aislados y parciales, en la apariencia ofrecian poco interes é infinitas dificultades en su estudio y en su aclaracion. Sin embargo, los fueros, costumbres, privilegios y cartas-pueblas de las ciudades, villas, lugares y comunes, contienen, mejor que todo lo consultado hasta el dia, la base y el orígen, la historia verdadera de nuestras costumbres públicas, de nuestras libertades, y del sistema político y de gobierno iniciado en los mas remotos tiempos de la fundacion de nuestra monarquía. Del estudio de la antigua literatura popular castellana pudimos muy bien deducir conjeturas acerca del carácter histórico de la nacion; pero siempre el acierto quedará dudoso si no hubiese comprobantes que las justificasen. En los documentos arriba dichos, aunque no los hemos examinado bien, es donde se hallarán acaso pruebas para confirmar las ideas emitidas en esta nota, ó medios de desvanecer nuestros errores. Hasta ahora tan preciosos papeles han estado desconocidos unos, diseminados otros, y todos sin formar un cuerpo de datos históricos. La empresa utilísima de reunirlos y publicarlos, comenzada por el oficial de la biblioteca de la real academia de la Historia, D. Tomas Muñoz, si, como debe serlo, es protegida por el gobierno, llegará á producir utilísimos resultados. Este apreciable sugeto, despues de haber terminado con buen éxito su carrera literaria, y defendido en las filas, como oficial, las libertades patrias, víctima de la disciplina y de su propio honor, ahora oscuro y postergado, se dedica á publicar una coleccion de dichos preciosos documentos. El estudio de ellos, hecho posible y fácil, debe ser muy importante. Allí se verán claros muchos errores cometidos en la historia, la causa de ellos, y quizá la necesidad de considerarla bajo un aspecto diverso del que hasta ahora ha tenido, allí aparecerá cómo los siervos del antiguo régimen, llamados despues de *criation*, y que siguieron á sus señores á las montañas astúricas, fuéron adquiriendo derechos de patria potestad y de dominio en las cosas; y cómo por concesiones necesarias ó contratos libres llegaron á ser solariegos y á emanciparse de la gótica costumbre de accesion al terreno, bajo condiciones estipuladas, y á veces sin ninguna. Allí se aclarará cómo estos hechos, al principio aislados, hijos de circunstancias particulares y no de un sistema *á priori*, mas adelante por agregacion, y luego por asimilacion, formaron grupos de costumbres, que al fin generalizadas, se constituyeron en leyes, que repitiéndose y copiándose en los fueros y cartas parciales, adquirieron aquella unidad que produjo todo un sistema político y civil. Allí se advertirá cómo las comunidades, que á imitacion de los municipios se formaron ó existian con atribuciones administrativas y económicas, las extendieron hasta las de administrar justicia, y aun á las de otorgar ó negar nuevos tributos á los señores, segun mutuas estipulaciones. Allí se verá que los beneficios en otros paises comprados á dinero, entre nosotros se obtenian á precio de sangre derramada en defensa de lo conquistado por todos y para todos, obteniendo libertades en cambio de batallas, y logrando al fin formar un sistema de gobierno en que, cual en las guerras, cada uno tenia su parte correspondiente. En los citados

parar, de viudas que defender, ni de huérfanos que proteger. Por eso, aunque consignados en los códigos, los duelos del juicio de Dios, y los desafíos entre castellanos, eran en España, despues de la época goda y aun durante ella, mas raros y ménos frecuentes que en los paises del Norte; por eso y porque tales costumbres fuéron imitadas, mas bien que espontáneo producto de la situacion social del pais, no echaron en nuestra tierra profundas raices; por eso á los bárbaros torneos y sangrientas justas sustituimos las fiestas de cañas y sortijas, tan agradables y lucidas; por eso nuestro espíritu guerrero empleado contra los moros produjo un caballerismo especial y diverso del que creó el del Norte; por eso, este, hijo de una guerra santamente popular, fué extensivo á todas las clases y no circunscrito á las aristocráticas; por eso cada español era un guerrero, cada guerrero un noble, cada noble un caballero de la patria, ya que no un desfacedor de aquellos tuertos que juzgaban los tribunales; por eso el Cid Campeador (14), el héroe característico de nuestro estado social en los siglos

documentos se advertirá cómo la necesidad de disciplina y de mutua defensa contra los fuertes ligaron al pueblo y á los monarcas tan estrechamente, que de esta santa union resultaron aquellas nobles costumbres castellanas que constituyeron al monarca, no solo en defensor, sino en promovedor de las libertades comunales. Veráse allí tambien, que si en todos los casos se acataba, respetaba y servia á los reyes, tambien con todo comedimiento se les decia la verdad, y se les necesitaba á contener su poderío ante una fuerza sumisa, pero con grandes medios de hacerse respetar. Igualmente serán manifiestos los diques establecidos contra las arbitrariedades de los prepotentes, y como cada soldado fuese ántes pechero, solariego ú oscuro, llevaba en la punta de su lanza los medios de obtener nobleza ó hidalguía, que, al principio personal y despues hereditaria, se extendió de modo, que apénas quedó un solo castellano que no se creyese tan noble como un rey; y en fin, el estudio y lectura de esta coleccion, que el Sr. Muñoz va publicando, nos dará una idea de las causas que contribuyeron á enaltecer el noble, libre, decoroso, severo y constante pueblo, cuyos individuos, por pequeños que fuesen, adornaban sus cabañas y cubrian sus lechos con las banderas enemigas conquistadas en los campos de batalla.

Considerando las circunstancias del pais donde dos pueblos diferentes se disputan el terreno, es fácil conocer que todas las clases se confunden, no habiendo ninguna sólidamente establecida, y mas siendo multiplicados y frecuentes los medios de alternarlas. Donde las guerras y batallas eran continuas y diarias, ya generales ó ya parciales, la hidalguía se propagaba hasta tal punto, que el estado plebeyo pudo ser la excepcion de la regla. Un pueblo entero que parcial ó generalmente gozaba de las exenciones entónces concedidas á la nobleza, ¿qué otra cosa podia ser mas que una democracia? Así sucedió entre nosotros, donde multitud de comunidades, ayuntamientos y concejos gozaban fueros latos y libertades extensas. No pudiendo, por ejemplo, exigirles mas tributos que los estipulados en las cartas de poblacion, ó en otros contratos especiales, era preciso su consentimiento para aumentar los antiguos ú obtener otros nuevos. De aquí la necesidad de reunirlos y convocarlos en cortes ó asambleas, de aquí la de oirles y hacer justicia á sus agravios, de aquí el tener que contentarles con leyes y medidas favorables á la libertad y al procomunal, y de aquí la debilidad de la aristocracia, que llegó á no diferenciarse del pueblo sino en la riqueza de sus individuos. Bajo tales auspicios nació entre nosotros, ántes que en parte alguna, un gobierno representativo cuyas raices encarnaron hondamente en la sociedad sin darle nombre, y cuya base eran las costumbres, ya que no un pensamiento filosófico ni un principio escrito ni discutido.

Nuestra situacion particular nos arrastraba invenciblemente á establecer, consolidar y perfeccionar una monarquía patriarcal, apoyada en una democracia templada y prudente. Unidos estos elementos, triunfaron del poder feudal que asomaba en algunos puntos, y que bajo los reinados del débil Juan II y de Enrique IV, quisieron realizarse. Vencida y anulada la aristocracia, y libres los monarcas de los temores que les inspiraba, ya en los últimos años de los Reyes Católicos, bajo el pretexto de perfeccionarla, se empezó á minar la antigua constitucion, y al fin se la anuló casi del todo cuando las comunidades fuéron derrotadas. Si tal no sucediera, si el pueblo no se dejara arrebatar sus fueros, nuestro sistema político antiguo, arraigado en las costumbres y perfeccionado con el tiempo, cual ha sucedido en Inglaterra, brillaria, no como el nuevo, con prestada luz, sino como el sol, con la suya propia. Aquel nos puso al frente de la civilizacion del mundo, miéntras este nos arrastra en pos de ella, y quizá contra nuestras necesidades naturales y espontáneas.

Este cuadro histórico-político de nuestro estado social y de sus progresos, servirá para explicar lo que he expuesto sobre las causas que presumo pudieron impedir entre nosotros el completo desarrollo del espíritu feudal que dominó en Europa, y por lo mismo de la literatura á que sirvió de base. Quizá habré escrito una novela queriendo hacer una historia. Pero si la coleccion de los fueros y costumbres que publica el Sr. Muñoz viniese á confirmar lo que sospecho, ¿cuánto de fabuloso se hallaria en el espíritu y aun en los hechos de lo que hasta ahora por histórico se nos ha presentado?

(14) El Cid Campeador, nacido, criado y educado bajo el influjo predominante en los reinados de Fernando I y Sancho II, debió rechazar de sí las nuevas costumbres que Alfonso VI quiso establecer en Castilla. Así lo concibieron y aceptaron los pueblos, y así ha llegado á nosotros su memoria, por mas que en algun corto número de romances se haya falseado su carácter.

medios, es tan diverso de Roldan y los Doce Pares, que solo se les asemeja en algunos accidentes; por eso el rey Don Pedro de Castilla, apoyado por la clase media y la popular reprimia fuertemente á los grandes, y los castigaba remedando á los califas del Oriente, mas bien que sucumbir ante ellos como los débiles monarcas de los paises feudales. Si lo que con mas ó ménos exactitud hemos deducido del estudio histórico de las costumbres castellanas en la época que recorremos fuese cierto, resultará que la literatura caballeresca de los hombres del Norte careció de base sólida y permanente en las costumbres y hábitos de los españoles, y que fué facticio el furor con que en el siglo XVI se lanzaron nuestros poetas y narradores á la imitacion y propagacion de los libros de caballería, cuyo tipo fué el *Amadis de Gaula*. Contando pues con lo expuesto, puede explicarse y concebirse muy bien que semejante extravío parcial debió ceder ante el ingenio de Cervántes y del espíritu satírico y de parodia que predomina en el *Quijote*, el cual es á la par el verdadero tipo de la sociedad española de su tiempo, contrapuesto á la facticia situacion representada por la exótica y loca idealidad de los Esplandianes y Palmerines, que por sernos tan extraños no hallaron un poeta privilegiado, un grande ingenio que, como el Ariosto, de las fábulas y tradiciones carlovingias produjese una de aquellas epopeyas célebres que atraviesan las edades. Y en efecto, ¿qué épocas, qué circunstancias de nuestra verdadera civilizacion retrataban los Amadises? ¿Qué tipo necesario y popular de ellos existió entre nosotros? ¿Cómo, sin él, pudieran dar mas resultados que serviles y disparatadas imitaciones? El caballerismo exagerado é inútil de los Amadises solo pudo representar á los hombres de corte cuya caricatura fué *Don Quijote*. Ademas, en prueba de que las expresadas fábulas no tenian el sello de nuestra verdadera y arraigada civilizacion, de que no salian de nuestras entrañas, basta considerar que, aun siendo nosotros los autores de ellas, obtuvieron mas boga y celebridad en los paises extraños. Así debió suceder en aquellos donde, por ejemplo, representaban recuerdos de un sistema civil y político, cuyos males y bienes habian experimentado muchos siglos. Aceptadas estas conjeturas, fácil será adivinar la causa de ser tan corto el número de romances viejos tradicionales que poseemos, cuyos asuntos provengan de las crónicas caballerescas bretonas, carlovingias y greco-galas. Algunos mas aceptamos de las segundas, sin duda, porque respiran odio, guerra sin fin contra los moros; y porque presentan la parte que en ella tuvieron los franceses y la rivalidad de gloria entre naciones fronterizas, que existe siempre por mas que los intereses y creencias sean parecidos. La crónica latina de Turpin, cuyo autor, procedencia y época son inciertos, ya se la tenga por original, ó ya por resúmen y reunion de tradiciones populares, fué el manantial de donde despues surgieron tantas fábulas históricas como se ven en los libros y poemas que tratan de Carlo-Magno. Escrita en sentido monacal, llena de aquellas supersticiones y de aquellas ficciones piadosas que desarrollan el fanatismo, ó el vigor de las almas para esperar la victoria de Dios, ó para tranquilizar la conciencia en la hora de la muerte ó del martirio, no solo fué simpática al pais donde nació, sino á toda la Europa empapada en la fe y creencias que promulgaba. Así es que, á pesar del espíritu feudal que ella respira, por el religioso y devoto que contiene, la prohijamos, mas que á otras, para servir de texto en nuestros romances, y de elemento con que inventar en Bernardo del Carpio un héroe español que contraponer al Roldan de los franceses, y aun tal vez para desfigurar á nuestro Cid, tan noble, tan puro y tan español en su primitiva esencia, tan solo una vez desmentida, pero con muy justa causa, cuando desterrado, extrañado del reino, y separado de su rey, este quiso apoderarse de sus

conquistas en Valencia y cobrar los tributos que el Cid por su cuenta y á su costa y expensas habia ganado.

Si difícil nos ha sido construir un sistema conjetural acerca del influjo y de la parte que tuvo el espíritu de la poesía caballeresca feudo-oriental sobre nuestra literatura, no lo será ménos entrever las causas por qué los paises del Norte, ántes que nosotros, se apropiaron las fábulas y la mitología del Asia (15). Los romances moriscos, que nos parecen el resúmen de la poesía arábigo-hispana, son muy posteriores, no solo á los libros caballerescos franceses y á algunos poemas italianos de su clase, sino aun á los romances cuyos asuntos de ellos aceptamos (16).

(15) La invasion de las tribus caucasianas, setenta y tres años ántes del nacimiento de Jesucristo, bajo las banderas de Odin Sigeo, habia empezado á orientalizar el norte de la Europa, que ante la inteligencia superior y las armas vencedoras de aquel caudillo aceptó una religion llena de entusiasmo, que participaba mucho de las creencias y de la imaginacion asiática. Pero como la base de las modificaciones aceptada por los pueblos escandinavos se fundaba en un estado salvaje, idólatra y sin cultura de ninguna especie, el espíritu oriental obró de otra manera, y produjo efectos diversos que los que el mismo espíritu creó en los tiempos feudales y cristianos. Séase lo que se quiera, y mírese la cuestion bajo cualquier aspecto, la Europa cristiana, sin la invasion de Odin, anterior á Cristo, sin las cruzadas y sus efectos, como lo ha dicho y probado M. Vilemain, estaba predestinada á aceptar en su literatura, en sus costumbres y en su civilizacion, los elementos del espíritu del Asia. Los libros sagrados, los Evangelios, ¿qué eran sino obras propagadas desde el seno del Oriente? ¿Y cómo los pueblos habian de rehusar aquello mismo con que se educaban, aquello mismo que creian y adoraban?

(16) Difícil, si no imposible, será explicar cómo habiéndonos visto en contacto inmediato con los árabes mucho tiempo ántes y algunos siglos despues que las otras naciones; cómo habiendo vivido entre ellos la inmensa mayoría de la antigua nacion; cómo habiendo esta aceptado la lengua de sus conquistadores, asistido á sus escuelas, estudiado sus libros y participado de sus costumbres, solo tal vez en los palacios de los reyes cristianos, y no en la poesía popular, se hallan algunos vestigios de la ciencia que los moros cultivaban. Sin embargo, esta es la verdad, si documentos perdidos para nosotros no aparecen para desmentirla (*). ¿No es, por ejemplo, un fenómeno increible que los libros sanscritos de la India, tan conocidos de los árabes, no los recibiésemos de ellos por medio de los cristianos muzárabes, sino que se nos comunicasen por conducto de traducciones ó imitaciones confeccionadas en el norte de Europa? ¿Será que aquellos cristianos se olvidasen ó desdeñasen el latin degenerado y el romance bárbaro que se hablaba en las montañas de Astúrias y de Leon? Aunque extraño, no es ménos cierto que hasta muchos años despues que comenzó el siglo XV, no se hallan en nuestra literatura popular profundos vestigios de aquella poesía tan brillante en color, tan rica, pródiga y risueña en imágenes, tan audaz en metáforas y comparaciones, tan llena de ensueños dulcemente melancólicos vagorosos y aéreos, y tan ferviente y luminosa como el sol que domina el suelo donde nace. Verdad es que cuando trasportada del Oriente á Francia é Italia por los cruzados, se inoculaba en los libros caballerescos y en los poemas de los troveras, nosotros aceptábamos aquella parte metafísica y sutil que se introdujo entre los trovadores catalanes y provenzales. Imitáronla felizmente los poetas cortesanos del rey D. Juan II de Castilla; pero la rechazaron los cantores del pueblo. Miéntras la gente del comun oia y escuchaba en boca de estos últimos los romances viejos, la trompa del Dante, la lira del Petrarca no tenian eco fuera del palacio de los reyes ó del círculo de sus grandes y cortesanos. Los libros de cuentos y fábulas sanscritas, trasmitidas por los antiguos persas idólatras á los modernos mahometanos, pasaron á los árabes, que los refundieron y adaptaron á su nueva religion y costumbres. Esta clase de literatura se introdujo en el Occidente por medio de traducciones ó remedos hechos en griego, hebreo ó latin. El Pantchatantra indio, conocido por el título de *Fábulas de Pilpay* ó *Bidpay* y por el de *Calila y Dimna*, pasa por dichos trámites, y su traduccion ó imitacion latina la publicó el judío converso Juan de Capua, en el siglo XIII. De esta traduccion obtuvimos la castellana en el *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*, impresa en Búrgos, año de MCCCCXCVIII. Sospéchase ademas que existe en el Escorial un códice del dicho siglo, que es una traduccion del *Calila Dimna*, hecha sobre otra en latin, anterior bastantes años á la de Capua. Tenemos pues una prueba de que en este tiempo nuestros sabios conocian las fábulas sanscritas, ya que no por conducto directo de los árabes, sí por el indirecto de las otras naciones de Europa. Extraño es que ni aun así se vulgarizasen y popularizasen en España. Pero aun hay mas todavía: ántes que en otra parte, poseimos en latin una traduccion ó coleccion de dichas fábulas. El rabino español Moises Sephardo, natural de Huesca, llamado despues de converso Pedro Alfonso, cuyo padrino de bautismo fué el rey D. Alfonso VI, escribió una coleccion de cuentos orientales con título de *Disciplina clericalis*, de la cual se aprovecharon los novelistas y poetas extranjeros, sin que ni directa ni indirectamente produjese en España el mas leve síntoma de aficion popular á este género de literatura, si no que por tal se tengan las lejanas é indirectas imitaciones de ella que produjeron en el siglo XIV al conde

(*) Acaso pudiera inducir á creer en un sistema poético propio de los españoles-árabes, la existencia de algunos libros escritos en caractéres árabes, que se supone haber en la biblioteca del Escorial. Ninguno de ellos he visto ni conozco; pero sí uno de igual clase que pertenece á la biblioteca Nacional de Madrid, el cual es un poema de Josef, el hijo de Jacob. Está escrito en versos de la misma clase que el poema del Cid. El texto bíblico se halla convertido en fábulas del Alcoran. Inverosímil fuera, pero podria tambien decirse que los árabes y moros venidos á España eran tan ignorantes cuando la ocuparon, ó poco ménos, que los españoles, en cuyo caso aun pudiera creerse que estos aceptaron de aquellos su poesía, tan poco poética; pero ¿y despues que establecidas las escuelas árabes de Córdoba, etc., los españoles las frecuentaron?

En los históricos primordiales nada de árabe se percibe, nada de oriental, y son tan puramente castellanos, tan sencillos y sin brillo ni colorido poético, que solo tienen de poesía en su construccion material el número de sílabas y la rima imperfecta que se les percibe. La mayor parte de ellos, excepto los fronterizos, ni aun siquiera tratan de las guerras contra los moros. Fuera de dichas causas hay otras muy poderosas, que sin duda nos impidieron crear una poesía análoga á la que transpira en los libros caballerescos. Pudiera esto atribuirse á las diferentes circunstancias que presidian en la guerra que haciamos á los moros, y las que impelieron los pueblos feudales á intentar la conquista de la Tierra Santa. Igual era el motivo religioso y devoto que incitaba la lucha; pero nosotros peleábamos *pro aris et focis*, miéntras los cruzados, seguros sus hogares, los dejaban como aventureros para adquirir extrañas tierras, para enriquecerse, ó para morir absueltos de los pecados cometidos, y de los crímenes que cometer se prometian. Los cruzados dejando atras la servidumbre iban á buscar esclavos; nosotros aspirábamos á no serlo : aquellos querian gozar ; nosotros dejar de padecer. Trasladados los unos desde ásperos climas á las magníficas regiones de la Siria que los contrastaban, recibieron directamente los influjos de aquel suelo feliz, observaron su rica naturaleza, imitaron sus costumbres y su lujo, aceptaron en gran parte sus ideas, y hasta su poesía se apropiaron. Amarrados nosotros al suelo natal reducido á un pequeñísimo círculo ; obligados á amurallarlo con nuestros pechos, á ensancharle lentamente y á costa de sangre ; atentos á conservar lo ganado y á recuperar lo perdido, en ello y no en imitar el lujo, ostentacion y cultura de los enemigos, teniamos que emplear el tiempo y las fuerzas. Los cruzados al fin, aunque vencidos fuesen, tenian detras de sí su vieja patria,

Lucanor y á las poesías del arcipreste de Hita, que se redujeron á circular, no entre el pueblo iletrado, sino entre los hombres cultos. Hasta en el siglo XVI se nota entre nosotros la escasez de las fábulas orientales, y las pocas que obtuvimos fuéron meras traducciones de los novelistas italianos, observándose ademas que hasta el siglo XIX no logramos mas de una sola y única traduccion de las célebres *Mil y una noches*, que en el anterior ya corrian la Europa entera. Cuanto mas se examina la propuesta cuestion sobre las causas de que recibiésemos tan tarde é indirectamente el influjo de las fábulas sanscritas, viviendo, como viviamos al lado de un pueblo de una raza oriental, mas difícil es el adivinarla. ¿Será que los cultos árabes españoles despreciaron ó desconocieron una literatura tan acomodada á su carácter, como extendida y cultivada entre sus hermanos y correligionarios del Oriente? ¿Será que ni entre aquellos ni entre nosotros se escribieron los cuentos y novelas, ni las poesías de aquel género, y que solo se conservaron oralmente? Pero ¿cómo pudo asi suceder, si son tan amenas, tan divertidas, tan simpáticas con el espíritu humano, tan llenas de creaciones maravillosas, tan dulces y entretenidas, que una vez lanzadas entre el pueblo, es imposible que este no las acepte con entusiasmo? Yo me acuerdo que en mi niñez, en mi edad adulta, y aun ahora en mis viejos años, oia y oigo en boca de las ancianas rudas una multitud de estas narraciones, con un inmenso placer, y que aun excitan mi anhelosa curiosidad. Pero ¿en qué tiempo nacieron? ¿cuándo se popularizaron? ¿por qué no se convirtieron en romances, ni se han escrito? ¿por qué solo se conocen por tradicion oral de abuelos á nietos? Eso es lo que yo no sabré decir; mas afirmaré desde luego que hay algunas muy antiguas, en extremo antiguas, y que no se halla de ellas vestigio en libros, ni en códices, ni en documento escrito. ¿De dónde nos vino el cuento de la reina convertida en paloma? De dónde el del negro Gafitas de la Luz, cuya amada, perseguida por sus padres y sometida á trabajos imposibles, llamaba á las aves, que con sus lágrimas lavaban y con sus picos planchaban la ropa que la jóven debia preparar? El primero parece un remedo de un cuento árabe, y el segundo una imitacion del episodio de Psichis y Cupido. Pero hay otros muchos de cuya sustancia me acuerdo, y que á pesar de mi mucha lectura y de mis investigaciones porfiadas, no me ha sido posible hallar los tipos originales de que proceden. Varias veces he intentado formar una coleccioncita de ellos; pero me ha desviado de esta idea la de que no podia prescindir de mi propio pensamiento, y que entónces mi obra sería poco ménos que inútil al fin á que aspiraba. Y en verdad esta obra no contendria de antiguo y genuino mas que el argumento de cada narracion; pero ¿y el estilo? Y los incidentes? Y los accesorios? ¿A qué modelos acudiria para imitarlos, cuando se ignora hasta las épocas de donde proceden los originales? Narrar estos cuentos como lo hacen las ancianas, sería tener que repetirlos de mil maneras diferentes, pues aunque en sustancia el asunto esencial de cada uno sea el mismo, en los accesorios y en la expresion, cada persona que los cuenta se constituye en autora, y quita ó añade, ó tergiversa los hechos y las formas; rehacerlos á mi modo, seria producir una obra mia, y privada del interes y espontaneidad antigua que los pudiera hacer interesantes como populares y documentales. Lo mejor parece pues renunciar á una empresa tan difícil, y asi lo hago.

y nosotros no vencedores careciamos de asilo, perpetuábamos la esclavitud que nos oprimia ó amenazaba.

Todo cuanto va expuesto, aunque en parte sea conjetural, es sin embargo producto de un estudio comparado de la historia y de la literatura de aquellos paises cuya lengua conozco. Acaso lo que digo respecto á la de nuestra patria pudiera comprobarse, observando que luego que cesaron las circunstancias que impidieron el desarrollo de cierta clase de ideas; luego que poseimos tranquilos el pais donde recibimos el sér; luego que, aun olvidada la libertad política, empleamos el vigoroso impulso que nos diera en cultivar las ciencias y las artes de imaginacion y de lujo, no solo entramos de lleno en la senda que ántes desatendimos, sino que igualamos y aun excedimos á las demas naciones que en ella nos precedieron. Nuestro pais en los siglos XIII y XVI no tuvo que envidiar á otro ninguno en cultura, en civilizacion, ni en poderío.

Las secciones de este *Romancero* son:

Primera. La de caballerescos sueltos y varios. Es la mas interesante, porque casi toda se compone de romances de época tradicional; porque se aproxima mas al orientalismo que recibimos inmediatamente de los árabes; porque aun así carece de pretensiones literarias; porque expresa bien y sencillamente las pasiones íntimas y las creencias populares; porque está libre de exageracion y de amplificaciones estudiadas; porque es mas dramática que las otras, y en fin porque conserva ciertas tradiciones de creencias orientales que proceden, ó han dado orígen á aquellos cuentos maravillosos, que en el hogar doméstico entretenian largas horas á nuestros antepasados. Algunos de sus romances son quizá los únicos vestigios en que se presenta mas puro y ménos modificado aquel espíritu narrador, aquella necesidad, tan irresistible entre los pueblos del Oriente que carecen de teatro, de pasar las largas horas de la vida escuchando cuentos poéticos que las hagan apacibles. La mayor parte de ellos parecen fragmentos de largas historietas que no han llegado completas á nuestra época, si no que sea en las fábulas orales, que las ancianas suelen referir aun á los niños y gente crédula: fábulas en todo muy semejantes en su esencia y en sus formas á los cuentos maravillosos que los árabes nos han trasmitido, como los aceptaron de otros pueblos mas antiguos del Asia.

Segunda. La de los romances de los libros caballerescos que tratan de los Galogrecos. Los tres primeros solamente se refieren á Amadis, y pueden tenerse como compuestos en la primera mitad del siglo XVI. Es muy extraño que habiéndose difundido tanto la lectura de estos libros, sean tan pocos los romances viejos que se compusieron sobre ellos. El resto de los de esta seccion son de muy poca importancia bajo el aspecto histórico y literario: su utilidad se ciñe á conservar fábulas y tradiciones que se perdieran por la escasez y rareza de los libros donde están consignadas, y que contienen datos para juzgar de una época de nuestra literatura.

Tercera. La de asuntos tomados de las crónicas bretonas. Solo hay en ella tres romances: dos de Lanzarote y uno de la interesantísima novela de *Tristan de Leonis*, tan bella, tan apacible, tan sentimental, como la de Lanzarote es alegre, picante, festiva y profana. De estas composiciones ninguna, tal como es, parece anterior al siglo XV. Las fábulas del Santo Grial, de Artus, de Merlin, de Isaías el Triste y de otros muchos: fábulas amenas, divertidas, maravillosas y llenas de interes, que casi desde el siglo X llenaban la Europa, no nos suministraron, que sepamos, siquiera un romance; sin embargo de que algunas las teniamos traducidas é impresas ántes de acabar el siglo XV. Quizá esta clase de ficciones no simpatizaba con el carácter serio, grave y profundamente devoto que nos

era propio, ni teniamos preparada la imaginacion para recibirlas, ni para combinar en ella los encantamientos del demonio con los milagros y brujerías. Pero ¿y despues? ¿Por qué ni aun los libros traducidos ó imitados se vulgarizaron? Por qué no se reimprimieron, y por qué se han hecho los artículos mas raros de nuestra bibliografía? Fuera del Lanzarote, el Tristan y el Baladro de Merlin, no hemos visto trasladada al español ninguna de las crónicas caballerescas de la Tabla redonda.

Cuarta. La de las crónicas de los francos ó carlovingias, que trata de los hechos fabulosos de Carlo Magno y los Doce Pares. La *Crónica de Turpin*, el libro de *Los linages reales de Francia*, el de *Los cuatro hijos de Aymon*, el de *Reinaldos de Montalvan*, el de *Los encantos de Maugis*, y otros diferentes, han dado asunto al corto número de romances viejos hechos por los juglares que poseemos sobre tales fábulas: tampoco puede atribuirse ninguno, tal cual existe en su actual redaccion, á un tiempo mas remoto que la primera mitad del siglo XV, aunque una parte de las fábulas de la primera, y sus continuaciones, está consignada en la *Crónica de Ultramar*, que mandó redactar Alfonso X, el Sabio (17).

Quinta. Esta seccion de romances caballerescos, cuyos asuntos se han tomado de los poemas italianos, pertenece tambien al mismo ciclo histórico fabuloso que la cuarta, cuyos originales aceptaron los ingenios de Italia para componer el infinito número de epopeyas que nos han legado. Nuestros romances de esta clase se apoderaron de los hechos que en ellas se refieren, especialmente del *Orlando furioso* de Ariosto, imitando la parte seria y desechando lo festivo, jocoso é irónico que contiene. Todos pertenecen al último tercio del siglo XVI, ó á los primeros años del XVII.

Sexta. Contiene los romances en que se trata de satirizar ó caricaturar los de las series anteriores.

OBSERVACIONES GENERALES

SOBRE LOS ROMANCES HISTÓRICOS.

En extremo interesante es esta serie de romances, considerándolos como orígen de la poesía popular, si no es que se la posponga en prelacion á las composiciones caballerescas. Los romances históricos importan mucho para el estudio de la historia particular, literaria, política y filosófica de nuestros mas remotos tiempos, pues apénas en otra parte se hallan vestigios del sentimiento íntimo de la incipiente sociedad que los produjo. Hubo uno en que los romances viejos, obra del pueblo, ó de los juglares por su espíritu inspirados, sirvieron de comprobantes y de texto á las crónicas, tanto que en la *General de España*, atribuida á Alfonso X, el Sabio, en la del Cid, en la del rey Don Rodrigo y en otras se hallan débilmente convertidos en prosa; y hubo otro en que las crónicas dieron

(17) Las series de libros caballerescos contienen una multitud de novelas interesantísimas, de que no tenemos romances antiguos, pero sí cuentos é historietas importadas de Francia, aunque se pretenden calificar como obras de ingenios españoles. La historia bellísima y tierna de *Flores y Blanca Flor*; las apacibles y devotas de *Genoveva de Brabante* y de *Pierres y la linda Magalona*; la maravillosa de *Clamades y Claremunda*, y otras muchas de su especie, forman una numerosa biblioteca, en la cual se echan ménos, sin embargo, otras infinitas, como son la historia de *Hugon de Burdeos y Oberon, rey de las hadas*; la de *Guarino de Monglabe*; la de *Guarino el Mezquino*, etc., etc. En desquite de las que nos faltan, hay un libro caballeresco *sui generis*, que no puede colocarse en ninguna de las series conocidas, y que por ser puramente de invencion nuestra, es inexplicable que no haya prestado asunto á nuestros trovadores del siglo XV. Se duda si el *Tirante el Blanco* se escribió primero en catalan ó en castellano; mas si se atiende al espíritu que en él domina y el giro de las ideas que contiene, mas parece un libro hijo de los narradores lemosinos, creacion del ingenio feudalizado de los trovadores, que no obra de la moda facticia que produjo los Amadises.

el asunto y fuéron el modelo á los poetas. En ambos casos, pero mas en aquel, estas composiciones, ya originales ó imitadas, nos han conservado los hechos, tradiciones y creencias que germinaban, crecian y se animaban al calor de las masas populares, y que retrataban sus poetas rústicos, sí, pero saturados del espíritu que les influia. Faltos de color, de brillo, de imaginacion, de facilidad en el lenguaje, de órden lógico en la expresion de las ideas, y de enlace en la frase y en los pensamientos, nuestros romances de la época tradicional, que aun no siendo primitivos se acercan mucho á los originales de esta clase que les servian de pauta, ó en que solo algunas variantes se introdujeron, tienen un carácter particular, una tendencia firme y vigorosa, propia de los tiempos rudos en que nacieron, y el sello de una fe ciega, de una idea fija que se prosigue y continúa hasta con terquedad; que no se discute, porque se cree; que se defiende hasta el martirio, porque se ama; y en fin, que mas que un tesoro se conserva, porque suele ser la esperanza animadora y vivificante de todo un pueblo. Ajenos estos romances de toda pretension literaria, rimados solo para que mejor se imprimiesen en la memoria, ni han llegado á nosotros cuales fuéron en su primitiva redaccion, ni existen en ningun códice, que sepamos, anterior al siglo XVI. Los romances viejos, reformas de los primitivos, tales como los poseemos, pocos parecen anteriores á la segunda mitad del siglo XV, aunque es de presumir que muchos de ellos tienen su orígen en otros de tradicion oral, mucho mas antiguos. Sin embargo la presuncion no pasa de serlo, pues no puede documentarse, aunque el sentimiento íntimo que deja el análisis de los pensamientos, formas y estilo de estas composiciones lo puedan moralmente persuadir, y mas si se atiende á las muchas locuciones y palabras y aun fragmentos que allí se conservan de un lenguaje y de un tipo mas antiguo que el que corresponde á la época en que se presume hecha la supuesta reforma. Trasmitidos á nosotros de memoria, y sin escribirse, deben por lo mismo haber experimentado alteraciones propias de cuanto se confía á ella (18.) El juglar ú hombre del pueblo, inventor ó improvisador de un romance, hoy lo cantaba de un modo, mañana lo alteraba, ó lo añadia, ó lo cortaba; y el pueblo y los otros juglares que lo oian, al repetirlo, lo cambiaban á su antojo, llenando los huecos de lo que le faltaba á la memoria, como Dios ó su ingenio les daban á entender. Tal sucedió sin duda con esta clase de composiciones, que, pasando de boca en boca, hubieron de modificarse mas ó ménos prontamente, segun las costumbres y el idioma se alteraban. ¿Y cómo no habia de ser así, si aun despues de escritas é impresas, al copiarse ó reimprimirse, cada copiante ó editor, á pretexto de corregirlas ó completarlas, se creia autorizado á glosarlas, ó á lo ménos á modernizarlas? No igual fué la suerte de los romances sobre asuntos de las crónicas, los cuales se escribian ó imprimian desde luego. Esta moda de remedar los viejos cuando ya el pueblo, falto del espíritu vivificador que le animaba, y separado de los intereses públicos, ni los hacia para si, ni tenia sus poetas peculiares que lo hiciesen : esta moda, deci-

(18) Ningun códice anterior á la segunda mitad del siglo XVI hemos visto que contenga romances primitivos ó viejos; ningun impreso de la primera, sino el *Cancionero general*, de 1511, donde se hallan; los que hay en él son pocos, y aun en su mayor parte no pertenecen á la época tradicional, sino á la artística del siglo XV. El *Cancionero* es una antologia dedicada á imprimir las obras de los poetas cultos y cortesanos que florecieron en los tiempos de Juan II, de Enrique IV, y en particular de los Reyes Católicos; por eso, sin duda, Hernando del Castillo, que lo publicó, no hizo aprecio de las composiciones populares. Estas no hallaron cabida ni en códices, ni en impresos que conozcamos, hasta que, segun se dice, recogidas de la tradicion oral, se publicaron poco ántes y poco despues de mediar el siglo XVI, en pliegos sueltos, ó en colecciones como el *Cancionero* y la *Silva de Romances* (*).

(*) Exceptuaríase de esta regla general el códice todo de romances, de cuyas reminiscencias se formaron los de la *Infanta de Francia* y el *Príncipe de Ungría*; pero no nos atrevemos á hacerlo porque se ha perdido, y éramos cuando lo examinámos demasiado jóvenes é imperitos para poder juzgar con buen criterio de su antigüedad.

mos, nació á mediados del siglo xvi, y los autores de tales composiciones (19) afectaban, sí, el estilo, lenguaje y ruda expresion de los romances primitivos y de los viejos de tradicion oral; exageraban sus barbarismos y solecismos, pero los despojaban de la sencilla espontaneidad propia de los originales. A pesar de todo, los romances de que vamos tratando, por mas que hayan sido alterados, presentan medios muy á propósito para penetrar y discernir, mejor que en las historias oficiales, el carácter moral y social del pueblo que los creó y trasmitió, y que luego los aceptó reformados y alterados segun lo exigia el espíritu progresivo de la civilizacion que alcanzaba. Los romances viejos populares y sus imitaciones popularizadas, debieran ser los elementos de nuestra epopeya nacional, si nos fuese posible alcanzarla, porque allí se contenia, como dijimos en otra parte, toda la ciencia, la fe, los hábitos y costumbres del pais, formadas en el trascurso de muchos siglos, y arraigadas en los corazones; porque allí se veia el pueblo pintado á sí mismo, y retratados en los hechos sus sentimientos y sus glorias; porque allí se le presentaba su civilizacion, y porque era el medio único que tuvo de conservar en la memoria, con lenguaje y formas al alcance de su inteligencia, aquellos hechos y virtudes que amaba recordar, y aquellos vicios que deseaba contener ó castigar. Estos elementos de un gran poema, cuyos semejantes formaron los de otros paises y naciones, comenzaron á germinar desde los primeros tiempos de la semi-monarquía asturiana, y se completaron en el último tercio del siglo xvi, en cuya época, en vez de una epopeya, produjeron el teatro nacional, que Lope de Vega adivinó y realizó por el pueblo y para el pueblo. El instinto y el ingenio de este gran poeta abrieron el camino que tenian obstruido los eruditos y los trovadores que imitaban una literatura de orígen extraño; y la inspiracion popular se apoderó del arte, de la riqueza de la lengua, del colorido poético, y de todos los adelantamientos y modificaciones que habiamos adquirido y experimentado en nuestra sociedad. Desde entónces los romances reconquistaron su tipo característico, y se convirtieron en drama, como las rapsodias de los griegos se hicieron epopeyas; desde entónces los juglares y cantores se cambiaron en comediantes, y corrieron las ciudades, villas, lugares y aldeas, representando farsas y dramas, cual habian recitado y cantado los romances.

Pasemos á exponer el método y órden adoptado en el *Romancero* de los históricos.

Se han dividido, segun los asuntos de que tratan, en secciones, y estas en épocas históricas, cuando lo admiten.

Comprende la primera seccion los romances referentes á la historia sagrada. Es muy escaso el número de los viejos tradicionales que aquí se hallan.

La segunda es la de los tiempos mitológicos. Está dividida en la época griega y la romana: las composiciones pertenecen casi todas al último tercio del siglo xvi, es decir, á la época artística.

La tercera seccion contiene los romances concernientes á la historia de Asia y las dos Grecias, con los que versan sobre dichos y hechos de algunos filósofos: igualmente corresponden sus composiciones á la misma época que las de la anterior.

La cuarta concierne á la historia de Roma, y está subdividida en estas épocas: la de los primeros reyes romanos, la de la República hasta las guerras Púnicas,

(19) Lorenzo de Sepúlveda, Timoneda y otros de su clase crearon ó siguieron esta escuela, que seguida por otros mejores poetas del siglo xvi produjeron algunos, y aun puede decirse que muchísimos, de los mejores romances del Cid.

la de dichas guerras hasta la destruccion de Numancia, la de las guerras civiles hasta su fin, y la del Imperio Romano. Poquísimos romances viejos existen en ella. Los imitados ó formados por poetas de la última mitad del siglo XVI, son casi todos malos é hinchados, sin que por eso dejen de ser útiles á nuestro plan, pues conservan tradiciones populares. Los romances de esta y de la segunda y tercera seccion son en general tan viciosos, tan faltos de buen gusto y tan pedantescos, que á no ser porque entraba en nuestro plan el documentar todas las fases por donde pasó nuestra literatura popular ó popularizada, se deberian haber omitido del todo. Nos pesa gravemente la culpa de haberlos prodigado en demasía, sin mas motivo que el de ser raros y escasos los libros donde se hallan.

La quinta seccion, relativa á la historia de España desde los godos hasta despues de mediar el siglo XVII, está dividida en tantas épocas como soberanos ha habido. En la que corresponde á cada uno se ponen los romances que tratan de los hechos, generales y particulares, acaecidos durante su dominacion. Despues de las épocas de los godos se siguen las de los reyes de la raza asturiana directa, y allí se colocan los romances de Bernardo del Carpio, de los condes de Castilla, de los Infantes de Lara, del Cid, de Garci Perez de Vargas, de Don Alvaro de Luna, etc., y mas adelante los de las guerras de Granada, con los de los hechos de Pulgar, de Garcilaso de la Vega, de Abindarraez y Narvaez, de los maestres de Santiago y de Calatrava, y de muchos valientes moros que, aun despues de vencidos en la guerra, todavía combatian en batallas singulares con los caballeros cristianos. En esta seccion se comprenden ademas los romances que versan sobre hechos contemporáneos á ellos : tales son los de las guerras contra los moriscos de las Alpujarras, y las de Cárlos V y Felipe II contra los turcos. Entre estos se hallan los de la conquista de Tunez, los de la Santa Liga, y de la batalla de Lepanto, etc. Los mas interesantes que hay en esta seccion son sin duda los viejos, que narran las incursiones que mutuamente hacian los alcaides y soldados en los territorios fronterizos que guardaban. Su mayor parte puede considerarse compuesta por los que intervenian en las acciones de guerra, y en los tratos mutuos que se hacian, y que comunicados directamente por ellos á los juglares, despues de metrificarlos los propagaban en toda la nacion.

La sexta se compone de romances que se refieren á diversas épocas de las crónicas de los reyes de Castilla y de Leon, y que por no haber llegado á nuestra noticia las tradiciones que refieren, no hemos podido colocarlos convenientemente en ninguna de las conocidas. Todos ellos corresponden á los que calificamos como primitivos, ó á la clase de los viejos, en que aparecen reformados.

La sétima, octava y novena corresponden á las dinastías de Navarra, de Aragon y de Cataluña, que abundan en romances viejos. Se han colocado estas últimas aisladas de la sexta, y entre sí, porque no interrumpan unas á otras la marcha de los hechos particulares á cada una, causando mas confusion de la que resulta ahora por el órden seguido.

La décima contiene los romances que tratan de asuntos de paises extraños : v. gr. de la historia de Portugal, de Italia, etc.; entre los cuales hay algunos viejos y muy interesantes.

A diferencia de los caballerescos españolizados, considero los viejos romances sobre la historia española de la edad media, como los solos originales y libres de toda imitacion extraña, inclusa la que pudiera venirnos de los moros. A esta solo pertenece un corto número, ya de los novelescos, ó ya de los semi-históricos, que tratan de las guerras contra los moros de Granada. Aun los que desde principios á fines del segundo tercio del siglo XVI remedaron á los antiguos, participan de la ventaja de ser puramente nacionales, pues su imitacion recayó sobre

lo que nos era propio, y excluia todo lo que era extraño. Los romances posteriores á este tiempo, producidos por poetas de profesion, cuyos asuntos pertenecen á épocas mas remotas, no son el espejo que las refleja, no son los que las caracterizan. Desviados en sus formas, en sus ideas y en su expresion; cargados de adornos poéticos y declamaciones oratorias, ni aun puede decirse que se propagaron en general entre el vulgo, sino en corto número. Sin embargo son interesantes como expresion moral de su tiempo, como tristísima prueba de la decadencia y marasmo á que caminaba rápidamente la nacion mas grande, mas extensa y mas poderosa del globo. No se crea por eso que todos los romances de la citada época participan de los mismos síntomas que los dedicados á enmascarar con nuevo colorido los asuntos y hechos de nuestra antigua historia. Aun en los tiempos de Cárlos V y de Felipe II, obteniamos glorias que impresionaban á los pueblos, y cantos que sin mengua aceptaban. Los que celebraban las victorias obtenidas en Nápoles, las de Pavía, las de Tunez, las de Alemania, las de San Quintin, las de las Alpujarras, las de Lepanto, encontraban aun simpatías entre el vulgo, aunque oscurecido y despreciado. Todavía guardaba íntimos recuerdos de su antiguo poder: todavía se gozaba en oir ensalzado y proclamado el valor español. Del seno de su patria salieron los grandes hombres y los valientes soldados que conquistaron un nuevo mundo, los vencedores de la Europa y de los enemigos de la religion. Aunque apartados de sus familias los que peleaban en remotos paises, hijos eran de españoles, y españoles tambien. Hé aquí por qué los romances populares sobre las épocas de Cárlos V y Felipe II son para ellas lo que fuéron para la suya los viejos y primitivos; hé aquí por qué no los he desechado en un plan mas extenso y trascendente que el que se ciñe á los orígenes de la historia y de la poesía. Dia vendrá en que los siglos XVI y XVII lleguen á ser tan antiguos para los venideros, como ahora lo son para nosotros los anteriores, y en que las sucesivas generaciones procuren indagar el estado social que los constituia. Entónces los trabajos que les trasmitamos facilitarán los que se propongan hacer. Las antiguas colecciones, aunque publicadas sin órden, sin método, sin crítica y sin pretensiones filosóficas, nos han servido á nosotros, y las que hagamos serán tambien útiles á los que nos sucedan.

Bien sea el espíritu de reaccion, ó bien la esterilidad actual del ingenio, los que hayan producido la mirada retrospectiva hácia los siglos medios, al cabo de algunos mas volverá á reproducirse la misma necesidad que ahora existe. Prevenir para entónces los medios de satisfacerla, es una de las causas que mas influyeron para que se emprendiese un trabajo tan árido, tan sin gloria, y cuya utilidad no será conocida en nuestros dias. Si he sido largo y prolijo en la exposicion de mis ideas, si pródigo en los materiales que he reunido, cúlpese al pensamiento de que nada sobra cuando se trata de conservar lo pasado para ilustrar lo venidero.

OBSERVACIONES

SOBRE LOS ROMANCES VULGARES.

Luego que por la completa expulsion de los moros faltó en España el inmediato estímulo de gloria nacional, y los trovadores que la cantaban; luego que completamente fué ahogada la libertad, una parte del pueblo ántes magnánimo y generoso dejó de ser lo que fué en épocas mas felices. Envilecido y corrompido, aunque un tanto mas culto y ménos ignorante, por un despotismo que oprimiendo

el alma, lisonjeaba la pereza del cuerpo y la inaccion del entendimiento, apénas el español se atrevia á levantar sus ideas ni á usar de su inteligencia mas allá de lo que una terrorífica supersticion le permitia. Reducidos á una obediencia servil y pasiva, ¡desgraciado de aquel que levantaba su pensamiento una línea mas alto que lo que permitia una inquisicion política y religiosa (20)! Al punto á los piés

(20) La verdadera soberana de los pueblos es la opinion: la opinion es el resultado de las necesidades físicas y morales de los pueblos, es decir, de su modo de existir y de su fe. La necesidad de creer es invariable y constante, es una ley precisa de la naturaleza humana, es un instinto invencible; pero las formas á que se adapta para realizarse en cada situacion son variables. Todos los hombres creen y existen en todos los tiempos; pero ni creen lo mismo, ni existen del mismo modo, ni bajo las mismas formas. Las que generalizadas constituyen una actualidad de fe y un modo de existencia, forman la opinion, á la cual, bajo cualquier aspecto que se presente, no solo no pueden contrastar los grandes hombres que gobiernan á los pueblos, sino que tienen que obedecerla, y aun participar é identificarse con ella, y seguirla, y organizarla para su completo desarrollo, y para el tránsito á su abdicacion en manos de otra que ha de sucederla. Las sociedades existen bajo cualquiera modo de fe ó de gobierno, y solo son imposibles bajo el imperio del ateismo y de la anarquía, que excluyen toda ley, toda razon de órden social. Digo esto porque, al haber hablado, como lo he hecho, de nuestros antiguos gobernantes, no ha sido mi ánimo exagerar sus culpas. Vejado el pueblo castellano por los desórdenes de una aristocracia turbulenta, y lleno de fanatismo religioso; participando sus reyes de los mismos sentimientos, y siendo ademas ventajoso á sus intereses personales, fácil les fué minar la antigua constitucion, que el pueblo, sediento de paz y de reposo, les abandonaba: fácil les fué sustituirla con un poder arbitrario, y fácilmente organizaron la persecucion religiosa basada en los deseos y tendencias populares. Los Reyes Católicos y sus sucesores no hicieron, pues, otra cosa que respirar la misma atmósfera contagiada que el pueblo; que obedecer la opinion de sus gobernados; que participar de su fanatismo religioso, de su odio á la anarquía, de sus deseos de paz. Para lograrlas organizaron fuertemente el despotismo político y el espíritu perseguidor: levantaron el poder inquisitorial, y en cambio de la libertad política y del pensamiento dieron á sus pueblos el apetecido reposo. Verdad es que los males que prepararon sin preverlos fuéron muy superiores al bien que consiguieron; pero por de pronto, obedeciendo la opinion, lograron su objeto principal. Si Dios hiciera los gobernantes naturalmente superiores á sus súbditos en inteligencia como en poder, entónces no tendrian que someterse á las aberraciones de la opinion; entónces no se contagiarian de los errores populares, y entónces fueran verdadera y necesariamente soberanos. No pretendo por esto eximir de toda culpa á nuestros monarcas, pues si obedecieron á las circunstancias, tambien con exceso las explotaron en su favor; tambien su egoista personalidad tuvo mucha parte en los males que irrogaron al pueblo; tambien en provecho propio y daño universal abusaron de su poderío, y en vez de rectificarlos, extraviaron mas y mas los instintos populares. Mas ¿dónde existe un poder que no abuse de su fuerza? Dónde un gobierno, de cualquiera forma que se revista, que voluntariamente se imponga un contrapeso; que no lo rechace y sacuda? Dónde hay un pueblo que mas tarde ó mas temprano huyendo de un escollo no se estrelle en otro? ¿Que cansado de anarquía, no camine al despotismo, ó del despotismo á revoluciones que, para dejar de ser anarquía, han de ser dictaduras, ya cuando comienzan, ya cuando continúan, ya cuando acaban? Hombres libres, verdaderamente libres, no han existido nunca reunidos, si no se llama libertad á la obediencia pasiva y á la abnegacion de toda voluntad individual, comenzadas por la fuerza y continuadas por el hábito. La doctrina del derecho de las mayorías numéricas, aun suponiendo que no sea una fantasma en la práctica, no es otra cosa que la supresion de la libertad absoluta y activa de las minorías.

Abrase el libro histórico de las situaciones humanas, de los instintos de la naturaleza del hombre, y en todas partes se verá lleno de opresores y oprimidos que cambian de bandera cuando de situacion: en todas partes al que ayer pedia libertad y tolerancia, hoy alzar patíbulos y encender hogueras en nombre de la libertad y del amor al prójimo. Así es y ha sido hasta ahora la humanidad: el bien no se conoce sin el contraste del mal; la libertad no se percibe sino al lado de la servidumbre. La traslacion del poder arbitrario bajo una multitud de formas es el producto de todas las revoluciones: estas establecen categorías de vencedores y vencidos, como resultados de una lucha; miéntras esta dura, cada uno en su campo defiende su libertad, y abriga la esclavitud á su manera. Decidida, el vencido sirve al vencedor, el cual á su vez se cansa de la lucha; el cansancio produce el abatimiento; el abatimiento, la inercia; la inercia, la sumision pasiva, y la sumision pasiva entrega los pueblos al despotismo de uno ó mas hombres. Esto es todo lo que hasta ahora dice la historia, y me parece que lo dirá siempre; porque las leyes morales son tan constantes, tan inmutables en su esencia como las físicas. El justo medio se halla tambien en aquellas, pero como un tránsito, y no como un término de la humanidad; porque el ansia de mudar de estado es una condicion del movimiento que el hombre cree ejercer en línea recta sin fin, cuando solo es en un círculo, donde repite sus mismos pasos. Así la piedra lanzada por una fuerza extraña corre el espacio miéntras le dura el impulso, para caer á su centro cuando le falta aquella; así la sal disuelta en un vehículo, luego que esta se evapora, si tranquilo se le deja, vuelve á cristalizarse segun la afinidad de sus moléculas. Trastornar las leyes físicas, sería destruir el universo tal cual es; cambiar las morales, sería destruir la humanidad bajo sus condiciones de existencia: ni una ni otra cosa le es dado al hombre ejecutar, pero ni al mismo Dios le es posible, sino reduciendo el universo á la nada, ó formando otra nueva creacion. Dios podrá hacer un ángel del hombre, pero así ya el hombre no será sino ángel. El hombre podrá cambiar de manos la riqueza y el poder, y distribuirlos á su antojo momentáneamente; pero no formar una sociedad constante, donde todos sean iguales en fuerza, en talento, en ingenio, etc.; ni aunque se proponga suprimir los indi-

del audaz, ó del imprudente, surgia una hoguera que sofocaba sus ideas, que abrasaba sus escritos y que quemaba su cuerpo, haciendo rechinar sus carnes y

viduos á quienes la naturaleza aventaje ó deprima, y aceptar el ostracismo de los aventajados, como se inició en Aténas, y la muerte de los deprimidos, como en Lacedemonia.

Establecer la utopia de una igualdad absoluta entre los hombres, es ir contra las leyes de su naturaleza, es reducirlos al sacrificio de toda individualidad, es privarlos de toda libertad física y moral, es reducirlos á sus necesidades puramente instintivas, es matar su inteligencia, cuya condicion de desarrollo consiste en el indefinido poder de crear nuevas necesidades, y de combinar medios para satisfacerlas, apropiándose cuanto presenta la naturaleza para asimilarlo á la humanidad. El hombre reducido por una constitucion social de esta clase á no excederse de los instintos naturales de conservacion del individuo y de la especie, en esto solo podria emplear su trabajo, y entónces dejaria de ser inteligente y libre, y se convertiria la sociedad en una colmena. No sería ya hombre, sino abeja, sino puramente animal. ¿Será esto posible? No lo sé; pero el hombre es como el *Judío errante*, y tiene que andar siempre; puede trasportarse de la civilizacion á la barbarie, de la barbarie á la civilizacion; mas nunca pararse miéntras no mate toda individualidad, toda libertad, todo progreso, toda inteligencia. ¿Es este el punto á que se quiere reducir la especie humana? ¿Para lograrlo se derraman en nombre de su perfeccion ilimitada tanta sangre, tantos dolores? ¿Se ejercen tan diversas dictaduras y con tantos nombres para obtener una esclavitud perpetua; para llamar libertad á la mas omnímoda y forzosa negacion de ella; felicidad, á la escasez de los bienes; igualdad, á la extension de los males, y progreso, á la limitacion del uso de la inteligencia? Conducir la humanidad por tan errados caminos, puesto que el hecho de intentarlo éntre en las condiciones de la naturaleza, no me parece que entra el de conseguirlo, á no que sea posible convertir al hombre en puro animal, sometiéndole á la mas estúpida obediencia pasiva, á la tiranía mas ilimitada, coartando sus deseos con las facultades de satisfacerlos. A esto no creo que alcance el poder humano, mas no por eso son ménos reales y efectivos los dolores y trastornos que producen los conatos empleados en realizar esta idea. Lo digo y lo repito: profesando estas doctrinas, no me es posible acusar á nadie en particular del curso que se sigue actualmente para verificar una utopia, á mi ver, irrealizable. Estamos obedeciendo á la ley del movimiento que se impuso á la humanidad, de huir del mal presente sin cuidarse mucho del venidero; al irresistible deseo de cambiar de situacion, al de quitar la espina que nos hiere, siquiera nos clavemos otra que nos atormente mas, siquiera el arrancarla nos produzca mas grave y permanente dolor que el conservarla. La civilizacion actual, despues de llegar á su punto culminante, ¿se halla en el de su descenso? Gastada ya, ¿no puede compensar sus males con sus bienes? ¿No se basta á sí misma? Llevó la nivelacion individual á un punto de que no puede pasar sin destruirse? Llegó á corromperse sin medida, y la humanidad necesita quizás ya rejuvenecerse en la barbarie, en la fuerza brutal que haga sentir de nuevo ser necesario un poder moral que la contenga, y que, como millares de veces, surgirá ahora tambien de ella misma siguiendo los mismos pasos? La divina Providencia, que en otra época para sus altos fines se valió de los bárbaros del Norte, ahora parece que se inclina á tomar por instrumento las clases proletarias. ¿Y qué sucederá? Lo de siempre. La sociedad cambiará de formas, no de esencia: habrá en ella bienes y males diversamente compensados, habrá las mismas cosas con diversos nombres. Los cataclismos físicos y morales, si no producen una nueva creacion, se reducen solo á modificar las formas de la antigua, obedeciendo á la ley providencial que las asignó su época necesaria. Solo cesarán cuando Dios en su mente lo haya decretado, cuando el bien y el mal dejen de ser condicion el uno del otro; cuando el mundo y el hombre dejen de ser lo que son, y se conviertan en otra cosa; cuando este se cambie en ser puramente contemplativo, en quien el hábito inutilice el uso de la libertad, y la perfeccion la necesidad del progreso. Miéntras así no sea, miéntras el mundo no se convierta en cielo, miéntras la contemplacion de Dios no absorba todas las facultades del hombre, miéntras este no se despoje de la condicion terrenal con que en el mundo existe, siempre en desigual lucha entre el bien y el mal, caminará por las mismas vias. La suma del bien y del mal es, como la de la materia, independiente de sus formas, siempre igual. Esta igualdad se constituye por compensaciones inherentes á las diferencias: esta es la única nivelacion que existe, no por la voluntad, no por el poder humano, sino por la ley eterna de la creacion. ¿Cómo pues ejercerá un hombre fructuosamente el uso de su libertad, para modificarse, ya que no para hacerse de nuevo? Luchando intimamente con sus pasiones individuales, y sometiéndolas á la razon universal. La suma y generalizacion de estas victorias forma el verdadero progreso de la humanidad, y su retroceso empieza desde que el hombre lucha con la conciencia de otro, y quiere someter por fuerza la voluntad y el pensamiento ajeno al propio. Desde este punto comienza la tiranía, triunfa la violencia, se provoca la defensa con el ataque, la sangre baña la tierra, la verdad retrocede y el error se ensalza. La idea fecunda y necesaria que nace, reemplaza sin violencia á la innecesaria que decae, ofreciéndola víctimas, no verdugos; pero si luego se hace agresiva, opresora y deprimente de la libertad y de la tolerancia que para sí imploraba, empieza á pervertirse, á decaer, á perder los medios de realizarse lógicamente, aceptando por condicion la violencia, que es para las ideas lo que el fruto vedado fué para el hombre: el dolor y la muerte. La doctrina evangélica hubiera ya fraternizado el mundo, si el hombre no la extraviara tomándola por enseña de los mismos crímenes que prohibia: si no devolviera como represalias á los verdugos de sus mártires, los mismos suplicios cuyo uso condenaba en sus contrarios. ¿Qué fué la humanidad cuando el hombre se constituyó en vengador de Dios? Un verdugo, tanto mas cruel y temible, cuanto con segura pero extraviada conciencia, en nombre de Dios, y por vengarle, derramaba la sangre de sus hermanos, suprimiendo su libertad y violentando su pensamiento. Lo mismo son las revoluciones que fanatizando el pueblo en nombre de la libertad, ensangrientan la tierra hollando su misma bandera, y que, constituyéndose en jueces, partes y verdugos, oprimen y castigan hasta las sospechas de un pensamiento, aun en leve oposi-

sus huesos. Sus bienes eran arrebatados, sus hijos y su posteridad cubiertos de infamia y abandonados á la miseria. ¿Qué pudo hacer el pueblo bajo el imperio de la casa de Austria, sino enviar lo mas selecto de él á verter su sangre en otros climas, y convertir en frailes la otra parte? Reducido á tal extremidad, el antiguo y fiero castellano dobló su cerviz al yugo del despotismo. Vencido en Villalar y privado de toda esperanza de ser libre, dejó de existir como poder público, y se trasformó en vulgo miserable. Como tal aceptó un género de poesía conforme á sus nuevos pensamientos, y el ántes noble y patriota castellano fué despues el siervo fanático de sus opresores, el verdugo de los pocos que intentaban sacarle de su estado. Supersticioso, se dedicó á cantar los falsos milagros: esclavo en su pensamiento, todo lo creia sin exámen; pero valiente todavía, y no teniendo héroes de buena ley que celebrar, celebraba los malhechores y bandidos que burlaban la justicia de los hombres. Así retoñaban aun contra la tiranía los instintos del fiero carácter castellano. Privado de cuanto estimula y engrandece el alma, extraviada su imaginacion y su razon torcida, olvidado de sus antiguas glorias, se corrompió y degradó hasta el punto de apasionarse de lo que era mas deforme y despreciable. Demasiado abatido para que desde su bajeza alcanzase á mirar las clases mas altas de la sociedad en que vivia; entregado al desaliento y la pereza; contento entre la inmundicia que le rodeaba; indiferente á los asuntos públicos con relacion á sí propio, solo veneraba, al traves del prisma de sus errores, á la hipocresía como virtud, á la barbaridad como valor, al desenfreno como heroismo, á la charlatanería como ciencia, y á las creencias falsas como parte integrante del dogma verdadero. La mentira mas absurda era para él la verdad mas evidente, si se acomodaba á sus instintos supersticiosos, y desde luego creia con toda su alma cuanto era imposible y absurdo. Este cenagal de corrupcion, de falsa ciencia y de fe extraviada, sirvió de materia á los romances que los ciegos empezaron á propagar desde mediados del siglo XVII, y que simpatizan tanto con el vulgo alucinado, que constituyen su catecismo, su encanto, sus delicias, y puede decirse que hasta su único modelo ideal y su verdadero retrato. Gratos le eran estos romances, porque personificaban el denuedo en un contrabandista vencedor de un regimiento, y que se burlaba de las autoridades que persiguiendo el crímen lo hacian bajo las formas odiosas del despotismo: interesábanle aquellos cuadros lascivos, donde una dama resuelta dejaba la casa, y ultrajaba la autoridad paterna por seguir á un valenton rufian, á quien encubria en sus robos y favorecia en sus asesinatos; batia las palmas de gozo cuando se le presentaba un enjambre de alguaciles huyendo de un desaforado malhechor con visos de valiente; se entusiasmaba en pro del ladron que socorria á los pobres con los despojos de los ricos; placíale verle subir animoso al cadalso, donde despues de confesado, echaba un sermon muy tierno á los espectadores, y moria, tan persuadido como ellos de que iba sin tropezar á gozar de Dios, cual si fuera un santo; y en fin gustaba

cion con el que las dirige. Yo creo que Constantino fué el mayor obstáculo de la perfeccion evangélica, convirtiendo el Cristianismo en instrumento de sus ambiciones; y tengo por mas enemigos de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, á los que con su nombre en la boca las proclaman á fusilazos, que á los que las resisten con medios iguales. Sin embargo, aun cuando la opinion de un pueblo se haya formado con tales elementos de error, no por eso es ménos incontrastable. El mismo Jesus se sometió á las consecuencias de contradecir la que en su tiempo dominaba; por ello espiró en la cruz, perdonando á los ciegos verdugos que al derramar la sangre del inocente cumplieron las condiciones de la salvacion del género humano. El Hijo de Dios no fuera hombre si no se sometiera á la ley de la humanidad; pues ¿cómo el hombre perecedero podrá separarse de ella por mas que ruede en la circunferencia cuyos límites no puede traspasar? La sumision á los decretos de la Providencia, la caridad y otras virtudes espontáneas, y no forzadas, son la perfeccion moral á que el hombre puede llegar; y esta no se alcanza, si para realizarla se usa de la fuerza, de la intolerancia y de las persecuciones.

con desatino de hallar en estos romances un diluvio de milagros, de brujerías y encantamientos, una gaceta de terremotos y tempestades, incendios, pestes y castigos extraordinarios de la Providencia contra personas y pueblos enteros, sobre todo si eran judíos, moros ó herejes. Todas ó casi todas estas composiciones, consideradas como poesía, son detestables; pero ofrecen mucho interes, porque conservan los vestigios de una civilizacion degradada, y forman el contraste mas notable entre el carácter y costumbres del antiguo pueblo ignorante con el del nuevo vulgo humillado y envilecido; de la barbarie que camina á la cultura, con la civilizacion que desciende á la barbarie. Despues de perder su importancia política, ¿en qué habia pues de ocuparse el pueblo sino en embrutecerse, para sentir ménos su desdicha, ó para desconocerla? Por fortuna los grandes poetas de fines del siglo XVI y parte del XVII, restos de aquel tiempo en que la gloria se sustituyó á la libertad, centellas de aquel fuego divino que animó nuestra liberal existencia durante una lucha larga y santa, conservaron y elevaron la antigua poesía popular, que nació con ella, y que amalgamada con otros elementos de cultura y civilizacion, formó aquel sistema dramático tan vivaz, tan libre, tan fecundo que, salido de lo mas íntimo de nuestro carácter, circuyó la Europa, y sustituyó para nosotros aquellas epopeyas que surgen siempre del impulso recibido en tiempos de gloria y libertad, y que son el canto del cisne que se exhala para anunciar su muerte. La degradacion del pueblo alcanzó tambien á los grandes ingenios que ensalzaron nuestra literatura, á los creadores de nuestro admirable sistema dramático. El espíritu de los romances vulgares les influyó tanto, que se vieron forzados á poner en la escena muchos de los innobles y groseros asuntos que el vulgo celebraba. La corrupcion del gusto y de la moral cundia cada instante, y se inoculaba en todas partes. ¿Qué otra cosa era posible, cuando agotado ó fatigado el ingenio, no le era lícito abrirse nuevos caminos de creacion y de entusiasmo? Debilitados los instintos de libertad en el reinado de los Reyes Católicos, ahogado bajo el imperio de Cárlos V y de Felipe II, extinguidos los de gloria en los tiempos de sus débiles sucesores, la buena y bella literatura apagó del todo su brillo, y desapareció con el último vástago de la raza Austriaca que reinó en España. Para nosotros desaparecieron, con los postreros años del siglo XVII, todas las memorias gloriosas, todo el vigor nacional, todo lo que fuímos; y comenzó el XVIII sometiéndonos á la dinastía francesa, que nos impuso las costumbres, la política, la administracion y la literatura de su patria. Bajo este fatal influjo desapareció la España moralmente; y su poesía grande, noble y original, espiró con ella y con su nacionalidad, despues de haber sido ambas víctimas del despotismo, de los errores políticos de sus mal aconsejados gobernantes, y del abuso que hicieron de sus fuerzas y aun de sus prosperidades. ¡Plegue al cielo que ahora, en la nueva carrera que nuestra patria ha comenzado, recupere lo que perdió, y conquiste aquel varonil vigor que la hizo muchos siglos respetable y respetada!

Dividimos el *Romancero de vulgares* en las secciones siguientes:

Primera. Novelescos y fabulosos.

Segunda. Caballerescos.

Tercera. Asuntos milagrosos y devotos

Cuarta. Asuntos históricos, generales y particulares.

Quinta. Biografías y anécdotas de valientes facinerosos y bandidos.

Sexta. Descriptivos y varios.

En la primera seccion se incluyen los que tratan de los encantamientos, etc.

En la segunda los de asuntos caballerescos, hechos sobre los de los antiguos y acomodados para el objeto de todos los vulgares.

En la tercera y cuarta, su título indica el objeto de que tratan.

La quinta tiene por asunto las valentías, amores, hazañas y desafueros que admira el vulgo.

La sexta finalmente comprende los de la clase que señala su denominacion.

OBSERVACIONES

SOBRE LOS ROMANCES VARIOS DOCTRINALES, AMATORIOS, SATÍRICOS, BURLESCOS.

Termina la tarea el *Romancero* de esta clase de composiciones, destinadas unas á la enseñanza moral, otras á la manifestacion especial de las pasiones que agitan el alma influida por afectos tiernos y delicados ó vehementes y profundos; otras que se dedican á la censura y crítica de los vicios sociales y morales, y otras que ridiculizan y caricaturan los actos humanos. En todas prepondera el elemento subjetivo y lírico.

Severos consejos de moralidad y conducta se hallan en los doctrinales; ternura, delicados y afectuosos sentimientos se expresan en los amorosos, donde ya bajo el aspecto pastoril, ya serio, ya apasionado ó ya lijero y festivo, se representan las diversas fases que toman las pasiones eróticas en su expresion y lenguaje.

En los satíricos y burlescos se esgrime el azote de la crítica contra los vicios de la sociedad y las diversas clases que la componen, ya usando de las punzantes sales de Horacio, ó ya del rudo cinismo de Juvenal. Entre estos romances se comprenden tambien las jácaras ó sátiras irónicas en que con apariencias de elogio se retratan y describen los hábitos y costumbres, y se remeda el lenguaje de cierta clase de monstruos que contaminan la sociedad, y que pueblan los cadalsos, los presidios, las casas de prostitucion y los hospitales. Allí la musa cínica de Quevedo, y de otros poetas que le precedieron ó imitaron, empleó su enerjía é ingeniosidad para retratar el vicio en toda su horrible desnudez, y de tal manera que causase horror y hastío.

Sabido es que los españoles hemos inventado y nos hemos aventajado en este género de literatura, un tanto grosera, pero vigorosa y ruda; y que *Lazarillo de Tórmes*, *Rinconete y Cortadillo*, *Guzman de Alfarache*, *La Pícara Justina*, *El Bachiller Trapaza*, y otras tantas novelas semejantes, no han tenido rivales, sino que sea el *Gil Blas*, de quien puede decirse que es un libro inimitable; porque Lesage fué un gran talento imitador, que si cedió á sus modelos en originalidad, los aventajó mucho en cultura, en buen gusto y en filosofía. Las jácaras, ademas del objeto principal que las inspiraba, son muy interesantes, porque satirizan duramente á la autoridad que en vez de prevenir los delitos se asocia á ellos, ó los tolera y protege miéntras la prestan utilidades. Desde el verdugo que vende á la víctima su lenidad en el castigo, desde el escribano que prostituye su fe para dilatarlo, desde el alguacil que por dinero encubre y asegura á los delincuentes, hasta el juez superior que descuida sus deberes de actividad y vigilancia; todos, todos sin excepcion son vigorosa y agriamente censurados y castigados en las jácaras, que así consideradas son el mejor contraveneno de los romances vulgares, cuyo objeto es revestir de heroismo y conducir á la gloria, despues de ahorcados, á los ladrones, asesinos y malhechores, y poner bajo sus piés á los jueces, que cumpliendo con sus deberes, los persiguen y castigan.

Inútil es advertir que el *Romancero de romances varios* no comprende todos

los de su clase, que se hallan en la multitud de colecciones que existen. Muchos volúmenes no bastaran á tamaña empresa, que aun realizada, solo produciria tedio, probando ademas falta de buen gusto. Harto he sacrificado con mi prodigalidad á los bibliomanos, exponiéndome por ella á una crítica severa, pero justa y conveniente.

Para convencerse de que no debí reimprimir todos, ni aun tantos romances de estos, bastará considerar que muchos de los reimpresos y casi todos los omitidos son medianos, malos, y una cansada, molesta y fastidiosa repeticion desfigurada de las ideas, pensamientos y formas de los buenos que he aceptado. Por tales causas he omitido gran número de los del *Romancero general* de 1614, del de Madrigal y de otros ménos interesantes. Pero en desquite incluiré algunos mejores y de mayor mérito literario ó bibliográfico, que se contienen en libros raros y preciosos.

Estos romances se dividen en las secciones siguientes :

Primera. Doctrinales.

Segunda. Amorosos.

Tercera. Satíricos y burlescos.

La segunda seccion se divide en estas clases :

Amorosos serios.

Id. alegóricos y simbólicos.

Id. pastoriles, piscatorios y villanescos.

Id. festivos.

CONCLUSION.

Acabaré este trabajo, que completa el de la anterior edicion, con aquellas ideas que me han ocurrido y que le dan un giro ménos especial, pero mas filosófico y trascendente. La historia de la literatura es el espejo de la sociedad y del hombre modificado por las circunstancias y necesidades que le rodean é influyen : es la consideracion de la ley constante de la humanidad, que solo aparece variada en su expresion y en sus formas accidentales. Si he hecho incursiones en el campo de los sistemas filosóficos y políticos, ha sido cuando en ellos creí hallar vestigios del influjo que ejercieron en el desarrollo intelectual y en la literatura de los pueblos, de cuyos hábitos y costumbres surgieron como necesarios para dar unidad á su marcha social segun las condiciones de existencia de cada uno. Como no soy partidario ni enemigo de ningun sistema general bajo cualquier forma que se constituya; como no ignoro que todos tienen sus ventajas y desventajas, y como sé que sus resultados prácticos dependen no de su esencia, sino de su aplicacion oportuna ó inoportuna, me he ceñido á juzgarlos en particular bajo el aspecto conveniente al objeto de mi tarea.

Asi como en todas partes, comenzó nuestra nueva civilizacion y literatura desde la barbarie que acabó con la antigua : dejamos de ser romanos y fuímos bárbaros; aceptamos el elemento de destruccion, pero tambien nos acompañaba el elemento regenerador. Con el primero derruímos la antigua civilizacion, con el segundo alzamos otra nueva que se aprovechó de los restos de la antigua que sobrevivieron al tremendo cataclismo. Circunstancias particulares modificaron en España sus efectos, y constituyeron la especialidad de nuestra existencia social, de nuestra literatura, y de las instituciones políticas, que sin la invasion de los árabes fueran completamente feudales como en toda Europa. El fraccio-

namiento del terreno produjo el de las monarquías, que necesitando del pueblo, solo con él adquirian fuerza. Esta causa nos desvió harto del camino que siguieron los demas pueblos del Occidente, y produjo hábitos y costumbres populares y monárquicas á la vez, que influyeron no poco en el giro de nuestra literatura en sus primeros tiempos, aunque despues se uniformase con la de los extraños por habernos tambien conformado con el poder arbitrario que rigió toda la Europa.

Aun cuando los romances que conocemos no sean los documentos gráficos mas antiguos del orígen de nuestra poesía, puede presumirse, sin embargo, que bajo sus formas se exhalaron los primeros alientos de la que fué popular. Su rudeza, su fácil construccion, los asuntos de que tratan : todo, todo contribuye á justificar esta conjetura. Hijos primero del pueblo rudo, aceptados despues por los juglares y luego por los grandes poetas, que revestidos de gala los restituian á su orígen, contienen sin interrupcion la historia íntima de cada una de las épocas á que pertenecen, y los vestigios de aquellas mas remotas, cuyas producciones se perdieron. Así lo he querido demostrar en las observaciones que hago sobre las respectivas clases en que los divido. Allí se verá lo que opino acerca de los que nos son propios y de los que provienen de imitaciones extrañas : allí lo que presumo sobre los elementos que se reunieron para construir definitivamente el sistema poético español que duró hasta principios del siglo XVIII.

He comenzado mi coleccion con los romances, y no con otra clase de combinaciones métricas populares que reservo para un Cancionero, porque los miro como producto mas indígeno y popular por sus formas fáciles y sencillas; porque abrazan mayor número de épocas sin interrumpirse; porque retratan mejor nuestro carácter, y conservan mas vestigios de los orígenes y progresos del idioma vulgar; porque aun hoy dia tienen vida propia, porque llaman la atencion de los aficionados, que son en mucho mayor número que los eruditos; y en fin, porque el mejor modo de inspirar gustó á este género de estudios es el presentarlos bajo un aspecto agradable.

Al insertar sin excepcion en las tres primeras clases de romances todos los que han llegado á mi noticia pertenecientes á ellas, sé que los mejores y mas desapasionados críticos me tacharán de pródigo; mas como en esta obra no me propuse solo dar lo que pertenece en los romances al orígen de nuestra literatura, sino tambien conservar lo mas raro de ella y presentar una serie de documentos que en esta clase de composiciones caracterice las diversas épocas de civilizacion por que pasamos hasta el siglo XVIII, no me disculparé, pero sí imploraré perdon de no haber podido ejecutarlo á gusto de todos.

En esta nueva edicion de los *Romanceros* he adoptado la misma ortografía que en la anterior; mas conservando la de los originales en aquellas voces características de la época á que pertenecen. En el texto no me he permitido ninguna libertad que lo desfigure, y solo tal vez habré mudado de sitio alguna palabra que por descuido ó mala correccion interrumpia la rima ó viciaba la medida de los versos. Pocas veces tambien se han intercalado algunos de estos, si faltaban para completar y hacer inteligible el sentido ó la frase, y eso casi siempre tomándolos de otro original impreso ó manuscrito que los contuviese. Tambien he usado con frecuencia de los apóstrofes ortográficos, cuando la *e* final de una partícula se suprime por empezar con ella la palabra siguiente.

Tal es el plan, el método y las miras que han presidido á esta nueva publicacion de los *Romanceros*, que ahora repito con el título de ROMANCERO GENERAL. En las observaciones generales y en las notas particulares que contiene, he expuesto y declarado mis doctrinas, mis juicios y conjeturas, y el aspecto

filosófico y literario con que concebí y realicé esta obra. Si la ejecucion correspondiese, y lo dudo, al ímprobo y deslucido trabajo que hice en ella, habré sin duda duplicado el servicio importante hecho en pro de la patria literatura, y dado al público un tesoro de historia y tradiciones populares, de tal manera ordenadas, que facilitará su estudio evitándole el fastidio, y tal vez proporcionándole algun recreo. El sabio, el erudito, el filólogo y el crítico, hallarán en las viejas poesías un manantial de documentos á que aplicar su atencion y á que dedicar sus observaciones. El historiador filósofo encontrará recursos á propósito para investigar los ocultos resortes que influyeron en nuestra civilizacion, y la manera como descendimos desde la libertad política en que nos anticipamos á la Europa, hasta el establecimiento de la arbitrariedad, en que la acompañamos muy de cerca; y en fin, en las composiciones poéticas, hechas desde mediado el siglo XVI hasta el último tercio del XVII, podrán gozar é imitar los hombres de gusto y los poetas una multitud de modelos abundantes de bella, rica y briosa fantasía, que enalteciendo su imaginacion, le sirvan para engalanar su ingenio, prestándole medios fáciles, dulces, armoniosos y enérjicos de decir y expresar los pensamientos.

No bastando los grandes sacrificios que hice para reunir una coleccion completa de los documentos que me han servido de texto, he tenido que valerme del favor que algunos amigos amantes de las letras me han dispensado, ya prestándome materiales, ya dándome consejos, ya animándome á la empresa. Entre ellos debo mencionar especialmente al Sr. D. Jacobo María Parga, de quien en otra parte hice mencion; al actual ministro de Estado D. Pedro José Pidal, cuyos escritos y publicaciones llenas de filosófica y filológica erudicion, y sus amigables consejos, me han sido prodigados con amistosa franqueza; á mi ilustre amigo y protector D. Joaquin María Patiño, bibliotecario mayor que fué de la Nacional de Madrid, á quien he debido los adelantamientos en mi carrera; á D. Pascual Gayangos, juicioso literato y excelente arabista; á D. Justo Sancha, que posee una de las mejores colecciones de libros castellanos de poesía, y que la disfruta, no para adorno, sino para estudio y recreo del entendimiento; y á D. Serafin Calderon, distinguido y conocido escritor en todas materias. No ménos pruebas de celo y simpatías he recibido de algunos otros amigos, cuyos consejos y excitaciones me animaron grandemente; y entre ellos debe mencionarse nuestro modesto, pero apreciabilísimo literato y compañero en la biblioteca Nacional de Madrid, el Sr. D. Eugenio Hartzenbusch.

Otros, y mas especialmente alguno muy versado en lo que á nuestra antigua bibliografía y filología concierne, pudieran haber ejecutado lo que con mucha desconfianza emprendí. Pero, pues no lo han hecho, discúlpese mi arrojo, y téngase en cuenta la constancia y noble desinteres que me animó á este trabajo, no tan del todo estéril, que haya sido inútil al estudio de nuestra literatura bajo el aspecto crítico y filosófico con que lo he presentado.

Tampoco puedo omitir aquí los ilustres nombres de los sabios alemanes Bohl de Faber, Depping y Wolf. El primero, que nos concedió su amistad, fué el que con su *Floresta de rimas castellanas* nos inició en la idea de que era conveniente una clasificacion metódica en este género de trabajos; el segundo, con su *Romancero castellano y sus notas*, traducidas por el Sr. Alcalá Galiano, nos hizo admirar el punto altísimo á que en Alemania ha llegado el conocimiento de nuestra lengua, y la profunda manera de considerar nuestra historia. Las mismas cualidades y aun en mayor grado resaltan en el Sr. Wolf, y las ha manifestado en su publicacion de la *Rosa de romances*, y en su ensayo sobre los españoles, que acaba de publicar y que ha tenido la atencion de remitirme. A la verdad

que, por ignorar su lengua, no puedo juzgar de esta obra por ahora, y solo la conozco por un juicio diminuto y lijero que se ha publicado de ella en la *Nouvelle revue enciclopédique de Didot, deuxième année, septembre* 1847; pero esto basta para hacerme comprender los estudios profundos que ha hecho sobre este ramo de nuestra literatura, y las miras trascendentes á que lo ha elevado y en que mas de una vez hemos coincidido (21).

No ménos me ha sorprendido cuando llegó á mis manos, ya muy tarde, el *Romancero Espagnol* coleccionado y traducido por Hinnard, quien con lijereza aparente, y en verdad con inspiraciones profundas, ha considerado nuestros romances, y en ellos nuestra historia, sin pretensiones exageradas de anticuario, y la ha presentado bajo su verdadero aspecto filosófico y político. El cuadro, tal cual lo formó, es un bosquejo, pero lleno de pinceladas maestras que son otros tantos gérmenes de fecundos pensamientos.

Por lo demas, y en cuanto á mi obra, solo me resta decir: que á pesar de la conviccion íntima de utilidad que me la inspiró; que á pesar de las consideraciones profundas que han surgido del estudio necesario para realizarla; que á pesar de la imparcialidad á que he aspirado en mis juicios, desde ahora pido al público que no acepte á ciegas mis opiniones, que las examine y discuta severamente. ¿Quién sabe si una idea fija y sistemática habrá sido causa de mil errores? Quién si sutilizando demasiado habré creado diferencias que no existen entre los objetos? Quién si algun sentimiento de amor propio, oculto aun á mi conciencia, habrá influido en los juicios? ¡Mucho, mucho temo haber incurrido en errores involuntarios! Ni soy, como en otra parte he dicho, ni pretendo ser inspirado, ni maestro: aspiro solo á ser razonador, y á razonadores, no á discípulos me dirijo. ¿Quién es un hombre para enseñar dogmáticamente á otro hombre? Sumergido en un mar de dudas, sin datos completos, ni casi esperanza de adquirirlos capaces de resolverlas, suele tal vez desvanecer un error y cerrar la senda que á él conduce; pero ¿cómo lo hace frecuente, sino inventando otro error y abriendo otro camino de mayores desaciertos? ¿Dónde está la verdad absoluta, aquella verdad que mata todas las dudas, aquella que ciega todas las sendas del error? Solamente en la suprema Inteligencia, en la que es todo y lo contiene todo; en la que todo lo sabe y solo revela al hombre aquella parte de la verdad relativa, que le conviene, para que con la esperanza de completarla ponga en ejercicio sus facultades y cumpla su destino sobre la tierra.

(21) Despues de haber impreso este prólogo por via de ensayo, mi amigo D. Santiago Palacios me facilitó la traduccion que en obsequio mio tuvo la bondad de hacer de la obra del Sr. Wolf. Esta es un resúmen crítico y filosófico de cuanto se ha escrito en España, en Alemania y en otros paises acerca de nuestros romances, lleno ademas de observaciones originales, que prueban profunda ciencia, estudio serio, extensos conocimientos, y un criterio claro, perspicaz y metódico de los orígenes de nuestra lengua y literatura. Parece imposible que un extranjero pueda llevar á tan alto grado el conocimiento de una poesía y de un idioma tan diverso del que le es propio. Nada se le escapa al Sr. Wolf por delicado, por sutil que sea. Aun en aquellas ideas en que no hemos coincidido estoy indeciso y dudoso de mi acierto. Acaso el público y la ciencia ganaran mucho si en vez de mi trabajo propio le presentara el del sabio aleman: con gusto lo hiciera si yo fuese dueño y pudiera disponer de la traduccion que de esta obra me facilitó el Sr. Palacios.

APENDICE

sobre la clasificacion de los romances considerados relativamente á las épocas á que se atribuye su composicion, y al enlace que forman entre sí las diversas modificaciones que experimentaron en la tradicional y en la artística.

Despues de haber ordenado los romances por asuntos y materias, para dar una idea de la marcha que han seguido desde los mas antiguos que conocemos hasta mediar el siglo XVII, y para poderlos distinguir, conviene clasificarlos segun el carácter y aspecto que presentaron en las épocas en que se presumen hechos, y segun el espíritu que en ellos predomina. Antes, sin embargo, de proceder en este sentido á su clasificacion, nos parece oportuno exponer las bases que sirven de apoyo á nuestra idea, para que aparezca clara y perspicua, ya que acaso sea incierta ó equivocada. Las series de romances que hemos reunido para la presente obra forman desde su principio una cadena no interrumpida de progresos intelectuales y de cambios en las ideas, pensamientos y lenguaje. Otro tanto sucede respecto á sus autores. La ilustracion de la sociedad no es siempre igual, y sin duda la muchedumbre en los siglos medios distaba mucho de la de los siguientes. Así es que la diferencia entre los romances viejos y los de los ciegos, que los sustituyeron, procede de la que existia entre la civilizacion del vulgo, que los hacia, ó á quien se destinaban. Los asuntos de los romances vulgares nuevos podrán ser ménos nobles que los de los viejos; pero en su estilo, formas aparentes y lenguaje, no son tan rudos y bárbaros, porque el pueblo de su época era mas civilizado y mas artístico que en las anteriores. Y no se crea que tal diferencia existe solo entre las composiciones de diversas épocas, sino que tambien se advierte entre los de una misma, sin otra causa que el cantarse ú oirse por los habitantes de las ciudades, ó por la gente rústica y campesina (1). Esta, naturalmente desviada del roce y cultura de la otra, conservaba mas tiempo su ignorancia, y á duras penas se iba civilizando y recibiendo, no ya otros, sino sus antiguos cantares, algo alterados en su lenguaje y formas, pero muy semejantes en su espíritu.

En todos tiempos y circunstancias, en cualquiera grado de cultura que se halle la sociedad, es imposible que el comun de los que la constituyen sea de poetas. Los cantos populares, por bárbaros y sencillos que parezcan, siempre se realizan por personas mas dotadas de ingenio que el vulgo en general. En todas las sociedades nacientes el poeta se distingue de la multitud, ya que no por la ciencia adquirida, sí por la que revela la naturaleza, y se desarrolla mas ó ménos entre ciertos hombres de organizacion privilegiada. Así es que los participantes de ella son propiedad del pueblo, al pueblo pertenecen y le personifican en sí propios. A los poetas de esta clase es á los que consideramos como autores de los romances populares primitivos. El progreso de la civilizacion rompe en fin, mas adelante, el círculo estrecho de los objetos que rodean materialmente á los individuos de la sociedad inculta, y los conduce á considerar otros mas distantes con que simpatizan, pero que conocen mal: entónces surgen los cantores y narradores populares de profesion, que se dedican á ordenar y satisfacer las nuevas necesidades de la muchedumbre, agregando un poco de ciencia á las inspiraciones toscas del ingenio natural é inartificioso. Estos son los cantos y los romances compuestos por los juglares. Sigue tras este tiempo otro de mayor cultura, en que se acumulan y complican las ideas á tal punto, que el vulgo no puede reunirlas y expresarlas convenientemente; pero sí comprenderlas tan luego como se le presentan formuladas y acomodadas á su alcance: en este caso aparecen los poetas eruditos, y luego los artísticos, que interpretan y desarrollan los instintos iniciados entre el vulgo, y le van completando la ciencia á que aspira. Los poetas primitivos, pues, y los juglares expresan la poesía natural del pueblo, la que el pueblo engendra y comunica; los eruditos y artísticos expresan aquella que la ciencia y el arte, habiéndola recibido de la multitud tosca y ruda, se la devuelve culta ya, pero siempre acomodada al mayor ó menor desarrollo de su civilizacion actual. Por ello, á dife-

(1) Es preciso entender que ni en todas ni en cada una de las épocas existia aislada la poesía popular, de la erudita y de la artística, pues marchaban á la par, aunque separadas entre sí. Al mismo tiempo que existieron los romances populares, se escribian los poemas del Cid, los de Berceo, y las obras de los trovadores cortesanos. Cuando Sepúlveda publicaba sus romances, tambien Alonso de Fuentes escribia sus *Cuarenta cantos*; y cuando Lope, Góngora y los anónimos del *Romancero general* levantaban su vuelo poético, los romances vulgares los acompañaban celebrando los hechos contemporáneos, ó las hazañas de los bandidos con los milagros de los santos. Y no solo esto, sino que tambien en el siglo XVI y el XVII, como en el XV, se vió marchar al mismo paso y á la par con la poesía popular, y la popularizada propiamente nacional, la sabia é imitada de los *Clásicos griegos*, *latinos é italianos*, introducida en aquel por los trovadores cortesanos, y en estos por Boscan, Garcilaso, Herrera, los Argensolas, etc., á quienes tambien siguieron los poetas artísticos populares que igualmente que romances, componian odas, canciones reales, sonetos, y aun poemas en octavas endecasílabas.

rencia de los imitadores de los clásicos griegos y latinos, llamamos poetas populares aun á los que hemos considerado como eruditos y artísticos, relativamente á la clase de literatura indígena que cultivaron ó que de ella procede.

OBSERVACIONES GENERALES.

No es posible fijar la época en que la poesía castellana adoptó la forma del romance: ningun documento histórico la acredita. Los códices mas remotos que tenemos conservan composiciones complicadas, que suponen en su confeccion arte y estudio; pero no existe en ellos ni un solo romance genuinamente popular, anterior al descubrimiento de la imprenta. Puede asegurarse que hasta la segunda década del siglo XVI no hemos visto ningun romance genuinamente primitivo, manuscrito ó impreso, pues los que nos restan de la última del XV pertenecen á poetas de profesion ó á trovadores cortesanos. En el *Cancionero general*, impreso en Valencia año de 1511, es donde aparece por primera vez un cortísimo número de romances viejos populares, hasta entónces conservados por tradicion, pero únicamente dedicados á servir de texto á las glosas ó trasmutaciones que de ellos hacian los poetas artísticos de la corte de Juan II ó de los Reyes Católicos.

Sin embargo, la poesía castellana por excelencia, con la forma de romance debió preceder entre el pueblo á la erudita y sabia hecha en versos largos ó imitados de los latinos ó de los provenzales, porque la naturaleza precede al arte, la espontaneidad al estudio, y la memoria á la escritura aplicada a las rudas producciones del vulgo. La medida del verso redondillo ú octosílavo es la primera que debieron encontrar nuestros versificadores inartificiosos, porque nace mas fácilmente que otra de la construccion é índole armónica de nuestra lengua y de la rotundidad de sus períodos. La combinacion métrica del romance es ademas muy favorable á las improvisaciones, pues su asimilacion á la prosa vulgar, la sencillez de su medida, sus pausas y música monótona, que facilitan la rima continua, y dan vagar al pensamiento para ordenar las ideas, su natural aptitud para la narracion de los hechos históricos considerados objetivamente, y para conservarlos en la memoria, todo indica que el romance fué ó debió ser el primer aliento musical y poético que exhaló entre nosotros un pueblo que necesitaba conservar su historia, sus recuerdos, sus impresiones, por medio de la tradicion oral, miéntras ignorante del arte de la lectura y escritura, solo le quedaba el recurso de la memoria, facilitado por medio de la medida, de la rima y del canto, mas sencillos é inartificiosos, á que se prestaba su lengua casi informe en una época tan próxima á su primitiva formacion. ¿Y qué otra cosa pudiera hacer un pueblo donde los pocos que leian y escribian desdeñaban hasta el lenguaje del pueblo? Los cantos populares no penetraban en el palacio de los reyes ni en el gabinete de los sabios, que creyeran degradarse si echaran la mas leve mirada sobre la inculta naturaleza. Por eso los eruditos y preciados de una ciencia prestada y afectada abandonaron las inspiraciones espontáneas del ingenio, y huyeron de ellas como el florista caprichoso que en vez de cultivar las perfumadas flores naturales, prefiere producir artificiosamente otras hechas de papel, bellas si se quiere, pero que carecen del suave olor y frescura de las naturales. La poesía popular nació sola por su propia virtud, por la necesidad de que naciese; creció entre el vulgo agreste: hija de su inteligencia y acomodada á ella, se conservó como por instinto, sin el arte, y á pesar del arte, hasta que al fin le penetró y le invadió de tal modo, que le impuso su indeleble sello y le obligó á trabajar para ella, á cultivarla y á tomarla por tipo. Entónces los poetas artísticos, haciéndose populares, excusaron al pueblo de tener los suyos propios, que ántes necesitaba, y se vió descender de su solio la poesía artificiosa y sabia, para unirse y amalgamarse con la que ántes desdeñó. Aunque á esta le negase la escritura durante muchos siglos sus auxilios, la memoria, como hemos dicho, la conservó trasmitiéndola de boca en boca, si no con aquella pureza primitiva de su origen inmediato, al ménos con las variantes que la palabra experimenta cuando no se escribe. De aquí procede que los romances tradicionales han sufrido la alteracion de voces inherente á su modo de trasmitirse, y puede decirse que no han llegado á nosotros en toda su pureza. Como los juglares y cantores mas modernos conservaban la tradicion, debe suponerse que cambiaban las palabras antiguas y olvidadas por otras de su tiempo, que eran inteligibles á sus contemporáneos. Tambien es de inferir que ingiriesen en sus cantos algunas ideas nuevas, algunos pensamientos y costumbres de su época; pero separándose muy poco de los tipos antiguos: lo primero porque las ideas, los pensamientos y las costumbres se alteran mas lentamente que las palabras de una lengua que se vá formando; y lo segundo porque, repro-

duciendo la tradicion conservada en obras ya hechas, difícilmente se apartaria la copia con exceso del original.

Si pues, fundados en las razones alegadas, admitimos la hipótesis de que el romance fué la primera forma con que apareció la poesía castellana popular, puede inferirse que es tan antiguo como el tiempo en que nuestra lengua rústica empezó á generalizarse y á constituir otra diversa del latin corrompido, que la produjo. En el monumento mas antiguo escrito que en nuestro idioma nos queda, es decir, en el *Poema del Cid*, y en la *Crónica general de España* que mandó hacer el rey D. Alonso el Sabio, en la del mismo Cid, y en otras varias, se hallan muchos y multiplicados fragmentos de romances intercalados; pero á los cuales se ha pretendido reducirlos á otro género de metro que el suyo propio, ó trasformarlos en prosa, rompiendo á veces su medida; pero mas frecuentemente escribiéndolos á línea tirada, como si prosa fuesen, y sin cuidar de disimular la rima, que conservan (2). Si esto no fuese casual, y no debe serlo, por la frecuencia con que se repite, pudiera creerse que los romances allí introducidos son muy anteriores a los poemas y á las crónicas que los contienen; y supuesto que aquel sea el documento gráfico mas remoto que poseemos escrito en lengua vulgar, los fragmentos de romances que encierra deben pertenecer á tiempos muy anteriores, y quizá contemporáneos á los hechos históricos á que se refieren, ó bien procedentes de otros cantos mas antiguos, que los sirvieron de original (3). En este último caso necesariamente habrán experimentado variantes, aunque ménos que todos los posteriores, que por tradicion oral se han conservado. De todas maneras, lo cierto es que aquellos fragmentos son anteriores á las obras que, tomándolos de la tradicion, los redujeron por primera vez á escritura, lo cual acaeció, segun los mejores críticos, antes de mediar el siglo XII: es decir, cuando ya existia un documento escrito en lengua vulgar, pero versificado imitando la medida de origen erudito. Y como en este se encuentran ya vestigios de romances hechos, y como no es natural que en los siglos anteriores no tuviese el pueblo poesía y poetas, tambien resulta una presuncion mas de que el romance pudo preceder á las otras formas de cantos mas difíciles y artificiosos, que se escribieron con preferencia á los vulgares.

Triste cosa es que hechos tan importantes no podamos fundarlos mas que en conjeturas; pero pues no alcanzamos mas, necesario es contentarnos con ellas, ínterin otros mas solícitos y afortunados puedan con documentos que nos son desconocidos, ó confirmar ó destruir la hipótesis establecida.

Hemos dicho ya que no es posible fijar el tiempo en que comenzaron nuestros romances viejos tradicionales; pero sí puede asegurarse que acabaron en fines de la primera mitad del siglo XVI. Hasta entónces no tenemos noticia de que se hubiesen escrito, sino el cortísimo número que accidentalmente, para texto de glosas ó como temas de otros artísticos se incluyeron en el *Cancionero general*. En la expresada época se empezaron a publicar algunos, imprimiéndolos en pliegos sueltos ú hojas volantes, que circularon entre el vulgo como ahora los de los ciegos, que han heredado la industria de los antiguos juglares. Así se fué formando un tesoro diseminado de poesías, entre las cuales se halla multitud de romances recogidos de la tradicion; pero no tan puros, que, ademas de las variantes consiguientes á la manera con que fuéron conservados por el pueblo y los juglares, no participen tambien de las que á sus editores les placia hacer so pretexto de modernizarlos y corregirlos. Puede pues presumirse, y casi asegurarse, que de la dicha época tradicional no nos quedan romances completamente conformes á su primitiva redaccion, aunque cada uno la haya conservado en infinitos fragmentos que no han sufrido cambio alguno.

(2) Del cap. LV de la *Crónica del Cid*, y su prosa descompuesta, resulta el fragmento siguiente, que si no es un romance exacto, da idea de cómo los antiguos cronistas los introducian en sus prosas.

Cid vos sabedes cuantos
. . . .
E quiero vos agora rogar
Como amigo é *como* buen vasallo
Que vayades á Zamora,
A mi hermana Urraca Hernando
E que le digades otra vez
Me dé la villa por haber ó *por* cambio
E que la daré á Medina *de Rioseco*
Con todo el infantazgo,
E facerle he juramento
Con doce *caballeros* de mis vasallos
Que nunca seré contra ella, etc.

Compárese este fragmento de la *Crónica* con el romance número 768, tomado del *Romancero* de SEPÚLVEDA, y se verá cuán poco distan entre sí, y cuán poco tuvo que trabajar el que hizo versos de la prosa, porque el cronista hizo prosa de los versos.

Ademas del fragmento arriba inserto hay otros muchos que igualmente se pueden reducir á romances. El Excmo. señor D. Pedro Pidal, que me le manifestó, tiene apuntados varios de igual clase.

(3) Aunque los mencionados fragmentos no existiesen en la crónica, no sería ménos cierto que habia romances anteriores, pues ella misma los menciona, ya para comprobar los hechos históricos, ó para desechar como fabulosas muchas de las tradiciones que contienen.

Despreciada la poesía popular por los trovadores, fiada únicamente á la memoria, ni el pueblo era bastante rico para conservarla en costosos códices, ni, aunque lo fuera, le podia ser útil, porque rudo é inculto ignoraba el arte de leer y de escribir. Contentábase pues con oir sus romances predilectos recitados por sus cantores y juglares, en las plazas y en las fiestas públicas, á cambio del óbolo que el pobre les alargaba. Pero como ya en el siglo XVI la imprenta habia disminuido considerablemente el valor de los escritos, y reducídolo poco mas ó ménos al precio que se daba al juglar por sus recitados; como por esta misma causa se fomentó la aficion á la lectura, los impresores hicieron asunto de provecho y ganancia, el estampar todo cuanto podia producírsela; y no poca debió ofrecerles el multiplicar las ediciones de los romances y poesías vulgares de que el pueblo gustaba y podia consumir á poco precio. Así se observa que no solo las hojas sueltas, primeros ensayos de la poesía popular impresa, sino tambien las copiosas y baratas colecciones de su clase que se publicaron despues ó poco ántes de mediar el siglo XVI, fuéron especulaciones de libreros, mas bien que obras fomentadas por amor á la gloria. No así en los anteriores siglos, y particularmente en el XV, pues entónces los reyes, príncipes y los señores, por aficion á la ciencia, hacian escribir en códices de lujo las obras célebres de los trovadores y de los sabios, empleando en ello la mano de diestros escribientes. Pero no el excesivo precio de estas obras era únicamente lo que las alejaba del pueblo, sino que ademas contribuia á ello el que su contenido no estaba al alcance de su inteligencia inculta, y era un fruto exótico y extraño al tipo característico del país: era una importacion del cultismo y sutileza metafísica de los trovadores provenzales. Impreso el *Cancionero general* en 1511, como sus poesías eran artísticas y eruditas exclusivamente, no fué inmediatamente buscado sino por la gente culta, aunque despues gran número de sus obras se popularizaron, reproduciéndose en muchas ediciones aumentadas con nuevas obras, y expurgadas de algunas poco decentes, hasta el año de 1573, en el cual se imprimió por última vez. El *Cancionero* conserva la poesía artística de los trovadores del siglo XV, así como el *Inédito de Baena* una buena parte de la de los del siglo anterior, siendo de notar que en este no hay un romance siquiera que sepamos, y en aquel tan pocos, que apénas ocupan algunas páginas. Todo prueba que ni aun la forma de tales composiciones se aceptó por los trovadores cultos hasta las últimas décadas del siglo XV, exceptuando alguno que otro iniciado entre las poesías que se atribuyen á Alfonso el Sabio. La parte pues de poesía popular y tradicional que nos queda, y que sin ellos se perdiera para siempre, debémosla á los editores de hojas volantes, y á los coleccionistas que recopilaron el *Cancionero*, las *Silvas*, las *Florestas*, etc., de *romances*. Los libreros de Búrgos, de Valladolid, de Sevilla y Granada, pueden considerarse pues como los conservadores de nuestra poesía vulgar. Pero no se crea que todo el contenido en los pliegos sueltos arriba mencionados y en estas colecciones pertenece á la poesía popular de tradicion, porque en ellas hay una parte que corresponde á la erudita y artística popularizada; ni se presuma que todos los romances que á aquella corresponden se han conservado genuinamente como fuéron en su orígen, por mas que aparezcan inartificiosos; pues, como ya lo hemos dicho, casi todos han pasado por los juglares, son juglarescos y, por decirlo así, compuestos, alterados y reformados por hombres que se ocupaban y hacian profesion de cantarlos ó recitarlos al pueblo. Proceden de aquí las variantes de las diversas redacciones con que nos son conocidos.

Hechas estas advertencias, réstanos clasificar los romances con arreglo á su carácter esencial y particular, segun las épocas á que pertenecen ó se suponen pertenecer, y á las diversas trasformaciones que experimentaron desde sus primeros alientos épicos y puramente objetivos, á la perfeccion lírica, que adquirieron pasando de la ruda y general inspiracion del vulgo á la de los juglares, y de esta á la de los eruditos, de quienes recibieron los romances, aun toscos, los trovadores y poetas artísticos, para elevarlos á su mayor altura.

Considerando los romances bajo este aspecto, los dividimos en las ocho clases siguientes:

La primera, segunda y tercera corresponden á la época tradicional, y comprenden los que se consideran como copias exactas, ó mas ó ménos aproximadas, de su primitiva redaccion.

La cuarta, quinta y sexta pertenecen á la época erudita.

La séptima y octava á las verdaderamente artística y poética.

De las cualidades, carácter y esencia de cada una de ellas vamos á tratar ahora.

PRIMERA CLASE. (*Época tradicional.*)

Incluimos en ella los pocos romances que pueden considerarse, aunque dudosamente,

como primitivos, que pertenecen á la categoría de aquellos que muchas veces descompuestos en sus formas, sirvieron de texto á otras obras, ya en prosa ó ya en verso.

Tambien admitimos en esta primera clase los romances cuyos originales se perdieron, pero que los juglares, á pesar de haberlos reformado, nos han conservado sin permitirse alterar en gran manera la tradicion histórica de los hechos, sin desviarse del tipo nacional, y sin revestirlos con adornos y colores exóticos, propios de costumbres y civilizacion extrañas. A diferencia de los de la tercera, los romances de esta primera clase, aunque viciados por los juglares, aunque algo alterados en su primitivo texto, conservan siempre el sello de la nacionalidad integro, puro, y sin mezcla de extranjerismo : son los que mejor retratan nuestra civilizacion y conservan el orígen de nuestra poesia. Libres de toda imitacion científica, sin pretensiones eruditas ni artísticas, son rudos como los que los hacian, como los hechos que narraban, como la sociedad cuyo retrato eran. Aunque en su redaccion actual los romances de la primera clase, que no se introdujeron disfrazados en el *Poema del Cid* ni en las crónicas, sean posteriores á dichas obras, muchos de sus fragmentos que han quedado ilesos descubren su orígen anterior. Acaso no se intercalaron en ellas porque el asunto no lo exigia, ó si se hizo fué de un modo que es imposible conocerlos, por estar completamente reducidos á otro género de versos, ó á prosa pura.

Comparando estos romances con los fragmentos análogos que parecen mas antiguos y ménos alterados, se ve desde luego que la mayor parte de sus variantes consiste en haberse modernizado las palabras, pero no el giro de la frase, ni el órden y expresion de las ideas, ni el tipo de costumbres que retratan.

El carácter propio y peculiar de los de esta clase consiste en ser puramente objetivos, es decir, que en ellos solo aparecen los hechos narrados puros, sin reflexiones ni doctrinas, y casi sin descripcion de escena. El poeta aparece únicamente como narrador, y de él no se percibe mas que el estilo y el órden con que ha colocado su pensamiento. Cuenta lo que pasa fuera de él, sin que deje traslucir sus propias impresiones : parece que ve y no piensa; es como un espejo que refleja y devuelve los objetos, sin que al devolverlos los modifique con una parte de sí mismo; es la memoria, que repite lo que conserva. Por eso estos romances carecen de entusiasmo lírico, de colorido y ornato fantástico, y si tal vez dejan traslucir algun rasgo de elevacion épica, procede de hallarse contenida en los hechos mismos que narran. Tal es el tipo esencial de estos romances. En cuanto á las formas que los califican, dirémos que apénas se les percibe mas artificio que el de la medida y rima que les es propia y los distingue de la prosa pura, y aun eso conservadas cuando naturalmente y sin esfuerzo se presentan al improvisador; mas desobedecidas y cambiadas sin escrúpulo, si no se le ocurren pronto, ó tiene que vencer dificultades. Si alguna se le opone que pueda detenerle en su carrera, salta por ella, rompiendo la medida, cambiando la rima, ó en fin haciendo prosa cuando la dificultad no cede á tiempo. Esto es lo que se repara en los pocos romances de la primera clase, que se presumen primitivos; en cuanto á los de la misma trasmitidos por los juglares, se observa un poco mas de artificio, y muchas veces para guardar la medida y la rima, el poeta ya vicia las voces, quitándolas ó añadiéndolas sílabas, ya cambia los acentos naturales, ya escribe, y pronuncia como mudas, vocales que no deben existir en las palabras; ya hace mudas las que no lo son, y ya en fin, si no puede otra cosa, hace lo mismo que hicieron los anteriores, es decir, que deja el arte y el trabajo á un lado, y sigue su narracion como mejor puede. No es extraño que así fuese en una época de transicion, en que el nuevo lenguaje comenzaba á existir, formándose como por instinto. Entónces el arte casi no influia en la formacion de la lengua rústica que surgia del latin moribundo, pues aquella era un conjunto de ruinas hacinadas sin órden ni método previsto *à priori*, y sin otra base que la natural necesidad de adquirir medios de comunicar pensamientos sencillos, para lo cual con frecuencia el gesto y la entonacion suplen á la falta de voces y al órden lógico. Nacidos los romances populares en esta época, expresándose en una jerga inculta, que solo hablaba el vulgo, se observa en los de los primeros tiempos mucho desórden y arbitrariedad en la manifestacion de las ideas, y en el modo de enlazarlas para que formen un discurso terso y seguido. De aquí el suprimirse continuamente las conjunciones, de aquí lo corto de las pausas en los períodos, lo aislado de los pensamientos y las repentinas transiciones; de aquí tambien que los romances viejos pasan de la narracion seguida al diálogo, y del diálogo al drama, convirtiéndose los personajes épicos en interlocutores, y la narracion en accion mas ó ménos viva, miéntras el improvisador popular hallaba medios de volver á la senda narrativa, valiéndose de frases convencionales, de muletillas aceptadas, y de frecuentes ripios, que le daban tiempo y aliento para continuar su obra bajo el aspecto comenzado.

SEGUNDA CLASE. (*Época tradicional.*)

Fórmase tambien esta clase con ciertos romances, que por su tipo arábigo español, de que conservan vestigios profundos, pertenecen á nuestra historia tradicional y de la comunicacion próxima con los moros. Procedentes de una civilizacion mas culta que la que alcanzábamos entónces, estaban predestinados á influir poderosamente en el sistema poético que despues resultó por haberse combinado diversos elementos. Eran eminentemente populares en su orígen y respecto á la época en que nacieron, pues halagaban los instintos nacionales, presentando cuadros de las costumbres de un pueblo que con nosotros, aunque en continua guerra, vivia, y cuyo valor y cultura no nos eran del todo extraños. En su esencia estos romances difieren de los de la primera y tercera clase por su tono mas lírico, fantástico y sentimental, y por el mejor y mas brillante colorido que los anima. En sus formas materiales se diferencian de los de las mismas por su versificacion mas esmerada. Parte de ellos los hemos incluido en la primera y segunda seccion de los moriscos novelescos, y parte en los históricos de aquellas épocas que les prestan el asunto, ya sea verdadero, ó ya tradicional aunque fabuloso. Ninguno de ellos nos parece anterior al siglo XV.

TERCERA CLASE. (*Época tradicional.*)

Contemporáneos, si no mas antiguos que los de la primera, son los romances de esta tercera clase. Debe considerárseles como exclusivamente hechos por los juglares bajo el influjo de un tipo de imitacion diverso del nacional, aunque asimilado á él en las formas de locucion. Formados sobre asuntos extraños á nuestra historia y costumbres indígenas, calcados sobre tradiciones y crónicas escritas en otra lengua, y sobre hechos, históricos ó fabulosos, propios de otra civilizacion, suponian cuando ménos el estudio, el arte y la observacion empleados sobre objetos lejanos, y adquiridos por la lectura de obras propias de otras sociedades. En los romances de la primera clase, aun los que pasaban por los juglares de profesion, nuestro pueblo se veia á sí propio retratado, pues él era el modelo que imitaban los cantores de sus glorias, de sus hazañas y de sus pensamientos. En los de la tercera clase se presentan solamente copias de modelos desconocidos al vulgo, de cuya verdad no podia juzgar sino por una asimilacion lejana y por una ciencia de hechos y de objetos que nuestro pueblo no veia á su lado ni por sus ojos, sino por medio de la erudicion que sus juglares adquirieron en los libros, ó las noticias que de sí mismos les comunicaban los extraños. Los juglares dedicados á cantar asuntos de la Biblia, de la historia antigua anterior á los siglos medios, y de los tiempos y paises completamente feudales, crearon para nosotros la tercera clase de romances contenidos tambien en la época tradicional. Rudos todavía, pero mas eruditos que los de la primera, iban ensanchando el círculo de la poesía popular, sin extralimitarse tanto que pudiera confundírsela con la erudita, y ménos con la artística. Aceptada por el pueblo esta clase de romances, y extendida la aficion á ellos, sucedió lo que era de esperar, á saber: que desde luego comenzó á alterarse la poesía indígena en su esencia, ya que no en sus formas, admitiendo una idealidad extraña, que falseó su primitivo carácter, revistiendo los hechos, y aun los personajes nacionales, de un colorido exótico que, amalgamándose mas tarde con nuestros hábitos, facilitó sobradamente los cambios experimentados en el giro que tomó nuestra sociedad.

Diferénciase esta clase de romances de los de la primera en que, siendo obra de juglares de profesion, y suponiendo por eso en sus autores alguna lectura, emplearon en ellos mayor esmero en versificarlos y en ordenarlos. Así se ve que los juglares aparecen tal vez razonadores por su cuenta, tomando una parte personal y subjetiva en los asuntos, y atreviéndose á hacer reflexiones y á emitir máximas propias, aunque deducidas del objeto épico que se proponian en sus cantos. Verdad es que, siendo cortísimo el número de tales digresiones, no bastan para caracterizar la tercera clase de romances tradicionales, ni á considerarlos como un género diverso de los de la primera; mas no dejan, con todo, de ser un paso pequeño que daba la poesía popular hácia el elemento subjetivo, lírico y descriptivo, á que llegó despues la erudita y la artística. Respecto al lenguaje, al giro de la frase, á la locucion y expresion de los pensamientos, los romances de esta clase se identifican con los de aquella, tanto mas cuanto á pesar de estar tomados de modelos extraños, los poetas no podian prescindir de asimilarlos en alguna manera á los hábitos y costumbres patrias, en cuyo elemento vivian. Por eso nuestro *Bernardo del Carpio* no es exactamente el *Roldan frances*, sino una imitacion suya, bastante libre y acomodada al carácter propio del *feudalismo español*, tal como llegó á ser.

ÉPOCA ERUDITA.

Luego que la poesía tradicional llegó á convertirse en escrita, fuéron desapareciendo los juglares que la conservaron, y con ellos la creacion de cosas nuevas que alimentasen la curiosidad y el interes que el pueblo dispensaba á las cosas antiguas. En tal estado de cosas, la poesía directamente popular, reducida á no producir nada original y nuevo, hubiera desaparecido, si algunos, cansados de la erudita del siglo xv y amantes de las glorias nacionales, no se hubiesen apoderado de los romances viejos para devolvérselos al pueblo, y resucitar en él la aficion á los hechos nacionales. En vez de crear un nuevo genero de poesia, imitaron los romances antiguos y los reprodujeron bajo sus mismas formas; pero despojándolos de aquella parte fabulosa que creian afearlos y separarlos de una crítica racional. Haciéndolo así, no advirtieron que privaban á la antigua poesía de su interes, y que concretándola á hechos reales, la despojaban del espiritu vivificante que le era propio, y del calor que anima la existencia de los pueblos y los distingue unos de otros. Pues qué, ¿la fe y las creencias, y hasta las supersticiones, no son una parte esencialisima de la historia? No constituyen su verdad tambien? No influyen en los hechos? No los explican, haciendo remontar el espiritu hasta las causas de las acciones, que aisladas no son la historia, sino un catálogo de sucesos sin animacion ni vida? Afortunadamente para la historia, los que imitando los romances viejos los expurgaron, eran buenos creyentes, tanto como las crónicas que les sirvieron de guia para despojarlos de su parte llamada fabulosa, y como á esta guia habian servido de documentos los romances viejos, en poco les podia empecer la pretendida reforma.

Si aquellos, reducidos á prosa, ó teniéndolos á la vista sirvieron de texto ó fuéron citados en las mas antiguas crónicas, en la época erudita sucedió lo contrario, pues de ellas, reducidas á rima y medida, se formaron los que la pertenecen. Poco antes de mediar el siglo xvi, aparecieron los eruditos que intentaron reproducir nuestros romances viejos, imitándolos con inseguro criterio, y que rimando, no poetizando, las crónicas, arreglaron á su contexto las tradiciones conservadas en los cantos populares, despojados de la parte que entónces se graduaba como fabulosa aun por los autores de ellas. Lorenzo de Sepúlveda, que por cierto no era ni buen poeta ni buen rimador, fué el primero que publicó una coleccion de romances de la clase de que hablamos, parte suyos, y parte de un caballero cuyo nombre reserva, con titulo de *Romances nuevamente sacados de las historias antiguas, de la crónica de España*, etc. Con alguna mas libertad, ensanche y mas arte produjeron romances semejantes y de igual clase varios poetas, y entre ellos Juan Timoneda, que intercaló algunos suyos en las antologías publicadas con el título de *Rosa de amores*, *Rosa española*, *Rosa gentil*, y *Rosa real*, que fueran perdidas para la literatura, sin el feliz hallazgo que de ellas hizo en la biblioteca real de Viena, y el solicito esmero con que ha reimpreso aquellas composiciones que solo en ellas se encuentran, el sabio y erudito aleman D. Fernando José Wolf, cuyos trabajos sobre los romances españoles son inapreciables, y coinciden en gran manera con los nuestros.

Ya en el párrafo anterior se ha dicho lo que caracteriza y distingue la época erudita de la tradicional; ahora falta discurrir sobre la cuarta y quinta clase de romances contenidos en aquella.

CUARTA CLASE. (*Época erudita*.)

Las composiciones que contiene se hicieron, no por gente ruda é iletrada, ni por rústicos juglares, sino por personas un tanto peritas en la ciencia histórica, que artificiosamente imitaban la poesía popular primitiva, y que afectaban su lenguaje. Ligados á una pauta fija, sus romances eran prosa mal rimada, copia servil de ajenos pensamientos, que excusaba y aun prohibia toda invencion, y que, como carecia de libertad, cortaba el vuelo del ingenio.

Los romances de esta clase conservan las formas exteriores de los tradicionales, pero no el espiritu vivaz que produce la espontanea y directa imitacion de la naturaleza. Dejan percibir que el arte pugna contra la perfeccion, y que retrocede hasta el punto de proponerse por modelo la imitacion de un lenguaje y de una frase pertenecientes á otro tiempo muy remoto y apartado de aquel en que se escribian. Pero esta misma y afectada intencion descubre el artificio, pues por falta de criterio en los que la tenian, mezclan en sus obras palabras y frases mas modernas al lado de las antiguas, resultando de ello un continuo anacronismo de locucion y de estilo. Aunque estos romances conservan la forma objetiva del elemento épico, ya los poetas, con mas frecuencia que en los verdaderamente viejos, aceptan la subjetiva, y aparecen en la accion como comentadores y doctrinistas, mezclando su individualidad con los hechos que narran.

QUINTA CLASE. (*Época erudita.*)

Muy semejante á la anterior, se la distingue sin embargo por su mayor libertad y por prevalecer en ella con mas frecuencia el elemento subjetivo. Los poetas que la cultivaron la impusieron el sello de la actualidad, desechando la imitacion del lenguaje de las crónicas, y las construcciones de los romances viejos. Así debió ser en efecto, pues dedicada al pueblo, y para él creada, debia, para vulgarizarse, adoptar la lengua entónces usual.

SEXTA CLASE. (*Época erudita.*)

Dedicada á asuntos históricos contemporáneos, expresados segun el estado de civilizacion del pueblo, se usa en ellos el lenguaje propio del tiempo en que se compusieron. Son pues para su época lo que los de la primera clase para la suya, pero calcados muchos sobre documentos oficiales en prosa, ó sobre noticias que circulaban, participan del espíritu de los de la cuarta clase. En efecto, pertenecen á los de la primera, porque refiriendo hechos acaecidos en la época misma ó próxima de su composicion, puede considerárselos como inspiraciones de actualidad, como primitivos y de primera mano, tanto mas cuanto, habiéndose escrito ó impreso desde luego, han llegado á nosotros sin las alteraciones inherentes á los de tradicion oral. El espíritu y pauta prosaica, sobre cuya letra se formaron, los aproxima á los de la cuarta clase, hechos, como ellos, para vulgarizar la historia. Atendiendo ademas á las formas subjetivas y líricas que afectan, puede considerarse á los romances de esta sexta clase como el eslabon de la cadena que une la época erudita con la artística, porque de los elementos de ambas participa.

Caracterízalos especialmente el prosaismo de que por su origen adolecen; su mayor artificio en la rima y la medida, exigido por los progresos que, introducidos en el pueblo, le hacian ménos rudo y mas civilizado que el de tiempos mas remotos. Tambien se distinguen por la intencion que manifiestan de elevarse al tono épico y lírico de la época artística que á su lado nacia, supliendo así la parte maravillosa antigua que la mayor civilizacion habia eliminado de la fe y la credulidad popular. A falta de estas, los poetas vulgares del tiempo, los que aspiraban á serlo del pueblo, deseosos de brillar ante sus oyentes ó lectores, equivocando el camino, sustituyeron á la ruda, pero sustanciosa sencillez antigua, los desvaríos de una erudicion pedantesca é hinchada, los colores exagerados y de peor gusto, y en fin el vacío de las ideas y pensamientos disfrazados por una ciencia incompleta, indigesta y falsa. Los antiguos juglares eran ignorantes de buena fe, y no tenian necesidad de ocultarlo; pero los modernos, aspirando á ser tenidos por sabios, eran fastidiosos y afectados. Siempre á la ignorancia sucede una época de falso saber, de pedantescas pretensiones. Tal es la marcha de las sociedades en su civilizacion. Por eso estas malas composiciones que señalan el camino que sigue la ciencia, son útiles á la historia de la literatura y de la sociedad. Hallanse las de esta clase en todas las antologías posteriores a la mitad última del siglo XVI, ya porque se publicaron en las primeras ediciones, ya porque en las siguientes se añadieron, ó porque se recopilaron en otros libros hechos ex profeso, ó se incluyeron en hojas volantes anteriores ó posteriores para venderse y propagarlas entre el vulgo por los ciegos, que heredaron el oficio de los juglares.

ÉPOCA ARTÍSTICA.

Contiénense aquí las clases séptima y octava de los romances castellanos, y en ellas se ve la marcha que siguieron desde sus primeros pasos artísticos á su apogeo y á su declinacion.

SÉTIMA CLASE. (*Época artística.*)

Hemos dicho en otra parte que hasta el último tercio del siglo XV los poetas cultos y cortesanos, es decir, los trovadores, no adoptaron la forma del romance para versificar sus obras. Hasta entónces fué una composicion puramente popular, nunca escrita. Pero ya JUAN DEL ENCINA y algunos otros versificadores artísticos se atrevieron á componerlos, ó por mejor decir, á amoldar á sus formas la poesía culta que imitaban de los provenzales é italianos. Ininteligibles para el pueblo, la sutil metafísica, las pretensiones filosóficas, las artificiosas ideas y pensamientos que á nuestros trovadores sugerian semejantes modelos, no podian ser populares los romances hechos bajo los auspicios de una idealidad poética, hija de imitacion extraña y de un arte estudiado, no aplicado á lo que esencialmente era nuestro y nos caracterizaba. Tal vez algunos de ellos descendieron desde su altura y fuéron aceptados por el vulgo, bien porque para eso los hicieron sus autores, ocultando la ciencia y el arte, ó porque glosaban, imitaban ó contrahacian los romances

viejos, y estaban impregnados de ideas caballerescas muy gratas al espíritu generoso de la nacion. El mayor número de las composiciones de esta clase son devotas, místicas, doctrinales, alegóricas y amatorias: en todas ellas se manifiesta claramente el artificio de su estructura, de su estilo, de su versificacion. Distínguense en general por un espíritu discutidor que los domina; por la sutileza exquisita y buscada de los pensamientos, y por una afectacion paradójica é indefinible en la expresion de las ideas, que parece se escapan a la misma inteligencia que las produce. El elemento lírico prepondera en todos ellos sobre el épico, y el poeta ó sus íntimos sentimientos son el asunto sobre que versan en general.

OCTAVA CLASE. (*Época artística.*)

Llegó el tiempo de la perfeccion, donde los poetas inspirados por el ingenio emplearon decididamente el arte, y bebiendo en las fuentes de la nacionalidad, y apoderándose de todos los medios que contenia una adelantada civilizacion, formaron con ellos un completo sistema poético. Los antiguos poetas cultos habian desdeñado la poesía popular; mas eruditos que inspirados, se propusieron imitar originales exóticos. Al contrario, los de la nueva escuela, llevada al colmo de perfeccion en el último tercio del siglo XVI, no quisieron destruir la poesía del pueblo, ántes bien la adoptaron como el mejor y principal elemento de la que se levantaba. En el manantial de los romances y canciones viejas y vulgares bebieron los primeros poetas del siglo XVI y XVII el espíritu nacional que animó sus cantos, y con que cultivaron el ingenio popular hasta el punto de inspirarle y hacerle comprensibles las bellas formas de la buena poesía. Ignorados y desatendidos por el vulgo, y privado este de sus cantores propios, se vió reducido á no obtener nada nuevo que sustentase su aficion, y á contentarse con los cantos antiguos, ya desvirtuados con el tiempo, y tal vez con algunos de la época erudita que, léjos de rejuvenecerlos, los reproducian despojados de su originalidad y de su natural sencillez.

El intervalo que media desde la clase séptima artística del siglo XV, hasta la octava de las últimas décadas del XVI, se llenó con los romances de la sexta, medio eruditos y medio artísticos. En este tiempo el vulgo, privado de sus poetas propios, se vió reducido, para obtener algo nuevo, á entregarse al espíritu de pedantería que sucede al de ignorancia, y como ya participaba de aquella, fácilmente se popularizaron las composiciones que adolecian de este vicio. Los romances viejos y sus imitaciones, escritos en un lenguaje de otra época remota, no los entendia el pueblo; los de los trovadores del siglo XV le eran extraños ademas, y los verdaderamente artísticos de la escuela nueva y nacional apénas comenzaban á existir. Quedábanle pues al vulgo únicamente y al alcance de su actual inteligencia los de la sexta clase, que, como hemos dicho, eran para su tiempo lo que fuéron los viejos para el suyo. En tal grado de esterilidad los grandes y aun los medianos poetas de fines del siglo XVI, que dirigian sus cantos á un pueblo ya mas instruido y culto, se apoderaron del espíritu nacional que dominaba en los antiguos romances, los despojaron de su rústica barbarie, los inocularon con cuanta ciencia, gusto y cultura se empezaba á vulgarizar, y los adornaron con todas las galas del lirismo capaces de hacerlos aptos á expresar las mas altas creaciones del ingenio. Ya fuesen los nuevos romances, moriscos, caballerescos, históricos, vulgares, amatorios, satíricos, doctrinales ó de cualquier género, hacia el poeta preponderar en sus obras el elemento lírico, y se proponia casi siempre retratar sus propias impresiones, sus íntimos sentimientos, mas bien que los hechos y los objetos que le rodeaban independientemente de su identidad. Verdaderamente que haciéndolo así obedecian al espíritu de la sociedad, de su época, y daban vida y relieve al sistema poético que se formó con los elementos de las antiguas escuelas. Esta obra magnífica del tiempo y de la naturaleza se hallaba diseminada y sin un centro de union; pero, adivinada por el arte, se logró sacarla del embrion y del caos que la oscurecia. Los poetas que para nacionalizar la nueva poesía, la dedujeron de los elementos de la antigua, amalgamándola con los adelantamientos de la cultura contemporánea, y tomando de ella lo que estaba ya al alcance del pueblo, empezaron á despojar el romance primitivo y vulgar de su natural rudeza, á suavizar con arte sus asperezas, formas de lenguaje y locucion, y en fin, á dedicarlo á expresar pasiones, sentimientos é ideas de un modo elevado y digno. Sin embargo, los primeros que á ellos se dedicaron, sin duda porque aun el arte no tenia reglas fijas, incidieron con frecuencia, no solo en los defectos propios de los romances de tradicion, sino tambien en los que pertenecen á la época erudita. Por eso se observan todavía en sus obras mucho descuido y desaliño en el lenguaje, harta hinchazon de estilo, un gusto defectuoso y poco delicado, y demasiado prurito de ostentar una ciencia mal digerida é inoportunamente exagerada. Pueden contarse en el número de estos poetas iniciadores de la nueva escuela popular, á PEDRO DE PADILLA, á

diente á la lengua madre (3). La diferencia constante y mas esencial, entre las lenguas modernas de orígen latino y este idioma, consiste : 1.° en haber aquellas suprimido la declinacion del nombre; 2.° en haber usado la anteposicion de partículas para distinguir los casos; 3.° en que adoptaron artículos determinativos del género y las relaciones; y 4.° en haber suplido la conjugacion directa de la voz pasiva con la union del auxiliar al participio pasado de los verbos.

Reparable es que en todas estas lenguas (4) se encuentra una pronunciacion mas abierta, mas semejante á la originaria y ménos contraida, cuanto mas al mediodía se acercan los pueblos que las hablan, probándose así cuánto influye el clima sobre los órganos bocales, guturales y auditivos. Exceptúase empero la lengua provenzal, que para su construccion adoptó solo las raices latinas, por lo cual, y por haber sido formada la primera, pudo servir de paso intermedio á las demas. Tanto unas como otras fuéron ántes que verdaderas lenguas unas jergas informes creadas al modo de las que hoy llamamos *algarabías* ó *francas*, y que sirven para comunicarse los pueblos que hablan diferentes idiomas.

Formáronse en España, como en otras partes, varias de estas jergas ó lenguas rústicas, y entre ellas sin duda la que, cultivada y perfeccionada, constituyó la hoy dominante, á saber : la castellana. Hija como aquellas de la necesidad, ruda é incompleta al principio como todas, solo pudo emplearse para entablar las mas indispensables comunicaciones entre conquistadores y conquistados. Corrompidos estos, no tuvieron mas fuerza para conservar su idioma que para defender sus hogares; y bárbaros aquellos, ni quisieron ni pudieron estudiar un idioma que, fuera de ser complicado y difícil, tenia contra sí la prevencion de pertenecer á un pueblo vencido y degradado. No acomodándose pues los unos á luchar con las dificultades del idioma latino, ni los otros á la rudeza y pobreza de la lenguas del Norte, resultó en cada pais el triunfo final de la lengua rústica que mas cultivada y extendida se hallaba, y con él la ruina no solo de sus iguales, sino la de las que les sirvieron de elementos.

Ningun monumento nos queda, anterior á la invasion de los moros, escrito en la lengua rústica (5), que luego perfecta se llamó castellana; pero los antiguos romances narrativos que nos restan, aunque muy posteriores á dicha época, y modernizados ó alterados por la tradicion oral, conservan todavía un lenguaje tan rudo y una construccion tan bárbara, que deja inferir cuán informe y desaliñada seria la lengua empleada en composiciones anteriores á ellos (*véase la nota* 10 *añadida á este discurso*).

Inútil é imposible de averiguar seria si los pueblos primitivos, despues de descubiertos los alfabetos, los emplearon en escribir poemas ántes que crónicas, ó versos ántes que prosa; mas lo cierto es, que todas ó casi todas las tradiciones civiles y religiosas sobre el orígen de las sociedades se nos han conservado en un lenguaje métrico, porque siendo este un instrumento muy á propósito para imprimir fácilmente en la memoria lo que se queria encomendarla, debió suplir al arte de la escritura miéntras fué ignorado ó poco comun (6). Cadencia y armonia, y por consiguiente versificacion y canto : hé aqui

tinos muy antiguos. Ademas de hallarse prevenido en varios concilios que las predicaciones é instrucciones religiosas se hiciesen en las lenguas rústicas, ya en el siglo VII, segun Meyer, se sabe que el obispo de Tournay y de Montmolin, electo por muerte de San Eloy, era hombre sabio así en el idioma romanico como en el theotisco. El pueblo en el siglo VIII cuando cantaba las letanías respondia *ora pro nos*, suprimiendo la desinencia de *nobis*; y *tu lo yura*, anteponiendo la partícula provenzal *lo* al verbo, en vez del pronombre latino. En el documento del rey moro de Coimbra que cito en la quinta nota, se encuentran voces enteramente provenzales, *é* por *et*; *esparte* por *esparce*; *pecten* ó *peiten* por *pectent* ó *pendant*, etc. Segun Luit Prand, ya en el año de 728 se contaban el catalan y el valenciano por lenguas establecidas en España, y por consiguiente creadas antes de la conquista de los árabes. Esto hace probable la conjetura de haber nacido la lengua provenzal entre los godos que ocuparon el mediodía de la Francia. Quien pretenda enterarse mas á fondo de esta materia puede consultar á Raynouard en el tomo I de las *Poesías selectas originales de los trovadores*.

(3) La castellana, italiana y francesa.

(4) Se las distinguió por la partícula afirmativa de cada una, llamando á la provenzal lengua de *oc*; de *oui* á la walona, despues francesa; de *si* á la castellana, italiana y portuguesa; y de *ya* á la teutónica.

(5) Antes de la invasion goda se hablaban en España las lenguas cantábrica, fenicia, griega, hebrea, caldea, latina y celtibérica. Vulgarizada despues la arábiga sustituyó á las demas, acabando con ellas en los paises dominados largo tiempo por los moros, y en los que no, preponderaron las que existian ántes. Todas las expresadas lenguas prestaron algunas voces y etimologías al castellano, pero casi la totalidad de estas pertenece al latin. Los árabes tambien rindieron tributo al idioma de Virgilio y Ciceron, pues en las crónicas de Idacio, obispo, se halla un documento hecho por el rey moro de Coimbra en los años de 734, que empieza así : *Alboucen Iben-Mahumet Iben-Tarif, bellator fortis, vincitor Hispaniarun, dominator Cantabriæ Gothorum, et magnæ litis Roderici*, etc.

(6) Las tradiciones remotas del orígen y tiempos heróicos de las sociedades se nos han trasmitido en poemas, cuyo lenguaje parece ser rítmico, y sentencioso su estilo. Aunque el erudito D. Tomas Sanchez, para desmentir esta idea, trata de probar que el libro de *Job* y el *Génesis* fuéron originalmente escritos en prosa, no consigue su intencion, pues ignorándose la prosodia hebrea y siriaca, mal se puede juzgar sobre el ritmo de estas lenguas. Al contrario, atendiendo á los hechos probados y á las consecuencias análogas que se deducen de ellos, debemos pensar que el libro de *Job* y el *Génesis* se compusieron en

los primeros recursos de los pueblos para trasmitir á la posteridad los signos orales, que explicaban los monumentos groseros levantados en las primeras épocas de la sociedad, y para conservar sus tradiciones ínterin no se hallaron los signos alfabéticos. La invencion de estos es claro se aplicaria ántes de todo á escribir las obras en verso, encomendadas á la memoria, cuya importancia era tanto mayor, cuanto en ellas habian depositado y coordinado los hombres lo que sabian sobre su historia, su religion, sus leyes civiles y morales, y aun sobre sus artes y ciencias imperfectas y nacientes.

Los lenguajes primitivos son siempre respectivamente mas sonoros y armónicos que los secundarios creados en cada pais; pero como la influencia de los climas es tan poderosa en la delicadeza de los órganos, y en particular en los de la pronunciacion y el oido, los idiomas orientales sobrepujan mucho á los del Norte en dichas cualidades. Fundados los primitivos en la imitacion directa de los sonidos naturales, por necesidad han de abundar en armonía imitativa. El estampido del trueno, el ruido de los torrentes, el blando susurro de los arroyuelos, el dulce canto de las aves, el rugido de los leones: tales serian los primeros sonidos imitados por el hombre para comunicar con otro las impresiones que recibia y las necesidades que experimentaba. Las lenguas salvajes están llenas de sonidos prolongados mas bien que articulados, y parecen mas propias para conmover la imaginacion pintando, que para hablar al entendimiento definiendo. No seria pues extraño que los pueblos primitivos, segun la mayor ó menor benignidad del clima que habitaban, hallasen desde luego el lenguaje métrico con que en varios poemas nos han trasmitido sus tradiciones. ¿Quién sabe si existió alguna época social en ciertos paises, donde bajo el influjo casi exclusivo de la imaginacion y de un lenguaje armónico y sonoro fué mas fácil ser poeta que orador? Si esta época existió alguna vez, debió cesar á medida que progresaba la sociedad, y cuando aumentándose las ideas con las necesidades, se desenvolvia mayor masa de inteligencia, y los hombres se vieron en la precision de crear voces para expresar ideas abstractas, cuyo perfecto análisis exigia sacrificar la armonía imitativa á la exactitud y al método.

Hijas y descendientes de la latina son las lenguas modernas del mediodia de la Europa; pero como imitaron sonidos de palabras, y no directamente los naturales, perdieron la prosodia rica y sonora de la original, y carecen en gran manera del ritmo y cadencia que aquella empleaba en la versificacion. A falta pues de la prosodia propia de los antiguos, los idiomas modernos hán tenido que adaptar á la poesía y al canto un sistema métrico que funda sus recursos armónicos, no en la medida y tiempos de la pronunciacion, sino en el número determinado de sílabas, en las combinaciones de cierto ritmo periódico, y en el arte de colocar los acentos y apoyaturas (7). Tales son en general las bases del sistema métrico moderno, tan esencialmente distinto del antiguo (8).

Así en España como en toda la Europa, despues de la conquista goda se establecieron varias jergas ó dialectos rústicos que, con las lenguas nativas anteriores y posteriores á la dominacion romana, acrecentaron el número de las que habia en cada pais (*vid. nota* 4).

lenguaje métrico, pues constan de versículos sentenciosos que encierran el pensamiento en límites determinados, arte acaso mas difícil que el de versificar, cuando no es la versificacion la que conduce á él. Pero aun cuando Sanchez probase su opinion respecto á estos libros, con ello no demostraria que antes no se escribieron otros en verso, pues la civilizacion de los hebreos y los egipcios estaba ya muy adelantada para suponer que ántes no existiesen escritos, aunque no hayan llegado hasta nosotros. Ademas el *Veda* enigmático de los bramas, las tradiciones pérsicas de los güebros, el *Zend-Avesta* del segundo Zoroastro, los libros del egipcio Osiris y del griego Orfeo, el *Alcoran* y los poemas árabes que le precedieron, parecen hechos en un lenguaje métrico y sentencioso. El *Edda*, el *Voluspa* y las estrofas *Havanna* del segundo Odin, el *Nibelunguen* germánico, los poemas druídicos y célticos, y los cantos escoceses que pertenecen á la civilizacion de los pueblos del Norte y conservan sus tradiciones, tambien parecen obras métricas. Si descendemos á los monumentos escritos en *lenguas rústicas* de la edad media, composiciones poéticas nos presentan antes que prosa. En el siglo XI aparece ya un poema portugues sobre la *pérdida de España por el rey Rodrigo;* síguese despues en el XII el del *Cid castellano*, y en el XIII descuellan las poesías de Alfonso el Sabio. Las cántigas ó lays y las tenzones provenzales presidieron á la formacion de casi todas las lenguas rústicas, y sostuvieron su brillo hasta mucho despues que las cruzadas contra los albigenses acabaron con la raza de los poetas y con la lengua en que las componian. Las primeras muestras de que hay noticia escritas en el idioma breton, en el del pais de Gales, y en el de los walones, posteriores con mucho al libro de *Bruty Brenhined* (Bruto de Bretaña), ascienden á los fines del siglo XII y principios del XIII, y se emplearon en componer poemas caballerescos y genealógicos como el de *Rou*, el de *Florimon*, y otros varios donde se reproducen ya alteradas muchas de las tradiciones célticas y germánicas. Sin duda los historiadores, legisladores, y los hombres comunes de los pueblos primitivos, encontraron en la metrificacion y la armonía un recurso supletorio á la falta de caractéres alfabéticos, y se valieron de él para conservar las leyes, doctrinas y hechos mas importantes que, descubierta la escritura, trasladarian á ella con anterioridad y preferencia á cualquiera otra cosa.

(7) El arte de colocar convenientemente los acentos no se fijó bien hasta el siglo XVI.

(8) Viciada, corrompida y aun olvidada la pronunciacion latina, se empezaron á componer himnos en esta lengua, donde vemos usado el número silábico y los consonantes para suplir la prosodia de largas y breves. Quizá así se empezó á formar el nuevo sistema métrico adoptado en las lenguas modernas.

Tanta multitud de lenguas debió producir grave confusion, y esta contribuiria no poco á prolongar la existencia del latin cómo necesario para entenderse y comunicarse las poblaciones y provincias que adoptaron distintos idiomas ó dialectos. Despues de invadida nuestra Península por los árabes, la lengua de los nuevos conquistadores se hizo vulgar, y en los paises que dominaron largo tiempo acabó con todas las que se hablaban ántes, inclusa la latina. No sucedió lo mismo en las comarcas donde no alcanzó el dominio árabe, ó fué poco duradero, pues allí se conservaron y perfeccionaron los respectivos dialectos que existian (9). Entre ellos distinguirémos, por su conexion con el asunto del presente discurso, el lenguaje rústico de los astures, que extendiéndose y cultivándose despues con la reconquista de la patria, llegó á ser la lengua dominante en España.

Ante la civilizacion de los árabes cayeron los restos de la romana, y dejando el latin de ser lengua viva, solo se empleó ya en escribir las leyes, los actos públicos y las obras sabias. Por esta causa no nos queda documento alguno perteneciente á época muy remota escrito en el dialecto asturiano, pues aunque se extendia rápidamente con los continuos triunfos de las armas cristianas, no debia ser aun bastante perfecto ni exacto para poderse emplear en las escrituras, contratos y códigos legislativos (*véase la nota* 10), aunque ya se usase en los cantos populares propagados por medio de la tradicion oral.

El *Poema del Cid*, la traduccion del *Fuero Juzgo*, las *Partidas*, y las coplas de D. Alfonso el Sabio, son los monumentos escritos mas remotos que nos pueden mostrar el estado de la lengua castellana á fines del siglo XII y á principios y mediados del XIII (10). La gala y soltura con que se ostenta en los dos últimos documentos, es una prueba clara de lo mucho que se habria ejercitado ántes de llegar al punto de flexibilidad y perfeccion en que allí la vemos, porque es imposible se hallase tan bien formada y completa, sin haberse cultivado de antemano en componer, sino en escribir, obras muy anteriores á las mencionadas. No puede decirse con seguridad si estas obras anteriores, exceptuando el *Poema del Cid*, se compusieron en prosa ó en metro; mas yo me persuado lo último, pues debiéndose fiar á la memoria sin escribirse, mal se conseguiria el objeto de conservarlas, á no adoptarse los medios oportunos. Mis conjeturas se apoyan ademas en que el lenguaje de las *Partidas*, esmerado, noble y correcto, posee ya la flexibilidad, armonía y aptitud para la buena prosa, que solo adquieren las lenguas despues de haber sido manejadas con los giros y trasposiciones á que obliga la versificacion.

El desaliño y rudeza en la frase, la falta de consecuencia gramatical y de enlace entre las ideas, y la versificacion embarazada que se observa en el *Poema del Cid*, me inducen á considerarle como un escalon intermedio entre el dialecto rústico de los asturianos y la lengua castellana del siglo XIII. No dudaré pues en tenerle por obra compuesta en el XII por un erudito del tiempo, que intentó, aunque infelizmente, segun se deja ver, imitar los versos latinos ó los provenzales, intercalando el redondillo y la rima, combinados como en los romances vulgares; pero queriendo disfrazarlos con las formas aparentes de los versos largos. En una palabra, yo veo en este poema (11) un paso progresivo de la lengua, muy anterior al *Fuero Juzgo* y á las *Partidas*; mas atendiendo á su artificio y tendencia á imitar modelos desconocidos entre la gente rústica, no puedo suponerle ni la primera produccion poética en el idioma vulgar, ni considerarle como la poesía del pueblo. En igual caso, pero con mayor motivo, se hallan respecto á este último punto otros poemas posteriores, tales como el del *Alejandro*, los de Berceo, del arcipreste de Hita, y varios que pertenecen tambien á una escuela imitadora de las formas latinas ó de las provenzales, ó de las reminiscencias que dejaron.

Si observamos ademas la marcha lenta de la naturaleza hácia la perfeccion, hallarémos que, á pesar del estilo y lenguaje imperfecto del *Poema del Cid*, no lo es tanto que pueda suponerse haber llegado al punto de cultura en que allí lo vemos, sin haber sido precedido de ensayos continuos y anteriores, ménos estudiados y artificiosos, y mas á propósito para imprimirse en la memoria.

(9) Los provincias Vascongadas, con parte de la Navarra, guardaron un dialecto céltico; los gallegos y portugueses formaron el suyo, mezclando el suevo con el latin, mas contraido que entre los castellanos; y los catalanes y valencianos adoptaron el provenzal con algunas modificaciones.

(10) Así pensaba yo en 1832 ántes de haber recorrido rápidamente la *coleccion de fueros, cartas-pueblas* etc. que ha empezado á publicar el Sr. D. Tomas Muñoz. En estos documentos ya latinos, ya romanzados, escritos en diversas épocas, ademas de contenerse la historia política de España, se puede seguir paso á paso la de la lengua, y ver el modo con que el latin iba degenerando, y convirtiéndose en el romance que precedió á la traduccion del *Fuero Juzgo* y a la confeccion del de las Partidas.

(*Esta nota no existia en la primera edicion del discurso que aquí se reproduce, algun tanto modificado*).

(11) En este poema histórico-romancesco hay la pretension de imitar los versos latinos; pero tan malamente ejecutada, que es una lástima. Sin embargo, entre sus intolerables defectos tiene tal cual vez cierto candor, dignidad é interes, que demuestran que su autor es tan erudito y tan poeta como en su tiempo era posible serlo.

Como el *Poema del Cid* y demas de su escuela carecen de dotes propias á la poesía popular, en otro género mas fácil, natural, sencillo y remoto debemos buscar el tipo originario de ella. Digo mas remoto, pues seria absurdo creer que desde el punto en que dejó el latin de ser lengua viva, hasta el siglo XII, careció el pueblo de cantos amorosos y guerreros, y de himnos religiosos compuestos en lengua comun, donde conservase, oralmente á lo ménos, sus sentimientos, fábulas é historias. Pudiérase pues inferir que la lengua castellana y la poesia del pueblo empezaron á progresar seria y constantemente desde mediados del siglo VIII, cuando los españoles independientes refugiados en las Astúrias iban formando un poder compacto y una verdadera monarquia. En el tiempo que media desde la invasion árabe al siglo IX, se alzaron varios imperios cristianos en la Península, y entre ellos crecia y se consolidaba el reino de Leon, regido por Alfonso II, llamado el Casto. Entre sus vasallos fué donde llegó á cultivarse, generalizarse y establecerse el dialecto rústico (*), que despues con nombre de castellano dominó en España, triunfando de los primitivos, como el vascuence, y de los secundarios, como el lemosino y el gallego, que ya solo se hablan por el vulgo en ciertas y determinadas comarcas (*vid. nota* 5).

El trato y comunicacion que los catalanes y aragoneses sostenian con Francia é Italia, y el haber aquellos adoptado la lengua provenzal, que como anterior y precursora de las otras rústicas, se perfeccionó ántes que ellas, fué causa de que dichos pueblos anticipasen su civilizacion á la de los asturianos, que circuidos por inaccesibles montañas, podian apénas salvar los límites estrechos de su imperio, sin establecerlos en las puntas de sus espadas, y á costa de mucha sangre derramada en crueles batallas contra los moros usurpadores del suelo español (12). Sin embargo, en el reinado de Alfonso el Casto empiezan á brillar algunos destellos de cultura social. Ya los valientes astures respiraban entre fronteras mas dilatadas; era su monarquía mas regular y fuerte, é iban dejando con los temores el odio concentrado que al principio fué causa de repeler todo trato amistoso con los árabes, y de rechazar las luces, las artes y la civilizacion que trajeron á España. Entónces fué cuando el entusiasmo de la gloria se sustituyó con ventajas al valor ciego, hijo de la necesidad de ofender y defenderse. Los caudillos que conducian las huestes cristianas al campo del honor, volvieron á sus hogares cargados de botin y de objetos de lujo conquistados al enemigo. En accion de gracias al Dios de las batallas empleaban sus riquezas en edificar templos y en dotar iglesias, ocupando las artes, aun imperfectas, en levantar monumentos de gratitud al Sér Supremo y protector que les atribuia la victoria. Por este tiempo era ya el latin casi desconocido, y la lengua vulgar no podia permanecer mas ociosa que las artes, siendo muy probable que miéntras estas se ocupaban en el ornato de los templos, aquella la empleasen los soldados y el pueblo para cantar sus sentimientos, celebrar sus caudillos, aplaudir sus triunfos, y conservar la memoria de sus hazañas en un lenguaje métrico. Cuáles fuesen estas canciones no puede decirse : ninguna ha llegado hasta nosotros, pero puede afirmarse su existencia, deduciéndola del órden natural y de la necesidad de las cosas. Atendiendo empero al carácter, índole, construccion y estado en que se halla el mas antiguo lenguaje cuyos vestigios nos quedan, y comparándole con el dialecto bable, que aun conservan los asturianos, presumo que los cantos primitivos se construirian en versos cortos, donde la entonacion supliese el número exacto de sílabas y la libertad de apoyarlas ó abreviarlas al pronunciarlas, á la falta de ritmo y verdaderos consonantes. Si la necesidad de estos medios supletorios á un sistema completo y fijo de versificacion se conoce leyendo los poemas del *Alejandro*, los de Berceo y los del arcipreste de Hita, compuestos por hombres del arte, ¿con cuánto mas motivo se hallará en los romances populares caballerescos é históricos que tenemos y son hechuras de gente rústica y lega, los cuales, si no me atrevo á colocarlos en época tan remota como la del nacimiento de nuestra poesía, creo al ménos que conservan vestigios de la primitiva forma con que se concibió entre nosotros la versificacion? En ellos, si no las palabras (13), se ha conservado la construccion y cadencia que debió tener la lengua rústica asturiana, y tiene aun en mucha parte el dialecto que se habla por los habitantes de aquel pais. Aunque sin medios positivos para probarlo, remitiéndome á la impresion que me causan y á la rudeza que existe en algunos trozos de romances caba-

(*) Véase el *Apéndice* puesto al fin de las notas.

(12) Por esto deben considerarse las Astúrias como cuna del lenguaje y poesia nacional sin mezcla de imitacion extraña. Harto hacian los habitantes del pais con repeler á los moros, que no les dejaban tiempo para estudiar á Virgilio ni á Horacio, ni para apreciar la literatura de los árabes sus enemigos.

(13) Conforme se trasmitian de edad en edad, las tradiciones orales iban modernizando y rejuveneciendo su lenguaje como el pueblo que las cantaba : así es que los primitivos romances habrán llegado á nosotros como á los griegos la nave de Colcos, es decir, con formas iguales á la original, pero con piezas renovadas en diversos tiempos.

llerescos é históricos, estoy bien persuadido á que pertenecen á otros mas antiguos, intercalados en los mas modernos.

Entre las combinaciones métricas anteriores al siglo xvi que se encuentran en la poesía castellana, ninguna es mas fácil, natural y acomodada al carácter de la lengua, y al género narrativo, que la del romance comun octosílabo. Su constante é inalterable medida, su corte de períodos, y su sintáxis primordial, se encuentran mas que cualquier otro género de metro en la conversacion y en la prosa, sin necesidad de descomponer ni interrumpir la frase. Estas cualidades le hacen muy á propósito para imprimirse en la memoria, pues como su consonancia ó asonancia es siempre la misma en cada uno, é igual la distancia en que se colocan, la primera llama á la segunda, y esta á las sucesivas, casi sin esfuerzo. Ademas, el ritmo monótono del romance antiguo parece que indica y provoca el canto que se le ha aplicado, tan propio á las danzas pausadas del pais donde nació, que aun se conserva, él solo, inalterable entre las variaciones infinitas que experimentan cada dia las demas canciones del pueblo fundadas en combinaciones métricas mas artificiosas (14). En una palabra, nuestro romance, tal como es y ha sido, es tan exclusivamente propio de la poesía castellana, que no se encuentra en ninguna otra lengua ni dialecto que se hable en Europa (15).

Segun se infiere de lo dicho, la forma del romance es tan fácil, sencilla, natural y acomodada á nuestro idioma, que hasta el hombre mas rústico é iletrado, sin un grande esfuerzo de imaginacion, podria componer las informes é inconexas narraciones con que se han conservado las fábulas, historias y tradicion popular que en ellos se contienen. Aun en el dia, despues de haber adquirido el romance una perfeccion que le hace apto á todo género de tonos, está sometido al dominio del pueblo, tanto como al de los sabios. Todos los componen, los ciegos los cantan por las plazas, el vulgo entusiasmado y absorto los escucha, los críticos y los sabios, á su pesar y como por instinto, les rinden tributo cuando se dejan arrebatar por la pasion bien sentida, que pierde de su fuego y calor ante las trabas de un artificio complicado; en fin, el romance ha atravesado las edades y las generaciones con tanto aplauso, que quizá no hay un solo español, aun entre los mismos que por fácil le desdeñan, que no haya cantado amores, hazañas, guerras, valentías ó fábulas en esta clase de combinacion métrica (16). Considerando pues todas las cualidades del romance, no será muy temerario conjeturar que fué la primitiva forma métrica que despues de la conquista árabe y el olvido de la lengua latina tomó nuestra poesía castellana, aunque las primeras noticias que hallamos de esta clase de composicion no sean mas antiguas que la *Crónica general de España* y los tiempos de Fernando III, el cual, segun Zúñiga, llevó á la conquista de Sevilla un poeta conocido con el nombre de Nicolas de los Romances (17).

¿Pues cómo han llegado á nosotros códices anteriores al siglo xv con una multitud de versos cortos variamente combinados (18), y no se ve entre ellos romance alguno? ¿Por

(14) La música primitiva de los cantos populares se ha perdido del todo, cuando la de los romances se conserva inalterable. Esta parece un gemido prolongado y monótono, pero que no deja de producir su efecto cuando acompaña las danzas pausadas del pais.

(15) Para atribuirla un origen arábigo no tenemos otro motivo que haberlo así insinuado el erudito Conde en su *Historia de los árabes en España;* mas de cualquiera modo, no es ménos cierto que solo se adoptó entre los castellanos. Los romances árabes, como Conde los presenta, no son idénticos á los nuestros, y parecen un monorimo en versos de diez y seis sílabas, con emistiquio de ocho, sin blancos intermedios.

(16) Pocos y contados son ya los buenos literatos que se atreven á despreciar abiertamente el romance por ser romance; desprecian, sí, al que es malo, como despreciarian un poema en octavas que lo fuese tambien; pero casi todos convienen en negarle la aptitud para elevarse al género sublime y grave de la poesía. Otra idea he formado yo de esta composicion despues de haber estudiado los buenos romances de Lope, Góngora, Calderon y Melendez; y cuando leo el de *Angélica y Medoro* del segundo de estos poetas, le tengo, á pesar de sus defectos, por uno de los mejores trozos de nuestra poesía épico-lírica, sin exceptuar las mas sublimes composiciones del parnaso español. ¡Qué cuadros tan bellos le adornan! ¡Qué amenos paisajes presenta á la fantasía! ¡Con qué abundancia y conveniencia de epítetos la ensalza! ¡Cómo la arrebata por la facilidad, decoro, fuerza y afluencia de lenguaje! ¡Cuál la exalta por la expresion rica, noble y sublime de sentimientos! Y en fin, ¡cuánto la halaga y lisonjea por el brillo, armonía é idealidad de los pensamientos! Apénas el lírico Horacio y el tierno Tibulo podrán presentar una composicion que desluzca la del grande y alzado poeta cordobes. Conozco que mi modo de ver y juzgar en la materia no servirá de norma á los demas: siento disentir de lo que en ella opinan los sabios; pero al concederles esto, jamas convendré en que mi modo particular de considerar las cosas les dé derecho para tratarme de ignorante ó inepto. La diferencia de opiniones literarias no debe ser motivo de desprecios ni de ultrajes, y á ninguna cosa del mundo puede aplicarse con ménos inconvenientes la virtud llamada tolerancia.

(17) Es de creer que el *Poema* y la *Crónica del Cid* se formasen sobre tradiciones conservadas en cuentos y romances populares, pues aunque la mayor parte de los que existen de esta historia son del siglo xvi remedando el lenguaje antiguo, hay algunos anteriores, donde sin embargo de estar modernizados, se conservan vestigios de muy remota antigüedad. Véanse el de *Helo, helo por do viene*, el de *Diaera de los Reyes*, etc.

(18) En los Cancioneros generales y códices impresos ó manuscritos se hallan muchas composiciones en versos cortos, diversamente combinados, anteriores al siglo xv, pero entre ellos muy pocos romances.

qué hay tan pocos de amor (19), y ménos históricos ni caballerescos en la multitud de Cancioneros generales y particulares que se imprimieron ántes de acabarse el primer tercio del siglo XVI, y estos de autores tan conocidos como la corte de Juan II, donde florecian? Por lo mismo que los romances eran la poesia del vulgo, y se conservaban de memoria sin ser epopeyas capitales, no se escribieron hasta que el vulgo supo leer, es decir, hasta mucho despues que hubo imprenta. Asi entre los griegos, que carecieron de este medio, no se han conservado originalmente los cuentos y cantos populares que sirvieron de base á los poemas de Orfeo, Hesiodo y Homero, cuyos sublimes ingenios con sus grandes epopeyas hicieron olvidar las inartificiosas y sencillas narraciones que les suministraron materiales é ideas para sus poemas. Nosotros en verdad no tuvimos la fortuna de poseer Homeros ni Hesiodos, porque nuestros poetas de profesion, descendientes de una sociedad vieja y degradada, y productos de una civilizacion corrompida, que se renovaba por medio de otra aun semisalvaje, carecian del vigor y lozanía propios de los pueblos nuevos y robustos. Por esto gustaban mas de un artificio afectado, que de la sublime sencillez que inspira la naturaleza á los hombres cuando no tienen otro modelo de imitacion sino los objetos que ella directamente les presenta. Siendo nuestros poetas de la edad media incapaces por esta causa de producir las grandes y bellas creaciones que caracterizan el ingenio robusto y alzado de los pueblos nuevos, se dedicaron á componer obras complicadas, en las cuales pretendian distinguirse del vulgo, proponiéndose vencer dificultades hijas de la ingeniosidad y sutileza, pero no creadas ni procedentes de la grandeza natural de los objetos que cantaron. Así el romance, que como poesía del pueblo, era rudo é inartificioso, quedó bajo el dominio de los juglares, y desdeñado de la gente cortesana; pero á pesar de todo, y de no haber salido de tan limitada esfera, sirvió largo tiempo de libro de memoria, donde el pueblo aprendia cuanto le era permitido saber, miéntras no pudo adquirir, como los ricos, códices lujosos de hazañas caballerescas, de poesías provenzales y de poetas italianos. Los literatos ricos que adquirian estos códices, en vez de dedicarse á cultivar y perfeccionar la poesia nacional produciendo obras originales, pensaban adelantar mucho con imitar la literatura extraña en ellos contenida. Hé aquí la causa por qué las poesías de los siglos XIV y XV, imitaciones de los provenzales, del Dante y del Petrarca, interesan como documentos de los progresos del arte; pero no pintan, como los romances populares anteriores y contemporáneos, los cuadros que caracterizan la civilizacion española durante los primeros siglos, en que luchaba para recomponer su sistema social. Muchos de los caballerescos é históricos, entresacados del *Cancionero de romances* é incluidos en mi coleccion (20), servirán para dar probabilidad á mis conjeturas sobre que su combinacion métrica debió ser la primera forma de la poesia castellana.

Acostumbrándose un poco á su estilo áspero é inconexo, no es posible leer algunos trozos allí contenidos sin admirar cierta naturalidad y sencillez, cierta interesante ternura, y á veces hasta cierta especie de candor homérico que se descubre en ellos. ¿Quién verá con indiferencia los romances de los Infantes de Lara, algunos de los condes de Castilla, y del Cid, y otros muchos tradicionales que no cito? Verdad es que carecen del lujo y brillo de una imaginacion rica y abundante; pero allí se ven retratadas, aun mejor que en la historia, las costumbres, las creencias, las supersticiones de nuestros mayores, y la idealidad con que el pueblo concebia el heroismo, la lealtad y el valor; allí se ve tambien el modo esencial y original de existir, propio de aquella sociedad, con los progresos y retrocesos que experimentaba la civilizacion segun las vicisitudes y circunstancias de cada época (21). Cuantos pretendan estudiar profunda y filosóficamente el carácter de nuestra historia y los progresos de nuestra lengua, es preciso que á vueltas del placer se sometan al fastidio consiguiente á la lectura de unas composiciones donde solo como relámpagos fugaces se vislumbra á veces un rayo de inspiracion, casi siempre ahogado por las dificultades que le opone una lengua todavia indócil á expresar consecuentemente y con enlace las ideas. Las buenas cualidades y defectos de tales composiciones me han persuadido, como ya he dicho, á que el romance octosílabo es la primera forma que

(19) Hay algunos muy antiguos, cuyos trozos mas populares trovaban los poetas del siglo XV, reduciéndolos de históricos ó heróicos que eran, á galantes y amorosos. Así hizo DIEGO SANT PEDRO en el suyo que dice: ***Reniego de tí, amor***, trovando el de ***Domingo era de Ramos***, desde el verso ***Reniego de tí, Mahoma***; y así hicieron otros que seria largo citar.

(20) Es la coleccion exclusivamente de romances que primero se ha formado, recogiendo unos de la tradicion oral, y otros de los pliegos sueltos que se comenzaron á publicar desde la segunda década del siglo XVI ó ántes.

(21) Parece increible el retroceso de la literatura desde Alfonso el Sabio á Juan II. Ademas de las causas generalmente conocidas, sería muy útil indagar otras no ménos poderosas que contribuyeron á esta decadencia; mas siendo ajeno de este trabajo, reservo exponer mis ideas en el asunto para ocasion mas oportuna.

adoptó entre nosotros la poesía popular (22); y aunque ninguno de los que nos restan sea en su totalidad anterior al siglo XIV, así en ellos como en varios del XV creo hallar vestigios y trozos proverbiales de otros mas antiguos (23).

Habiendo expuesto ya mis conjeturas sobre el carácter y antigüedad del romance primitivo, falta todavía decir algo respecto á las fuentes de donde los caballerescos tomaron la parte fantástica, que unida en los históricos con los colores característicos y locales del pais, han producido en los siglos XVI y XVII un sistema poético peculiar á nuestra nacion.

Los libros y poemas caballerescos representan la idealidad poética, las costumbres aventureras y feudales, y la mitología ó sistema de lo maravilloso que aparece en los siglos medios, así como los poemas de Orfeo, Hesiodo y Homero las de los primitivos griegos. Tanto en unos como en otros se descubren ya pruebas de unas sociedades organizadas, que segun su respectivo sistema, tienden á perfeccionarse de un modo progresivo y ascendente sobre las bases religiosas, políticas y civiles que las constituyeron. Si los ingleses Thelesino y Melchino, segun supone Huet, escribieron, el uno la crónica casi contemporánea de Artus, y el otro la de la Tabla redonda, pudiera afirmarse que los primeros vestigios del espíritu caballeresco que hubo escritos, ascienden al siglo VI. Fué generalizándose este espíritu hasta producir los tiempos feudales, donde se completó un sistema político fundado en bases que constituian á la caballería casi como una órden religiosa. En esta época llegó á su mayor altura, descendiendo despues á medida que el poder monárquico sofocaba con la fuerza de las leyes la insubordinacion aristocrática, y emancipaba al pueblo de la arbitrariedad de los grandes. A fines del siglo XVI, el espíritu caballeresco y el género fantástico de literatura que produjo, habia decaido tanto, como preponderancia adquirian los intereses materiales sobre el entusiasmo y la imaginacion. La pluma del inmortal Cervántes acabó y puso fin á la obra del siglo, y desaparecieron ante su *Quijote* los amores místicos, las increibles hazañas, los encantamientos, los Amadises y Esplandianes; y acaso tambien acabara con los Carlomagnos, Roldanes, Reinaldos y los Doce Pares, á no haberlos elevado un monumento eterno el Homero de Ferrara, cuyo talento sublime no pudo ser oscurecido por el espíritu de parodia y prosaismo del mayor ingenio conocido en Europa y con el cual tiene mas analogía que lo que á primera vista parece.

Aunque Thelesino y Melchino pusiesen mucho de suyo en las referidas crónicas, es de imaginar hallasen ya creado el fundamento de sus fábulas en los hechos y tradiciones vulgares, donde siempre se encuentran los primeros vestigios de las creencias del pueblo (24), las cuales cuando no son productos de una religion revelada como el Cristia-

(22) Pueden servir de ejemplo casi todos los romances de la primera y algunos de la cuarta seccion de los caballerescos é históricos. Véanse el de *Vergilios*, el de *Moriana*, el de *Julianesa*, el de *Las bodas de Doña Lambra*, etc. La sencillez y el tono libre que los distingue, caracterizan bastante bien el estado social del tiempo en que se compusieron.

(23) Si á tales reflexiones se añaden las que resultan comparando algunos romances antiguos, aunque alterados y modernizados, con las composiciones de Alfonso el Sabio y el *Poema del Cid*, se verá que aquellos, al ménos en su primitiva creacion, deben ser anteriores, porque despues de haberse compuesto las últimas, no pudieron retrogradar tanto la literatura y la lengua, como resulta de los primeros. Confírmase mi opinion examinando las composiciones del siglo XIV, infinitamente mas cultas y adelantadas que no los romances de que hablamos. Debemos pues inferir que estos habrian de preceder á la mas artificiosa y complicada poesía del *Poema del Cid*, lo cual es mas obvio de pensar, que el que se hallase la nacion sin cantos en lenguaje vulgar desde que el latino dejó de serlo, es decir, mas de seiscientos años.

(24) ¡Cuánto pudiera decirse sobre tan importante materia! Quien estudia la historia y la literatura exclusivamente en los libros, y entre los estrechos é intolerantes métodos del siglo XVIII, jamas conocerá mas hombres que los franceses, ni mas tiempos que dicha época, y siempre ignorará los resortes por donde el género humano tornó á encontrarse en el camino ascendente de la perfectibilidad. Los filósofos de aquel siglo, ocupados en esgrimir las armas de la ironía contra la supersticion y las preocupaciones, apénas echaron una mirada filosófica sobre los sistemas que destruyeron, ni sobre los grandes medios que estos prestaron á la civilizacion. Vieron únicamente en Hesiodo y Homero dos poetas, dos modelos de literatura, y en sus obras unos excelentes poemas, ó cuando mas, unas bellas y magníficas alegorías de la naturaleza; pero no como debieran las grandes epopeyas, los sublimes sistemas que tanto influyeron en la civilizacion europea, y cuya marca indeleble se halla estampada todavía en las modernas sociedades. Hesiodo y Homero, creadores de la epopeya griega, formaron sus poemas, redactando con sus fábulas todo el sistema político, filosófico y religioso que constituyó el espíritu de los pueblos progresivos, bajo cuyos auspicios marcha aun la sociedad europea, miéntras la asiática permanece estacionaria hace ya siglos de siglos. Pues bien: Hesiodo y Homero ¿hicieron mas que revestir de bellas y convenientes formas, y dar unidad á las tradiciones de la cosmogonía y filosofía sacerdotal de los egipcios, modificadas por las localidades y el carácter de los griegos? ¿Estas tradiciones eran otra cosa que los medios inventados para ligar el pueblo por la imaginacion y el sentimiento á las bases y modo de una sociedad progresiva? ¿Era por ventura salirse de las vias de la naturaleza el aprovecharse de la propension innata en el hombre hácia lo maravilloso, para conducirle donde no alcanzaba la razon natural? ¿Por qué pues no hemos de considerar, en las epopeyas de todas las naciones y edades, sino el arte del poeta, prescindiendo de los medios filosóficos que contienen é influyen tan fuertemente en el modo y sistema de sociedad? Un gran poeta épico es á mis ojos el complemento de una crísis social y el principio de otra: por eso en los intermedios aparecen solo pobres y mezquinas epopeyas; por eso son imitado-

nismo, reducidas á sistema por los legisladores y cuerpos sacerdotales, sirven de base á toda sociedad donde aquel no es el primer elemento (25). Estos sistemas, cayendo despues bajo el dominio de la poesía y de los grandes ingenios que los revistieron de colores propios á exaltar la imaginacion, produjeron, amalgamándose con los cuentos populares, los sublimes poemas que han vencido al tiempo y las edades. Empezó la sociedad de los siglos medios á formarse sobre distintas bases que las antiguas, desde que los bárbaros del Norte se comunicaron con el mundo romano, y pudieron minar lentamente la que allí se hallaba establecida, pero que flaca y débil por su misma corrupcion, necesitaba ya reemplazarse por otra mas fuerte, jóven y robusta. La creencia, fábulas y costumbres de los celtas y escandinavos se habian modificado por las tradiciones civiles y religiosas, que Odin (ó Wodin) introdujo en el norte de Europa (26) ántes que sus habitadores se desplomasen sobre el imperio de Occidente. La invasion del Norte por Odin y los asiáticos se apoya en hechos históricos, y sin ella ú otra semejante no pudiera concebirse cómo se halló en Europa de repente un sistema de supersticion popular, y una mitología compuesta de tradiciones orientales unidas á las germánicas y á las reminiscencias del paga-

ras y no originales. Desde el siglo XIII al XVI se acababa el trabajo social de la edad media, y comenzaba el de la civilizacion por los intereses materiales; entónces aparecen el Dante, el Ariosto y el Taso. ¿Quiénes le siguen en el siglo XVII y XVIII, donde se perfecciona y completa el trabajo de la nueva sociedad? Ninguno que pueda compararse á ellos. Ahora en el siglo XIX ya se ostenta la sociedad terminando la obra de los dos anteriores, para empezar la del amalgama y fusion de los intereses materiales y morales, y ya aparece como precursor de una magnífica epopeya el grande hombre que impele su siglo hácia ella, y se la diera, á nacer cincuenta años mas tarde. En vano el hombre quiere poner diques á los siglos; la fuerza de las cosas y la Providencia rigen sus pasos y le conducen al fin de sus altos decretos. Todos los sistemas humanos están llenos de errores y de verdades; pero para discernir los unos de las otras, es necesario no mirarlos por un solo aspecto, y preciso ademas escuchar y discutir imparcialmente aun las cosas que mas chocan con nuestras ideas, pues de lo contrario, jamas podrémos juzgar con acierto sobre ellos.

He dicho en el cuerpo de este discurso, que los primeros monumentos escritos donde aparece el espíritu caballeresco de la edad media, ascienden al siglo VI; mas no pretendo fijar su base en esta época, pues estoy muy seguro que viene de siglos muy anteriores. Ya en los primeros de la república Romana aparecen los galos, los cimbros, los germanos y los francos formando grandes y numerosos pueblos invasores, que se civilizaban y existian bajo el imperio de sistemas religiosos y políticos, harto complicados para no suponerlos producto de infinitas generaciones. César nos pinta los drúidas y bardos como sacerdotes y magistrados de sus respectivas naciones, y para designar los poemas que la juventud del Norte aprendia de memoria los veinte primeros años de su vida, la lengua latina inventó la enérjica y significativa frase que decia, ***libri exaltationis***. La mano poderosa del tiempo no acabara quizá con ellos, si los pueblos del Norte adoptando la sublime religion cristiana no los hubiesen destruido, como tambien lo intentaran y lograran con los monumentos de la civilizacion griega, si un sér protector no lo impidiera para conservar á la posteridad pruebas de los esfuerzos de la humana inteligencia. Los poemas irlandeses, los de la Armórica, del pais de Gales y de la Cornualla, que mecieron la cuna de las sociedades célticas, dejaron algunos restos de lo que fuéron en las traducciones latinas que existian aun en el siglo XI, pero que á su vez se hundieron como los originales en el rio del olvido; no tanto empero que no resten aun numerosos vestigios de su contenido en los poemas caballerescos del siglo XII. El célebre Mr. Quinet trata de publicar algunos de los setenta códices manuscritos inéditos de dicha clase que ha descubierto en la biblioteca real de Paris (1), entre los cuales existen algunos que contienen desde treinta mil á cincuenta mil versos. Muchos, segun se dice, son libros genealógicos de dinastías, cuyas noticias histórico-romancescas ascienden á una época treinta generaciones anterior á la invasion de las Galias por los romanos. Otros son poemas caballerescos, tales como ***Perceval***, ***Lanzarote***, ***Tristan y Giron Cortés***, que presentan mucha importancia para la historia de la civilizacion, de la filosofía y de la literatura.

(25) Los primeros patriarcas, los hebreos y los cristianos, únicamente han conservado puras las divinas revelaciones; los demas hombres las corrompieron hasta el punto de que todos sus sistemas religiosos son fábulas y errores, que disfrazan los principios sencillos de la moral natural. Los cristianos dejan la ficcion para la poesía; las ficciones son la religion de los pueblos infieles.

(26) Las naciones del Cáucaso al mando de Sigeo se introdujeron en el norte de Europa para poner su libertad al abrigo de los ejércitos romanos. Aquel caudillo tomando el nombre de Odin, deidad de los Partos, se constituyó legislador y profeta de los escitas, entre quienes halló seguridad contra las armas de Pompeyo. Llevó consigo la civilizacion asiática, y en su pecho un odio reconcentrado á los opresores del mundo. Con estos elementos, y los que le presentaba el pais salvaje de los hijos de los hielos y las rocas, fundó una religion feroz y guerrera que participaba del carácter de los pueblos indígenos, del de los refugiados, y de la pasion rencorosa del legislador. Las fábulas orientales unidas á las de los celtas y escandinavos, y á las costumbres de todos estos pueblos, constituyeron la nueva mitología de Odin. En ella se encuentra refundida la idealidad y extravios fantásticos, las hadas, los genios del aire y de la tierra, los encantamientos y el lujo de una imaginacion oriental, con el carácter tétrico y adusto, con las pasiones feroces, con el culto de las rocas y los torrentes, con la creencia de los trasgos y brujas, con la semideificacion de las mujeres, y con el pundonor de unos pueblos militares, entre quienes el valor personal era la primera y mas excelente virtud. Así formó Odin el amalgama y transaccion entre las doctrinas, costumbres y creencias de los pueblos del Cáucaso, los celtas y germánicos, que resulta de sus poemas. Aun se descubren en las sociedades modernas vestigios y profundas raices de aquel modo de sociedad, las cuales ni el espíritu del Cristianismo, ni la filosofía, ni la razon han logrado arrancar ni destruir. Tanta es la fuerza de la preocupacion y de la costumbre, que aun en el dia el feroz duelista puede arrastrar al crimen al hombre honrado, pero pundonoroso.

(1) Acaso se hallarian monumentos igualmente preciosos en las bibliotecas particular y pública del rey. ¡Ojalá que este trabajo mio llame la atencion pública, la de los jefes de ambos establecimientos, y la proteccion de nuestro ilustrado soberano hácia esta clase de estudios é indagaciones, pues de ello resultarian sin duda medios para estudiar y penetrar el carácter que imprimió la edad media en la civilizacion española.

nismo. No hay sistema alguno mitológico que haya sido producto de un solo hombre ó de un solo siglo. El caballeresco, como todos, es un conjunto de ideas creadas en diversos tiempos, que se han trasmitido modificándose á cada paso con el roce de intereses diversos, y de distintas idiosincrasias nacionales (27).

Cayó el imperio romano, y con él la religion y literatura pagana; pero algunas reminiscencias de sus fabulas quedaron todavía, aunque despojadas del colorido y brillo sensual, que depuso en ellas la imaginacion risueña de los griegos, y el carácter de la antigua civilizacion. La memoria de estas fábulas descompuestas y vestidas de mas severidad y ménos riqueza, pudo servir de elementos á algunas ficciones caballerescas. ¿Por qué los recuerdos de un Hercules y un Teseo no habrán producido á Roldan y Reinaldos, y los de Medea y Calipso una Urganda y una Viviana (28)? La serpiente Piton y la hidra de Lerna ¿no serán ascendientes de las sierpes y dragones encantados? El de las Hespérides, ¿no se parece al jardin de Falerina? Si los griegos y romanos tenian Titanes y Polifemos, gigantes descomunales y feroces hay entre los modernos; si aquellos poblaban de magas la Tesalia, nosotros de brujas llenamos los cementerios. Aquiles, todo invulnerable, sino en la planta del pié, tiene su imitacion en Roldan y Ferragus, y las armas de Vulcano, en el encantado yelmo de Mambrino y en la armadura de Argalia. ¿Cómo pues se desemeja tanto la idealidad poética de la antigua y moderna civilizacion, á pesar de la analogía marcada que existe en la base de sus fabulas? Así como la mitología índica perdió en gran manera su misticismo exagerado y sus monstruosas representaciones de la deidad al pasar entre los egipcios, así la de estos dejó su severa y gigantesca rigidez, acomodándose á la brillante, risueña y apacible imaginacion que el clima y las anteriores costumbres inspiraron á los griegos, y así tambien las fábulas de Hesiodo, Homero y Virgilio, glosadas por los pueblos del Norte y modificadas por sus tradiciones, se revistieron del caracter propio y peculiar que distingue los siglos medios. Diferentes hábitos, costumbres y existencias alteraron necesariamente el modo de considerar las cosas, y cambiando el espíritu, formas, idealidad y modo de concebir en poesía lo maravilloso, han producido un sistema acomodado á las nuevas bases sociales. Los griegos y romanos consideraban la especie humana bajo el imperio del fatalismo, y al hombre en general como un sér máquina sometido al inflexible destino. Su ídolo era la patria, á ella se sacrificaba toda individualidad: los mas fieros republicanos se tenian por mas esclavos de ella, y abdicaban todo interes personal ante el objeto de su culto. Este modo de sociedad formaba un centro de existencia comun y exterior que excluia la importancia del hombre como individuo, para atribuirla á un ente abstracto. Así es que la idealidad poética de la cosmogonía griega se adapta muy poco á la expresion de los sentimientos íntimos é individuales que tanto preponderan en las sociedades modernas. En estas el espíritu aventurero y las costumbres de los pueblos del Norte, amalgamados con las tradiciones orientales y con la moral del Cristianismo, crearon una idealidad poética que se apoya en la importancia del hombre individual, en los sentimientos íntimos del alma, en la lucha de la voluntad con las pasiones, y en la propension á espiritualizarlo todo. La patria del cristiano no es terrenal, y para conquistarla cuenta solo con la proteccion divina y con los esfuerzos personales é independientes que haga sobre sí mismo.

Los griegos y los pueblos gentiles, que como los romanos adoptaron el sistema politico y religioso de aquellos, fundaron su cosmogonia en la personificacion alegórica de la na-

(27) Los libros y poemas caballerescos pueden dividirse en cuatro secciones, á saber:

1.ª Los de origen céltico, cuya mayor parte fuéron compuestos en versos cortos de ocho sílabas. En ellos traspira ya el espíritu y carácter lijero é irónico de los franceses. Los poemas de *Artus* y de la *Tabla redonda* pertenecen á esta seccion.

2.ª Se colocan despues los de origen germánico, compuestos en versos largos, y en pesado estilo, grave y sesudo: estos han tomado por héroes á Carlomagno y sus Doce Pares.

3.ª Vienen en seguida los que produjo el espíritu de la civilizacion de los griegos modernos en tiempo de las cruzadas, escritos en prosa, y caracterizados por su tendencia á revestir las pasiones de un velo místico y de una metafísica sutil é incomprensible. Tales son los Amadises.

4.ª Preséntase últimamente la seccion de los poemas italianos que tratan de las guerras entre Carlomagno y los sarracenos, cuya base principal es la *Crónica de Turpin*. Los que precedieron al *Orlando Furioso* prepararon el camino para que el Ariosto levantase la epopeya romancesca á la misma altura que Homero ensalzó la griega clásica. Entre muchos de estos poemas solo citaré los siguientes:

La Spagna: anónimo.
La regina Ancroja: id.
Altobello, ré Trojano: id.
Persiano, figliuolo de Altobello: id.
Innamoramiento di ré Carlo: id.
Morgante Maggiori: di Luigi Pulci.
Manbriano: d'el Cieco de Ferrara (*Francesco Bello*).
Orlando innamorato: di Matheo Bojardo.

(28) *Alcina y Urganda* se parecen mas á *Calipso* que á *Circe* y á *Medea*. Algunos con mucho fundamento, y yo con ellos, atribuyen el orígen de las fadas, los genios celestes y terrestres, los encantamientos etc. a las fábulas orientales; pero le queda sin embargo todavia mucho á la poesía caballeresca, donde se ven patentemente reminiscencias de la mitología griega.

turaleza exterior, revistiendo sus fenómenos con bellas, pero materiales formas; y así constituyeron sus goces y penas en el placer ó el dolor físico. Los modernos hallaron el fondo de su poesía, no en el colorido brillante de una imaginacion risueña, sino en el sentimiento íntimo del libre albedrio, en el combate de las pasiones, en la importancia y superioridad con que Dios levantó al hombre y al género humano sobre los séres de la creacion, y en fin, en el deseo de la patria mística que debe conquistar. Los hombres de la antigua sociedad derramaban sus pasiones, y como no luchaban contra ellas ni las comprimian, jamas formaron grandes contrastes morales; los de la moderna, combatiéndolas de continuo, las concentran en su interior, y cuando ya el corazon no basta á contenerlas, se abren paso desgarrándole, como el fuego de un volcan rompe las entrañas de la tierra, y lanza furioso enormes rocas sobre las columnas de humo que él mismo vomita. Tales son los extremos de donde parten la antigua y la moderna poesía, y entre ellos existe un número infinito de graduaciones que se suceden hasta llegar del uno al otro.

Las reminiscencias de los tiempos heróicos griegos, las tradiciones orientales, el sombrío y melancólico carácter de las ficciones escandinavas, el espíritu aventurero de los normandos, las costumbres feudales, el lujo de la imaginacion árabe, y los sentimientos espirituales de la doctrina cristiana, han sido los elementos de la poesía que inventó los Artuses y Tristánes, los Roldanes y Oliveros, y los Palmerines y Amadises, preponderando en cada cual de estas fábulas caballerescas alguna de las cualidades que constituyen el compuesto de tantos medios poéticos de distinto orígen.

Pero lo que mas caracteriza estas ficciones, es el espíritu vago y fantástico que domina en ellas. Productos de una imaginacion sin freno, colocadas en un mundo ideal y sin límites, creado exclusivamente por ella y para ella, y tan lejanas de la realidad como de la verdad prosáica, aparecen como una fantasma impalpable en medio de los aires, cuyas formas vagas no pueden fijarse ni comprenderse. Aunque en esta clase de ficciones se ve el espíritu general de los tiempos, pocas se distinguen bien por el color local y gráfico de cierto y determinado pais. Al considerarlas, parece que el universo entero era gobernado y dominado por una sola idea, y que todos los paises del mundo estaban contiguos. Sin duda la falta de conocimientos geográficos é históricos daba libertad á los autores de libros caballerescos para colocar impunemente y sin escándalo la China á seis leguas de Paris, para hacer caminar un héroe en media hora millares de leguas, para crear islas ó imperios que nunca existieron, y en fin, para considerar un soldan de Babilonia con los mismos hábitos y costumbres que un galante y aventuroso caballero normando. Siendo en este género de poesía todo vago y sin límites, se ven frecuentemente repetidas las mismas aventuras, y aplicadas á distintos héroes, sin que el entendimiento eche de ver inconsecuencia alguna, porque como en todos los caballeros prepondera casi un mismo sentimiento y una misma idea, nada se opone á que en sus acciones sean muy semejantes. Un espíritu poco mas ó ménos igual dirige á los Tristanes y Lanzarotes, y respectivamente á los Roldanes y Oliveros, á saber, el entusiasmo religioso, el ferviente proselitismo, el aprecio de la fuerza regida mas bien por el instinto, que contenida por las leyes, el culto hácia el bello sexo, la voluptuosidad disfrazada con colores místicos y platónicos, y en fin, la confianza sin límites que cada caballero tenia en sus fuerzas y valor personal, que le hacia acometer impertérrito un ejército numeroso y cien descomunales gigantes, sin dudar un punto de la victoria. ¿Quién se atreverá á comparar un Hércules por sus hazañas y su delicadeza en amor, con el valiente y amartelado Amadis? Aquel vence uno á uno los monstruos y tiranos de su patria, este se presenta impávido ante un centenar de endriagos que destruye en un momento; Hércules conquista una corona de laurel, Amadis una sonrisa de su dama; el uno depone su clava, ciñéndose una rueca al lado de Onfale, al otro le conduce Amor sobre la Peña pobre para expiar los desdenes de su amiga haciendo una penitencia ascética y religiosa.

La mitología griega, conservando eterna juventud y lozanía, se sonrie á la imaginacion, y no tiene rival cuando trata de materializarlo todo. La de los siglos medios, melancólica y fantástica, que todo lo espiritualiza, templa algun tanto su lloroso semblante, ó la intensidad de su pasion, con las ficciones orientales y árabes que ha adoptado. A par de los follones y mal intencionados gigantes, pone los nobles y generosos caballeros, defensores de la oprimida inocencia; junto á las oscuras cavernas de los magos están los jardines y palacios encantados de Alcina, y en ellos los deliciosos placeres. Tal caballero lo sacrifica hoy todo al amor, que mañana se ciñe el hábito de ermitaño y expía sus pecados al pié de un rústico altar, donde otro desdeñado de su dama ó atormentado de remordimientos acude á buscar los consuelos de la religion. Yo no pondré en competencia los medios de una y otra poesía, pues si la caballeresca interesa mi corazon y mi alma por

la mezcla que en ella se observa de sensualidad y ternura, de debilidad y de razon, de flaquezas y arrepentimientos, y de heroismo y supersticion, la de los griegos con sus bellas y voluptuosas imágenes, y su ameno, rico y brillante colorido, halaga mis sentidos y se sonríe dulcemente á mi enajenada fantasía. Si alguna vez llega tiempo en que no choque ó se tolere ver el mundo maravilloso de los griegos antiguos mezclado con el de los siglos medios, como lo está con las ficciones orientales sin que se repare el anacronismo, lograrémos tener un sistema poético que reuna todos los medios posibles de perfeccion, y entónces no nos repugnarán muchas de las ficciones del Dante y del Camoens, que ahora criticamos por inconvenientes.

Graves dudas hay sobre el órden sucesivo de las crónicas y poemas caballerescos; mas atendiendo al espíritu de cada seccion (*vid. nota* 26), yo pondria en primer lugar los de la conquista del Santo Grial, Artus y Tabla redonda, en seguida los de Turpin, Carlomagno y los Doce Pares, y por último, los de los Amadises (29). En los primeros advierto ménos lujo de imaginacion oriental, y que participan mas de la sensibilidad de los pueblos del Norte; prepondera en los segundos el espíritu religioso con la disciplina monacal, y el deseo de conquistar almas para el cielo, llevando los caballeros la ofensa y defensa en la punta de la espada, y en el yelmo las santas aguas del bautismo, para dar eterna vida al vencido y moribundo enemigo cuando quisiera convertirse; y advierto, en fin, en los últimos la tendencia metafísica de una civilizacion mas suave, de pasiones mas refinadas y espirituales, y el imperioso influjo del bello sexo sobre una sociedad no ménos guerrera y generosa, pero mas culta y perfecta. Vanse marcando estas diferencias de una en otra gradualmente, por manera que parecen eslabones de una misma cadena, que enlazan otras tantas épocas de la sociedad, desde la conquista de los bárbaros á las peregrinaciones y cruzadas á la Tierra Santa, y desde estas al complemento de las ideas caballerescas alambicadas por la metafísica sutil, que el trato y roce con los griegos modernos introdujo en el Occidente. Poco costará percibir esta graduacion de cualidades empezada en los Artuses, y concluida en los Amadises, y la reunion de todas ellas en el *Orlando Furioso*, de Ariosto, producto grande y magnífico de la poesía caballeresca, donde comienza á notarse la tendencia filosófica de los siglos posteriores, preparada por el genio burlesco y satírico que inspiró á Pulci su *Morgante*.

Así como las crónicas de historia (30) tomaron y prestaron alternativamente asuntos á los romances que les pertenecen, tambien los poemas y libros de caballería debieron suministrar materiales á los caballerescos, que difundieron y vulgarizaron el espíritu suyo hasta entre las clases ínfimas del pueblo. Este, enlazando las nuevas fábulas á las tradiciones de los héroes indígenos, adornó á Bernardo del Carpio y otros caudillos semi-históricos, semi-fabulosos, con cuantas virtudes y hazañas constituian el heroismo de aquellos tiempos. En esta clase de composiciones transpira el carácter grave, fiero y guerrero de los españoles, á la par que la propension aventurera de los normandos, la exageracion fantástica y melancólica de los árabes, y la rudeza de la poesía luchando con una lengua poco flexible.

La coleccion de *Romances caballerescos é históricos* que ahora publico, está dividida en las siguientes clases:

Primera, en caballerescos, ó varios, que no forman entre sí una serie de ficciones que pueda colocarse entre los ciclos fabulosos conocidos.

Segunda, en romances de la Tabla redonda y de Amadis.

Tercera, en los de los Doce Pares.

(29) He dicho ya que las crónicas caballerescas en prosa, escritas desde el siglo XIV al XVII, son imitaciones ó traducciones de poemas originalmente compuestos en verso y en los idiomas breton, walon y del país de Gales. Entre ellos se distinguen los poemas de Tristan, Perceval, el Galo y otros que, segun dije en la nota 24, ha descubierto Mr. Quinet y se propone publicar. Los libros caballerescos descendientes del de *Amadis de Gaula*, son sin duda productos del ingenio español; mas no puedo creer lo sea igualmente el padre de todos ellos. Aun cuando, como se supone, exista un códice portugues atribuido á Vasco Lobeira, donde se halla este libro caballeresco, solo probaria que es el primero que imitando otro anterior lo dió á conocer. Así á lo ménos parece, atendiendo á que el espíritu que domina en el *Amadis de Gaula* nada tiene de comun con la idealidad que preside en nuestra historia, con las costumbres del siglo XIV ni con los anteriores. Mucha mas semejanza tiene con los libros de *Artus* y de la *Tabla redonda*. El *Amadis de Gaula* se resiente mucho de unas ideas feudales que casi nos eran desconocidas, pues los godos y los sarracenos, nuestros conquistadores, se amalgamaron tanto con el país y sus habitantes, que se confundieron vencidos y vencedores, y no existió nunca en general la categoría de siervos territoriales. Hasta despues de muy adelantada la restauracion del imperio castellano no se organizaron en España instituciones algun tanto feudales, y esto fué cuando por la condescendencia y la penuria de los reyes, y por los efectos de la reconquista, se concedieron á los grandes algunos derechos de jurisdiccion en los países que muchas veces recobraban á sus expensas.

(30) En el supuesto de haberse conservado las tradiciones populares en verso antes que en prosa, es muy natural que los romances suministrasen materiales para la historia.

Cuarta, en los propiamente históricos, ó que se refieren á hechos tradicionales tenidos por verdaderos.

Los de la primera division participan mas ó ménos del carácter de todas las otras; en la segunda se perciben harto bien las cualidades de los originales de donde se han formado; y en la tercera, que viene y procede de la crónica latina del monje Turpin (31), se descubre el espíritu religioso y grave que de ella tomaron estas ficciones, con la exageracion gigantesca de un Roldan, solo comparable á la de Bernardo del Carpio. Pero donde descuella y se ostenta mas nuestro carácter nacional, es en los de la cuarta division, tomados del *Cancionero de Romances* y otras antologías (32), donde el rey Rodrigo, el Cid, Gonzalo Gustios de Lara, sus siete hijos, Ruy Velazquez, etc., son propiamente caballeros españoles, que luchan á brazo partido contra el dominio musulman en un pais determinado, y tienen las ideas, los trajes y las costumbres de su misma nacion, tales como entónces eran.

Como dichos romances fuéron conservados oralmente hasta mediados del siglo XVI, y provienen de épocas muy anteriores, domina en ellos cierta difusion y rigidez de estilo, y cierto amaneramiento é inconexion de frases, con la costumbre de repetirse en unos versos, y aun trozos enteros de otros, que les quita todo mérito considerados como poesía; pero que les presta un indecible interes como monumentos históricos de nuestras tradiciones, de nuestra lengua y cultura, y al mismo tiempo nos conservan vestigios de los usos, costumbres y formas ideales que atribuia el vulgo á sus héroes.

Una observacion notable ocurre acerca de esta última clase de romances, y es, que aunque predominan en ellos las ideas caballerescas, carecen del color maravilloso que caracteriza los poemas franceses é italianos de igual género. Ni fadas, ni genios, ni encantadores, ni ficcion alguna árabe se encuentra en aquellos, y sin embargo del trato íntimo que teniamos con los moros, la parte que constituye lo maravilloso es allí puramente cristiana. Tal era el odio con que los españoles mirábamos la fe de nuestros enemigos, que ni aun en poesía podiamos soportar sus ficciones, que detestábamos como obras del diablo. Nuestros héroes son por esta causa en los romances antiguos hombres extraordinarios y fuertes, sus armas de fino y acerado temple, y sus caballos de noble raza; pero no como en los libros y poemas caballerescos, encantados ni fadados. Apénas se encuentra en aquellos alguna otra reminiscencia de semejantes fabulas, y por esto son mas bien narraciones sencillas y áridas de hechos que carecen del brillo de una imaginacion verdaderamente poética.

Hasta fines del siglo XVI no adquirió la poesía castellana aquella rica inventiva, aquella gala y soltura, aquellas formas libres y fáciles, aquel lujo de colorido y de estilo, y aquellas dotes que tanto la ensalzaron en Europa, y que ahora empiezan de nuevo á apreciarse y á admirarse.

Los extranjeros que estudiando nuestra literatura confunden épocas y circunstancias, han anticipado el tiempo de nuestro verdadero romantismo, considerado como sistema, atribuyendo á siglos anteriores lo que solo se verificó desde fines del XVI á mediados del XVII. En este intermedio, y no ántes, se completó el amalgama y fusion de las partes heterogéneas que constituyen todo el brillo, riqueza, armonía y originalidad de nuestra bella literatura. Entónces se compuso la mayor y mejor parte de los romances del Cid y los moriscos (33), donde nuestros buenos poetas vertieron raudales de imaginacion y fantasía, probando al mismo tiempo no ignorar el arte de describir fuerte y vigorosamente, ya los caractéres, ya las costumbres. En las poesías anteriores á esta época se halla tal vez algun vestigio de la poesía árabe, mas bien por su tendencia melancólica y morosa, que por el lujo de imágenes y de colorido (34).

Yo considero á LOPE, GÓNGORA y sus contemporaneos como los primeros que com-

(31) Poco ventajoso es el cambio que hago del *Amadis* por la *Crónica de Turpin.*

(32) Todo el contenido del párrafo á que esta nota pertenece se refiere á las composiciones entresacadas del *Cancionero*, de la *Floresta*, y de la *Silva de romances*. Las que he tomado del *Cancionero general* pertenecen al siglo XIV y XV, y las que del *Romancero* al XVI casi todas, y pocas al XVII. Algunas he insertado del *Romancero de Sepúlveda*, serviles imitaciones del mal estilo de los romances antiguos: pero son pocas y únicamente para llenar algun vacío que otras dejaban.

(33) Hay con todo algunos que ascienden al siglo XV, y otros al XIV. Tales son los fronterizos, así llamados por ser las canciones donde los castellanos celebraban las correrías que hacian en las fronteras de los moros.

(34) Mas resalta esta opinion comparando estos romances con los de LOPE, GÓNGORA ú otros poetas de los siglos XVI y XVII. Véanse los de *Fontefrida, Fontefrida;—Yo m'era Mora Moraina;—Que por mayo era por mayo*, y otros que he insertado en el Romancero de doctrinales, amatorios, etc. Estas cancioncillas en romances, particularmente las dos primeras, se hallan llenas de una tendencia dulce, melancólica y grave, que descubre bien á las claras su analogía de sentimientos con los pocos moriscos que en la *Historia de los árabes en España* ha traducido el sabio, modesto y amable D. José Antonio Conde.

prendieron el destino de la poesia castellana, y que abandonando la imitacion de modelos latinos é italianos, establecieron el verdadero romanticismo español, tanto en la lírica como en la dramática. Así reunieron los elementos de la poesía popular, y crearon un sistema nuevo, compuesto con la brillante imaginacion árabe, con la sentimental y vehemente pasion de los escandinavos, con la aventurosa y galante caballerosidad de los normandos, con los profundos pensamientos del dogma y moral cristiana, y en fin, con el espíritu noble, guerrero, generoso y grave de su nacion. Bajo el poderoso influjo de tan grandes ingenios, los versos cortos adquirieron toda la flexibilidad y dulzura que los distingue, y el romance octosílabo la perfeccion que le hace apto para expresar digna y convenientemente toda clase de pensamientos, y para adaptarse á todo género de tonos, desde el mas trivial al mas sublime. Hasta LOPE y GÓNGORA los poetas doctos y eruditos, mas que originales, apénas descendian con desden á la poesía del pueblo, y la abandonaron á los que por dicterio llamaban ingenios legos. Hubo sin embargo algunos á mediados del siglo XVI que se propusieron imitar los romances viejos, poniendo en verso los hechos de la *Crónica general*; tal fué LORENZO DE SEPÚLVEDA y otros que afectando mas inspiracion quisieron en estilo pomposo é hinchado popularizar episodios ó lances históricos de todas las épocas y naciones. Los del primero no dejan de presentar todavía mucho interes; los de los segundos no tienen otro que el de conservar algunas tradiciones populares que solo allí han dejado rastros y vestigios. Los poetas de la escuela docta anteriores al siglo XVI se propusieron por modelos exclusivos á los provenzales, al Dante y al Petrarca, y como todos los imitadores, estrecharon y anonadaron sus talentos ante los grandes originales que tenian á la vista. Por esto nuestra poesía erudita ó artística del siglo XV no tiene la grandiosidad de la del Dante ni la delicadeza de la del Petrarca; pero en desquite abunda en sutilezas metafísicas, y en una afectada galantería que se opone á la enérjica, natural y sencilla expresion de las pasiones. Posteriormente desde el siglo XVI al XVII BOSCAN, GARCILASO, HERRERA, RIOJA, LEON, VILLEGAS y los ARGENSOLAS dieron un grande impulso á la escuela docta, y la perfeccionaron aclimatando en España, ademas de los italianos, otros modelos mas sublimes. Horacio y Virgilio vinieron á habitar nuestro parnaso con Anacreonte, y casi le limpiaron de las sutilezas con que le mancillaron los poetas de la corte de Juan II. Así modificada y ensalzada la escuela imitadora, supera á la de origen popular en artificio, buen gusto, estilo, cultura y filosofía; pero la cede en estro, nacionalidad, riqueza de imágenes, abundancia de fantasía, y sobre todo, en las galas de una invencion inagotable.

Cuantos hechos y raciocinios contiene este escrito me obligan á presumir:

1.° Que los primitivos ensayos de la poesía castellana vulgar debieron ser los romances.

2.° Que á ellos debemos principalmente la conservacion de las tradiciones populares revestidas con el tipo y carácter nacional.

3.° Que nos marcan los diversos grados de cultura y modificaciones que segun los tiempos experimentaba la sociedad.

Y 4.° Que hasta fines del siglo XVI la poesía del pueblo, y por consiguiente el romance, no formaron un sistema completo y uniforme, capaz de llamar la atencion de los sabios para adoptarle ó combatirle.

Fácil es que yo me equivoque en cuanto llevo expresado; pero á lo ménos me lisonjeo de haber tratado la materia con alguna novedad, y de haber promovido cuestiones importantes, que otros mas sabios resolverán mejor, si quieren ó pueden. Si esto consigo, me doy por satisfecho del trabajo empleado en coleccionar los Romanceros que he publicado, y que presento en parte como modelos de buena poesía, y en parte como un medio filosófico de adquirir con su estudio muchos conocimientos acerca del carácter físico y moral que constituyó en nosotros la civilizacion de la edad media.

En este discurso, que versa en particular sobre la primitiva forma de la poesía castellana y los romances á ella pertenecientes, pudiera extenderme á proponer mi juicio acerca de los demas ya publicados en los volúmenes anteriores; pero ademas de haber dicho algo en cada uno sobre las poesías que contiene, nada puede añadirse á lo que con tanto saber, buena doctrina y gusto delicado ha escrito mi amado amigo D. Manuel José Quintana, en los bellos y perfectos resúmenes históricos de nuestra poesía, y en las excelentes notas críticas que ha insertado al frente y en el cuerpo de las dos secciones en que ha dividido su *Coleccion de poesías selectas castellanas desde Juan de Mena á nuestros tiempos*, cuya segunda edicion acaba de publicar.

APÉNDICE AL DISCURSO PRELIMINAR.

Despues de escrito el discurso y notas que anteceden, un discípulo, como yo, del hombre mas amable, sabio y celoso, que ha dedicado su vida á instruir la juventud, y á quien mucha parte de la de esta corte debe su aficion y amor á los buenos estudios, me ha franqueado la siguiente advertencia, que inserto por la coincidencia de su contenido con mis ideas, por las miras útiles que contiene, por lo bien pensada que está, y por las noticias curiosas en que abunda. Así doy una prueba de mi aprecio y gratitud a quien ha tenido la bondad de franquearme este apunte.

POESIA BABLE.

« Pocas provincias de España conservarán mas reliquias y recuerdos de venerable antigüedad, que conservan las Astúrias. Su dialecto, conocido con el nombre de *Bable*, es sonoro, suave, y si no extremadamente rico, no tan pobre como creen algunos. Háblase en el interior de Astúrias la misma lengua que se habló en España en los siglos medios, y muchas frases y giros que se conservan en el *Poema del Cid* son familiares á los labriegos asturianos. Las voces adquiridas de los árabes no traspasaron los aledaños de Astúrias : será lástima que se deje perder un dialecto que, bien estudiado, podria dar á conocer la etimología de muchas voces castellanas, y del que podriamos tomar las que nos faltasen, sin tener que mendigarlas del extranjero. El Sr. Jovellanos estimuló á varios literatos á que formasen un diccionario *Bable* bajo las reglas que trabajó; mas no llegó á concluirse tan difícil empresa. D. José Caveda tiene escrita una *Memoria* acerca de la antigüedad y mérito del dialecto de Astúrias, digna de la luz pública.

» Una de las diversiones favoritas del pais es la danza circular conocida con el nombre de *danza prima*. La mesura y sencillez de este baile son los mejores garantes de su antigüedad : Homero nos describe ya danzas circulares (*). Canta el pueblo en estas danzas romances sagrados ó heróicos, amorosos ó festivos, intercalados de algun estribillo, por lo comun de asunto sagrado (**).

(*) Acaso las danzas circulares son resto y representacion de la táctica guerrera usada en las sociedades incipientes y en paises montañosos. En estos círculos se cantarian los himnos guerreros para animar los soldados : allí cada jefe los arengaria y comunicaria sus órdenes, y de allí saldrian ordenados los grupos ó pelotones para dar la batalla despues de haberse ejercitado en el manejo de las armas. Los asturianos bailan aun su *danza prima* armados de gruesas estacas, que saben usar perfectamente para la ofensa y la defensa ; apénas se acaba uno de estos bailes sin batalla de garrotazos sobre la preferencia que pretende tener alguno de los concejos de la provincia. Comunmente el grito de guerra que precede á estas rijas, es el de *viva Pravia y muera Piloña*, ó al contrario. Los asturianos aman tanto estas danzas y costumbres, que donde quiera que estén y haya reunidos algunos aldeanos de esta provincia, arman su *danza prima* al son de los romances y una gaita, y se dan despues de palos sin misericordia. (*Nota de D.*)

(**) Lo particular es que desde tiempos muy remotos todos los romances que para música de estas danzas se cantan en Astúrias, son en castellano y de los mas vulgares. En el lenguaje bable no se conoce ninguno anterior al siglo xvii, y estos, aunque popularizados un tanto, son obra de poetas artísticos que, no teniendo poesías viejas en el dialecto del pais, las hicieron facticias é imitándole artificiosamente para dar una idea de lo que pudieran ser los cantos antiguos, que si los hubo se perdieron del todo ó se conservan entre las breñas de aquel pais, adonde no han podido ó no han procurado todavía hacer penetrar sus investigaciones las personas cultas y aficionadas á ellas. Los romances y poesías bables que existen conocidos son pues muy modernos, hechos ex-profeso, y afectan artificiosamente el dialecto ó los dialectos rústicos del pais. Consiguiente á ello es, que los poetas que los compusieron buscasen las palabras mas diferentes de la lengua castellana, y formasen una coleccion de las exclusivamente bables, por lo cual este dialecto aparece ménos castellano que lo que es en realidad. No obstante, estas mismas composiciones facticias bastan para probar que el lenguaje rústico que aun hablan los asturianos es bastante copioso y apto para la poesía, y que pudo tener una antigua y propia que nos es desconocida. El Sr. D. José Caveda, que nos suministró el asunto de este apéndice, ha publicado posteriormente una preciosa coleccion de poesías en el dicho dialecto, que está precedida de un prólogo sabio y erudito acerca de él y de los poetas que le usaron. Refiriéndonos en todo á lo que dicho señor ha expuesto, nos contentarémos con insertar aquí un fragmento de romance dialogado é inédito, que en el siglo xvii escribió D. Antonio Gonzalez Reguera, con el pseudo-anónimo de *Anton de la Marireguera*, para muestra de esta clase de poesía, formada en el dialecto rústico, que creemos fuese el orígen del nuestro vulgar. Dice así :

DIÁLOGO EN DIALECTO ASTURIANO.

TORIBIO.

Non quixera embarazabos,
Xuan Sauri, porque quiziás
Querrais dir para la llende
O au Dios vos aiudas.
Posá esa carga de lleña,
Y cuntarevos lo c'hay:
El tabacu y é cansera
Pedivoslo, claro está
E como ño hay un uchabu
Faréis llo que los demas.
El tabacu tien lla culpa
¡ Quién llo dixera que fai
Diez años, mal haya amen,
La infame necesida!

JUAN.

Entoncia yera otru tiempu:
Porque non habia rapaz
Que ño abaratás dineru
Mas q' agora un capellan.
¡ Oh que tiempu aquel pasadu,
Que una vaca y un tenral,
Valia trainta ducados
Y eso luego á encarguchar.
¡ C'há facer agora un probe
Si por ello ñon ó dan

» Astúrias tuvo poetas : el primero de que hay noticia clara, y del que se conservan al-»gunos escritos, es D. Antonio Gonzalez Reguera, conocido por el nombre de *Anton de la » Marireguera*, que floreció desde principios á mediados del siglo XVII. En 1639 escribió » un romance sobre el pleito entre Mérida y Oviedo por la posesion de las cenizas de Santa

Cosa qué lluzca nin preste
Y eso ñado un año, y mas?
¡ Dios ños dè tener pacencia
Para tantu soportar!
Que si non ños ayndara
Ños habiamos sasperar.
Aunque romplamos costazos
El botielio y la cuayar,
Ñon abaratamus pa peches
Nin pos llega l'agua al sal :
De cuantos usos se pierden
Ñunc'esti se perderá,
De coyer y mayar argones
Que dexamos descansar.
Mal haya el bombre qu'envluda
Y ñon torna á enmaridar,
Pos topa la cama fecha
Y preparadu el yantar.

TORIBIO.

Diz q' agora se ruxia
Que quier so real maxestá
Mandar far otro dineru,
Que bien fora ; mas pupá :
Yo apuesto que algun señor
Y lo ha desaconseyar,
Qu'enfotados no hay un cuartu
Compreu de balde lo q' hay.
Par ellos ye cuant' un probe
Puede correr y ganar,
En xornales y acarreos.
Y dempues en regalar
El gochu por San Martin
La lleña por Navidá
El cabritu par' á pascua,
Les ñates para San Iuan ;
La gallina, el poliu, el huevu
Los figus y lo demas,
Y en faltando y'os á una
Llevó el diabiu lo de atras.
Si estuviera yo c'ol Rey
Una media hora ñon mas
Habia decei al oidu
La cartia de pe á pa.

JUAN.

¡ Xesus, home! ¿Y con el Rey
T'habies de atrever falar?
¡ El oillo solamente
Las piernas me fai temblar!
¡ Solo pronunciar so nombre
En casa, en campu, en corral,
Al home mas entendidu
Y fará trastabeliar!
El Rey he muy gran señor,
Ño hay otru mas principal :
¿Y si falares con el
Quel avis de rellatar?

TORIBIO.

Habia de decel, señor,
Si ñon quitá lla metá
De les peches, faga cuenta
Que nos unvia al hespital.
Llo que so padre y dexó
¿Ñon basta para pasar?
¡ Tantu como vien de Indies
Yo ñon sé que y se fai!
Tenga cuenta con les arques,
Con lo qu'entra y lo que sal ;
Si hay per elles muncha llaves,
Lles pueden desocupar.
Tome cuenta por so mano
Q'ansi facen por acá
Los señores, y por eso
Ñon perdeu so calidá.
¿Qué quier tantu duque en casa,
Tantu ricu folgazan,
Que comen como abeyones
La miel del so colmenar?
¿Non fora meyor mandallos
Para Flandes y Milan,
A vese con el inglés,
Que bien menester serau?
Si hay munchu, munchu se gasta :
Lo pocu suele bastar
Yo por mí l'echo de ver ;
Porque si en mi casa hay
Una boroña, se gasta,
Y media suele allegar,
Y eso ñon solo en mió casa,
Tamien el amu lo fay.
Ñon se fie de dengunu,
Nin siquiera de seu pá :
Qu'el furtu bien amañadu
Al mas santu tentará.
Acuèrdese de Bilbadu
Que bien se puede acordar,
De les barriques de figos
Que quitamos á so ma
Cuando y eren de doblones
Rebañados por acá
Q' al Emperador unviaba
Sin temor nin caridá
Cuand' eso se fai en casa
Por mandado de so ma,
Llos criados y criades
¿Qué ye lo que non farán?
Siempre lo oí yo dezer
Y ora veo qu' é verda,
Qu'el dineru en munches manes
Nunca muy seguró está.
Dios tenga en bona folgancia
A so pa, que si tendrá,
Qu'en so tiempu andaba todo
Com'ello debia d' andar.
En so tiempo ñon s' usaba
Tanta embarcacion de pan,
Tanto maiz como ogaño
Fo para San Sebastian.
El qu' embarca tien de sobra,
Y así un señor lo fará ;
Pero axuntar la cevera
Dexando probe un llugar,
Y compráia pe los orros
Para embarcar ye maldá,
Si ñon por remediu n'ello
Bien sé yo que y de pesar
A cuantos ansina obrasen
Todos los habia enforcar.
Estes coses y otres munches
Me babia oir sin papizar ;
Pero elli entendidu yé
Y ñon lo puede inorar.
Si tomare el miu conseyu
Se que ñon y habia faltar
Del so orru la cebera
Nin de sos arques el ral.
Qu'y socedia llo mesmo
Qu'á un aquelo de so pa,
Segun cuenten les historles
Qu'en ellos lo falara.
Ñon mireu quian dá el conseyo
Si ñon se y convendrá.
Esto fo Enrique el enfermo
Que veniendo de cazar
Una noche para casa
Ñon afayó que cenar,
Y entre él y el mayordomo
Compezaron á falar,
Que la caza que traia,
Con que l' habia de axuntar.
El mayordomo ye dixo
Mal haya el remedio hay,
Qu'está en la carniceria
Ya ño me quieren fiar.
Llevantó al cielo los güeyos
Y á Dios muchas gracias da
Y dixó : «¡ Un rey de Castilla
Ya ñon topa que cenar!
Tiró el gaban al criadu
Y dixió : tray que cenar
Sobre esa prenda, que aquesto
Presto se remediará.»
—Esta cena, dixio un paixio
Y la qu'esta nuiche hay
En casa del duque de Alba
Ñon se pueden igualar.
Aquí falta al Rey la cena,
Y allí estan al refaltar
Los grandes y el arzobispo ;
Lo que allí se falará.

» Eulalia. Escribió en octavas los poemitas jocosos titulados *Dido y Eneas*, *Ero y Leandro*, » *Píramo y Tisbe*. Se descubre en ellos genio festivo, amena y fecunda imaginacion, exce- » lentes imitaciones de los antiguos, y versificacion fácil al mismo tiempo que numerosa.

Mas él supo remediallo
Oyendo lo que alli hay,
Que con un criado solu
Desfrasado se fó alla.
Entróse en casa del Duque,
Todo llo oyó falar.
Despues que habian cenado
Alegres sin reparar
Que podria alli estar el Rey,
¡Quién diblos lo habia pensar!
Mirándose unos á otros
Comenzaron ponderar
Lles rentes qu'ellos tenin
Y que podiu sojuzgar.
A cuantos n'el mundo hubies
Sen en ello reparar.
—Uno á mi sóbrame tanto
De lo que puedo gastar,
Otro :—Co-mio mayorazo,
Sen gaxies q' el Rey me da
Me sobreu cien mil ducados,
Qu' esos los puedo emprestar.—
El Rey oyendo estes coses,
Non pudo mas esperar
Salgiose él y el criado
Xiurando en lo remediar.
Al otru dia de mañana
Como quien ñon sabe tal,
Xuntó los grandes en casa
En so palacio real.
Teniéndolos todos yuntos
Comenzólos preguntar:
—¿Cuántos reyes conoceis?
Dicen que uno y ñon mas.
Al arzobispo è Toledo,
Y vuelve á repreguntar:
—¿Cuántos conocistes vos?
Yo á só agüelo y á su pa,
Y á so bisabuelo Enrique
Y á cuarto agüelo Xian,
Y ahora que guarde Dios, etc.

Pero si es extraño y casi increible, que siendo la danza asturiana tan antigua que su origen se pierde en los mas remotos tiempos, y que por consiguiente los cantos con que se acompañaba deberian ser contemporáneos, nada de estos se haya conservado en su dialecto primitivo; si es extraño que solo se ejecuten en el dia con los de la lengua moderna y usual, y esto por los mismos rústicos aldeanos que hablan aquel, no lo es ménos la existencia en el pais y no en otro de España de una multitud de romances tradicionales castellanos, nunca escritos ni impresos, cuyas formas típicas, su espíritu sencillo y épico, parecen pertenecer esencialmente á la poesía primitiva, aunque su lenguaje está modernizado. En estos romances se percibe un sabor oriental, una sencillez bíblica admirables, muy parecidos á las leyendas caballerescas y maravillosas que se importaron á Europa por los cruzados. Hay en ellos un lujo de imaginacion, pero sencilla y natural; hay una cultura inartificiosa y apacible de que carecen los rudos romances viejos históricos de la época tambien de tradicion, y de que solo se hallan vestigios en algunos de los moriscos primitivos. ¿De dónde ha venido esta clase de romances puramente hechos en castellano, y de que solo hay vestigios en Astúrias, y entre la gente vulgar, cuando parecen hechos hasta para la gente culta? En Andalucía es verdad que los campesinos cantan romances que se llaman tradicionales; pero que no lo son, pues están reducidos á fragmentos mal compaginados de otros de fines del siglo XVI, repetidas veces impresos. No sucede así con aquellos de que hablamos, que son originales, que se conservan de memoria sin grave alteracion, que jamas se han escrito ni impreso, y que solo han llegado hasta nosotros pasando de la boca de los ancianos al oido de los niños, los cuales saliendo de su pais los olvidan y desdeñan. Cuantos pasos hemos dado para conseguirlos completos han sido inútiles; el siglo XVIII mató nuestra nacionalidad literaria, y ha sido preciso un gran esfuerzo de atrevimiento para llamar la atencion del presente hácia los orígines de nuestros viejos cantos populares. Demasiado tarde por cierto, puesto que el pueblo tambien los ha ido olvidando, y ya es muy difícil, si no imposible, resarcir la pérdida. Sin embargo, gracias á la condescendencia amable, gracias á la excelente memoria de mi amigo el Sr. D. Pedro José Pidal, gracias á su amor á las cosas nacionales, que se extiende desde lo mas pequeño de la literatura patria, hasta lo mas alto y esencial de las cosas del Estado, he podido lograr de su bondad que me dedique el corto tiempo que le queda, y me proporcione los fragmentos de algunos de estos romances que oyó en su niñez, y que aun recuerda con placer, y son:

ROMANCE DE DON BUESO.

»Camina Don Bueso
»Mañanita fria
»A tierra de moros
»A buscar amiga;
»Hallóla lavando
»En la fuente fria:
»—¿Qué haces ahí, mora,
»O hija de judia?
»—Reviente el caballo
»Y quien le traia,
»Que yo no soy mora
»Ni hija de judia;
»Soy una cristiana,
»Estó' aquí cativa
»En poder de moros
»Diez años habia.
»—Si fueras cristiana,
»Yo te llevaria,
»Y si fueras mora
»Yo te dejaria.—
»Montóla á caballo
»Por ver qué decia:
»Durante diez leguas
» No hablara la niña.
—¿Qué tienes, señora,
Que así enmudecias?—
La niña callaba
Y no respondia.
De allende los montes
El sol que salia
Alumbra los valles
Que verdor cubria,
Vagan los rebaños
Sin pastor ni guia,
Y los corderitos
Retozan y triscan;
Entónces alegre
La libre cautiva
Conoce la tierra
Adonde nacia,
Y dice gozosa
Con dulce sourisa:
»—¡Oh prados alegres
»Donde siendo niña,
»Mi madre la reyna
» Sus paños tendia,
»Donde el rey mi padre
»Sus perros corria,
Y adonde mi hermano
Don Bueso crecia
En hechos de amores
Y caballería!
— Di: ¿cómo te llamas,
He quién eres hija?
—Un rey es mi padre,
Yo soy Rosalinda,
Que malditos moros
Me hicieron cativa,
Y diez años presa
Pasé de mi vida.
—¿Qué señas me dabas
Por ser conocida?
—Rosa que en mi pecho
Hube al ser nascida.
—Muéstramela luego,

» Hay noticia y existen obras de otros poetas coetáneos y posteriores, siendo los mas cé-
» lebres *Juan Fernandez Porley*, llamado *Juan de la Candonga; D. Bernardino Robledo*,
» cura de Piedelora; *D. N. Benavides*, *D. Bruno Fernandez*, y *D. Antonio Balvidares.*»

Mi hermana querida,
Que sois la que busco
Uno y otro dia.
Abrázanse luego
Don Bueso y la niña,
Y hácia el fuerte alcázar
Gozosos caminan.
El Rey y la Reina,
Que no presumian
Hallar tal ventura
Cual la que venia,
Oyeron del hijo
La grata noticia.
Torneos armaron,
Fiestas mil hacian,
Y dan á sus hombres
Preseas muy ricas.
La Infanta casaran
De allí á pocos dias
Con noble marido
Que un reinado habia.
Partióse Don Bueso,
Que partir queria,
Y va caminando
Mañanita fria,
A tierra de moros
Por buscar amiga.

Todos los versos señalados » pertenecen al romancillo tradicional, y los demas se han añadido para completarle, siguiendo empero el asunto y el desenlace mismo que tiene el original.

ROMANCE DEL MARINERO.

Mañanita de San Juan
Cayó un marinero al agua.
—¿Qué me das, marinerito,
Por que te saque del agua?—
Doyte todos mis navíos
Cargados de oro y de plata.
—Yo no quiero tus navíos
Ni tu oro ni tu plata.
Quiero que cuando te mueras
A mí me entregues el alma.—
El alma la entregó á Dios
Y el cuerpo á la mar salada.

Aquí hay un pensamiento moral y religioso. El que ofrece la vida al marinero puede ser el mal espíritu; pero aquel prefiere la muerte á vida comprada á costa de la salvacion espiritual.

CANTAR ANTIGUO.

—¡Ay Juana, cuerpo garrido!
¡Ay Juana, cuerpo galano!
¿Dónde le dejas al tu buen amigo?
¿Dónde le dejas al tu buen amado?
—Muerto le dejo á la orilla del rio,
Déjole muerto á la orilla del vado.
¿Cuánto me das, volver he te le vivo?
¿Cuánto me das volver he te le sano?
—Doyte las armas y doyte el rocino,
Doyte las armas y doyte el caballo.

ROMANCE QUE CANTAN LAS ALDEANAS DE ASTÚRIAS SIEMPRE QUE BAILAN LA DANZA DEL PAIS.

—¡Ay, un galan d'esta villa!
¡Ay, un galan de esta casa!
¡Ay, diga lo qu'él queria!
¡Ay, diga lo qu'él buscaba!
—¡Ay, busco la blanca niña!
¡Ay, busco la niña blanca!
—¡Ay, qué no l'hay n'esta villa!
¡Ay, que no l'hay n'esta casa!
Si no era una mi prima,
Si no era una mi hermana,
¡Ay, del marido pedida!
¡Ay, del marido velada!
¡Ay, bien qu' ora la castiga!
¡Ay, bien que la castigaba!
¡Ay, con varillas de oliva!
¡Ay, con varillas de malva!
¡Ay, que su amigo l'espera!
¡Ay, que su amigo l'aguarda!
Al pié de una fuente fria,
Al pié de una fuente clara
Que por el oro corria,
Que por el oro manaba.
Ya su buen amor venia,
Ya su buen amor llegaba,
Por donde ora el sol salia,
Por donde ora el sol rayaba,
Y celos le despedia
Y celos le demandaba, etc.

El baile de Astúrias, llamado la *danza prima*, se ejecuta en dos corros, el uno cerrado de hombres solos, y otro abierto, de mujeres. Estas cantan siempre el romancillo anterior, y los aldeanos, en general, cualquiera otro de los vulgares; pero todos como ántes hemos dicho en castellano puro. Por lo comun se hacen estas fiestas en las romerías ó ferias, donde algunas veces los valentones del pais gritando unos, por ejemplo: *viva Pravia*, y otros *viva Piloña*, que son dos concejos rivales, acaban el baile dándose garrotazos, y yéndose á comer despues con los curiales para hacer las paces.

En Oviedo, en las célebres fiestas de la Velasquida, fundacion sumamente curiosa de una señora afecta á los alfayates, suelen cantar aun hoy dia el romancillo que empieza así:

Donde los xastres vienen,
Donde los xastres van,
Donde los xastres vienen,
Zapateros non van.

(*Nota de D.*)

CATÁLOGO

por órden alfabético

DE VARIOS PLIEGOS SUELTOS

QUE CONTIENEN ROMANCES, VILLANCICOS, CANCIONES, ETC., DE POESÍA POPULAR Ó POPULARIZADA.

NOTA.

Todos los que llevan este signo * los hemos tenido presentes.
Todas las composiciones así marcadas ¶ son las que se incluyen en el *Romancero*, ó se incluirán en el *Cancionero*.

PLIEGOS SUELTOS IMPRESOS EN EL SIGLO XVI.

*Almoneda de disparates nueuamente hecha : cántase al tono de las Gambetas.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶Almoneda de disparates en coplas, que dicen : *En la tarde hay Almoneda.*

*Apartamiento del cuerpo y del ánima, agora nuenamente impresso.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contienen :

Coplas que dicen : *Prouidencia diuinal.*

*Aquí comienzan dos romances con sus glosas. El primero de Durandarte. El segundo de vn gentil hombre que despues de gran prosperidad se vió en muy mayor necesidad.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶Romance de Durandarte, que dice : *Muerto yace Durandarte.*
¶Glosa de dicho romance en coplas, que dicen : *Cuando el gran Cárlos queria.*
¶Romance que dice : *En el tiempo que mi vida.*
Glosa del dicho romance, en coplas que dicen : *Cuando la prosperidad.*

*Aquí comienzan dos romances del conde Grimaltos y su hijo Montesinos.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 6 fojas, fig.*)

Contiene :

Romance que dice : *Cata Francia, Montesinos.*
Idem que dice : *Muchas veces oí dezir.*

*Aquí comienzan dos romances del marques de Mantua. El primero, de cómo andando perdido por vn bosque halló á su sobrino Valdouinos con heridas de muerte, y el segundo, la embajada que el Marques enuió al emperador demandando justicia, y otro agora de nueuo añadido, que es vna sentencia que dieron á Carloto, hecha por Jerónimo de Temiño de Calatayud, año 1562.

Búrgos. Felipe de Junta. 1562. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 12 fojas, fig.*)

Contiene :

¶Romance del marques de Mantua, que dice : *De Mantua sale el Marques.*
¶Idem de la embajada que envió al Emperador, que dice : *De Mantua salen apriesa.*
¶Idem de la sentencia contra Carloto, por Jerónimo de Temiño, dice : *En el nombre de Jesus.*
En este pliego se dice Temiño, al que en otros se llama Treviño, el qual, segun parece, fué únicamente autor del tercer romance.

Aquí comienzan dos romances : el primero que dize *Riberas del Duero arriba*, y el otro del moro Alatar, con vn vencimiento de amor, y vnas coplas de Juan de Mena sobre vn macho que compró á vn fraile, y vn romance nueuo de lo de Tunez, y otro del conde Fernan Gonzalez. Impressos con licencia.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶Romance que dice : *Riberas del Duero arriba.*
¶Item, otras obras que no cito, por no tener el pliego á la vista.

*Aquí comienzan las coplas de Magdalenica, con otras de la reina de Nápoles, con vna cancion.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., fig.*)

Contiene :

¶Coplas que dicen : *Abrasme Madalenica.*
¶Romance de la reina de Nápoles, que dice : *Emperatrices y reinas.*
¶Coplas endechas en diálogo entre dama y galan, que dicen : *Dezidme lo que buscais.*
¶Cancion que dice : *Donde amor su nombre escribe.*
¶Idem que dice : *Nunca pudo la pasion.*
Mote que dice : *Por mi vida y vuestra vida.*

Aquí comienzan once maneras de romances con sus villancetes.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

*Aquí comienzan quatro maneras de romances : el vno de Magdalenica, y el otro *De Francia partió la niña*, y otro de Guarinos, y el otro del duque de Gandia, con vn villancico que dize : *Razon que fuerza no quiere.*

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶Coplas que dicen : *Abrasme Magdalenica.*
¶Romance que dice : *De Francia partió la niña.*
¶Idem del conde Guarinos, que dice : *Mala la hobiste franceses.*
¶Idem el duque de Gandia, que dice : *A ventisiete d, julio.*
Villancico que dice : *Razon que fuerza no quiere.*

*Aquí comienzan quatro romances de los siete Infantes de Lara. Hechos agora nueuamente conformes á su hystoria.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶Romance que dice : *De los reinos de Leon,—Bermudo*, etc.
¶Idem que dice : *Acabadas son las bodas.*
¶Idme que dice : *Muy grande era el lamentar.*
¶Idem que dice : *Ruy Velazquez el de Lara.*

*Aquí comienzan quatro romances del rey Don Rodrigo, con vna obra de Gomez Manrique. Agora nueuamente impressos. M. D. L.

Sin L. 1550. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶Romance del rey Don Rodrigo, que dice : *Don Rodrigo rey de España.*
¶Idem del idem que dice : *Las huestes de Don Rodrigo.*

¶Romance del rey Don Rodrigo, que dice: *Ya se sale de la priesa.*
¶Idem de la penitencia que hizo el mismo, que dice: *Despues que el rey Don Rodrigo.*
¶Coplas de Gomez Manrique, que dicen: *Cuando Roma conquistaba.*

Aquí comienzan quatro romances, y este primero dize: *Cautiuáronme los moros*, y otro, *De la bella mal maridada*, y otro de *Caminando por mis males*, con vn villancico.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

•Aquí comienzan seis maneras de coplas y villancicos. Y en este primero cuenta cómo vn hombre que venia muy penado de amores, y rogaua á vn barquero que le passase el rio; y otras que dizen: *Romerico, tú que vienes*; con otras de *Anton Vaquero de Morana.*

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶Diálogo del caballero penado y el barquero, en coplas que dicen: *Pasame por Dios, barquero.*
¶Idem entre un gentil hombre y un romero, en idem, que dicen: *Romerico, tú que vienes.*
¶Idem de Anton el Vaquero, en coplas que dicen: *En toda la Tramontana.*
¶Villancico de *No me demandes, Carillo*, con coplas que dicen: *No tomes tal fantasía.*
Idem que dice: *Pues vos consentis.*
Idem fecho por Perez que dice: *Dónde iré yo sin ventura.*

•Aquí comienzan seis romances. El primero de *La mañana de Sant Joan.* El segundo: *Ay Dios, que buen cauallero.* El tercero: *De Granada parte el moro.* El quarto de *Moricos, los mis moricos.* El quinto: *De concierto están los Condes.* El sexto: *Reinando el rey Don Alfonso*, con otras coplas de Boscan.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶Romance morisco, que dice: *La mañana de Sant Joan.*
¶Idem del maestre de Calatrava, que dice: *Ay Dios, que buen caballero.*
¶Idem morisco, del moro Alatar, que dice: *De Granada parte el moro.*
¶Idem, idem, que dice: *Moricos, los mis moricos.*
¶Idem de los condes de Carrion, que dice: *De concierto estan los Condes.*
¶Idem de Alfonso el Casto, que dice: *Reinando el rey Don Alfonso,— Que el Casto etc.*
Coplas de Boscan á la tristeza, que dicen: *Tristeza, pues yo soy tuyo.*

•Aquí comienzan seis romances. El primero del rey Don Pedro. El segundo de Paris. El tercero del rey Don Juan. El quarto de Enéas y Dido. El quinto del rey Saul. El sexto de Polimnestor.

Sin L. ni A. (*En 4.º Got. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶Romance que dice: *Por los campos de Jerez — A caza va el rey Don Pedro.*
¶Idem de Paris, que dice: *Quien en mal punto se engendra.*
¶Idem del rey Don Juan, que dice: *Los cielos andan rebueltos.*
¶Idem de Dido y Enéas, que dice: *Por los bosques de Cartago.*
¶Idem de Saul, que dice: *Cuando murió el rey Saul.*
¶Idem de idem, que dice: *Israel, mira tus montes.*
¶Idem de Polimnestor, que dice: *En la rueda de fortuna.*
¶Idem de idem, que dice: *Bien vengas mal, si eres solo.*

•Aquí comienzan tres romances glosados, y este primero dize: *Desamada siempre seas*; y otro de *La bella mal maridada*; y otro de *Caminando por mis males*, con su villancico y vn romance.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶Glosa de Melchor Llanes al romance de *Desamada siempre seas*, en coplas que dicen: *Pensé que por bien amarte*, con deshecha que dice: *Perdonad, bien de mi vida.*
¶Idem de Quesada al de *La bella mal maridada*, en coplas que dicen: *Cuando amor en mi ponia.*
¶Idem al de *Caminando por mis males*, en coplas que dicen: *Viendo que mi pensamiento.*
Villancico de *Dame acogida en tu hato*, con sus coplas que dicen: *Esta noche en tu majada.*

•Aquí comiénzan vnas coplas de la comadres: fechas á ciertas comadres, no tocando las buenas: y de sus lenguas, y hablas malas, y de sus afeites y blanduras, y de sus trajes y otros tratos. Fechas por Rodrigo de Reinosa.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 12 fojas.*)

Contiene:

Coplas de las comadres, que dicen: *Fuestes hoy, comadre, á misa.*
Es una composicion satírica, mordaz y poco decente, pero forma un cuadro de costumbres.

•Aquí comienzan vnos villancicos muy graciosos de vnas comadres muy amigas del vino. Agora nueuamente impressos.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶Villancico que dice: *No me vea yo á la mesa.*
¶Idem por deshecha y de la otra comadre, que dice: *Ay, comadre ando á buscar.*
¶Idem entre dos comadres, que dice: *Con qué sanaré comadre.*
¶Idem por deshecha, que dice: *Ay, que me muero y me fino.*
¶Villancico que dice: *La letra dice que beban.*
¶Idem por deshecha, que dice: *No quiero tres, ni quiero treces.*
¶Villancico que dice: *Trabadas andan en procesion.*

•Aquí comienza vna glosa del romance de Amadís, y es á saber, qu'el romance es nueuo y la glosa assimismo nueua, sentida y muy gentil, segun que por ella verés. Con vna glosa hecha *A la mia gran pena forte*, tambien nueuamente trobada. Va solamente la glosa del romance, sin él, porque quien lo quisiere hallar, le ha en los dos piés postreros de las coplas.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶Glosa al nuevo romance de Amadis, que empieza tambien como el viejo: *En la selua está Amadís*, en coplas que dicen: *Siguiendo ajeno querer.*
Idem al de *A la mia gran pena forte*, en coplas que dicen: *Temiéndome de perder.*

•Aquí comienza un *Pater noster* trobado y dirigido á las damas, y las coplas de la *Chinigala*, y vn villancico que dize: *Los cabellos de mi amiga — de oro son*, con otras de vn ventero y vn escudero. Y vn villancico que dize: *No tengo vida segura — en no ver tu hermosura*, trobado por Rodrigo de Reinosa.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶El Pater noster trobado aplicándolo á cosas de amor, en coplas que dicen: *Oh señor, pues te tenemos.*
¶Romancillo en verso de endechas, que es las coplas de la Chinigala, que dicen: *A la chinigala, — La gala chineta, — Damas cortesanas.*
¶Villancico y sus coplas, que dice: *Los cabellos de mi amiga.*
¶Diálogo entre un ventero y un escudero, en coplas que dicen: *Acógeme acá esta noche.*
¶Villancico y coplas suyas, que dice: *No tengo vida segura.*

Aquí comienza vn romance del conde Claros de Montalvan.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶Romance del conde Claros, que dice: *Media noche era por filo.*

*Aquí comienza vn romance del conde Guarinos, almirante de la mar. Trata de cómo le cautiuaron los moros.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance del conde Guarinos, que dice : *Mala la hobistes, franceses.*

*Aquí, lector, verás juntas, por Hernan-Lopez compuestas, cincuenta viuas preguntas con otras tantas respuestas. Y otra obra hecha al mismo Yanguas.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 y 1 colum., 8 fojas, fig.*)

Contiene :

Coplas en diálogo, precedidas de una introduccion en prosa, las cuales son alegóricas, y dicen : *Estas noches de deciembre.*
Comienzan las preguntas y respuestas en coplas, que dicen: *Porque con vanos siniestros.*
Coplas del autor al lector, que dicen : *Bien pudiera yo llevar.*
Villancico que dice : *Pues este mundo acarrea.*
Demanda que hizo un galan á Yanguas acerca de la division de la cosmografía : coplas de arte mayor, que dicen : *En todo y por todo discreto y facundo.*

*Aquí se contienen dos obras á lo diuino, contemplatiuas y de muy gran prouecho, do el Christiano podria tomar enmienda en su viuir. La primera trata del juego de la esgrima, á la tentacion de nuestro Señor Jesucristo, con vn villancico aplicado á la obra. La segunda, del juego del axedrez. Agora nueuamente impressas en Valencia, año de MDLXXXVIII.

Valencia. Herederos de Juan Navarro. 1588. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Dos maestros os señalo.*

Aquí se contienen dos romances glosados y tres canciones. Este primero es de *La bella mal maridada*, y otro de *Cautiuáronme los moros*; y vna cancion que dize : *Salgan las palabras mias*, y otra : *Si en las tierras do nasci.*

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., fig.*)

*Aquí se contienen ciertos prouerbios muy ejemplares y graciosos, debajo de título de *Enfados*, los quales son muy naturales sentencias, y reprehension y matraca de muchas vanidades y vicios deste mundo. Compuestos por Gaspar de la Cimera, priuado de la vista, natural de Ubeda y vezino de Granada. Fuéron impressos con licencia, en Seuilla, en casa de la viuda de Sebastian Trugillo.

Seuilla. Viuda de Sebastian Trujillo. Sin A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Coplas en endecásilabo, que dicen : *Oh suma y gran bondad de Dios inmenso.*
Reprehension de vicios mundanos, en coplas que dicen : *A ti Dios omnipotente.*

*Aquí se contienen cinco romances. El primero, de cómo fué vencido el rey Don Rodrigo; el segundo, de la penitencia que hizo; el tercero, del conde Don Julian; el quarto, del infante Don Enrique; el quinto, del rey Don Fernando, que dizen que murió emplazado.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance de cómo fué vencido el rey Don Rodrigo, que dice : *Los vientos eran contrarios.*
¶ Idem de la penitencia que hizo dicho Rey, que dice : *Despues que el rey Don Rodrigo.*
¶ Idem de cómo el Conde Don Julian vendió á España, que dice : *En Cepta está Don Julian.*
¶ Idem del infante Don Enrique, que dice : *Ese infante Don Enrique.*
¶ Idem de Fernando el Emplazado, que dice : *Válame Nuestra Señora.*

*Aquí se contienen dos admirables victorias que Dios nuestro Señor ha dado á sus fieles contra los endiablados turcos, enemigos de nuestra sancta fe católica. La primera la conquista de la hermosa Velona. La otra el fortissimo Castil-novo, fuerzas muy poderosas é importantes, con otras muchas y muy marauillosas cosas que en fauor de la Sancta Liga han acontecido. Contado todo en verso por Gaspar de la Cimera, priuado de la vista, natural de Ubeda y vezino de la ciudad de Granada. Con vn gracioso villancico á pregunta y respuesta, entre el auctor y el turco.

Impresso con licencia, en Granada, por Hugo Mena; y por el mismo original, en Toledo, en casa de Miguel Ferrer, etc. 1572. (*En 4.° Gót. á 2 colum., fig.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Dice el diuino Platon.*
Villancico que dice : *Llega, turco, á enamorarte*, con coplas entre el autor y el turco, que empiezan : *Llega, perro fementido.*

*Aquí se contienen quatro nueuos acaescimientos. El primero, la perdicion y fin de vn muy valeroso turco, con sesenta naues de remo, en Malta la vieja. El segundo, la venida y conuersion de Cide Muza, alcaide de Alarache y de Alcazarquiuir. Los otros dos espirituales y ejemplares, todos nueuamente acontecidos, y contadas sus historias en llano verso, por Gaspar de la Cimera, priuado de la vista, natural de Ubeda y vezino de Granada; y vn christiano villancico, por el qual el auctor auisa á los fieles que se guarden, porque andan, so piel de corderos, sembrados en España, luteranos.

Fué impresso, etc. Cordoba, en casa de Juan Baptista Escudero, y por el original, en Toledo en casa de Miguel Ferrer, que sea en gloria. Año de 1572. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig. en la portada y al fin.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *El que sin Dios imagina.*
Villancico que dice : *Cristianos, tené atencion.*

*Aquí se contienen quatro romances antiguos. El primero de Tarquino, rey de los romanos, de cómo por traicion forzó á Lucrecia romana, y mo (*sic, por* como) se mató con vna espada delante de su marido, por auer sido adulterada. Otro, de los condes de Carrion, cómo maltrataron á las hijas del Cid. Otro del rey Don Alonso el Casto. Otro del rey Don Bermudo.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance de Tarquino y Lucrecia, que dice : *Aquel Rey de los romanos.*
¶ Idem de los condes de Carrion, que dice : *De concierto están los Condes.*
¶ Idem del rey Don Alfonso el Casto, que dice : *Despues de muerto Bermudo.*
¶ Idem del idem, que dice : *Reynando el rey Don Alfonso.*
¶ Idem del rey Don Bermudo, que dice : *Reynando el rey Don Bermudo.*

*Aquí se contienen quatro romances. El primero, de Antenor, que cuenta cómo fué á pedir el cuerpo de Héctor á los grecianos. El segundo, la cruel y espantosa batalla que los romanos dieron contra Numancia, que es agora llamada la ciudad de Soria. El tercero es de los caualleros de Mo-

clin. El quarto es de Enéas y Dido, y vn villancico.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance de Antenor, que dice : *De Troya sale Antenor.*
¶ Idem de la destruicion de Numancia, que dice : *Enojada estaba Roma.*
¶ Idem de los caballeros de Moclin, que dice : *Caualleros de Moclin.*
¶ Idem de Eneas y Dido, que dice : *Por los bosques de Cartago.*
¶ Villancico que dice : *En el monte la pastora.*

*Aquí se contienen quatro romances viejos, y este primero es de Don Claros de Montaluan, el qual trata de las diferencias que huuo con el Emperador por los amores de la princesa su hija.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance del conde Claros, que dice : *A misa va el Emperador.*
¶ Idem de Don Diego de Acuña, que dice : *Alterado el pensamiento.*
¶ Idem viejo, que dice : *Triste estaba el cauallero.*
¶ Villancico, que dice : *Cuidado, no me congojes.*
¶ Romance viejo, que dice : *Amara yo una señora.*
¶ Villancico, que dice : *Que vida terná sin vos.*
¶ Romance de un galan en loor de su amiga, que dice : *De la luna tengo queja.*
¶ Villancico que dice : *Madre mia, amores tengo.*

Aquí se contienen tres romances. El primero es el que dize : *De Antequera salió el moro*; y el otro, *Riberas del Duero arriba*; y el otro el que dize : *Abenamar, Abenamar,— moro de la moreria*; los quales han sido agora nueuamente corregidos y emendados.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *De Antequera salió el moro.*
¶ Idem que dice : *Abenamar, Abenamar.*
¶ Idem que dice : *Riberas del Duero arriba.*

*Aquí se contiene vn milagro que el glorioso San Diego hizo con una deuota suya á los 25 de febrero d'este presente año de 1594, juntamente de la gran justicia que en la ciudad de Lisboa se hizo de vn inglés luterano, y de otras personas. Y lleua al cabo una letrilla nueua, al tono de la Zarabanda, sobre la nueua premática. Compuesto en verso castellano por Benito Carrasco, vezino de Auila. Impressas en Seuilla, en casa de Benito Sanchez, con licencia.

Seuilla. Sin A. 1594 (*En 4.º á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

Romance del milagro de San Diego, que dice : *Celestial santo, frai Diego.*
Idem en versos pareados en tono de la Zarabanda, sobre la Pragmática de los trajes, que dice : *Oh qué buena manda.*

Arte de conseruar el dinero en la bolsa, con lo qual en gran manera se remedia lo mucho que se gasta en el orinal.

Salamanca. 1541. (*En 4.º Gót. á 2 colum.*)

Cancion hecha por Luis del Castillo, con su glosa y otras muchas canciones glosadas, y villancicos y motes.

Medina del Campo, en el corral de los bueyes. 1595. (*En 4.º Gót. á 2 colum.*)

Cantares de diuersas sonadas, con sus deshechas muy graciosas, assí para bailar como para tañer.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum.*)

*Carta que enuía la reina Phílis á su amado Demophonte, quexándose de su tardanza en Aténas, donde él era señor, y esto por auer prometido venir dentro de un mes, y viendo que se tardaua escribe la presente carta.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., fig.*)

Contiene :

Carta de Phílis en coplas, que dicen : *Tu huéspeda, Demofon.*
Villancico del fin, que dice : *Miren bien los amadores.*
El asunto de esta obra se ha tomado de la *Heroyda de* Ovidio, que trata de él.

Chiste nueuo con seis romances y siete villancicos viejos, por Francisco Arguello.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., fig.*)

Chistes de muchas maneras, nueuamente compuestos, con vn villancico al cabo, que dize : *No me demandes, carillo.*

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum.*)

Ciertos romances con sus glosas nueuamente hechas. Y esta primera es : *Por la matanza va el viejo*, con su glosa; y otro, *Que me crece la barriga*, con vna glosa. Con vna glosa de *Rosa fresca.*

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

*Comienzan vnas coplas á los negros y negras, de cómo se motejauan en Seuilla vn negro gelofe mandinga, con vna negra de Guinea. A él llamauan Jorje, y á ella Comba, y cómo él la requería de amores, y ella dezia que tenia otro enamorado que llamauan Grisolmo. Cántanse al tono de *La niña quando baileis*. Hechas por Rodrigo de Reinosa.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 1 y 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

Diálogo de los negros imitando su jerga, en coplas de arte mayor, que dicen : *Gelofe mandinga te da gran tormento.*
Coplas en la misma gerga, para cantarse al tono del *Guineo*, y dicen : *Mangana, mangana.*
¶ Idem, comienzan unas coplas de un pastor que estaba enamorado de una pastorcilla, segun que las coplas irán recontando, hechas por el mismo Rodrigo de Reinosa, y dicen : *Vira la gala de una pastorcilla* (Son una serranilla).
¶ Comienzan otras coplas pastoriles, de cómo un pastor fué á la corte, y de cómo otro su compañero le mandaba si iria tambien ó no; hechas por Rodrigo de Reinosa, dicen : *Dime, Juan, si iré á la corte.*
¶ Coplas que hizo sobre el villancico *Sola me dejaste*, en versos de endechas, que dicen : *Buscastes crueldad.*

*Comiénzase la historia de Judith, diuidida en seis romances, con vn romance al cabo, de la Passion. Compuestos y recopilados por Juan Baptista, impremidor de libros.

Sin L. ni A. (*En 4.º á 2 colum., 8 fojas.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *Maldita seas, serpiente.*
¶ Idem que dice : *Gran priesa se da Holoférnes.*
¶ Idem que dice : *Muy triste estaba Israel.*
¶ Idem que dice : *Ya se partia Judith.*
¶ Idem que dice : *Pasados eran tres dias.*
¶ Idem que dice : *Ya Judith llega á Bethulia.*
¶ Idem á la Pasion, que dice : *Tú me digas ermitaño.*

*Comienza vn razonamiento por coplas, en que se contrahace la germanía y fieros de los rufianes y las mujeres del partido, y de vn rufian llamado Cortauiento, y ella Catalinas Torres-altas, con otras dos maneras de romance. Y la Chinigala. Fechas por Rodrigo de Reinosa.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene:

Diálogo en germanía, en coplas que dicen: *Catalina qu'es mi vida.*
¶ Romance que dice: *De Francia salió la niña.*
¶ Idem á la muerte del duque de Gandía, que dice: *Á veinte y siete de julio.*
¶ Idem de la Chinigala, en verso de endechas, que dice: *A la Chinigala, La gala chinela, — damas cortesanas.*

• Comienza vn romance del conde Alarcos, hecho por Pedro de Riaño.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.*)

Contiene:

¶ Romance del conde Alárcos, que dice: *Retraida está la Infanta.*

Cómo vn rústico labrador astucioso, con consejo de su mujer, engañó á vnos mercaderes.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum.*)

• Coplas agora nueuamente hechas á vna mujer casada que pedia á su marido vna sauoyana, y el marido le responde quién son las que la han de traer y las que no, con otras coplas nueuas de los que dizen mal de mujeres, y dichos marauillosos. Van tambien otras coplas que dizen: *Qué quereis que os traiga, galana*; con otras que dizen: *Que quereis que os traiga, delicada.*

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig*).

Contiene:

¶ Coplas en diálogo entre la mujer y el marido que dicen: *Cómprame vna sauoyana.*
¶ Villancico del fin de dichas coplas, que dice: *Qué demandais mas, galana.*
¶ Coplas contra los que dicen mal de mujeres, que empiezan: *Quien dice mal de muyeres.*
¶ Diálogo entre marido y mujer, en coplas que dicen: *Qué quereis que os traiga, delicada.*
¶ Villancico del fin de dichas coplas, que dice: *Los casados que quereis.*

Coplas compuestas á modo de chiste, de vn clérigo que tenia amores con vna labradora.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., fig.*)

• Coplas compuestas por Bernardino de Auellaneda, beneficiado en Gamonal, y capellan del muy magnífico señor Don Pedro Xuarez de Velasco, dean de Búrgos, mi señor: en las quales se contiene lo que hasta agora su Majestad ha concluido en el ecuménico y universal concilio, en la ciudad de Ratisbona, y del exército que se hordena para castigar los rebeldes. Año de MDXLVI años.

Sin L. ni A. 1546. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

Coplas que dicen: *Con el divino favor.*

• Coplas contra las rameras, con otras muchas obras.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶ Coplas contra las rameras, pié quebrado y versos pareados, que dicen: *Déjenlas con su laceria.*
¶ Glosa jocosa á modo de disparates, hecha al romance de, *Tiempo es el caballero*, en coplas que dicen: *En danza mil putas viejas.*
¶ Villancico que dice: *Llenos de lágrimas tristes.*
¶ Idem que dice: *Vos, señora, á desamarme.*
¶ Idem que dice: *No quiero ser casada.*
¶ Mote que dice: *Pues mi vida y vuestra vida.*
¶ Villancico de este mismo Rodrigo Diego de Reinosa, que dice: *Sola me dejaste.*
¶ Idem de Cartagena, que dice: *Partir quiero yo.*

• Coplas de Anton Vanquerizo de Morana, y otras de *Tan buen ganadico.* Y otras canciones. Y vn villancico.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶ Coplas de Anton Vaquero, que dicen: *En toda la tramontana* (diálogo).
¶ Villancico que dice: *Mas quiero morir por vos.*
¶ Idem que dice: *Ojos garzos ha la niña.*
¶ Idem que dice: *Tan buen ganadico.*
¶ Idem que dice: *Pues el fin de mi esperanza.*
¶ Coplas de Magdalenica, que dicen: *Abrasme, Magdalenica.*
¶ Villancico que dice: *No te tardes, que me muero.*

• Coplas de *Caminá, señora, si quereis caminar*, con sus villancicos sobre el caso. E otras de *Si quereis comprar romero*, muy apacibles. Agora nueuamente fechas por Francisco de Montemayor.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶ Diálogo entre galan y dama, en coplas y versos de endechas, que dicen: *Caminá, señora.*
¶ Villancico de la dama, que dice: *Quiera Dios por mi no digan.*
¶ Idem del caballero, que dice: *Quedo de vos tan contento.*
¶ Coplas á modo de las de *Si quereis comprar romero*, que dicen: *Alma mia, tomad amor.*

• Coplas de dos galeras turquesas, las cuales alzaron los cautiuos christianos iunto la ciudad de Argel, en miércoles, y á los 26 de setiembre, año de 1590: y de cómo llegaron en el puerto mayor de la ciudad de Alcudia, deste reino de Mallorca. Compuesta por Hernando de la Cárcel.

Mallorca. Gabriel Guasp. 1590. (*En 4.° á 2 colum. 4 fojas, fig.*)

Contiene:

Coplas que dicen: *Suene la fama su trompa.*

Coplas de Magdalenica. Otras de *Tan buen ganadico*, añadidas por Jaques Normante. Otros fieros que hizo vn rufian en Zamora con vna puta, por Álvaro de Solana.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

Coplas que dicen: *Abrasme Magdalenica.*
Idem que dice: *Tan buen ganadito.*
No sé lo demas porque no tengo el pliego.

• Coplas de vna dama y vn pastor sobre el villancico que dize: *Llamáualo la doncella,—y dijo el vil: al ganado tengo d'ir;—*con vn romance que dize: *Quanto mas mal me trateis.*

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, viñeta.*)

Contiene:

¶ Coplas en diálogo, que dice: *Llamábalo la doncella.*
¶ Romance que dice: *Cuando el ciego Dios de amor.*
¶ Villancico que dice: *Mientre mas mal me trateis.*
¶ Lamentacion de amor, en coplas que dicen: *Resuenen mis alaridos.*
¶ Mote en una copla, que dice: *Ved cuán fuera de razon.*

• Coplas de vn galan que llamaua á la puerta del palacio de su señora, y ella responde *Pápale, coco;* y las de la hija de la labrandera, y vnos adagios, y muchos villancicos.

Sin L. ni A. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶ Diálogo entre la dama, y el galan que llama á su puerta, en coplas de pié quebrado, que dicen: *Ábrime, señora, que he miedo.*
¶ Coplas de la hija de la labrandera, que dicen: *La hija de la labrandera.*
Adagios en coplas de pié quebrado, que dicen: *El dolor que al alma llega.*
¶ Coplas al duque viejo del Infantazgo, cuando fué enamorado de la Maldonado, que dicen: *Ya se pasan los amores.*
¶ Perque en versos redondillos pareados, que dice: *Dichosa fué mi ventura.*
¶ Villancico que dice: *Todos vienen de la vela.*
¶ Idem que dice: *Qué dolor tienes, pastor.*

¶ Idem que dice : *Si la noche hace escura.*
¶ Idem que dice : *Descendé al valle, niña.*
¶ Idem que dice : *Mi señora, si se usase.*
¶ Idem que dice : *Ah hermosa, — abrime cara de rosa.*

• Coplas de vnos compañeros de la buena voya, que partieron del puerto de Esgueua, y fuéron á Medina del Campo, sobre mar. Con vn villancico que dize : *Digas pastorcico*, etc. Con vnas coplas de vn torbellino que derrocó y quebró mucho vidrio en la plaza de Valladolid.

Sin L. ni A. Valladolid. 1540. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, orla y fig.*)

Contiene :

Coplas de los compañeros de la buena voya, que dicen : *Ya despues que nos juntamos.*
¶ Villancico que dice : *Digas pastorcico.*
¶ Coplas del torbellino, que dicen : *Espantado de contino.*

• Coplas de vnos disparates, nueuamente compuestos, con otras de la Apyalia, y otras de vna labradora y vn gentil hombre.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Coplas de unos disparates, en redondillos pareados, que dicen : *Escúchame lo que digo.*
¶ Idem de la Pyalia describiendo las perfecciones que debe tener una dama, dicen : *Hanme dicho de una dama.*
¶ Idem en verso de endechas, de una labradora que requerida de amores se resiste, pero al fin cede á los ruegos de un caballero, dicen : *Vos, cauallero.*
¶ Cancion que dice : *Nunca pudo la pasion.*
¶ Mote que dice : *Pues mi vida es vuestra vida.*

• Coplas fechas por mandado de vn señor, el qual tenia vn mozo adeuino, y allende d'eso era perezoso, mentiroso y goloso, y sisáuale la mercaduría que compraua, de tres blancas la vna; el qual tenia las tres tachas siguientes.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

¶ Coplas que dicen : *Tengo un mozo mentiroso.*

• Coplas fechas por vn religioso de la órden de Sant Augustin, del bienauenturado Sant Roch : conformes á su historia para excitar á las gentes á mas deuocion; en especial para que le llamen en tiempo de la pestilencia, que es sancto muy apropiado para librá de tal necesidad; y comienzan assi hablando con Sant Roch.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Coplas á Sant Roch, que dicen : *Tanta fué vuestra bondad.*
Síguese una obra comtemplativa sobre lo que dice Sant Joan, que la Señora estaba al pié de la cruz mirando á su hijo bendito, en villancico y sus coplas, que dice : *A quién mirarán mis ojos.*
Síguese la historia trovada del niño Jesus perdido, etc. en un villancico y coplas, que dice : *Pues el Niño no paresce.*

• Coplas hechas por Diego García, natural de la ciudad de Berganza, con vnos amores de un cauallero y vna doncella, con las maldiciones de Selaya.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

¶ Coplas de Diego García, que dicen : *Viuo en tan triste penar.*
¶ Cancion villancico remitiendo á una dama las coplas anteriores ; dice : *Perdíme por conosceros.*
¶ Romance en versos pareados, de las maldiciones de Selaya, que dice : *Mucho quisiera apartarme.*
¶ Villancico en verso anacreóntico y su quebrado, hecho en diálogo entre una dama y su galan que la pide le abra la puerta, y dice : *Ah hermosa.*

• Coplas nueuamente hechas al caso acaescido en Italia en la batalla de Pauía, en las quales se recuenta dende qu'el duque munsiur de Borbon se pasó de Francia á la parte del Emperador, hasta la batalla y prision del rey de Francia, las quales se pueden cantar al tono de las gambetas.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 8 fojas.*)

Contiene :

Coplas de la batalla de Pavia, que dicen : *Cesa tu furia, frances.*

• Coplas nueuamente hechas de *Perdone vuesa merced*, con vn romance de amor.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., fig.*)

Contiene :

¶ Coplas de pié quebrado, que son un diálogo entre dama y galan, que dicen : *Perdone vuestra merced.*
¶ Idem en diálogo, pié quebrado, que dicen : *Ah hermosa.*
¶ Idem que dicen : *Ah señora, si se vsase.*
¶ Idem romance en pareados y con villancicos, que dice : *Lastimado del amor.*
¶ Romance de amor, que dice : *Di si tú me desconsuelas.*
¶ Querellas de amor en endechas, que dice : *Muy graue pena.*
¶ Villancico que dice : *Si no te duele, señora.*

Coplas nueuamente hechas de una señora que pedia á su marido vna sauoyana, con vn villancico.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Comprâme una sauoyana.*
Villancico que dice : *Qué quereis que os traiga.*

• Coplas hechas sobre la plemática del pan, que su cesárea y católica Majestad del Emperador nuestro señor ha puesto en el reino de Castilla, Leon y Toledo. Nueuamente impressas.

Sin L. ni A. Valladolid. (*En 4. Gót. 4 fojas.*)

Contiene :

Coplas sobre la plématica del pan, que dicen : *Cantemos todos, cantemos.*

• Coplas nueuamente hechas por Francisco de Lora á este villancico, que dize : *Mariquita fué á la plaza*, con vna glosa del mismo Lora á las coplas de *Desamada siempre seas*, etc., é otras dos maneras de coplas.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.*)

Contiene :

• Villancico en diálogo, que dice : *Mariquita fué á la plaza.*
Glosa de Lora, al romance *Desamada siempre seas*, en coplas que dicen : *Sí en algun tiempo supiera.*

• Coplas y cartas para requerir de nueuos amores.

Sin L. 1535. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Es una coleccion de cartas amorosas en prosa y verso.

Contiene :

Carta para declarar su amor, que termina en coplas, que dicen : *La carta lleva consigo.*
Idem quejándose de falta de correspondencia ; acaba con las coplas : *Si con este triste quejarme.*
Idem sintiéndose desahuciado : acaba con coplas : *Pues no me puedo partiros.*
Idem fingiéndose enfermo de amor ; acaba con coplas, que dicen : *Quedáos á Dios, que me vó.*
Idem fingiéndose desterrado : acaba con coplas, que dicen *Ya me lleuan los cuidados.*
Idem estando ya ausente ; acaba con las que dicen : *La triste carta que va.*
Idem á la vuelta de su ausencia ; que acaba con las que dicen : *El sierro de vos que fué.*
Coplas en loor de la dama, que dicen : *Los altos merecimientos.*

• Coplas y chistes muy graciosos para cantar y tañer al tono de la vihuela. Agora nueuamente hechas por Gaspar de la Cintera, priuado de la vista, natural de Ubeda y vezino de Granada. Con licencia impressos.

Impresso en Búrgos, Phelippe de Junta. Sin A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Cancion y coplas de disparates, que dicen : *A bodas soy conuidada.*
• Coplas letrillas, que dicen : *La mujer.*
• Coplas que dicen : *Bras muere de amores de Ana.*
• Idem que dicen : *Bras por Ana padeciendo.*
• Idem que dicen : *Dicen que está malo Anton.*
• Idem que dicen : *De Pascuala soy amado.*
• Idem que dicen : *Mal consejo me parece.*
• Idem que dicen : *Zagala de ojos morenos.*

• Desesperaciones de amor que hizo vn penado galan. Y vna glosa que dize : *Salgan las palabras mias.* Y vna quexa contra el amor. Y vnas exclamaciones hechas por vn cauallero filósofo de Cupido. Y las coplas de *Dama hermosa,—Qué cosa es cosa.*— 1537.

Sin L. 1537. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Desesperaciones de amor, en coplas que dicen : *Cuando en la mayor altura.*
¶ Cancion de Sanchez de Badajoz, que dice : *Salgan las palabras mias.*
• Glosa de la anterior cancion, en coplas que dicen : *Los sentidos tengo muertos.*
¶ Quejas contra el amor, en coplas que dicen : *¡Oh amor, que quien te dió.*
¶ Exclamaciones de un penado amador, en coplas que dicen : *Oh Roma, que si abrasada.*
• Coplas en verso de endechas, que dicen : *Deci, hermosa.*
• Romance de Gerineldos, que dice : *Leuantóse Gerineldos.*

Deshecha de lo acaescido en la Sierra Bermeja y dellos lugares perdidos.

Sin L. ni A.(*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

• Diálogo que habla de las condiciones de las mujeres. Son interlocutores Alethio, que dize mal de las mujeres, y Fileno que las defiende. Va nueuamente corregido de algunas cosas malsonantes que en otras impressiones solian andar.

Al fin. — Fué impresso este diálogo en el mes de febrero año de MDXLVI. Sin L. 1546. (*En 4.º á 2 colum.*, 26 *fojas*, sin numerar : signat. desde *a* hasta *c*, inclusives, las *a* y *b* de á 8 fojas y la *c* de 10.)

Contiene :

• Coplas en diálogo de las condiciones de las mugeres, que dicen : *Bien se parece Fileno.*

Es un precioso artículo que corresponde á los de una época anterior á la edicion de 1598, que es la mas antigua que ha llegado hasta nosotros, y por estar ménos expurgada de las posteriores á el, aunque ya lo está mucho ; pero conserva sin embargo el trozo de las condiciones de las monjas, suprimido en las mas modernas que hemos visto. ¿Que se hicieron las ediciones del Castillejo que precedieron á esta parte de sus obras, fecha 1546? Sin duda se aniquilaron por la Inquisicion, de tal manera, que ni por asomos hemos podido ver ninguna.

Es ademas muy interesante este artículo por el aviso al lector, que pone Blasco de Garay, ignorando ó afectando ignorar quién fuese el autor que compuso la obra de que él daba una edicion. Indícalo sin embargo diciendo que debió componerla el mismo que hizo el sermon de amores, que publicó un trovadorcillo que solo puso de suyo en él una introduccion que vulgarmente se llama de Fr. Pyntel, y á la que dió el título de *Sermon de amores.*—(*Vid. Sermon de amores.*)

Disparates de Gabriel de Sarauia, muy graciosos y apacibles para cantar, glosando muchos viejos romances. Otras coplas del mismo auctor.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

• Disparates muy graciosos. Ahora nueuamente compuestos por Diego de la Llana, de la villa de Almenar. Y otras en carta á vna señora qu'él seruia, suplicando le tenga por suyo. Y otras á vna borracha.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Romance de disparates, en versos redondillos pareados, que dicen : *Yo queriendo caminar.*
Carta loando á su señora, en coplas que dicen : *Muy deseada señora.*
Coplas á una borracha, que dicen : *Poned luto, taberneros.*

Disparates muy graciosos y de muchas suertes hechos, y vn aparato de guerra que hizo Montoro, y vnos fieros que haze un rufian.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum.*)

Disparates y almoneda, trobados por Juan del Encina; é un villancico.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót.*)

• Documento é instruccion muy prouechosa para doncellas desposadas y recien casadas, con vna justa de amores, hecha por Juan del Enzina á vna doncella que mucho le penaua.

Sin L. 1556. (*En 4.º Gót. á 2 colum, 12 fojas, fig.*)

Contiene :

Carta en prosa sobre lo que indica el título de la obra y cuyo encabezamiento expresa que vá hecha en coplas por un religioso, y dirigida á una doncella desposada con un su amigo.
¶ Comienza el documento, en coplas que dicen : *Doncella muy generosa.*
• Justa de amores por Juan del Enzina, en coplas que dicen : *Pues por vos crece mi pena.*
¶ Romance de Don Juan Manuel, que dice : *Gritando va el cauallero.*

Dos glosas sobre el romance que dize : *Buen conde Fernan Gonzalez*, y otra sobre el romance de *Yo me leuantara, madre*, é vnas coplas sobre las que dizen : *Aquel cauallero, madre,— tres besicos le mandé;* y otras sobre *Llamáualo la doncella,— y dixo el vil :* — Con vna deshecha y vn villancico, hechas por Alonso de Alcaudete.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum.*)

• El destrozo y robo hecho de vna nao Regusea, nombrada Sanct Roque, por otra inglesa, y el suceso de cómo llegó al puerto de la ciudad de Mallorca, guiada y gobernada por vn hombre solo, nombrado Juan....., natural de Regusa. Compuesto por Hernando de la Cárcel.

Mallorca. Gabriel Guasp. 1591. (*En 4.º á 2 colum., 2 fojas.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Suele la necesidad.*

• El espantoso y doloroso diluuio que en la villa de Bilbao ha succedido, con los demas pueblos comarcanos que á las orillas del rio están fundados, en este año de 1593, á veinte y dos dias del mes de septiembre, que duró su ímpetu desde media noche de Sant Mateo hasta medio dia, que empezó á menguar. Compuesto por Juan de Magaston, oficial en el arte de la amprenta (*sic*), natural de Ixea de Cornago, en este año de 1593.

Bilbao. Pedro Cole de Ibarre. Sin A. 1593. (*En 4.º á 2 colum.*)

Contiene :

Romance sobre la innundacion de Bilbao, que dice : *Año de mil y quinientos — con mas de noventa y tres.*

• En este breue tractado se contienen dos cosas muy notables. La primera es sobre vn martirio de vn deuoto religioso de la órden de Sant Francisco. El qual fué martirizado en Francia entre los herejes en vna ciudad que se dize Macon. La segunda es vn castigo que hizo nuestro Señor en vn mal hombre que quiso sacar vna religiosa de su órden. Lleua al cabo vnos versos puestos á lo

diuino sobre aquella letra que dize : *A su aluedrio y sin órden alguna*, agora nueuamente compuesto por CHRISTOBAL BRAVO, priuado de la vista corporal, natural de la ciudad de Córdoba. Impresso..... en Toledo, en casa de Miguel Ferrer, que sea en gloria. Año de 1572.

(*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Ilustre congregacion.*
Idem de endecasílabas, que dicen : *Andaba un pecador tan desmandado.*

Este es el pleito de los judíos con el perro de Alba, y de la burla que les hizo. Nueuamente trouada por el Bachiller JUAN DE TRASMIERA, residente en Salamanca, que hizo á ruego y pedimiento de vn señor.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Pleito de los judíos, en copias que dicen : *En Alba estando el Alcalde.*

*Este es el pleito de los judios con el perro de Alba, y la burla que les hizo, nueuamente trobado por el bachiller JUAN DE TRASMIERA, residente en Salamanca, que hizo á ruego y pedimiento de vn señor. E vn romance de JUAN DEL ENZINA.

Sin L. ni A. Salamanca. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Coplas del pleito, que dicen : *En Alba estando el Alcalde.*
¶ Romance de JUAN DEL ENZINA, que dice : *Yo me estaba reposando.*
La obra del pleito está escrita parodiando las formas y fórmulas que se siguen en un asunto judicial.

*Este es vn processo de amores hecho contra vna dama á pedimiento de vn galan : procede el dios de Amor contra ella porque fué rebelde á sus mandamientos, y en fin el juez los concierta y quedan conformes.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 6 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Proceso de amores, en coplas que dicen : *De mi vicario especial.*

*Este es vn consejo que dió vn rufian á vnas doncellas, con las coplas del hueuo.

Sin L. (Valladolid), ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Consejos del rufian, en coplas que dicen : *De las nueve villas.*
¶ Diálogo en un villancico, que dice : *Abajad las sienes, marido.*
¶ Síguense unas coplas que hablan de cómo las mujeres por una cosa de nonada dicen muchas cosas, en especial una mujer sobre un huevo con su criada : empiezan : *Amarga de mi cuitada.*

*Este es vn romance de Gerineldos, el paje del Rey, nueuamente compuesto.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *Gerineldo, Gerineldo.*
Con algunas variantes se imprime aun, y canta por los ciegos este romance.

*Glosa de la reyna troyana, y vn romance de Amadis, hecho por ALONSO DE SALAYA ; con otros romances y obras suyas.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Glosa del romance de *Triste estaba y muy pensosa*, en coplas de SALAYA, que dicen : *Con doloroso gemido.*
¶ Romance nuevo de Amadis, por SALAYA, que dice : *En vn hermoso vergel.*
Villancico por IDEM, que dice : *Quién será que sea cobarde.*
¶ Romance por IDEM á una señora, dice : *En mis pasiones pensando.*
¶ Villancico por IDEM : *Gloria me será la muerte.*
¶ Romance por IDEM, que dice : *Durmiendo esta el pensamiento.*
Coplas de IDEM á una señora que traía por colores en el trenzado, el verde y el pardillo : dicen : *Esmalte de perfeccion.*
Cancion (villancico) de IDEM, que dice : *Mis pasiones y tormentos.*
Idem de IDEM á una señora que no le cumplió lo prometido : dice : *Quién podrá viuir mirando.*
Villancico de IDEM, que dice : *Contraria me fué ventura.*

*Glosa de los romances que dizen : *Cata Francia, Montesinos*. Y la de *Sospirastes, Baldouinos*. E ciertas coplas de JUAN DEL ENZINA.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Glosa del romance *Cata Francia, Montesinos*, en coplas que dicen : *Por tierras entristecidas.*
Idem del de *Sospirastes, Baldouinos*, en idem, que dicen : *Cuando es amor lisongero.*
¶ Coplas de JUAN DEL ENZINA, á una que tenia el marido viejo, que retozaba con su criada, que dicen : *Pues que vos, señor, holgais.*
¶ Villancico de IDEM, que dice : *Oh castillo de Montargia.*
¶ Coplas de IDEM, que dicen : *Conoscile, desdichado.*
Las coplas y villancico de ENZINA estan en su *Cancionero.*

*Glosa del romance de Don Tristan. Y el romance que dizen de la reyna Elena, y vn villancico de *Pásesme por Dios, barquero*, y otro villancico de *Romerico, tú que vienes*, y otro que dize : *No me demandes, Carillo,—que á ti no te me darán.*

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Coplas glosando el romance de *Ferido está Don Tristan*, que dicen : *Al tiempo que se alegraba.*
¶ Romance de la reyna Elena, que dice : *Reina Elena reina Elena.*
¶ Cancion ó villancico que dice : *Pásesme por Dios, barquero.*
¶ Villancico que dice : *Romerico, tú que vienes.*
¶ Idem que dice : *No me demandes, Carillo.*

*Glosa del romance de *O Belerma, ó Belerma*, nueuamente glosado por BARTHOLOME SANTIAGO ; con otras de *Do tienes las mientes*. Con vnos dos romances nuevos, hechos por el mismo auctor. Con otras de *Tanto me demanda la niña*. Y otras de *Guárdame las vacas*, etc.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum.*)

Contiene :

Glosa del romance de *Oh Belerma*, en coplas que dicen : *Con mi mal no soi pagado.*
¶ Villancico que dice : *Do tienes las mientes.*
¶ Romance de SANTIAGO, que dice : *Oh princesa, linda dama.*
¶ Idem de IDEM, que dice : *En el tiempo que triunfaba.*
¶ Villancico que dice : *Tanto me demanda la niña.*
¶ Idem que dice : *Guardame las vacas.*

*Glosa de *Olorosa clauellina*. Con otra de *Morir vos queredes, padre* ; con coplas de *Guárdame las vacas* ; y vnas requestas de amores.

Sin L. ni A. (*En 4.° Got. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Glosa del romance *Olorosa Clauellina*, hecha por QUESADA, en coplas que dicen : *Entrando por una huerta.*
¶ Idem del idem de *Morir vos queredes, padre*, hecha por GONZALO DE MONTALVAN, en coplas que dicen : *Por menor y ménos fuerte.*
¶ Villancico ANÓNIMO de *Guárdame las vacas*, con coplas que dicen : *Juri á mi qu'eres tan bella.*

*Glosa nueuamente fecha por FRANCISCO DE LORA, sobre el romance de Melisenda, que dize : *Todas las gentes dormian*. Con otra cancion del mismo.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.*)

Contiene :

¶Glosa de Lora al romance de Melisenda, en coplas que dicen : *Las estrellas relucientes.*
¶Cancion de Idem, que dice : *Los martirios infernales.*

*Glosa nueuamente hecha por Diego de Armenta, vezino de la ciudad de Loxa, á vn villancico que dize : *Llamáualo la doncella.*

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

¶Villancico Anónimo de *Lamáualo la doncella*, con coplas de Armenta, que dicen : *Llámalo de vna ventana.*
¶Desbecha del fin de dichas coplas, en diálogo, que dice : *Oyes, Gil, quieres saber.*

Glosa nueua sobre aquel romance de *Gritos daua de passion,—aquella reyna troyana*, por Jaime de Huete, con obras del mismo auctor.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum.*)

*Glosa religiosa y muy christiana sobre las coplas de Don Jorge Manrique, que comienza : *Recuerde el alma dormida*, ahora nueuamente por su autor corregida y emendada.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. y redond. á 1 y 2 colum., 19 fojas.*) Lam. en madera que representa la muerte.

Contiene :

¶Coplas de Jorge Manrique, que dicen : *Recuerde el alma dormida.*
Glosa en coplas que dicen : *Nuestra bienauenturanza.*

Aunque no se expresa en esta edicion el autor de la glosa, es de el religioso cartujo Don Rodrigo de Valdepeñas, prior del Paular.
Las coplas de Jorge Manrique, hechas en doce versos de pie quebrado cada una, son cuarenta y una. En la presente edicion está una de estas coplas en una columna de letra gotica, sobre el texto de la glosa, que en coplas de igual clase y puestas en dos columnas de letra redonda, va glosando aquella, de tres en tres versos; pero deja en blanco y sin glosar desde la veinte y seis hasta la treinta y seis inclusive, mas las inserta á la letra en redondilla y á dos columnas.

*Glosas de los romances de *O Belerma*, etc. Y las de *Paseáuase el rey moro.* Y otras de *Riberas del Duero arriba.* Todas hechas en disparates.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

¶Glosa en disparates al romance de *O Belerma*, en coplas que dicen : *El conde Partinuples.*
Idem en idem al idem de *Paseauase el rey moro*, en coplas que dicen : *Sant Gines de Cartagena.*
Idem en idem al idem de *Riberas del Duero arriba*, en coplas que dicen : *La blancura de Guinea.*
¶Villancico de *Tómale, llévale, papale, coco*, con coplas que dicen : *Habladme, señora mia.*

*Glosas de los romances y canciones que dizen : *Domingo era de Ramos*, y *Entre Torres y Ximena*, y *Morir os queredes, padre.* Hecho por Gonzalo de Montalvo.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶Romance que dice : *Domingo era de Ramos.*
Glosa á dicho romance, en coplas que dicen : *Mirando la gran constancia.*
¶Cancion serranilla que dice : *Entre Torres y Jimena.*
¶Glosa de dicha cancion, en coplas que dicen : *Caminando por la sierra.*
¶Glosa del romance de *Moriros queredes, padre*, en coplas *Por menor y ménos fuerte.*
Las glosas son de Gonzalo de Montalvo.

*Glosas de vnos romances y canciones, hechas por Gonzalo de Montalvan.—*Entre Torres y Jimena.* E *Morir vos queredes, padre.* E *Domingo era de Ramos.*

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

¶Cancion serranilla anónima, que dice : *Entre Torres y Jimena.*
¶Glosa de Montalvan á dicha cancion, en coplas que dicen: *Caminando por la tierra.*
¶Glosa de Idem, al romance de *Morir vos queredes, padre*, en coplas que dicen : *Por menor y ménos fuerte.*
¶Romance viejo que dice : *Domingo era de Ramos.*
Glosa de Montalvan á dicho romance, en coplas que dicen: *Mirando la gran constancia.*

*Glosas nueuamente compuestas, por Alonso de Alcabdete, sobre los romances siguientes : *Ya se salia el rey moro*, etc.; y el otro : *Yo me adamara vna amiga*; y el otro : *Nuño Vero, Nuño Vero.* Y vn villancico.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Glosa de Alcabdete al romance de *Ya se salia el rey moro*, en coplas que dicen : *En el tiempo que esta tierra.*
Idem de Idem al romance de *Yo me adamara vna amiga*, en coplas que dicen : *En el tiempo y jouentud.*
Idem de Idem al romance de *Nuño vero* etc., en coplas que dicen : *De gran deseo lisiada.*
¶Cancion de Idem que dice : *Oidme vos, señora.*
Idem de Idem que dice : *Esperanza mia por quien.*
¶Villancico de Idem que dice : *Tus ojos sanan, señora.*

*Glosas sobre el romance que dize : *Tres cortes armara el Rey*, nueuamente compuesta por Alonso de Alcaudete, natural de la muy noble ciudad de Ronda; con otras muchas glosas y villancicos.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Glosa de Alcaudete al romance de *Tres cortes armara el Rey*, en coplas que dicen : *En el tiempo de aquel sol.*
Villancico de Idem à la toma de One, plaza de Africa, por el marques de Santa Cruz, que dice : *Llore el rey de Tremecen.*
¶Glosa de Idem al romance de *Yo me leuantara, madre*, en coplas que dicen : *En los tiempos deleitosos.*
¶Villancico de Idem, que dice : *De mí, dicha no se espere.*
¶Coplas de Idem al cantareillo de *A aquel cauallero, madre*, que dicen : *Porque fué el mando primero.*
¶Idem, de Idem al idem de *Llamaualo la doncella*, que dicen : *Llamáualo; di, perdido.*

*Glosa sobre la tomada de Roma.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

¶Glosa del romance de *Triste estaua el Padre Santo*, en coplas que dicen : *Ya los Alpes, altas sierras.*

En esta glosa, tomando los dos últimos versos de cada copla, resulta el texto completo del romance, y con algunos versos mas que se suprimieron en el inserto en el *Cancionero de Romances*, y en esta misma glosa que incompleta se puso en los *Romances*, etc., de Sepúlveda.

*Gracioso razonamiento, en que se introducen dos rufianes, el vno preguntando y el otro respondiendo en germanía, de sus vidas y arte de vivir, quando viene vn alguacil: los quales como le vieron fuéron huyendo, y no pararon fasta el burdel á casa de sus amigas : la vna de las quales estaua riñendo con vn pastor, sobre quel se quexaua que le auia hurtado los dineros de la bolsa. Y viendo ella su rufian, házese muerta, y él se haze fieros, y dize al pastor que se confiese, el qual haziéndolo asi, acaua.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*) En la portada y entre el texto.

Contiene :

El razonamiento de los rufianes, en coplas de arte mayor, que dicen : *A boca de sorna por ir encubierto.*

Es una composicion que retrata muy bien los hábitos, costumbres y el lenguaje de los rufianes y rameras; pero es indecente, en particular la confesion del pastor que en ella se declara sodomita.

* Lamentaciones de amor, hechas por vn gentil hombre apassionado. Con otras de *Los comendadores, Por mi mal os vi*. Y la glosa sobre el del romance de *A la mia gran pena forte*, hecha por una monja, la qual se quexa que por engaños la metieron pequeña en el monesterio; con otras de *Circundederunt me*, en las quales se quexa Sant Pedro porque negó al Señor.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

¶ Lamentaciones de amor, en coplas que dicen : *Lágrimas de mi consuelo.*
¶ Coplas de los comendadores, en versos de endechas, que dicen : *Los comendadores.*
¶ Glosa del romance *A la mia gran pena forte*, en coplas que dicen : *El amor es sin piedad.*
El negamiento de San Pedro, en coplas, que dicen : *Ay, circundederunt me.*

* Las trobas siguientes hizo Pedro Barrantes Maldonado, estando en Alemaña en la guerra del turco, en loor de los españoles; con vn romance en que recuenta la súpita y muy valerosa partida del illustrissimo señor duque de Béjar, de la qual habla el romance.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 6 fojas.*)

Contiene :

Coplas en loor de los españoles, que dicen : *Oh españoles, españoles.*
Mote en loor del duque de Béjar, que dice : *La vida por la victoria*, glosado en las coplas que dicen : *Quiso el Duque florecer.*
Romance en loor de la partida que súbitamente hizo el duque de Béjar desde una caza en que estaba, á las guerras de Alemania contra el turco, que dice : *Nunca vi tal montería.*
Siguen á este romance varias letras y sus glosas que hizo el autor á su amiga, yendo á la guerra del turco, y cuya mencion individual se omite por poco interesantes. Las letras son diez y nueve, y las glosas otras tantas.
Cancion de amores, que dice : *Como es de amor verdadero.*
Idem que dice : *Muchas cosas deseamos.*
Idem que dice : *Si á ti no tienes secreto.*
Todas las composiciones de este pliego son de Barrantes Maldonado, y su impresion debió de ser posterior á 1552, época en que hizo el romance de la partida del duque de Béjar, que se verificó en dicho año.

* La triste y dolorosa muerte de la Princesa, nuestra señora; agora nueuamente trobada en la noble villa de Valladolid, por Antonio de Valcazar Menestril, vecino de la dicha villa. Año MDXLV.

Sin L. 1545. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Coplas á la muerte de la Princesa, que dicen : *Con sospiros muy crecidos.*

Muchas maneras de coplas y villancicos, con el juizio de Juan del Enzina.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Muchas maneras de coplas y villancicos de muchos auctores.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum.*)

Contiene once composiciones.

Obra compuesta por Francisco de Figueroa, dándose cuenta de la vida y el martirio de vna sancta mujer española, y fué que la quemaron viua en Jerusalen. Glosa en alabanza del Sanctíssimo Sacramento, compuesta por Vicente Mirabet, natural de Valencia.

Valencia. 1581. (*En 4.° Gót. á 2 colum.*)

* Obra nueua, la qual trata de vn caso de grande exemplo para los que mal viuen, acontecido en esta ciudad, y del gran cuidado que los padres deuen tener en castigar y doctrinar sus hijos. Puesta en metro por Antonio Gonzalez. Vista y examinada, y con licencia impressa en este presente año.

Sin L. ni A. (*En 4.° semi Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Padres, los que hijos teneis.*

* Obra nueua, la qual trata de vn caso de gran milagro, acontecido en el reyno de Nauarra en la villa de Miranda. Es obra para que todos tomemos exemplo, puesta en gracioso metro por Gaspar de la Cintera. Nueuamente impressa con licencia. Año MDLXXXII.

Sin L. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Dame tu gracia excellente.*

Perque espiritual muy prouechoso : en que se dizen todas la verdades que en la escriptura y en el vulgo se pueden hablar.

Sin L. ni A. (*En 4.° á 2 colum.*)

Perque muy gracioso : la que recuenta las tachas que tiene vna dama, y va en manera de la *Hapia há*, con vnas lamentaciones de amores, y vn romance al fin, por Torres Naharro.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum.*)

* Pregunta que fizo un cauallero mancebo á Alonso de Armenta, sobre qué cosa es amor, el qual responde á ella. Con vn villancico en fin de la respuesta. E vna glosa de vn romance que dize : *Véouos crescida, hija*, y otras canciones, nueuamente impresso.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas*) Lámina y orla en madera para la portada.

Contiene :

Pregunta del mancebo, en coplas que dicen : *Pues es vn refran muy vario.*
Respuesta de Armenta, en coplas que dicen : *Pues que en seruiros yo gano.*
¶ Villancico del fin de dichas coplas, que dice : *No se engañe el amador.*
¶ Romance viejo, que dice : *Véouos crescida, hija.*
¶ Glosa del fragmento de dicho romance, que hizo Armenta, en coplas y diálogo que dice : *Cuál mal fué tan excesivo.*
Coplas de Armenta á una partida, que dicen : *Aquella cruel partida.*
Cancion de Idem á su señora, que dice : *Señora, yo soy vendido.*
Coplas de Idem á una partida, que dicen : *Corazon, pues que consientes.*
Cancion de Idem á una señora desamorada, que dice : *El morir no es cosa fuerte.*
El romance viejo es un fragmento del que dice : *Paseáuase el buen Conde.* Desde *Véouos crecida hija.*

Refranes glosados, en los quales, qualquier que con diligencia los quisiere leer, hallará prouerbios y marauillosas sentencias, y generalmente á todos muy prouechosos. (*En prosa y verso.*)

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 16 fojas.*)

Refranes y auisos por via de consejos, hechos por Joan Garces, enderezados á vnos amigos casados.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1591. (*En 4. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Es muy sancto el matrimonio.*

* Relacion de lo sucedido con la enfermedad de la peste que en la noble y leal ciudad de Logro-

ño ha hauido, siendo corregidor D. FRANCISCO DE MOSCOSO, cauallero del Abito de Sanctiago, y capitan general de las fronteras de Nauarra.

Logroño. Juan de Mogaston. 1599. (*En 4.º á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

Romance que dice: *Miéntras con estilo altivo.*

*Relacion muy verdadera del felize recibimiento que al inuencible y serenissimo rey Don Phelipe, nuestro señor, se hizo en la muy noble y muy leal ciudad de Seuilla. Compuesto en metro castellano por GASPAR RODRIGUEZ, vezino de Xerez de la Frontera, y natural de Mérida.

Impresso en Sevilla, con licencia del illustrisimo señor Don Fernando Carrillo de Mendoza, asistente de Sevilla y de su tierra, por S. M. Y agora en Valladolid con licencia, en casa de Bernardino de Sancto Domingo, etc., año de 1570.

Valladolid. Bernardino de Sancto Domingo. 1570. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

Coplas que dicen: *Musa mia, comenzad.*
Villancico que dice: *Vuele la fama en Castilla.*

*Relacion verdadera de la batalla que vuieron dos naues de ingleses lutheranos con quatro galeras de España, y cómo nuestro Señor fué seruido de dar victoria á los Christianos, y cómo vn capitan inglés de la naue capitana se echó encima de vn barril de pólnora con vna mecha encendida, y cómo se boló la naue con toda la gente que en ella auia, y la otra truxeron á xorro al puerto de Gibraltar. Compuesta por HERNANDO DE LA CÁRCEL, en este año 1586.

Mallorca. Gabriel Guasp. (*En 4.º á 2 colum., 2 fojas.*)

Contiene:

Coplas que dicen: *En los ayres, tierra y mar.*

Romance de Amadis y de Oriana, y otro del rey Malsin. Con otro del infante Gayferos, et otro que dize: *En Jaen está el buen Rey*; con otros dos romances.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., fig.*)

*Romance de Don Gayferos, que trata de cómo sacó á su esposa que estana en tierra de moros.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶ Romance de Don Gayferos, que dice: *Asentado está Gayferos.*

*Romance de Don Manuel, glosado por PADILLA. Glosa muy graciosa. Y vn villancico al cabo. Visto y examinado, y con licencia impresso en Toledo, en casa de Francisco de Guzman. Año de MDLXXVI.

Toledo. Francisco de Guzman. 1576. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶ Romance de Don Manuel, que dice: *Cuál será aquel cauallero.*
Glosa del dicho romance, en coplas que dicen: *Metida en gran confusion.*
¶ Cancion villancico que dice: *Quien triste vida sostiene.*

*Romance de Don Roldan: trata como el emperador Carlo Magno le desterró de Francia porque volnió por la honra de su primo Don Reynaldos. Y vna glosa nueuamente hecha por MELCHOR DE LLANES, sobre el romance que dize: *Desamada siempre seas*; y vn villancico. Impresso con licencia.

Búrgos, Phelippe de Junta. Sin A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶ Romance de Don Roldan, que dice: *Dia era de Sant Jorje.*
¶ Glosa de MELCHOR LLANES al romance de *Desamada siempre seas*, en coplas que dicen: *Pensé que por bien amarte.*
¶ Deshecha de dicha glosa, en coplas que dicen: *Perdonad, bien de mi vida.*
¶ Villancico al tono de: *Por mas que me digais*, que dice: *Que por mas que me digais.*

*Romance de la braua batalla que passó entre el conde Don Roldan y el conde Mandricardo, sobre la espada Durindana, y cómo Roldan se tornó loco por amores de Angélica la bella. Impresso con licencia.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶ Romance que dice: *Hélo, helo por do viene—el valiente*, etc.

*Romance del conde Alarcos é de la infanta Solisia, fecho por PEDRO RIAÑO. Otro romance de Amadis que dize: *Despues qu'el muy esforzado.*

Sin L. ni A. Sobre 1520. (*En 4.º Gót á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

¶ Romance del conde Alarcos, que dice: *Retrahida está la infanta.*
¶ Idem de Amadis, que dice: *Despues qu'el muy esforzado.*

Romance (Otro) del conde Claros, nueuamente trobado por otra manera, fecho por JUAN DE BÚRGOS.

Contiene:

¶ Villancico que dice: *Di, Juan, ¿de qué murió Bras?*
Solo conozco de él esta composicion que inserta Bohl en su *Floresta de rimas.*

*Romance del conde Claros de Montalvan, nueuamente trobado por otra manera, fecho por ANTONIO DE PANSAC, Andaluz.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 2 fojas, fig.*)

¶ Romance nuevo del conde Claros, que dice: *Durmiendo está el conde Claros.*

Es una trova, hecha sobre el romance viejo, al mismo asunto, que dice: *Media noche era por filo*, pero con un desenlace trágico.

*Romance del conde Dirlos, y de las grandes venturas que huuo. Nueuamente añadidas ciertas cosas que hasta aqui no fuéron puestas, y vna cancion de nuestra Señora. Año de 1538.

Sin L. 1538. (*En 4.º Gót. á 2 colum., 12 fojas, fig.*) Caractéres de Coci, impressor de Zaragoza.

Contiene:

¶ Romance del conde Dirlos, que dice: *Estáuase el conde Dirlos.*
¶ Cancion que dice: *Oya tu merced y crea.*
Glosa que DIEGO GARCÍA hizo de dicha cancion en coplas devotas á la Virgen, que dicen: *Consuelo de los nascidos.*

Romance del conde Don Sancho.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum.*)

Solo sé que contiene, segun Bohl,
¶ Endechas que dicen: *No lloreis, mi madre.*

Romance del moro Calaynos, de cómo requeria de amores á la infanta Sibilia, y ella le demandó en arras tres cabezas de los doze Pares.

Sin L. ni A. (*En 4.º Gót. á 2 colum.*)

Contiene:

¶ Romance que dice: *Ya cabalga Calaynos.*

*Romance de *O Belerma, o Belerma*, agora nueuamente glosado por Alberto Gomez.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *Oh Belerma, oh Belerma.*
Glosa de Gomez al dicho romance, en coplas que dicen : *Oyendo como salieron.*
¶ Villancico del fin de dichas coplas, que dice : *Oh Belerma, mi señora.*
¶ Romance que dice : *Los que habeis servido amores.*
Glosa de Gomez al dicho romance, en coplas que dicen : *Caminando sin errar.*
¶ Villancico del fin de ellas, que dice : *Amadores que adamais.*

Romance de *Rosa fresca*, con glosa de Pinar, y otros muchos romances.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., fig.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *Rosa fresca, rosa fresca.*
¶ Glosa al dicho, por Pinar, en coplas que dicen : *Cuando y'os quise, querida.*
¶ Romance de *Estando desesperado*, con villancico que dice : *Todos duermen, corason.*
¶ Idem de Nicolas Nuñez, de *Durmiendo estaba el cuidado*, con villancico al fin, que dice : *No puede sanar ventura.*
¶ Idem, que dice : *Fontefrida, fontefrida.*
¶ Glosa de Tapia á dicho romance, en coplas que dicen : *Andando con triste vida.*
¶ Romance de *Decidme vos, pensamiento*, con villancico al fin, que dice : *El dia del alegria.*
¶ Romance de Don Juan Manuel, que dice : *Gritando va el cauallero.*
¶ Idem, de Don Juan de Leyva á la muerte de Don Manrique de Lara, que dice : *A ventisiete de marzo*; y su villancico, al fin : *El triste que se partió.*
¶ Idem de Soria, de *Triste está el rey Menelao*, con villancico al fin, que dice : *Lo que la ventura quiere.*
Todo lo contenido en este pliego se halla tambien en las ediciones del *Cancionero general*, y mucho en el de *Romances*. El de *Gritando va el cauallero*, es de Juan del Enzina, y no de Don Juan Manuel.

Romance de vn desafío que se hizo en Paris de dos caualleros principales de la Tabla redonda, los quales son Montesinos y Olivieros.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *En las salas de Paris.*

*Romance muy antiguo y viejo, del moro alcayde de Antequera, nueuamente emendado de todas las variaciones y letras que comunmente le suelen dar, con vna glosa muy conforme de Cristóual Velazquez de Mondragon, que hizo á complacencia de vn cauallero su tio, llamado Gutierre Velazquez de Cuellar.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *De Antequera sale el moro.*
¶ Glosa del dicho romance, fecha por Velazquez de Mondragon, en coplas que dicen : *Cuando el infante Fernando.*
El romance es una reforma muy libre del mismo viejo del *Cancionero de Romances.*

*Romance nueuamente hecho por Andres Hortiz, en que se tratan los amores de Floriseo y la reyna de Bohemia ; con vn villancico.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., fig.*)

Contiene :

¶ Romance de *Floriseo*, etc., que dice : *Quien hobiese tal ventura.*
¶ Villancico del fin que dice : *Que por mas que me digais.*

*Romance nueuamente hecho por la venida del rey de Francia; el qual narra largamente todo lo que se ha hecho en su rescibimiento desde el dia que desembarcó hasta que se fué. Compuesto por Martin de Albio.

Sin L. 1525. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 2 fojas.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *Año de mil y quinientos.*
Trata del desembarco de Francisco I, rey de Francia, cuando llegó á Barcelona, como prisionero que fué hecho en la batalla de Pavia.

*Romance nueuamente hecho por Luys Hurtado, en el qual se contienen las treguas que hizieron los troyanos, y la muerte de Héctor, y cómo fué sepultado. Tambien van aqui los amores de Achiles con la linda Policena.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance de las treguas, que dice : *En Troya entran los griegos.*

Romance nueuamente imprimido, del infante Turian y della infanta Floreta.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

*Romance sacado de la farsa de Don Duardos, que comienza : *En el mes era de abril*, nueuamente glosado por Antonio Lopez, estudiante portugues, vezino de la villa de Troncoso, estante en la uniuersidad de Salamanca; y vn testamento de amores, y vna pregunta á vn amigo, con su respuesta. Todo nueuamente hecho por el mismo auctor, y en cabo de cada copla están dos renglones del romance que se glosa.

Sin L. ni A. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

¶ Glosa de Lopez al romance de *En el mes era de abril*, en coplas que dicen : *En el tiempo qu'el amor.*
¶ Villancico que termina la glosa, y dice : *Todos servid al amor.*
¶ Testamento fecho por Lopez en coplas de pié quebrado, que dicen : *Pues amor me tiene herido.*
Pregunta de Lopez, en coplas que dicen : *Queriendo yo bien mirar.*
Respuesta á dicha pregunta, en coplas que dicen : *Teneis tal gracia en decir.*

*Romances compuestos por Bartholomé de Torres Naharro, por muy alto estilo. En primer lugar este que comienza : *Hija soy de un labrador*. El segundo que dize : *Só los mas altos cipreses*. El tercero hecho á la muerte del Rey Cathólico. El quarto dize : *Con temor del mal ayrado.*

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance de Torres Naharro, que dice : *Hija soy de vn labrador.*
¶ Idem de Idem, que dice : *Só los mas altos cipreses.*
¶ Idem de Idem á la muerte del Rey Católico, que dice : *Nueua voz, acentos tristes.*
¶ Idem de Idem, que dice : *Con temor del mar airado.*
¶ Idem de Idem á la bajada de Cristo al limbo, que dice : *Triste estaua el padre Adan.*

*Romance sobre la muerte que dió Pirro, hijo de Archiles, á la linda Policena.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance de la muerte de Policena, que dice : *Oh cruel hijo de Aquiles.*
¶ Glosa á dicho romance, hecha por Villatoro, en coplas que dicen : *La flaqueza que sentimos.*
¶ Romance de Idem, con canciones intermediadas, que dice : *Por las saluajes montañas.*
¶ Cancion intercalada en dicho romance, la cual dice : *Cuando tal dolor sentis.*
¶ Idem, idem, en idem, que dice : *La flaqueza que sentimos.*
¶ Idem, idem, en idem, que dice : *Huyamos de tal dolor.*

¶ Cancion intercalada en dicho romance, que dice : *Loemos á Dios por siempre.*
¶ Idem, idem, en idem, que dice : *Fenesce mi triste vida.*
¶ Villancico de Villatoro, que dice : *Madre mia, amores tengo.*
Coplas de idem, al mismo, que dicen : *Madre mia, amores tengo.*

* Romance y glosa sobre la muerte de la Emperatriz y reyna nuestra señora, y el suntuoso enterramiento que se le hizo en la ciudad de Granada, con vn villancico. Hecho por Anton Delgado.

Al fin—Cuenca. 1539. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance á la muerte de la Emperatriz, que dice : *Año de mil y quinientos—Treinta y nueve corria.*
¶ Glosa de dicho romance, hecha por Delgado, en coplas que dicen : *Estando en cortes juntados.*
¶ Villancico de Idem al mismo asunto, dice : *D'esta reyna Emperatriz.*

X * Sermon de amores, nueuamente trobado por el Menor de Aunes, á los galanes y damas de la corte.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 12 fojas.*)

Contiene :

¶ Sermon de amores, en coplas de pié quebrado y versos pareados, que dicen : *Mirando cómo enamoran.*

El Menor de Aunes, pseudo-anónimo de Christóbal de Castillejo, el cual tomando por asunto el sermon de amores en prosa de Diego de Sant Pedro, hizo el suyo, mordaz y satírico, en verso, y en el tono crudo que dió á todas sus obras de igual clase. Blasco de Garay en el prólogo que puso á una edicion, sin L., año de 1546, que hizo del *Diálogo de las condiciones de las mujeres*, escrito por Castillejo, supone que ignora el nombre de su autor, pero que cree « que es el mismo que compuso el sermon » de amores, pues así lo manifiesta su estilo », y añade, « que por una entradilla que tiene, acaso pegadiza de al» gun vano trovadorcillo que por aventura se la añadió, se » le llama Fray Puntel. Verdad es (continúa Garay), que » por ser entrambas obras (el *Sermon* y el *Dialogo*), á lo » que representan, nacidas de pasion, que es odioso » aborrecimiento y excesivo que muestra el autor tener a » las costumbres de las malas mujeres, parece el autor » haberse cegado y apasionado, etc. »

Todo lo que expresa Garay acerca del *Sermon de amores* que atribuye al mismo autor del *Diálogo*, que sabemos ser de Castillejo, y como tal incluido en sus obras, conviene con el ejemplar del *Sermon* que tenemos á la vista; pero en él no se halla introduccion alguna que parezca pegadiza, ni de donde pueda inferirse se haya tomado el pseudo-anónimo de Fray Puntel, á quien se atribuye vulgarmente; mas en su lugar se pone el del Menor de Aunes, como va dicho.

* Siguense dos romances de Don Gayferos, en que se contiene cómo mataron á Don Galuan.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*) Item otra edicion del mismo pliego. Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene uno y otro :

¶ Romance que dice : *Estábase la condesa.*
¶ Idem que dice : *Vámonos, dijo mi tio.*

Síguense dos romances por muy gentil estilo. El primero de los doze Pares de Francia. El segundo, del conde Guarinos, almirante de la mar, y trata de cómo le cautiuaron los moros, etc.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., fig.*)

* Síguense ocho romances viejos. ¶ El primero es de la presa de Túnez, que dize : *Estando en una fiesta.* ¶ El segundo que dize : *Castellanos y leoneses.* ¶ El tercero que dize : *Por Guadalquiuir arriba.* ¶ El quarto que dize : *Sálese Diego Ordonez.* ¶ El quinto que dize : *Por aquel postigo viejo,—Que nunca fuera cerrado.* ¶ El sexto que dize : *Parida estaua la Infanta.* ¶ El séptimo que dize : *Ay Dios, que buen cauallero,—El maestre de Calatraua.* ¶ El octavo que dize : *En el mes era de abril.* Y al fin dos villancicos de Juan del Enzina, y dos canciones.

Al fin.— Impresso en Valladolid, en casa de Diego Fernandez de Córdoba, impressor, año de MDLXXII. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Los ocho romances referidos en la portada, y ademas :
¶ Villancico de Juan del Encina, que dice : *Dos terribles pensamientos.*
¶ Idem de Idem, que dice : *Enemiga le soy, madre.*
¶ Cancion que dice : *Cuan noble mas es aquel.*
¶ Idem que dice : *Ay que yo, señora, ya.*

* Síguense quatro romances. El primero es el de los cinco marauedis. El segundo es : *Vn dia de Sant Anton.* El tercero es : *Ya caualga Diego Laynez,—Al buen Rey besar la mano.* Y el quarto que dize : *Quéxome de vos, el Rey.* Ahora nueuamente impressos. Año de MDLIX.

Sin L. 1559. (*En 4.° Gót. á 2 colum, 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *En Búrgos estaua el Rey.*
¶ Idem que dice: *Vn dia de Sant Anton.*
¶ Idem que dice : *Ya caualga Diego Laynez.*
¶ Idem hecho á la mujer del duque de Guimarans, que dice : *Quejome de vos, el Rey.*

Sigues vn perque que dize : *Veo, veo*; y vna glosa nueua de : *Oh mundo caduco y breve.* Y vn dereniego de vnas damas. Y vn perque hecho á vna señora por Bartholomé de Torres, y vna cancion que dize : *Sola me dexaste.*

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum.*)

* Testamento de amores, hecho por Juan del Enzina á su amiga, que se queria desposar.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 2 fojas.*)

Contiene :

¶ Testamento de amores, en coplas que dicen : *Ya no tengo confianza.*

Trabajo de vicios, nueuamente compuesto por Alonso de Torocójo.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum.*)

* Tratado nueuamente hecho en metro castellano en loor y alabanza del Emperador y Emperatriz nuestros señores, contando las grandezas y hazañas que ha hecho y haze, haziendo memoria de la forma y manera como fué entrado en Barcelona, y de las grandes fiestas qu'en sus reynos y señorios se hazen por su victoriosa venida. Dirigido, etc., á Don Pedro de Nauarra Marichal, corregidor de Toledo. Hechas por Juan de Reuenga.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas.*) Edicion de la segunda década del siglo XVI.

Contiene :

¶ Coplas al asunto del título, que dicen : *Muy magnifico Señor.*
Villancico que dice : *Vuestras majestades canten.*

Triunfos de la locura, compuestos por Hernan Lopez de Yanguas.

Sin L. ni A. (*En 4.° Gót. á 2 colum.*)

* Verdadera relacion de vn martyrio que dieron los turcos en Constantinopla á vn deuoto frayle de la órden de Sant Francisco, y de los treze que están en el Sancto Sepulchro de nuestro Redemptor Jesuchristo en Hierusalen, que venía á Italia, su tierra; con vn villancico de la obra. Compuesta

por Diego Lopez, vezino de la ciudad de Córdona. Con dos milagros de nuestra Señora del Rosario.

Valencia, junto al molino de la Rouella, año 1585. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Si Dios es manso cordero.*

*Verdadera relacion sobre vn martirio que dieron los turcos, enemigos de nuestra sancta fee cathólica, en Constantinopla, á vn deuoto frayle de la órden de Sant Francisco, llamado Fray Gonzalo Lobo. Con vn milagro que nuestra Señora de Monserrate hizo con vn clérigo de misa, natural de Cazalla, que es en el Andalucía. El qual yendo á Oran á rescatar á vn hermano suyo que estaua captiuo en Buxia, fué captiuo y vendido á vn renegado llamado Alycaysi. Impresso con licencia, en Córdoua, por Juan Baptista. Año de MDLXXVII.

Córdoba. Juan Baptista. 1577. (*En 4.° Gót. á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

Romance del martirio de Fray Gonzalo Lobo, que dice : *Si Dios es manso cordero.*
Idem, que dice : *Leuante el alma el cristiano.*

*Verisima relacion del riguroso y acerno martyrio que la reyna inglesa dió á dos soldados de nuestra nacion española, del exército del Príncipe Cardenal, y de cómo la serenissima Vírgen les manifestó el martirio que hauian de pasar, juntamente con el conuertimiento de seis judios que recibieron el mismo martirio muriendo empalados. En 17 de mayo de 1596 años. Con vn romance al cabo. Impresso en Alcalá á la puerta de los mártires. Compuesto por Pedro Sanchez Mazo, natural de Trugillo.

Sin A. 1596. (*En 4.°, letra redonda, á 2 colum., 4 fojas, con un Cristo y las Marías y San Juan, fig. en madera, estampados en la última plana.*)

Contiene :

Romance del martirio de los soldados y judíos, que dice: *Dos capitanes vinieron.*
Octavas con que termina el romance, que dicen : *Recibe, buen Jesus omnipotente.*
*Romance morisco, que dice : *Entró Zoraide á deshora.*

PLIEGOS SUELTOS IMPRESOS EN EL SIGLO XVII (1).

Almirante Galceran.—Vid.—Cinco romances famosos. El primero del corsario, etc.

Anton Loxa.—Vid.—Aqui se contiene una xácara nueua de vn valiente, etc.

Apolo y Leucotoe.—Vid.—Fábula burlesca de, etc.

Aquí comienzan las coplas de *Digas ortelano*, compuestas por Martin de la Puente, natural de Ubeda.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1608. (*En 4.° á 2 colum., 2 fojas, fig.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Quien lleuó de aqui.*

*Aquí se contienen dos famosas xácaras curiosas y entretenidas. La primera es la de *Periquillo el de Madrid*, que se ha cantado aora nueuamente en las comedias. La segunda de vn valenton al vso, que contando su vida á su dama en breue, se quexa de que no la acude. Con vnas seguidillas por postre, á varios asumptos.

Madrid. Alonso Paredes. 1650. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene :

Xacára que dice : *Periquillo el de Madrid.*
Idem que dice : *A la Chillona se quexa.*
Seguidillas que empiezan : *Todo el tiempo lo-cura.*

*Aquí se contienen dos romances nueuos de vna carta que enuió vn gallego á su hijo á esta corte, y el segundo de la respuesta que enuió el hijo á su padre. Compuesto por Miguel Lopez de Horrubia.

Madrid. Julian Paredes. 1656. (*En 32.°, 4 fojas.*)

(1) En este siglo se imprimieron y compusieron casi todos los romances vulgares que despues insertarémos en el índice de las ediciones del siglo XVIII y siguientes, pues consumidas las anteriores por el uso continuo apénas se conservaron.
Algunos, pero pocos romances de los aquí contenidos, son reimpresiones de los viejos.

Contiene :

Romance que dice : *Toribio Martin me dijo.*
Idem respuesta al anterior; dice : *Padre yo estoy bien hallado.*

*Aquí se contienen dos xácaras famosas. La vna de las quexas que le da vn tio á su sobrino, entrambos verdugos en Valladolid, despues de haberle azotado. La otra sobre lo que vulgarmente suena en Madrid por los chascos de la Marigotona. Compuesta por Antonio de Sante-Loy.

Madrid. Andres García. 1656. (*En 32.°, 4 fojas.*)

Contiene :

Romance xácara que dice : *Escúcheme todo Jaque.*
Idem, idem que dice : *O quieras, musa, ó no quieras.*

*Aquí se contienen dos xácaras nueuas de dos Jaques campanudos, y ambos de vn oficio. La primera de Portillo el de Alcalá. Y la segunda de Sancho el del Campillo; con vn romance de vna dama muy hermosa. Compuestas por Miguel Lopez.

Madrid. Imprenta Real. Sin A. (*Sobre 1650.—En 4.° á 2 colum., 2 fojas.*)

Contiene :

Jácara de *Portillo el de Alcalá* : que dice : *Tocando con la cadena.*
Idem de Sancho el del Campillo que dice : *Yo soy Sancho el del Campillo.*
Romance satírico á una dama cuya boca olia mal, que dice : *Muy á lo bobo gasté.*

*Aquí se contienen dos xácaras, vna del Mulato de Andúxar, que se ha cantado en la comedia; otra del desafío que tuvo Periquillo el de Baeza con Periquillo el de Madrid.

Sin L. ni A. Madrid, *sobre* 1650. (*En 4.° á 2 colum., 1 foja.*)

Contiene :

Romance jácara que dice : *Con el mulato de Andújar.*
Idem idem que dice : *Periquillo el de Baeza.*

*Aquí se contienen quatro romances muy curiosos, los tres primeros de cómo degollaron á Don Rodrigo Calderon en la plaza Mayor de la villa Madrid, con otras cosas particulares que aconte-

cieron, que son de mucho gusto para los curiosos lectores. El vltimo romance es del acto de contricion que hizo assí como acabó de subir en el tablado, con vna relacion en prosa de lo que allí sucedió. Compuesto por Simon Herrero, impresso, etc.

Córdoba. Viuda de Justo Martin. 1621. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene:

¶ Romance que dice: *Qué es aquesto, fama amiga.*
¶ Idem que dice: *Los que seguís ambiciosos.*
¶ Idem que dice: *Desde el Artico al Antartico.*
¶ Idem que dice: *Dulcísimo Jesus mio.*
Relacion del suceso, escrita en prosa.

Aquí se contienen vnas siguidillas y xácara nueua de lo que sucedió á vna suegra con su hierno, y cómo siendo perseguido de muger y cuñada, se desembarazó dellas á muy poca costa. Compuestas por Manuel Diaz de la Plaza.

Madrid. Domingo García Morras. 1657. (*En 32.° 4 fojas.*)

Contiene:

Seguidillas que comienzan: *Vna suegra le pide.*
Romance jácara, que dice: *A las quejas los vecinos.*

Aquí se contiene vn marauilloso milagro que obró Dios en la ciudad de Argel, por la qual se conuertieron un renegado y vna mora.

Sin L. ni A. (*En 4.° á 2 colum.*)

Aquí se contiene vna xácara curiosa sobre las medias de pelo. Compuesta por Diego Gonzalez.

Madrid. Gregorio Rodriguez. Sin A. (*En 32.° 4 fojas.*)

Contiene:

Romance jácara, que dice: *Vaya unas medias de pelo.*
Seguidillas que terminan el romance y dicen: *Fregatrices se humillan.*

Aquí se contiene una xácara entretenida de la sangrienta batalla que tuuieron trescientas labanderas en el rio Manzanares, entrando á meter paz quarenta esportilleros. Compuesta por Diego Gonzalez.

Madrid. Julian Paredes. 1654. (*En 32.° 4 fojas.*)

Contiene:

Romance jácara, que dice: *Labando en el rio estauan.*
Seguidillas que acaban el romance, y dicen: *Riñeron en el rio.*

Aquí se contiene vna xácara nueua de vn valiente de la ciudad de Antequera, llamado Anton Loxa. Juntamente con vn romance de Marizápalos, á lo humano. Compuesto por Miguel Lopez de Honrubia.

Madrid. Andres García. 1657. (*En 32.°, 4 fojas.*)

Contiene:

Romance jácara, que dice: *Los que campais por la hoja.*
Coplas de Marizápalos, que dicen: *Marizápalos bajó vna tarde.*

Arnante Mamí.—Vid.—Cinco romances famosos. El primero del corsario, etc.

Barbarroja.—Vid. — Cinco romances famosos. El primero del corsario, etc.

Batalla de trescientas lauanderas.—Vid.—Aquí se contiene vna xácara entretenida, etc.

Batalla naual. — Vid. — Historia de la batalla naual, etc.

Bernardo del Carpio. —Vid.— Cinco romances de la historia de Bernardo, etc.

*Cancion á la milagrosa conuersion, vida y muerte del egregio doctor Ramon Lull. Compuesta por el licenciado Nicolas de Mellinas, natural de la ciudad de Mallorca.

Mallorca. Gabriel Guasp. 1605. (*En 4.° á 2 colum., fig.*)

Octavas que dicen: *Deidad que sobre roxos cherubines.*

Cancionero de galanes, nueuamente impresso, en el qual se contienen muchos romances y glosas, y muchas canciones, villancicos, chistes y cantares para bailar, tañer, cantar y danzar.

Sin L. ni A. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas.*)

Chascos de la Marigotona.—Vid.—Aquí se contienen dos xácaras famosas.

Chocolate y el vino.—Vid.—Xácara del gracioso desafío, etc.

Cinco romances de la historia de Bernardo del Carpio, compuestos por el licenciado Pedro Gonzalez, vistos y emendados por el padre Juan Bergre, de la Compañía de Jesus.

Barcelona. 1677. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas.*)

*Cinco romances famosos. El primero del corsario Barbarroja. El segundo de Arnante Mamí. El tercero del maestre de Calatraua. El quarto y quinto del almirante Don Garceran. Recopilados por Juan de Escobar. Lleua al cabo vna letrilla muy curiosa. Impresso con licencia, etc.

Madrid. Herederos de la Viuda de Pedro Madrigal. Año de 1637. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene:

Romance de Barbarroja, que dice: *Honrad el puerto de Tunez.*
Idem de Arnante Mamí, que dice: *Sulcando el salado charco.*
¶ Idem del maestre de Calatrava, que dice: *A los soldados que hazian.*
¶ Idem del almirante Galceran, que dice: *A las costas de Almería.*
¶ Idem del idem, que dice: *Cien doncellas pide el moro.*
Letrilla que dice: *Mal hayan mis años.*

¿Será este Escobar el que recogió los romances del Cid?

Conde Dirlos.—Vid.—Historia del esforzado cauallero, etc.

*Contiene este pliego seis romances muy curiosos. Los dos primeros de los sentimientos de la muerte del infante Don Cárlos. El tercero: *Con sus trapos Inesilla.* El quarto vna xácara famosa de vnos valientes xaques de Madrid. El quinto, de las virtudes de la noche. El sexto vna letrilla al cabo. Compuestos por el licenciado Juan de Gamarra, natural de Valladolid.

Madrid. María de Quiñones. 1636. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas.*)

Contiene:

Romance que dice: *Tocauan los corazones.*
Idem al despedimiento del Infante, que dice: *Adios amado señor.*
¶ Idem que dice: *Con sus trapos Inesilla.*
Idem xácara, que dice: *Ya se parten de la corte.*
Idem de las virtudes de la noche, que dice: *Cuando el amor me trata.*
Idem letrilla jocosa, que dice: *Vna vieja me pretende.*

*Coplas en alabanza de la Vírgen nuestra Señora, al tono de *Ya tiene saya blanca*; con otras dos canciones muy deuotas, hechas por Nofre Almodouear.

Barcelona. Sebastian Cormellas. 1609. (*En 4.° á 2 colum., 2 fojas, fig.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Ya tiene saya blanca.*
Cancion del mismo al tono de *Bella, de vos so enamoros*, que dice : *Vos sois descanso y bien de nos.*
Idem cancion del mismo al tono de *qué bonita que es la zagala*, que dice : *Oh cuán alindada.*

Curiosa xácara nueua de la vida, prision y muerte de Francisco de la Sera, en el año de 1673, por Antonio de Robledo.

Valladolid. 1673. (*En 4.° á 2 colum., 2 fojas, fig.*)

* Curiosa xácara nueua de la prision y muerte de Pedro Andres, y Juan Martinez, etc., ajusticiados en 1673: por Lúcas Antonio de Bedmar.

Valladolid. 1673. (*En 4.° á 2 colum.*)

Es el mismo del pliego suelto intitulado : *Romance famoso de la vida, etc.*

Declaracion de vn milagro que obró Dios en la ciudad de Argel.

Cordoba. 1673. (*En 4.° á 2 colum.*)

* Diálogo de las condiciones de las mugeres. En el qual se halla cómo se han de estimar las nobles, honradas y virtuosas, para huir y aborrecer de las que no lo son..... por Christóual de Castillejo.

Alcalá. Andres Sanchez Ezpeleta. 1614. (*En 12.° fig.*)

Contiene :

Coplas en diálogo sobre las condiciones de las mujeres entre Aletbio que las acusa, y Fileno que las deffende, y dicen : *Bien se parece, Fileno.*
Es una reproduccion del mismo diálogo impreso en las obras de Castillejo, edicion de 1598 y de 1600.

* Diálogo entre la verdad y la lisonja. En el qual se hallará cómo se pueden conocer los aduladores y lisongeros que se meten en casa de los príncipes, y la prudencia que se deue tener para huir d'ellos..... Con otro tratadito de la vida de la corte. Por Christóval de Castillejo.

Alcalá. Andres Sanchez de Ezpeleta. 1614. (*En 12.°*)

Contiene :

Despues de la portada y preliminares, siguen un romance en alabanza del amor, un soneto á la adulacion y la lisonja, y las coplas en diálogo entre la adulacion y la lisonja, que dicen : *Si la lanza no me miente.*
Sigue á esta obra sin foliaturas, pero con signaturas especiales, el
¶ Diálogo y discurso de la vida de la corte, en coplas que dicen : *No sé qué camino halle.*
Historia de Píramo y Tisbe, en coplas que dicen : *Grand es, muy grand es, amor.*
Coplas contra el amor, que dicen : *Al reclamo del deseo.*
Capitulo de amor, en coplas que dicen : *Dicen los sabios doctores.*
Los dos diálogos y las tres composiciones insertas en este libro, son una repeticion de las que hay en las obras de Castillejo, impresas en 1598 y en 1600.

* Don Aluaro de Luna (Primera parte de los romances de).

Valladolid. Alonso del Riego. Sin A. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *En el tribunal supremo.*
¶ Idem que dice : *Illustrísimo señor.*
¶ Idem que dice : *En un alto cadahalso.*
¶ Idem que dice : *Los que priuais con los reyes.*
¶ Idem que dice : *A Don Aluaro de Luna.*
¶ Idem que dice : *El segundo rey Don Juan.*
¶ Idem que dice : *Aquella luna hermosa.*
El primer romance solo es exclusivo á esta coleccioncita, los demas están en varias anteriores.

* Don Aluaro de Luna (Segunda parte de los romances de).

Valladolid. Alonso del Riego. Sin A. (*En 4.° á 2 colum, 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *Hagan bien por hazer bien.*
¶ Idem que dice : *Riguroso desengaño.*
¶ Idem que dice *La miserable tragedia.*
¶ Idem que dice : *Eclipsada ya del todo.*
¶ Idem que dice : *Don Aluaro el condestable.*
¶ Idem que dice : *El Maestre de Santiago.*
¶ Idem que dice : *Tocauan á la oracion.*
El quinto romance no está en las colecciones anteriores.

* Don Aluaro de Luna (Tercera parte de los romances de).

Valladolid. Alonso del Riego. Sin A. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *Fablando están sobre mesa.*
¶ Idem que dice : *En vna oculta capilla.*
¶ Idem que dice : *Iba declinando el dia.*
¶ Idem que dice : *Subid, señor Condestable.*
¶ Idem que dice : *Debajo el siniestro brazo.*
¶ Idem que dice : *Diuidida de los hombros.*
Los dos últimos romances no están en colecciones anteriores.

* Don Aluaro de Luna (Quarta parte de los romances de).

Valladolid. Alonso del Riego. Sin A. (*En 4.° á 2 colum., 4 fojas, fig.*)

Contiene :

¶ Romance que dice : *Atento escuchaua el Rey.*
¶ Idem que dice : *La luna bella hermosa.*
¶ Idem que dice : *Hincadas ambas rodillas.*
¶ Idem que dice : *A los piés de la fortuna.*
¶ Idem que dice : *Los que á la mesa del mundo.*
¶ Idem que dice : *En vna mula enlutada.*
¶ Idem que dice : *Ya Don Aluaro de Luna.*
Ninguno de estos romances se halla en colecciones anteriores.

Don Beltran.—Vid.—Romance que pinta la batalla, etc.

Don Juan de Austria.—Vid. — Historia de la batalla naual, etc.

Don Rodrigo Calderon.—Vid.—Aquí se contienen quatro romances muy curiosos, etc. — Vid.— Siete romances de la muerte, etc.

Epítome del auto general de fe que el tribunal del S. O. de la inquisicion de Granada, celebró en ella año de 1672: por el licenciado D. Cárlos de Moya.

Granada. Sin A. (*En 4.° á 2 colum.*)

* Fábula burlesca de Apolo y Leucotoe, dedicada á Don Gabriel de Rojas, cauallero de la órden de Santiago, regidor desta coronada villa de Madrid. Por Don Juan Matos Fregoso.

Sin L. ni A. 1632. (*En 4.° á 1 colum., 8 fojas.*)

Dice : *De aquella á quien por sus muros.*

Felipe II.—Vid.—Romance del serenísimo Rey, etc.

Fiestas que hizo la ciudad de Milan.— Vid. (Verdadera y nueua relacion de las).

Francisco Sera.—Vide.— Curiosa xácara nueua de la vida, prision, etc.

* Gracioso romance en que se queja Sancho Panza á su amo Don Quixote de que no le da de comer, por cuya causa se despide de la caualleria andante. Y respuesta que Don Quixote le da en vnas agudas quintillas. Compuesto por Juan de Búrgos de Segovia, despensero.

Madrid, Julian Paredes. 1657.

Contiene:

Romance que dice: *Señor, ya basta el silencio.*
Quintillas que dicen: *Para salvar mi opinion.*

•Historia de la batalla naual que el serenissimo príncipe Don Juan de Austria dió al gran turco, lleuando el estandarte real que le entregó el rey nuestro señor Don Phelipe, su hermano.

Valladolid, Alfonso del Riego. Sin A. (*En 4.° á 2 colum.*, 8 *fojas*, *fig.*)

Contiene:

¶Romance que dice: *De Madrid sale Don Juan.*
¶Idem que dice: *Alegre estaba el gran turco.*
¶Idem que dice: *En el serrallo está el turco.*
¶Idem que dice: *Con gran poder de Sicilia.*
¶Coplas que dicen: *Felipe, pastor chapado.*
¶Romance que dice: *Despues que Piali Baxá.*
¶Idem que dice: *Dentro en Constantinopla.*
¶Idem que dice: *Gallardo entra un cauallero.*
¶Idem que dice: *Yo el gran sultan Selim.*
¶Idem que dice: *A ti, Selimo, sultan.*

•Historia del esforzado cauallero conde Dirlos, y las aventuras que huvo. Agora nuevamente añadidas ciertas cosas que hasta aquí no fuéron puestas, y lleua vna glosa de *Mi libertad en sosiego.*

Alcala. Andres Sanchez de Ezpeleta. Año de 1611. (*En 4°. á 2 colmm.*, 12 *fojas*, *fig.*)

Contiene:

Romace del conde Dirlos, que dice: *Estándose el conde Dirlos.*
Glosa de *Mi libertad en sosiego*, en coplas que dicen: *Los grandes á los menores.*

Aunque en el título se supone añadido el romance del conde Dirlos no es ni mas ni ménos que el del *Cancionero de Romances.*

Jonas.—Vid.—Viage y predicacion del profeta, etc.

Maestre de Calatraua.—Vid.—Cinco romances famosos. El primero del Corsario, etc.

•Marques de Mantua.—Tres romances del marques de Mantua. El primero es de cómo andando perdido por vn bosque halló á su sobrino Baldouinos con heridas de muerte. El segundo, la embaxada que el marques embió al Emperador demandando justicia. El tercero es vna sentencia que dieron á Carloto. Hecho por Jerónimo Trebiño.

Alcalá. Juan Gracian, que sea en gloria. 1608. (*En 4.°* 12 *fojas*, *fig.*)

Contiene:

Romance que dice: *De Mantua sale el Marques.*
Idem que dice: *De Mantua salen apriesa.*
Idem de la sentencia contra Carloto, por Trebiño, que dice: *En el nombre de Jesus.*

Al fin trae el extracto de la licencia que se dió para imprimir estos romances, fecha en Madrid á 8 de noviembre de 1598.

Moriscos.—Vid.—Relacion del sentimiento de los moriscos, etc.

Muerte del infante Don Cárlos.—Vid.—Contiene este pliego seis romances muy curiosos, etc.

Mulato de Andúxar.—Vid.—Aquí se contienen dos xácaras, vna del Mulato, etc.

Nueue romances, etc., por Juan de Rivera.

Sin L. 1605.

Contiene:

Romance que dice: *Cauallero de lejas tierras.*
Idem que dice: *Paseábase el buen Conde.*

No hemos visto este pliego, pero los dos romances que citamos y conocemos, pertenecen á la clase de los viejos tradicionales. Si los siete romances que nos son desconocidos se parecen ó pertenecen á la clase de los dos citados, puede asegurarse que Rivera es solo el colector ó reformador, y no el autor de ellos.

Obra graciosa y muy gustosa para reir..... y es vn cuento que le pasó á vn soldado con vn gato que le lleuaua la comida... juntamente con la respuesta del gato, con vn villancico que las gatas le dan. Compuesto por Juan Gonzalez de Legaria.

Madrid. 1642. (*En 4.° á 2 colum.*)

•Obra nueua, donde ay admirables sentencias de gran ponderacion y contento; y es sobre que vn hombre tenia la muger braua y mal acondicionada, y pidió al autor cómo se regiria con ella, y que le dixesse todo lo que sentia de las mugeres deste tiempo. Es obra la mejor que sobre el caso se ha visto. Agora nueuamente compuesta por Melchior Horta.

Impressa en Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1604. (*En 4.° á 2 colum.*, *fig.*)

Coplas que dicen: *Brauo trabajo sostiene.*

•Obra nueua llamada la vida del estudiante pobre, diligente é industrioso, juntamente con la del necio ocioso; compuesta por Martin de la Fuente.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. Año 1604. (*En 4.° á 2 colum.*, 4 *fojas*, *fig.*)

Contiene:

Coplas que dicen: *Yo el que mas miserias paso.*

Pedro Andrés.—Vid.—Romance famoso de la vida, prision, etc.

Pedro Andres y Juan Martinez.—Vid.—Curiosa xácara nueua de la prision, etc.

Pedro Navarro.—Vid.—Relacion verdadera en que se descriuen, etc.

Pedro Pedrici.—Vid.—Romance nueuo que hace relacion, etc.

Periquillo el de Madrid.—Vid.—Aquí se contienen dos famosas xácaras curiosas y entretenidas, etc.

Pleito (El) de los gatos contra las criadas y cocineras.

Barcelona. 1646. (*En 4.° á 2 colum.*, 4 *fojas*, *fig.*)

Portillo el de Alcalá.—Vid.—Aquí se contienen dos xácaras nueuas de dos iáques, etc.

•Relacion de la salida á dar gracias á la soberana Virgen de Atocha las dos magestades de Phelipe IV y Doña Mariana de Austria, por el feliz sucesso del socorro de Valenciana, y relacion de la plaza socorrida. Compuesto por Diego Gonzalez.

Madrid. Julian de Paredes. 1656. (4.° 2 *colum.*, 2 *fojas.*)

Contiene:

Romance que dice: *En un profundo silencio.*
Idem que dice: *De las mejores victorias.*

•Relacion del sentimiento de los moriscos por su justo destierro de España, y el número y cantidad que se han embarcado dellos, assí hombres como mugeres, y niños de todas edades hasta aora. Y de las mandas que dexan hechas á iglesias y lugares píos, y otras cosas dignas de memoria. Lleua dos romances al fin muy gustosos. Impressas con licencia.

Seuilla. Fernando de Lara. 1610. (*En 4.° á 2 colum.*, 3 *fojas*, *fig.*)

Contiene :

Romance que dice : *Gran revuelta hay en España.*
Idem que dice : *En triste prision y ausencia.*

Relacion de vn portentoso milagro.

Barcelona. Sin A. (*En 4.° á 2 colum.*, 8 *fojas.*)

Relacion muy verdadera que ha sucedido este año en la ciudad de Jaen, la qual declara los enredos de vna muger, etc.

Barcelona. 1699. (*En 4.° á 2 colum.*, 4 *fojas*, *fig.*)

*Relacion notable de la sancta penitencia que en el monte Arsiano, junto á Roma, hizo vna muger natural de Valladolid, la qual auia sido renegada en Turquia. Y cómo conuirtió á dos hijos suyos, sin conocer los hijos á la madre, y su buen fin. Agora nueuamente compuesta por MATHEO DE BRIZUELA, natural de Dueñas.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1611. (*En 4.° á 2 colum.*, 4 *fojas*, *fig.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Dios padre rey sempiterno.*

Relacion verdadera de un mancebo que cautiuaron en Argel.

Valladolid. 1670. (*En 4.° á 2 colum.*)

Relacion verdadera en que se describen la prision, muerte, delitos, etc., de Pedro Nauarro..... que se ajusticia en Sepúlveda, año de 1673. Compuesta por PEDRO GUTIERREZ, médico de dicha villa.

Valladolid. 1673. (*En 4.° á 2 colum.*)

*Romance á la fiesta de toros que se hizo celebrando los años de la Reyna nuestra señora, en 21 de diziembre de 1649. Dirigido á Doña Isabel de Figueroa, hermana del marques de Cusano, etc., por D. PEDRO DE GUEVARA.

Sin L. ni A. Madrid. 1649. (*En 4.° á 2 colum.*, 4 *fojas.*)

Contiene :

Romance que dice : *Suspended, oh gran matrona.*

Romance á lo divino del Testamento de Christo. Compuesto por el licenciado MARTIN DE LA CUEUA.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1610. (*En 4.° á 2 colum.*, 2 *fojas.*)

Contiene :

Romance que dice : *El gran monarca Iesus.*

*Romance del Serenissimo rey Don Phelipe, y de su muerte, que Dios lo tenga en su santa gloria. Impressa, etc.

Barcelona. Sebastian. Cormellas. 1608. (*En 4.°*, *fig.*)

Contiene :

¶Romance que dice : *El sol esconda sus rayos.*

Romance de un milagro, compuesto por JUAN DE RIUERA.

Sin L. 1604. (*En 4.° á 2 colum.*)

Romance famoso de la vida, prision, sentencia y muerte de Pedro Andres.

Barcelona. 1694. (*En 4.° 2 fojas*)

Es el mismo del pliego suelto *Curiosa xácara nueua de la prision y muerte de Pedro*, etc.

Romance nueuo en que se da cuenta del mas marauilloso caso y peregrino portento que ha succedido en la ciudad de Málaga.

Barcelona. 1694. (*En 4.° á 2 colum.*, 2 *fojas*, *fig.*)

Romance nueuo que haze relacion de la vida, prision y muerte de Pedro Pedrici.

Barcelona. 1701. (*En 4.° 2. colum.*, 2 *fojas*, *fig.*)

*Romance que pinta la batalla que Don Beltran, cauallero nauarro, tuuo con vna sierpe que le acometió á la boca de vna cueua de las montañas de Sobrarbe, al tiempo que comenzaua la restauracion de España, y poco despues de su pérdida, de cuya hazaña tuuieron principio las armas apellido de la Cueua.

Granada. 1662. (*En 4.° á 2 colum.*, 2 *fojas.*)

Contiene :

¶Romance en lenguaje viejo, que dice : *En planto asaz amargoso.*
El Autor es DON ANTONIO NAUARRETE Y MONTAÑES.

Romances que se han cantado en el conuento de la Pasion de la órden de Santo Domingo desta villa, en los Misereres que ha celebrado esta Quaresma de 1657, la congregacion y diputacion real de N. S. de las Angustias.

Madrid. 1657. (*En 4.° á 2 colum.*)

Sancho Panza y Don Quixote.—Vid. — Gracioso romance en que se quexa Sancho, etc.

*Siete romances de la muerte de Don Rodrigo Calderon, marques de Siete Iglesias.

Barcelona. Juan Forns. Sin A. (*En 4.° á 2 colum.*, 4 *fojas*, *fig.*)

Contiene :

¶Romance que dice : *La barba hasta la cintura.*
¶Idem que dice : *Apriesa deuana y coge.*
¶Idem que dice : *Otorgóle el Rey la suplica.*
¶Idem que dice : *En vn aposento á solas.*
¶Idem que dice : *Quedando ya triste y solo.*
¶Idem que dice : *A veinte y vno de octubre.*
¶Idem que dice : *Dicen varios religiosos.*

Testamento del gallo, obra muy graciosa para reyr y passar tiempo. Agora nueuamente corregida y enmendada por CHRISTÓUAL BRAUO, vecino y natural de Córdoua.

Barcelona. Sebastian de Cormellas. 1608. (*En 4.° á 2 colum.*, 2 *fojas*, *fig.*)

Contiene :

Coplas que dicen : *Por daros contentamiento.*

*Verdadera y nueua relacion de las fiestas que hizo la ciudad de Milan á la Reyna nuestra señora, y de lo que sucedió por sus jornadas hasta desembarcar felizmente su Magestad, que Dios guarde, en Denia, en 4 de setiembre deste presente año. El recibimiento, fiestas y saluas reales que le hizieron, y las luminarias y regocijos que se han hecho en esta corte á la dichosa nueua.

Madrid. Alonso de Paredes. 1649. (2 *fojas.*)

Contiene :

Romance que dice : *Despues que dichosamente.*
Idem que dice : *La insigne Doña Mariana.*

*Viage y predicacion del profeta Ionas á la gran ciudad de Niniue, corte de los asirios, por mandado de Dios, y el marauilloso efecto que causó su predicacion. Dedicado á Rodrigo Mendez de Silua, etc., por DON PEDRO DE GUEUARA.

Sin L. ni A. Madrid. 1650. (*En 4.° á 2 colum.*, 6 *fojas.*)

Contiene :

Romance de la predicacion de Jonas, que dice : *Siendo señor soberano.*

Virtudes de la noche.—Vid.—Contiene este pliego seis romances muy curiosos, etc.

Xácara del gracioso desafío que tuvieron el chocolate y el vino.
Sin L. ni A. (*En 4.° á 2 colum., 2 fojas.*)

Xácara de vn frances que robó la custodia del Sanctíssimo Sacramento, en Colmenar.
Madrid. 1673. (*En 4.° á 2 colum., 2 fojas.*)

Xácara en troba de *Entre los sueltos cauallos*, compuesta por Francisco de Yepes, natural de la ciudad de Valladolid, etc.
Madrid. Julian de Paredes, etc. 1652. (*En 4.° á 2 colum., 2 fojas.*)

PLIEGOS SUELTOS IMPRESOS DEL SIGLO XVIII EN ADELANTE (1).

Alfonso Tellez y Pedro Cadenas.
(2 *fojas*, *fig.*)
Comienza : *Atencion, noble auditorio.*

Alarbe (El), de Marsella. Romance de un caballero de Marsella, que por haber muerto á su padre permitió la divina Majestad de Dios que se viese en esta forma. (*Aquí un grabado que representa un monstruo.*)
(2 *fojas*, *fig.*)
Comienza : *A la celestial princesa.*

Antonio de Salafranca. Romance en que se da cuenta y declara el riguroso martirio que han ejecutado en la ciudad de Túnez con un cristiano cautivo llamado Antonio de Salafranca, natural de Cerdeña, que por no haberse querido casar con la hija del Turco, y defender nuestra santa fe católica, mandó su amo que muriese atenaceado y quemado.
(2 *fojas*, *fig.*)
Comienza : *Deme el gavilan lijero.*

Antonio Montero y Diego Frias. Romance que refiere un raro suceso y notable tragedia que en la ciudad de Antequera les sucedió á dos mancebos muy amigos, el uno llamado Diego de Frias, y el otro Antonio Montero, el cual era casado con una muy hermosa dama, y cómo Diego de Frias, habiéndose enamorado de ella, la sacó de su casa y la llevó á la ciudad de Sevilla, y cómo despues Antonio Montero los mató á entrambos.
(2 *fojas*, *fig.*)
Comienza : *A la virgen del Rosario.*

Apartamiento del alma y del cuerpo. Romance para contemplar en la hora de la muerte y considerar el gran dolor que siente el alma cuando se despide del cuerpo. Primera y segunda parte.
(4 *fojas*, *fig.*)
Comienza la primera parte : *Oigan el clarin sonoro.*
Idem la segunda idem : *Tarde acuerdas, infeliz.*

Ardenia. Primera y segunda parte.
(4 *fojas*, *fig.*)
Empieza la primera parte : *Crujan los ejes celestes.*
Idem la segunda idem : *Dejé en la primera parte.*

Arlaxa, mora. Primera y segunda parte.
(4 *fojas*, *fig.*)
Empieza la primera parte : *Resuene el clarin dorado.*
Idem la segunda idem : *Y despues que hubo pasado.*

Batalla del Grillo y el Leon (Romance de la).
(2 *fojas*, *fig.*)
Empieza : *Atiéndame todo el òrbe.*

Batalla de Roncesvalles. — Vid. — Bernardo del Carpio.

Batalla (La) que el Sr. Don Juan de Austria tuvo con la armada del gran Turco. Carta con la nueva de la victoria. Presente que el gran Turco le envió, y respuesta del Sr. Don Juan.
(4 *fojas*, *fig.*)
Contiene :
Romance que dice : *De Sicilia con poder.*
Idem que dice : *Gallardo entra un caballero.*
Idem que dice : *Yo el gran Selimo sultan.*
Idem que dice : *A ti Selimo sultan.*
Este pliego es una reimpresion de romances de la época de los acaecimientos que narran y celebran.

Baraja (Romance de la).
(2 *fojas*, *fig.*)

Belardo y Lucinda. Romance en que se declara cómo la hija del gran sultan de Constantinopla se enamoró de un cristiano cautivo suyo, y cómo este la redujo á nuestra santa fe, la bautizó, y despues murieron los dos quemados.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *En el alcázar de Vénus.*
Es el mismo intitulado : *Lucinda y Belardo.*

Beneficios que logran los hombres, etc. — Vid. — Daño que viene á los hombres, etc.

Bernardo de Carpio (Seis romances famosos de la historia de), en que se da cuenta de alguna parte de sus valerosos hechos. Refiérese la batalla de Roncesvalles. Todos compuestos por Diego Cosío.
Madrid. Francisco Sanz. Sin A. (4 *fojas*, *fig.*)
Contiene :
Romance que dice : *No os llamo canalla vil.*
Idem que dice : *Las varias flores despoja.*
Idem que dice : *Con crespa y dorada crin.*
Idem que dice : *Aspero llanto hacia.*

(1) Se ha formado este *catálogo alfabético* por las palabras que indican el objeto ó el sujeto de que tratan los romances, colocando en seguida el título bibliográfico, el cual se pone entre paréntesis cuando debe preceder á dichas palabras.
Casi todos estos romances pertenecen y son reimpresiones de aquellos que se compusieron en el siglo XVII, porque en el XVIII casi se hicieron los romances políticos concernientes á la guerra de Sucesion, etc.
La casi totalidad de los romances de este *catálogo*, así como los del anterior de pliegos del siglo XVII, son del género vulgar y versan sobre asuntos de valientes, facinerosos, ahorcados, milagros, amoríos novelescos, raptos de damas resueltas, sucesos portentosos, maravillosos é increibles, descripcion de pestes y catástrofes, jácaras, burlas, esclavos cristianos que se libertan del cautiverio de los turcos ó que mueren mártires, etc. Entre ellos hay sin embargo algunos de asuntos viejos, ya sean reimpresos, ó compuestos de nuevo, tales como los que se refieren á Bernardo del Carpio, Garcilaso de la Vega, Pulgar, Céspedes el de Ocaña, Griselda, y aun hay algunos que tratan de asuntos y cuentos de orígen oriental.
Todos los que no lleven indicado el lugar, año é impresor, ó en que no se expresa carecer de esta circunstancia, se entiende que son edicion de Córdoba, por *Gabriel García Rodriguez*, que los imprimió desde el año de 1822 en adelante.
Están en 4.° á 2 colum.

Romance que dice : *Hincado está de rodillas.*
Idem que dice : *Con solos diez de los suyos.*
Cosío, cuando mas, es el editor de este pliego impreso ya muy entrado el siglo XVIII, y si hay algunos romances suyos, serán el primero y el quinto, pues los demas están en el *Romancero general*, y en el de *Lobo Laso de la Vega.*

Bernardo del Carpio (Curioso romance en que se da cuenta de los valerosos hechos de), juntamente con la grande batalla de Roncesvalles. (Primera y segunda parte.)
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *No os llamo canalla vil.*
La segunda idem dice : *Hincado está de rodillas.*
Estos romances pueden ser de DIEGO COSÍO.

Bernardo del Montijo (Curioso romance en que se declaran las portentosas hazañas de).
(2 *fojas*, *fig.*)
Empieza : *Escuchadme, jaquetones.*

Boda de negros. Romance en que se refiere la celebridad, galanteo y acasos de esta boda, que se ejecutó en la ciudad del puerto de Santa María.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *Cese todo regocijo.*

Borrico Pajarito — Vid. — (Desgraciada muerte del, etc.)

Caballero Maltes. — Vid. — Maltes en Madrid.

Calzones (Los) y las alforjas. Discreto, gracioso y divertido romance de lo que sucedió el dia 2 de enero de este presente año á un carbonero que le dieron un par de calzones pensando darle sus propias alforjas, y cómo una vieja con sus industrias raras le engañó de tal manera, que aun la dió la mitad del dinero que sacó del carbon. (Primera parte.)
Idem. Segunda parte, donde se siguen los chistes que sucedieron al referido carbonero.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Todo casado me escuche.*
La segunda idem dice : *Aquí fuéron los suspiros.*

Carlo-Magno (De), Folleto que consta de 16 fojas, su autor JUAN JOSÉ LOPEZ.
Sin L. ni A. (*En 4.° á 2 colum.*, *fig.*)
Contiene :
Primera relacion en que se refiere la cruel batalla que tuvo el valeroso Oliveros con el esforzado Fierabras de Alejandría, con lo demas, etc. Dice : *Suenen cajas y clarines.*
Segunda relacion, en que se prosigue la cruel batalla del valeroso Oliveros, y como venció á su contrario Fierabras, lo hizo cristiano, con lo demas, etc. Dice : *Si con la primera parte.*
Tercera relacion, en que se prosigue la prodigiosa historia de Oliveros y el valiente Fierabras de Alejandría. Dice : *Ya dije como llegaron.*
Cuarta relacion, en que se prosigue la prodigiosa historia de Oliveros y el valiente Fierabras de Alejandría. Dice : *Ya referí en la tercera.*
Quinta idem idem. Dice : *Apénas el Almirante.*
Sexta relacion, en que se prosiguen los valerosos hechos de Fierabras y Carlo-Magno para ganar el Puente de Mantible. Dice : *Supuesto que prometí.*
Séptima relacion, en que se prosigue la prodigiosa historia de Carlo-Magno y los doce pares de Francia. Dice : *Ya dije que Carlo-Magno.*
Octava y última relacion de los valerosos hechos de Carlo-Magno y los doce pares de Francia y el fin que tuvieron. Dice : *Ya dije que Carlo-Magno.*

Cárlos y Estela.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Desde el principio del mundo.*
La segunda idem dice : *Supuesto que en la primera.*
Su autor es MANUEL MARTIN.

Cárlos y Lucinda.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Suene el clarín de la fama.*
La segunda idem dice : *En el pasado romance.*

Casamiento (El) entre dos damas. Romance en que se refieren los sucesos de una señora natural de la ciudad de Viena, corte del imperio, y de la varia fortuna que tuvo habiéndose salido de su patria en busca de un amante suyo : primera parte.
Idem. Romance en que se finalizan los sucesos de esta principal señora, con el mas raro caso que han visto los nacidos, como lo verá el curioso en esta segunda parte. Autor PEDRO NAVARRO.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *En la corte mas suprema.*
La segunda dice : *Hechas las célebres bodas.*

Castigo que Dios nuestro Señor ejecutó en dos hijos malvados que sacaron á su padre á un monte y le maniataron para que le comiesen las fieras (Nuevo romance en que se da noticia del).
(2 *fojas*, *fig.*)
Empieza : *Descuadérnense los ejes.*

Castigo que Dios ejecutó en una jóven de diez y ocho años, en el reino de Valencia, por haber levantado la mano á su madre, etc. (Relacion en que se declara el riguroso).
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *Emperatriz soberana.*

Cautiva de Sevilla (Romance que se intitula, La), compuesto por ALONSO DE MORALES.
La primera parte dice : *Ciérrese el bello volúmen.*
La segunda dice : *Luego que las tristes nuevas.*

Cautivo (El) de Girona.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Permita el cielo divino.*
La segunda idem dice : *Apénas el noble padre.*

Celinda y Don Antonio Moreno. Refiérese el cautiverio de este y las amorosas ternezas de esta argelina, y cómo la redujo á nuestra santa fe, declarándola el nacimiento y muerte de Mahoma.
Idem. Declárase cómo esta Argelina se redujo á nuestra santa fe, por haberle el cristiano explicado quién es el verdadero Dios, y cómo se bautizó y casó con él : refiérese cómo se vinieron á España, trayéndose á su padre, el cual se hizo tambien cristiano.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Ayudado de Dios padre.*
La segunda idem dice : *Ya dije en la primer parte.*

Chasco del arriero. — Vid. — Juan de Prados.

Chasco de una vieja á un mancebito, etc. — Vide. — Teresa Mocarro.

Cinco (Los) hijos de un parto. Verdadera y extraña relacion del maravilloso parto de cinco hijos varones que ha dado á luz una mujer llamada María Gutierrez, natural del pueblo de Jalapa, casada con Isidro Lopez. Declárase la señal con que nació cada uno. El primero con una espiga de trigo en la mano, el segundo con una de cebada, el tercero con dos espadas en cruz sobre el vientre, el cuarto con un ra-

cimo de uvas en la mano derecha, y el quinto con una vara en la misma mano.

(4 *fojas, fig.*)
Empieza : *Por los ámbitos del mundo.*

Conde Alárcos (Relacion del), y de la infanta Solisia. Trata de cómo mató á su mujer para casarse con la infanta.

(4 *fojas, fig.*)
Dice : *Retraida está la Infanta.*
Es una reimpresion del viejo.

Condiciones, vicios y propiedades de las señoras mujeres.

(2 *fojas, fig.*)
Empieza : *Promete el cielo vestido.*

Contador espiritual. Romance en que se declara por los números de cuenta lo que se debe contemplar para no errar la que cada uno hemos de dar de nuestra vida en el tribunal de Dios.

(4 *fojas, fig.*)
La primera parte dice : *Habiendo considerado.*
La segunda idem dice : *Habiendo, lector discreto.*

Contienda y argumento entre un pobre y un rico.

(2 *fojas, fig.*)
Dice : *Atiendan pobres y ricos.*

Contienda del agua y el vino con un tabernero y un aguador.

(4 *fojas, fig.*)
La primera parte dice : *Oigame todo curioso.*
La segunda idem dice : *Yo soy aquella princesa.*
Es el mismo pliego de la *Reñida contienda, etc.*

Conversion (La) de San Pablo.

(2 *fojas, fig.*)
Dice : *Despues que amorosamente.*

Cortante (El) de Cádiz. Romance en que se declara la feliz fortuna que tuvo un hijo de un cortante de la ciudad de Cádiz, llevandósele un mercader á las Indias : dase cuenta cómo volvió á España y se casó con la hija del mercader, que fué causa de su desgracia, siéndolo tambien de su dicha y prosperidad, como verá el curioso lector.

(4 *fojas, fig.*)
La primera parte dice : *Oh gran Dios de la verdad.*
La segunda idem dice : *Ya dije cómo salió.*

Creacion (La) del mundo y fábrica del hombre.

(2 *fojas, fig.*)
Comienza : *Omnipotencia divina.*

Cristiano (El) y el gentil. Romance histórico que refiere la mas firme amistad que tuvieron un cristiano y un gentil, y los sucesos que les acaecieron.

Idem. Se da fin á la historia verdadera de la mas fina amistad del cristiano y el gentil.

(4 *fojas, fig.*)
La primera parte dice : *Coronado de laureles.*
La segunda idem dice : *Ya dije, si bien te acuerdas.*

Cristo — Vid. — (Vida, muerte y pasion de, etc.)

Cristo de Santa Tecla. — Vid. — Renegado de Francia.

Daño que viene á los hombres por las señoras mujeres.

Idem. Beneficios que logran los hombres por las señoras mujeres.

(4 *fojas, fig.*)
La primera parte dice : *Escúchenme atentamente.*
La segunda idem dice : *Muy irritado he quedado.*

Declárase cómo esta Argelina. — Vid. — Celinda y Don Antonio Moreno.

(2 *fojas, fig.*)

Desgraciada (La) Ginesa. Nueva relacion en que se da cuenta y declara el admirable prodigio que ha obrado su divina Majestad por la intercesion de su santísima Madre N. S. de Montserrat, y los sagrados cuatro evangelios, con una mujer que por haberse echado una maldicion, y no querer criar á un hermano suyo, permitió Dios que se le agarrasen de sus pechos dos espíritus malignos en figura de culebras, para escarmiento; y por una rogativa y promesa que hizo su padre á la Vírgen, se vió libre, con lo demas que verá el curioso lector.

(2 *fojas, fig.*)
Comienza : *Sacra aurora soberana.*

Desgraciada (La) muerte del borrico Pajarito.

Despedimiento de un galan para ausentarse, por la esquivez de una dama.

(2 *fojas, fig.*)
Empieza : *A ti, centro de deidades.*

Despertador espiritual, en que se declara cómo ha de despertar el pecador que está dormido en la culpa.

(4 *fojas, fig.*)
Empieza la primera parte : *Si en la cama de la culpa.*
Idem la segunda idem : *Si con el primer romance.*

Dionisio el de Salamanca.

(4 *fojas, fig.*)
La primera parte dice : *En el nombre de Jesus.*
La segunda idem dice : *Ya dije que en la mazmorra.*
Autor Pedro Saenz.

Doce Pares de Francia. — Vid. — Carlo-Magno (De).

Domingo (El negro). — Vid. — Don Isidro y Doña Violante.

Don Antonio Narvaez y Rosaura. Romance de los varios lances que acaecieron á esta dama y á su amante, naturales de la ciudad de Córdoba: dase cuenta de cómo este la descubrió en Sierra-Morena, por haber sacado en la corriente de un arroyo un guante de seda bordado de oro, y cómo la señora dijo que la guardaba un monstruo, que se fuese, porque le haria pedazos, y cómo no quiso irse, hasta que vino y le mató. (Primera parte.)

Idem. — Idem. Romance en que se prosiguen los sucesos amorosos de estos finos amantes : dáse cuenta cómo él fingió una carta para Madrid, y se la trajó á Córdoba, donde se deposaron, etc. Segunda parte.

(4 *fojas, fig.*)
La primera parte dice : *A olvidar vanas memorias.*
La segunda idem dice : *Ya dije en la primer parte.*
Este romance se ha impreso tambien con título de *Rosaura la del guante.*

Don Carlos Udarca. Autor, Juan de Ribera.

(4 *fojas, fig.*)
La primera parte dice : *Rompa mi voz el silencio.*
La segunda idem dice : *Supuesto, noble auditorio.*

Don Cárlos y Doña Elena. Romance nuevo en que se da noticia de los amores de estos amantes, naturales de la ciudad de Málaga, con lo demas que verá el curioso lector.

Idem (Segunda parte, en que se finalizan los amores de, etc.).

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Galanes enamorados.*
La segunda idem dice : *Ya dije en la primer parte.*

Don Claudio y Doña Margarita (Romance de).

4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Hoy, señores, hoy se alienta.*
La segunda idem dice : *Ya dijo el primer romance.*
Es su asunto, con otros nombres, el mismo de la *Historia de Urson y Valentin.*

Don Diego del Castillo.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Una risueña mañana.*
La segunda idem dice : *Ya dije cómo llevó.*

Don Diego de Peñalosa y Doña Maria Leonarda. Romance de los amorosos sucesos de estos dos finos amantes.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Rompa la vaga region.*
La segunda idem dice : *Ya dije cómo en el monte.*

Don Enrique y Don Estefano.—Vid.—Dos príncipes de Italia.

Don Eusebio de Herrera (Nueva y curiosa relacion de un prodigioso portento que obró nuestra Señora del Cármen con un caballero devoto suyo, natural de la ciudad de Valencia, llamado). Autor Pedro de Portillo.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Hoy se renueva mi pluma.*

Don Félix el pecador. Autor Cristóbal Félix Quiros.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Sacra y celestial princesa.*

Don Hernando de Aragon.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Empeñado en la ocasion.*
La segunda idem dice : *Ya que en el primer romance.*

Don Fernando del Pulgar. Relacion verdadera de los arrestos y valentías de este esforzado caballero, que puso en la mezquita de Granada, cuando era de moros, el Ave Maria.

Dice : *Santa fe, qué bien pareces.*
Es reimpresion del antiguo.

Don Francisco del Castillo.—Autor Pedro Miguel Gonzalez.

(4 *fojas*, *fig.*)

Comienza la primera parte : *Sagrada Virgen Maria.*
Idem la segunda idem : *Ya he dicho cómo quedó.*

Don Francisco de Leon y Mesa. Portentosas hazañas y amorosos hechos de este valeroso caballero : refiérese cómo dió muerte á tres bandidos, libró de la muerte á un sacerdote, é hizo otras muchas heróicas bizarrías. Autor Francisco Antonio.

(2 *fojas*, *fig.*)

Empieza : *De la redondez del mundo.*

Don Gerónimo Morales.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *A la aurora soberana.*

Don Guindo y Pascual Cerezo.—Vid.—Testamento de Don Guindo, etc.

Don Isidro y Doña Violante, y el negro Domingo.—Autor Juan Miguel de Fuentes.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Escuchadme atentamente.*
La segunda idem dice : *Apénas el otro dia.*

Don Jacinto del Castillo y Doña Leonor de la Rosa. Romance en que se declaran los amores que tuvieron, y la gran violencia que su padre la hizo para que se casase con otro, al cual mataron, y á su padre y suegro, y se salieron de su tierra.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Sagrada Virgen Maria.*
La segunda idem dice : *Ya dijo el primer romance.*

Don Jaime de Aragon. Romance en que se declaran los varios sucesos de este caballero, siendo el mas notable el de la calavera. Autor Juan Dionisio.

(6 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Remonte el vuelo mi pluma.*
La segunda idem dice : *Prosiguiendo de esta historia.*
La tercera idem dice : *Deseando concluir.*

Don José de Ahumada.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Aunque con dolor intenso.*
La segunda idem dice : *Si el silencio me permiten.*

Don Juan de Austria. — Vid. — (Batalla que dió el señor, etc.)

Don Juan de Austria. — Vid. — (Testamento del señor, etc.).

Don Juan de Aviles.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Publique mi lengua á voces.*

Don Juan de Lara y Doña Laura.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *La pena con la alegria.*

Don Juan de la Tierra. Romance en que se da cuenta y declaran los hechos, arrestos y valentías de este héroe, natural de la villa de Illescas. Dase cuenta de la reñida pendencia que tuvo en defensa de su rey. Con todo lo demas, etc. Autor Pedro Salvador.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Corónese de laureles.*
La segunda idem dice : *Tomó la pluma Don Juan.*

Don Juan de Lison. Nuevo y curioso romance en que se refieren las valerosas hazañas del valiente Don Juan de Lison, natural del reino de Murcia.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *En el gran reino de Murcia.*
La segunda idem dice : *Dije en mi primera parte.*

Don Juan de Saavedra.—Vid.—Marques del Villar.

Don Juan Lorenzo. Autor José Francisco.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *En la ciudad mas alegre.*
La segunda idem dice : *Apénas Don Juan Lorenzo.*

Don Juan Merino (Valerosos hechos, muertes y desafíos que tuvo un caballero de Valencia, llamado). Autor José Francisco.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *En este opulento alcazar.*
La segunda idem dice : *Ya dije cómo Don Juan.*

Don Luis de Borja.

(4 *fojas*, *fig.*)

Dice : *En el mar de los placeres.*

Don Patricio de Córdoba y Aguilar. Romance en que se da cuenta y declaran los trágicos sucesos que sucedieron á este caballero, natural de la ciudad de Lisboa.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *En la ciudad de Lisboa.*
La segunda idem dice : *Supuesto que prometí.*

Don Pedro Azedo, y príncipe de Arjél. Nuevo y curioso romance de la trágica historia y admirables sucesos del príncipe de Arjel, que fué aprisionado de unos soberbios corsarios, y traido á España sin saber la presa que traian, y fué vendido, y de la suerte que fué descubierto á su amo, con lo demas que verá, etc. Autor Juan José Lopez.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *En la ciudad mas alegre. — Que caliento etc.*
La segunda idem dice : *Si con el otro romance.*

Don Pedro Natera.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Calle el tigre, calle el oso.*

Don Pedro Salinas.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Escúchenme los valientes.*

Don Raimundo de Tejada y Doña Rosa Peralta.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Hoy el clarin resonante.*
La segunda idem dice : *Dejamos á Doña Rosa.*

Don Rodulfo de Pedrajas. Autor Juan Antonio Lopez.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Todo bandido se esconda.*
La segunda idem dice : *Ya dije en la primer parte.*

Doña Fénix Alba. Romance en que se declaran los maravillosos sucesos de esta noble señora. Dase cuenta cómo habiéndola sacado un amante suyo de su casa, con engaños la llevó á un monte, donde la quiso quitar su honor, y la dió de puñaladas. Como asimismo la venganza que tomó un leon de su alevoso amante, y el dichoso fin que tuvo la señora.

(4 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Hoy, señor, estáme atento.*

Doña Francisca la cautiva. Romance en que se refiere cómo esta señora, navegando á Roma con tres hijos pequeños, la cautivaron los turcos. Primera parte.

Idem. Idem. Romance en que se da cuenta de un prodigioso milagro que hizo la Vírgen santísima del Cármen con esta señora y sus hijos, librándolos del poder de los turcos. Segunda parte. Autor Pedro de Fuentes.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Oh gran Reina de los cielos.*
La segunda idem dice : *Sagrada Virgen María.*

Doña Ines de Castro, cuello de Garza de Portugal.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *A la Reina de los cielos.*

Doña Josefa Ramirez. Romance en que se da cuenta de los arrojos y valientes arrestos de esta dama, natural de Valencia, y la felicidad con que salió de todos ellos.

Idem. Idem. Romance en que se refiere el cautiverio de esta dama, y los varios sucesos que pasó hasta el fin de su vida. Autor Pedro de Fuentes.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *A la que es Madre del Verbo.*
La segunda idem dice : *Ya dije cómo salió.*

Doña Juana de Acevedo.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Hombres que estais en el mundo.*
La segunda idem dice : *Ya sabrás cómo salió.*

Doña Rafaela de Arcos. Trágicos sucesos de la muy noble señora Doña Rafaela de Arcos. Refiérese cómo habiendo muerto á un caballero su amante, despues de muchas otras aventuras, se entró religiosa en un convento de la ciudad de Valencia.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Aunque son las esperanzas.*

Doña Rosa la cautiva.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Gloria de los horizontes.*

Doña Rosa de Peralta. — Vid. — Don Raimundo de Tejada.

Doña Teresa de Llanos.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Présteme silencio el mundo.*

Doña Teresa en la Cueva. Autor Juan de Mendoza.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Al divino consistorio.*
La segunda idem dice : *Ya dije en otro romance.*

Doña Victoria Acevedo.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Detente, pluma, y reparo.*

Doña Violante.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *La fama en ecos acordes.*
La segunda idem dice : *No dejarás de acordarte.*

Dos (Los) príncipes de Italia. Romance que trata de las aventuras de dos caballeros italianos, llamados Don Enrique y Don Estefano, los cuales eran primos hermanos. Declárase cómo corrieron lo mas de nuestra España, y el caso mas particular que les sucedió en ella. Primera parte.

Idem. Romance en que se refiere muy por menor el dichoso fin que tuvieron las prodigiosas aventuras de los dos nobles caballeros Don Enrique y Don Estefano. Segunda parte.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Deseosos de ver mundo.*
La segunda idem dice : *Entre claveles y rosas.*

Efigenia.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *A la madre, hija y esposa.*
La segunda idem dice : *Despedido el religioso.*

Enamorada (La) de Cristo, María de Jesus de Gracia.

(2 *fojas.*)

Dice : *A las discretas mujeres.*

Espinela.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *El sol detengo sus rayos.*

Excelencias de la santisima Cruz.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *Madero excelso de Cristo.*

Excelencias de la seda (Romance que explica las).
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *Quién eres, bella princesa.*

Fierabras.—Vid.—Carlo-Magno (De).

Fiera (La) de Oporto. Caso notable y espantoso que acaba de suceder en la ciudad de Oporto, reino de Portugal, con un animal fiero; dase cuenta de cómo por la providencia de Dios arrebataba diariamente los niños de las casas de sus padres, sin hacerse visible, trasladándolos á una cueva de un monte; declárase tambien cómo al cabo de algunos dias se descubrió la causa de este castigo por un tierno niño de pechos que lo declaró por disposicion divina.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *Con el sacrosanto nombre.*

Fraile (El) fingido. Romance en que se manifiestan los excesos de un amor profano, y hasta dónde llega el ardid y las astucias de las mujeres. Autor Alonso de Morales.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Cuando el autor soberano.*
La segunda idem dice . *Brotando llamas de enojo.*

Francisco Correa (Romance en que se declaran los hechos, valentías y arrojos del andaluz mas valiente, llamado).
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *Oid, mancebos valientes.*

Francisco Estéban el Guapo, natural de la ciudad de Lucena (Curiosa relacion en que se da cuenta de las proezas y arrojos de).
(8 *fojas*, *fig.*)
Consta de cinco partes :
La primera dice : *Tiemble de mi nombre el mundo.*
La segunda dice : *Desde donde empieza Europa.*
La tercera dice : *Santo Cristo de la Luz.*
La cuarta dice : *Oh soberano Señor.*
La quinta dice : *Esplique mi lengua torpe.*

Garcilaso de la Vega.—Vid.—Triunfo del Ave María.

Gigante (El) Cananeo. — San Cristóval.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Oh montaña de virtudes.*
La segunda idem dice : *Ya dije en mi primer parte.*

Grandezas de nuestra Señora de la Cabeza.—Vid.—Primera parte de las grandezas.

Griselda. Romance de la peregrina historia de esta pastorcilla, y de cómo el marqués Gualtero trató su casamiento con ella, y salió el mas singular ejemplo de la obediencia que deben tener las mujeres casadas á sus maridos.
(6 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Atiéndame todo el orbe.*
La segunda idem dice : *Ya dijo el primer romance.*
La tercera idem dice : *Ya dije en la primer parte.*

Guapo (El) Juan de Lucena.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *No sé si será posible.*
La segunda idem dice : *Ya dije cómo salió.*

Hallazgo de un cadáver en una cueva junto á Peña-Cerrada (Romance nuevo del).
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *No muy léjos de Vitoria.*

Harpia (La) americana, animal feroz y anfibio, ó que vive en agua y tierra, que fué cogido en las costas del Perú, en una laguna llamada Orfagá, en este presente año.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *Quien no se pasma y asombra.*

Hazañas y atrocidades del dios Baco.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *Atienda todo cofrade.*

Hijo (El) del Verdugo. Nueva relacion en la que se refieren los mas raros sucesos de este mancebo, natural de la ciudad de Córdoba, el cual se pasó á las Indias y logró grandes fortunas.
(2 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Noble y discreto auditorio.*
La segunda idem dice : *Supuesto, noble auditorio.*

Isla de Jauja (Breve relacion y curiosa carta que da cuenta de una prodigiosa isla que se ha descubierto junto al reino de los Matricados, llamada). Refiérese con el aparato, ostentacion y grandeza que se vive en ella, como lo declara la gustosa copla, que es la siguiente.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *Desde el Sur al Norte frio.*

Jacinto de Rovira.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Retumben con armonía.*
La segunda idem dice : *Digo pues que en Barcelona.*

Jauja.—Vid.—Isla de Jauja.

Juan de Arévalo.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *Ningun guapo me dé voces.*

Juan de Lucena.—Vid.—Guapo Juan de Lucena.

Juan de Navalla.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Dios con su inmenso poder.*
La segunda idem dice : *Supuesto que los oyentes.*

Juan de Prados ó el chasco del arriero.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera perte dice : *En Valladolid famosa.*
La segunda idem dice : *Picado Juan Prados luego.*

Juan García Nebron.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Nobilísimo auditorio.*
La segunda idem dice : *Gran dia se nos ofrece.*

Juan Portela. Nuevo romance en que se declara los robos y asesinatos que ha cometido el valeroso Portela en las inmediaciones de Córdoba.
(2 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice : *Escuchen, señores mios.*
La segunda idem dice : *A dar pienso á mi caballo.*

Judio (El) de Toledo.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice : *Hermosísima María.*

La linda deidad de Francia.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Hoy, señores, hoy pretendo.*
La segunda idem dice : *Al fin de los dichos años.*

Lisardo el estudiante de Córdoba. Romance en que se declaran los lances de amor, miedos y sobresaltos que le acaecieron con Doña Teodora, natural de Salamanca. Refiere como habiendo ido una noche á escalar el convento para sacar á esta señora, vió su entierro, con otras particularidades.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Escucha, Cárlos, mi historia.*
La segunda idem dice : *Despues que hubo Teodora.*

Lucinda y Belardo. Nuevo y curioso romance en el que se refiere que estando Belardo cautivo en Constantinopla, se enamoró de él la hija del rey, y despues que se hizo cristiana se pusieron en camino para venir á Valencia; los cuales fuéron cogidos por el turco, y consintieron morir quemados por no renegar, etc.

Valladolid. Santaren. 1843. (2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *En el alcázar de Vénus.*
Es el mismo de *Belardo y Lucinda.*

Maltes (El) de Madrid. Romance en que se declara una prision que ha hecho la santa Inquisicion en la corte de Madrid, de tres hombres y dos mujeres por haber dado muerte á ventisiete personas, y cómo se descubrió por un caballero Maltes, que querian ejecutar lo mismo con él.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Emperatriz de los cielos.*
La segunda idem dice : *Ya dije en la primer parte.*

Márcos de Cabra.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *El domingo se casó.*

Maria de Jesus de Gracia. — Vid. — Enamorada de Cristo.

Marques (El) del Villar, Don Juan de Saavedra, veinticuatro de la ciudad de Córdoba.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Qué tienes, Córdoba insigne?*

Martin Alonso. Nuevo y curioso romance en que se refieren los hechos y arrogancias valerosas del alentado Martin Alonso, natural del castillo de la Alcalahorra, en el reino de Granada, y de otros compañeros suyos, y el desastrado fin que tuvieron sus temerarios compañeros.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *No campe ningun valiente.*

Mercader (El) de Tarragona. Autor Gabriel Ramirez.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Suene mi prolija voz.*

Mercader (El) de Toledo. Nuevo romance en que se refiere un milagroso portento que sucedió en la ciudad de Toledo con un devoto de la santísima Cruz, y el maravilloso premio que sacó por tan santa devocion : con otras cosas prodigiosas que mas largamente verá el curioso lector.

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Por un árbol perdió el hombre.*
La segunda idem dice : *Supuesto que prometí.*

Milagro de San Antonio del Doblon. — Vid. — San Antonio del Doblon.

Milagro que ha obrado el Patriarca Señor San José en la villa de las Cabezas con un devoto suyo (Romance que refiere un). Primera parte.

Idem (Romance que prosigue el milagro que ha obrado, etc.).

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Al soberano Jesus.*
La segunda idem dice : *Sepan todos en Sevilla.*

Molinero (El) de Arcos.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Galanes enamorados.*

Misterios del santo sacrificio de la Misa (Romance de los).

(4 *fojas*, *fig.*)

La primera parte dice : *Aplique mi rudo labio.*
La segunda idem dice : *Suspenda su voz suave.*

Negro Domingo. — Vid. — Don Isidro y Doña Violante.

Nombres (Los) de las señoras mujeres.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Supuesto que me han pedido.*

Noticias ciertas en que se contiene el descubrimiento de una isla, la mas rica y abundante de todo cuanto hay en el mundo; descubierta por el afortunado capitan llamado Longares de Sentlom y de Gorgas. Compuesta por un soldado que iba en el navío que la descubrió, como testigo de vista de todo lo que aquí se refiere.

Sin L. ni A. (2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Desde el Sur al Norte frio.*
Es el mismo romance de la isla de Jauja.

Nuestra Señora de la Cabeza. — Vid. — (Primera parte de las grandezas de, etc.)

Ocho muertes hechas en este presente año por mano de un hombre ingrato seducido de una dama, el que por estar amancebado con ella las ejecutó, cuyo motivo en la plana lo verá el, etc. (Esta nueva relacion y curioso romance se reduce á manifestar al público.)

Madrid. 1847. (2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Al altísimo Jesus.*

Oliveros—Vid.—Carlo Magno (De)

Once novios (Sátira nueva de los), en que se manifiestan los dengues, monadas y zalamerías que gastan las señoritas doncellas cuando ven que tienen muchos novios.

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Una satirilla indiana.*

Oracion (Romance de la).

(2 *fojas*, *fig.*)

Dice : *Sonoro clarin mi voz.*

Pares de Francia (Doce)—Vid.—Carlo Magno (De).

Pedro Cadenas. Relacion verdadera de los amores y desafíos que tuvieron en Barcelona cuatro valerosos soldados de la marina española.

Dice : *Atencion, noble auditorio.*

Pensamiento (El) del hombre. Enigma curioso en un discreto romance, compuesto por LÚCAS DEL OLMO ALFONSO.

(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *Discretísimos lectores.*

Peregrina (La) Doctora. Autor JUAN MIGUEL DEL FUEGO.

(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Sacra antorcha luminante.*
La segunda idem dice: *Vamos ahora á los cuatro.*

Pleito y público desafío que tuvo el agua con el vino, para saber cuál de los dos era de mayor utilidad y provecho.

(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *En tiempo del rey Perico.*

Preso por la comun deuda. Fervoroso acto de contricion, en un romance donde se avisa á los mortales el modo con que en la hora de la muerte y en todo tiempo han de pedir á Dios nuestro Señor el perdon de sus culpas, con la contemplacion de los misteriosos pasos de su sagrada Pasion.

(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *Preso por la comun deuda.*

Primera y segunda parte de las grandezas de nuestra Señora de la Cabeza.

(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Remonte el heróico vuelo.*
La segunda idem dice: *Habiendo con gran valor.*

Primera parte de las grandezas de nuestra Señora de la Cabeza.
Idem. Segunda parte de idem. Autor LÚCAS DEL OLMO.

(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Remonte el heróico vuelo.*
La segunda idem dice: *Habiendo con gran valor.*

Princesa (La) cautiva. Nuevo y curioso romance de una princesa cautiva rescatada por un caballero mercader. Dase cuenta cómo fué desposado con ella sin saber con quién se casaba. Cómo fué robada de un traidor capitan, con todo lo demas que verá, etc.

(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Ah de los montes y selvas.*
La segunda idem dice: *Atencion, noble auditorio.*

Princesa de Dinamarca. — Vid. — Príncipe Filiberto, etc.

Princesa (La) de Siria.

(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *Desde que Adan nuestro padre.*

Princesa (La) de Tinacria.

(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *Resuenen multiplicados.*

Princesa (La) Ismenia.

(2 *foas*, *fig.*)
Dice: *Ismenia, aquella otomana.*

Princesas (Las) encantadas y deslealtad de hermanos. Autor ALONSO DE MORALES.

(6 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Aquel indómito monstruo.*
La segunda idem dice: *Afligido y pesaroso.*
La tercera idem dice: *Teniendo la hermosa Infanta.*

Príncipe Filiberto de Esparta y la princesa de Dinamarca (Admirable y gustosa historia del). Autor MANUEL MÁRTIR.

(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *No canto, auditorio ilustre.*
La segunda idem dice: *Pasados algunos dias.*

Príncipes de Italia.—Vid.—Dos príncipes, etc.

Puente de Mantible.—Vid.—Carlo Magno (De).

Receta para las mujeres mal casadas.

(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *Tú que mal casada eres.*

Renegada (La) de Valladolid. Primera parte de la maravillosa historia que se contiene en este gustoso tratado, que declara cómo una mujer, natural de Valladolid, llamada Agueda de Acevedo, siendo cautiva cuando se perdió Bujia, negó la ley de Dios nuestro Señor, y se casó con un moro, habiendo vivido veinte y siete años en la secta de Mahoma. Declárase cómo Dios le envió un hermano suyo sacerdote que le sirvió tres años de esclavo sin conocerse, y al cabo de este tiempo por una conversacion que tuvieron se conocieron los dos, hermano y hermana, llorando ambos de contento.
Idem.—Idem segunda parte. Declárase en esta segunda parte la forma que tuvo para traer los hijos desde Turquía á Roma; cómo recibieron el agua del bautismo, y en la forma que acabó esta santa mujer en un convento.

(8 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Desde poniente á levante.*
La segunda idem dice: *Dios Padre, rey sempiterno.*

Renegado de Francia (Nueva relacion y curioso romance, en que se refiere la gustosa y agradable historia del Santo Cristo de Santa Tecla de la ciudad de Valencia, y la del célebre Simon Ansa, del). Autor ANTONIO PORTILLO.

Malaga. Félix de Casas. Sin A. (4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Noticie mi voz por cuanto.*
La segunda idem dice: *Ya dije en la primer parte.*

Reñida contienda que han tenido el vino y el agua con un tabernero y un aguador.

(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Oigame todo curioso.*
La segunda idem dice: *Yo soy aquella princesa.*
Es el mismo pliego de la *Contienda del vino*, etc.

Residencia á mozos, casados y viudos.

(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *Oíganme todos los mozos.*

Rey Basilio (El) de Dinamarca, su hija la Princesa, y su amante el conde Federico. Autor BERMUDO.

(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Escucha, auditorio noble.*
La segunda idem dice: *Ya dije que la Princesa.*

Rey (El) Claudio Teodomiro y la princesa de Inglaterra.

(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Publique á voces la fama.*
La segunda idem dice: *Ya dije cómo quedó.*

Reina (La) Sultana.

(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Canten gloriosos elogios.*
La segunda idem dice: *Ya dijo el primer romance.*

Riqueza (La) y la pobreza.
(*2 fojas, fig.*)
Dice : *Supuesto que de mi pluma.*

Rodulfo y Casandra.
(*4 fojas, fig.*)
La primera parte dice : *Ah del real supremo trono.*
La segunda idem dice : *Ya dije cómo quedaron.*

Romance de un milagro que ha obrado, etc.—Vid. —San José.

Romance en que se finalizan los sucesos.—Vid.—Casamiento entre dos damas.

Rosaura la de Trujillo. Romance en que se refiere un lastimoso caso que le sucedió á esta doncella.
Dice : *Sobre una alfombra de flores.*

Rosimunda (Romance en que se da cuenta y declara la trágica y verdadera historia de la hermosa).
(*2 fojas, fig.*)
Dice : *Aunque la pluma desmayos.*

Sacerdote (El) de Valencia y Audalá.
(*2 fojas, fig.*)
Dice : *Sacro eterno incomparable.*

San Albano.—Vid.—Vida de San Albano.

San Alejo.—Vid.—Vida, muerte y milagros de San Alejo.

San Antonio á lo militar. Romance de dos portentosos milagros que ha obrado el glorioso San Antonio con un devoto y una devota, llamado el caballero Don Francisco de Hermosilla y Valdepeñas, y la señora Doña Tomasa de Castilla y Cerezuela, naturales de la ciudad de Búrgos : declárase cómo el caballero fué cautivo, renegó y se casó con una turca. Primera parte.

Idem. Dase cuenta en este romance cómo por intercesion del señor San Antonio de Padua se vieron libres de cautiverio Don Francisco y la turca, con la cual despues se casó.
(*4 fojas, fig.*)
La primera parte dice : *Pare su curso veloz.*
La segunda idem dice : *Supuesto, noble auditorio.*

San Antonio del Doblon (Milagro de).
(*2 fojas, fig.*)
Dice : *Al ave de gracia llena.*

Sancho Cornillo. Autor José Francisco.
(*2 fojas, fig.*)
Dice : *Aunque parece confuso.*

San Cristóbal.—Vide.—Gigante Cananeo.

San José.—Vid.—Celos de San José.

San José.—Vid.—(Milagro que ha obrado el Patriarca).

San Pablo.--Vid.--Conversion de San Pablo.

San Rafael.--Vid.--Verdadera relacion y curioso romance del señor...

Santa Genoveva. Romance en que se refiere la peregrina historia y trágica vida de esta penitente anacoreta, princesa de Brabante, sacado de la vida que anda impresa de la misma santa.
(*4 fojas, fig.*)
La primera parte dice : *No canto fingidos hechos.*
La segunda idem dice : *Militaba Sigifredo.*

Santa María Egipciaca (Romance de la vida de la mujer fuerte).

Idem. Prosigue la vida de la mujer fuerte Santa María Egipciaca hasta su tránsito feliz.
(*4 fojas, fig.*)
La primera parte dice : *Pues que gustas que te cuente.*
La segunda idem dice : *Ya dejamos á María.*

Santa Rosalía de Palermo (Romance de la prodigiosa vida de).
(*6 fojas, fig.*)
La primera parte dice : *En la ciudad de Palermo.*
La segunda idem dice : *Estando ya Rosalía.*
La tercera idem dice : *Viendo el comun enemigo.*

Siete (Los) judíos de Roma.
(*2 fojas, fig.*)
La primera parte dice : *A vos, Reina de los cielos.*
La segunda idem dice : *El esclavo que está viendo.*

Simon Ansa.--Vid.--Renegado de Francia.

Teresa Mocarro y Gangarilla (Romance nuevo del chasco que le dió una vieja á un mancebo dándole una sobrina suya por doncella, llamada), compuesto por un cazador de grillos y cardador de lana de tortugas.
(*4 fojas, fig.*)
Dice : *Discreto auditorio mio.*

Testamento del asno, donde se refiere su enfermedad, las medicinas que le aplicó un doctor de bestias, y las mandas que hizo en su testamento á todos sus amigos y parientes, con el llanto que los jumentos hicieron por su muerte.
(*4 fojas, fig.*)
Contiene :
Romance primero, que dice : *Yo, triste asno cansado.*
Idem segundo : *Era el tiempo de calores.*
Idem tercero, que es el testamento : *Cuanto á lo primero mando.*
Idem cuarto : *Cinamomos y laureles.*

Testamento (El) de la zorra.
(*4 fojas, fig.*)
Dice : *Atencion, todos me escuchen.*

Testamento del señor Don Juan de Austria.
(*4 fojas.*)
La primera parte dice : *Olvidado de la muerte.*
La segunda idem dice : *Viendo ya el gran celador.*

Toma de Sevilla por el santo rey Don Fernando.
(*4 fojas, fig.*)
La primera parte dice : *Dios te salve, Virgen santa.*
La segunda idem dice : *Ya que al discreto lector.*

Trigo (El) y el dinero.
(*2 fojas, fig.*)
Dice : *Pare su dorado carro.*

Triunfo (El) del Ave María. Garcilaso de la Vega.
(*2 fojas, fig.*)

Vandidos (Los) de Toledo. Romance en que se refiere la historia de estos vandidos, que habitaron en los montes de Toledo, ejecutando en ellos notables atrocidades.
(*4 fojas, fig.*)
La primera parte dice : *Llamado de su monarca.*
La segunda idem dice : *Supuesto que en la otra parte.*

Verdadera relacion y curioso romance del señor San Rafael Arcángel, abogado de la peste y custodio de la ciudad de Córdoba.
(*2 fojas, fig.*)
Dice : *A la Virgen sacrosanta.*

Via (La) Sacra de Jerez.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *Oid atentos, mortales.*

Vida de la mujer fuerte.—Vid. — Santa María Egipciaca.

Vida (La) de San Albano.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Las tres divinas personas.*
La segunda idem dice: *Vuelta en sí la blanca rosa.*

Vida, muerte y milagros del bienaventurado San Alejo.
(6 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Cese el belicoso estruendo.*
La segunda idem dice: *Viendo el demonio que Alejo.*
La tercera idem dice: *Habiendo entregado á Dios.*

Vida, pasion y muerte de Cristo nuestro Redentor, compuesto por Lúcas de Olmo Alfonso.
Dice: *A la aurora bajó el sol.*

Vino (El) y el agua.—Vid. — Reñida contienda que han tenido.

Violin (El) encantado.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *Todo el mundo me esté atento.*

Virtudes (Las) de la noche.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *La ayuda, gracia y favor.*
La segunda idem dice: *Ya que en la parte primera.*

Virtudes (Las) del dia.
(4 *fojas*, *fig.*)
La primera parte dice: *Al sacro y divino autor.*
La segunda idem dice: *Ya que en el primer romance.*

Zelos de San José.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *De casa de Zacarías.*

Zorra.—Vid.—Testamento de la zorra.

PLIEGOS SUELTOS IMPRESOS DESDE EL SIGLO XVIII EN ADELANTE,

QUE CONTIENEN LAS RELACIONES EN ROMANCES QUE SE HACIAN EX-PROFESO PARA SER REPRESENTADAS EN LAS TERTULIAS (1).

Amante mas perfecto (Relacion jocosa. El).
(2 *fojas.*)
Dice así: *Docto é invicto teatro.*

Amantes de Teruel (Relacion burlesca intitulada los), para cantar y representar. Compuesta por un aficionado.
(2 *fojas.*)
Dice: *En Teruel, príncipe augusto.*

Amantes de Teruel (Relacion de los).
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *En Teruel príncipe augusto.*

Astolfo y Auristela (Relacion).
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice así: *Astolfo mi hermano y yo.*

Andriónico y el leon. Romance en que se refiere el cautiverio y aventuras de Andriónico. Dase cuenta de sus amores, y de lo que le sucedió con un leon, que reconocido á los beneficios que de él habia recibido, se humilló á sus piés.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice: *Escúchame, invicto César.*

Bachiller Trapazas. — Vid. — Doctor de los embustes.

Bañado en los pelambres (Relacion burlesca. El).
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice así: *Auditorio non plus ultra.*

Borrico Pajarito.—Vid. — Desgraciada muerte del.

Caballo (Relacion burlesca intitulada del). Compuesta por Don Agustin Nieto.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice así: *Una vez que ustedes quieren.*

Calabaza y el vino (Relacion. La).
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice así: *Silencio, atencion, soniche.*

Calle de la Feria (Relacion burlesca intitulada la). Compuesta por Don Agustin Nieto.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice así: *Salgo á serviros, señores.*

Carlo-Magno (Relacion de).
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice así: *Escucha, gran Carlomagno.*

Chasco que le sucedió á un mozo yendo á maitines la Noche-buena (Relacion burlesca intitulada).
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice así: *Oh ámbito celestial.*

Cabeza.—Vid.—Nueva relacion del que metió la Cabeza.

Desgraciada muerte del Borrico Pajarito (Relacion burlesca. La). Compuesta por Don Agustin Nieto.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice así: *Aves que con consonancias.*

Desgraciada belleza (Relacion nueva. La).
Málaga. Félix Casas y Martinez. Sin A. (*fig.*)
Dice: *Si mi pecho no me niega.*

Desgracias (Las) de Toribio, y fracasos de los Duendes.
(2 *fojas*, *fig.*)
Dice así: *Ya que estoy en la palestra.*

(1) Las relaciones sacadas de las comedias del siglo XVII no se incluyen en este catálogo.
Se omiten tambien los pasos ó pasillos escénicos que para el el mismo fin se escribian.

Despensero bribon (Relacion burlesca. El).
(2 *fojas.*)
Dice así: *Escuchadme, amigos mios.*

Doctor de los embustes y bachiller Trapazas. Relacion burlesca.
(2 *fojas.*)
Dice: *De las desdichas del mundo.*

Don Din (Relacion burlesca de).
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Es disparate, señores.*

Don Márcos de Auñon.
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Si he de contarte mi historia.*

Don Reinaldos de Montalvan (Nueva relacion de), el mejor Par de los Doce.
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Noble Cárlos, oye atento.*

Dos gozos en un hallazgo (Relacion.).
(2 *fojas.*)
Dice: *Cuando la brillante luz.*

Español naufragante y pintura de una dama (Relacion. El).
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Beso la playa mil veces.*

Estudiante tunante (Relacion. El).
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Ego escolasticus pauper.*

Favorecer á las damas. (Relacion nueva.)
Dice: *Al pié de ese bello monte.*

Galan burlado (Relacion burlesca. El).
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Ya que ustedes han querido.*

Galan burlado (Relacion burlesca intitulada el). Compuesta por un ingenio cordobes.
Córdoba. Luis Ramos y Coria. Sin A. (2 *fojas, fig.*)
Dice: *Ya que ustedes han querido.*

Ganso de la catedral (Relacion. El).
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Por fin tropecé con ella.*

Ganso en la botillería (Relacion nueva del).
(2 *fojas.*)
Dice: *Alabao sea por siempre.*

Gitana (Relacion nueva de la).
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Alabado sea Dios.*

Gitano de Cartagena (Relacion. El).
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Muy buenas noches tengan, mis señores.*

Jaque y sus hazañas.—Vid.—Relacion burlesca de los hechos de un

Juan Gutierrez (Relacion jocosa que le sucedió á un patan, llamado), en la ciudad de Toledo.
(2 *fojas.*)
Dice: *Ya sabes, Jusepe Usorio.*

Juan soldado (Nueva relacion de los chistosos lances ocurridos á).
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Si ustedes me dan palabra.*

Lágrimas (Relacion burlesca. Las). Compuesta por Don Agustin Nieto.
Dice: *Supuesto que estamos solos.*

Lisardo y Polidora (Relacion de).
(2 *fojas.*)
Dice: *Mi nombre propio es Lisardo.*

Mas ingrata hermosura (Relacion. La).
Dice: *Ya sabes que me partí.*

Motivos para no casarse (Relacion de un mozo soltero manifestando los).—Vid.—Relacion de un mozo soltero manifestando los, etc.

Mujeres. — Vid. — Relacion en contra de las mujeres.
(2 *fojas.*)

Mujeres. — Vid. — Relacion en favor de las mujeres.

Mujer (La) que mas se adora suele ser la mas ingrata.
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Confundido en un mar de confusiones.*

Nueva relacion del que metió la cabeza.
Dice así: *Con el motivo, señores.*

Once (Los) amores nuevos.
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Atencion, nobles amigos.*

Peregrino en las ondas, y tragedia de Policarpo y Narcisa (Relacion nueva. El).
Dice: *Pues la historia me has pedido.*

Pintura de una dama. — Vid. — Español naufragante.

Pintura que hace un galan á una dama (Relacion).
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Al móvil de mis acciones.*

Policarpo y Narcisa. — Vid. — Peregrino en las ondas.

Pulga.—Vid.—Suceso de la pulga.

Ramon Uluferne (Relacion jocosa de).
Córdoba. Luis de Ramos y Coria. Sin A. (4 *fojas, fig.*)
Dice: *E yo Ramon Uluferne.*

Relacion burlesca de los hechos de un jaque, y sus hazañas.
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Duque excelso de Alcorcon.*
Es una parodia de la relacion de la comedia de *El valiente Nazareno.*

Relacion de un mozo soltero, manifestando los motivos para no casarse.
(2 *fojas, fig.*)
Dice: *Pues me preguntan algunos.*

Relacion en contra de las mujeres.
(2 *fojas.*)
Dice: *Señores, no soy yo el mismo.*

Relacion en favor de las mujeres.
(2 *fojas*.)
Dice : *Felicísimas princesas*.

Rigor (El) de las desdichas.
(2 *fojas*, *fig*.)
Dice : *Desde el umbral de la vida*.

Ruina y fragmentos de Troya (Crítica relacion, cuyo título es :).
Málaga. Félix Casas y Martinez. Sin A. (4 *fojas*.)
Dice : *Que hubo Troya bien lo sabes*.
Es una relacion de la destruccion de Troya, referida por Enéas á Dido.

Suceso de la pulga (Relacion burlesca intitulada :). Compuesta por Don Agustin Nieto.
(2 *fojas*, *fig*.)
Dice : *Audite, señores mios*.

Tagardinero de Sevilla (Relacion burlesca. El).
(2 *fojas*, *fig*.)
Dice : *Ya parece que las dichas*.

Tertulia (Relacion burlesca intitulada : La). Compuesta por Don Agustin Nieto.
(2 *fojas*, *fig*.)
Dice : *Felices noches, señores*.

Todas me gustan (Relacion burlesca intitulada :). Compuesta por Don Agustin Nieto.
(2 *fojas*, *fig*.)
Dice : *Ya que quieren las señoras*.

Toros (Relacion burlesca intitulada : De los). Compuesta por Don Agustin Nieto.
(2 *fojas*, *fig*.)
Dice : *En la muy noble y leal*.

Tragedia de Policarpo y Narcisa.—Vid.—Peregrino en las ondas.

Treinta reales (Relacion de los).
(2 *fojas*, *fig*.)
Dice : *Cierto, señores, que habia*.

Troya.—Vid.—Ruina y fragmentos, etc.

Valor bien empleado por la hermosa Doña Blanca (Relacion nueva. El).
(4 *fojas*, *fig*.)
Dice : *Naci en Flándes, aquel raro*.

Vengada madrileña. (Relacion nueva de mujer. La) Compuesta por Juan García Valeros, vecino de la villa de Arahal.
(2 *fojas*, *fig*.)
Dice : *De mi infelice fortuna*.

ADVERTENCIA.

El catálogo de libros que, ademas de los *pliegos sueltos*, han servido para formar este *Romancero*, y servirán para el *Cancionero*, si llego á publicarle, con otros muy raros y curiosos, se insertará en los preliminares del segundo tomo de aquel.

ROMANCERO

DE

ROMANCES MORISCOS.

ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

SECCION DE ROMANCES MORISCOS SUELTOS.

1.°

ALMANZOR Y BOBALIAS [1].

(*Anónimo.*)

Durmiendo está el rey Almanzor
A un sabor á tan grande;
Los siete reyes de moros
No lo osaban acordare.
Recordólo Bobalias,
Bobalias el Infante.
—Si dormides, el mi tio,
Si dormides, recordad:
Mandadme dar las escalas
Que fueron del rey mi padre,
Y dadme los siete mulos
Que las habian de llevar;
Y me deis los siete moros
Que las habian de armar,
Que amores de la Condesa
Yo no los puedo olvidar.
—«Malas mañas has, sobrino,
No las puedes ya dejar:
Al mejor sueño que duermo,
Luego me has de recordar.»—
Ya le daban las escalas
Que fuéron del rey su padre;
Ya le daban siete mulos,
Que las habian de llevar;
Ya le dan los siete moros
Que las habian de armar.
A paredes de la Condesa
Allá las fuéron á echar:
Allá al pié de una torre,
Y arriba subido han.
En brazos del conde Almenique
La Condesa van á hallar:
El Infante la tomó,
Y con ella ido se han.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Aunque el héroe de este romance es homónimo del del siguiente, no son el mismo personaje. El primero, por su construccion y lenguaje parece mas antiguo que el segundo, aunque ambos pertenezcan al mismo siglo.

2.°

BOBALIAS EL PAGANO.

(*Anónimo* [1].)

Por las sierras de Moncayo
Vi venir un renegado:
Bobalias ha por nombre,
Bobalias el Pagano.
Siete veces fuera moro,
Y otras tantas mal cristiano;
Y al cabo de las ocho

Engañólo su pecado,
Que dejó la fe de Cristo,
La de Mahoma ha tomado.
Este fuera el mejor moro
Que de allende habia pasado:.
Cartas le fuéron venidas
Que Sevilla está en un llano.
Arma naos y galeras,
Gente de á pié y de á caballo:
Por Guadalquivir arriba
Su pendon llevan alzado.
En el campo de Tablada
Su real habian sentado,
Con trecientas de las tiendas
De seda, oro y brocado.
En medio de todas ellas
Está la del Renegado;
Encima en el chapitel
Estaba un rubí preciado:
Tanto relumbra de noche
Como el sol en dia claro.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Véase la nota del anterior; pero adviértese en este mas colorido poético, mas brillantez y perfeccion, que en el precedente romance.

3.°

LA MORILLA BURLADA.

(*Anónimo* [1].)

Yo m'era mora Moraina,
Morilla de un bel catar:
Cristiano vino á mi puerta,
Cuitada, por m'engañar.
Hablóme en algarabía
Como aquel que bien la sabe:—
—Abrasme las puertas, mora,
Si Alá te guarde de mal.—
—¿Cómo t'abriré, mezquina,
Que no sé quién te serás?
—Yo soy el moro Mazote,
Hermano de la tu madre,
Que un cristiano dejó muerto;
Tras mí venia el alcalde.
Si no abres tú, mi vida,
Aquí me verás matar.
—Cuando esto oí, cuitada,
Comencéme á levantar,
Vistiérame una almejia
No hallando mi brial,
Fuérame para la puerta
Y abrila de par en par.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Cancionero general.*)

[1] Una glosa que hay de este romance empieza: *Cuando mas embebecida.* La hizo Jerónimo del Pinar, y está en el *Cancionero general*, edicion de 1511. La composicion es antigua, bella y popular; pero parece ser un fragmento de algun romance, cuyo

resto no hemos hallado en ninguna parte. La sencillez de lenguaje, con que se expresan ideas muy sencillas, le caracteriza de composicion primitiva, así como tambien la falta de consecuencia en seguir el consonante, si bien esto puede provenir de que se ha suprimido la *e* en los versos que se enlazan.

4.°

LA INFANTA MORA Y ALFONSO RAMOS.

(*Anónimo* [1].)

Estaba la linda Infanta
A la sombra de una oliva,
Peine de oro en las sus manos,
Los sus cabellos bien cria.
Alzó sus ojos al cielo
En contra do el sol salia:
Vió venir un fuste armado
Por Guadalquivir arriba.
Dentro venia Alfonso Ramos,
Almirante de Castilla.
—Bien vengais, Alfonso Ramos,
Buena sea tu venida:
¿Y qué nuevas me traedes
De mi flota bien guarnida?
—Nuevas te traigo, Señora,
Si me aseguras la vida.
—Díeselas, Alfonso Ramos,
Que segura te sería.
—Allá llevan á Castilla
Los moros de Berbería.
—Si no me fuese por qué
La cabeza te cortaria.
—Si la mia me cortases,
La tuya te costaria.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] No hemos podido averiguar la época histórica á que pertenece el asunto de este romance, pero nos recuerda cuentos que en nuestra infancia oiamos á las ancianas, donde las reinas y las infantas se tocaban al sol, ó á la sombra, en los bosques ó en sus palacios. Así debian ser las costumbres sencillas en los pueblos meridionales y pastores, y así lo vemos en los *Libros Sagrados*, y en la *Odisea*. Uno de los cuentos que se presentan á nuestra memoria es el de una reina á quien una mora esclava, que queria obtener el amor del rey su esposo, estando peinándola al sol la convirtió en paloma, clavándola un alfiler en la cabeza. Bajo esta forma la infeliz, que no queria apartarse de su marido, presenciaba las caricias y amores que obtenia su rival, hasta que el rey un dia, viendo aquella palomica tan blanca, tan apacible y tan doméstica, la cogió en sus brazos, y acariciándola halló en su cabecita el alfiler, el cual sacado, se deshizo el encanto, se supo la verdad, y la falsa mora fué quemada en castigo de su pecado.

5.°

LA INFANTA SEVILLA [1] Y PERANZULES.

(*Anónimo.*)

Sevilla está en una torre
La mas alta de Toledo;
Hermosa es á maravilla,
Que el amor por ella es ciego.
Púsose entre las almenas
Por ver riberas del Tejo,
Y el campo todo enramado,
Como está de flores lleno.
Por un camino espacioso
Vió venir un caballero
Armado de todas armas,
Encima un caballo overo.
Presos siete moros traia
Aherrojados con fierro:
En alcance d'este viene,
Un perro moro moreno,
Armado de piezas dobles
En un caballo lijero.
El continente que trae,
A guisa es de buen guerrero;
Blasfemando de Mahoma,
De sobrada furia lleno.
Grandes voces viene dando:
—Espera, cristiano perro,
Que d'esos presos que llevas
Mi padre es el delantero,
Los otros son mis hermanos,
Y amigos que yo bien quiero;
Si me los das á rescate,
Pagártelos he en dinero,
Y si hacerlo no quisieres
Quedarás hoy muerto, ó preso.—
En oirlo Peranzules
El caballo volvió luego:
La lanza puso en el ristre;
Para el moro se va recio,
Con tal furia y lijereza
Cual suele llevar un trueno.
En el suelo le derriba,
Y á los primeros encuentros
Apeárase del caballo;
El pié le puso en el cuello;
Cortárale la cabeza:
Ya despues que hizo esto
Recogió su cabalgada,
Metióse luego en Toledo.

(*Rosa gentil.*— If. Wolf, *Rosa de Romances.*)

[1] Esta infanta Sevilla de Toledo es diferente de la hija del rey moro de Sansueña ó Zaragoza, de quien se enamoró Valdovinos siendo cautivo.
El romance es viejo y parece compuesto en el siglo XV.

6.°

CUESTION DE AMOR RESUELTA POR EL REY BUCAR.

(*Anónimo* [1].)

Entre muchos moros sabios,
Que hubo en Andalucía,
Reinara un moro viejo
Que rey Bucar se decia.
Siendo ya de muchos años
Que amancebado vivia,
Por ruegos de su manceba,
Que amaba mucho y queria,
Llamó á Cortes á sus gentes
Para un señalado dia,
Porque en ellas se tratase
Lo que á sus reinos cumplia.
De muchas leyes que pone
Esta de nuevo añadia:
«Que todo hombre enamorado
Se casase con su amiga,
Y quien no la obedeciese
La vida le costaria.»
A todos parece bien,
A muchos les convenia;
Sino á un sobrino del Rey,
El cual ante d'él venia;
Con palabras muy quejosas
D'esta manera decia:
—La ley que tu Alteza puso,
Cierto que me desplacia;
Todos se alegran con ella,
Yo solo me entristecia,
Que mal puedo yo casarme,
Siendo casada la mia:
Casada, y tan mal casada,
Que gran lástima ponia.
Una cosa os digo, Rey,
Que á nadie no lo diria,
Que si yo mucho la quiero,
Ella muy mas me queria.—
Allí hablara el rey Bucar,
Esta respuesta le hacia.
—Siendo casada, cual dices,
La ley no te comprehendia.

(Timoneda, *Rosa de amores.*— If. Wolf, *Rosa de Romances.*)

[1] El Bucar de que habla este romance es diverso del que combatió al Cid en Valencia. Es una de las cuestiones de origen provenzal, tan de moda entre nosotros en el siglo XV.

SECCION DE ROMANCES MORISCOS, QUE FORMAN SERIES DE NOVELAS[1].

ROMANCES DE MORIANA Y EL MORO GALVAN.

7.°

MORIANA Y GALVAN. — I.

(Anónimo [2].)

Moriana en un castillo
Juega con el moro Galvane;
Juegan los dos á las tablas
Por mayor placer tomare.
Cada vez qu'el moro pierde
Bien perdia una cibdade;
Cuando Moriana pierde
La mano le da á besare.
Del placer qu'el moro toma
Adormescido se cae.
Por aquellos altos montes
Caballero vió asomare:
Llorando viene y gimiendo,
Las uñas corriendo sangre
De amores de Moriana
Hija del rey Moriane.
Captiváronla los moros
La mañana de Sant Juane,
Cogiendo rosas y flores
En la huerta de su padre.
Alzó los ojos Moriana,
Conociérale en mirarle:
Lágrimas de los sus ojos
En la faz del moro dane.
Con pavor recuerda el moro
Y empezara de fablare:
—¿Qu'es esto, la mi señora?
¿Quién vos ha fecho pesare?
Si os enojaron mis moros
Luego los faré matare,
O si las vuesas doncellas,
Farélas bien castigare;
Y si pesar los cristianos,
Yo los iré conquistare.
Mis arreos son las armas [3],
Mi descanso el peleare,
Mi cama, las duras peñas,
Mi dormir, siempre velare.
—Non me enojaron los moros,
Ni los mandedes matare,
Ni ménos las mis doncellas
Por mí reciban pesare;
Ni tampoco á los cristianos
Vos cumple de conquistare;
Pero d'este sentimiento
Quiero vos decir verdade:
Que por los montes aquellos
Caballero vi asomare,
El cual pienso qu'es mi esposo,
Mi querido, mi amor grande.—
Alzó la su mano el moro,
Un bofeton la fué á dare;
Teniendo los dientes blancos
De sangre vuelto los hae,
Y mandó que sus porteros
La lleven á degollare,
Allí do viera á su esposo,
En aquel mismo lugare.
Al tiempo de la su muerte
Estas voces fué á fablare.
— Yo muero como cristiana,
Y tambien sin confesare
Mis amores verdaderos
De mi esposo naturale.

(Códice del siglo XVI.)

[1] En esta seccion deben tener presente los lectores, que no siempre forman los romances historias seguidas, pues tal vez un poeta las empezaba y otros las seguian, presciudiendo de lo que estaba escrito. Ademas cualquiera caballero para cantar sus amores adoptaba un nombre moro, y á su dama le imponia otro, casi siempre tomado de los mas célebres romances. Por eso hay tantos homónimos, que, unidos entre sí forman infinitas aberraciones, y que no pueden enlazarse bien con los anteriores ó posteriores. Así lo advertiremos cuando llegue su caso.

[2] El carácter de este romance indica su antigüedad y su origen muy anterior al descubrimiento de la imprenta, á la cual debió preceder como tradicional, primitivo é independiente del estilo y forma de las crónicas. Casi pudiera asegurarse que es uno de los pocos que, á lo ménos en su redaccion primitiva, es anterior al siglo XV. Así el como los tres siguientes forman un interesante cuadro de costumbres y expresion de sentimientos. — Se halla inserto en el Cancionero *Flor de Enamorados*, y en la *Silva de Romances*, con los dos siguientes que están en la *Rosa de amores* de Timoneda: se han trasladado de un códice donde se hallan mas completos y ménos alterados que en los impresos. Todos ellos corresponden á la clase de los que se llaman viejos. Así este como los demas de Moriana tienen un carácter caballeresco muy marcado y particular que los distingue, con algunos otros de esta seccion, de los demas romances moriscos.

[3] Este verso y los tres siguientes son el principio de un romance contrahecho, que empieza tambien diciendo: *Mis arreos son las Armas,* el cual cita Cervántes en el *Quijote*.

8.°

MORIANA Y GALVAN. — II.

(Anónimo [1].)

— ¡Arriba, canes, arriba!
¡Que mala rabia os mate!
En juéves matais el puerco
Y en viérnes comeis la carne.
Ya hace hoy los siete años
Que ando por aqueste valle,
Pues traigo los piés descalzos
Las uñas corriendo sangre,
Pues como las carnes crudas,
Y bebo la roja sangre.
Busco triste á Moriana
La hija del Emperante,
Pues me la han tomado moros
Mañanica de Sant Juane,
Cogiendo rosas y flores
En un verjel de su padre. —
Oidolo ha Moriana,
Que en brazos del moro estae;
Las lágrimas de sus ojos
Al moro dan en la fase.

(Cancionero de Romances.)

[1] Este romance viejo llama, en el Cancionero, Julianesa á la heroina de él; pero como es el mismo asunto novelesco del de los de Moriana, hemos aceptado este nombre para colocarle aquí. Su estilo, maneras y lenguaje indican ser de la misma época, y acaso anterior al del número 7.° que le precede.

9.°

MORIANA Y GALVAN. — III.

(Anónimo [1].)

Rodillada está Moriana,
Que la quieren degollare,
De sus ojos envendados
Non cesando de llorare;
Atada de piés y manos,
Que era lástima mirare;
Los cabellos de oro puro
Que al suelo quieren llegare,
Y los pechos descubiertos,
Mas blancos que non cristale.

De ver el verdugo moro
En ella tanta beldade,
De su amor estando preso
Sin poderlo mas celare,
Hablóle en algarabía
Como á aquella que la sabe:
—Perdonédesme, Moriana,
Querádesme perdonare,
Que mandado soy, Señora,
Por el rey moro Galvane.
¡Ojalá viese mi alma
Como vos poder librare!
Para libertar dos vidas
Que aquí las veo penare.—
Moriana dijo: - Moro,
Lo que te quiero rogare
Es que cumplas con tu oficio
Sin un punto mas tardare.—
Estando los dos en esto
El esposo fué á asomare [1]
Matando y firiendo moros,
Que nadie le osa esperare.
Caballero en su caballo
Junto d'ella fué á llegare.
El verdugo la desata,
Y le ayuda á cabalgare:
Los tres van de compañía
Sin ningun contrario hallare;
En el castillo de Breña
Se fuéron á aposentare.

(*Códice del siglo* XVI. — *Cancionero, Flor de enamorados.* — *Silva de varios Romances.*)

[1] En la Rosa de amores están intercalados los dos versos siguientes que faltan en el códice:
De la linda Moriana
Con seguridad mostrare.

10.

MORIANA Y GALVAN.—IV.

(*Anónimo.*)

Al pié de una verde haya
Estaba el moro Galvane;
Mira el castillo de Breña
Donde Moriana estae;
De riendas tiene el caballo,
Que non lo quiere soltare;
Tiene el almete quitado
Por poder mejor mirare;
Cuando con voz dolorosa
Entre llanto y suspirare,
Comenzó el moro quejando
D'esta manera á fablare:
—Moriana, Moriana,
Principio y fin de mi male [1],
¿Cómo es posible, señora,
Non te duela mi penare,
Viendo que por tus amores
Muero sin me remediare?
De aquel buen tiempo pasado
Te debrias recordare
Cuando dentro en mi castillo
Conmigo solias folgare:
Cuando contigo jugaba,
Mi alma debrias mirare
Cuando ganaba perdiendo,
Porque era el perder ganare:
Cuando meresci ganando
Tus bellas manos besare,
Y mas cuando en tu regazo
Me solia reclinare,
Y cuando con ti fablando
Durmiendo solia quedare.
Si esto non fué amor, Señora,
¿Cómo se podrá llamare?
Y si lo fué, Moriana,
¿Cómo se puede olvidare?—
A lo alto de una torre
Moriana fué á asomare,
Y al enamorado moro
Aquesto fué á declarare.
—Fuye de aquí, perro moro
El que me quiso matare,
El que me robó doncella,
Y dueña me hubo forzare:
Las caricias que te fice
Fuéron por de tí burlare
Y atender mi noble esposo
Que viniese á libertare.—
Salió de Breña el cristiano
Y arremete al buen Galvane:
Pasádole ha con la lanza
Y el alma del cuerpo sale.

(TIMONEDA, *Rosa de amores.* — WOLF, *Rosa de Romances.*)

[1] Los cuatro versos que siguen recuerdan la cancion que dice:
¿Dónde estás, Señora mia,
Que no te duele mi mal?
O tú lo ignoras, Señora,
O eres falsa y desleal.
Los cuatro siguentes son el original ó la imitacion de los que en el romance del Cid, que empieza *Afuera, afuera, Rodrigo*, dicen:
Acordarte se debia
De aquel buen tiempo pasado, etc.
Conviénenle las mismas observaciones que á los números 7.º y 8.º; pero ó es mas moderno, ó ha sido posteriormente modernizado.

11.

MORIANA Y GALVAN.—V.

Glosa del romance que dice: Moriana en un castillo.

(*Anónimo* [1].)

Con su riqueza y tesoro
Galvan sirve á Moriana;
Ella se deshace en lloro
Por ver que siendo cristiana
Está cautiva de un moro;
Y su doloroso afan,
Que sus tristezas le dan,
Pasa sin osar decillo:
«Moriana en un castillo
»Con ese moro Galvan».
Robóla el moro atrevido
De la huerta de su padre,
Sin ser de nadie impedido,
De los ojos de su madre,
Y poder de su marido.
En su castillo y lugar
La quiere tanto adorar,
Que en un jardin recostados
«Jugando están á los dados
»Por mayor placer tomar».
Y tanta pena sentia,
Que por victoriosa palma
Tiene cuanto allí perdia:
Ella aunque triste en el alma
Muestra en el rostro alegría!
Y solo en ver su beldad
Está tan sin libertad,
Que echado en la yerba verde,
«Cada vez que el moro pierde,
»Pierde una villa ó ciudad».

(*Romancero general.*)

[1] Debiera colocarse esta glosa del romance núm. 7.º en el *Cancionero*, pero como forma parte de la historia de *Moriana y de Galvan*, y la aclara algo, la hemos puesto entre los romances. Pertenece á los fines del siglo XVI.

ROMANCES DE ABENAMAR.

12.

ABENÁMAR. — I.

(*Anónimo* [1].)

Por arrimo su albornoz,
Y por alfombra su adarga,
La lanza llana en el suelo,
Que es mucho allanar su lanza;
Colgado el freno al arzon,
Y con las riendas trabadas
Su yegua entre dos linderos
Porque no se pierda y pazca;
Mirando un florido almendro
Con la flor mustia y quemada
Por la inclemencia del cierzo
A todas flores contraria,
En la vega de Toledo
Estaba el fuerte Abenámar,
Frontero de los Palacios
De la bella Galiana.
Las aves que en las almenas
Al aire extienden sus alas,
Desde léjos le parecen
Almaizares de su dama.
Con esta imaginacion,
Que fácilmente le engaña,
Se recrea el moro ausente,
Haciendo de ella esperanzas:
—Galiana, amada mia,
¿Quién te puso tantas guardas?
¿Quién ha hecho mentirosa
Mi ventura y tu palabra?
Ayer me llamaste tuyo,
Hoy me ves, y no me hablas:
Al paso de estas desdichas
¿Qué será de mí mañana?
¡Dichoso aquel moro libre
Que en mullida ó dura cama,
Sin desdenes, ni favores,
Puede dormir hasta el alba!
¡Ay, almendro! ¡cómo muestras
Que la dicha anticipada
No nació cuando debiera,
Y así debe, y nunca paga!
Pues eres ejemplo triste
De lo que en mi dicha pasa,
Yo prometo de traerte
Por divisa de mi adarga;
Que abrasado y florecido
Aquí como mi esperanza,
Bien te cuadrará esta letra:
«Del tiempo ha sido la falta.»
Dijo; y enfrenando el moro
Su yegua, mas no sus ansias,
Por la ribera del Tajo
Se fué camino de Ocaña.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

[1] Este y casi todos los de esta seccion pertenecen al último tercio del siglo XVI, es decir, á aquella época en que los cantos populares cesaron, y los poetas de profesion se apoderaron de ellos para devolvérselos al pueblo mas perfectos é ideales, pero no tan gráficos ni característicos como fuéron los primitivos y los de los juglares. Hay entre unos y otros una diferencia muy semejante á la que existe entre el retrato de un pintor maestro, y el que sale de un daguerrotipo.

13.

ABENÁMAR. — II.

(*Anónimo.*)

En el mas soberbio monte,
Que en los cristales del Tajo
Se mira como en espejo
Solo de verse tan alto,
El desterrado Abenámar
Está suspenso, mirando
El camino de Madrid,
Descubierto por el campo,
Y con los ojos midiendo
La distancia de los pasos.
Quejarse quiere, y no puede;
Y al fin se queja llorando:
«¡Oh, terribles agravios!
»Sácanme el alma, y ciérranme los labios.»
¡Oh camino venturoso,
Que á los muros derribados
De mi patria ingrata llegas,
Honrada con mis trabajos!
¿Por qué me dejas á mí,
Tú que vas llevando á tantos,
En los montes de Toledo,
Prision de mis verdes años?
De que seas tan comun
Siempre te estoy murmurando;
Porque, como te adoré,
De que te pisen me espanto.
«¡Oh terribles, etc.»
El alcaide de Reduan,
Mas envidioso que hidalgo,
Me ha puesto en esta frontera
Por terrero de cristianos.
Atalaya soy aquí
Del maestre de Santiago;
Pero mas lo soy de aquella
Maestra de mis engaños;
Y porque dello me quejo,
Que solo en esto descanso,
Amenaza mi cabeza,
Y así mis agravios callo.
«¡Oh terribles... etc.»
Si callo, me llaman mudo,
Y maldiciente si hablo;
Y lo que de griegos digo,
Lo entienden por los troyanos.
Mordaza me pone el vulgo,
Intérprete de mis daños,
Si ven, que el alma ofendida
Tiene la lengua por manos:
Todos miran lo que digo,
Mas no miran lo que paso:
¡Maldiga Dios el júez
Que no consiente descargos!
«¡Oh terribles agravios!
»Sácanme el alma, etc.»

(*Romancero general.*)

14.

ABENÁMAR. — III.

(*Anónimo.*)

Su remedio en el ausencia,
Y sin remedio aunque parta,
Falto de todo consuelo,
Que todo el mundo le falta,
Sale á cumplir su destierro
El desdichado Abenámar,
Que por bien amar padece,
Y ajenas culpas lo causan.
Pide un caballo cualquiera,
Porque su yegua alazana,
Por ser hembra, no la quiere,
Pues al mejor tiempo faltan.
Quita al bonete las plumas
Azul, amarilla y blanca:
Que no las quiere llevar,
Por ser colores de Zaida,
Colores que adoró el moro,
Porque á su dueño adoraba,
Y desea aborrecellas,
Porque otro moro las ama.
De su ventura heredero,
De su dama y de su patria,

A quien en vano se queja,
Y á los suyos desagrada;
Porque un moro advenedizo
Es poderóso en Granada
A gozar tan libremente
De las prendas de su alma,
Y de los floridos años
De su mora, bella ingrata,
Siendo en el talle disforme,
Y sin provecho en las armas;
Porque el rey le favorece,
O porque en el mar de España
Es señor de dos galeras,
O porque lo quiere Zaida.
Con esta imaginacion
Sus ojos tornados agua,
Habiendo pensado un rato
En sus venturas pasadas,
En sus trabajos presentes,
En sus esperanzas vanas,
En mano ajena su gloria,
Y en las del tiempo sus ansias,
Sus riquezas poseidas
De quien las tiene usurpadas,
Tan mal pagada su fe,
Pues que su fe no se paga,
Para memoria de todo
Aquestas divisas manda,
Que si es posible, le pinten
En el campo de la adarga,
Pues una sola no puede
Manifestar su desgracia,
Y que tantas desventuras
Requieren divisas tantas:
Un verde campo abrasado,
Vueltas en carbon las brasas
Y el carbon hecho cenizas,
Como están sus esperanzas:
Una deseada muerte,
Que volviendo las espaldas,
Parezca que va huyendo
De quien á voces la llama:
Un rico avariento, luego,
Que una joya encierra y guarda
Que teme que se la roben,
Porque no puede gozalla:
Un gallardo Adónis muerto,
Que un puerco le despedaza;
Y un invierno que comienza,
Con un verano que acaba.—
Esto dijo el fuerte moro,
Y convertidas en saña
Sus lágrimas y sus quejas,
A la pintura no aguarda.
De ninguno se despide,
Y de la vida se aparta,
Jurando de no volver
Eternamente á Granada.

(Romancero general.)

15.

ABENÁMAR. — IV.

(Anónimo [1]*.)*

De su fortuna agraviado,
Y sujeto á quien le agravia;
De todo el mundo quejoso,
Porque lo está de su dama,
De su patria se querella
El desdichado Abenámar,
Y dice que le persigue,
Y á los extraños ampara;
Y que un moro advenedizo
Es poderoso en Granada
Para gozar libremente
De las prendas de su alma,
Y de los floridos años
De su bella mora ingrata,
Siendo en el talle disforme
Y sin provecho en las armas,
Porque el rey le favorece,
Y porque en el mar de España
Es señor de dos galeras,
O porque le quiere Zaida.
Con esta imaginacion
Sus ojos tornados agua,
Habiendo pensado un poco
En sus venturas pasadas,
En sus trabajos perdidos,
En sus esperanzas vanas,
En mano ajena su bien,
Y en la del tiempo sus ansias;
Sus riquezas poseidas
De quien las tiene usurpadas;
Tan mal pagada su fe,
Porque de fe no se paga,
A un paje manda que luego
Un pintor allí le traiga,
Que estas divisas le pinte
En el campo del adarga,
Porque una sola no puede
Manifestar su desgracia;
Porque tantas desventuras
Requieren divisas tantas.
Un verde campo abrasado,
Vueltas en carbon las brasas,
Y el carbon hecho ceniza
Como lo está su esperanza:
Un rico avariento luego,
Que una joya encierra y guarda,
Que teme que se la roben,
Porque él no puede gozarla:
Un gallardo Adónis muerto,
Que un puerco le despedaza:
Un invierno que comienza,
Con un verano que acaba;
Un jardin verde y hermoso
Que se marchita y estraga,
Gozado y pisado á solas
De unas groseras abarcas.—
Esto dijo el fuerte moro;
Y convertidas en saña
Las lágrimas y suspiros
A la pintura no aguarda.
Pide un caballo cualquiera,
Porque su yegua alazana,
Por ser hembra no la quiere,
Pues al mejor tiempo falta.
Quita al bonete las plumas
Azul, amarilla y blanca,
Que no las quiere llevar
Por ser colores de Zaida.
De mujer no se despide,
Y de la ciudad se aparta,
Jurando de no volver
Eternamente á Granada.

(Romancero general.)

[1] Este romance es una repeticion del anterior, pero está mas bien ordenado y correcto.

16.

ABENÁMAR. — V.

(Anónimo.)

Entre leonados rubíes,
Entre verdes esmeraldas,
Sobre las muertas cenizas
De plumas que fuéron pardas,
Sacó dos manos asidas
En el bonete Abenamar,
Blasonando la unidad
Del secreto y su esperanza,
Lo azul, que descubre el cielo
Entre seis estrellas claras.
El valiente cuello ciñen
Las rojas venas de Arabia,

Y á matices finos cubren
Del brazo la corta manga,
Y abona de la memoria
Los asaltos y emboscadas;
Porque lo asaltó en las paces
Amor con recias escalas.
Ya pisa el moro galan
Las alfombras del Alhambra,
Donde su primo Celin
Se casó con Celindaja;
A quien con voz algo triste
De rodillas en sus faldas,
A vueltas del parabien
Dijo quedo estas palabras :
—¡Oh prima del alma mia!
Por tu vida que bien asgas
La ocasion de los cabellos,
Y de fortuna las alas :
Enlaza este pecho tuyo
Con la mitad de tu alma :
Mil años con él te goces,
Y en él tus centellas ardan,
Que en las sombras de tu gloria
Yo mis tormentos trocara :
Idolo fuera del tiempo
Con seguro de mudanza;
Y si cual te ves, me viera,
A los cielos de tu fama
Rindiera amor tus paredes,
Sujeto á ofrecerme pagas :
Cualquiera mármol cubriera,
Todos los bronces pintara,
Codicioso de tesoros
Al gusto que me sobrara.—
El moro dijera mas;
Pero la fortuna avara
Ordenó que Azarque fuese
A danzar con Celindaja.

(Romancero general.)

17.

ABENÁMAR. — VI.

(Anónimo.)

Fuerte, galan y brioso,
Que á toda Granada espanta,
Rico de insignias de amor
Sale el valiente Abenámar.
Del colorado bonete
Lleva la vuelta bordada,
Con una cifra que dice :
« De amor es mi alegre causa ».
Aprieta bonete y frente
Una verde sinabafa,
Y entre dos moradas plumas
Lleva sujeta una blanca.
Enmedio roseta y toca,
Una esmerada medalla,
Con una cifra que dice :
«Entre dos hay sola un alma».
Capellar y tunicela
Lleva de color morada,
Y á trechos cifras que dicen :
«Eres sol de mi esperanza».
Lleva en el siniestro lado
Una fuerte cimitarra,
En un caballo tordillo
Todo cubierto de manchas;
El brazo derecho lleva
Con una leonada manga,
Y banderilla turquesca
En el cabo de la lanza;
Y paseando poco á poco
Llegó al campo de Daraja,
Mas vió que estaba cerrado
Por mano de aquella ingrata.
Hizo la seña que suele
Adonde un poco se tarda,
Que fué para el galan moro
Celos y desconfianza.
Hace saltar su caballo
Porque oyese sus pisadas,
Y en ello viese la mora
Que con aficion le aguarda.
Echó de ver su desdicha
En la celosa tardanza,
Y el corazon animoso
Tiernas lágrimas derrama.
Dice : — Salió verdadera
La sospecha de mi alma,
Adonde es bien conocido
Tu poca ley, y fe falsa.
Déjasme por un genízaro
Que fué de nacion cristiana,
Afrentado por Gomel
En las zambras del Alhambra.
¿Adónde está tu aficion
Y aquel amor que mostrabas?
¿Las lágrimas que vertias
Con amorosas palabras?
¡Oh mas mudable que el viento
Mas débil que frágil caña,
Mas ingrata á mis servicios
Que la cruel Atalanta!
No me espanto de todo esto,
Ni de lijera mudanza,
Porque al fin eres mujer,
Y solo el nombre te basta.—
Dió vuelta el gallardo moro,
Toda la color mudada,
Dando al vulgo que decir,
Con su alegría vuelta en rabia.

(Romancero general.)

18.

ABENÁMAR. — VII.

(Anonimo [1].)

—Asi no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
¿Dónde podré ver á Zaida?
La forastera te digo,
Aquella recien casada,
La de los rubios cabellos,
Y mas que cabellos gracias :
Aquella que en menosprecio
De las damas cortesanas
Celebran los moros nobles
Con gloriosas alabanzas.
Voy por vella á la mezquita,
Por vella voy á las zambras,
Y aunque tan caro me cuesta
No puedo velle la cara.
Encúbrese de mis ojos,
¡Cierta señal que me agravia!
Y aunque mas, Tarfe, me digas,
No tengo celos sin causa.
Despues que á Granada vine,
¡Nunca viniera á Granada!
Sale mi Alcaide de noche,
Y aun no viene á la mañana.
Enfádanle mis caricias,
Y estar conmigo le enfada :
¡No es mucho que yo le canse,
Si en otra parte descansa!
Si está en el jardin conmigo,
Si está conmigo en la cama,
No solo las obras niega,
Mas niégame las palabras.
Si le digo ¡vida mia!
Me responde : mis entrañas;
¡Pero con una tibieza
Y un hielo que me las rasga!
Y miéntras mas le regalo,
Como trae vestida el alma

De pensamientos traidores,
Enséñame las espaldas.
Si me enlazo de su cuello,
Baja los ojos, y baja
La cabeza, y de mis brazos
Da vuelta y se desenlaza,
Arrojando unos suspiros
Del infierno de sus ansias,
Que mis sospechas encienden
Y mis contentos abrasan.
Si la causa le pregunto,
Dice que yo soy la causa;
¡Y miente, que allí me tiene
Ociosa y enamorada!
¡Pues decir que le he ofendido!..
¡En infiernos de amor arda,
Si despues que le conozco
Me he asomado á la ventana!
Si he tomado mano ajena,
Ni he visto toros ni cañas,
Y si en parte sospechosa
Se han estampado mis plantas.
Y Mahoma me maldiga,
Si por guardarse en mi casa
La ley de su gusto sola,
La de su Alcoran se guarda.
Mas ¿para qué gasto tiempo
En darte cuentas tan largas,
Si el alcance que le he hecho
Tú lo sabes, y lo callas?
No jures, que no te creo.
¡Aquella mujer mal haya,
Que de vuestros juramentos
Redes para el gusto labra!
Que son traidores los hombres,
Como sus promesas falsas;
Muerto el fuego desparecen
Como escritas en el agua.
Del prometer al cumplir,
¡Qué jornadas hay tan largas!
¡Qué ventas en el camino,
Tan yermas y tan cerradas!
¡Ay Dios, que me acuerdo cuando!...
Aquí el aliento me falta,
Una congoja me viene:
Tenme, Tarfe, no me caiga.—
Dijo llorando Adalifa,
Celosa de su Abenámar,
Y en brazos del moro Tarfe
Se ha quedado desmayada.

(*Romancero general.*)

[1] ¡Con cuánta naturalidad, delicadeza y gracia se pintan en este romance, uno de los muy buenos de su clase, los sentimientos celosos de una dama tiernamente enamorada! Es uno de los mejores en su clase, y pertenece al fin del siglo XVI.

19.

ABENÁMAR.—VIII.

(*Anónimo*[1].)

Tan celosa está Adalifa
De su querido Abenámar,
Que si le miran se ofende,
Y se ofende si le hablan.
Si á dicha con otros moros
Corre toros, juega cañas,
Jamas le pierde de vista
En las fiestas y en las zambras
Y si acaso por su rey
En defensa de su patria
Con las armas al contrario
Sale á correr en campaña,
Si como no se permite
Le fuera decente causa,
No lo dejara un momento,
Mas siempre le acompañara,
Porque en apartarse de él
En vivo fuego se abrasa,
Y aun de sus palabras tiene
Celos, cuando con él habla.
Sus pensamientos le siguen
Siempre que sale de casa,
Buscando mil invenciones,
Y haciendo mil pruebas varias,
Porque al fin los celos son
Hijos de amor en quien ama,
Que los engendra el deseo,
Temor y desconfianza;
Y como quien quiere bien
Jamas se asegura en nada,
Son los celos amorosos
Efectos de aquesta causa.
Y estando una tarde á solas
Con Adalifa Abenámar,
Estas palabras le dice
Con mil suspiros del alma:
—Valeroso capitan,
Claro espejo de las armas,
Temor de los enemigos,
Fuerte muro de Granada,
Espejo de la milicia,
Archivo en quien mi esperanza
Vive, y todo mi contento,
Causa de todas mis ansias:
No te espantes que mis ojos
Ante tí derramen agua,
Porque al fin los ojos son
Las alquitaras del alma,
Por donde el amor destila
Los vapores que derrama
La pena en el corazon
Con el fuego que le abrasa,
Cuyo valor excesivo
Hace que del pecho salga
El agua, con que el dolor
Del corazon se descarga;
Y como á mí me combaten
Fuego, amor, temor, mudanza,
Celos y sospechas, lloro,
Porque el corazon descansa.
Por Alá te pido y ruego
Que aunque te miren las damas
No las mires, ni las veas,
Porque en hacello me agravias:
Que como eres tan galan,
Cuanto valiente en las armas,
Por galan te dan el premio,
Y por valiente la palma.—
Abenámar le responde:
—Adalifa de mi alma,
Si para satisfacerte
Es menester que se abra
El pecho, donde te tengo
Al natural retratada,
Haré por solo tu gusto
Puerta en él patente y ancha,
Para que tú propia veas,
Si acaso no estás turbada,
Como Abenámar te tiene
Fe inviolable, aficion casta.
Y si imaginas que miento,
Ruego á Alá que cuando salga
Al campo con el cristiano
Me mate á malas lanzadas;
Que jamas tenga victoria
Cuando á escaramuza salga,
Y que cautivo me nieguen
La libertad deseada;
Mis enemigos me ofendan,
Mis amigos no me valgan,
Deudos y bienes me falten
Cuando menester los haya;
Y finalmente no vea
Cumplidas mi esperanzas
Para gozar tus amores,
Sino que muera de rabia.
Y con esto, vida mia,

Se asegure tu esperanza:
Cesen tus celos, y cesen
Esas perlas que derramas,
Que por lo que te he jurado
Y por la fe reservada
Sola á ti en mi corazon,
Que Abenamar no te engaña.—
Con esto quedó contenta,
Tan satisfecha y pagada,
Que trocó desde aquel punto
En fe la desconfianza.

(*Romancero general.*)

[1] Si el anterior retrata primorosamente las inquietudes de una dama celosa, este no le cede en ello; pero ademas pinta con delicadeza y ternura el modo con que el galan pretende calmar las sospechas y aprehensiones de su amiga.

20.

ABENÁMAR. — IX.

(*Anónimo* [1].)

Ya no tocaba la vela
La campana del Alhambra,
Porque las torres Bermejas,
Bañaba de plata el alba,
Cuando sin haber dormido
Recuerda el fuerte Abenámar,
Con mas cuidado que sueño:
¡Qué mal duerme quien bien ama!
Y viendo que sale el sol
Y que no sale Daraja,
Con lágrimas de sus ojos
Aqueste canto acompaña.
—Si amanece el alba
Bordando los cielos,
Para mí con celos
Anochece el alma.
Paso llorando la noche,
Aguardando á la mañana,
Y es de condicion tu sol,
Que no saliendo me abrasa.
Vanse las claras estrellas,
En mi desengaño claras,
Y aunque sol, no es para mí,
Que para mí todo es agua.
¿Qué importa que el sol hermoso
De las Indias venga y vaya
A traer á España el dia,
Si me esconde su luz clara?
Si amanece el alba
Bordando los cielos,
Para mí con celos
Anochece el alma.—

(*Codice del siglo* XVII.)

[1] Es una lindísima y sentida composicion.

21.

ABENÁMAR. — X.

(*Anónimo.*)

Albornoces y turbantes
No traen los moros de Gelves,
Marlotas ni capellares,
Almaizales ni alquiceles;
Ni traban escaramuzas,
Ni alheñan los brazos fuertes,
Ni procuran por sus damas,
Si están presentes ó ausentes;
Ni de celosas porfias,
Ni de amorosas mercedes:
Todos de negro vestidos
Con vestidos portugueses,
Por la muerte de Abenámar,
Que de muchos es pariente.
Viendo que traga la tierra
A quien tragaba la gente,
Y que la muerte y amor
Jamas respetó valiente,
En casa del moro muerto
Mil vivos están presentes.
Unos publican la causa
De sus deseos ardientes;
Otros que murió de celos,
De desamor y desdenes.
Secas esperanzas viejas
En años mozos y verdes,
Lloran sus amigos dél,
Y otros dél hay maldicientes,
Que hallaron al moro escrito,
Revolviendo sus papeles:
«Es mi voluntad, amigos,
Que si en Gelves yo muriese,
Que me entierren en mi tierra,
Porque mas no me destierre:
Que en presencia son los males
Como en ausencia los bienes.»

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE AZARQUE EL GRANADINO [1].

22.

AZARQUE EL GRANADINO. — I.

(*Anónimo.*)

Ensíllenme el potro rucio
Del alcalde de los Velez,
Dénme la adarga de Fez
Y la jacerina fuerte,
Una lanza con dos hierros
Entrambos de agudo temple:
Y aquel acerado casco
Con el morado bonete,
Que tiene plumas pajizas
Entre blancos martinetes,
Y garzotas medio pardas,
Antes que me vista déume.
Pondréme la toca azul
Que me dió para ponerme
Adalifa la de Baza,
Hija de Celin Amete,
Y aquella medalla en cuadro
Que dos ramos la guarnecen,
Con las hojas de esmeraldas,
Por ser los ramos laureles;
Un Adónis que va á caza
De jabalíes monteses
Dejando su diosa amada,
Y dice la letra: *Muere.*
Esto dijo el moro Azarque
Antes que á la guerra fuese,
A aquel discreto animoso,
A aquel galan y valiente
Almoralife el de Baza,
De Zulema descendiente,
Caballeros que en Granada
Paseaban con los reyes.
Trajéronle la medalla,
Y suspirando mil veces
Del bello Adónis miraba
La gentileza y la suerte:
—Adalifa de mi alma,
No te aflijas ni lo pienses:
Viviré para gozarte;
Gozosa vendrás á verme.
Breve será mi jornada;
Tu firmeza no sea breve:
Procura, aunque eres mujer,
Ser de todas diferente.
No te parezcas á Vénus,
Aunque en beldad te pareces,
En olvidar á su amante
Y en no respetarle ausente.

Cuando sola te imagines,
Mi retrato te consuele,
Sin admitir compañía
Que me ultraje y te desvele:
Que entre tristeza y dolor
Suele amor entretenerse,
Haciendo de alegres tristes,
Como de tristes alegres.
Mira, amiga, mi retrato
Que abiertos los ojos tiene,
Y que es pintura encantada
Que habla, que vive, y que siente:
Acuérdate de mis ojos,
Que muchas lágrimas vierten,
¡Y fe á que lágrimas suyas
Pocas moras las merecen! —
En esto llegó Galvano
A decirle que se apreste,
Que daban prisa en la mar
Que se embarcase la gente.
A vencer se parte el moro,
Pues que gustos no le vencen;
Honra y esfuerzo le animan,
Cumplirá lo que promete.

(*Romancero general.* — Il. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte. — Il. PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los Cegríes*, etc.)

[1] Este Azarque es el que en las guerras de Granada llaman Malique Alaver, y Adalifa, la que llaman Cohaida: ambos distintos del Azarque y Lindaraja de Toledo del Romancero general. El romance es de los mas célebres y populares de su clase, y ha sido objeto de una parodia que empieza: *Ensíllenme el asno rucio*, etc. Por su brío y brillantez es muy simpático con el carácter español, y en especial con el de los andaluces.

23.

AZARQUE EL GRANADINO. — II.

(*Anónimo* [1].)

—Recoge la rienda un poco;
Pára el caballo que aguija
Medroso del acicate
Con que furioso le picas:
Que, sin uso de razon,
A mi parecer te avisa
De aquel venturoso tiempo,
Que tú desleal olvidas,
Cuando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con sus corvetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
¡Oh cruel á mi memoria,
Pues por ella me castigas,
Abrasando mis entrañas
Con esas entrañas frias!
¡Qué de prendas que fiaba
De tu voluntad fingida!
¡Qué de verdades me debes!
Y yo á tí ¡qué de mentiras!
Ayer temiste á mis ojos,
Hoy vences á quien temias:
Que amor y tiempo, en mil años,
No están iguales un dia.
Pensaba yo que en tu nombre
Mi esperanza fuera rica,
En prendas de quien tú eres,
Y de quien son mis caricias.
¿Adónde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas:
Defenderéme del tiempo,
Y de tí no tendré envidia.
¡Mas bien pudiera saberlo
Si yo saberlo queria,
Cuando escuché tus razones
Y vi tus quejas escritas!
Disculpas pensabas darme:
No quiero que me las digas:
Para la dama que engañas
Será mejor que te sirvan:
Ya te causas de escucharme,
Bien será que te despidas
De mi alma y de mis ojos,
Como de mis celosías.—
Esto dijo al moro Azarque
La bella Zaida de Olias,
Y cerrando su balcon,
Dió principio á sus desdichas.
El moro picó el caballo,
Y hácia el terrero le guia,
Murmurando de su estrella,
Que á mil mudanzas le inclina.

(*Romancero general.*)

[1] Por iguales razones que el anterior es atendible este romance.

24.

AZARQUE EL GRANADINO. — III.

(*Anónimo.*)

En un balcon de su casa
Estaba Azarque de pechos
Con el humilde Cegrí,
A quien trata mal el tiempo.
Un memorial de sus glorias
Estaba Azarque leyendo,
Que al pobre Cegrí causaba
Pena triste, y llanto eterno;
Cuando hácia la puerta Elvira
La larga vista tendiendo,
Vió cómo en el mar de España
Sus rayos lanzaba Febo;
Y bajándola algo mas
A contemplar, cómo el suelo
Su bella color trocaba,
Mudando lo verde en negro,
Vió que entraba por la puerta
Nueva luz, y otro sol nuevo,
Cuyos rayos excedian
A los que esparce del cielo.
Tornó el color á la tierra,
Y quitando el negro velo,
Anunció con su verdura
Un no esperado contento.
Dijo Azarque: —Aunque mi vista
Aquel sol hiere de lleno,
Es Celinda la discreta,
O me engaña mi deseo.
Bien lo dice su belleza,
Pues causa con sus efectos
En las almas donde toca
Gloria inmensa, y gozo inmenso.—
Reconociéndola el moro
Quitó el bonete de presto,
Humillando la cabeza
Hasta debajo del pecho.
Celinda se levantó,
Y bajando todo el cuerpo,
Cumplió al moro su esperanza,
¡Que no fué favor pequeño!
Y de muy alegre, triste,
Porque se acabó tan presto,
Daba callando mil voces:
Que el gozo hace mil extremos.
Siguiéndola con la vista
La dice: — ¡Mucho te debo,
Pues sin haberte servido
Das tal pago á mis respetos!
Aqueste favor, Señora,
Aunque yo no lo merezco,
Le pondré con los demas,
Cuyo número es incierto,
Y bastará su memoria
A desterrar mis tormentos,
Y entre glorias y pesares
Será bastante el tercero.—

Celinda en esto pasó,
Y Azarque dejando el puesto,
Ufano con tal merced
Se retiró á su aposento.

(*Romancero general.*)

25.

AZARQUE EL GRANADINO. — IV.

(*Anónimo.*)

Arrancando los cabellos,
Maltratándose la cara,
Está la bella Adalifa,
Porque su Azarque se embarca,
Echando tierra en los ojos,
Mordiendo las manos blancas,
Maldiciendo del contrario
Por quien se hace la jornada.
—¡Ay capitan de mi gloria!
¡General de mis entrañas!
¡Patron de mis pensamientos!
¡Competidor de mis ansias!
¡Lustre de mi rostro alegre!
¡Alegría de mi alma!
¿Dónde estás que no te veo,
Espejo en que me miraba?
¡Ay Azarque, mi Señor!
Mi Señor, pues ¿qué me mandas?
¿Mándasme que esté esperando?
¡Larga será mi esperanza!
Allá tendrás una guerra,
Y acá otra guerra te aguarda:
Piénsasme dejar en salvo
Y estoy metida en campaña.
¡Ay! si mi ausencia te aqueja,
Y mi favor te acompaña,
Tu solo serás bastante
Para vencer la batalla.
Mi fe te encomiendo, Azarque;
Alá vaya en tu compaña,
Porque vuelvas con victoria,
Pues con victoria te embarcas.
¡Bien dirás, Azarque mio,
Que mujeres son livianas!
Mas hay muchas diferentes
Como soldados en armas.
Nadie me verá sin ti
En baile, sarao ó zambra;
Ni me verán en conciertos,
Sino metida en mi estancia.
Ya no me verán las moras
Vestir almaizar, ni galas,
Porque poco le aprovecha
Vestirse un cuerpo sin alma.—
Con esto llegó Celinda
Prima hermana de Bahata,
Y dió fin á sus razones,
Pero no le dió á sus ansias.

(*Romancero general.*)

26.

AZARQUE EL GRANADINO. — V.

(*Anónimo.*)

—Bien te acuerdas, fácil mora,
Que me llamaste tu amado,
Y que lloraste á mis ojos,
Aunque de Circe fué el llanto.
Bien sabes que me pediste
Celos, torciendo los brazos,
De tu madre, porque tiene
Grave rostro y blancas manos.
Bien sabes que en mi partida
Tus cabellos se juntaron
Con mis colores, creyendo
Que del amor fueran lazos,
Y que sin perlas el cuello,
Y con almaizales pardos
Estarias hasta verme,
Y que te creí de falso.
Tú te trocaste, Adalifa,
Y yo tambien me he trocado:
Si dura estás á mis quejas,
A las tuyas no estoy blando.
Tus cabellos no los quise,
Y por este desengaño
Conocerás que cabellos
No pueden atar soldados;
Y que vistas pardo ó verde,
De buriel, ó de damasco,
No me importa, porque privo
Con quien arrastra tres altos.
Quiéreme alzar esta dama,
En cuyos amores ardo,
Con favores, y sin quejas,
Alegres y asegurados:
Mora que en las reales zambras
Tiene el cojin mas cercano
A la reina, por hermosa,
Y por dama de palacio.
Pasean competidores,
Y yo de todos triunfando
Gozo lo que merecian,
Siquiera por desvelados.
No hay dia sin nuevo gusto
Ni favor nuevo; ya he dado
En que no me traigan mas
Para acabar de estrenallos,
Y porque vivas empresas
Que de mi ventura saco
No me cumple que se mezclen
Con los que se dan acaso.
¡Oh, si vieses, Adalifa,
La fineza de este trato!
¡Qué corrida que estarias
Del tuyo fingido y vario!
¡Oh, si vieses el amor
Conmigo agora tan franco!
¡Qué de envidia me tendrias
Viendo que contigo acabo!
Al fin, como acá es el mundo
Tan liberal y tan ancho,
De tus mudanzas me olvido,
Y de tu olvido me pago.
Doite cuenta de mis bienes,
Porque te ofenda el pensallo,
Y porque entiendas que en mí
Tus memorias espiraron.
Y porque Aliaja me pide [1]
Cuenta del tiempo que gasto,
Y de ti no hago cuenta;
Ya no mas, porque me tardo.—

(*Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

[1] En el romance siguiente se da á esta mora el nombre de Celindaja.

27.

AZARQUE EL GRANADINO. — VI.

(*Anónimo* [1].)

—Desensillenme la yegua
Que del potro rucio es madre,
Y la adarga que es de Fez
Por fe de Alcoran se guarde;
Y la lanza con dos hierros
En mi sangre se acicale:
Que en mi sangre, que no en otra,
Pequeños yerros son grandes.
La jacerina y el casco
Me quiten y me desarmen:
Que lo que es acero en guerras,
Se vuelve cera en las paces.
Martinetes y garzotas,
Pues son plumas, dénse al aire,
Que mejor vuelan en tierra,

Y no se mojen y estraguen;
Y la toca de Adalifa
De mi bonete se rasgue,
Pues fué tormento de toca [2]
Con que confieso mis males;
Y en la cuadrada medalla,
Para que mejor me cuadre,
De un Adónis que va á caza,
Pinten un Apolo y Dafne,
Que en el tronco de un laurel
Se convierte y se deshace;
Y diga la letra: «Quiera
»Cada cual su semejante.» —
Cuando de la guerra vuelve [3]
Esto dijo el moro Azarque,
De Zulema descendiente,
Y Almoradi de linaje;
El que supo hacer su hecho;
Pero agora se deshace,
Viendo que su ausencia hizo
Que por otro le desame
Su Adalifa, bella mora,
En quien tanto rigor cabe,
Que robó el retrato muerto,
Y en él puso un vil alarbe.
— ¿No te acuerdas, di, traidora
De los imposibles graves
Que en un tiempo me pusiste?
¿Cómo agora estás tan fácil?
Si te acuerdas, no permitas
Que mi voluntad arrastre
Tan desigual aficion
Siendo igual la mia y grave,
Y que pague ajenas deudas
Por ajenas libertades,
Con holgazanes deseos,
Con pensamientos de balde.
A Vénus te pareciste,
Ser Diana me mostraste:
¿Quien creyera tus mentiras
Pues me enseñas con verdades
Dejar hidalgas promesas
Por villanas amistades?
Que no hay á tus males queja,
Ni á mis bienes con que pagues.
Mas si vive el moro en tí,
Cuando mas favor alcance,
Sea tan mudable y firme
Como tú firme y mudable;
Porque cotejo mi gloria
Cuando mas se satisface
Por las firmezas del cielo,
Con las mudanzas que hace.
Vengaréme presto dél,
Y de tí podré vengarme,
Porque quedarás de suerte
Que los dados se relancen
Quien te dió el caudal que juegas
Para que con él jugares,
Que en esto paran los juegos
De los tahures amantes.

(*Flor de nuevos y varios Romances*, 3.ª parte.)

[1] Este romance es una especie de trova mudando el pensamiento del que dice: *Ensillenme el potro rucio*, etc. —

[2] Aquí hay una especie de juego de palabras entre la toca que servia de adorno á la cabeza, y la que se usaba para atormentar á los reos y obligarlos á declarar sus delitos ciertos ó presuntos.

[3] Este verso y los once que le siguen deberian colocarse al fin del romance, y para terminarle, pues de otro modo no se concibe el sentido.

28.

AZARQUE EL GRANADINO. — VII.

(*Anónimo.*)

De Sevilla partió Azarque,
Dejando en ella su alma,
Que se la dejó en rehenes
A la hermosa Celindaja;
Porque la que lleva el moro
No es suya, sino prestada,
Que á la despedida triste
Se la quiso dar en guarda.
—Azar de los ojos mios,
Dice, pues vas de batalla
Armado de piezas dobles,
Como la razon lo manda,
Que te armes de sufrimiento
Te ruego, en esta jornada,
Y de firmeza en ausencia,
Que es causa de la mudanza.
Ya sé que por donde vas,
Moras verás mas bizarras,
De mayor donaire y brio,
De mas hermosura y gracia,
Donde podrás ocuparte,
Y olvidarme con maraña;
Mas ninguna te querrá
Del modo que esta tu esclava,
Pues que vivir yo sin tí,
Sin temor, recelos ni ansias,
Es cosa muy imposible
Para quien de véras ama.
Si en algun sarao te hallares
Donde acudan mis contrarias,
Deten, Azarque, los ojos,
No tiendas la vista larga,
Que ojos que de rondon miran
Ocasiones de amor hallan.
Y con esto Alá te guie,
Mahoma vaya en tu guarda,
Y el cuidado de tí tenga
Con que queda Celindaja.—

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE GAZUL [1].

29.

GAZUL.—I.

(*Anónimo.*)

Desesperado camina
Ese moro de Villalba,
Maldiciendo su ventura,
Porque en tal tiempo le falta:
No porque le dén cuidado
Los bandos que hay en Granada,
Entre los linajes nobles
De Abencerrajes y Audallas:
Ni tiene envidia á los moros
Que son del Rey la privanza,
Ni los cargos ni alcaidías,
Con las insignias honradas:
Solo estima el fuerte moro
Le deje la bella Zaida,
Guiada por las razones
De unas fingidas palabras.
Y considerando el moro
Su mucha hermosura y gracia,
Dice con suspiros tristes,
Sacados allá del alma:
—¿Quién causó tanto desvío?
¿Quién perturba mi esperanza?
¿Quién te mudó del intento
Firme, bella mora Zaida?
¿Quién hizo que mis trofeos
Del lauro y altiva palma
Dejasen de coronar
Esta frente desdichada,
Sino algunos falsos pechos
De intencion falsa y dañada,
Que hicieron tu condicion
Del leon ó tigre hircana?
¡Oh lenguas de maldicion!

¡Calumniadoras de fama!
¡Salteadoras de las honras!
¡Almacenes de cizañas!
¡Alcázares de malicia!
¡Torres de desconfianza,
Que no sabiendo lo cierto
Sentenciau con ley contraria!
¡Alá permita, crüeles,
Se paguen vuestras marañas,
En otra tal ocasion,
O en cosa que tanto os vaya,
Y que veais, inhumanos,
Pechos falsos, lenguas falsas,
Como os da el cielo castigo
Por la merecida paga!
¡Oh cuán justos os mostrais
En la apariencia y palabras!
Y sois peores que lobos
Entre las ovejas mansas.—
Ardiendo se parte el moro
En una amorosa llama,
Despedido de gozar
De la bella mora Zaida;
Y al sagrado Tajo dice
Mirando sus olas claras:
—¡Ay rio, si hablar supieras
Para declarar mis ansias,
A quien mirando te está
La tarde, noche y mañana,
En el fin de tu corriente,
Y en la feliz Lusitania!—

(*Romancero general.*)

¹ Los romances sobre Gazul y sus amores, son de los mas célebres, y compiten y se enlazan con los de Zaide y Zaida. Segun el contexto de ellos, la historia fabulosa en que se fundan puede referirse al tiempo de los Reyes Católicos.

30.

GAZUL.—II.

(*Anónimo.*)

—Si tan bien arrojas lanzas
Como las cañas arrojas,
No pretendas por galan,
Que á los Gazules deshonras.
No las zambras ni las fiestas
De las granadinas moras,
Que el nombre de fuerte pierdes
Cuando el de cobarde cobras.
Deja el vistoso albornoz,
El almaizar y marlota,
Y no te precies del oro,
Que á tu linaje desdoras:
Mira que las armas son
De mas honra y ménos costa,
Y que los que no son nobles
Con ellas nobleza cobran.
Mide, Albenzaide, tu gusto
Con el estado que gozas,
Que á veces de altos deseos
Nacen esperanzas locas.
Huye de tu pensamiento,
Porque de plumas se adorna,
Lijeras para subirte,
Para sustentarte flojas.
No te arrojes en el mar,
Donde tantos vientos soplan,
Ya de furioso desden,
Ya de encubierta lisonja.
La libertad que se pierde,
Con gran trabajo se cobra
Y mas la que va perdida
Por una imposible cosa.—
Esto decia Gazul,
El que la fama pregona,
Puesto en olvido por pobre
De la bella Zaida mora.

(*Romancero general.*)

31.

GAZUL.—III.

(*Anónimo.*)

Cuando de los enemigos,
En roja sangre bañado,
Defiende nuestras riberas
Mas que los otros gallardo;
Cuando deja la marlota,
Y desnuda los damascos,
Vistiendo malla sangrienta
De los despojos contrarios;
Cuando de tu Abencerraje,
Si tienes hidalgo trato,
Cuanto es mayor el peligro
Has de tener mas cuidado:
¡Entónces, ingrata mora,
En olorosos brocados
A mano ajena te rindes,
Y das de mano á tu amo!
Borraste el blason antiguo
De los reyes tus pasados,
Y pones menguantes lunas
En tus chapiteles altos.
Alá me vengue de tí;
Aunque para ser vengado
Bastante venganza das,
Y así la darás llorando,
Cuando de esos largos dias
Vieres que quedan burlados
Con sus concertados gustos
Tus gustos desconcertados.
¡Qué contento será verte
Cuando llegues á abrazallo,
Mezcladas tus trenzas rubias
Entre su copete blanco!
¡Y cuando de la otra mora
Las gracias te esté contando,
Y sus hijos atropellen
Tus alfombras y tu estrado!
¡Y cuando dejes las aguas
De Genil fértil y claro,
Y vayas á las riberas
Del turbio y corriente Tajo,
Donde no hay Abencerrajes,
Ni aquel tropel de caballos,
Que desde tus miradores
Mirabas correr gallardos!
Soledad te ha de causar,
Ingrata, el tiempo pasado,
Cuando en el presente mires
Todas tus glorias en blanco,
Y las divisas y amores,
Los papeles regalados,
Palabras y juramentos
En tu daño conjurados.
Todos han de ser verdugos
De tus años malogrados,
Cuando entregados los veas
A tan bien logrados años.
El tiempo es padre de celos,
Y quien tiene tiempo largo,
Detras de mil celosías
Aun no estará asegurado.
Serás celada en la corte,
Serás celada en el campo,
Serás celada en las fiestas,
Y en las zambras y saraos.
Celada serás en todo,
Y con ser celada tanto,
Nunca celada pondrás
A tus disgustos cansados.
Darás muy flaca disculpa
Cuando digas, que forzados
De tu padre, respondiste
El sí, que lastima á tantos.
Goza de lo que escogiste
Con ese descargo falso,

Que donde amor se atraviesa,
No hay padres reverenciados.

(*Romancero general.*)

32.

GAZUL.—IV.

(*Anónimo* [1].)

Limpiame la jacerina;
Vé presto; no tardes, paje,
Que para el fuego que tengo
Por muy presto será tarde;
Y quitame del bonete
Las verdes plumas que Azarque
Me dió, cuando fui á su boda,
Pues se han vuelto plumas aire.
Pondrásme unas plumas negras,
Y una cifra que declare:
«Plomo son dentro en el alma,
Pues del alma el peso sale.»
Y á mi marlota amarilla
Le quitarás los diamantes,
Y harás que se los pongan
De un lino y negro azabache;
Porque llevando lo negro
Con lo amarillo, señale
Mi suerte desesperada,
Suerte que sin suerte sale;
Y unos llanos borceguíes
No guarnecidos ni graves,
Que a quien le falta la tierra
Es muy justo que se allane.
Dame la lanza de guerra,
La de los dos hierros grandes,
Que de la sangre cristiana
Están templados con sangre:
Que quiero que en esta nuestra
Nuevamente se acicale,
Porque he de pasar si puedo
Un cuerpo de parte á parte.
Y ponme en el tabelí
De diez el mejor alfanje,
Y la vaina tambien negra,
Porque á lo demas iguale;
Y el caballo que me dió
De presente, por su padre,
El cristiano de Jaen,
Que no quise otro rescate;
Y si no estuviere herrado
Harás luego aderezarle:
Que pues no acierto con gentes,
Acierte con animales;
Y mudarás las correas
Que tengo en los acicates;
Y sino dales con tinta,
No se vean los esmaltes.—
Aquesto dijo Gazul
Un mártes triste en la tarde,
Tarde triste para él,
Y al fin despojos de Marte,
Pues en él le vino nueva,
Que el miércoles adelante
Se casa su bella mora
Con su enemigo Albenzaide,
Moro rico de nacion,
Aunque de torpe linaje;
¡Pero venció la riqueza
A tres años de amistades!
Todo aquesto puesto á punto
Lo tiene, y comienza á armarse,
Que pues amor le desarma,
No es mucho contra amor se arme.
La primer señal de Vénus,
Mostrando su estrella sale,
Cuando sale de Sidonia,
Y para Jerez se parte.

(*Romancero general.*)

[1] Aquí parece que el poeta por fin principal se propone describir el traje de un moro armado de luto para demostrar sus penas amorosas. Es una repeticion del mismo pensamiento expresado en varios otros romances, respecto al poder del interes contra el amor.

33.

GAZUL.—V.

(*Anónimo* [1].)

Sale la estrella de Vénus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del dia
Su negro manto descoge,
Y con ella un fuerte moro
Semejante á Rodamonte
Sale de Sidonia airado;
De Jerez la vega corre
De donde entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
De Santa María el puerto
Recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
Que siendo en linaje noble,
Le deja su dama ingrata
Porque se suena que es pobre,
Y aquella noche se casa
Con un moro feo y torpe,
Porque es alcaide en Sevilla
Del alcázar y la torre.
Quejábase tiernamente
De un agravio tan inorme,
Y á sus palabras la vega
Con dulces ecos responde:
—¡Zaida, dice, mas airada
Que el mar que las naves sorbe,
Mas dura é inexorable
Que las entrañas de un monte!
¿Cómo permites, cruel,
Despues de tantos favores,
Que de prendas de mi alma
Ajena mano se adorne?
¿Es posible que te abraces
A las cortezas de un roble,
Y dejes el árbol tuyo
Desnudo de fruta y flores?
¿Dejas tu amado Gazul,
Dejas tres años de amores,
Y das la mano á Albenzaide
Que aun apénas le conoces?
Dejas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Pues las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones.
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,
Y que por celos suspires,
Y por ausencia le llores;
Y que de noche no duermas,
Y de dia no reposes,
Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojes;
Y en las fiestas y las zambras
No se vista tus colores,
Ni aun para verlas permita
Que á la ventana te asomes;
Y menosprecie en las cañas,
Para que mas te alborotes,
El almaizar que le labres
Y la manga que le bordes,
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
A quien le dé los cautivos
Cuando de la guerra torne;
Y en batalla de cristianos
De velle muerto te asombres,
Y plegue Alá que suceda
Cuando la mano le tomes;
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goces;

Que es la mayor maldicion
Que pueden darte los hombres —
Con esto llegó á Jerez
A la mitad de la noche;
Halló el palacio cubierto
De luminarias y voces,
Y los moros fronterizos
Que por todas partes corren
Con sus hachas encendidas
Y con libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos alzóse,
Y arrojándole la lanza
De parte á parte pasóle.
Alborotóse la plaza,
Desnudó el moro el estoque,
Y por mitad de la gente
Hácia Sidonia volvióse.

(*Romancero general.*—It. *Flor de nuevos y varios Romances*, 1ª parte.)

[1] Para colocar este romance entre los moriscos novelescos que se refieren al tiempo de las guerras de Granada, hay que pasar por un anacronismo, pues entónces ya Sevilla era de los cristianos, y no podia ser Albenzaide alcaide de ella ni de su alcázar. Sin embargo, esta composicion es tan bella que se halla en casi todas las antologías que se han publicado desde principios del siglo XVII.

34.

GAZUL.—VI.

(*Anónimo* [1].)

No de tal braveza lleno
Rodamonte el africano,
Que llamaron rey de Arjel
Y de Zarza intitulado,
Salió por su Doralice
Contra el fuerte Mandricardo,
Como salió el buen Gazul
De Sidonia aderezado,
Para emprender un hecho
Tal, que nunca se ha intentado,
Y para esto se adorna
De jacerina y de jaco;
Y al lado puesto un estoque,
Que de Fez le fué enviado,
Muy fino, y de duros temples,
Que le forjara un cristiano,
Que allá estaba en Fez cautivo,
Porque del Rey era esclavo:
Mas le estimaba Gazul,
Que á Granada y su reinado.
Sobre las armas se pone
Un alquizel leonado;
Lanza no quiere llevar
Por ir mas disimulado.
Pártese para Jerez
Do tiene puesto el cuidado:
Tropella toda la vega
Corriendo con su caballo.
Vadeando pasa el rio,
Que Guadalete es llamado,
El que da famoso nombre
Al puerto antiguo nombrado,
Cual dicen Santa María
Deste nuestro reino hispano;
Así como pasó el rio
Mas aprieta su caballo
Para llegar á Jerez,
Ni muy tarde ni temprano;
Porque se casa su Zaida
Con un moro sevillano
Por ser rico y poderoso,
Y en Sevilla emparentado,
Y biznieto de un alcaide
Que fué en Sevilla nombrado
Del alcázar y la torre,
Moro valiente esforzado;
Pues de casarla con este,
A su Zaida habia tratado,
Mas aqueste casamiento
Caro al moro le ha costado
Porque el valiente Gazul
Como á Jerez ha llegado
A dos horas de la noche,
Que así lo tiene acordado,
Junto á la casa de Zaida
Se puso disimulado.
Pensando está qué hará
En un caso tan pesado:
Determina de entrar dentro,
Y matar al desposado.
Ya que en esto está resuelto,
Vido salir muy de espacio,
Mucha caterva de gente,
Con mil hachas alumbrando.
La Zaida venia en medio,
Con su esposo de la mano,
Que iban con los padrinos,
A desposarse á otro cabo.
El buen Gazul que los vido,
Con ánimo alborotado,
Como si fuera un leon
Se habia encolerizado.
Mas refrenando la ira,
Se acercó con su caballo,
Por acertar en su intento,
Y en nada salir errado.
Y aguarda llegue la gente
Adonde estaba parado;
Y como llegaron junto,
A su estoque puso mano;
Y en alta voz que le oyeron,
Desta manera ha hablado:
—No pienses gozar á Zaida,
Moro bajo y vil villano:
No me tengas por traidor,
Pues que te aviso y te hablo.
Pon mano á tu cimitarra,
Si presumes de esforzado.—
Estas palabras diciendo,
Un golpe le habia tirado
De una estocada cruel,
Que le pasó al otro cabo.
Muerto cayó el triste moro
De aquel golpe desastrado:
Todos dicen, muera, muera
Hombre que ha hecho tal daño.
El buen Gazul se defiende;
Nadie se llega á enojarlo:
Desta manera Gazul
Se escapó con su caballo.

(*Romancero general.*)

[1] Es una repeticion del asunto del anterior, pero que desmerece mucho comparado con él.

35.

GAZUL. — VII.

(*Anónimo* [1].)

Cuando por prados amenos
Febo su ganado impone
De noche á pacer los henos,
«Sale la estrella de Vénus
»Al tiempo que el sol se pone.»
Y cuando con rayos de oro
Febo busca otro horizonte,
Sale Diana y su coro,
«Y con ella un fuerte moro
»Semejante á Rodamonte.»
Es el moro enamorado,
Aunque amor no le socorre;
Y como desesperado
«Sale de Sidonia airado,
«De Jerez la vega corre.»

Va de noche sin almete;
Y como su sol se esconde,
Con el camino arremete
«Por donde entra Guadalete
»Al mar de España, y por donde,»
Toma el camino mas tuerto
Por no ser visto de hombre,
Y por donde va encubierto,
«Santa María del Puerto
»Recibe famoso nombre.
Su cierto mal adivina,
Y aunque de trato tan doble
La venganza determina,
«Desesperado camina,
»Siendo de linaje noble.»
Y como es metal la plata
Que ha vencido siempre al cobre,
Y el moro no se rescata,
«Le deja su dama ingrata
»Porque se suena que es pobre.»
Las leyes de amor traspasa;
Y porque no quiere tope
Hombre, que es pobre su casa,
«Aquesta noche se casa
»Con un moro feo y torpe.»
Y sin tenerle mancilla,
Quiere su pecho le borre;
Y al otro da mano y silla,
«Porque es alcaide en Sevilla,
»Del alcázar y la torre.»
Con el gran dolor que siente
Blasfema á veces su nombre;
Y como olvidado ausente,
«Se quejaba dulcemente
»De un agravio tan enorme.»
Como cólera le ciega
Y no sabe quien le esconde,
En llanto y voces se anega,
«Y á sus palabras la vega
»Con dulces ecos responde.»
Ingrata, que eres casada
Sin que mi lanza lo estorbe,
Y como el nombre le agrada,
«Zaida, dice, mas airada
»Que el mar que las naves sorbe.»
Como el agravio es notable,
Va cual otro Rodamonte
Diciendo: — ¡ah, mujer mudable,
«Mas dura é inexorable
»Que las entrañas de un roble!»
¡Déjasme en tan gran fatiga
Con los primeros favores,
Cual pajarillo en la liga!
«¿Cómo es posible, enemiga,
»Despues de tantos amores?»
Mil vidas dejaré en calma
Primero que atras me torne;
Pues me has negado la palma,
«Que de prendas de mi alma
«Ajena mano se adorne.»
Mira, cruel, lo que trazas,
Y si este pecho tan noble,
Y esta alma que es tuya enlazas
«¿Es posible que te abrazas
»Con las cortezas de un roble?»
Pierdo el juicio, y me destruyo
De que á un tronco le dés favores,
Que no se vió fruto suyo,
«Y dejas un árbol tuyo
»Desnudo de fruta y flores.»
Por un nieto de Acenul
Metido en cien mil dolores,
Vestido el alma de azul,
«Dejas tu amado Gazul,
»Dejas tres años de amores.»
Solo porque no so alcaide,
Ingrata, me desconoces,
No habiendo como yo nadie:
«Y das la mano á Albenzaide,
»Que aun apénas le conoces.»
Yo quiero cese mi pico;
Pues noblezas no conoces,
Que aunque es en dinero chico,
«Dejas un pobre muy rico,
»Y un rico muy pobre escoges.»
Yo haré que se quede en calma
El alma á que te dispones,
Y que no goces la palma;
«Pues las riquezas del alma
»A las del cuerpo antepones[2].»

(*Romancero general.*)

[1] Estas quintillas son una glosa del de *Sale la estrella de Vénus*.
[2] *Posypones* deberia decir.

36.

GAZUL.—VIII.

(*Anónimo.*)

La bella Zaida Cegrí,
A quien hizo suerte avara
Esposa y viuda en un punto
Por una arrojada lanza,
Sobre el cuerpo de Albenzaide
Destila líquida plata,
Y convertida en cabellos
Esparce el oro de Arabia.
Las manos en las heridas
Por do el moro se desangra
Pone, y en Gazul los ojos,
Que está lidiando en la plaza.
—¡Oh cruel mas que celoso!
Le dice con voz turbada:
Ruego á Alá que de esta empresa
Presto recibas la paga,
Y que en medio del camino
Cuando á tu Sidonia vayas,
Encuentres, aunque sea solo
A Garci-Perez de Vargas,
Y que en viéndole te turbes,
Y con fuerza desmayada
No puedas regir la rienda
Ni cubrirte con la adarga.
Cautivo quedes ó muerto,
¡Valiente solo en la fama!
¡Guerreador entre libreas
No entre arneses y corazas!
Y si á Sidonia volvieres
A los ojos de tu amada,
Celos se vengan á hacer
Sospechas averiguadas.
Torna, deja los amores
De fe burladora y falsa,
Por cuya mudanza espero
Hacer honrosa mudanza.
¡Envaina, perro, el alfanje!
¡Vuelve, traidor, las espaldas,
Pues estás hecho á volver
La fe, y á nunca aguardarla!
Nunca tú tuviste amor,
Ni vienes de buena casta,
Que el amador bien nacido
Jamas procuró venganza.
Torno á decir, que permita
Alá, que tan mal te vaya
En guerra, en paz, en amor,
Que pierdas con la ganancia.
Tu dama la de Sanlúcar,
Cuando vuelvas sea casada,
Y en parte donde no pueda
Verte cuando á vella vayas;
Y si casada no fuere,
Verdad no te diga en nada;
Enfádenle tus servicios,
Y cánsenle tus palabras.—
El moro estando en aquesto
En la plaza se hace plaza,

Y deja que el viento lleve
Sus quejas y sus palabras.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.a parte.)

37.

GAZUL. — IX.

(*Anónimo* [1].)

Por la plaza de Sanlúcar
Galan paseando viene
El animoso Gazul,
De blanco, morado y verde.
Quiérese partir el moro
A jugar cañas á Gelves,
Que hace fiestas el Alcaide
Por las treguas de los reyes.
Adora una bella mora,
Reliquia de los valientes
Que mataron en Granada
Los Cegríes y Gomeles.
Por despedirse y hablarla
Vuelve y revuelve mil veces,
Penetrando con los ojos
Las venturosas paredes;
Y al cabo de un hora de años
De esperanzas impacientes,
Vióla salir á un balcon
Haciendo los años breves;
Y arremetiendo al caballo
Por ver el sol que amanece,
Haciendo que se arrodille
Y el suelo en su nombre bese,
Con voz turbada la dice:
—No es posible sucederme
Cosa triste en esta empresa,
Habiéndote visto alegre.
Allá me llevan sin alma
Obligacion y parientes;
Mas volverá mi cuidado
Por ver si de mí le tienes.
Dame una empresa ó memoria,
Y no para que me acuerde,
Sino para que me adorne,
Guarde, acompañe y esfuerce.—
Celosa estaba Celinda,
Que envidiosos, como suelen,
A Zaida la de Jerez
Dicen que de nuevo quiere.
Airada responde al moro:
—¡Si en las cañas te sucede
Como mi pecho desea
Y el tuyo falso merece,
No volverás á Sanlúcar
Tan ufano como sueles,
A los ojos que te adoran
Y á los que mas aborreces!
Mas plegue á Alá que en las cañas
Los enemigos que tienes
Te tiren secretas lanzas
Porque mueras como mientes;
Y que traigan fuertes jacos
Debajo los alquiceres,
Porque si quieres vengarte
Acabes y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
Tus contrarios te atropellen,
Porque muerto en hombros salgas
Cuando á matar damas entres;
Y que en lugar de llorarte
Las que engañas y entretienes
Con maldiciones te ayuden,
Y de tu muerte se huelguen.—
El moro piensa que burla,
Que es propio del inocente,
Y alzándose en los estribos
Tomarle la mano quiere:
—Miente, le dice, Señora,
El moro que me revuelve,
A quien esa maldicion
Le caiga, porque me vengue.
Mi alma aborrece á Zaida,
Y de su amor se arrepiente,
Que su desden y tu amor
Han hecho mi fuego nieve.
¡Malditos sean tres años
Que la serví por mi suerte,
Pues me dejó por un moro
Mas rico de pobres bienes!—
Oyendo aquesto Celinda
Aquí la paciencia pierde,
Cerró la ventana airada,
Y al moro el cielo que tiene.
Pasaba entónces un paje
Con sus caballos ginetes,
Que los llevaba gallardos
De plumas y de jaeces.
La lanza con que ha de entrar
Toma, y furioso arremete,
Haciéndola mil pedazos
Contra las fuertes paredes,
Y manda que sus caballos,
Jaeces y plumas truequen,
De verdes en leonadas,
Y parte furioso á Gelves.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.a parte.)

[1] Romance lleno de brio, de amenidad, de risa y natural poesía.

38.

GAZUL. — X.

(*Anónimo.*)

A media legua de Gelves
Hincó en el suelo la lanza,
Y echándose sobre el cuento
Gazul á pensar se para.
Pensando en las maldiciones
De su Celinda, y de Zaida,
Está diciendo: —¡Fortuna,
Siempre me fuiste contraria!—
Y entre suspiro y suspiro
Un ay con rabiosa saña
Arranca del fuerte pecho,
Sin otras razones varias.
—El ausencia de Celinda
No me atormenta ni causa,
Porque fuera sin razon
Maldiciéndome adamalla.—
Con esto, indignado y fiero
Enristró su fuerte lanza,
Y contra un nudoso roble
Hizo tres trozos el asta.
Quitó al caballo el jaez;
Y la empresa de su dama,
Como si fuese leon,
Con los dientes despedaza.
A una cinta de oro y seda
Que le puso en la celada
Su enamorada Celinda,
Tambien le da justa paga.
Sacó un retrato del pecho,
Y cuanto su fuerza basta,
Despide rompiendo el aire
Porque burle su mudanza.
—¿Para qué quiero yo adornos,
Si llevo adornada el alma
De maldiciones injustas
Por premio de mi ganancia?
Mas me vale ir despojado,
Pues lo voy de la esperanza,
Y aunque no de los cuidados
Que me atormentan y cansan,
Yo tomaré en estos robles
De mi mal cruda venganza.

Mas ¿qué digo? ¿Estoy en mí?
No tienen sentido plantas.—
Quitó el freno á su caballo,
Y echóle por la ventana,
Diciendo: —Vé á tu albedrío,
Que así me dijo á mi Zaida.—
El caballo estando suelto
Al punto á correr arranca,
Y él prosigue su camino
A pié, sin yelmo ni lanza.

(*Romancero general.*)

39.

GAZUL. — XI.

(*Anónimo.*)

Cual bravo toro vencido
Que escarba la roja arena,
De su Celinda afrentado,
Gazul á Sanlúcar deja.
Desesperado va el moro
En una alazana yegua,
Con un jaez leonado,
De su congoja la muestra.
En naranjado y en negro
Lo blanco y lo verde trueca,
Y lo amoroso morado
En rabia cruel y negra.
Una marlota vestida
De blanco y azul á medias,
Y en la parte que era azul
Unas nubladas estrellas.
Listados van los volantes
De encarnado y seda negra,
El bonete azul escuro,
Cielo de luto y tristeza:
Solamente el tahalí
Del alfanje, verde lleva,
Porque él solo ha de vengarse
De quien revuelve su esfera;
Y de la triste color
Que queda en la seca arena,
El moro lleva la toca
Que el nervioso brazo aprieta;
Negros son los borceguíes,
Y negras las estriberas;
Negras las ligas y cabos
Y barcinas las espuelas:
No lleva lanza alheñada,
Que ya la volara en piezas
En la pared de su dama,
Cuando le cerró la puerta.
Lleva datilada adarga,
Y en ella una nueva seña,
Que es un cielo escuro y triste,
Y en medio una luna llena:
Llena, pero ya eclipsada,
Y alrededor esta letra:
«Tan oscura como clara,
«Y tan cruel como bella»;
Y pues le quitó Celinda
Las alas con que alto vuela,
No quiere plumas el moro
En su gallarda cabeza.
Miércoles á medio dia
Gazul por los Gelves entra;
Vase derecho á la plaza,
Y á jugar cañas comienza.
No le conocen las damas
Por la trocada librea,
Ni le conoce su Alcaide
Hasta que mas cerca llega.
Las adargas pasa el moro
Cual de blanda ó tierna cera,
Con los veloces bohordos
Que tira en la fértil vega.
No hay quien al moro resista,
La gente se hace afuera,
Que viene desesperado
Y por las obras lo muestra.
Alborótase la plaza,
Y solo Gazul se queda
Diciendo, al cielo mirando,
Con voz colérica y recia:
—¡Ojalá las maldiciones
De Celinda se cumplieran,
Y en mi pecho atravesadas
Alheñadas lanzas viera!
¡Y que en lugar de llorarme
Las damas me maldijeran,
Y muerto afrentosamente,
En hombros de aquí saliera!
¡Y que nadie me ayudara,
Porque dar gusto pudiera
A aquella airada leona,
Que ver mi muerte desea!—
Aquesto diciendo el moro
La veloz yegua rodea,
Jurando de no volver
Donde Celinda lo vea.

(*Romancero general.*)

40.

GAZUL.—XII.

(*Anónimo.*)

En el tiempo que Celinda
Cerró airada la ventana,
Y la disculpa á los celos
Que el moro Gazul le daba,
Confusa y arrepentida
De haberse fingido airada:
Por verle y desagraviarle
El corazon se le abrasa;
Que en el villano de amor
Es muy cierta esta mudanza,
Y la danzan muchas veces
Los que de véras se aman.
Y como supo que el moro
Rompió furioso la lanza
Que llevaba para entrar
En Gelves á jugar cañas,
Y que la librea verde
Habia trocado en leonada,
Sacó luego una marlota
De tafetan rojo y plata,
Y un bizarro capellar
De tela de oro morada,
Llenos de costosas perlas
Los rapacejos y franjas,
Con un bonete cubierto
De zafiros y esmeraldas,
Que publican celos muertos,
Y vivas las esperanzas,
Con una nevada toca
Con plumas verdes y blancas,
Y con acerados hierros
Una lanza naranjada:
Que el color de la veleta
Tambien publica bonanza.
Un liston de verde claro
Con que trajese la adarga,
Con una letra que dice:
«Guárdele bien quien bien ama»
Informándose primero
Adónde Gazul estaba,
Y que las fiestas de Gelves
A otro dia se dilatan,
A una casa de placer
Aquella tarde le llama;
Y diciéndole á Gazul,
Que Celinda le aguardaba,
Al paje le preguntó
Tres veces, si se burlaba:
Que son malas de creer
Las nuevas muy deseadas,

A lo ménos las que esperan
Personas enamoradas;
Y afirmàndole que sí,
Sin hablarle mas palabra,
Se sale á ver en la gloria
De los ojos de su dama.
Encontróla en un jardin
Que un almoraduj cortaba,
Y dejaba las violetas
Azules, por las moradas.
Entre mosqueta y jazmin
Un ramito concertaba,
Poniendo lo blanco al pecho
Y lo morado en el alma.
Viéndose el moro con ella,
Apénas los ojos alza,
Que á quien sale de lo oscuro
Turbacion el sol le causa.
Celinda le asió la mano,
Un poco roja y turbada;
Y al fin de infinitas quejas,
Que en tales pasos se pasan,
Dijo Gazul :—¿Es posible,
Señora, que dés tal paga,
A quien por Alá te juro
Que cuando sin tí se halla,
Moriria á no traerte
En la idea retratada?
¡Y si de Jerez me acuerdo
Mátenme de una lanzada,
Del modo que yo maté
Al desposado de Zaida;
O véate yo en los brazos
De quien mas celos me causa,
Y que por desesperarme
Tiernos favores le hagas,
Si el moro que te ha informado
Te dijo verdad en nada!—
La mora quedó con esto
Satisfecha y muy pagada,
Y entre ellos el aficion
Con mas firmeza que estaba,
Que de revolver amantes
Otra cosa no se saca.
Vistióse al fin las preseas
Con las manos de su dama;
Y sobre un caballo overo
Con los jaeces de plata,
Un bozal de oro morado,
Moradas plumas y banda,
Despues de haberse abrazado
Con palabras regaladas,
Se parte Gazul á Gelves
Contento á jugar las cañas.

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

41.

GAZUL. — XIII.

(*Anónimo* [1].)

De honor y trofeos lleno,
Mas que el gran Marte lo ha sido,
El valeroso Gazul
De Gelves habia venido.
Vínose para Sanlúcar
Donde fué bien recibido
De su dama Lindaraja,
De la cual es muy querido,
Estando ambos á dos
En un jardin muy florido,
Con amorosos regalos
Siendo cada cual servido.
Lindaraja aficionada
Una guirnalda ha tejido
De clavelinas y rosas,
Y un alhelí escogido,
Cercada de violetas,
Flor que de amantes ha sido;
Se la puso en la cabeza
A Gazul, y así le dijo :
—¡Nunca fuera Ganimédes
De rostro tan escogido!
¡Si el gran Júpiter te viera,
El te llevara consigo!—
El fuerte Gazul la abraza
Diciéndole con un riso :
—¡No pudo ser tan hermosa
La que el troyano ha escogido,
Por la cual se perdió Troya,
Y en fuego se habia encendido,
Como tú, Señora mia,
Vencedora de Cupido!
—Si hermosa te parezco,
Gazul, cásate conmigo,
Pues que me diste la fe
Que serías mi marido.
—Pláceme, dijo Gazul,
Pues yo gano en tal partido.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los Cegríes*, etc.)

[1] Aquí se ha mudado el nombre de Celinda en el de Lindaraja.

42.

GAZUL. — XIV.

(*Anónimo.*)

De los trofeos de amor
Ya coronadas sus sienes,
Muy gallardo entra Gazul
A jugar cañas á Gelves,
En un overo furioso
Que al aire en su curso excede,
Y en su pujanza y vigor
Un leve freno detiene.
La librea de los pajes
Es roja, morada y verde:
Divisa cierta y colores
De la que en su alma tiene.
Todos con lanzas leonadas
En corredores ginetes,
Adornados de penachos
Y de costosos jaeces :
El mismo se trae la adarga,
En quien un Féuix parece,
Que en vivas llamas se abrasa
Y en cenizas se resuelve.
La letra, si bien me acuerdo,
Dice : «Es inconveniente
Poderse disimular
El fuego que amor enciende.»
Llegado á do están las damas,
En los arzones se mete :
En pié se pusieron todas
Bien ciertas que mas merece.
Entre ellas estaba Zaida,
De quien un tiempo doliente
Fué favorecido el moro,
Aunque agora la aborrece.
Fué causa una sinrazon,
Que en amantes mucho puede,
Y viene á ser quien la hizo
El arrepentido siempre.
Con ella estaba Zafira,
Y Alminda, que dueño tiene
En grado muy allegado
Con los granadinos reyes.
Y como vido á Gazul
Renovóse el accidente,
Y tanto cuanto le mira
Mas le adora y mas le quiere;
Y así cual puesta en balanza,
Dando el alma mil vaivenes,
Celosa y arrepentida
Diversas cosas revuelve.

Alminda que vido a Zaida
Que de nuevo se entristece,
Para divertirla dijo
Le descubra lo que siente.
Turbada la respondió :
—Una imaginacion fuerte
Ha sido la causadora
De este mal que á puntos crece.
—Mejor será, dijo Alminda,
Refrenarla, porque suele
Despues de haber discurrido
Dar al traves las mas veces.
—Bien muestras, le respondió
La de Jerez, que no sientes
Los celos y fantasías,
Ni sabes qué son desdenes:
Que á saberlo, soy bien cierta
Que otra compasion tuvieses
De mi, que padezco y muero
De este mal que tú no entiendes.—
Tomó Zafira la mano,
Y la plática suspende
El alboroto y estruendo
De los que á las cañas vienen.
Estaban ya las cuadrillas
Dentro del cerco y palenque,
Con berberiscas naciones
Y marlotas diferentes.
Al son de bárbaras trompas
Los caballos impacientes,
Con relinchos y bufidos
Por medio la turba hienden.
Revuélvense unos con otros,
Y con ánimos valientes
Con leves cañas procuran
Ofenderse cuanto pueden.
Duró gran rato la fiesta;
Pero fué como sucede,
Que todo á la fin se acaba,
Todo se acaba y perece.
Daba prisa el cano tiempo
A Apolo, porque detiene
Su velocísimo carro,
De su tardanza impaciente;
Y cuando llegó al ocaso,
Su contrario que lo siente,
Con no ménos movimiento,
Bate las alas y viene,
A cuya venida todos
Por medio el campo arremeten,
Y de su esfuerzo pagados
Mandaron cesar los jueces.

(*Romancero general.*—It. *Flor de nuevos y varios Romances*, 1.ª parte.)

43.

CAZUL. — XV.

(*Anónimo* [1].)

Adornado de preseas
De la bella Lindaraja,
Se parte el fuerte Gazul
A Gelves á jugar cañas.
Cuatro caballos ginetes,
Lleva cubiertos de galas,
Con mil cifras de oro fino,
Que dicen : «Abencerraja.»
La librea de Gazul
Es azul, blanca y morada,
Los penachos de lo mismo,
Con una pluma encarnada.
De costosa argentería
De fino oro y fina plata :
Pone el oro en lo morado,
La plata en lo rojo esmalta.
Un salvaje por divisa
Lleva enmedio de la adarga,
Que desquijara un leon :
Divisa honrosa y usada
De nobles Abencerrajes,
Que fuéron flor de Granada,
De todos bien conocida,
Y de muchos estimada,
Llevaba el fuerte Gazul,
Por respeto de su dama,
Que es de los Abencerrajes,
A quien en extremo amaba.
Una letra lleva el moro
Que dice : «Nadie le iguala».
De aquesta suerte Gazul
De Gelves entró en la plaza,
Con treinta de su cuadrilla,
Que así concertado estaba,
De una librea vestidos
Que admira á quien los miraba.
Y una divisa sacaron,
Que ninguno discrepaba,
Sino fué el fuerte Gazul
En las cifras que llevaba.
Al son de los añafiles
El juego se comenzaba,
Tan trabado y tan revuelto,
Que parece una batalla.
Mas el bando de Gazul
En todo lleva ventaja :
El moro caña no tira,
Que no aportilla una adarga.
Miranlo mil damas moras
De balcones y ventanas;
Tambien le estaba mirando
La hermosa mora Zaida.
La cual dicen de Jerez,
Que en las fiestas se hallara,
Vestida de leonado
Por el luto que llevara
Por su esposo tan querido,
Que el bravo Gazul matara;
Zaida bien le reconoce
En el tirar de la caña.
Acuérdase en su memoria
De aquellas cosas pasadas,
Cuando Gazul la servia
Y ella le fué tan ingrata.
Muy mal pagó sus servicios,
Y lo mucho que él la amaba :
Siente tanto dolor desto,
Que allí cayó desmayada.
Y al cabo que volvió en sí,
La hablara su criada :
—¿Qué es esto, Señora mia,
Por qué causa te desmayas?—
Zaida le responde así
Con voz baja y muy turbada :
—Advierte bien aquel moro
Que agora arroja la caña :
Aquel se llama Gazul,
Cuya fama es bien nombrada.
Seis años fuí dél servida,
Sin de mí alcanzar nada.
Aquel mató á mi marido,
Y dello yo fuí la causa,
Y con todo eso le quiero,
Y le tengo acá en el alma.
Holgara que me quisiera
Pero no me estima en nada :
Adora una Abencerraje,
Por quien vivo desamada.—
En esto se acabó el juego,
Y la fiesta aquí se acaba :
Gazul se parte á Sanlúcar
Con mucha honra ganada.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegries, etc.*)

[1] Es al mismo asunto que el anterior.

44.

GAZUL. — XVI.

(Anónimo.)

Despues que el fuerte Gazul
Volvió de Gelves con vida,
De correr celosas cañas
Para su dulce Celinda;
En la plaza de Sanlúcar
La misma tarde á la brida
Se presenta dando vueltas
Al puerto de su alegría.
De morado y recamado
Un rojo alquicer traia,
Y un bonete verde oscuro
Con la toca tunecina;
Los adornos del caballo
Van con la misma divisa:
Solo muestra el borceguí
De oro la labor pajiza,
Que ya la desconfianza
Trae bajo del pié metida,
Porque Celinda esta cierta
Que á la ingrata Zaida olvida.
Con tanta gracia pasea
De ver la luz de su vida,
Que el caballo aun de las piedras
Saca polvo cuando pisa.
Labrando un caparazon
Para su Gazul Celinda
Estaba en esta ocasion,
Sola, triste y retraida.
Quiso dibujar un lirio
En un recamo que hacia,
Y sobre el dibujo puso
Una rosa alejandrina.
Echó en el color de ver
Que no es la flor que queria,
Y queriéndola quitar
La mano, el intento quita:
Que en los sucesos de amor,
Cuando el paso desvaría,
Truecan suerte los efectos
Por do el corazon los guia;
Y viendo que á sus antojos
Cuanto mas ménos atina,
Deja la labor y sale
Enojada de sí misma;
Y viendo al fuerte Gazul
Que á otra cosa no atendia,
Deja el balcon presurosa
Y luego á llamarlo envía;
Y dando razon de Gelves,
Y de su buena venida,
Dejando frias sospechas,
Entregaron ambas vidas.

(*Romancero general.*— It. *Flor de nuevos y varios Romances*, 1.a parte.)

45.

GAZUL. — XVII.

(Anónimo [1].)

Estando toda la corte
De Almanzor, rey de Granada,
Celebrando del Bautista
La fiesta entre moros santa,
Con ocho moros vestidos
De negro y tela de plata,
Que llevan ocho rejones
Y en ellos mil esperanzas,
Seguros de su ventura,
De muchas pruebas pasadas,
Y mas en el fuerte brazo
Que ha dado al mundo fianzas,
Que algunas veces la suerte
Suele á los hombres de fama
Llevarlos por los cabellos
A la fortuna contraria;
Entra el valiente Gazul
Señoreando la plaza,
Que con ir solo por ella
Toda la ocupa y levanta:
Hijo de sí por sus obras,
Para gloria de su fama,
Y para nobleza suya,
Es Alcaide de la Algava.
Los ojos del pueblo lleva
El caballo entre las plantas,
Y en los apacibles suyos
Los hermosos de las damas.
Pasa delante del Rey,
Del Príncipe y de la Infanta,
Y haciendo su cortesía,
El caballo y lanza pára.
Despues del galan paseo
En que fué vista su gala,
Los toros salen al coso
Y al riesgo de su pujanza.
El moro toma un rejon
Y el diestro brazo levanta:
Furioso acomete y pica,
Uno encuentra y otro pasa.
Del toro el aliento frio
El rostro al caballo espanta,
Y la espuma del caballo
Al toro ofende la cara.
Admirada está la corte
Del airoso brio y gracia,
Porque ningun lance pierde
Y mil voluntades gana.
En este tiempo la suerte
A la postrera le llama,
Porque sale un bravo toro,
Famoso entre la manada,
No de la orilla del Bétis,
Ni Genil, ni Guadiana,
Fué nacido en la ribera
Del celebrado Jarama:
Bayo, el color encendido,
Y los ojos como brasa,
Arrugados frente y cuello,
La frente bellosa y ancha,
Poco distantes los cuernos,
Corta pierna y flaca anca,
Espacioso el fuerte cuello,
A quien se junta la barba;
Todos los extremos negros,
La cola revuelta y larga,
Duro el lomo, el pecho crespo,
La piel sembrada de manchas.
Harpado llaman al toro
Los vaqueros de Jarama,
Conocido entre los otros
Por la fiereza y la casta.
En cuatro brincos se pone
En la mitad de la plaza,
Y casi en la blanda arena
El hendido pié no estampa.
Sale al encuentro Gazul,
Como si fuera montaña,
Alzando el brazo en el hombro
Vibrando al rejon el asta:
Saca el codo junto al pecho,
Llega el puño, el brazo saca,
Y picando el fuerte cuello,
Cuero, carne y vida rasga.
El fiero toro derriba,
El suelo mide la espalda,
Los piés que en la tierra herian
Al cielo vuelven las plantas;
Con el furor natural
Vuelve á un lado, prueba y alza
La tierra, que el cuerpo herido
No tiene mas que arrogancia;
De cuya herida en un punto

Revuelta en la sangre, escapa
La vida, dejando á muchos
Envidia de tal hazaña.
Juntóse el moro valiente,
A quien sigue y acompaña,
Oyendo los parabienes
De caballeros y damas;
Porque otra cosa no escucha
Desde andamios y ventanas,
Sino que fué grande suerte
De aquel famoso de Algava.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

[1] Bellísimá descripcion de un toro, y del lance del lidiador. No puede haber cosa mas poética, y al mismo tiempo mas verdadera de lo que sucedia en las fiestas de toros del tiempo de los Reyes Católicos y aun de sus sucesores. En ellas y en los juegos de cañas los caballeros, olvidados de sangrientos torneos, conservaban los recuerdos y aun las costumbres de los moros. En el romance que sigue se llama *Abdilí*, en vez de Almanzor, al rey que presidió la fiesta.

46.

GAZUL. — XVIII.

(*Anónimo* [1].)

Estando toda la corte
De Abdilí, rey de Granada,
Haciendo una rica fiesta,
Habiendo hecho la zambra,
Por respeto de unas bodas
De gran nombradía y fama,
Por lo cual se corren toros
En la plaza Vivarambla;
Estando corriendo un toro,
Que su bravura espantaba,
Se presentó un caballero
Sobre un caballo en la plaza,
Con una marlota verde,
De damasco vandeada;
El capellar de lo mismo,
Muestra color de esperanza.
Plumas verdes, y el bonete
Parece de una esmeralda.
Seis criados van con él,
Que le sirven y acompañan,
Vestidos tambien de verde,
Porque su señor lo manda;
Como aquel que en sus amores
Esperanza lleva larga.
Un rejon fuerte y agudo,
Cada criado llevaba;
De color negro eran todos
Y vandeados de plata.
Conocen al caballero
Por su presencia bizarra,
Que era el muy fuerte Gazul,
Caballero de gran fama.
El cual con gentil donaire
Se puso enmedio la plaza,
Con un rejon en la mano,
Que á algun Marte semejaba,
Y con ánimo invencible
Al fuerte toro aguardaba:
El toro cuando le vido
Al cielo tierra arrojaba
Con las manos y los piés,
¡Cosa que gran temor daba!
Y despues con gran braveza
Hácia el caballo arrancaba,
Por herirle con sus cuernos,
Que como alesnas llevaba:
Mas el valiente Gazul
Su caballo bien guardaba,
Porque con el rejon duro
Con destreza no pensada
Al bravo toro heria
Por entre espalda y espalda.
El toro muy mal herido,
Con sangre la tierra baña,
Quedando en ella rendido,
Su bravura aniquilada.
La corte toda se admira
En ver aquella hazaña.
Y dicen que el caballero
Es de fuerza aventajada,
El cual, corridos los toros,
El coso desembaraza,
Haciéndole al rey mesura,
Y á Lindaraja su dama:
Lo mismo hizo á la reina,
Y á las damas que allí estaban

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de los Cegries*, etc.)

[1] Es al mismo asunto del que le procede, y en uno y otro se describe maravillosamente una fiesta de toros de aquellas en que eran lidiadores los mas nobles y valientes caballeros, y de las cuales no quedan en España sino los débiles y pálidos vestigios que se notan en las fiestas reales que se celebran á la coronacion de nuestros reyes, ó la jura de los príncipes herederos. Pero ¡cuán enorme es la diferencia! Porque faltando en estas la galantería y el amor, y las damas á quienes las otras se dedicaban, puede decirse que las falta todo. El romance que precede á este es en sumo grado mas bello y perfecto; pero en vez de *Abdilí*, llama *Almanzor* al Rey de Granada ante quien se celebró la fiesta.

47.

GAZUL. — XIX.

(*Anónimo.*)

Al tiempo que el sol esconde
Debajo del mar su lumbre
Y de rojos arreboles
Colora el aire y las nubes,
Llegaba el fuerte Gazul
A Alcalá de los Gazules,
Con cuatrocientos hidalgos
De los moros andaluces:
Y apénas llegaba, cuando
«Suenan tiros y arcabuces,
» Atabales y trompetas,
» Chirimías, sacabuches,
» Que venia á echar de España
» A Zulema, rey de Túnez,
» Que estaba ya apoderado
» De Marbella y sus alumbres »
Y aunque entra de noche el moro,
No quiere ni pide lumbres,
Que el claro sol de Celinda
Quiere solo que le alumbre;
Y á la entrada de la villa
«Suenan tiros y arcabuces etc.»
Todas las damas por vello
A los miradores suben,
Solo su esposa Celinda
Del suyo se esconde y huye.
Como no sale Celinda,
El corazon se le cubre
De temerosas sospechas,
De celosas pesadumbres;
Y apeándose en palacio
«Suenan tiros y arcabuces etc.»
Gazul del caballo baja
Y á ver á su esposa sube;
Hállala sola y tan triste
Que en suspiros se consume.
El moro llega á abrazalla,
Y ella se aparta y rehuye.
Y él dice: —¿Cómo es posible
Que tal conmigo se use?—
Y ántes que ella le responda
«Suenan tiros y arcabuces etc.»
Al fin le dice con ira,
— Traidor, ¿adónde se sufre
Que en cuatro meses de ausencia
De escribirme te descuides?—

Humilde responde el moro :
—«Mi bien, no es bien que me culpes,
Pues la pluma sin la lanza
Tomar un punto no pude.»—
Abrazáronse, y al punto
«Suenan tiros y arcabuces etc.»

(*Romancero general.*— It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

48.

GAZUL. — XX.

(*Anónimo.*)

Del perezoso Morfeo
Los roncos pífaros suenan,
Que se tocan, porque el dia
Hace con la noche treguas.
Ya del bullicioso vulgo
Las trampas y tratos cesan,
Y del pequeño al mayor
Con el dulce sueño huelgan :
Solo el triste canto se oye
De nocturnas avezuelas,
Y el retumbido del vulgo
Hace un ru, ru, en las orejas.
En medio de este silencio
De Zalda las quejas suenan,
Que con temor de la muerte
Cuando todos duermen vela :
«Que no hay quien quiera
»Morir aunque la muerte sea lijera :»
Que como hay tantos malsines,
Por congraciarse con ella
Le han dicho, como Gazul
De dalle la muerte ordena.
Toma el vestido de un moro
Y el suyo de mora deja,
Y así sale á media noche
De Jerez de la Frontera :
«Que no hay quien quiera, etc.»
En un lijero caballo,
Con una lanza lijera,
Tan animosa, que es harto
Que Gazul algo la exceda :
Y á cada paso que da
Vuelve hácia atras la cabeza,
Y con el miedo imagina
Su enemigo va tras ella :
«Que no hay quien quiera etc.»
El camino real dejó
Porque la dejen sospechas,
Y hácia Sevilla camina,
Por una oculta sendera ;
Y aunque el caballo brioso
Va corriendo á rienda suelta,
Con el temor, le parece
Que no anda mas que una piedra :
«Que no hay quien quiera, etc.»
Aunque quiere ir con secreto
Los suspiros no la dejan,
Que le salen por la boca,
Cual furiosas escopetas.
Cada momento se para,
Y escucha si gente suena;
Y como no suena nadie
Apresura su carrera :
«Que no hay quien quiera etc.»
Antojósela que el aire
La habla y dice : «Esposa, espera ;
Haré de ti un sacrificio,
Que á Albenzaide grato sea.»
Con aquesta fantasía,
Va mas que no viva, muerta ;
Y aunque el temor la desmaya,
Saca fuerza de flaqueza :
«Que no hay quien quiera, etc.»
Llegó á vista de Sevilla,
Y á aguardar que noche sea,
Y á las diez se va á apear
A casa de una parienta,
Donde estuvo algunos dias,
Y en siendo del todo cierta,
Ser mentira lo pasado,
Se tornó á Jerez contenta.
«Que no hay quien quiera
«Morir, aunque la muerte sea lijera».

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE ABENUMEYA.

49.

ABENUMEYA. — I.

(*Anónimo.*)

El gallardo Abenumeya,
Hijo del rey de Granada,
Con enemigos valiente,
Discreto y galan con damas;
Ausente y enamorado
De la hermosa Felisarda,
Hija del bravo Ferri,
Que es capitan de la guarda,
Por la vega de Genil
En una yegua alazana
Parte solo, porque á solas
Quiere gozar de sus ansias.
Son las colores que viste
Conformes al mal que pasa,
Porque si vieren sus ojos,
Vean lo que sufre el alma.
Viste leonada marlota,
Y en ella flores moradas,
Que entre congojas y penas
Florida está su esperanza;
En un albornoz pajizo
Unas columnas bordadas,
Por mostrar que á su firmeza
Combaten desconfianzas.
Puso en la adarga una luna
Con una banda morada,
Por dar muestras que de amor
Nace el temor de mudanza.
Banderilla lleva azul
Junto al hierro de la lanza:
Que celos son ocasion
De hacer yerros quien bien ama.
Una toca en su cabeza
De oro y de seda encarnada,
Plumas, garzotas, bonete
Recoge, aprieta y enlaza,
Y en el rizo de las plumas
Una muerte de esmeraldas,
Y de aljófar esta letra :
«Muerte es esperanza larga».
Mas aunque parte galan,
Apercibido va de armas,
Porque son de fino acero
Los forros de aquestas galas.
Suspirando va y diciendo ;
—¡Mi querida Felisarda,
No borres de tu memoria
A quien te escribió en el alma!
¡Mira que por causa tuya
Traigo vestida la malla,
Siempre la lanza en la diestra,
Siempre embrazada la adarga,
Venciendo en escaramuzas,
Y saliendo de batallas
Herido, por ser de celos,
Do acero ni fuerzas bastan!—
Diciendo esto el moro ausente
Sacó del pecho una carta,
Y con ella mil suspiros
Con que el viento fresco abrasa.

Quiso leella, y no pudo,
Porque lágrimas causadas
Y espesas nubes de penas
Lo impiden con fuego de agua.
La carta, con lo que llora,
Moja, enternece y ablanda,
Y con suspiros la enjuga;
Y aun es mucho no quemada.
Siente las frescas heridas,
Y en busca de quien las causa
Vuelve á Granada los ojos,
Y el alma á su Felisarda;
Y mira del Albaicin,
Adonde vive su dama,
Los dorados chapiteles
Y las antiguas murallas.
Por las de un jardin que tiene
Ve que se asoma una palma,
Que á pesar del grave peso
Levanta sus verdes ramas.
—¡Mora de mis ojos, dice:
Si, como dices, me amas,
Fáciles inconvenientes
Fácilmente atropellaras!
¡Mas ¡ay! que el tiempo descubre
Mi firmeza y tu mudanza!
La firmeza de mis obras,
Lo falso de tus palabras.
¡Mal haya yo, que por ti
Traigo revuelta á Granada!
Mis deudos me ponen ceño,
No me pueden ver tus guardas;
Mas aunque enemigos crezcan
Desdenes y ausencia larga,
Nada bastará á mudarme,
Que contra mi nada basta.—
En esto oyó que á rebato
Tocan en el Alpujarra,
Y como á quien tanto importa,
Parte á morir ó libralla.

(*Romancero general.*— It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 2.ª parte.)

50.

ABENUMEYA. — II.

(*Anónimo* [1].)

El gallardo Abenumeya,
Gran guerrero sobre el agua,
General de las galeras
De Muley, rey de Granada:
Aquel que hizo estragos
Contra las velas cristianas,
Se sale estragado el pecho,
Porque ha visto una mudanza.
No se queja de fortuna,
Pues jamas le fué contraria;
Mas quéjase, y con razon,
De la bella Celindaja,
Camarera de la Reina,
Y por Muza amartelada,
De que fué causa una ausencia,
Que siempre para en mudanza:
Por lo cual hace le pinten
En el campo de la adarga
Una nao veloz que al viento
Rompiendo del mar las aguas,
Porque en pasando una ola
No queda señal formada,
Que es condicion de mujeres,
De quien no hay firme palabra,
Y que al fin de su viaje
Da de traves en la barra,
Como ha dado su ventura
Por mujer y por mudanza;
Y que sirva el pensamiento
De popa bien levantada,
A causa de que en amar
Nadie al moro hizo ventaja;
Y que sirva de piloto
Su firme fe y su palabra,
Para apartalle del daño
Que le causó una mudanza;
Y que sean escotillones
Los dos ojos de su cara,
Por donde le entró á ver
Una aficion mal lograda;
Y quiere esté un estandarte
En el mástil de la gavia,
Para mostrar que en un tiempo
Tuvo á la fortuna en nada;
Y una letra en el bauprés
Que diga en lengua cristiana:
«Todos estos mis servicios
Tuvieron injusta paga»;
Que podrá ser que con esto
Conozca su mora ingrata,
Que á un capitan de la tierra
Gana un general del agua.
Con esto se partió el moro
Camino de la Alpujarra,
Para llegar á Almería,
Adonde dejó su armada.
Y promete que jamas
Creerá de mujer palabra,
Porque son plumas en viento,
O escrituras en el agua.

(*Romancero general.*)

[1] Malísimo romance.

ROMANCES DE ZAIDE.

51.

ZAIDE. — I.

(*Anónimo* [1].)

Zaide ha prometido fiestas
A las damas de Granada,
Porque dicen que su ausencia
De fiestas las tiene faltas;
Y para poder cumplir
Lo que promete á las damas,
Concierta con sus amigos
De hacerles fiestas y zambras.
Entre muchas que imagina,
Concierta una encamisada,
Para las damas secreta,
Y para el vulgo callada.
Y ántes que la clara aurora
El pecho se rasgue y abra,
Entra el venturoso moro
Con su ilustre camarada:
Hecha escuadra de cincuenta
Va toda bien concertada.
Cegríes con los Gomeles,
Azarques con los Audallas,
Vanegas y Portoloses,
Abencerrajes y Mazas,
Alfarríes y Achapices,
Fordaques con los Ferraras,
Madrugan para coger
A las damas descuidadas,
Deseosos de ver libre
Lo que encubren tocas blancas.
Cabezas y cuerpos ciñen
De unas floridas guirnaldas;
Muchas cañas llevan verdes,
Y en las manos blancas hachas.
Ya los clarines comienzan,
Ya las trompas y dulzainas,
Ya los gritos y alaridos,
Ya las voces y algazara,
Ya los añafiles tocan,
Ya les responden las cajas,
Y el envidioso Albaicin
Con mil ecos acompaña.

Los azorados caballos
Con los cascabeles andan,
Moviendo tanto rüido,
Que á la ciudad amenazan.
Unos corren, otros gritan,
Otros dicen: Pára, pára,
Sigan órden, vayan todos
La calle de la Alcazaba.
Otros dicen: La Gerca
No se deje, ni su plaza;
Otros, de Vavataubin
Vuelvan luego á la Alpujarra,
La calle de los Gomeles,
La plaza de Vivarrambla.
Corran toda la ciudad,
Viva Albolun, y el Alcázar.
Las damas que el dulce sueño
Las tiene muy descuidadas,
Al ruido dispiertan todas,
Y acuden á sus ventanas.
Cuál muestra suelto el cabello
Preso de una mano blanca;
Cual por descuido no cubre
Su blanco pecho y garganta.
Descuidadas salen todas
Al cuidado alborotadas,
Aunque del cuidado nacen
A cada mora mil ansias.
De pechos, y en pechos puesta
A la ventana asomada,
Está tan bella una mora,
Que mil pechos abrasaba.
Miran las moras la fiesta,
Cómo corren, cómo paran,
Y tan solo Zaida mira
Al aposento de su alma.
Zaide corre una carrera,
Y Muza su camarada;
Luego todos á la folla
Corren la cascabelada.
Tanto se enciende la fiesta,
Y con tantas véras anda,
Que no se viera la fin
Si el sol no les madrugara.
Determinan recogerse,
Dejan la fiesta acabada,
Piden lugar a la gente,
Diciéndola: Aparta, aparta.

(*Romancero general.*)

[1] Hay en este romance tanta vida y ánimacion, como puede haber en las fiestas que describe. No hay quien al leerle no se sienta trasportado á ellas. Oyense allí el ruido de las pisadas de los caballos, el sonido de los cascabeles y campanillas de los pretales, la confusion de la música con las voces y aclamaciones, el murmullo y gritos del pueblo; vese la sorpresa y curiosidad de las damas y las coqueterías con que medio desnudas se asoman á las ventanas. ¿Se puede hallar un cuadro mas bello con un mas brillante colorido, y con mas riqueza de expresion?

52.

ZAIDE.—II.

(*Anónimo.*)

Ya que la aurora dejaba
De Titon el lecho, y vuelve
A la tierra el rostro hermoso
Con la claridad que suele,
Sale un moro descompuesto
Que Zaide por nombre tiene,
Disfrazado, solo al fin,
Que es lo que de amor pretende.
No trae adarga, ni lanza,
Caballo, pluma en bonete,
Ni la marlota bordada,
Plumas, cifra ó martinetes;
Aúnque al lado del vestido
Una letra se parece
Que declara, en aljamía:
«Así me tratan desdenes».
Vestido un débil gaban,
Porque con vestido leve,
Es mas honor la nobleza,
Y mas oculta parece;
Y con la falta que muestra
De le faltar lo que quiere,
Va gallardo el fuerte moro,
Porque hoy amor le enriquece;
Y aunque por montes camina
A do gentes no parecen,
Es el ver su gallardía
Lo que desearse puede.
Y que su Zaida no ignora
Como él es hijo de Hamete,
Alcaide de los castillos
Que hacen á Granada fuerte,
Pues oro, plata ni sedas
No dan honor ni enriquecen,
Que la mancha en un linaje
Oro quitárla no puede;
Porque nunca Febo sale,
Si la noche prevalece,
O cuando ya la mañana
Con luz abundante crece.
De celos vive seguro,
Que es don que no se concede
A aquellos que son amantes,
Ni á todos los que pueden.
Lleva solo un rico alfanje
Oculto do no parece,
Y bien seguro de sí,
Aunque mas armas no lleve;
Y de su patria Granada
Le manda amor que se ausente
Hácia do vive su Zaida,
En cuya ausencia se muere,
Por ser la mas bella dama
Que cria el sol del Oriente.
Vive ausente de la corte,
Porque el Rey así lo quiere.
Es hija de un Alfaquí,
A quien el Rey mucho debe;
Allegado á la corona,
Del mismo Rey descendiente;
Y porque no se permite
Casar con moro pariente,
No es hoy su yerno el Rey,
De lo cual vive impaciente.
Ella dió su mano á Zaide
Despues de muchos reveses,
Y palabra de ser suya,
Si el tiempo no lo impidiese.
Despues de andar sus jornadas,
Cansado de verse ausente,
Llegó á vista de la torre
Que dentro á su mora tiene.

(*Romancero general.*)

53.

ZAIDE. — III.

(*Anónimo.*)

Por la calle de su dama
Paseando se halla Zaide,
Aguardando que sea hora
Que se asome para hablalle.
Desesperado anda el moro,
En ver que tanto se tarde,
Que piensa con solo verla
Aplacar el fuego en que arde.
Vióla salir á un balcon,
Mas bella que cuando sale
La luna en la oscura noche,
Y el sol en las tempestades.
Llegóse Zaide diciendo:
—Bella mora, Alá te guarde,
Si es mentira lo que dicen

Tus criadas y mis pajes.
Dicen que dejarme quieres,
Porque pretendes casarte
Con un moro que ha venido
De las tierras de tu padre.
Si esto es verdad, Zaida bella,
Declárate, no me engañes,
No quieras tener secreto
Lo que tan claro se sabe. —
Humilde responde al moro:
—Mi bien, ya es tiempo se acabe
Vuestra amistad y la mia,
Pues que ya todos lo saben.
Que perderé el ser quien soy,
Si el negocio va adelante:
¡Alá sabe si me pesa,
Y lo que siento el dejarte!
Bien sabes que te he querido
A pesar de mi linaje,
Y sabes las pesadumbres
Que he tenido con mi madre,
Sobre aguardarte de noche,
Como siempre vienes tarde,
Y por quitar ocasiones
Dicen que quieren casarme.
No te faltará otra dama
Hermosa, y de galan talle,
Que te quiera, y tú la quieras,
Porque lo mereces, Zaide.—
Humilde respondió el moro,
Cargado de mil pesares:
—¡No entendí yo, Zaida bella,
Que conmigo tal usases!
¡No entendí que tal hicieras,
Que así mis prendas trocases
Por un moro feo y torpe,
Indigno de un bien tan grande!
¿Tú eres la que dijiste,
En el balcon la otra tarde:
«Tuya soy, tuya seré
Y tuya es mi vida, Zaide» ?

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de los Cegries*, etc.)

54.

ZAIDE.—IV.

(*Anónimo* [1].)

Por las puertas de Celinda
Galan se pasea Zaide,
Aguardando que saliera
Celinda para hablalle.
Salió Celinda al balcon
Mas hermosa que no sale
La luna en escura noche
Y el sol entre tempestades.
—Buenos dias tengais, mora.
—A ti, moro, Alá te guarde.
—Escucha, Celinda, atenta,
Si es que quieres escucharme.
¿Es verdad lo que le han dicho
Tus criadas á mi paje,
Que con otro hablar pretendes
Y que á mí quieres dejarme
Por un turco mal nacido,
De las tierras de tu padre?
No quieras tener oculto
Lo que tan claro se sabe.
¿Te acuerdas como dijiste
En el jardin la otra tarde:
«Tuya soy, tuya seré,
Tuya es mi vida, Zaide?»—
De verse reconvenida
La mora en enojos arde,
Y cerrando su balcon,
Al turco dejó en la calle.
El galan soberbecido
Pisotea su turbante,
Y con rabiosas fatigas
Ha cantado estos cantares:
«¿Quieres que vaya á Jerez,
Por ser tierra de valientes,
Y te traiga la cabeza
Del moro llamado Hamete?
¿Quieres que me vaya al mar
Y las olas atropelle?
¿Quieres que me suba al cielo
Y las estrellas te cuente,
Y te ponga á tí en la mano
Aquella mas reluciente?»
La estrella sale de Vénus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del dia
Su mantito negro esconde.

(*Romance recogido de la tradicion.*)

[1] Este romance, que tal como es parece una mezcla inconexa de varios trozos de los impresos, da una idea de otros muchos que con iguales circunstancias se cantan tradicionalmente en la Serranía de Ronda, por los jóvenes aldeanos y campesinos. Al considerarle es fácil ver en él todo el carácter hiperbólico de los andaluces, y cuánto aun se acomodan á él la poesía y los amoríos tales como se trataban en el siglo XVI: sobre todo cuanto sigue al verso, *Quieres que vaya á Jerez*, no puede ser mas andaluz. Me le comunicó el *Sr. D. Serafin Calderon.*

55.

ZAIDE. — V.

(*Anónimo.*)

Fijó pues Zaide los ojos
Tan alegres cual conviene,
Por ser el tiempo cumplido
De su tan propicia suerte,
Y dice: —¡Dichoso muro,
Y dichosas tus paredes,
Adonde vive mi Zaida,
Y mi alma que ella tiene!
¡Dichoso el suelo que pisa
Con razon llamarse puede!
Pues en él sienta sus plantas
Hechas de fuego y de nieve;
¡Y mas dichoso tú, Zaide,
Si dar fin Alá quisiese
A esta tan terrible ausencia,
En que pensé que muriese!
El descanso desta vida,
Si durase para siempre,
¡Cuántos mas le procuraran
De los que buscarle suelen!
Y si la mortalidad
Que nos convida á la muerte,
Aunque con tarda esperanza,
Esperarla nos conviene;
Ya desde luego la espero,
Y en Alá primeramente,
Que el fin dichoso, en tus brazos,
Me dará próspero alegre.
Y si en la mas alta cima
Me hallase, y se permitiese,
Y mi amor hiciese efecto,
¡Dichosa sería mi suerte!
¡Bella Zaida de mis ojos!
¡Dichoso si ya te viese
En estos rendidos brazos,
Dichosos entre mil gentes!
Llega pues, verás tu Zaide,
Que nombras galan y fuerte,
El cual en saber amarte
A todos pasa y excede.
Debiera ser tu belleza
Tan libre como la muerte,
¡Aunque si tan libre fuera
Dieras á mil mundos muerte!
¡Bella Zaida! llega á tiempo
Que alcance mi avara suerte
La palma de tu valor,

Pues es deuda que me debes.—
Y como la vido el moro,
Dijo : —¡Si Alá permitiese
Que para alumbrar mis hechos
Tal sol no se oscureciese!
Y porque mi lengua muda
Temo que no manifieste
Lo mucho que noto en tí,
Dígalo quien mas sintiere.—
La mora responde : —Zaide,
Si de tí cierta estuviese
Que traias la lengua muda,
Juro que te obedeciese;
Mas temo que tus palabras
A la luz se me volviesen
Por remate de amistad,
Cada una una serpiente.—
Zaide respondió : — ¡Señora,
Si en mí tal jamas hubiere,
Quiero me falte la tierra,
Y el cielo su luz me niegue ! —
Con esto los dos asientan
Una amistad firme y fuerte,
Para no faltar jamas,
Si no falta con la muerte.

(*Romancero general.*)

56.

ZAIDE. — VI.

(*Anónimo* [1].)

Mira, Zaide, que te aviso
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis mujeres,
Ni con mis cautivos trates,
Ni preguntes en qué entiendo,
Ni quién viene á visitarme,
Ni qué fiestas me dan gusto,
Ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Corrida de haber querido
Moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
Que rajas, hiendes y partes,
Y que has muerto mas cristianos
Que tienes gotas de sangre;
Que eres gallardo ginete,
Y que danzas, cantas, tañes,
Gentil hombre, bien criado,
Cuanto puede imaginarse;
Blanco, rubio por extremo,
Esclarecido en linaje,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donaires;
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de dejarte:
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades,
Y habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarte,
Un alcázar en el pecho,
Y en los labios un alcaide.
¡Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes!
Porque los quieren briosos,
Que hiendan y que desgarren;
Y con esto, Zaide amigo,
Si algun banquete les haces,
El plato de tus favores
Quieres que coman y callen.
¡Costoso fué el que me hiciste!
¡Venturoso fueras, Zaide,
Si conservarme supieras
Como supiste obligarme!
Pero no saliste apénas
De los jardines de Tarfe,
Cuando hiciste de tus dichas
Y de mi desdicha alarde,
Y á un morillo mal nacido
Me dijeron que enseñaste
La trenza de mis cabellos,
Que te puse en el turbante.
No pido que me la vuelvas,
Ni tampoco que la guardes.
Mas quiero que entiendas, moro,
Que en mi desgracia la traes.
Tambien me certificaron
Como le desafiaste
Por las verdades que dijo,
¡Que nunca fueran verdades!
De mala gana me rio:
¡Qué donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¿Y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo á avisarte:
Esta será la postrera
Que me veas y te hable.—
Dijo la discreta mora
Al altivo Abencerraje,
Y al despedirle replica:
«Quien tal hace que tal pague».

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de los Cegries*, etc.)

[1] Es composicion tan bella y popular que se inserta en todas las colecciones de su género desde fines del siglo xvi en que se compuso, hasta el dia. De él se han hecho muchas imitaciones y algunas parodias.

57.

ZAIDE.—VII.

(*Anónimo* [1].)

Mira, Zaida, que te digo
Que andas cerca de olvidarme,
Determinada sin causa
De aborrecerme, y dejarme.
No preguntas en qué entiendo,
Ni consientes visitarte;
Mis recaudos aborreces,
Mis billetes te desplacen.
Confieso que eres hermosa,
Bizarra y de lindo talle,
Y que con donaire y brio
Bailas, danzas, cantas, tañes,
Y que has muerto mas cristianos
Que tienes gotas de sangre,
No con espada ni lanza,
Sino con armas mas graves;
Que emponzoñas con la vista,
Y encantas con el lenguaje,
Y con unas y otras cosas
Matas hombres á millares;
Que pierdo mucho en perderte,
Y gano mucho en ganarte;
Y si solo me quisieras
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de quedarme
De la suerte que me dejas,
Huyendo tus novedades:
Que eres pródiga en amar
Y presta en determinarte,
Lijerisima en querer,
Y mas lijera en mudarte.
Habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarte,
Firmeza en la voluntad,
Y al corazon un alcaide.
Mucho valen las mujeres
De tantas gracias y partes,

Porque hay pocas tan discretas,
Que en general poco saben:
Mas por eso, Zaida amiga,
Cuando quieren que las amen,
Al arca de sus favores
No ha de hacer mas de una llave.
¡Costosa es la que me diste!
¡Venturoso fuera Zaide
Si conservarte supiera
Como supo enamorarte!
Mas no bien hube salido
De los jardines de Tarfe,
Cuando en mi lugar pusiste
Un infame Bencerraje.
No porque enseñé la trenza
Que pusiste en mi turbante,
Ni conté de tus favores
A alguno la menor parte.
De esto no estarás quejosa,
Ni llamarás disparate
No guardar yo tus secretos,
Y querer que otro los guarde;
Que quien como hombre las siente,
Callar como piedra sabe;
Y aunque de quejas reviente,
Te prometo que yo calle.
Ninguna puedes tener
De mí, sino es por amarte,
Que soy extremo en quererte,
Y tú extremo en despreciarme.
Mas quien de mujeres fia
Es justo que así le traten,
Y que por mí digan todos:
Quien tal hace, que tal pague.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance es una contestacion al anterior, valiéndose del mismo tema.

58.

ZAIDE.—VIII.

(*Anónimo* [1].)

Di, Zaida, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que muera y que calle?
No dés crédito á mujeres
No fundadas en verdades;
Que si pregunto en qué entiendes,
O quién viene á visitarte,
Son fiestas de mi tormento
Ver que visitas te aplacen.
Si dices que estás corrida
De que Zaide poco sabe,
¡No sé poco, pues que supe
Conocerte y adorarte!
Si dices son por mi causa
Las que en el rostro te salen,
¡Por la tuya, con mis ojos,
Tengo regada tu calle!
Confiesas que soy valiente,
Y tengo otras muchas partes;
¡Pocas tengo, pues no puedo
De una mentira vengarme!
Mas si ha querido mi suerte
Que ya, que el quererme te canse,
No pongas inconvenientes
Mas, de que quieres dejarme;
No entendí que eras mujer
A quien novedad aplace;
Mas son tales mis desdichas
Que en mí lo imposible hacen:
Y hanme puesto en tal extremo
Que el bien tengo por ultraje,
Y alábasme para hacerme
La nata de los pesares.
Yo soy quien pierdo en perderte,
Y gano mucho en ganarte;
Y aunque hablas en mi ofensa
No dejaré de adorarte.
Dices, que si fuera mudo,
Fuera posible adorarme;
Si en mi daño yo le he sido,
Enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿Quieres, señora, matarme?
Basta decir que yo hablé,
Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales;
Mi boca la del silencio,
Que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales;
Mas de favores hacello
Solo pertenece á infames.
Zaida cruel, hasme dicho
Que no supe conservarte;
¡Mejor te supe obligar,
Que tú has sabido pagarme!
Mienten los moros y moras,
Miente el infame de Tarfe,
Que si yo le amenazara,
Bastara para matarle.
A ese perro mal nacido
A quien yo mostré el turbante,
No le fio yo secretos,
Que en bajos pechos no caben:
Yo le he de quitar la vida,
Y he de escribir con su sangre,
Lo que tú, Zaida, replicas:
Quien tal hizo que tal pague.

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 4.ª parte.)

[1] Es otra contestacion que da Zaide al romance núm. 56

59.

ZAIDE.—IX.

(*Anónimo.*)

¡Bella Zaida de mis ojos,
Y del alma bella Zaida,
De las moras la mas bella,
Y mas que todas ingrata,
De cuyos rubios cabellos
Enreda amor mil lazadas,
En quien ciegas de tu vista
Se rinden mil libres almas!
¿Qué gustos, fiera, recibes,
De ser tan mudable y varia,
Y con saber que te adoro,
Tratarme como me tratas?
¿Y no contenta de aquesto,
De quitarme la esperanza,
Porque de todo la pierda
De ver mi suerte trocada?
¡Ay cuán mal, dulce enemiga,
Las véras de amor me pagas,
Pues en cambio dél me ofreces
Ingratitud, y mudanza!
¡Cuán presto le diste al viento
Tus promesas y palabras!
¡Pero bastaban ser tuyas,
Para que tuviesen alas!
¡Acuérdate que algun dia
Dabas de amor muestras claras,
Con mil favores tan tiernos,
Que por ser tantos ya faltan!
¡Acuérdate, Zaida hermosa,
Si aun aquesto no te enfada,
Del gusto que recibias,
Cuando rondaba tu casa!
Si de dia, luego al punto
Salias á las ventanas;
Si de noche, en el balcon,
O en las rejas te hallaba.

Si tardaba, ó no venia,
Mostrabas celosa rabia;
Mas ahora que te ofendo,
Que acorte el pasar me mandas.
Mándasme que no te vea,
Ni escriba billete, ó carta
Que un tiempo tu gusto fuéron,
Mas ya tu disgusto causan.
¡Ay Zaida, que tus favores,
Tu amor, tus palabras blandas,
Por falsas se han descubierto,
Y descubren que eres falsa!
Eres mujer finalmente,
A ser mudable inclinada,
Que adoras á quien te olvida,
Y á quien te adora desamas.
Mas, Zaida, aunque me aborreces,
Por no parecerte en nada,
Cuando de yelo tu fueras,
Mas sustentaras mi llama.
Pagaré tu desamor
Con mil amorosas ansias,
Que el amor fundado en véras,
Tarde se rinde á mudanza.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los Cegries*, etc.)

60.

ZAIDE.—X.

(*Anónimo.*)

«Dime, Bencerraje amigo,
¿Qué te parece de Zaida?
¡Por mi vida que es muy fácil!
¡Para mi muerte es muy falsa!
Este billete la escribo:
Escucha, y silencio guarda.
Que su beldad estimé,
Y quiero estimar su fama.
—¡Oh mora, imágen del tiempo
En condicion y mudanza,
Hipócrita en los amores,
Logrera en las esperanzas!
Ya tu voluntad y gustos
Van por leyes de las galas,
Que á cada tocado nuevo
Nuevos pensamientos sacas.
Confieso que eres mas bella
Que las flores con el alba;
Mas al fin, hay varias flores,
Y tú tambien eres varia.
Espejo eres de hermosura,
Pero tienes una falta,
Que á todos haces buen rostro,
¡Notable vicio en las damas!
Nuevas parecen mis quejas,
Pues no te llamo inhumana;
¡Mas ojalá cruel fueras,
Y no tan afable y mansa,
Que aunque dieras tarde el fruto,
Fueras firme como palma,
Que á costa de mis tormentos
De ella te hiciera guirnaldas!
Mas ayer se vino un huésped,
Y ya le ofreces el alma.
¡No sé, Zaida, cómo es esto,
Pues otra me tienes dada!
¡Si tantas almas tenias,
Dijéraslo, y no te amara!
Que yo no tengo mas de una,
Y no sé cumplir con tantas.
¡Ay, Zaida, cómo te temo!
¡Deja que el huésped se vaya,
Y verás tras su partida
Su fe partida y quebrada!
Pero dirás que no sientes
Ausencia, porque no amas,
Y que yo quedo en la corte
Esclavo antiguo de casa.
¡Muy mal conoces mi gusto!
¡Mucho te estimas y engañas!
¿Qué, tengo yo faltas, mora,
Para entretenerte á faltas?
Quien media vez me ofendió,
Entera no ha de contarla,
Que en mujer, un solo yerro,
A quien sufre mucho agravia:
Mas esto al fin te aconsejo,
Y es dar al viento palabras,
Que al primero que admitieres
Le dés las prendas del alma.
Ten ya en tus amores fe,
No condenes tu honra y fama
Con amor falso y fingido,
Que sin fe nadie se salva;
Y no firmo este papel,
Pues no soy á quien llamabas
Antes, con razones dulces,
Y sin razones extrañas;
Pero bien entenderás
Los efectos y la causa,
Que aunque tú mas disimules,
Bien sabes á quien agravias.»
Esto mostró al Bencerraje
El bravo Alcaide de Baza,
Y cerrándole, lo envia
A la misma mora Zaida.

(*Romancero general.*—II. *Flor de nuevos y varios Romances*, 3.ª parte.)

61.

ZAIDE.—XI.

(*Anónimo.*)

—Redman, anoche supe
Que un vil Atarfe me ofende,
Y en un infierno insufrible
Trocada mi gloria tiene:
Que un pecho que fué diamante
En cera blanda le vuelve,
Mis contentos en pesares,
Y en favores sus desdenes.
Tanto pudo su porfía,
Y mi ausencia tanto puede,
Que es ya lo que nunca ha sido,
Y yo no lo que fuí siempre.
¡Qué de abrazos que la debo!
¡Qué de suspiros me debe,
Que ardiendo van de mi pecho
Y se hielan en su nieve!
Gloria la daban mis prendas
Y consuelo mis papeles;
Lo que mi lengua decia
Eran inviolables leyes.
Pasó este tiempo dichoso,
Por ser dichoso ¡tan breve!
Y en mil pesares y enojos
Se trocaron mis placeres.
¡Quién tal creyera! Olvidóme,
Y olvidado me aborrece
Por un moro advenedizo,
Que no sé de quién desciende.
Él si le dió á sus porfías,
Y unas fiestas hacer quieren,
Y tienen de salir ambos
Vestidos de tela verde.
¡Huélgate, mora enemiga,
Aunque á mi pesar te huelgues!
¡Entra ufana en Vivarambla,
Donde mis penas te alegren!
A aqueste infame morillo
Que aborrezco, y favoreces,
Atale al brazo tu toca
Para que las cañas juegue,
¡Que por Alá que has de verla
Teñida en su sangre aleve!

Y en la tuya la tiñera...
Mas soy hombre, y mujer eres.
¡Por Mahoma que estoy loco!
¡Mi sangre en las venas hierve!
¡La paciencia se me acaba,
Y mi juicio se pierde!
Pero no me tenga el mundo
Por el Alcaide de Velez,
Ni me favorezca el cielo,
Ni la tierra me conserve;
Muera á manos de un cobarde
Sin que tenga quien me vengue,
Si á esta ciudad, si á este infierno,
Adonde mi honra muere,
No la escandalizo, y vengo
Mis agravios con la muerte
De ese morillo cobarde,
Que es infame, y se me atreve,
A quien quitaré la vida,
Y mil vidas, si mil tiene.
Resuelto estoy, Reduan,
De vengarme, ó de perderme;
Que un noble, si está ofendido,
Fácilmente se resuelve.—

(*Romancero general.*)

62.

ZAIDE. — XII.

(*Anónimo.*)

Cuando el noble está ofendido,
Es resolucion discreta
Por satisfacer su agravio
Arriesgar vida y hacienda;
Pero esto se ha de entender,
Cuando aquel que hizo la ofensa
Tiene sugeto capaz
Para hacer la recompensa.
Y respondiendo á tu carta,
La cual vi letra por letra,
Y lo que tu dama escribe,
Claro su discurso enseña;
Diréte en razones breves
Lo que el deseo me ofrezca;
Que errar ó acertar la cura,
Consiste en la vez primera.
Primero he sido en saberlo,
Por ser en mi amistad deuda,
Y lo seré en aplicarte
El remedio que convenga.
Si dices que un moro infame,
De sangre baja y pechera,
En tu ausencia él y tu dama
Muestran efectos de ausencia,
¿Qué mejor venganza quieres?
¿Qué mas tu alma desea,
Pues obligaciones tuyas
Las pagas con bolsa ajena?
A ella en pago del delito
Le será castigo, y pena
El trueco de su mudanza,
Que muchos siglos posea.
Y si á los gozos presentes
Tus memorias tienen muestra,
Será flor de maravilla,
Que con el alba recuerda.
Pasan estas novedades,
Y la fortuna que vuela
Poniéndoos en su balanza
Hará ver la diferencia.
Contemple en el galan nuevo
La bella rueda y cabeza,
Llegue á los piés de su sangre,
Y olvidársele ha la rueda [1].
A entrambos conocerá
Cuando sea menos la hoguera,
Que quien ve quemar su casa,
No es mucho memorias pierda.
Si en las fiestas que ordenaren
Sacaren verde librea,
Darán pregon, que es un tonto,
Y ella, que es lo que se precia;
Que aquel que á una alma mudable
La voluntad y fe entrega,
Por castigo bien le basta
La esperanza de esta feria.
Si tus prendas le alegraban,
En las mujeres las prendas
Es precio en que se remata
Falsedad en almoneda.
Si en tí se cerró el remate,
Ha habido una puja nueva,
Y son bienes de menores,
Que se abre el remate, y cierra.
Aire, suspiros y abrazos
De tu memoria destierra,
Que el bronce y el aire vano
Mal podrán esculpir letras.
Deja muertes y alborotos,
Ven, y con verlos te alegra,
Que la venganza mayor
Será no hacer cuenta de ella.

(*Romancero general.*)

[1] Alude al pavo real de quien dicen que al verse los piés tan feos, deshace humillado la rueda de su cola, que soberbio y ufano le engrie.

63.

ZAIDE. — XIII.

(*Anónimo.*)

Si tienes el corazon,
Zaide, como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras;
Si en la vega escaramuzas
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo, como en las zambras;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla;
Si como el galan ornato
Usas la lucida malla,
Y oyes el son de la trompa
Como el son de la dulzaina;
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
Y en el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas,
Sal á ver si te defiendes
Como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda,
Algunos de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros,
No en palacio, ni entre damas,
Se aprovechan de la lengua,
Pues es do las manos callan;
Pero aquí que hablan las manos,
Ven, y verás como habla
El que delante del Rey,
Por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe,
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,

Le dijo: «Vete á la Alhambra,
Y en secreto al moro Zaide
Da de mi parte esta carta;
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Jenil
Al Generalife bañan».

(*Romancero general.*)

[1] Es una de las mas bellas y perfectas composiciones donde se pinta el valor y arrogancia de un carácter fiero y audaz. En contraposicion de este romance, el del núm. 74, en vez de increpar á un caballero para que salga á batalla, siguiendo el mismo tema, excita á los guerreros para que suelten las armas y se aprovechen de la tregua, dedicándose miéntras dura á obsequiar las damas con fiestas y placeres.

64.

ZAIDE. — XIV.

(*Anónimo.*)

Cese, Zaida, aquesa furia,
Que á fe que te entiendo, Zaida,
Que deseas verme muerto,
Pero muerto por tu causa.
Si tu lengua me despide,
¿Por qué tus ojos me llaman?
Y si en público te hielas,
¿Por qué en secreto te abrasas?
La razon de estos efectos
No te la pregunto, Zaida;
Pero díganlo tus ojos,
Que yo sé que no lo callan.
Avisasme que te deje;
Ten aviso en tus palabras,
Que á do se trata de amor
Hiere quien de aviso trata.
Pintasme lindo en extremo;
Pero el publicar mis gracias,
Solo es darme lo que es mio,
Como quien me echa de casa.
Dices que soy blanco y rubio:
¡Blanco me tienen desgracias;
Pero negra es mi ventura,
Por ser rubia tu mudanza!
¡Paréceme que te loas,
Viniendo á dejarme, ingrata!
Son las honras que me haces
Como el que ha muerto en el alma.
Pero si naciera mudo,
Publicas que me adoraras:
¡Mil lenguas tener quisiera,
Porque todas te alabaran!
Aquese alcázar que dices,
En mi pecho no hace falta,
Porque todo es fortaleza
Por el primor de mis ansias.
Solo el alcaide en mis labios
Falta, porque ya en mi alma
Tenia guarda de alcaide,
Hija de alcaide de guarda.
Interpreta estas razones,
Que yo sé que son bien claras,
Si no es que las escurezcan
Los nublados de tu saña.
Los galanes de mis partes
Mucho pueden con las damas;
¡Mas poco puedo contigo,
Porque partes no te espantan!
Los platos de sus favores
Los sabios comen, y callan;
Mas si el manjar es sabroso,
¿Qué sabrá el que no lo alaba?
En esto muestras ser niña,
Pues eres tan poco sabia
En los sucesos de amor,
En que experiencia se alcanza.
La trenza de los cabellos
No enrede la verdad, Zaida;
Basta que enrede las vidas
De falsarios que me agravian.
Jamas publiqué ser tuyo,
Solo ella lo publicaba,
Llevando escrito tu nombre
En el valor que mostraba.
Mejor sé guardar secretos,
Riete de buena gana,
Que no aquellos que te han dicho
Soy hablador de ventaja;
Y admite agora disculpa,
Si te place, bella Zaida.

(*Romancero general.*)

65.

ZAIDE. — XV.

(*Anónimo.*)

No faltó, Zaide, quien trujo
A mis manos tus dos cartas,
Por las cuales vi que en una
En ausencia me maltratas.
Trátasme injustamente,
De severa, cruel, tirana,
No echando de ver que tú
Eres el principio y causa
De la que, Zaide, he tenido
Para mostrarme enojada,
Por ser tú blando de boca,
Y no tener rienda en nada.
Y para no renovar
Nuestras historias pasadas,
Me ha parecido escribirte
Solas aquestas palabras,
Movida de que tambien
En la segunda me tratas
De afable, mansa y benigna,
Conociendo tu desgracia:
Y lo mejor que hay en ellas
Es que pusiste las plantas
Por testigos de tu pena,
Porque te oyesen sus ramas,
Las cuales, segun sospecho,
Han de quedar enseñadas
A ser oráculo y templo
De la sibila Cumana.
¡Gran trabajo tienes, moro,
Por tener tan mala fama,
De quien como de la lumbre
Huyen hoy de tí las damas!
Pero porque te arrepientas
Quiero mostrarme ya mansa,
Pues no hay piedra donde no
Haga el curso alguna entrada.
Bien hiciste de apelar
De tu sentencia ya dada;
Pues no hay juez tan riguroso,
En quien piedades no haya.
De mí te sabré decir,
Que aunque tus obras son malas,
Tengo, como nací noble,
Noble corazon y entrañas.
Notando que una leona,
Aunque esté furiosa y brava,
Si el leon se le humilla,
Ella se humilla, y le halaga;
Pero si acaso el leon,
El amistad celebrada
No la sabe conservar,
Le aborrece y le desama.
¡Harto, Zaide, creo he dicho,
Para que entiendas de Zaida,
Estar ajena de culpa,
Y libre de tus palabras!

(*Romancero general.*)

66.

ZAIDE. — XVI.

(*Anónimo.*)

Gallardo pasea Zaide
Puerta y calle de su dama,
Que desea en gran manera
Ver su imagen y adorarla;
Porque se vido sin ella
En una ausencia muy larga,
Que desdichas le sacaron
Desterrado de Granada:
No por muerte de hombre alguno,
Ni por traidor á su dama;
Mas por dar gusto á enemigos,
Si es que en el moro se hallan,
Porque es hidalgo en sus cosas,
Y tanto que al mundo espantan
Sus larguezas, pues por ellas
El moro dejó su patria:
Pero á Granada volvió
A pesar de ruin canalla,
Porque siendo un moro noble,
Enemigos nunca faltan.
Alzó la cabeza y vido
A su Zaida á la ventana,
Tan bizarra y tan hermosa
Que al sol quita su luz clara.
Zaida se huelga de ver
A quien ha entregado el alma,
Tan turbada y tan alegre,
Y cuanto alegre turbada;
Porque su grande desdicha
Le dió nombre de casada,
Aunque no por esto piensa
Olvidar á quien bien ama.
El moro se regocija,
Y con dolor de su alma,
Por no tener mas lugar,
Que el puesto no se le daba,
Por ser el moro celoso
De quien es esposa Zaida,
En gozo, contento y pena
Le envió aquestas palabras:
—¡Oh mas hermosa y mas bella
Que la aurora aljofarada!
¡Mora de los ojos mios,
Que otra en beldad no te iguala!
¿Dime, fáltate salud
Despues que el verte me falta?
¡Mas segun la muestra has dado
Amor es el que te falta!
Pues mira, ¡diosa cruel,
Lo que me cuestas del alma,
Y cuántas noches dormí
Debajo de tus ventanas!
Y mira que dos mil veces
Recreándome en tus faldas,
Decias: ¡El firme amor
Solo entre los dos se halla!
Pues que por mí no ha quedado,
Que cumplo, por mi desgracia,
Lo que prometo una vez,
Cúmplelo tambien, ingrata.
No pido mas que te acuerdes,
Mira mi humilde demanda,
Pues en pensar solo en tí
Me ocupo tarde y mañana.—
Su prolijo razonar
Creo el moro no acabara,
Si no faltara la lengua,
Que estaba medio turbada:
La mora tiene la suya
De tal suerte, que no acaba
De acabar de abrir la gloria
Al moro con la palabra:
Vertiendo de entrambos ojos
Perlas con que le aplacaba
Al moro sus quejas tristes
Dijo la discreta Zaida:
—Zaide mio, á Alá prometo
De cumplirte la palabra,
Que es jamas no te olvidar,
Pues no olvida quien bien ama;
Pero yo no me aseguro,
Ni estoy de mí confiada,
Que suele, el cuerpo presente,
Ser la vigilia doblada;
Y mas que tú lisonjeas,
Que ya lo tienes por gala,
De ser como aquí lo has dicho,
No habiendo en mí bueno nada.
Sé muy bien lo que te debo,
¡Y pluguiese á Alá quedara
Hecho mi cuerpo pedazos
Antes que yo me casara!
Que no hay rato de contento
En mí, ni un punto se aparta
Este mi moro enemigo
De mi lado y de mi cama;
Y no me deja salir,
Ni asomarme á la ventana,
Ni hablar con mis amigas,
Ni hallarme en fiestas ó zambras.—
No pudo escuchalla mas
El moro, y así se aparta,
Hechos los ojos dos fuentes
De lágrimas que derrama.
Zaida no ménos que él
Se quita de la ventana,
Y aunque apartaron los cuerpos
Juntas quedaron las almas.

(*Romancero general.*)

67.

ZAIDE. — XVII.

(*Anónimo.*)

«Memoria del bien pasado,
No me aflijas ni atormentes,
Que el hacer discursos tristes
No es para tiempos alegres.
Yo ya perdí mi contento,
Si acaso pude tenelle,
Mezclado entre los temores
Del mal que tengo presente.
¡Ingrata! Con tus mudanzas
Tanto mis véras ofendes,
Que vuelves mi ardiente pecho
Mas helado que las nieves:
Los males que le causabas
Estimaba mas que bienes,
Y agora los bienes tuyos
Mas que males me parecen.
Tu memoria era bastante
En mi pena á entretenerme,
Y agora con tu memoria
Mi pena se aumenta y crece.
Tu hermosura me alegraba
Cuanto agora me entristece,
Que la memoria ofendida,
Mi fe y agravio me ofrece.
Jamas conocí otro cielo
Sino aquel donde estuvieses;
¡Ya conozco que fué engaño
Y que me engañé en quererte!
En estos afectos mios
Claro puede conocerse,
Que al fin una sinrazon
Mas que mil razones puede.
La mudable condicion
En el sugeto que tienes,
No puede ser cosa tuya
Sino solo de mi suerte.
Ya no te acuerdas de mí
Sino para aborrecerme,

Que ya en esto te parezco,
Aunque siento el parecerte.
¡Pluguiera al cielo, enemiga,
Que las partes que tu tienes,
No fueran tan de estimar
Por no sentir el perderte!—
Esto dijo el moro Zaide
Y por un monte se mete,
Cuyos árboles copados
Del sol la entrada defienden.

(*Romancero general.*)

68.

ZAIDE. — XVIII.

(*Anónimo.*)

Zaide esparce por el viento
Las cenizas de unas cartas,
Agora tan enojosas
Cuanto en otro tiempo caras.
Y aunque revuelve razones
Para poder disculparlas,
No halla ninguna que baste,
Que no hay disculpa á mudanzas,
Dice: — Si escrituras fuisteis,
Habeis parecido falsas,
No por falta de firmeza,
Mas por sobra de desgracia;
Y si fuisteis testimonios
De algunas véras pasadas,
Indebido fué tal nombre,
Pues véras tarde se acaban.
Si fuistes obligaciones,
Ya sin razon son negadas;
¡Pero quien niega las propias,
Poco en ajenas repara!
Y si fées, fuistes fingidas,
Pues estais tan olvidadas:
Si palabras, mentirosas,
Pues son las obras contrarias.
Por estas y otras razones
Os he entregado á la llama,
Que no es justo tener prendas
De deudor que tan mal paga.
Yo me acuerdo de otro tiempo
Que ningun fuego os quemara,
Porque siendo en vuestra ofensa
Mis lágrimas le apagaran;
Mas vuestro mudable dueño
Ha hecho en mí tal mudanza,
Que á faltarme agora fuego
Os quemara el de mi rabia.
Lleve el viento esas cenizas,
Pues llevó mis confianzas;
Y llévese mis memorias
Que ya en perderlas se gana.—
Mas dijera, mas no pudo,
Que le atajan las palabras,
Las sinrazones presentes,
Y las razones pasadas.

(*Romancero general.*)

69.

ZAIDE. — XIX.

(*Anónimo.*)

—Algun fronterizo alarbe
De los pecheros comunes,
Zaide, malquisto y traidor
Fué tu padre, no lo dudes:
Entre la fineza noble
De tu abuelo el gran Adulce,
El sayal de tu bajeza
Por mil partes se descubre;
Y cómo lo falso opones
A la verdad de que huyes,
Oropel de la nobleza
Te llaman, y rey de embustes.
Engañóme tu semblante,
Amistad contigo tuve,
Mis secretos te fiaba,
¡Mira en qué parte los puse!
Mira, pues lo miran todos,
¡Qué moro á mi lado truje,
Que á sus enemigos teme,
Y á sus amigos destruye!
A la bella Lindaraja,
Sobrina del rey de Túnez,
Escribiste que en Granada
Alabarme de ella supe:
Que sus favores contaba,
Gustando que se divulgue
Mi ventura, y su firmeza,
Porque se ofenda y me culpe.
¡Si tú fueras el dichoso,
Desde el suelo hasta las nubes,
A su nobleza infamaras,
Que es obra de tus costumbres!
De mí ya saben las damas
Que hago que se sepulte
Su favor en mi silencio,
Porque mas mis glorias duren.
Ausentéme de la corte,
Y porque sus trazas use
Tu condicion engañosa,
Y el amor el mando usurpe,
A Zafira que me amaba
Osaste decir que busque
Ocasion para valerte,
Y que en tu ocasion la ocupe.
¡Mal te fué con las dos moras!
Porque el amor nunca sufre
Cautelas en sus verdades,
Ni tinieblas en sus luces.
Quien tal amistad mantiene
Consigo mismo se junte,
Pensamientos suyos trate,
De los ajenos no cure.
Oro puro ha de ser todo
Lo que en amistad reluce:
Hidalguia con traicion
Respetos bajos arguye.
El pecho de un caballero,
Si hay vileza que lo enturbie,
Por mal nacido y villano
Es digno de que le juzguen.
¡Zaide, prevenid el pecho,
No haya lanza que ejecute
La venganza que debeis!
¡Mirad que el plazo se cumple!
¡Mirad mucho por la cara,
Que habrá filos que la crucen,
Volviendo por las ofensas
De las que ciñen estuches!
Que aunque mas vuestro linaje
Os defienda y asegure,
Ha de caer con la muerte
Quien traidores pasos sube.—

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE TARFE.

70.

TARFE.—I.

(*Anónimo.*)

Abrasado en viva llama,
Bravo, feroz y rebelde,
Porque está hecha de yelo
La que tanto fuego enciende,
Sentado está el moro Tarfe,
Y no en el pecho que quiere,
Frontero de los palacios
De Celia, por quien padece.
Vióla estar á la ventana

Con hermosa y grata frente.
Pero los esquivos ojos
Daban muestras de crueles,
Mostrando el bravo rigor
Que con él tuviera siempre,
Haciendo su duro pecho
Con sus rayos trasparente;
Y muestra el moro en la cara
Mil colores diferentes,
Que en ver el extremo de ellas,
Unas van, y otras se vuelven:
Y sudando de coraje
Se limpia el rostro mil veces,
Con un velo que le dió
La hija del moro Hamete:
Y porque Celia en miralle
Algun tanto se suspende,
De mudanza temeroso
Dice que arderse parece.
—La mas sublime merced,
Cruel, que puedes hacerme,
Es, que de véras me avises,
Si me quieres ó aborreces;
Porque le pague á Adarifa
Lo mucho que tú me debes:
Que me adora, y no la estimo,
Y tú de verme te ofendes.—
Y celoso de traicion
De los que envidia le tienen,
Con mil amorosas ansias
Dice apretando el bonete:
—¡Miente el traidor homicida
Que con Alia me revuelve,
Y si fuere mas que uno,
Todos cuantos fueren mienten!
Cegries ó Bencerrajes
Salgan, aunque sean veinte,
Sarracinos ó Aliatares,
Aderifes ó Gomeles,
Que yo soy el moro Tarfe,
Espejo de los valientes,
Que á la corte soy venido
A pasear con los reyes,
Como paseó mi padre
En los palacios de Gelves;
Y por mi dejan sus aguas
Las bellas ninfas del Bétis,
Y ellas harán que mi nombre
En la corte se celebre:
Y sepan quien es el Tarfe,
Y de qué sangre desciende,
Y que me hagan la salva
Los demas de alta progenie:
Y que en solo oir mi nombre
Los mas arrogantes tiemblen.
¡Mienten otra vez, les digo,
Los que al contrario dijeren!
Salga gente de Granada;
Suelten plumas y alquiceles;
Suelten las bandas moradas,
Y las de esperanzas verdes
Sus usurpadas divisas
De damas que no merecen:
Pongan cascos acerados
Y yelmos de finos temples,
Sabrán si cumple mi lanza
Lo que mi lengua promete:
Que por Celia he de morir;
Pero ántes de mi muerte,
Quedará el suelo teñido
De sangre de estos aleves.

(*Romancero general.*)

71.

TARFE.—II.

(*Anónimo.*)

En dos yeguas muy lijeras,
De blanco color de cisne,
Se pasean en Granada
Tarfe y el rey de Belchite:
Iguales en las colores,
Porque iguales damas sirven,
Que el Tarfe sirve á su Celia,
Y el Rey sirve á Doralice:
Con bandas verdes y azules
Los gallardos cuerpos ciñen,
Cubiertas de naranjado,
Que el verde no se divise:
Marlotas y capellares
Moradas y carmesíes,
Bordadas de plata y oro,
Y esmeraldas y rubíes:
Los almaizares leonados,
Color congojosa y triste,
Plumas negras y amarillas,
Porque sus penas publiquen.
En las letras y divisas,
Algun tanto se distinguen,
Que lleva el Rey en la adarga,
Hecha de varios matices,
Una dama muy hermosa,
Y un gallardo rey humilde,
Con la corona á sus piés,
Sufriendo que se la pisen,
Y un corazon abrasado,
Con una cifra que dice:
«De hielo nace mi llama,
»Y el hielo en mi fuego vive».
La dama lleva en la mano,
Y encima su frente insigne,
Dorado cetro y corona,
Porque se entienda que rige;
Y en la mano izquierda un mundo,
Porque le manda y oprime,
Y la Fortuna humillada,
Que el paso á su rueda impide.
No lleva el Tarfe divisas,
Porque no se escandalice
Adalifa, que de Celia
Celos al moro le pide.
Solo lleva por empresa
Un verde ramo apacible,
Y un retrato cuyos ojos
Vivas centellas despiden,
Y en todo el ramo esta letra,
Que en arábigo prosigue:
«Aunque tus rayos me abrasen,
»Fia que no me marchiten»;
Y arrancando muy veloces,
Porque sus damas los miren,
Acabando la carrera
El Rey dijo á Doralice:
—Aunque las diosas sagradas
Tu hermosura te envidien,
¿Por qué con tu gloria y cielo,
Pena y infierno permites?
Dime pues ¿qué mas deseas?
¿Qué mas al cielo le pides
Que tener á un Rey sujeto,
Si de reyes sucediste?
Ya no te pido favores,
Ni que me adores ni estimes,
Sino que uno solo escojas,
De los muchos que te sirven,
Porque veo que á cualquiera
En tu servicio le admites,
Así al de bajo linaje,
Como á el de alto y sublime
Y en los saraos y zambras
De ordinario te persiguen
Los Audallas y Aliatares,
Azarques y Almoradíes,
Cegríes y Bencerrajes,
Sarracenos y Adalifes,
Y con cara alegre y grata
A ninguno nos despides,
Que á todos matas de amor

Con un falso amor que finges.
Quitas la vida y el alma,
Y tú con mil almas vives:
Si no quieres enmendarte,
Me desengañes y avises,
Que damas hay en la corte
Que desean de servirme;
Y la hermosa Bindarrafa
Desde Antequera me escribe
Con cien mil celosas quejas,
Diciendo: ¿Cómo es posible
Que mis letras y mis cartas
Dentro en tu alma no imprimes,
Pues que tu impreso en la mia,
Aunque estas ausente, vives?—
Y con esto cesó el Rey,
Y el Tarfe á Celia le dice:
—Celia y cielo te llamaba,
Mas ya encantadora Circe,
Porque tu sereno cielo
De oscuras nubes cubriste,
Y en los soles de tu cara
Tu crueldad hace eclipse,
Y al que ántes del sol vestias,
De oscuras tinieblas vistes;
Y antes que la santa fiesta
Del Bautista solemnice,
¡Por Alá, que he de sacarte
De la patria donde vives!
Y esto no será en tu mano,
De que yo me determine,
Pues sabes que el mundo es poco
Para poder resistirme,
Pues he despoblado á Francia
De valientes paladines,
Y tengo en toda Vandalia
Teñidos los arracifes
De los de la cruz de grana
Y los de flores de lises,
Y he de teñir en Granada
Alhambras y Zacatines,
Aunque no suele mi alfanje
En tan vil sangre teñirse:—
Y en esto oyeron tocar
A rebato los clarines,
Y mas lijeros que el viento
Se parten sin despedirse.

(*Romancero general.*)

72.

TARFE.—III.

(*Anónimo* [1].)

A un balcon de un chapitel,
El mas alto de su torre,
Alto extremo de hermosura,
Y alteza de los amores,
Estaban dos damas moras,
En suma beldad conformes:
Suma que es suma en quien suma
Mil sumas de corazones:
La una se llama Celia,
Y otra Jarifa es su nombre:
Jarifa, que agudas flechas
Y jaras tira á los hombres.
Salian Tarfe y Gazul
Por delante sus balcones,
Delante las que adelante
Se adelantan á sus dioses,
Y las moras desde arriba
Tiran piedras por favores,
Piedras que empiedran el alma,
Y las piedras blandas ponen;
Y tiran juntos con ellas
Claros rayos de sus soles:
Claros, que al mas claro sol
Clara ventaja conocen.
Los moros alzan los ojos
Viendo las llamas feroces,
Llamas, que en llamas abrasa
Y llama á quien no conoce;
Y la clarífica luz,
La clara vista quitóles;
Vista, que mil veces vista
Hace que á revista tornen.
Juzgan los moros por gloria
El perder la luz entónces,
En la luz que á la luz priva,
Y sin luz da luces dobles:
Y tienen puestos los moros
Velos de varias colores,
Varios que á varias amantes
Dan varias muertes enormes.
Bájanse del chapitel,
Y en el corredor se ponen,
Corredor, que corre almas,
Y alcanza las que mas corren,
Y mirándolas de cerca
Dan mas vivos resplandores,
Vivos, que dan á los vivos
Vivas muertes y pasiones:
Y á los moros les hicieron
Que la luz perdida cobren,
Perdida, mas bien ganada;
Ganada, pues bien perdióse:
Y alegres y satisfechos
Lijeros la plaza corren,
Plaza, que á tantos aplaza,
Y emplaza en pleitos de amores.

(*Romancero general.*)

[1] Romance de muy mal gusto, lleno de equívocos y retruécanos.

73.

TARFE.—IV.

(*Anónimo.*)

«Mora Zaida, hija de Zaide,
No quiero que mas te burles,
Con burlas que tanto aumentan
Las penas que mi alma sufre.
No quieras cubrir el cielo,
Que siempre en mirarte tuve,
Para descubrir los males
Que tu favores me cubren.
Si te pido la palabra
Que me diste, no te excuses
Con cautelosas razones;
Di que no quieres, concluye.
No muestres tanto desprecio,
Ni te altives, ni te encumbres,
Pues de gravedades locas
Cualquiera que ama huye.
Porque mil moros te quieran
No te pongas en las nubes,
Que los discursos mas llanos
Usan ya los mas ilustres,
Que ya no hay moros Cegries,
Ni otros semejantes busques,
Que hagan cueva por desdenes
A sombra de un acebuche.
El tiempo con que te burlas
A tí propia te destruye,
Que el pasársete tus años
Entre los moros se ruge.
Cásate, Zaida, si quieres,
Porque es cosa que te cumple;
No aguardes que los que juzgan
Tantas verdades desnuden.
Y si quieres aguardar
Que el tiempo este caso cure,
Mira tú cuán sin piedad
Todas las cosas consume.
Dame el premio que merecen
Mis presentes pesadumbres,
Y al hacer salva, á la sorda

Suenen tiros y arcabuces.
Y en el campo de mi fe
Pon luz con tu clara lumbre,
Para que oigan con mi triunfo
Chirimías sacabuches.»
Esto dijo el moro Tarfe
Con los acentos mas dulces,
Como aquel que en solo amar
Es flor de los andaluces.

(*Romancero general.*)

74.

TARFE. — V.

(*Anónimo.*)

—Católicos caballeros,
Los que estais sobre Granada,
Y encima del lado izquierdo
Os poneis la cruz de grana;
Si en los juveniles pechos
Os toca de amor la brasa,
Como del airado Marte
La fiereza de las armas;
Si por las soberbias torres
Sabeis volar una caña,
Como soleis en la vega
Furiosos volar las lanzas;
Si como en ella las véras
Os place el burlar de plaza,
Y os cubris de blanda seda
Como de ásperas corazas:
Seis sarracenas cuadrillas,
Con otras tantas cristianas,
El dia que os diere gusto
Podrémos jugar las cañas;
Que no es justo que la guerra,
Aunque nos quemais las casas,
Llegue á quemar los deseos
De nuestras hermosas damas;
Pues por vosotros están
Con nosotros enojadas,
Por vuestro cerco prolijo
Y vuestra guerra pesada.
Y si tras tantos enojos
Quereis gozar de su gracia,
Como á la guerra dais treguas,
Dadlas á nuestras desgracias:
Que es grande alivio del cuerpo
Y regalo para el alma,
Arrimar la adarga y cota,
Y echarse plumas y banda;
Y al que mejor lo hiciere
Doy desde aquí mi palabra,
En señal de su valor,
Para que viva su fama,
De atar á su diestro brazo
Una empresa de mi dama,
Dada de su blanca mano,
Que es tan bella como blanca.—
Esto firmó en un cartel,
Y lo fijó en una adarga
El valiente moro Tarfe,
Gran servidor de Daraja,
En las treguas que el Maestre
De la antigua Calatrava
Hizo por mudar de sitio
Y mejorarse de estancia;
Y con seis moros mancebos,
De su propia sangre y casa,
Y algunos Abencerrajes,
Se le envió á la campaña.
Recibenlos en las tiendas,
Y sabida su demanda,
Dando el Maestre licencia
Se aceptó para la Pascua.
Y respondiendo al cartel
Con razones cortesanas,
Hasta salir del real
A los moros acompañan.
Cesan las trazas de guerra,
Y los que del juego tratan
Cierran la puerta al acero,
Y ábrenla al damasco y galas.
Moros y moras se ocupan,
Miéntras el plazo se pasa,
Ellos en correr caballos,
Y ellas en bordarles mangas:
Y los dos competidores
De la pendencia pasada,
Hacen paces entre si,
Y olvidan cosas pasadas.
Viendo Almoradí, el galan,
Que Tarfe se le aventaja,
Y que es señor de la mora
Que es señora de su alma,
Porque en público ó secreto
Cien mil favores le daba,
Dando á entender que le quiere
Mas que á su vida y su alma,
Una noche muy oscura,
Para el caso aparejada,
Se salió el gallardo moro
Al terrero del Alhambra.
Y en llegando, que llegó,
Vió una mora á la ventana,
A quien con joyas tenia
De muy atras granjeada:
Hablóla, y dijo: —«¿Señora,
Es posible que Daraja,
Aunque no me canse yo,
De maltratarme no cansa?
Aquellos ojos que tienen
Mas que el cielo estrellas, almas,
Cuya luz mata mas moros
Que el Maestre con su espada,
¿Cuándo los volverá mansos?
¿O cuándo volverá mansa,
Dejando á Tarfe que tiene
Ménos manos que palabras?
Que no soy yo como él,
Tan cumplido de arrogancias,
Pues lo que él gasta en decirlas,
Gasto yo en ejecutarlas.
Bien saben en la ciudad
Que por mi brazo y mi lanza
Ha sido mil veces libre
De la potencia cristiana.—
Esto Almoradí decia,
Cuando Tarfe, que llegaba,
Dió el oido á las razones,
Y el brazo á la cimitarra.
Figurósele al valiente
Alguna cristiana escuadra,
Y dejando la marlota
Volvió al moro las espaldas.
Salió Daraja al ruido,
Conoció á Tarfe en el habla,
El cual le dió la marlota,
Que era azul, con oro y plata.

(*Romancero general.*)

Es un bellísimo romance, donde brilla mucho el espíritu de caballerosidad que se supone existia entre los moros y cristianos, poco ántes de acabarse la guerra de Granada. (*Véase la nota del romance núm.* 65.)

ROMANCES DE ABINDARRAEZ EL TIO [1].

75.

ABINDARRAEZ EL TIO. — I.

(*Anónimo.*)

Abindarraez y Muza,
Y el rey Chico de Granada,
Gallardos entran vestidos
Para bailar una zambra.

Un lúnes á media noche
Fué de los tres concertada,
Porque los tres son cautivos
De Jarifa, Zaida y Zara.
El descomponerse el Rey,
Cosa entre reyes no usada,
Y darle Muza su ayuda,
Poco galan sin las armas,
Que es hombre que noche y dia
Tiene ceñida la espada,
Y para dormir se arrima
En un pedazo de lanza,
Halo causado un desden
Que tiene en los ojos Zaida,
Y amores de un Bencerraje
Que adora los suyos Zara.
Abindarraez es mozo,
Y siempre de amores trata:
Fátima muere por él,
Y á Jarifa rinde el alma.
Al fin ordena la fiesta
La desórden que amor causa,
Que al mas cuerdo hará mas loco
Celo y gusto de su dama.
Para cumplir con la gente
Echaron fama en Granada,
Que ha venido cierta nueva
Que Antequera era ganada.
Es la fiesta por agosto,
Y entra el Rey toda bordada
Una marlota amarilla,
De copos de nieve y plata,
Con una letra que dice:
«Sobre mi fuego no basta».
Gallardo le sigue Muza,
De azul viste cuerpo y alma,
Labradas en campo de oro
Unas pequeñas mordazas,
Cuya empresa de ellas dice:
«Acabaré de acaballas».
Abindarraez se viste
El color de su esperanza,
Unas yedras sobrepuestas
Con unas tocas doradas,
Un cielo sobre los hombros,
Con unas nubes bordadas,
Y en las yedras esta letra:
«Mas verde cuanto mas alta».
Sacaron á las tres moras,
Que eran la flor de la sala;
Eran el adorno de ella,
Y lo mejor de sus armas.
Abindarraez brioso,
Con una vuelta gallarda,
Pisó á Fátima en el pié,
Y á su Jarifa en el alma.
La mano le suelta al moro,
Y así le dice turbada:
«¿Para qué entraste encubierta,
Traidor, la engañosa cara?
Arroja el fingido rostro,
Que el propio tuyo te basta,
Pues que te conocen todos
Por mi daño y su venganza».
Con mil caricias el moro
La blanca mano demanda,
Y ella replica:—No quieras
Mano en la tuya, agraviada;
Baste que Fátima diga,
En conversacion de damas,
Que estimas en mas su pié
Que mi mano desdichada.—
Abindarraez turbado
Sale huyendo del Alhambra:
Si de verde salió el moro,
De negro vuelve á la sala.
Entre tanto el Rey y Muza
Estaban con Zaida y Zara,
Cansados de tantas vueltas
Que son de amor las mudanzas.
Como estaban disfrazados,
Recostáronse en sus faldas:
Cuando hablan enmudecen,
Y cuando están mudos hablan.
Tambien se cansarán ellas,
Que el cuerpo muerto no cansa
Como el vivo aborrecido
Que quiere forzar el alma.
Levántase un alboroto,
Que la reina se desmaya:
La fiesta se acabó en celos,
Que amor con ellos acaba.

(*Romancero general.*—It. *Flor de nuevos y varios Romances*, 2.ª parte.)

[1] Este Abindarraez y esta Jarifa son del todo fabulosos, á diferencia de aquellos que son los héroes de la historia de Abindarraez y Narvaez, los cuales á pesar de ser muy novelescos, como tienen mucho de lo que se cree verdadero, se han colocado entre los romances históricos. Es uno de los buenos romances moriscos donde se retratan bien los lances de amor y celos á que las fiestas dan lugar.

76.

ABINDARRAEZ EL TIO. — II.

(*Anónimo.*)

Despues que con alboroto
Pasó el baile de la zambra,
Do el gallardo Abindarraez
Dejó agraviada su dama
Pisando a Fátima el pié
En la presencia de Zara,
Y se entraron con la Reina
A divertirla sus damas;
Júntanse en conversacion
Jarifa, Fátima y Zara,
Que Zaida está con la Reina,
Que la entretiene y regala.
Son estas las mas hermosas,
Y de mas nombre en Granada:
Tiene Fátima en los ojos
Paraísos de las almas,
Y en sus rubios cabellos
El rico metal de Arabia,
En cuyos lazos añuda
Las almas mas libertadas.
Tiene Jarifa la frente
De un liso marfil sacada,
Con sus mejillas hermosas,
Y sus labios de escarlata:
Son las manos de cristal,
Nieve el pecho y la garganta,
Adonde el fuego de amor
Invisiblemente abrasa;
Y aunque en su comparacion
Es algo morena Zara,
En discrecion y donaire
A las demas aventaja,
Que la flor de la hermosura
En breve tiempo se pasa,
Y es don que jamas se pierde
La discrecion y la gracia.
Es su plática de amores,
Y de los ajenos tratan,
Que las mudanzas del moro
Cada cual las siente y calla.
Lástimas son de Muley,
Y libertades de Zaida,
Que agora Jarifa llora,
Y las considera Zara,
Pues ama á quien la aborrece,
Y Jarifa á quien la engaña,
Y Fátima está contenta
Pues las deja por su causa;
Y como los corazones
Siempre por los ojos hablan,
Respondió á su pensamiento

Jarifa diciendo: — Basta,
Que no quiero otro castigo,
Ni pretendo otra venganza,
Que la que te puede dar
La mentira de mis ansias,
Que pronto verás el rostro
De la fortuna contraria
Con mas luto y mas tristeza
Que yo la tengo en el alma;
Que si levanta tu pié,
Y si mis manos abaja,
Es una misma la rueda
Que me humilla y te levanta,
Que ya me subió el favor
No sé si diga mas alta.
¡Mal anduve en no tenello
Cuando juntamos las palmas!—
Zara que ha vivido siempre
De favor necesitada,
Dijo: — ¡Dichosa la mora
Que jamas ha sido amada!
Si con celosos disgustos
Los gustos de amor se pagan,
El no habellos conocido
Es mas segura ganancia.—
Fatima que estuvo atenta
A una y á otra desgracia,
Coligiendo de sus daños
Una consecuencia llana,
Dijo: — Quien tan sin razon,
Y tan sin porqué os agravia,
Merece que le castigue
La que mas quiere del alma.
Dijera mas, si á deshora
No hubiera llegado Zaida
A decirlas que la Reina
A mucha prisa las llama,
Y al levantarse juntaron
Estrechamente las palmas,
Diciendo: — Muera su fe,
Y viva nuestra esperanza.

(Romancero general.)

77.

ABINDARRAEZ EL TIO. — III.

(Anónimo.)

En la ciudad Granadina,
En lo mejor de la plaza,
Que es la casa venturosa
Por Medoro celebrada,
Y la que pinta su pluma
De varias flores y plantas,
Vive allí una dama mora,
Flor de la flor de las damas,
La cual se llama Jarifa,
De la Torre y de la Alhambra.
A esta sirve un Bencerraje
Que le dió asiento en el alma,
Al cual le dan guerra celos,
Que los disimula y calla
En el turbante y divisa,
Que jamas muestra mudanza.
A un paje de quien se fia,
No suyo, mas de su dama,
Acordó de preguntalle
Si con su Jarifa habla
Un Cegrí que se pasea
Por delante sus ventanas:
Y el paje que es secretario,
De presto le desengaña,
Diciéndole que el Cegrí
Sirve á otra mora gallarda,
A quien se humilla el amor
Como á su madre sagrada.
Y con esto el Bencerraje
Aplacó su ardiente llama;
Pero no mitigó el fuego,
Que su corazon le abrasa,
Que quedando satisfecho
Mas el vivo amor le inflama,
Y del paje se despide,
Y va contento á su casa.
Y tiene razon el moro,
Porque la mora que ama
Puede hacer competencia
Con Vénus, Juno y Diana:
Que es tanta su discrecion,
Y su hermosura tan rara,
Que las musas del Parnaso
Tienen envidia á su fama.
Y si hace escura noche,
Revoltosa y temeraria,
Con solo ella abrir sus ojos
La hace apacible y clara;
Y del sol los claros rayos
Los revoca y los contrasta,
Porque no es el sol mas de uno,
Y son dos los de su cara,
Cuya clarífica luz
Alumbra á toda Granada;
Y á dicho de todo el mundo
Es la hechura mas alta
Que ha hecho el pincel sutil
De naturaleza sabia;
Y es un retrato divino,
Por quien Alá nos declara
Las divinas hermosuras
De su corte soberana.

(Romancero general.)

78.

ABINDARRAEZ EL TIO. — IV.

(Anónimo.)

Celoso y enamorado
Rompe los aires con quejas
El gallardo Abindarraez,
Moro gallardo y de prendas.
Enamorado y celoso
Quejándose de su estrella,
Dice, y mira á la ventana
De Jarifa mora bella:
—¡Ventana! ¡Divino cielo!
En cuyas hermosas verjas
Vi cautiva mi esperanza
Que mi libertad espera;
Si del cielo haces ventanas
Y haces cielo de la tierra,
Damé los hermosos rayos
Que el cielo a los tristes niega.
«Rabiosos celos... etc.»
Mis dichosas esperanzas
Fuéron sombra, humo y niebla,
Esposas mis pensamientos,
Y mi libertad cadena.
Sufrí esperanzas dichosas...
¡Penas en el mar de penas,
Dejad que mi pensamiento
Lleve al cielo mis querellas!
«Rabiosos celos... etc.»
Y tú, hermosa Jarifa,
Causa de mi mal primera,
Y en esta prision esquiva
De mi alma carcelera,
No quites, Jarifa hermosa,
Las prisiones en que pena,
¡Mas pues de su muerte gustas,
Su muerte te venga fiera!
«Rabiosos celos... etc.»
Pero con tormentos mas
No verás mas clara prueba,
Que la verdad en el potro,
Te la confiesa sin vueltas.
Y si para mas tormentos
Mi larga prision ordenas,

Haz tu querer y tu gusto,
Pues que la tienes sujeta.
«Rabiosos celos... etc.»
Miraba el moro celoso,
Y vió de dentro una seña,
En que le avisa que aguarde,
Que está la gente dispierta.
Y quitase el moro luego
De su puerta, porque suena
Gente en la calle de ronda,
Y témese no le vean.
«Rabiosos celos... etc.»

(*Romancero general.*)

79.

ABINDARRAEZ EL TIO. — V.

(*Anónimo.*)

Fátima y Abindarraez,
Los dos extremos del reino,
Ella por extremo hermosa,
Y él valiente en todo extremo;
Abencerraje de fama,
Del rey de Granada deudo,
Capitan de Alora, cuando
Doraba su rostro el vello:
Aquel que con los peligros
Daba descanso á su pecho,
Mostrando en él y en los ojos
De un amante y amor tierno:
El que por su fe y su rey
Ha mostrado en poco tiempo
Que lo que en la edad faltaba,
Sobraba en valor y esfuerzo,
Y en las Cortes de Almería [1],
Las últimas que se hicieron,
Hizo gran servicio al Rey
Guardando al reino sus fueros [2],
Tanto que los Alfaquíes
Decretaron en consejo,
Que se le hiciese una estatua
Por reparador del reino,
Y de esto y de su valor,
Estando el Rey satisfecho,
Por gratificarle en algo
Parte de lo que habia hecho,
Le ha nombrado por alcaide
De aquel belicoso suelo,
Donde bebe el mar de España
Las aguas de Tajo y Duero [3].
Aquí estaba Abindarraez
Ocupado en su gobierno,
Presente de sus cuidados,
Y ausente de sus contentos:
Cuando á la ausente Jarifa,
Que no lo está de sus duelos,
Sino presente á su pena,
Y de su gloria el destierro,
Hablando con un retrato,
Que le sacó de su pecho,
Donde está mas natural
Que puede en tabla ó en lienzo:
Despues de decir callando
Mil amorosos conceptos,
Que mas que una lengua ó libro
Habla á veces el silencio,
Dijo: ¡Amiga de mis ojos!
¡Vida de mi pensamiento!
No verte como solia
Me es otro nuevo tormento.

(*Romancero general.—Id. Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

[1] Entre los Moros no habia Cortes.

[2] Tampoco habia fueros, á lo ménos que se pareciesen á los de los castellanos.

[3] Ni el Duero ni el Tajo mezclan sus aguas en el mar de España.

80.

ABINDARRAEZ EL TIO. — VI.

(*Anónimo.*)

La mañana de San Juan,
A punto que alboreaba,
Grande fiesta hacen los moros
Por la vega de Granada.
Revolviendo sus caballos
Jugando van de las lanzas,
Ricos pendones en ellas
Labrados por sus amadas;
Ricas aljubas vestidas
De oro y de seda labradas:
El moro que amores tiene
Allí bien se señalaba,
Y el moro que no los tiene
De tenerlos procuraba.
Míranlos las damas moras
Desde las torres de Alhambra,
Entre las cuales habia
Dos de amor muy lastimadas;
La una se llama Jarifa,
La otra Fátima se llama.
Solian ser muy amigas,
Aunque ahora no se hablan:
Jarifa llena de celos
A Fátima le hablaba.
—¡Ay Fátima, hermana mia!
¡Cómo estás de amor tocada!
Solias tener colores,
Veo que ahora te faltan;
Solias tratar amores,
Ahora obras y callas;
Pero si los quieres ver,
Asómate á esa ventana,
Y verás á Abindarraez,
Y su gentileza y gala.—
Fátima como discreta,
Desta manera le habla:
—No estoy tocada de amores,
Ni en mi vida los tratara;
Si se perdió mi color,
Tengo dello justa causa,
Por la muerte de mi padre,
Que aquel alaves matara:
Y si amores yo quisiera,
Está, hermana, confiada,
Que allí veo caballeros
En aquella vega llana,
De quien pudiera servirme,
Y dellos ser muy amada,
De tanto valor y esfuerzo,
Cual de Abindarraez alabas.—
Con esto las damas moras
Pusieron fin á su habla.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los Cegríes*, etc.)

81.

ABINDARRAEZ EL TIO. — VII.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

Cuando el rubicundo Febo
Sus rayos comunicaba
Al suelo caliginoso
Que de su ausencia quedaba
Temeroso, triste y feo
Con todo cuanto criaba:
En el venturoso dia
Celebrado en nuestra España,
Y por todo el universo
De tal nombradía y fama,
Del glorioso Juan Baptista
A quien la Iglesia señala
Por uno de los mayores
Que en los nacidos se halla;

Cuando la morisma toda
En fiestas se señalaba,
Salen dos gallardos moros
Por la vega de Granada
Con relinchosos caballos
Haciendo grande algazara,
Y agradable escaramuza,
Curioso jugar de lanza,
Y otras muchas gentilezas,
Cuyas hazañas mostraban
Estar heridos de amor
Y sus almas captivadas.
Míranlos dos bellas moras
De las torres del Alhambra,
Que en particular tenian,
Aunque lo disimulaban,
Rendidos sus corazones
A los que escaramuzaban.
Llaman Jarifa á la una,
La otra Fátima se llama:
Si la una tiene hermosura,
La otra hermosura y gracia,
Y entre la una y la otra
Mortales celos se tratan
De ese moro Abindarraez:
Dias ha que no se hablan.
Jarifa es grave y hermosa,
Vive leda y confiada,
Y aunque Fátima lo es,
No tiene su confianza,
Puesto que el gallardo moro
La dió á entender que la amaba,
Y para certificarse
Mil ocasiones buscaba.
Finalmente vió á Jarifa
Junto á sí en una ventana,
Al tiempo que el bravo moro
Adarga y lanza jugaba.
Parecióle esta ocasion
Para lo que deseaba,
Y con voz baja y quieta
Aunque con alma alterada,
Le dice: — Hermana Jarifa,
Tiéneme muy admirada
Un efecto, que yo veo
En la color de tu cara.
Ya estás blanca, ya amarilla,
Y á ratos muy colorada.
Unas veces por los ojos
Parece que das el alma,
Y adonde está Abindarraez
Allí la pones fijada.
Si le vencen los contrarios
Te muestras muy desmayada,
Y si sale vencedor
Alegre y regocijada.
Todas estas cosas son
Propias de persona que ama. —
Atenta estaba Jarifa
A todo, muy sosegada:
Quiso callar y no pudo,
Que amor la tenie forzada;
Mas con su boca graciosa
Desta manera la habla:
— Fátima, ¿burlas de mí,
O estás conmigo enojada?
Si burlas son, no las quiero,
Que con celos, son pesadas:
Si véras, á tí mas toca,
Pues estás amartelada,
Que ese moro Abindarraez
Te tiene muy subjetada,
Y sé que huelgas de sello:
¡No hagas de la excusada,
Que es echar mas leña al fuego,
Y tener pena doblada! —
Fátima respondió así:
— ¡Vives, Jarifa, engañada
Si piensas que por él peno!
Que para hacer tal entrada,
Tarde llegó Abindarraez:
Tomada está la posada.—

(Rodriguez, *Romancero historiador.*)

[1] Es este romance una imitacion bastante feliz del anterior; pero en el primer trozo hay ideas harto pedantescas y de mal gusto.

82.

ABINDARRAEZ EL TIO. — VIII.

(De Pedro Padilla.)

Con Fátima está Jarifa
A una ventana parlando,
Y ardiendo de celos della
Le dice con rostro airado:
—¡Nunca entendí que tuvieras
Conmigo tan doble trato,
Porque caber no podia
Sino en corazon villano!
Dejásteme el otro dia
Con el pecho asegurado,
Para poderme engañar
Mucho mejor á tu salvo.
Creíte yo como amiga
Descuidada de tu engaño,
Que lo que yo no hiciera
No supe en tí recelallo.
Dice, Fátima, muy bien
Aquel refran tan usado,
«Que solo el que no se fia
» Deja de ser engañado».
¿Por qué dijiste que estaba
El aposento ocupado,
Y que el moro Abindarraez
Habia tarde llegado,
Sabiendo que en el lugar
Saben todos lo contrario,
Que públicamente anda
Tu servidor declarado?
Solo el engañarme siento,
Que no lo que me has quitado,
Pues nunca tanto me quiso,
Ni estimó en mas mi cuidado.
Yo sé de su propia boca
Cuanto contigo ha pasado,
Y que tú le solicitas
Estándose él descuidado.
No tengo celos de tí,
Ni nadie me los ha dado,
Porque cuanto dél pretendo
Tengo muy asegurado:
Lo que siento es, que tuvieses
Conmigo trato doblado,
Siéndote yo tan amiga
Y habiéndotelo mostrado.
Fátima, muda de intento,
Porque yo te desengaño
Que son conmigo las véras
Y andan contigo de falso.
Del agravio que me has hecho
El que puede me ha vengado,
Y con decírtelo queda
Mi corazon descansado.—
Fátima responder quiso;
Mas Jarifa no ha esperado,
Que la palabra en la boca
Saliéndose la ha dejado.

(Padilla, *Tesoro de varias poesías.*)

83.

ABINDARRAEZ EL TIO. — IX.

(De Pedro de Padilla [1].)

El gallardo Abindarraez,
Tan conocido por fama,

Y el valiente moro Muza,
Que era alcaide del Alhambra,
Pariente del rey Chiquito
Y gran servidor de Axa,
A pasear la ciudad
Del Alhambra se bajaban.
El uno va de amarillo
Y otro de color leonada,
Que estas eran las colores
De las dos que los dos aman.
Los caballos eran rucios
En que los dos moros bajan,
De muy hermosa presencia:
Las sillas aderezadas
La una de verde y de oro,
La otra de leonado y plata.
¡Tan lozanos van los moros,
Que por do quiera que pasan
Unos les dan bendiciones,
Y otros de envidiosos callan!
Y tratando algunas cosas
En que mas gusto hallaban,
Vinieron á tratar luego
De las damas de Granada.
Y repararon los dos
En las dos que entrambos aman:
Dice el uno que Jarifa
Es de hermosura y gracia,
De valor y cortesía
La mora que mas alcanza.
No consiente aquello Muza,
Diciendo que no hay criada
Mujer, debajo del cielo
Que se igualase con Axa:
Y fué la burla de suerte
Que de palabra en palabra,
Si no fueran tan amigos
Pusieran mano á las armas.
Mas lo que allí no fué véras
En una gran fiesta pára,
Porque el moro Abindarraez,
Luego que volvió al Alhambra
Hizo llamar sus amigos,
Y por defender su dama
Una fiesta de sortija
Dieron órden que se haga,
Entre ellos cosa muy nueva
Y nunca jamas usada:
Y el cartel que allí se hizo
Otro dia pregonaban
En que Abindarraez defiende,
Que la mora á quien él ama
Es la mujer mas hermosa
Que vive dentro en Granada,
Y que lo mantendrá solo
A cuantos moros le salgan,
A tres lanzas las mejores,
Mejor letra y mejor gala:
Y que si fuese vencido,
Que perderá una guirnalda
De piedras de gran valor
Y de perlas adornada,
Que la hermosa Jarifa
Con su mano aderezara.
Y cuando ya llegó el dia
Para la fiesta aplazada,
Todas las moras hermosas
Acudieron al Alhambra,
Codiciosas de ganar
Lo que cada cual pensaba
Que le era deuda debida
Por mas hermosa y gallarda.
Y cuando ya estuvo dellas
Hecha un cielo aquella plaza,
Los enamorados moros
A caballo paseaban,
Cada cual haciendo fiesta
A la que mas le cuadraba.
Estando en esto, sintieron
Que el mantenedor entraba
Con doce moros delante,
Todos de encarnado y plata
Con unas llamas de fuego
Que un corazon abrasaban,
Los seis con doce atabales
Que de dos en dos tocaban,
Y con trompetas los otros
De música concertada,
Y doce pajes tras ellos
De hermoso talle y cara,
De tela de oro vestidos,
De encarnado matizada,
Y con estrellas de perlas
A todas partes poblada.
En doce caballos blancos
Los doce pajes entraban,
Encubertados los seis,
Y los seis con sillas rasas;
Y los seis pajes mayores
Lleva cada cual su lanza,
Y los caballos testeras
Con plumas diferenciadas:
De la suerte del vestido
Las cubiertas adornadas.
Tras ellos entra Jarifa
Al natural retratada,
En un carro aderezado
Con mucha riqueza y gala.
Cuatro caballos le tiran,
Todos color de castaña,
Con frenos dorados todos
Y las cabezas pobladas
De largas y bellas plumas
Pardas, blancas y leonadas;
Y ante los piés de Jarifa
Vénus viene arrodillada,
Ofreciéndole del hijo
El arco, flechas y aljaba:
Y Amor á su lado puesto
Viene la venda quitada,
Llorando porque Jarifa,
No quiere lo que le daban.
Detras vienen seis padrinos
Con marlotas encarnadas
Y flor de lises de oro
Y medias lunas de plata,
Ricos alfanjes ceñidos
Y las cabezas tocadas
Con tocas listadas de oro
Dentro de Túnez labradas,
Y de su misma librea
Los caballos que llevaban.
El gallardo Abindarraez
Tras ellos entra en la plaza
Sobre un gran caballo blanco,
La silla de oro bordada,
Y un penacho en la testera
De plumas diferenciadas
Y todas de argentería
A los remates pobladas.
El capellar y marlota
Eran de color leonada,
Y sobrepuestas en ella
Cifras bordadas de plata.
Jarifa dicen las letras
En las cifras estampadas.
Llevaba una blanca toca
Hecha con muchas lazadas,
Rubíes asidos de unas,
Y en las otras esmeraldas,
Y un penacho muy hermoso
De plumas todas rizadas,
Y un tahelí berberisco
En que colgando llevaba
Un alfanje damasquino;
La guarnicion y la vaina
Hechas de oro de martillo
Con gran artificio y gala.

Lleva en la mano derecha
La riquisima guirnalda
Que en premio fué prometida
Al que se le aventajara.
Entra tan gallardo el moro,
Que por bienaventurada
Tienen todas á Jarifa
Por ser de tal hombre amada
Y entrando desta manera
Y dando vuelta á la plaza,
Apeóse en una tienda
Para aquel efecto armada,
De una tela muy hermosa
Sobre la color morada,
Y aquesto dice la letra,
Que deja por donde pasa:
«La que me pudo vencer
»Y hoy tengo de coronar,
»Es sin par en merecer,
»Yo sin segundo en amar».
Y el primer aventurero
Vieron luego cómo entraba,
El cual entró por la posta
Sobre una yegua muy flaca,
Y delante un postillon
Con una mora á las ancas,
De muy buen talle de cuerpo,
Pero de muy mala cara;
Y llevaba por empresa
Una muy seca guirnalda,
Y al pasar deja esta letra
Por las partes do pasaba:
«Es imposible que acierte
»Nada de cuanto desea
»Quien se enamora de fea».
Y en entrando cumplió luego
Cuanto se pronosticaba,
Que de tres lanzas ninguna
Corrió que fuese acertada;
Y ansí se volvió dejando
La plaza regocijada.
Tras aquel entraron muchos
Con invenciones extrañas
Y todos dejan los precios
Adonde Jarifa estaba;
Hasta que el valiente Muza
Hizo el último su entrada
Con la mayor gallardía,
Mayor riqueza y mas gala,
Que de lengua humana puede
Ni de pluma ser contada,
Y á la plaza dando vuelta
Aquesta letra dejaba:
«Seguro va de vencer,
»Axa, señora, el que ha sido
»De vuestra mano vencido».
Y acercándose á la tienda
En que Abindarraez estaba,
Comenzaron á correr
Entrambos á dos sus lanzas
Con tan perfecta destreza
Y tan desenvuelta gracia,
Que nadie la diferencia
Del uno al otro juzgara;
Y ansi dándolos por buenos
Los jueces que allí estaban,
Porque el sol ya se encubria
Y obscuro el mundo dejaba,
Acabándose la fiesta
Se salieron de la plaza
Con mucho contentamiento
De verla bien acabada.

(Padilla, *Tesoro de varias poesías*.)

[1] Hé aquí una de aquellas composiciones del último tercio del siglo XVI, en que desgraciadamente un buen poeta creyó pujar todo lo hecho en los cortos y lijeros romances moriscos hijos de una rápida inspiracion. Pedro de Padilla creyó sin duda haber puesto una pica en Flándes reuniendo en este larguísimo y pesado romance todos los medios, formas, ideas, descripciones y pensamientos, que en los moriscos de su clase repartidos forman cuadros lijeros, ó valientes, o tiernos, ó graciosos. Hizo lo mismo que hiciera un gran colorista, que para lucirse se empeñase en emplear en un cuadro todos los colores, viniesen ó no al caso, que los buenos en el arte emplearon convenientemente. Los colores en sí serán brillantes y bellos; pero mal empleados, solo presentan agrado á la vista, sin interesar mucho el alma.

84.

ABINDARRAEZ EL TIO. — X.

(*De Pedro de Padilla*[1].)

Cuando salió de cautivo
El rey Chico de Granada,
A quien cautivó el alcaide
Que de los Donceles llaman,
Dos caballeros mancebos
Que en la ciudad se hallaban,
Por mostrar en algo al Rey
Lo mucho que deseaban
Verle volver con sosiego
Al regalo del Alhambra,
Y regocijar queriendo
Venida tan deseada,
Donde comienza la vega
Fértil, espaciosa y llana,
Que el caudaloso Genil
Por mil partes riega y baña,
En aquel alegre dia
En que á su rey esperaban,
Entre muchos que salieron
Cincuenta se aderezaban
Con muy hermosas libreas
En esto diferenciadas:
Que llevaba cada uno
Los colores de su dama,
Y llevan en las cabezas
Tocaduras extremadas;
Unas hechas de almaizares
Con gran artificio y gala,
Y otras de tocas hermosas
Dentro de Túnez labradas.
Unas listadas de oro,
Y otras de color leonada
Con rapacejos azules
Y las orillas de plata:
Los brazos derechos todos
Con empresas de quien aman;
En muy hermosos caballos
Las sillas aderezadas
Del color de la librea
Que cada moro sacaba.
Adargas ante los pechos,
Con borlas diferenciadas;
Lanzas largas berberiscas
De dos hierros adornadas.
Y en llegando junto al Rey
Escaramuza trababan,
Mostrando cuán diestros eran
En el jugar de la lanza.
Y habiéndose ya acabado
Esta fiesta comenzada,
Al Alhambra se subieron,
Adonde el Rey esperaba
De las moras mas hermosas
Una muy lucida escuadra,
Que al rey Chiquito reciben
A la entrada de una sala,
En traje y rostro mostrando
El regocijo del alma.
Entre todas le llevaron
Donde su madre le aguarda,
Que con la gloria de verle
Como fuera de sí estaba.
Y en tomando el Rey su asiento
Comienzan todas la zambra,
Que era entre ellas el sarao
Y fiesta mas regalada.

La belleza de las moras,
El donaire, gracia y gala
Es mejor para creida
Que con palabras contada,
Porque la mas larga pluma
Quedara muy atrasada.
Y con ser desta manera,
Las que allí se aventajaban
Eran Fátima y Jarifa,
Que del Rey importunadas
La toca danzaron juntas
Y hicieron mas mudanzas
En las colores del rostro
Que en el baile que danzaban;
Porque siempre se tuvieron
Enemistad declarada,
Que es oficio de los celos
Hacer aquel en el alma.
Danzaron en competencia
Como en lo demas andaban,
Con tal primor, que no dieron
A ninguna la ventaja,
Sino los que con pasion
Su competencia miraban:
Y fué el donaire de suerte
Con que la una trataba
De aventajarse á la otra
Por estar adonde estaban,
Que de amores de las dos
Ardiera la nieve helada,
Tanto que el moro Abenzaide,
Uno de los de la fama,
De admirable valentía
Y de persona gallarda,
Hijo de un Abencerraje
Que Mahomet se llamaba,
Viendo en Jarifa el extremo
Que á todos tanto agradaba,
Rindió sin defensa luego
Las fuerzas todas del alma.
Acabándose la fiesta,
Tan digna de ser loada,
Se sentó el Rey á la mesa
Y en otra todas las damas,
A quien los galanes moros
Servian y festejaban.
Solo Abenzaide se muere
De ver que á Jarifa daba
Tanto gusto Abindarraez
Que puesto á su lado estaba,
Y aunque eran grandes amigos,
El amistad no bastaba
Para que no le pesase
De ver cuán valido andaba;
Y como el fuego de amor
Nunca de véras abrasa,
Ni tanto desasosiega
Si competidores faltan,
Y con ellos el deseo
Sin resistencia se inflama;
Así le sucede al moro
Que por no ver lo que pasa,
De envidia y amor ardiendo
Se fué para su posada,
Determinado á querer,
Y á morir en la demanda.
Así comenzó á mostrar
El fuego en que se abrasaba,
Con cuantas demostraciones
Suelen hacer los que aman;
De suerte que Abindarraez,
Aunque al principio callaba,
No pudiendo ya sufrir
Muestra tan desenfadada,
Y mas de un amigo y deudo
De quien tanto confiaba,
Y porque todo el lugar
De ver que disimulaba
Ofensa tan descubierta,
En secreto murmuraba,
Se determinó de hablarle,
Y bajando del Alhambra
Le dijo: —¡Abenzaide amigo,
No sé qué ha sido la causa,
Que siendo vos caballero
De mi propia sangre y casta,
Y que de mi voluntad
Jamas conocistes falta,
Deis en servir á Jarifa
Con muestra tan declarada,
Sabiendo que yo la sirvo
Y que ella no me desama!
¡No sé qué nombre le ponga
A cosa tan mal mirada!
Solo siento que me obligue
No querer vos remedialla,
A venir en rompimiento
Con hombre que tanto amaba:
Y pues la libertad vuestra
En nada desto repara,
Quiero que sepais de mí
Que ni la amistad pasada,
Ni el deudo que con vos tengo,
Ni el temor de vuestra espada,
Podrán hacer que no tome
Deste exceso la venganza,
Que una cosa tan mal hecha
No es justo disimulalla.—
Abenzaide le responde
Con voz mansa y reportada:
—No pienses, Abindarraez,
Que esa cólera me espanta,
Ni que por ese temor
He de dejar mi demanda;
Que ántes de mudar intento,
Saldrá de mi cuerpo el alma:
Y si no te he respondido
Con los filos de esta espada,
Es por darte una disculpa
Que para tu cargo basta,
Aunque sangre y amistad
Ande en esto atravesada,
Y es: que razon en amor,
No hay cosa mas excusada,
Y que las sobras del mio
Hacen al tuyo ventaja.—
Y diciendo estas razones,
El lucido alfanje saca,
Y el valiente Abindarraez
Ardiendo en furiosa rabia
Poniendo la mano al suyo
Dice con voz alterada:
—Una tan gran desvergüenza,
Así ha de ser castigada.
Y queriendo comenzar
Entre los dos la batalla,
Cuatro caballeros moros
Que del Alhambra bajaban,
Pudieron tanto con ellos
Que fué forzoso dejalla;
Y al Abenzaide los dos
A la ciudad le bajaban;
Y á Abindarraez los otros
Le volvieron á la Alhambra.
Abenzaide al mismo punto
Que ya la noche cerraba,
Dejada la compañía
Se fué para la posada
De la hermosa Jarifa,
Y por su padre demanda:
El cual salió á recebille
Con muy agradable cara,
Pidiendo de su venida
Tan á deshora la causa.
Abenzaide le responde,
Que lo que mas deseaba
Y lo que allí le ha traido,
Es á suplicar que haga

Merced de darle á Jarifa
Por esposa regalada.
El viejo se huelga dello
Viendo lo bien que le estaba,
Y ansi le dió de hacello
Su promesa, fe y palabra;
Y dando à Jarifa cuenta
De todo como pasaba,
Aunque no mostró disgusto,
Sino que dello se holgaba,
Quedó tal con esta nueva
Aquel alma enamorada,
Que á solas, en su aposento,
Cuando se vió retirada,
La tuvo el dolor esquivo
Tan triste y desesperada,
Que de quitarse la vida
Estuvo determinada.
Y ansi, resuelta en hacello
Si Abindarraez le faltaba,
Se determinó á escribirle
Contándole lo que pasa;
Y para certificarle
De la fe con que le amaba,
Con un pajecillo suyo,
Que estos recados llevaba,
Aquesta carta le envia
Otro dia en la mañana.

Carta de Jarifa.

La que amor hizo tan tuya
Que con solo amarte vive,
Antes que el tiempo destruya
El descanso y vida suya,
Esta, Abindarraez, te escribe;
Y es milagro que un tormento,
Tan áspero de sufrir,
Me deje vida y aliento
Para poderte escribir.
Y aunque poco ya me queda,
Podré hacerte saber,
Que de fortuna la rueda,
Como nunca se está queda,
Nunca asegura placer.
Solo contra mi cuidado
Fuerza ni poder alcanza,
Que entre los que amor ha dado
No le hay tan asegurado,
Sin la muerte, de mudanza.
Y siendo en efeto ansi,
Aunque es trance riguroso
En el que me veo por ti,
No tienes que estar de mí,
Ni aun burlando, temeroso.
Que contra todo el poder
Del cielo y de la fortuna,
Tiene fuerzas mi querer;
Y tengo en esto de ser
Fénix, porque no hay mas de una.
Y habiendo de lastimarte
Un suceso tan extraño,
He querido asegurarte,
Primero que declararte
La causa de tanto daño.
Y aunque tan asegurado
Siempre has vivido conmigo,
No me pareció excusado,
Porque al fin, retificado,
Tiene mas fuerza el testigo.
Y puédelo el cielo ser
Como mis ojos lo son,
Que yo no puedo creer
Que se vió jamas mujer
En tamaña confusion.
Porque mi padre procura
Darme á mi pesar marido,
Y aunque él intenta locura,
Es para mí cosa dura
Que á tal punto haya venido.
Porque es fuerza declararme,
A no le ser obediente,
Pues aunque quiera forzarme
A obedecerle y casarme,
Amor no me lo consiente.
Y aunque me esté bien á mí
Descargarme desta mengua,
Si no fuere para ti,
Primero que decir sí
Dejaré sacar là lengua.
Y no podra confesar
Que al punto que supe amarte
Nada dejé de entregar,
Que despues pudiese dar
A nadie en ninguna parte;
Que para tuya nací,
Y desto mi fe te empeño,
Y pues que soy la que fui,
Tendrás por cierto de mí,
Que jamas tendré otro dueño.
Y no quiero señalarte
El que estorbarlo pretende:
Baste solo declararte
Que en valor piensa igualarte,
Y de tu sangre deciende.
Pero no le ha sucedido
Como lo tenia pensado;
Que aunque es moro tan valido,
Do puede ser acogido
Está el lugar ocupado.
Y siempre lo entendió ansi
Las veces que me miraba,
Que las que acaso le vi,
Bien entenderia de mí
Que aun de verle me cansaba;
Porque luego da á entender
Un alma de amor herida,
Que en comenzando á querer,
Ni aun de burlas ha de haber
Para ninguno acogida.
Y si habiéndolo entendido
En seguir su intento ha dado,
Tras no lo haber conseguido
Quedará necio y corrido
De haber sido porfiado;
Y si á los dos ofendió
Con intento tan villano
Del pié le quiero dar yo,
Solo porque pretendió
Ganarte el juego de mano.
Y pues hay tal ocasion
Para nuestras pretensiones
Si à ti no falta aficion,
No es bien que la dilacion
Esfuerce estas ocasiones.
Y si del dolor que paso
Hay en tu pecho disgusto,
No es tiempo de andar escaso,
Sino cortalles el paso,
Para darle á nuestro gusto.

Sigue el romance.

Sintió tanto Abindarraez
Entender lo que pasaba,
Que no quiso responder
Por escrito á aquella carta;
Que la cólera que tiene
Tanto espacio no le daba;
Y porque Jarifa entienda
Que dél era tan amada,
Que lo que le habia mandado
Un punto no dilataba,
A pié con solo un criado
Se sale de la posada,
Y á la de Jarifa llega
Y á su padre la demanda:
A lo cual replica el viejo,
Que ya la tenia mandada,
Y que perderá la vida

Por no quebrar su palabra.
Abindarraez le cuenta
El caso cómo pasaba,
Y le dice que Jarifa
Primero le tenia dada
Palabra de ser su esposa,
Y que Abenzaide trataba
Una cosa muy mal hecha
Y no de hombre de su casta,
Estando cierto de aquello,
En venir á demandalla.
El moro, entendido aquello
Dice que á su gusto haga,
Y subiéronse los dos
Adonde Jarifa estaba,
La cual á su cargo toma
Deshacer esta maraña;
Y dándose allí las manos
De nuevo se confirmaba
La fe que entre ellos habia
No tan bien asegurada.
En saliendo Abindarraez
Jarifa luego enviaba
Al moro Abenzaide un paje,
Y con él le suplicaba
Que luego al punto la viese
Para un caso que importaba:
Y el enamorado moro
En cumplir esto no tarda,
Que el fuego no es tan activo
Como el que de véras ama.
Y cuando se vió en presencia
De aquella á quien adoraba,
Quedó el rostro sin color
Y la lengua suelta, atada,
Con un helado temor
La persona embarazada,
Sin hacer en él su oficio
Ordenadamente nada.
Jarifa viéndole ansí
Encendida y colorada,
Le comenzó de hablar,
Poco ménos que él turbada,
Aunque era el turbado efecto
De muy diferente causa.
— Héte rogado, Abenzaide,
Que hagas esta jornada,
Para agradecerte mucho,
Como quien te está obligada,
El pedirme por esposa,
Que es deuda á que falta paga:
Y aunque con nadie pudiera
Estar yo mas bien casada,
Porque á tu valor y suerte
Ninguno se le aventaja,
Ha hecho amor imposible
Lo que á mí tan bien me estaba:
Porque fe de esposa tengo
Al Abencerraje dada,
Y por eso sus servicios
Con voluntad acetaba.
Una prenda desta suerte,
Y serle yo aficionada,
Es ocasion que no pueda
Faltarle de mi palabra:
Pudieras de mí ofenderte
Si por otro te negara;
Mas á tanta obligacion
Es fuerza no ser ingrata.
Ya ves que tengo razon,
Y si de ti soy amada,
Sola una merced te pido,
Y que esto luego se haga:
Que vuelvas por darme gusto
En el amistad pasada
Con el moro Abindarraez;
Y pues que Fátima es dama
Tan gallarda y tan hermosa,
Y que hacienda no le falta,
Porque nuestra competencia
Del todo quede acabada,
Y tu muy bien empleado,
Y Fátima bien casada,
La pidas luego á su padre,
Y dejarásme obligada
A serte toda mi vida
Por esta merced, esclava. —
El moro, aunque le llegaron
Aquellas nuevas al alma,
Fué, tan como caballero,
Obediente á su demanda,
Que partió para cumplilla
Sin respondelle palabra;
Porque puesto que quisiera,
El dolor no le dejara;
Y ántes que cerrase el dia
Al Abencerraje habia,
Y á Fátima en casamiento
A su padre la demanda.
Y acabados los conciertos,
A una fiesta señalada,
Se dilató el cumplimiento
De cosa tan deseada.

(Padilla, *Tesoro de varias poesías*.)

¹ Véase la nota del anterior, núm. 85; porque á este aun con mas razon todavía le convienen las observaciones que para aquel hicimos. Sin embargo, uno y otro son composiciones agradables de un buen poeta, aunque demasiado largas.

85.

ROMANCE DE ABENZULEMA.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Aquel rayo de la guerra
Alférez mayor del reino,
Tan galan como valiente,
Y tan noble como fiero;
De los mozos envidiado,
Y admirado de los viejos,
Y de los niños y el vulgo
Señalado con el dedo:
El querido de las damas
Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y el tiempo:
El que vistió las mezquitas
De victoriosos trofeos,
Y el que pobló las mazmorras
De cristianos caballeros;
El que dos veces armado
Mas de valor que de acero,
A su patria libertó
De dos peligrosos cercos:
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
A que le condena el Rey,
O el amor, que es lo mas cierto.
Servia á una mora el moro,
Por quien andaba el Rey muerto,
En todo extremo hermosa,
Y discreta en todo extremo.
Dióle unas flores la dama,
Que para él flores fuéron,
Y para el celoso rey
Yerbas de mortal veneno;
Pues de la yerba tocado
Le manda desterrar luego,
Culpando su lealtad
Para disculpar su yerro.
Sale pues el fuerte moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió, y le pació el heno.
Tan gallardo iba el caballo,
Que en grave y airado vuelo,
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo:

Con un hermoso jaez,
Bella labor de Marruecos,
Las piezas de feligrana,
La mochila de oro y negro:
Sobre la marlota negra
Un blanco almaizar se ha puesto,
Por vestirse las colores
De su inocencia y su duelo.
Bonete lleva turquí,
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un preciado camafeo.
No quiso salir sin plumas
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
Tambien no le quita el viento:
Bordó mil hierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
En arábigo una letra
Que dice: «Estos son mis yerros.»
No lleva mas de un alfanje
Que le dió el rey de Toledo,
Porque para un enemigo
El le basta, y su derecho.
Desta suerte sale el moro
Con animoso denuedo,
En medio los dos alcaides
De la Alhambra y Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas, por do pasa,
Se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten agora
De sus tristes ojos bellos,
Las que desde los balcones
Aguas de olor le vertieron.
La hermosísima Balaja
Que llorosa en su aposento,
Las sinrazones del Rey
Le pagaban sus cabellos,
Como tanto estruendo oyó,
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dijo,
Dando voces con silencio:
—Vete en paz, que no vas solo,
Y en mi ausencia ten consuelo,
Que quien te echó de Jerez
No te echará de mi pecho.—
El con la vista responde:
—Yo me voy y no te dejo:
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.—
Con esto pasó la calle,
Los ojos atrás volviendo
Dos mil veces, y de Andújar
Tomó el camino derecho.

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 2.ª parte.—Góngora (Obras de).

ROMANCES DE LOS AMORES DE MUZA.

86.

AMORES DE MUZA. — I.

(*Anónimo.*)

De celos del rey su hermano
El alma tiene abrasada
El valiente moro Muza,
Honra y gloria de Granada,
Diciendo: —Rey, ¿por qué quieres
Tiranizar á mi dama,
Pues que yo tambien soy rey
A donde reina mi alma?
Dala en pago á mis servicios,
Pues es justa la demanda,
Y déjame gozar de ella,
Así goces de la Alhambra;
Que si aquesto me concedes
No se verá contrastada
De poder de los cristianos
Miéntras quisiere mi lanza;
Y á mas te prometo, Rey,
Con aquesta, otra hazaña,
Que es traerte cada dia
Doce cabezas cristianas.
Y si me das á mi gloria
Como la razon demanda,
Te traeré por tu cautivo
Al de la cruz colorada.
Gocemos vida quieta,
Pues que podemos gozalla,
Tú con aquestas victorias,
Yo con ellas y con Zara.—

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 2.ª parte.)

87.

AMORES DE MUZA. — II.

(*Anónimo.*)

Desterró al moro Muza
El rey Chico de Granada,
Por tenerle envidia á él,
Y mucho amor á su dama.
En un caballo morcillo
Armado de todas armas,
Parte á cumplir el destierro
Por do su dama moraba.
Al ruido del caballo
Asomóse á la ventana,
Y el moro por despedida
Con mil suspiros la habla.
—No temo la partida,
Ni la gran sinrazon que el Rey me ha hecho,
Ni temo corta vida,
Que el mundo es muy estrecho
Para mí que te tengo á tí en mi pecho.
Mas el mal de la ausencia
Hará el efecto en tí que en otras suele;
Fáltame la paciencia,
Y esto es lo que me duele,
Y no poder hallar quien me consuele:
Y para consolarme,
Suplícote tu intento me declares
De vivir ó matarme,
Pues cuanto te acordares
Tendré de vida, y muerte si olvidares.
Respondió la mora airada:
—Por Mahoma y por su ley
Que holgara me oyera el Rey
Que por tí lo es de Granada;
Mas en tu valor confio
Que creerás bien de mí,
Que te quiero mas á tí
Que al Rey que por fuerza es mio.
Pierde, señor, los estribos
De tanta desconfianza,
Que si tus brazos son vivos
Me cobrarás por la lanza.
Si el Rey buscare ocasion,
Gozará por su maldad
El alma sin libertad,
Y el cuerpo sin corazon.—

(*Romancero general.*—It. *Flor de nuevos y varios Romances*, 2.ª parte.)

88.

AMORES DE MUZA. — III.

(*Anónimo.*)

Afuera, afuera, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas:
Treinta lleva en su cuadrilla

Abencerrajes de fama,
Conformes en las libreas
De azul y tela de plata;
Yeguas de color de cisne
Con las colas aleñadas,
Y de listones y cifras
Travesadas las adargas:
Atraviesan cual el viento
La plaza de Vivarambla,
Dejando en cada balcon
Mil damas amarteladas.
Aquí corren, allí gritan,
Aquí vuelven, allí paran,
Acullá los veréis todos
Prevenirse de las cañas.
La trompeta los convida,
Ya les incita la caja,
Ya los clarines comienzan
A concertar la batalla:
Ya pasan los Bencerrajes
Ya las adargas reparan,
Ya revuelven, ya acometen
Los Cegries contra Mazas.
El juego se va encendiendo,
De véras ya el juego anda,
No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas.
El rey Chico que conoce
La ciudad alborotada,
En una yegua lijera,
De cabos negros y baya,
Gritando con un baston
Por ver la fiesta acabada,
Va diciendo: «Afuera, afuera,
Con rigor, aparta, aparta»
Las damas hacen lo mismo
Desocupando ventanas,
Porque la misma pendencia
Riñen ellas en sus almas.
Muza, que conoce al Rey,
Por el Zacatin se escapa,
Y la demas de su gente
Le sigue por el Alhambra.
Mandólos el Rey prender,
Y en Generalife aguarda
Particularmente á Muza,
Por gozar de su esperanza:
Mas dentro de tercer dia
De las prisiones los saca,
Resultando del enojo
Una muy hermosa zambra.

(*Romancero general*.— It. *Flor de nuevos y varios Romances*, 2.ª parte.)

89.

AMORES DE MUZA. — IV.

(Anónimo.)

Con mas de treinta en cuadrilla,
Hidalgos Abencerrajes,
Sale el valeroso Muza
A Vivarrambla una tarde
Por mandato de su rey
A jugar cañas, y sale
De blanco, azul y pajizo,
Con encarnados plumajes.
Y para que se conozcan,
En cada adarga un plumaje,
Acostumbrada divisa
De moros Abencerrajes.
Con un letrero que dice:
«Abencerrajes levanten
» Hoy sus plumas hasta el cielo,
» Pues dellas visten las aves.»
Y en otra cuadrilla vienen
Atravesando una calle
Los valerosos Cegries,
Con libreas muy galanes.
Todos de morado y verde,
Marlotas y capellares,
Con mil jaqueles gualdados,
De plata los azicates.
Sobre yeguas bayas todos,
Hermosas, ricas, pujantes,
Por divisa en las adargas
Unos sangrientos alfanjes,
Con una letra que dice:
«No quiere Alá se levanten,
Sino que caigan en tierra
Con el acero pujante.»
Apercíbense de cañas:
El juego va muy pujante,
Mas por industria del Rey
No se revuelve ni hacen;
Porque traen los Cegries
Contra los Abencerrajes
Un concierto de villanos,
Y así incierto les sale.

(Perez de Hita, *Historia de los bandos de los Cegries*, etc.)

90.

AMORES DE MUZA. — V.

(Anónimo.)

Admirada está la gente
En la plaza Vivarambla
De verle tirar á Muza
En una fiesta una caña.
Entró bizarro y gallardo,
Mas que Audalla el de las galas,
Mas fuerte que Reduan
Sufre al contrario en batallas,
Con librea berberisca
Turquesada y despuntada,
Sembrada de piedras verdes
Que señalan su esperanza,
Aunque le matan los celos,
Que todo el cuerpo le abrasan,
Cuya causa es Bajamed,
Tesorero de su alma.
Trae el brazo arremangado
Con una toca leonada;
Triste y trabajosa seña
De su perdida esperanza.
Trae una adarga pequeña,
Con una banda encarnada,
Pintado allí el dios Cupido
Con una flecha dorada;
Bonete con muchas plumas
De color amortiguada,
Una cifra le rodea
Que dió á Albenzaide la ingrata;
Una cadena de oro,
Muy estrecha, al cuello atada,
Con esta letra en el pecho:
«Preso tiene cuerpo y alma».
Cuando le vieron entrar,
La gente suspensa estaba
Diciendo: Ya entra Muza,
Flor y honra de Granada.
Lleva una caña en la mano,
Blanca mas que nieve blanca,
Porque la piensa teñir
Antes que del juego salga.
Comenzó la escaramuza,
Unos con otros se traban;
Ya se vuelven y revuelven;
Casi parece batalla.
Muza revuelve con ira
Contra quien su amor le asalta:
Hizole una mala herida
Con una delgada caña.
Rompióle adarga y librea,
Tiñendo el caballo y plaza
Con la sangre, que á porfía

Sale afligiendo á Daraja.
Ella comenzó á dar gritos
Desde su alta ventana,
Diciendo: «Moros, libradle
De aquesta tigre de Hicarnia».
Luego se deshace el juego,
Acuden á ver que pasa,
Ven al Bencerraje herido,
Y que Muza ufano anda.

(*Romancero general.*)

91.

AMORES DE MUZA. — VI.

(*Anónimo.*)

Mira, Muza, que te aviso
Que con Zaida no me trates,
Ni en las zambras, ni en las fiestas
No la hables ni acompañes;
Ni en las justas ni torneos,
Ni en cañas, ni en fiestas tales,
No salgas con su librea,
Que es librea de un infame.
¡Que un moro de pocas prendas
Venga á decir, y se alabe,
Que estuvo á solas conmigo
En los jardines de Tarfe!
¡Oh perro, si te lo oyera!
¡Por Alá si te topase,
Que con estos pocos dientes
A bocados te acabase!
¿Es posible, di, traidor,
Traidor y de baja madre,
Que en un pecho hidalgo y noble
Cupiesen palabras tales?
¡Porque juro por Ala,
Así goce yo á mi padre,
Perro, que rabiando estés
Entre fieros animales;
Y que el cielo todo junto
Sobre mí caiga y me abrase,
Y que viva en pena eterna,
Sin remedio de mi padre;
Y que el moro por quien muero,
No me quiera ni me ame,
Ni á las fiestas donde fuere
Mi cifra no le acompañe;
Si ántes que pasen tres dias
No le cuento yo á mi Azarque
La injuria que me has hecho,
Porque no te dí una tarde
Una cinta que tenia
Labrada para mi Azarque,
Para salir al torneo
El miércoles por la tarde!
Pero ya entenderás, perro,
Que la hice para Azarque,
Moro valiente y brioso,
Mas que otro Abencerraje;
Y que si acaso la viera
Puesta en cuerpo tan infame,
¡Por Alá que te abrasara
De cólera y de coraje!
Pero agora pagarás
Tu atrevimiento que usaste
En decir palabras feas,
Con tu boca tan infame.—
Y con aquesta congoja,
Se entrara á ver su padre,
Que estaba enfermo en la cama
De una enfermedad muy grave.

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

92.

AMORES DE MUZA.—VII.

(*Anónimo.*)

La calle de los Gomeles
Deja atras y el alameda,
Y en una yegua alheñada
Furioso cruza la vega:
Y en llegando á un claro arroyo
Vuelve airado la cabeza,
Y á la inexpugnable Alhambra
Dice Muza con soberbia:
—¡Levantadas fuertes torres,
Que al cielo con vuestra alteza
La tierra comunicais,
Y espantais acá en la tierra!
¡Vanos muros y mezquitas,
Famosas torres Bermejas,
Relumbrador chapitel,
Donde el sol se para y llega!
No penseis que en ese estado
En que os veis, y esa grandeza,
Mucho os dejará durar
El cielo con su inclemencia,
Que su rigor os pondrá
En tan miserable vuelta,
Que aun apénas las señales
De lo que fuisteis se vean.
Pero quédaos un consuelo
Que á mí triste no me queda,
Que es el verme á mí caido
De otra mas sublime alteza.
Y no me derribó el tiempo,
Sino sola la dureza
De un seco y helado pecho,
Parca airada de firmeza.
¡Daraja, dura é ingrata,
Mas inexorable y fiera
Que los levantados riscos
De las mas nevadas sierras,
Goza de tu Abencerraje,
Goce él de tí, norabuena,
Que poco le durará
Si otro Muza se atraviesa!
Mas hágale Alá dichoso,
Y á mí tanto en esta empresa,
Que cuando le hayas dejado
A verte mis ojos vuelvan,
No para quererte mas,
Sino para que tú mesma
Me des venganza de tí,
Si de tí das recompensa.
Basta lo que te he querido,
Que pues no quieres te quiera,
A este arroyo doy que lleve,
Tus memorias y mis quejas.
Nada quiero ya de tí;
Palabras te suelto y prendas,
Y aun mi ley voy á dejar,
Porque tú vives en ella.—

(*Romancero general.*)

93.

AMORES DE MUZA. — VIII.

(*Anónimo.*)

Gallardo en armas y trajes,
Sin amores y con galas,
Que es mucho para soldado
Cuidar tan poco de damas:
Cansado de aborrecer
Sale Muza de la Alhambra,
Por defenderse de amor
Y defender á Granada:
Que teme mas un enfado
Que amor muchas veces causa,
Que el rigor inexorable
De mil espadas y lanzas.
El capellar lleva blanco,
Doradas todas las franjas,
Y esta letra de oro en ellas:
«Desespero en la venganza.»
Unas granadas partidas
En marlota azul y blanca,

Y esta letra : « En gracia estoy
» Cuando parto de Granada.»
Lleva un alma y una muerte
Divididas en la adarga,
Y este epíteto siguiente :
« A desviarte del alma. »
Era el caballo morcillo
Con aderezos de plata,
De verde claro el jaez
Bordado de seda baya,
Y de morado esta letra :
« Esperanza de amor vana,
» Huye de mí, pues no admito
» De amor ninguna esperanza.»
El borceguí lleva azul,
Porque así los celos trata;
Trae un bonete bordado
Con una pluma dorada,
Y por volante esta letra :
« Las amorosas palabras
» Son mas que lijeras plumas,
» Y mas que plumas livianas.»
Pasó por junto á un balcon
Donde con celos le aguardan,
Sin esperanza ninguna,
La bella Jarifa y Zara.
Descuidado Muza dellos,
Y de sus cuidados y ansias,
Fué á pasar, mas no pasó,
Que el paso las dos le atajan,
Que estaban ardiendo en fuego,
Vertiendo sus ojos agua :
Juntas le piden les dé
Lo que les robó apartadas.
Jarifa el alma le pide,
Lo mismo le pide Zara,
Y él les responde admirado :
—¿Dónde tengo tantas almas?
Si una que tengo pedis,
¿Cómo á las dos podré dalla?
¿El alma puede partirse?
No, que no se parte el alma :
Dejadme, y dejadla á ella,
Que temo que quien sin causa
Dejó ayer á Abindarraez,
Dejará á Muza mañana.—
Con esto se fué, y las moras
Llamando en vano se cansan,
Que oye el que no quiere oir,
Ménos, miéntras mas le llaman.
Quedaron... pero mal digo,
Que no queda quien bien ama,
Pues que va tras quien pretende
Deseo, memoria y alma.

(*Romancero general.*)

94.

AMORES DE MUZA.—IX.

(*Anónimo.*)

Sobre el acerado hierro
Que Muza lleva en la lanza,
De esmalte color de fuego,
Pintadas lleva unas llamas,
Sobrepuesto un corazon
Abierto, que el hierro pasa,
Y por remate de arriba
Aquesta letra que habla :
« Hierro soy, y soy la causa,
» Que á mí ser hierro me basta.»
Llevaba la banderilla
De las colores del alma,
Que son verde y amarillo,
Y en medio una letra blanca :
Dos medias de entrambos lados
Que las colores enlazan,
Y abajo esta letra puesta,
En lugar de fleco ó franja :
« Desesperada esperanza,
» Si cual luna haces mudanza.»
Lleva un bonete tejido
De plumas verdes y blancas,
Ceñido sobre la frente,
Con una banda encarnada,
Colgando al aire dos cabos
Sin rapacejos ni galas,
Y por penacho esta letra
Sobre una garzota larga :
« Tanto temo lo que es nada,
» Que lo que es algo me basta.»
Viste un capellar azul
Y una marlota leonada :
Sobre un caballo morcillo,
Embraza una negra adarga,
Pintada en ella un Cupido
Que quiebra, quema y abrasa
Dos coronas, y esta letra,
Que bien la enigma declara :
« Sus propias fuerzas quebranta
» La voluntad del que ama. »
No sale el moro arrogante,
Ni es la enigma de arrogancia,
Que agravios de tanta envidia
Así le esfuerzan que salga;
Y porque en tal ocasion
No le vale fuerza de armas,
Lleva en la espada esta letra
Escrita sobre la vaina :
« El agravio que me agravia
» Es el no ser yo agraviada.»
Porque al fin es solo el Rey
Quien de tanto bien aparta
A un moro, que fama y hechos
Conoce el mundo y alaba.
Desterrada su persona
De la ciudad de Granada,
Parte á cumplir su destierro
Hablando aquestas palabras :
« No va el alma desterrada
«Pues queda presa en Daraja.»

(*Romancero general.*)

95.

AMORES DE MUZA.—X.

(*Anónimo.*)

Las riberas del Genil
El fuerte Muza pasea,
Tan desdichado en amores,
Como dichoso en la guerra.
Hay una mora en Granada,
Tan hermosa y tan discreta,
Que para su pecho ha sido
Lo que para Troya Elena.
De esta se sale quejando,
Y por señal de tristeza
Alquicel morado viste
Sobre una marlota negra.
Sola una pluma amarilla,
Desesperada firmeza,
El rojo bonete adorna,
Y con sus brazos enreda.
Amaba Zaida un morillo
De los Gomeles de Tébas,
Mas galan para las damas,
Que fuerte para la guerra,
Y por estas novedades
El antiguo amor desprecia
Del pagano mas gallardo
Que empuñó lanza gineta.
Dióle el moro la palabra
De jamas hablarla ó verla,
Porque sabe que con Muza
No puede hacer competencia,
Y porque moros hidalgos
Puestos de por medio quedan,

Para excusar desafios
Y que se turben las fiestas;
Porque la flor de Granada
Toros corre, y cañas juega,
A instancia del rey que vino
Victorioso de Antequera.
Pero Zaida mas mudable,
Cuando parece serena,
Que el mar que el viento combate,
Al Abencerraje inquieta.
Ella le busca, y le mira
En el palacio y la vega,
Dando á Granada ocasion
Que la mormure y la ofenda;
Y aunque los ojos de Muza
Tiernamente la contemplan,
Que es mujer, y apasionada,
Ningun respeto la enfrena.
Hasta en el templo le incita
Con sus colores y empresas:
De algunos respetos libre
De su rendida se precia.
Con estos agravios Muza
En su locura la deja,
Que celos averiguado
Cuanto amor enciende, hielan.
—¡Oh fiera, viene diciendo,
Mas que las silvestres fieras,
Que ellas aman quien les ama,
Tú adoras quien te desdeña!
¡A quien te huye persigues,
Y á quien te sigue desprecias!
O no me quisiste, ingrata,
O quieres que te aborrezca.
No tienes de piedra el alma,
Que por mas piedra que fueras,
Mis lágrimas te ablandaran,
Que ablandar suelen las piedras.
Matáronme tus favores,
Que á los mas discretos ciegan,
Que quien no sabe qué es bien,
Poco mal tiene que sienta.
Solas aquestas memorias
Son las prendas que me quedan
Por echar de los sentidos
Adonde viven por fuerza.
Obras y palabras tuyas
Me persiguen y atormentan,
Aunque todas son palabras,
Pues el viento se las lleva;
Pero el tiempo, que las cosas
Acaba, consume y trueca,
Podrá ser que á tu mudanza
Y á mi firmeza se atreva,
No porque espero, enemiga,
Que á la fe pasada vuelvas,
Que habiendo vivido en otro,
Es bien que en mi pecho mueras;
Mas porque estando yo libre,
Aficionada te veas,
Donde me enfaden tus glorias,
Y me burle de tus penas.—
Con tan tristes quejas Muza
Dió de los piés á la yegua,
Y del falso rio Genil
Desamparó las riberas.

(*Romancero general.*)

96.

AMORES DE MUZA.—XI.

(*Anónimo.*)

De unas cañas que jugaron
En la plaza Vivarambla,
Muy enojadas salieron
Cuatro damas cortesanas,
Porque sacó el Bencerraje
Bajamed con arrogancia,
En lengua arábiga escrita
Esta letra en el adarga:
«Seguro voy de alcanzar
»Vitoria en cualquier batalla,
»Pues me admite en su servicio
»La que todo lo avasalla.»
Celinda se sintió de esto,
Y Sarracina bramaba,
Celindaja dió mil gritos,
Jarifa muere aunque calla.
¿Dónde se sufre, decian,
Que tal se diga en la plaza,
Sabiendo que entre nosotras
Sobra la hermosura y gala?
Cuando todo aquesto supo
Del Bencerraje la dama,
Determina de las cuatro
Tomar entera venganza.
Quiso darles á entender
Cómo del amor triunfaba,
Y que no hay moro galan
Que no la sirva en Granada:
Y así á Celinda y Jarifa,
Sarracina y Celindaja
Las convidó al Jaraguí
A una merienda Daraja,
A la cual las cuatro fueron,
Seguras de la celada,
Vestidas las dos de verde,
Las dos de color leonada.
Salió Daraja de azul,
Con bordaduras de plata,
Colores del Bencerraje,
A quien tiene dada el alma.
Al brazo derecho trae
Una verde banda atada
Que Jarifa dió á Hamete
En el sarao de la Alhambra;
Al cuello cadena de oro,
De que cuelga una medalla,
Retrato de Sarracina,
Y prenda de Muza cara.
Un anillo de un rubí
Su mano blanca adornaba,
Que Azarque le dió á Celinda
En trueco de una esmeralda:
Un plumaje en la cabeza
Trae de tres garzotas blancas
Que Celinda le envió
Para que jugase cañas.
Las damas cuando la vieron
Se miran, pero no hablan,
Porque allí ve cada una
De su soberbia la paga.
Daraja muy al desgaire
Se muestra disimulada,
Y al descuido comenzó
A tratar de nuevas galas.
Merendaron, pero poco,
Que celos quitan la gana,
Y dieron la vuelta tristes
De ver su fe mal lograda;
Pero la dama quedó
De su afrenta bien vengada,
Y ninguna mora quiso
Con ella jamas baraja.

(*Romancero general.*)

97.

AMORES DE MUZA.—XII.

(*Anónimo.*)

Hacen señal las trompetas,
El clarin, pífaro y caja,
El fuerte y valiente Muza
Suspende la gente y plaza.
Con el semblante enojoso
No hay quien le mire á la cara:
Sobre la ceja el bonete,
Remolinada la barba;

Amarilla es la librea,
Albornoz, marlota y manga,
Que viste quien desespera
Color de desesperanza.
Lleva adarga berberisca,
Pesada y nerviosa lanza,
Y una toca atada al brazo,
Y al cuello una cimitarra.
Va en un furioso caballo,
Con unas cervunas manchas,
Que al son de los instrumentos
El pié y la mano levanta.
Halo puesto Audalla en campo
Por los amores de Zara,
Que en la presencia del Rey
Puso el gaje y la palabra.
Era Muza entre los moros
El moro de mayor fama,
Y Audalla entre los galanes
El galan de mayor gala.
Procuró el Rey concertarlos,
Mas como en amor no hay trazas,
Fué el concierto entre los dos
Confusion desconcertada;
Y así con gallarda muestra
Se presenta el moro Audalla,
Tan galan como discreto
En una yegua alazana.
Viste marlota de tela
Blanca, de rosas bordada;
Rosado es el albornoz,
Y allí las rosas son blancas:
Un derrocado bonete,
Con cinco plumas rizadas,
Una blanca y dos azules,
Una roja y otra gualda.
Lleva la red de Vulcano
Por divisa en la medalla,
Y acude la letra, y dice:
«La de amor mas fuerte enlaza.»
Partiéronles los jueces
El sol, la plaza y las armas,
Dejando solo á fortuna
Que dé al vencedor la palma;
Y en un tiempo Audalla y Muza
La escaramuza trabaran:
Pero desigualan luego
Con la desigual batalla;
Que tirando Muza un golpe
Audalla pierde la adarga:
Tocóle de paso el hierro
Y en medio en medio del alma.
Revolvió Muza con otro,
Y Audalla rindió las armas,
Para no rendir la vida,
Que la guarda para damas.

(*Romancero general.*)

98.

AMORES DE MUZA.—XIII.

(*Anónimo.*)

Acompañado, aunque solo,
De pensamientos y agravios,
Sale de Granada Muza
Desmentido y desterrado,
Desdeñado de Daraja,
De sus amigos dejado,
De Bajamed desmentido,
Desterrado de un hermano:
Agravio, deshonra y celos,
Tres fieras suertes de agravios
Para sus tres condiciones,
Galan, valiente y hidalgo.
Por la orilla del Genil
Bate el furioso caballo,
Que el acicate morisco
Baña en sangre, y todo el campo.
Como parte tan furioso,
Parece que van temblando
Las ondas del manso rio,
Que reconocen su brazo,
Desde que con el maestre
De la cruz de Santiago
Azotó sus blancas ondas,
De sol á sol peleando.
Detuvo el caballo un poco,
Del freno, de espuma blanco,
Y detuvo el de su ira,
Mas rebelde que el caballo;
Y vuelto el rostro á Granada,
Dijo, sus torres mirando:
—¡Granada donde nací,
De adonde me han desterrado,
La envidia, que á muchos buenos
No deja, por muchos malos,
Que mueran adonde nacen,
Sino por reinos extraños!
Esta me fuerza á dejarte
Cercada de los cristianos,
De adonde espero que pronto
Serán tus hijos esclavos;
Y aun agora por tus puertas
Un Pulgar, soldado bravo,
Hincó su puñal sangriento
Con un pergamino blanco,
Y mató á un Tarfe tuyo
Un muchacho Garcilaso.
Hoy te posee Almanzor,
Pero mañana Fernando.

(*Romancero general.*)

99.

AMORES DE MUZA.—XIV.

(*Anónimo.*)

A la orilla del Genil
Escribe una carta Muza,
Tan á solas, que no hay nadie
Sino el agua que le escucha.
Hizo de una caña verde
Con el alfanje una pluma,
Y con agua y flor de malva
Tinta para hacer la suma.
Ya de un pedazo de toca,
Por no haber papel, se ayuda,
Tirando con piés y manos
Para quitar las arrugas.
Tanto tiró que rompió
Por medio de una costura,
Y despidiendo un suspiro
Dijo: «¿Qué quieres, fortuna?»
Vueltos los ojos al cielo,
Pudo contemplar la luna,
Y dijo: «¡Qué alta que está,
Y cuán de presto se muda!
Y pues las cosas del cielo
De hacer mudanzas se ocupan,
¡No es mucho se mude el suelo,
Mas es mudanza corrupta!»
Con todo tomó el tocado,
Y lo que está roto añuda,
Escribe, y de agravio tiembla,
Aunque de coraje suda.

(*Romancero general.*)

100.

AMORES DE MUZA.—XV.

(*Anónimo.*)

Los ojos vuelve á Granada
Desde la espaciosa vega
El valiente moro Muza
Lleno de congoja y pena,
Quejoso de los agravios,

Del Rey su hermano y la Reina,
Y del moro Bajamed,
Por quien el Rey le destierra.
Solo va, aunque pensativo,
Formando entre sí querellas
Contra fortuna de amor,
Contra Cupido mil quejas.
A todo paso camina,
Porque la noche serena
Va desencerrando el sol
Y acrecentando su pena.
Perdió de vista á Granada,
Y cuando no pudo vella,
Dice al cielo suspirando:
«¡Ay del ay que al alma llega!»
A la orilla de Genil
Detuvo un poco la yegua,
Y á sus peregrinos ojos
Les ruega que el agua viertan.
Allí entretuvo la noche,
Y entre sí mil veces piensa
De olvidar á quien le olvida,
Y amar á quien dél se acuerda.
De pechos sobre el arzon,
La mano en el pecho puesta,
Vertió sus fuentes el moro,
Y el rio sus fuentes lleva.

(*Romancero general.*)

101.

AMORES DE MUZA.—XVI.

(*Anónimo.*)

Marlotas de dos colores
De verde claro y morado,
Bordadas de fino aljófar,
Sembradas de muchas manos
Asidas unas de otras,
Firme amistad señalando;
Bonetes á la turquesca
Encima de fuertes cascos
Debajo de las marlotas
De mallados fuertes jacos,
Que aunque van á lo galán
Iban á un honroso caso,
En dos caballos overos
Con furia el suelo pisando,
Y con dos dorados frenos
Blandamente gobernados:
Las lanzas llevan tendidas,
Los brazos arremangados,
Adargas en los arzones,
Y por divisa dos manos,
Asidas una de otra,
La de un moro y un cristiano,
Con una letra que dice:
«Hasta la muerte te guardo.»
Se sale el fuerte Maestre
Y Muza el enamorado,
Que el amor de Sarracina
Los lleva así disfrazados:
Al uno llevan amores,
Otro de amistad los lazos,
Y así entraron en Granada
Para su fin deseado.

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

102.

AMORES DE MUZA.—XVII.

(*Anónimo.*)

Cuando salió desterrado
De la ciudad de Granada
El fuerte y valiente Muza,
Por el Rey que en ella estaba,
Desterráronle traidores
Envidiosos de su fama,
Porque en armas y en amores
Ninguno se le igualaba.
Servia una dama el moro
Que era la flor de Granada,
Mas hermosa que Jarifa,
Mas que Fátima extremada.
Quitósela el rey Chiquito,
Y con ella se le alza;
Y no contento con esto
Desterróle de Granada.
A ella puso en un castillo,
Que Vivarrambla se llama;
Entregósela á su alcaide
Para que la tenga en guarda.
El rey Chico cada dia
Tres veces va á visitalla,
Y delante del castillo
Armaba juegos de cañas
Para que Zaida los viera,
Que así se llama la dama.
Mas cuando Zaida lo supo
Un correo despachaba
Para avisar desto á Muza,
Que con el Maestre andaba.
La brevedad del correo,
Que Zaida á Muza despacha
Fué tal, que en muy breve espacio
Le dió al moro la embajada,
El cual con el buen Maestre
Se partieron á Granada,
Solos los dos caballeros
Con gruesas lanzas y adargas,
Y de una misma librea,
Como para jugar cañas.
Mas debajo dellas traen
Muy fuertes y ricas armas.
Por un camino secreto
Entraron dentro en Granada:
A tal tiempo y coyuntura
Llegan los dos á la plaza,
Que la flor de caballeros
De la corte de Granada
Entran por ella corriendo,
Haciendo grande algazara,
Diciendo en algarabía:
«Fuera, fuera, aparta, aparta.»
Zaida en un rico sillon
Allí las fiestas miraba.
Muza luego que la vido
Y el Maestre que allí estaba,
Arremeten con gran furia,
Y á pesar de la compaña
La sacaron del sillon,
Y el Maestre la llevaba.
Muza luego con gran furia
Hace lugar por do pasan,
Y á pesar de todos ellos
La sacaron de Granada,
Tornando su regocijo
En llanto toda Granada.

(*Códice del siglo* XVII.)

103.

AMORES DE MUZA.—XVIII.

(*Anónimo.*)

Cuando las veloces yeguas,
Al son de trompas y cajas,
Parece que desempiedran
La plaza de Vivarambla,
Todo es marlotas, bonetes,
Capellares, tocas, bandas,
Argentados borceguíes,
Plumas, volantes y galas:
Estas fiestas se hacian
A la hermosa Daraja,
Y el Rey está mas contento
Que cuando ganó á Granada.

Sola Sarracina, sola
Está temiendo y turbada,
Hasta que el valiente Muza
Cumpla su palabra dada.
No tarda el gallardo moro,
Que ántes que la noche clara
Se manifieste á los hombres,
Y Apolo esconda su cara,
Viene á interrumpir las fiestas
Y á publicar su venganza,
Y en lugar de galas viste
Ante duro y dura malla.
Bien acompañado va,
Pues sabe el mundo que basta
Para conquistar mil reinos
Sola una cruz colorada.
El traje morisco lleva
El Maestre que en España
Dió tanto ser y valor
A la gente castellana.
Llegan de presto al balcon,
Donde Sarracina aguarda,
Tan turbada y temerosa
Como la ciudad lo estaba;
Y sin aguardar un punto
Se arrojó por la ventana:
Muza la recoge y pone
De su caballo á las ancas.
Viéronse en terrible aprieto,
Porque los moros se arman,
Y salen á defendelles
Que de la ciudad no salgan:
Pero luego que conocen
Al bravo de Calatrava,
Y que es el valiente Muza
Quien le sigue y acompaña,
Dejan la plaza y las calles,
Y vanse luego á la Alhambra,
Y ellos su vuelven contentos
Adonde su gente aguarda.

(*Romancero general.*)

104.

AMORES DE MUZA.—XIX.

(*Anónimo* [1].)

De aljófar grande y cuajado
Sobre tela de oro y seda,
Entre rubíes y esmeraldas
Hechas aborradas tarjetas,
Que unas llevan camafeos,
Otras muy preciosas piedras,
Otras llevan escorpiones
De á seis y siete cabezas;
Los campos de la labor
Que los revoltones cierran,
Son pequeños corazones
Cada uno con tres saetas;
Los frisos de cada parte
Dos enlazadas cadenas,
Hechas de oro de martillo,
Que toda la laborean;
De unos dorados cabellos
Que las tinieblas destierran,
Hechas de varias labores
Unas muy curiosas trenzas:
Cabellos, labor y lazos
Esmaltan catorce letras,
Que dan bien claro á entender,
Que dicen: «La dura ausencia».
Sobre una marlota azul
Todo esto Bernardo lleva,
Y el campo de la marlota
Lleno de nubes y estrellas,
Que alrededor de un topacio
Engastado en oro y perlas,
Ocho puntas de diamantes
Lleva cada una de ellas:
Las nubes eran de plata
Con espantosas cometas.
Por encima del tocado
Una media luna lleva,
Por ser cosa mas movible,
Que ciñe el cielo y esfera,
Y motejar á Daraja
Ser movible en lo que muestra,
No por Bernardo el galan,
Mas de Muza por quien entra
A correr cañas y toros
Y solemnizar la fiesta.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance puede enlazarse con otro de Bernardo del Carpio, en que se supone que fué á Granada y contrajo amistad con otro Muza, sin duda diferente del hermano del Chico, que es el héroe de estos romances.

ROMANCES DE REDUAN.

105.

REDUAN.—I.

(*Anónimo* [1].)

Con dos mil ginetes moros
Reduan corre la tierra,
Todos los ganados roba,
Y amenaza las fronteras:
De los muros de Jaen
Reconoce las almenas,
Y entre Ubeda y Andújar
Pasa como una saeta.
«Y las campanas de Baza
»Alarma tocan apriesa.»
Con tanto silencio pasan,
Que parece que concuerdan,
Con lo mudo de las trompas,
Los relinchos de las yeguas;
Pero al fin las atalayas,
Que estaban á trechos puestas,
Con las hachas encendidas
Unos á otros se hacen señas,
«Y las campanas... etc.»
Favoréceles la noche
Con sus confusas tinieblas,
Pero son tantos los fuegos
Que por todas partes dejan
En las malogradas mieses
Y en las humildes chozuelas,
Que sirven de luminarias
De tan lastimosas fiestas.
«Y las campanas... etc.»
Al no pensado rebato
Se levantan y se aprestan
Caballeros con sus lanzas,
Peones con sus ballestas.
Los hidalgos de Jaen,
De Andújar la gente buena,
Y de Ubeda los nobles,
Todos hacen de si muestra.
«Y las campanas... etc.»
Abre el sol las del oriente,
Y los cristianos sus puertas;
Vienen á juntarse todos,
Poco mas de media legua,
Y puestos en son confuso
El eco y aire resuenan
Armas, pífaros y cajas,
Relinchos, voces, trompetas;
«Y las campanas de Baza
»Al arma tocan apriesa».

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

[1] Tambien este romance pudo colocarse entre los moriscos fronterizos pertenecientes á asuntos históricos de la época de los Reyes Católicos.

106.

REDUAN. — II.

(Anónimo.)

Pues que te vas, Reduan,
A las fiestas de Pisuerga,
Mas por lo que tú te sabes,
Que por hallarte en las fiestas;
Si acaso jugares cañas,
Para que saques por letra,
Tres sinrazones te escribo,
Si hay quien escribirlas pueda.
Hoy te vas, ayer viniste,
Como si venido hubieras
A engañarme solamente,
Pues me engañas y me dejas.
Dices que vas á jugar,
Yo creo que siempre juegas;
Lo que ganas, tú lo sabes,
Lo que pierdes, es sin cuenta.
Granjeas el ofender,
Que el engañarme es ofensa:
Si se pierde en consentirla,
Se pierde mas en hacerla.
Engáñasme con decir
Que á las fiestas vas por fuerza:
¡Si algo supieras de amor,
Yo sé que por fuerza fueras!
Dos moras allí te aguardan,
Que cada cual de ellas piensa
Que sola te da cuidado,
Y que solo vas á vella.
Yo vine solo á saber,
Para que por todas sienta,
Que me desengañes presto,
Y que te debo mas que ellas.
No puedes satisfacerme,
Aunque poderoso en rentas,
Que un alma de firme fe
Mas que el mundo vale y pesa:
Solo pudieras pagarme
Con dejarme en recompensa
La tuya, que está en mil partes
Hecha piezas, y en tí entera.
He venido solo á ser,
A donde de nuevo pruebas
El hacer nuevos engaños
Para sinrazones nuevas.
Vénguemе el cielo de tí,
Que si el cielo no me venga,
Tienes mil almas hurtadas,
Y no bastará la tierra.
Plegue á Alá que en el camino
Nunca su sol te amanezca,
Y que la luna se esconda
Para que el camino pierdas:
Que tropiece tu caballo,
Y tus espuelas se pierdan,
Que el caballo mas brioso
No caminará sin ellas;
Y que si no se perdieren,
Cuando le piques, no sienta,
Y que los pasos que diere,
Todos hácia atrás se vuelvan.
Si te defiende la noche,
Que la noche es tu defensa,
Por ser gran madre de engaños,
Y abrir á los tuyos puertas;
Cuando á la vista llegares
De aquellas dos moras bellas,
Conózcante el alma falsa,
Y búrlense y no te crean.
Menospréciente por otro
Que de casta infame sea,
Que si te dejan por otro,
No dirán que te desprecian:
Y si en las fiestas entrares,
Se vuelvan las burlas véras,
Y tu adarga sea de vidrio,
Y el brazo de blanda cera;
Y entre las lijeras cañas
Te arrojen lanzas secretas
Que el corazon te atraviesen,
Porque como matas mueras.

(Romancero general.)

107.

REDUAN. — III.

(Anónimo.)

«¡Diamante falso y fingido,
Engastado en pedernal!
¡Alma fiera en duro pecho,
Que ninguna fiera es mas!
¡Lijero como los vientos,
Mudable como la mar!
¡Inquieto como el fuego
Hasta hallar su natural!
¡Si las lágrimas que vierto
Fueran lenguas para hablar,
Injurias me faltarian
Para culpar tu maldad!
¡Qué injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar;
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
A todas dices que son
Las que contento te dan,
Para tu gusto mentira,
Y que yo soy tu verdad;
Y con esto piensan todos
Que debo á tu voluntad
Cuantos caminos emprendes
Para que te deba mas.
¡Si como yo conociesen
Tu condicion natural,
A otro blanco mirarian,
Adonde tus flechas van!
Yo sé, traidor, que estas quejas
Muy poca pena te dan,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Cansado estoy, enemigo,
De sufrir y de llorar
Causa ajena y propios daños,
Tu placer y mi pesar.
Mis enemigos acoges,
Porque al fin conoces ya
Que cuando no puedan obras,
Palabras me matarán.
Sospechas dudosas fuéron
Causa de todo mi mal;
Y celos averiguados
Convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces;
Pero mejor es callar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.»
Así Fátima se queja
Al valiente Reduan,
En el jardin del Alhambra
Al pié de un verde arrayan.
El moro que está sin culpa,
Aunque no sin pena está,
Asióle la blanca mano,
Y así la comienza á hablar:
—Cesad, hermosas estrellas,
Que no es bien que lloreis mas,
Que si á mí me llamais piedra,
En piedras haceis señal;
Y no penseis que me agravio
De injurias que me digais,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

(Romancero general.)

108.

REDUAN. — IV.

(*Anónimo* [1].)

De léjos mira á Jaen,
Con vista alegre y turbada,
El valiente Reduan
Que prometió de ganalla.
Con los ojos la pasea,
Y en todas partes la halla
Cercada de muros fuertes
Que enflaquecen su esperanza.
Mira la encumbrada roca,
De altas torres coronada,
Cuya altura le parece
Que á las estrellas llegaba.
Los ojos puestos en ella,
Grave congoja en el alma,
Dando un gran suspiro el moro,
A la bella ciudad habla:
—¡Ay Jaen, cuánto me cuesta
No haberte tenido en nada,
Y ser mas largo de lengua
Que de ventura y de lanza,
Pues di con loca osadía
A mi rey la fe y palabra
De acabar en una noche
Lo que en un siglo no basta!
Hallo ahora mi persona
A lo imposible obligada,
Pues es mas cierto el perderme,
Que darte á mi rey ganada:
De dó vengo á conocer
Ser verdad averiguada,
Quien presto se determina,
Arrepentirse á la larga;
Y de arrepentirme tarde
Será mi muerte temprana,
Pues he de entrar en Jaen,
O he de salir de Granada;
Y es lo que mas me lastima,
Que prometí á Lindaraja
De no volver á sus ojos
Sin ser la empresa ganada.—
Y volviéndose á sus moros,
Consejo les demandaba;
Cinco mil eran de guerra,
Todos de lanza y adarga.
Dicen que es la tierra fuerte,
De muro y torre cercada,
Y muy fuertes caballeros
Los que dentro de ella estaban;
Y que en pérdida tan cierta,
O en tan dudosa ganancia,
La mas segura fortuna
Es no llegar á tentalla.

(*Romancero general.*)

[1] Pudo colocarse entre los Fronterizos, correspondientes á la época de los Reyes Católicos.

109.

REDUAN.—V.

(*Anónimo* [1].)

Resuelto ya Reduan
De hacer su palabra buena,
Arremete hácia Jaen
Una mañana serena,
Al son de una clara trompa
Que por el aire resuena,
Con ruido semejante
Al cielo cuando atruena,
Sobre un lijero caballo
Que blandamente se enfrena,
Juntando el cuento y la punta
De una lanza como entena,
Sin aguardar á su gente
Que de seguille está agena,
Porque su temeridad
Toda junta la condena.
Estando cerca del muro,
Creyendo de la melena
Tener presa la fortuna,
Que al fin cumple lo que ordena
Salió una furiosa jara
Por entre almena y almena,
Que dió muerte á Reduan,
Y á Jaen sacó de pena:
Y miéntras del cuerpo el alma
Se aparta y desencadena,
Dijo con voz lamentable,
Tendido en la seca arena:
«Gloria fuera, Lindaraja,
Morir, mas no entre cristianos,
Sino en parte dó tus manos
Me hicieran la mortaja:
Que cosa es muy conocida,
Que si de esta suerte fuera,
Aunque mil veces muriera,
Mil veces me dieras vida.
Yo no llevo en esta muerte,
Lindaraja, algun pesar,
Por á Jaen no ganar,
Sino por solo perderte:
Y aun temo, que el que en rehenes
Te tiene, habrá de gozarte,
Y estimará mas ganarte,
Que ganar dos mil Jaenes.
Mas si Mahoma algun bien
Me tiene de hacer, le ruego,
Que esté mas fuerte á su ruego,
Que para mí fué Jaen;
Y pues la muerte me ataja,
Cúmplanse ya mis deseos,
Y en los campos Elíseos,
Te aguardo, mi Lindaraja.»

(*Romancero general.*)

[1] Se halla en el mismo caso que indica la nota del anterior.

ROMANCES DE BOABDIL Y DE ZARA SU ESPOSA [1].

110.

BOABDIL Y ZARA. — I.

(*Anónimo.*)

La libre Zara, que tiempo
No les dió para quejarse
A mil lastimados pechos,
Ya esparce quejas al aire.
La que tuvo un rey por suyo,
Tan discreto como afable,
Sino amara por ser rey
Mudanzas y novedades,
Sentida de ellas, acusa
La causa de donde nacen,
De su punto menosprecio,
Y del mismo infamia grande;
Que un rey, ejemplo de todos,
En su condicion mudable,
El fin que de sí promete
Es dar principio á desastres.
—Quísete, dice, enemigo,
Porque amando me obligaste,
Si puede reinar amor
En pechos tan desiguales.
Los que vierón que pasabas
A menudo por mi calle,
Como no te acuerdas de ella
Han dado en maravillarse.
Sospechan que te sucede
Lo que á los falsos amantes,
Que es el cumplir sus deseos
De los amores remate:
Que pensar que es porque importa

Que los reyes se recaten,
Tras tan largas apariencias,
Llegó el recato muy tarde;
Pero de que el poco tuyo
Eches de ver, no te espantes,
¡Que el ser tan poco, me cuesta,
Lo que no podrás pagarme,
Pues diste causa á las lenguas
De hartos moros principales,
Porque tú no se las cortas,
De ofenderte y agraviarme!
¡Mas bien te conocen todos,
Y que corta mas se sabe
La agudeza de la tuya
Que los filos del alfanje!
Señales de que te precias
De galan entre galanes,
Mas que de rey que castiga
Liviandades semejantes:
Y en fin, como te conoces
Cargado de culpas graves,
Dejaste de verme al punto
Que de ser firme dejaste.
Mas quien ha tenido lengua
Para no decir verdades,
¿Cómo es posible que tenga
Ojos para visitarme?
No siento el dejar de verte
Por el gusto de mirarte,
Que no mueve gentileza
Que cubre tantos azares.
Eres cual campo florido
Donde suelen albergarse
Mil serpientes ponzoñosas,
Homicidas de ignorantes;
Pero á la reputacion
Que corrompen obras tales,
Importaba que acudiera
El pecho de donde nacen;
Que á no ser de que me veas
El fruto tan importante,
Mas me alegrara la nueva
Que tengo, de que te apartes.
Anda la corte revuelta,
Revueltas las voluntades,
Que de su amistad estrecha
No es posible que se aparten.
Si te dejaren los tuyos,
No hay de qué maravillarte,
Que al rey que no guarda fe
Bien es que le desamparen.

(*Romancero general.*)

111.

BOABDIL Y ZARA. — II.

(*Anónimo.*)

En la reja de la torre,
Por donde la bella Zara
Dió un tiempo favor á un rey,
Labrando estaba una banda.
Cuatro labores á trechos
En la rica labor gasta,
Alternando plata y oro,
Entre seda azul y nácar:
No para empresa de moro,
Que jamas quiso alabarla,
Sino una que le dió
Ella al Rey, y el Rey á Zaida,
Que bastara solo aquello
A dar puerta á mil mudanzas,
Sin la que ella ha visto de él,
Tan mal puesta ante su cara:
Y así no pone los ojos
En las labores que labra,
Porque da cuenta á Dalife,
Secretario de sus ansias.
—Bien sabes, Dalife, dice,
Cómo están sacrificadas
Las memorias de mis gustos
Con muy evidentes causas,
Y cómo convierto en humo
Las reliquias de mis gracias,
Pues las quemó casi el fuego
De un rey con falsas palabras.
No lo digo porque entiendas
Que en mi nobleza hizo mancha;
Que un rey, ni todos los reyes,
Para mancharla no bastan;
Que aunque él para mí sea rey,
Seré yo para él infanta,
Que baste á hacer fementido
A quien quisiere mancharla:
Ni ménos porque colijas
Que me quema en las entrañas
Este fuego de los celos,
Que tantos pechos abrasa;
Sino solo porque adviertas,
Si has dado palabra á damas,
Que no importa que la guardes,
Pues los reyes no la guardan;
Aunque en noble cortesía
A cualquiera es de importancia
Que la palabra se cumpla
A quien se diere, aunque falsa
Principalmente á mujeres,
Pues tan fácilmente cambian
Lo que se cumple con ellas,
Cuanto mas lo que les falta.
No digo que no le quise
Por mil razones fundadas,
Que fuera de ser el Rey
Las muestra muy á la clara.
Es muy galan y discreto,
Compuesto en su trato y habla,
Es grave donde conviene,
Y muy afable entre damas:
Y si por esto le quise,
Por esto mismo me agravia
Su mudanza á que le olvide,
Y le aborrezco en el alma;
Y si la mora á quien sirve
Es de un general hermana,
Yo lo soy de quien gobierna
A su Granada y mi patria.
Bien sabes que mis parientes,
Por respeto mio, se holgaban
De acreditar su nobleza,
Y guardarle las espaldas;
Y lo que en este suceso
Me maravilla y espanta,
Es, que no advierte en razon
Obra que importa á su fama;
Que aunque es rey, es solo uno,
Y los hijos de Granada
Son mas, y sin ser mis deudos,
Ver que sin ellos no es nada!—
La ataja Dalife luego,
Diciendo: — Zara, ya basta,
Que diré que no son quejas,
Sino celos que te dañan;
Que la culpa no fué tuya,
Ni de mudable te cuadra
El nombre, aunque todo el mundo
Por fe y Alcorán se guarda;
Mas no te podré negar
Que es justo estés enojada,
Pues la mora á quien visita,
Los pasos de amor le ataja,
Como tú los atajaste
Por el voto de ser casta,
Que teneis hecho á Mahoma
En su mezquita sagrada,
A cuya causa vivis
En vuestras torres cerradas,
Cada una de por sí,
Con mucha clausura y guarda;

Que por eso supo el vulgo
Tan claro, que el Rey te amaba,
Pues en tu torre á menudo
Con véras te visitaba,
Y por no poder salir
A ver los toros ó cañas,
Te enviaba por servirte,
Músicas, tragedias, zambras.
Déjale, Zara, si quieres,
Que es procurar poner tasa
A los hombres en sus gustos,
Y á las corrientes del agua:
Que si sabe una mujer
Que un hombre firme la ama,
Confiada en la firmeza,
Por momentos idolatra.
Aun les parece que es poco,
Que á mas llega su arrogancia,
Que lo que es poco aniquilan,
Y lo que es mucho amenazan.
Dime, Zara, las colores
Que son tuyas y te agradan;
Dejemos estas razones,
Pues lo mejor es dejarlas.—
Quiso responder la mora;
Mas entró entónces un'aya
A decirle, que entre luego
A la cuadra, que le aguardan.
Partióse luego Dalife,
Quedando ella algo turbada:
Tomó el aya la labor
Y entróse luego á la cuadra.

(*Romancero general.*)

[1] Este verso no se sabe lo que quiere decir.

112.

BOABDIL Y ZARA.—III.

(*Anónimo.*)

La mañana de San Juan
Salen á coger guirnaldas,
Zara, mujer del rey Chico,
Con sus mas queridas damas,
Que son Fátima y Jarifa,
Celinda, Adalifa y Zaida,
De fino cendal cubiertas,
No con marlotas bordadas:
Sus almaizales bordados,
Con muchas perlas sembradas,
Descalzos los albos piés,
Blancos, mas que nieve blanca.
Llevan sueltos los cabellos,
No como suelen tocadas,
Y mas al desden la Reina,
Por celosa y desdeñada;
La cual llena de dolor
No dice al Rey lo que pasa,
Ni quiere que en la ocasion
Su pena sea declarada.
Estando de varias flores
Las moras ya coronadas,
Con lágrimas y suspiros
A todas la Reina habla:
—Quise, Fátima, juntaros,
Porque sois amigas caras,
Para quejarme á las tres
De cómo me trata Zaida,
Cuya hermosura pluguiera
A Alá que no la criara,
Pues en ella está mi daño
Presente de cara á cara.
Sabréis como el Rey la quiere
Mas que á la vida y el alma,
De do resulta mi daño,
Pues veis con él soy casada;
El cual no creo que sabe
Que sé de esto lo que pasa,
Antes entiendo lo sufre
Receloso de enojalla.—
Responde sin detenerse
Zaida, perdida y turbada,
Y á veces con el color
Que tiene la fina grana:
—Si acaso no se supiera
Quién soy por toda Granada,
Dañáranme tus locuras,
Mujer inconsiderada.
Jamas, Reina, me has creido,
Antes escudriñas causas,
Mas para mi mal durables,
Que lo son para tus ansias.
Doite bastantes razones,
Y tan bastantes, que basta
Creer que no son creidas,
Aunque las ponga en la plaza:
Y en ellas te digo, Reina,
Que no fueras coronada,
Que no me es mas ver al Rey
De que á tí celosa airada.
Si piensas que tu corona
Codicio, estás engañada;
Déjame ya si te place,
O saldréme de Granada.—
Pero el Rey que no dormia,
Antes bien las escuchaba,
Sale diciendo que callen,
Con voces muy alteradas.
La Reina que lo conoce,
Encubrió el estar turbada,
Y con un aplauso afable
Le recibe, y así habla:
—Nunca suelen los galanes
Entrar donde están las damas
Sin que primero licencia
Por ellas le sea otorgada.—
El Rey le replicó luego:
—A mí nunca me es vedada,
Ni ha de ser donde estais vos
Y donde están vuestras damas.—
—Los reyes todo lo pueden,
Respondió la Reina airada,
Y tambien sé yo que tienen
Algunos dobles palabras.—
El Rey gustó de callar
Porque la vido enojada,
Y metiendo otras razones
Se fuéron para el Alhambra.

(*Romancero general.*)

[1] Célebre, alegre, libre y placentera fué siempre entre los moros y cristianos españoles la velada de San Juan Bautista. Inoculadas las costumbres de ambos pueblos, los moros fuéron mas galantes, y los españoles mas celosos que lo eran ántes de mezclarse y de tratarse. En las noches de velada de alguno de aquellos santos que disfrutaban esta preeminencia, pero en particular en la de que tratamos, por ser comun á amigos y enemigos, rompíanse los cerrojos, caíanse los candados, descorríanse las celosías, abríanse las puertas y ventanas, descuidábanse los celosos, y todos confundidos en las praderas y en sitios campestres gozaban de libertad. La doncella, la casada, la viuda, podian al aire libre, si las tenian, gozar de sus intrigas amorosas con ménos recato al ménos que en otras circunstancias. Y no se crea que estas fiestas eran unas saturnales: casi siempre el amor, legítimo ó no, se expresaba ó manifestaba por medios delicados, pues aun cuando los Argos celosos estaban adormecidos, el escándalo, la falta de recato ó de prudencia, los despertaba armados de puñales, de dogales ó de venenos. No solo las historias, las novelas, los romances, las canciones populares, y las comedias españolas se esmeran en pintar la alegría, las galanterías de estas fiestas generales, sino que tambien retratan con viveza muchas de las trágicas escenas á que el menor descuido daba lugar, entre hombres cuyo ídolo era el pundonor, y que jamas perdonaban un hecho que aun levemente pudiera mancharle. Aunque la velada de San Juan ha perdido en las poblaciones grandes gran parte de su interes, aun conserva mucho en las aldeas y pueblos campestres. Todavía se ven en ellos vestigios de lo que fué. Los jóvenes labriegos y pastores corren las calles y las praderas cantando coplas y dando música á sus novias; todavía enraman las ventanas de sus queridas con flores y ramas de frutales; todavía las muchachas acechan en las rejas la primera palabra que oyen-

para adivinar por ella si está lejano ó próximo el dia de tener un novio, ó si el que tienen les será fiel y llegará á ser su esposo; todavía echan la clara de un huevo en un vaso de agua cristalina para obtener á la media noche la figura de un navío que juzgan ha de formarse milagrosamente bajo la proteccion del Santo. Y no se crea que esta fiesta encantadora se celebró solamente en bellos versos por los antiguos poetas; entre los modernos ha servido, y sirve aun de asunto é inspiracion llena de un dulce sabor inexplicable. Melendez, Iglesias y otros muchos poetas, la celebran en sus versos, acaso no los ménos blandos, suaves y apacibles que compusieron, como puede verse en sus obras.

ROMANCES NOVELESCOS SOBRE LA PERDIDA DE ANTEQUERA Y LOS AMORES DE BOABDIL Y VINDARAJA[1].

113.

BOABDIL Y VINDARAJA[2]. — I.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Con los francos Bencerrajes
El rey Chico de Granada
Estando en Generalife
Una muy fresca mañana,
Gozando del fresco viento,
Y viendo correr el agua,
Mirando está los frutales,
Sus verdes hojas y plantas,
Oyendo á los ruiseñores
Su música concertada,
Viendo á los moros y moras
Tañer y bailar la zambra.
Los moros enamorados
A sus moras dan guirnaldas;
Y cuando aquestos placeres
A todos mas gusto daban,
Por una verde espesura
De arboledas bien plantada,
Vido un moro de á caballo
Haciendo grande algazara,
Con vestido turquesado
Y almalafa plateada:
El alfanje trae desnudo,
La barba toda mesada,
Con el tocado deshecho
Y sin lanza y sin adarga.
Sospirando viene el moro
Que se le arrancaba el alma:
Heridas trae de muerte,
Y la cara ensangrentada:
Y llegado junto al Rey
Del caballo se arrojaba.
Hincádose ha de rodillas
Sin poder hablar palabra;
Sacó una carta del seno
Con once sellos sellada,
Y besándola tres veces
En su mano al Rey la daba.
El Rey la estaba leyendo,
Y ántes que fuese acabada,
Llora, lamenta y sospira,
Y al fin della se desmaya;
Y vuelto del parasismo
Desta manera hablaba:
— No lo he por Antequera,
Aunque haya sido ganada;
Pésame que me han robado
Divinas joyas del alma.
¡Vindaraja, amiga mia!
¡Oh mi linda Vindaraja!
Si estás muerta, si estás viva,
O si estás aprisionada,
O si estás entre cristianos,
No te me vuelvas cristiana,
Que este captivo que tienes
Trocará por ti el Albambra. —
Y estas palabras diciendo
Mandó el Rey tocar alarma.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

[1] Los romances históricos de la pérdida de Antequera por los moros, y su conquista, se han colocado entre los de su clase.

[2] En los varios romances de diversos autores aquí insertos, unos llaman á esta mora Jarifa, y otros Nareisa; para uniformarlos hemos adoptado el nombre de Vindaraja, que se le da en este.

114.

BOABDIL Y VINDARAJA. — II.

(*Anónimo.*)

En Granada está el Rey moro,
Que no osa salir della:
De las torres del Alhambra
Mirando estaba la vega;
Miraba los sus moriscos
Cómo corrian la tierra:
El semblante tiene triste;
Pensando está en Antequera;
De los sus ojos llorando
Estas palabras dijera:
— ¡Antequera, villa mia,
Oh quién nunca te perdiera!
Ganóte el rey Don Fernando,
De quien cobrar no se espera!
¡Si le pluguiese al buen Rey
Hacer conmigo una trueca,
Que le diese yo á Granada
Y me volviese á Antequera!
No lo he yo por la villa,
Que Granada mejor era;
Sino por una morica
Que estaba de dentro della,
Que en los dias de mi vida
Yo no vi cosa mas bella.
Blanca es y colorada,
Hermosa como una estrella;
Sus cabellos son mas que oro,
Que el oro dellos naciera;
Las cejas arcos de amor,
De condicion placentera;
Dos saetas son sus ojos
Que en mi corazon pusiera:
Sus manos Deyfebo[1] son;
No fué mas graciosa Elena.
¡Ay morica! que mi alma
Presa tienes en cadena! —

(Timoneda, *Rosa de amores.* — R. Wolf, *Rosa de Romances.*)

[1] De Febo querria decir, ó de Deyfebo.

115.

BOABDIL Y VINDARAJA. — III.

(*De Juan de Timoneda.*)

Suspira por Antequera
El Rey moro de Granada:
No suspira por la villa,
Que otra mejor le quedaba,
Sino por una morica
Que dentro en la villa estaba;
Blanca, rubia á maravilla,
Sobre todas agraciada:
Deziseis años tenia
En los dezisiete entraba;
Crióla el Rey de pequeña,
Mas que á sus ojos la amaba,
Y en verla en poder ajeno
Sin poder ser remediada,
Suspiros da sin consuelo,
Que el alma se le arrancaba.
Con lágrimas de sus ojos
Estas palabras hablaba:
—¡Vindaraja[1] de mi vida!
¡Ay Vindaraja del alma!
Enviéte mis cartas yo
Con el alcaide de Albambra,

Con palabras amorosas
Salidas de mis entrañas,
Con mi corazon herido
De una saeta dorada.
La respuesta que le diste:
Que escribir poco importaba.
Daria por tu rescate
Almería la nombrada.
¿Para qué quiero yo bienes
Pues mi alma presa estaba?
Y cuando esto no bastare
Yo me saldré de Granada;
Yo me iré para Antequera
Donde estás presa, alindada
Y serviré de captivo
Solo por mirar tu cara [2].

(TIMONEDA, *Rosa de amores*. — H. WOLF, *Rosa de Romances*.)

[1] En el romance dice: Narcisa.

[2] Se halla tambien este romance con variantes, y no tan completo, en un pliego suelto intitulado *Historia del moro Abindarraez*, etc.

116.

BOABDIL Y VINDARAJA. — IV.

(*De Pedro de Padilla.*)

En la villa de Antequera
Cautiva está Vindaraja [1].
La mora que mas queria
El rey Chico de Granada.
Siente tanto verse presa,
Que nada la consolaba,
Porque el cuerpo en Antequera
Tiene, y en Granada el alma;
Que si él moro la queria,
Ella mas que á sí le amaba.
Cien mil años le parece
Cada momento que tarda
El rescate que se habia
De dar, para libertalla;
Porque de aquello imagina
Que la tienen olvidada,
Que de cualquier niñería
Lo sospecha el que bien ama.
Por certificarse de esto
Al Rey escribe una carta
Dándole en ella á entender
Lo que en la prision pasaba,
Y con un moro la envía,
Que era alcaide del Alhambra
Y de paz vino á Antequera
Solo á saber como estaba.
El Rey la carta recibe,
Y ántes de abrilla temblaba,
Y cuando la tuvo abierta
A leerla comenzaba:
Vió que Vindaraja en ella
De esta suerte se quejaba.

Carta de Vindaraja.

La cautiva desdichada,
Libre un tiempo, y venturosa
En ser de tí tan amada,
Te escribe muy temerosa
De que estará ya olvidada:
Aunque no puedo creer
Que esté apagada esa llama;
Mas no deja mi querer
De recelar y temer,
Que es ordinario en quien ama.
Para la desconfianza,
Amando, no hay resistencia,
Ni segura confianza,
Que al fin, olvido y mudanza
Son condiciones de ausencia,
Y yo no puedo de tí
Estar muy asegurada,
Que hay muchas moras ahí
Por quien me truequés á mí,
Si no me tienes trocada.
Y si lo debo de estar,
Pues tanto tiempo has tardado
De enviar á rescatar
La que ha sus ojos tornado
Fuentes, por tí, de llorar:
Tanto no me descuidara
Si te viera yo á tí preso,
Que si hacienda me faltara
Para librarte, confieso
Que con sangre te comprara.
Si soy de tí tan amada
Como fuí, Rey y señor,
Sea luego rescatada,
Que ya sabes que el amor
No sufre descuido en nada.
Y sospechar me haria
Si mas que el pasado hubiese,
Que tu fe no es cual solia,
Y el punto en que lo creyese
El de mi muerte sería.
No consideres mi muerte
Porque te haria olvidarme,
Sino que supe quererte,
Y te preciaste de amarme,
Como yo de obedecerte.
Y sea esto tanta parte,
Que de esta prision tan brava
Salga yo libre á gozarte,
Pues librarás una esclava
Que ha sido reina en amarte.
Que aunque trabajosa y fuerte
Es de sufrir mi prision,
Todo mi mal es no verte,
Y esta sola es la pasion
Que podrá darme la muerte.
Y no es bien que los enojos
Del vivir me desposean
Sin que primero estos ojos
En tu presencia se vean
Gozando alegres despojos.
Mira que tarde y mañana
Estos que conmigo están
Creyendo que soy liviana
Cuanto quisiere me dan
Porque me vuelva cristiana;
Y yo llorando les digo
Que jamás no dejaré
Esta ley que tengo y sigo,
Y mucho ménos la fe,
Que tuve y tendré contigo.

Prosigue la historia.

Esta carta de su dama
Habiendo el moro leido,
Arrimado á una ventana
Quedó fuera de sentido,
Y despues que volvió en sí
Tinta y papel ha pedido,
Porque Vindaraja entienda
Que no la ha puesto en olvido,
Sino que aumentaba ausencia
La fe que le habia tenido.
Cuando dió lugar la pena
Al corazon afligido
Para mostrar el dolor
Que de su mal ha sentido,
En respuesta de su carta
Esto el moro ha respondido.

Carta del Rey.

Grande agravio se le ha hecho,
Hermosa mora, á mi fe [2],
En imaginar que esté
Aun de vivir satisfecho,
Sin lo que en verte gocé.
Oféndesme con temer
Mudanza de mí, ni olvido;

Que donde amor ha cabido
No puede olvido caber,
Si no fué el amor fingido.
Y con el que yo te quiero
La misma imaginacion
No llega á su perfeccion,
Y así acabará primero
Mi vida que mi aficion.
Y esta no me da licencia
Para olvidarme de tí,
Y siendo, señora, ansí,
Son condiciones de ausencia
Amor y firmeza en mí.
Y cuando aquesto no fuera,
En mil mundos no hallara
Otra por quien te trocara,
Aunque aposta la hiciera
El cielo, y su resto echara.
Que á los que te pueden ver
Es bien fácil de juzgar,
Que el cielo, con su poder,
Ni tiene mas que hacer,
Ni yo mas que desear.
Estoy muriendo sin verte,
Porque de tu vista vivo,
Y la vida que recibo
Es la que me da el quererte,
Que alivia el dolor esquivo.
Y en solo este pensamiento
Se entretiene el alma mia,
Y es el entretenimiento
De suerte, que si un momento
Me faltase, moriria.
Y si el Rey te me quisiese,
Dulce amiga, rescatar,
No me podria demandar
Tanto como yo le diese,
Por no dejarte penar.
Descuido ahora en mi no le ha habido,
Ni el amor querrá otorgarme
Licencia de descuidarme,
Que á mi mismo me he ofrecido
Por tí, si quieren llevarme.
Que de imaginar que tienes
Tan triste imaginacion,
Siente tanto el corazon,
Que basta saber que penes
Para morir de pasion.
No deben de querer darme
Tu persona, por saber
Que esta sola podrá ser
Ocasion para acabarme,
La mayor que puede haber.
Y en eso tienen razon,
Que si faltase esperanza
De remediar tu prision
Haria cierta esa pasion
Mi muerte, y su confianza.
Que en tí me quitan la vida,
Y el bien que puedo tener
Es pensar que has de volver
A ser de mí poseida
Sin temerte mas perder.
Y esto se ha de efectuar
Con brevedad segun creo,
Y puédeste asegurar
Que lo han de solicitar
Por tí, mi amor y deseo.
Que este por momentos crece,
Y si en amor tasa hubiera,
Su término en mí tuviera;
Que lo que tu sér merece
No sufre que ménos quiera.
Y siendo, señora, ansí,
Alma tan enamorada
No se olvidará de tí:
Déjame el cuidado á mí,
Sin tenerle tú de nada.
Y deste tu esclavo fia,
Que fué Rey cuando te quiso[2],
Que estará sin alegría,
Hasta que su paraíso
Goce en tí como solia.
Y pues que sabes que muero
De la manera que mueres
Espera como yo espero,
Que de lo bien que te quiero
Conozco lo que me quieres.
Y sé que no ha de ser parte
La mucha importunidad
Para poder olvidarte
Del que nunca voluntad
Tuvo, sino de adorarte.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*)

[1] *Jarifa cautiva estaba*, dice el verso, pero se ha puesto en todo el romance el nombre de Vindaraja para uniformarle con el anterior, y que no se confunda esta mora con la Jarifa de Abindarraez.

[2] Dice el romance: *Dulce Jarifa á mi fe.*

117.

BOABDIL Y VINDARAJA.—V.

(*Anónimo.*)

En la villa de Antequera,
Cautiva está Vindaraja[1]
La mora que mas queria
El rey Chico de Granada.
Siente tanto el verse presa,
Que no la agradaba nada,
No por el poco valor
Que en el buen cristiano halla,
Sino por temor y miedo,
Que la han de llevar á Baza,
Y que si á Baza la llevan
La han de hacer tornar cristiana.
Tomando tinta y papel
Al Rey escribe una carta:
No le escribe como á rey
Sino como enamorada.
«¿Qué me sirve ser hermosa,
»Y de tí, buen Rey, amada,
»Si en aquestas ocasiones
»Me tienes, Rey, olvidada?
»Rescata el cuerpo á dinero,
»Pues me tienes allá el alma;
»Si por dineros me dejas,
»Moros tengo yo en Granada,
»Que por esta amante mora[2]
»Perderán la vida y alma.»
Contento estaba el rey Chico,
Grandes fiestas ordenaba
Por una carta que tiene
De su amada Vindaraja:
Mandó llamar á su alcaide
De quien hace confianza,
Y le dijo: — Buen alcaide,
Impórtame que mañana
Te partas para Antequera,
Al rescate de mi dama:
Llevarás cien doblas de oro,
Y otra cantidad de plata;
Cien caballos enjaezados,
Bordados todos de plata.
Traerásla como á reina,
Pues es reina de mi alma.
Por las tierras do viniere
Corran toros, jueguen cañas,
Hagan fiestas y torneos,
Toquen clarines y cajas:
Yo la saldré á recibir
Legua y media de Granada
Con toda mi casa y corte
Para que entre mas honrada. —
Luego se parte el alcaide,
Y á Narvaez dió la carta:
Desque la hubo leido

Estas razones le habla.
—Anda vete, el moro perro,
Anda y vuélvete á Granada,
Y le dirás al rey Chico,
Que si me da Vivarambla,
Zacatin y Plaza nueva
Y tambien las Alpujarras
Comparadas con la mora
No las estimo yo en nada.—

(*Romances de varios y diversos autores.*)

1 Dice el romance: *Jarifa cautiva estaba.*

2 *Que por la linda Jarifa*, dice el romance.

ROMANCES DE CELIN, SEÑOR DE ESCARICHE[1].

118.

CELIN DE ESCARICHE.—I.

(*Anónimo.*)

Por divertirse Celin
Fiestas ordena en Granada,
En desgracia del rey Chico,
Y en ausencia de su dama.
Secretas hace sus fiestas
Con dos amigos del alma,
Galanes y Abencerrajes,
Hombres de palacio y plaza.
Esta vez quiere atreverse
A mil respetos y guardas,
Solo por dar un buen dia
A tanto penar sin causa;
«Que una prision muy larga
»La vida gasta, y la paciencia acaba».
A la cristiana los viste
De villanesca bizarra,
Con tafetanes el rostro,
Caperuza, sayo y capa.
Blanco, leonado, amarillo,
Congojas sin esperanza,
Dieron al disfraz colores
Y memorias á Adilaja.
Pensado lleva Celin
De hacer famosas hazañas,
Y dejar melancolías
Que la buena sangre gastan;
«Que una prision muy larga,
»La vida pierde y la paciencia acaba».
Ya las yeguas y jaeces
Van alterando á Granada;
Todos dicen de Celin,
¡Bravas justas! ¡bravas lanzas!
No queda mora Cegrí
Que no se ponga á ventana,
Y todas dicen, á ver
El galan de las desgracias.
Como saben ya su historia,
Quisieran verle la cara,
Que en las hazañas no miran,
Porque ya saben las damas,
«Que una prision muy larga
«La vida gasta, y la paciencia acaba».
Para verle entrar de noche,
Aunque viene á la cristiana,
La puerta de Elvira encubre
La hermosura del Alhambra.
Allí tratan de aquel tiempo
Que fué dichoso en Granada,
Envidiado de mil moros,
Y querido de mil damas:
Otros cuentan en corrillos
Los amores de Adilaja,
Diciendo, que ya los dos,
Ni se escriben ni se hablan;
«Que una prision etc.»
Como ven que no venia.
Para la fiesta le aguardan,
Haciendo mucho mayores
Los deseos y esperanzas.
Adilaja con las nuevas
Muy celosa y enojada,
Le escribe al moro que deje
Fiesta que le ofende el alma.
A la mitad del camino
Recibió el moro esta carta,
Dió vuelta luego á Jaen
Trocando en luto las galas;
«Que una prision muy larga,
«La vida gasta, y la paciencia acaba».

(*Romancero general.*)

1 Por el postrer verso del último romance de Celin de Escariche, se deja presumir que todos se compusieron en elogio de algun duque de Alba.

119.

CELIN DE ESCARICHE.—II.

(*Anónimo.*)

Celin, señor de Escariche,
Y Aliatar, rey de Granada,
Azarques y Abenumeyas
Salen á juegos de cañas.
Vandas blancas lleva el Rey,
Color que su ser demanda:
De esperanzas va vestido
Que á mas le obliga Daraja.
Por divisas tiene un cielo
Con muchos cedros y palmas.
De coronas, esta letra
«Seguro estoy de mudanzas».
Los Abenumeyas todos
Y los Azarques llevaban
De encarnado las divisas
Que un mar de desdichas baña.
El muy bizarro Celin
Por dar contento á su dama
Entre las blancas marlotas
Estrellas de oro sembraba,
Y por dar seguro al Rey
De lo que celoso estaba,
Lleva pajizo el jaez
Con campanillas de plata,
Y en la adarga por divisa,
Una azucena entre llamas
Con una letra que dice:
«Por ser fingidas no atrasan».
Advierte su letra el moro,
Que tiene Aliatar cifrada,
Y aunque no demuestra celos
Celosas ansias le abrasan;
Que quiere salir de extremo,
O quedar sin vida en calma,
Valiente, bravo y furioso
Dando remate á las cañas.
Trabóse la escaramuza
De todas las cuatro escuadras,
Ganando el bizarro moro
Eterno renombre y fama.
Alborotóles el juego
La voz que les amenaza,
Que quiere salir un toro
De la inmudable Jarama.
Dicen los Abenumeyas:
—Ningun Azarque se parta.—
El Rey se va á su balcon;
Sola les deja la plaza.
Celin, que á su desengaño
Sola esta ocasion buscaba
Con su acerado rejon
Al toro en el coso aguarda.
Tiene clavados los ojos
En la que en el sol enclava;
Conócese en el mirar
Que tienen juntas las almas.
Adalija se encubrió

Temiendo alguna desgracia,
Porque sus hermosos soles
Los de Celin deslumbraban;
Y quitado el resplandor
Pudo el moro ver la plaza,
Y en ella un toro furioso,
Que á los cielos amenaza.
La cabeza en proporcion
La cerviz corta, empinada;
Anchuroso tiene el pecho,
La cola toda enroscada:
Un remolino en la frente,
En sangre los ojos baña:
Cortos brazos, largos piés,
Bufa, salta, corre y brama.
No teme el bello amador,
Que á Marte en fama aventaja.
Seguro en el alazan
En las puntas se empinaba.
Cuando el vigoroso toro
Con el amador cerraba,
Hirióle con el rejon,
Por la cerviz se lo clava;
Quedó atormentado el toro,
La una rodilla hincada,
Cogido en la dura tierra
Sin que al moro ofenda en nada.
Revuelve Celin los ojos
Y vió que su mora estaba
En los brazos de Adaifa
Del gran temor desmayada:
Del contento que tomó
Al toro menospreciaba:
Quebrando el asta al rejon
Todo el medio le dejaba,
Y de una veloz carrera
Atravesara la plaza
Parando en los miradores
De su querida Adilaja.

(*Romancero general.*)

120.

CELIN DE ESCARICHE.—III.

(*Anónimo.*)

Vestido el cuerpo de cielo,
Y de sus glorias el alma,
Con mil estrellas y soles,
Y mil cifras coronadas,
Entra á correr la sortija
Celin, á quien acompañan
Catorce moros Cegries,
Los mejores de Granada,
En un caballo andaluz,
De la generosa raza
Que al sacro Guadalquivir
Le suele pastar la grama:
Castaño oscuro, fogoso,
Cabos negros, gruesas ancas,
Ancho pecho, recios brazos,
Corto cuello, cola larga,
Chica cabeza y orejas,
Crines grandes encrespadas,
Gallardo, brioso y fiero,
Y humilde al freno que tasca.
Alborótase la gente,
Y en los tablados se alza,
Bendiciéndole mil veces
Por donde quiera que pasa.
Todo el mundo le bendice,
Y la envidia avergonzada
Se esconde en algunos pechos,
Que de envidiosos no hablan.
Desde su balcon le mira
La dulce y tierna Adilaja,
Original de mil soles,
Que en la marlota llevaba.
Levanta el moro los ojos
Y hácia su dama los baja,
Que siempre su hermosura
La trae por las nubes altas.
Contempla Celin su cielo,
Aunque con vista turbada,
Porque el resplandor divino
Turba las vistas humanas.
Quedaron mudos los cuerpos,
Solas las almas se hablan,
Que en las luces de los ojos
Iban y venian las almas.
Licencia pide Celin,
Adilaja se la daba,
Para que corra con Muza
En su presencia tres lanzas.
Muza se pone en el puesto,
Gallardo corre su lanza,
Y Celin le ocupa luego
Con postura mas gallarda.
Vuelve furioso el caballo
A la carrera la cara,
Pone la cola en el suelo
Y entrambos brazos levanta:
Llámale con las espuelas
Y con el freno le llama
Responde fiero y humilde,
Y vuela sin tener alas.
Celin con aire del cielo
Afuera la lanza saca,
Y al tercio de la carrera,
Corva el brazo, aprieta el asta;
Abrígala con el pecho,
Y abrigándola la baja
A ley de galan, y cierto
A lo que mandan las armas.
Pára veloz el caballo,
Tanto que en la arena blanda
Apénas juzga la vista
La herradura ni la estampa.
Derriba Celin el brazo,
Vuelve á su lugar la lanza,
Oprime el freno el rigor,
Y pára el caballo á raya.
Corre otras dos, y en la corte
Admirada de mirarlas,
Levantan hasta los cielos
La voz de sus alabanzas.
En esto se puso el sol,
Y la noche con sus alas
Cubrió de confusas nieblas
Los palacios y la plaza.
Dieron hachas á Celin,
Y regocijo á Granada,
Quedando por mil razones
Gloriosa la casa de Alba.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE CELIN AUDALLA.

121.

CELIN AUDALLA.—I

(*Anónimo.*)

Las soberbias torres mira,
Y de léjos las almenas,
De su patria dulce y cara,
Celin, que el Rey le destierra.
Y perdida la esperanza
De jamas volver á vella,
Con suspiros tristes dice:
«¡Del cielo luciente estrella!
¡Granada bella!
Mi llanto escucha, y duélate mi pena».
¡Hermosa playa que al viento
Das por tributo y ofrenda
Tanta variedad de flores,
Que él mismo se admira en vellas!
¡Verdes plantas de Genil,
Fresca y regalada vega,

Dulce recreacion de damas,
De los hombres gloria inmensa!
«¡Granada bella etc.
¡Fuentes de Generalife,
Que regais su prado y huerta,
Las lágrimas que derramo,
Si entre vosotros se mezclan,
Recibillas con amor,
Pues son de amor cara prenda!
Mirad que es licor precioso
Adonde el alma se alegra:
«¡Granada bella etc.
¡Aires frescos que alentais
Lo que el cielo ciñe y cerca,
Cuando llegueis á Granada,
Alá os guarde y mantenga!
Para que aquestos suspiros
Que os doy, le deis en mi ausencia,
Y como presentes digan
Lo que los ausentes penan.
«¡Granada bella!
Mi llanto escucha, y duélate mi pena.»

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances,* 3.ª parte.)

122.

CELIN AUDALLA. — II

(*Anónimo.*)

La hermosa Zara Cegri,
Bella en todo y agraciada,
Discreta, porque sirvió
A la Reina en el Alhambra;
Hija del alcaide Hamete
Que tuvo en tenencia á Baza,
Llora triste y afligida
Su cautiverio y desgracia
En el porfiado cerco
Del rey Fernando de España.
Ya despues de muchos dias,
Por falta de vituallas,
Se entregó el mísero Alcaide
Siendo su casa asolada.
La bella Zara le cupo
A la condesa de Palma,
Que acompañando á la Reina,
Se vino al cerco de Baza.
La condesa le pregunta
A Zara, en qué se ocupaba,
Y qué ejercicio tenia
En el Alhambra en Granada.
Llorando la mora dice:
—Señora, asentaba plata,
Labraba la seda y oro,
Tañia, tambien cantaba;
Pero agora solo sé
Llorar mi mucha desgracia,
Porque aunque merced me haces
A la fin, fin soy tu esclava:
Y para pasar el tiempo
De cautiverio en tu casa,
Labraré, si gustas de ello,
Una nao bien aprestada,
Navegando viento en popa;
Luego la mar alterada
Con las olas por el cielo,
Y que las velas amaina,
Y en la alta gavia esta letra
Que diga en lengua cristiana:
«No hay bonanza que no vuelva
» En gran tormento y borrasca»:
Y por orla en la labor
Que diga en letra de Arabia:
«Podrá ser que Alá permita
» Que tenga fin mi desgracia».
—Muy bien me parece, mora,
Esa labor que tú trazas,
Que es conforme á mi deseo,
Y al tiempo en que tú te hallas.

(*Romancero general.*)

123.

CELIN AUDALLA. — III.

(*Anónimo.*)

En Palma estaba cautiva
La bella y hermosa Zara,
Y aunque en Palma tiene el cuerpo,
En Baza la vida y alma,
Porque imagina está en ella
El moro Celin Audalla,
Ignorante del tormento
Que el moro por ella pasa:
Y aunque la quiere y estima
La condesa, y la regala,
No es parte para que el llanto
Amaine un momento en Zara;
Y para se consolar
De la gran pena que pasa,
A otra cautiva la cuenta
Su pasion, y de do mana.
— Habrás de saber, le dice,
Que yo he nacido en Granada,
Adonde serví á la Reina
Diez años dentro en la Alhambra.
Servíla de camarera,
Tuve su riqueza en guarda,
Queriame por extremo,
Y yo por extremo amaba,
No á la Reina mi señora,
Aunque obligada la estaba,
Sino á un moro, que es mi sol,
Y mi bien, Celin Audalla.
Era galan y de estima,
Y por eso le estimaba;
Teniale por mi sol,
Porque con él me alumbraba.
Cielo le llamé, mas fué
Para mí toda desgracia.
Causóla el venir mi padre;
¡Pluguiera Alá no llegara!
A servir el alcaidia
Y la tenencia de Baza.
Vinole el moro á servir
Con el cuerpo, á mí con l'alma,
Poniéndose á mil peligros,
Porque á mi padre agradaba.
Asaltóse la ciudad,
Y fué mi alma asaltada,
Perdiendo padre y amigo,
Y yo sujeta y esclava.
Fuese el moro, y yo no creo
Ser posible que se vaya
El corazon con el cuerpo,
Dejándome á mí su alma;
Y para que la labor
Que es testigo de mis ansias
Manifieste mi dolor,
Diré en la lengua de Arabia:
«Si llevaste el corazon,
» Pienso que me quedó el alma»;
Y en otro lado pondré:
«No faltará mi palabra».
Y pondré en tercera orla:
«Firme estará mi palabra»;
Y en la cuarta por remate:
«En jamas habrá mudanza»;
Y en medio de la labor
Una ave Fénix pintada,
Que de las cenizas frias
Saca vivas esperanzas;
Y un montero que le tira,
Y un mote que dice: «Aguarda,
» Porque no es justo que tires
» A quien la vida le falta.»

Esto decia la mora,
Cuando la Condesa llama,
Diciéndole : ¿Adónde estás?
¿Por qué no respondes, Zara?

(*Romancero general.*)

124.

CELIN AUDALLA. — IV.

(*Anónimo.*)

El animoso Celin,
Hijo de Celin Audalla,
El que fué alcaide de Alora
Y de la villa de Alhama,
Mira el fuerte sitio el moro,
El alcázar, la muralla,
Las aportilladas torres
De la destruida Baza.
Quiere despedirse el moro,
Y llama la patria amada,
Imaginando que está
En ella el bien de su alma.
Quéjase de la fortuna,
Y entre sí confuso habla :
—¿En qué te ofendí, le dice,
Para tomar tal venganza,
Despues de tantos trofeos
Que me dió la bella Zara,
Haciéndome mil favores
En los juegos y en las zambras?
Y agora quiso mi suerte,
Digo, quiso mi desgracia,
Que el rey Fernando pusiese
Cerco á la ciudad de Baza.
Usó conmigo clemencia,
¡Que á Alá pluguiera no usara!
Para libertar el cuerpo,
Y quedar cautiva el alma.—
Esto diciendo, se quita
La marlota que llevaba
De verde, morado y blanco
En amarillo aforrada,
Y dice : —Sirva el aforro
Por ser color que me cuadra.
Las verdes plumas no quiero,
Pues se perdió mi esperanza :
De la adarga borraré
El lince que declaraba
Que mis ojos en mirar
A los de lince ganaban.
Tambien borraré la letra,
Que dice en lengua cristiana :
«Mucho mas rinde mi brazo,
» Que lo que la vista alcanza».
Y ese tahalí azul
Ya no es cosa que me cuadra,
Pues me falta la ocasion
De celos, no por mudanzas.
La toca morada dejo,
Porque aunque amor no me falta,
Podrá ser que halle otro
Que pueda mejor gozalla.—
Con esto la lanza toma,
Y muy lijero cabalga,
Suelta al caballo la rienda
Para que do quiera vaya,
Diciendo : —Camina tú,
Y busca el bien que me falta,
Que ya no te guiaré
Sino es á buscar desgracias.—

(*Romancero general.*)

125.

CELIN AUDALLA. — V.

(*Anónimo.*)

Celoso vive Celin
De su regalada griega,
Porque sabe que el poder
No hace á las almas fuerza;
Y que el imperio del mundo,
Y voluntad de sus tierras,
Se le ha de esquitar en algo,
Y teme que allí no sea.
Sabe que la mas hermosa
Es al doble de soberbia,
Y que al fin la libertad
Aun en el amor no es buena.
Ve suya á su hermosura,
Y quiere mayores prendas,
Que los cuerpos sin las almas
Tambien los goza la tierra.
Su pensamiento, en quien cabe
Sujetar al mundo en guerra,
Ya dudoso dignamente
De la de algun hombre tiembla.
El que de muy generoso
Se fiaba de cualquiera,
Ya se recela de todos,
Y no hay verdad en que crea.
El que siempre á sus oidos
Trajo cajas y trompetas,
Ya se humana á imaginar
De un nuevo Celin querellas.
Si mira á su Zara llora
De verla el alma encubierta,
Que quisiera al chico mundo
Volver lo de dentro fuera.
Su armada pone en olvido;
Solo adora la galera
Que en la isla de Coron
Le hizo tan rica presa.
Aquella, en su gran mezquita,
Por cosa sagrada cuelga,
Votando cada diciembre
En su memoria una fiesta.
Zara, cautiva y señora,
Ya se alegra, ya se queja,
Que ménos aviva el gusto
El cetro que una terneza;
Y entre los mismos abrazos
De sus parientes se acuerda,
Con que los brazos afloja,
Que la obligacion aprieta;
Y en medio de las razones
Cien mil suspiros degüella,
Haciendo dellos justicia
Porque sin cordel confiesan.
Mil veces al Gran Señor
A darle gusto se esfuerza,
Y si presto no volviese,
Amor se entraria á vueltas;
Pero es enemigo al fin
De encogimiento y vergüenza,
Y verdugo, de los gustos
Propios, la memoria ajena.
¡Gran cosa es la majestad!
Mas no hay pensar que convenga
Con el amor, que es muchacho,
Y sin respetos se huelga.
Las holguras de Coron,
Frescas, gustosas y bellas,
Con sus lágrimas las tiene
En la memoria mas frescas.
Buena fuera la gran corte,
Mas como no goza della,
Cánsala el desasosiego,
Y el ruido la desvela.
—¿Qué es esto? ¿Cómo, gran Zara,
Lo que todas no deseas,
Que es que venga tu linaje
A ser señor desta tierra?
Vida, regalo, señora,
Ojos, alma, esposa tierna,
Corazon, entrañas, gloria,
Descanso, esperanza eterna,
Ojos, frente, cuello, boca,

Cabellos mios, estrellas,
Claro cielo, nieve, grana,
Soles, oro, rubíes, perlas,
¿Cómo mi gran voluntad,
Hermosa Zara, desprecias?
¿Por qué te llamas cativa
Si mi voluntad gobiernas?
Favorece tu gran patria,
Que aunque estuve mal con ella,
Si quieres haré por tí
Que vuelva á lo que ántes era.
Zara, obedece á Celin,
Y mira que te lo ruega
Condolido un tu cautivo
Y natural de tu tierra.—

(*Romancero general.*)

126.

CELIN AUDALLA. — VI.

(*Anónimo.*)

Por la puerta de la Vega
Salen moros á caballo,
Vestidos de raso negro,
Ya de noche al primer cuarto,
Con hachas negras ardiendo,
Un atahud acompañando.
«¿A dó va el malogrado
»Celin, del alma y vida despojado?»
Matóle el pasado dia
Sin razon un moro airado,
En una fiesta solemne
De que hubo presto el pago:
Llóralo toda Granada,
Porque en extremo es amado.
«¿A dó va el desdichado, etc.»
Con él van sus deudos todos,
Y un alfaquí señalado,
Y cuatro moras hermanas,
Con muchos en su resguardo;
Y dicen al son funesto
De un atambor destemplado:
«¿A dó va el desdichado, etc.»
Mesan los rubios cabellos
Que enlazan á un libertado,
Y de entre ellos va saliendo
Un licor claro y salado,
Y sobre rostros de nieve
Vierten el color rosado.
«¿A dó va el desdichado, etc.»
Y los moros que mas sienten
Ver tan espantoso caso,
Llevan roncas las gargantas;
Y aunque en son callado y bajo,
Dicen los moros y moras,
Mil suspiros arrojando:
«¿A dó va el desdichado, etc.»
Una mora, la mas vieja,
Que de niño lo ha criado,
Sale llorando al encuentro,
Mil lágrimas derramando,
Y con furia y accidente
Pregunta al bando enlutado:
«¿A dó va mi hijo amado
»Celin, del alma y vida despojado?»
¿A dó vais, bien de mi vida?
¿Cómo así me habeis dejado?
¿Qué es del amor increible
Que siempre me habeis mostrado?
¿Quién eclipsó vuestros ojos,
Luz de los mios cansados?
«¿Dó vais, mi hijo amado
»Celin, del alma y vida despojado?»
¿Dónde os llevan, hijo mio,
En estos pechos criado?
¿Quién mudó vuestro color
Y el rostro apacible y claro?
¿Quién ha sido el homicida,
Y de ánimo tan osado?
«¿A dó va mi hijo amado
»Celin, del alma y vida despojado?»
Diez y seis años hoy hace,
Ved cuán contados los traigo,
Que vuestra madre os parió,
Y yo os crié en mi regazo:
Yo crié un fuerte muro,
Aunque lo veo derribado,
«Pues faltais, mi hijo amado
«Celin, del alma y vida despojado.»
Con estas lamentaciones,
Sin que la sientan dar cabo,
De lágrimas hace rios
Por adonde van pasando,
Y á darle la sepultura
Dentro en su villa han entrado,
«Del triste y desdichado
»Celin, del alma y vida despojado».

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE AUDALLA.

127.

AUDALLA. — I.

(*Anónimo.*)

Contemplando estaba en Ronda,
Frontero del ancha cueva,
El valiente moro Audalla,
Que va la vuelta de Teba,
Que un honroso pensamiento
De su voluntad lo lleva
De su patria desterrado,
Por hacer del hado prueba.
Parado sobre el caballo,
La lanza en el hombro puesta,
Unas veces mira al pueblo,
Y otras hablando se eleva.
—¡Oh patria desconocida,
Presto oirás de mi la nueva
Que si envidia te ha movido
Mayor envidia te mueva!
Ya que me diste ocasion
Que tu propia sangre beba,
No permita el alto cielo
Que haga lo que yo no deba;
Y ántes que del frio invierno
El sol la humedad embeba,
Verás que mi claro nombre
Con mas valor se renueva.
¡Mal haya el halcon lijero
Que en ruin presa se ceba,
Y el que padeciendo sed
Aguarda á que el cielo llueva
¡Mal haya quien no se ampara
Del frio si ve que nieva,
Y el que espera que en su casa
Otro menor se le atreva!—
Dijo: y ántes que el enojo
La sangre mas le remueva,
Volvió riendas al caballo,
Y va la vuelta de Teba.

(*Romancero general.*)

128.

AUDALLA. — II.

(*Anónimo.*)

Ponte á las rejas azules,
Deja la manga que labras,
Melancólica Jarifa,
Verás al galan Audalla,
Que nuestra calle pasea
En una yegua alazana,
Con un jaez verde oscuro,
Color de muerta esperanza.

Si sales presto, Jarifa,
Verás cómo corre y pára,
Que no lo iguala en Jerez
Ningun ginete de fama.
Hoy ha sacado tres plumas,
Una blanca y dos moradas,
Que cuando corre lijero,
Todas tres parecen blancas.
Si los hombres le bendicen,
¡Peligro corren las damas!
Bien puedes salir á verle,
Que hay muchas á las ventanas.
¡Bien siente la yegua el dia
Que su amo viste galas,
Que va tan briosa y loca
Que revienta de lozana;
Y con la espuma del freno
Teñidas lleva las bandas,
Que entre las peinadas crines
El hermoso cuello enlazan!
Jarifa, que al moro adora,
Y de sus celos se abrasa,
Los ojos en la labor,
Así le dice á su Aya:
—Dias ha, Celinda amiga,
Que sé cómo corre y pára:
Quien corre al primer deseo,
Al segundo pára el alma.
No me mandes que le vea,
¡Pluguiera á fortuna vária,
Que como sé lo que corre,
El supiera lo que alcanza!
¡Muy corrida me han tenido
Sus carreras y mis ansias:
Las secretas por mi pena,
Las públicas por mi fama!
Por mas colores de plumas
No hayas miedo que allá salga,
Porque ellas son el fiador
De sus fingidas palabras:
Por otras puede correr
De las muchas que le alaban,
Que basta que en mi salud
El tiempo toma venganza.—

(*Romancero general.*)

129.

AUDALLA. — III.

(*Anónimo.*)

Despues de los fieros golpes,
Que con gran destreza y saña
Se dieron los fuertes moros
Azar y el valiente Audalla,
Azar se quedó en su tierra,
No olvidando á Celindaja,
Y Audalla vuelve á la corte
A ver á su Lindaraja,
Por tener celos el moro
De Albenzaide que la amaba,
Que por ser rico, y él pobre,
Teme quiebre la palabra.
Dice: —¡Lindaraja mia!
¡Dulce prenda de mi alma!
Haz que muera esta sospecha
Que en mi corazon escarba.
No permitas que Albenzaide
Se ponga alegre guirnalda,
Ni que de esperanzas mias
Lleve triunfando la palma.—
Y volviendo el rostro al cielo
Vió que en medio su jornada
Estaba ya el rojo Febo
Dando al mundo luz dorada,
Y con la pasada fiesta
La gente en silencio estaba,
Temiendo el grave rigor
Que sus claros rayos lanzan.
Entrando por Val del Moro,
Queriendo tomar posada,
Se acordó que en el cortijo
Un álamo grande estaba,
Que con sus ramos hojosos,
Cubriendo del sol la cara,
Hace una agradable sombra,
Que á sueño convida y llama.
Camina derecho á ella
A descansar, que se halla
Fatigado del calor,
Que cuerpo y alma se abrasa.
Entrado que fué en la cerca,
Vió que destroncado estaba:
Sabida la causa, fué
Porque pidieron las damas
A los galanes del pueblo,
Que le despojen de ramas
Que les hace el gesto feo
Y verdinegras las caras.
Suspira el moro diciendo:
—Amor artero, ¿en qué andas,
Que no contento con hombres,
Gustas que mueran las plantas?
Mostrádome has con el dedo
La prueba de las mudanzas,
Con que renuevas mi pena
Y pagas al que te ama.—
Vuelve al caballo la rienda,
Ardiendo en celosa llama,
Y por en medio del pueblo,
La lanza en el hombro, pasa
Jurando no descansar
Antes de ver á su dama:
Que de medrosas sospechas
No se escapa quien bien ama.

(*Romancero general.*)

130.

AUDALLA. — IV.

(*Anónimo.*)

A los suspiros que Audalla
Arrimado á un fresno arroja,
Las fieras bajan humildes
De las encumbradas rocas.
Ayúdanle á sus lamentos,
Con gritos y voces roncas,
Porque hasta los animales
De su pena se congojan.
Es la ocasion de su llanto
Daraja, una ingrata mora,
Hija de Zulema, alcaide
De Guadix, Velez y Ronda;
Que sin mirar los servicios
De dos años, quiso agora,
Por una injusta sospecha,
Borrarle de su memoria;
Y fué que en cierto sarao
Sobre una blanca marlota
Sacó escrita aquesta letra:
«Aborrezco á quien me adora».
Entendió que se decia
Por ella, y por sí lo toma,
Y sin aguardar mas causa
Privó al moro de su gloria.
Desterróle á media noche
Con esta palabra sola;
«Si á quien te adora aborreces,
»Que te olvide tanto monta».
Cerró con esto el balcon,
Y Audalla con mas congoja
Se sale desesperado
Al mismo instante de Ronda.

(*Romancero general.*)

131.

AUDALLA. — V.

(Anónimo.)

—Galanes, los de la corte
Del rey Chico de Granada,
Quien dama Cegrí no sirve,
No diga que sirve dama;
Ni es justo, pues que se emplea
Su fe tan mal, que le valgan
Del amor los privilegios,
Ni las leyes de la gala;
Ni que delante la Reina
En los saraos de la Alhambra
Se le consienta danzar
Entre sus damas la zambra;
Ni que el dulce nombre della
Le cifre en letras grabadas,
Ni bordado en la librea
Le saque en fiesta de plaza;
Ni que pueda del color
De su dama sacar banda,
Almaizar listado de oro,
Travesado por la adarga;
Ni atar al robusto brazo
Mano blanca, toca blanca,
Para tirar los bohordos
Y para jugar las cañas;
Ni que ponga en camafeo
Ni en targeta de oro ó plata,
Debajo de ricas plumas,
Su retrato por medalla;
Ni yegua color de cisne,
De clin ni cola albeñada
Para ruar el terrero,
La puerta ni la ventana.—
Esto plantó en un cartel
El enamorado Audalla,
Galan, Cegrí de linaje
Y que bella Cegrí amaba;
Pero las damas Gomeles,
Que eran muchas y muy damas,
Y las pocas Bencerrajes
Que han quedado desta casta,
Y algunas Almoradíes,
Este papel enviaban,
Siendo por voto de todas
Fátima la secretaria.
—Audalla: si á cortesía
No está sujeto quien ama,
Perdona lo que leyeres;
Si lo estás, escucha y calla,
Que damas hay en la corte
Que ya que por su desgracia
Les falte gracia contigo,
Pluma y pico no les falta
Para quedar satisfechas,
O podrán muy poco ó nada,
Contra ofensas de carteles
Satisfacciones de cartas.
Sobre el cuerno de la luna
Las damas Cegrís levantas;
Pero hasta llegar á ellos
Todo es aire lo que pasas.
A sus galanes prefieres
Privilegios y ventajas
En máscaras y saraos,
En juegos y encamisadas:
Prefiérelos norabuena,
Y dales blason y fama
De gala, de ocio y de paz,
En guerra, batalla y armas.
Mas ¿qué se le dará de esto,
Ni qué tendrá por infamia
Quien no quiso perdonar
Al regalo de su casa,
Viendo al cristiano que tiene
La ciudad así sitiada,
Y de católicas tiendas
Coronada la campaña;
Y viendo que en nuestro tiempo
De Genil las olas claras
Ha dos años que se beben
Con tanta sangre como agua;
Y que á los demas galanes
Son libreas las corazas,
Refriegas los caracolés,
Y los bohordos son lanzas;
Y quien sabe prometer
Con soberbia y arrogancia
La cabeza del Maestre
De la Cruz de Calatrava,
Cuando prendieron al Rey
En sangrienta lid trabada,
El alcaide y los donceles
Del fuerte conde de Cabra,
Y partiendo á Santa Fe,
Mas á vella que á estorballa,
Despues de ocupado un dia
En aquesta empresa escasa,
Con mas salud que partió,
Y mas luciente la lanza,
Y la adarga mas entera,
Y la yegua ni aun sudada,
Viendo que las damas quedan
Del Alhambra en la muralla,
Para mirar los guerreros
Y para ver lo que pasa,
Por tener contino vuelta
A su señora la cara,
Al primer encuentro vuelve
Al cristiano las espaldas;
Sírvase de eso quien gusta
De este amor, de esta crianza,
Y de ver hombres en hechos,
Y leones en palabras,
Que gozará de mil años,
Muy segura y confiada,
Que si de edad no muriere,
No morirá de lanzada.

(*Romancero general.*— It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 2.ª parte.)

132.

AUDALLA. — VI.

(Anónimo.)

Galanes, damas Gomeles,
Con las de esotros bandos,
Nosotras moras Cegries
Saludes os enviamos.
La carta que le escribisteis
A nuestro Audalla preciado,
Despues de andar en la córte
De una mano en otra mano,
Vino á parar en las nuestras;
Si nos pesó lo callamos:
Baste que nos dió contento,
Que Audalla hubiese hallado
Quien de escribir sus hazañas
Haya tenido cuidado,
Y de que sus coronistas
Seais, sin que os dé salario:
Aunque nosotras queremos
Que se os señale muy largo,
Pues tan largas habeis sido,
Y tan bien habeis glosado.
El cartel que en el Alhambra
Fué por Audalla plantado,
No hablaba con las damas,
Sino con los cortesanos,
Con los que os quieren y adoran,
Y serviros es su trato.
De ellos era el responder,
Y á vosotros excusado;
Mas á falta de hombres buenos

Habeis por ellos hablado.
Juntasteis vuestro cabildo,
Usurpasteis cetro y mando,
Y elegisteis secretaria,
Que escribió lo decretado.
¡Por cierto fué grande hazaña!
¿Pues no visteis el agravio
Que á los galanes hicisteis,
A quien hacer era dado
El descargo del cartel,
Pues era solo en su daño?
Habeis mostrado con esto
Que entre todos ha faltado
Quien satisfacer pudiese
Con tal descargo á tal cargo,
O que estiman en tan poco
Ser de vosotras amados,
Que el aumento de palabras
Que es nada, estiman en algo.
¿Muza por ventura duerme?
¿O solo sabe en palacio.
Delante el Rey y las damas
Mostrarse brioso y bravo?
¿Ha cobrado el ramillete?
¿Ha ya de la vega echado
Al Maestre y los demas
Que nos matan con rebatos?
¡Bien se parece, pues vemos
A Bajamed tan lozano,
Aunque aldabadas ahora
Da á las puertas el cruzado!
Decid que Muza responda
A Audalla, que no al cristiano;
Y si excusarse pretende,
Por vivir desesperado,
Como lo muestra en salir
De amarillo disfrazado,
Tome por él la recuesta
Abindarraez gallardo,
Muestre los grandes favores
Que ha de Jarifa alcanzado,
Y cuán diestro y suelto es
En hacer mal á un caballo,
Y en sujetarle y volverle
Ya de este, ya de aquel lado,
Mas como no es en las véras
Como en las burlas probado,
Ni jamas se vió en batalla
Con los cristianos lidiando,
No es justo se cargue de armas
En que no está ejercitado,
Y mas viviendo Aliatar,
Que en esto es cual él probado,
Pues por no tenerse envidia
Ambos á dos se han jurado
No quitar cristiana vida,
Ni manchar con sangre el campo.
Visto que no tratan de armas,
Serán estos excusados,
Y suplirá Reduan
La falta de tantos faltos,
Galan que ganó á Jaen
En una noche soñando,
Y engañado con tal sueño,
Le tuvo por acabado;
Y así prometiendo al Rey
Darle á Jaen en las manos,
Sin ver los inconvenientes
Que pudieran estorbarlo,
A la conquista partió,
Y dió á ella tan buen cabo,
Que hoy Granada es del rey Chico,
Y Jaen de Don Fernando.
Volved por estos galanes,
Queredlos y acariciadlos,
Favorecedlos, servidlos,
Que es justo ser estimados;
Pues segun sus claros hechos,
Muy cierto os aseguramos,
Que si del lodo no os ponen,
Se les contará á milagro.

(*Romancero general.*)

133.

AUDALLA. — VII.

(*Anónimo.*)

—Mira, Tarfe, que á Daraja
No me la mires ni hables,
Que es alma de mis despojos,
Y criada con mi sangre,
Y que el bien de mis cuidados
No puede mayor bien darme
Que el mal que paso por ella,
Si es que mal puede llamarse.
¿A quién mejor que á mí fe
Esta mora puede darse,
Si ha seis años que en mi pecho
Tiene la mas noble parte?—
Esto dijó Almoradí,
Y escuchóle atento Tarfe,
Entrambos moros mancebos,
Y de los mas principales;
Y arqueando entrambas cejas
Con airosos ademanes,
Sin cólera le responde,
Pidiendo le escuche y calle:
—Dices que Daraja es tuya,
Y que de su amor me aparte:
Si lo hiciera, si á mi vida
Tanta vida no costase.
Nunca tú por su servicio,
Como yo escaramuzaste,
Ni en su presencia al Maestre
Caballo y lanza ganaste:
Caballero de la Cruz
Cautivo no la enviaste,
Ni las medias lunas nuevas
Entre sus tiendas plantaste;
Ni con agua hasta los pechos
Por Genil atravesaste,
Para quitar al Maestre
La cabeza de Albenzaide;
Ni delante de las damas,
Entre el rio y el adarve,
Tres cabezas de cristianos
A tu dama presentaste;
Ni es bien que suyo se miente
Quien salió ayer al alcance,
Y fué postrero en salir,
Y primero en retirarse;
Y que cuando entre esos moros
Cristianos despojos parten,
Se está rizando el cabello,
Tratando de retratarse.
Retrátate, Almoradí;
Pero es bien que te retrates
De tus mujeriles hechos,
Y en cosas de hombres no trates;
Pues suena mal que te estés
Entre invenciones y trajes,
Cuando tus deudos y amigos
Andan cubiertos de sangre;
Y cuando con los contrarios,
Sin que ganemos ni ganen,
Nos matamos mano á mano,
Tú con las moras te mates;
Y que en vez de echarte al hombro
La malla y turques alfanje,
Te eches bordadas marlotas,
Y vayas á ruar calles:
Mira que es fama en Granada,
Y aun en el campo se sabe,
Que hay un moro entre nosotros
Almoradí de linaje,
Que cuando á la escaramuza
Los moros mancebos salen,
Con un enfermo accidente

Se finge por excusarse.
Mira pues si son hazañas
Estas que tus brazos hacen,
Para que mi bella mora
Me deje de amar y te ame.
Mira si te favorece
Como á los demas galanes
Los favorecen sus moras
Con empresas y almaizares.
La mañana de San Juan,
Cuando á escaramuzas sales,
Nunca de su blanca mano
Blanca toca te tocaste;
Ni en las zambras y saraos
Se sabe que te mirase,
Como á mí, que me miró,
Mandándome que descanse,
Y los dos danzamos juntos
Cuando se casó Albenzaide.
¡Y vive Alá que me pesa
De que tanto se declare,
Porque su valor y prendas,
Su discrecion y sus partes
De mas de un dichoso moro
Merecen enamorarse!
Deja los intentos locos,
Si ya no quieres que pasen
A mas que conversacion
Las arrogancias que hablaste:
Refrena la lengua un poco,
Y piensa que el hablar hace
Continuamente gran daño
Donde se siente el ultraje;
Porque ha de entender el juez,
Primero que sentenciare
Las culpas, que no sentencie
La pena de la otra parte:
¡Mira que aunque cuesta poco
El hablar, suele estimarse
Una palabra en mas precio
Que el oro que un reino vale!
Así que, apartarte es bien
Del principio que tomaste,
Sin querer que nadie goce
De lo que tú no alcanzaste,
Si no es, Tarfe, que te sueñas
Que puedes señor llamarte,
En ser servidor de damas;
Pero no que ellas te amen.—
El Almoradí acabó,
Dejando al galan de Tarfe
Entre turbado y furioso,
Prometiendo de vengarse.

(*Romancero general*.—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

134.

AUDALLA.— VIII.

(*Anónimo.*)

El espejo de la córte,
Aquel celebrado Audalla,
El querido de su Rey,
Y el mas noble de su casa;
Respetado por su sangre,
Y temido por su espada,
Amado del reino todo,
Respetado de las dámas;
Corrido de que en la córte
Del rey Chico de Granada
No se guarde aquel decoro
Que las leyes de amor mandan,
A Tarfe y Almoradí,
Que fuéron de ello la causa,
El uno con damerías,
Y el otro con arrogancias;
En una fiesta solemne
Que se hizo en el Alhambra
La noche que se casaron
Benzulema y Celindaja,
Hallando Audalla ocasion
Para lo que deseaba,
Los dos de la competencia
Le oyeron estas palabras:
—Mis amigos sois entrambos,
Y entrambos sois de mi casa,
Y como á tal, mis razones
Escucharéis, si no os cansan.
No fuera bien, caballeros,
Que á costa de ajena fama,
Dén los cuerpos á entender
Las pasiones de las almas,
Y que todo el vulgo diga
Por las calles y las plazas,
Que Tarfe y Almoradí
Se acuchillan por Daraja;
Que el uno la llama suya,
Y el otro suya la llama;
Que uno se alabe de cosas
Que el otro tambien se alaba,
Y que estimeis en tan poco
El valor de vuestra dama,
Que os pinteis favorecidos
Los dos, y digais que os ama.
Yo tengo por muy sin duda,
Y en toda la corte es fama,
Que á entrambos os favorece,
Y á ninguno ha dado banda.
Pésame de que se entienda
Entre la gente cristiana,
Que la que en Granada vive
Es tan poco cortesana;
Pues dirá Puertocarrero,
Famoso señor de Palma,
Que en las honras femeniles
Ensayamos las espadas,
Y que cortan nuestras lenguas
En el honor de las damas,
Harto mas que en sus aceros
Cortan nuestras cimitarras;
Que acá nos echamos plumas
Cuando ellos nos echan lanzas,
Y deshonramos las moras,
Cuando ellos honran las armas;
Que prometemos cabezas,
Cuando hay en las nuestras falta,
Y nuestra braveza toda
Se convierte en amenazas.
Si Tarfe de esta señora
Quiere granjear la gracia,
¡Hacerlas, y no decirlas,
Son las finas arrogancias!
Y si Almoradí pretende
Por lo lindo grangearla,
Tenga mayor el secreto,
Y menor la confianza.—
En esto salió la Reina
Con el Rey á ver la zambra,
Y así cesó por entónces
La plática comenzada.

(*Romancero general.*)

135.

AUDALLA. — IX.

(*Anónimo.*)

—Aquel que pára es Amete,
Este que corre es Audalla,
El que en tu fe mal segura
Fatigan sus esperanzas.
¡Qué firme que va en la silla!
¡Qué bien que embraza la adarga
¡Qué segura lanza lleva!
¡Qué bien matizada manga!
Tres veces paró la yegua,
Hizo mesura otras tantas
A tu balcon, cuyas rejas
Son mas que tu pecho blandas.

Tras tantas nubes de olvido,
Por favor divino aguarda
De tu sol los rayos bellos,
Que á dalle su gloria salgan.
Acábense las tinieblas
De su pena y tu venganza;
Bellísima Zara, espera,
Abriré las dos ventanas.
¿Qué imágen como la tuya,
Desde Genil á Jarama
Sustenta y compone el tiempo,
Adora y pinta la fama?
Eres mucho para vista,
Fueras mucho para amada;
Pero con las véras hielas,
Y con las burlas abrasas.
Audalla vuelve á correr,
Extremo de gala y armas:
Tú le alabas, y él te adora,
Para que le adores basta.—
Esto á Zara le decia,
Viendo en Granada unas cañas,
Záfira la de Antequera,
Y así le responde Zara:
—¿Qué necedad me encareces?
¿Qué extremo de galas y armas
De mis querellas principio,
Y fin de mis alabanzas?
¡Qué mal informada vives!
¡Qué poco sabes de Audalla!
¡Qué de verdades desmienten
A sus apariencias falsas!
Irá muy firme en la silla,
Porque es el correr mudanza;
Su lanza segura rige
Peligrosa mano varia.
Tantas damas son las suyas,
Que si de todas alcanza
Solo un punto de favor,
Podrá matizar diez mangas.
Pára aquí y allí la yegua;
Su voluntad nunca para;
Humildes mesuras finge
Con alma rebelde, ingrata;
Facilidades humildes
Le ocupan, sabiendo Audalla,
Que á disfavores humildes
Bajos favores no igualan.
Yo confieso que me burlo;
Confiesa tú que es hazaña
Pasar de amor los peligros
Con mil cautelas de guarda.
Záfira, tú convaleces,
El aire colado pasa,
Esta sala está muy fria,
Volvámonos á la cuadra.—

(*Romancero general.*)

ROMANCE DE SALER CEGRI.

136.

(*Anónimo.*)

—Mientes, y si acaso el Rey
Los ampara en esta causa,
En su cara le diré
Al Rey, que me lo levanta
Por no pagarme el servicio
Que debe á mi brazo y lanza,
Creyéndose de quien quiere
Acreditarse con gracias.—
Por la puerta de palacio,
Los ojos vueltos en brasa,
Bravo y furioso Saler
Sale empuñando la espada.
—¿No saben los Bencerrajes,
Dice, volviendo la cara,
Que no sufren los Cegríes
Que les toquen en la fama?
Mienten otra vez, les digo:
Y repito estas palabras,
Por si hay tan valiente alguno,
Que de lo dicho se agravia.
¿Qué cristianos habeis muerto,
O escalado qué murallas?
¿O qué cabezas famosas
Habeis presentado á damas?
¿Cuándo vencisteis alguno
De los de la cruz de grana?
¿Pensais que empuñar gineta,
Es como volar las cañas?
En el usurpado escudo
Blasonais de las hazañas,
¿Dónde están los coroneles
De reyes que os deben parias?
Finalmente, ¿qué habeis hecho
Para decir en las plazas,
Y ante el Rey, que los Cegríes
Mejor que lo hacen hablan?
Y cuando de noche estais
Durmiendo en las blandas camas
¿Quién si no son los Cegríes,
Salen á hacer cabalgadas?
Cuando los cristianos vienen
Sobre vuestra hacienda y casa,
¿A quién acudis los moros,
Vertiendo los ojos agua?
Sepa vuestro bando junto,
Que á todo junto en campaña
Le daré á entender que soy
Cegrí, si todo me aguarda:
Y si por ser yo no osais,
Escogé en toda Granada
El menor de los Cegríes,
Que el os dirá quién se alaba.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE ADULCE.

137.

ADULCE. — 1.

(*Anónimo.*)

—Aquel moro enamorado,
Que de las batallas huye,
Mal parece que en palacio
Honroso lugar ocupe:
El que al Maestre no ha dado
Entre las bermejas cruces
Bote de lanza ó flechazo,
Con valientes no se junte:
El que á su competidor
Favor conocido sufre,
Con el duelo de amadores
Comedidamente cumple:
El que no dice en las plazas
Cautivos cristianos truje,
Que están sirviendo á mi dama,
De galanes no mormure:
El que no saca en las fiestas
Cuadrilla y galas azules,
No embrace adarga de Fez,
Ni lanza gineta empuñe.—
Esto dice Abindaraja,
Ultrajando al moro Adulce,
Enemigo de Albenzaide,
Que baldonalle presume.
Bajezas contaba de él,
Que tan infames costumbres
Aun no pudieran hallarse
En los alarbes comunes.
Habia zambra en palacio,
Y casábase aquel lúnes
Aja, la prima del Rey,
Con un infante de Tunez.
Galvana la cordobesa

Era gran cosa de Adulce,
Y viendo que son malicias
Las faltas que le atribuye,
A Abindaraja responde:
—¿Tú piensas que de las nubes
Bajó tu moro Albenzaide?
Pues ruégote que me escuches.
Adulce, de sangre real,
Tiene el vencer por costumbre,
Y es el lugar mas honroso
Cualquiera lugar que ocupe.
Cuando el hierro de su lanza
Allá en la Vega reluce,
No está seguro el Maestre,
Aunque sus valientes junte.
Alguno que compra esclavos
Ha dicho: Cautivos truje,
A fuego y sangre ganados,
¡Bien haya quien de él murmure!
No compite con los hombres,
Tampoco bajezas sufre
De amadores generales
Que con mil galanes cumplen.
Brocados saca á las fiestas,
No tafetanes azules,
Como algunos, que es vergüenza
Que lanza gineta empuñen.
Vale Adulce por mil moros
Como Albenzaide; no busques
Alguna ocasion forzosa
En que la cara le crucen.
Si á Adulce quisiste bien,
Si no te quiso, concluye
Con olvidalle callando,
No me agravies ni le culpes,
Que á no estar adonde estamos,
El cuchillo de mi estuche
Esa lengua te cortara,
Porque con ella no injuries.—
Levantóse Abindaraja
Diciéndola: —No te burles,
Porque aquí me vengaré
De quien aquí me lo jure.—
Alborotóse el palacio,
Reduanes y Gazules,
Zulemas y Abencerrajes,
Que son los bandos ilustres,
Salieron desafiados:
Albenzaide retó á Adulce,
Que á guisa de caballeros,
Y valientes andaluces,
Al campo se salgan solos,
Y despues que desmenucen
Sus lanzas largas y gruesas,
Y á las espadas se ajunten,
El caballero animoso
Que al otro en tierra trabuque,
Pueda gozar de su dama
Conforme el padrino juzgue.
¡Oh maldito seas, amor,
Que no hay bien que tú no mudes,
Ni cordura tan fundada
Que mil veces no la turbes!
Encubres públicos celos,
Y amor secreto descubres;
Con ciertas enemistades,
Terribles marañas urdes:
Tiempo vendrá que las damas
Contra tu poder se aunen;
Pero sepamos ahora
Cómo esta guerra concluye.

(*Romancero general.*)

138.

ADULCE. — II.

(*Anónimo.*)

La noche estaba esperando,
Y apénas cierra la noche,
Cuando el fuerte moro Adulce
A su casa se recoge.
De esperanzas viene rico,
Pero de ventura pobre,
Porque aunque son verdaderas,
No habrá lugar que las goce.
Armándose estaba el moro,
Mas no contra sinrazones,
Que estas no tienen defensa
En hidalgos corazones;
Porque como no las hacen,
Ni las temen, ni conocen,
Y aunque es grande honor vengallas,
No ha de ser con todos hombres.
Seguro estaba y contento
Con las sombras de la noche,
Que le fuera claro dia,
Y ocasion de nuevo nombre,
A no prendello el alcaide
Con falsas informaciones,
O con alguna ocasion,
Que es la moneda que corre,
Por quien el peso y la espada
No es mucho que caiga y corte,
Y que la vara derecha
Una y mil veces se doble.
Dicen que se halló en la muerte
Del infeliz Agramonte,
Y que se trazó en su casa,
Acogiendo los traidores.
Desarman al moro luego,
Y enciérranlo en una torre.
Armándose de paciencia
Contra agravio tan enorme,
Y paseando por ella,
El mismo se habla y responde,
Que como no tiene yerros,
No le pusieron prisiones.
Mirando está las paredes
Que lo cercan y le esconden,
Las relucientes estrellas
Que le fuéron claros soles,
Cuya luz anticiparon
Dando nuevos resplandores,
Para ser testigos fieles
Del fin de sus pretensiones.
—¡Ay Aja! dijo, ¿qué es esto?
¿Que siempre son tus favores
Prueba de mi desventura,
Que la publican á voces?
¿Qué sirve esperar el bien
Y procurar ocasiones,
Si la libertad me quitan
Solo porque no los logre?
Desto, hermosa Aja, infiero
Que estarémos ya conformes,
Porque á no ser esto así
No me prendieran entónces;
Pues solo para que viera
Que viene á ménos tu nombre,
Me sobrara libertad,
Porque en desdichas me sobre.—
Desta suerte se quejaba
Adulce, cuando á la torre
Le van á ver sus amigos,
Todos valientes y nobles.

(*Romancero general.*—II. *Flor de varios y nuevos Romances*, 2.a parte.)

139.

ADULCE. — III.

(*Anónimo.*)

En la prision está Adulce
Alegre, porque se sabe
Que está preso sin razon,
Y le quieren mal de balde.
Esto es causa que en el moro
Es la pena ménos grave,

Pues no quiere libertad,
Si con ella han de culpalle.
Piensan que ha de hacer por fuerza
Lo que de grado no hace,
Enmudeciendo las leyes
Para que los mudos hablen.
Arrimado está á una reja
Que hace mas fuerte la cárcel,
Pena un tiempo de traidores,
Castigo ya de leales.
Alzó los ojos al cielo,
Temiendo que se le cae,
Y dijo: —Siempre padezco
Por leal y por amante.
¡Ay Aja ingrata! ¿Qué es esto?
¡Que en medio de mis pesares
Hallo viva la memoria
De mis bienes y mis males,
Y todo porque no pueda,
Ingrata, desengañarme,
Pues con quererte en naciendo,
Pienso que te quise tarde!
A otra reja me vi asido
Mas baja, porque alcanzase
Las promesas de tu boca,
Puesto que ya no se guarden.
¿Cómo quieres, di, que crea
Que el aire se las llevase,
Estando los dos tan cerca
Que apénas pasaba el aire?
¿Cómo no te desengañas
De que así quise engañarte,
Si en medio de los favores
Siempre me viste cobarde?
¡Agora, ingrata, te pesa
De que te sirva y te ame,
Y no quieres ser querida
Quizá por desobligarte!
¿Quién derribó por el suelo
El edificio admirable
Que alzó amor á las estrellas,
De que apénas hay señales?
Déjame de sus ruinas
Una piedra, que declare
La mudanza que hizo el tiempo,
Sin poder jamas mudarme.
Mucho debo á sus amigos;
Todos dicen que me guarde:
¿Mas de qué sirve ¡cruel!
Si viene el consejo tarde?
¿De qué aprovecha el socorro,
Y que todo el pueblo llame,
Si está la casa abrasada
Cuando la campana tañen?
¿Quieres, ingrata, que pierda
El premio de ser constante,
Y que si es la causa firme,
Que la pena sea mudable?
No, para tanta belleza
No hay tormento que sea grave,
Pues la ofensa de quererte
Se defiende con amarte.
Los ojos vuelve, enemiga,
Y podrá ser que esto baste,
Pues para corta ventura
Cualquier favor será grande.
Verás lo mucho que quiero,
Y lo poco que me vale,
Y que no es bien que me pierda,
Donde es justo que me gane.—
Llamaron en esto al moro,
Que lo esperaba su paje,
Que venia muy contento
Con una carta que trae,
Donde Adalifa le escribe
El pésame de sus males,
Y Adulce dijo: —¡Qué importa,
Si Aja gusta que me acaben!—

(*Romancero general.*—II. *Flor de varios y nuevos Romances*, 2.ª parte.)

140.

ADULCE.—IV.

(*Anónimo.*)

Al camino de Toledo,
A donde dejó empeñada
La mitad del alma suya,
Si puede partirse el alma,
Se sale Zaida la bella,
Y á su pensamiento encarga
Que se entregue á sus suspiros,
Y á ver á su Adulce vaya:
«Que ausencia sin mudanza
» Comienza en celos, y en morir acaba».
A cualquiera pasajero
Que se detenga le manda,
Y si á Toledo camina,
Llorando le dice Zaida:
—¡Venturoso tú mil veces,
Y yo sin dicha otras tantas!
Tú porque vas á Toledo,
Y yo por quedar en Sagra:
«Que ausencia, etc.—
Adulce, que en su memoria
Está mirando la estampa
Que pintaron sus deseos,
Como en el alma la aguarda,
Al dolor de Zaida bella
Con triste llanto acompaña,
A sus suspiros con quejas,
Con voces á sus palabras:
«Que ausencia, etc.»
—¡Ay Zaida del alma mia!
¿Quién de mis ojos te aparta?
¿Qué respetos mal nacidos
A los mios acobardan?
¿Cómo no trueco la vida
Por la gloria que me llama,
Tu verdad y mis deseos,
Tu favor y mi esperanza?
«Que ausencia, etc.»
A tu imagen hablo en sueños
Y sin duda que me hablas
En triste llanto deshecha,
De haberme apurado en llamas,
Imagino que te acercas,
Y como el llanto no basta
Contra tan inmenso fuego
La huyo por no abrasalla.
«Que ausencia, etc.»
Luego celoso me finjo,
Sospechando que á mis ansias
Busco segundo remedio,
Cansado de apaciguallas.
Agraviado la has, responde,
Tu fantasía te engaña,
Que salud de ajeno gusto
Al gusto del alma estraga.
«Que ausencia, etc.»
Zaida, espera en la fortuna
Y en el tiempo que no pára,
Y á entrambos los trueca el mundo
Con la rueda y con las alas;
Y anima tu pecho tierno
Para que con vida salgas
Deste golfo de tormento,
Sin que digan por tu causa,
«Que ausencia sin mudanza
» Comienza en celos, y en morir acaba.»—

(*Romancero general.*)

[1] Este romance habla de un Adulce, toledano, distinto del de los anteriores.

ROMANCES DEL ALCAIDE DE MOLINA.

141.

EL ALCAIDE DE MOLINA.—I.

(*Anónimo* [1].)

Batiéndole las ijadas
Con los duros acicates,

Y las riendas algo flojas,
Porque corra y no se pare,
En un caballo tordillo,
Que tras de sí deja el aire,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo al Alcaide:
«¡Alarma, capitanes,
»Suenen clarines, trompas y atabales!»
Dejad los dulces regalos,
Y el blando lecho dejadle:
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba,
Dejad el amor suave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Anteponed el honor
Al gusto, pues ménos vale,
Que aquel que no le tuviere,
Hoy aquí podrá alcanzalle;
Que en honradas ocasiones,
Y peligros semejantes,
Se suelen premiar las armas
Conforme el brazo pujante.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfange:
Haced rostro á la fortuna;
Tal ocasion no se escape;
Mostrad el robusto pecho
Al furor del fiero Marte.
«¡Al arma, capitanes, etc.—
A la voz mal entonada,
Los ánimos mas cobardes,
Del honor estimulados,
Ardiendo en cólera salen
Con mil penachos vistosos
Adornados los turbantes,
Y siguiendo las banderas
Van diciendo sin pararse;
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Cual tímidas ovejuelas,
Que ven el lobo delante,
Las bellas y hermosas moras
Llenan de quejas el aire;
Y aunque con femenil pecho
La que mas puede mas hace:
Pidiendo favor al cielo
Van diciendo por las calles:
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Acudieron al asalto
Los moros mas principales,
Formándose un escuadron
Del vulgo y particulares;
Contra doce mil cristianos,
Que están talando sus panes,
Toman las armas furiosos,
Repitiendo en su lenguaje:
«¡Al arma, capitanes,
»Suenen clarines, trompas y atabales!»

(*Romancero general.*)

[1] Retrátase al vivo y con mucha verdad una de aquellas alarmas tan comunes y casi diarias que por necesidad acaecian entre los pueblos fronterizos que estaban frente á frente como dos ejércitos enemigos. Tal era la situacion de los moros y cristianos españoles, que sin descanso peleaban entre sí.

142.

EL ALCAIDE DE MOLINA. — II.

(*Anónimo.*)

El alcaide de Molina,
Manso en paz y bravo en guerra,
Con sus capitanes todos
Llegó á la vista de Atienza,
De do volvió victorioso
Sin daño, y con grande presa
De cautivos bautizados
Y de cristianas banderas.
Entró por la puerta el moro,
Y corriendo á media rienda,
A la calle de su dama
Soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
Y al dar la tercera vuelta,
Desterrando sus temores,
Celinda salió á una reja,
Diciendo furiosa y loca:
—¡Si tú tuvieras vergüenza,
Ni corrieras en mi calle
Ni pararas en mi puerta!
¡Mal haya Celinda, mora
Tan determinada ó necia,
Que para vivir en paz
Se aficionó de la guerra!
Por ser tu alfanje temido,
Mas que no por tu nobleza,
Ofrecí á tu nombre solo
Lo que ves en tu presencia,
Sin considerar primero
Que es claro que no conciertan
Con entrañas de diamante
Entrañas que son de cera.
¿Qué importa que mis regalos
En paz y en amor te tengan,
Si al son de pífano ronco
En furia y odios los truecas?
No niego yo que no acudes
Con voluntad á mis quejas;
Pero acudes con mayor
Al ruido de una escopeta.
Pues esas cosas estimas,
Justo es que esas cosas quieras,
Que pues en tanto las tienes,
Ménos soy, y mas son ellas.
Cíñete tu corvo alfanje,
Embrázate tu rodela,
Y llama á tu fiel Acates,
Que te lleva las saetas:
Sal á hacer escaramuzas
Por el monte y por la vega,
En tu caballo el tordillo
Y en tu fronteriza yegua:
Tala los cristianos panes,
Roba las cristianas tiendas,
Desde el campo de Almazan
Hasta el monte de Sigüenza:
Deja á Celinda del todo,
Pues tantas veces la dejas,
Y acude á tus obras vivas,
Pues que me haces obras muertas.
No te llamarán mis ojos,
Aunque viendo su miseria,
Llorarán sin ver los tuyos,
Mi soledad y tu ausencia.—
Esto dijo, y al momento
Cerró del balcon las puertas,
Sin tener lugar el moro
De poderla dar respuesta.
Colérico de lo oido,
Apretando entrambas piernas,
Furioso corrió al castillo,
Suspenso entre culpa y pena.

(*Romancero general.*)

143.

EL ALCAIDE DE MOLINA. — III.

(*Anónimo.*)

—Tambien soy Abencerraje
De los buenos de Granada,
Y tambien me vi en la vega
Con el de la cruz de grana;
Tan presto acudo á sus Reales

Como algunos á las zambras,
Y me precio de mi alfanje,
Como otros de su dulzaina.
Si puedo hablar en consejo
Pregúntenselo á mi lanza,
Que ella da fe de mis obras;
Veisla aquí, Cegríes, habladla.
No porque vivo en Castilla,
Y fuera de esta comarca,
Es ménos fuerte mi brazo,
Ni son ménos mis palabras.
Acaso ¿cuál de vosotros
Dejó como yo su patria
Por vivir entre cristianos,
Siempre alerta, y siempre al arma?
¡Mal haya quien os consiente,
Cobardes, estar en casa,
Sardanápalos de amor,
Ya danzando, ya entre damas!
¡Bien con esos ejercicios
Vuestras fronteras se guardan,
Y de los contrarios reinos
Bien los sembrados se talan!
A mí toca, no á vosotros,
El salirme del Alhambra,
Que no es bien hallarme yo
Do tantos cobardes se hallan,
Ni que salgan mis consejos
Do no hay ninguno que salga
A probarlos como cuerdo
En el campo y con la espada.
Entre valerosos brazos,
Entre venerables canas,
Lo que dije se estimó
Y lo que hice se estimaba.
Mas como el cielo os dotó
De fuerzas tan moderadas,
De tan flacos corazones,
No quereis que os diga nada,
Porque como es mi consejo
Para que dejeis las galas,
Siguiendo de vuestros padres
En la guerra las pisadas,
Desechaisme por extraño,
Y es justo que yo me salga,
Como extraño mi valor
De vuestra bajeza extraña.
Si agraviados os sentís,
Aquí os aguardo en la plaza:
Salid diez, ó veinte, ó treinta,
O toda Granada salga;
A lo ménos no diréis
Que me visteis las espaldas,
Pues mas que una infame vida
Estimo una muerte honrada.
No, si puedo, os jactaréis
Que me ultrajasteis la fama,
Miéntras esta fuerte diestra
Lanza enristra, embraza adarga,
Que ó moriré, por Alá,
O con vuestra sangre cara,
Si el honor me habeis manchado,
Limpiaré á mi honor las manchas.—
Salió diciendo el Alcaide
De Molina y sus estancias,
Poniendo mano al alfanje,
De una junta no acertada.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE AMETE ALÍ.

144.

AMETE ALÍ. — I.

(*Anónimo.*)

Amete Alí, Bencerraje,
Moro valiente y gallardo,
Con marlota y capellar,
De pardo, amarillo y blanco,
Sale con otros amigos
Presuntuoso, alegre, ufano,
Y llevan tras sí los ojos
Libres, sujetos y francos;
Pero llegando á Genil,
Rio claro, fresco y manso,
Se aparta de la cuadrilla,
Libre, solo, suelto y bravo:
Parte á descubrir su pecho,
Firme, amoroso é hidalgo,
Donde ventura le espera
Con victoria, triunfo y lauro.
Va publicando valor
Su gala, persona y brazo,
Y así ganó de su dama
Ojos, lengua, pecho y mano.
Tomó para posesion
Oro, coral y alabastro,
Que son en guerras de amor
Despojos, premios y pago.
Celinda, soberbia un tiempo,
Por su rostro, talle y garbo,
Fué la que dió fin de guerra,
Dando entrada, tienda y campo.
Mas fué su dar recibir
Trueco, logro, usura y cambio,
Pues la entregó el vencedor
Alma, vida, honor y estado;
Y así de dos se hizo uno,
De un amor, un sér y un trato,
Del cual procedió un infante,
Niño hermoso, rojo y blanco.
En las selvas de Diana,
Su escondrijo, cueva y manto
Le dejaron porque sirva
A Céres, á Pan y á Baco.

(*Romancero general.*)

145.

AMETE ALÍ. — II.

(*Anónimo.*)

De verde y color rosado,
En señal que vive alegre,
Y al fornido brazo atada
Una toca tambien verde;
Con plumas verdes y azules
Poblado un azul bonete,
Mas por parecer galan
Que por celosos desdenes;
La lanza y adarga negra,
Toda sembrada de sierpes,
Que en su ponzoñosa lengua
Una oreja todas tienen,
Y en medio de ella estos versos
En arábigo parecen:
«Desa dañada intencion
»Mi inocencia me defiende.»
En un potro remendado
Viene el valeroso Amete,
El mas gallardo galan
Que en Granada hallarse puede.
Sale de Ubeda furioso,
Y á Baeza el paso tiende,
Que hay alarde general,
Y es fuerza hallarse presente.
Temeroso de fortuna,
Porque su daño pretende,
Dió principio á sus querellas
Hablando con las serpientes:
—¡Polilla de mi esperanza!
¡Niebla de mi sol alegre!
¡Carcoma de mis deseos!
¡Cardillos de mis papeles!
No pretendais desterrarme,
Envidiosos de mis bienes,

Que tengo á amor de mi parte,
Y tiene de defenderme:
«Y tú, fortuna, tente,
»No gustes de que muera estando ausente».
No permitas que en el pecho,
Donde mi sangre desciende,
Estos áspides dañados
Sus bajos intentos siembren,
Ni el justo cielo lo quiera,
Pues mi fe no lo merece,
Ni Zaida en su pensamiento
Sus falsos silbos encierre,
« Y tú fortuna, etc.»
No dés la vuelta á la rueda,
Ni el clavo quites del eje,
Ni permitas que yo diga:
«Subióme para perderme»;
Ni con las nieblas de ausencia
Mi esperanza se me anieble,
Pues es claro que el olvido
Se hace fuerte en los ausentes:
«Y tú fortuna, etc.»
Y ya que por mi desdicha,
Todo este bien se me niegue,
Por lo que toca á Celinda
Ser escuchadas no deben;
Ni es justo que a sus querellas
Amor las orejas cierre,
Y es bien que ella hablando ablande
Lo que endurecer pretenden:
« Y tú, fortuna, etc.—
Esto dijo, y descubrió
La ciudad y muros fuertes
Y de Almanzor las banderas
Que tremolando se extienden.
Salen los de dentro afuera
A ver quién el moro fuese,
Que haciendo corvetas altas,
Ufano diciendo viene:
« Tente, fortuna, etc.»
En medio de los balcones
Mil damas bellas se ofrecen,
Satisfaciendo el deseo
Con el contento de velle:
El vulgo todo le sigue,
Dando voces: viva Amete;
Y agradeciendo el favor
Dice en la mano el bonete:
«Tente, fortuna, etc.»
Llegó en casa del Alcaide,
Recibióle alegremente
Con trompetas y añafiles,
Y músicas diferentes.
Apeóse de su potro,
Y despidiendo la gente
Se subió á la fortaleza,
Diciendo entre sí mil veces:
« Tente, fortuna, tente,
« No gustes de que muera estando ausente».

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE CELINDOS.

146.

CELINDOS.—I.

(*Anónimo.*)

Con semblante desdeñoso
Se muestra el rostro de Zaida,
Pretendiendo de acabar
De Celindos vida y alma.
Es moro de mucha estima,
Alcaide de Alora y Baza,
Sobrino del gran Cegrí,
Primo hermano de Abenamar.
Causó el desden de la mora
En el moro una tal llaga,
Tan penetrante, que llega
A lo último del alma.
Zaida muy contenta desto,
Que de cruel se gloriaba,
Quiere mostrárselo claro
Con hechos, obras, palabras;
Y así se viste de verde,
Color alegre, y galana,
Bien diferente de aquella
Que saca el moro de Baza,
Por que salió de amarillo,
Que es color desesperada;
Azul que denota celos,
Morado, que muere el alma.
Sacó la mora una aljuba,
De muertes toda sembrada,
Junto á ellas una cifra
Barreteada de plata,
Con cuatro perlas de estima
«Muera, no tenga esperanza»
Sacó una toca turquesca,
De cuya punta colgaba
Una almalafa cubierta
Azul, blanca y colorada,
Con flor de lises de oro
Entre águilas de plata;
La basquiña á media pierna,
Con una media leonada;
Las ligas verdes y rojas,
Bordadas con seda parda;
Una zapatilla azul,
Que de seis puntos no pasa,
Hecha con tanto primor,
Cual jamas se hizo en Granada:
En cada una un corazon
Con unas pintadas brasas,
Y una letra que decia:
«¡Es muy duro! Estas no bastan!»
Puestos al lado dos niños,
Que parece que las matan,
Y una cifra que les dice:
« No las mateis, niños, ardan».
Parte la gallarda mora
A casa de Celindaja,
Tan hermosa como esquiva,
Cruel, desabrida é ingrata.
Era Celindaja prima
De aquesta mora lozana,
Y casábase aquel dia
Con Aliatar el de Ocaña.
A convidarla envió,
Que viniese, que habia zambra,
Escaramuza de moros,
Juegos, disfraces y danzas.
Obedecióla la mora,
Y así partió, acompañada
De dos moros, primos suyos,
Y hermanos de Celindaja.

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

147.

CELINDOS.—II.

(*Anónimo.*)

Cubierta de trece en trece
Por los girones y mangas
De mil roeles azules
Una marlota morada,
Un capellar amarillo,
Terciado con unas bandas
De carmesí guarnecido,
Con rapacejos de plata:
Un turquesado bonete,
Con cuatro lazadas blancas,
Que cuatro medallas tiene,
Y en cuatro piedras sus armas
Entre dos plumas pajizas,
Una verde y dos moradas,

Y la verde muy oscura
Como de muerta esperanza,
Y una letra de oro escrita,
Que la pluma verde enlaza,
Que dice: «Entre amor eterno
»Mas muerta vive en el alma»:
De azul, blanco y amarillo
Teñida lleva la lanza,
Y al brazo una toca negra,
Y una esfera en el adarga,
Con una letra en el campo,
Que dice en lengua cristiana:
«Ni mas alto el pensamiento,
»Ni mayor fuego en el alma,
»Que esperanza de imposibles
»Es fe que nunca se paga»;
Y por orla mil antojos,
Que unos á otros se traban,
Y por las lunas de todos
Dos calaveras de plata,
Con una letra que dice:
«O no mirar, ó mirallas».
Unos borceguies negros,
Solo la vuelta dorada:
Dos grillos por acicates,
Con tanto primor y gracia,
Que declaran su prision
Batiendo una yegua baya,
Que lleva un rico jaez
Y una mochila dorada,
Bordada de mil trofeos,
De manoplas y de espadas,
Trompetas, yelmos, escudos
Y de cabezas cortadas
Una banderilla azul,
Con unas verdes granadas,
Y en morisco aquesta letra:
«Maduran para ser agrias».
Sale el famoso Celindos,
Alcaide de Alora y Baza,
Convaleciente de heridas,
Mas no de amores de Zaida.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

148.

CELINDOS. — III.

(*Anónimo.*)

A los torreados muros
De su Jaen, dulce y cara,
Dulce porque nació en ella,
Cara pues le cuesta el alma,
Revuelve á mirar Celindos,
El biznieto de Abenamar,
El que fué alcaide de Ronda,
Y á Estepa tuvo en su guarda.
No va desterrado el moro
Por sucesos y desgracias;
Destiérrale una sospecha
Por no poder desterrarla,
De que su Zaida querida
Le ha quebrado la palabra
Que dió de guardar la fe
Mal cumplida y bien jurada.
Sale galan, aunque triste,
Para mostrar por sus galas
Que parte rico y contento,
Pues de ello gusta su dama:
Con muchos racimos de oro
Una marlota encarnada,
Acuchillada á reveses
Y en tela verde aforrada,
De lazos y nudos ciegos,
A trechos toda bordada,
Con esta letra que dice:
«Mientras mas me desengaña»
Capellar de parda seda,
Forrado en tela de plata,
Bordado todo de abrojos;
Por letra: «Cuando me dañan».
Negro tambien el bonete,
Con las plumas variadas,
Pajizas, blancas y azules,
Moradas, verdes y pardas:
Una medalla las prende
Con una esmeralda falsa,
Y esta cifra á la redonda:
«Tu promesa y mi esperanza»;
Ceñido un dorado alfange,
Una veleta en la lanza,
Azul, que siempre los celos
Traen á la muerte cercana:
Pintado un ardiente fuego
En el campo de la adarga,
Y la letra dice: «Muera
»Quien á dos amores ama»;
Desnudo el brazo derecho,
Y atada una toca blanca,
Empresa de su querida,
Y de amor humildes parias:
Caballo rucio tordillo,
Jaez de carmesí y plata,
Dos balanzas por estribos,
Que aquí estriba el que mas ama,
Sirve el moro de fiel,
Aunque no le sirve nada;
Mas por mostrar á Celinda
Que como murió, así acaba.
Llegó el caballo á la orilla,
Al agua se arroja y lanza,
Como en señal de que siente
Del dueño la ardiente llama.
A nado pasa el caballo,
Y él, como á acabar ya pasa,
No repara en que se moja,
Pues morir no le repara.
Salió á la arenosa orilla,
Y vuelve á mirar su patria,
Hincando la lanza en tierra,
Y arrimado el rostro al asta
Contempla los edificios,
Alta roca y fuerte alcázar,
A quien su firmeza opone,
Y halla su semejanza:
—Aquí vieras, mora, dice,
Si como yo me miraras,
Un monte de sufrimiento,
Y un alcázar de inconstancia:
Y si como yo te miro,
Te miraras, en tí hallaras
Un alcázar de soberbia,
De dureza una montaña.
Pase por tí aquella aprisa,
Cual tú por mis cosas pasas.
Aun no saliste á verme,
Como á cosa ya pasada,
Para ver en mi librea
Mi firmeza y tu mudanza,
Reparando en mis colores
Lo que en gustos no reparas.—

(*Romancero general.*)

149.

CELINDOS.—VI.

(*Anónimo.*)

—Mal os quieren caballeros
De Antequera y de Granada,
Celindo, porque presumen,
Que os quieren mucho las damas.
Hablan de vos en ausencia,
Y si estais entre ellos, callan;
Murmuran de vuestros hechos,
Y acreditan os la fama,
Por que no mostrais papeles

De Jarifas, ni de Zaidas,
Como algunos, cuyos pechos
No son pechos, sino plazas,
Porque de vuestras divisas
Nunca se supo la causa,
Y respetando favores
Agradeceis esperanzas.
Ya sabeis que concertaron
Los Gomeles unas cañas,
Y que salen los Cegríes
En competencia á jugarlas.
Salid, Celindo, á las fiestas,
Y sacad plumas y mangas
Del color de vuestros gustos,
Y de la fe de vuestra alma;
Que yo aseguro que os miren
Algunas que nunca os hablan,
Y que tengais mas promesas
Que tienen ellos palabras.
Pedidle favor al tiempo,
Y á fortuna dadle gracias,
Que entrambos han de valeros
A pesar de sus mudanzas;
Y á la amiga de Adalifa
No os canseis de sobornalla,
Porque el amor solicite
Y á vuestra ventura valga,
Que una amiga de otra amiga
Mil imposibles alcanza,
Y montes de inconvenientes
Cuando importa los allana.—
Esto escriben á Celindo
Dos damas del Alpujarra,
Que en secreto le respetan,
Y en público le maltratan.

(*Romancero general.*)

ROMANCE DE CELALBA.

150.

(*Anónimo.*)

—Celalba, mora, que al mundo
El bien de amor representas,
Alba en nombre, y al fin alba,
Que el suelo adornas y alegras:
Tú que de tu hermosa boca
Suspensos los hombres dejas,
Y á los que robas las vidas,
Con matarlos los recreas;
Ya que de mis esperanzas
La flor me coges y llevas,
Y de mi gusto y amor
Has hechos dichosa prueba,
Quiero darte mi consejo,
Si mi edad florida y nueva,
Y ser partes con pasion
No contradicen mi lengua:
Vive, señora, á tu gusto,
Que la voluntad sujeta
Es polilla del contento,
Y las lágrimas le anegan.
No gustes de soledades,
Aunque eres sola en belleza,
Que el sol con ser bello y solo
A todos mira y calienta.
¡Ah mora sabrosa y dulce!
¿Es posible que la tierra
Tiene y sustenta morales
Que nos den fruta tan bella?
¿Quién habrá que sus deseos
Y apetitos no te ofrezca,
Pues en tí sola el dechado
De la hermosura se encierra?
Ese alcaide que te guarda,
Rios por sus ojos echa
De tristes celos bramando,
Aunque en el bramar acierta.
Quiere tenerte escondida,
Y con recato encubierta;
Mas eres luz de hermosura,
Y la luz mucho se muestra.
Presume que su cuidado
Será de tus gustos rienda,
Y no vé que sus sermones
Acrecientan mas tu tema.
¡Mal conoce las mujeres,
Que aquello que se les veda
Quieren gustar lo primero,
Imitando a la primera!
¿No vé que son como el agua,
Que si su curso refrenan,
Busca venas diferentes
Por donde bien correr pueda?
¿Ni que la que finge mas,
Que es su corazon de piedra,
Si con oro la martillan
Al momento da centellas?
¿Ni sabe que es como el árbol
Que por industrias y pruebas
Viene á dar fruto primero
Que quiere naturaleza?
Al fin de sus ignorancias
Le da merecida pena,
Pues siendo vivo tu gusto
Pretende ser su albacea.
¡Celalba, por Alá santo,
Que si le burlas y ciegas,
He de adorarte cual luna,
Como lo manda mi secta!—

(*Romancero general*.—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

ROMANCES DE ZULEMA.

151.

ZULEMA. — I.

(*Anónimo* [1].)

Aquel valeroso moro,
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dejó en memoria
De mil hazañas diversas,
Antes de apuntalle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza
Que sus mismos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga,
Para contar sus hazañas,
De mas alas y mas lenguas:
Zulema al fin, el valiente,
Hijo del fuerte Zulema,
Que dejó en la gran Toledo
Fama y memoria perpetua;
No armado, sino galan,
Aunque armado mas lo era,
Fué á ver en Avila un dia
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que ver en fiestas al moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios reales
Los Adalifes le ruegan,
Que se asiente, aunque se temen
Que á todos les escurezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las damas asiento
Dentro en sus entrañas mesmas;

Pero al fin Zulema en medio
De los alcaides se sienta,
Que lo fueron por entónces
De la mayor fortaleza:
Cuando mas breve que el viento,
Y mas veloz que cometa,
Del celebrado Jarama
Un toro en la plaza sueltan,
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la mas gente de ella;
Solo algunos de á caballo
Aunque le temen le esperan:
Piensan hacer suerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro embiste
Los maltrata y atropella.
No osan mirar á las damas
De pura vergüenza dellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera mas fiera.
A Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas,
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma,
De quien son los ojos lengua,
Que esquite aquellos azares
Con alguna suerte buena.
La suya bendice el moro,
Pues gusta de que se ofrezca
Algo en que á la bella mora
De sus deseos dé muestra:
Salta del andamio luego,
Mas no salta, sino vuela,
Que amor le prestó sus alas,
Como es suya aquesta empresa;
Cuando ve que á un hombre el toro
Con piés y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre
Agora al hombre sujeta.
A pié se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo deja, porque sabe,
Que su victoria está cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfanje
Haciéndole mil ofensas:
Retiráse el toro atras,
Librase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,
Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas:
Brama, bufa, escarba, huele,
Anda alrededor, patea,
Vuelve á mirar quien le ofende
Y de temelle da muestras.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma,
De coraje y sangre hecha;
Pero ya cansado el moro
De verle durar, le acierta
Un golpe, por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta:
Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envídianle los mas fuertes,
Bendícenle las mas bellas;
Con abrazos le reciben
Los Azarques y Vanegas;
Las damas le envian el alma
A darle la enhorabuena;
La fama toca su trompa,
Y rompiendo el aire vuela;
Apolo toma la pluma:
Yo acabo, y su gloria empieza.

(*Romancero general.*)

¹ No puede darse una composicion mas bella, mejor desempeñada, ni que interese tanto por su verdad, por su brillante colorido, y aun por su perfeccion. ¡Qué cuadro!

132.

ZULEMA. — II.

(*Anónimo*)

Aquel esforzado moro,
Abencerraje Zulema,
Espejo de valentía
Y retrato de nobleza;
Aquel paciente amador,
Y guerrero sin paciencia,
Que fué muro de su patria
Y reparo de su secta,
En un caballo español
Sale rompiendo la tierra,
El cual con tropel menudo
Bate la menuda arena,
Y casi toca en la cincha
Sin tocarle él con la espuela,
Convirtiendo en blanca espuma
Un freno de color negra.
El moro sale gallardo
Y gallarda su librea,
Que con mucho amor la hizo
Y no sin mucha prudencia.
La marlota es naranjada
En señal de su firmeza,
Y no de verde color,
Que ya no se precia della;
Pues como dichoso amante
La esperanza tiene muerta,
Porque goza de su dama,
Y con esto ya no espera.
Lleva el capellar pintado
De una dulce primavera,
Porque dentro de su alma
Todo es placer cuanto lleva:
Y lleva el bonete azul,
No porque celoso venga,
Sino porque de su cielo
Es la color mas perfecta.
Y lleva un rico cendal
Que le ciñe la cabeza,
Prenda de su amada mora,
Y de su amor dulce prenda.
Lleva ademas por divisa
Una venturosa emblema,
Señal de infinito amor
Y no de poca soberbia.
Era pues el ave Fénix
Ya de ceniza cubierta,
Cubierta mas no quemada,
Y si quemada no muerta;
Porque recibiendo vida
Levantaba la cabeza,
Y en la mas ardiente llama
Mostraba mejor su fuerza.
Esto lleva el rico amante,
Y en arábigo esta letra:
«Así recibo yo vida
» De la Dama que lo ordena»;
Porque amaba sumamente
A Zara, una mora bella,
Estimada en la ciudad
Por su antigua descendencia,
Y de la Reina estimada
Como universal princesa,
Aunque servida en la corte
No sin mucha competencia;

Servida, mas no pagada,
Sino solo de Zulema,
Que como fino amador
En su pecho la celebra.
Págale cumplidamente,
Y aun procura que le deba,
No para mas libertad
Sino para mas cadena;
Y así por esta ocasion
Trajo esta rica librea,
Declarando en la pintura
Lo que gozaba por ella.
Cruza por el ancho Coso,
Donde está su dama llega,
Mírale toda la gente
Y admirada le celebra.
El moro, como es galan,
Usa de su gentileza,
Que atraviesa la estacada
Y á Zara el pecho atraviesa.
Llegóse al primer balcon,
Que era do estaba la Reina;
Humilla el esquivo cuello,
Y al momento se endereza;
Y es mucho para tal moro
Usar de tanta llaneza,
Haciendo agora en la paz
Lo que no quiso en la guerra.
Bate el caballo feroz
Con la rigorosa espuela,
Y coge su dura lanza
Para tal efecto hecha:
Un hierro con otro junta,
Y no con mucha braveza,
Que si la mano apretara
En fuego la convirtiera;
Mas viéndose ya subido
En el punto que desea,
Humillar hace al caballo
Y la dura lanza quiebra,
Diciendo con voz altiva,
Aunque de arrogancia llena:
—Todo es poco, bella Zara,
En tu divina presencia.—

(*Romancero general.*)

153.

ZULEMA.—III.

(*Anónimo*)

Del Alhambra á media noche
Sale gallardo Zulema,
Ciego de cólera y celos,
Si acaso los celos ciegan.
Bajaba el valiente moro
De noche, por ver si en ella
Puede con su oscuridad
Dar lumbre á cierta sospecha,
De que su querida Zara,
Mora hermosa y discreta,
Alma de su pensamiento,
La fe y palabra le quiebra.
Tenia celos el moro
Del alcalde de Marbella
Que en Granada residia,
Porque su calle pasea.
Cuanto lleva en el vestido
Va publicando su pena,
Que quiere ya publicalla,
Y lo diga su librea.
La marlota verde oscura,
Señal de esperanza muerta;
De una cadena bordada
Llevaba fija esta letra:
«Mi esperanza cautivé;
»Y como se vió sujeta,
»Dudando de su rescate
»Vino á morir en cadena».
El bonete carmesí,
Y en él una pluma negra,
Y por letra: «Mi alegría
»Compite con mi tristeza».
Caballo rucio rodado,
Y escrito en entrambas riendas:
«Ha rodado por mi alma
»De mi fortuna la rueda».
En el campo del adarga
Llevaba una calavera,
Y un mote en la frente escrito
En que dice: «Ya estoy cerca».
Un borceguí datilado,
Dorado solo la vuelta,
Que dice: «Si vuelta está,
»Difícil será volvella».
Una banderilla azul
En una lanza gineta,
Y dice la letra: «Celos,
»Hincádsela hasta que muera»
Ceñido un dorado alfanje,
Dorado jaez y espuelas,
Y toca dorada al brazo,
Que es de su Zara la empresa.
Llegado al sitio y lugar
Adonde su amada prenda
Vivia, aunque en sus entrañas
Tiene morada mas cierta,
Vió la ventana cerrada,
Y por no volver sin vella,
Con el cuento de la lanza
Dió un pequeño golpe en ella.
Su dama, que descuidada
Estaba de la novela,
Por un pequeño postigo
Se asomó por ver quién era.
No le conoció tan presto
Estando un rato suspensa;
Zulema picó el caballo,
Allegándole mas cerca,
Diciéndole: —¡Sol del mundo,
Que en los ojos reverberas,
Abrid toda la ventana
Desterraréis las tinieblas!
Ella que le conoció,
Le dijo: —Amado Zulema,
Ese nombre es propio vuestro,
Yo luna hasta que sea,
Que ya sabeis que á la luna
El sol su lumbre le presta;
Y si acaso tengo alguna
La recibo de la vuestra.—
Zulema le dijo: —¡Ay Zara,
Cuánto en el alma me pesa
De que te cuadre ese nombre
De luna, y que yo sol sea!
Porque la luna en el cielo,
Viendo el sol en su presencia,
No da de sí luz ninguna,
Señal que de ello le pesa;
Y cuando se alegra mas
Es cuando su sol se ausenta,
Y creo que tú lo imitas
En esto por darme pena—.
Respondió Zara turbada:
—¡Qué bien de ver se te echa
En eso, y en venir tarde,
Que los celos te hacen guerra!
Desecha, Zulema amigo,
Ese dolor que te aprieta,
Aunque escaramuza y pajes
Veas delante mis puertas,
Pues soy de peña á sus dueños
Cuanto para tí de cera.—
Zulema algo asegurado
Solo la da por respuesta:
—¡Plegue á Dios que al mucho curso
No se allane la carrera!—
Con esto se parte el moro,

Humillando la cabeza,
Con intento de mudar
Caballo, lanza y librea.

(*Romancero general.*)

154.

ZULEMA. — IV.

(*Anónimo* [1].)

De que su querida Zara,
Mora hermosa y discreta,
Alma de sus pensamientos
La fe y palabra le quiebra,
Tomaba celos el moro
Del alcalde de Marbella,
Que en Granada residia
Y su calle le pasea.
Cuanto llevaba vestido
Va publicando su pena,
Que quiere, ya que él la calle
Que la diga su librea.
La marlota verde escura,
Señal de esperanza incierta,
Una cadena bordada
Y en ella fija esta letra:
«Mi esperanza lo quitó
»Por no verse mas sujeta;
»Con temor de su rescate
»Quiere morir en cadena».
El capellar amarillo
Que unos lazos le atraviesan
Y por letra: «Desespero
»Si no los corta firmeza».
El bonete carmesí
Y en él una pluma negra
Y por letra: «Mi alegría
»Compite con mi tristeza».
Un borcegui datilado
Con una letra en la vuelta
Que dice: «Si vuelta está,
»Es excusado volvella».
Caballo rucio rodado
Escrito de entrambas ruedas:
«Ha rodado por mi mal
»De la fortuna la rueda».
Una banderilla azul
En una lanza gineta,
Y letra que dice: «Celos,
»Hincadla hasta que muera».
De aquesta suerte camina
Por do sus celos le llevan,
Y en llegando que llegó
Adonde vive su prenda,
Vió la ventana cerrada,
Y por no volver sin vella,
Con el hierro de la lanza
Dió un pequeño golpe en ella
La dama, que descuidada
Estaba de tal novela,
Por un pequeño postigo
Se paró por ver quién era.
No le conoció tan presto.
Estuvo un rato suspensa;
Zulema picó el caballo
Y llegándose mas cerca
Le dijo: —Sol de mi cielo,
Que en mi alma reverbera,
Abrid toda la ventana
Desterraréis las tinieblas.—
Zara que le conoció
Le dice: —Amado Zulema,
Este nombre es propio vuestro,
Yo luna basta que sea,
Que bien sabeis que á la luna
El sol de su luz le presta;
Así que si en mi hay alguna
Me procede de la vuestra;
Porque la luna en el cielo
Estando el sol en presencia
No da de sí luz alguna,
Señal que en verle le pesa.
De lo que colijo y saco
Cuán bien de ver te se echa
En eso, y en venir tarde,
Que celos te hacen la guerra.
Desecha Zulema amigo
Ansias, suspiros y penas,
Aunque escaramuza y juegos
Veas delante mi puerta.
Corran ellos sus caballos,
Por llanos, montes y peñas,
Que yo lo soy para ellos
Como para tí de cera.—
Zulema ya asegurado
Solo le da por respuesta:
—¡Plegue á Alá del mucho curso
Se le allane la carrera!—
Y con esto se volvió,
Humillando la cabeza,
Con intencion de mudarse
Caballo, lanza y librea.

(*Romancero general.*)

[1] Es una repeticion casi literal del anterior, num. 153.

155.

ZULEMA. — V.

(*Anónimo.*)

—Lo que puede aborrecida
La mujer que olvida tarde,
Hoy se prueba en mis desdichas,
Que de amor y olvido nacen.
Del linaje de Tarife,
Aunque fué de humildes padres,
Nací Bencerraje al mundo
Para morir Bencerraje.
Heredé sus desventuras,
¡Gran mayorazgo de males!
Poca hacienda y mucha envidia
Madrastra de mi linaje.
En la campaña valientes,
En el terrero galanes,
Amigos de valerosos
Y enemigos de cobardes,
No tuvo dama Granada
Que Bencerraje no amase,
Que solo el nombre tenia
Rendida la mayor parte.
Ha crecido cierta envidia
Entre el vulgo variable:
Dicen, que amaron la Reina,
¡Si la amaron, Dios lo sabe!
Dejáronme al fin muy niño,
Tan sin amparo de nadie,
Que por solas mis desdichas
He conocido mis padres,
Que con las suyas pudieran
Las mias ser solo iguales,
Pues el tiempo y la fortuna
Han hecho en mí ejemplos grandes.
Quise á la mora mas bella
Que mira el pastor de Daphne,
Desde la mar donde muere,
Hasta el cielo donde nace.
Desaméla, aunque á creerlo
Muy pocos se persuaden;
Mas quien lo entiende me diga
Lo que pueden libertades.
¿Qué quieres, ingrato amor?
¿Por qué perseguir te place
La vida que no te ofende
Con muerte que ha de pesarte?
¿Por qué lloras contra mí,
Tú que en mi favor lloraste?
Ausente estoy de tus ojos,

Quizá será aquesto parte.—
Esto contaba Zulema [1]
A su señor Albenzaide,
Junto á la mar donde quiere
Y á las piedras que combate.

(*Romancero general*)

[1] El Zulema de este romance es un personaje distinto del de los anteriores.

ROMANCES DE CEGRI.

156.

CEGRI.—I.

Anónimo.)

A sombras de un acebuche,
Entre robles y jarales,
Habia una cueva oscura
Labrada por un salvaje,
Valiente moro Cegrí,
Señor de los Alijares,
Y salvaje por desdenes
De una dama Bencerraje.
De frutas verdes y secas
Se mantiene, porque sabe
Que mantiene verde y seca
La esperanza de sus males.
Estando pues en su cueva,
Oyó gemir en un valle
A una leona fiera
Que de su leon no sabe:
Hundia el aire con quejas,
Y luego rompiendo el aire
A sus querencias volvia
Bramando porque bramasen,
Mas como en guerra de celos
El mas fuerte ménos vale,
Pensando que no es querida
Viva pena, y muerta cae.
Suspirando dice el moro:
—¡Amor, de juicio sales!
Con los hombres te haces fiera,
Y con fieras hombre te haces.
Deja á esa leona muerta
Por tu gusto, y por amante,
Que otra mas brava te espera
Mantenida con mi sangre.
Seis años me desterró,
Que se cumplen esta tarde,
Y mañana parto á vella
Con bruto dolor y traje.
Sola una merced te pido:
Que si á Granada llegare,
La vean aquestos ojos
Porque los suyos acaben.—

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

157.

CEGRI.—II.

(*Anónimo.*)

En un aposento oscuro,
El mas de toda la casa,
Entre las ocho y las nueve
Un dia por la mañana,
Cegrí, dicho el Montañes,
Por nacer en la Alpujarra,
La marlota se desnuda,
Y el turbante se quitaba,
Que ha puesto para ir á ver
A la hermosa Belisarda.
Halo arrojado en el suelo,
Y él se ha arrojado en la cama,
Y con ardientes suspiros
Consigo mismo ansi hablaba:
¿Adónde vas, atrevido?
¿Adónde tanta arrogancia?
¿No miras cuán poco vales,
Y el valor de Belisarda?
¿Quién eres tú, y quién es ella?
Dos mil veces replicaba.
Levantóse como un rayo
Y abre todas las ventanas,
Y toma tinta y papel
Y la escribe aquesta carta:
«Señora, el dejar de veros
»No es porque me falta gana,
»Sino por no dar disgusto
»A quien mi disgusto causa,
»Porque tu gusto no pierda
»Lo mucho que el mio gana;
»En no verte pierdo mucho:
»Mas no pierdo, que tú ganas.
»Perdona, señora mia,
»Las pesadumbres pasadas,
»Que pues las causó locura,
»Bien me disculpa ignorancia.
»A mis importunaciones
»Tambien has dado tú causa,
»Dándome tales favores,
»Que el menor de ellos bastaba
»Para poder competir
»Con el mejor de Granada.
»Tú, mi señora, me diste
»Grandísimas esperanzas
»De mejorar los favores
»Que agora van á la larga.
»Pensé que fuera subiendo
»Como quien sube por gradas;
»Mas pensando ganar tierra
»Voy perdiendo la ganada.
»Los favores que me das,
»Si es que te salen del alma,
»No hay á qué los comparar,
»Pues pensarlo pone calma:
»Mas si son por cumplimiento
»Suplícote no los hagas,
»Pues son dineros de duende
»Que en sombra se desbaratan;
»Cuartos que llaman de fraile,
»Que en el mercado no pasan;
»Pesas que por no ser justas
»Están del rollo colgadas;
»Obras hechas en pecado,
»Que no aprovechan al alma;
»Son obispados de anillo
»Cuya renta no se paga;
»Voz de guitarra sin cuerdas,
»Fuerzas de cuerpo sin alma,
»El beso y la paz de Júdas,
»Cartas y escrituras falsas.
»Yo, para decir verdad,
»Harto dudo si me engañas:
»Veo señales de amor,
»Pero tibias y aun heladas,
»Que por mas que estoy sin verte
»Nunca veo que me llamas:
»Cuando de tí me despido
»Nunca me dices aguarda;
»Si al cuello te hecho los brazos
»Los quitas y desenlazas;
»Si llego mi rostro al tuyo,
»El tuyo muy presto apartas,
»Y por mas que te lo ruego
»Nunca quieres ver mi cara:
»Haces reparo á mis manos
»Las veces que se desmandan:
»Todas estas son señales
»De voluntad no muy sana.
»Con todo aquesto, señora,
»Te quiero ir á ver mañana:
»Será para darte gusto,
»Porque le tendrías sin falta,
»Que aunque al entrar no lo tengas,
»Tendráslo cuando me salga;

» Si dijeres : Mal venido ;
» Dirás : Norabuena vayas.
» Diciéndote estas sospechas
» Tú me has dicho que son falsas,
» Y que por no agradecellas
» Pongo á tus favores tachas ;
» Y esto en buen romance es
» Persuadirme que me amas :
» Si es así, y me das lo mas,
» ¿Cómo en lo ménos reparas?
» Yo me daré por vencido
» Con la vista de mañana,
» Si entónces viere que estás
» Corregida y emendada.
» Sé larga en lo que nos resta
» Si hasta aquí no fuiste larga :
» Si del secreto recelas
» Harán que le haya mis trazas,
» Que habiéndotelas yo dicho
» No te han parecido malas.
» ¡Pero harto malas son
» Si no han de servir de nada!
» Ya sabes que en el secreto
» Nadie en el mundo me iguala.
» Con esto solo concluyo,
» Con que doy fin á mi carta ;
» Que si el favor que me diste,
» Le diste de buena gana,
» No habrá cosa que me niegues,
» Pues es verdad apurada,
» Que es fácil ganar la villa,
» La fortaleza ganada. »
Habiendo la carta escrito
La cierra, y para envialla
Llamó un paje que la lleve ;
Mas recélase de dalla,
Que para cosa tan grave
Ninguno hay de confianza :
Ni al flaco papel se atreve
Cargar carga tan pesada :
Envolvióla en un papel
Y en su escritorio la guarda.

(*Romancero general.*)

158.

CEGRÍ. — III.

(*Anónimo.*)

Al venturoso Cegrí
La hermosa Celindaja,
Con mas lágrimas que letras
Está escribiendo una carta.
Soberbio es el sobrescrito,
Que es soberbia su esperanza :
« Al ídolo de mi gusto,
» Tan al justo de mi alma.
» Si temo viéndote ausente,
» No te admires, prenda cara,
» Porque este monstruo de ausencia
» Pare imposibles mudanzas ;
» Y mas tú, olvidado moro,
» Que con encomiendas flacas
» Sabes hacerte tan fuerte
» Que borras memorias hartas.
» Hablo, amigo, de experiencia,
» Que conozco tus ventajas,
» Y temo propias sospechas
» Cuando á ajenas tierras vayas.
» Tu descuido me promete
» Cuidado por nueva causa ;
» Que eres para ser querido,
» Y no han de faltarte esclavas.
» La que dejaste en Toledo
» Con tu memoria descansa :
» ¡ Quiera Alá, dichoso moro,
» Que allá esté desocupada!
» En mi corazon te mira
» Las tardes y las mañanas,
» Que el espejo de mi pecho
» Son tus primeras palabras.
» En mi alma tu fe guardo,
» Si es que cual tuya la tratas :
» Ven, visítala, Cegrí,
» Que se confiesa agraviada.
» Si me engañares, al ménos
» Una mujer flaca engañas,
» Culpada de voluntad,
» Que no pequé de ignorancia.
» ¡ Ay moro del alma mia!... »
Aquí suspensa y turbada,
Renovando sentimientos,
Borra las letras que estampa :
Crece el nublo de suspiros,
Los ojos el papel bañan,
Falta á la mano el aliento,
Y á la pluma tinta falta.
La mora que las encierra,
Como es la mora encerrada,
Tocó á recoger el cuarto
De la Reina y de las damas :
Celindaja dobló el pliego,
Y á quien lo que es le demanda,
Dice que son devociones
Que pasa cada semana.

(*Romancero general.*)

ROMANCE DE ARLAJA.

159.

ARLAJA.

Anónimo.)

En el aceruelo Arlaja
Puestos los dos soles tiene,
Eclipsadas ambas lunas
Con las lágrimas que vierte :
Mil veces pone los ojos
En la labor, y la vuelve,
Porque turbada de celos
El tino y los puntos pierde :
Dos mil se le corta el hilo,
Y no el hilo de sus fuentes,
Que como nacen del alma
Son perpetuas sus corrientes.
— ¡ Moro, dice, mas ingrato
Que los ingratos de allende,
Pues en condicion ingrata
A esos bárbaros excedes !
Dime, Arlaja ¿ qué te ha hecho
Que le das tantos desdenes?
¿Es posible que no estimas
La palabra que le ofreces?
Si no me quieres, cruel,
¿ Por qué en balde me entretienes?
Y si dices que me amas,
Quiéreme como me vendes.
Ten lástima de tu Arlaja,
Si de tí mismo la tienes,
Que vendrás á hacer al fin
Lo que agora no resuelves.
Bien sé que besas y adoras
Otras mas altas paredes ;
Mas no lo son en firmeza,
Que es firmeza de papeles.
Poca guarda es la que guardan
Altas torres, lienzos fuertes,
Que cuando quisiere el alma
Los hallará trasparentes.
Quiere bien en una parte,
No quieras en tantas veces,
Que es forzoso no querer
Si tan partido anduvieres.
¿No ves que es notable agravio
Seguir tantos pareceres,
Y pagar con un amor

A tres ó cuatro quereres?
¡Qué poco te cuesta amar
Que tras cada canton mueres!
¡Bien parece que no amas,
Pues á ninguna aborreces!
Envidia te tengo, moro,
No á tu amorcillo [1], que mientes.
¡Oh quién pudiera mentir
Por querer siquiera á veinte!
De gallarda complexion,
De hermosa voluntad eres;
Tú vendrás á amar por tiempos
Algun millon de mujeres.
¡Plegue á Alá que quieras tanto
Que de puro amor revientes,
Y que aborrezcas á todas
Cuando finges que las quieres,
O que dés en otro extremo,
Pues de extremo á extremo vienes,
Que te suban mas de punto
Lo que tú tanto encareces;
Y que pues eres Narciso,
Pues Narciso te pareces,
De ti mismo te enamores,
Pues no te bastan mujeres.
(*Romancero general.*)

[1] Este verso está sin duda equivocado.

ROMANCES DE ARBOLAN.

160.

ARBOLAN. — I.

(*Anónimo* [1].)

Sobre lo verde y las flores
Unas moras enlazadas,
Amarga fruta que dieron
Sus floridas esperanzas,
Sacó el gallardo Arbolan
En una muestra gallarda,
Muestra con que al mundo muestra
Lo que se muestra en su cara.
No lleva mote en la empresa,
Que mudo emprendió sus ansias,
Y el ser mudo no le muda
La mudanza de su dama.
Callando á su calle llega,
Y al pasar por ella, pasa
Tan duros pasos de muerte,
Que el menor pasa de raya.
Tan mirado y tan temido
Mira el balcon de Guhala;
Que aunque á la mira estuvieran
Mil ojos, no le miraran;
La cual de cabellos bellos
Unos lazos desenlaza,
Lazos que en lazos de amor
Rendidas almas enlazan:
Y entre matas de un jazmin
Tiende sus matas doradas,
Matas que matan á todos,
Y por ninguno se matan.
Cayóle una cinta verde
Que el moro alcanzó, y alcanza
Tan rico alcance su gloria,
Que no viviera alcanzada.
Ella por cobrar su prenda,
Una su criada llama,
Criada, y criada al gusto,
De quien es norte en crianza;
Y díjole que subiese
Una lista enamorada,
Que entre las moras de un moro
De verde se hace morada;
Que si tantas moras moran
Como en su aljuba en su alma,
Alma, mora, aljuba y moras
No morirían solitarias.
El, apuntando la cinta
Con la punta de la lanza,
Punta que su punta esfuerza
Sin faltar punto á su fama,
Dijo: — Las moras nacieron
De una que sembré en el alma,
Una, tan una en belleza,
Cuanto es una en las mudanzas.
Cogílas sin merecerlo,
De mil flores plateadas,
Flores que bien eran flores,
Pues tan de flores se pasan,
Y no teñirán tu cinta,
Porque de sangre se pagan,
Sangre de la mejor sangre,
Que vertió sangre cristiana.
Si es yerro no obedecerte,
Yerro el hierro de mis armas,
Que cautivo que tú hierras,
Yerra mucho si te enfada.
De aquí la pruebe á quitar
Tu prenda, quien en tu casa
Prendas sin prendas merece,
Porque aprenda á celebrarlas.—
Con esto atajó la rienda
Al caballo, y á las ansias,
Parte á acaballo á caballo,
Y en mil partes parte el alma.
(*Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos Romances*, 2.ª parte.)

[1] Romance ingenioso, pero de muy mal gusto.

161.

ARBOLAN. — II.

(*Anónimo* [1].)

A la gineta vestido
De verde y flores de plata,
Verde y flores que prometen
Verde y florida esperanza;
Por divisa un corazon
Morado y blanco en la adarga;
Blanco, que es blanco á do tira
La que deja en blanco á tantas,
Busca el gallardo Arbolan
A su bella mora Guhala.
Mora que en su pecho mora,
Mora que enamora y mata.
Víola con su mora Alcida
De pechos á una ventana,
Pechos á quien paga pecho
El que los pechos abrasa.
Conoce en ella de léjos
Serena frente y bonanza,
Frente, que puestas enfrente
No es mucho afrente mil damas.
El moro se regocija
Con vista tan dulce y grata.
Vista, que vista condena
En vista y revista al alma.
Juzga, viéndola, por gloria
Las graves penas que pasa,
Penas, que apénas las sabe
Quien tan sin penas las causa.
Humilla adarga y bonete,
Bandera y hierro de lanza,
Hierro que castiga yerros
Y no yerra á quien le agravia.
Guhala cubre la boca
Con una toca de plata,
Toca dichosa, que toca
En parte jamas tocada:
Y al encubrir tanta gloria
Descubre una mano blanca,
Mano, que es todo en su mano
Y á todas de mano gana.

El recorrer con los ojos
Primero calle y ventanas,
Calle, que es bien que se calle,
Que no medra quien no calla:
Y no viendo azar ninguno
Por ganar la suerte, pára,
Suerte, que por ser de suerte
Desta suerte la declara:
—Serán de lo que dijere,
Señora, el tema mis ansias,
Tema que es fuerza se tema
Pues da temor el pensallas.
Tambien de fortuna temo
El trato y sus inconstancias,
Trato que es trato de cuerda,
Para quien ménos maltrata.
Mas hoy probaré hasta dónde
Tira mi dicha la barra,
Dicha sin igual si á dicha
Mi pena dicha no os cansa.
Y en prendas, solo os ofrezco
Mi casta fe por esclava,
Casta, y de casta tan noble
Que os iguala en noble casta.
Y la merced que recibo
Soy mudo en el publicalla,
Mudo, que jamas me mudo,
Porque aborrezco mudanzas.
Aceptadlo, sin mostraros
Dura á tan tiernas palabras,
Dura, que si el serlo dura
No durará quien os ama.
Y adios, que siento ruido:
El cuerpo parte sin alma
Parte, por no ser ya parte
De alma que de vos se aparta.—

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 2.ª parte.)

[1] Tiene el mismo carácter que el anterior del núm. 160.

162.

ARBOLAN. — III.

(*Anónimo.*)

Sale de un juego de cañas
Vestido de azul y verde
El valeroso Arbolan,
Casi al punto que anochece,
En un alazan caballo,
Adornado de jaeces,
Lleno el freno de penachos,
Y el pretal de cascabeles.
De Sanlúcar sale el moro,
Y camino va de Gelves,
Tan melancólico y triste,
Cuanto vino ayer alegre,
Porque una morada toca
Que á su mora dió en retrueque
De un hermoso camafeo,
En un verdoso bonete,
Vió que la llevaba puesta,
Si los ojos no le mienten,
En lo blanco de la adarga
Su competidor Amete.
A sus lástimas tan justas
A responder no se atreve
El eco por no enojalle,
Que aun hasta el eco le teme.
— ¡ Maldito sea, dice el moro,
Quien se fia de mujeres,
Pues sabe son mas mudables
Que los años, dias y meses!
¡ Malditos sean sus halagos,
Si halagos decirse pueden,
Pues halagan con la paz,
Y armada la guerra tienen!
¡ Malditas sean sus palabras,
Maldito cuanto prometen,
Pues prometen y no cumplen,
Y sin dádivas no quieren!
¡ Maldita su falsa risa,
Pues cuando rien aborrecen,
Y cuando muestran amor
Es cuando mas se endurecen!
¡ Malditos sean sus favores,
Y el amor falso que tienen,
Pues quieren al que no ama,
Y al que las ama aborrecen!
¡ Malditos sean los gemidos
Que dan, si ausentes los tienen,
Pues no lloran por la ausencia,
Sino temiendo que vienen!
¡ Mal haya tambien mi dicha,
Pues cuando florecer debe,
Con la niebla de unos celos
Se aniebla, marchita y pierde!
¡ Malhayan mis esperanzas,
Pues estaban ayer verdes,
Y hoy se han tornado amarillas
Con un cierzo de desdenes!
¿ Qué me importa á mí, dí, Gubala,
Que me mires siempre alegre,
Pues que segun hoy he visto,
Sin duda entónces me vendes?
¿ Qué me importa que tú digas,
Que por mí vives y mueres,
Pues segun hoy has mostrado
Fingidamente hablar debes?
Entre los fingidos tratos
Que á entrambas partes prometes
Sin inclinarte á ninguna,
A él piadosa, á mí clemente,
Mas vale que te declares
Y esos ademanes dejes,
Pues que con ellos me engañas,
Y suspenso á Amete tienes.
Con esto vivirás leda,
Y alegre vivirá Amete,
Y yo moriré contento
Por ser tú quien me da muerte.
Podréis gozaros los dos,
Y yo gozaré mi muerte,
Que será una corta vida,
Colgada de esos placeres.—
No pudo hablar mas el moro,
Que lágrimas le detienen,
Y un sudor que ha procedido
De celosos accidentes.

(*Romancero general.*)

163.

ARBOLAN. — IV.

(*Anónimo.*)

El mas gallardo ginete
Que jamas tuvo Granada,
Cortés, galan y discreto,
Brioso en jugar las cañas,
Diestro en una y otra silla,
Y mucho mas en las armas;
Fuerte cual acero en ellas,
Y cual cera entre las damas;
Diamante entre los alfanjes,
Gracioso en bailar las zambras,
Sal en las conversaciones,
Y medido en las palabras;
Vestido de una marlota
Medio azul, medio encarnada,
Efectos que causa el moro
En la bella mora Gubala:
El capellar amarillo,
Que es color desesperada;
Azul el turbante y toca,
Por unos celos que trata,
Pártese con razon poca,

Y auséntase de su dama;
El va vestido de fiesta,
Y ella de luto en el alma.
Camina para Jaen
Solo por jugar las cañas,
Cuando Guhala pierde el rastro
De los contentos del alma.
Es mora cuya hermosura
Mil corazones enlaza,
Y viendo libre á Arbolan,
De esta manera le habla:
—¡Arbolan, valiente moro!
¿Tan flacamente me amas,
Que con pequeña ocasion
De mi presencia te apartas?
¡Oh si pudiera seguirte,
Y cómo que te espantaras
Viendo en mí la fortaleza
De amor, que en tí se acobarda!—
El ver partir á Arbolan
Tanta pena le dió á Guhala,
Que cayó la mora enferma
Al tiempo que él caminaba;
Y á moras que le preguntan
De su enfermedad la causa,
Responde con fingimiento
Y con palabras dobladas.
Ménos dobleces la toca
Tiene, que el moro llevaba,
Que son los que Guhala muestra
En el mal y en las palabras.
Solo á Zara, que es su amiga,
Y de su Arbolan hermana,
Quejas y ocasion le cuenta
Con plática clara y llana:
—¡Ay Zara, querida amiga!
¡Cuán mal tu hermano me trata,
Que con ausencia rabiosa
Ya por momentos me acaba!—
Y estas palabras diciendo
Se le quedó desmayada:
Flaqueza del mal que tiene,
Y fuerza de amor lo causan.

(*Romancero general.*)

164.

ARBOLAN. — V.

(*Anónimo.*)

Preso en la torre del Oro
El fuerte Arbolan estaba,
Por mandado de su Rey,
Con cuatro alcaides de guarda;
No porque traidor ha sido
Contra su corona en nada,
Sino por celos que tiene
De su idolatrada Guhala:
«¡Ay querida Guhala,
»Triste del que sin verte muerte aguarda!»
Manda que suelto no sea,
Sino para mas venganza,
Con dos pesadas cadenas,
Que piés y manos le traban:
Viéndose de aquella suerte,
Sin remedio de esperanza,
Suspirando dice á voces,
Asomado á una ventana:
«¡Ay querida Guhala,
»Triste, etc.»
Y luego volvió los ojos,
Y á Guadalquivir miraba,
Diciendo: — Rey inhumano,
Ya obedezco lo que mandas.
Mandásteme poner hierros,
Y cargásteme de guardas,
Ambas á dos, cosas son
No sin gran misterio causa.
«¡Ay querida Guhala,
»Triste del que sin verte muerte aguarda!»

(*Romancero general.*)

165.

ARBOLAN [1]. — VI.

(*Anónimo.*)

Cuando de Titon la esposa
Deja el asiento dorado,
Dando á la rosa su precio,
Que la noche le ha robado,
Cantan Filomena y Iris;
El ruiseñor namorado
Muestra sus dulces amores,
En que siempre está enlazado;
Vuelve con nueva querella
Al trabajo comenzado
El labrador industrioso
Y el trabajador cansado,
Sale del monte de Arcadia
Arbolan enamorado,
A quien amor de Soltana
Traia el pecho abrasado.
Rica marlota traia
De oro verde y morado,
Esmaltada de mil flores,
Que declaran su cuidado;
Blanco el bonete y lustroso,
Todo de perlas sembrado,
Rica bordadura de oro,
Y de seda recamado.
En caballo alazan viene,
Ricamente enjaezado,
Cuanto de uno al otro polo
No puede otro el sol mirallo
Con soberbio continente
En su amor embelesado,
Por do el caballo lo lleva,
Iba el moro trasportado.
Llora la manda terrible,
Siente el triste su cuidado,
Porque la bella Soltana
Con desden le habia tratado.
Mandado le habia su dama,
Que en Argel no hubiese entrado
Hasta que del sol la hermana
Muestre su rostro menguado,
Porque en campo no venció
A Azarque, moro esforzado,
Que por enojar su amor
Con él entró en estacada [2].
Maldice el moro á sí mismo,
A la fuente, rio y prado;
Por haber hecho tan poco
Contra sí se vuelve airado.
«¿Qué es de tí, moro Arbolan?
¿Qué es de tu valor sobrado,
Que en nada tenia al mundo,
Y agora se ve amenguado?
Aunque Azarque lo mejor
De Arbolan no haya llevado,
Es gran mengua que se diga
Que conmigo se ha igualado.
¿No bastaba el amor vivo
Que tu dama te ha mostrado,
Verte de ella ser querido,
Verte de ella regalado?
¡Ay bella Soltana mia!
¡Ay mi rostro delicado!
¡Ay bellos cabellos de oro,
Que me tienen enlazado!
No consintais daño tanto:
Alzad, alzad el destierro,
Destierro que á mí destierra
Por tierra tan alejado.—
Y llorando de sus ojos
Con mortal dolor y rabia [3],

Quedó el moro amortecido,
Pálido el gesto y mudado.
El campo iba regando
Por do le lleva el caballo,
Tal que parece trasunto[4]
Sin bullir con pié ni mano.

(*Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

[1] Este Arbolan no tiene relacion alguna con el de los romances anteriores.

[2] Así en el original, faltando á la asonancia.

[3] Desde este verso hasta al fin se falta al asonante que corresponde.

[4] Difunto querrá decir.

ROMANCES DE ALIATAR Y EL MAESTRE DE CALATRAVA.

166.

ALIATAR — I.

(*Anónimo.*)

De la Naval con quien fuéron
Tan inclementes los hados,
Que es prueba de la fortuna
Y fe de sucesos varios;
En una playa desierta
Sus rotas velas dejando
A reparar, si es posible
Repararse rotos cascos,
Vuelve Aliatar á Castilla
Para que el rey toledano
Por tierra ó por mar le ocupe
En mas peligrosos cargos;
Que de su linaje noble
Las proezas imitando,
Del gran Alfaquí su padre
Desea seguir los pasos.
Pasando pues su camino
Por la ciudad, á quien damos
El blason y la memoria
Del escudo castellano,
Adalifa, mora bella,
Amiga de amor de paso,
Puso en el moro los ojos
Para mudarse y quitallos.
Ya suspira porque ha de irse,
Ya llora porque ha llegado,
Ya del tiempo forma quejas,
Ya le llama dios humano;
Ya su muerte le da celos,
Ya sus celos son engaños,
Ya detiene á sus deseos,
Ya da rienda á sus cuidados,
Ya se le antoja que es Dido,
Ya que Aliatar el troyano,
Huésped, robador de fe;
Mas no hay fe donde hay agravios.
Mil promesas hace el moro
Contra el poder de los años,
Cuyo curso allana montes,
Y encumbra los valles llanos.
En esto llegó el ausencia,
Cirujano de cuidados,
Vida de presentes gustos,
Muerte de gustos pasados.
Así se trocó Adalifa,
Y en su pensamiento vario
Voló á otros nuevos desvíos
Regida de olvido ingrato;
Y Aliatar, porque no entienda
Que de su olvido hace caso,
Sobre la arena escribió
De su lijereza el cargo.

(*Romancero general.*)

167.

ALIATAR. — II.

(*Anónimo.*)

Alcaide, moro Aliatar,
Con la Reina os congraciasteis:
Mas son aquestas razones
De mujer que no de alcaide:
Dijiste no habia bonete
De moro, do no se halle
Toca de dama ó cabellos,
Medalla, cifra ó plumaje,
Y que las damas avisan
De que las esclavas salen,
De las damas mensajeras,
A visitar los galanes;
Que de papeles hay muestra
En el terrero las tardes,
Como si el mostrar papeles
No fuera bajeza grande;
Que rondando algunas noches
Encontrais al moro Azarque,
Debajo las celosías,
A donde suelen hablarse.
Si le topais ó le veis,
Prendedle ó acuchilladle,
Y sino callad de dia,
Como de noche, ¡cobarde!
De la discreta Jarifa
Siendo mentira, contastes,
Que señas hizo en Genil
Al moro de Ocaña Azarque;
Y á las dos Galvanas bellas,
Siendo quien son los Galvanes,
Sin respeto y con malicia
De altaneras las tratastes.
Del cuarto de nuestras damas
Hicistes injusta cárcel,
Y apagando la ocasion,
Encendiste voluntades.
Alguna aficion dormia;
Yo sé que la despertaste:
¡Mucha privacion es fuerza
Que en mucho apetito pare!
Mentis, alcaide traidor;
Mentis, Aliatar infame,
Y perdonad, que las damas
Así me mandan que os trate;
Pues de esas falsas razones,
Y de ese traidor semblante,
No hay honra que esté segura,
Ni nobleza sin ultraje.
Los galanes caballeros
Sirvan damas principales,
Que en amores de esta suerte
Ningun desacato cabe.
Teneis entrañas dañosas,
Presumis grandes maldades,
Gobernais ajenos bienes,
Para el fin de vuestros males.
Las sospechas que soñais
Publicaislas por verdades.
¡Ay de vos, y cómo os veo,
Que en pié os moriréis, alcaide!
Dama servisteis un tiempo;
Allegad y preguntalles
Quién sois vos, y quién son ellas,
Sabréis bajezas notables.
Jamas tuvisteis amigos
Que seis dias os durasen;
Señal de malos respetos,
No conservar amistades.
A las armas, moro amigo,
Dejad malicias aparte,
Y en vez de damasco y sedas,
Vestid jacerina y ante,
Que las manchas que en la honra
A tantos buenos echastes,

Han de salir con lavarlas
En vuestra alevosa sangre.

(*Romancero general.*)

168.

ALIATAR.—III.

(*Anónimo.*)

—Azarque, moro valiente,
En ausencia me infamaste,
Diciendo palabras que eran
Mas de mujer que de Azarque.
Dices que te puse mal
Con la Reina y con los grandes,
Y que soy cobarde: mientes;
Tú mientes y eres cobarde.
Mira, Azarque, lo que dices
Otra vez ántes que hables,
Que si tu lanza es temida,
Ya de mi lanza temblaste,
Dijiste: — ¡Pobre Aliatar!
En pié morirás, alcaide.
Yo te mataré en presencia,
Porque ausente no me mates.
Haces hechos con palabras,
Y obrando, hechos no haces,
Que has alcanzado la fama
Sin que la fama te alcance:
Si mandan darme la muerte
Las damas, ven á matarme,
Y podrás volver sin vida
A quien mi muerte esperare;
Que soy mas bravo y furioso
Que tú en mi ausencia mostraste:
Haréte agravio en los ojos
Antes que en el pié me agravies;
¡Mira que valen muy poco
Palabras que poco valen!
Pues las palabras y plumas
Dicen que las lleva el aire.
Considera que no puedes
Ausente hablar disparates,
Que es el ánimo que encierras,
Y quien las sabe las taña.
Conozco bien tus espaldas,
Que tengo señas bastantes,
Por do tus fingidos hechos
No los sigas ni te jactes:
Deja el nombre de valiente,
Que no es razon que lo infames;
Pues se da nombre de hechos
A quien hechos hacer sabe.
Búscame, Azarque famoso,
Que cuando á dicha me halles,
Podrás matizar mi lanza
En el matiz de tu sangre;
Mas el viento se las lleva,
Que como el viento se gaste,
Aire, palabras y plumas,
Todo es aire, y tú eres aire. —

(*Romancero general.*)

169.

ALIATAR. — IV.

(*Anónimo.*)

Con el título de Grande
Que le dió el Rey por sus armas,
El fiero moro Aliatar
Va de Antequera á Granada.
Colgada del almaizar
Llevaba su cimitarra,
La izquierda mano en la rienda,
Y la derecha en la lanza.
Dos tocas sobre el bonete,
Y polvo sobre la cara,
Lágrimas sobre los ojos,
Y cuidados sobre el alma.
Del caballo por el aire
Vuela la cola alheñada,
Las manos huellan las cinchas,
Y la espuma el freno mancha:
De plata los acicates,
Que con la sangre que saca
Parecen sus blancas puntas
Coral en cabo de plata.
Iba tan lijero el moro,
Que si algun suspiro daba,
Desde donde le comienza,
A media legua le acaba.
No lleva preciosas piedras,
Porque aljófar y esmeraldas
Las dejó cuando se vino,
En dientes y ojos de Arlaja.
Por el semblante su pena,
Y por los ojos sus ansias,
Y de todo la ocasion
Por la divisa declara
Un águila, cuyo pico
Se cebaba en las entrañas
De un sacre, con esta letra:
«Por envidia se las saca».
—Déjale, envidia, en mi daño,
Dice el moro, porque habla
A solas, y le parece
Cualquiera sombra Abenámar,
Si con mi daño no medras,
¿Por qué mi ventura agravias,
Y haces que se marchiten
Tu fama y mis esperanzas?
¡Ay, amiga de mis ojos!
¡Ya no temo tu mudanza,
Que mis prendas, por ser tuyas,
No es posible sean falsas!
Muestra varonil esfuerzo,
Mira que será gran falta
Que mis armas te se rindan,
Y te rindan sus palabras.—
Dijo, y olvidóse luego
De los respetos que guarda,
Y para vengar su injuria
A su pariente amenaza.
No espera verse delante,
Ni su respeto se guarda,
Porque va mas que el caballo
Presurosa la venganza:
Lo que topa desmenuza,
Y á los hombres despedaza,
Y escápase de sus manos
La luna, por estar alta.
Dijo: —Si el temor de verme,
Abenamar, no te mata,
Espera para la vuelta. —
Y en esto se entró en Granada.

(*Romancero general.*)

170.

ALIATAR. — V.

(*Anónimo.*)

«Dénme el caballo de entrada,
Que me dió el rey de Marruecos,
Aquel morcillo brioso
Que pisa galan y recio:
Aquel que rompe la tierra
Y vuelve al amor del freno
Las vueltas que á ver mi dama
Da mi triste pensamiento:
Quitadle el verde jaez,
Y enjaezádmele luego
De negro, porque declare
La pena y mal de que muero.
La marlota quiero negra,
Y negro el tocado quiero,
Y las plumas del penacho

Como el vestido que llevo :
Las cañas negras tambien,
Porque se haga negro el juego,
Que quien tiene el pecho triste,
Color no le alegra el pecho.
Solo el velo de la adarga
Quiero que no vaya negro,
Sino azul, porque declare
Los negros celos que tengo.
Todo de negro vestido,
Por el arenal del puerto
Entró Aliatar en el coso
Acosando su tormento :
Vido á su Zoraida bella,
Y parte luego corriendo
Deseando de hablarla ;
Mas no cumplió su deseo,
Que su contrario Celin
Pasó cerca de su puesto,
Y al pasar le echó Zoraida
Prendas que mas le prendieron.
Echóle una toca verde,
Y una flor morada en medio
Dándole fe y esperanza,
Y á Aliatar muerte de celos.
Parte Celin tan ufano
Cuanto Aliatar descontento,
Y sin acabar su pena
Principio ponen al juego.
Hicieron dos ó tres suertes,
Y el alcaide se está quedo,
Defendiéndose de cañas
Que pretenden ofenderlo.
Tiróle Celin la suya;
Mas con un enojo intenso
Su caña tiró Aliatar,
Que fué tiro sin remedio,
Porque dándole en la adarga,
Le pasó la adarga y pecho,
Abriendo al alma camino
Por donde salió al momento.
Apeóse del caballo,
Y fué donde estaba el muerto :
Quitóle la toca verde,
Esperanza de sus duelos ;
Y volviendo á cabalgar,
Fuése á Zoraida diciendo :
¡Mal guarda Celin tus prendas,
Tan grande amor pretendiendo!
Quédate, tirana ingrata,
Que en tu memoria esta llevo,
Que quiero hacer prendas propias,
Prendas que para otro fuéron.

(*Romancero general.*)

171.

ALIATAR.—VI.

(*Anónimo.*)

Por una nueva ocasion,
Tan penosa como fuerte,
Deja su villa de Ocaña,
Donde vive y donde muere,
El bravo moro Aliatar;
Porque su esperanza verde,
Los desengaños y el tiempo
Son causa de que se seque,
Pues á sus altos principios
Sucedió tan triste suerte,
Y tan infelice fin,
Que trocó su vida en muerte.
Vióse el moro regalado
De palabras y papeles
De la mas hermosa mora
Que el reino morismo tiene,
Cuya bizarría estima,
Y cuyo donaire escede
A toda imaginacion,
Pues comparar no se puede.
De mala gana se parte
De donde su gusto tiene ;
Mas fuérzanle á que lo haga
Los amigos y parientes,
Porque pronostican daño
De su amoroso accidente,
Que es la dama emparentada
Con Cegries y Gomeles,
Y temen, sabido el caso,
No procuren ofendelle,
Y mas el bravo Celindo,
A quien le cupo por suerte,
Moro de valor y estima,
Respetado de la gente,
Que el pueblo rige y gobierna,
Y en la villa vale y puede.
Partióse sin despedirse,
Porque no se parta alegre,
No por falta de ocasion,
Pues no falta á quien la quiere.
Solo se sale de Ocaña
Sin que amigo ni pariente
Para despedille salga,
Ni en su compañía lleve,
En un caballo morcillo,
Que las yeguas ya le ofenden,
No por no ser animosas,
Mas por el nombre que tienen :
Y quiso por su tristeza
Que tambien el jaez fuese
Negro, como su desdicha ;
Y porque en todo se muestre,
En un capellar leonado
Lleva pintada la muerte,
Con esta letra, que dice :
«Matóme, sin que muriese».
Sembrados de aves nocturnas
Llevaba un negro bonete
Con solas dos plumas pardas,
Que ya no las quiere verdes.
No quiso salir sin plumas,
Porque sus desdichas vuelen
Como vuelan sus contentos,
Un martes cuando amanece;
Y llevaba por garzotas
Un ramo de laurel verde,
En fe que contra la suya
El tiempo muy poco puede :
Por medalla, una leona
Que á solo gemidos quiere
Dar vida á lo que ha parido [1],
Y dice lo que se lee :
«Estos bastan para darla,
»Mas quien á mi dalla puede
»Con ellos se ablanda ménos,
»Y mucho mas se endurece».
Una marlota encarnada
Bordada, de mil dobleces,
Y por borla aquesta letra :
«No son ménos los que tiene.»
Y una lanza con dos hierros,
Por solo sufrir desdenes,
Y de morado teñida
La culpa de quien consiente :
De color de rosa seca
Es la bandera que pende,
En señal que se secó
Lo que ántes fué mas verde :
El brazo todo cubierto,
Porque arregazado teme
De ver en él el retrato,
Que le obliga se destierre ;
Con una toca amarilla,
Y en ella pintado viene
Un Fénix, que ya se abrasa
Y en ceniza se convierte,
Y con las alas soplando
Aquel fuego en que se enciende,

Y escrito con letras de oro.
«Mucho temo el parecerte»;
Con un alfanje ceñido,
Dado en su paciencia el temple,
Y en la guarnicion en cifra,
El nombre de quien lo ofende,
Colgado de un tahalí
Que tiene ramales trece,
Porque pasan de docena
Sus males, que no sus bienes,
Y en el campo del adarga
Lleva pintada su suerte,
Que es una escura noche
Que truena, graniza y llueve.
Un borceguí datilado,
Hechos lazos en reveses,
En señal que sus intentos
Todos al reves suceden;
Y en los estribos de bultos
Mil animales monteses,
Porque piensa que con ellos
Pasará su vida breve.
No quiso sacar espuelas,
Porque bastan sus desdenes
Para picar el caballo,
Y á él, que tanto los siente.
Con tan cansadas divisas
Llega á las aguas que vierte
El claro y corriente Tajo,
Y junto á una turbia fuente,
Que de un cenagal salia
Al pié de un monte silvestre;
«Este, dice el moro, es
»El lugar que me conviene».
Apeóse del caballo,
Y por el monte se mete,
Dejándole suelto y libre,
Como se ha visto otras veces,
Adonde piensa esperar
Lo que el tiempo de él hiciere,
Hasta que muerte, ó su mora
Su vida y estado truequen.

(*Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

[1] Es una antigua creencia que la leona pare los hijos muertos, y los da vida con sus rugidos.

172.

ALIATAR.—VII.

(*Anónimo* [1].)

No con azules tahalíes,
Corvos alfanjes dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos
Entraron de cuatro en cuatro,
Del mal logrado Aliatar
Los afligidos soldados:
«Tristes marchando,
»Las trompas roncas, los tambores destemplados».
La gran empresa del Fénix
Que en la bandera volando
Apénas la trató el viento
Temiendo el fuego tan alto,
Ya por señas de dolor
Barre el suelo y deja el campo,
Arrastrado entre la seda
Que el Alférez va arrastrando:
«Tristes, etc.»
Salió el gallardo Aliatar
Con cien moriscos gallardos
En defensa de Motril
Y socorro de su hermano.
A caballo salió el moro,
Y otro dia desdichado
En negras andas le vuelven
Por donde salió á caballo:
«Tristes, etc.»
Caballeros del Maestre,
Que en el camino encontraron,
Encubiertos de unas cañas
Furiosos le saltearon:
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar mal logrado,
Y los suyos, aunque rotos,
No vencidos se tornaron:
«Tristes, etc.»
¡Oh cómo lo siente Zaida!
¡Y cómo vierten, llorando
Mas que las heridas sangre,
Sus ojos aljófar blanco!
Dilo tú, Amor, si lo viste:
Mas ¡ay que de lastimado
Diste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado!
«Tristes, etc.»
No solo le lloró Zaida;
Pero acompáñanla cuantos
Del Albaicin á la Alhambra
Beben de Genil y Darro;
Las damas como á galan,
Los valientes como á bravo,
Los alcaides como á igual,
Los plebeyos como á amparo:
«Tristes marchando
»Las trompas roncas, los tambores destemplados».

(*Romancero general.*)

[1] Es uno de los romances mas dignos de atencion, en donde su parte lírica apénas sufre competencia. Está lleno de bellas imágenes, cuya pompa lúgubre interesa sobremanera, y hiere la imaginacion, trasladándola á la escena que el poeta quiso pintar.

ROMANCES DE MULEY.

173.

MULEY.—I.

(*Anónimo.*)

Los ojos vueltos al cielo
Y el pensamiento en su alma,
Cercado de mil sospechas
Ingratitud y mudanza,
Celos, temor con engaño,
Embustes, nuevas marañas,
Peligros, muerte segura,
Con tormenta y sin mudanza,
De azul, pardo y amarillo
Una marlota bordada
Cercada de mil trofeos
Entre listones y franjas;
Por descanso un almaizar
Con una borla encarnada
Y en un extremo este mote:
«Mas el descansar me cansa».
Un bonete aceitunado,
Una toca anaranjada,
Que ni es bien desesperado
Ni con perfecta esperanza;
Y del cabo del bonete
Que hasta el hombro izquierdo baja,
Cuelga un precioso joyel
Con una fina esmeralda
Y dos arábigas letras,
Lo que le parece gracia,
Que declare en Aljamía:
«De esperar estoy colgada».
En un morado tahalí
Un alfanje de Tartaria,
La hoja llena de letras,
La guarnicion plateada,
Y en medio de la contera

Un Cupido con sus armas
Y en una flecha este mote:
«Al que le defienda, mata».
Borceguíes datilados,
Lados y vueltas doradas,
Y en ellos sendos lagartos
Pintados en una playa,
Que como la arena es frágil
Si con los piés pinta ó labra
Pasando mas adelante
La cola lo desbarata.
Quiso así significar,
Que cuanto labró en Granada
La cola de un desengaño
Le destruyó sus pisadas,
Salió el gallardo Muley
De la fuerza del Alhambra
Maldiciendo su ventura
Porque le dejó Albenzayda.

(*Romancero general.*)

174.

MULEY.—II.

(*Anónimo* [1].)

A la vista de los Velez
El fuerte Muley camina,
Que era la vuelta de Alora
Donde el amor le encamina
En un retrato los ojos
De la bella Sarracina,
Y besándole mil veces
A decille así principia:
«¡Oh tesoro de mis males,
»Y de mis querellas mina!
»¿Es posible que tus manos
»Contra mi pecho se inclinan?
»Acuérdate de las flores
»Que cogí en Guadalmedina;
»Y que en presencia y ausencia,
»Muley ante tí se inclina.
»Ablanda ya el corazon
»De esmeralda diamantina,
»Y no pienses que en desdenes
»Tu falsa aficion se afina.
»Buscando voy tu calor,
»Como la fiel golondrina,
»Que se va huyendo del golpe
»De la furiosa marina:
»Que porque me viste hablar
»En la zambra con Cevina,
»Quisiste contra tu fama
»Ser á tu gusto divina.
»No uses de los dobleces
»Que usó la cauta Armelina:
»Mira que mi pensamiento
»A pensar en tí no atina.
»Si te hablo, dícesme,
»Que me voy de la bolina;
»Y si te miro callando,
»Eres contra mi malina.
»No sé, mora, qué te hago,
»Pues con furia repentina
»Te defiendes de un rendido
»Con escudo y jacerina.»
Con esto llegó á un arroyo
De una fuente cristalina,
Y á la sombra de un nogal
Su lacio cuerpo reclina.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance puede considerarse como resultado de un monorrimo de piés de diez y seis sílabas, partidos por la mitad en el emistiquio. Conde presume que de esta combinacion métrica de los árabes resultó nuestro romance de verso redondillo, ú octosílabo.

175.

MULEY. — III.

(*Anónimo* [1].)

Echada está por el suelo
Alcalá de los Gazules
Por el Santo Rey Fernando,
Dia de San Pedro un lunes.
Los chapiteles de plata,
Que amenazaban las cumbres
Con el humo y con las llamas
Su rojo arrebol encubren.
Su alcázar, mezquita y baños
Vomita alquitran y azufre,
A cuyas llamas las armas
De los cristianos relucen;
Y dejando la ciudad,
Una cuesta arriba suben,
Haciendo desde lo alto
Mil luminarias y lumbres,
Cuando su alcaide Muley
Al cristiano Rey descubre
Desde una arruinada torre,
Que ya se quiebra ó se hunde,
Y dice: «Llega, cristiano,
»Saquea, roba y destruye,
»Pues que has vencido el linaje
»Que al mundo de sangre cubre.
»Los Gazules llevas presos,
»De esta tierra honra y lumbre,
»Y te afirmo que Granada
»Cercada un año no dure.
»Cuando veniste á Alcalá,
»Dentro en mis baños lo supe:
»Dejé la toca de seda,
»Que mi frente ciñe y cubre;
»A las torres de mis armas
»Con mis moros me retruje:
»Salí al campo porque nadie
»De ser cobarde me acuse;
»Mas llévanme el alma presa
»En una mora de Túnez,
»Que fué desta tierra fuego,
»Y de estos ojos la lumbre.
»Diómela su padre el Rey;
»De Africa á España la truje
»En una fusta turquesa,
»Que de oro y seda compuse
»Toda la popa dorada:
»Hice que mi estrado ocupe
»Con cien cristianos vestidos
»De telas blancas y azules.
»Celebráronse las bodas,
»Mañana un año se cumple:
»Martes, dia de desgracia,
»Que se acabaron hoy lúnes.»

(*Romancero general.*)

[1] Tambien puede este romance colocarse entre los históricos de la época de Fernando V, el Santo, considerándole como fronterizo, aunque moderno y de fines del siglo XVI.

ROMANCES DE ALMORALIFE.

176.

ALMORALIFE. — I.

(*Anónimo.*)

El mayor Almoralife,
De los buenos de Granada,
El de mas seguro alfanje,
Y el de mas temida lanza;
El sobrino de Zulema,
Visorey de la Alpujarra,
Gran consejero en la paz,
Fuerte y bravo en la batalla,
En socorro de su rey
Se va á la mar desde Baza,
Mas animoso y galan,

Que el hijo del moro Audalla;
Tanto que al mundo su nombre
Seguras fianzas daba,
Que verdaderas saldrian
Sus dichosas esperanzas.
Albornoz de tela verde
Y de pajizo de gualda,
Marlota de raso al uso,
De azules lirios sembrada,
Por mostrar que allá en la guerra
Encubre con esperanzas
Los lirios, que ya son verdes,
Y fuéron flores moradas:
Con cuatro moros detras,
Solo en una yegua baya,
Que quien quiere adelantarse
Bien es que delante vaya:
Recogiendo pues la rienda
Cesando el trote paraba,
Por no sentir por la posta
La ausencia de Felisalva.
Saca un retrato del pecho,
Que aun á sacalle no basta
Porque salen tras la vista
Las imágenes del alma.
—Amada mora, le dice,
Que parece que me hablas
Con ceño porque te dejo,
Y dejándote me agravias:
¿Cómo me miras alegre,
Pues yo te ví esta mañana
Tan enojada conmigo
Que contigo te enojabas?
Si no lloras como peña
Que está dura y hecha un agua,
¡Mucho me quieren tus ojos!
¡Mucho debo á tus entrañas!
Si el arrancar tus cabellos
No es sentimiento que engaña,
¡Muchos cabellos, amiga,
Por mi respeto te faltan!
Habla ya, que á tu pintura
La darán vida mis ansias,
Dejando mi cuerpo triste
Vacío y con fuerzas flacas.
Felisalva, no te entiendo;
Las suertes están trocadas,
Hoy callas tú, y hablo yo,
Ayer hablaste y callaba.
¡Mal haya aquel amador
Que al retrato de su dama
Le dice sus sentimientos,
Pues que no sienten las tablas!
¡Mal haya aquel que la mira
En retrato mesurada,
El llorando, flaco y triste,
Y ella compuesta y ufana!
¡Ay pundonor, que me llevas
A meterme en una barca,
Y entre las ondas y el cielo
Cargado de acero y malla!
¡Ay mis baños y jardines
Que el mejor tiempo os dejara!
Mas si dejo mi contento,
¿Qué hago en dejar mi casa?
Amiga, por nuestro amor
Que si vives en mi alma,
Suspirando me la envíes,
Que no venceré sin alma.—
Con esto los cuatro moros
A media rienda le alcanzan;
Esconde el retrato y pica,
Hablando de guerra y armas.

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

177.

ALMORALIFE. — II.

(*Anónimo.*)

De la armada de su rey
A Baza daba la vuelta
El mejor Almoralife,
Sobrino del gran Zulema;
Y aunque llegó á media noche,
A pesar de las tinieblas
Desde léjos divisaba
De su ciudad las almenas.
—Aquel chapitel es mio,
Con las águilas de César,
Insignia de los romanos
Que usurparon esta tierra.
La torre de Felisalva
Apostaré que es aquella,
Que en fe de su dueño altivo
Compite con las estrellas.
¡Oh gloria de mi esperanza,
Y esperanza de mi ausencia!
¡Compañía de mi gusto,
Soledad de mis querellas!
Si de mi alma quitases
Los recelos que la quedan,
Y algunas facilidades
Que de tus gustos me cuentan:
Si tu belleza estimaras,
Como estimo tu belleza,
Fueras ídolo de España,
Y fama de ajenas tierras.—
Dijo, y entrándose en Baza
A sus moros dió la yegua,
Y del barrio de su dama
Las blancas paredes besa.
Hizo la seña que usaba,
Y al ruido de la seña
Durmieron sus ansias vivas,
Y Felisalva despierta.
Salió luego á su balcon,
Y de pechos en las verjas,
A su moro envía el alma
Que le abrazase por ella.
Apénas pueden hablarse,
Que la gloria de su pena
Les hurtaba las palabras,
Que en tal trance no son buenas.
Al fin la fuerza de amor
Rompió al silencio la fuerza,
Porque sus querellas mudas
Por declararse revientan;
Y la bella Felisalva,
Tan turbada cuanto bella,
Estando atento su moro
A preguntalle comienza:
—Almoralife galan,
¿Cómo venis de la guerra?
¿Matastes tantos cristianos
Como damas os esperan?
¿Mi retrato viene vivo,
O murió de las sospechas
Que á su triste original
Le dan soledades vuestras?
Del vuestro sabré deciros
Que parece que le pesa
De que faltándole el ver,
Vivir y mirarle pueda.—

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 2.ª parte.)

178.

ALMORALIFE. — III.

(*Anónimo.*)

Descargando el fuerte acero,
Desciñéndose la espada,

Desembrazando el escudo,
Quitando el peto y espalda;
Desatando el bracelete,
Echando acullá la maza,
Besando la toca azul,
Que es celos, y celos rabia;
De coraje y de ira lleno,
De la perdida emboscada
Está el fuerte moro oyendo
El aviso de la Alhambra.
El Rey manda que en el punto
Suba á su real sala,
Donde está toda la corte
Decretando cierta causa.
Un paje viene corriendo
Del cielo do está su dama,
Y como viene del cielo
Trae del cielo una embajada.
—Gallardo moro, te espera,
Dice el paje, quien mas te ama,—
Y el mensajero replica:
—El Rey y la corte aguardan.—
Vuelve el rostro de ira lleno,
Y no contra quien la agravia,
Mas contra sí, y quien pregunta,
Pregunta, responde y calla.
Está un poco enmudecido,
Que acontece á quien bien ama,
Que quien no sabe de amor
Pocos tragos destos pasa.
—El Rey, dice el mensajero,
Mala espina tendrá; — y calla,
Que es destreza al fuerte toro
Saber medille la vara.
Cada cual le está incitando,
Que no halla poco quien halla
Los mensajeros tan fieles,
Que en esto no tengan falta.
—¡Almoralife! ¿qué esperas?
Que hay peligro en la tardanza.—
Dice el moro: —¿quién me espera?—
Responde el paje: —Tu dama
Felisalva, Almoralife:
Almoralife, aquella alba
Que te suele dar luz pura
Cuando á tu noche le falta,
Piensa que vienes herido,
O que sirves á otra dama,
Que te cura las heridas
Que amor y el rebato causan.
Vióte venir de la guerra,
No alzaste á verla la cara:
¡Cara cuesta tu venida!
¡Tu venida cuesta cara!
¡Moro, mira por tus ojos,
Que son espías del alma,
Y en amor son sobrescritos
De las amorosas cartas!
Mejora con tu presencia
La venida de Granada:
Así el cielo no empeore
Tu jornada y suya á Baza.
Deja de estar pensativo,
Piensa cómo está tu dama;
Aunque mal digo no pienses,
No pienses hasta mañana.
Ven donde verás el daño
Que hace verdadera causa
De imaginar si la truecas
Por otra que mas te agrada.
Eres tú sol, sola Fénix
Es ella, y en tí se abrasa,
Y quedarás con cenizas
Solas, si en venir te tardas.—

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

ROMANCES DE JARIFE.

179.

JARIFE. — I.

(*Anónimo.*)

Una parte de la vega
Que el Genil y Darro bañan,
Cuyas aguas enriquecen
El Jaragui de Granada,
Como mejor posesion,
Amena y de mas ganancia,
Dejó en dote Amete, persa,
A su hija Celindaja,
Mora que entre moras bella
La llama quien vella alcanza;
Y alcanza tanto poder
Que nadie alcanza á miralla,
Sin que al momento no rinda
Alma, corazon y entrañas,
Que son despojos y gajes
Que ofrecen los que bien aman.
Estaba prendado della
Un bizarro de Cartama,
Y préciase de bizarro
Porque es bizarra su dama.
A las nueve de la noche,
Cuando comienza Diana
Con su clarífica lumbre
A tender rayos de plata,
Parte el moro venturoso
A ver á su Celindaja,
A ver su pena y su gloria,
Si en un supuesto se hallan.
No le cabe la alegria,
Que lleva dentro en el alma,
Y quiere que las riberas
Gocen hoy de sus ganancias.
Suelta la voz, dando al viento
Mil donaires, mil palabras,
Que el amor tenia esculpidas
Como piedra en sus entrañas.
Sintió gran rumor y estruendo
Entre las espesas matas,
Que los ecos de sus glorias
Esperan nuevas mudanzas.
Dos dispuestos moros siguen,
Con callada y veloz planta,
Por el rastro de las voces
Y de la alegre algazara
Al moro, y como los siente,
Vibrando fuerte la lanza,
Con horrísono sonido
Vuelve rienda, embraza adarga,
Aprieta la toca al brazo,
Pone hebilleta y enlaza;
Encaja el verde bonete,
Da de espuelas, presto salta.
—¡Traidor, dice el uno dellos,
Villano, de vil canalla,
Aguarda, aguarda, que vengo,
Que vengo, que vengo, aguarda!
¡Apercíbete, morillo,
Escúdate con la adarga,
Que si no te escudas presto
Pasarte he con esta lanza!—
Gallardo se muestra el moro
Oyendo el aguarda, aguarda,
Y pelea embravecido
De la noche á la mañana,
Que no teme aquesta guerra
Quien salió de otra mas brava.
Ya las puertas de occidente
Pasa la clara Diana,
Y con claros rayos Febo
Dora las cumbres mas altas
Y como si en aquel punto

Comenzaran la batalla,
Andaba la escaramuza
Los dos contra el de Cartama.
Jarife viéndose solo,
El dulce nombre declara
Que rumiaba entre los dientes
De su hermosa Celindaja;
Y habiéndole pronunciado,
Sin derribar mas la maza,
Deja su mayor contrario
La comenzada batalla.
—Muy venturoso, le dice,
De muy valiente le alaba;
¿Mas cómo no lo serás,
Si te ayuda Celindaja?
Goza, moro, lo que es mio,
Que yo te doy la palabra
De jamas te lo estorbar
En fiestas, zambra ó batalla.—
Fuése siguiéndole el moro
Que habia venido en su guarda,
Y Jarife dió la vuelta
Para tornarse á Cartama.

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

180.

JARIFE.—II.

(*Anónimo.*)

Sobre destroncadas flores,
Junto á la fuente del Cisne,
Sentada está Celindaja,
Mas hermosa que no libre.
Mirando está al verde prado
Sus colores y matices,
Que con el sol resplandecen,
Y con el agua reviven.
No le alivian sus cuidados
Verdes plantas y jazmines,
Ni las horas regaladas
De las sombras apacibles:
El mal que en el alma siente,
Cualquier contento le impide,
Que las flores, fuentes, fiestas
Mas al afligido afligen.
Por un pequeño recelo,
Que dentro del pecho vive,
Consiente amor en sus leyes
Que muera el amante triste.
Asi Celindaja muere,
Y aunque muere no lo dice;
A mas padecer mas calla,
Sin á nadie descubrirse.
Quiere quejarse, y no puede
Y una vez y otra repite;
Mas cansado el sufrimiento
Al viento la voz despide:
—Pensamientos amorosos,
¡Dichoso el que no os admite,
Cuanto pobre y desdichado
Quien por vosotros se aflige!
Decid, ¿por qué os cautivásteis?
Declarad todo el origen,
Si no es tan secreto el caso
Que pierda algo por decirse:
Mas si de véras amais,
Olvidar es imposible,
Y mas si con el amor
Teneis la fortuna firme.
¡Ay quién supiera do estás,
Mi regalo y mi Jarife!
¿Si acaso vives con otra?
¡Mas ay, si con otra vives!...—
El moro que oyó el lamento
Procura presto encubrirse,
Para oir el tierno llanto
De su mora, y lo que dice;
Pero no pudo aguardar,
Ni el sufrimiento sufrirse,
Que el firme amor en su pecho
Le hace que de priesa aguije.
Con mil suspiros comienza
A hablarla, y la mano á asirle,
Diciendo: —Mi Celindaja,
¿Quién hay que del bien te prive?
¿Tiene por ventura el mundo
Alatares ni Adalifes,
Gomeles, Muzas ni Azarques,
Sarracinos ó Cegríes,
Que cualquiera en tu servicio
No se postre y arrodille,
Y para mas agradarte
A besar tus piés se incline?
¿Mas qué es lo que dije ahora?
¡Cobarde! ¿qué es lo que dije!
Que si no soy yo, ninguno
Puede pretender servirte.—
Descubre el rostro la mora,
Como el sol tras el eclipse,
Tan apacible y alegre,
Cuanto alegre y apacible;
Y el enamorado moro,
Que en sus razones prosigue,
A vueltas de mil ternezas
A su Celindaja dice:
—Sosiégate, gloria mia,
Haz que tus ojos me miren,
Que en ley de moro te juro
Que jamas mi ley te olvide.
Aquese dolor se aplaque,
Porque el mio se mitigue,
Y recibe en holocausto
Esta vida que en ti vive.—
Con el fin de estas razones,
Ambos á dos se despiden,
Diciendo: —Alá te acompañe:
Alá te acompañe y guie.—

(*Romancero general.*)

181.

JARIFE. — III.

(*Anónimo.*)

Al alcaide de Antequera
El Rey de Granada escribe,
Que contra el Rey castellano
Diez y seis lanzas le envie;
Las ocho que partan luego,
Y á Jaen las encamine,
Y que aperciba las otras
Para el tiempo que le avise.
Besa Zulema la carta,
Y ejecuta lo que pide,
Escogiendo de sus moros
Los mas fuertes adalides.
En este tiempo á la corte
Le fué forzoso partirse
A poner en paz dos moros
Que tratan guerras civiles;
Y á su hijo noble encarga
Que al Rey las lanzas envie,
Pues el honor de los dos
En esta empresa consiste.
Un domingo salen todos
Al son de sus añafiles,
Los caballos cordobeses
Y los soldados Cegríes.
De amarillo, azul y blanco
Los ocho moros se visten,
Colores de Celindaja,
Por quien suspira Jarife:
Bonetes de mezcla llevan,
Y con bandas verdes ciñen
Las plumas blancas terciadas
Que verlas todas impiden.

Alfanjes de Tunez penden
De doblados tabalíes :
Las mazas en el arzon,
Y las lanzas en el ristre;
Bayos llevan los jaeces,
Las sillas blancas y firmes,
Los estribos plateados,
Y negros los borceguíes.
La trompeta que los llama
Un fuerte soldado sigue,
Que va por cabo de todos,
Y la fuerte escuadra rige.
En un pendon de damasco
Aunque se precia de humilde,
Por oria bordado lleva
Del alcaide el nombre insigne;
Y las bandas de sus armas
Con las otras que divideu
Los cinco leones fuertes
De no domadas cervices.
Los moros salen á verlos,
Y las moras los bendicen,
Porque van aventajados
A los Muzas y Alfaquíes.
Gallardo sale este dia
En una yegua Jarife,
Que las armas hurtó al viento,
Y la color á los cisnes.
Con una estrella en la frente
Alheñadas cola y clines,
Y un jaez azul, bordado
De aljófar y de rubíes.
En la adarga lleva un sol
Y una muerte negra y triste,
Con unas letras doradas
Que dicen : «Cuando se eclipse».
Blancas y amarillas plumas,
Entre tocas tunecíes,
Con un alquicel bordado
De estrellas y flor de lises :
Un alfanje de Toledo,
Con el puño de amatistes,
Y en lugar del pomo de oro
Una cabeza de tigre.
La gruesa lanza de fresno
Parece en sus manos mimbre,
Que como el viento las plumas
Así la juega y esgrime.
Oido se ha la trompeta
Dentro de Generalife,
Cuando por verle las damas
Desamparan los jardines.
El moro mira las rejas,
Obligando á que le miren ;
Y viendo á su bella ingrata
Así la requiebra y dice :
— Si vivir sin esos ojos
Fuera á mi alma posible,
O pudiera de la tuya
Sin la muerte dividirme,
Yo fuera á servir al Rey,
No porque privanza envidie,
Mas por traerte despojos
De algunos cristianos libres.
Lo que es posible en tu nombre,
Y la ocasion me permite,
En los soldados se muestra
Y en los colores que visten.
Quien tiene cautiva el alma
Mal puede llamarse libre,
Y el que parte sin morir
No diga que no le olviden :
Ellos se van, y te ofrecen
Los cristianos que cautiven,
Miéntras lo queda su dueño
De los ojos por quien vive.—
Alegre la hermosa mora,
De que no quiere partirse,
Y que solo con las lanzas
Al Rey de Granada sirve,
Cúbrele desde el balcon
De azucenas y alelíes,
Y el moro favorecido
De la reja se despide.
Sacó la lanza gallardo,
Y por hacerse invisible
Al viento deja suspenso
De que la yegua le imite.

(*Romancero general.*)

182.

JARIFE.— IV.

(*Anónimo.*)

Ardiéndose está Jarife
En el fuego de Daraja :
Vela en ajeno poder,
Y él se ve en el de mil brasas :
Sus suspiros son el viento,
En que se enciende esta llama :
Sus quejas son las centellas,
Y el humo sus esperanzas.
No cura ya del jaez
Ni de la pluma bizarra,
Ni de bordar el aljuba,
Ni del color de la manga :
Solamente se desvela
En el hábito del alma ;
Que amor, como le parece,
Ya le estrecha, ya le enfada :
Huye de gente los dias ;
Llorando las noche pasa,
Y á voces se queja al viento
Con semejantes palabras :
—¿ Daraja, tanta hermosura,
Cómo tan mal empleada?
¿ Cómo voluntad tan libre
Se volvió tan presto esclava?
¡Que dejes á tu Jarife,
Que no vale ménos que ama,
Y que siendo el que es Muley
Le quieras mas que á tu alma!
¿Tanto te va en ver sin vida
Al que en servirte la gasta?
¿Tanto te va, fiera bella,
En que te noten de ingrata?
Si huelgas como enemiga
De ver mi muerte temprana,
Yo mismo la buscaré,
Si quien la busca la halla;
Que cuando en escaramuzas
Al encuentro no me salga,
Estando cerca mi estoque
No he menester su guadaña;
Y si la muerte que digo
Te parece muy honrada,
Haz que me mate á traicion
Ese que ya me la trata.
Fácil le será matarme,
Aunque en armas ménos valga,
Pues en tenerte consigo
Sin ellas me quita el alma;
Y tú vivirás contenta
Cuando por toda Granada
La muerte de tu Jarife
Por todos fuere llorada.
Cuando te contare alguna
De ménos duras entrañas
A dónde hallaron mi cuerpo,
Y quién le lavó las llagas;
Cuántas lanzadas tenia,
Y cuántos golpes de espada,
Y cuántas horas estuvo
Sin conocerle en la plaza;
¿Qué te faltará aquel dia
Para bienaventurada,
Si no te turba el contento

Ver mi desdicha acabada?
Podrás despues de yo muerto
Ir libremente á las zambras;
Podrás sacar en las fiestas
Una gala y otra gala;
Podrás gozar de la vega,
Y ponerte á la ventana,
Y entre las moras amigas
Alabarte de esta hazaña:
Y como tendrán mis huesos
La tierra por dura cama,
¡Bien te ha de valer mi muerte
Para vivir descansada,
Si ménos ha de celarte
El que sabes tú que trata
Mas de vengarme de ti,
Que yo de pedir venganza!—

(*Romancero general.*)

183.

JARIFE. — V.

(*Anónimo.*)

Al lado de Sarracina
Jarife está en una zambra,
Hablando en su amor primero,
De que fué la secretaria.
—¿Sois vos, le dice la mora,
Jarife aquel de Daraja,
Aquel de fe templo, aquel
Monstruo de perseverancia?
Tres años ha, caballero,
Que os llora por muerto España:
Si muerto, ¿cómo en el mundo?
Si vivo, ¿cómo sin alma?—
El enamorado moro,
Por satisfacer la dama,
Ni en voz humilde ni altiva
Así la lengua desata:
—El hilo de nuestras vidas
En mano está de las Parcas,
Ellas le rompen y tuercen,
Que fuerza de amor no basta.
A cada cual su carrera
De una vez se le señala;
No hay mas alargar la corta,
No hay mas acortar la larga.
Si hubiera querido el cielo,
Que para mas mal me guarda,
Puerta han dado mis empresas
A mas de un morir de fama:
Mas de una vez el Maestre
Midió conmigo su lanza;
Mas de un golpe de los suyos
Guarda por blason mi adarga.
En la traicion de Muley,
Y en la libertad de Zaida,
Si no derramé la vida
Fué culpa de mi desgracia;
Aunque fué, si bien se mide,
Cosa por razon guiada,
Que no es justo pueda el hierro
Lo que no puede la rabia.
Vi triunfar á mi enemigo,
De quien me venció sin armas,
Yo el cuello puesto en cadenas,
Y él su frente coronada:
Vi adornados sus trofeos
De mil laureles y palmas,
Y el ave de Ticio fiera
Cebarse de mis entrañas.
¡Entónces, entónces, muerte,
A buena sazon llegaras;
Tuviera el sepulcro el cuerpo
Do tuvo su cielo el alma!
Muriera donde á lo ménos
Supiera el mundo la causa,
Donde mis placeres, donde
Murieron mis esperanzas.
Mas si está ordenado arriba,
Vivamos, pase esta farsa,
Que quien hasta aquí ha sufrido
Sufrir podrá lo que falta.—

(*Romancero general.*)

184.

JARIFE. — VI.

(*Anónimo.*)

En la vega está Jarife
Mirando el famoso alcázar
Que á Generalife sirve
De fuerte, corona y guarda;
Y al mismo tiempo que el sol
Doraba la luz al alba,
Y el rocío de sus ojos
Deshizo el sol de Daraja,
A cuyo fuego tambien
Desató la lengua helada,
Y descubrieron las quejas
Detenidas en el alma.
—¡Bien he visto, dice el moro,
Si las sospechas engañan,
Pues han salido mas, ciertas,
Que fuéron imaginadas!
Por el primero favor
Me diste una pluma, ingrata,
Imágen del seco fruto
De mi perdida esperanza:
Pensé que el grande calor
Del amor que me mostrabas,
Fertilizara tu pecho,
Tierra estéril, seca y tarda,
Y que la palma me diera
El dulce fruto temprana;
¡Pero quién siembra en arena
Que coja viento y palabras!
Llegóse ya la ocasion
En que pudieran mis ansias
Hallar remedio en tu pecho,
Y estaba en él tu mudanza;
Pero como de mi mal
No fuiste mas que la causa,
Al apurar de la fe
Se conoció que eras falsa.
¿Para qué finges, cruel,
Imposibles y amenazas?
Pero si amaras, supieras
Que no las teme quien ama.
Los mayores imposibles
Amor deshace y allana,
Porque es como el rayo fuerte
Que lo mas fuerte quebranta.
Como dos contrarios juntos
Para vencer se señalan,
Así amor en imposibles
Su poder muestra y levanta.
No te espantes si el desden
Y el alma desengañada
Pueden tanto, que me fuercen
A que del tiempo me valga,
Y que busque mi remedio
Y procure mi venganza,
Que un desden sana con otro,
Si amor con amor se paga.
¡Por mucho que el fuego sea,
Puede ser la nieve tanta
Que venza lo ménos fuerte
Con la calidad contraria!
No te fies de los ojos
Que cuando quieren me matan,
Pues la fuerza de un disgusto
La mayor paciencia acaba.
A mujer que quiere bien
¿Qué impiden tias ni hermanas,
Pues los muros y las torres

Suelen ser débiles cañas?
Amor que mira en respetos,
¿Por qué causa amor se llama,
Si al Amor le pintan ciego
Porque no repara en nada?
¡Esas tiblezas y celos,
Recelos, dudas, palabras,
No son efectos de amor,
Que al amor nada le espanta!
Sin quemarse, el vivo fuego,
Y á pié enjuto el agua pasa,
Asperos montes camina
Y al aire extiende sus alas.
¡Quien pone duda en su gusto
Mucho descubre del alma!
Yo á lo ménos bien conozco
Que no le tienes, Daraja.
Si una vez se apaga el fuego,
No hayas miedo que renazca,
Que no he de ser como el Fénix,
Aunque he sido Salamandra.—
Esto dijo, y suspirando
Picó su yegua alazana,
Y entró en Granada furioso
Por la puerta del Alhambra.

(*Romancero general.*)

185.

JARIFE. — VII.

(*Anónimo.*)

¡No la reina de las aves
Cuando se abate á la presa,
No la flecha de Diana
Sale del arco tan presta,
Como parte de Jerez
El nieto del gran Zulema!
¡Bien se le parece al moro
Que amor las alas le presta!
La vuelta va de Toledo,
Jurando no dar la vuelta
Hasta allanar el alcázar
De quien depende esta empresa
Vele al pasar su Daraja,
Y reconoce la yegua,
No la empresa de la adarga,
Que como olvidado es nueva.
Lleva en lugar del ayunque
Y del monte, aunque lo fuera,
Un hacha verde encendida,
Con otra amarilla y muerta.
Sin letra va la divisa,
Que es el alma de la empresa,
Que miéntras vive su alma
No quiere empresa con ella.
Verde toca, verdes plumas,
Verde la manga, y cubierta
De menudo aljofar, verde
Borceguí, mochila y cuerda:
Verde la aljuba que viste
Llena de blancas estrellas,
Y por los verdes extremos
Se ve lo pajizo apénas.
Conócele, y desconoce
La dama, mira, arde y tiembla,
Ni bien se atreve á llamarle,
Ni bien de llamarle deja.
En esto alzó el Bencerraje
Con descuido la cabeza,
Pudo ser que por miralla,
Aunque le pesó de vella;
Y como mas de cortés
Que de obstinado se precia,
Inclina tocado y lanza,
Y recoge brazo y rienda.
Ella con voz alterada
Le dijo, viéndole cerca,
Despues de algunos suspiros
Y alguna lluvia de perlas:
—Jarife, ¿para matarme
Tan galan y tan apriesa?
¿Qué promete esa verdura?
¿Qué hachas quieren ser esas?
¿Es Zaida la verde y viva,
Y yo la amarilla y muerta?
¿O son hachas de sus bodas
Que sirven á mis exequias?
Irás muy gallardo agora
A la comenzada empresa,
Si no está cansado el cielo
De sufrir mil insolencias.
¿Piensas que por ser galan
Y haberte puesto en la overa,
Por ser de prueba el adarga
Y la lanza algo mas gruesa,
Y por ser, como otras muchas,
Esta jornada en mi ofensa,
Puedes allanar los montes,
Y hacer de los valles sierras?
¡Camina, ingrato, camina!
¡Pretende mujer por fuerza!
¡Trabaja de romper solo
Por tantas gradas y puertas!
Que si de los justos cielos
Algo puede la clemencia,
Yo espero ver de tu cuerpo
Cebadas aves y fieras;
Y el corazon que me diste,
Y agora, traidor, me llevas,
Pasado de tantas lanzas,
Como de amorosas flechas.
No siempre la ciega diosa
Temeridades aprueba,
Ni siempre cerrado el cielo
Está de un triste á las quejas.—
Esto dijo demudada,
Y sin aguardar respuesta
En confusion á Jarife,
Y al mundo dejó en tinieblas.

(*Códice del siglo* XVII.)

186.

JARIFE. — VIII.

(*Anónimo.*)

—Fiel secretario Lisaro,
El forastero Jarife,
Sabiendo tus pretensiones,
Por esta carta te pide,
Que á la discreta Daraja
No la rondes ni visites,
Ni gozar de sus favores
Procures ni solicites:
Que no la escribas billetes,
Porque si alguno la escribes,
El alma que tengo en ella
Lo ve luego, y me lo dice:
Que es harto mejor que ocupes,
En servir al Rey que sirves,
La pluma, que no ocupalla
En billetes mujeriles.
Hanme dicho que procuras
Con mil astucias y ardides,
Apartarme de sus ojos,
Siendo una cosa imposible.
Cánsaste en balde, Lisaro,
Si della quies dividirme,
Que dos almas que son una
Solo el morir las divide.
Mil moros hay en Granada,
Tan gallardos y gentiles,
Que hurtan la hermosura á Apolo
Y esfuerzo y valor á Alcides;
Y aunque algunos pretendieron
Asistir en lo que asistes,
Salióles al fin la suerte

De la color de los cisnes :
Que este ceguezuelo amor,
Como es hecho de imposibles,
Lo que es fácil dificulta,
Facilita lo difícil.
Yo he visto moras gallardas
Despreciar moros sublimes,
Y despues poner su amor
En un paje que las sirve;
Porque en gustos no hay disputa,
Ni en amor leyes que obliguen,
Ni en las mujeres razon
Que su gusto las limite.
Significote estas cosas,
Porque me han dicho que dices
Mal de mí, y que de Daraja
Te maravillas y ries,
Porque poniendo su amor
En un forastero humilde,
Deja un secretario real
Que la ciudad manda y rige.
Humilde soy, y no en sangre,
Que si eres de los Cegries,
Yo soy de los Bencerrajes,
Y en desgracias pareciles.
¡Siempre fuéron envidiados,
No es mucho que tú me envidies,
Que siempre damas nos quieren
Y traidores nos persiguen!
Tambien me certificaron
Que entre las trazas que diste
Para gozar de Daraja,
Desterrarme pretendiste.
¡Preciándote de discreto
Muy necia eleccion hiciste,
Porque mal, Lisaro amigo,
Un cuerpo sin alma vive!
Daraja tiene mi alma,
La suya en mi pecho asiste,
Vivir sin mí es excusado,
Y yo sin ella imposible;
Y pues indicios has visto
De ser esto verosímil,
Deja el alma de mi alma
Y procura otra alma libre.
Otras moras hallarás
Que te sirvan y acaricien
De voluntad, que el amor
Nunca por fuerza se rinde.—
Acabada esta razon
Cerró la carta Jarife,
Y á Lisaro la envió
Con un paje que le sirve.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE LISARO.

187.

LISARO. — I.

(*Anónimo.*)

Ya por el balcon de oriente
Su rostro Apolo mostraba,
Las lágrimas enjugando
Que vertió su dulce hermana:
Por él la encogida rosa
Las hojas tiende y ensancha,
Y Clicie comienza el curso
Que hace mirando su cara.
En esta sazon Lisaro,
A quien fortuna contraria
Hizo enemigo á la vida,
Y amigo á la muerte amarga;
Cuanto infelice gallardo,
En una yegua alazana
Con tardo curso camina
Por la vega de Granada.
Mil veces la ciudad mira,
En agua los ojos baña,
Y procurando hablar
Su voz un suspiró ataja;
Pero del dolor forzado
Voz y suspiro acompaña,
Cansado de un dolor fiero
Que ya con su vida acaba.
—¡Zoraida, dice, que olvidas
A quien muriendo te llama,
A mis antiguos servicios
Pagaste al fin como ingrata!
¿No soy yo quien pudo un tiempo
Encender tu nieve helada,
Cuando decias: de Lisaro
Ha de ser siempre Zoraida?
¿Cómo olvidaste esta fe,
Y á quien tanto te agradaba,
Condenas á daño eterno
Nacido de tu mudanza?
¡Y tú, Rey, que has conocido
El valor de aquesta espada,
Rayo que ofende y deshace
A quien tus leyes no guarda;
Pues tal concierto ordenaste,
Poco mi vida te agrada,
Que mal admite concierto
La division que tal causa!
¡Dejárasme que muriera
Receloso de mi alma,
Y no me dieras la muerte
Entre muertas esperanzas!
¡Consintieras que Abenzaide
Por ventura ó por ventaja,
Diera fin á aquesta vida
Que me ofende sin Zoraida!—
Esto dijo, y del turbante
Una pluma verde arranca,
Y espárcela por el viento
Que hasta el cielo la levanta.
—Huye de mí, dijo el moro,
Que tu color no me agrada,
Pues tras un desden tan claro
No habrá lugar de esperanza.—

(*Romancero general.*)

188.

LISARO. — II.

(*Anónimo.*)

Lisaro que fué en Granada
Cabeza de los Cegries,
Mas gallardo en guerra y paz
Que el mejor Almoralife,
Salió de Alcalá de Henares
Donde sirviendo reside
El alcaidía famosa
Que le dió su rey Jarife.
No va cual suele á Toledo
A jugar cañas, ni viste
Morado alquicel de seda,
Ni dorado alfanje ciñe.
No siembra bonete azul
De granates y amatistes,
Ni lleva listadas de oro
Blancas tocas tunecíes.
Sale buscando furioso
A su Zoraida, á quien sirve,
Y á su padre que la lleva,
Siguiendo á quien le persigue.
Encerrarla quiere el moro
Por sospechas que le oprimen,
Siendo tal, que puede al templo
Llevar el agua del Tiber [1].
Con estas ansias Lisaro
Hace que su gente aplique
Al color del corazon
El vestido negro y triste.

Cuatro moros le acompañan,
Todos de negro se visten:
De negro son los jaeces,
Y de luto los tabalies.
En alfanjes y acicates
Relumbran nuevos matices,
Y negras las estriberas,
De Córdoba borceguíes:
Las lanzas de color negro,
Los hierros la vista impiden,
Hasta las blancas adargas
Con bandas negras dividen.[1]
Yeguas negras andaluzas
Que al viento los pasos miden,
Solo los frenos son blancos
Por la espuma que los tiñe.
Lisaro, solo entre todos
Un ramo de laurel ciñe
A la toca del bonete,
Entre los penachos tristes.
En el camino se pára,
Aunque importa que camine
Y mirando el ramo verde
A sus esperanzas dice:
—Solo en mi deseo pudo
Ser poderoso y posible
Nacer de esperanzas verdes
La muerte que le marchite.
En las manos de Zoraida,
Alegre ramo, naciste,
Con tan dichosos principios
Que esperaba alegres fines;
Mas en la flor de tu gloria
Cuatro enemigos tuviste,
Agua, fuego, nieve y viento,
Que aun cortado te persiguen:
Pero aunque voy á la muerte
No he querido que te prive
De que este mi luto veas
Tú que mi esperanza fuiste,
Para que en mi sepultura
El que te viere imagine,
Que el dueño de tanto bien
Vivo muere, y muerto vive.—
Tales quejas dice el moro,
Cual suele en su muerte el cisne,
Cuando amor muestra á Zoraida,
Que tiene vista de lince.
Lisaro avisa á su gente,
Hace que las yeguas piquen,
Y los caballos contrarios
Que alborotados relinchen.
Pónensele á la defensa;
Pero de poco les sirve,
Porque al fin vuelve á Alcalá
Con su esposa alegre y libre.

(*Romancero general.*)

[1] Hace alusion á las vestales.

ROMANCE DE MOHACEN.

189.

MOHACEN.

(*Anónimo.*)

Antes que el sol su luz muestre
La suya Vénus nos muestra,
Anunciador cierto y claro
De la Aurora y su luz bella,
A tal hora, que en Granada
Gran alboroto se suena
De atambores y clarines,
De añafiles y trompetas,
Que hacen de la gente alarde,
Y tocan á la reseña.
Quiere el Rey salir á vello,
Y con sus damas la Reina;
Y luego como el sol sale,
Salen moros á la vega,
Los mas bravos y galanes
Que empuñan lanza ó gineta,
Vestidos y aderezados
Al fin, como para muestra.
Los que en solo guerra tratan
Llevan adornos de guerra,
Los que son enamorados
Llevan divisas y empresas.
Un gran mirador se hizo
Para que los reyes vean
Despues pasar las cuadrillas,
Y escaramuzar los dellas.
Ya vienen, y van pasando
De cinco en cinco en hilera
Los de Ubeda y Andújar,
Los de Córdoba y Baeza,
De Málaga y de Jaen,
De Ecija y de Lucena,
De Velez y de Molina,
De Jerez de la Frontera.
Entre todos se señala
Mohacen el de Antequera,
En su caballo picazo,
Con marlota blanca y negra;
Negro y blanco el capellar,
Cabezadas y estriberas;
Negras y blancas las plumas,
Las borlas y la bandera;
De negro toda la adarga,
Y de plata mil estrellas;
Un cendal negro en el brazo,
Y el blanco brazo de fuera,
Y en la muñeca una ajorca
Que le dió de su muñeca
Celinda, de perlas y oro,
Linda, mas que el oro y perlas.
Va tan lozano y gallardo
Que apénas toca la tierra;
Lleva los ojos á todos,
Y á todos el alma lleva,
Y á quien le rinde la suya
Baja el moro la cabeza,
Y vióla mas bella y clara,
Que la aurora clara y bella
Diferenciándose á todas,
Como la flor á las yerbas.
Mohacen la miró alegre,
Y ella le miró risueña;
Habláronse con los ojos,
Que son de las almas lenguas.
En esto se pasó el moro,
Y ella traspasada queda,
Con la mano en la mejilla,
Contemplativa y suspensa;
Y dijo, considerando
Del moro la gentileza:
—Alá, Mohacen, te guarde,
Mahoma te favorezca,
Y en guerra ó en paz que trates,
Próspero fin te suceda:
Respétente los amigos,
Los enemigos te teman,
Las banderas de sus manos
Debajo tus piés las veas:
Sea tu lanza de diamante,
Las suyas sean de cera,
Porque los hieras y mates,
Y no te maten ni hieran.
Las damas, entre galanes,
Por el mas galan te tengan,
Y en las fiestas y en las cañas
Mas que todos bien parezcas,
Y las damas que quisieres
Mucho mas que á sí te quieran
Nunca entre en su pecho olvido,
Ni en el tuyo entre sospecha:

Si competidor tuvieres,
A ti solo favorezca,
Y si con ella casares
No te engañe ni te mienta,
Y tal gusto en ella halles
Que á todas dejes por ella:
Tengas desengaño en celos,
Y sufrimiento en ausencia:
Levántete la fortuna,
Y fije el clavo en su rueda.—
Nunca Celinda acabara
Mas la escaramuza empieza,
Y vió ir su moro delante,
Porque á todos atras deja;
Y así trabada entre todos
Duró gran rato la fiesta,
Y volviéronse á Granada,
Donde otra fiesta se ordena.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE MANILORO.

190.

MANILORO.—I.

(*Anónimo.*)

En la mas terrible noche
Que envió la tierra al cielo
De viento y oscuridad,
Soledad, frio y silencio;
Cuando todos se recrean
En blandos y dulces lechos,
Deja Maniloro á Ronda,
Bramando de mal de celos.
Al cielo pide venganza,
Y el suelo tiembla de miedo,
Porque conoce sus furias
Y ha visto sus golpes fieros.
Maldice su corta suerte,
Maldice la fiesta y juego
Donde vió la desventura
Que recelaba su pecho.
Cuanto llevaba vestido
Publicaba su tormento,
Con recelosas medallas
Y cifras puestas á trechos.
Llevaba una yegua baya,
Y escrito en un jaez negro:
«Vaya, quien supo mudarse
»Fuera de mi firme pecho».
Con una marlota azul
De esperanza y cautiverio,
Llevaba unos eslabones,
Y este mote puesto en medio:
«Cautivó mis esperanzas
»Un moro, no caballero,
»Que si caballero fuera,
»No fuera mi mal tan fiero».
En un capellar pajizo
Llevaba de azules veros [1]
Una cenefa vistosa,
Y este mote en medio puesto:
«Veros me dió nueva vida,
»Y fuera vida no veros;
»Pues de veros vi mis veras
»Vueltas en burlas y juegos».
Un bonete de brocado
Sembrado de camafeos,
Y por plumas dos espigas,
Y un pájaro en medio puesto,
Y dice la letra así:
«Granó sin sazon ni tiempo,
»Y el pájaro mas cercano
»La comió por ser primero»;
Y por medalla un delfin,
Torcida la cola al cuello,
Con una letra que dice:
«Del-fin me quedó el deseo»:
Un borceguí turquesado
De dorados sellos lleno,
Y en cada sello dos caras,
De donde nació su duelo;
Y en medio de un ancho mar
Una ballena huyendo,
Y por letra: «Mi esperanza
»Va llena de descontento».
A los cabos de la adarga
Llevaba los cuatro vientos,
Con una letra que dice:
«El menor pidiera de ellos».
Al lado de la capilla
Llevaba en el hombro izquierdo
Pintado un blanco unicornio,
Y escrito en medio del cuerno:
«Uno solo puede dar
»A mil mundos descontento,
»Y el que mas de uno sufriese
»Sufrirá carga de ciento».
Entre causadas divisas
Iba bramando y muriendo,
Y entre rabiosos suspiros
Hablando consigo mesmo:
—¡Mal haya el hombre que fia
De mujer y sus contentos,
Pues sabe que sus dulzuras
Son ponzoñosos venenos!
A un agravio tan notable
Mi brazo pondrá remedio,
Con revolcarme en la sangre
Del que oscureció mi cielo.
Pero no tiene él la culpa,
Porque va tras su deseo,
Sino tú, que le creiste
Sus ternuras y requiebros.
¡Mal se sirven dos señores,
Que es carga de grave peso,
Y el bien mas alto se pierde
Cuando lleva mas de un dueño!
Mas ten por cierto, Zoraida,
Que estas ya muerta en mi pecho,
Que mora que quiso á dos
Podrá querer á trescientos.—

(*Romancero general.*)

[1] Especie de campanitas de plata y azul, de las que se usan en el blason, parecidas á la flor llamada *sombrerillo*.

191.

MANILORO.—II.

(*Anónimo.*)

En un alegre jardin
Que un ancho estanque cercaba,
Donde no se puede entrar
Sin fuerza de remo y barca,
Cuyas cercas de alabastro
Con barandillas doradas
Ha tejido el arrayan
Naranjas, cedros y parras;
A sombra de unos jardines,
Recostada entre unas matas
De claveles y alelíes
Y de violetas doradas,
Gozando del dulce sitio
Que está brotando esperanzas,
Está la bella Celinda
Rendida de ausentes ansias.
Como fué su mal con yerba,
Entre las yerbas descansa,
Pensando que yerbas pueden
Sanar heridas del alma.
Una gloria la entretiene,
Y esta gloria es la palabra
Del alcaide Maniloro,
Alcaide y rey de su alma.

Ausencia le hace guerra
Y el fuego de sus entrañas,
Que está su galan en Ronda,
Do tuvo en tiempo otra dama.
Bien reconoce Celinda
Que es de Maniloro amada;
Pero teme, que la ausencia
Es madre de la mudanza,
Y teme, que su galan
Está do sirvió á Zoraida,
Y llagas viejas de amor
Sanan muy tarde, si sanan.
El dia del Santo espera [1],
A quien la gente villana
Celebra la noche y dia
Con escaramuza y zambras.
Para este dia la dijo
Que le aguardase en su alcázar,
Que estarán de paz los campos
Con las bodas de Daraja.
Con esta esperanza vive
De esperar desesperada,
Que la esperanza mas corta
El mucho amor la hace larga:
Así, para consolarse
Abrió una dorada caja,
A donde tenia dos prendas
De la prenda que mas ama:
La una era un ramillete
De azules flores y blancas,
Y besándole le dice
Enternecida y turbada;
— De celos y castidad
Os vistieron, no sin causa,
Para avisarme con vos
Que sea celosa y casta.
No faltarán de mí celos
Miéntras vuestro dueño falta,
Ni castidad en mi pecho,
Que mi amor mas que esto manda.—
Una toca es la otra prenda,
Con que el moro jugó cañas,
Y del juego vino el fuego
Que de juego á fuego pasa;
Y descogiendo la toca,
La toca en el pecho y alma,
Pensando con tal reliquia
Sanar su sedienta rabia.
Como el mordido del perro
Con pelos del perro sana,
Y al que picó el escorpion
Que con su aceite descansa,
Así se cura la mora
Con prendas de amor sus llagas
Y dándole dos mil besos,
Con su toca y señor habla:
— Sin mas tormento de toca [2]
Recibe á prueba mi causa,
Pues tengo yo confesado
Que nací siendo tu esclava.—

(*Romancero general.*)

[1] El dia de San Juan Bautista.

[2] Alude á un instrumento que servia para atormentar á los reos.

ROMANCES DE AZARQUE EL DE OCAÑA.

192.

AZARQUE DE OCAÑA. — I.

(*Anónimo* [1].)

El rey Marruecos un dia
El claro Tajo miraba,
Lleno de imaginaciones,
Y de celos llena el alma.
Miraba cómo los rayos
Del sol hacian en el agua
Unas veces oro fino,
Y otras veces fina plata,
Cuando vido que salian
Por entre flores y plantas
El valiente Sarracino
Y la bella Galiana:
Tras ellos en compañía
Azarque y su Celindaja,
Y trabados de las manos
Jarifa con Abenámar,
Y á la postre en escuadron
Número de muchas damas,
Entre las cuales la Reina
Viene á ver bailar la zambra.
Llegados en esta forma
Todos al Rey se humillaban,
Y haciéndose acatamiento
Las dos majestades altas,
Asiento piden al punto
Que ya la zambra tocaban,
Cuando vieron la divisa
Que Sarracino sacaba.
Una rueda de fortuna
En una marlota parda,
Que sujeta la tenia
A la causa de su dama,
Con esta letra que dice:
«Jamas me será voltaria,
»¿Quien se teme de la vuelta
»De tan hermosa contraria?»
Abenámar por Jarifa
Otra divisa sacaba,
No ménos discreta y bella,
Ni del Rey ménos mirada.
Un mundo negro bordado
En un escudo de grana,
Con esta letra por orla:
«Mas merece quien me manda»
Azarque, en el campo verde
Y en su marlota morada,
Mostraba dos aficiones
Ser iguales y contrarias,
Que eran dos manos asidas
Que en un corazon tocaban,
Y en medio de ellas Cupido
Echando en el arco jaras,
Y esta letra le responde:
«No se teme la mudanza
»En los que en igual padecen,
»Y se pagan con dos almas».
El Rey se picó en la letra
Que el bravo moro llevaba,
Viendo que era por su mora,
Y mandó cesar la zambra.
Mas por no dar á entender
El fuego que le abrasaba,
Quiso fingir á la Reina
Que toca Toledo al arma.
Las damas que lo entendieron,
Rogaron á Celindaja
Que de su parte le pida
Al Rey, que deje la saña.
No fué mucho menester
A la mora importunalla;
Mas fué por daño de Azarque
Hacer al Rey tal demanda,
Que llamándole pechero
Le desterró de su casa
Con admiracion de todos,
Viendo el hecho y no la causa.
Unos dicen que son celos,
Otros que celos no bastan
Para afrentar un vasallo
Que de noble tiene fama.
Azarque las manos muerde,
Desnuda el moro su espada;
Alborotáronse todos,
Celindaja se desmaya,

El Rey desnudó la suya,
Sarracino y Abenamar
En lugar de meter paz
Metieron mayor cizaña:
Hiciéronse con Azarque,
Y son muchos de su banda:
El Rey, que solo se vió,
Procuró dejar las armas:
Y en esto paró la fiesta
Y el contento de las damas:
Volvióse el Rey á Toledo,
Y Azarque fuése á su Ocaña.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance y los que le siguen, hasta el del núm. 213 inclusive, se refieren á una época anterior á la reconquista de Andalucía.

193.

AZARQUE DE OCAÑA — II.

(*Anónimo.*)

Azarque, bizarro moro,
Ordena un juego de cañas
En la célebre Toledo,
En honra de Celindaja,
Mora que al Rey arruina,
Y á Azarque encumbra y ensalza,
Que le honra y obedece,
Y al Rey como esclavo trata.
Júntase gente diversa,
La mas ilustre de España;
Los Gazules de Alcalá,
Y de Ronda los Audallas,
Bizarros Almoradies,
Vanegas fuertes y Mazas,
De Córdoba Sarracinos,
Y Gomeles de Granada,
Y otros muchos caballeros
Fuertes, de destreza extraña,
Galanamente vestidos
Por las manos de sus damas.
Toledo estaba suspenso
De tal bizarria y gala,
De verlos todos iguales
En fuerza, valor y traza.
Entraron pues los Gazules
Con marlotas coloradas,
Con franjones de oro fino,
Y una cifra por medalla:
Llevan por divisa un mar
Con unas olas muy altas,
Con una letra que dice:
«A todo el mundo avasalla.»
Los Audallas le siguieron
Con las marlotas doradas,
Bonetes con muchas plumas
Pardas, azules y blancas.
Por divisa va Cupido
En una torre muy alta,
Con esta letra que dice:
«Favorezco á quien me ensalza.»
Salieron los Sarracinos,
Que mas estos se aventajan,
De azul, morado y pajizo,
Y dos higas por medallas.
Llevan por divisa un mundo,
Y un moro que lo contrasta;
Una letra va que dice:
«Este, y otros mil que haya.»
Los de Granada salieron
Todos en gran camarada,
Galanes á maravilla
Con libreas encarnadas,
Y sacaron por divisa
Una hermosa granada,
Y una letra en la corona:
«No osará nadie miralla.»
Luego vienen los Azarques
Que á los demas avasallan,
Arrogantes mas que todos,
Con las marlotas de gualdas
Azarque se señaló,
A él reconocen ventaja,
Porque su marlota iba
Labrada por Celindaja.
Lleva por divisa un sol
Que al mediodia llegaba;
La letra que lleva dice:
«¡Disparate es comparalla!»
Cuando ella le vido entrar
De su asiento se levanta;
Hizole su acatamiento,
Y él á ella se inclinaba.
El Rey cuando vido esto,
Con cólera ciega y brava
A sus vasallos les grita:
—Atravesadle una lanza.—
Celindaja á los demas
Gritó desde su ventana,
Y sin temer nada al Rey
Con los caballeros habla:
—Caballeros andaluces,
Librad su cuerpo y mi alma,
Mirad que matan á dos,
Pensando que uno matan.—
Luego la fiesta se vuelve
En una fiera batalla;
Castellanos y andaluces
Allí se dan de las astas.
Galan y dama prendieron,
Aunque hay muchos de su banda,
Puesto que no hay quien resista
Lo que un Rey celoso manda.

(*Romancero general.*)

194.

AZARQUE DE OCAÑA. — III.

(*Anónimo.*)

Ocho á ocho y diez á diez
Sarracinos y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Adalifes y Azarques.
Publicó fiestas el Rey
Por las ya juradas paces
De Zaide, rey de Belchite,
Y del valenciano Tarfe.
Otros dicen que estas nuevas
Al Rey sirvieron de achaque,
Y que Celindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares:
En las adargas traian
Por empresas sus alfanjes
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: «Fuego y sangre.»
Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares,
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follajes.
Llevan por divisa un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un moro Aliatar diciendo:
«Tendréle cuando se canse.»
Los Adalifes siguieron
Muy costosos y galanes,
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almaizares.
Era su divisa un mundo
Que le deshace un salvaje,
Y un mote sobre un baston
En que dice: «Fuerzas valen.»

Los ocho Azarques siguieron
Mas que todos arrogantes,
De azul, morado y pajizo
Y unas higas por plumajes.
Sacaron adargas verdes
Y un cielo azul en que se arden
Dos manos, y el mote dice:
«En lo verde todo cabe.»
No pudo sufrir el Rey
Que á sus ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento al traste;
Y mirando la cuadrilla,
Le dijo á Celin, su alcaide:
—Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale.—
Azarque tira bohordos
Que se pierden por el aire,
Sin qué conozca la vista
A do suben ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios reales.
Si se alarga ó se retira
De mitad del vulgo sale
Un gritar: —Alá te guie;—
Y del Rey, un —muera, dadle.—
Celindaja sin respeto
Al pasar, por rocialle
Un pomo de agua quebró,
Y el Rey gritó: —Paren, paren.—
Creyeron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el Rey celoso:
—Prendan al traidor Azarque.—
Las dos primeras cuadrillas,
Dejando cañas aparte,
Piden lanzas, y lijeros
A prender al moro salen;
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
Las otras dos resistian,
Si no les dijera Azarque:
—Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde:
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos y otros canten:
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
Prendieron en fin al moro,
Y el vulgo para librarle
En corrillos diferentes
Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo
Que los incite y los llame,
Deshácense los corrillos,
Y su motin se deshace:
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
Sola Celindaja grita:
—¡Libradle, moros, libradle!—
Y de su balcon queria
Para librarle arrojarse:
Su madre se abraza de ella,
Diciendo: —Loca, ¿qué haces?
Muere sin dallo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
Llegó un recado del Rey
En que manda que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por cárcel.
Dijo Celindaja: —Digan
Al Rey, que por no trocarme,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque;
«Y habrá quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
¡Ay Toledo, que otros dias
Te llamaban los Alarbes
Venganza de aleves pechos,
Y hoy lo has sido de leales!
Murmure Tajo en sus ondas
Hasta que en el mar se lance;—
Y sin que dijese mas
La llevó presa el alcaide;
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 2.a parte.)

195.

AZARQUE DE OCAÑA. —IV.

(*Anónimo.*)

Azarque ausente de Ocaña
Llora, blasfema y se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Poco siente pues que vive.
Jurando está por su amor
Y por la espada que ciñe,
Do tiene en la guarnicion
Cintas de aquella que sirve,
De no volver á Toledo
Hasta que del Tajo al Tíber
Sus animosas hazañas
En las mezquitas se pinten.
—¡Celindaja de mis ojos!
¿Quién te habla? ¿quién te escribe?
¿A quién escribes y hablas,
Que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre real,
¿Cómo fué posible, dime,
Que tan presto quebrantases
La palabra que me diste?
Acuérdate, ¡mora ingrata!
Que paseando en tus jardines,
Por darme tu blanca mano
Que tropezabas hiciste,
Y que alzándote del suelo
Hechas de ámbar y de almízcle,
Unas cuentas me entregaste
Porque me mostraba libre;
Y al despedirte de mí,
Dando suspiros terribles,
Me dijiste: «Ten, Azarque,
»Cuenta con que no me olvides.»
Tu Rey entró de por medio,
No supe lo que me dije:
Entró tu injusta mudanza,
Que con la luna compites;
Que si va á decir verdad,
No hay Rey humano que obligue
A que no se acuerde el alma
De la memoria en que vive.
Con él te quedaste ufana,
Sin tí muriendo me vine;
A mí me abrasan los celos,
Y él tus abrazos recibe.
Contarásle por baldon,
Que pocas fiestas te hice,
Que malos motes saqué,
Porque mas tu gusto estime.
Cuando diga si me amaste,
Yo apostaré que le dices
Que tan infame bajeza
De tu valor no imagine,
Y que tu esquiva arrogancia
Y tu condicion terrible,
Apénas la vencen reyes,
Cuanto mas hombres humildes;
Porque la madre de amor
Cuando se holgaba allá en Chipre,

Si tu consejo tomara
No la infamaran ruines.
¡El tiempo lo trueca todo!
¡Yo me acuerdo que te vide
Tan regaladora mia
Como del Rey á quien sirves!—

(*Romancero general.*)

196.

AZARQUE DE OCAÑA. — V.

(*Anónimo.*)

El eco de las razones
Que el amante Azarque habla,
Penetraron el sentido
De la bella Celindaja;
Porque á las veces amor
Es mensajero del alma,
Y mas cuando el corazon
Sirve de espía doblada.
Han condenado á la mora
Y á su fe firme y sobrada
Unas injustas sospechas,
Todas en celos fundadas,
Regidas por la pasion
De una alma enamorada,
Que hace temerarios juicios
De lo que en su pecho traza;
Y recogiendo el aljófar
Que destila por la cara,
Dice envuelta en mil congojas
Mil amorosas palabras:
—Bien sé, Azarque, que dirás
A solas haciendo trazas,
Que soy luna en hermosura
Como lo soy en mudanza;
A que te responderé,
Que cuando á la luna tapa
Un nublado y la oscurece,
Es de los tiempos la causa:
Y aunque sé que el falso amo
No admite disculpa en nada,
Por satisfacer mi gusto
Quiero decir dos palabras:
Quizá que con el hablar
Apartaré de mi alma
Este fuego que la enciende,
Al cual no es bastante agua,
Sino es la de mis ojos,
Que muchas veces aplaca
La prision que á mi dolor
Da dolor y pasion causa.
Pero si el Rey te enviase
A hacer una jornada,
¿Dime si sería forzoso
Partirse sin decir nada?
Y si te es forzoso estar
En prision dura y forzada,
Y es la voluntad del Rey,
¿Por quién será quebrantada?
Y si dices que te dí
Mil favores de importancia,
Y que agora te los quito
Con una ingrata mudanza;
¡Condénasme injustamente,
Por estar tan encerrada
Tu voluntad en mi pecho,
Como el corazon y entrañas!
Y cada vez que te veo
En los saraos y zambras,
Me huelgo, aunque disimulo
Con voluntad bien forzada.
Y si no quieres creer,
Pídote, Azarque, que hagas
Prueba de mi firme amor
En cosa en que mucho vaya;
Y para mas desengaño
Te he de labrar una manga
De blanco, morado y verde,
Que es el color que el Rey saca,
Con una letra que diga,
Escrita en lengua cristiana:
«Aunque está cautivo el cuerpo,
»Está firme la esperanza.»
Con esto se entró la mora
Desde el balcon á la sala,
Porque entendió que venía
El Rey adonde ella estaba
Mirando cómo su Azarque
Por la vega paseaba,
Condoliendo con su pena
A las aves, tierra y plantas.

(*Romancero general.*)

197.

AZARQUE DE OCAÑA. — VI.

(*Anónimo.*)

Azarque vive en Ocaña
Desterrado de Toledo,
Por la bella Celindaja,
Una mora de Marruecos.
Pensando estaba la causa
De su llorado destierro,
Y contra su Rey celoso
Dijo rabiando de celos:
—Por alzarte con mi mora
Dijiste, Rey, en tu pueblo,
Que á los moros de la Sagra
Los pedí corona y cetro;
Que de un abuelo traidor
No puede salir buen nieto,
Y que soy en traje noble
Un genízaro pechero.
Si te place, Rey tirano,
Hagamos los dos un trueco,
Toma mi villa de Ocaña,
Y dame en Toledo un cerro
En cuya cumbre á tu mando
Estaré con guardas preso,
Mirando cómo tus moros
Tienen á mi dama en cerco;
Que fingiendo que me aguarda,
Y que librarla no puedo,
Por lo ménos moriré,
Y vivirás por lo ménos.
¡Mal haya el amor cruel
Que flechando el arco cierto
Traspasa de un solo tiro
Vasallos y reales pechos!
Mora de los ojos mios,
Segunda vez te prometo
De rescatar con mi alma
La belleza de tu cuerpo;
Que amor que me ha dado un Rey
Por contrario en mis deseos,
Me dará fuerzas á mi
Para echarle de sus reinos.—

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

198.

AZARQUE DE OCAÑA. — VII.

(*Anónimo.*)

Azarque, indignado y fiero
Su fuerte brazo arremanga,
Su rojo bonete arroja,
Y empuña su cimitarra.
Volantes, medallas, plumas,
Albornoz, marlota y mallas,
Banderilla, lanza, empresa,
Cañas, bohordos y adarga,
Maldice, parte, destroza,
Desmenuza, quiebra y rasga,

Hasta que el suelo cubrieron
Pedazos de seda y franjas;
Y por el aire esparcidas
Iban volando las astas
De los delgados bohordos,
De la lanza y de las cañas.
Tuvo traza de unas fiestas;
Y como de amor las trazas
Se desbaratan por celos,
Celoso las desbarata.
De Celindaja se queja,
De su fortuna se agravia,
Por Abenámar pregunta,
Y á su Rey tirano llama;
De Albayaldos el de Olías
Malamente blasfemaba,
Y pidiendo tinta y pluma
Así le escribe una carta:
«Si como damasco vistes,
»Vistes jacerina y malla;
»Si al campo vas tan furioso,
»Como galan á las zambras;
»Si como al blando Cupido
»Al terrible Marte tratas;
»Si escaramuzas de véras,
»Como de burlas te ensayas,
»Mañana á las diez del dia
»Quiero verlo en la campaña.
»¡Y agradécelo, Albayaldos,
»Que vives hasta mañana!
»Salga Zulema contigo,
»Que pues los dos á mi dama
»La engañásteis por el Rey,
»De los dos quiero venganza:
»Y aun de él tomalla pretendo
»Porque el ardor de mi saña
»Irá envuelto en mis suspiros
»A poner fuego en su alcázar.
»Mil promesas la hicisteis,
»Y despues mil amenazas;
»Dulces ofertas tras esto,
»Y despues fuerza tirana.
»Mil halagos y dulzuras,
»Engaños y quejas falsas;
»Y engaños y quejas viles
»Vengaré sin mas palabras.
»¿Caballeros sois vosotros?
»No sois sino vil canalla,
»Pues por afrentosos medios
»Procurais vuestra privanza.
»¿Qué agravio mi alma os hizo
»Que agraviais así mi alma?
»¿La mora que estaba en ella
»Tanto os costaba dejarla?
»Si fuerza de amores vuestros
»A perseguirla os forzara,
»Yo que sé que es fuerza amor,
»Yo sé que os la perdonara;
»Pero por ser tercería
»De fementidas entrañas,
»Me pagarán vuestras vidas
»La muerte de mi esperanza.
»¡Ay mora fácil, ay mora!
»¡Y como en doradas cuadras
»Y bien trazados jardines
»Mil traidores te regalan!
»¡Ay que presto te vencieron!
»¡Qué presto los gustos pasan!
»¡Qué poco vale la fe,
»Si quien la dió no la guarda!
»¡Cuánto mejor le estuviera
»A mi dicha y á tu fama
»Ser nuevo ejemplo de amor
»A la morisma de España!
»¡Qué bien pareciera en tí
»Despreciar promesas falsas!
»¡Y qué bien manchar tu lecho
»Con muerte, y no con infamia,
»Si te quitaran la vida,
»Y el honor no te quitaran!
»¿Mas qué dije? Vive, amiga,
»Sin honor y con mudanza,
»Verás que guarda mi pecho,
»Con mil agravios de guarda,
»Las cenizas de tu olvido,
»Y de mi querer las brasas.
»Verás trocadas las suertes,
»Yo quejoso y tú olvidada:
»Tú finalmente mujer,
»Hombre yo, que el nombre basta.»
Con esto firmó su reto,
En que su combate aplaza:
A Zulema se lo envía,
Y él se apercibe á batalla.

(*Romancero general.* — II. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

199.

AZARQUE DE OCAÑA. — VIII.

(*Anónimo.*)

Albayaldos el de Olías
Leyó la carta de Azarque,
Y aun apénas la hubo leido
Cuando á buscalle se parte.
Por cada letra que tiene
Jura matar un Azarque,
Tal que si Azarques llovieran
No hay hartos para que él mate.
Con la cólera que lleva
Repite parte por parte
Las palabras de la carta,
Con que añade su coraje.
—No visto damascos yo,
Ni asisto en zambras, ni bailes,
Que es de femeniles pechos,
Y el ocio repugna á Marte.
Mi vida no te agradezco,
Pues poco me importa y vale;
Mas pues al mundo le importa,
Todo el mundo te lo pague,
Si es que se puede pagar
Vida que quita millares
De vidas á los cristianos,
Porque vivas tú en solaces.
No tiro bohordos yo,
Sino lanzas penetrantes,
Con que he horadado mas pechos
Que piedras tienen las calles.
No voy á juegos de cañas,
Cual tú celoso rumiaste,
Ni por celos disminuyo
El bonete y los plumajes,
Albornoz, marlota, galas,
Medallas, manga y volante:
Muy furioso hiendo y quiebro
En las enemigas haces
Petos, y yelmos, y grevas,
Lanzas, y picas, y alfanjes:
Ni trato al tierno Cupido,
Que el amor es intratable,
Pues en pechos valerosos
Siempre predomina Marte:
Ni yo amenacé á tu dama,
Ni jamas le envié mensaje;
Que es vileza amenazar
A quien no puede vengarse.
Ni yo la solicité
Por con el Rey congraciarme,
Pues me congracio con él
Sirviéndole con mi alfanje:
Ni yo le conquisto damas,
Sino reinos y ciudades;
Pues yo nunca me he preciado
De razones elegantes,
Porque nunca son curiosos
Los varones militares.

A las diez del dia dices
Que contra mí al campo sales :
¡Pésame porque me alargas
Tanto el plazo de matarte !
Pero no verás el dia
De las partes orientales,
Porque aquesta noche pienso
De tus palabras vengarme.
Estas jactancias que dices,
Para mí muy poco valen,
Porque siempre son soberbios
Los que cual tú son cobardes.
Desafías á Zulema,
Sabiendo bien, como sabes,
Que una vez que te agravió
No pudiste de él vengarte.
Dices, moro, que el alcázar
Con tus suspiros abrases;
Mas palabras y suspiros
Cosas son que lleva el aire.—
Esto entre sí iba diciendo
Albayaldos contra Azarque,
Picando el caballo aprisa
Con deseo de encontrarle.

(*Romancero general.*)

200.

AZARQUE DE OCAÑA. — IX.

(*Anónimo.*)

El valiente moro Azarque,
Preso en la fuerza de Ocaña,
No por traidor á su Rey,
Mas por leal á su dama,
A Toledo le traian;
Que los jueces de su causa,
Que son unos recios celos,
Dicen que muera quien mata.
Ya por el aire relumbran
Las cien banderillas blancas
De los ginetes que el moro
Tenia y trae para guarda.
Otros ciento le reciben
Que vienen haciendo plaza,
Y guiando para donde
Manda el Rey que preso vaya.
Entrando por la ciudad,
Los graves ojos levanta
A las temidas paredes
De su respetada casa:
Grandes gritos suenan dentro,
Que en ellas presos estaban
Sus amigos y sus deudos
De Toledo y de la Sagra.
Azarque dió una gran voz,
Diciendo: — Abrid las ventanas
Los que me llorais, y oidme.—
Abrieron, y así les habla:
—La vida de mis mayores,
Que representa mi estatua,
Mis proezas, por quien ciño
Corona de roble y palma,
Acaballas pudo amor,
Que lo mas eterno acaba,
Que el tiempo ni la fortuna
Jamas osaron mirallas.
Importaba á su nobleza
Que de mi sangre las manchas
Estos umbrales tiñeran,
No del tablado las gradas.
Llorad esto solamente,
Porque á cargo de la fama
Está el darme eterna vida
Con su trompa y con sus alas.
¡Paredes, deudos y amigos,
Cupo en vos dureza tanta!
¿No hay una herbolada flecha
Para estorbar esta infamia?
¿A las manos de un verdugo
Quereis que mi vida vaya?
¿A las vuestras no muriera
Sin pregones mas honrada?
¿Cómo es que no me entendeis?...—
En esto los de la guarda
Hicieron andar la yegua
Y al pregonero avisaban
Gritase: «Esta es la justicia
«Que nuestro Rey hacer manda
»Al moro Azarque, traidor
»Contra su corona sacra».
—¿Corona llamais al gusto,
Dijo Azarque, de que ataja
Con mi muerte cierto fuego
Que quiso abrasalle el alma?—
Por hacer lisonja al Rey,
¡Tanto puede una mudanza!
Celindaja en su balcon
Exenta y risueña estaba.
¡Oh firmezas mujeriles,
Qué pocas fuerzas que bastan
A mellar vuestros aceros,
Y á batir vuestras murallas!
Vióla Azarque, y al sargento
Dijo: — Solas dos palabras
Tengo yo que hablar aquí;
No me niegues esta gracia.
—Dos, y mil podrás, le dice,
Que pues no huye la cara,
A tu muerte y á tu afrenta
Holgaráse de escuchallas.
—En mi prision, dijo el moro
Mi corazon me mostraba
En tu presencia el olvido,
Que es fe de mujeres varias.
Dobló tu firmeza al fin
Una corona pesada,
Con la cual en tus flaquezas
Reinas siendo vil vasalla.
El sol azul que saqué
En mi cielo de esperanza,
Tu pecho eclipsarle pudo,
Que es tierra que el Rey levanta.
Del chapitel de tus glorias,
Cumbre peligrosa y vana,
Hasta el centro de tus penas
Soberbiamente me lanzas:
Azarque soy, no es posible,
Pues tanto el tiempo me agravia,
Que á los flacos haga duelo,
Y á los valientes venganza.—
En esto de entre la gente,
Sin que lo vieran, disparan
A Celindaja una flecha,
Justa pero mal tirada:
Clavada está en el balcon
Hasta la mitad del asta,
En la cual iba esta letra:
«Otra para el Rey se guarda.»
Viva Azarque, grita el vulgo,
Muera el Rey y Celindaja;
Y fué tan grande el ruido
Que dió el eco en el alcázar.
Celindaja dijo al Rey:
—Del pueblo indignado aplaca
La insolencia, no permitas
Que á tí se vuelvan sus armas.—
Porfía el Rey en que muera;
La popular furia mata
A los guardas, libra el preso,
Y á quien le ofende amenaza;
Celindaja y el Rey huyen,
Azarque á Olías se pasa,
Y amor de todos se rie,
Que sus paces son batallas.

(*Romancero general.*)

ROMANCE DE ALBENZAIDE.

201.

ALBENZAIDE.

(*Anónimo.*)

Con amarillas divisas,
Azar de fortuna avara,
Y desesperada empresa
De ausencia desesperada;
Descubiertas sus pasiones,
Y al brazo izquierdo la adarga,
Y en ella de Amor y Marte
Una reñida batalla,
Que sobre partir un moro
Dudosamente se traba;
Pero llevan por despojos,
Marte el cuerpo, Amor el alma,
Y por divisa esta letra:
«Sepa aquesto Galiana.»
Por la deleitosa vega,
Del rey de Toledo Audalla,
Por cuyos llanos extiende
Tajo sus ondas doradas,
Albenzaide, capitan,
Vencedor famoso en armas,
Y solo de sí vencido
Porque el alma es tributaria;
Junto á los palacios ricos
De aquella mora gallarda,
Que ha Galiana por nombre,
Y es de amor belleza y gala,
Haciendo penoso alarde
De los tormentos que pasa,
En una alazana yegua
Pasea la vega llana.
A tomar va la licencia
Y bendicion de su dama,
Que el Rey le envía al socorro
De su deudo el de Granada,
Que le tiene en gran aprieto
El de la mano horadada[1].
Mándale luego partir;
Mas dice Amor que no parta;
Que suele hacer en amores
La ausencia burlas pesadas,
Y por madrastra la siente
Quien mejor de ausencia escapa;
Pero todo lo atropella
Temor de cobarde fama,
Y la honra le hace fuerza,
Que ya es honra la desgracia.
Ve á su Galiana puesta
Albenzaide á la ventana,
Cogiendo el delgado viento
Que ondea en las frescas aguas.
Salúdanse con los ojos,
Y encuéntranse con las almas:
Hácela el moro mesura,
Y Galiana se la paga.
El mirar sirve de lengua,
Que la lengua está vedada,
Y aunque el moro hablar quisiera,
La plática amor baraja;
Que en sus pasiones no hay vado
Y anéganse las palabras,
Y así mueren en su pecho
Mil razones mal logradas;
Mas ya de esta despedida
Hizo el oficio una carta,
Y un lastimoso papel
Que dió el moro á su criada,
Que está puesta en el balcon,
Que al lado tiene la casa.
Llégase Albenzaide á ella,
Y el adarga en alto alza:
Muéstrale la empresa y mote,
Y con lágrimas la encarga
Que pues la partida sabe,
Sepa aquesto Galiana.
La mora se lo promete,
Y tambien ser su abogada,
Y agradecido de aquesto
Aquel capitan de ansias
Hacia Toledo se vuelve,
Vuelve á su bien las espaldas,
Y vueltas, la vega mira
Do sus pensamientos pasa.
Maldiciendo va de honra
La obligacion y las cargas:
De tener cargas se queja,
De ser capitan se agravia,
Pues por el sueldo de un Rey
Pierde el de su esperanza.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance parece referirse á la época de Alfonso el VI.

ROMANCES DE SARRACINO Y GALIANA.

202.

SARRACINO Y GALIANA. — I.

(*Anónimo.*)

Galiana está en Toledo
Labrando una rica manga[1]
Para el fuerte Sarracino
Que por ella juega cañas.
Matizaba por divisa,
Con seda amarilla y parda,
Empresa que lleva el moro
En el campo de la adarga,
Una flecha de Cupido,
Que en un pedernal tocaba,
Sacando muchas centellas,
Y por letra: «Pocas bastan.»
Estaba á su lado izquierdo
Una cautiva cristiana,
Llorando memorias vivas
Entre muertas esperanzas:
Galiana la pregunta
Del llanto la triste causa,
Y los ojos en la flecha
La responde: — Pocas bastan. —
Libertad tuve algun dia;
Mas fué libertad de dama,
Pedernal algunas veces,
Y otras veces cera blanda.
En este tiempo que digo,
Me quiso mas que á su alma,
Un cristiano caballero
De los de la cruz de grana:
Híceme sorda á sus quejas;
Mas fué su porfía tanta,
Que vino á sacar centellas
De una piedra dura, helada.
Apénas le quise bien
Cuando fortuna voltaria
Hizo que la muerte dura
Probase en él su guadaña.
Murió por ser cosa mia
Entre mil moriscas lanzas,
Quedando yo prisionera
De tu pariente Abenámar.
En mi alma el monumento
De sus cenizas se guarda,
Y la memoria importuna
De cenizas fuego saca.
Así te dé Dios ventura,
Señora, en eso que labras,
Que mires por tus deseos,
Que son traidores de casa,
Y que dejes que mi llanto
Apriesa del pecho salga,

Que aunque ves que lloro mucho,
Mucho que llorar me falta.—

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

¹ Sobre el asunto de estos romances hay una comedia de Don Alvaro Cubillo, intitulada, *El Buen Término de Amor, y Manga de Sarracino.*

203.

SARRACINO Y GALIANA.—II.

(*Anónimo.*)

En el cuarto de Comares,
La hermosa Galiana,
Con estudio y gran destreza,
Labraba una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas:
La manga es de tal valor,
Que precio no se le hallaba.
De aljófar y perlas finas
La manga iba esmaltada
Con muchos recamos de oro,
Y lazos finos de plata;
De esmeraldas y rubíes,
Por todas partes sembrada.
Muy contento vive el moro
Con el favor de tal dama:
La tiene en el corazon,
Y la adora con el alma:
Si el moro mucho la quiere,
Ella mucho mas le ama.
Sarracino lo merece,
Por ser de linaje y fama,
Y no lo hay de mas esfuerzo
En el reino de Granada.
Pues si el moro es de tal suerte,
Bien merece a Galiana,
Que era la mora mas bella
Que en muchas partes se hallaba.
Muchos moros la sirvieron,
Nadie pudo conquistarla,
Sino el fuerte Sarracino,
Que ella dél se enamorara,
Y por los amores dél
Dejara los de Abenámar.
Contentos viven los dos
Con colmadas esperanzas,
Que se casarán muy presto
Con regocijo y con zambras,
Porque entiende el Rey en ello,
Y tiene ya la palabra
Del alcaide de Almería,
Que es padre de Galiana,
Y así en Granada se dice
Que se casarán sin falta.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegries, etc.*)

204.

SARRACINO Y GALIANA. — III.

(*Anónimo.*)

Aquel firme y fuerte muro,
En defensa de su patria,
Y bravo y fiero leon
Contra la nacion cristiana;
El que dió tantos asaltos,
Y escaló tantas murallas;
Al que teme todo el mundo
Por su fuerte brazo y lanza;
El que las mezquitas pobres
Tiene ricas, y adornadas
De victoriosos trofeos,
Memoria de sus hazañas,
Y el que enjaeza el caballo
De las cabezas de fama,
Y el mas que todos querido,
Y servido de las damas,
Y á quien le dan sus favores
En los saraos y zambras,
Y á quien todas le presentan
Para los juegos de cañas,
Ricas mangas y almaizares,
Y divisa de su adarga,
Y el mas bien quisto en la corte
De Almanzor, rey de Granada;
Es el fuerte Sarracino,
Que estando malo en la cama,
A su cabecera tiene
La flor de belleza y gala,
Que es una graciosa mora,
Que Celia ó cielo se llama;
Que mas el nombre de cielo
Que no el de Celia le cuadra,
A quien tiene el dios Cupido
Cuenta de pagarle parias,
Y así su mal es ninguno,
Pues con tanto bien se paga;
Y todos juzgan por gloria
El mal que en la cama pasa,
Y aquel que mas salud tiene
Trocára de buena gana
Con su larga enfermedad
Aunque nunca se acabára:
Pero á él no le satisface,
Ni para alegrarle basta,
Y es porque el moro estaba ausente
De su hermosa Galiana,
Y con suspiros le dice:
—¡ Gloria y amor de mi alma!
¿Dónde estás que no te veo,
Dulce bien, dulce esperanza
Del corazon que te adora,
Y que tú propia traspasas?
Muy presto será mi muerte,
Si tú en visitarme tardas:
No hagas hechos de fiera,
Pues tienes de ángel la cara,
Pues tú con tu hermosa vista
Resucitas á quien matas.—
Y en esto diciendo, el moro
Pide con mortales ansias
Que le dén tinta y papel
Para escribirle una carta.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE ZAIDA LA DE TOLEDO.

205.

ZAIDA DE TOLEDO. — I.

(*Anónimo.*)

Por las riberas del Tajo,
Donde mas su curso extiende,
Junto á la ciudad famosa
Que por su muro lo tiene,
Un Bencerraje gallardo,
A quien el amor ofende,
Al tiempo que está en su gloria,
Y en la mayor que dar puede,
En un overo que al viento
En la lijereza escede,
Camina el moro vestido
De morado, azul y verde.
Va á las fiestas que en Ocaña
Un moro de los Gomeles
Hace por servir á Aja,
Que ya por esposa tiene.
De cinco escuadras de cañas
Que ha ordenado el moro alegre,
Una encargó al Bencerraje;
Mozo de años dos y veinte;
Que aunque es tan mozo, una lanza
Tan bien con el brazo mueve

Como una liviana caña
Que lijera el aire hiende.
—¡Oh cielos, dice, pluguiera
A Alá que los alquiceles
A mi y á un moro traidor
Trocara en armas la suerte!
¿Cómo podré jugar cañas
Con un falso que se atreve
A turbar la dulce gloria
Que tan bien mi fe merece?
¿Cómo, señora, de esta alma
Crédito das al que miente,
Agraviando mi fe pura,
Que á solo tu gusto atiende?
Yo jamas he publicado
Que en nada me favoreces,
Y siempre guardé el secreto
Que á tu mucho amor se debe.
No será posible, Zaida,
Que descubra eternamente
La secreta gloria mia:
Ruego á amor que me la niegue,
Y que jamas, bella mora,
Me muestres tu rostro alegre,
Y entre lanzas enemigas
Me dén afrentosa muerte,
Y que del todo olvidada
De saberla no te pese,
Si la fe que te he jurado,
Mora mia, no cumpliere;
Y la cifra de mi adarga
Esta declaracion pruebe,
Pues va sembrada sobre aguas,
Cual ves, de pequeños peces,
Que jamas sonido alguno
Con la lengua formar pueden;
Y si no fuere mas mudo,
Mude amor mi alegre suerte,
Y castigue el cielo santo
Una lengua que me vende,
Pues yo el morir le dilato
Por tu amor que me detiene;
Que á no estar él de por medio
No tirara caña leve,
Sino lanza que pasara
El pecho de quien me ofende.—

(*Romancero general.*)

206.

ZAIDA DE TOLEDO.—II.

(*Anónimo.*)

En un dorado balcon,
Cuya fuerte y alta casa,
Quebrando manso las olas
Toca el Tajo con sus aguas,
Hecha cuidadosos ojos
Estaba la hermosa Zaida,
Tendiendo su atenta vista
Por el camino de Ocaña.
Con el cuidado que nace
De una amorosa esperanza,
Mira por si acaso viese
Un Bencerraje á quien ama.
A cada bulto que asoma,
La atenta vista repara,
Porque todos le parecen
El Bencerraje que aguarda.
De léjos algunas veces
Le llena de gloria el alma,
Lo que llegado mas cerca
Le entristece y desengaña.
—¡Ay mi Bencerraje, dice,
Si anteayer me viste airada,
Ya mis ojos me disculpan,
Que con lágrimas me bañan!
Arrepentida las vierto
De imaginar que á mi causa
Fuiste el mas triste y gallardo
De cuantos jugaron cañas:
Aunque estaba, si lo adviertes,
Con justa causa agraviada,
Pues vi de enemiga lengua
Desdorar mi honesta fama.
Si tú no diste ocasion,
Perdona á tu humilde Zaida,
Y si por tuya la tienes,
No te pese que sea honrada.
A ley de bueno, el secreto
Debido á mi estado guarda,
Pues no faltará la fe
De esta mora que te ama.—
Dice, y vió que el Bencerraje,
Gallardo á su puerta llama,
Y lijera baja á darle
Brazos, cuello, pecho y alma.

(*Romancero general.*)

207.

ZAIDA DE TOLEDO. — III.

(*Anónimo.*)

El Bencerraje que á Zaida
Entregada el alma tiene,
En sus colores publica
Que de su luz vive ausente.
De leonado viste el moro,
Porque su fe no consiente
Que alma ni cuerpo en ausencia
Vista colores alegres.
Con blanca y leonada toca
Aprieta un rojo bonete,
Y en él con tres plumas negras
Cubre moradas y verdes.
En las moradas publica
Su fe, que no desfallece,
Por mas que la ausencia triste
Su fiero rigor aumente.
Por las verdes vive el moro
Cuando mas su pasion crece,
Porque se las dió su Zaida
Para que en ausencia espere;
Mas quien gozó alegre estado
Cual él le gozó presente,
Es bien que con luto cubra
Memorias de ausentes bienes.
En un hermoso caballo
Que lo blanco hurtó á la nieve,
Solo, aunque no de pasiones,
Pasea el moro valiente.
No le llega el acicate
Para que brioso huelle,
Porque aun en esto procura
Su mucha pasion se muestre.
Llegado el moro al balcon,
Donde á su dama ver suele
Viéndose tan léjos de ella
Nuevo dolor le enternece.
—¡Ay balcones venturosos
Que fuisteis mi cielo alegre,
Y por mi corta ventura
Ya sois desiertas paredes!
No esteis ufanos y altivos,
Aunque dorados y fuertes,
Que una humilde casería
En la ventura os excede.
En ella mi Zaida hermosa
A su placer se entretiene,
Obligada de su honor,
De sus padres y parientes.
Si tú quisieras, ¡oh Zaida!
Trocado hubiera por verte
Esta ciudad, y mi casa
Por solo un pajizo albergue,
Que su humildad y pobreza
Tuviera por rica suerte,

Como fuera en el lugar
Que con tu gloria enriqueces.
Mándasme que ausente viva,
Y es dar licencia á la muerte,
Que la mal hilada estambre
De mi corta vida quiebre.—
Esto dijo el Bencerraje,
Y amor que le favorece,
En céfiro se trasforma
Que blando sus plumas mueve:
Pero muévelas de forma
Que las hace que se truequen,
Y las negras no parezcan,
Viéndose claras las verdes.
Atento lo mira el moro,
Y en aquel prodigio advierte,
Que será desconocido
Si al cielo no lo agradece.
Las plumas negras arranca,
Verdes y moradas quiere,
Las negras entrega al viento
Que las esparza y las lleve.
Creció su soplo, y lijero
Con mil regates revuelve,
Hasta hacer que las plumas
En casa de Zaida se entren.
Viólo, y satisfecho el moro,
Dijo: —Asl es justo se ordene,
Que pues mi ausencia te alcanza
Parte de mi luto lleves.—

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE BRAVONEL, DE ZARAGOZA.

208.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — I.

(*Anónimo.*)

Bravonel de Zaragoza
Al rey Marsilio demanda
Licencia para partirse
Con el de Castilla á Francia.
Trataba amores el moro
Con la hermosa Guadalara,
Camarera de la Reina,
Y del Rey querida ingrata.
Bravonel, por despedida
Y en servicio de su dama,
Hizo alarde de su gente
Un mártes por la mañana.
Alegre amanece el dia,
Y el sol mostrando su cara
Madrugaba para verse
En los hierros de las lanzas.
Llevaba su compañía
Marlotas de azul y grana,
Morados caparazones,
Yeguas blancas alheñadas.
Por el Coso van pasando
Donde los reyes aguardan;
Colgada estaba la calle,
Y la esperanza colgada:
Aguardaba todo el vulgo
A Bravónel y á su gala,
Y la Reina con ser Reina
A todo el vulgo acompaña.
Ya pasa el moro valiente,
Ya las voluntades pasan;
¡Mas muchas se van con él
Que no es posible parallas!
No lleva plumas el moro,
Que como de véras ama,
Juró de no componerse
De plumas ni de palabras.
En la adarga berberisca
Con su divisa pintada,
Tan discreta como el dueño,
Y como el dueño mirada,
Lleva una Muerte partida
Que juntarse procuraba,
Con un letrero que dice:
«No podrás hasta que parta.»
Delante del real balcon
Hasta el arzon se inclinaba;
Hace á las damas mesura,
Levantádose han las damas;
Pero no lo pudo hacer
La hermosa Guadalara,
Que el grave peso de amor
Por momentos la desmaya.
Suplicó la Reina al Rey
Que hubiese á la noche zambra,
Y el Rey por dalle contento
Dice que mande aplazalla.
Toda la gente se alegra;
Llorando está Guadalara,
Pues es mártes, y hace sol,
Cierta señal de mudanza.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

209.

BRAVONEL DE ZARAGOZA.—II.

(*Anónimo.*)

Avisaron á los Reyes
Que ya las nueve eran dadas,
Y que Bravonel pedia
Licencia para su zambra.
Juntos salieron á verla,
Aunque apartadas las almas;
Bravonel tiene la una,
Y la otra Guadalara.
De la cuadra de la Reina
Iban saliendo las damas,
Guadalara viene en medio
De Adalifa y Celindaja,
Dos moras que en hermosura
A todas hacen ventaja,
Y tambien en las desdichas
De aficiones encontradas.
De morado, azul y verde,
Está la sala colgada,
Las alfombras eran verdes
Porque huellen esperanza.
A cierta seña tras esto
Se oyeron á cada banda
Concordados instrumentos
Y penas desconcertadas.
Bravonel entró el primero,
Y dando á entender que guarda
Amor, secreto y firmeza,
Esta divisa sacaba:
Un potro de dar tormento
Entre coronas y palmas,
Con una letra que dice:
«Todas son para el que calla.»
Azarque, primo del Rey,
Muy azar con Celindaja,
Abriendo puerta al rigor
De sus encubiertas ansias,
Traia en un cielo azul
Una cometa bordada,
Y esta letra entre sus rayos:
«Cometa celos quien ama.»
Záfiro por Adalifa,
Un tiempo su apasionada,
Mostró con esta divisa
De sus tormentos la causa.
Una viuda tortolilla
En seco ramo sentada,
Y un mote que dice así:
«¡Tal me puso una mudanza!»
Guadalara y Bravonel
Tiernamente se miraban,
Que cansados de penar

De disimular se cansan.
Mucho se ofenden los Reyes
Y mucho el amor se ensalza,
En ver que allanan sus flechas
A las majestades altas.
Azarque y Záfiro hubieron
Sobre no sé qué, palabras..
Sí, lo supe; celos fuéron
De Adalifa y Celindaja:
Pierden al Rey el respeto,
Paró la fiesta en desgracia,
Que entre celos y sospechas
No hay danzas sino de espadas.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

210.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — III.

(*Anónimo.*)

Despues que en el mártes triste
Mostró alegre el sol la cara,
Tiene la suya cubierta
La hermosa Guadalara.
No quiere ver ni ser vista
Despues que Bravonel falta,
Ni mostrar el rostro alegre,
Porque tiene triste el alma.
Mucho siente el acordarse
De la noche de la zambra,
Fin de toda su alegría,
Y principio de sus ansias
Acuérdase de la empresa
Que su Bravonel llevaba,
Y suspirando decia:
«¡Todas son para el que calla!»
Procura encubrir su pena,
No quiere comunicalla,
Porque no pierda la fuerza
El dolor que el alma pasa:
No advierte cuán mal se encubre
El fuego que el alma abrasa
Porque el fuego ha de salir
Por los ojos del que calla.
Crecen celos y sospechas,
Y con ausencia tan larga
Está cierta de que quiere,
Dudosa si es olvidada.
Pasados bienes la afligen,
Presentes males la cansan,
Esperanzas la entretienen,
Desconfianzas la acaban.
Dobla el llanto porque el Rey
Mandó á los guarda-damas.
Que no consientan que escriba
A Bravonel Guadalara,
Creyendo que larga ausencia
Causará en ella mudanza,
Y que así le vendria á ser
Agradecida su ingrata.
Para alivio de su pena,
No pudiendo escribir carta,
Pensando en su Bravonel,
Pidió ella una rica almohada.
Sobre un tafetan leonado,
Color que á tristes agrada,
Mostrando firmeza y pena
Una alta peña labraba,
Desde donde nace un rio
Que un prado marchito baña,
Y en lengua mora esta letra:
«Muy mayor es Guadalara.»
Con esto pasa la vida
Que es la muerte desastrada,
Hasta ver á Bravonel
Que es de sus penas la causa.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

211.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — IV.

(*Anónimo.*)

Alojó su compañía
En Tudela de Navarra,
Bravonel de Zaragoza
Que va caminando á Francia.
Con sus mansas hondas Ebro
Parecia que llamaba
A la esquina de un jardin,
Frontero de su ventana.
El moro finge que son
Amigos que le avisaban,
Que pasan á Zaragoza
Y que vea si algo manda.
—¡Amadas ondas! las dice,
De vosotras fio el alma,
Y estas lágrimas os fio;
Si no son muchas, llevaldas.
Pasais por junto á un balcon
Hecho de verjas doradas,
Que tiene por celosías
Clavellinas y albahacas:
Allí me cumple que todas
Gritando mostrais las ansias
De este capitan de agravios
Que va caminando á Francia.
Y si por dicha saliere
A miraros Guadalara,
Procurad que entre vosotras
Vea mis lágrimas caras...
Mal he dicho: no las vea
Que me corro de llorarlas,
Y de que en mi pecho duro
Cupiesen tiernas entrañas.
El bravo me llama el vulgo,
No se desmienta mi fama;
Afuera enredos de amor,
Que me embarazais las armas.—
Tras esto oyó que á marchar
Tañen trompetas bastardas,
Y que aguardan sus ginetes,
Le dijo un cabo de escuadra.
Quitó la partida Muerte
Divisa agorera y mala,
Y en su bandera ponia,
Adivinando bonanza,
Encima de un nuevo mundo
Con grande vuelta una espada,
Y en arábigo una letra:
«Para la vuelta de Francia.»
Alegróse Bravonel,
Y en un overo cabalga,
Diciendo: — ¡Para la vuelta
No es un mundo mucha paga! —

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

212.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — V.

(*Anónimo.*)

Bravonel de Zaragoza,
Y este moro de Villalba,
Hijo de Celin Gomel,
Aquel que fuera de España
Dió muestra de su persona
Contra la enemiga espada,
Traen los dos competencia
Por la mora bella Zaida,
Hija del gran Alfaquí,
Consiller del rey Audalla,
El que en cosas de la guerra
Tiene su voto en Granada:
Sin esto, el mayor alcaide
Del Jarife que está en guardia
Gobernando el señorío

Y reino de Lusitania.
Para conseguir su empresa
Bravonel, luego despacha
Con un moro su criado
A Zaragoza una carta,
A pretender que su padre
Le responda à su demanda.
Fuéle contraria fortuna,
Y fué su suerte contraria,
Pues su padre le responde
Muy fuera de lo que él anda;
Y así aunque es moro gallardo
Desiste de la demanda,
Mas no de rendir contino
A Celinda vida y alma.
El de Villalba se parte,
Llevando á la bella Zaida
Retratada en un papel
E impresa dentro en el alma:
Y aunque de partirse triste,
Alegre, pues la esperanza,
Que es mensajera del tiempo
Y espera, traerá bonanza.
Del Océano las olas
Rompe para irse á su patria,
Y el aire con mil suspiros
Sacados de allá del alma;
Y para se consolar
Mira el retrato, y le habla,
Dice —¡Trasunto de aquella
Mora, que enamora y mata
Mil apasionados pechos,
Y al mismo amor avasalla;
Alá permita, señora,
Que sea mi suerte tan alta,
Que pueda nombrarme tuyo
En los saraos y zambras!—
Con esto se parte el moro,
Y queda la bella Zaida
Neutral entre ambas partes,
Tan altiva, cuanto dama.

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

213.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — VI.

(*Anónimo.*)

A las sombras de un laurel
Junto de una fuente clara,
Do vertia sus cristales
En una negra pizarra;
En las riberas famosas
Que el agua del Ebro baña,
Y en un jardin do tenia
El rey Marsillo á sus damas;
Con pluma, tinta y papel
Sentada está Guadalara,
Escribiendo sus pasiones
A quien de ellas es la causa.
En arábigo le escribe,
Y aljofarando su cara,
A cada letra que pone
Parece que se desmaya.
Soltó la pluma en el suelo,
Papel y tinta, turbada,
Y turbado el pensamiento
Acude aprisa á la playa,
Como aquella que adivina
Que de su moro las aguas
Alegre nueva le traen,
Con que alegra tanto el alma.
El rio, contra costumbre,
Y las aguas luego paran,
Mostrando que Bravonel
En ellas está, y no habla.
Mira la mora el misterio
De las aguas y descansa:
—¡Amadas ondas, les dice,
Del corazon y del alma!
Aunque mudas por las señas
Me descubris á la clara,
Que visteis á Bravonel
En Tudela de Navarra.
¿Decisme que quedó triste?
¡Mas triste quedó mi alma,
Pues de dia no reposa,
Y de noche no descansa;
Que el mártes cuando partió
Salió el sol con tal pujanza,
Diferente á las divisas
Que mi Bravonel llevaba!—
En esto llegó la Reina
Y el Rey, con todas sus damas.
Y viendo en tierra un papel
Para alcanzarlo se abaja.
Leyóle el Rey para sí,
Y en leyéndole, le rasga,
Porque no digan las gentes
Que es de alguna de sus damas.
Al ruido de los Reyes
Dejó el rio Guadalara,
Mas no pudo ser tan bien
Que el Rey no la sintió, y calla.

(*Romancero general.*)

214.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — VII.

(*Anónimo.*)

Con valerosos despojos
Del valor que tuvo en Francia
Su gallardo y fuerte brazo,
En Tudela de Navarra,
Entra bravo Bravonel,
Alegre de su esperanza,
Y él mismo lleva la nueva
De la sangrienta batalla.
Albricias en Zaragoza
Entra pidiendo á su dama,
De quien está tan pagado
Que el veria tiene por paga;
Y puesto junto á un balcon,
Hecho de verjas de plata,
Solo por los ojos negros
Reconoce á Guadalara;
Porque todos de un metal
Le parecen á quien ama,
El fino oro los cabellos,
Lo blanco plata cendrada.
Miraba el vestido verde,
Y las mejillas miraba,
Y el moro finge que son
Clavellinas y albahacas.
Las clavellinas le encienden,
La albahaca le desmaya,
Que es de natura en amor
Una esperanza muy alta.
Suspenso está Bravonel,
Guadalara muda estaba,
Aunque los ojos de entrambos
Con lenguas de amor se hablan.

(*Romancero general.*)

ROMANCE DE HOMAR, LUSITANO.

215.

HOMAR LUSITANO.

(*Anónimo.*)

El gallardo moro Homar
Que en Africa residia,
Ilustre en sangre y nobleza,
Y aunque villano en la dicha,
No en villanas pretensiones,

Puesto que amaba y servia
Con vida, hacienda y persona
A la bella mora Ziza,
A quien el incauto moro
Muy muchas veces decia,
Que allá en la fuente de Almeida
Vaya para hablarle un dia.
A esto responde la mora :
—¡Ay Homar de mi alma y vida!
¡Cómo me mandas que vaya
A ser dos veces cautiva,
Una de tí, y luego otra
De ese capitan de Arcilla,
A quien no se escapa moro,
Ni mora que no cautiva,
Porque es Marte en el valor
Y Ulises en maestrías! —
La mora cumple su ruego
Despues de larga porfía;
Pero aun no hubo bien llegado
Do su muerte está vecina,
Cuando salió el lusitano
De do emboscado yacia,
Y cautivando la mora,
Se va la vuelta de Arcilla.
El sarraceno que vió
Cautivo el bien de su vida,
Al capitan humillado
Con humilde voz decia :
—Suplícote, si algun tiempo
Tuviste en amor desdicha,
Permitas que pueda hablar
Con la que llevas cautiva.—
Concedida la licencia,
El moro así habla á Ziza :
—Yo te juro, dulce esposa,
Por Pluton y Proserpina,
De librarte, ó morir ántes
De media luna cumplida.—
La mora triste y llorosa
Al gallardo moro mira,
Diciéndole : —Ya es tarde
Para seguir tu porfía,
Y pues tan tarde viniste,
Vuelve, moro, á tu alcaidía,
Y procúrala guardar
Mejor que guardaste á Ziza.—
Corrido y avergonzado
El moro se alzó en la silla,
Y cubierto de su adarga
Arremete en balde, aprisa,
Contra la segura gente,
Mas allí perdió la vida.
La desconsolada mora
Junto del cuerpo tendida
De su mal logrado amante,
Con triste canto decia :
—Rompa mi blanco pecho
Este puñal agudo,
Pues mi desdicha pudo
Sacarme á tal lugar, y á mi despecho.
Es bien que le acompañe
En triste sepultura,
El mio sin ventura,
Y que la tierra con mi sangre bañe.
Sirva de aviso eterno
Este mi triste amor y desvarío,
Que si será, y yo fio,
Miéntras hubiere estío y frio invierno.
Arranquen mis entrañas
Las aves carniceras,
Tambien las bestias fieras
Naturales y extrañas,
Quedando solo el nombre
De los dos que murieron;
Porque bien se quisieron
Dignos de eterna fama y de renombre.—
Pesaroso el capitan
Por ver la presa perdida,
Se recogió con su gente
Para su fuerza de Arcilla.
Y porque en memoria fuese
Puso en mármol esculpida
Esta lamentable historia
Del moro Homar y de Ziza.

(*Romancero general.*)

ROMANCE DE MOSTAFA.

216.

MOSTAFÁ.

(*Anónimo.*)

Sembrados de medias lunas
Capellar, marlota y manga,
Y de perlas el bonete,
Con plumas verdes y blancas,
El gallardo Mostafá
Se parte rompiendo el alba,
A donde la armada fuerte
De su Rey le espera y llama;
»Y de la mar las trompetas,
»Chirimías, pitos, flautas,
»Añafiles, sacabuches,
»Le hacen la seña y la salva.»
Cabalga el bizarro turco
A la brida y la bastarda
En un caballo mas blanco
Que la blanca nieve helada.
Lijero, brioso y fuerte,
Con unas efes por marcas;
Que hasta en el caballo quiere
Mostrar su fe limpia y casta.
Pártese el bizarro turco
A la conquista de Malta,
Y á otra mayor conquista
Que tiene en su pecho y alma;
»Y de la mar las trompetas,
»Chirimías, pitos, flautas,
»En voz formada le dicen :
»General, embarca, embarca.»
Responde el amor por él :
—¿A dó, fortuna, me llamas?
¿Quieres te busque en el mar,
Pues en la tierra me faltas?
¿Piensas que de la mar pueden
La multitud de las aguas
Aplacar la mayor parte
De este fuego que me abrasa?—
Y con este sentimiento
Por delante el balcon pasa,
A do le amanece el dia
A la noche de sus ansias;
Y reparándose todas,
Viendo presente la causa,
Dispuesta á darle favores,
Que ya de desden se cansa :
—Hermosa Zaida, la dice,
Si mi presencia te enfada,
Dame una prenda á tu gusto
Con la licencia que parta. —
—De tu partida me pesa,
Le responde, pero basta
Con que lleves esta prenda,
De aquestas manos labrada.—
En los estribos el moro,
Del capellar en la manga
Las dulces prendas recoge
De la que le prende y mata.
Descubre un lienzo labrado
De oro fino y seda parda,
Con la rueda de fortuna
A lo vivo dibujada :
«Y de la mar las trompetas,
»Chirimías, pitos, flautas,
»En voz formada le dicen :
»General, embarca, embarca.»

—No tan aprisa, enemigos;
Dejadme gozar la palma,
Que mis deseos encumbra
Y mis razones ensalza;
Y porque à la cumbre suba,
Tan solo, mi Zaida falta,
Que quieras tú dar la mano
A quien das mano y palabra.
—Conténtate por agora,
Dice la bella sultana,
Que el tiempo lo cura todo,
Y como venga no tarda.—
De alegre y contento el moro
Mudo con los ojos habla,
Y pártese porque es fuerza;
Y el cuerpo parte sin alma:
«Y de la mar las trompetas,
»Chirimías, pitos, flautas,
»Añafiles, sacabuches,
»Le hacen la seña y salva.»

(*Romancero general.*)

ROMANCES DEL ALBANES [1].

217.

EL ALBANES. — I.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Criábase el Albanes
En las cortes de Amurates,
No como prenda cautiva
En rehenes de su padre,
Sino como se criara
El mejor de los sultanes;
Del Gran Señor regalado,
Querido de los bajaes,
Gran capitan en la guerra,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Y espejo entre los galanes.
Recien venido era entónces
De vencer, y de ganalle
Al de Hungría dos banderas,
Y al Sofí cuatro estandartes.
¿Mas qué aprovecha domar
Invencibles capitanes,
Ni contraponer el pecho
A mil peligros mortales,
Si un niño ciego le vence,
No mas armado que en carnes,
Y en el corazon le deja
Dos harpones penetrantes;
Dos penetrantes harpones,
Que son los ojos suaves
De las dos mas bellas turcas
Que tiene todo el Levante?
Bien conoció su valor
Amor, que para enlazalle
Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos prendalle.

(GÓNGORA, *Obras de.*)

[1] Este romance hace alusion al famoso duque de Alba.

218.

EL ALBANES.—II.

(*Anónimo.*)

Tuvieron Marte y Amor
Un dia grandes combates,
En unas reales fiestas
En las cortes de Amurates.
Juntas pues muchas naciones
De moros, turcos y alarbes,
Entre todos se señala
El Albanes muy pujante,
Que ha llevado de las justas
A pesar de los bajáes,
El lauro de la victoria;
Pero quiso Amor premiarle
Con el favor que Arselinda
Desde un corredor le hace;
Turca ilustre de valor,
Descendiente de sultanes,
La cual le envía un recado
Al palenque con dos pajes.
El Albanes le recibe
Con apacible semblante,
Y ya cuando de la plaza
Mandó el Sultan que le saquen,
Y que resuenen las trompas,
Los pífanos y atabales,
Quiso fortuna envidiosa,
Para mas entronizarse,
Que se quejase al Sultan
Un bajá valiente y grave,
Diciendo: — Mire tu Alteza
Cómo el honor se reparte,
Que se hace agravio á muchos
Que mas que el Albanes valen.—
Dijo el Sultan: — Pues quereis
Parte de su honor quitarle,
Al que matare un leon
El premio pretendo dalle.—
El Bajá salió primero,
Y el leon al Bajá sale
Tan furioso, que le hizo
De un encuentro muchas partes.
El Albanes valeroso,
Desnudo su cuerpo sale,
Poniendo su mente en Dios,
Con un baston recio y grande.
El leon arremetió,
Y una amorosa voz sale
De Arselinda, que decia:
—¡Santo Alá! querais librarle.—
Tuvo gran cuenta el guerrero,
Y para mejor matarle,
Metió en la boca al leon
El baston, y presto ase
De un corto y fino puñal
Con que dos heridas hace
Al leon en las entrañas,
Por do vida y sangre salen.

(*Romancero general.*)

219.

EL ALBANES. — III.

(*Anónimo.*)

Regocijada y contenta
Está la hermosa Arselinda,
Turca de mucho valor,
Y del Gran Sultan sobrina.
Procedióle este contento
Del gran placer y alegría
Que le causó la victoria
De su Albanes aquel dia.
Consigo hace la dama
Una amorosa porfía:
Ella á sí propia pregunta,
Y ella á sí se respondia.
—Dime, Arselinda, que estás
Por un cautivo cautiva:
Quien supiera tus amores,
¿Qué dirá de ti, Arselinda?—
Pero pasado este trance,
En que el honor le retira,
Llega el bullicioso amor,
Y de nuevo en ella aspira,
Por lo cual la dama dice:
—¡Ay Albanes de mi vida,
El mas valiente y galan
Que encierra en sí la Turquía!
¡Cuán bien andante será
La que en tu favor recibas,

Porque aunque cautivo estás
Eres señor, y de estima!—
No quiso mas aguardar
A que el amor la persiga,
Y un genízaro llamando
Al Albanes se lo envía:
Dice en un papel que venga,
A media luna corrida,
A verla por el jardin,
A do aguardando estaria.
El Albanes recibió
El recado, y respondia,
Que le agradece el favor,
Y que será obedecida.
Juntos pues los dos amantes
El Albanes le decia:
—¿Qué me quereis, mi señora
Bien del bien del alma mia?
—No quiero, gallardo amigo,
Que muestres tu valentía
Mañana con los bajaes,
Por mi gusto y tu porfía;
Solo pretendo que entiendas
Que soy tu esclava y cautiva,
Para en cuanto me mandares,
Sin reservar alma y vida.—
El Albanes le responde:
—Escuchad, bella Arselinda,
Y notad que soy de Albanía,
Y vos criada en Turquía;
Y que nací y soy cristiano,
Y por mi fe perderia
Mil mundos si los tuviese;
Y otros tantos, Arselinda,
Perdiera por vuestro gusto,
Sin punto de cobardía,
Ni anteponer el afrenta
Que de mí el Sultan reciba.—
Con esto se despidió,
Dejando sola á Arselinda,
La cual triste y lamentando
De su fortuna, decia:
—Puse mi contento
En parte cautiva,
Y dejóme viva
Para mas tormento.
Vencíme de amor
Por un Albanes,
Que aunque esclavo es,
Es Marte en valor:
Sube su loor
Al quinto elemento,
Y dejóme viva
Para mas tormento.
No le ablandaron
Mis tiernas razones,
Ni las ocasiones
Que la demostraron,
Cuando agua hallaron
Mis ojos sin cuento;
Pues siendo cautiva,
Me dejó á mí viva
Para mas tormento.
De mi liviandad
Yo tengo la culpa
Pues que no hay disculpa
A tal libertad:
Mis ojos, llorad,
Dejad el contento,
Porque me dió vida
Para mas tormento.
Es mas insufrible
Dejar de quererlo,
Pues aborrecerlo
Seráme imposible,
Y dolor terrible
El que por él siento,
Pues me dejó viva
Para mas tormento.

(*Romancero general.*)

220.

ALBANES. — IV.

(*Anónimo.*)

— Detente, buen mensajero,
Que Dios de peligros guarde,
Si acaso eres Albanes
Como lo muestra tu traje,
Y dime de aquel tu dueño
Que perdido en Roncesvalles
Los moros de Zaragoza
Presentaron á Amurates.
¿En qué entretiene los dias
De la mañana á la tarde,
Aunque todo sea noche
Para quien vive en la cárcel?
¿Qué damas entran á verle,
Que ganando en visitarle
Obras de misericordia
De injusticia me las hacen?
Y dime si está muy triste;
Que no es posible que baste
Su valor y su paciencia
Para destierro tan grande[1].
Y si es verdad, como dicen
Que libertad quieren darle
Para que vuelva otra vez
A cautivar libertades?
Que despues que aquí se trata
Su libertad y rescate
Dos mil Albas han salido
Y nunca la suya sale.
No sé qué tiene de bueno,
Que en toda Alemania y Flándes
No hay mujer que no le adore,
Ni hombre que no le alabe.
Siendo su sangre tan buena
Que nadie iguala á su sangre,
Vale mas él por sí solo
Que por su nobleza vale.
Yo soy á quien no conoce,
Y quien solo con miralle
Matar los toros un dia
No hay gusto que no me mate,
Y con saber que saliendo
Ha de acabar de matarme,
Ruego á Dios que presto sea,
Aunque él me remedie tarde. —
— Ese cautivo, madama,
Que fué de los doce Pares
(Le responde el mensajero),
Cerca está de rescatarse.
Bravas galas se preparan
De vestidos y plumajes
Para de España salir
Y entrar en Francia galanes;
Mas no espero, mi señora,
Que vuestro remedio trate,
Que aunque libre traiga el cuerpo
Tiene el alma en otra parte.
Muchos tiempos ha que adora
A la hermosa Bradamante,
Tan justamente perdido,
Que gloria llama á sus males.—
La francesa, que esto oyó,
Sin que mas razon aguarde
Cerró la ventana y fuése
Rompiendo á voces los aires.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance imita á los de Roldan, y hecho, como todos los del Albanes, para lisonjear al gran duque de Alba, le suponen aventuras y amores caballerescos.

ROMANCES DEL VIEJO REDUAN.

221.

EL VIEJO REDUAN. —

(*Anónimo.*)

Desde un alto mirador
Estaba Arselia mirando
Las cristalinas corrientes
Del sacro y dorado Tajo.
A veces miraba el agua,
Otras la tierra y el campo,
Otras pensaba en las cosas
Que le daban mas cuidado.
No está pensando la mora
En el cortesano trato,
Porque tiene el pensamiento
En un príncipe aldeano,
Que en las riberas del Tórmes
Es noble alcaide afamado,
Aunque no sigue la corte
De Almanzor, rey toledano.
En amorosas pasiones
Tiene el sentido ocupado,
Cuando llegó, aunque de léjos,
A vista de su palacio
El anciano Reduan
En un ruano caballo;
Viejo alcaide, y no bellido,
Gallardo y enamorado;
Y como reparó el moro
El mirador ocupado
De un resplandeciente sol,
Quedó suspenso y mirando.
Procura disimular
El anciano enamorado
El gran fuego que le enciende
Su caduco pecho helado.
Paséase haciendo piernas,
Muy á lo disimulado;
Pero viéndole la mora,
Le dice con pecho airado:
—¡Ay moro, cómo me cansas!
¡Cómo me tiene cansado
El sufrimiento el pensar
Que estés por mi amartelado!
¿No reparas que ya tienes
La barba y cabello cano,
Grande calva y poco pelo,
Y que te tiemblan las manos?
¡Qué poco duelo que tienes
De mis florecientes años,
Pues quieres se compadezcan
Con tu vejez y otros daños! —
El moro bien entendió
Casi todo lo que ha hablado,
A lo cual respondió:—El sol
Todo lo tiene á su mando;
Y como á este te pareces
Le das calor á mis años,
Y haces al helado pecho
Altivo, feroz, lozano.—
Mostró, al volver, una letra
Sobre un capellar dorado,
Que dice: «Pues que me atrevo,
»Algo puedo y algo valgo.»
En el adarga traia
Un sol con ardientes rayos,
Y por orla aquesta letra:
«Sin duda dos soles hallo;»
Pero viendo que la mora
Con tal desden le ha mirado,
Encubrió el sol de la adarga
Con un almaizar pajado,
Diciendo: —Pues se anubló
Mi sol, quiero esté tapado
El que pintado traia,
Del que es natural sacado.—
Con esto el moro se vuelve,
Y la mora se ha tornado
A ocuparse de principio
En los primeros cuidados.

(*Romancero general.*)

222.

EL VIEJO REDUAN.— II.

(*Anónimo.*)

Rendido está Reduan
Por amores de Xarifa;
Todo es espadas de noche,
Y todo galas de dia.
De los vientos tiene celos,
Y del mismo sol envidia,
Porque se entran sin licencia
Y la tocan, y la miran.
Las flores de los jardines,
Porque la agradan, las pisa:
Hasta en el son de las aves
Le causan melancolía.
Cuando de su casa sale
Jamas la pierde de vista:
¡Ay del moro que se para
Cuando el sombrero le quita!
Muchas veces en el año
A Granada regocija
Con toros, cañas y zambras,
Motes, letras y divisas.
Hasta las piedras le temen
De la calle donde habita,
Porque por momentos sale
Mas fuego de las mas frias.
Los caballos trae cansados
De carreras y corridas,
Y si supieran hablar
Se quejaran de Xarifa:
Los criados piden de ella
A todo el cielo justicia,
Porque comen á las tres,
Y duermen por las esquinas.
Toda la calle le tiembla
Porque en pendencias y riñas
Despedaza las paredes
Y las piedras acuchilla.
Siempre que está en su presencia,
Está como en la mezquita,
Con la misma devocion,
Sin bonete y de rodillas.
Cansada Xarifa de esto,
Y de saber que queria
Quitar la vida á Abenámar,
Que era el alma de su vida,
Toda Granada presente,
Desde su balcon un dia
Le dijo de aquesta suerte,
Tan hermosa como altiva:
—Tú no sabes, Reduan,
Que cantas mal, y porfías,
Y das voces en desierto,
Y que á quien te abrasa enfrías.
Tu braveza, espada y lanza
A toda Granada admira
Que en una mujer la emplees
Y que nunca se te rinda.
Una flaca condicion
Es la fuerza que conquistas,
Adonde tantos cristianos
Nuestros muros aportillan.
En esos puedes manchar
El fuerte acero que limpias,
Porque el hierro de tu honra
No ha de ser para la mia.
¿Adónde matas los hombres
Que en mi calle desafías,
Si los huyes cuerpo á cuerpo,

Y los buscas en cuadrillas?
Ya, Reduan, las mujeres
No gustan de valentias,
Que pensamientos honrados,
Y voluntad las obligan.
Lo que no alcanzan Orlandos
Rompiendo robles y encinas,
Unos humildes Medoros,
Huyendo se lo conquistan.
¿Quién te ha dicho á tí que soy
De las armas tan amiga,
Para que dias y noches
Con espadas me persigas?
¡Maldita sea la mujer,
Que á quien la sirve no estima
Miéntras de sangre no tiene
Bañadas las celosías!—
Aquí calló, que ya estaba
De color roja encendida
La cara, que á Reduan
Dejó la suya amarilla.
Furioso pica al caballo,
Y con tal fuerza le pica,
Que estrellándole en el muro,
Le hallaron muerto en la silla.

(*Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

ROMANCE DE DRAGUTA.

223

DRAGUTA.

(*Anónimo.*)

En el espejo los ojos,
En los cabellos el peine,
En la vida el desengaño,
Los deseos en la muerte;
Su belleza acrecentada,
Porque la tristeza á veces
Alegres milagros hace
Desmintiendo al tiempo alegre:
Dos naves por arracadas,
Con dos soles por trinquetes,
Gargantilla de azabache
Con perlas de nueve en nueve;
De esmeraldas y zafiros
Colgada de ella una sierpe,
Cruel divisa del alma,
Y de sus iras crueles:
Rica almalafa vestida,
Amarilla, blanca y verde;
Colonia azul de Turquía
Que ciñe su blanca frente;
Draguta recien casada
Con un deudo de Hamete,
Aquel secretario real
Y alcaide de los doncèles,
Y casada por su tio,
Porque favores pretende
Para ser grande Alfaquí
Si al rey Chico le pluguiere,
A su prima Eleazara
Que consolarla pretende,
De su estado y de su tio
Se quejaba tiernamente.
—Alá te perdone, padre,
Que ántes que tú fallecieses
Mis altivas esperanzas
No estribaban en los reyes;
Y no te perdone Alá,
Cegrí, que tu sangre vendes,
Para comprar dignidades,
Que no sé si las mereces.
Tu vida anciana y caduca
Que por momentos descrece,
Quieres hacer perdurable
Con esta que al mundo viene.
No curaste de mi dicha
Mirando tus intereses,
Como si fuera el casarme
Por quince dias ó veinte.
Bien parece que no sabes
Que tantos enojos cueste
Un enemigo ordinario,
Que rehusar no se puede.
Condiciones encontradas
Trabada guerra mantienen,
Adonde lidian las almas
Hasta que los cuerpos mueren.
¿Pensabas cuando llorase
Que con joyas que me dieses
Me podria yo acallar
Como las demas mujeres?
Collar de perlas me diste;
Mas las que mis ojos llueven
Enternecerán si vivo
A los diamantes mas fuertes.
Los brazaletes y anillos
Son esposas que me tienen
Cautiva y desesperada,
De que mi dicha las quiebre.
¡Prima mia Eleazara,
Hoy hace justos dos meses
Que vi á mi moro enemigo
En una fiesta solemne!
Con atencion me miraba,
Y con desprecio miréle,
Tanto, que dije entre mí:
¿Todo el mundo se me atreve?
¿Tan dejada te parezco?
¿Eres tú tan insolente
Que aunque me prometas reinos
Mis favores te prometes?
No te me pongas delante,
Morillo cuitado, vete,
Que pensaré que me amas,
Y al momento moriréme.
Estas cosas dije de él,
Y quiso despues mi suerte
Que le obedezca de dia,
Y que á su lado me acueste:
Que si no le digo amores
De mi tibieza se queje,
Y que á recibirle salga,
Cuando á perseguirme viene:
Que todos me llamen suya
Sin poder decir que mienten;
Que diga que le doy gusto
Cuando él á mi gusto ofende;
Que tener hijos de mí
Con razon presuma y piense;
Que mi alegre condicion
Triste suegra la gobierne.
¡Prima, cuando te casares,
Por tus ojos, que no peques
Contra la fe de tu gusto,
Y que en mi daño escarmientes!
Con tus esperanzas cumple,
Aunque te culpen las gentes,
Que nunca pudo olvidarse
Lo que agradó para siempre.—
En esto vino un recado
Que al jardin de Zaida fuese,
Y enlutado el corazon
Se fué vestida de verde.

(*Romancero general.*— It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

ROMANCES DE ZORAIDE.

224.

ZORAIDE.—I.

(*Anónimo.*)

Entró Zoraide á deshora
A buscar su amigo Tarfe,

Con acelerados pasos,
Y con turbado semblante.
—Toma tus armas, le dice,
Que me importa que te armes;
Ha de ser luego, no quieras
Que la tardanza me agravie:
El cuento de mi venida
Te contaré por la calle,
Si con la pasion y enojo
A decírtelo acertare.—
Tarfe acudió á sus armas,
Ciñóse su corvo alfanje,
Quitó al bonete las plumas
Por mejor disimularse.
Salen con tanto silencio
Que ni las nocturnas aves
Sienten sus secretos pasos,
Ni los veladores canes.
Zacatin y Plaza Nueva
Atraviesan sin hablarse;
Que Tarfe no le pregunta,
Ni dice nada Zoraide.
Al entrar por los Gomeles
Volvieron á repararse,
Que vieron en un balcon
Un almaizar puesto al aire.
Solia Celinda hella
Poner estos almaizares
A Zoraide en otro tiempo,
Cuando era dichoso amante,
Y ahora es señal rabiosa,
Que quiere desengañarle
La señal que señalaba
Sus placeres y solaces.
Limpió sus ojos el moro
Creyendo que le engañasen;
Mas el mar que entró por ellos
Con el desengaño sale.
A su Celinda aborrece,
Porque se antepone ántes
A la gloria de sus bienes
La presencia de sus males;
Y aunque el moro es valeroso,
Pueden tanto los pesares,
Y mas si nacen de amores,
Que vencen las libertades.
Dió con él uno en el suelo,
No sabe qué hacerse Tarfe,
Que los remedios son pasos,
Y los desmayos son grandes.
En aqueste punto estando
Llegó Zurman Bencerraje,
Moro que Celinda aguarda,
De gran gentileza y talle:
Tarfe que le vió venir,
Dejando á su amigo, sale
A contradecirle el paso,
Diciendo: —Vuelve, no pases.—
El moro, que en casos de honra
Es no ménos arrogante,
Le responde: —¿Quién sois vos?—
Medio desnudo el alfanje.
Tarfe no le quiso hablar,
Sino que las armas hablen,
Y que averigüen de entrambos
Quién ha de estar en la calle.
Sacan los alfanjes fieros,
Derriban los capellares,
Y tíranse fuertes golpes
Con pensamientos mortales.
Crece la rabia y desden,
La fuerza, rabia y coraje,
Y saltan vivas centellas
De los duros pedernales.
Fué venturoso Zurman,
Llevóle de un golpe Tarfe
Cinco plumas amarillas,
Y la mitad del turbante.
Acudió gente al ruido,
Que forzaron de apartarse:
Tarfe se volvió á su amigo;
A quien halló como de ántes,
Y en brazos le vuelve á casa;
Que nada siente Zoraide,
Pues celos y mal de amores
Son un parasismo grande.

(*Romancero general.*)

225.

ZORAIDE.—II.

(*Anónimo.*)

El contento de tu carta
Se templó, Alcaide, con verte
Celoso de tu Celinda,
Aborrecido y ausente;
Porque es un mal el de celos
Que solo el alma consiente,
Donde lidian los sentidos
Hasta que los cuerpos mueren.
Estás, amigo, quejoso,
Desesperado, impaciente,
Y no me espanto, que es mal
Harto peor que el de muerte:
Da algun vado á tus congojas,
Que no es razon que la gente
Entienda que tu valor
Te lo atropellan mujeres.
Si te ha ofendido Celinda,
Muera ella, y quien te ofende;
Que no pierdes tu nobleza
En matar al que es aleve;
Porque en semejantes casos
Mucha mas honra se pierde
En disimular agravios,
Que no en que muera vil gente.
Dices que de diamante
Tiene el pecho quien te ofende;
Mas yo te digo que tú
De blanda cera le tienes:
Si dices que tus suspiros
Le van á helar en su nieve,
Es que nobles pensamientos
En bajos pechos se pierden.
Si la debes mil abrazos,
Ella otros tantos te debe,
Con que queda bien pagada
De lo que da fácilmente:
Y pues ella no entendió
Lo que ganaba en perderte,
Cree que no merecia,
Alcaide, que la quisieses;
Y no quieras mas venganza
Que ver que por él se muere;
Que pues es de ruin linaje
La pagará cual merece.
Dentro de muy breve tiempo
Verás trocadas las suertes,
Y ella echará de ver
Lo que ha perdido en perderte;
Que cual meson de tablilla
Son contino las mujeres,
Que siempre á los mas extraños
Mas regalan y mas quieren.
Son cual natural espejo
A do solo los presentes
Ven su natural retrato,
Sin rastro de los ausentes:
Son un mar donde se anegan
Los mas sabios y prudentes;
Y en el amor mas mudables
Que veleta en chapiteles.

(*Romancero general.*)

ROMANCE DE ZERBIN.

226.

ZERBIN.

(*Anónimo.*)

—Desde hoy mas renuncio, mora,
Tu fe, tu amor y palabra,
Tu desden y mi recelo,
De celos, furor y rabia.
Quiero dar luz á mis ojos,
Y dar libertad al alma,
Y salir desta tormenta
Al mar claro de bonanza.
Yo vi bien tu oscuro pecho;
Que el ser oscuro fué causa
De curar el mio llagado
De la amorosa batalla.
Ya no pretendo tu amor,
Ni de tu amiga Daraja,
Que sois dos falsas sirenas,
Desechadas en la Alhambra.
Ya no quiero estar celoso
De un pobre morisco Audalla,
De los mas viles genízaros
De la ciudad de Granada.
Ya no daré nombre falso
A tu hermosura y tu gracia,
Llamándote en mis abrazos
Divina y bella Diana.
Ya no quiero ver tu calle,
Ni hacer seña á tu ventana,
Ni aguardar desde las diez
A que Apolo rompa el alba.
Ya no quiero tus favores,
Ni tu bordada almalafa,
Para salir á las fiestas
Que trazaba por tu causa.
Ya no tendré que gastar
Mas cequíes de oro y plata,
Para esmaltar tu cifra
En el campo de mi adarga.
Ya no sacaré libreas
De colores á tu gracia,
Para que vieses en ellas
La sujecion de mi alma.
Ya no ofreceré á tu gusto
Sonetos, quintas, ni cuartas,
Villancicos, ni canciones,
Leves tercetos, ni octavas.
Ya no esmaltaré en el templo
De tu amor y tu fe falsa,
Las palabras y favores
Que sin aficion me dabas.
Ya no haré los ojos rios,
Ni del pecho haré alquitara,
Para ofrecer á tu amor
Los despojos de tu alma.
Ya quiero andar sosegado,
Y no parecer fantasma,
Aguardándote de noche
Para gustar de mis ansias.
En fin, no confiaré
En tus fingidas palabras,
Que eres Circe encantadora
De las que de amor se abrasan.—
Esto el valiente Zerbin
Dijo expresando sus ansias,
Y de sus quejas la mora
Desdeñosa se burlaba.

(*Romancero general.*)

ROMANCE DE ZELIZARDO.

227.

ZELIZARDO.

(*Anónimo.*)

Por ponerse su albornoz
Ordenó un juego de cañas
Zelizardo, un Bencerraje
El mas galan de Granada.
Comenzóse á murmurar
Que se le envió su dama,
Y en pago de aquel favor,
Aquella fiesta ordenaba.
Era el albornoz azul,
Con oro y plata escarchada;
Que en ser azul albornoz
Su nombre y color declara.
Sembradas de trecho en trecho
Lleva unas flechas doradas
Y en cada flecha esta letra:
«Ninguna defensa basta.»
Para ponérsele, el moro
Hizo una marlota blanca;
Que como piensa morir,
Previénese de mortaja.
En ella puso esta letra:
«Conmigo traigo la causa
»Porque entienda todo el mundo
«Por quién vivo, y quién me mata.»
Una pluma sola verde
En el bonete llevaba,
Por mostrar que de su vida
Tiene muy poca esperanza;
Que mirando el albornoz,
Como las flechas llevaba,
Mira la letra que dice:
«Ninguna defensa basta.»
Alegrías á su muerte
Hace el moro, porque halla
Descanso en morir de amores,
Que es quien rinde tantas almas:
Y ansí porque todos sepan
Que él muere y vive su dama,
Una candela encendida
Hizo pintar en la adarga,
Y en un tostado alazan
Entró á pasear la plaza,
Hasta que se hizo hora
De entrar al juego de cañas.

(*Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

ROMANCE DE HAMETE Y TARTAGONA EN LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS[1].

228.

HAMETE Y TARTAGONA.

(*Anónimo.*)

Bajaba el gallardo Hamete
A las ancas de una yegua
A la bella Tartagona
Hija del fuerte Zulema,
Alcaide que en Archidona
El alto castillo y fuerza
Sustentó treinta y seis años
Sin temor y sin flaqueza.
De noche bajaba el moro
Por una excusada senda,
Porque la nocturna guarda
Al descender no le sienta,
Y hallándose en lo llano
Lozano pica la yegua.
Volviendo el rostro á la mora
En el carrillo la besa,

Y la dice : — Diosa mia ,
Tuyo soy , mándame y veda ,
Que en Granada mil favores
Tengo del Rey y la Reina,
Y de mi prosapia ilustre
Soy el mejor que hay en ella.
Narvaez es buen caballero ;
Alcaide fué en Antequera,
Y lo que hizo con Jarifa
Cuando fué su prisionera ,
Tambien lo ha de hacer conmigo ,
Cuando de su voluntad sea,
Pero al fin al virtuoso
Respetalle es honra nuestra.—
Vuelve las riendas el moro
A do le guia su estrella ,
Y al pié de una alta roca
Rodeada de mil yedras
Quiere que la yegua pazca ,
Y el amor tienda sus velas.
En esto vido venir
Muy numerosa caterva
De famosos salteadores ,
Que pasaban de setenta.
Todos le acometen juntos ,
Como canes á la cierva ,
Por quitar la vida al moro ,
Y el honor á la doncella.
En pié se pone, y levanta,
Y entre todos hace rueda.
¡ Cuán bien jugaba una punta !
¡ Cuál pierna ó brazo cercena !
¡ Oh cuán bien que dilataba,
El moro su muerte cierta !
Mas una piedra sin ruido
Se le escondió en la cabeza ,
Quitando el aliento al cuerpo ,
Y al brazo la fortaleza.
Desque la dama se vido
En poder de gente ajena
No hay dolor que llegue al suyo ,
Pena que llegue á su pena.
Cabellos que al sol dorado
No le hacen diferencia ,
Ya no precia el oro fino
Que al blanco cuello rodea.
Cogió la espada del muerto
Que la hallara entre la yerba ,
Cogiérala por la punta ,
De pechos se echó sobre ella.
Juntó el cuerpo al de su amante,
La cara con una piedra ,
Que son los enamorados
De la vega de Antequera ,
Dejando mucho renombre
De otra segunda Lucrecia.
Quien no lo quisiere creer,
Váyase á Ronda la Vieja,
Que allí lo hallará escrito
En lo alto de una peña.

(*Romances varios de diversos autores.*)

¹ Hay una comedia atribuida con error á Tirso , con título de *La Peña de los enamorados,* cuyo asunto es el mismo de este romance.

ROMANCE DE ALHABIZ Y GEVIZA.

229.

ALHABIZ Y GEVIZA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

El valeroso Alhabiz
Alcaide que fué de Baza,
De dos terribles contrarios
Cercado á un tiempo se halla.
Uno es la bella Geviza
A quien tiernamente ama ,
El otro era Benavides ,
Que al desafío le llama ;
Y con el uno y el otro
No excusa dura batalla.
Teme del fiero contrario
La ya conocida espada ,
Y de su Geviza teme
Con su ausencia la mudanza.
No hay suerte que le asegure :
Cosa ordinaria en quien ama.
Al fin suspenso y celoso ,
De sospechas llena el alma ,
En un caballo castaño
Con desenvoltura salta ;
Un asta gruesa blandiendo
Y embrazando un ancha adarga,
De canto á canto tirante
Una azul y angosta banda ,
Entró desta suerte el moro
Solo y cuidoso en la plaza ;
Que nunca á quien tiene amores
El cuidado desampara.
Estaba con otras moras
Geviza en una ventana
Para mirar la reseña
De la gente convocada ,
Que á Coin vino aquel dia
De toda aquella comarca
Con ánimo de correr
A Alora, que está sitiada.
Geviza , que vió al Alcaide,
De pechos en la ventana
Le dice :— A Alatar de Loja
Di que Geviza le ama.—
Nunca extremos tales hizo
Toro ofendido de vara ,
Como el moro , cuando oyó
Tan desenvueltas palabras ;
Y sin volverla á mirar
Deja furioso la plaza
Diciendo : — Solo es dichoso
Aquel que de amor no trata.—

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

ROMANCE DE DORAIZEL Y AYAFA.

230.

DORAIZEL Y AYAFA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Sabiendo la mora Ayafa
Que Doraizel de Almería ,
Uno de los quince alcaides ¹,
A quien mas que á sí quería
Herido y puesto en prision
Martin Galindo tenia ;
Busca medios , mas ninguno
Halla para su fatiga ;
Que nunca un aflicto intenta
Cosa que mas no le aflija ,
Y pocas veces el mal
Huye de donde se arrima.
Al fin , tras profundo llanto ,
De las mujeres guarida ,
Donde está Martin Galindo
Ir Ayafa determina
A pedir la deje estar
Con su Dorayzel cautiva,
Porque donde el alma está
Es fuerza que el cuerpo asista
En tanto que el ñudo estrecho
Desata la Parca esquiva.
Llegó Ayafa á la frontera ,
Y para Galindo se iba ,
Que de ver tanta belleza
Con mucha razon se admira.
No quiso el buen capitan

Cebar en ella la vista,
Por ser trance peligroso
Para el que mas por sí mira:
Antes con rostro sereno
Su plática interrumpia
Diciendo: — Hermosa dama,
Tu demanda está entendida:
Llévate tu caro esposo,
Y gozad de alegre vida
La cual dar ó quitar puedes
A cuanto alcanza tu vista. —
Ayafa, besando el suelo
Tal merced le agradecia.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias de.*)

[1] Hace alusion al fronterizo, que dice:
Despues que el Rey Don Fernando
En el reino de Granada, etc.

ROMANCES DE HACEN, ULTIMO ABENCERRAJE.

231.

HACEN. — I

(*De Don Luis de Gongora.*)

En la Fuerza de Almería
Se disimulaba Hacen,
Abencerraje hurtado
A la indignacion del Rey.
Entre el cuchillo y la cuna
Interpuso Mahomet
La parte del capellar,
Que lo bastó á defender.
Negado pues al rigor,
Galan se criaba él
Tan hijo y mas del alcaide,
Que Celindaja lo es.
Celindaja que en sus años
Virgen era rosa, á quien
Del verde nudo la aurora
Le desata el rosicler.
Beldad ociosa crecia
En sus jardines tal vez
Al son de un laud con ramas,
Que eran cuerdas de un laurel.
Coros alternando y zambras
Con sus moros, hasta que
Daba al céfiro su frente
Aljófares que beber.
De cuya dulce fatiga
Apelaba ella despues
Al baño que le templaban
Curiosidad y placer.
Un dia, en las que le dieron
Los jazmines del vergel
Estrellas flagrantes, mas
Que claras la noche ve,
Averiguando la halló
Los dias de casi tres
Lustros de su tierna edad,
Aquel niño dios, aquel
Fénix desnudo, si es ave,
Pollo siempre, sin deber
Segundas vidas al sol,
Nieto del mar en la fe.
Por no alterar á la mora,
En un listado alquicel,
Manto del Abencerraje,
Desmintió su desnudez.
Fiando á un mirto sus armas,
Verde frondoso dosel
De un mármol, que ni Lucrecia,
Ni fuente deja de ser,
Pliega el dorado volúmen
De sus alas, el doncel
Redimiendo ciegas luces
Que mas vendadas, mas ven.
Del Abencerraje, luego
Copia hecho, tan fiel,
Que los dudara el concurso
Equivocado júez.
La ocupacion inquiriendo
Donaire hace y desden
De que solicite niña
Lo que excusara mujer.
— Ejerced, le dice, hermana,
Vuestra hermosura, y creed
Que tan varia es la de hoy
Como ingrata la de ayer.
Fugitivos son los dos;
Usad d'esos dones bien,
Que en un cristal guardais frágil
Lo caduco de un clavel.
Si regulais con las flores,
Que visten esta pared,
Horas son que antes el dia
Las ve morir que nacer.
Gozaos en sazon, que el tiempo,
Tesorero ya infiel,
De ese oro que peinais
De ese marfil que escondeis,
Desengaños restituye:
Necia en el espejo fué
La memoria, mudad ántes
Parecer, que parecer. —
Extrañando la doctrina
Del jóven que hermano cree,
La vergüenza á Celindaja
Le purpureó la tez.
El ya fraternal engaño
Mal bebido en su niñez
Disolvia, cuando amor
Sintiendo el dichoso pié
Del que ya conduce amante,
Cuanto cauteló el pincel
Desvaneció, y en su forma
Pisando nubes se fué.

(Góngora, *Obras de.*)

232.

HACEN. — II.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Famosos son en las armas
Los moros de Canastel;
Valentísimos son todos
Y mas que todos Hacen.
El Roldan de Berbería,
El que se ha hecho temer
En Oran, del castellano,
En Ceuta, del portugues.
Tan dichoso fuera el moro,
Cuan dichoso puede ser,
Si le bastara el adarga
Contra una flecha cruel,
Que de un arco de rigor
Con un arpon de desden
Le despidió Belerifa,
La hija de Alí Muley.
Atento á sus demasías
En amar y aborrecer
Quiso el niño dios vendado
Ser testigo y ser júez.
Miraba al fiero africano
Rendido mas de una vez
A una esperanza traidora
Y á un desengaño fiel,
Ya rendido á su enemiga,
Y entregándole á merced
Las llaves del albedrio
Los pendones de la fe.
Mirábalo en los combates,
Ora á caballo, ora á pié,
Rendir el fiero animal

De las otras fieras rey,
Y de la real cabeza,
Y de la espantosa piel,
Ornar de su ingrata mora
La respetada pared.
Mirábalo el mas galan
De cuantos Africa ve
En servicio de las damas
Vestir morisco alquicel,
Sobre una yegua morcilla
Tan extremo en el correr
Que no logran las arenas
Las estampas de sus piés.
Admirablemente ornada
De un bravo y rico jaez,
Obra al fin, del todo digna
De artífice cordobes,
Solicitar los balcones
Donde se anida su bien
Comenzando en armonía,
Y feneciendo en tropel.
No le dió al hijo de Vénus
El moro poco placer,
Y detestando el rigor
Que se usaba contra él,
Miraba á la hermosa mora,
Salteada en un vergel,
De un cuidado que es amor,
Aunque no sabe quién es,
Ya en el oro del cabello
Engastando algun clavel,
Ya á las lisonjas del agua
Corriendo con vana sed;
De pechos sobre un estanque
Hace que á ratos estén
Bebiendo en sus dulces ojos
Su hermoso parecer.
Admiradas sus cautivas
Del cuidado en que la ven,
Risueña le dijo una,
Y aun maliciosa tambien:
— Así quiera Dios, señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Jerez,
Como esa curiosidad,
Es seña, á mi parecer,
De un recien nacido amor
Que volará ántes de un mes. —
Sembró de purpúreas rosas
La vergüenza aquella tez
Que ya fué de blancos lirios
Sin sabella responder.
Comenzó en esto Cupido
A disparar y á tender
La mas que mortal saeta,
La mas que nudosa red,
Y comenzó Belerifa
A hacer contra amor despues
Lo que contra el rubio sol
La nieve suele hacer.

(Góngora, *Obras de.*)

ROMANCE DE ABDALLA.

233.

ABDALLA.

(*De Pedro de Padilla* [1].)

En la orilla del Jenil,
Que nace en Sierra-Nevada,
Al tiempo que el sol salia
Con su cabeza dorada
La mañana de San Juan,
De moros tan festejada,
Las cañas sale á jugar
Toda la flor de Granada.
Gomeles y Almoradíes,
Gente noble y estimada,
Cegries y Bencerrajes
Que eran de la mejor casta:
De cada parte cincuenta
Con librea diferenciada.
La que sacan los Gomeles
Era de tela morada,
Sembrada de medias lunas
Y con estrellas poblada,
Y de aquel mismo color
Las banderas de las lanzas,
Con unas bandas azules
Por cima de las adargas.
Llevan de almaizares todos
Las cabezas adornadas,
Y al brazo derecho asidas
Las empresas de sus damas:
Los caballos alazanos,
Las sillas aderezadas
De seda morada y oro,
Que grande contento daban:
Los borceguíes marroquíes
Con espuelas plateadas.
Los Almoradíes de verde
Toda su cuadrilla sacan:
Era tela verde y oro,
Y encima flores de plata
Sobre unas coronas puestas,
De canutillos bordadas.
Llevan tocas tunecíes
A las cabezas atadas,
Pobladas de argentería,
Que la vista deslumbraba,
Y encima de todas puestos
Los favores de quien aman;
Y con bandas rojas vienen
Sus adargas señaladas.
Los caballos que sacaron
Eran color de castaña,
De carmesí y oro fino
Las sillas aderezadas:
Verdes eran los pendones
Que llevaban en las lanzas:
Los borceguíes eran blancos
Con espuelas barnizadas.
Sacan los Cegries todos
Su cuadrilla aderezada
De una tela muy hermosa
Y la color turquesada,
Con unos soles de oro
A todas partes poblada.
De tocas blancas y azules
Las cabezas traen atadas
Con rapacejos de oro
De azul aderezadas.
Pardos eran los pendones
Que sacaron en las lanzas;
No van con banda ninguna
Sus adargas señaladas,
Porque las sacaron todas
Con dos borlas turquesadas;
Asidos á las muñecas
Los favores de quien aman,
Llevan los brazos derechos
Con mangas encarrujadas
Hechas de una blanca toca
Con hilo de oro listada.
Los caballos eran rucios,
Las sillas aderezadas
De verde con flor de lises
De oro por ellas sembradas.
Los borceguís eran negros
Con lazos de fina plata,
Y las espuelas y estribos
Son blancas y pavonadas.
Los Abencerrajes todos
Salen de color leonada,
Sembradas por toda ella

Unas granadas de plata,
Y de seda verde y oro
Flores en medio esmaltadas.
Leonados son los bonetes
Que en las cabezas llevaban
Con muchas bandas de oro
Entre botones sembradas,
Los favores de quien sirven
Ceñidos á la garganta.
Azules son los pendones,
Que llevaban en las lanzas,
Con un dios Cupido en ellos
Puesto con arco y aljaba.
Llevaban mangas de red
Sobre una tela encarnada,
Y de trecho á trecho puesta
Una ninfa coronada.
Los caballos eran blancos
Y con bozales de plata,
Y de turquesado y oro
Las sillas aderezadas,
Y con bandas amarillas
Por cima de las adargas:
Borceguíes marroquíes
Y espuelas sobredoradas;
Y con esta gallardía
Salen do los esperaban
Todas las moras hermosas
Que habia dentro en Granada.
Entre todas florecia
Aquella hermosa Axa
Por quien andaba perdido
El enamorado Abdalla,
Y otro muy gallardo moro
Que el Alatar se llamaba.
Entrambos salieron juntos
Para principio á la entrada,
En dos briosos caballos,
Y escaramuza trabahan,
Mostrando allí su destreza
Cada cual donde llegaba.
Y andando escaramuzando
Al enamorado Abdalla
Vió el Alatar una toca
Que él dió á la hermosa Axa,
Y que Abdalla la traia
Por empresa al brazo atada.
Tanto dolor siente el moro,
Que el alma se le arrancaba,
Y andando escaramuzando
D'esta manera le habla:
—¿Quién te ha dado, caballero,
Esa empresa de mi dama?
No te la debió dar ella
Sino alguna de su casa,
Porque tú no merecias
De su mano granjealla.
Si dármela no quisieres
Tu muerte no se excusaba.—
Respondióle á estas razones
El enamorado Abdalla:
—No alborotemos la fiesta,
Pues está ya comenzada,
Que yo os la pondré despues
En la punta de la lanza,
Y si de allí la quitais,
Yo la doy por bien ganada;
Que nunca defiendo ménos
Las empresas de mi dama.—
Quedaron con este acuerdo,
Y ansí la fiesta acabada,
Parten adonde comienzan
Una reñida batalla,
Y porque faltaba el dia
Tal resolucion tomaban,
Que adelante no pasase
La contienda comenzada,
Si no que la mora diga
A cuál de entrambos mas ama:
La cual dijo que queria
Ser siempre del moro Abdalla,
Y ansi quedó esta contienda
Por entónces acabada.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*)

[1] Hé aquí uno de los romances moriscos de imitacion secundaria y exagerada, que provocaron los burlescos de su clase, y que han dado lugar á creer á algunos críticos, que son todos de un género puramente ideal, negando absolutamente el influjo de las costumbres orientales sobre esta clase de composiciones. Yo creo sin embargo que hay muchos que participan del espíritu y poesía árabe, y de los vestigios de las costumbres é idealidad que los moros nos dejaron, segun he dicho en el prólogo del Romancero.

ROMANCES DEL ESPAÑOL DE ORAN.

234.

EL ESPAÑOL DE ORAN.—I [1].

(*De Don Luis de Góngora.*)

Servia en Oran al Rey
Un español con dos lanzas
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Cuando tocaron al arma.
Trecientos cenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas;
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas;
Las atalayas los fuegos;
Los fuegos á las campanas,
Y ellas al enamorado
Que, en los brazos de su dama,
Oyó el militar estruendo
De las campanas y cajas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le pára:
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejarla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
—Salid al campo, señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será tambien
Sin vos, campo de batalla.
Vestíos, salid apriesa,
Que el general os aguarda,
Y os hago á vos mucha sobra,
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho,
Y no habeis menester armas.—
Viendo el español brioso
Cuánto le detiene y habla,
Le dice así: —Mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla, y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato, en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.—

(GÓNGORA, *Obras de.*)

[1] Del asunto de este y los siguientes romances hizo CUBILLO su comedia intitulada *Entre los sueltos caballos*, y BARRIOS la suya con título de *El Español de Oran.*

235.

EL ESPAÑOL DE ORAN.—II.

(*Anónimo.*)

De pechos en la ventana
Y los ojos en la calle
Mira la bella africana
Por donde su español sale,
Y aunque desnuda en camisa
No teme ofensas del aire,
Qu'está vestida de amor
Con invencibles señales.
Hace plaza de sus pechos,
Y hacer tal plaza le place,
Pues la plaza de sus ojos
La lleva do la desplace.
Con la luna divisaba
Entre muchos á su amante,
Que ántes de salir con órden
Hacen entre ellos alarde:
Y perdiéndole de vista
Sacó el cuello por miralle,
El cual rindiendo al amor
Hizo entre ellos vasallaje.
Diciendo:—Luz de mis ojos,
¿Dónde te llevan? ¿do sales?
Que en salir de mi presencia
Marte de su quicio sale.
No pudo ser sí soborno
El que movió á los Alarbes
Venir en tan dulce noche;
¡Mas no hay dulce que no amargue!
No me temo que me dejes,
Mas temo de algun desastre,
Que al fin desastrada suerte
Acontece en casos tales.
Vestísteste armas de acero,
Gola, peto, espada y guante,
Adarga, lanza y caballo,
Almete, cinta y plumaje,
Espada y daga dorada
Con borceguí y acicate,
Sin cuello, venda ni liga,
Que es adorno de galanes.
Si estando al amor sujeto
No pagas lo que firmaste,
¿Cómo sin firma á la guerra
Pagas sin ejecutarte?
No te llamó el general,
Mas tú vas ántes que llame,
Porque aquel es buen soldado
El que acude sin llamarle.
Si tan bien corres ginetes
Como corrida dejaste
A quien corrida de tantos
Tú, sin correr alcanzaste;
Si tanto sientes mi ausencia
Como sentiste el son grave,
El cual fué causa, mi bien,
Que te fuiste y me dejaste,
No dudo de verte libre
Y con victorioso lance,
Aunque en batalla de amor
Te hayas mostrado cobarde.—
Con esto pasó la noche
Y ántes que Febo asomase
Se volvió la gente á Oran,
Y ella olvidó los pesares.

(*Romancero general.*)

236.

EL ESPAÑOL DE ORAN.—III.

(*De Don Luis de Góngora* [1].)

Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo, lo verde,
Aquel español de Oran,
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cernejas fuerte,
Para que lo lleve á él,
Y á un moro cautivo lleve,
Que es uno que ha cautivado
Capitan de cien cenetes.
En el lijero caballo
Suben ambos, y él parece,
De cuatro espuelas herido,
Que cuatro vientos le mueven.
Triste camina el alarbe,
Y lo mas bajo que puede
Ardientes suspiros lanza
Y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
De ver, cada vez que vuelve,
Que tan tiernamente llore
Quien tan duramente hiere,
Con razones le pregunta
Comedidas y corteses
De sus suspiros la causa,
Si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
Sin excusarse obedece,
Y á su piadosa demanda
Satisface desta suerte.
—Valiente eres, capitan,
Y cortes como valiente;
Por tu espada y por tu trato
Me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
De mis suspiros ardientes,
Y débote la respuesta,
Por quien soy, y por quien eres.
Yo nací en Gelves, el año
Que os perdisteis en los Gelves,
De una berberisca noble
Y de un turco matasiete.
En Tremecen me crié
Con mi madre y mis parientes.
Despues que murió mi padre,
Corsario de tres bajeles,
Junto a mi casa vivia,
Porque mas cerca muriese,
Una dama del linaje
De los nobles Melionceses,
Extremo de las hermosas,
Cuando no de las crueles;
Hija al fin destas arenas
Engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura
Que se hallarán claveles
Mas ciertos en sus dos labios,
Que en los dos floridos meses.
Cada vez que la miraba
Salia el sol por su frente
De tantos rayos vestido
Cuantos cabellos contiene.
Mas ya la razon sujeta
Con palabras me requiere
Que su crueldad le perdone
Y de su beldad me acuerde.
Juntos asi nos criamos,
Y amor en nuestras niñeces
Hirió en nuestros corazones
Con arpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
Dulces lazos, tiernas redes,
Miéntras el plomo en las suyas
Libertades y desdenes.
Esta, español, es la causa
Que á llanto pudo moverme:
¡Mira si es razon, que llore
Tantos males juntamente!—
Conmovido el capitan
De las lágrimas que vierte,

Parando el veloz caballo,
Que paren sus males quiere.
—¡Gallardo moro, le dice,
Si adoras como refieres,
Y si como dices amas
Dichosamente padeces!
¿Quién pudiera imaginar,
Viendo tus golpes crueles,
Que cupiera alma tan tierna
En pecho tan duro y fuerte?
Si eres del amor cautivo,
Desde aquí puedes volverte,
Que me pedirán por robo
Lo que entendí que era suerte.
Y no quiero por rescate
Que tu dama me presente
Ni las alfombras mas finas,
Ni las granas mas alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
Y vivirás si lo hicieres,
Con tal que cuando la veas,
Pido que de mí te acuerdes.
Apeóse del caballo,
Y el moro tras el desciende,
Y por el suelo postrado
La boca á sus piés ofrece.
—Vivas mil años, le dice,
Noble capitan valiente,
Que ganas mas en librarme
Que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo,
Y te dé victoria siempre,
Para que extiendas tu fama
Con hechos tan excelentes.
Apénas vide trocada
La dureza desta sierpe,
Cuando tú me cautivaste.
¡Mira si es bien que lamente!—

(GÓNGORA *Obras de.*—It. *Primavera y flor de Romances.*—It. *Romances varios de diversos autores.*)

[1] El asunto de este lindísimo romance es casi el mismo del que se trata en los de Abindarraez y Narvaez.

ROMANCE DE AYALA.

257.

AYALA EN UN JUEGO DE CAÑAS.

(*Anónimo.*)

El sol la guirnalda bella
Del mas cristalino aljófar
Alumbraba al medio curso,
Al mar y tierra redonda,
Cuando en la plaza de Túnez,
Cuyos balcones adornan
Mil soles claros de Oriente,
Del amor flechas hermosas,
Delante el gran Alfaquí
Nieto del de la Corona,
Que las columnas de Alcides
Puso con esfuerzo y honra,
Entra brioso y galan
A la morisma española,
Rindaro, señor de Colcos,
Con atabales y trompas,
Encubertada la yegua
De tela amarilla y roja,
Desde el copete esparcida
Hasta la enrizada cola:
Viene á mantener sortija
Celebrando la victoria
Del rey Félix de Granada,
Gran defensor de Mahoma.
Siguen los aventureros
Ufanos la plaza toda,
Llenos de rubíes y perlas
Y de ámbar labradas pomas.
El mayorazgo de Ayala
Entra con ornato y pompa,
Silla con arzon de plata,
Y á los fines bellas borlas.
De negro y blanco se viste,
Porque la ingrata que adora
Dejó en blanco su ventura,
Y así negra se la torna:
De los Avalos Jarife,
Almoradifes de Ronda,
Sale un gallardo mancebo
Con quien el sol era sombra;
Morada y verde librea,
El color de sus congojas,
Porque le tienen morado
Golpes de esperanzas locas:
Un Baxá sale de azul,
Llena de espejos la ropa,
Y por mote: «Sol y espejo
»De amor y penas celosas.»
De hojas de yedra un salvaje,
Por ser su dama leona
Hojas de esperanzas leves
Que el aire marchita y doma.
Un pobre Aliatar ilustre,
Vestido de holanda tosca,
Sale á correr bien corrido
De las faltas que le sobran;
La letra dice: «Quien tiene
»Mucha sangre y plata poca,
»Salga de lienzo á las justas,
»Porque amortajan su gloria.»
Bravonel sale de verde,
Rico alquicel y marlota,
Con unas eses de plata,
Y esta empresa de su historia:
Una esperanza rendida
Como del viento las hojas,
Y una fe que lo sustenta,
Y por letra: «Firme, y sola.»
Los Zaides van de tela
De color de la amapola,
Sembradas mil esmeraldas
Por los bonetes y tocas:
Delante un negro Cupido
Con flechas de oro vistosas,
Y el mote: «Tesoro ofrece,
»Y en negro carbon se torna.»
Dos capitanes que al viento
Sus banderas enarbolan,
Sacan blancas tunicelas,
Y á trechos de oro unas rocas:
La castidad significan,
Que flores produce y corta,
Y la letra: «Teñiréla
»Con sangre que cruz adorna.»
Bizarros pasan la Tela,
Colgados precios y argolla;
Ya dan licencia los jueces,
Y al correr dulzainas tocan.
Parten Rindaro y Baxá,
Mas el moro el precio goza
Ofreciéndole á su madre
La bella Celaura mora.
Con el Jarife asegunda,
Y tambien lleva la joya;
Mas fortuna rebatida
La suerte y hados soborna,
Que de Ayala el mayorazgo
Galan el premio le toma,
Dándole á la bella ingrata,
Que con alma y vida honra.
Celina, que el moro sirve,
Dice dél cruel, celosa:
—Ayala, tú me mataste.—
Ayala en el eco nombra.
Lleva un capitan sortija,

Y el pobre Aliatar llevóla;
Los Zaides corren iguales,
El salvaje un lado toca,
Bravonel la yegua pica,
Y su ventura malogra,
Viniendo de la carrera
A quien dice, y asi llora;
—Pues le pesa á mi cruel
De que en su servicio corra,
Yo no me espanto que huya,
Que aun tú ves que es firme onza:
No son fiestas para tristes,
Mi fe me sale engañosa,
Mas no es mucho, si amo á quien
Los animales asombra.—
Invenciones entran nuevas,
Corre Pindaro con todas,
Ganadas al fin por lances,
Precios y pechos de moras.
La noche da fin al juego,
Las lanzas lijeras tronchan;
Que no hay fiesta que no acabe,
Y sin azar, es dichosa.

(*Romancero general.*)

ROMANCE DEL ALCAIDE DE FLORENCIA.

238.

EL ALCAIDE DE FLORENCIA.

(*Anónimo.*)

El Alcaide de Florencia,
Sucesor de sus murallas,
En la plaza de Madrid
Alegre juega las cañas,
Con marlota y capellar
Conforme á la nueva usanza,
Todo euajado con emes,
Divisa que al mundo espanta,
Cuyos sentidos preciosos,
Como sentidos en plaza,
Cada cual acomodó
Dando diferentes trazas.
Unos dicen que la M
Puso sobre blanca estampa,
Porque lo blanco en la muerte
Es donde mas se señala:
Otros que letra de piernas
Sacó, porque ha visto tantas,
Que para echarlas de sí
Fué necesario jugarlas.
Otros dicen, que medroso
De que la fortuna escasa
Le ha de dar algun disgusto,
Del miedo puso las armas.
Otros que por las mentiras
Que se dicen entre damas,
Con M significó
De sus marañas la causa.
Cada cual conforme al juicio
De su hueca calabaza,
Interpretó la divisa
Segun lo que se le alcanza.
Una lanza sacó al hombro,
Banderilla negra y blanca,
Un alfanje cortador,
La cuchilla corta y ancha,
En un caballo lijero,
Larga crin y cola larga,
Saltador, de paso altivo,
Que apénas los piés estampa.
A la señal de clarines,
Y de trompetas y cajas,
Repite el eco gracioso,
Al volver de las espaldas:
»Adarga, adarga, adarga,
»Encubre la cabeza, el paso alarga.»
Trabóse la escaramuza,
La mas graciosa y gallarda
Que se pudo imaginar,
Rompiendo el aire las cañas;
Y acabada por un rato,
Cercada toda la plaza,
Dos á dos y tres á tres
Corren con parejas lanzas.
Al toril abren la puerta,
Y cada cual se prepara,
Unos de cortos rejones,
Y otros vuelven las espaldas.
Pero el Alcaide famoso,
A quien la fortuna aguarda
Con corona de laurel
Para engrandecer su fama,
A vista del gran Senado
Su altivo caballo pára.
Un toro sale furioso
La cola toda enroscada,
Como si solo saliera
Para semejante hazaña;
Hacia el caballo arremete
Que le espera cara á cara.
Jugando el corto rejon
Su dueño el brazo levanta,
Y al bajarle, la soberbia
Del furioso toro baja.
Tendido quedó en el suelo
Midiendo la arena blanca,
Y con grande regocijo
A gritos canta la Fama,
Que la cifra de las emes
Es del que montes abaja,
Y del que tiemblan los moros,
Y el que fuertes toros mata.

(*Romancero general.*)

ROMANCE DEL TORNEO.

239.

EL TORNEO.

(*Anónimo.*)

El encumbrado Albaicin,
Junto con el Alcazaba,
Dos horas ántes del dia
Tocaron al alborada;
Vivacoulud le responde
Con clarines y dulzainas,
Y el noble Vivataubin
Con pífanos y con cajas.
Luego las torres bermejas
Generalife y la Alhambra,
Solemnizando la fiesta
Alzaron sus luminarias.
Gomeles y Sarracinos,
Tarfes, Chapices y Mazas,
Portavises y Vanegas,
Aliatares y Ferraras,
Adalifes y Bordaiques,
Abencerrajes y Audallas;
Azarques con los Alferves
Madrugaron á la zambra,
Que la ordenó Reduan
Con Muza su camarada,
Para allanar el destierro
De Abenzulema el de Baza.
Iba Reduan delante
En una yegua alazana,
Vestido de verde oscuro
Con un almaizar por banda;
Con plumas de tres colores,
Una esfera en la medalla,
Y en medio de ella esta cifra:
«Mucho mas mi empresa es alta.»
Luego tras este seguia
Muza, en una yegua baya,

De amarillo y naranjado
Con una toca encarnada:
Por divisa un corazon
Que le atraviesa una espada,
Y en el pomo aqueste mote
«Mas crueldad usó Daraja.
Bravonel iba vestido
De azul y franjas moradas,
Con una luna menguante
Encima una toca blanca;
Y con la déllica luz
Del sol, encubre su cara,
Y al rededor esta letra:
«Sin luz mengua mi esperanza.»
Azarque, que de la guerra
Vino, quiso entrar con armas,
Las cuales trajo del mar
Con el agua deslustradas.
Lleva en medio del escudo
Colores diferenciadas,
Y en la orla aqueste mote:
«Diferentes son mis ansias.»
Salió Celino y Muley,
Galbano y el fuerte Audalla,
Vestidos de una color
En cuatro hacaneas blancas:
Estos, porque sus amigas
Quedaban en la Alpujarra,
Entraron de una librea
Y con mochilas colgadas;
Albornoces colorados
Con guarda-soles de plata,
Y todos aquesta letra:
«A la vuelta nos aguardan.»
Luego tras estos venian
Por el Zacatin las damas,
Que con el son de las trompas
Sintieron ser avisadas.
Reduan que via el tropel
Manda parar miéntras pasan,
Que no es razon que mujeres
Vayan en la retaguarda.
La primera del paseo
Era la hermosa Daraja,
Que pues es por su respeto,
Es bien que sea capitana,
Vestida de raso blanco
Y la mano levantada,
Con que el rubicundo rostro
Tapaba con una manga:
Una toca de telilla
Y el cabello en las espaldas,
Y un collar ante sus pechos
Que á un carbunco la luz tapa:
Adornó la bella frente
Con una bella esmeralda,
Y en medio de ella esta cifra:
«Yo la culpa y tú la causa.
Luego tras ella briosa
Llegó la bella Zoraida,
Los ojos en Reduan
Y en Abenumeya el alma,
Vestida de verde oscuro
Con rapacejos y franjas,
Y en una franja este mote:
«Mas juicio y ménos gracias.»
Llegó Fátima y Celinda,
Sarracina y Celindaja,
Xarifa y Zaida, Zulema,
Adalifa y Albenzaida,
Todas con moradas tocas
Y almalafas plateadas,
Y en los verdes almaizares
Dice un mote: «El color basta.»
Así llegaron por órden
A la fuerza del Alhambra,
Donde fuéron recibidas
De la reina Guadalara.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DEL JUEGO DE CAÑAS.

240.

JUEGO DE CAÑAS. — I.

(*Anónimo.*)

Suspensos estaban todos
Colgados de una esperanza,
Que de la fiesta promete
La diversidad de galas.
Nadie en la plaza se mueve,
Con estar toda la plaza
Llena de bizarros moros,
Y de damas las ventanas.
Esperábase una fiesta,
Fiesta entre ellos nunca usada,
Que mantiene Reduan
Por una dama cristiana.
Cristiana trae la divisa,
Y de cristiano las armas,
Y en la tarjeta este mote:
«Mi ley dejo, y aun no basta.»
Rompió luego este silencio
Un moro Cegrí, que entraba
Tan libre, que del amor
Yelo es siempre de su dama:
Traia en un pardo arnes
Mil víboras esmaltadas,
Y él entre todas desnudo,
Royéndole las entrañas.
Las damas de piadosas
La mano le dan, y sacan,
Y él la suya huyendo, dice:
«Mas el remedio me daña.»
Traia las armas verdes,
Verde el escudo y la adarga,
Diciendo: «Corta es la vida
» Para tan larga esperanza.»
De plumas grabó un arnes,
Que el viento las arrebata,
Y esta letra: «Nadie fie
»De plumas ni de palabras.»
De dos mil aventureros
Se pobló toda la plaza,
Cuyos motes no leí
Por verles jugar las cañas.

(*Romancero general.*)

241.

JUEGO DE CAÑAS. —II.

(*Anónimo.*)

Cubierta de seda y oro,
Y guarnecida de damas,
Está la plaza de Gelves,
Sus terrados y ventanas,
Con la flor de moros nobles
De Sevilla y de Granada;
Que como el trato es de amores
Los cubre de orin las armas.
Gente es que tienen los reyes
De ambos reinos alistada,
Para hacer contra cristianos
Una presa de importancia.
Ya pues lidiados los toros,
Y hechas ya suertes gallardas
De garrochas y bajillas,
De rejones y de lanzas,
Placenteros se aperciben
A hacer un juego de cañas,
Al son de sus tamborines
Y clarines y dulzainas.
Despues que mudado hubieron
Los caballos de la entrada,
Y publicadas sus quejas
En motes, cifras y galas,
En contrapuestos partidos
Por cuatro puestos cruzaban,

Que de dos en dos cuadrillas
Han de jugar cara á cara.
Los primeros que pusieron
Los caballos en la plaza,
Fuéron el bravo Almadan,
Y Azarque, señor de Ocaña,
El uno amante de Armida,
Y el otro de Celindaja,
Contra los cuales salió
De la cuadrilla contraria
El animoso Gazul,
El desdeñado de Zaida,
Y el esposo de Jarifa,
La hija del moro Audalla.
De la cuadrilla tercera
La delantera llevaba
Lasimali Escandalife
El gobernador de Alhama,
Y Mahomad Bencerraje,
Valiente moro de fama,
Alca de de los Donceles
Y virey del Alpujarra,
Que de dos damas Cegríes
Son esclavas sus dos almas
Contra los cuales furiosa
Salió la cuadrilla cuarta.
Llevaban la delantera,
Con gentil donaire y gracia,
Benzulema el de Jaen
Y el corregidor de Baza,
Que sirven en competencia
A la hermosa Felisalva,
La hija de Boazan,
Y prima de Guadalara:
Mas como tiene la gente,
Que aguardándoles estaba,
En tormenta los deseos
Y los ánimos en calma;
Enclavados en las sillas
Y embrazadas la adargas,
Los unos contra los otros
A un tiempo pican y arrancan,
Y trabando el bravo juego,
(Que mas parecia batalla,
Donde con destreza mucha
Allí algunos se señalan)
Los unos pasan y cruzan,
Los otros cruzan y pasan,
Desembrazan y revuelven,
Revuelven y desembrazan:
Cuidadosos se acometen,
Se cubren y se reparan,
Por no ser en sus descuidos
Paraninfos de sus faltas;
Que es desdichada la suerte
Para aquel que mal se adarga
Que las cañas son bohordos,
Y los brazos son bombardas.
Mas como siempre sucede
En las fiestas de importancia,
Tras un general contento
Un azar y una desgracia,
Sucedió al bravo Almadan,
Que contra Zaide jugaba,
Que al arrancar de sus puestos
Cebado en mirar su dama,
Por tirar tarde un bohordo
Tomó la carrera larga,
Y fuera á parar la yegua
Donde la vista paraba,
Tan léjos de su cuadrilla
Que cuando quiso cobralla,
No pudo encubrir la sobra
Ni pudo suplir la falta,
Y sus vencidos amigos
En cuyo favor jugaba,
Le dejaron envidiosos
Del bien por quien los dejaba:
Pues fingiendo que no entienden
Las voces que el moro daba,
Dicen á sus compañeros:
Caballero, adarga, adarga;
Y partiéndose revuelven
Con su cuadrilla cerrada.
Corrido el moro valiente
De una burla tan pesada,
Los ojos como dos fuegos,
Y el rostro como una gualda,
Calóse el turbante airado
Y empuña una cimitarra.
Haciendo para su yegua
De dos espuelas dos alas,
Furioso los acomete,
Los atropella y baraja.
La gente se alborotó,
Y las damas se desmayan;
Ya vierten sangre las burlas
Y en la plaza se derrama.
No queda moro en barrera,
Ni ha quedado alfanje en vaina;
Almas y suspiros lloran
Y los brazos no se cansan.
La noche se puso en medio,
Con la sombra de su cara
Puso treguas al trabajo
Y límite á la venganza.
Y en tanto que por derecho
Se justifica su causa,
Tomó el camino de Ronda
Con seis amigos de guarda.

(Romancero general.)

ROMANCES DEL ASALTO DE BAZA.

242.

ASALTO DE BAZA [1].

(Anónimo.)

Arriba, gritaban todos
Los que dan asalto á Baza,
Con el valiente Lisardo
Que con mil moros la asalta.
Cuando el pié en la escala pone,
Como amor le mueve el alma,
Por decir viva su Rey,
Dijo al subir de la escala:
«Viva Lisarda, viva;»
Mas luego vuelve y dice:
«Arriba, arriba.»
Pesa mas su pensamiento
Que el acero de sus armas:
Son mas altas sus memorias
Que las almenas mas altas.
Dió la lengua á su deseo
Como el deseo le manda,
Y dijo á vuelta de aquellos
Que á sus espaldas gritaban:
«Viva Lisarda etc.»
¡Pero qué mucho que el moro,
Si vive con la esperanza,
De que su Lisarda viva,
Pida que viva Lisarda!
Señal que en el corazon
No hay voz que pueda alcanzalla;
Con sus ansias sus memorias,
Y así publican sus ansias;
«Viva Lisarda etc.»
Como era viva la voz,
Pensó que al cielo llegaba,
Al cielo de la que adora,
Que por su cielo la llama:
Piensa que á Lisarda aspira,
Y no que asaltaba á Baza,
Y en medio de esta victoria
Así publica en voz alta:
«Viva Lisarda, etc.»

(Romancero general.)

[1] No se pone entre los históricos por ser enteramente novelesco.

ROMANCE DE LA BATALLA ENTRE UN MORO Y UN CRISTIANO.

243.

BATALLA ENTRE UN MORO Y UN CRISTIANO [1].

(*Anónimo.*)

A vista de los dos reyes,
Isabel y Don Fernando,
Puesto á Granada cerco,
Sale un moro y un cristiano.
El moro arrogante y fiero,
Furioso y determinado,
Y en el adarga este mote:
«Todo lo allana mi brazo.»
Pues el cristiano animoso
No sale ménos lozano,
Que es mancebo y floreciente,
Y de nacion lusitano.
Muestra bien en su apostura
Su esfuerzo, valor y estado,
Y en un retrato que lleva,
El principio de su daño.
Con arrogancia y denuedo
El moro le habló al cristiano,
Diciendo: — Saber quisiera
De qué rey eres vasallo,
Porque en solo haberte visto
Te estoy tan aficionado,
Que por sola tu amistad
Casi me hiciera cristiano. —
No quiso el aventurero
Dejar de ser cortesano,
Y dícele al moro: —Soy
De la nacion lusitano,
Y del rey Don Juan Segundo
Soy y seré su vasallo.
Soy Don Francisco de Almeida,
En mi patria bien nombrado,
Y codicioso de honra,
La quietud menospreciando,
Vine á servir á los Reyes
Isabel y Don Fernando. —
— Agora digo que eres
De algun linaje villano,
Y que por no ser cual muestras
Te has venido desterrado;
Pues dejas tu propio rey
Por servir al que es extraño,
Que si por honra lo haces,
En Africa tiene campo. —
—No quisiera responder
A tus razones, pagano;
Y si doy respuesta, es
Por dar á tu yerro el pago. —
Apártase el sarraceno,
Y tambien el lusitano,
Para tomar de la vega
Lo que les es necesario;
Y cual hambrientos leones
Vuelven lijeros picando
Los acicates aprisa,
Y las lanzas enristrando.
El cristiano quitó al moro
De la cabeza el tocado,
Y el moro dió en el escudo
Descomponiendo el retrato,
Que fué causa que volvió
El gallardo lusitano
Tan presto, y furioso al moro,
Que ántes de ser amparado,
Con la adarga le partió
El hombro y derecho brazo;
Y cortando la cabeza
La llevó al rey Don Fernando,
El cual se lo tuvo en mucho,
Y díjole: —Hidalgo honrado,
Pedid cumplidas mercedes,
Que todo os será otorgado. —

(*Romancero general.*)

[1] Pudiera este romance haberse colocado entre los históricos de la época de los Reyes Católicos.

SECCION DE ROMANCES MORISCOS SATIRICOS, JOCOSOS Y BURLESCOS [1].

244.

CONTRA LA MANÍA DE ADOPTAR NOMBRES DE MOROS POR LOS POETAS.—I.

(*Anónimo.*)

Tanta Zaida y Adalifa,
Tanta Draguta y Daraja,
Tanto Azarque y tanto Adulce,
Tanto Gazul y Abenámar;
Tanto alquicer y marlota,
Tanto almaizar y almalafa,
Tantas empresas y plumas,
Tantas cifras y medallas;
Tanta ropería mora,
Y en banderillas y adargas
Tanto mote y tantas motas,
¡Muera yo si no me causan!
¡Oh rubio galan de aquella
Que sus brazos trocó en ramas,
Porque no fuesen los tuyos
Prision de su imágen casta!
Oh Parnaso, sacro monte!
Oh Aganipe, fuente sacra!
Oh Pegaso que nos diste
Con tu pié coplas en agua!
¡Hijas de Júpiter sumo,
Y de Memoria su amada,
Nueve soberanas Musas
De cien mil necios mesadas,
Ved que vuestros adivinos
En arábigo trasladan
El zumaque de sus chollas,
Y el comienzo de sus cartas!
Renegaron de su ley
Los romancistas de España,
Y ofrecieron á Mahoma
Las primicias de sus gracias.
Dejaron los graves hechos
De su vencedora patria,
Y mendigan de la ajena
Invenciones y patrañas.
Los Ordoños, los Bermudos,
Las Rasuras y Mudarras,
Los Alfonsos, los Enricos,
Los Sanchos, y los de Lara,
¿Qué es de ellos? ¿y qué es del Cid?
¡Tanto olvido á gloria tanta!
¿Ninguna pluma las vuela?
Ninguna Musa las canta?
¡Justicia, Apolo, justicia!
Vengadores rayos lanza
Contra poetas moriscos
Que la tu deidad profanan,
Y aun á la nobleza altiva
Satirizan y disfrazan,
Haciendo infame al famoso,
Y á la temerosa osada.
Dales calambre en sus diestras,
Y á sus voces dales asma;

Derrámales los tinteros,
Pues la honra te derraman:
A los endecheros veda,
Por cuyos ojos echa agua
El niño Amor, y su madre
Cebollas pica en sus caras.
Manda que quien no traduzga
Graves odas ó epigrámas,
Que en los gramáticos sotos
La pedante yerba pazca,
Y que el papel no encarezca
Por desprecio de su dama,
Mas conocida que ruda,
Y mas que nariz sonada:
Y á los que del néctar tuyo
Les das con divina taza,
Que á nuestra España no olviden,
Por quien eres les encarga.
Aficiónense los niños
A contar proezas altas,
Los mancebos á hacellas,
Los viejos á aconsejallas.
Buen Conde Fernan-Gonzalez
Por el val de las Estacas,
Nuñovero, Nuñovero,
Viejos son, pero no cansan.
Al fin, por merced te pido
Que vedes las moras zambras,
Y que á metrizantes legos
Les dés por laureles cañas.

(*Romancero general.*)

[1] En esta seccion se trata de ridiculizar la excesiva manía de formar cuadros de costumbres moras, olvidandose de la severidad de la vieja poesía castellana. ¡Vanos esfuerzos! Nuestra poesía y nuestros hábitos, convertidos en segunda naturaleza, habian tomado ya un giro oriental que no han podido olvidar nunca, y de que aun en el dia participan. Los romances moriscos serán siempre una prueba de las mas inmediatas de aquella parte de la civilizacion árabe que inoculada con la nuestra constituyó la poesía española, y del carácter especial que en el siglo XVI empezó á tomar, y siguió despues.

245.

AL MISMO ASUNTO. — II.

(*Anónimo.*)

¡Ah! mis señores poetas,
Descúbranse ya esas caras,
Desnúdense aquesos moros,
Y acábense ya esas zambras:
Váyase con Dios Gazul,
Lleve el diablo á Celindaja,
Y vuelvan esas marlotas
A quien se las dió prestadas,
Que quiere Doña María
Ver bailar á Doña Juana
Una *Gallarda* española,
Que no hay danza mas gallarda;
Y Don Pedro y Don Rodrigo
Vestir otras mas galanas,
Ver quien son estos danzantes,
Y conocer estas damas;
Y el señor alcaide quiere
Saber quien es Abenamar,
Estos Cegríes, Aliatares,
Adulces, Zaides y Audallas;
Y de qué repartimiento
Son Celinda y Guadalara,
Estos moros y estas moras
Que en todas las bodas danzan;
Y por hablarles mas claro,
Así tengan buena Pascua,
¿Ha venido á su noticia
Que hay cristianos en España?
¿Quieren que diga el hereje
Que en nuestra fe sacrosanta,
De los nombres de la pila
Se nos sigue alguna infamia?
¿Saben si alguna nacion
Persa, scita, ú otomana,
A nuestros nombres celebran,
Y cantan nuestras hazañas?
Si dicen que no lo ignoran,
¿Por qué las cuentan y cantan
En nombre de los moriscos,
Abatiendo nuestras lanzas,
Y cubren nuestras naciones
De alquiceles y almalafas,
Y mil falsos testimonios
A los moriscos levantan?
¡Están Fatima y Jarifa
Vendiendo higos y pasas,
Y cuenta Lagarto Hernandez
Que danzan en el Alhambra!
¡Estanse los Aliatares
Tejiendo seras de palma,
Y Almadan sembrando coles,
Y levántanles que rabian!
¡Viene Arbolan todo el dia
De cavar cien aranzadas,
Por un puñado de harina
Y una tarja horadada,
Y viene otro delincuente,
Y sácale á la otra mañana
A la gineta, y vestido
De verde y flores de plata!
¡Y al Cegrí, que con dos asnos
De echar agua no se cansa,
El otro disciplinante
Pintale rompiendo lanzas!
¡Hace Muza sus buñuelos;
Dice el otro, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas!
¡Los de la Santa Hermandad,
Por delitos que otros hagan,
Os saquen, samaritanos,
A virotazos el alma!
¡Dejais un fuerte Bernardo,
Vivo honor de nuestra España,
Asombro de la morisma,
Temor general de Francia:
Dejais un Cid campeador,
Un Diego Ordoñez de Lara;
Un valiente Arias Gonzalo,
Y un famoso Rodrigo Arias;
Y á aquellos héroes famosos,
Dignos de gloriosa fama,
Que eternizó sus memorias
La conquista de Granada,
Y celebrais chusmas moras
Vuestros cantos de cigarra,
Hechos pobres mendigantes,
Del Albaicin á la Alhambra!
Si importa celar los nombres,
¿Por qué lo impiden las causas?
¿Por qué no vais á buscarlos
A las selvas y cabañas,
A las banderas francesas,
O á las legiones romanas,
A Cartago ó á Sagunto,
O á la felice Numancia?
¡Mas dó vuelas, pluma mia!
Tente, que vas desmandada;
Que haces mal en condenar
Invencibles ignorancias.

(*Romancero general.*)

246.

AL MISMO ASUNTO. — III [1].

¿Por qué, señores poetas,
No volveis por vuestra fama;
Pues en comun vuestras obras
Yo no sé quién os las mancha?
¡Mal parece que esteis mudos
Cuando inocentes os llaman,
Y acudiendo á las demas

Dejais vuestras propias causas!
Un miembro de vuestro cuerpo
Quiere romper vuestras galas;
Un Judas de vuestro gremio,
Que jamas un Judas falta.
¿Qué le aprovecha á Gazul
Tirar al otro la lanza,
Si hoy un niofo del Leteo
Quiere deshacer sus zambras,
Como si fuera Don Pedro
Mas honrado que Abenamar,
Y mejor Doña María
Que la hermosa Celindaja?
Si es español Don Rodrigo,
Español fué el fuerte Audalla,
Y sepa el señor Alcaide
Que tambien lo es Guadalara.
Si una *Gallarda* española
Quiere bailar Doña Juana,
Las zambras tambien lo son,
Pues es España Granada.
Si este triste maldiciente
De vestidos tiene falta,
Podréisles dar porque calle
Vuestras marlotas de gracia;
Y entienda el mísero pobre
Que son blasones de España,
Ganados á fuego y sangre,
No (como él dice) prestadas;
Y que es honra de esta tierra
Que hagan sus fiestas y danzas
Con lo que un tiempo ganaron
Con espada, dardo y lanza.
No es culpa si de los moros
Los valientes hechos cantan,
Pues tanto mas resplandecen
Nuestras célebres hazañas;
Que el encarecer los hechos
Del vencido en la batalla,
Engrandece al vencedor,
Aunque no hablen de él palabra.
No es bien que el Cid, ni Bernardo,
Ni un Diego Ordoñez de Lara,
Un valiente Arias Gonzalo,
Un famoso Rodrigo Arias,
Cuyas obras de ordinario
Eran correr las campañas,
Entren á danzar compuestos
Entre el amor y las damas:
A Muza le está bien esto,
A Arbolan y Galiana,
A los Cegríes y Aliatares,
Que siempre de amor trataban.
Ni es bien que traigan los nombres
De las banderas romanas,
De Cartago ó de Sagunto,
Ni de nuestra andaz Numancia;
Que Scipion huye de amores,
Scévola está en las brasas,
Y Aníbal no se entretiene
En danzar ni en jugar cañas;
Y es quitarles de sus nombres
Y afeminarles las armas
Enemigas del sosiego,
Por emprender cosas altas.
¡Los perros del matadero
Te saquen, traidor, el alma,
Pues por ensalzarte á tí,
A tantos buenos maltratas!
¡Y el cielo te traiga á tiempo
Que pidas de casa en casa,
Como pobre mendigante,
Del Albaicin á la Alhambra!
Darro cuando dél bebieres
Enturbie sus claras aguas,
Y las del manso Genil
Se tornen sangre de vaca.
Apolo con sus consortes
Te sienten en una albarda,
Y en lugar de su licor
Te den agua de zarazas.
No te falte en Peralvillo
Un palo y soga ensebada,
Y en conclusion te apedreen
Los moros de la Alpujarra.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance es una respuesta al anterior, vindicando á los autores de los romances moriscos.

247.

BURLÁNDOSE DE LOS ROMANCES MORISCOS.

(*Anónimo.*)

Oidme, señor Belardo,
Oid y escuchad un poco,
Y templad vuestro instrumento
Si acaso le teneis hoto;
Y si de una vez no acaban
Vuestros llantos y sollozos,
Repartidlos por semanas
Hasta que se agote el pozo.
¿Y si está mal acordado,
Por qué echais la culpa al otro
Que de Sidonia salia
A impedir el desposorio?
Y si le faltan clavijas
Hacedlas de un sauce flojo,
Y no saldrá el son turbado,
Antes manso, ledo y ronco.
Si vos haceis testamento,
Tambien lo puede hacer otro;
Y si haceis un codicilo,
Yo lo haré tambien y todo.
Si muere el pastor Belardo,
Tambien acaba Medoro,
Y si vos morís por Filis,
Yo por Silvia peno y lloro;
Pero estais en todas partes,
Y no puede en ningun modo
Dejar de topar con vos
Ningun cristiano ni moro.
Sois un mapa general,
Y en nombre sois un Antonio;
Calepino en traducciones,
Desde el uno al otro polo.
Una vez sois moro Adulce
Que está en la prision quejoso,
Porque le dejó Celinda,
Y es que os dió Filis del codo;
Otras veces os mostrais
Bravonel ó Maniloro,
Y otras veces sois Azarque,
O Muza valiente moro;
Otras veces Reduan,
Que se atrevió á ganar solo
A la ciudad de Jaen
Con gran grita y alboroto;
Y al fin, por no me cansar,
Sois la parte, sois el todo,
Para dar gusto á las damas
Con un romance gracioso,
Como es decir, si me acuerdo:
«Agua va, que las arrojo:
»Todo cristiano se aparte,
»Que trae el curso furioso.»
Y porque no entendais
Que estais sin causa quejoso,
Os pido que os contenteis
Con tener un nombre solo;
Y no echeis culpa á las aves,
Al olmo y su verde tronco,
Diciendo, sirven sus varas
De garrochas para el toro;
La cual verdad os concedo,
Y que acertásteis en todo,
Pues en las armas sois buey,
Segun lo afirma Colodro.

Recoged vuestro galan,
Y echad el zurron al hombro,
No deis causa que se diga,
Belardo, que estais ya loco;
Y lo mas cierto será
Que no sustenteis á hombros
La Babilonia del mundo;
Dejad que la sufran otros.

(*Romancero general.*)

248.

SÁTIRA DE LOS ROMANCES MORISCOS.

(*Anónimo.*)

Triste pisa y afligido
Las orillas de Pisuerga,
El ausente de su dama,
El desterrado Zulema;
Moro alcaide, y no bellido,
Amador con ajaqueca,
Arrocinado de cara,
Y carigordo de pierna.
No lleva por la marlota
Bordadas cifras, ni letras
En el campo de la adarga,
Ni en la banderilla letra;
Porque es el moro idiota,
Y no ha tenido poeta
De los sastres de este tiempo,
Cuyas plumas son tijeras.
Los ojos tiene en el rio,
Cuya corriente los lleva
Envueltos entre las olas
Llorando su triste ausencia.
Tanto llora el hi de puta
Que si el año de la seca
Llorara en un haza mia.
Me acudiera á cien fanegas.
Los espacios que no llora,
De memorias se alimenta,
Porque le da el corazon
Lo que los ojos le niegan.
Pienso se hace de memorias,
Rumiando glorias y penas,
Como rabanos mi mula,
O una mona berengenas.
Contempla luego en Alaxa,
En quien miéntras la contempla,
Olas de imaginacion
O se las traen ó las llevan;
Y ella se está merendando
Duraznicos en su huerta,
Y tirándole los cuescos
A quien tal pasa por ella.
Ojos claros, cejas rubias,
Al vivo se le presentan,
Lanzando rayos los ojos,
Y flechas de amor las cejas.
El moro contemplativo
A los de su dama vuela,
Como á los ojos del buho
Cernicalos de uñas negras.
—¡Ay mora bella, le dice,
No ménos dulce que bella,
No estraguen tu condicion
Las condiciones de ausencia!
—¡Ay moro, mas gemidor
Que el eje de una carreta,
Pues no soy tu mora yo,
No me quiebres la cabeza!
—Recibe allá mis suspiros,
Y el llanto en aquesta tierra
Donde el Rey me ha desterrado,
Y mis cuidados me entierran.
—Llore alto, moro amigo,
Suspire recio y con fuerza,
Que han de andar llanto y suspiros
Mas de noventa y tres leguas.—
En esto ya salteado
De una varonil vergüenza,
A lavar el tierno rostro
De su caballo se apea.
Tambien se apeó el galan,
Porque quiere en el arena
Sembrar peregil guisado,
Para vuestras reverencias.

(*Romancero general.*)

249.

COMO EL ANTERIOR.

(*Anónimo*[1].)

Ese moro ganapan,
Que no llevara un jumento
Tanta carga y sobrecarga,
Como le cargó su dueño;
Remiso de haber salido
De noche con tanto peso,
Se volvió á peon á Ronda,
Canonizado por necio,
Y dejó la yegua baya
Paceutando en un centeno,
Que es cifra con que la yegua
Podrá pacer un invierno.
Cuanto llevaba el vestido
Iba el moro maldiciendo,
Porque todo pesa tanto,
Que va descansando á trechos.
Quitó á la marlota azul
Los eslabones de acero,
No queriendo ser esclavo
Miéntras que no fuese negro;
Y del capellar pajizo
Quitó los tempranos veros,
Para contentar muchachos
Cuando los piden sin tiempo;
Y apeando el unicornio
Se puso en el caballero,
Que parece disparate
Llevarlo en el hombro izquierdo.
Las espigas se comió,
Porque iba el moro hambriento,
Y por ahorrarse de costa
Al pájaro torció el cuello.
Al delfin sacó las tripas
Porque iba casi hediendo,
Y por ser cosa del mar,
Vendello en Ronda por fresco.
Quitó de los borceguíes
Todos los dorados sellos,
Para si por cuartos falsos
Pudiese pasar en trueco.
Con su tienda de invenciones
Llegó el moro, amaneciendo
El cielo con mil nublados,
Juntados por tantos vientos.
Los que le encuentran cargado,
Cuál piensa que es repostero,
Sobre acémila cargada
De algun señor de estos reinos;
Cuál piensa que es mercería,
Cuál, que es guadamacilero,
Cuál, librero de aventuras
De Amadis, Orlando, ó Febo;
Cuál, viendo sus invenciones,
Piensa que es taller de viejo
De algun maestro de trazas,
Con invenciones al tiempo;
Cuál, viendo tantos enigmas,
Piensa que es doctoramiento;
Que á ser el moro cristiano
Bien pudiera servir dello.
Renegando viene el moro
Del poeta que le ha puesto
Un pipote de disfraces
Para que él vaya muriendo.

Juramento hace el moro,
Juramento viene haciendo
De no poner mas divisas,
Porque es de amadores necios.
Viendo el alcaide de Ronda,
La confusion del mancebo,
Le manda que se reporte
De invenciones y de cuentos,
Y que no es algarabía
Aquello, sino gallego,
Y bonete de disfraces,
Arbol de muchos injertos:
Que es taberna, ó bodegon,
Pintado de fuera y dentro,
Para entretener muchachos,
Urracas, monas y cuervos.
Mandó declararse al moro,
Y por negocio indigesto,
Que le pongan al ombligo
Un parche de buenos versos.

(Romancero general.)

1 Hácese burla en este de aquellos romances moriscos que descendientes de los buenos no eran mas que torpes y recargadas exageraciones de unos mismos asuntos y de unos mismos medios, por lo cual parecian caricaturas fastidiosas y cansadas, sin gracia ni novedad alguna.

250.

CÓMO EL ANTERIOR.

(Anónimo.)

Toquen aprisa á rebato
Las campanas de Baeza,
Y el valiente Reduan
Ponga cerco á sus fronteras.
Azarque, indignado y fiero,
Las franjas de oro y seda
Las coja y las aderece
Para otra nueva librea.
Alce del suelo el bonete,
Remiende la tunicela,
No vuelen astas al aire,
Basta que vuele la lengua.
Ensillenle el potro rucio,
Denle lanza como entena,
Con mas medallas y plumas
Que tiene la Libia arenas;
Salgan moros de Granada,
Hagan honrosas empresas,
Elija el Rey mas alcaides
Que tiene casas su tierra:
Háganse zambras de noche,
Suenen cajas y trompetas,
Jueguen cañas en Toledo,
Celébrense nuevas fiestas;
Y para empezar su zambra
Pida Bravonel licencia,
Y el Rey por ver á su mora
De grado se la conceda.
Haga alarde de su gente,
Y saquen nuevas libreas,
Y la hermosa Guadalara
Alguna desgracia tema.
Cuélguense todas las calles
De brocados, varias sedas,
No quepan en los balcones
Damas que salgan á vellas.
Entre el valeroso Muza,
Diga: Aparta, afuera, afuera,
Y sígale la cuadrilla
Con su costosa librea;
Y el animoso Gazul
De su Zaida forme quejas,
Y penetre con los ojos
Las paredes que la encierran.
El desterrado Abenamar
Mire el camino que lleva,
Demande los aparejos
Envidioso y con afrenta.
Al camino de Toledo
Se parta Zaida la bella
A buscar á su Gazul,
Que la media alma le lleva;
Póngase á llorar Belisa,
De pechos sobre una almena,
La partida de su esposo;
Suene la pieza de leva.
La villana de las borlas,
Enamorada de verlas,
Limpie la gruesa camisa
Por de dentro y por defuera;
Quítese las alpargatas,
Y desempeñe las medias;
Póngase botin polido,
Pues se le dan en la aldea;
Haga el amor tantos tiros
Que no le queden saetas,
Y adorne sus puertas francas
De las sangrientas cabezas.
No me canse mas Belardo
Con su Filis y su estrella,
Pues de puro deslustrada
Dió de lucero en cometa.
Sus endechas pastoriles
Caido han de puro viejas,
Y tiene con su destierro
Cansadas muchas orejas.
No temple ya su instrumento
Ni le ponga cuerdas nuevas;
Que si poner se debian,
Él era bien digno dellas.
No se meta con las varas,
Si están derechas ó tuertas;
¡Pues en él no han descargado,
Por muy dichoso se tenga!
Deje á la gran Babilonia,
Y á quien la rige y gobierna,
No levante algunas nubes,
Que sobre su casa lluevan.
Preguntóme cierta dama
Este Belardo quién era,
Y cuando su suerte supo
Me dijo de esta manera:
—¡Miren qué Grande de España
Para que á lástima mueva!
¡Qué pérdida del armada!
¡Qué muerte de rey ó reina!—
Entre los toscos pastores,
En el soto y en la vega,
Al son de sus instrumentos
Puede cantar sus endechas.
Quéjese á los duros robles,
A las desiertas sirenas;
Llame á Apolo y al Flechero,
Podrá ser que de él se duelan,
Porque bien considerado
Las que llora por tragedias,
Segun la culpa que tuvo,
Fué muy liviana la pena.
El que á Adalifes y Azarques
Sacó costosas libreas,
Saque para sí un bonete
Y verá lo que le cuesta.
Pues que de la secta mora
Las ceremonias enseña
Disfrazadas en romance,
Señal que desciende de ellas;
Porque me dijo un refran
Un tiempo una buena vieja:
«El que las sabe mejor,
»Ese tañe las gambetas.»
Y para mí yo lo creo,
Porque su rostro demuestra
Haber nacido en Granáda,
Y criádose en la sierra.
Hay necios abandonados,
Fisgones en las comedias,

Que viendo un romance de estos
Se quedan la boca abierta.
Unos dicen: —¡gran concepto!—
Otros: —¡famosa es la letra!—
¡Y así entienden lo que dicen,
Como los cuellos que llevan!
¡Majaderos de vosotros,
Que os engañan y embelesan
Con fingidas necedades
Y engañosas apariencias!
No hagais caso de Gazul,
Reios cuando se queja,
Rogadle á Azarque no rasgue,
Y que cristiano se vuelva.
Esto dijo un estudiante
Enfadado de poetas,
Que quieren por un romance
Ser dioses acá en la tierra.

(*Romancero general.*)

251.

PARODIA DE UN ROMANCE MORISCO.

(*De Don Luis de Góngora* [1].)

Ensíllenme el asno rucio
Del alcalde Juan Llorente;
Denme el tapador de corcho,
Y el gaban de paño verde:
El lanzon en cuyo hierro
Se han orinado los meses,
El casco de calabaza,
Y el vizcaino machete;
Y para mi caperuza
Las plumas del tordo denme,
Que por ser Martin el tordo
Servirán de martinetes:
Poudréle el orillo azul
Que me dió para ponelle
Teresa la del Villar,
Hija de Pascual Vicente;
Y aquella patena en cuadro
Donde de laton se ofrecen
La madre del Virotero
Y aquel dios que calza arneses,
Tan en pelota y tan juntos
Que en ciegos nudos los tienen
Al uno, redes y brazos,
Y al otro, brazos y redes,
Cuyas figuras en torno
Acompañan y guarnecen
Ramos de nogal y espinas,
Y por letra: «Pan y nueces.»
Esto decia Galayo
Antes que al Tajo partiese,
Aquel yegüero lloron,
Aquel jumental ginete,
Natural de do nació,
De yegüeros descendiente;
Hombres que se proveen ellos
Sin que los provean los reyes.
Trajéronle la patena,
Y sospirando mil veces
Del dios garañon, miraba
La dulce Francia y la suerte.
Piensa que será Teresa
La que descubren y prenden
Agudos rayos de envidia,
Y de celos nudos fuertes.
—Teresa de mis entrañas,
No te gazmies ni ajaqueques
Que no faltarán zarazas
Para los perros que muerden.
Aunque es largo mi negocio,
Mi vuelta será muy breve:
El dia de San Ciruelo,
O la semana sin viernes.
No te parezcas á Vénus,
Ya que en beldad le pareces,
En hacer de tantos huevos
Tantas frutas de sartenes.
Cuando sola te imagines,
Para que de mí te acuerdes,
Ponle á un pantuflo aguileño
Un reverendo bonete.
Si creciere la tristeza
Una lonja cortar puedes
De un jamon, que bien sabrá
Tornarte de triste alegre.
¡Oh cómo sabe una lonja
Mas que todos cuantos leen!
¡Y rabos de puerco mas
Que lenguas de bachilleres!
Mira, amiga, mi pantuflo,
Porque verás si lo vieres
Que se parece á mi cara
Como una leche á otra leche.
Acuérdate de mis ojos,
Que están cuando estoy ausente
Encima de la nariz
Y debajo de la frente.—
En esto llegó Bandurrio
Diciéndole que se apreste,
Que para sesenta leguas
Le faltan tres veces veinte.
A dar pues se parte el bobo,
Estocadas y reveses,
Y tajos orilla el Tajo
En mil hermosos broqueles.

(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.—It. GÓNGORA, *Obras de.*)

[1] Este romance es de Góngora, parodiando al morisco que empieza: *Ensíllenme el potro rucio.*

252.

SÁTIRA DE ROMANCES MORISCOS.

(*Anónimo* [1].)

Lleve el diablo el potro rucio
Del alcaide de los Velez,
Y á mí si subiere en él
Cuando las cañas se jueguen,
Que ya me tiene enfadado
Ser tan comun á las gentes,
Que lo suben los muchachos,
Y lo corren las mujeres.
En las cocinas lo alilan,
En los caminos lo muelen.
De los establos lo arrojan
Que por viejo lo aborrecen,
Y los mozos de caballos
Cuando almohazarle suelen,
Al son de las almohazas
Dan con el potro de Velez;
Y las tristes lavanderas
Aun apénas amanece,
Cuando en las peñas del rio
Al potro lavan y tuercen.
Los calceteros le cosen,
Los tejedores le tejen,
Los pasteleros le empanan,
Los cocineros le cuecen;
Entre la carne le pican,
En los tizones le encienden,
Y de aqueste potro cantan
Al son de los almireces.
Los zapateros le ahorman,
Los panaderos le ciernen,
Los arrieros le acosan
Y molineros le muelen;
Los herreros le maltratan
Y con los fuelles le encienden;
Los carboneros le ahuman,
Los roperos le revenden:
Los sombrereros le aforran
Y con él hacen caireles;

Los tintoreros le tiñen
De colores diferentes :
Los jubeteros le ojalan,
Los pregoneros le venden,
Los tundidores le tunden
Y con el potro anochecen.
Solo falta que en el campo
En los árboles le enjerten,
Y que en medio de las plazas
A la pelota le jueguen;
Porque anda ya tan corrido;
Que si alguna vez se pierde,
Le conocen las del Rastro
Y á mi casa me lo vuelven :
En fin anda tan cansado
Que á cada paso se pierde,
¡Lleve el diablo el potro rucio
Y á quien mas que yo le quiere!

(*Romancero general.*)

[1] Este romance burlesco prueba lo muy popular que se hizo el de *Ensilleme el potro rucio.*

253.

PARODIA DE ROMANCES MORISCOS.

(*Anónimo.*)

Colérico sale Muza
De la torre de Comares,
Arrastrando la marlota,
Y desnudo el rico alfanje.
No va desta suerte el moro
Por matar el Bencerraje,
Que le desmintió en Palacio,
Mas por vengar el ultraje,
Que le hacen los poetas
En canciones y romances;
Y yendo de esta manera
Le salió al encuentro Azarque,
Y él pensó que era poeta
Cuando le vió de tal talle.
— Dejadme, le dijo Muza,
Que los vestidos arrastren,
Que me duelen ya los lomos
De andar cargado de trajes,
Que los poetas novicios
Se desvelan en sacarme,
Compuesto de mas colores
Que tapete de Levante.
Ya hacen de mí platillo
Las damas en todas partes,
Llamándome Anton Pintado,
Y es justo que así me llamen,
Pues me pintan los poetas
Como retazo de sastres,
O capisayo de mona,
O como lienzo de Flándes.
No hay borra de tundidor
Do mas colores se hallen;
Pues me pintan, ya de verde,
Ya de blanco, rojo y jalde :
Y así voy determinado
Antes que adelante pase,
No dejar poeta á vida
Desde el Darro hasta el de Cante.—
—Difícil cosa emprendeis,
Le respondió el bravo Azarque
Si á todo el género humano
No matais con ese alfanje :
Sabed que son los poetas
Como la hidra espantable,
Que si una cabeza cortan
Luego de ella siete salen :
Y si matais un poeta,
Con sátiras y romances
Que compondrán, quedaréis
Abogado entre cantares.
Dejalles, pues que ya os dejan,
Y dan en cantar de Azarques
Naciendo ayer de la tierra
Como Anteon de gigante.
¿Desciendo yo por ventura
Del conde Fernan Gonzalez
Señor de los castellanos,
De los Laras y Guzmanes,
Para que me traigan todos
Mas corrido por las calles
Que manto de sevillana,
O cortesana pleiteante?
Y con todo sufro y callo,
Porque ellos sufran y callen,
Y trato bien los poetas,
Porque ellos mal no me traten. —
—Verdad decis, dice Muza,
Que mejor será dejalles,
Hasta que nuestras historias
Los amohinen y cansen.—

(*Romancero general.*)

254.

PARODIA DE ROMANCES MORISCOS.

(*Anónimo* [1].)

Por las riberas de Alberche,
Un rio de Talavera,
En cuya corriente anidan
Las lechuzas y cigüeñas;
Adonde el fuerte Sanson
Luchó con la primavera,
Y desafió á los vientos
Y al dios Marte en lucha fiera :
Adonde vino á parar
Un marinero de Eneas,
Cuando en el mar de Sicilia
Fuéron perdidas sus velas,
Y adonde Vénus la diosa
Abrasó desde su esfera
A un avaro carretero,
Que le arrastraba su estrella;
Corriendo sale Cupido
Temeroso de la abeja,
Que en los jardines de Chipre
Le picó en la mano diestra :
Y tras él un fuerte moro,
En una yegua overa,
Semejante á Rodamonte
En el brio y lijereza.
Van á prender á Abenámar,
Por cierto daño que hiciera
Su yegua entre dos linderos,
Junto á Toledo en la huerta.
Desde léjos ven un bulto,
Y adivinando quién era,
Iban echando juicios
Por ver quién mejor acierta.
Cual dice que es Doña Urraca
La que se quedó suspensa,
Luego que del Rey Don Sancho
Llegó la siniestra nueva;
O la dueña que en Sidonia
Estuvo por compañera
De la reina Doña Blanca
En la prision dura estrecha.
Yendo en aquestos debates
Ambos hacen una apuesta,
Que al que mejor acertase
Le diese el otro una prenda.
Señaló el robusto moro
Para la conquista fiera
Un alfanje damasquino
Que del tahalí le cuelga.
Usó Cupido de maña,
Y sin que el moro lo entienda,
Para divisar mejor
Abajó un poco la venda,
Y por si algo pudiese

Ganar en aquella empresa,
Puso en contra del alfanje
El arco, aljaba y saetas.
Llegan los competidores
Y desengañados quedan,
De que es el valiente Audalla
Que va la vuelta de Teba.

(*Romancero general.*)

[1] El espíritu de parodia y burlesco se aplica especialmente á todo lo bueno, lo bello, lo popular. En esta composicion se hace burla de todos los géneros de romances, y se reseñan los mas celebres de los moriscos, de los históricos, y de los de diversos asuntos. Se engañan pues mucho los que pretenden desautorizar y despopularizar los romances moriscos y otros por las parodias á que han dado lugar los buenos, y por la crítica que merecen los malos.

255.

MORISCO BURLESCO [1].

(*Anónimo.*)

¿De cuándo acá tantos fieros,
Señora Zaida la bella?
¿Qué confesion revelé
Para tanta penitencia?
Agradézcame que callo
Las cosas que son de véras;
Que lo que dije, no importa
Que se sepa ó no se sepa.
¿Quién le notó aquella carta,
Que segun es de discreta,
Él que no la conociere
Habrá de culpar mi lengua?
¡Oh qué bien su cuento sabe!
¡A fe que es buena la letra,
De reñirme y de alabarme
Porque mucho mas lo sienta!
Como bárbaro me halaga
Para descubrir la vena,
Y á vuelta de sus blanduras
Mete la aguda lanceta.
¿No sabe que me parece
En las cosas que me veda,
Que le truje yo la mano
Cuando formaba las letras?
Porque á fe de noble moro,
Que todo cuanto me ruega,
Lo pensaba hacer sin falta
Aunque no me lo pidiera.
¡Este sí que es puro amor
Nacido de entrañas buenas,
Pues á dos cuerpos tan grandes
Una voluntad gobierna!
Diga cual llama su calle
Para no pasar por ella,
Que como es canton su casa
A dos calles señorea.
Yo no quiero tener pleitos,
Que gusto de obedecerla;
Mas no quiero que sean dos,
Pues una sola me niega.
Mándame que á sus cautivas
Ni las hable ni las vea,
Y tan de véras lo pide
Como si alguna tuviera;
Porque en su casa cristianas
Imposible será haberlas,
Pues su buen ejemplo basta
Para que ni aun lo merezca.
Dice que las damas hacen
Banquetes; pero que advierta
Que han de comer y callar
Los que en la mesa se sientan.
Si algun banquete me hizo,
Busque quien se lo agradezca,
Pues comida de uno solo
Servia para cincuenta.
Ni son banquetes costosos
Los que las damas ordenan,
Pues favores cuando mucho
Son los platos de sus mesas:
Y es plato el de los favores
Que á uno solo bien sustenta,
Mas si muchos comen dél
Ni les hace, ni les presta.
Y cierto, señora Zaida,
Que de hacer esto me pesa,
Que no es de mi condicion
Descubrir faltas ajenas;
Mas razon, cólera y celos,
Tres oidores de mi audiencia,
Siendo razon presidente
Firmaron esta sentencia.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance es una contestacion jocosa al que empieza: *Mira, Zaide, que te aviso.*

256.

MORISCO BURLESCO.

(*Anónimo* [1].)

¡Valga al diablo tantos moros
Como por momentos sacan
Esos poetas novatos
Dotados de tantas jarcias!
¿Son por dicha buhoneros,
Que van á vender medallas,
Ó reatas de recueros
Que tan sin duelo las cargan?
¿No mirarán que un caballo
Corre mal si le embarazan,
Que le basta un hombre encima
Con lanza, espada y adarga?
¿Para qué los entapizan
Y los cubren de gualdrapas
De alamares, rapacejos,
De listones, borlas, bandas?
Déjenlos á los cuitados,
Que se quejan que los cansan,
Y que á caballo los suben
Cargados de empresas varias:
Que los cobijan de estrellas
Siendo la suya tan mala,
Cual no la dé Dios á nadie
Cuando en su desgracia caiga:
Que a su pesar les dan soles
Y medias lunas á cargas,
Y aun dicen hubo un poeta
Que quiso hacer dos un alma.
¡Miren alma, y mas de un moro,
Hecha dos, qué tal quedara!
Si, pareciera pedazos
De pelota cuarteada.
Que los ahitan con motes
Que por pienso no les pasan,
Y los atiestan de empresas
Sin tener en qué llevarlas:
Que los cansan y fatigan,
Que los muelen y embarazan,
Y que los emparamentan
Y los ahogan con mantas,
Sin mirar si es junio ó julio
Cuando de calor se abrasan,
Y que aun apénas les dejan
Do arrimar la cimitarra,
Que con fogosos cometas
Los chamuscan las pestañas,
Y que en sus frágiles hombros
Al celeste globo cargan:
Que mas á cuento les viene
Vender sus higos y pasas,
Y el hacer sus ganancias
Con sus rábanos y llantas,
Y el navegar con sus recuas
Desde Tendilla á Pastrana,
Que estarse desvaneciendo

En invenciones soñadas;
Que con dos moras mugrientas
Que les cuezan unas habas,
Tienen lo que han menester
Sin Jarifas ni Darajas:
Què yeguas, color de cisnes,
Con cola y clin aleñada,
Ha muchos dias que dicen
Que en sus tiendas no se gastan;
Que mas quieren dos pollinas
Que dos borricos les paran,
Para que de feria en feria
Aceite y jabon les traiga;
Que el potro rucio ensillado
Aunque de las yerbas salga,
Y que el otro de Gazul
Que se arrodilló en la plaza,
Que como perro de ciego
Le enseñó el moro mudanzas,
Para que hiciese en Sanlúcar
Reverencias á su dama.
Dicen que los datilados
Ya no les sirven de nada,
Y que mas les aprovecha
De esparto unas alpargatas.
Pues miren, por vida mia,
Señores, en que se cansan,
Que los propios moros dicen
Que los levantan que rabian.

(*Romancero general.*)

[1] El poeta burlesco opone en este romance á la idealidad poética de los moriscos, la realidad de lo que eran en efecto los árabes vencidos que quedaron en España, los cuales casi todos se dedicaron al oficio de arrieros.

237.

ROMANCE BURLESCO DE ZAIDE.

(*Anónimo* [1].)

Háganme vuestras mercedes
Merced de desengañarme,
Si hay entre todos alguno
Que conozca al moro Zaide;
Y díganme por su vida
Qué rostro tiene y qué talle,
Que tengo mucho deseo
De conocelle y hablalle.
Y díganme qué es la causa,
Que no hay pequeño ni grande
Que mil veces no le avise
«Que no pase por su calle».
Apénas ha amanecido,
Cuando ya haciendo jarabes
El boticario le avisa
«Que no pase por su calle».
Aun apénas ha tomado
En su tienda aguja el sastre,
Cuando avisa al triste moro
«Que no pase por su calle».
El tundidor, miéntras tunde
Sus paños y cordellates,
Como los demas le avisa
«Que no pase por su calle».
Va el piloto ó marinero
Engolfado con su nave,
Y en medio del mar le avisa
«Que no pase por su calle».
Va cien leguas de su casa
A veces el caminante
Y en el camino le avisa
«Que no pase por su calle».
Allá dentro en su bodega
Está picando la carne
El pastelero, y le avisa
«Que no pase por su calle».
Y los propios buñoleros
Aunque son de su linaje [2],
Entre el aceite le avisan
«Que no pase por su calle».
Y las fregonas fregando
Sus platos y sus vasares
Le avisan en voz y en grito
«Que no pase por su calle».
No hay mujer, niño ni hombre,
Como tenga boca y hable,
Que mil veces no le avise
«Que no pase por su calle».
¿Qué tiene este triste moro?
¿Está tocado de landre,
Que así desterralle quieren
De todas las vecindades?
¡Con haber dado respuesta
Que pudiera disculparle
De la trenza de cabellos
Que se puso en el turbante
Y del alarde que hizo
En los jardines de Tarfe,
No aprovecha con el vulgo
Que deje de amenazalle!
¿Adónde ha de ir el cuitado
Pues en el mundo no cabe?
Que tengo sospecha y miedo
No vaya á desesperarse.
Merezca el humilde moro,
Que su destierro se acabe,
Que quien de humildes se venga,
Humilde venganza hace.

[1] Prueba esta trova burlesca sin exageracion la popularidad del lindísimo, ingenioso y poético romance morisco de Zaide y Zaida, que empieza así: *Mira, Zaide, que te aviso.* Aun en el dia le alcanza su antigua popularidad, y apénas hay persona en Andalucía que no le cante ó decore.

[2] Los buñoleros eran casi siempre, en Andalucía, moriscos ó gitanos.

SECCION DE ROMANCES DE CAUTIVOS Y FORZADOS [1].

ROMANCES DE CAUTIVOS.

238.

EL CAUTIVO. — 1.

(*Anónimo.*)

Preguntando está Florida
A su esposo placentera
En un vergel asentada
Junto á una verde ribera:
— Digasme tú, esposo amado,
¿De dónde eres? ¿de qué tierra?
¿Y adónde te captivaron?
¿Y libertad quién te diera?
— Yo os lo diré, dulce esposa,
Estad atenta siquiera.
Mi padre era de Ronda [2],
Y mi madre de Antequera;
Captiváronme los moros
Entre la paz y la guerra,
Y lleváronme á vender
A Velez de la Gomera.
Siete dias con sus noches
Anduve en el almoneda:
No hubo moro ni mora

Que por mí una blanca diera,
Si no fuera un perro moro
Que cien doblas ofreciera,
Y llevárame á su casa,
Echárame una cadena;
Dábame la vida mala,
Dábame la vida negra:
De dia majaba esparto,
De noche molia cibera,
Echóme un freno á la boca,
Porque no comiese della.
Pero plugo á Dios del cielo
Que tenia el ama buena:
Cuando el moro se iba á caza
Quitábame la cadena:
Echábame en su regazo,
Mil regalos me hiciera,
Espulgábame, y limpiaba
Mejor que yo mereciera;
Por un placer que le hice
Otro mayor me ofreciera:
Diérame casi cien doblas;
En libertad me pusiera,
Por temor que el moro perro
Quizá la muerte nos diera.
Así plugo á Dios del cielo
De quien mercedes se espera
Que me ha vuelto á vuestros brazos
Como de primero era.

(Timoneda, *Rosa de amores*.—It. Wolf, *Rosa de Romances*.)

1 Esta seccion pudiera tambien colocarse en el Romancero de varios, entre los de amor; pero como versan sobre asuntos fabulosos, que continúan los accidentes del trato y guerras contra los mahometanos, los hemos puesto entre los moriscos.

2 Desde aquí, con algunas variantes, es igual esta composicion á la del Cancionero de Romances, que dice: *Mi padre era de Ronda.*

259.

EL CAUTIVO. — II.

(De Don Luis de Góngora.)

Segun vuelan por el agua
Tres galeotas de Argel,
Un aquilon africano
Las engendró á todas tres.
Y segun los vientos pisa
Un bergantin ginoves,
Si no viste el temor alas,
De plumas tiene los piés.
Mortal caza vienen dando
Al fugitivo bajel,
En que á Nápoles pasaba
En conserva del virey,
Un español con dos hijas,
Una sol y otra clavel,
Que tuvieron á Leon
Por oriente y por vergel.
Derrotóle un temporal,
Y ya que no dió al través,
A vista dió de Morato,
Renegado calabres.
El tagarote africano
Que la española garza ve
En su noble sangre piensa
Esmaltar el cascabel.
Peinándole va las plumas,
Mas el viento burla dél
Interpuesto entre las alas,
Y entre la garra cruel.
Ya surcan el mar de Denia,
Ya sus altas torres ven,
Grandeza de un duque ahora,
Título ya de marques.
De sus torres los descubren,
Y en distinguiendo despues
La cruz en el tafetan,
La luna en el alquicel,
Ocho ó diez piezas disparan,
Que en ocho globos, ó diez,
Envuelve de negro humo
Al corsario su interes.
Los brazos del cuerpo ocupa
Con fatiga y con placer
El bergantin destrozado
Desde la quilla al garces.
El leones agradecido
Al cielo de tanto bien,
De libertad coronado
Dice, si no de laurel:
—¡Oh puerto, templo del mar!
Cuya húmeda pared
Antes faltará que tablas
Señas de naufragios dén.
Fortaleza imperiosa,
Terror de Africa, y desden,
Yugo fuerte y real espada
Que reprime y que da ley,
Defensa os debo, y abrigo;
Mi libertad vuestra es,
Y mi lengua desatada
En alabanzas tambien.
Con tus altos muros viva
Tu ínclito dueño, á quien,
Como á ti el Mediterráneo,
La envidia le bese el pié.
Inmortal sea su memoria
En la gracia de su Rey,
Por galardon proseguida,
Si comenzó por merced:
Que servicios tan honrados,
Y de Acates tan fiel,
Inmortalidad merecen,
Si no de vida, de fe.—

(Góngora, *Obras de.*)

260.

EL CAUTIVO. — III.

(Anónimo.)

Donde se acaba la tierra
Y comienza el mar de España,
Mil acabadas ruinas
De la antigua Cádiz bañan;
Y en lo mas alto de todo
Un solo cautivo estaba,
Que arastrando las prisiones
Salió de una rota barca,
A descansar el alma
«Miéntras el fiero mar furioso brama.»
Con el levante furioso
Crecian las olas altas
Subiéndose por las peñas
Para volver a sus aguas,
A quien las dice: — Enemigas,
Volveré á morir sin falta,
Dejadme llegar agora
A la tierra que me ampara.
Nací riberas del Tajo,
Crióme con esta ingrata,
Y vengo á morir agora
A las postreras de España.
No me mata ausencia sola,
Ni solos celos me matan,
Ni olvido, que aquestos tres
Me fuerzan que á tierra vaya.
No es tan pequeño mi fuego,
Que huya vuestra templanza,
Que no le sufre la tierra,
Ni el mar apénas le mata,
Porque es semejante al sol,
Que no se moja en el agua,
Y tan ardiente, que de ella
Me fuerza que á tierra salga.
No me llameis tan apriesa,

Que si mi fuego lo causa,
Lágrimas tienen mis ojos
Que pueden, aunque no bastan.
Dejadme quejar de aquella
Que de mi quejosa estaba,
Por quien huigo mar y tierra,
Y vengo entre tierra y agua.—
Tomando un puño de tierra,
La besó y mojó con agua,
Diciendo: —Fin y principio
De la compostura humana,
De tí nacen mil deseos
Y en tí finalmente paran:
Eres cárcel que me tienes
Detenido que no vaya.—
En esto vió que los vientos
A muchas partes contrarias
Cada uno hácia la suya
Traian la rota barca,
Y dice: —Cielos piadosos,
Tales son mis esperanzas,
Que el viento juega con ellas,
Y ninguna de ellas basta.—
Bajaba apriesa la noche,
Cuando de la peña baja,
Y entre la barca y los remos
Comienza á decir al agua;
—Aquí es justo que descanse
Quien de la tierra se cansa,
Porque vea mi enemiga
Que pretendo su venganza.—
Aquí volvió la barca,
Llora el cautivo triste, y el mar brama.

(*Romancero general.*)

261.

EL CAUTIVO. — IV.

(*Anónimo.*)

Rompiendo la mar de España
En una fusta turquesca,
A vista de donde puso
Hércules fin á la tierra,
Un esclavo de Selmo,
Al tiempo que el mar se altera,
El maestre de la nave
A sus grumetes vocea:
«Amaina, amaina
»La vela, amaina la vela.»
Cuando los vientos contrarios
Con mayor furor se encuentran,
Y con las aguas del mar
Las de los cielos se mezclan;
Cuando se rompen las nubes,
Y fuego y llamas enseñan,
En la amedrentrada gente
Sola aquesta voz resuena.
«Amaina, amaina
»La vela, amaina la vela.»
Estaba el cautivo pobre
Sentado sobre cubierta,
Y del cielo y mar las aguas
Con su triste llanto aumenta:
A su pensamiento dice,
Que es entónces quien le lleva
Haciendo las voces eco
En el monte de su pena:
«Amaina, amaina
»La vela, amaina la vela.»
Si soy cautivo y esclavo,
Tiempo vendrá que Dios quiera,
Que libre de estas prisiones
Vuelva á gozar de mi tierra:
Volveré a mi antigua gloria,
Que entónces tendré por buena,
Y entre tanto, pensamiento,
Sufre, padece y espera:
»Amaina, amaina
La vela, amaina la vela.»

(*Romancero general.* — Il. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.)

262.

EL CAUTIVO. — V.

(*Anónimo.*)

Ajeno de tener guerra
Está el valeroso Arnaldo,
Capitan de una frontera
Por el ínclito Fernando.
Gozando está de su Celia
Con quietud y sin cuidado,
Cuando Muley Terraez,
De Argel astuto cosario,
Viene á pagar el tributo,
Como quedó concertado,
Y porque viene de paz
Dan voces los de su bando:
«Lanza ferro,
»A terra, á terra.»
Y los de la fortaleza,
Para seguro, disparan
«Apriesa, apriesa una pieza.»
Poco le duró el contento
A aquel capitan gallardo;
Pues que en trueque del rescate
Se le llevó el renegado
A su bella esposa un dia,
Cuando vió que asegurado
De su gran traicion vivia,
Y ella salió por el campo.
De que la metió en su fusta,
Con silencio y con recato
A los marineros dice:
«Alza el ferro, ó corta el cabo.»
Y al cómitre silba y dice:
«Leva, leva;»
Y los de la fortaleza,
«Guerra, guerra,
»Dispara apriesa una pieza.»
Hagan grandes luminarias,
Dice Arnaldo alborotado;
Aunque en vano es trabajar,
Porque van el mar surcando.
De su fuerza se despide
Confuso y desesperado,
Y siendo libre, se hizo
De un moro sujeto esclavo;
El cual le llevó cautivo
A Argel, do fué rematado
Tres veces en almoneda,
Hasta ser del Rey comprado;
Y el cómitre silba y dice:
«Leva, leva;»
Y los de la fortaleza,
«Guerra, guerra,
»Dispara apriesa una pieza.»
El capitan reconoce
A su cara esposa bella,
Y aunque con las lenguas callan,
Los ojos sirven de lenguas.
Servia Celia al rey de paje,
El cual namorado de ella,
Dice: — Si como eres sol,
Fueras, Celia, luna bella,
De contino me alumbrara
El claro de tal estrella.—
Celia respondió: — Señor,
No fué mi dicha tan buena.—
Y el cómitre silba y dice:
«Leva, leva:»
Y los de la fortaleza,
«Guerra, guerra,
»Dispara apriesa una pieza.»

Y como vido ocasion,
Al rey le dice una siesta
Cómo es Arnaldo su hermano,
Que se hizo esclavo por ella.
El Rey le replica y dice:
—Celia, gran mentira es esa,
Porque nunca amor de hermano
Hizo tal prueba y fineza.
Pero si dices verdad
Haré con ti una franqueza,
De dar á ambos libertad
Para que os vais á tu tierra.—
Y el cómitre silba y dice.
«Leva, leva;»
Y los de la fortaleza,
«Guerra, guerra,
»Dispara apriesa una pieza.»
Celia le dijo. —Señor,
La verdad del caso es esta:
Que es Arnaldo mi marido,
Y yo fio en tu clemencia
Que nos darás libertad.—
Dijo el rey: — Concédoos esa,
Porque entendais que entre moros
Hay sangre, virtud, nobleza.—
Con esto los despidió,
Dándoles mucha riqueza,
Y á Muley Terraez quitó
Por su traicion la cabeza:
Por lo que todos los suyos
Muestran dolor y tristeza;
Y los de la fortaleza,
Regocijados dan voces:
«Dispara apriesa una pieza.»

(*Romancero general.*)

263.

EL CAUTIVO. — VI.

(*De Salinas.*)

Llegó en el mar al extremo
Que pudo de su desdicha,
En un bergantin al puerto
De Villafranca de Niza,
Un gallardo caballero,
La flor de la Andalucía,
Viendo la de su esperanza
Entre las olas marchita,
Una noche oscura y triste,
Y él mas que la noche misma,
Despues que Muley Terraez
Llevó su luz y alegría:
«¡Ay suerte esquiva,
»Que apénas das el bien cuando le quitas!»
Robóle su dama el moro,
De padres ilustres hija,
Que la llevaba robada
De Barcelona á Sicilia.
No precia por su rescate
Promesas de cosas ricas,
Que solo esperar gozarla
Estima en mas que las Indias.
Y al triste libre le deja
De Villafranca una milla,
Que porque ausencia le mate,
No le mata ni cautiva.
«¡Ay suerte, etc.»
De peste guardan el puerto,
Y desde la tierra gritan,
Que sin fe de sanidad
No se acerque á la marina.
Si de sanidad tuviera,
Dice con lágrimas vivas,
Lo que me sobra de fe,
Fueran eternos mis dias.
No traigo de Barcelona
El mal que os atemoriza,
Antes de ella entre mil muertes
Saqué robada mi vida.
«¡Ay suerte, etc.»
Un cuerpo difunto soy
Que arroja el mar á la orilla,
Negándole en sus entrañas
Lo que á ninguno le quita.
Y porque no le corrompa
Del largo tiempo la envidia,
En vez de bálsamo lleva
El pecho lleno de acibar.
Soy un vivo fuego ardiente
Ya convertido en ceniza,
Sin esperar renovarme
A los rayos de mi Armida.
«¡Ay suerte, etc.»
Soy una piedra que al centro
Desde la cumbre desliza;
Un sepulcro de esperanzas
Antes muertas que nacidas.
No soy sino un desdichado
Vivo por nigromancía,
Que por su gusto un cosario
Sin alma quiere que viva.
Y no es milagro ser piedra,
Sepulcro y cenizas frias,
Muerto y vivo juntamente,
Que todo cabe en mi dicha.
«¡Ay suerte, etc.»
No consienta, amiga, el cielo
Que pagues blandas caricias
De un renegado sin fe,
Por renegar de la mia.
En esto tocan al arma,
Que de las torres vecinas
Con muchas lenguas de fuego
De doce fustas avisan.
No se alborotan ni temen;
Que de estos miedos se libra
Quien ha llegado al extremo
Que pudo de su desdicha.
«¡Ay suerte, etc.»

(*Romancero general.*)

264.

EL CAUTIVO. — VII.

(*Anónimo.*)

Fuera de los altos muros
Que en Argel torres levantan
Sobre las arenas frias
De las mas vecinas aguas;
Ceñido de una cadena
Un pobre cautivo estaba
Llorando su bien pasado,
Y su presente desgracia.
—No siento los hierros duros,
Dice, ni la vida amarga,
Ni verme en el cautiverio
Sujeto á tantas desgracias.
Ni siento verme apartado
De la tierra que me agrada;
Ni majar de noche esparto,
Ni el comer por mano escasa.
Vine un tiempo en la ribera
Que al Tajo orilla señala,
Tan léjos de verme preso
Cuanto agora de pisalla.
Pero si tan cerca estoy,
Presto volveré á mi patria;
Que como vine á ser preso,
Podré volver á gozalla.
Mas hay un engaño en esto,
Y es que la fortuna avara
Se ha cansado de mi bien,
Y de mi mal no se cansa.
Dulce Leonida, yo quedo
Padeciendo en tierra extraña,

Preso el cuerpo en hierros duros,
Y para ti libre el alma. —

(*Romancero general.*)

265.

EL CAUTIVO. — VIII.

(*Anónimo.*)

De las africanas playas
Alejado de sus huertas
Mira el forzado hortelano
De España las altas sierras.
Mira las golosas cabras
En las peladas laderas,
Que apénas se determina
Si son cabras, ó son peñas.
Tiende la envidiosa vista
Por las abundosas vegas
Y comarcanas cabañas
Que casi á la par humean.
Miraba por Gibraltar
Las heladas rocas yertas,
Azotadas de las ondas,
Y arrancadas de la arena.
Mira el estrecho furioso,
Y las hirvientes arenas
Que le parece que braman,
Y por mil partes resuenan.
—¡Oh sagrado mar! le dice,
Haz con mis suspiros treguas:
Perdon, si ellos ó el aliento
Son causa de tu tormenta.
Pásame en esotra playa;
Que si en ella me presentas,
Te ofreceré un blanco toro,
El mejor de mis dehesas.
No quiero que mis deseos
Vayan á tierras ajenas:
Da vida á un nuevo Leandro
Que en tus manos se encomienda.—
Esto diciendo el forzado,
En las blandas ondas se echa,
Con los brazos abre el mar,
Hiende, rasga, rompe y huella.
Mas allá á la media noche
Cuando los miembros le aquejan,
Temeroso de su daño
Habló así á las ondas fieras:
— Queridas y amadas ondas,
Pues determinais que muera,
Dejadme salir, amigas,
Que yo os pagaré esta deuda. —
Fuéle el viento favorable,
Oyó fortuna sus quejas,
Y al nacer el rubio sol
Hizo pié sobre la arena.
Dió gracias al mar piadoso,
Al viento, norte y estrellas,
Y con ceremonia humilde
Besó y adoró la tierra.

(*Romancero general.*)

266.

EL CAUTIVO. — IX.

(*Anónimo.*)

De medio el golfo descubre
De Oran el soberbio monte,
El infelice Licinio,
Que tras su fortuna corre.
En un llano mal seguro
Guiado mas por el órden
Del cielo, que le es propicio,
Que no por lo que él dispone;
Está la tierra tan alta
Que aun apénas se conoce
Si el monte toca en el cielo,
O si está el cielo en el monte;
Donde pusieron sus sillas
Los famosos españoles
En señal de verse presto
De los demas vencedores,
Sin envidiar las hazañas
Del hijo fuerte de Jove,
Pues en vez de sus columnas
Pusieron ellos mojones
Injuria del enemigo,
Cuchillo, freno y azote,
Pues ha cerrado sus puertas
La sombra de nuestras torres.
Escureciendo sus lunas
La lumbre de nuestros soles,
Alcanzando sus ginetes
Nuestros primeros bridones,
Y pasando sus adargas
Nuestros agudos estoques;
Resistiendo á sus alfanjes
Las rodelas de alcornoque,
Dió fondo al frágil navío,
Y luego el preñado bronce
Echó el rayo dando gritos,
Y quejáronse los bosques.
Respondieron los tres fuertes
Una y dos veces conformes,
Repitiendo al son de Marte
De España el invicto nombre.
El fuego busca su esfera,
Y cubriendo el horizonte
Hizo el humo á mediodía
Que presidiese la noche.
Los alarbes luego huyeron
A sus aduares pobres,
Que el humo ocupa la tierra,
Y el miedo los corazones.
Echan al mar sus esquifes,
Y en tierra el peso disforme:
Quedan las galeras libres,
Aunque llenas de prisiones.
Entre las suyas Licinio
El aire y silencio rompe,
Y dice mirando á Oran
Tras el llanto estas razones:
—¡Oh cárcel de desterrados,
Honra de refugios donde
No causa afrenta el castigo,
Ni muere el ánimo noble,
Ni enflaquece la esperanza
Viles y bajos temores!
Pues por la ignorancia muda
Ilustres obras responden,
Bien se pueden resistir
De la fortuna los golpes,
Si queda libre el juicio
Y le conceden que obre.
Tu instancia me negó el cielo,
Porque mas mi mal se note,
Y vaya de lengua en lengua
Creciendo con opiniones.
Famoso soy en desdichas:
No hay quien mi fortuna ignore,
Que el mapa de mis trabajos
Me ha mostrado todo el orbe.
¡Venturoso el caballero
Que entre límites se esconde,
Pues la pena que padece
Con su valor corresponde;
Y fatigando el caballo
El suelo africano corrre,
Y rico de mil trofeos
A su casa se recoge!
Este bien goza Galanio
Del linaje antiguo y noble,
Sin andar detras la luna
Hecho émulo del norte.—
Apénas hubo nombrado

El grato y amigo nombre,
Cuando en los ojos de entrambos
Se vieron los corazones.
Los brazos ciñen los cuerpos,
Y las almas se disponen
Con el recíproco ejemplo
A resistir sus pasiones.

(*Romancero general.*)

267.

LA CAUTIVA. — X.

(*Anónimo.*)

De las sangrientas riberas
De la infausta Nicosia,
Mostafá el enamorado
Llantos oye y fuego mira.
Ardese el bajel que lleva
Al gran Selin las cautivas,
Do va su Hipólita amada
De las griegas la mas linda.
En fuego de amor se abrasa,
Amargamente suspira,
Y á vueltas de un triste llanto
Tales ternezas decia:
— ¡Bella Hipólita! ¡amor mio!
¿Quién asi te enoja, amiga?
¿Quién ni tus quejas le amansan,
Ni tu beldad le lastima?
¡Hipólita! ¡mi señora!
Entre aquesas llamas vivas,
Muerte y amor, para entrambos
Flechas y cuchillo afilan.
Manda al fuego que se pare,
Que si tus ojos le miran,
Mitigarán en su ardor
Lo que en mi alma encendida.
¡Si el mar do estás engolfada,
No es bastante le resista,
Espera que el de mis ojos
Quizá bastara por dicha!
Lágrimas pobre enviaré,
Que mi corazon destila,
Si es que al fuego que te abrasa
Agua de amor le mitiga.
Aguarda, que allá te envío
El aire que en mí respira,
En suspiro disfrazado,
Porque el fuego no le impida.
El alma tambien, señora,
Va á socorrer tu desdicha,
Que con suspiros y llanto
Bien el alma se encamina.
¡Dulce prenda de mis ojos!
¿Por qué el fuego no mitigas
Con tantas aguas del mar,
Como tienes á la vista?
Mas ¡ay! que el fuego y las aguas
Tanto estrechan á tu vida,
Que si escapas dél, te anegas,
Si dellas, te haces cenizas.
Tus crespas hebras doradas,
Tus negros ojos de estima,
Tu blancura de azucena
De vivo carmin teñida,
Triste, escuro, ceniciento
Todo lo ha vuelto la envidia;
Que me abrasa los despojos
De tan hermosa cautiva:
Llamas, dadme á mi señora,
Que en vosotras muerta, ó viva
En humo, en brasa ó en polvo,
He de adorar sus reliquias. —
En esto el bélico estruendo
A nuevas glorias le incita,
Deja abrasada su dama,
Y á Famangosta camina.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DEL FORZADO DE DRAGUT.

268.

EL FORZADO DE DRAGUT.—I.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo,
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena.
— ¡Oh sagrado mar de España,
Hermosa playa y serena,
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias!
Pues eres el mesmo mar,
Que con tus crecientes besas
Las murallas de mi patria
Coronadas y soberbias,
Dame nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros,
Que me escribe por sus letras;
Porque si es verdad que llora
Mi cautiverio en tu arena,
¡Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas!
Mas pues que no me responde,
Sin duda alguna que es muerta;
Pero no lo podrá ser,
Pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
A nadie mataron penas.
Dame pues, sagrado mar,
A mi demanda respuesta,
Si cual dicen es verdad
Que las aguas tienen lenguas. —
En esto se descubrieron
De la religion seis velas,
Y el cómitre manda usar
Al forzado de su fuerza.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 1.ª parte.—GÓNGORA, *Obras &c.*)

269.

EL FORZADO DE DRAGUT. — II.

(*Anónimo.*)

El escudo de fortuna,
En quien sus golpes descargan
Alteza de los amores
Y ejemplos de cosas varias:
El Forzado de Dragut,
Que en las galeras remaba,
Hecho ya hortelano, llora
Entre las hojosas ramas:
«¡Ay madre España, patria venturosa,
»Rica depositaria de mi esposa!»
Hortelano me hicieron
Por parecerles que estaba
Dispuesto para entender
De los tiempos las mudanzas.
No se engañaron en ello,
Porque cuando falta el agua,
Contra tiempo lloverán
Las nubes de mis entrañas.
«¡Ay madre, etc.»
Sacáronme de galeras
Por merced sublime y alta;
Pero hasta en esto me ha sido
Aun la fortuna contraria.

Porque aunque es menor el mal
Es mas el no ver tus playas,
Do el deseo con los ojos
Humedecia mis entrañas.
«¡Ay madre etc.»
A vosotros los que andais
Vagando en tierras extrañas
Y á las ajenas ciudades
Haceis naturales patrias,
Hijos desagradecidos,
Una cosa os hace falta:
Fáltaos el forzoso amor,
Y os sobran forzosas causas.
«¡Ay madre etc.»
Esposa y señora mia,
Depósito de mi alma,
¡Soliame sobrar tus letras
Y ya me faltan tus cartas!
Solias escribirme largo
De lo mucho que me amabas,
¡Pero pues ya no me escribes,
Mas me escribes que me amas!
«¡Ay madre España, patria venturosa,
»Rica depositaria de mi esposa!»

(*Romancero general.*—II. *Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

270.

EL FORZADO DE DRAGUT. — III.

(Anónimo.)

El desgraciado entre todos
Los que el fiero amor derriba,
Porque afrentan su deidad
Y á quitarle el nombre aspiran,
Amarrado á su fortuna
En el banco en que solia
El forzado de Dragut,
Que en las galeras servía,
Vacando el pesado remo
Estaba mirando un dia
Las aguas que de su patria
Combaten las peñas hijas.
—¡Ay ondas, mas venturosas
Que las tristes ansias mias,
Pues podeis tocar la tierra
Que los piés de mi alma pisan!
Decilde cuando volvais
Por mis lágrimas crecidas,
Dijo llorando el forzado,
Que vivo entre mil desdichas,
Y que me haga merced
De no dejar las sombrías
Riberas, porque vosotras
Me traigais de sus reliquias,
Y que no tema las olas
Que el mar de mis ojos cria,
Aunque las vea hasta el cielo
De los aires combatidas.
Pues que con dulces suspiros
Y lágrimas descaecidas,
Mal se podrá dar la muerte
A quien da en ausencia vida.
Y acometelda furiosas
Con tanto ímpetu é ira,
Que vea en vos á la clara
Que me agravio de que viva,
En señal del gran amor
Que al mio se le debia:
Y que si bien lo mirara
No habia de estar á la mira,
Sino como yo lo hiciera,
Pues cual Leandro podia,
Razon fuera haber venido
A mi cárcel, dura, impía;
Que bien sabe que las olas
Del bravo mar no temia;
Que en el verdadero amor
No hay miedo ni cobardía.
Dejáranse las prisiones
Aunque fuera en Berbería,
Que ya me hubiera llorado
En pago de mi osadía.
Y si todavía me quiere,
Decilde por cortesía,
Que se embarque en esas cartas
Que le amenazan y avisan:
Que no son del mar antiguo
Las aguas que se le humillan,
Sino de mis tristes ojos
En que mirarse solia,
Y que ya no hay que llorar
En mi alma convertida
En aqueste nuevo Océano
Que tan sin razon la admira:
Y que ojalá me volviese
Las lágrimas merecidas,
A tan dura y larga ausencia
Su apacible y grata vista.—

(*Romancero general.*)

271.

EL FORZADO DE DRAGUT. — IV.

(De Don Luis de Góngora.)

La desgracia del forzado
Y del cosario la industria,
La distancia del lugar
Y el favor de la fortuna,
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las cristianas cruces
A las otomanas lunas,
Hicieron que de los ojos
Del forzado á un tiempo huyan
Dulce patria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.
Vuelve pues los ojos tristes
A ver cómo el mar le hurta
Las torres, y le dan nuevas
Las velas y las espumas.
Y viendo mas aplacada
En el cómitre la furia,
Vertiendo lágrimas dice
Tan amargas como muchas:
«¿De quién me quejo con tan grave extremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?»
Ya no esperen ver mis ojos,
Pues agora no lo vieron,
Sin este remo las manos,
Y los piés sin estos hierros;
Que en esta desgracia mia
Fortuna me ha descubierto
Que cuantos fueren mis años
Tantos serán mis tormentos.
«¿De quién me quejo etc.»
¡Velas de la religion,
Enfrenad vuestro denuedo,
Que mal podréis alcanzarnos
Pues tratais de mi remedio!
El enemigo se os va,
Y favorécele el cielo,
Por su libertad no tanto,
Cuanto por mi cautiverio.
«¿De quién me quejo etc.»
Quedaos en aquesta playa,
De mis esperanzas puerto,
Quejaos de mi desventura,
Y no echeis la culpa al viento.
Y tú, mi triste suspiro,
Rompe los aires ardiendo,
Visita á mi esposa bella,
Y en el mar de Argel te espero.
«¿De quién me quejo etc.»

(*Romancero general.*—II. GÓNGORA, *Obras de.*)

272.

EL FORZADO DE DRAGUT.—V.

(*De Don Luis de Góngora.*)

Levantando blanca espuma
Galeras de Barba-roja,
Lijeras le daban caza
A una pobre galeota,
En que alegre el mar surcaba
Un mallorquin con su esposa,
Dulcísima valenciana,
Bien nacida y muy hermosa.
Del amor agradecido,
Se la llevaba á Mallorca,
Tanto á celebrar las Pascuas,
Cuanto á celebrar las bodas.
Y cuanto á los sordos remos
Mas se humillaban las olas,
Mas se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla.
Espiándola de atras
De una cala insidiosa,
Estaba el fiero terror
De las playas españolas.
Sobresaltóla en un punto,
Que por una parte y otra
Sus cuatro enemigos leños
Tristemente la coronan.
Crece en ellos la codicia,
Y en estotros la congoja,
Miéntras se queja la dama
Derramando tierno aljófar.
—Favorable y fresco viento,
Si eres el galan de Flora,
Válgasme en este peligro
Por el regalo que gozas.
Tú que embravecido puedes
Los bajeles que te enojan,
Embestilles en la arena
Con mas daño que en las rocas:
Tú que con la mesma fuerza
Cuando al humilde perdonas,
Sueles de armadas reales
Escapar barquillas rotas;
Salga esta vela á lo ménos
Destas manos rigurosas,
Cual de garras de falcon
Blancas alas de paloma.—

(*Romancero general.*—II. GÓNGORA, *Obras de.*)

273.

EL FORZADO DE DRAGUT.—VI.

(*Anónimo.*)

A la vista de Tarifa
Poco mas de media legua,
El maestre de Dragut,
Cosario de mar y tierra,
Descubrió de los cristianos
Y de Malta cinco velas,
Por do forzado le fué
Decir en voz que le oyeran;
«Al arma, al arma, al arma,
»Cierra, cierra, cierra,
»Que el enemigo viene á darnos guerra.»
El maestre de Dragut
Hizo soltar una pieza,
Señal para que le oyesen
Los que hacen agua y leña.
Los cristianos le responden,
De la playa y las galeras,
Y del puerto, las campanas
A bulto entre voces suenan:
«Al arma, etc.»
El cristiano que lloraba
En ver su esperanza muerta,
Agora se alegra el triste
Que su libertad sospecha.
Dragut con sus capitanes
En un punto se aconseja,
Si será bien aguardar
O tender al viento velas.
«Al arma, etc.»
Decianle los demas:
—Atras, atras que se acercan,
Que si en alta mar entramos,
Será la victoria nuestra.—
Dragut á voces decia:
—Canalla, bogad apriesa.—
Los artilleros tambien
Cargan, disparan, vocean.
«Al arma, etc.»

(*Romancero general.*)

274.

EL FORZADO DE DRAGUT. — VII.

(*Anónimo.*)

Apriesa pasa el estrecho,
Porque le van dando caza
A Dragut, cuatro galeras
De los cruzados de Malta.
Con la priesa de los remos
El hinchado mar traspasan,
Las pluvias suben al cielo
Muy mas espesas que bajan.
Las dormidas centinelas
Despiertan á las campanas,
Y soñolientas arrojan
Hachas de fuego en las aguas.
Dragut sus forzados fuerza
Para aligerar las barcas,
Que miéntras mas ve que huyen,
Mas le parece que amainan.
No mira si es cobardia,
Ni aguarda á quien le llama,
Porque á veces del huir
Mayor victoria se saca.
Llegó de una culebrina
En un instante una bala,
Cuya penetrante furia
Dió á fondo á la capitana.
La demas artilleria
Se juega con tanta maña,
Que fué bastante á rendillo,
Sin allegar á las armas.
Pudo Dragut con su industria,
Por ser la noche cerrada,
Dejando á España la gloria,
Poner su persona salva.
El hortelano cautivo
Que en las galeras remaba,
Fué conducido á su tierra,
A quien llorando le habla:
—Patria, que de mi tesoro
Has sido depositaria,
Si son purgadas mis culpas
Recógeme en tus entrañas;
Y si este bien no merezco
Por ser mi desdicha tanta,
Tierra tienes do esconderme,
Pues no lo han hecho las aguas.
Acabaráse de ver
El abismo de desgracias,
Que conjuraron los cielos
En disfavor de mi alma.—
Contra el agua forcejea
Envuelto en congoja y ansia,
Cuando improviso le toca
Una desmandada tabla.
De ella se aferró turbado,
Y guiando hácia la playa,

Casi el aliento perdido
Escapó libre del agua.

(*Romancero general.*)

275.

EL FORZADO DE DRAGUT. — VIII.

(*Anónimo.*)

Volcaban los vientos coros
Los empinados peñascos
De los erizados montes
Los acebuches mas altos,
Cuando temblando y desnudo,
La barba y cabellos blancos;
Que los trabajos son parte
Para encanecer temprano,
A la puerta de su esposa
Aprisa estaba llamando
El forzado de Dragut
Que se escapó de hortelano.
Apénas fué conocido,
Cuando con lijeros pasos
Abajó su esposa á abrirle
Ambas puertas y ambos brazos.
Entonan un llanto alegre,
Si dijeran triste llanto;
Mas las lágrimas son puertas,
Y le da entrambas las manos.
Desnudáronse en un punto,
De sus mal compuestos paños,
Y ántes de entrar en el lecho
Se regalan con un baño.
Echan luego las cortinas
Para recobrar despacio
Diez años que anduvo al remo,
Y otros dos que fué hortelano.

(*Romancero general.*)

ROMANCES DE CAUTIVOS DE OCHALÍ [1].

276.

EL CAUTIVO DE OCHALÍ. — I.

(*Anónimo.*)

Entre consuelo y tristeza,
Entre tormento y recelo
Está un preso imaginando
En la cámara del hierro,
Con los grillos á los piés,
Tan pacífico y quieto
Cuanto al amor de Talinca [2]
Tiene el corazon sujeto:
Tan hecho ya á las tinieblas
Y al solitario tormento,
Que porque no se le aplaque
Huye de no ver á Febo.
Ausencia le da combate,
La prision le causa miedo,
Porque se le representa
La libertad de otros tiempos.
Estando así vacilando
Oyó llamarle al portero,
Que los señores le piden
Para sentenciar su pleito.
Entra trabado el ausente,
Desentrabado el silencio,
Porque todo es menester
Delante quien está puesto,
Declarando su sentencia
Relatando su proceso,
Y los piadosos señores
Danle libre y sin destierro.
Dijo entónces el fiscal:
— Vaya embargado allá dentro,
Y en nombre de matador
Háganle causa de nuevo. —
Tómanle la confesion,
Si es verdad que deja muerto
A quien el fiscal le acusa,
Y respondió á todos: — Niego. —
Presentó el fiscal testigos,
Por do le sentencian luego
En seis años de galeras,
Pagando costas y premio.
Envían en relacion
A los señores el pleito,
Y viendo el poco descargo
Confirmaron lo propuesto.
Notificóle su daño
El procurador, agüero
De semejantes saraos
Antes de saber lo cierto.
A las nuevas respondió:
— Consiento en todo, y no apelo,
Si es esta la voluntad
Del que rige tierra y cielo.
Adios, hermosa Talinca,
Que por seis años me ausento,
Y llevan á avecindarme
En el salado elemento.
Ruego á Dios que me dé vida
Y paciencia en el tormento,
Pues de verte en libertad
Toda la esperanza llevo. —

(*Romancero general.*)

[1] Este Ochalí fué el que salvó la escuadra de Arjel en la batalla de Lepanto, y era compañero de Arnaute Mahamí, que tuvo por esclavo á Cervántes.

[2] Talinca es anagrama de Catalina. Así se llamaba tambien la que fué esposa de Cervántes.

277.

EL CAUTIVO DE OCHALÍ. — II.

(*Anónimo.*)

Retumbando crueles voces
Levanta el pié de peayna:
— Pase la palabra á proa:
Arranca y boga, canalla.—
Un forzado en la real
De las galeras de España
El oido en las razones
Decia entre muchas ansias:
«¡Oh suerte avara! ¡Oh tormento grave!
»¿Quién de mi voluntad tiene la llave?»
—Libre libertad sostuve,
Fué libertad libertada,
Y tan libre, que libró
Mis gustos en estas causas,
Donde me dan el tributo
Antes de caer la paga,
Porque es cédula del tiempo
Y de fortuna firmada.
«Oh suerte avara, etc.»
De solo cuatro elementos
Fué formada aquella estatua
Con el color natural
Que la conservan y mandan.
La tierra me desechó
Haciendo depositaria
A céfiro mi firmeza
Y á Neptuno mi esperanza. —
«¡Oh suerte avara, etc.»
Mandan revillar á todos,
Y el bastardo desamarran,
Diciendo; — Amola de avante
La distancia de dos brazas:
Siente abajo: leva lengua,
Dese á la chusma la manga
Porque no les falte el viento
Si acaso el tiempo les falta.
«¡Oh suerte avara, etc.»

Diana tendió su manto,
Escondió Faeton su cara,
Y el descanso de forzados
Mostró furioso su saña.
El cielo con sus tinieblas
Sin término nos contrasta,
Y las importunas olas
Se nos ensañan contrarias.
«¡Oh suerte avara, etc.»
Dan voces: — Alerta, alerta,
Desde el timon á la banda.
Atense bien las costeras
Miéntras la antena se abaja;
Pongan treo de correr,
Que en duda está la bonanza:
A la cubilla siniestra
Vaya la antena á media asta. —
«¡Oh suerte avara etc.»
Huyendo de no encontrarse,
Cada galera se aparta
Trabajando por salvarse,
No reparando en meajas.
La galera del forzado
Quedó sola, y con compaña
Sola de su compañía;
Y de enemigos cercada.
«¡Oh suerte avara, etc.»
Vengado el furioso mar
Sus influencias aplaca,
Ser mesana demostrando
El rubicundo monarca.
Empiezan á combatirnos
Los que con boga arrancada
Procuran á toda fuerza
Huir de nuestras espaldas.
«¡Oh suerte avara, etc.»
Usan de sus insolencias
Repartiendo sus escuadras,
Triunfando de nuestra gloria,
Moviendo nueva algazara.
Llévannos á tierra firme
Haciendo justas y salvas
Por la presa de la empresa
Sin voluntad usurpada.
«¡Oh suerte avara, etc.»
Desembarcada la gente
Hacen almoneda franca
Para que cualquiera venga
A comprar la cabalgada.
Comprado, forzado y triste
Fuí con mi amo á Tartaria,
Y en llegando me encargó
Que fuese guarda de damas.
«¡Oh suerte avara, etc.»
De Tartaria me trujeron
A Argel, donde mi desgracia
De guarda-damas me hizo
Bogante entre la canalla.
Un capitan de Ochali
Me compró, y en la jornada
De la Naval, navegamos
Contra la cristiana armada.
«¡Oh suerte avara, etc.»
Seis años truje de tiempo
Con sentencia confirmada;
Pero perdí la sentencia
Cuando perdí ver mi patria.
¡Oh Ardanio! dime, ¿en qué piensas,
Que lo que haces te encarga?
¿Cómo ha de poder guardar
Quien á sí propio no guarda?
«¡Oh suerte avara, etc.»
¡Oh Talinca, mi señora!
Vive contenta y ufana,
Y no esperes que jamas
Veré tu beldad y gracia.
Fortuna, ya estás contenta
Y de mi agravio pagada;
Pero miéntras que viviere
Cantaré aquestas palabras:
«¡Oh suerte avara! ¡Oh tormento grave!
»¿Quién de mi libertad tiene la llave?»
(*Romancero general.*)

278.

EL CAUTIVO DE OCHALÍ. III.

(*Anónimo.*)

Un esclavo de Ochali
Que en sus galeras remaba,
Tan abundante en nobleza,
Cuanto lo es en la desgracia,
Agora, cuitado llora
Su fortuna y mala audanza
Por ver que de la Naval,
A do tuvo su esperanza,
El Ochali se escapó,
Que iba en la retaguarda,
Y por no verse cautivo
Dice el perro, con voz alta:
«Iza, boga, leva, salla:
»Bogad apriesa, canalla.»
Y como vido el cautivo
Que en su seguimiento marchan
Del marques de Santa Cruz
Las galeras de su escuadra,
Dice: — Si al cielo pluguiera
Detuviera el viento y agua
Estas enemigas velas
Hasta llegar las cristianas,
Cantara yo mil victorias
Por premio de mis desgracias;
Pero dudo que suceda
Por ser mia la demanda. —
«Iza, boga, etc.»
Dieron fin á sus deseos
Y perdidas esperanzas,
El tiempo y la ocasion,
El cielo, el viento y el agua,
Y dice: — ¿Cómo es posible
Que en vuestra corte sagrada
Encerreis, cielos divinos,
Ley tan injusta y contraria?
Pues por perseguirme á mí,
Que soy un cuerpo sin alma,
Dais tan próspera victoria
A esta gente mahometana?
«Iza, boga, etc.»
Mas poco aprovechan quejas,
Si está la sentencia dada,
Que he de morir amarrado
A esta cadena pesada
Sin poder tornar á ver
Mi esposa y amada patria. —
Y en esto ya descubrió
De Argel la enemiga playa,
Y el perro regocijado
Por ver cómo libre escapa,
Manda en general á todos
Que hagan alegre salva,
Y el cómitre dice apriesa;
— Lanza ferro, presto amaina,
Iza, boga, leva, salla,
Apriesa, apriesa, canalla.—
(*Romancero general.*)

279.

EL CAUTIVO DE OCHALÍ. — IV.

(*Anónimo.*)

Junto á la enemiga Argel,
A vista de sus murallas,
Y á las sombras de un laurel
Y de una encumbrada palma,
Y al pié de un fresco arroyuelo,

Que manso susurreaba,
Entre las ramas tejidas
De unas espinosas zarzas,
Un esclavo de Ochalí
Triste y cuidadoso estaba
Considerando el lugar
Donde al presente se halla.
Y aunque fuera de prision,
Una cadena no falta,
Cuyos eslabones sirven
De atormentar vida y alma,
Dice : — ¡ Dulce patria bella,
Cuán perdida y apartada
Tengo en volver á gozar
Mi libertad malograda! —
Y por consolar la pena
Que le causa su desgracia,
Al ruido de su cadena
Con voz ronca y triste canta :
«Cantar suele el cuidoso caminante;
Entre las olas canta el marinero ;
Modera con alivio semejante
Su duro afan el pobre jornalero ;
Canta su perdicion el triste amante
A su querida, en tono lastimero:
Mas yo sin ver la gloria de mi pena
¿Cómo podré cantar en tierra ajena?
Saludan al nacer el cielo hermoso
Las aves con suave melodía ;
Mas en este destierro tenebroso
¿Cuándo les nacerá á mis ojos dia?
Si mi vida es un llanto doloroso,
¿Cómo podré formar dulce armonía?
Si ausencia á vivir triste me condena,
¿Cómo podré cantar en tierra ajena?
La fuerza del mas áspero tormento,
La mayor pena que de amor se siente
Recibe de la vista algun contento,
Si la belleza amada está presente ;
Mas yo léjos del bien por quien lamento
¿Cómo podré aplacar la llama ardiente?
Solo, afligido, triste y en cadena,
¿Cómo podré cantar en tierra ajena?
Del cisne es cosa cierta que cantando
Celebra las obsequias de su muerte,
Y su vecino fin adivinando
Consuela su desdicha y dolor fuerte :
Yo que con el deseo agonizando
Morir me siento de la misma suerte,
Conozco y veo que mi dicha ordena
Que no pueda cantar en tierra ajena.»
Y ya que cantado hubo,
Vuelve para Argel la cara
Y dícele : — Purgatorio
De mi mocedad pasada,
¡Cuán hermosa eres por fuera
De mil torres almenadas!
¡ De dentro, mas que la noche
Tienes triste la morada!
¡ Cuán apacible te muestras
Desde la marina y playa!
¡ Y qué tormentos que das
En tus escuras entrañas,
Donde me voy á encerrar!
Que están mas emponzoñadas
Que el áspide venenoso,
Y crueles, que tigre hircana. —

(*Romancero general.*)

280.

EL CAUTIVO DE OCHALÍ. — V.

(*Anónimo* [1])

Cuando los cansados cuerpos
Buscan la quietud y holganza,
Y el marinero da priesa,
Lanza ferro, amaina, amaina,
Y ya que en las selvas duermen
Los que su ganado guardan,
Y el caminante reposa
De la prolija jornada,
Un esclavo de Ochalí
Corriendo de Argel la playa,
Con temor, aunque animoso,
Llegó á unas espesas cañas,
Adonde vió que está surta
Una pequeñuela barca
Desamparada de gente,
Aunque su dueño la guarda
De léjos, por se guardar
De los moros, que en la playa
Andan en caza y escucha
De los bajeles de España.
Allegó pues á mirar,
Y tirándole la marra
Dijo — ¡ Si al cielo pluguiese
Que tras mi desdicha tanta
Alguna buena fortuna
En esta desierta playa
Trujese á me remediar
Alguna gente cristiana! —
El arraez, que hubo cuenta
Con las palabras que habla,
Se llegó, aunque temeroso,
Adonde el cautivo estaba.
Saludóle en aljamia,
Y el triste, suspensa el alma,
Dijo : — ¿Qué quieres, fortuna?
Acaba conmigo, acaba. —
Allegóse el arraez cerca
Y dijo : — Cautivo, calla,
Si no quieres que tu hablar
Vuelva el bien en mala andanza. —
Preguntóle : — Dime en breve,
¿De qué parte eres de España? —
Respondió : — Soy andaluz,
Y en Málaga tuve casa,
Adonde quedó mi esposa,
En mas de diez años anda ;
Pero si agora tú quieres
Llevarme en salvo á mi patria
Te prometo mil coronas
De la moneda de España. —
El mallorquin conmovido
De codicia, en voz callada
Les dijo á los marineros :
— Leva el ferro, apriesa, salta. —
A este punto, y cuando el viento
Refresca hácia el mar de España,
De tierra se oyeron voces
Diciendo : — Espera, canalla. —
Favoréceles fortuna,
La cual á veces se cansa
De seguir una tormenta
Y una continua desgracia.
Del puerto salen aprisa
Dos galeotas despalmadas,
Que cual el viento lijeras
Cortan la espuma y el agua.
Los unos por se escapar,
Los otros por la venganza,
Calan los remos al centro
De las espumosas aguas.
De España descubren tierra
Y de Valencia la playa ;
Piden favor á las torres
Y acuden con luminarias,
Que fué causa que á los perros
Salga en vano su jornada,
Y de que Ardano se vea
Con libertad en España.

(*Romancero general.*)

[1] Del modo con que en este romance se cuenta, era comun que muchos cautivos lograsen libertad.

ROMANCES DEL CAUTIVO DE ARNAUTE MAHAMÍ.

281.

EL CAUTIVO DE MAHAMÍ. — I.

(*Anónimo.*)

Sulcando el salado campo
Que el dios Neptuno gobierna,
Y el licor amargo, adonde
Están las marinas Deas,
Va el fuerte Arnaute Mahamí,
En una fustilla nueva,
Que por su valor la llaman
Capitana de Viserta.
Va la chusma sosegada,
Que con el viento navega:
Mas despues de poco rato,
Dan en calma, y calma muerta.
Todos los forzados duermen,
Porque tienen centinela,
Y solo Lisardo llora,
Y en su Sirena contempla.
Como ve que duermen todos,
Les dice: — Quien duerme duerma,
Que yo velo sinrazones
Que mi corazon desvelan. —
Y sacando un instrumento
Y concertando las cuerdas,
A sus locas fantasías
Les dice que estén atentas.
— ¡Ingrata señora mia!
¿Cómo de mi mal te acuerdas?
Siendo Elena en hermosura,
Medrosa en querer no seas.
Haz, tirana, de este cuerpo
Lo que de tiranos cuentan,
Que cenizas de difunto
Con pompa y honor conservan.
Lleva la popa dorada,
Medio pardas las entenas,
Proa y espolon azul,
Con la palamenta negra.
De ajedreces la crujía,
Donde los forzados juegan,
Fanal de cristal dorado,
Por divisa una Medea.
Y ya que sin serlo yo
Dijiste *requiem æternam*,
Agora puedes del fuego
Sacarlas y recogerlas. —
Mirábale el capitan,
Y dolido de sus quejas,
Le dijo: — Cristiano perro,
¿Qué tienes? ¿de qué lamentas?
¿Trátate el cómitre mal?
¿O azótate cuando remas?
¿O estás en la bogavante?
¿La cadena acaso pesa?
Dímelo, que á fe de moro,
Que la palabra te empeña,
De poner remedio al punto
Por mi divino profeta...
— Noble Mahamí, le responde
El cristiano con vergüenza,
El instrumento del alma
Me ha quedado, que es la lengua.
Quise á una dama española
A quien la naturaleza
Puso luceros que alcanzan
A todo el mundo de cuenta. —

(*Romancero general.*)

282.

EL CAUTIVO DE MAHAMÍ. — II.

(*Anónimo* [1].)

Sulcando el salado charco,
Que el dios Neptuno gobierna
Su licor amargo, donde
Están las marinas Deas,
El fuerte Arnaute Mahamí
En una fustilla nueva,
Que por su valor le dicen
Capitana de Viserta:
Lleva la popa dorada
Medio pardas las entenas,
Proa y espolon azul,
Con la palamenta negra.
De ajedrez es la crugía
Donde los forzados reman,
Fanal de cristal dorado,
Por divisa una Medea.
Es el viento en su favor
Una tramontana fresca,
Viento que nace, y reparte
De las islas de Ginebra.
Va la chusma sosegada,
Porque con viento navega,
Y á la vista de Turin
Poco mas de media legua
Se meten en una cava,
Y están esperando presa;
Y al cabo de poco rato
Se quedan en calma muerta:
Todos los forzados duermen,
Porque tienen centinela:
Solo Lisardo velaba,
Y en su Sirena contempla;
Y como ve los que duermen,
Les dice: — Quien duerme duerma.
Yo velo las sinrazones
Que á mi corazon desvelan. —
Y tomando un instrumento
Y concertando las cuerdas,
La prima con la segunda,
Y cuarta con la tercera,
A sus locas fantasías
Les dice de esta manera:
— ¡Ingrata señora mia!
¿Cómo de mi no te acuerdas?
Siendo Elena en hermosura,
Medusa en crueldad no seas. —
Oído le ha el capitan,
Y movido de sus quejas,
Le dice: — Cristiano amigo,
¿Qué tienes? qué te lamentas?
Trátate el cómitre mal?
¿Azótate cuando remas?
¿Estás en el bogavante?
¿La cadena mucho pesa?
Dímelo, que á fe de moro
Que su palabra te empeña,
Dispondré remedio en todo
Por mi divino profeta.
— Fuerte Mahamí, le responde
El cristiano con vergüenza,
Los instrumentos del alma
Me han quedado, que es la lengua.
Amé una dama en España,
A quien la naturaleza
Puso dos soles, que alcanzan
A todo el mundo, de cuenta.
Esta me pidió el amor,
Y pidióla tan estrecha,
Que teniendo el padre alcalde,
Me desterró á larga ausencia. —
Detúvole el moro, y dijo:
— Por la fe que me sustenta,
De no estorbar el vivir

A la que en tu pecho reina.
Quiero darte libertad,
Podrá ser que cuando vuelvas
Viéndote como cautivo
De tu mal se compadezca:
Y pedirásle limosna,
Y cuando la mano extienda,
Tomarásla con la tuya,
Y humildemente la besa;
Y despues que la hayás dado
Infinitas encomiendas
Le dirás de parte mia,
Que te liberté por ella. —
Y llamando á un renegado
Manda que toquen á leva,
Y á la voz de un ronco pito
Alzan áncoras y velas,
Hasta poner el cautivo
En las Pomas de Marsella,
Y abrazándole le dice:
— En España te pusiera,
Mas dicen que seis bajeles
Van en corso á Cartagena;
No por hacerte á tí bien,
Quieras que á mí mal me venga. —
Quedóse el criastiano eleto,
Movido de tal clemencia,
Y ellos á boga arrancando
Se vuelven para su tierra.

(*Romances varios de diversos autores.*)

[1] Es el mismo que el anterior, pero mas completo, con variantes considerables, y mas arreglado por haberse puesto en su lugar pedazos que en aquel se hallan dislocados.

FIN DEL ROMANCERO DE ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

ROMANCERO

DE

ROMANCES CABALLERESCOS.

ROMANCES CABALLERESCOS.

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS SUELTOS[1].

283.

VERGILIOS.

(*Anónimo.*)

Mandó el rey prender Vergilios[2]
Y á buen recaudo poner,
Por una traicion que hizo
En los palacios del Rey.
Porque forzó una doncella
Llamada Doña Isabel,
Siete años lo tuvo preso,
Sin que se acordase dél;
Y un domingo estando en misa
Vínole memoria dél.
— Mis caballeros, Vergilios,
¿Qué se habia hecho dél?—
Allí habló un caballero
Que á Vergilios quiere bien:
— Preso lo tiene tu Alteza,
Y en tus cárceles lo tien.
— Via: á comer, mis caballeros,
Caballeros, via: á comer,
Despues que hayamos comido
A Vergilios vamos ver.—
Allí hablara la Reina:
— Yo no comeré sin él. —
A las cárceles se van
Adonde Vergilios es.
— ¿Qué haceis vos aquí, Vergilios?
Vergilios, ¿aquí qué haceis?
— Señor, peino mis cabellos,
Y las mis barbas tambien:
Aquí me fuéron nacidas,
Aquí me han de encanecer;
Que hoy se cumplen siete años
Que me mandaste prender.
— Calles, calles tú, Vergilios,
Que tres faltan para diez.
— Señor, si manda tu Alteza,
Toda mi vida estaré.
— Vergilios, por tu paciencia
Conmigo irás á comer.
— Rotos tengo mis vestidos,
No estoy para parecer.
— Yo te los daré, Vergilios,
Yo dártelos mandaré. —
Plúgole á los caballeros
Y á las doncellas tambien;
Mucho mas plugo á una dueña
Llamada Doña Isabel.
Llaman luego un arzobispo,
Ya la desposan con él.
Tomárala por la mano,
Y llévasela á un vergel.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Casi todos los romances colocados en esta seccion pertenecen á la clase de viejos ó primitivos, ó que provienen de ellos aunque reformados.

[2] Pretenden algunos, no sé con qué fundamento, que el *Virgilio* acusado de magia y de inmoralidad en los cuentos de la edad media, no es el poeta de Augusto, sino un filósofo del siglo VIII, que fué condenado como hereje por el papa Zacarías, por haber dicho que el centro de la tierra estaba habitado por hombres. Otros, con mas fundamento, quieren que sea el *Virgilio* poeta, aquel á quien la supersticion atribuye todas las brujerías y hechicerías que se cuentan. No es extraño que así sea, pues en la edad media no podian nuestros monjes ni el pueblo concebir un sabio ó literato de los de la antigüedad, que no fuese astrólogo, mago ó caballero andante. El Hércules, Jason, Teseo, el grande Alejandro y otros héroes antiguos, fuéron de la última clase; y de la primera Zoroastro, Orfeo, Pitágoras, Numa, Democrito, Empédocles, Apolonio, Aristóteles, Virgilio, etc. Ni los mismos sabios contemporaneos á estas supersticiones se libertaron de ellas, puesto que por brujos y encantadores se proclamaron á Cornelio Agripa, á Merlin, á Bacon el monje, á Alberto Magno, y á otros muchos, sin exceptuar á los santos, como Tomas de Aquino, ni á los papas, como Silvestre II y Gregorio VII. Pero ¿qué mucho que en esos tiempos de ignorancia con estos sucediese, cuando José hijo de Jacob, Moyses, Aaron, Salomon y los Reyes Magos no se libertaron de la opinion de encantadores, y de ser los héroes de multitud de fábulas, hijas de la supersticion y barbarie? Tocóle su vez al poeta Virgilio, y á fe que no pudo quejarse de la parte que en tales hechicerías le atribuyeron. Considerando que el celebre autor de la *Eneida* ni fué profeta, ni legislador de los pueblos, y que por lo tanto, ni necesitó hacer verdaderos milagros, ni fingirlos; que tampoco fué de aquellos filósofos que arrancando á la naturaleza secretos desconocidos al vulgo, pudiera aparecer á sus ojos como astrologo ó encantador, apénas puede adivinarse la causa por qué como á tal nos le presentaron. Pero puesto que así ha sido, y que ya no puede dejar de ser, nos parece util y curioso, aunque alarguemos esta nota, poner un resúmen de los hechos que como á mago se le atribuyen á Virgilio, por mas que de ellos le creamos inocente.

Construyó una mosca de metal que, puesta sobre una de las puertas de Nápoles, libertó á la ciudad de que durante ocho años entrasen moscas en ella.

Hizo edificar una carnicería, en la cual las carnes nunca se corrompieron ni causaron mal olor.

Colocó sobre una de las puertas de Nápoles una estatua llamada Regocijo y Hermosura, con tal virtud, que cuantos entraban por ella estaban seguros de obtener un éxito feliz en sus negocios y deseos.—En otra puso una imágen llamada Triste y Horrible: todos los que por ella entraban á la ciudad, sufrian males y perjuicios.

En una altura proxima á Nápoles erigió una estatua de bronce, empuñando una trompeta que, al sentir el viento septentrional, resonaba de tal modo, que expelia al mar el fuego y humo de las fraguas de Vulcano, próximas á Puzzolo, y libraba á la ciudad de todos los males.

Formó unos baños, en donde con letras de oro mostraba á los enfermos los males para cuya curacion era á propósito cada clase de agua que contenian. Estas inscripciones fueron borradas por los medicos, á quienes quitaban mucha ganancia.

Socabó una gruta en la montaña de Posilipo, donde persona alguna podia recibir daño, ni experimentar desgracias.

Encendió un fuego comun para alivio de los pobres, y cerca de él formó de metal la estatua de un archero, que tenia su flecha armada amenazando matar con ella al hombre audaz que se atreviese á tocarle, lo que se verificó con uno, á quien lanzada la flecha, lo arrojó á la hoguera, cuyo fuego se apagó para siempre.

Una sanguijuela de oro, que construyó y arrojó á un pozo, libertó á Nápoles de la plaga de estos insectos que la aquejaba.

Hizo que jamas lloviese en su jardin, ni se moviese el aire, y que este le sirviera de muralla ó de cerca.

En el mismo jardin formó un puente, con tal virtud, que le conducia y trasportaba á su voluntad de un punto de la tierra á otro.

Edificó una torre que se movia lo mismo que las campanas.

Hizo las estatuas llamadas Salvacion de Roma, que señalaban con sus brazos los puntos donde se fraguaban peligros contra la república, para que el gobierno prevenido pudiese evitarlos y vencerlos.

Una cortesana de Roma, á quien Virgilio amaba, le hizo la burla de subirle á una torre en un cesto, y dejarle colgado en ella para que sufriese los escarnios del pueblo. El ofendido se vengó en apagar todos los fuegos de la ciudad; y que no pudiesen encenderse de nuevo sino en una llama que dejó viva en las partes secretas de la cortesana.

Antes del siglo XI no sabemos que á Virgilio el poeta se atribuyesen tales milagros; pero durante los siglos XII y XIII es comun el vérselos aplicados. La verdad del hecho es que muchos de estos cuentos, mas ó ménos alterados y aplicados á distintos personajes, traen su origen de libros sanscritos, traducidos primero al persa antiguo, al moderno, al árabe, al turco, al hebreo, al griego; y desde el siglo XII al latin y á las lenguas modernas.

El libro sanscrito de Sennabad, vulgarizado en dicho tiempo, y considerablemente alterado con el título de *Los Siete Sabios de Roma*, ó el de *Dolopathos*, ó el de *Historia lamentable del príncipe Erasto*: el de *Pantchatrantra*, de igual procedencia, conocido por *Las fábulas de Bidpay* ó *Pilpay*, prestaron al Occidente, en la edad media, materiales inmensos para aquella clase de invenciones, ya literarias, ya místicas, segun se aplicaban, que llenan nuestras leyendas. Aun en los tiempos del renacimiento de las letras y siguientes, los expresados libros de la India, trasmitidos por los persas y árabes, han dado asuntos á los novelistas italianos anteriores y posteriores al Boccacio, y á los fabulistas franceses que precedieron ó siguieron á La-Fontaine, para formar muchas de sus mejores composiciones. Nuestro infante Don Juan Manuel, en el *Conde Lucanor*, á fines del siglo XIV, ya construyó un cuadro semejante á los de origen oriental, pudiendo servirle de pauta alguna traduccion castellana del *Calila y Dinna*, anterior á la que conocemos con el título de *Ejemplario contra los engaños y peligros del mundo*, ó quizá de la version latina del *Directorium humanæ vitæ*, que hizo Juan de Capua, en la tercera cuarta parte del siglo XIII.

Por lo demas, así el romance de Virgilios, como casi todos los de esta seccion, trascienden tanto al espíritu de las fábulas y cuentos de los Troberas, y á sus ideas animadas, festivas y lijeras, que indican haberse ya introducido entre nuestros sabios el orientalismo que las cruzadas comunicaron al norte de Europa, el cual imitamos y aceptamos en fin, aunque mas tarde, y ménos directamente que otras naciones.

284.

LA INFANTINA. — I.

(*Anónimo* [1].)

De Francia partió la niña,
De Francia la bien guarnida:
Ibase para Paris,
Do padre y madre tenia:
Errado lleva el camino,
Errada lleva la via:
Arrimárase á un roble
Por esperar compañía.
Vió venir un caballero,
Que á Paris lleva la guia.
La niña desque lo vido
Desta suerte le decia:
— Si te place, caballero,
Llévesme en tu compañía.
— Pláceme, dijo, señora,
Pláceme, dijo, mi vida. —
Apeóse del caballo
Por hacelle cortesía;
Puso la niña en las ancas
Y subiérase en la silla:
En el medio del camino
De amores la requeria.
La niña desque lo oyera
Díjole con osadía:
— Tate, tate, caballero,
No hagais tal villanía:
Hija soy yo de un malato [2]
Y de una malatía;
El hombre que á mí llegase
Malato se tornaria. —
Con temor el caballero
Palabra no respondia,
Y á la entrada de Paris
La niña se sonreia.
— ¿De qué os reis, mi señora?
¿De qué os reis, vida mia?
— Ríome del caballero,
Y de su gran cobardía,
¡Tener la niña en el campo,
Y catarle cortesía! —
Con vergüenza el caballero
Estas palabras decia:
— Vuelta, vuelta, mi señora,
Que una cosa se me olvida. —
La niña como discreta
Dijo: — Yo no volveria,
Ni persona, aunque volviese,
En mi cuerpo tocaria:
Hija soy del rey de Francia
Y la reina Constantina,
El hombre que á mí llegase
Muy caro le costaria.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Todo indica que este romance es de origen frances, é imitacion de alguna trova caballeresca. De todas maneras es bellísimo por su natural sencillez, y por la festiva y punzante expresion de sus ideas, tan propia de las crónicas bretonas y de los cantos de los Troberas.

[2] *Malatos*, es decir: *gafos ó leprosos.*

285.

LA INFANTINA. — II.

(*De Rodrigo de Reinosa* [1].)

De Francia salió la niña,
De Francia la bien guarnida:
Perdido lleva el camino
Perdida lleva la guia:
Arrimádose ha á un roble
Por atender compañía.
Vido venir un caballero,
Dipuesto es á maravilla:
Comiénzale de fablar,
Tales palabras decia.
— ¿Qué haceis aquí, mi alma?
¿Qué haceis aquí, mi vida? —
Allí fabló la doncella:
Bien veréis lo que diria:
— Espero compañía, señor,
Para Francia la bien guarnida. —
Respóndele el caballero:
Tales palabras decia:
— Si te pluguiere, señora,
Conmigo te llevaria:
Si quieres por mujer,
Si quieres por amiga. —
La niña, que sola estaba,
Estas palabras decia.
— Pláceme, dijo, señor,
Pláceme, dijo, mi vida:
Diésemes luego la mano
Y luego cabalgaria. —
El caballero le da la mano,
La niña cabalgado habia.
Andando por su camino
De amores la requeria.
Allí habló la doncella,
Bien oireis lo que decia.
— Está quedo, caballero,
Non fagais tal villanía,
Fija soy de un malato
Que tiene la malatía,
Y quien á mí llegare
Luego se le pegaria,
Que si vos á mí llegades

La vida vos costaria.
Mucho os ruego, señor,
Que me fateis cortesía. —
Y á la salida de un monte
Y asomada de una montiña
El caballero iba seguro,
La niña se sonreia.
Allí fabló el caballero,
Bien oireis lo que decia :
— De qué vos reis, mi alma,
¿De qué vos reis, mi vida? —
La niña, qu' estaba en salvo,
Aquesto le respondía :
— Ríome del caballero
Y de su gran cobardia,
Que tenia niña en el monte,
Y usaba de cortesía. —
El caballero qu' esto oyó
Ahorcarse queria :
Con gran enojo que tiene
Estas palabras decia :
— Caballero que tal pierde
¿Qué pena merescia?
Él s' era el alcalde,
El s' era la justicia,
Que le corten pies y manos
Y lo cuelguen de una encina. —
Y el estándose en aquesto
Y que hacerlo queria,
Si no fuera por una fada
Que á fablarle venia :
Las palabras que le dice
Quien quiera se las sabia :
— No desesperes, caballero,
No desesperes de tu vida :
Parte ha Dios grande vitoria
En arte de caballería,
Que con los vivos se sirve á Dios
Y su madre Santa María. —

DESHECHA DEL CABALLERO, QUE DICE CON ENOJO :

— Plega á Dios que á alguno ameis
Como yo, señora, á vos,
Porque rabieis y peneis,
Sin ser conformes los dos :
Él se goce y vos rabieis :
Él que diga : — ¿vos qué habeis? —
Vos á él : — ¿no me quereis? —
Responda : — no puedo veros. —

(*Comienza un razonamiento por coplas*, etc. *Pliego suelto*.)

[1] Este romance, que con otras composiciones se halla inserto en el pliego suelto á nombre de Rodrigo de Reinosa, es probable que sea anónimo, porque es comun que los editores de esta clase de hojas volantes se dén por autores, siendo cuando mas, reformadores de mas antiguos romances. Este y el anterior son no solo hechos sobre el mismo asunto, sino que tambien se copian á veces, aunque difieran en el desenlace. Cuál de ellos sea modelo no puede asegurarse, pues uno y otro tienen el carácter de los viejos, aunque en el del número 284 aparece mas perfeccion.

286.

EL CONDE ARNALDOS.

(*Anónimo* [1].)

¡Quién hubiese tal ventura
Sobre las aguas del mar,
Como hubo el conde Arnaldos
La mañana de San Juan!
Con un falcon en la mano
La caza iba á cazar,
Y venir vió una galera
Que á tierra quiere llegar.
Las velas traia de seda,
La jarcia de un cendal,
Marinero que la manda
Diciendo viene un cantar
Que la mar ponia en calma,
Los vientos hace amainar,
Los peces que andan al hondo
Arriba los hace andar,
Las aves que andan volando
Las hace á el mástil posar :
— Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
De los peligros del mundo
Sobre aguas de la mar,
De los llanos de Almería,
Del estrecho de Gibraltar,
Y del golfo de Venecia,
Y de los bancos de Flandes [2],
Y del golfo de Leon,
Donde suelen peligrar. —
Allí habló el conde Arnaldos,
Bien oiréis lo que dirá :
— Por Dios te ruego, marinero,
Digaisme ora ese cantar. —
Respondióle el marinero,
Tal respuesta le fué á dar :
— Yo no digo esta cancion
Sino á quien conmigo va. —

(*Cancionero de Romances*.)

[1] Lindo romance, que parece hecho en la primera mitad del siglo XV. Quizá se refiere á la batalla de Ponza.

[2] Aquí en el canto debia pronunciarse haciendo muda la última sílaba, como sucede aun, cuando la gente del campo entona esta clase de romances.

287.

FLORISEO, Y LA REINA DE BOHEMIA.

(*De Andres Ortiz* [1].)

Quien hubiese tal ventura
En haberse de casar
Como la hubo Floriseo
Cuando se fué á desposar,
Que con su grande alegría
No podia reposar,
Y la causa fuese aquesta :
Como l' envió á llamar
Esa noble linda Reina
De Bohemia natural.
El no era perezoso,
Allá la fuera á hablar :
Las rodillas en el suelo
La empezó de interrogar.
— ¿Qué haceis vos, mi señora,
Flor de toda la beldad,
Que desde el dia que os vi
Ya no puedo sosegar?
Socorredme, mi señora,
No perezca d'este mal. —
Y con grande acatamiento
El se la fuera á besar.
— Perdonadme, mi señora,
Pues que sois de tal bondad;
Que los yerros por amores [2]
Dignos son de perdonar. —
Ella con grande mesura
Así le fuera á hablar.
— Floriseo, Floriseo,
Yo estoy presta á tu mandar,
Qu' el amor que yo te tengo
Me hace desesperar.
Dóime del todo por tuya
Para contigo casar. —
— Bésoos las manos, señora,
Ella me las quiera dar
Por tan grande benificio
Como me quiso otorgar.
Yo estó presto para hacerlo
Y por tal me quiero dar. —
Despues con gran alegría

Allí se van á abrazar,
Y á una cama muy hermosa
Se fuéron juntos á holgar,
Y con besos amorosos
Empiezan á retozar.
Allí estuvieron holgando
Hasta la hora de yantar.
Cartas les fueron venidas
Qu' era dolor d'escuchar,
Y lo qu' en ellas venía
A ellos parecia mal:
Qu' ese infante Don Eton
Con el reino alzado se ha.
Floriseo con enojo
Muchas naves mandó armar,
Dándoles muy grande priesa
Para haber de navegar.
Ya las gentes están juntas,
Que querian caminar,
Cuando se iba Floriseo
Para á la Reina hablar.
Y con grande sentimiento
D'ella despedido se ha.
— Abrazadme, mi señora,
Vos me querais abrazar,
Que muy presto seré vuelto;
No vos querais enojar. —
Ella con el gran dolor
No le podia hablar.
— ¡Ah, mi señor Floriseo,
Amador de la bondad,
Y qué triste es la partida
Para mí, y de gran pesar!
Yo rogaré al Rey divino
Que os deje de allá tornar.
— Y á vos, la señora mia,
Tambien os quiera guardar. —
Ya se parte Floriseo
Y empieza de navegar,
Y andando por sus jornadas
Al reino llegado ha.
En medio año que allí estuvo
El reino ganado ha.
Ya se parte Floriseo,
Ya se parte, ya se va
A esa ínsula encantada,
Que así solian llamar,
Porqu' era muy deleitosa,
Y allí quiere reposar.
Andando por sus jornadas
En ella fuera á aportar,
Y todos los de la isla
A recibirse lo van
Con alegría tan grande
Que no lo puedo contar.
Los suyos hácenle fiesta
Por haberle de alegrar,
Y muy grandes monterías
En un bosque armado han.
Desque lo hubieron corrido,
Riberas del mar se van.
Allí estando el alegría
En pesar tornado se ha,
Porque ya á deshora vino
En un barco por la mar.
Lo qu' en el barco venía
Era cosa de mirar;
Que venía entretejido
Con guirnaldas de arrayan,
Y de aquel barco salia
Una música de amar.
El estándolo mirando
Del barco vieron saltar
Una doncella hermosa
Que cantando iba un cantar.
Las aves que iban volando
Al suelo hacia bajar,
Los peces qu' están nadando
Todos juntos hace estar;
Las naves que van remando
No podian navegar;
Y con este dulce canto
Qu'era gloria d'escuchar
Caballera en un Delfin
Al suelo fuera á saltar,
Fuérase para las tiendas
Y comienza así de hablar.
— ¿Quién es aquí Floriseo,
Que le vengo aquí á buscar,
De parte de mi señora,
Que d'él ha necesidad? —
Floriseo que allí estaba
La empezara de la hablar.
— Yo soy ese, la doncella,
Que vos andáis á buscar. —
Ella despues que lo vido
Empezóle de hablar
— Caballero Floriseo,
Pues que sois de tal bondad,
Mi señora á vos me envía
Que la querais mamparar
De una muy grave injuria
Que allá levantado le han;
Pues sabiendo sois acorro,
Y de viudas mamparar,
A vos m'envía, señor,
Que la querais ayudar.
Yo os llevaré con placer
En mi barco á descansar,
Porque aquel que en él camina
No recibe mal pesar.
Por eso, amado señor,
Vámonos allá á holgar. —
Floriseo que esto oyó
Tal respuesta le fué á dar.
— Ay, doncella muy amada,
No me querais vos llevar,
Porque yo estoy de partida,
Y no puedo allá llegar,
Pues voy á Constantinopla
Con el emperador á hablar
De un negocio que me dió
Y que me quiso encargar,
Y he de dalle allí la cuenta,
No puedo d'ello faltar. —
La doncella qu' esto vido
Muy triste tornado se ha,
Porqu' él no iba con ella
Ni ella le podia llevar.
Mas como era muy mañosa
Tal remedio fué á tomar,
Y era que tocó el laud
Y empezara de cantar.
La cancion qu' ella decia
Era gloria d' escuchar:
A todos los que la oian
Adormecido les ha.
Ansí hizo á Floriseo
Qu' en el suelo vido estar.
Desque lo vido dormido
En el barco lanzado lo ha,
Y su música tañendo
A un castillo llegado ha.
Su señora que lo supo
Alegre tornado se ha,
Y con grande diligencia
Del batel lo fué á sacar,
Y echándole en una cama
Pensó allí de lo matar.
Un ungüento que le puso
En su acuerdo tornado le ha
Desque lo vido despierto
D'el se habia enamorado
Y con grande acatamiento
Por su amigo lo ha tomado.
Allí estuvo Floriseo
Placentero y muy amado,
Por amor de los hechizos

Que le habian encantado.
Muy grande honra le hacia
Reina Lacivia á su amado,
En un vergel muy hermoso
Con él se anda deleitando,
Y con muy grande vergüenza
A la cama lo ha llevado.
Allí estuvieron los dos
Hasta qu'el sol fué rayado.
Así quedó Floriseo
En la menor India encantado:
Y tornando á las sus gentes
Desque hobieron despertado,
Llorando de los sus ojos
Por los bosques lo han buscado.
Con muy penosos gemidos
A la Reina se han tornado.
— Nuevas traemos, señora,
De que habreis grande quebranto. —
La Reina de qu'esto oyera,
Salto el corazon le ha dado,
Y con muy grande agonía
Les habia preguntado.
Allí hablara Gesipo,
Bien oireis lo que ha hablado.
— Señora, n'os enojeis,
Que Floriseo es encantado,
Lleváralo una doncella,
No sabemos á qué cabo. —
La Reina de qu'esto oyera
La color se le ha mudado,
Y con muy grandes suspiros
Caido habia de su estado.
— ¡Ay de mí triste, cuitada,
Que ya he perdido á mi amado!
¡Ay fortuna desdichada
Qué muy de mal me has tratado!
Sin yo te lo merecer
Mi descanso me has quitado. —
Su doncella Piromencia
Se la iba á consolar.
— No vos enojeis, señora,
Ni tomedes tal pesar,
Pues que Floriseo es vivo,
No le querais vos llorar. —
Y la Reina qu'esto oyera
Algo consolado se ha.
Y ellas estando en aquesto
Nuevas llegado les han,
Qu'ese duque Perineo
Con doce llegado ha
Caballeros esforzados
Que la venian á buscar.
La Reina qu'esto oyera,
A recebirse los va.
Allí estuvieron los dos
Con tristeza y con pesar,
El uno para su hijo
Y el otro para su amar.
Un concierto han tomado,
Que le fuesen á buscar.
Una dueña Perimencia
D'el nuevas dado les ha,
Que Floriseo está encantado,
Qu'en la menor India está.
Perineo que esto oyera
Muchas gracias dado le ha,
Porque ya lleva esperanza
Que lo habia de hallar.
Y con este buen concierto
Se empiezan de aparejar
Y se ponen en camino
Para haber de irlo á buscar.
Y tornando á Floriseo
D'él vos quiero yo contar
Que como estaba encantado
No siente donde s'está,
Salvo que tiene su esfuerzo
Que no le podria faltar,
Que venció grandes batallas,
Que es muy grave de contar.
Así estuvo muy gozoso
Con la Reina á voluntad.
Allí tuvieron un hijo
Que fuera de gran bondad.
Ellos estando en aquesto
Allí lo vino á buscar
Este noble de Filoto
Que le amaba con verdad.
Con una voz amorosa
L'empezó de pescudar.
— ¿Adónde está Floriseo,
Que le vengo yo á buscar,
Y me dicen qu'está aquí
Y que aquí suele posar? —
Allí habló una doncella,
Y empezara de hablar.
— Entres tú acá, el caballero,
Que acá dentro le verás. —
Filoto no se guardando
En el castillo entrado ha,
Y en entrando, qu' él entró
En caballo vuelto se ha,
Y así estuvo en esta pena
Hasta Perineo llegar.
Andando este por sus jornadas
No cesa de caminar,
Hasta que por su ventura
Allá fuera á aportar
A este puerto de la India,
Y al castillo fué á llegar.
Armado de todas armas
Empezara de hablar.
— ¿Qu' es de aquese caballero,
Que con él me he de matar
Por las grandes sinrazones
Qu'en este reino hecho ha? —
Un portero que lo oyera
A la Reina dicho lo ha.
La Reina desque lo supo
Tomó tristeza y pesar,
Lo uno porque á Floriseo
Tan presto lo han de llevar,
Lo otro, porque entendia
Que no habia d'él de gozar;
Y con gran ira crecida
A Floriseo fué á enviar
Para que armas hiciese
Y al caballero matar,
Con muy relucientes armas
Qu'era gloria de mirar.
Las puertas ya le han abierto
Para salir á lidiar.
Su padre que así le vido
L' empezara de mirar:
Los ojos llenos de agua
Empezara así hablar.
— Aquel es mi Floriseo
En su cuerpo y menear;
¡Oh sin ventura de viejo
Como tengo gran pesar
Que tengo delante mi hijo
Y con él he de lidiar! —
Y tomando una lanza
Para habello d' encontrar,
Danse tan grandes encuentros
Qu'era dolor de mirar,
Y andando en su batalla
El Duque empezó de hablar.
— Esperaos, caballero,
Que os quiero un poco hablar,
Y es que os pido de mesura
Qu'el yelmo os querais quitar. —
Floriseo qu'esto oyera
Tal respuesta le fué á dar.
— Que me place, caballero,
Pláceme de voluntad. —
Y el Duque desque lo vido

Así le fuera á hablar. —
— ¡ Oh mi hijo muy amado,
No me querais maltratar,
Que yo soy el vuestro padre,
Y por vos pasé harto mal ! —
Floriseo no lo oia
Ni le queria escuchar
Por amor qu' está encantado,
Ni sentia bien ni mal.
Des que aquesto vido el Duque,
Por su preso dado se ha,
Y así fuéron al castillo
Adonde la Reina está.
Ella con grande alegría
A recibírselo va.
Grande honra le hacia
A Perineo sin dudar,
Y desencantó á Floriseo
Por mas á él agradar,
Y estuvieron muy alegres
De lo que vieran pasar,
Que miran hecho al enano
Mona con mucho corax,
Así estuvieron viciosos
Qu'era gloria de mirar,
Y con grande acatamiento
D'ella despedido se ha.
La Reina recibió pena
Por velle de sí apartar;
Mas con lagrimas secretas
Se lo fuera ella á abrazar,
Y ansí se fué Floriseo
Y empieza de caminar.
Andando por sus jornadas
A Constantinopla llegado ha.
Saliendo de un monasterio
Un caballero vió asomar:
Llorando venia, llorando,
Qu' era dolor de mirar.
Floriseo que lo vido
Empezóle de hablar:
— ¿Qué habeis vos, el caballero?
No me lo querais negar.
— «Es tan grande mi dolor
Que n'os lo puedo contar,
Que un duque de Macedonia
Muy mal parado me ha,
Que está puesto aquí en un paso
Para habello de guardar,
Por amor de una doncella
De Bohemia natural.
Hase de casar con ella
Esta noche, sin dubdar. —
Floriseo qu' esto oyó
Tomó tristeza y pesar,
Y con enojo muy grande
Con él fuera á pelear,
Y luego con grande esfuerzo
Lo venció y quiso matar.
El Emperador con fiesta
Consigo llevádolo ha,
Y muy grandes alegrías
En palacio hecho han,
Si muy mas bien las sentía
Esa Reina por amar.
Allí estuvieron un tiempo
Por el mas se aconsolar,
Y despues para su reino
Muy presto vuelto se han,
En el cual luego estuvieron
Con gran gozo y descansar.
Ansí acaba este romance
Dando fin á mi hablar,
Y yo os ruego, mis lectores
Que me querais perdonar.

(*Romance nuevamente hecho por* Andres Ortiz. *Pliego suelto.*)

[1] Hé aquí una de las pocas composiciones de su género, que mencionan y se adornan con encantamientos. Su autor debió haberla escrito imitando los libros caballerescos, cuya lectura se habia extendido desde los últimos años del siglo xv. El poeta hizo lo mismo que el que amplificó el de la Infantina, número 284, en el número 285.—Igual rudeza de estilo, iguales faltas en la versificacion y en el lenguaje, igual negacion de arte existe en este y en aquel. De presumir es que este sea tambien una amplificacion de otro mas antiguo que no conocemos. Andres Ortiz debió ser alguno de aquellos juglares del pueblo, que alteraban y remendaban los romances primitivos.

[2] Este verso y el siguiente se hallan, como proverbiales que son, tambien en el romance del Conde de Claros.

288.

DON DUARDOS Y FLERIDA.

(*De Gil Vicente* [1].)

En el mes era de abril,
De mayo ántes un dia,
Cuando los lirios y rosas
Muestran mas su alegría,
En la noche mas serena,
Qu'el cielo hacer podria,
Cuando la hermosa Infanta
Flérida, ya se partia;
En la huerta de su padre
A los árboles decia:
— Jamas en cuanto viviere
Os veré tan solo un dia,
Ni cantar los ruiseñores
En los ramos melodía.
Quédate adios, agua clara,
Quédate adios, agua fria,
Y quedad con Dios, mis flores,
Mi gloria, que ser solia.
Vóime á las tierras extrañas,
Pues ventura allá me guia.
Si mi padre me buscare,
Que grande bien me quería,
Digan que el amor me lleva,
Que no fué la culpa mia.
Tal tema tomó conmigo,
Que me forzó su porfía.
Triste no sé dónde voy,
Ni nadie me lo decia. —
Allí habló Don Duardos:
— No lloreis mas, mi alegría,
Que en los reinos de Inglaterra
Mas claras aguas habia,
Y mas hermosos jardines,
Y vuestros, señora mia:
Terneis trescientas doncellas
De alta genealogía;
De plata son los palacios
Para vuestra señoría;
D'esmeraldas y jacintos
Toda la tapecería;
Las cámaras ladrilladas
D'oro fino de Turquía,
Con letreros esmaltados
Que cuentan la vida mia,
Contando vivos dolores
Que me distedes un dia.
Cuando con Primaleon
Fuertemente combatía,
Señora, vos me matastes,
Que yo á él no lo temia. —
Sus lágrimas consolaba
Flérida, que esto oia,
Y fuéronse á las galeras,
Que Don Duardos habia:
Cincuenta eran por todas,
Todas van en compañía.
Al son de sus dulces remos
La Infanta se adormecia
En brazos de Don Duardos,
Que bien le pertenecia.
Sepan cuantos son nacidos
Aquesta sentencia mia:

«Que contra muerte y amor
»Nadie no tiene valla.»

(*Cancionero de Romances.* — It. GIL VICENTE, *Obras de.*)

¹ Este romance pertenece á la serie de *Palmerin de Inglaterra*, y su autor termina con él la tragi-comedia de *Don Duardos.* Es de fines del siglo XV.

289.

EL SOLDAN DE BABILONIA Y EL CONDE DE NARBONA.

(*Anónimo* ¹.)

Del Soldan de Babilonia,
De ese os quiero decir,
Que le dé Dios mala vida
Y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras,
Pasan de sesenta mil,
Para ir á dar combate
A Narbona la gentil.
Allá van á echar ancóras,
Allá al puerto de Sant Gil,
Donde han captivado al Conde,
Al conde Benalmeniquí.
Deciéndenlo de una torre,
Cabálganlo en un rocin,
La cola le dan por riendas
Por mas deshonrado ir.
Cient azotes dan al Conde
Y otros tantos al rocin;
Al rocin porque anduviese,
Y al Conde por lo rendir.
La Condesa que lo supo
Sáleselo á recebir:
— Pésame de vos, señor
Conde, de veros así,
Daré yo por vos, el Conde,
Las doblas sesenta mil,
Y si no bastaren, Conde,
A Narbona la gentil.
Si esto no bastare, el Conde,
Tres hijas que yo parí:
Yo las pariera, buen Conde,
Vos las hubísteis en mí;
Y si no bastare, Conde,
Señor, védesme aquí á mí,
— Muchas mercedes, Condesa,
Por vuestro tan buen decir:
No dedes por mí, señora,
Tan solo un maravedí,
Que heridas tengo de muerte,
Dellas no puedo guarir:
Adios, adios, la Condesa,
Que me mandan ir de aquí.
— Váyades con Dios, el Conde,
Y con gracia de Sant Gil:
Dios os eche en vuestra suerte
A ese Soldan paladin.

(*Cancionero de Romances.*)

¹ Parece de origen provenzal y de asunto contemporáneo á las Cruzadas.

290.

EL CONDE DON MARTIN Y DOÑA BEATRIZ.

(*Anónimo* ¹.)

Bodas hacian en Francia
Allá dentro de Paris;
¡Cuán bien que guia la danza
Esta Doña Beatriz!
¡Cuán bien que se la miraba
El buen conde Don Martin!
— ¿Qué mirais aquí, buen Conde?
Conde, ¿qué mirais aquí?
¿Decid si mirais la danza,
O si me mirais á mí?
— Que no miro yo la danza,
Porque muchas danzas vi,
Miro yo vuestra lindeza
Que me hace penar á mí.
— Si bien os parezco, Conde,
Conde, saqueisme de aquí,
Que un marido me dan viejo
Y no puede ir tras mí.

(*Cancionero de Romances.*—It. TIMONEDA, *Rosa de amores.*)

¹ Bellísimo romance, lleno de sencillez, cuyo tipo se asemeja mucho al carácter de la poesía de los troberas franceses.

291.

EL PALMERO. — I.

(*Anónimo* ¹.)

De Mérida sale el Palmero ²,
De Mérida, esa ciudade:
Los piés llevaba descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
Una esclavina trae rota,
Que no valia un reale,
Y debajo traia otra,
¡Bien valia una ciudade!
Que ni rey ni emperador
No alcanzaba otra que tale.
Camino lleva derecho
De Paris, esa ciudade;
Ni pregunta por meson
Ni ménos por hospitale:
Pregunta por los palacios
Del rey Cárlos á do estaen.
Un portero está á la puerta,
Empezóle de hablare:
— Digadesme tú, el portero,
El rey Cárlos ¿dónde estae? —
El portero, que lo vido,
Mucho maravillado se hae,
Cómo un romero tan pobre
Por el Rey va á preguntare.
— Digadesmelo, señor,
Deso no tengais pesare.
— En misa está, buen Palmero,
Allá en Sant Juan de Letrane:
Dice misa un arzobispo,
Y la oficia un cardenale. —
El Palmero que lo oyera
Ibase para Sant Juane:
En entrando por la puerta
Bien vereis lo que harae.
Humillóse á Dios del cielo
Y á Santa María su Madre,
Humillóse al arzobispo,
Humillóse al cardenale
Porque decia la misa,
No porque merecia mase:
Humillóse al Emperador
Y á su corona reale,
Humillóse á los doce
Que á una mesa comen pane.
No se humilla á Oliveros,
Ni ménos á Don Roldane,
Porque un sobrino que tienen
En poder de moros estae,
Y pudiéndolo hacer
No lo van á rescatare.
De que aquesto vió Oliveros,
De que aquesto vió Roldane,
Sacan ambos las espadas,
Para el Palmero se vane.
Con su bordon el Palmero
Su cuerpo va á mampararе.
Allí hablara el buen Rey,
Bien oireis lo que dirae:

— Tate, tate, Oliveros,
Tate, tate, Don Roldane,
O este Palmero es loco,
O viene de sangre reale. —
Tomárale por la mano,
Y empiézale de hablare:
— Digasme tú, el Palmero,
No me niegues la verdade,
¿En qué año y en qué mes
Pasaste aguas de la mare?
— De mayo en el mes, señor,
Yo las fuera á pasare.
Porque yo me estaba un dia
A orillas de la mare
En el huerto de mi padre
Por haberme de holgare:
Captiváronme los moros,
Pasáronme allende el mare.
A la infanta de Sansueña
Me fuéron á presentare;
La Infanta cuando me vido
De mí se fué á enamorare.
La vida que yo tenia,
Rey, quiéroosla yo contare.
En la su mesa comia,
Y en su cama me iba á echare. —
Allí hablara el buen Rey,
Bien oireis lo que dirae:
— Tal captividad como esa
Quien quiera la tomarae:
Digasme tú, el Palmerico,
¿Si la iria yo á ganare?
— No vades allá, el buen Rey,
Buen Rey, no vades allae,
Porque Mérida es muy fuerte,
Bien se vos defenderae.
Trescientos castillos tiene,
Que es cosa de los mirare,
Que el menor de todos ellos
Bien se os defenderae. —
Allí hablara Oliveros,
Allí habló Don Roldane:
— Miente, señor, el Palmero,
Miente, y no dice verdade,
Que en Mérida no hay cien castillos,
Ni noventa á mi pensare,
Y estos que Mérida tiene
No tien quien los defensare,
Que ni tenian señor,
Ni ménos quien los guardare. —
Desque aquesto oyó el Palmero
Movido con gran pesare,
Alzó su mano derecha,
Dió un bofeton á Roldane.
Allí hablara el Rey
Con furia y con gran pesare:
— Tomalde, la mi justicia,
Y llevédeslo á ahorcare. —
Tomádolo ha la justicia
Para habello de justiciare;
Y aun allá al pié de la horca
El Palmero fuera hablare:
— ¡Oh mal hubieses, rey Cárlos!
Dios te quiera hacer male,
Que un hijo solo que tienes
Tú le mandas ahorcare. —
Oidolo habia la Reina
Que se lo paró á mirare:
— Dejédeslo, la justicia,
No le querais hacer male,
Que si él era mi hijo
Encubrir no se podrae,
Que en un lado ha de tener
Un extremado lunare. —
Ya le llevan á la Reina,
Ya se lo van á llevare:
Desnúdanle una esclavina
Que no valia un reale;
Ya le desnudaban otra
Que valia una ciudade:
Halládole han al Infante,
Halládole han la señale.
Alegrias que se hicieron
No hay quien las pueda contare.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Floresta de varios Romances.*)

[1] Asunto caballeresco de los *Doce Pares*, entre cuyos romances pudo colocarse. — Pertenece sin duda á los viejos de su clase, y reasumiendo hechos y situaciones propias de ella, presenta mucho interes. Entre las muchas historias fabulosas de Carlo Magno, no he visto ninguna que contenga el lance de que este romance trata, y así no será extraño que el juglar que le compuso fuese inventor de él, ó lo tomase de algun cuento popular.

[2] *Palmero* se llamaba al que peregrinaba á la Tierra Santa, á diferencia del que á Santiago ó Compostela, al cual se le decia *Romero*

292.

EL PALMERO. — II.

(*Anónimo* [1].)

En los tiempos que me ví
Mas alegre y placentero,
Yo me partiera de Burgos
Para ir á Valladolid:
Encontré con un Palmero,
Quien me hablo, y dijo así:
— ¿Dónde vas tú, el desdichado?
¿Dónde vas? ¡triste de tí!
¡Oh persona desgraciada,
En mal punto te conocí!
Muerta es tu enamorada,
Muerta es, que yo la ví;
Las andas en que la llevan
De negro las ví cubrir,
Los responsos que le dicen
Yo los ayudé á decir:
Siete condes la lloraban,
Caballeros mas de mil,
Llorábanla sus doncellas,
Llorando dicen así:
«¡Triste de aquel caballero
Que tal pérdida pierde aquí!» —
Desque aquesto oí, mezquino,
En tierra muerto caí,
Y por mas de doce horas
No tornara, triste, en mí.
Desque hube retornado
A la sepultura fui,
Con lágrimas de mis ojos
Llorando decia así:
— Acógeme, mi señora,
Acógeme á par de tí. —
Al cabo de la sepultura
Esta triste voz oí:
— Vive, vive, enamorado,
Vive, pues que yo morí:
Dios te dé ventura en armas,
Y en amor otro que sí,
Que el cuerpo come la tierra,
Y el alma pena por tí. —

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

[1] Semialegórico parece este romance, y de aquellos que en el siglo XV empezaron á imitar la poesía de los provenzales. Pertenece á la clase de amorosos, tan bien como á la de caballerescos.

293.

DON BERNALDINO.

(*Anónimo* [1].)

Ya piensa Don Bernaldino
Ir su amiga visitar,
Da voces á los sus pajes,

Que vestir le quieran dar.
Dábanle calzas de grana,
Borceguís de cordoban,
Un jubon rico broslado,
Que en la corte no hay su par;
Dábanle una rica gorra,
Que no se podria apreciar,
Con una letra que dice :
« Mi gloria por bien amar. »
La riqueza de su manto
No os la sabria yo contar;
Sayo de oro de martillo
Que nunca se vió su igual.
Una blanca hacanea
Mandó luego ataviar,
Con quince mozos de espuelas
Que le van acompañar.
Ocho pajes van con él,
Los otros mandó tornar;
De morado y amarillo
Es su vestir y calzar.
Allegado han á las puertas
Do su amiga solia estar;
Hallan las puertas cerradas,
Empiezan de preguntar :
— ¿Dónde está Doña Leonor
La que aquí solia morar? —
Respondió un maldito viejo,
Que él luego mandó matar.
— Su padre se la llevó
Lejas tierras á habitar. —
El rasga sus vestiduras
Con enojo y gran pesar,
Y volvióse á los palacios
Donde solia reposar:
Puso una espada á sus pechos
Por sus dias acabar.
Un su amigo que lo supo
Veníalo á consolar,
Y en entrando por la puerta
Vídolo tendido estar.
Empieza á dar tales voces,
Que al cielo quieren llegar;
Vienen todos sus vasallos,
Procuran de lo enterrar
En un rico monumento
Todo hecho de cristal,
En torno del cual se puso
Un letrero singular :
« Aquí está Don Bernaldino,
» Que murió por bien amar. »

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Acaso se refiere este romance á Don Bernaldin de Riveiro, caballero portugues y autor de la novela intitulada *Menina é Moza*, del cual se cuentan ciertos amores que tuvo con una real y gran señora. Pudo escribirse á fines del siglo xv.

294.

EL INFANTE VENGADOR.

(*Anónimo* [1].)

Helo, helo por do viene
El infante vengador,
Caballero á la gineta
En caballo corredor,
Su manto revuelto al brazo,
Demudada la color,
Y en la su mano derecha
Un venablo cortador.
Con la punta del venablo
Sacaria un arador.
Siete veces fué templado
En la sangre de un dragon,
Y otras tantas fué afilado
Porque cortase mejor :
El hierro fué hecho en Francia,
Y el asta en Aragon :
Perfilándoselo iba
En las alas de su halcon.
Iba á buscar á Don Cuadros,
A Don Cuadros el traidor,
Y allá le fuera á hallar
Junto del Emperador.
La vara tiene en la mano,
Que era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba,
Si le tiraria ó no,
Y al cabo de las ocho
El venablo le arrojó.
Por dar al dicho Don Cuadros
Dado ha al Emperador:
Pasado le ha manto y sayo
Que era de un tornasol,
Por el suelo ladrillado
Mas de un palmo le metió.
Allí le habló el Rey,
Bien oireis lo que habló :
— ¿Por qué me tiraste, Infante?
¿Por qué me tiras, traidor?
— Perdóneme tu Alteza,
Que no tiraba á tí, no :
Tiraba al traidor de Cuadros;
Ese falso engañador,
Que de siete hermanos que tenia,
No ha dejado, si á mí no :
Por eso delante tí,
Buen Rey, lo desafio yo.—
Todos fian á Don Cuadros,
Y al Infante no fian, no,
Si no fuera una doncella,
Hija es del Emperador,
Que los tomó por la mano,
Y en el campo los metió.
A los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el Infante,
La cabeza le cortó,
Y tomárala en su lanza,
Y al buen Rey la presentó.
De que aquesto vido el Rey
Con su hija le casó.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Es uno de los buenos y bien escritos romances viejos caballerescos que tenemos, y que no desmiente su orígen.

295.

LA INFANTA ENCANTADA.

(*Anónimo* [1].)

A cazar va el caballero,
A cazar como solia;
Los perros lleva cansados,
El falcon perdido habia,
Arrimárase á un roble,
Alto es á maravilla.
En una rama mas alta,
Viera estar una Infantina;
Cabellos de su cabeza
Todo aquel roble cobrian.
— No te espantes, caballero,
Ni tengas tamaña grima,
Hija soy yo del buen Rey
Y la Reina de Castilla :
Siete fadas me fadaron
En brazos de una ama mia,
Que andase los siete años
Sola en esta montiña.
Hoy se cumplian los siete años,
O mañana en aquel dia :
Por Dios te ruego, caballero,
Llévesme en tu compañía,
Si quisieres por mujer,
Si no, sea por amiga.
— Esperáisme vos, señora,

Hasta mañana, aquel dia,
Iré yo á tomar consejo
De una madre que tenia. —
La niña le respondiera,
Y estas palabras decia:
— ¡ Oh mal haya el caballero
Que sola deja la niña ! —
El se va á tomar consejo,
Y ella queda en la montiña.
Aconsejóle su madre
Que la tome por amiga.
Cuando volvió el caballero
No hallara la Infantina:
Vídola que la llevaban
Con muy gran caballería.
El caballero que la vido
En el suelo se caia:
Desque en sí hubo tornado
Estas palabras decia:
— Caballero que tal pierde,
Muy gran pena merescia:
Yo mesmo seré el alcalde,
Yo me seré la justicia:
Que me corten piés y manos
Y me arrastren por la villa.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Tambien este antiguo romance parece del mismo origen y una imitacion del primero de la *Infantina*, núm. 284. En ambos se ve un caballero tímido, que pierde la ocasion de gozar una dama que buscaba apoyo en él. La Fontaine pudo tomar en ellos, ó en algun cuento popular, la idea de uno de los suyos mas célebres y festivos.

296.

RICO FRANCO.

(*Anónimo* [1].)

A caza iban, á caza,
Los cazadores del Rey,
No hallaban en ellos caza,
Ni hallaban que traer.
Perdido habian los falcones;
¡ Mal los amenaza el Rey!
Arrimáranse á un castillo
Que se llamaba Maynes.
Dentro estaba una doncella
Muy hermosa y muy cortes;
Siete condes la demandan,
Y asi hacen reyes tres.
Robárala Rico Franco,
Rico Franco aragones:
Llorando iba la doncella
De sus ojos tan cortes.
Halágala Rico Franco,
Rico Franco aragones:
— Si lloras tú padre ó madre,
Nunca mas vos los vereis,
Si lloras los tus hermanos,
Yo los maté todos tres.
— Ni lloro padre ni madre,
Ni hermanos todos tres;
Mas lloro la mi ventura
Que no sé cuál ha de ser.
Prestédesme, Rico Franco,
Vuestro cuchillo lugues,
Cortaré fitas al manto,
Que no son para traer. —
Rico Franco de cortese
Por las cachas lo fué tender;
La doncella que era artera
Por los pechos se lo fué á meter:
Así vengó padre y madre,
Y aun hermanos todos tres.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Respira este romance el espíritu feudal que daba márgen á las violencias del fuerte contra el débil.

297.

EL MEZQUINO AMADOR.

(*De Juan de Encina* [1].)

Gritando va el caballero
Publicando su gran mal,
Vestidas ropas de luto,
Aforradas en sayal,
Por los montes sin camino
Con dolor y sospirar,
Y llorando, á pié descalzo,
Jurando de no tornar
Adonde viese mujeres,
Por nunca se consolar,
Con otro nuevo cuidado
Que le hiciese olvidar
La memoria de su amiga,
Que murió sin la gozar.
Va buscar las tierras solas
Para en ellas habitar.
En una montaña espesa,
No cercana de lugar,
Hizo casa de tristura;
¡Que es dolor de la nombrar!
De una madera amarilla
Que llaman desesperar,
Paredes de canto negro
Y tambien negra la cal:
Las tejas puso leonadas
Sobre tablas de pesar;
El suelo hizo de plomo,
Porque es pardillo metal,
Las puertas chapadas dello
Por su trabajo mostrar,
Y sembró por cima el suelo
Secas hojas de parral;
Que á do no se esperan bienes,
Esperanza no ha de estar.
En aquesta casa escura,
Que hizo para penar,
Hace mas estrecha vida
Que los frailes del Paular,
Que duermen sobre sarmientos,
Y aquellos son su manjar:
Lo que llora es lo que bebe,
Y aquello torna á llorar,
No mas de una vez al dia
Por mas se debilitar.
Del color de la madera
Mandó una pared pintar:
Un dosel de blanca seda
En ella mandó parar,
Y de muy blanco alabastro
Hizo labrar un altar
Con cánfura betunado,
De raso blanco el frontal.
Puso el bulto de su amiga
En él por le contemplar,
El cuerpo de plata fina,
El rostro era de cristal;
Un brial vestido blanco
De damasco singular;
Mongil de blanco brocado,
Forrado en blanco cendal,
Sembrado de lunas llenas,
Señal de casta final.
En la cabeza le puso
Una corona real
Guarnecida de castañas
Cogidas del castañal.
Lo que dice la castaña
Es cosa muy de notar;
Las cinco letras primeras
El nombre de la sin par.
Murió de veinte y dos años
Por mas lástima dejar.
La su gentil hermosura
¿Quién es que la sepa loar?

Que es mayor que la tristura
Del que la mandó pintar.
En lo que él pasa su vida
Es en él siempre mirar:
Cerró la puerta al placer,
Abrió la puerta al pesar,
Abrióla para quedarse,
Pero no para tornar.

(Juan del Encina, *Cancionero de.*— It. *Cancionero general.*— It. *Cancionero de Romances.*)

[1] Romance alegórico del siglo xv, y de aquellos que traen su origen de la poesía provenzal. Tambien puede considerarse como de amores.

298.

EL ADÚLTERO CASTIGADO.

(*Anónimo* [1].)

Blanca sois, señora mia,
Mas que no el rayo del sol:
¿Si la dormiré esta noche
Desarmado y sin pavor?
Que siete años habia, siete
¡Que no me desarmo, no!
Mas negras tengo mis carnes
Que no un tiznado carbon
— Dormidla, señor, dormidla,
Desarmado sin temor,
Que el Conde es ido á la caza
A los montes de Leon.
— Rabia le mate los perros,
Y águilas el su halcon,
Y del monte hasta casa
A él arrastre el moron. —
Ellos en aquesto estando
Su marido que llegó:
— ¿Qué haceis, la blanca niña,
Hija de padre traidor?
— Señor, peino mis cabellos,
Peinolos con gran dolor,
Que me dejais á mí sola
Y á los montes os vais vos.
— Esas palabras, la niña,
No eran sino traicion:
¿Cuyo es aquel caballo
Que allá bajo relinchó?
— Señor, era de mi padre,
Y envióolo para vos.
— ¿Cuyas son aquellas armas
Que están en el corredor?
— Señor, eran de mi hermano,
Y hoy vos las envió.
— ¿Cuya es aquella lanza
Que desde aquí la veo yo?
— Tomadla, Conde, tomadla,
Matadme con ella vos,
Que aquesta muerte, buen Conde,
Bien os la merezco yo.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Aun á fines del siglo xviii era muy popular una cancion al mismo asunto, cuya primera copla decia:

Mañanita de San Juan
Antes de salir el sol
Me echaron una enramada
De cogollos de limon.
Que don, que don, don, don.

No puede negarse á este romance un estilo seductor é interesante. En él se pintan con vivos colores las costumbres y el pundonor castellanos, y su fin trágico es una muestra de hasta qué punto se llevaba entre nosotros. Calderon, en sus dos célebres comedias, intitulada la una *A secreto agravio secreta venganza*, y la otra *El médico de su honra*, no hizo mas que poner en accion el sentimiento moral que respira este romance viejo.

299.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

¡Ay qué linda que eres, Alba,
Mas linda que no la flor!
¡Quién contigo la durmiese
Una noche sin temor!
Que no lo supiese Albertos
Ese tu primero amor.
— A caza es ido, á caza
A los montes de Leon.
— Si á caza es ido, señora,
Cáigale mi maldicion;
Rabia le mate los perros,
Aguilillas el falcon,
Lanzada de moro izquierdo
Le traspase el corazon.
— Apead, conde Don Grifos,
Porque hace gran calor.
¡Lindas manos teneis conde!
¡Ay cuán flaco estáis, señor!
— No os maravilleis, mi vida,
Que muero por vuestro amor,
Y por bien que pene y muera
No alcanzo ningun favor. —
En aquesto estando, Albertos
Toca á la puerta mayor.
— ¿Dónde os pondré yo, Don Grifos,
Por hacer salvo mi honor? —
Tomáralo de la mano
Y subiólo á un mirador,
Y bajóse á abrir á Albertos
Muy de presto y sin sabor.
— ¿Qué es lo que teneis, señora?
¡Mudada estáis de color!
¡O habeis bebido del vino,
O teneis celado amor!
— En verdad, amigo Albertos,
No tengo d'eso pavor,
Sino que perdí las llaves,
Las llaves del mirador.
— No tomeis enojo, Alba,
D'eso no tomeis rancor,
Que si de plata eran ellas,
De oro las haré mejor.
¿Cuyas son aquellas armas
Que tienen tal resplandor. —
Vuestras, que hoy, señor Albertos,
Las limpió d'ese tenor.
— ¿De quién es aquel caballo
Que siento relinchador? —
Cuando Alba aquesto oyera
Cayó muerta de temor.

(*Cancionero, flor de enamorados.*)

[1] Al leer este romance y el que precede, tan sencillos, tan naturales é inartificiosos, parece que uno se ha trasladado al hogar doméstico, cual era en los siglos medios. Se pinta en ellos una escena de las galanterías del tiempo, con las consecuencias que las imponia el punto de honor, cuando eran descubiertas por un marido. ¡Muy antiguos deben de ser estos romances, aunque se trasluce haberse modernizado un tanto su lenguaje!

300.

LA CONSTANCIA.

(*Anónimo.*)

Mis arreos son las armas [1],
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.
Las manidas son escuras,
Los caminos por usar,
El cielo con sus mudanzas
Ha por bien de me dañar
Andando de sierra en sierra

Por orillas de la mar,
Por probar si en mi ventura
Hay lugar donde avadar.
Pero por vos, mi señora,
Todo se ha de comportar.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Los cuatro primeros versos de este fragmento de un romance viejo, se hallan tambien entre los del que dice: *Moriana en un castillo.*

301.

EL AMANTE DESPECHADO.

(*Anónimo* [1].)

—Compañero, compañero,
Casóse mi linda amiga,
Casóse con un villano
Que es lo que mas me dolia.
Irme quiero á tornar moro
Allende la moreria:
Cristiano que allá pasare
Yo le quitaré la vida.
—No lo hagas, compañero,
No lo hagas por tu vida,
De tres hermanas que tengo
Darte he yo la mas garrida,
Si la quieres por mujer,
Si la quieres por amiga.
—Ni la quiero por mujer,
Ni la quiero por amiga,
Pues que no pude gozar
De aquella que mas queria.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Tambien es un fragmento de otro romance.

302.

EL BAÑO EN EL JORDAN.

(*Anónimo* [1].)

—Malas mañas habeis, tio,
No las podeis olvidare:
Mas precias matar un puerco
Que ganar una ciudade.
Vuestros hijos y mujer
En poder de moros vane,
Los hijos en una celbra,
Y la madre en un cordale.
La mujer dice: — ¡ay marido! —
Los hijos dicen: — ¡ay padre! —
De lástima que les hube
Yo se los fuera á quitare;
Heridas traigo de muerte,
Dellas no puedo escapare.
Apretádmelas, mi tio,
Con tocas de caminare. —
Ya le aprieta las heridas,
Comienzan de caminare.
A vuelta de su cabeza
Caido lo vido estare,
Allá se le fué á caer
Dentro del rio Jordane:
Como fué dentro caido,
Sano le vió levantare.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] No es dudoso que el asunto de este romance viejo pertenece al tiempo de las Cruzadas.

303.

EL AUSENTE. — I.

(*Anónimo. — Acabado por Alonso de Cardona.*)

Triste estaba el caballero,
Triste está sin alegria,
Con lágrimas y sospiros
A grandes voces decia:
— ¿Qué fuerza pudo apartarme
De veros, señora mia?
¿Cómo vivo siendo ausente
De la gloria que tenia?
Con los ojos de mi alma
Os contemplo noche y dia,
Y con estos que os miraba
Lloro el mal que padecia.
Maldigo la triste ausencia,
Alabo mi fantasía,
Porque en ella resplandece
Lo que tanto ver queria.
Aquí se aviva mi pena,
Y esfuérzala mi porfía
Del fuego de mi deseo,
Que en mis entrañas ardia.

(*Cancionero general.* — Il. *Cancionero de Romances.*)

304.

EL AUSENTE. — II.

(*Anónimo* [1].)

Triste estaba el caballero
Triste está sin alegría
Pensando en su corazon
Las cosas que mas queria:
Llorando de los sus ojos
De la su boca decia:
— ¿Qué es de tí, todo mi bien?
¿Qué es de tí, señora mia?
Mi alma te va buscando:
Yo solo sin compañía
Quedó triste deseando
Dos mil muertes cada dia.
Tuyo soy, á tí me dí:
Pues dime, ¿quien me desvía
De ventura tan loada
Como la que yo tenía
En servirte, mi señora?
Y agora que no te oía
Hállome ménos conmigo
La libertad que tenia.
Tú me tienes, tú me dejas:
¿Con quién me consolaria?
Que si tú no me consuelas,
La vida me desafía,
A quedar captivo y ciego,
Mas sin mí, que no solia. —

DESHECHA.

Cuidado, no me congojes,
Pues no dura
La vida do no hay ventura.
Harto estoy, ¡desventurado!
De llorar mis dias buenos:
Ya tus males son ajenos,
¡Déjame, por Dios, cuidado,
No me aquejes ni congojes,
Pues no dura
La vida do no hay ventura!

(*Cancionero general.* — Il. *Cancionero de Romances.*)

[1] Este romance y el que le precede corresponden mas bien á la clase de amorosos que á la de caballerescos. El último es casi una amplificacion del primero, y ambos son de poetas cortesanos, pertenecientes al último tercio del siglo XV.

305.

LA DAMA DEL CONDE ALEMAN.

(*Anónimo* [1].)

A tan alta va la luna
Como el sol á mediodía,
Cuando el buen Conde aleman
Con esa dama dormia.
No lo sabe hombre nascido
De cuantos en corte habia,
Si no solo era la Infanta,
Aquesa Infanta su hija.
Asi su madre la hablaba,
Desta manera decia:
— Cuanto viéredes Infanta,
Cuanto vierdes encobridlo:
Daros ha el Conde aleman
Un manto de oro fino.
— ¡Mal fuego le queme, madre,
Ese manto de oro fino,
Cuando en vida de mi padre
Tuviese padrastro vivo! —
De alli se fuera llorando:
El Rey su padre la ha visto.
— ¿Por qué llorais, la Infanta?
Decid ¿quién llorar os hizo?
—Yo me estaba aquí comiendo
Comiendo sopas en vino;
Entró el Conde aleman
Y echólas por el vestido.
— Calleis, mi hija, calleis;
No tomeis de eso pesar.
Que el conde es niño y mochacho;
Hacerlo ha por burlar.
— ¡Mal fuego quemase, padre,
Tal reir y tal burlar!
Cuando me tomó en sus brazos
Conmigo quiso holgar.
— Si él os tomó en sus brazos,
Y con vos quiso holgar,
En ántes que el sol saliese
Yo le mandaré matar.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Tiene este romance antiquísimo alguna analogía con el histórico del conde Garci-Fernandez; pero uno y otro mas parecen tomados de una fábula caballeresca, que no de un hecho verdadero.

306.

LOS DESLICES DE AMOR. — I.

(*Anónimo* [1].)

— Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí,
Que me crece la barriga,
Y se me acorta el vestir.
Vergüenza he de mis doncellas,
Las que me dan el vestir,
Miranse unas á otras,
Y no hacen sino reir.
Si teneis algun castillo
Donde nos podamos ir,
Si sabeis de alguna dueña
Que me lo ayude á parir.
— Paridlo vos, mi señora,
Que así hizo mi madre á mi,
Hijo soy de un labrador
Que el cavar es su vivir.—

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Tanto este como el que le sigue deben ser fragmentos de alguno mas completo y anterior.

307.

DESLICES DE AMOR. — II.

(*Anónimo* [1].)

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar aquí,
Que ni puedo andar en pié,
Ni al Emperador servir,
Pues me crece la barriga
Y se me acorta el vestir:
Vergüenza he de mis doncellas,
Las que me dan el vestir;
Miranse unas á otras,
No hacen sino reir:
Vergüenza he de mis caballeros,
Los que sirven ante mí.
—Lloradlo, dijo, señora,
Que así hizo mi madre á mí;
Hijo soy de un labrador,
Mi madre y yo pan vendí.—
La Infanta desque esto oyera
Comenzóse á maldecir:
— ¡Maldita sea la doncella
Que se deja seducir!
—No os maldigais vos, señora,
No os querais vos maldecir,
Que hijo soy del rey de Francia,
Mi madre es Doña Beatriz:
Cien castillos tengo en Francia,
Señora, para os guarir,
Cien doncellas me los guardan,
Señora, para os servir.

(*Coplas contra las rameras etc., Pliego suelto.*)

[1] Véase la nota del anterior.

AQUÍ COMIENZA LA HISTORIA DE LA INFANTINA, ET DE COMO EL INFANTE DE HONGRIA LA FIZO SU NAMORADA ANTE CON ELLA CASAR.

308.

LA INFANTINA DE FRANCIA. — I.

(*Anónimo.*)

Grandes fiestas se publican
En Francia la naturale;
Van faser unos torneos
En París la grand cibdade,
Por casar esa Infantina
La fija del Emperante.
Todos la casar querien,
Et ella non quier casare,
Magüer que su padre es viejo
Et lo habie de feredare.
¡Muy horaña era la niña,
Muy horaña por demase!
De altiveza muy sobrada,
De soberbia otro que tale.
Siete fadas la fadaron
N'ella su hora natale:
Fueran seis las fadas blancas,
Una negra por su male.
Dellas las seis la fisieron
Apuesta, linda é cabale,
Fueras la negra que la ha
Malquerencia por su padre.
Fisola esta burladora,
Soberbia, que non ha pare,
Ca coidaba de tal guisa
Su escarnimiento vengare,
Poniendo que para nunca
Home nascido ha de amare
Si non aquel, que villano
La soplese domeñare.
En fermosura crescie
La Infantina sin cesare;

Mas sobrábase en desdeños,
E amores non quier tomare.
Non faila,non,quien le plazca
Dende el Rey fasta el zagale:
A ningund fas cortesía,
A ningund torna el fablare,
E á quien demanda somiso
Mas esquiva va á negare.
  Al pregon de los torneos
A Paris iban llegare
Muchos nobles caballeros
Infanzones de solare,
Que de lueñe traen su via
Por la tierra, por el mare.
Fiestas fasen muy locidas
Que n' el mundo non han pare,
Por conquerir de la niña
La refasia voloutade.
¡Quién muestra apuestas libreas,
Quién ricas preseas trae,
Quién penas de mil colores
En los yelmos va sacare,
E quién con luscientes armas
Se arrea por le agradare!
¡Quién coplas é quién decires
Va trobando sin cesare
Asmando ansí cativar
La que libre solie estare!
Esto que viera la niña
Non fase si non burlare:
Amenguábales á todos
A cual ménos, á cual mase:
Fueras un buen caballero
Que es de Hongría naturale,
Fijo del Rey de la tierra
Muy apuesto é muy cabale.
Vídole romper las lanzas,
E con la espada lidiare,
Fasiendo catar la tierra,
A cuantos iba topare.
Vídole de armas armado
Faser los homes tremblare,
E con arreos de corte
A las dueñas cativare.
En las salas del palacio
Vídole gentil danzare,
Tanto apuesto é mesurado,
Que era mucho de notare.
Vídole jugar las tablas
E los dados liberale,
Coutino el gesto plasciente
N' el perder, ó n' el ganare.
Oídole ha decir decires,
Otro sí, coplas cantare,
Que al corazon iban drechas
Por en amor le abrasare.
Como la Infanta non falla
Cosa que le reprochare,
Cordojo tomara asaz,
Mal cordojo le fué á dare,
Ca flucia ya non ha
Que en mengua le habie fallare
De ira et de rabia plañie,
De sus labros saca sangre:
Allegóse ende una dueña
Desque ansí la vido estare,
E dijol' con voz somisa;
Aquesto la fué á fablare.

Fabla la Dueña.

—Infantina, la Infantina,
La que hobe yo á criare,
E la leche de mis pechos
La diera para mamare:
Non tan cedo desmayedes,
Non vayades desmayare,
Ca non es home en la tierra
Do fallesca algund errare.
Catástedes al garzon
N'el campo bien lidiare;
En la corte é los palacios
Bien jugare, et bien danzare:
Cuerdo en los sabios decires,
Las sus trovas bien trovare,
Et á las apuestas damas
Cortesmiente cativare.
Paredes mientes, mi señora,
Qu' eu al le habedes probare,
Et yo fio esta vegada,
Falleis vuesso deseare.
Cedo mandédes le fija
Vos servir en los yantares,
Do magüer vezado sea
Non fallará de pecare.—
  Conforte toma la niña
De su dueña n'el fablare,
E sin mas se retardar
Ansí lo fiso ordenare;
  Ya manda sus mensajieros,
De prisa, non de vagare,
Porque con dulces palabras
Le trujiesen al Infante.
  Ya se parten, ya se van
De prisa, non de vagare,
Et de la niña el recaudo
Al buen caballero dane;
El cual desque l' hovo oido
Sin un punto mas tardare
Homilmiente el mandamiento
De la Infanta fué á acatare.
  Llegado que fué al palacio
A do la Infantina yace,
Con muy gentil apostura
Diz que está allí á su mandare:
La cual desque así lo viera,
Dijo, le fiso llamare,
Por tenelle compañía
En sus mesas á yantare.
  Asentádose ha la niña,
E cabe d'ella el Infante,
Que con gentil continente
La servie los manjares.
Bien partie las viandas,
Bien las aves fué á trinchare,
Bien escanciaba las copas
Para los vinos brindare.
Atanto bien lo fasie
Que non era de dubdare
Ser muy vezado en servir
Banquetes en mesas reales.
  La Infantina qu'esto viera,
Abscondie su pesare,
Bien así como quien quiere
Su mal querencia celare;
E como fase la sierpe
Que entre flores suele estare
Para mejor su veneno
Al enemigo lanzare.
  Pensando se está la niña
Qué faser en caso tale,
Fasta qu'en coita tamaña
Esto fué á determinare.
Endereza al caballero
Benino et dolce mirare,
Magüer que su corazon
En ira rabiosa arde.
E apos con su lindo pié
Fué el del garzon á topare,
E con falaguera risa
Sus ojos fuera á bajare;
El cual que non atendie
Tal falsía, ó favor tale,
Seyendo todo sorpreso
Comenzóse de turbare,
E como turbado estuvo
En su barba fué á posare
Un poquillejo de arroz
Que á su boca iba llevare.

Viérades y la Infantina
Su grande placer celare,
Mostrando muy grave enojo
De aquello que mas le place.
Viérades la que comienza
Con grande furia á gridare
Por sus dueñas é escoderos
Que acuden á su llamare.
Desque fuéron ayuntados,
Sin un punto mas tardare,
Ansi les fuera á decir,
A tal les iba fablare.

Fabla la Infantina.

—Tirad de aquí ese villano,
Tirad ese mal joglare,
Tiradle de mi presencia;
Con los suyos vaya éstare,
Que non val para servir,
Nin yantar en mesas reales:
«Ca non viene de señor
»Quien yanta como pastor.»—

309.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—II.

(Anónimo.)

Ya se parte el caballero,
Ya el caballero partie
Querelloso de se ver
Escarnido cual se vie.
En su baldon para mientes
Y d' el vengar se querie,
E jura de se vengar,
De se vengar si podie.
Cabalgando en su caballo
Por las breñas se metie,
Et non en al se curaba
Si non que fugir querie.
Como el seso tien menguado
Allí la via perdie,
E ya su nobre bridon
Muerto en la tierra yacie.
Entrado se ha por los bosques
Sin coidar á do se irie,
E la su espada é sus armas
Las tiraba et las rompie,
Magüer que tantas batallas
Con ellas vencido habie.
Plañendo está de su fado,
Del su fado maldescie,
E con voz mustia é penada
Aqueste refran decie:
«No como nobre señor,
»Vengar héme cual pastor.»
E á pos que le repitiera
Todo con rabia se ardie:
Pone gridos fasta el cielo,
Con los riscos se ferie,
E magüer que de sus venas
La nobre sangre corrie,
Non siente non los dolores
De feridas que tenie.
Cuando él en aquesto estando,
Dos palomas que venien
Se posaron en las ramas
De un verde laurel que y habie.
En pos d'ellas gavilane
Cauteloso las seguie,
Que para faser su presa
La ocasion solo atendie.
Viérades el caballero,
Magüer mal despecho habie
Contra amores que le apenan,
Que á grand duelo se movie.
Levantóse de la tierra,
De la tierra do yacie,
Por librallas del mal fado,
Del mal fado que las sigue.
Toma una piedra en la mano;
Fuertemiente la despide
Contra aquel mal gavilane
Que muerto al punto caie.
Recordaron las palomas
Que en al mientes non ponien
Si non fuera en sus amores,
Tan dolces, tan apascibles.
Libres ya de tanto riesgo
Por los aires se sobien
Fasiendo al laurel testigo
Del bien que allí rescebien.
Mustio queda el caballero,
Mustio mas que ante solie,
Cuidando de aquel refran
Que allá entre sí repetie.
«Non como nobre señor,
«Vengar heme cual pastor.»
El sol dejaba la tierra,
La luna non parescie,
Cuando el Infante sañoso
Por la montiña partie.
Ya se parte, ya se va,
Sin coidar adonde irie:
Ya en una cueva se esconde,
Ya en la cueva se escondie,
E laso de atal penar
Muy cedo se adormescie.
Soñando se está, soñando
De l' afruenta que sofrie,
E de aquel triste refran
Que contino repetie:
«Non como nobre señor,
« Vengar heme cual pastor.»
Aparescido le ha en sueño
La paloma que venie,
Que en una fermosa dueña
Luego trocado se habie.
Blanca é rubia era la dueña
Como sol que amanescie,
E de los sus lindos ojos
Muchas luces despedie,
Con que la cueva quedara
Clara cual sol que luscie.
En él su gesto aplasciente
Grande conforte traie,
Et dino era de escochar
Lo que la dueña decie.

Fabla de la Fada.

—Caballero, caballero,
Que tanto bien me fasie,
Recordá cedo á mis voces,
Que yo por bien lo tenie.
Membradvos las palomitas
A quien vos la vida diste
Contra aquel mal gavilane,
Que nos la robar querie.
Si amor é vida gozamos
Yo et el dueño que tenie,
Debda es que te debemos,
E pagarla nos complie:
Por ende aquí soy venida,
Por te confortar venie
En la coita que te aqueja
E amenguado te ponie.
Cedo verte has vengado
De aquella que te escarnie,
E de haber tienes con ella
Solaz que tu alma pedie.
Somisa verná á tus piés,
Magüer que non lo fasie,
Et demandarte ha merced
De amor que non conoscie.
Pugnará porque la atiendas
La que nunca te atendie;
Pugnará por ver tu gesto
La que el suyo te abscondie,

Et ferida se verá
Con el fierro que ferie.
Toma este aniello fadado,
Que yo fadado le habie,
E cuanto le demandases
Otorgado te serie. —
Non bien aquesto dijiera
La dueña desparecie,
E quedó la cueva estonce
Escura como solie.
Recordado ha el caballero
Del sueño con que yacie,
E vido que su soñar
Verdad fuera et non mentie.
El aniellico tomara,
En su dedo le ponie,
Et fuese para Paris
Do sus amores habie.

310.

LA INFANTINA DE FRANCIA. — III.

(*Anónimo.*)

Pensando va el caballero
Cómo se ha de comportare:
Si casar tien con la Infanta,
O su denuesto vengare:
Amor dice lo primiero.
Rencor lo al va consejare,
Ca afruenta tamaña es mucha
Para haberse de olvidare,
Que las mujieres al fuerte
Acatan de volontade,
E non precian al rendido,
Si le toman por cobarde.
Lembrádose ha caballero
Del aniello singulare
Que la dueña le endonara
Estando en él su soñare.
Tirádose le ha del dedo;
Comiénzale de fablare:
D' esta manera le dice,
Atended lo que dirae.

Fabla el Caballero al aniello.

—Aniellico, mi aniellico,
Agora te he de probare,
Que en la dubda que me fallo
Me vayas tú consejare.
Amor me premia que olvide
De la Infantina el burlare,
E rencor é honor me afincan
Porque me vaya vengare.
Digas tú el aniellico
Qué faser en caso tale:
¿Seguir he de amor la premia,
O de honor el afincare?
Respondido ha el aniellico,
Tal respuesta le fué á dare.

Responde el aniello al Caballero.

—Pára mientes, pára mientes
En lo que vierdes pasare,
Et lo que aquí pasar vierdes
Coida de bien imitare. —
Non bien aquesto hovo dicho,
El caballero á mirare;
E vido n'el verde prado
N'el verde prado andare
Un gallo que á la su fembra
Comenzara á requestare.
Cuanto mas la requerie,
Ménos lo quier acetare,
Ca toda fembra cobdicia
Escarnir de amor leale.
El gallo desque esto vido
Empiezase de enojare,
E ferido ha la gallina
Fasta que la fizo sangre.
¡Viérades y la gallina
Como fuera de tornare
En falagos los desdeños,
El fugir en esperare;
Mieutra el aniello cantaba,
Esto que fuera á cantare.
«Como el gallo á la gallina
»Fué á vencer,
»Vence el home mas aina
»La mujier.»
Entendido ha el caballero,
Todo entendido lo hae,
E al anlellico fadado
Esto le fué á demandare.

Fabla el Caballero al aniello.

—Aniellico, mi aniellico,
El de la paloma reale,
Esta virtud que tú tienes
Que me la vayas mostrare.
En hábito de pastor
Me quieras luego mudare,
Et me endones una roeca,
Et me endones un tiellare,
Que file et teja en un punto
Paños de mucho presciare,
Que las viejas faga mozas
E las mozas mucho mase.—
Non bien aquesto dijiera
Sin un punto mas tardare,
Trocádosele ha en pellico
La su cota et espaldare;
Fecho se ha roeca la lanza,
E la su espada tiellare,
E á Paris toma la via:
Cantando va este cantare.
«Como el gallo á la gallina
»Fué á vencer,
»Vence el home mas aina
»La mujier.»
Llegado que hovo á Paris
Sin un punto mas tardare
Fuese para los palacios
Do el buen Emperante yace.
Topado se ha el hortolano
E allí l' empieza á fablare:

Fabla el Caballero al Hortolano.

—Hortolano, el hortolano
De aquestos huertos reales:
Que me digas si tú quieres
Me tomar por te ayudare.
Si me tienes á soldada
De servir te he leale:
Abrevaré tu rebaño
Et non me darás jornale:
Curar he d'esas tus flores:
Cavar he tus praderales:
Non habrás de mí querella
Por el poco madrugare.—
Viérades y el hortolano
Cómo se fué á conturbare,
E al pastorcillo recude;
Bien oiredes que dirae.

Fabla el Hortolano.

—Pastorcillo, pastorcillo,
Lo que me vas demandare
Non lo puedo refusar,
Ménos lo puedo excusare,
Ca soñé anoche una dueña
Que me hovo mal menazare,
Que si non te recodiese
Mala muerte me ha de dare.—
Esto que oyera el pastor
Mucho se hovo de folgare,
E sin mas se detener
El rebaño iba tomare.
Ya lleva les ovejuelas;

Ya las lleva á repastare:
Púsose so las finiestras
De aquel palacio real
Do la Infantina solie
Atender al sol que sale,
Y atendiendo que veniese
Ansí se puso á cantare.
«Como el gallo á la gallina
»Fué á vencer,
»Home vence mas aina
»La mujier.»
Apénas ansí cantara
Vido que un postigo se abre,
E siente su corazon
Reciamente palpitare.
Asomado se ha una dueña
De prisa, non de vagare,
Por oir del pastorcico
Aquel su dolce cantare;
E como vido aquel paño
Que tan bien iba labrare
Dijo...

Fabla la Dueña.

—¿Dime, Don Villano,
Ansí Dios te dé solace,
Ese paño que tú labras
Es divino ó terrenale?—

Fabla el Pastor.

—Arriedro vayas la dueña,
Arriedro con Satanás,
Que para ti non se fizo
Mi paño en ese tiellare.
D' eso que aquí me pescudas
Poco te debes coidare
Ca non á fembras ancianas
Conviene tal demandare.
El paño que tú cobdicias
Non tiene en el mundo pare,
Que las viejas fase mozas,
E las mozas mucho mase.
Si doncella d'ese paño
Que yo labro se arreare,
Mas qu'el sol resplandesciente
Al punto se iba tornare,
E la vieja que le hobiese,
Luna se va semejare,
Con que garridos garzones
La irán de amor requestare.—
La dueña questo hovo oido
Comenzará de aguijare:
Pónese faldas en cinta
Para mas presto llegare.
Fuese para la Infantina
Que del lecho se iba á alzare
Et en tal guisa le fabla,
De tal guisa fué á fablare.

Fabla la Dueña á la Infanta.

—Infantina, la Infantina,
Cedo, cedo os levantad;
Venid presto á las finiestras
Del vueso huerto reale.
Dende ver heis un pastor,
Un pastor muy singulare,
Que labra presciados paños,
Qu' en el mundo non han pare:
A las viejas fase mozas,
E á las mozas mucho mase:
Venid, é oiredes cuál canta
El villano este cantare:
«Como el gallo á la gallina
»Fué á vencer,
»Home vence mas aina
»La mujier.»—
Facia el huerto la Infantina
Comienza de caminar:
Ibase en pos de la dueña
De prisa, non de vagar,
Por ver cómo el pastorcillo
Tejiendo está en su tiellar,
Et escochar cómo canta
El villano aquel cantar.
Tópalo qu'está tejiendo
El que cantando iba estar,
Et la niña d'esta suerte
Le comienza de fablare.

Fabla la Infantina.

—Manténgate Dios, villano.

El Pastor.

—El te haya, niña, á guardare.

La Infantina.

—Dígasme tú, ¿aquese paño
Quién te mostrara á labrare?

El Pastor.

—Siete fadas, mi señora,
Qu'en siete torres estaen,
Do sin dormir nin yantar
Tejen é cantando yacen
Esa letra que yo digo
Por non habella olvidare.
«Como el gallo á la gallina
»Fué á vencer,
»Home vence mas aina
»La mujier.»

La Infantina.

—Si de vender has el paño,
Si quies vender el tiellar,
Endonarte he mucho de oro,
Mas que vayas desear;
Otrosí, darte he de joyas
Cuantas puedas apañar
De aquellas las mas presciadas
De mi tesoro reale.

El Pastor.

—Infantina, la Infantina,
Non quieras de mí burlare
Que non prescio non tus joyas
Por mis paños é tiellare.
Muy mejor es mi pellico,
Muy mejor es el sayale,
Que del frio me guaresce,
Qu'el oro que me ibas dare.
Muy mas me plasce alegria,
Et folgura mas me plasce:
¡Asaz rico es el que puede
De riqueza non coidare!
Desque tú viste mis paños
Cobdicia te fué á tomare,
E á mí de los tus haberes
Non nada me fuera á dare.
Infantina, la Infantina,
Non quieras non te enojare,
Que demanda que fesistes
Non te la vaya á otorgare,
Si non bien que tú quisieres
En amores me pagare,
En amores tanto dolces
Como miel del colmenare.
Quieras me tú la doncella,
Quieras me tú de abrazare,
E ansí daréte mis paños
Et mi corazon demas.

Dice la Infantina.

—Tirad vos allá el villano,
Non me vayades tocar,
Que si vos llegades mas
Cedo vos faré matare.

El Pastor.

—¡Soberbica me sedes, niña!
¡Muy soberbica ademase!
Et yo fago sacramiento
Que me hayas de rogare

Lo que agora me refusas,
Si non falla aquel cantare
Que las fadas me mostraron
Labrando en el su tiellare.
«Como el gallo á la gallina
»Fué á vencer,
»Home vence mas aina
»La mujier.»—
La dueña desque ansí vido
Qu'el pastor se fué á enojar,
Tiró á un lado la Infantina
E comenzó á la fablar.

Fabla de la Dueña á la Infantina.

—Non perdades la fortuna,
Señora non la perdades:
Coidad que si agora fuye
Non la veredes tornare:
Paños, paños como aquesos
Nunca mas podrés fallare,
Que las viejas fasen mozas
E las mozas mucho mase.
Si brial dellos fasedes,
Si dellos vos arreades,
Seredes muy mas lozana
Que la rosa del rosale,
E la vuesa donosura
Crescerá sin amenguare,
Magüer pasasen por vos
Los años é las edades.
Endonarme heis una saya
Que niña me ha de tornare,
Con que podré en vuesas fiestas
Toda la noche danzare.
De presciar son los falagos,
Si el amor los bovo á dare;
Mas si lo fase cautela
Un abrazo poco vale.
Dadlo, dadlo al pastorcillo,
Para sus paños lograre,
Que tal abrazo, mi fija,
Non vos irá mancillare.—
Oido habie la Infanta
De la su dueña el fablar,
Que falagaba el deseo,
Et su seso iba turbar.
Allegado se ha al pastor,
Sin podello remediar,
E cuando cerca dél estuvo
Bien oiredes, que dirá.

Fabla la Infantina.

—Pastorcito, pastorcito
De los paños é tiellare,
Non desoyas la mi fabla
Nin vayas de te enojare,
Ca vergonza et non desdeño
Me fizo mal razonare.
Aunque soy niña en cabello,
Tienes me ya á tu mandare.
Endonarme has desos paños,
Endonarme has el tiellare.
Cedo, cedo, pastorcillo,
Cedo, cedo, á me abrazare,
Que yo rescebirte he
De grado é de volontade,
De volontad et de grado
Mas que vayas deseare.

Replica el Pastor.

—Calledes, niña, calledes
Et non digades atale,
Que si demandé un abrazo
Agora demando mase.
Mis paños, esos mis paños,
Non pienso non te endonare,
Si de tus labros un beso
Non me dejabas tomare.

Dice la Infantina.

—Bien de grado te le diera,
De grado é de volontade,
Magüer non seyendo usada,
Vergonza lo retardare.

Replica el Pastor.

—Cedo, cedo, la Infantina,
Non vayades desmayare,
Ca si la ocasion fallesce
Non la verédes tornare.
Altas et presciadas dueñas
Doncellas otro que tale
Este mi paño cobdician
E me lo van demandare:
El prescio que me ofrescien
Muy mas algo es que besare;
Por ende á cras non atiendas
Si de lo tener te plasce,
Que hoy le tengo á tu mandado
E te lo puedo otorgare.
Pára en aquesto las mientes,
Mientra digo mi cantare.
«Como el gallo á la gallina
»Fué a vencer,
»Home vence mas aina
»La mujier»—
Acoitada está la niña,
La niña acoitada estae,
Que otri llevase aquel paño,
Que otri le fuera á llevare.
Ya se allega al pastorcillo,
Ya se torna á desviare;
Ya la acucia su deseo,
Vergonza la fas dubdare.
Ellos en aquesto estando,
Ellos en aquesto estaen,
Cuando sin mas se parar
Amos se van á abrazare,
E sobre su boca é labros,
Se comienzan de besare.
Perdido ha el seso la niña,
Non se puede reportare,
Ca sintiera allá su pecho,
En grande fuego abrasare.
Ya del paño non se cura,
Non se lembra del tiellare,
Si non fuera que la dueña
Le hobiera de recabdare.
Ya se parte la Infantina,
Ya se parte, ya se vae:
Ferida está del amor,
Del amor ferida estae.
Fuérase para el palacio
Para el palacio reale,
Do la dueña la atendie
Con los paños e'tiellare.
Viéradesla conturbada
La mañana é tarde estare,
Viéradesla otrosí la noche
Non dormir et sospirare:
Vieras de la cual se lembra
De aquel tan dolce besare,
Que llegando fasta l'alma,
El seso la fué á quitare.
De amor pechera es la niña,
Non lo puede ya celare:
Vuelcos daba sobre el lecho
Sin descanso nin vagare,
Ca coidaba que yacie
En somo los abrojales.
Estonce con gran coita
Repetie tal cantare:
«Como el gallo á la gallina
»Fué á vencer,
»Home vence mas aina
»La mujier.»

311.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—IV.

(Anónimo.)

En somo, en somo la tierra
Iba paresciendo l'alba,
E l'avecilla en el bosque
Las sus querellas cantaba,
Cuando la Infanta coidosa
Con premia el lecho dejaba,
Do con su amor é su pena
Fuertemiente batallaba.
Desnudos lleva los piés,
Desnudos pechos llevaba,
Si non fuese que el cabello
Como quier que los celaba.
Non atiende que la arreen,
Con paños que ántes presciaba,
Doncellas que la servien
Nin dueñas que la acataban.
El mármol frio que pisa
Nin l'empesce, nin le daña,
Antes al ardor que siente
Guarescie et solazaba.
Viérades la que corrie,
Viérades la que volaba,
Por venir á la finiestra
Do entiende ver lo que amaba.
Vido estar al pastorcillo,
Al pastorcillo que y estaba.
¡Cómo madruga el pastor!
¡Ay Dios, cómo madrugaba!
Madruga como el silguero,
Como el ruiseñor cantaba
Un cantar qu'el alma quema,
Cantar qu'el alma quemaba.
«¡Besado me ha la doncella,
»Por mi fe!
»Otra vegada con ella
»A mi sabor folgaré.»
En somo del praderal
El pastor mirando estaba
Una gallinica de oro
Que alegre cacareaba:
Perlas ponie por huevos;
Pollicos de oro sacaba,
Qu'entre el tomillo é romero
S'escondien, et yogaban.
Esto que la Infanta vido
Muy pensosa le paraba
Por cobdicia de la chueca
E del pastor que la guarda.
A los sus huertos deciende,
A los sus huertos bajaba,
E sin mas en al curar
Desnudica como estaba.
El amor et el deseo
Fuertemiente l'acuciaba,
E allegándose al pastor
D' este modo le fablaba.

Fabla de la Infantina.

—Dios te mantega, pastor,
El qu'el paño m'endonaba,
Por un beso que te diera
E qu'el alma me quemaba:
Mucho mas besarte he
Si esa gallina me dabas,
Ca si tú me la deniegas
La mi vida non gozaba.

Replica el Pastor.

—Infantina, la Infantina,
La que se besar dejaba,
Mucho mas prescio esta joya
Que el don que ayer te endonaba:
Mas me tienes dar por ella
Si ganosa d'ella estabas,
Ca non puede ser mintroso
El cantar que yo cantaba:
«¡Besádome ha la doncella,
»Mia fe!
»Otra vegada con ella
»A mi sabor folgaré.»—
Desque esto oyera la niña
Vergonzosa se paraba,
Ca de aquel besar se lembra
Con que despierta soñaba.
Fablar querie et non puede,
E callar, é non callaba,
Ca si amor la fase ardida
Vergonza la desmayaba.
Coidosa está de celar
Lo que en su pecho pasaba,
E con voz dolce é somisa
Ansí al pastor replicaba.

Replica la Infantina.

—Dime, pastor, ansí tengas
Merced de lo que adamabas,
Por la presciada gallina
¿Qué prez tú me demandabas?
Por vida del Rey mi padre,
Que todo te lo otorgaba,
Si quier fuese de mi vida
La mitad que me quedaba.

El Pastor.

—Guaresca tu vida el cielo,
Esa vida que yo amaba;
Guaréscala para mí
Qu'era lo que mas presciaba.
Lo que agora te demando
Amor de grado lo daba:
Es lo que á la palomica
El pichon que la arrullaba,
E lo que á la tortolilla
Su amador qu'el nido armaba,
E lo que en tus dolces besos
Ayer mesmo adevinaba,
E lo qu'el cantar ofresce,
Si el cantar non m'engañaba.
«¡Besado me ha la doncella,
»Mia fe!
»Otra vegada con ella
»A mi sabor folgaré.»
Folgar contigo, la niña,
Quiero, é de al non me curaba
E te haber á mi merced
Mientra la noche pasaba,
Desde qu'el sol se ponie
Fasta que nasciese el alba,
Como fase tortolica
Con su esposo en la enramada.

Fabla la Infantina.

—Calledes, home, calledes,
Non digades tal palabra,
Que si el Reye lo sopiese
Cedo enforcar vos mandaba.

Replica el Pastor.

—Si yo con vusco yogase
Del resto non me curaba,
Fueras ende si moriese
Antes que de tí gozaba.

Replica la Infantina.

—Vencida soy, pastorcillo,
Cativa en tu amor estaba,
Mas por el besar pasado,
Que por dones que me dabas.
Cuando venga media noche,
Apos qu'el gallo cantaba,
La puerta del mi aposento
Non para tí se cierraba.
Estar y verás mi dueña,
La dueña que me criaba,
Que llevarte ha por la mano
Do el deseo te llamaba,
A do desnuda te atiende

La que tanto te adamaba.
Tomar ende habrás la flor
Que á home algund dar non coidaba,
Si non fuese que por tí
Esta jura perjuraba.
Coidar has de ir muy celado,
Muy celado que tú vayas,
Ca la envidia tien cient ojos
Con que amores conturbaba.—
Ellos en aquesto estando,
La dueña que se allegaba,
La Infantina que se iba,
E el pastor que se quedaba.
Alegre queda el pastor
Mientra tal cantar cantaba,
Atendiendo por la hora,
La hora que sospiraba.
«¡Besado me ha la doncella,
»Mia fe!
»Otra vegada con ella
»A mi sabor folgaré.»

312.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—V.

Pagado está el pastorcico,
Pagado é contento estae:
Vase para la cabaña
Do atiende su solazare.
Ende tomara el aniello,
Ende lo fuera tomare,
Et le demanda somiso,
A tal le fué á demandare:
Que le vista, que le arree
Con gracia muy singulare,
Muy apuesto é muy gentil
Para á la niña agradare.
Atendie por la hora
Qu'el gallo suele cantare,
E cuando cantar le oyera,
El corazon á saltare.
Por los huertos muy pasico
Comienza de caminare,
Coidoso que non le oyan
Los del palacio reale.
Pasico, pasico iba:
Con la dueña fué á topare,
Que por la mano le prende,
Que la mano le fué á dare.
Llegado hovo al aposento
Do la Infanta fuera estare,
Coidosa que non venie,
Querellosa del tardare:
Mas desque venir le viera
Toda se fué vergonzare,
Por ser la primer vegada
Que home la fué á visitare.
Arriédrala la vergonza,
Amores la consolare;
Vencida va la vergonza,
Amores iban trionfare.
Vergonza embarga su lengua,
Amores la desatare,
Et la que muda semeja
Ansí comienza fablare.

Fabla la Infantina.

—Amores, los mis amores,
¿Qué vos pudo retardare?

El Pastor.

—Infantina, mi señora,
Non lo pude remediare.

La Infantina.

—¿Dime, amores, quién te puso
Tanto garrido é galane?

El Pastor.

—Deseo, la mi señora,
Deseo de te agradare.

La Infantina.

—¿Quién te mudó tan fermoso,
Mejor que solies estare?

El Pastor.

—Amor, que quiso tus ojos,
Para me querer, mudare.

La Infantina.

—¿Quién mudado ha cortesano
El tu rústico fablare?

El Pastor.

—Amor, amor que me muestra
Lo que solie inorare.—
Ellos en aquesto estando
Non pueden mas reportare
El ardor que les acucia,
E comiénzanse de abrazare.
En los pechos de la niña
El pastor fuera besare,
E sus muy apuestos miembros
Dulcemiente á falagare.
La Infanta qu'esto sintiera
Luego se fué á desmayare,
Non de coita nin de pena
Mas de pracer sin iguale;
E apos que tornara en sí
Tantos besos fué tomare
Que non han cuenta nin fin,
Que non son de numerare.
Si una vegada se arriedran
Muchas tornan comenzare,
Que de amores la fatiga
Cedo suele reposare.
Ningund d'entramos quesiera
Dejar ántes de lidiare,
Et la batalla que siguen
Non la quieren aplazare.
Ansí fuéron fasta el dia
Sin un punto descansare,
Si non que ya la calandra
Iba el alba á saludare,
E con sus trinos avisa
Qu' es tiempo de recordare,
Ca el sol descobrir podie,
Lo que amor quiere celare.
Levantado se ha el pastor,
De prisa non de vagare,
E al absentarse mudaba
De las fadas el cantare.
«¡Folgado he con la doncella,
»Mia fe!
»Otra vegada con ella
»¿Qué faré?»

313.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—VI[1].

—Tiempo es, el pastorcillo,
Tiempo es de andar aquí,
Que me cresce la barriga
E se me acorta el vestir.
Siete meses fase, siete
Que fuí contigo á dormir,
E tres que una criatura
Siento en ella rebollir.
Mucho punno por celallo,
Mas non lo puedo encobrir;
Santigoanse las mis dueñas
Las que me van á vestir,
E las mis nobres doncellas
Se vergonzan otrosí,
Et escoderos é pajes
Non fasen si non reir;

Et si el Reye lo barrunta
Quedrá faserme morir.
Tiempo es ya, el pastorcillo,
Tiempo es ya de fugir;
Llévame ya á lueñes tierras,
Llévame cedo de aquí,
Si non como tu velada,
Como manceba he de ir:
De ir he como te plazca,
Como mas te plazca á tí,
Ca mi soberbia pasada
A Dios le plugo punir,
Fasiendo me namorase
De sugeto tanto vil.
¡Ay fijo del rey de Hongría,
Cómo burlaras de mí,
Si vierdes en tal fadiga
La que tê quiso escarnir!—
El pastor que aquesto oyera
Comenzara de reir,
E ansí fabló á la Infantina,
Ansí la empezó á decir.

Fabla del Pastor.

—¿Preñada estás, mis amores?
Preñadica por abril,
Parirá por navidad
Como parieron á mí.
Todas las animalias
Empreñadas que yo vi,
Sin tanto plañir parieron,
Et vos habedes parir.
Non vos acoitedes, non,
Nin temades de morir;
Lembradvos de aquel pracer,
E amenguar heis el sofrir.
Non vos puedo llevar, non,
Nin me habedes de seguir,
Ca embargáredes mis pasos
E empachar heis mi fugir.

La Infantina.

En pos tuyo ir he, pastor,
En pos tuyo habré de ir,
Ca debda es tuya, mi amigo,
Debda tuya me acodir;
Et si mi fugida empachas,
Villano te habrán decir,
E muerta verné á tus piés
Ante de dejarte ir.

El Pastor.

Lo que me dices, amores,
Non me afruenta de lo oir,
Ca quien non fué caballero
Tenudo es de lo sofrir.
Présciome de ser villano,
E mas que villano fuí,
Ca fijo de un porqueron
Allá en mi tierra nascí.
Mi morada es una cueva
Do nunca el sol fué á salir,
Et mi lecho duras peñas,
Qu' el cuerpo saben ferir:
Agua cienagosa bebo;
Mis yantares son plañir,
Et los homes et las fembras
Con horror miran á mí.
Agora que aquesto sabes
Vé si me quieres seguir,
Et non hayas mal talante
De lo que pueda venir,
Nin con menguadas querellas,
Nin con sobrado plañir
Acoites mi corazon
Fasiéndole desfallir.—
Esto que oyera la niña
Gran cordojo fué á sentir,
Mas celando su pesar
Al pastor quiso seguir.

[1] En este sexto romance de la *Infantina* se hallan insertos é incluidos algunos de los que en fragmentos se encuentran en el *Cancionero de Romances*, con mas ó ménos variantes.

314.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—VII.

Ya se partie la Infanta,
Ya se va eu pos del villano
Por laderas é por montes,
Por rios é por pantanos:
Abrojos fieren sus piés,
Ca tien los sus piés descalzos,
Las uñas corriendo sangre,
E los dedos destrozados.
Horas corrien et dias,
Los meses fuéron pasados,
Dormiendo en somo la tierra,
Sin se posar en poblado.
Aguas salobres bebie,
Come yerba de los prados,
E ásperos bravíos frutos
Son su manjar delicado.
El rostro d'ántes bellido
Lo tien preto é muy tostado,
E los sus apuestos miembros
Desnudos é lacerados.
Va celando su cordojo
En el su pecho llagado,
Et desfallescida cae
En la tierra que ha pisado.
El pastor que ansí la vido
Aquesto la ha demandado.

Fabla el Pastor.

—¿Qué habedes vos, mi Infantina?
¿Non me seguides de grado?

Replica la Infantina.

—Dolencias son, el pastor,
Que del seso me han privado:
Dolores son, el mi amigo,
Que nunca habie probado.—
Non bien aquesto dijiera
Muy fuertemientre ha gritado,
E parido ha de un garzon
Sobre la yerba del prado.
Viérades allí el pastor
Que un tanto se ha conturbado;
Mas luego tornando en sí
D'esta manera ha fablado.

Fabla el Pastor.

—¡A osadas, niña, la niña,
Cedo lo habedes echado!
Non vos lamentedes, non,
Qu' el peligro es ya pasado.
Non lueñe de aquí caté,
Non lueñe de aquí he catado
Majada de unos pastores,
Do todo será acabado.
Venid vos en pos de mí,
Prendévos d'este mi brazo,
E atendé todo de Dios
Padre del necesitado.—
Erguido se ha la Infantina,
Et paso á paso ha llegado
Do el rabadan pascentaba,
Pascentaba su ganado.
Por Dios demandan ayuda,
Socorro le han demandado:
El rabadan se le diera
Yocundamiente et de grado.
Entre pieles de corderos
Abrigan al recienado,

E con feno á la Infantina
Blando lecho han perjeñado.
Ellos, estando en aquesto,
Ellos en aquesto estando,
Oyen tañer de campanas
Un clamor muy desusado.

Fabla el Pastor.

—Dime, dime, el rabadan,
¿En qué regno ó tierra estamos?

Replica el Rabadan.

—Romericos, esta tierra
Regno de Hongria es nombrado.

Fabla el Pastor.

—¿E cómo campanas tañen
Con clamor tan rebatado?

El Rabadan.

—Ca la Infanta van casar
La que hereda este regnado,
A fuer de qu'el Reye es viejo
Et que su fijo ha faltado.
Fuérase á sus aventuras,
Tres años son ya pasados,
Et fizo un mes llegó nueva
De que fuera ya finado
Por mal amor de una Infanta
Que la habie desdeñado.—
La Infantina qu'esto oyera,
De sus ojos ha llorado,
Et non consiente celar
Dolor que la ha traspasado.
Fiero la mira el pastor,
Fiero el pastor la ha mirado,
Como quien la reprochaba
Lembranza de amor pasado.
Ella mustia é acoitada
Sus lágrimas ha secado,
E con voz somisa et dolce
Ansí al pastor ha fablado.

Fabla la Infantina.

—Non te enojes, mi señor,
Non te amengüe lo pasado,
Que al buen infante de Hongria
Nunca le hove yo adamado.
A tí fice yo mi dueño
Por mi pracer e mi grado:
Fueras tú á ningund amé,
Tú solo me has captivado.
Si agora catas que lloro,
Atiende qu'es mi pecado,
Et non ajenos amores,
Et non ajenos coidados.—
Estonce tomando el fijo
A sus pechos le ha llevado,
Et con muy dolce sonrisa
Al su pastor ha mirado.
Cuando él aquesto catara
Tornó su faz á otro lado
Por celar de la Infantina
La pasion que le ha tomado,
Fasta que veniese el tiempo,
Qu' el tenie ya aplazado,
De trocar la su venganza
En pracer muy señalado.

315.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—VIII.

Apénas amanescie,
Apénas saliera el alba,
Las campanas de las torres
Sus tañidos redoblaban.
El buen Infante de Hongria
De la niña se apartaba
Diciendo que iba á la fiesta,
A la fiesta que allí andaba.

Dice el Pastor.

—De decirme has, mis amores,
Si algo te place te traya
De lo que dan al mesquino
De balde, ó siquier por nada.

Replica la Infantina.

—Lo que te prazca, amor mio,
Lo que mas pracer te daba,
Ca sabes qu'eres mi dueño,
Yo tu captiva é tu esclava.
E si por bien has saber
Lo que yo mas deseaba,
Traerme has unas sopicas,
Unas sopicas doradas,
De aquellas que la mi dueña,
Me servie é regalaba.

El Pastor.

—De procurallas te juro,
Si caso las alcanzaba,
Magüer que non fácil sea
Traer lo que demandabas.—
Esto que dijo el pastor,
A la cibdad caminaba,
Dejando sola la niña,
Tan sola como quedaba,
Que triste de su mancilla
De los sus ojos lloraba
Asmando que el su pastor
Para siempre la dejaba,
E por non tornar á vella
De su lado se apartaba.
El pastor á la cibdad
Sus pasos encaminaba,
Et enante que llegase
En el bosque se celaba.
Apos que celado estuvo
Et aniellico sacaba,
Et viérades cómo estonce
Deste modo le fablaba.

Fabla del Pastor al aniello.

Aniellico, el mi aniellico,
El de la paloma blanca,
Por la gracia que tú tienes,
E la qu'el cielo te daba,
Que sin retardar un punto
Me dieses luscientes armas,
Una lanza con dos fierros,
Otrosí muy buena espada;
Otrosí dédesme pajes
Muy arreados de galas,
Et joyas que deslumbren,
E reposteros de grana.—
Non bien aquesto dijiera
Cuando la campaña estaba
Cobierta toda en un punto
De locida cabalgada.
Vídose el Infante armado
Tal como lo demandaba,
Et en un bridon valiente
Sin mas se parar saltaba.
Cuando sobre d'él estuvo
El su caballo aguijaba,
Et en pos dél van los sus homes,
E al palenque se llegaba
Do los torneos fasien
Por la boda de su hermana.
Viéndole ir tan garrido
Todos pasar le dejaban,
Et los jueces del torneo
Abrir la valla ordenaban.
Apos qu'en el cerco estovo,
En otri non se curaba,
Si non que á los contendores
De grado los apretaba.

Un derrueca, dos derrueca,
Tres et cuatro derruecaba,
Et á mas de cient derrueca
Caballeros de gran fama.
Ningund podie empescer
Tanto esfuerzo, á tal pojanza,
E á cabo de pocos trances
Non quien le atienda fallaba,
Con que la prez del torneo
Et el loor se le daba.
Llegado se ha do está el Reye,
La celada se quitaba:
El Reye que le conosce
De gozo et prascer lloraba.
Vanse para los palacios
Do los yantares estaban,
E allí las sus aventuras
El Infante les narraba.
Dijoles como traie
Por mujier et desposada
La desamorada niña,
Que ya del se namoraba,
La cual allí le atendie
En choza, do se fallaba,
Sin coidar de la fortuna
Qu'el amor le aparejaba.
Non bien aquesto dijiera
Cuando en su mano tomaba
Lo que cabie de arroz,
Et en un paño lo echaba,
Por faser postrera muestra
De rigor en la que amaba.
E luego qu'esto hovo fecho
De las sus mesas se alzaba,
Et en pos d'el caballeros
Et damas le acompañaban,
Que llevan ricas preseas
Por dar á la desposada.
Ya salen de la cibdad
En lucida cabalgada,
Magüer venie la noche,
Magüer que ya cerca estaba.
Era ya la noche escura
Cuando a la choza llegaba,
Et que celados te atiendan
A los suyos ordenaba.
Dijoles una señal,
Qu'entre todos se acordaba,
Porque acudan á la seña,
Qu'el mismo les señalaba.

316.

LA INFANTINA DE FRANCIA.—IX.

Apartádose ha el Infante
En el bosque que ende babie:
Desnudado se ha las armas
Et de pastor se vestie.
En su zurron el arroz
Sin mas coidar le ponie,
Ca non se curaba de al
Que en faser lo que querie.
Grandes voces iba dando,
Que todo el campo atordie,
E cantando va un cantar
Que d'esta suerte decie:
«Quien por un nada, non nada,
»A un nobre Infante escarnió,
»Veyéndose mal tratada,
»Su flor á un villano dió
»E d'él fuera namorada.»
Apénas su voz oyera
Cuando la Infanta salie
Al encuentro del pastor,
Que ya perdido creie.
Si ante de pena lloraba,
Agora grand gozo habie,
Notando non la descoida
Aquel que su amor tenie.
Entre alegre et enojada
Ya lloraba, ya reie,
E con muy sentida voz
D' esta manera decie.

Fabla la Infantina.

—¿Dó estoviste tú, el amigo?
¿Quién retardado te babie?
¡Toda medrosa m'estaba
Temiendo non te verie!
Coida que non puedo mas
Por la fambre que sentie,
Que ya al fijo de mi amor
Con mi sangre mantenie.
¿Dime, traisme del manjar
Que encomendado te habie?
¿De las sopicas doradas
Que mi dueña me servie?

Responde el Pastor.

—Fuérame yo á la cibdad
Por ver fiesta que y se fasie,
Et non me plogo tornar
Fasta ver que fin tenie.
Al buen Infante de Hongría,
Al buen Infante veie,
Que diz veniera velado,
Et nobre dueña traie.
Otro sí, viene enojado
D' otra que enante querie,
Que escarnimiento le fizo
Magüer non lo merescie;
E diz que tray un cantar
Que muy sentido sentie,
El cual si te prasce oir
D'esta manera decie:
«Quien por un nada, non nada
»A un nobre Infante escarnio,
»Veyéndose mal tratada,
»Su flor á un villano dió,
»E fuera su namorada.»
Manjar que me encomendastes,
Mis amores, non le habie;
Tráyote, tráyote, amores,
Lo mejor que yo podie.
Toma, toma del zurron
El arroz que y te ponie,
Que si non prasce á los ojos,
La fambre te quitarie.—
Puso el arroz en l'albarda
Qu'ende en la tierra yacie,
Et la Infanta que lo viera
Mucho lloraba et plañie.
Asentóse, y en la tierra
Sobre la albarda comie,
Lembrándose cómo en Francia
Muchas doncellas tenie
Que de finojos somisas
Los sus yantares servien.
Lembrase de los desdeños
Que á caballeros fasie,
E otrosí del mal denuesto
Que fecho al Infante habie.
El pastor que ansí la viera
Como en la albarda comie,
Doliendo de su dolor
De la choza se salie,
Do fasiendo aquella seña
Que á su compaña ponie,
Cedo dueñas é doncellas
Para la Infanta venien,
Et la arrean con las galas
E con joyas que traien.
Viéradesla como estonce
Desfallescerse sentie,
E mirar en rededor
Por ver al que mas querie.
Vido estar un caballero
Que con las damas venie:

La corona en la cabeza,
Hábito rico traie,
El cual se allega cortes
Et saludo la fasie,
Et que le priso la mano
E en sus labros la ponie.

Dice la Infanta.

—Tenedvos, el caballero,
Tal faser non se debie,
Que magüer soy de un pastor,
Tal tuerto non le farie.
Físome el cielo su esposa,
Qu'era lo que mas querie,
Mas que de infantes nin condes,
Nin de homes que mas valien.—
El Infante qu'esto vido
De gozo en sí non cabie;
De mano da á las venganzas,
Ca solo amor ya sentie.

Fabla el Infante.

—Infanta, la mi señora,
¿Cómo non me conoscies?
Non soy ya el pastor villano,
Que tú enante me creies:
Soy el Infante de Hongría
Que villano se fengie:
Para haberte de probar
Engañada te traie,
E por vengar de la afruenta
Que dentro el alma tenie.
Ven á ser Reina é señora
Del Estado que yo habie,
E á rescibir en mis brazos
Galardon que te deble.—
La niña desque esto oyera
Amortecida caie,
Si non fuese que una dueña
De sus brazos la tenie:
Mas tornado que hovo en si
Mas fermosa parescie,
Ca el pracer del corazon
Su fermosura crescie.
Cabalgan luego, cabalgan:
Para la cibdad partien:
Acúciales el deseo
Por llegar á do querien.
Ya se entran en la cibdad
Do la fiesta se crescie,
Ca la nueva era llegada
Que la Infantina venie.
El rebato de campanas
Por do quier se repetie,
Las trompetas que sonaban,
Añafiles que tañien.
Entrado se han en palacio
Do el buen Rey les atendie,
Por faserle coronado
Al buen fijo que tenie,
El cual comenzó á regnar
Como al su padre aplascie.
Mensajieros van á Francia
Mas apriesa que podien,
Con muchos é ricos dones,
Que mas qu'el oro valien,
Para aquel buen Emperante
Que por buena fija habie
A la Infantina de Francia,
A quien por muerta tenie,
La cual et su nobre esposo
En Hongría do vevie,
Por luengos años gozaron
Bienes que amor ofrescie [1].

[1] El deseo de conservar siquiera la memoria de esta tan ingeniosa y apacible novela, y de tan antigua fecha, nos movió á publicarla restaurada, ó mas bien imitada, porque los fragmentos de una mala y poco fidedigna copia no nos permitieron hacer otra cosa. Sin embargo, ellos y profundas reminiscencias de mucha parte de la novela, la memoria de su asunto y de los lances que contiene, nos animaron á emprender este trabajo. Si hemos conservado en esta restauracion é imitacion el carácter, el lenguaje, las formas, la expresion de la época á que atribuimos esta poesía; si se descubre en ella la ruda sencillez de nuestros romances viejos, donde á vueltas de la imperfeccion de un idioma incipiente ó poco adelantado, se nota tal vez una imaginacion briosa, oriental y bíblica, que lucha contra las dificultades de una lengua todavía bárbara para la expresion lógica de las ideas, harto habrémos conseguido. El códice, por desgracia perdido, donde en nuestra juventud vimos esta composicion, era quizá del siglo xv, segun lo parecia por su letra; pero por su estilo, el giro, el lenguaje y los modismos, el texto primitivo debió ser anterior, y mucho. De creer es pues que la novela del siglo xvi, escrita por Luis Alamani en contraposicion de la *Griselda* de Bocacio, y cuyo asunto es muy parecido al de estos romances, fuese tomada de ellos, despojándolos de toda la parte maravillosa y de encantamientos, ó acaso, y me parece mas probable, de alguno de los cuentos ó fabulillas de los troberas franceses del siglo xii, de donde tambien es posible lo tomase el poeta español, ya lo imitase con el original á la vista, ó ya de las narraciones populares introducidas por la comunicacion con la Francia. ¿Y quién sabe si el poeta frances bebió en las fuentes del Oriente, pues yo he visto muchos cuentos de dicha época, tenidos por originales de los troberas, que despues se ha averiguado se trasmitieron por los árabes, los cuales los recibieron de la Persia y de la India? Muy probable es que lo mismo suceda á los romances de que tratamos. Las hadas que encantan á la Infantina, la venganza de una de ellas, la rueca, el telar, la gallina de oro, etc.: todo es de gusto oriental; y hasta la sencillez desnuda de ciertos lances, la expresion cándida, natural y sin rodeos de ciertas ideas, es bíblica. Y no se crea que prostituimos este santo nombre aplicándolo á asuntos tan profanos. Nadie puede negar el influjo que han tenido los libros santos en la civilizacion y literatura de los pueblos cristianos; este ha sido tal, que estamos persuadidos de que sin las conquistas árabes, y sin las Cruzadas, la poesía oriental se inocularia en la del Norte, con sola la lectura del *Libro de Job*, del *Pentatéuco*, del *Cantar de los Cantares*, de los *Libros de los profetas* y del *Evangelio*. Mahoma mismo se inspiró en los libros de Moises y de los Evangelistas, ya como legislador, ya como poeta. De todas maneras, la pérdida del códice que contenia el original de este y mas de otros cuarenta romances, á lo que recuerdo, es irreparable; pues si segun presumo era de la primera mitad del siglo xv, sería el único documento que contra la regla general acreditase la existencia de una coleccion manuscrita de romances viejos y populares anterior al siglo xvi, de los cuales romances alguno tomaba su asunto de las fábulas de origen sanscrito.

El argumento de la novela de Alamani es como sigue:

Blanca, hija del conde de Tolosa, y prometida mujer del hijo del conde de Barcelona, rehusa casarse con él, porque en el convite de boda recogió un grano de granada que se le cayó de la boca, teniendo esto por una prueba de avaricia. El padre de ella trata en vano de desimpresionarla de tan loca idea. Picado el jóven príncipe se propone conseguir su matrimonio, y á este fin, fingiéndose mercader de baja estirpe, empieza á obsequiar á Blanca, y á fuerza de regalos ricos y maravillosos logra seducirla y desposarse con ella. Róbala despues de su palacio, y la hace sufrir hambres, miserias y afrentas, hasta el punto de obligarla á robar y de entregarla á la justicia. Conmovido en fin de tantas pruebas de amor y sumision, y satisfechos sus deseos de venganza, se descubre á su esposa, y pasan vida feliz.

317.

EL AMOR FILIAL.

(De Juan de Ribera [1].)

Paseábase el buen Conde
Todo lleno de pesar,
Cuentas negras en sus manos
Do suele siempre rezar;
Palabras tristes diciendo,
Palabras para llorar.
—Véoos, hija, crecida [2],
Y en edad para casar;
El mayor dolor que siento
Es no tener que os dar.
—Calledes, padre, calledes,
No debeis tener pesar,
Que quien buena hija tiene
Rico se debe llamar;
Y el que mala la tenia,
Viva la puede enterrar,

Pues amengua su linaje
Que no debiera amenguar,
Y yo, si no me casare,
En religion puedo entrar.

[1] Es fragmento de algun romance viejo.

[2] Desde este verso basta el que dice: *Rico se puede llamar*, hizo una glosa Diego de Armenta.

318.

LA ESPOSA FIEL.

(*De Júan de Ribera* [1].)

—Caballero de lejas tierras,
Llegáos acá, y pareis,
Hinquedes la lanza en tierra,
Vuestro caballo arrendeis,
Preguntaros he por nuevas
Si mi esposo conoceis.
—Vuestro marido, señora,
Decid, ¿de qué señas es?
—Mi marido es mozo y blanco,
Gentil hombre y bien cortes,
Muy gran jugador de tablas,
Y tambien del ajedrez.
En el pomo de su espada
Armas trae de un marques,
Y un ropon de brocado
Y de carmesí al enves:
Cabe el fierro de la lanza
Trae un pendon portugues,
Que ganó en unas justas
A un valiente frances.
—Por esas señas, señora,
Tu marido muerto es:
En Valencia le mataron
En casa de un ginoves:
Sobre el juego de las tablas
Lo matara un milanes.
Muchas damas lo lloraban,
Caballeros con arnes,
Sobre todo lo lloraba
La hija del ginoves;
Todos dicen á una voz
Que su enamorada es:
Si habeis de tomar amores,
Por otro á mi no dejeis.
—No me lo mandeis, señor,
Señor, no me lo mandeis,
Que ántes que eso hiciese,
Señor, monja me veréis.
—No os metais monja, señora,
Pues que hacello no podeis,
Que vuestro marido amado
Delante de vos lo teneis.

(*Nueve Romances de* JUAN DE RIBERA, Pliego suelto.)

[1] Aun se conserva entre nosotros tradicionalmente una trova de este romance, aplicada á las circunstancias de la guerra de sucesion en tiempo de Felipe V, el cual dice así:

Oiga, oiga, buen soldado,
Si sois lo que pareceis,
¿A mi marido habeis visto
Por la guerra alguna vez?
—No lo sé, señora mia,
Dadme algunas señas dél.
—Mi marido es gentil hombre,
Gentil hombre y muy cortés;
Monta un potro pelícano
Mas lijero que uno Inglés,
Y en el arzon de la silla
Lleva las armas del Rey,
Con la su espada ceñida
Con cinturon de morles.
—Ese hombre que decis
Habrá ya que murió un mes,
Y manda en el testamento
Que conmigo vos caseis.
—No permita Dios del cielo,
Ni mi madre santa Ines,
Que fembra de mi linaje
Se case mas de una vez:
De tres hijas que me deja
La primera casaré,
La mediana será monja,
La tercera guardaré,
Que me cuide y me acompañe,
Que me guise de comer,
Y me lleve de la mano
En casa del coronel.
—No vos acuiteis, señora,
Señora, no os acuiteis,
Miradme, miradme el rostro
Por ver si me conoceis.
—Vos sois Mambrú, dulce esposo,
Vos sois mi dueño y querer,
Vos sois...—Cayó desmayada
En los brazos de su bien
La dama desfallecida
Con tanto gusto y placer.
Despues que hubo vuelto en sí,
Fuéronse juntos al Rey,
Que los recibió en sus brazos
Al ir á echarse á sus piés.
Este es el Mambrú, señores,
Que se canta del reves,
Y una gitana lo canta
En la plaza de Aranjuez.

319.

LA AMANTE DESCONFIADA Y CELOSA.

(*Anónimo* [1].)

Caballero, si á Francia ides
Por mi señor preguntad,
Y porque le conozcais
Con poca dificultad,
Daros he las señas dél
Sin ninguna falsedad:
El es dispuesto de cuerpo,
Y de mucha gravedad,
Blanco, rubio y colorado,
Mancebo y de poca edad,
El cual por ser tan hermoso
Temo de su lealtad.
Hablaréisle con crianza,
Porque en él suele morar;
Decidle que su señora
Se le envia á encomendar,
Que ya me parece tiempo
De venirme á libertar
D'esta prision en que vivo,
Muriendo de soledad;
Y se acuerde que me deja
Sin ninguna libertad,
Que me la llevó consigo
De mi propia voluntad;
Y las justas y torneos
Yo las supe de verdad;
La divisa que sacó
En señal de desamar.
Y si acaso amores tiene
Y no los quiere dejar,
Decidle de parte mia,
Sin ningun temor mostrar:
Que ausentes, por los presentes
Lijeros son de olvidar.

(*Códice del siglo* XVI. — It. TIMONEDA, *Rosa de amores*. — It. WOLF, *Rosa de Romances*.)

[1] Es una imitacion ó mudanza del romance de Gaiferos, que empieza: *Asentado está Gaiferos*, desde el verso que en él dice: *Caballero, si á Francia ides, por Gaiferos preguntad.*

320.

ROMANCE DE GERINELDO.—I.

(*Anónimo* [1].)

Levantóse Gerineldo
Que al Rey dejara dormido:

Fuese para la Infanta
Donde estaba en el castillo.
—Abraisme, dijo, señora,
Abráisme, cuerpo garrido.
—¿Quién sois vos, el caballero,
Que llamais á mi postigo?
—Gerineldo soy señora,
Vuestro tan querido amigo.—
Tomárala por la mano,
En un lecho la ha metido,
Y besando y abrazando
Gerineldo se ha dormido.
Recordado habia el Rey
De un sueño despavorido;
Tres veces lo habia llamado,
Ninguna le ha respondido.
—Gerineldo, Gerineldo,
Mi camarero polido,
Si me andas en traicion,
Trátasme como á enemigo.
O dormias con la Infanta,
O me has vendido el castillo.—
Tomó la espada en la mano,
En gran saña va encendido:
Fuerase para la cama
Donde á Gerinaldo vido.
El quisiéralo matar;
Mas crióle de chiquito.
Sacara luego la espada,
Entre entrambos la ha metido,
Porque desque recordase
Viese cómo era sentido.
Recordado habia la Infanta,
E la espada ha conocido.
—Recordados, Gerineldo,
Que ya érades sentido,
Que la espada de mi padre
Yo me la he bien conocido.

(*Desesperaciones de amor*, Pliego suelto.)

[1] Es uno de los mejores y mas raros romances viejos, y al mismo tiempo en extremo popular en Astúrias, donde se canta todavía, pero ya muy modernizado.

321.

ROMANCE DE GERINELDO.—II.

(*Anónimo* [1].)

—Gerineldo, Gerineldo,
El mi paje mas querido,
Quisiera hablarte esta noche
En este jardin sombrío.
—Como soy vuestro criado,
Señora, os burlais conmigo.
—No me burlo, Gerineldo,
Que de verdad te lo digo.
—¿A qué hora, mi señora,
Comprir heis lo prometido?
—Entre las doce y la una,
Que el Rey estará dormido.—
Tres vueltas da á su palacio
Y otras tantas al castillo;
El calzado se quitó
Y del buen Rey no es sentido:
Y viendo que todos duermen
Do posa la Infanta ha ido.
La Infanta que oyera pasos
Desta manera le dijo:
—¿Quién a mi estancia se atreve?
Quién á tanto se ha atrevido?
—No vos turbeis, mi señora,
Yo soy vuestro dulce amigo,
Que acudo á vuestro mandado
Humilde y favorecido.
Enilda le ase la mano
Sin mas celar su cariño;
Cuidando que era su esposo
En el lecho se han metido,
Y se hacen dulces halagos
Como mujer y marido.
Tantas caricias se hacen
Y con tanto fuego vivo,
Que al cansancio se rindieron
Y al fin quedaron dormidos.
El alba salia apénas
A dar luz al campo amigo,
Cuando el Rey quiere vestirse,
Mas no encuentra sus vestidos:
—Que llamen á Gerineldo
El mi buen paje querido.—
Unos dicen:—No está en casa.—
Otros dicen:—No lo he visto.—
Salta el buen Rey de su lecho
Y vistióse de proviso
Receloso de algun mal
Que puede haberle venido.
Al cuarto de Enilda entrara,
Y en su lecho halla dormidos
A su hija y á su paje
En estrecho abrazo unidos.
Pasmado quedó y parado
El buen Rey muy pensativo:
Pensándose qué hará
Contra los dos atrevidos.
—¿Mataré yo á Gerineldo,
Al que cual hijo he querido?
¡Si yo matare la Infanta
Mi reino tengo perdido!—
En tal estrecho el buen Rey,
Para que fuese testigo,
Puso la espada por medio
Entre los dos atrevidos.
Hecho esto se retira
Del jardin á un bosquecillo.
Enildas al despertarse,
Notando que estaba el filo
De la espada entre los dos,
Dijo asustada á su amigo:
—Levántate, Gerineldo,
Levántate, dueño mio,
Que del Rey la fiera espada
Entre los dos ha dormido.
—¿Adónde iré, mi señora?
¿Adónde me iré, Dios mio?
¿Quién me librará de muerte,
De muerte que he merecido?
—No te asustes, Gerineldo,
Que siempre estaré contigo:
Márchate por los jardines
Que luego al punto te sigo.—
Luego obedece á la Infanta,
Haciendo cuanto le ha dicho:
Pero el Rey, que está en acecho,
Se le hace encontradizo.
—¿Dónde vas, buen Gerineldo?
¿Cómo estás tan sin sentido?
—Paseaba estos jardines
Para ver si han florecido,
Y vi que una fresca rosa
El calor ha deslucido.
—Miéntes, miéntes, Gerineldos,
Que con Enilda has dormido.—
Estando en esto el Sultan,
Un gran pliego ha recibido:
Abrelo luego, y al punto
Todo el color ha perdido.
—Que prendan á Gerineldo,
Que no salga del castillo.—
En esto la hermosa Enildas
Cuidosa llega á aquel sitio.
De lo que pasa informada,
Y conociendo el peligro,
Sin esperar á que torne
El buen Rey enfurecido,
Salta las tapias lijera
En pos de su amor querido.
Huyendo se va á Tartaria

Con su amante y fiel amigo,
Que en un brioso caballo
La atendia en el egido.
Allí ántes de casarse
Recibe Enilda el bautismo,
Y las joyas que lleva
En dos cajas de oro fino
Una vida regalada
A su amante ha prometido.

(*Este es un romance de Gerineldo nuevamente compuesto*. Pliego suelto.)

[1] Con algunas variantes se conserva é imprime este romance, y es uno de los vulgares que venden los ciegos. Todavía en Andalucía, con el nombre de *Corrio* ó *Corrido* ó *Carrerilla*, que así llama la gente del campo á los romances que conserva por tradicion, se recita ó cuenta el siguiente que trata tambien de *Gerineldo*.

CARRERILLA DE GERINELDO.

¿Dónde vienes, Gerineldo,
Tan triste y tan afligido?
—Vengo del jardin, señora,
De coger flores y lirios.
—Gerineldo, Gerineldo,
Mi camarero es Pulio
El que te pondrá esta noche
Tres horas á mi servicio.
—Como soy vuestro criado,
Señora, os burlais conmigo.
—No me burlo, Gerineldo,
Que de véras te lo digo:
A la una de la noche
Has de venir al castillo,
Con zapatitos de seda
Para que no seas sentido.—
Esto le dijo la Infanta,
Y al punto se ha despedido,
Diciéndole Gerineldo:
—Señora, será cumplido.

322.

MELISENDA Y EL CONDE AYRUELO.

(*Anónimo* [1].)

Todas las gentes dormian
En las que Dios tiene parte,
Mas no duerme Melisenda
La hija del Emperante;
Que amores del conde Ayruelo
No la dejan reposare.
Salto diera de la cama
Como la parió su madre,
Vistiérase una alcandora
No hallando su briale;
Vase para los palacios
Donde sus damas estare;
Dando palmadas en ellas
Las empezó de llamare.
—Si dormis, las mis doncellas,
Si dormides, recordae;
Las que sabedes de amores
Consejo me querais dare;
Las que de amor non sabedes
Tengádesme poridade:
Amores del conde Ayruelo
No me dejan reposare.—
Allí hablara una vieja,
Qu'es vieja de antigüedade:
—Agora es tiempo, señora,
De los placeres tomare,
Que si esperais á vejez
No vos querrá un rapaze.
Esto aprendí siendo niña,
Y no lo puedo olvidare,
El tiempo que fui criada
En casa de vuestro padre.—
Des qu'esto oyó Melisenda
No quiso mas escuchare,
Y vase á buscar al Conde
A los palacios do estae.
Topara con Hernandillo
Un alguacil de su padre.
—¿Qu'es aquesto Melisenda?
¿Esto que podia estare?
¡O vos teneis mal de amores,
O os quereis loca tornare!
—Que no tengo mal de amores,
Ni tengo por quien penare,
Mas cuando yo era pequeña
Tuve una enfermedade.
Prometí tener novenas
Alla en San Juan de Letrane:
Las dueñas iban de dia,
Doncellas agora vane.—
Desque esto oyera Hernando
Puso fin á su hablare;
La Infanta muy enojada
Queriendo d'él se vengare:
—Prestásesme hora, Hernando,
Prestásesme tu puñale,
Que miedo me tengo, miedo
De los perros de la calle.—
Tomó el puñal por la punta,
Los cabos le fuera á dare:
Diérale tal puñalada
Qu' en el suelo muerto cae.
Ibase para palacio
A do el conde Ayruelo estae;
Las puertas halló cerradas,
No sabe por do pasare:
Con arte d'encantamento
Las abrió de par en pare.
Al estruendo el conde Ayruelo
Empezara de llamare:
—Socorré, mis caballeros,
Socorré sin mas tardare:
Creo son mis enemigos,
Que me vienen á matare.—
La Melisenda discreta
L'empezara de hablare:
—No te congojes, señor,
No quieras pavor tomare,
Que yo soy una morica
Venida de allende el mare.—
Des qu'esto oyera el Conde
Luego conocido la hae:
Fuese el Conde para ella,
Las manos la fué á tomare,
Y á la sombra de un laurel,
De Vénus es su jugare.

(*Glosa nuevamente hecha por* FRANCISCO DE LORA. Pliego suelto.)

[1] Este romance se ha entresacado de la glosa de Lora, restableciendo su antiguo consonante. Debe ser muy antiguo, y acaso de aquellos pocos primitivos de origen morisco, mas ya calcado sobre costumbres caballerescas.

323.

ESPINELO.

(*Anónimo*.)

Muy malo estaba Espinelo,
En una cama yacía,
Los bancos eran de oro,
Las tablas de plata fina:
Los colchones en que duerme
Son de una holanda muy fina,
Las sábanas que le cubren
En el agua no se vian.
La colcha que en ella ponen
Sembrada es de perlería;
A su cabecera tiene
Malaleona su querida:
Con las plumas de un pavon
La su cara le resfria.
Estando en este solaz

Tal demanda le hacia.
—Espinelo, mi Espinelo,
¡Cómo naciste en buen dia!
El dia que tú naciste
La luna estaba crecida,
Que ni punto le sobraba,
Ni punto le fallecia.
Contádesme, Espinelo,
Contádesme vuestra vida.
—Yo te lo diré, señora,
Con amor y cortesía:
Mi padre era de Francia,
Mi madre de Lombardía;
Mi padre con su poder
A Francia toda regia.
Mi madre como señora
Una ley hecha tenia:
La mujer que dos pariese
De un parto y en solo un dia,
Que la den por alevosa
Y la quemen por justicia,
O la echen en la mar
Porque adulterado habia.
Quiso Dios, y su ventura,
Qu'ella dos hijos paria
De un parto, y en una hora,
Que por deshonra tenia.
Fuérase á tomar consejo
Con tan loca fantasía
A una cautiva mora
Que sabia nigromancía.
—¿Qué me aconsejas, la mora,
Por salvar la honra mia?—
Respondiérale: — Señora,
Yo de parecer seria,
Que tomases á tu hijo,
El que te se antojaria,
Y lo eches en la mar
En un arca de valía
Bien embetunada toda,
Que mas segura sería,
Y pongas tambien en ella
Mucho oro y joyería,
Porque quien al niño hallase
De criarle se holgaria.—
Cayera la suerte en mí,
Y en la gran mar me ponia,
La cual estando muy buena
Arrebatado me habia,
Y púsome en tierra firme
Con la furor que traia,
A la sombra de una mata
Que por nombre Espina habia,
Que por eso me pusieron
D'Espinelo nombradía.
Marineros navegando
Halláronme en aquel dia:
Lleváronme á presentar
Al gran Soldan de Suria.
El Soldan no tiene hijo
Por su hijo me tenia;
El Soldan agora es muerto,
Yo por el Soldan regia.

(*Cancionero, Flor de enamorados.* — Il. TIMONEDA, *Rosa de amores.* — Il. WOLF, *Rosa de Romances.*)

[1] Este romance viejo tiene vestigios de caracter oriental.

324.

EL INFANTE TROCO.

(*Anónimo* [1].)

En el tiempo que Mercurio
En Occidente reinaba,
Hubo en Vénus su mujer
Un hijo que tanto amaba.
Púsole por nombre Troco,
Porque muy bien le cuadraba;
Criáronsele las diosas
En la montaña Troyana.
Era tal su hermosura,
Que una estrella semejaba:
Deseando ver el mundo,
Sus amas desamparaba.
Andando de tierra en tierra
Hallóse do no pensaba,
En una gran praderia
De arrayanes bien poblada,
En medio de una laguna
Toda de flores cercada.
Es posada de una diosa
Que Salmancia se llamaba,
Diosa de la hermosura,
Sobre todas muy nombrada.
El oficio d'esta diosa
Era holgarse en su posada,
Peinar sus lindos cabellos,
Componer su linda cara.
No va con sus compañeras,
No va con ellas á caza;
No toma el arco en la mano,
Ni los tiros del aljaba,
Ni el sabueso de trailla,
Ni en lo tal se ejercitaba.
Ella des que vido á Troco
Quedó de amores llagada,
Que ni pudo detenerse
Ni quiso verse librada.
Mirando su hermosura
D'esta manera le habla:
—Eres, mancebo, tan lindo,
De hermosura tan sobrada,
Que no sé determinarme
Si eres dios ó cosa humana.
Si eres dios, eres Cupido
El que de amores nos llaga:
Si eres hombre, ¡cuán dichosa
Fué aquella que te engendrara!
Y si hermana alguna tienes,
De hermosura es muy dotada.
Mi señor, si eres casado,
Harto quiero que se haga;
Y si casado no eres
Yo seré tuya de gana.—
El Troco, como es mancebo,
De vergüenza no hablaba;
Ella cautiva de amores
De su cuello le abrazaba.
El Troco le dice así,
D'esta manera le hablaba:
—Si no estais, señora, queda,
Dejaré vuestra posada.

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

[1] Pudiera por su asunto colocarse entre los romances mitológicos ó los amorosos.

325.

EL CONDE GRIFOS LOMBARDO.

(*Anónimo* [1].)

En aquellas peñas pardas,
En las sierras de Moncayo
Fué do el Rey mandó prender
Al conde Grifos Lombardo,
Porque forzó una doncella
Camino de Santiago,
La cual era hija de un duque,
Sobrina del Padre Santo.
Quejábase ella del fuerzo;
Quéjase el Conde del grado:
Allá van á tener pleito
Delante de Carlo Magno,
Y miéntras qu'el pleito dura
Al Conde han encarcelado

Con grillones á los piés,
Sus esposas en las manos,
Una gran cadena al cuello
Con eslabones doblados:
La cadena era muy larga,
Rodea todo el palacio;
Allá se abre y se cierra
En la sala del rey Cárlos.
Siete condes le guardaban,
Todos han juramentado
Que si el Conde se revuelve
Todos serán á matallo.
Ellos estando en aquesto,
Cartas habian llegado
Para que casen la Infanta
Con el Conde encarcelado.

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

[1] Tambien el conde Grifos es protagonista del romance de la *Adúltera castigada*, núm. 299, y aunque no menciona su nombre, puede creerse que lo es del 298. El asunto del que anotamos aquí puede pertenecer á la seccion de los caballerescos carlovingios, y es una de las antiguas é interesantes imitaciones de ellos.

326.

DON DIEGO DE ACEVEDO Y LA INFANTA MORA.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

Con estraño temporal
Por el mar embravecido,
Va Don Diego de Acevedo
A media noche perdido.
Los vientos llevan la nave
Con espantoso ruido,
Ya la suben, ya la bajan,
Ya lleva el timon rompido,
Sin árbol, y sin entena,
Sin remedio conocido,
Y el cielo estaba ñublado,
Y el norte estaba escondido.
Las nubes derraman agua,
Baja granizo crecido:
Con muy temerosos truenos
Brama el mar embravecido.
Cuando la nave encalló,
Que el bogar le fué impedido
Los de adentro temerosos
Llevan al cielo sus gritos,
Invocaban á las santos
Con clamor muy dolorido;
Mas como veen el puerto
Donde Dios los ha metido,
Saltan en tierra contentos,
Y despues de amanecido
Reconocen ser de moros
La tierra donde han salido,
En las partes de Visena,
Donde tuvieron creido
Que haber arribado allí
Les fuera muy mal partido.
Don Diego dijo: — Mis armas
Y mi caballo lucido
Saquen de la rota nave.—
Y á un moro viejo que vido,
Le dijo: — Amigo, si el Rey
Agora hubiese sabido
Que han venido aquí cristianos
Con tormenta que han tenido,
¿Querrá que entren en sus tierras,
O serles ha defendido?—
Dijo el moro: — En otro tiempo
Os fuera bien combatido;
Mas agora el gran Morlante
Tiene su bando extendido,
Que de todo el universo
Venga quien fuese servido,
A unas justas que cada año
En aquesta corte ha habido,
Porque habiendo estado preso
Diez años, muy abatido,
Y porque fué en este tiempo
De la prision redemido,
Se regocija cada año;
Pero aqueste no ha querido
Por una calamidad
Triste que le ha sucedido;
Y es: qu'el Rey tiene una hija
A quien natura ha medido
En esfuerzo y gran valor,
Que se lo dió tan subido,
Que triunfa su hermosura
Mas que en la que el mundo ha habido.
Hallóla el Rey con un moro,
No ménos que ella escogido
De linaje, y muy valiente,
Que siempre les ha excedido
A todos los de la corte
Y á cuantos de fuera ha habido.
En un aposento d'ella,
El Rey acaso los vido
Solos, mas amor con ellos;
Qu'él solo los ha rendido.
Hizolos prender, y luego
Sin descargo ni partido
Les ha dado la sentencia,
Y tiene ya proveido
Que al caballero degüellen
En cadahalso subido,
Y á la princesa tambien,
Si no hay algun atrevido
Que se combata con siete
Moros, por él escogidos;
Y ha de vencer á los siete,
Y si él quedare vencido
Degollarán á los dos
Sin remedio ni partido.—
Don Diego maravillado
De lo que al moro le ha oido,
Se armó de sus fuertes armas
Y despues de apercebido
Va con tan bravo semblante,
Que de mil gentes seguido
Dicen que es el mas gallardo
Que á la corte habie venido.
D'esta suerte va á palacio,
Y habiendo al Rey conocido,
Le hizo gran reverencia
Y acatamiento debido,
Y contando de qué suerte
A su corte habie venido,
Le dijo: — Rey poderoso,
Lo que ante ti me ha traido
Es la sentencia cruel
Que diste en lo sucedido;
Y por ser tan cruda y fiera,
Traigo el corazon partido.
¡Mira, Rey, que es gran crueldad
Lo que tienes proveido!
¡Mira que á cualquier humano
Tiene natural rendido!
Yo te suplico, señor,
Que me sea concedido
Campo, con los siete moros;
Pero habiéndolos vencido
Dés por libre á la princesa
Y al caballero afligido.—
Dijo el Rey: — Es imposible
Hacer lo que me has pedido,
Que será contra la ley
Que en mi corte se ha tenido.
Defiende la parte d'ella
Si estás de tí aborrecido,
Y porque no me parezca
Que estás fuera de sentido,
Te vuelve, amigo, y no quieras,
Pagar lo que no has debido.—
Don Diego se salió fuera,

Y en su caballo subido,
A voces, que lo oyó el Rey,
Estas palabras les dijo:
—Salgan siete ó salgan ciento,
Que yo estoy apercebido
Para librar la princesa
O quedar aquí tendido.—
Y en el palenque se entró
Que estaba constituido;
Y cuando el Rey moro hubo
Los guerreros elegido,
Mandó poner la princesa
En un tablado subido
Donde viese al caballero
Que defiende su partido.
Estando en esto, Don Diego
A los siete moros vido
Muy refulgentes las armas,
El que ménos muy lucido;
Cada cual d'ellos valiente,
Membrudo, fuerte y fornido.
Parten los siete volando;
Mas Don Diego apercebido
Tambien volando arrancó;
Pero d'ellos combatido
En él quebraron las lanzas
Sin ser d'ellos mas movido
Que un duro y fuerte peñasco
O mármol endurecido.
El que Don Diego encontró
Allí le dejó tendido,
Con el hierro de la lanza
En la garganta escondido;
Y de los seis que quedaron,
Aunque cercado se vido,
Dió con su lanza sin hierro
De todos al mas lucido,
Tal golpe, que con caballo
Lo dejó allí amortecido.
Dijo el Rey.—Buen caballero,
Basta, yo doy por vencido
El campo, y el triunfo d'él
Pues le teneis conseguido.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

1 Apénas se comienza á leer este romance se advierte en él el espíritu facticio de imitacion caballeresca, que fué moda entre nosotros en el siglo XVI. Es un cosido de aventuras y lances de caballería enfáticamente expresados, y con pretensiones de falsa elevacion poética, que le privan de las buenas y sencillas dotes de los romances viejos.

327.

EL CONDE SOL.

(*Anónimo* [1].)

Grandes guerras se publican
Entre España y Portugale:
Pena de la vida tiene
Quien no se quiera embarcare.
Al conde Sol le nombran
Por capitan generale;
Del Rey se fué á despedir
De su esposa otro que tale.
La Condesa quera niña,
Todo se le va en llorare.
—Dime, Conde, ¿cuántos años
Tienes de echar por alláe?
—Si á los seis años no vuelvo,
Condesa, os podeis casare.—
Pasan los seis, y los ocho,
Pasan diez y pasan mas,
Y el conde Sol no tornaba
Ni nuevas suyas fué á dare.
Estando en su estancia sola,
Fuéla el padre á visitare:
—¿Qué tienes, hija querida,
Que no cesas de llorare?
—Padre de toda mi alma,
Por la santa Trinidade,
Que me querais dar licencia
Para al Conde ir á encontrare.
—Mi licencia teneis, hija,
Haced vuestra voluntade.—
La Condesa al otro dia
Al Conde se fué á buscare,
Triste por Italia y Francia,
Por la tierra y por la mare.
Ya estaba desesperada,
Ya se torna para acáe,
Cuando gran vacada un dia
Devisó allá en un pinare.
—Vaquerito, vaquerito,
Por la santa Trinidade,
Que me niegues la mentira
Y me digas la verdade:
¿De quién son estas vaquitas
Que en estos montes estare?
—Del conde Sol son, señora,
Que manda en este lugare.
—¿Y de quién son esos trigos
Que cerca están de segare?
—Señora, del mismo Conde,
Porque los hizo sembrare.
—¿Y de quién tantas ovejas
Que á corderos dan mamare?
—Señora, del conde Sol,
Porque los hizo criare.
—¿De quién, dime, esos jardines
Y ese palacio reale?
—Son del mismo caballero,
Porque allí suele habitare.
—¿De quién, de quién los caballos
Que se oyen relinchare?
—Del conde Sol, que suele
Sobre ellos ir á cazare.
—¿Y quién es aquella dama
Que un hombre abrazando estae?
—La desposada señora
Con que el Conde va á casare.
—Vaquerico, vaquerito,
Por la santa Soledade:
Toma mi ropa de seda,
Y vísteme tu sayale,
Que ya hallé lo que buscaba,
No lo quiero, no, dejare;
Agárrame de la mano
Y á su puerta me pondráes,
Que á pedirle voy limosna,
Por Dios, si la quiere dare.
Desque estuvo la Condesa
Del palacio en el umbrale,
Una limosnica pide
Que se la dén por piedade,
Y fué tanta su ventura,
Aun mas que era de esperare,
Que la limosna demanda
Y el Conde se la fué á dare.
—¿De dónde eres, peregrina?
—Soy de España naturale.
—¿Cómo llegastes aquí?
—Vine mi esposo á buscare,
Por tierra pisando abrojos,
Pasando riesgos en mare,
Y cuando le hallé, señor,
Supe que se iba á casare,
Supe que olvidó a su esposa,
Su esposa que fué leale,
Su esposa que por buscalle
Cuerpo y alma fué á arriesgare.
—¡Romerica, romerica,
Calledes, no digas tale,
Que eres el diablo sin duda
Que me vienes á tentare!
—No soy el diablo, buen Conde,
Ni yo te quiero enojare;
Soy tu mujer verdadera,
Y así te vine á buscare.—

El Conde cuando esto oyera,
Sin un punto mas tardare,
Un caballo muy lijero
Ha mandado aparejare
Con cascabeles de plata
Guarnido todo el pretale;
Con los estribos de oro,
Las espuelas otro tale,
Y cabalgando de un salto,
A su esposa fué á tomare,
Que de alegría y contento
No cesaba de llorare.
Corriendo iba, corriendo,
Corriendo va sin parare,
Hasta que llegó al castillo
Donde es señor naturale.
Quedádose ha la novia
Vestidica y sin casare,
Que quien de lo ajeno viste,
Desnudo suele quedare.

(*Tradicional.*)

1 Este romance, que aun se conserva y pasa de boca en boca en Andalucía y tierra de Ronda, está calcado sobre el del Conde Dirlos. Aquí sin embargo se han cambiado los papeles, pues la dama es quien busca al marido, y le halla en el caso de desposarse con otra, miéntras en aquel sucede lo contrario.

328.

DON GALVAN Y LA INFANTA.

(*Anónimo* [1].)

Bien se pensaba la Reina
Que buena hija tenia,
Que del conde Don Galvan
Tres veces parido habia,
Que no lo sabia ninguno
De los que en la corte habia,
Si no fuese una doncella
Qu'en su cámara dormia.
Por un enojo que hubiera
A la Reina lo decia:
La Reina se la llamaba
Y en cámara la metia,
Y estando en este cuidado
De palabras la castiga:
—Hija, si virgen estáis,
Reina seréis de Castilla:
Hija, si virgen no estáis
De mal fuego seais ardida.
—Madre, tan virgen estoy
Como el dia que fui nascida.
Por Dios os ruego, mi madre,
Que no me dedes marido;
Doliente soy de mi cuerpo,
Que no soy para servillo.—
Subiérase la Infanta
A lo alto de una torre;
Si bien labraba la seda,
Mejor labraba el oro;
Vido venir á Galvan
Telas de su corazon.
Ellas en aquesto estando
El parto que la tomó.
—¡Ay por Dios! ¡ay mi Señor!
Alleguéisos á esa torre,
Recogedme ese mochacho
En cabo de vuestro manto.
Dédesmelo á criar
A la madre que os parió.

(*Cancionero de Romances.*)

1 La construccion imperfecta de este romance, y su variacion intempestiva del asonante, indica que se ha tomado de la tradicion oral, que es muy antiguo, y casi puede asegurarse que de los primitivos: es decir, de aquellos compuestos por la gente del pueblo, que no han venido de los juglares ni de los trovadores, aunque quizá está formado de trozos y de reminiscencias de los que unos ú otros habian inventado. Corrobora esta última conjetura el hecho que presentan algunos romances que tradicionalmente y sin imprimirse se conservan entre la gente rústica de Andalucía, los cuales, cada uno de ellos suele contener á saltos, sin conexion, sin verdadero enlace, y sin observar la misma rima, trozos ó fragmentos de los juglarescos y de los de los trovadores. Tal es el del número 373, que empieza: *Salió Roldan á cazar.*

329.

CORDURA DE ALIARDA PARA JUSTIFICARSE DE LA CALUMNÍA DE UN CABALLERO QUE SE JACTÓ DE HABERLA GOZADO.

(*Anónimo* [1].)

—Esta noche, caballeros,
Dormí con una doncella,
Que en los dias de mi vida
Yo no vi cosa mas bella.—
Todos dicen á una voz.
—¡Cierto, Aliarda es esa [2]! —
Oídolo habia su hermano,
Un hermano carnal della,
Dijéronle allí: — Florencios,
Bien es casarte con ella.
—No quiero hacer, caballeros,
Para mí cosa tan fea,
En tomar yo por mujer
La que tuve por manceba.—
Aun no acabó Florencios
De decir aquella nueva,
Cuando todos prontamente
Dicen luego: — ¡Muera, muera!
¡Muera aquel que ha deshonrado
A Aliarda la mas bella! —
En saber esto Aliarda
Gran enojo recibiera:
Envióles á decir
En breve desta manera:
—Pésame, mis caballeros,
De hacer cosa tan mal hecha,
Que lo que el loco decia
No era cosa creedera.
Hasta saberlo de cierto
No le habian de dar pena.

(TIMONEDA, *Rosa de amores.* — It. WOLF, *Rosa de romances.*)

1 Es uno de los buenos romances de la *Rosa de amores*, reimpreso por el Sr. Wolf.

2 Esta Aliarda parece ser diferente de la del romance del *Desafío de Oliveros y Montesinos*, que empieza: *En las salas de Paris.*

330.

EL TRAIDOR MARQUILLOS, Y BLANCA-FLOR.

(*Anónimo.*)

¡Cuán traidor eres, Marquillos!
¡Cuan traidor de corazon!
Por dormir con tu señora
Degollaste á tu señor.
Desque lo tuviste muerto
Quitástele el chapiron;
Fuéraste al castillo fuerte
Donde está la Blanca-Flor.
—Abridme, linda señora,
Que aquí viene mi señor;
Si no lo quereis creer,
Veis aquí su chapiron. —
Blanca-Flor desque lo viera
Las puertas luego le abrió:
Echóle brazos al cuello,
Allí luego la besó;
Abrazándola y besando
En un secreto la entró.
—Marquillos, por Dios te ruego
Que me concedas un don:

Que no durmieses conmigo
Hasta que rayase el sol.—
Marquillos, como es hidalgo,
El don luego le otorgó,
Y como venia cansado
En llegando se durmió.
Levantóse muy lijera
La hermosa Blanca-Flor;
Tomara un cuchillo en mano
Y á Marquillos degolló.

(Timoneda, *Rosa de amores.* — H. Wolf, *Rosa de romances.*)

[1] Lindísimo romance, que puede considerarse como producto del último tercio del siglo xv, aunque posteriormente rehecho y modificado.

331.

EL MALDICIENTE.

(*Anónimo.*)

Ese conde Cabreruelo,
Con el Rey come á la mesa,
¡Oh cuán mal que se abaldona
A toda mujer ajena!
Apuesta que no hay ninguna
¡Ved cuán mal pensada apuesta!
Si le escucha dos razones,
Que de amores no la venza.
Como el amor atrevidas,
Como la fortuna ciegas,
Como el honor peligrosas,
Como la mentira inciertas,
Así jura que son todas:
¡Falsa jura! ¡injusta tema!
La Reina que tal escucha
Dió sañuda tal respuesta:
—Todas malas no es posible,
Ni es posible todas buenas:
Yerbas hay que dan la vida,
Y quitan la vida yerbas.
Traidores hombres del mundo
Han hecho traidoras hembras,
Dellos aprendieron culpas,
Si culpas cometen ellas.
Ellos hablan, ellas oyen,
Y de mentiras discretas
Dichas hoy, dichas mañana,
¿Quién habrá que se defienda?
Favorecidos se alaban,
Disfaman si los desprecian;
La que los escucha es fácil,
La que no les habla es necia.
Cuantas nacen, cuantas viven,
Por agüero de su estrella,
Al que ménos las merece
Se inclinan con mayor fuerza.
Muchas quejas, muchos dones,
¡Qué mucho que á muchas prendan!
Ejemplo es la piedra dura,
Que agua continua la mella.
Enmendaos, amigo Conde,
Y de hoy mas las damas sean
Vuestro honor, no vuestro ultraje,
Vuestra paz, no vuestra guerra;
Levantad la parte humilde
Que es hazaña de alta empresa:
Todos de mujer nacimos,
Volvamos todos por ellas.

(*Romancero general.*)

332.

ALBANIO Y FELISARDA.—I.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

Ya se parte Albanio el fuerte,
Y en amores desdichado,
En busca de Felisarda,
En quien tuvo aprisionado
De aficion su tierno pecho,
De ingratitud traspasado
Lo mejor de su niñez
Y el tiempo verde y lozano,
Cuando en casa de sus padres
Se hablaban con recato,
Tan amorosas palabras
De estilo tan delicado,
Que ninguno lo entendiera
Sino de aviso sobrado.
Va por topar á Tereo
De la cólera cegado,
Hechos un ascua los ojos,
De enojo desfigurado,
A veces mirando al suelo
Otras al cielo estrellado;
A veces corre furioso
Y á veces está parado,
Y otras está pensativo,
Y de sí desacordado.
Ya habla consigo solo,
Ya con su fortuna y hado,
Ya prosigue su camino,
Ya vuelve desesperado,
Ya deja suelta la rienda
Al espumoso caballo:
Extremos hace en que muestra
Señales de enamorado:
Solo va por la espesura
En voces altas clamando:
—Ven, adúltero Tereo,
Que aquí te estoy aguardando,
Y verás en breve tiempo
Tu poder, braveza y mando
Destruido, cual merece
La traicion de que has usado
En llevarte á Felisarda
Estando yo descuidado.—
Y acabo de una gran pieza,
Que dió fin á lo hablado,
Vido por detras de un roble
Un grande bulto sentado.
Llegóse un poco mas cerca
Por no hallarse engañado,
Que el corazon le dió luego
Gran temor y sobresalto,
Y hallo con certidumbre
Lo que habia sospechado,
Que era sin falta Tereo
Con su Felisarda al lado.
Y estando bien satisfecho,
Aunque en cólera abrasado,
Como prudente y discreto
Un poco se ha retirado.
Felisarda que conoce
A su aborrecido Albanio,
Con gran razon, vergonzosa
De verle se ha recelado.
Dícele: — ¡Dulce Tereo
De mi corazon amparo,
Con Albanio mi enemigo
Cruda guerra se os ha armado,
Y sienten mis ojos pena
De veros atribulado!—
Luego respondió Tereo
Con un ánimo esforzado.
—No sintais pena, bien mio,
Aunque nos haya topado,
Que quien os rinde la vida
Sacará la vuestra á salvo.—
Y diciendo estas palabras
En breve se ha levantado.
Albanio, contra Tereo
Arranca desaforado:
Y los dos valientes mozos,
Tan fuerte guerra han trabado,
Que el uno y otro cayeron

En el suelo, de su estado.
Vídolos un caballero
Que por allí pasó acaso,
El cual puso paz entre ellos,
Que malamente han lidiado.
Don Bradalin ha por nombre,
Hijo del Adelantado,
Del reino de Macedonia,
De gran renombre y ditado.
Luego que de la batalla
Fué brevemente informado
Y ya que Albanio y Tereo
En su amistad han tornado,
Díjoles una razon
Como sagaz y avisado.
—Si la dama quiere al uno,
Y en él pone su cuidado,
No hay para qué muestre el otro
El corazon alterado
Por amores de la dama
De quien él es despreciado.
Tomado este parecer
A la dama han preguntado,
Que dice quiere á Tereo,
Que della está apasionado,
Y como razon discreta
A Bradalin le ha agradado.
Albanio por otra parte
Se vuelve desesperado,
Donde topó otra aventura,
Y se vido fatigado,
Y á gran pique de perder
Su honra, vida y estado.
Un leon sale al encuentro
Valiente, feroz y bravo,
Que tan solo con la vista
Infunde terror y espanto.
Arremetió con gran furia
Contra el valeroso Albanio,
Que como esforzado y diestro
Tan cruel golpe le hubo dado,
Que el fiero animal tendido
Y casi muerto, ha quedado,
Por donde tuvo lugar
De poner su vida en salvo,
Como aquel á quien tenia
La dura Parca guardado,
Para gozar de aquel bien
Que despues hubo gozado:
Y Don Brandalin prosigue
Su camino comenzado,
Y el venturoso Tereo
Con Felisarda ha quedado.
Mas la mudable fortuna
Y su destino ha ordenado
Que despues de largo tiempo,
Que ya Tereo ha gozado
A la hermosa Felisarda,
Se vea della privado,
Como en sus dulces amores
Os ha de ser recontado,
Para que estéis sobre aviso,
Que aunque tengais alto estado,
No os fieis de la fortuna,
Porque á la fin, da su pago.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

1 Para este y el siguiente romance véase la nota del del número 326, porque las observaciones allí expuestas deben entenderse tambien con los dos que aquí se insertan, y aun con todos los del mismo autor.

—

333.

ALBANIO Y FELISARDA.—II.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Amores trataba Albanio
Aunque no los descubria:
Siente el corazon llagado
De Felisarda su amiga,
Que desde niño con ella
Estrecha amistad tenia.
Los mas de sus tiernos años
Y de aquella edad florida
Pasados sin gozar cosa
De su dulce compañía;
Solo la conversacion
Y agradable y dulce vista
Ya que la ingrata fortuna
Traidora y desconocida
Les dió lugar y ocasion,
Cual pudo y les convenía;
Ya que la naturaleza
Con ellos obrado habia
En concedelles los años,
Que á los demas concedia.
La constelacion del cielo
Adonde quiera movia
Al infelice de Albanio
Que simplemente vivia,
Haciendo que el aficion
Que Felisarda tenia
En el inocente mozo,
Que no ménos la queria
Que quiso Píramo á Tisbe
De eterna memoria y vida,
La vea en tan breve tiempo
Tan cruelmente perdida.
Tal enemistad Albanio
Muy gravemente sentia,
Y hablando consigo solo
Estas palabras decia,
Y con extremos que hace
Que á gran compasion movian
Dice: — ¡Oh dulce Felisarda!
¿Que os causó mi compañía?
¿Qué daño sentiste della,
Luz y espejo de mi vida?
Consuelo de mi tristeza,
Socorro del alma mia,
Principio de mi contento
Y fin do va mi alegría;
Remedio de mis enojos,
Vida por quien yo vivia,
Zanja donde me sustento
Y do mi firmeza estriba;
Corazon de mis entrañas,
Dulce Felisarda amiga,
¿Dónde está la fe y palabra
Que yo firmada tenia
De aquesa divina mano,
Que me afirmaba y decia:
«Mi leal Albanio, espera
Solo en la esperanza mia,
Vendrás á alcanzar el premio
Que tu intencion pretendia?»
¿Es esto sueño, bien mio?
Es quimera ó fantasía?
O es un corto y breve antojo
Quel aire lo deshacia?
¿Para qué tanto fundar
Donde cimiento no habia?
Y diciendo estas palabras
Y otras que contar podia
De gran dolor y tristeza
Que el nuevo amador sentía,
De léjos vió una pastora,
Que recogiendo venia
Sus amorosas ovejas,
Ya que Febo trasponia

Por cima del rico albergue
Do Felisarda tenia
Su dulce reposo y siesta,
Siempre que calor hacia.
Tuvo el temeroso Albanio
Algun tanto cobardía:
Por una parte mostrando
Gran esfuerzo y osadía,
Determina de hablalla;
Perdido el miedo que habia
Cobrado con su presencia
Por no saber quien sería,
Vido ser su Felisarda
Segun el traje y devisa.
Titubéale la lengua
De la sobrada alegría,
Y por encubiertas señas,
Como mejor él podia
Le dió á entender los conceptos
Que en su corazon habia;
Y alzando un poco los ojos
Que tan honestos tenia,
Vido por el aire un bulto
Que velozmente venia,
Y conoció ser un moro
Que sabe nigromancía,
A quien recontado el caso
Sagazmente determina,
Que Felisarda le quiera
Sin saber cómo se hacia,
Dejando á Albanio una carta
Que desta suerte decia.
«Veráste, Albanio, próspero y querido
»El breve tiempo de tus tiernos años:
»Despues, un poco ya en edad crecido,
»Vendránte males tantos y tamaños,
»Que seas de tu bien aborrecido,
»Y morirán al fin estos engaños:
»Ten esperanza, Albanio triste, aguarda,
»Y gozarás tu dulce Felisarda.»
Y de Albanio y Felisarda
La dulce carta leida,
Deshecho el encantamento
Que el moro hecho tenia,
De los dos enemistados
Hace amistad muy crecida,
Y vuelve á su gracia Albanio
Recobrando nueva vida.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

334.

LA COLMENERA Y EL CABALLERO.

(De Don Luis de Góngora [1].)

Apeóse el caballero,
Víspera era de San Juan,
Al pié de una peña fria,
Que es madre de perlas ya;
Tan liberal, aunque dura,
Que al mas fatigoso, mas
Le sirve en fuente de plata
Desatando su cristal.
Lisonjeado del agua
Pide al sol, ya que no paz,
Templadas treguas al ménos,
Debajo de un arrayan.
Concedíaselas, cuando
Vió venir, de un colmenar
Muchos siglos de hermosura,
En pocos años de edad;
Con un cántaro, una niña,
Digo, una perla oriental,
Arracada de su aldea
Si no lo es de la beldad.
Cantando viene contenta
Y valiente, por su mal;
La vasija hecha instrumento
Este atrevido cantar.

«Al campo te desafia
La colmeneruela.
Ven, Amor, si eres dios, y vuela;
Vuela, Amor, por vida mia,
Que de un cantarillo armada
En la estacada
Mi libertad te espera cada dia.
Este cántaro que ves
Será contra tu pereza,
Morrion en la cabeza,
Y embrazándolo paves.
Si ya tu arrogancia es,
Cual solia,
Al campo te desafia
La colmeneruela etc.»
Saludóla el caballero
Cuyo sobresalto al pié
Le puso grillos de hielo,
Y yendo á limallos él,
Amor, que hace donaire
Del mas bien templado arnes,
Embebida ya en el arco
Una saeta cruel,
Perdona al paves de barro,
No á la que embraza el paves,
Escondiéndole un harpon
Donde las plumas se ven.
Llegó el galan á la niña,
Que en un bello rosicler
Convirtió el color morado;
Y saludóla otra vez.
Ella, que sobre diamantes
Tremolar plumajes ve
Y brillar espuelas de oro,
Dulce le miró y cortes.
Lo lindo, en fin, lo luciente,
Si la saeta no fué,
Esta lisonja afianza;
Que ella escucha sin desden.
—Colmenera de mis ojos,
Y de labios de clavel,
¿Qué hará aquel
Que halla flechas en aquellos
Cuando en estos buscan miel;
Dímelo tú, y sépalo él.
Colmeneruela animosa,
Contra el hijo de la diosa,
Si ve tus ojos divinos,
Y esos dos claveles finos,
¿Qué hará aquel, etc.—
Desde el árbol de su madre
Trincherado Amor allí
Solicita la venganza
Del montaraz serafin.
Segunda flecha dispara,
Tal que con silbo sutil
Las plumas de la primera
Las tiñe de carmesí.
Tomóla el galan la mano
Encomendando á un rubí
Que la prenda el corazon
En un dedo de marfil.
La sortija lo ejecuta
Y Amor, que fuego y ardid
Está fomentando en ella,
Le hace decir así:
— Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar aquí,
Que tengo la madre brava
Y el veros será mi fin. —
Él contento fia su robo
De las ancas de un rocin,
Y ella, amante ya, su fuga,
Del caballero gentil.
—Decidle á su madre, Amor,
Si la viniere á buscar,
Que una abeja le lleva la flor
A otro mejor colmenar.
Picar, picar,
Que cerquita está el lugar.

Decilde que no se aflija
Y perdone al llanto tierno
Pues granjeó galan yerno,
Cuando perdió bella hija:
El rubí de una sortija
Se lo podrá asegurar,
Que una abeja le lleva la flor
A otro mejor colmenar.
Picar, picar,
Que cerquita está el lugar. —
(GÓNGORA, *Obras de.*)

1 Mas bien que caballeresco, es amatorio este hermoso romance, lleno de amena, picante y festiva poesía.

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRONICAS GALESAS.

335.

AMADIS DE GAULA. — I.

(*Anónimo.*)

En la selva está Amadis,
El leal enamorado;
Tal vida estaba haciendo
Cual nunca hizo cristiano.
Cilicio trae vestido
A sus carnes apretado;
Con disciplinas destruye
Su cuerpo mas delicado.
Llagado de las heridas,
Y en su señora pensando,
No se conoce en su gesto,
Segun lo trae de delgado.
De ayunos y de abstinencias
Andaba debilitado;
La barba trae crecida,
D'este mundo se ha apartado:
Las rodillas tiene en tierra,
Y en su corazon echado [1],
Con gran humildad os pide
Perdon si habia errado.
Al alto Dios poderoso
Por testigo ha publicado,
Y acordadósele habia
Del amor suyo pasado,
Que así le derribó
De su sentido y estado.
Con estas grandes pasiones
Amortecido ha quedado
El mas leal amador
Que en el mundo fué hallado.
(*Cancionero de Romances.*)

1 En la *Rosa española*, segunda parte de romances de Timoneda, despues de este verso añade los siguientes:

Con humildad y paciencia
A su señora ha invocado:
Diciéndole está: — ¡Oriana!
Si en alguna cosa he errado
Suplícote que perdones,
Pues me ves tan humillado.—
Con estas graves pasiones etc.

Este romance alude á la penitencia que Amadís de Gaula hizo en la peña Pobre, desterrado por injustos celos de la presencia de Oriana. — Cervantes parodia este lance del libro caballeresco, haciendo que Don Quijote, suponiéndose desdeñado de Dulcinea, se retire á hacer penitencia á la Sierra-Morena.

336.

AMADIS DE GAULA. — II.

(*Anónimo* [1].)

En la selva está Amadis,
El leal enamorado:
De lágrimas de sus ojos
El campo tiene regado,
Por una carta sañosa
Que Oriana le ha enviado.
Palabras que está diciendo,
Son de dolor y cuidado.
—¡Oh mi padre Perion!
¡Oh mi padre, rey honrado,
Que muero sin tú sabello,
Por lo cual vo mas penado!
¡Oh mi padre, si supieses
Quién aquesto me ha causado,
Bien sé no t'espantarias,
Ni de tí seria culpado!
¡Oh buen viejo Don Gandales,
Amigo mio muy honrado,
Vos me sacastes del arca
De la mar, do iba encerrado,
Siendo yo chica criatura
De aquesa noche criado!
Vos me mostrastes crianza,
Por do fui siempre estimado,
¡E agora que ya soy grande
Dejo vos desamparado!
¡Oh Mabilia, mi cohermana,
Ya de mí no habeis cuidado!
¡Doncella de Denamarca,
Mi servir has olvidado!
¡Oh mi señora Oriana,
Que muero por tu mandado!
Mas si d'ello eres servida,
No me llamo desdichado,
Antes me llamo dichoso
Y en la muerte afortunado.
A lo ménos donde fuere,
Aunque vaya condenado,
Lo uno en no ver tu forma,
Ni tu genio deseado,
E ver tu lindo semblante
Contra mí en furor tornado.—
Con el dolor que sentia
La habla se le ha quitado.
Estando así Amadís
Como de un sueño pesado
Vió venir un caballero
De todas armas armado. —
(*Aquí comienza una glosa del romance de Amadís.* Pliego suelto.)

1 Está entresacado de unas coplas que le sirven de glosa, donde queda cortado y sin concluir el romance.

337.

AMADIS DE GAULA. — III.

(*Anónimo* [1].)

Despues que el muy esforzado
Amadís, que fué de Gaula,
Por mandado de su señora
La hermosa Oriana,
Partió de la peña Pobre,
Do la doncella le hallara,
Vínose á Miraflores,
Adonde Oriana estaba
Puesta en muy grande cuita
Por aquel que tanto amaba,
Tan lastimada y tan triste,

Que la vida le faltara,
Si no fuera por Mahilia,
Que mucho la consolaba.
Cuando se vieron los dos,
Los dos que tanto se amaban,
No hay quien contar pudiese
La gloria de que gozaban.
Abrazados por gran rato,
Que ninguno se hablaba;
Trasportados del dulzor
Que su vista les causaba,
Como aquellos que el amor
Por igual los sojuzgaba;
En cabo de un gran rato
Cada uno en sí tornaba,
Y con muy grande alegría
El uno al otro hablaba,
Contando las graves penas
Que el ausencia les causaba;
Mas si congojas pasaron
En placer se les tornara.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Romance del Conde Alarcos*, etc. Pliego suelto.)

[1] Hé aquí en los números 335, 336 y 337 los únicos romances que nos quedan de *Amadís de Gaula*. Los tres no representan mas antigüedad que la del siglo XVI, y ninguno está comprendido en el *Cancionero general* de 1511. El *Amadís de Gaula*, desconocido para el pueblo ántes de dicha época, fué sin embargo el tipo de los libros caballerescos españoles, y el origen demasiado fecundo de una multitud, cuyas traducciones inundaron la Europa, despues que la Francia habia agotado el manantial de sus crónicas caballerescas, sus Cárlo-Magnos y sus Artuses.

338.

EL CABALLERO DEL FEBO. — I.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

El gran hijo de Trebacio
Que por sucesion venia
A ser alto emperador
De Grecia, donde asistia,
Llamado por nombre el Febo;
Flor de la caballería,
Ejemplo de la virtud,
Dechado de lozanía;
El que nunca igual halló
En esfuerzo y valentía,
El que siempre sujetó
A toda la pagania,
El que con solo su nombre
Los agravios deshacia,
El que á todos excedió
En mesura y cortesía:
Este príncipe potente
Que á los gigantes vencia,
Un niño le sujetó
Ciego, tierno en demasía,
Y fué porque le tiró
Una flecha que traia,
A la cual no hay resistencia,
Porque invisible la envía;
Y cuando verse pudiera
Poco le aprovecharia,
Pues se habia de defender
Con quien tan poco podia,
Que era su corazon tierno;
¡Mirad cuál le pararia,
Pues que de su natural
Fuerza alguna no tenia!
Y ansina muy fácilmente
Cualquiera vista le heria.
Tiróla tan fuertemente
Que forzado le rendia
A ser el mayor esclavo
Que tiene en su compañía;
Al cual le mandó que amase
A una princesa que habia
En la noble Trapisonda,
Adonde ella residia,
Cuya señora ha de ser:
Claridiana se decia,
La cual entre las mujeres
Como el sol resplandecia.
Hacia á todos gran ventaja
En su gracia y bizarría,
En hermosura y valor
Y en virtud y en gallardía,
Y en ánimo varonil
Y esfuerzo sin cobardía,
Porque solo su amador
Algun tanto la excedia,
Y con tan poca ventaja
Que apénas se conocia.
El la quiso y fué querido,
¡Ved qué gloria les sería,
Pues á Amadís en amar
El clara ventaja hacia,
Y ella á la reina Oriana,
Que de allí pasar no habia!
Pasando muchos trabajos
Y tormentos cada dia,
Vino el caso á suceder
Que necesidad tenia
De apartarse de su dama,
Porque á llamarle venia
Una doncella llorando,
Que su socorro pedia.
¡Allí viérades los llantos
Que cada uno hacia!
Allí las quejas, los celos
Que su amada le oponia!
Y para que no se fuese
Muchas lágrimas vertia.
Mas como él era esforzado,
Complacerla no podia,
Porque á ello le obligaba
La ley de caballería.
Despídense con abrazos,
Que se daban á porfía:
De solo aquello gozó,
Que mas no le concedia.
No lo querie ella dejar
Por no perder su alegría;
Parécele que la ausencia
Olvidarla causaria,
Dándole mil ocasiones,
Como de contino hacia,
Y este triste pensamiento
Tanto á la dama ofendia,
Que no le quiere soltar
Porque mucho lo temia.
Como el príncipe esto viese,
Gran pena y dolor sentia:
Dale su fe y su palabra
Que muy presto volveria
A tornarla á visitar,
Pues mas que ella lo queria;
Y así le dió la licencia,
Y el príncipe se partia.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

[1] Trece son los romances de esta clase que el hinchado pero infatigable poeta Rodriguez nos dejó sobre las aventuras del caballero del Febo, descendiente de los Amadises y de los Palmerines. Están tomados sus asuntos del libro caballeresco intitulado: *Espejo de príncipes y caballeros*, que consta de cinco ó seis partes, empezadas y continuadas en el último tercio del siglo XVI.

339.

EL CABALLERO DEL FEBO. — II.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Parte el amoroso Febo
De aquella que le ha robado
El alma y su corazon,

Con gran dolor y cuidado.
Va melancólico y triste
Y de mil ansias cercado,
Desabrido y descontento
Y casi desesperado.
Quéjase de su fortuna
Porque apartar le ha forzado
Del contento que da gusto
A su cuerpo apasionado,
Y de aquella luz que alumbra
Su corazon lastimado,
Que va ofuscado en tinieblas
Por ir de su luz privado.
No solo llora el dolor
Que le tenie atormentado,
Mas tambien el que su amada
Por su ausencia habrá tomado.
Dale mas pena esta pena
Porque la sentie doblado.
Yendo con estas tristezas
De fe viva acompañado,
Fuertes gigantes venció,
Y la soberbia ha bajado
A perversos caballeros,
Que á otros habien agraviado.
De malos aborrecido
Era, y de buenos amado;
De aquellos que poco pueden
Su favor es demandado,
A los cuales da su ayuda
Con ánimo aparejado.
De todos era temido
Y por fuerza respetado;
Y cuando ya se volvia
Por un gran campo ha pasado,
Espacioso, ameno, alegre
Y de arboleda cercado,
Tan espesa y tan crecida,
Que puede estar bien guardado
De no ser visto de nadie,
Aunque mas fuera buscado.
En medio estaba una fuente
De artificio tan preciado,
Y de tan galana hechura,
Que admiracion le ha causado.
Sonaba tan dulce ruido
Del agua por aquel prado,
Que le hizo descansar
Y estar un rato alli echado:
Y como el príncipe viese
Ser lugar acomodado
Para poder dar alivio
A su cuerpo fatigado,
Con gentil aire y presteza
Del caballo se ha apeado,
Y quitándole la silla
En un árbol le ha arrendado.
Quitóse tambien el yelmo,
Y encima se ha recostado
Para poderse aliviar
Del dolor bravo y pesado
Que le causó la memoria
De aquella que tanto ha amado.
Y estando en su dulce sueño
Un gran ruido ha sonado,
Que su descanso le quita,
Pues el sueño le ha quitado.
Levantárase por ver
Qué es lo que le ha despertado:
Ve que son unas doncellas
Que con paso apresurado
Hacien tan gracioso son
Y un cantar tan extremado,
Que con muy justa razon
Pudiera ser comparado
A aquel de las tres sirenas,
Por el mundo tan loado,
Dispuestas, lindas, galanas,
Con vestidos de brocado.
Veinte enanos pasan luego
De rostro muy afeado,
Con sayos hasta los piés
De tafetan encarnado.
Doce gigantes los siguen,
Y cada cual iba armado
De ricas armas y fuertes
Con un ancho alfanje al lado.
Tras aquesta compañía
Pasó un carro tan preciado,
Que pensó el príncipe ser
Por arte mágica obrado:
De zafiros y otras piedras
Venie todo rodeado,
Que le pareció valer
Mas que un reino muy preciado;
Y dentro vió estar dos sillas
De oro muy fino labrado.
En la una vió que estaba
Un caballero asentado,
Galan, dispuesto y hermoso,
Muy severo y agraciado,
Y en la otra una doncella
De rostro tan alindado
Y de tanta gallardía,
Que le ha todo alborotado,
Porque le pareció ser
De la hermosura dechado.
Va luego otra tanta gente
Como delante ha pasado;
Mas la vista de la dama
Ha su corazon llagado
Con tan terrible herida,
Que se sintió enajenado
Para poder mas amar
A la que primero ha amado;
Porque viendo esta doncella
Se halló tan aprisionado,
Que su alma y corazon
Firmemente le ha entregado;
Y no pudiendo sufrir
Tal herida que le han dado,
Su buen caballo desata,
Y su yelmo se ha enlazado.
Sin poner pié en el estribo
Con presteza ha cabalgado,
Y con lijera carrera
Del rico carro ha pasado,
Por solo tornar á ver
A quien tal le habie parado;
Que como él la vió pasar
Quedó mas enamorado,
Y así d'estos dos extremos
Perseguido y acosado.

(Rodriguez, *Romancero historiado*.)

340.

EL CABALLERO DEL FEBO. — III.

(De Lúcas Rodriguez.)

Con grande dolor y pena
Está el príncipe esforzado
Deseoso de saber
Quién así le ha maltratado;
Y no pudiendo sufrir
El fuego que le ha abrasado,
Ruega mucho á una doncella
Que detras se habie quedado,
Le cuente aquella aventura,
Y el fin de aquel rico carro;
La cual por dalle contento
D'esta manera le ha hablado:
—Sabed, señor caballero,
Que en aquel sublime estado
Tan real y poderoso,
Que del Catayo es llamado,
Hay una costumbre antigua

Que los reyes han guardado,
Y es que tenga tanta accion
La hija en aquel reinado
Como el hijo, aunque sea
De mil gracias adornado,
Y solo pueda heredar
El que fuere señalado
Por sus tan queridos padres
Sin salir de su mandado.
Vino acaso á suceder
Que fué el padre aficionado
Muy mas de la hermosa hija
Que del príncipe estimado,
Y al contrario de su madre,
Es el hijo mas amado.
A ella llaman Lindabridis,
El Merian es llamado,
Y así terrible discordia
Entre ellos se ha levantado,
Sobre cual ha de gozar
Del reino tan encumbrado.
Determinan una cosa
Para salir del cuidado,
Y es que vayan los dos juntos
Hasta un año ser pasado,
De aquesta suerte que veis;
Y esté el príncipe obligado
A defender que merece
Mas, en medio el campo armado,
Que su hermana Lindabridis,
Ser señor de aquel estado;
Y si fuere victorioso
En el tiempo situado,
Que le darán luego el reino
Y será señor llamado;
Mas que si fuere vencido,
Que no espere ser premiado,
Y suceda en su lugar
Hasta cumplir lo restado
El valiente vencedor
Que tanto esfuerzo ha alcanzado;
Y si sale con victoria
Hasta el año señalado,
Que gozará de aquel reino
Siendo con ella casado.
Esto es en suma, señor,
Lo que me habeis preguntado.—
Como el Febo aquesto oyese,
De sabello se ha holgado:
Dale mil gracias y ofertas
Por la cuenta que le ha dado.
Al caballo da de espuelas
Hasta que hubo llegado
Al carro triunfante y rico;
Y en llegando se ha parado,
Y haciendo su acatamiento
D'esta suerte ha razonado:
—Príncipe alto, excelente,
Y con razon publicado
Por el mas diestro y valiente
Que en el mundo se ha hallado;
Yo he sabido esta aventura
Y estoy bien d'ella informado,
Y sé cómo defendeis
Lo que os será demandado
De cualquiera caballero
Que á razon fuere llegado;
Y así vedme aquí que estoy
Muy presto y aparejado
A defenderos, que el reino
Del Catayo, tan sonado,
Le merece, y es razon
Que á vuestra hermana sea dado.—
Como el Príncipe esto oyese,
La rica silla ha dejado,
Y poniéndose sus armas
Al gran campo sale armado,
Las cuales eran de conchas
De un duro y fino pescado,
Que ningun arma contraria
Las ha algun tanto mellado,
Y tan ricas y vistosas
Que estaba el Febo admirado.
Encima un caballo sube,
En correr muy extremado,
Juntamente en hermosura,
Que Cornerino es llamado.
Apartándose á una parte,
Grandes encuentros se han dado,
Y fué tan grande el de Febo,
Que ha por fuerza derribado
Al príncipe Meridian
Mal herido y quebrantado.
Mas como el Febo lo viese,
Del caballo se ha arrojado,
Adonde con gran furor
Fuerte contienda han trabado,
En que Meridian mostró
El valor de que es dotado,
Resistiendo con destreza
Un golpe y otro pesado,
Que le da el potente Febo
Con su recio y fuerte brazo.
Mas al cabo de dos horas
Le tenie tan mal parado,
Que ya iba de vencida,
Segun le trae acosado;
Y así del valiente Febo
Meridian fué subjetado,
Quedando con muy gran saña
Y casi desesperado,
Y por no ser conocido
Quiso ir disimulado.
Su caballo y armas fuertes
Con el príncipe ha trocado,
Y despidiéndose d'ellos
Con presteza ha caminado
Al reino de Macedonia,
Adonde fué desposado
Con la hermosa Floralinda,
Que heredaba aquel estado,
Sucediendo en su lugar
El príncipe enamorado
De la linda Lindabrides
Que le tenie aprisionado.

(Rodriguez, *Romancero historiado*

341.

EL CABALLERO DEL FEBO. — IV.

(De Lúcas Rodriguez.)

Con crecido regocijo
Y alegría singular
Camina con Lindabrides
Aquel príncipe sin par,
A cumplir lo que faltaba
Para el año se pasar,
Y si sale con victoria
Irse con ella á casar
A la tierra de su padre,
Y de aquel reino gozar.
Enfrente d'ella sentado
Va por bien la contemplar,
Puestos los ojos en ella
Sin las pestañas mudar,
Porque el fuego que le abrasa
No los consiente apartar
De aquella que le ha causado
La muerte y vida á la par:
Muerte, por lo que padece
Hasta podella alcanzar,
Y vida, porque imagina
Que presto se ha de llegar
Lo por él tan deseado,
Que es con ella descansar.
Piensa agora que es querido,

Y esto le hace alegrar;
Agora, que no es amado
Para mas le hacer penar,
Y poner mas diligencia
En podella aprisionar,
Y con palabras sabrosas
Procurándose extremar,
La declara allí su pena
Por podella aficionar.
Mas desque ella le vido
Con su hermano batallar,
Y conoció que á su esfuerzo
Ninguno podie igualar,
Y que en gracia y apostura
Le quiso Dios levantar
Sobre cuantos caballeros
Quiso natura formar;
Desde aquella hora y punto
La princesa le fué á dar
Su alma y su corazon,
Sin poderse defensar.
Y ansina, yendo en el carro
Se lo procura mostrar
Con sus amorosos ojos
Y con un dulce hablar;
Y tambien con estar triste
Y algunos sospiros dar.
Y con las muestras de amor
El Febo empezó á olvidar
Del todo á esotra princesa,
Y d'ella á no se acordar,
Porque solo era su fin
Lo presente procurar.
Y lo propio Lindabrides
Le procura encadenar
En su amor de tal manera
Que no se pueda apartar,
Y en acabándose el año
Que solo podie faltar
Un mes, irse á su tierra
Y sus bodas celebrar.
Vanse á Constantinopla
Para el mes allí pasar
Defendiendo su demanda,
Que falta para llegar
Al término señalado
Y con victoria quedar.
En llegando, que llegó,
Mandó luego publicar
La demanda que traia,
Y que él ha de defensar
Armado solo en el campo
Donde empieza de aguardar
A cualquiera caballero
Que quiera con él lidiar.
El Emperador su padre
Su demanda fué á aceptar,
Y así hizo un cadahalso
Por podello bien mirar,
Y otro para que su madre
Pueda á su placer estar
Con otras muchas princesas
De valor y gran beldad,
Y de tanta hermosura
Que no hay mas que desear.
Entre todas se señala
La que quiso señalar
Dios, de tanta gentileza
Para su poder mostrar,
La Princesa Claridiana
Que se habie venido á holgar,
Por saber si habria nuevas
De aquel que le fué á robar
Su alma y su corazon,
Y si no comunicar
Con los que él tratar solia,
Por poderse consolar,
Imaginando que habla
Con los que él solia hablar.
Cuando Febo entró en el campo,
Una carrera fué á dar,
Con tan gallarda postura
Que hizo maravillar
A todos los que le vieran,
No pudiendo divisar
Las pisadas del caballo,
Segun corre sin parar.
Quiérele ella conocer
En el gentil cabalgar;
Mas verle con tales armas
No lo podie imaginar,
Y así piensa qu'el deseo
La debia de engañar;
Mas porque ve que parece
A aquel que tanto fué á amar,
Sus muy agraciados ojos
No puede d'él apartar,
Deseando mucho verle
De sus contrarios triunfar.
Estando así embelesada
Vido por la plaza entrar
Muy apuestos caballeros
Que no se podien contar,
Que vienen por la Princesa,
Ganosos de pelear:
Quiere cada cual llevalla,
Y de tal prenda gozar:
Vienen ricamente armados,
Por mas su valer mostrar.
Cuanto el premio es estimado,
Tanto esfuerzo basta á dar
A los valientes guerreros
Para poder pelear.
Mas el animoso Febo
No puede temor cobrar:
Vence á uno, á dos, á tres,
Que era cosa de espantar
Cuán fácilmente los rinde,
Sin cosa alguna estimar
Sus desaforados golpes
Que hacien la tierra temblar,
Aunque fuera mas valiente
A su desprecio y pesar,
De aquesta suerte y manera
Cuarenta fué á subjetar
Con tanta desenvoltura,
Que les hacie renegar,
Maldiciendo á quien le trujo
Para así los deshonrar,
Porque de su rica silla
No le podien menear:
Y porque venie la noche
No pudo mas batallar
Y mandaron que cesase
Por entónces el justar:
Y así fué con Lindabrides
A su carro á reposar.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

342.

EL CABALLERO DEL FEBO. — V.

(De Lúcas Rodriguez.)

Ya queria el dorado Febo
Su gran carro aderezar,
Y sus feroces caballos
Con una vara domar,
Para que temblando d'él
Obedezcan su mandar,
Y le traigan por el cielo
Sin un momento parar,
Porque sus lucientes rayos
Pueda por él derramar;
Y viendo que ya era tiempo,
Tanto les fuera á azotar
Que les hace como á toros

Terribles bramidos dar,
Y correr tan velozmente
Sin un punto sosegar,
Que á cabo de poco rato
Pudo bien desparramar
Sus muy rutilantes rayos
Y á todos regocijar,
Que la triste y larga noche
Les hace tristes andar,
Cuando el generoso griego
Se comienza á levantar
De su regalado lecho
Y á grande pricsa se armar,
Y con su alta compañía
Va á ponerse en el lugar
Que los muy justos jueces
Pusieron para justar.
Y como luego vinieron
Sus padres á se sentar,
Con valientes caballeros
Grande justa fué á trabar,
Donde tanto se mostró,
Que presto fué á derribar
A todos los principales:
Solo uno fué á quedar,
Que era Rosicler, su hermano
De esfuerzo particular,
Con el cual, si no fuera él,
No se podie comparar
Otro ningun caballero,
Ni tener con él igual;
El cual se armó de sus armas
Muy ricas, y de estimar,
Y subiendo en su caballo
En el campo fué á parar,
Con tan gentil continente
Que era cosa de mirar.
Desafiando á su hermano
A un lado se fué á apartar,
Y tocando las trompetas
Se vinieron á encontrar
En medio de la carrera
Que parecian volar:
Encuéntranse de las lanzas
Sin cosa sana quedar;
Suben tanto las astillas,
Que piensan que van á dar
Al supremo y alto cielo,
No pudiendo divisar,
Segun iban de veloces,
Adonde podien llegar:
De caballos y de escudos
Se vinieron á encontrar,
Y á darse tan grandes golpes,
Que forzado les fué dar
En el duro y ancho suelo
Ambos juntos á la par
Con los yelmos derrocados
Para mas les admirar
A los que estaban presentes,
Y con alegría dejar
A los que estaban con pena,
Por verlos asl afrentar
Por un caballero extraño,
Sin podello remediar.
Mas como lo conocieron,
Con un gozo singular
Y con alegría subida
Corren todos á besar
Las manos á su señor,
Sin poder disimular
El contento que les viene
Sobre tan duro pesar.
Bajaron tambien sus padres
Por poder presto gozar
De la vista de su hijo,
Al cual fuéron á abrazar,
Y con paternal amor
Se comienzan de quejar
D'él, porque tanto ha tardado
Sin venir á reposar
Con sus amigos y padres.
Tambien le van á hablar
Aquellas altas princesas,
Aunque sola fué á faltar
La princesa Claridiana
Por no dar que sospechar.
Mas el Príncipe discreto
La supo bien disculpar,
Que dejó á todos contentos,
Y así se fué á descansar
Despidiéndose de todos,
Y acabando allí de dar
Fin á aquella real empresa,
Digna de no se olvidar
Para siempre de ninguno,
Procurando le imitar.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*

343.

EL CABALLERO DEL FEBO. — VI.

(*De Lucas Rodriguez.*)

Ya seria media noche,
Que ruido no sonaba,
Cuando aquella real princesa
En dos extremos estaba
De alegría y de tristeza
Mirando lo que pasaba.
Por una parte está alegre
Porque vió al que tanto amaba;
Y por otra está muy triste
Viendo cómo acompañaba
A la hermosa Lindabrides
Y en su defension andaba.
Piensa que á la otra queria
Y que á ella la olvidaba,
Y aquesta amarga sospecha,
Tanto á la dama aquejaba,
Que no podia sosegar,
Y así dos mil vuelcos daba
Encima su rico lecho
Cuya sábana apretaba:
Con sus manos, piés y dientes,
Cosa sana no dejaba,
Y con dolor muy crecido,
Rabia, gime y basqueaba,
Por no poder sospirar,
Que es lo que mas le aquejaba,
Que pareció estar sin vida
Y el alma se le arrancaba
Del su tan gallardo cuerpo
Segun su color mostraba.
Mas cuando volvió en sí,
Tan grandemente lloraba
Que movia á compasion
Segun que se maltrataba.
Y no pudiendo sufrir
El mal que la atormentaba,
Alzando la triste voz
Una doncella llamaba,
De la cual ningun secreto
Encubria, ni celaba.
Dícela que prestamente
Cumpla lo que le mandaba,
Y es: que llame luego á aquel
Por quien tanto mal pasaba,
Y le diga que al proviso
Venga donde ella quedaba.
La cual como es diligente
Y agradarla procuraba,
Despues de pequeño rato
A su aposento llegaba,
Y dando muy recios golpes
Por el Febo preguntaba,
El cual de su cama luego

Lijero se levantaba.
Tomando su espada rica
A la puerta se paraba,
Y como supo quién era,
Y tambien quién la enviaba,
Vístese y arma de presto,
Su lindo escudo embrazaba,
Y mandando abrir la puerta
A gran priesa caminaba,
A ver aquella que ántes
Su corazon traspasaba:
El cual de la antigua herida
De nuevo se refrescaba
En aquella llaga antigua
Que la ausencia le sanaba.
Y como llegó al lugar
Do Claridiana aguardaba,
De empacho, vergüenza y miedo
Todo su cuerpo temblaba
Viendo como habie faltado
La fe que siempre le daba.
Y como la vido así,
Palabra no la hablaba.
Viendo tanta hermosura,
De nuevo se aficionaba;
Lo mismo aquella princesa
Toda en velle se turbaba.
Con un entrañable amor
A su querido abrazaba,
Y no pudiendo sufrir
El fuego en que se quemaba,
Con lágrimas de placer
Su linda boca besaba;
Y teniéndole apretado,
De su ausencia se quejaba,
Preguntándole el por qué
Tanto della se ausentaba,
Y á esotra princesa mora
Tanto tiempo acompañaba.
Y como aquesto decia
Mil lágrimas derramaba
Con las cuales de su amante
Su rostro y pecho bañaba,
Y con el dolor que siente
Desmayada se quedaba:
Parecie quel corazon
De su cuerpo le faltaba,
Segun los golpes le da;
Mas cuando en sí ya tornaba,
El príncipe muy turbado
Sin dilacion le contaba
A la penosa princesa
Lo que tanto deseaba.
No le dice la verdad;
Mas lo que poco importaba.
Dícela que la virtud
A defender le obligaba
La causa de Lindabrides,
Y que no era porque amaba
A ella, y su alto reino,
Porque nada lo estimaba:
Y con pena desigual,
Porque vea que le pesaba
Pide y ruega á la princesa,
Porque razon le forzaba
A que lleve á Lindabrides
A la tierra do habitaba,
Que le dejase ir con ella
Y qu'él su palabra daba
De entregársela á sus padres,
Y volver do agora estaba;
Y que si de aquesta fe
Ella no se confiaba,
Que le diese una doncella,
Y qu'él prometia y juraba
Que se volverie con ella,
Si muerte no lo estorbaba.
Y como ella aquesto oyese
Con gran dolor lamentaba;
Imagina que su amante
Con palabras la engañaba,
Y así no querie otorgar
Lo que Febo deseaba,
Que era darle la licencia,
Que tanto le demandaba.
Pero viendo que su amante
El partir no se excusaba
Dice: — Que se vaya luego,
Mas que su palabra daba
Que si no cumple la suya,
De tomar venganza brava. —
Y dándole una doncella
Que Periana se llamaba,
El príncipe con abrazos
De su amada se apartaba,
La cual con grande tristeza
Con pena y dolor quedaba,
Porque se ha de ver ausente
Del que mas que á sí amaba.
Despídese de sus padres
Y á su compañía tornaba,
La cual estaba penosa
Viendo cómo se tardaba,
Y con ella á grande priesa
Al Catayo caminaba.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

344.

EL CABALLERO DEL FEBO.—VII.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

De pensamientos cercado
El griego jóven quedó,
Como se vido apartado
De aquella vista, que dió
A su corazon tal golpe
Que por medio lo partió:
Mas la linda Lindabrides,
Como su tibiez mostró,
Con palabras regaladas
Tanto allí le enterneció,
Que forzado á que la quiera
Al Febo ilustre forzó
Dándole favores mil,
Con lo cual le enajenó
Para poder mas amar
A la que primero amó.
No iba ménos la princesa;
Que tan igual los hirió
El tirano y cruel Cupido,
Que bien su poder mostró,
Porque al uno nada falta,
Ni al otro punto sobró.
Iba cada cual gozoso,
De lo que nada se holgó
La doncella Periana,
Que rabia mortal tomó,
Viendo cómo á su señora
Este príncipe engañó
Faltándole la palabra,
Y á la fe que la ofreció
De que no la olvidaria
Y allí lo contrario vió;
Desabrida y descontenta
Todo el tiempo caminó.
Yendo cerca de su tierra
Lindabrides envió
Una doncella á decir
Todo cuanto aconteció
Al Emperador su padre,
Y en un lugar se quedó
A dos millas del Catayo,
Y allí un rato descansó.
La doncella es diligente,
Presto al Catayo llegó,
Y á sus poderosos padres

Lo que ha pasado contó.
El padre estaba gozoso
Por ver lo que él deseó
Tan de véras, ya cumplido,
Y aunque al principio pesó
A la emperatriz su madre,
Luego mucho se alegró
Como en lugar de su hijo
Otro sin igual cobró:
Y así de hacer regocijos
Por todo el reino mandó:
Lo que á recibir tocaba
Ella á su cargo tomó,
Para mostrar el contento
Que esta nueva le causó,
Y con muy solemnes fiestas
A sus hijos recibió;
Y cuando para casallos
La hora y tiempo llegó,
En un lecho estando echado
Periana al Febo habló,
Y con saña dura y brava
Quel enojo la cegó,
Le acuerda allí la palabra,
Que á su amada prometió
De no casarse con otra,
Y tambien le remembró
Que mirase ser cristiana
Y que él en su ley nació,
Y esotra ser descreida
Porque nunca en Dios creyó.
Dícele tambien que quiera
A aquella que mas le amó,
Y mire que á Claridiana
Nunca mujer le igualó,
Que en valor y beldad rara
A esotra mucho excedió;
¿Que porqué tan á las claras
Así la menospreció?
Pues sabe que á quien la agravia
Nunca bien le sucedió,
Porque en ánimo y esfuerzo
Dios sin igual la crió,
Y así, que le hace saber,
Que si alto nombre alcanzó
Entre todos los mortales,
Que ya todo lo perdió,
Porque todas sus hazañas
La presente escureció,
Y que no esté muy gozoso
Si á Claridiana burló,
Pues no fué gloria burlar
A quien mal no mereció,
Y que puede estar seguro,
Si á su señora ofendió,
Que ha de vengar la ofensa;
Y con esto se apartó
Del príncipe, no queriendo
Volver, aunque la llamó,
Y ansina, de pensamientos
Rodeado le dejó.
Comenzó á considerar
Lo que allí le relató
La doncella Periana,
Y á su escudero pidió
Su caballo y armas fuertes
Y prestamente se armó.
Con lijereza no vista
En el caballo subió,
Y con ansia y agonía
Del Catayo se alejó.
Va siguiendo la doncella
Que tanto le alborotó,
Tristísimo, y muy lloroso
Contemplando cómo erró
En faltar así á su amada
La palabra que le dió.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

345.

EL CABALLERO DEL FEBO.—VIII.

(De Lúcas Rodriguez.)

Con pesadumbre rabiosa
La fiel Periana partia
Del caballero del Febo
Mirando la alevosía,
Pues le faltó la palabra
Que en razon cumplir debia.
Con la gran ira que lleva
Con voz alta en demasía
Le llamaba de traidor,
Perro y falso le decia.
Yendo con este dolor
Hacia Trapisonda guia,
Do la noble Claridiana
Esperándole estaria.
Con la gran priesa que lleva
Muy presto llegado habia:
Fuérase para palacio,
Y cuando por él subia,
Van muchos á la princesa
A decir cómo venia
Su doncella Periana
Porque mucho la queria.
Sale toda alborotada
Hasta saber lo que habia;
Y como vió á su doncella
Con ansia y gran agonía,
La abraza y besa en el rostro
Y á su cámara la envía.
Y como se vió con ella,
Claridiana la pedia
Que le dé cuenta y razon
Del recaudo que traia.
Periana hablar palabra
De turbada no podia,
Que dar tan amargas nuevas
A su señora temia,
Porque su dolor y pena
Mas que la suya sentia.
Y viéndola así turbada
La princesa la reñia,
Porque no la decie presto
El príncipe, si venia,
O sino qué se habie hecho
Pues ve cuánto la ofendia,
En tardar tanto á contar
Lo que saber pretendia;
La cual con voz lamentable
El succeso referia.
Y como lo hubo escuchado
Se quedó casi sin vida,
Viendo ser menospreciada
Por el que su alma tenia.
Arañábase la cara,
Sus vestiduras rompia,
Sus muy alindadas manos
Con rabia y furor torcia,
Y sus labios rubicundos
Los maltrataba y mordia
Con sus cristalinos dientes,
Tanto, que sangre corria
Dellos, en tanta abundancia
Que á gran compasion movia.
Arrancaba sus cabellos,
Sus tocados deshacia,
Dábase de cabezadas,
Cruelmente se heria;
Con sospiros y sollozos
Muchas lágrimas vertia,
Y con voz triste y llorosa,
Que hasta los cielos subia
Decia: — ¡Perro, traidor!
¿Cuándo yo te merecia
Que me dieses tan mal pago,
Pues mas que á mí te queria,

Olvidándome por otra
Que ménos que yo valia,
Mora, y mala como tú,
Que nunca á Dios conocia?
Cielo, duélete de mí,
Y aqueste falsario envía
A las furias infernales
A pagar su alevosía;
Y sino, traémele aquí,
Porqué yo le mostraria,
De mi persona á la suya
La maldad que cometia
Haciéndole mil pedazos
Por la maldad que hacia. —
En diciendo estas razones
De su estado se caia;
Dando un mal golpe en el suelo,
Pié ni mano no movia,
Que parece estar difunta,
Porque nada no sentia.
La doncella lastimosa
Tambien le hacie compañía
Amargamente llorando
Porque tal nueva traia;
Y viéndola desmayada
Un poco de agua vertia
Sobre su jarifo rostro,
Y cuando ya en sí volvia
Fué con amargo sospiro,
Que parece que queria
Apartarse de su cuerpo
Su alma, segun le envía.
Y cuando ya sosegaba,
Sus ricas armas pedia,
Y su lijero caballo,
De las cuales se vestia,
Y subiendo encima dél
Se parte sin compañía,
Con coraje bravo y fuerte,
Llena de melancolía
A tomar cruda venganza
De quien tan mal la ofendia.
Endereza su camino
A Grecia, donde asistia
El Emperador su padre,
Y adonde saber podría
De su hijo, el grande Febo
Si desposado se habria;
Y en llegando, vió que fiestas
El Emperador hacia
Porque habia dias muy pocos
Que otro hijo le nacia,
Y así se quedara en Grecia
Aguardando si vendria
Su amante cruel á las fiestas,
O sino, le informarian
Los que á ellas viniesen
Lo que á saber pretendia.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

346.

EL CABALLERO DEL FEBO. — IX.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Con furia muy desmedida
Y braveza demasiada,
Aquel generoso griego
Va buscando á Periana,
Para ir junto con ella
A ver su primera amada.
Iba triste y pensativo
Con desesperacion brava,
Tan furioso y desabrido,
Que de verdad mucho holgara
Encontrarse con alguno
En quien secutar su saña,
Que por oidos y narices
Humo negrísimo echaba,
Y sus ojos parecian
Ser de alguna fina grana:
Llévalos del gran coraje
Mas encendidos que brasa.
Yendo con esta tristeza
A gran priesa caminaba,
Tanto que presto llegó
Orillas del mar, do estaba
Una nao de pescadores
Con la cual se solazaba.
Díceles con muchos ruegos,
Que á su tierra deseada
Quisiesen luego llevarle,
Que su ida serie pagada:
Los cuales por complacerle
Su pedimiento aceptaban.
Ponen velas al navío
Y á remar priesa se daban,
Tanto, que en muy poco tiempo
Fué su tierra devisada;
Y cuando al puerto llegaron,
Su traida regraciada
A la gran Constantinopla
Su camino enderezaba;
En la cual están sus padres
Y toda su alta prosapia,
Y á la cual va muchas veces
Su señora Claridiana.
Y cuando por ella entró
Un grande ruido sonaba;
Y preguntando qué fuese,
Un hombre le declaraba
Que eran unas grandes fiestas
Que su padre hacer mandaba,
Porque le ha nacido un hijo
Que Claramante se llama.
Y como Febo lo oyese
En gran manera se holgaba,
Y con mucha instancia y ruego
A aquel hombre suplicaba
Que unas ricas armas negras
Luego á su poder le traiga,
Porque quiere disfrazado
Entrar en la tal batalla:
El cual cumpliendo su oferta
Se las trae, y él d'ellas se arma
Y guardándole las suyas,
El príncipe caminaba
Donde se hacen las justas,
Y como al campo llegara
Vido que en los miradores
Estaba su linda amada
Con sus muy queridos padres,
Que gran gozo le causara.
Y porque su valentía
Primero fuese mostrada,
Contra un mantenedor
Su caballo enderezaba,
Y el otro por el contrario:
Fuertes encuentros se daban
Aunque del golpe primero
El Febo lo derrocaba.
Tambien derribó otros tres,
Que la justa defensaban,
Y otros muchos caballeros
Que aventureros andaban.
Conócele la princesa
En el jugar de la lanza,
Y en sus fortísimos golpes:
Quítase de la ventana,
Y con armas diferentes
Sale en medio el campo armada;
Vase para el grande Febo
Y d'esta manera le habla:
—Señor, bien habeis mostrado
Vuestro valor, por la lanza.
Ruego y pídoos por merced
Que vaya nuestra batalla

A todo rigor y trance,
Para saber si de espada
Sabeis ofender tan bien.—
Y él oyendo su demanda
Le concede lo que pide,
Y un trecho d'ella se aparta
E hiriendo los caballos
Con una furia tamaña,
Se vinieron á encontrar
Con sus gruesísimas lanzas,
Haciéndolas mil astillas,
Casi no se devisaban :
De caballos y de yelmos
Y de escudos se encontraban
Con tan gran furor y fuerza
Que á todos mucho admiraban.
Mas como son extremados,
Como una fuerte muralla
Se tuvieron en las sillas,
Y con gran rigor y saña
Se daban tan fuertes golpes,
Que los yelmos abollaban,
Y sus armas deshacian
Y sus escudos rajaban :
Con sus extremadas fuerzas
Mortalmente se llagaban,
Tanto, que ya todo el campo
De su sangre rojeaba.
Pasadas eran dos horas,
No se conocia ventaja :
Como si fuera al principio
La batalla comenzaban
Con tan espantosos golpes,
Que ya todos se admiraban
Cómo no estaban deshechos
Segun que se maltrataban.
Pasadas eran tres horas,
Ningun cansancio mostraban,
Y ninguna mejoría
Entre ellos se devisaba :
Mas al cabo de cuatro horas
Que su lid fué comenzada,
Empezaba á desmayar
La princesa Claridiana
Tanto, que ya veian todos
Que habia de ser subjetada;
Y como ella esto viese
D' esta suerte á Febo habla.
—¡Desleal, perro, malvado,
Traidor, de mala canalla,
Sin fe, falso y alevoso,
Sin virtud, sin Dios, sin alma,
Malvado! ¿qué te movió
A dejar desamparada
A la que tanto te quiso
Y con firmeza te amaba,
Por otra enemiga mora
De ménos valor y fama,
Pues sabias de tu ley
Ser descreida y malvada?
¡Mira que te pido y mando
Que luego de mi te vayas
Do tu nombre oir no pueda,
Si quieres que yo no vaya
A desesperarme luego!
¡Vete, cruel, sin palabra! —
Y como le hubo hablado
Un tal golpe le asentaba
Que le hizo dar de mano,
Que casi quedó sin habla.
Mas como volvió en sí
Y conoció ser su amada
Aquella á quien ha ofendido
Con su cortadora espada,
Con dolor grande y crecido
De rodillas se hincaba.
Ruégale le dé la muerte
Por la gran maldad que usaba;
Y mostrando mucho enojo
Del príncipe se apartaba
Dejándole pensativo
Viendo como así sacara
La sangre de su señora;
Y esto tanto le penaba,
Que no podia sosegar,
Y así del campo se aparta.
Vase á casa de aquel hombre
Donde sus armas dejara :
Armóse d'ellas muy presto,
Y sin hablar mas palabra
Determina de cumplir
Lo que su amada mandaba,
Y así con dolor terrible
Y la memoria cansada,
Se despide de su huésped
A perder su vida y alma.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

347.

EL CABALLERO DEL FEBO. — X.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Hallábase el alto Apolo
Muy molido y fatigado
De aquella larga carrera
Que por el mundo habia dado :
Sus caballos espumantes
Estaban ya tan cansados
Que no pudieran mas dar
Hácia adelante algun paso.
Ya comenzaba á esconder
Sus muy rutilantes rayos
Que doraban este suelo
De un color tan espejado,
Que cada cual en miralle
Quedaba regocijado.
El cielo, que del calor
Del dia, estaba ñublado,
Daba muy terribles truenos
Y relámpagos airados,
Y junto d'esto caia
Un granizo entrevelado
Con un agua temerosa
Que era gran dolor y espanto,
Porque parecia ser
Otro diluvio llegado,
Cuando aquel ilustre Febo
Caminaba muy penado
Maldiciendo su ventura
Que le ha puesto en tal estado,
Permitiendo cruelmente
Que muera desesperado.
Quejábase de sí mismo
Porque todo lo ha causado,
Pues cometió el aleve
Con su descanso y regalo.
Acusaba á su fortuna,
Que le diera aquel reinado
Tan real y poderoso
Para ser mas infamado,
Pues la gran maldad que hizo
Lo tenia todo borrado,
Dando la mayor caida
Que nunca hombre habia dado,
Pues le convenia ir
A morir deseperado.
Para agradar su señora
Iba á cumplir su mandado.
Con grandes lloros y quejas
Toda la noche ha pasado,
Hasta que en amaneciendo
Riberas del mar se ha hallado,
Adonde vió que un navío
Estaba á un mástil atado.
No vido gente ninguna
De quien pueda ser mandado,
Y así con mucho contento
Del caballo se ha arrojado,

Y metiéndose con él
El navío ha desatado.
Pero aun no lo hubo bien hecho
Cuando se quedó admirado,
Porque con gran lijereza
El navío ha caminado,
Sin que pueda ver de quien
Pudiese ser gobernado:
Pero bien entendió luego
Ser el navío encantado.
Daba tan veloz corrida
Que parecie ir volando,
El cual de mantenimientos
Halló estar aparejado;
Y á cabo de pocos dias
Una tierra ha devisado
De arboledas abundosas,
Que la estaban lustre dando,
Aunque vido estar sus casas,
Y castillos derribados.
Deseaba ver alguno
Por poder ser informado,
Cuya fuese aquella tierra,
Y quien la hubiese asolado.
Yendo con esta congoja
Un grande ruido ha sonado,
Y volviendo la cabeza
Vido que era un grande barco
En el cual un caballero
Iba apriesa navegando.
Pidele por cortesía,
Que le sea declarado
Qué tierra fuese aquella,
Y quién tan mal la ha parado.
El cual como era cortes
D'esta suerte ha razonado:
—Sabed, gentil caballero,
Que este lugar es llamado
La Insula solitaria,
Porque ántes fué poblado,
Y agora por gran desastre
De ninguno es habitado,
Porque un animal feroz
Dicho endemoniado Fauno,
El mas robusto y furioso
Que en el mundo se ha hallado,
Se ha criado dentro de él,
Y él es quien lo ha arruinado,
Echando por tierra todo
Cuanto fuera fabricado.
Matando sus moradores,
A ninguno ha perdonado,
Sino fuera á los que huyendo
A otras tierras se pasaron,
De suerte, que de ninguno
Este pueblo está ocupado,
Si no es de aquel demonio
Que tanto mal ha causado.—
Y con esto se despide,
Que está de miedo temblando.
Dale Febo muchas gracias
Por la cuenta que le ha dado,
Y como se paró á pensar,
Entre sí ha determinado
De acabar allí su vida,
Que allí lo vie aparejado.
Con su amado Cornerino
Del rico barco ha saltado;
El cual con gran lijereza
De la tierra se ha apartado,
Quedando el potente Febo
Muy confuso y admirado,
Porque vió aquel barco ser
Por arte mágica obrado,
Que del sabio Lirgandeo
De contino era guiado,
Porque como era su amigo
Sus hechos tomaba á cargo.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

348.

EL CABALLERO DEL FEBO.—XI.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Aquel magnánimo Febo,
Que morir determinaba
En aquella triste tierra
Fragosa y deshabitada,
Luego que se vido en ella
Con gran dolor de su alma,
Quita la silla al caballo
Y sus jaeces de plata;
Y como si él lo sintiera
De aquesta manera le habla:
—¡Oh caballo venturoso,
Cuando en compañía andabas
De aquel príncipe potente
Que del Catayo se llama,
Y agora por gran desdicha
Con esta triste compaña
Que tantas veces por ti
De sus contrarios triunfaba,
Por ser el mas extremado
Que en todo el mundo se halla!
Quédate adios, porque voy
A recebir muerte brava,
Para dar contento á aquella
Que en todo me rige y manda.—
Y como lo hubo hablado
Con gran priesa caminaba
A buscar aquel demonio
Y mover con él batalla.
El caballo es muy fiel,
D'él un punto no se aparta;
Mas el Febo con las riendas
Crudamente le azotaba,
Aunque con algun dolor
Porque en extremo le amaba,
Y con el dolor que siente
Por el campo se apartaba,
Dejando al príncipe solo,
Que tiernamente lloraba
Su mala fortuna y suerte,
Pues tan cruel se mostraba;
Y así comenzó á subir
Por una áspera montaña
De arboleda tan crecida,
Que parecie que llegaba
Con sus fines á las nubes,
Segun estaba encumbrada.
Con grandísimo trabajo
Ya tres horas se pasaban
Que el príncipe la subia,
Y nunca al fin la llegaba,
Hasta que al cabo de cuatro
Encima d'ella se halla.
En ella vido una peña
De jarales rodeada,
Y mas abajo un gran campo,
Donde aquel demonio estaba.
Allí comenzó á pensar
Si peleará con su espada:
Parecióle cosa injusta
Pues que la sangre sacara
Con ella de su princesa
Que á otro ninguno tocara,
Y ménos á un animal
De tan mala y vil canalla.
Porque á ninguno viniese
Procuraba de quebralla,
Y la punta con la cruz
Muchas veces le juntaba;
Mas no la pudo quebrar
Segun era de extremada.
Y como el Febo esto viese
Con su fuerza mas que humana
La tomó con ambos brazos,
Y en la peña la hincaba,

Dando tan terrible golpe,
Que hasta la cruz la pasa,
Y con un clavo que halló
Unas letras señalaba,
Que como se iba á morir
Decian y declaraban:
Tambien la causa y por qué
En él escrito dejaba.
E yéndose á un grande roble
Un fuerte tronco desgaja
Y con él se va á buscar
Aquella fiera animalia,
Y á cabo de poco rato
La vido que estaba echada
Durmiendo en el duro suelo,
De catadura tan brava,
Que pensó que en el infierno
No hubiera vision mas brava.
Y encomendándose á Dios,
Muy junto á él se acercaba.
El cual como oyó el ruido
Presuroso se levanta,
Y como vido al Febo,
Con una furia endiablada
Arremete para él;
Mas el príncipe le aguarda
Con su ñudoso baston,
Y en él un golpe descarga,
Tal, que su dura cabeza
Agramente le maltrata,
Porque la boca y narices
Mucha sangre derramaba,
Y con el dolor que siente
Terribles bramidos daba.
Vuelve con ansiosa furia,
Y al príncipe le acertaba
Con su mano un tan gran golpe,
Que muy mal lo maltrataba,
Porque sus agudas uñas
En su cuerpo le apretaba.
Vuelve el príncipe furioso,
Acrecentando su saña,
Y encima de la cabeza
Tan gran golpe le asentaba,
Que los cascos y cabeza
Todos los desmenuzara,
Y los sesos esparcidos
Por los hombros le saltaban.
Y ansina dejó allí muerta
Aquella bestia endiablada,
Y dando gracias á Dios
En el suelo se sentaba
Para poder descansar
Del dolor que le aquejaba,
Y se quedó allí haciendo
Vida muy desesperada,
Comiendo de algunas frutas
Y de yerbas que allí hallaba,
Denegrido ya del sol,
Que gran compasion causaba
A cualquiera que lo viera,
Segun que mudado estaba:
Y tan flaco y amarillo,
Que su muerte se acercaba,
Y con el cabello largo
Que á salvaje semejaba.
Quéjase de su querida,
Que tan gran crueldad usara;
Y tambien de sí, que fué
De su mal la mayor causa.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

349.

EL CABALLERO DEL FEBO. — XII.

(De Lúcas Rodriguez.)

Aquel alto emperador
Que tenia á su mandar
La mayor parte del mundo,
Poderoso por la mar:
Aquella ilustre raiz
De do pudo dimanar
La princesa Lindabrides,
En hermosura sin par,
Y padre tambien que fué
Del príncipe Meridian,
De la burla que le hizo Febo
Tanto esfuerzo fué á tomar,
Que con cólera encendida
Envió á desafiar
Al emperador su padre,
Enviándole á avisar
Que se aperciba de gente,
Y que procure juntar
A todos sus valedores,
Porque él quiere allá pasar
Para dalle cruda guerra,
Y d'ella no se apartar
Hasta que abrase su tierra
Y toda la cristiandad,
Porque con tan grande aleve
El Febo le fué á burlar,
Menospreciando su hija
Que con él queria casar.
El emperador Trebacio
Mandó luego pregonar
La guerra por todo el reino
Y tambien envió á llamar
A sus parientes y amigos
Que le vengan á ayudar.
La princesa Claridiana,
Como supo la verdad,
Que su Febo tan querido
Su fe no fuera á faltar,
Pues tan gran copia de gente
Contra él manda juntar
Su padre de Lindabrides
Para su maldad vengar.
Por una parte está alegre
Viendo cómo fué á engañar
Aquella mora enemiga,
Que la hacie penosa andar,
Y por otra está muy triste
Porque así fué á desterrar
A su muy querido amante
Sin alguna culpa hallar:
Y con la pena que siente
Se comienza apriesa á armar,
Y subiendo en su caballo
Va su príncipe á buscar
Con su doncella Periana
Que la fuera á acompañar.
Iba dando mil sospiros
Que era para apiadar
A cualquiera que la viera,
Segun hacie de llorar:
Y al cabo de cuatro dias
Al puerto fuera á llegar
Donde vió que un grande barco
Acababa de parar.
Vió que d'el un caballero
En tierra querie saltar,
Que era aquel que al grande Febo
Quiso tanto gusto dar
De decir, que tierra fuese
En la qu'el fuera habitar.
Al cual con muy grandes ruegos
Le empieza de suplicar
Le diga si acaso ha visto
Algun caballero andar
Por la mar, con unas armas
De un pescado de estimar:
A la cual el caballero
Le responde sin tardar:
Qu'el vió á ese que pregunta
En una ínsula entrar
Llamada deshabitada,

Porque no se puede hallar
Hombre ni edificio en pié,
Que todo lo fué á asolar
Un endemoniado Fauno
De braveza singular,
Y que dentro fué á vivir
Y su vida allí á acabar.
Como Claridiana oyese
Nuevas de tanto pesar,
Le pide que le dé el barco
Para podelle buscar,
Porque el alma de su amigo
Se pudiese remediar.
El otro, que es comedido,
El barco le fué á dejar,
Y despidiéndose d'ella,
Con presteza desigual
El gran barco fué movido
Por el recio gobernar
De los diestros marineros
Sin un momento parar,
Tanto, que á los quince dias
Pudo muy bien divisar
La isla deshabitada,
Y en ella tierra tomar.
Y como en tierra saltó,
Sin el yelmo se quitar,
Al caballo Cornerino
Viera por allí andar,
Y la silla polvorosa
En el suelo vido estar;
Y viendo esotro caballo
Empezó de relinchar,
Porque mas habie de un año
Que otro no pudo topar.
(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

350.

EL CABALLERO DEL FEBO. — XIII.

(De Lúcas Rodriguez.)

Ya sospira la princesa
Ya empieza de sollozar
Entendiendo que era muerto
El Febo que va á buscar.
Prosiguiendo su camino
Un bulto vió levantar:
Parecióle que era fiera
O algun feroz animal.
Y aunque llega junto al Febo
Nunca le quiere hablar
Ni decirle cosa alguna
Hasta saber de verdad
Si es su príncipe querido
Con quien se piensa casar.
Háblale con gran tristeza
Empezando á preguntar
Si ha visto algun caballero
En aquella ínsula estar:
Y como él la conoció,
Sin un momento parar
La abrazaba fuertemente
Con un recio lamentar.
Ella le conoce luego
Y empieza de gritos dar:
El sospira, y ella gime
Que era cosa de notar,
Que casi por media hora
No se pudieron hablar:
Y en habiendo descansado
De tan terrible penar,
Le cuentan lo que ha pasado
Por la tierra y por la mar.
Caminan para su tierra
A las bodas celebrar,
Donde con gran regocijo
Y alegría singular
Se celebró el desposorio
Con grande solemnidad.
Todos dan gracias á Dios
Porque les dejó llegar
A tener tanto contento
Sobre tan duro penar.
(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRÓNICAS BRETONAS.

351.

LANZAROTE DEL LAGO. — I.

(Anónimo [1].)

Tres hijuelos habia el Rey,
Tres hijuelos, que no mas;
Por enojo que hubo de ellos
Todos malditos los ha.
El uno se tornó ciervo,
El otro se tornó can,
El otro que se hizo moro,
Pasó las aguas del mar.
Andábase Lanzarote
Entre las damas holgando,
Grandes voces dió la una:
— Caballero, estad parado:
Si fuese la mi ventura,
Cumplido fuese mi hado
Que yo casase con vos,
Y vos conmigo de grado,
Y me diésedes en arras
Aquel ciervo del pié blanco.
— Dároslo he yo, mi señora,
De corazon y de grado,
Si supiese yo las tierras
Donde el ciervo era criado. —
Ya cabalga Lanzarote,
Ya cabalga y va su via,
Delante de sí llevaba
Los sabuesos por la trailla.
Llegado habia á una ermita,
Donde un ermitaño habia:
— Dios te salve, el hombre bueno.
— Buena sea tu venida:
Cazador me pareceis
En los sabuesos que traia.
— Dígasme tú, el ermitaño,
Tú que haces santa vida,
Ese ciervo del pié blanco
¿Dónde hace su manida?
— Quedaos aquí, mi hijo,
Hasta que sea de dia,
Contaros he lo que vi,
Y todo lo que sabía.
Por aquí pasó esta noche
Dos horas ántes del dia,
Siete leones con él
Y una leona parida.
Siete condes deja muertos,
Y mucha caballería.
Siempre Dios te guarde, hijo.

Por do quier que fuer tu ida,
Que quien acá te envió
No te queria dar la vida.
¡Ay dueña de Quintañones,
Del mal fuego seas ardida,
Que tanto buen caballero
Por tí ha perdido la vida!—

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Para prueba de lo poco que encarnó en España ese espíritu caballeresco feudal de las fábulas bretonas, basta observar que de ellas solo se tomaron los tres romances de esta seccion.

352.

LANZAROTE DEL LAGO. — II.

(*Anónimo* [1].)

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,
Que dueñas curaban dél,
Doncellas del su rocino.
Esa dueña Quintañona,
Esa le escanciaba el vino,
La linda reina Ginebra
Se lo acostaba consigo;
Y estando al mejor sabor,
Que sueño no habia dormido,
La Reina toda turbada
Un pleito ha conmovido.
— Lanzarote, Lanzarote,
Si ántes hubieras venido
No hablara el orgulloso
Las palabras que habia dicho,
Que á pesar de vos, señor,
Se acostaria conmigo. —
Ya se arma Lanzarote
De gran pesar conmovido,
Despídese de su amiga,
Pregunta por el camino,
Topó con el orgulloso
Debajo de un verde pino,
Combátense, de las lanzas,
A las hachas han venido.
Ya desmaya el orgulloso,
Ya cae en tierra tendido,
Cortárale la cabeza,
Sin hacer ningun partido;
Volvióse para su amiga
Donde fué bien recibido.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Cervántes en su *Quijote* parodia los seis primeros versos diciendo:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como lo fué Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Y dueñas de su rocino.

(*Quijote*, *parte* 1.ª, *cap.* XIII.)

353.

TRISTAN DE LEONIS.

(*Anónimo* [1].)

Ferido está Don Tristan
De una muy mala lanzada,
Dierásela el Rey su tio
Que celoso dél estaba.
El fierro tiene en el cuerpo,
De fuera le tembla el asta:
Valo á ver la reina Iseo
Por la su desdicha mala.
Júntanse boca con boca
Como palomillas mansas,
Llora el uno, llora el otro,
La cama bañan en agua;
Allí nace un arboledo
Que azucena se llamaba,
Cualquier mujer que la come
Luego se siente preñada [2]:
Comióla la reina Iseo
Por la su desdicha mala.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] En la triada que forman los libros caballerescos de Artus hay tres partes: la una religiosa y devota, que trata, en el Percebal, de la conquista del Santo Grial; la otra festiva y amena, que es la de Lanzarote, y la otra amorosa y sentimental, que es la de Tristan de Leonis. El romance, ó mejor dirémos fragmento, que aquí se inserta, es lo único que poseemos de Tristan, de aquel héroe tan célebre y famoso en los fastos caballerescos, y tan antiguo, que los cantos populares bretones, que lo celebran bajo el aspecto guerrero, precedieron mas de un siglo á los novelistas.

[2] Supersticion de los siglos medios, acaso imitada de la de los antiguos que aseguraban existir una raza de yeguas que concebian con solo el viento.

SECCION DE ROMANCES DE LAS CRÓNICAS CABALLERESCAS DE CARLOMAGNO Y LOS DOCE PARES DE FRANCIA.

ROMANCE QUE TRATA DEL CONDE DIRLOS.

354.

EL CONDE DIRLOS.

(*Anónimo* [1].)

Estábase el conde Dirlos,
Sobrino de Don Beltrane,
Asentado en las sus tierras,
Deleitándose en cazare,
Cuando le vinieron cartas
De Cárlos el emperante.
De las cartas placer hubo,
De las palabras pesare,
Que lo que las cartas dicen
A él le parece male.
«Rogar os quiero, sobrino,
»El buen frances naturale,
»Llegueis vuestros caballeros,
»Los que comen vuestro pane;
»Darles heis doblado sueldo
»Del que les soledes dare,
»Dobles armas y caballos,
»Que bien menester lo hane:
»Darles heis el campo franco
»De todo lo que ganaren;
»Partiros heis á los reinos
»Del rey moro Aliarde.
»Deseximiento me ha dado
»A mí y á los doce Pares:

»Grande mengua me seria
»Si todos se hubiesen de andare.
»No veo caballero en Francia
»Que mejor pueda enviare,
»Sino á vos, el conde Dirlos,
»Esforzado en peleare.»
El Conde que esto oyó,
Tomó tristeza y pesare,
No por temor de los moros
Ni miedo de peleare,
Mas tiene mujer hermosa,
Mochacha de poca edade.
Tres años anduvo en armas
Para con ella casare,.
Y el año no era cumplido,
Della mándanlo apartare.
De que esto él pensaba
Tomó dello gran pesare;
Triste estaba y pensativo,
No cesa de sospirare:
Despide los falconeros,
Monteros manda pagare,
Despide todos aquellos
Con quien solia deleitarse;
No burla con la Condesa
Como solia burlare;
Mas muy triste y pensativo
Siempre le veian andare.
La Condesa qu'esto vido,
Llorando empezó de hablare:
—¡Triste estades vos, el Conde!
¡Triste, lleno de pesare
De esta tan triste partida
Para mí de tanto male!
Partirvos quereis, el Conde,
A los reinos de Aliarde,
Dejáisme en tierras ajenas
Sola y sin quien me acompañe.
¿Cuántos años, el buen Conde,
Haceis cuenta de tardare?
Yo volverme he á las tierras,
A las tierras de mi padre;
Vestirme he de un paño negro,
Ese será mi llevare;
Maldiré mi hermosura,
Maldiré mi mocedade,
Maldiré aquel triste dia
Que con vos quise casare.
Mas si vos queredes, Conde,
Yo con vos querria andare:
Mas quiero perder la vida,
Que sin vos della gozare.—
El Conde desque esto oyera
Empezóla de mirare;
Con una voz amorosa
Presto tal respuesta hace:
—No lloredes vos, Condesa,
De mi partida no hayais pesare;
No quedais en tierra ajena,
Sino en vuestra á vuestro mandare,
Que ántes que de aquí me parta
Todo vos lo quiero dare.
Podeis vender cualquier villa,
Y empeñar cualquier ciudade,
Como principal heredera
Que nada os pueden quitare.
Quedareis encomendada
A mi tio Don Beltrane
Y á mi primo Gayferos,
Señor de París la grande:
Quedareis encomendada
A Oliveros y á Roldane,
Al Emperador, y á los doce
Que á una mesa comen pane;
Porque los reinos son léjos
Del rey moro Aliarde;
Que son cerca de la Casa Santa,
Allende del nuestro mare.
Siete años la Condesa,
Todos siete me esperade;
Si á los ocho no viniere
A los nueve vos casade;
Sereis de veinte y siete años
Que es la mejor edade:
El que con vos casare, señora,
Mis tierras tome en ajuare:
Gozará mujer hermosa,
Rica y de gran linaje.
Bien es verdad, la Condesa,
Que conmigo os querria llevare;
Mas yo voy para batallas,
Y no cierto para holgare.
Caballero que va en armas
De mujer no debe curare,
Porque con el bien que os quiere
La honra habria de olvidare.
Mas aparejad, Condesa,
Mandad vos aparejare,
Ireis conmigo á las cortes,
A París esa ciudade.
Toquen, toquen mis trompetas,
Manden luego cabalgare.—
Ya se partia el buen Conde;
La Condesa otro que tale:
La vuelta van de París
Apriesa no de vagare.
Cuando son á una jornada
De París esa ciudade,
El Emperador que lo supo
A recebir se los sale.
Con él sale Oliveros,
Con él sale Don Roldane,
Con él Don Darderin D'Ardeña [1],
Y Urgel de la fuerza grande;
Con él salia Guarinos,
Almirante de la mare;
Con él sale el esforzado
Renaldos de Montalvane.
Con él van todos los doce
Que á una mesa comen pane,
Sino el infante Gaiferos
Y el buen conde Don Beltrane,
Que salieron tres jornadas
Mas que todos adelante.
No quiso el Emperador
Que hubiesen de aposentare,
Sino en sus reales palacios
Posada les mandó dare.
Luego empiezan su partida
Apriesa y no de vagare.
Dale diez mil caballeros
De Francia mas principales,
Y con otra mucha gente
Gran ejército reale.
El sueldo les paga junto
Por siete años y mase.
Ya, tomadas buenas armas,
Caballos otro que tale,
Enderezan su partida,
Empiezan de cabalgare;
Cuando el bueno conde Dirlos
Ruega mucho al emperante
Que él y todos los doce
Se quisiesen ayuntare.
Cuando todos fueron juntos
En la gran sala reale,
Entra el Conde y la Condesa,
Mano por mano se vane:
Cuando son en medio dellos
El Conde empezó de hablare
—A vos lo digo, mi tio,
El buen viejo Don Beltrane;
Y á vos, infante Gayferos,
Y á mi bueu primo carnale,
Y esto delante de todos
Lo quiero mucho rogare,
Y al muy alto Emperador,
Que sepa es mi voluntade,

Como villas y castillos,
Y ciudades y lugares
Los dejo á la Condesa,
Que nadie las pueda quitare.
Como principal heredera
En ellas pueda mandare,
Y vender cualquiera villa,
Y empeñar cualquer ciudade:
De aquello que ella hiciere
Todos se hayan de agradare.
Si por tiempo yo no viniere
Vosotros la querais casare:
El marido quella tome
Mis tierras haya en ajuare.
Y á vos la encomiendo, tio,
En lugar de marido y padre;
Y á vos, mi primo Gayferos,
Por mi la querais honrare.
Y encomiéndola á Oliveros,
Y encomiéndola á Roldane,
Y encomiéndola á los doce,
Y á Don Cárlos el emperante.—
A todos les place mucho
De aquello quel Conde hace.
Ya se parte el buen Conde
De Paris,esa ciudade:
La Condesa que ir lo vido
Jamas lo quiso dejare
Hasta orillas de la mar
Do se había de embarcare.
Con ella va Don Gayferos,
Con ella va Don Beltrane,
Con ella va el esforzado
Renaldos de Montalvane,
Sin otros muchos caballeros
De Francia mas principales.
A tan triste despedida
El uno del otro hacen,
Que si el Conde iba triste,
La Condesa mucho mase.
Palabras se están diciendo
Que era dolor d'escuchare:
El conorte que se daban
Era contínuo llorare.
Con gran dolor manda el Conde
Hacer vela y navegare.
Como sin la Condesa se vido
Navegando por la mare,
Movido de muy gran saña,
Movido de gran pesare,
Diciendo que por ningun tiempo
De ella lo harán apartare.
Sacramento tiene hecho
Sobre un libro misale
De jamás volver en Francia,
Ni en ella comer pane,
Ni que nunca enviará carta,
Porque dél no sepan parte.
Siempre triste y pensativo,
Puesto en pensamiento grande,
Navegando en sus jornadas
Por la tempestuosa mare,
Llegado es á los reinos
Del rey moro Aliarde.
Ese gran Soldan de Persia,
Con poderio muy grande
Ya les estaba aguardando
A las orillas del mare.
Cuando vino cerca tierra
Las naves mandó llegare;
Con un esfuerzo esforzado
Los empieza de esforzare.
—¡Oh esforzados caballeros!
¡Oh mi compañía leale,
Acuérdeseos que dejamos
Nuestra tierra naturale!
D'ellos dejamos mujeres,
D'ellos hijos, d'ellos padres,
Solo para ganar honra,
Y no para ser cobardes.
Pues esforzaos, caballeros,
Esforzad en peleare:
Yo llevaré la delantera,
Y no me querais dejare.—
La morisma era tanta,
Tierra no dejan tomare.
El Conde que era esforzado
Y discreto en peleare,
Manda toda artillería
En las sus barcas posare.
Con el ingenio que traía
Empiézales de tirare;
Los tiros eran tan fuertes,
Que por fuerza hacen lugare.
Vereis sacar los caballos,
Muy apriesa cabalgare:
Tan fuerte dan en los moros,
Que tierra les hacen dejare.
En tres años que el buen Conde
Entendjó en peleare,
Ganados tiene los reinos
Del rey moro Aliarde.
Con todos sus caballeros
Parte por iguales partes;
Tan grande parte da al chico,
Tanto le da como al grande:
Solo él se retraia
Sin querer algo tomare.
Armado de armas blancas,
Y cuentas para rezare [3],
¡Tan triste vida hacia,
Que no se puede contare!
El Soldan le hace tributo,
Y reyes de allende el mare:
De los tributos que le daban
A todos hacia parte.
Hace á todos mandamiento,
Y á los mejores jurare,
Que ninguno sea osado
Hombre á Francia enviare,
Y que al que cartas enviase
Luego le hará matare.
Quince años el Conde estuvo
Siempre d' allende del mare,
Y no escribió á la Condesa,
Ni á su tio Don Beltrane,
Ni escribió á los doce,
Ni ménos al emperante.
Unos creian que era muerto,
Otros anegado en mare.
Las barbas y los cabellos
Nunca los quiso afeitare;
Tiénelos fasta la cinta,
Fasta la cinta, y aun mase:
La cara mucho quemada
Del mucho sol y del aire,
Con el gesto demudado
Muy feroz y espantalde.
Los quince años cumplidos,
Deciseis querian entrare,
Acostárase en su cama
Con deseo de holgare.
Pensando estaba, pensando
La triste vida que hace,
Pensando en aquel tiempo
Que solia festejare,
Cuando justas y torneos
Por la Condesa solia armare.
Dormióse con pensamiento,
Y empezara de holgare,
Cuando hace un triste sueño
Para él de gran pesare.
Via estar la Condesa
En los brazos de un infante.
Salto diera de la cama
Con un pensamiento grande,
Gritando con altas voces,
No cesando de hablare:

—¡Toquen, toquen mis trompetas,
Mi gente manden llegare! —
Pensando que habia moros
Todos llegados se hane.
Desque todos son llegados,
Llorando empezó á hablare :
—¡Oh esforzados caballeros !
¡Oh mi compañía leale!
Yo conozco aquel ejemplo
Que dicen, y es gran verdade,
Que todo hombre nacido
Que es de hueso y de carne,
El mayor deseo que tenia
Era en sus tierras holgare.
Ya cumplidos son quince años,
Y en deciseis quiere entrare,
Que somos en estos reinos
Y estamos en soledade.
Quien tenia mujer hermosa
Vieja la debe de hallare;
El que dejó hijos pequeños
Hallarlos ha hombres grandes;
Ni el padre conocerá al hijo,
Ni el hijo ménos al padre.
Hora es ya, mis caballeros,
De ir á Francia á holgare,
Pues llevamos harta honra
Y dineros mucho mase.
Lleguen, lleguen naves luego,
Mándolas aparejare,
Capitanes ordenemos
Para las tierras guardare.—
Ya todo es aparejado,
Ya empiezan a navegare.
Cuando todos son llegados
A las orillas del mare,
Llorando el Conde de sus ojos
Les empieza de hablare :
—¡Oh esforzados caballeros!
¡Oh mi compañía leale!
Una cosa rogar vos quiero,
No me la querais negare;
Quien secreto me tuviere
Yo le he de galardonare,
Que todos hagais juramento
Sobre un libro misale,
Que en parte ninguna que sea
No me hayais de nombrare,
Porque con el gesto que traigo
Ningunos me conocerane;
Mas viéndome con tanta gente
Y un ejército reale,
Si vos demandan quién soy
No les digais la verdade :
Decid que soy mensajero
Que vengo de allende el mare,
Que voy con una embajada
A Don Cárlos el emperante,
Porque es hecho un mal suyo,
Y quiero ver si es verdade.—
Con l'alegría que llevan
De á Francia se tornare,
Todos hacen sacramento
De tenerle puridade.
Embárcanse muy alegres,
Empiezan de navegare;
El tiempo tienen muy fresco
Que placer es de mirare.
Allegados son en Francia,
En sus tierras naturales.
Cuando el Conde se vió en tierra,
Empieza de caminare :
No va vuelta de las cortes
De Cárlos el emperante,
Mas va vuelta de sus tierras
Las que solia mandare.
Ya llegado que es á ellas,
Por ellas empieza á andare.
Andando por su camino
Una villa fué á hallare;
Llegado se habia cerca
Por con alguno hablare.
Alzó los ojos en alto
A la puerta del lugare,
Llorando de los sus ojos
Comenzara de hablare :
—¡Oh esforzados caballeros,
De mi duelo habed pesare,
Armas que mi padre puso
Mudadas las veo estare!
O es casada la Condesa,
O mis tierras van á male.—
Allegóse á las puertas
Con gran enojo y pesare;
Miró por entre las puertas,
Gentes d'armas vido estare.
Llamando está uno dellos
Mas viejo en antigüedade;
De la mano él lo toma
Y empiézale de hablare :
— Por Dios te ruego, el portero,
Me digas una verdade,
¿De quién son aquestas tierras?
¿Quién las solia mandare?
— Pláceme, dijo el portero,
De deciros la verdade;
Ellas eran del conde Dirlos,
Señor de aqueste lugare,
Agora son de Celinos,
De Celinos el infante.—
El Conde desque esto oyera
Vuelto se le ha la sangre;
Con una voz denodada
Otra vez le fué á hablare :
— Por Dios te ruego, hermano,
No te quieras enojare,
Qu'esto que agora me dices
Tiempo habrá que te lo pague.
¿Dime si las heredó Celinos,
O si las fué á mercare?
¿O si en el juego de dados
Él las fuera á ganare?
¿O si las tiene por fuerza
Que no las quiere tornare?—
El portero questo oyera
Presto le fué á hablare :
— No las heredó, señor,
Que no le vienen de linaje,
Que hermanos tiene el Conde,
Aunque se querian male,
Y sobrinos tiene muchos
Que las podian heredare;
Ni ménos las ha mercado,
Que no las basta á pagare,
Que Irlos es grande ciudade,
Y ha muchas villas y lugares.
Cartas hizo contrahechas,
De que al Conde muerto le hane,
Por casar con la Condesa,
Que era rica y de linaje;
Y aun ella no se casara,
Cierto á su voluntade,
Si no por fuerza de Oliveros,
Y á porfía de Roldane,
Y á ruego de Carlo Magno,
De Francia rey emperante,
Por casar bien á Celinos,
Y ponerle en buen lugare.
Mas el casamiento han hecho
Con una condicion tale,
Que no allegase á la Condesa,
Ni á ella haya de llegare;
Mas por el se desposara
Ese paladin Roldane.
Ricas fiestas se hicieron
En Irlos esa ciudade;
Gastos, galas y torneos
Muchos, de los doce Pares.—

El Conde desque esto oyera
Vuelto se le ha la sangre.
Por mucho que disimula
No cesa de sospirare,
Diciéndole esto: — Hermano,
No te enojes de contare,
¿Quién fué en aquestas bodas?
¿Y quién no quiso estare?
— Señor, en ellas fué Oliveros
Y el Emperador y Roldane:
Fué Belardos y Montesinos,
Y el gran conde Don Grimalde,
Y otros muchos caballeros
De los de los doce Pares.
Pesóle mucho á Gayferos,
Pesó mucho á Don Beltrane,
Y mas pesó á Don Galban
Y al fuerte Meriane.
Ya que eran desposados,
Misa les querian dare;
Allegó un falconero
A Cárlos el emperante,
Que venia d'aquellas tierras
De allá de allende el mare,
Y dijo que el Conde era vivo,
Y que traía señale.
Plugo mucho á la Condesa,
Pesóle mucho al Infante,
Porque en las grandes fiestas
Hubo grande desbarate.
Allá traen grandes pleitos
En cortes del emperante,
Por lo cual es vuelta Francia
Y todos los doce Pares.
Ella dice, que un año de tiempo
Pidió antes de desposare,
Por enviar mensajeros
Muchos allende la mare,
Y que si el Conde era muerto,
El casamiento fuese adelante;
Si era vivo, bien se sabia
Que ella no podia casare.
Por ella responde Gayferos,
Gayferos y Don Beltrane;
Por Celinos era Oliveros,
Oliveros y Roldane.
Creemos que es dada sentencia,
O se queria ahora dare,
Porque ayer hubimos cartas
De Cárlos el emperante,
Que quitemos estas armas,
Pongamos las naturales,
Y que guardemos las tierras
Por el conde Don Beltrane;
Que ninguno de Celinos
En ellas no pueda entrare.—
El Conde desque esto oyera,
Movido de gran pesare,
Vuelve riendas al caballo,
En el lugar no quiso entrare;
Mas allá en un verde prado
Su gente mandó llegare.
Con una voz muy humilde
Les empieza de hablare:
—¡Oh esforzados caballeros!
¡Oh mi compañía leale!
El consejo que os pidiere
Bueno me lo querais dare.
¿Si me aconsejais que vaya
A las cortes del emperante?
¿O que mate á Celinos,
A Celinos el infante?
¿Volverémos en allende
Do podrémos bien estare?—
Caballeros que esto oyeron
Presto tal respuesta hacen:
—¡Calledes, Conde, calledes!
¡Conde, no digais vos tale!
No mireis á vuestra gana,
Mas mirad á Don Beltrane,
Y esos buenos caballeros
Que tanta honran vos hacen.
Si vos matais á Celinos
Dirán que fuisteis cobarde.
Idos, idos á las cortes
De Cárlos el emperante,
Conocereis quien bien os quiere
Y quien os queria male.
Por bueno que es Celinos,
Vos sois de tan buen linaje,
Y teneis dos tantas tierras
Y dineros que gastare.
Nosotros vos prometemos
Con sacramento leale,
Somos diez mil caballeros
Y franceses naturales,
De por vos perder la vida
Y cuanto tenemos gastare,
Quitando al Emperador,
Contra cualquier otro grande.—
El Conde desque esto oyera
Respuesta ninguna hace:
Da de espuelas al caballo,
Va por el camino adelante:
La vuelta va de París
Como aquel que bien la sabe.
Cuando fué á una jornada
De las cortes del emperante,
Otra vez llega á los suyos
Y les empieza de hablare:
—Esforzados caballeros,
Una cosa os quiero rogare:
Siempre tomé vuestro consejo,
El mio querais tomare,
Porque si entro en Paris
Con ejército reale
Saldrá por mí el Emperador
Con todos los principales.
Si no me conoce de vista,
Conocerme ha en el hablare
Y así no sabré de cierto
Todo mi bien y mi male.
Al que no tiene dineros
Yo le daré que gastare:
Los unos vuelvan á caza,
Los otros pasen delante,
Los otros en derredor
Pasad en villas y lugares:
Yo solo con cient caballeros
Entraréme en la ciudade
De noche y escurecido
Que nadie sepa mi parte.
Vosotros en ocho dias
Podeis poco á poco entrare:
Hallaréisme en los palacios
De mi tio Don Beltrane,
Aparejándoos posada
Y dineros que gastare.—
Todos fuéron muy contentos,
Pues al Conde así le place.
La noche era escurecida
Cerca diez horas ó mase,
Cuando entró el conde Dirlos
En Paris esa ciudade.
Derecho va á los palacios
De su tio Don Beltrane;
Pero cuando atravesaban
Por medio de la ciudade
Vido asomar muchas hachas,
Gente d'armas mucho mase:
Por do él pasar habia,
Por allí van á pasare.
El Conde cuando los vido
Los suyos manda apartare;
Desque todos son pasados
El postrero fué á llamare.
—Por Dios te ruego, escuder
Me digas una verdade:

¿Quién son esa gente d'armas
Que agora van por ciudade?—
El escudero questo oyera
Tal respuesta le fué á dare :
—Señor, la condesa Dirlos
Viene del palacio reale,
Sobre un pleito que traia
Con Oliveros y Roldane.
Los que la llevan en medio
Son Roldan y Don Beltrane:
Aquellos que van postreros,
Donde tantas lumbres vane,
Son el infante Gayferos
Y el fuerte Meriane.—
El Conde de qu'esto oyera
De la cindad él se sale.
Debajo de una espesura
Para cabe los adarves.
Diciendo está á los suyos :
—No es hora de entrare,
Que de que sean apeados
Tornarán á cabalgare.
Yo quiero entrar en hora
Que de mí no sepan parte.—
Allí están razonando
D'armas y de hechos grandes
Hasta que era media noche,
Los gallos querian cantare.
Vuelven rienda á los caballos,
Y entran en la ciudade.
Vuelta van de los palacios
Del buen conde Don Beltrane :
Antes de llegar á ellos
De dos calles aun mase,
Tantas cadenas hay puestas
Qu'ellos no pueden pasare.
Lanzas les ponen al pecho
No cesando de hablare :
—¡Vuelta, vuelta, caballeros,
Que por aquí no hay pasare!
Que aquí están los palacios
Del buen conde Don Beltrane,
Enemigo de Oliveros,
Y enemigo de Roldane,
Enemigo de Belardos,
Y de Célinos el Infante.—
El Conde desque esto oyera
Presto tal respuesta hace :
—Ruégote yo, caballero,
Que me quieras escuchare :
Anda, ve, y dile luego
A tu señor Don Beltrane,
Que aquí está un mensajero
Que viene de allende el mare:
Cartas traigo del conde Dirlos,
Su buen sobrino carnale.—
El caballero con placer
Empieza de aguijaré :
Presto las nuevas le daba
Al buen conde Don Beltrane,
El cual ya se acostaba
En su cámara reale.
Desque tal nueva oyera
Tornóse á vestir y calzare :
Caballeros al derredor
Trescientos trae por guardarle;
Hachas muchas encendidas
Al patin hizo bajare;
Mandó que al mensajero
Solo le dejen entrare.
Cuando fué en el patin
Con la mucha claridade
Mirándole está, mirando,
Viéndole como salvaje.
Como el que está espantado
A él no se osa llegare :
Bajito el Conde le habla
Dándole muchas señales.
Conocióle Don Beltran
Entónces en el hablare,
Y con los brazos abiertos
Corre para le abrazare;
Diciéndole está : —¡Sobrino!—
Sin cesar de sospirare;
El Conde le está rogando
Que nadie de él sepa parte.
Envian presto á las plazas,
Carnecerías otro que tale,
Para mercarles de cena
La cual mándales aparejare.
Manda que á sus caballeros
Todos los dejen entrare;
Que les tomen los caballos
Y los hagan bien pensare.
Abren muy grandes estudios,
Mándanlos aposentare.
Allí entra el Conde y los suyos,
Ningun otro dejan entrare,
Porque no conozcan el Conde
Ni de él supiesen parte.
Ver heis todos los del palacio
Unos con otros hablare,
Si es este el conde Dirlos,
O quien otro puede estare,
Segun el recibimiento
Que le ha hecho Don Beltrane.
Oídolo ha la Condesa
A las voces que dan grandes :
Mandó llamar sus doncellas
Y encomienza de hablare :
—¿Qu'es aquesto, mis doncellas,
No me lo querrais negare,
Q'esta noche tanta gente
Por el palacio siento andare?
Decidme, ¿dó es el señor
El mi tio Don Beltrane?
¿Si quizá dentro en mis tierras
Roldan ha hecho algun male?—
Las doncellas que lo oyeran
Atal respuesta le hacen :
—Lo que vos sentis, señora,
No son nuevas de pesare,
Es venido un caballero
Así propio como salvaje.
Muchos caballeros con él,
¡Gran acatamiento le hacen!
¡Muy rica cena le guisa
El buen conde Don Beltrane!
Unos dicen qu'es mensajero
Que viene de allende el mare;
Otros qu'es el conde Dirlos,
Nuestro señor naturale.
Allá se ha encerrado,
Que nadie no puede entrare;
Segun ven el aparejo
Creen todos qu'es verdade.—
La Condesa qu'esto oyera
De la cama fué á saltare :
Apriesa demanda el vestido,
Apriesa demanda el calzare.
Muchas damas y doncellas
Empiezan de aguijare.
A las puertas de los estudios
Grandes golpes manda dare,
Llamando á Don Beltrane,
Que dentro la manda entrare.
No queria el conde Dirlos
Que la dejasen entrare:
Don Beltran salió á la puerta,
No cesando de hablare :
—¿Q'es esto, señora prima?
No tengais priesa tan grande,
Que aun no sé bien las nuevas
Q'el mensajero me trae,
Porque es de tierras ajenas
Y no le entiendo el lenguaje.—
Mas la Condesa por esto
No quiere sino entrare;

Que mensajero de su marido
Ella lo quiere honrare.
De la mano la entraba
Ese conde Don Beltrane;
Desque ella estuvo dentro
Al mensajero empieza á mirare;
Mas él mirarla no osaba,
No cesando sospirare,
Y meneando la cabeza
Los cabellos ponia á la face.
Desque la Condesa viera
Todos callar y no hablare,
Con viva voz muy humilde
Empieza de razonare:
—¡Por Dios vos ruego, mi tio,
Por Dios vos quiero rogare,
Pues que este mensajero
Viene de tan luengas partes,
Que si no terná dineros,
Ni tuviere que gastare,
Decid si nada le falta
No cese de demandare!
Pagarle hemos su gente,
Darle hemos que gastare:
Pues viene por mi señor,
Yo no le puedo faltare
A él y á todos los suyos,
Aunque fuesen muchos mase.—
Estas palabras hablando
No cesaba de llorare.
Mancilla hubo su marido
Con amor que tiene grande:
Pensando de consolarla
Acordó de la abrazare,
Y con los brazos abiertos
Iba para la tomare.
La Condesa espantada
Púsose tras Don Beltrane:
El Conde á grandes sospiros
Comenzóle de hablare:
—¡No huyades, la Condesa,
Ni os querais espantare,
Que yo soy el conde Dirlos
Vuestro marido carnale!
Estos son aquellos brazos
En que soliades holgare.—
Con las manos se aparta
Los cabellos de la face:
Conocióle la Condesa
Entónces en el hablare;
En sus brazos ella se echa
No cesando de llorare.
—¿Q'es aquesto, mi señor?
¿Quién os hizo ser salvaje?
¡No, no es este aquel gesto
Que vos teniades ántes!
Quiten os aquestas armas,
Otras luego os quieran dare;
Traigan de aquellos vestidos
Que soliades llevare.—
Ya les paraban las mesas,
Ya les daban á cenare.
Cuando empezó la Condesa
A decir esto y hablare:
—¡Cierto parece, señor,
Que lo hacemos muy male,
Qu'el Conde está ya en sus tierras
Y ya está en la su heredade,
Que no avisemos á aquellos
Que su honra quieren mirare!
No lo digo aun por Gaiferos,
Ni por su hermano Meriane,
Sino por el esforzado
Renaldo de Montalvane.
¡Bien sabedes, señor tio,
Cuánto se quiso mostrare,
Siendo siempre con nosotros
Contra el paladin Roldane!—
Llaman luego dos caballeros
De aquellos mas principales,
El uno envian á Gaiferos,
Otro á Renaldos de Montalvane.
Apriesa viene Gayferos,
Apriesa y no de vagare:
Desque vido la Condesa
En brazos de aquel salvaje,
A ellos él se allega,
Y empezóles de hablare.
Desque el Conde lo vido,
Levantóse á abrazarle;
Desque se han conocido
Grande acatamiento se hacen.
Ya puestas eran las mesas,
Ya les daban á cenare;
La Condesa lo servia
Y estaba siempre delante.
En esto llegó Renaldos,
Renaldos de Montalvane,
Y desque el Conde le vido
Hubo un placer muy grande.
Con una voz amorosa
Le empezara de hablare:
—¡Oh esforzado conde Dirlos,
Vuestra venida me place,
Porque agora vuestros pleitos
Mejor se podrán librare!
Mas si yo fuera creido,
Fueran fechos ántes de vos llegare,
O no me halláredes vivo,
O al paladin Don Roldane.—
El Conde desque esto oyera
Grandes mercedes le hace
Diciendo:—Juramento he hecho
Sobre un libro misale
De jamas quitar las armas,
Ni con la Condesa holgare,
Hasta que haya cumplido
Toda la su voluntade.—
El concierto que ellos tienen
Por mejor y naturale,
Era que en el otro dia
Se presente al emperante
El Conde, vaya á palacio
Por la mano le besare.
Toda la noche pasaron
Descansando, en hablare,
Y cuando vino el otro dia,
A la hora de yantare,
Cabalgara el conde Dirlos:
¡Muy lucidas armas trae!
Y encima un collar de oro
Y una ropa rozagante,
Solo con cient caballeros,
Que no quiere llevar mase:
A la izquierda va Gayferos,
A la drecha Don Beltrane,
Y viénense á los palacios
De Cárlos el emperante.
Cuantos grandes allí hallan
Acatamiento le hacen
Por honra de Don Gayferos,
Que era suya la ciudade.
Cuando son á la gran sala,
Hallan allí al emperante
Asentado á la su mesa,
Que le daban á yantare.
Con él está Oliveros,
Con él está Don Roldane,
Con él está Valdovinos
Y Celinos el infante.
Con él los grandes están
De Francia la naturale.
En entrando por la sala
Grande reverencia hacen,
Y al Emperador saludan
Los tres juntos á la pare.
Desque Don Roldan los vido
Presto se fué á levantare:

Apriesa demanda Celinos
No cesando de hablare.
—Cabalgad presto, Celinos,
No esteis mas en la ciudade,
Que quiero perder la vida,
Si bien mirais las señales,
Si aquel no es el conde Dirlos
Que viene como salvaje:
Yo quedaré por vos, primo,
A lo que querrán demandare.
Ya cabalgaba Celinos,
Y sale de la ciudade:
Con él va gran gente d'armas
Por haberlo de guardare.
El Conde y Don Gayferos
Llégranse al Emperante,
La mano besar le quieren
Y él no se la quiere dare;
Mas está maravillado,
Diciendo:—¿quién podrá estare?—
El Conde que así lo vido
Empezóle de hablare:
—No se maraville vuestra Alteza,
Que no es de maravillare,
Que quien dijo que era muerto,
Mentira dijo y no verdade.
Soy, señor, el conde Dirlos,
Vuestro servidor leale;
Mas los malos caballeros
Siempre presumen el male.—
Conocídole han todos
Entónces en el hablare.
Levantóse el Emperador
Y empezó de abrazarle,
Y mandó salir á todos
Y las puertas bien cerrare.
Solo queda Oliveros
Y el paladin Don Roldane,
El conde Dirlos y Gayferos,
Y el buen viejo Don Beltrane.
Asentóse el Emperador,
Y á todos manda posare:
Entónces con voz humilde
Le empezó así de hablare:
—Esforzado conde Dirlos,
Vuestra venida me place,
Aunque de vuestro enojo
No es de tener pesare,
Porque no hay cargo ninguno,
Ni vergüenza otro que tale,
Que si casó la Condesa,
No cierto á su voluntade,
Sino á porfía mia
Y á ruego de Don Roldane,
Y con tantas condiciones
Que seria largo de contare;
Por do siempre ha mostrado
Teneros amor muy grande.
Si ha errado Celinos,
Hizolo con mocedade,
En escrebir que érades muerto,
Pues que no era verdade;
Mas por eso nunca quise
A ella dejar tocare,
Ni aun á los desposorios
A él no dejé estare;
Mas por él fué presentado
Ese paladin Roldane.
Mas la culpa, Conde, es vuestra
Y á vos os la debeis dare;
Para ser vos tan discreto,
Y de esforzado linaje,
Dejastes mujer hermosa,
Moza y de poca edade:
Y de vista no la visitaste,
De cartas la debiades visitare.
Si supiera que á la partida
Llevábades tan gran pesare,
No os enviara yo, el Conde,
Que otros pudiera enviare:
Mas por ser buen caballero
Solo á vos quise enviare.—
El Conde de qu'esto oyera
Atal respuesta le hace:
—¡Calle, calle vuestra Alteza!
¡Buen señor, no diga tale!
Que no cabe quejar de Celinos
Por ser de tan poca edade,
Que con tales caballeros
Yo no me costumbro honrâre.
Por él está aquí Oliveros,
Por él está Don Roldane,
Que son buenos caballeros
Y los tengo yo por tales.
¡Consentir ellos tal carta!
¡Consentir tan gran maldade!
¡O me tenian en poco,
O me tienen por cobarde,
Que sabiendo que era vivo
No se lo osaria demandare!
Por eso suplico á vuestra Alteza
Campo me quiera otorgare;
Pues por él, pleito tomaban,
Pueden el campo aceptare,
Si quieren uno por uno,
O amos juntos á la pare;
No perjudicando á los mios,
Aunque hay hartos de linaje,
Que á esto y mucho mas qu'esto
Recaudo bastan á dare.
Porque conozcan que sin parientes,
Amigos no me han de faltare
Tomaré al esforzado
Renaldos de Montalvane.—
Don Roldan que esto oyera
Con gran enojo y pesare,
No por lo que el Conde dijo,
Que con razon lo veia estare,
Mas en nombrarle Reynaldos,
Vuelto se le ha la sangre,
Porque los que mal le quieren,
Cuando le quieren facer pesare
Luego le dan por los ojos
Renaldos de Montalvane.
Movido de muy gran saña
Luego habló así Don Roldane:
—Soy contento, el conde Dirlos,
Y tomad este mi guante,
Y agradeced que sois venido
Tan presto sin mas tardare,
Que á pesar de quien pesara
Yo los hiciera casare,
Sacando á Don Gayferos,
Sobrino del Emperante.
—Calledes, dijo Gayferos,
Roldan, no digais vos tale;
Por ser soberbio y descortes
Mal vos quieren los doce Pares,
Que otros tan buenos como vos
Deffienden la otra parte,
Y yo faltar no les puedo,
Ni dejar pasar lo tale.
Aunque mi primo es Celinos,
Hijo de hermana de madre,
Bien sabeis que el conde Dirlos
Es hijo de hermano de padre,
Y por ser de padre hermano
No le tengo de faltare,
Ni porque no pase la vuestra,
Que a todos ventaja quereis llevare.—
Toma el guante el conde Dirlos
Y de la sala se sale,
Tras él guia Don Gayferos,
Y tras él va Don Beltrane.
Triste está el Emperador,
Haciendo llantos muy grandes,
Viendo á Francia revuelta
Y á todos los doce Pares.
Desque Renaldos lo supo
Hubo dello placer grande:

Decia al Conde palabras,
Mostrándole voluntade.
—Esforzado conde Dirlos,
Lo que habeis hecho me place,
Y muy mucho mas del campo
Contra Oliveros y Roldane.
Una cosa rogar quiero,
No me la querais negare;
Pues no es principal Oliveros,
Ni ménos es Don Roldane,
Sin perjudicar vuestra honra
Con cualquier podeis peleare:
Tomad vos á Oliveros,
Y dejadme a Don Roldane.
—Pláceme, dijo el Conde,
Renaldos, pues á vos place.—
Desque supieron las nuevas
Los grandes y principales
Qu'es venido el conde Dirlos,
Y que está ya en la ciudade,
Veréis parientes y amigos
Qué grandes fiestas le hacen.
Los que á Roldan mal quieren
Al conde Dirlos hacen parte,
Por lo cual toda la Francia
En armas veréis estare:
Mas si los doce quisieran
Bien los podian paciguare;
Mas ninguno por paz se pone,
Todos hacen parcialidade,
Sino el arzobispo Turpin,
Que es de Francia cardenale,
Sobrino del Emperador,
En esfuerzo principale,
Que solo aquel se ponia
Si los podia apaciguare;
Mas ellos escuchar no quieren,
Tanto se han mala voluntade.
Veréis ir dueñas, doncellas
A unos y á otros rogare:
Ni por ruegos ni por cosas
No los pueden paciguare.
Muestra más saña que todos
El esforzado Meriane,
Hermano del conde Dirlos
Y hermano de Durandarte,
Aunque por diferencias
No se solian hablare,
De que sabe lo que ha dicho
En el palacio reale,
Que si el Conde mas tardara
El casamiento hiciera pasare
A pesar de todos ellos,
Y a pesar de Don Beltrane.
Por esto cartas envía
Con palabras de pesare,
Que aquello que él ha dicho
No lo basta hacer verdade,
Que aunque el Conde no viniera
Habia quien lo demandare.
El Emperador que lo supo
Muy grandes llantos hace:
Por perdida dan á Francia
Y á toda la cristiandade:
Dicen que alguna de las partes
Con moros se irá á ayuntare.
Triste iba y pensativo,
No cesando el sospirare;
Mas los buenos consejeros
Aprovechan á la necesidade.
Consejan al Emperador
Para remedio tomare,
Mande tocar las trompetas
Y á todos mande juntare,
Y al que luego no viniere
Por traidor lo mande dare;
Que le quitará las tierras
Y mandará desterrare;
Mas todos son muy leales,
Todos juntado se hane.

El Emperador en medio dellos
Llorando empezó de hablare:
—¡ Esforzados caballeros!
¡Oh primos mios carnales!
Entre vosotros no hay diferencia
Si no la querels buscare:
Todos sois muy esforzados,
Todos primos, de linaje,
Acuérdeseos de morire
Y que á Dios haceis pesare,
No solo en perder á vosotros,
Mas toda la cristiandade.
Rogar os quiero una cosa,
Y no os querais enojare;
Que sin mis leyes, de Francia
Campo no se puede dare.
De tal campo no soy contento,
Ni á mí cierto me place,
Porque yo no veo causa
Porque lo haya de dare,
Ni hay vergüenza, ni injuria
Que á ninguno se pueda dare,
Ni al Conde han enojado
Oliveros ni Roldane,
Ni el Conde á ellos ménos
Porque se hayan de matare,
De ayudar á sus amigos
Ya es la usanza tale.
Si Celinos ha errado
Con amor y mocedade,
No ha tocado á la Condesa,
Ni ha hecho tanto male
Que dello merezca muerte,
Ni se la deben de dare.
Ya sabemos que el conde Dirlos
Es esforzado y de linaje,
Y de los grandes señores
Que en Francia comen pane,
Que quien enojare á él
El le basta á enojare,
Aunque fuese el mejor caballero
Que en el mundo se hallare.
Mas porque sea escarmiento
A otros hombres de linaje,
Que ninguno sea osado,
Ni pueda hacer otro tale
Si estimara su honra
En esto no osara entrare,
Que mengüemos á Celinos
Por villano, y no de linaje;
Que en el número de los doce
No se haya de contare,
Ni cuando el Conde fuere en cortes
Celinos no pueda estare,
Ni do fuere la Condesa
El no pueda habitare.
Y esta honra, el conde Dirlos,
Para siempre os la darane.—
Don Roldan cuando esto oyera
Presto tal respuesta hace:
—Mas quiero perder la vida
Que tal haya de pasare.—
El conde Dirlos que lo oyera
Presto se fué á levantare,
Y con una voz muy alta
Empezara de hablare:
—Pues requiéroos, Don Roldan,
Por mí y el de Montalvane,
Que de hoy en los tres dias
En campo hayais de estare;
Si no, á vos y á Oliveros
Daros hemos por cobardes.
—Pláceme, dijo Roldan,
Y aun si quisiéredes ántes.—
Vereis llantos en palacio,
Que al cielo quieren llegare,
Dueñas y grandes señoras
Casadas y por casare,
A piés de maridos é hijos
Las vereis arrodillare.

Gayferos fué el primero
Que ha mancilla de su madre,
Asimesmo Don Beltrau
De su hermana carnale,
Don Roldan de la su esposa
Que tan tristes llantos hace.
Tiranse entónces todos,
Y vanse a aposentare.
Los valedores hablando
A voz alta y sin parare :
— Mejor es, buenos caballeros,
A todos apaciguare;
Pues no hay cargo ninguno,
Todo se haya de dejare. —
Entónces dijo Roldan
Qu'es contento y que le place,
Con aquesta condicion,
Y esto se quiere otorgare :
Que Celinos es mochacho
De quince años y no mase,
Y no es para las armas,
Ni aun para peleare :
Que hasta veinte y cinco años,
Y hasta en aquella edade,
Que en número de los doce
No se haya de contare,
Ni en la mesa redonda
Ménos pueda comer pane :
Do fuere el Conde y Condesa
Celinos no pueda estare :
Cuando fuere de veinte años
O puesto en mejor edade,
Si estimare la su honra
Que lo pueda demandare,
Y que entónces por las armas
Todos defiendan su parte,
Porque no diga Celinos
Que era de menor edade. —
Todos fuéron muy contentos,
Y á ambas partes les place.
Entonces el Emperador
Todos los hace abrazare,
Todos quedan muy contentos,
Todos quedan muy iguales.
Otro dia el Emperador
Muy real sala les hace :
A damas y caballeros
Convidalos á yantare.
El Conde se afeita las barbas,
Los cabellos otro tale,
La Condesa en las fiestas
Sale muy rica y triunfante.
Los mestrasalas que servian
De parte del Emperante,
Es uno el Don Roldan,
Y el otro el de Montalvane,
Por dar mas avinenteza
Que hubiesen de hablare.
Cuando ya hubieron yantado,
Antes de bailar ni danzare,
Se levantó el conde Dirlos
Delante todos los grandes,
Y al Emperador entregó
De las villas y lugares
Las llaves, y lo ganado
Del rey moro Aliarde;
Por lo cual el Emperador
Dello le da muy gran parte,
Y él á sus caballeros
Grandes mercedes les hace.
Los doce tenian en mucho
La gran victoria que trae.
De allí quedó con gran honra
Y mayor prosperidade.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Romance del conde Dirlos.* Pliego suelto. — It. *Silva de varios Romances.* — It. *Floresta de varios Romances.*)

[1] Forma este romance una novela caballeresca completa, y un episodio de las fábulas de Carlo Magno. Su construccion indica una de aquellas composiciones primitivas que solo llegaron á imprimirse despues de alteradas no solo por la tradicion oral, sino tambien por los poetas que intentaran corregirlo. La narracion está hecha con sencillez y brio, aunque á veces con bastante monotonía y pesadez. Sin embargo el diálogo se sostiene é interesa. Los anacronismos en esta clase de composiciones, y de tales tiempos, son tan comunes que no merece la pena de señalarse el del uso de artillería que se supone en este romance en tiempo de Carlo Magno; pero esto prueba que no pudo hacerse la composicion ó su reforma ántes de ser ya muy comun y conocida la dicha arma.

[2] *Con el Arderin de Ardeña*, dice en el original.

[3] Sin duda tuvo Cervántes presente este verso cuando hace en la parte I.ª, cap. XXVI del *Quijote* que su héroe forme un rosario con las agallas de un alcornoque, para pasar rezando en Sierra-Morena el tiempo de su penitencia, dando así una muestra de las costumbres caballerescas de la edad media, donde se formaba un amalgama inexplicable de las pasiones mundanas, y la mas constante devocion.

ROMANCES SOBRE EL MARQUES DE MANTUA, VALDOVINOS Y CARLOTO.

355.

VALDOVINOS Y EL MARQUES DE MANTUA. — I.

(*Anónimo* [1].)

De Mantua salió el marques [2]
Danes Urgel el leale :
Allá va á buscar la caza
A las orillas del mare.
Con él van sus cazadores
Con aves para volare;
Con él van los sus monteros
Con perros para cazare;
Con él van sus caballeros
Para haberlo de guardare.
Por la ribera del Po
La caza buscando vane.
El tiempo era caluroso,
Víspera era de Sant Juane.
Métense en una arboleda
Para refresco tomare;
Al derredor de una fuente
A todos mandó asentare.
Viandas aparejadas
Traen, y procuran yantare.
Desque hubieron yantado
Comenzaron de hablare
Solamente de la caza
Cómo se ha de ordenare.
Al pié estaban de una breña
Que junto á la fuente estae.
Oyeron un gran ruido
Entre las ramas sonare :
Todos estuvieron quedos
Por ver qué cosa serae;
Por las mas espesas matas
Ven un ciervo asomare;
De sed venia fatigado,
Al agua se iba á lanzare;
Los monteros á gran priesa
Los perros van a soltare :
Sueltan lebreles, sabuesos
Para le haber de tomare.
El ciervo que los sintió
Al monte se vuelve á entrare :
Caballeros y monteros
Comienzan de cabalgare;
Siguiéndole iban el rastro
Con gana de le alcanzare :
Cada uno va corriendo
Sin uno á otro esperare.
El que traia buen caballo
Corria mas por le atajare :
Apartanse unos de otros
Sin al Marques aguardare.

El ciervo era muy lijero,
Mucho se fué adelantare;
Al ladrido de los perros
Los mas siguiendo le vane.
El monte era muy espeso,
Todos perdido se hane.
El sol se queria poner,
La noche queria cerrare,
Cuando el buen marques de Mantua
Solo se fuera á hallare
En un bosque tan espeso
Que no podia caminare.
Andando á un cabo y á otro,
Mucho alejado se hae;
Tantas vueltas iba dando
Que no sabe donde estae.
La noche era muy escura,
Comenzó recio á tronare;
El cielo estaba nublado,
No cesa de relampagueare.
El Marques que asi se vido
Su bocina fué a tomare,
A sus monteros llamando:
Tres veces la fué á tocare.
Los monteros eran léjos,
Por demas era el sonare,
El caballo iba cansado
De por las breñas saltare;
A cada paso caia,
No se podia meneare.
El Marques muy enojado
La rienda le fué á soltare;
Por do el caballo queria
Lo dejaba caminare.
El caballo era de casta,
Esfuerzo fuera á tomare.
Diez millas ha caminado
Sin un momento parare;
No va camino derecho,
Mas por do podia andare.
Caminando todavia,
Un camino va á topare;
Siguiendo por el camino
Va á dar en un pinare:
Por él anduvo una pieza
Sin poder dél se apartare.
Pensó reposar allí
O adelante pasare;
Mas por buscar á los suyos
Adelante quiere andare.
Del pinar salió muy presto,
Por un valle fuera á entrare,
Cuando oyó dar un gran grito
Temeroso y de pesare,
Sin saber que de hombre fuese,
O de qué pudiese estare:
Solo gran dolor mostraba,
Otro no pudo notare,
De qué se turbó el Marqués,
Todo espeluzado se hae;
Mas aunque viejo de dias
Empiézase de esforzare.
Por su camino delante
Empieza de caminare:
A pié va que no á caballo;
El caballo va á dejare,
Porque estaba muy cansado,
Y no podia bien andare;
En un prado que allí estaba
Allí le fuera á dejare.
Cuando llegó á un rio,
En medio de un arenale
Vido un caballero muerto,
Comenzóle de mirare.
Armado estaba de guerra
A guisa de peleare;
Los brazos tenia cortados,
Las piernas otro que tale,
Y mas adelante un poco
Una voz sintió hablare:
—¡Oh Santa María Señora,
No me quieras olvidare!
¡A ti encomiendo mi alma,
Plégate de la guardare!
En este trago de muerte
Esfuerzo me quieras dare;
Pues á los tristes consuelas
Quieras á mí consolare,
Y al tu precioso Hijo
Por mí te plega rogare
Que perdone mis pecados,
Mi alma quiera salvare.—
Cuando aquesto oyó el Marques
Luego se fuera apartare;
Revolvióse el manto al brazo,
La espada fuera á sacare:
Apartado del camino
Por el monte fuera á entrare;
Hácia do sintió la voz
Empieza de caminare.
Las ramas iba cortando [3]
Para la vuelta acertare;
A todas partes miraba
Por ver qué cosa serae;
El camino por do iba
Cubierto de sangre estae.
Vínole grande congoja,
Todo se fué á demudare,
Que el espíritu le daba
Sobresalto de pesare.
De donde la voz oyera
Muy cerca fuera á llegare:
Al pié de unos altos robles
Vido un caballero estare,
Armado de todas armas
Sin estoque ni puñale.
Tendido estaba en el suelo,
No cesa de se quejare;
Las lástimas que decia
Al Marques hacen llorare:
Por entender lo que dice
Acordó de se acercare.
Atento estaba escuchando
Sin bullir ni menearse:
Lo que decia el caballero
Razon es de lo contare.
—¿Dónde estás, señora mia [4],
Que no te pena mi male?
De mis pequeñas heridas
Compasion solias tomare,
¡Agora de las de muerte
No tienes ningun pesare!
No te doy culpa, señora,
Que descanso en el hablare:
Mi dolor, que es muy sobrado
Me hace desatinare.
Tú no sabes de mi mal
Ni de mi angustia mortale;
Yo te pedí la licencia
Para mi muerte buscare.
Pues yo la hallé, señora,
A nadie debo culpare,
Cuanto mas á ti, mi bien,
Que no me la querias dare;
Mas cuando mas no podiste
Bien sentí tu gran pesare
En la fe de tu querer,
Segun te ví demostrare.
¡Esposa mia y señora!
No cures de me esperare;
Hasta el dia del juicio
No nos podemos juntare.
Si viviendo me quisiste,
Al morir lo has de mostrare,
No en hacer grandes extremos,
Mas por el alma rogare.
¡Oh mi primo Montesinos!
¡Infante Don Meriane!

¡Deshecha es la compañía,
En que solíamos andare!
¡Ya no espereis mas de verme,
No os cumple ya mas buscare,
Que en balde trabajaréis
Pues no me podreis hallare!
¡Oh esforzado Don Renaldos!
¡Oh buen paladin Roldane!
¡Oh valiente Don Urgel!
¡Oh Don Ricardo Normante!
¡Oh marques Don Oliveros!
¡Oh Durandarte el galane!
¡Oh archiduque Don Estolfo!
¡Oh gran duque de Milane!
¿Dónde sois todos vosotros?
¿No venís á me ayudare?
¡Oh emperador Cárlo Magno,
Mi buen señor naturale,
Si supleses tú mi muerte
Cómo la harias vengare!
Aunque me mató tu hijo
Justicia quieras guardare,
Pues me mató á traicion
Viniéndole acompañare.
¡Oh príncipe Don Carloto!
¿Qué ira tan desiguale
Te movió sobre tal caso
A quererme así matare
Rogándome que viniese
Contigo por te guardare?
¡Oh desventurado yo,
Cómo venia sin cuidare
Que tan alto caballero
Pudiese hacer tal maldade!
Pensando venir á caza
Mi muerte vine á cazare.
No me pesa del morir
Pues es cosa naturale,
¡Mas por morir como muero
Sin merecer ningun male,
Y en tal parte donde nunca
La mi muerte se sabrae!
¡Oh alto Dios poderoso,
Justiciero y de verdade,
Sobre mi muerte inocente
Justicia quieras mostrare!
¡Desta ánima pecadora
Quieras haber piedade!
¡Oh triste reina mi madre,
Dios te quiera consolare,
Que ya es quebrado el espejo
En que te solias mirare!
Siempre de mí recelabas
Recebir algun pesare,
¡Agora de aquí adelante
No te cumple recelare!
En las justas y torneos
Consejos me solias dare,
¡Agora triste en la muerte
Aun no me puedes hablare!
¡Oh noble marques de Mantua[5],
Mi señor tio carnale!
¿Dónde estás que no ois
Mi doloroso quejare?
¡Qué nueva tan dolorosa
Os será y de gran pesare
Cuando de mí no supierdes
Ni me pudierdes hallare!
Hecistesme heredero
Por vuestro Estado heredare,
¡Mas vos lo habréis de ser mio
Aunque sois de mas edade!
¡Oh mundo desventurado;
Nadie debe en ti fiare:
Al que mas subido tienes
Mayor caida haces dare!—
Estas palabras diciendo
No cesa de sospirare
Sospiros muy dolorosos
Para el corazon quebrare.

Turbado estaba el Marques,
No pudo mas escuchare;
El corazon se le aprieta,
La sangre vuelto se le hae.
A los piés del caballero
Junto se fué á llegare;
Con la voz muy alterada
Empezóle de hablare:
—¿Qué mal teneis, caballero?
¿Queredes me lo contare?
¿Teneis heridas de muerte,
O teneis otro algun male?—
Cuando lo oyó el caballero
La cabeza probó alzare:
Pensó que era su escudero,
Tal respuesta le fué á dare:
—¿Qué dices, amigo mio?
¿Traes con quien me confesare?
Que ya se me sale el alma;
La vida quiero acabare:
Del cuerpo no tengo pena,
Que el alma querria salvare.—
Luego le entendió el Marques
Por otro le fué á tomare:
Respondióle muy turbado
Que apénas pudo hablare:
—Yo no soy vuestro criado,
Nunca comí vuestro pane,
Antes soy un caballero
Que por aquí acerté á pasare:
Vuestras voces dolorosas
Aquí me han hecho llegare
A saber qué mal teneis,
O de qué es vuestro penare.
Pues que caballero sois
Querades vos esforzare,
Que para esto es este mundo
Para bien y mal pasare.
Decidme, señor, quién sois
Y de qué es vuestro male,
Que si remediarse puede
Yo os prometo de ayudare:
No dudeis, buen caballero,
De decirme la verdade.—
Tornara en sí Valdovinos,
Respuesta le fué á dare:
—Muchas mercedes, señor,
Por la buena voluntade;
Mi mal es crudo y de muerte,
No se puede remediare.
Veinte y dos heridas tengo
Que cada una es mortale;
El mayor dolor que siento,
Es morir en tal lugare,
Do no se sabrá mi muerte
Para poderse vengare,
Porque me han muerto á traicion
Sin merescer ningun male.
A lo que habeis preguntado
Por mi fe os digo verdade,
Que á mí dicen Valdovinos,
Que el Franco solian llamare:
Hijo soy del Rey de Dacia,
Hijo soy suyo carnale,
Uno de los doce pares
Que á la mesa comen pane.
La reina Doña Ermelina
Es mi madre naturale,
El noble marques de Mantua
Era mi tio carnale,
Hermano era de mi padre
Sin en nada discrepare:
La linda infanta Sevilla
Es mi esposa sin dudare:
Hame herido Carloto
Su hijo del Emperante,
Porque él requirió de amores
A mi esposa con maldade:
Porque no le dió su amor
El en mí se fué á vengare

Pensando que por mi muerte
Con ella habia de casare.
Hame muerto á traicion
Viniendo yo á le guardare,
Porquel me rogó en Paris
Le viniese acompañare
A dar fin á una aventura
En que se queria probare.
Quien quier que seais, caballero
La nueva os plega llevare
De mi desastrada muerte
A Paris, esa ciudade,
Y si hácia Paris no fuerdes
A Mántua la iréis á dare,
Qu'el trabajo que ende habreis
Muy bien os lo pagarane,
Y si no quisierdes paga
Bien se os agradecerae. —
Cuando aquesto oyó el Marques
La habla perdido hae,
En el suelo dió consigo,
La espada fué arrojare,
Las barbas de la su cara
Empezólas de arrancare,
Los sus cabellos muy canos
Comiénzalos de mesare.
A cabo de una gran pieza
En pié se fué á levantare;
Allegóse al caballero
Por las armas le quitare.
Desque le quitó el almete
Comenzóle de mirare:
Estaba en sangre bañado,
Con la color muy mortale:
Estaba desfigurado,
No lo podia figurare,
No lo podia conoscer
En el gesto ni el hablare;
Dudando estaba dudando
Si era mentira ó verdade.
Con un paño que traia
La cara le fué á limpiare;
Desque lo hubo limpiado
Luego conocido lo hae.
En la boca lo besaba
No cesando de llorare,
Las palabras que decia
Dolor es de las contare.
— ¡Oh sobrino Valdovinos,
Mi buen sobrino carnale!
¿Quién os trató de esta suerte?
¿Quién os trujo á tal lugare?
¿Quién es el que á vos mató
Que á mi vivo fué á dejare?
¡Mas valiera la mi muerte
Que la vuestra en tal edade!
¿No me conoceis, sobrino?
¡Por Dios queraisme hablare!
Yo soy el triste marques
Que tio solíades llamare,
Yo soy el marques de Mantua
Que debo de reventare
Llorando la vuestra muerte
Por con vida no quedare.
¡Oh desventurado viejo!
¿Quién me podrá conortare?
Qu'en pérdida tan crecida
Mas dolor es consolare.
Yo la muerte de mis hijos
Con vos podria olvidare.
Agora, mi buen señor,
De nuevo habré de llorare.
A vos tenia por sobrino
Para mi Estado heredare,
Agora por mi ventura
Yo vos habré de enterrare.
Sobrino, de aquí adelante
Yo no quiero vivir mase:
Ven, muerte, cuando quisieres,
No te quieras retardare;
¡Mas al que ménos te teme
Le huyes por mas penare!
¿Quién le llevará las nuevas
Amargas de gran pesare
A la triste madre vuestra?
¿Quién la podrá consolare?
Siempre lo oí decir,
Agora veo ser verdade,
Que quien larga vida vive
Mucho mal ha de pasare:
Por un placer muy pequeño
Pesares ha de gustare.—
Destas palabras y otras
No cesaba de hablare
Llorando de los sus ojos
Sin poderse conortare.
Esforzóse Valdovinos
Con el angustia mortale;
Cuando conoseió á su tio
Alivio fuera á tomare:
Tomóle entrambas las manos,
Muy recio le fué apretare:
Disimulando su pena
Comenzó al Marques á hablare:
— No lloredes, señor tio,
Por Dios no querais llorare,
Que me dais doblada pena
Y al alma haceis penare;
Mas lo que yo os encomiendo
Es por mi querais rogare,
Y no me desampareis
En este esquivo lugare;
Hasta que yo haya espirado,
No me querades dejare.
Encomiéndoos á mi madre
Vos la querais consolare,
Que bien creo que mi muerte
Su vida habrá de acabare;
Encomiéndoos á mi esposa,
Por ella querais mirare;
El mayor dolor que siento
Es no le poder hablare.—
Ellos estando en aquesto
Su escudero fué á llegare:
Un ermitaño traia
Que en el bosque fué á hallare,
Hombre de muy santa vida
Del órden sacerdotale.
Cuando llegó el ermitaño
El alba queria quebrare.
Esforzando á Valdovinos
Comenzóle amonestare
Que olvidando aqueste mundo
De Dios se quiera acordare.
Aparte se fué el Marques
Por dalles mejor lugare;
El escudero á otra parte
Tambien se fuera apartare:
El Marques de quebrantado
Gran sueño le fué á tomare.
Confesóse Valdovinos
A toda su voluntade.
Estando en su confesion,
Ya que queria acabare,
Las angustias de la muerte
Comienzan de le aquejare:
Con el dolor que sentia
Una gran voz fuera á dare:
Llama á su tio el Marques,
Comenzó así de hablare:
— Adios; adios, mi buen tio,
Adios os querais quedare,
Que yo me voy de este mundo
Para la mi cuenta dare:
Lo que os ruego y encomiendo
No lo querais olvidare:
Dadme vuestra bendicion,
La mano para besare. —
Luego perdiera el sentido,
Luego perdiera el hablare

Los dientes se le cerraron,
Los ojos vuelto se le hane.
Recordó luego el Marques,
A él se fuera á llegare,
Muchas veces lo bendice
No cesando de llorare.
Absolvióle el ermitaño;
Por él comienza á rezare.
Y á cabo de poco rato
Valdovinos fué á espirare.
El Marques de verlo así
Amortescido se hae,
Consuélalo el ermitaño,
Muchos ejemplos le dae:
El Marques como discreto
Acuerdo fuera á tomare,
Pues remediar no se puede,
A haberse de conortare.
Lo que hacia el escudero
Lástima era de mirare;
Rascuñaba la su cara,
Sus ropas rasgado hae,
Sus barbas y sus cabellos
Por tierra los va á lanzare.
A cabo de una gran pieza,
Que ambos cansados estane,
El Marques al ermitaño
Comienza de preguntare:
— Pidoos por Dios, padre honrado,
Respuesta me querais dare:
¿Dónde estamos, ó en qué reino
En qué señorío ó lugare?
¿Cómo se llama esta tierra?
¿Cuya es, y á qué mandare?
El ermitaño responde:
— Pláceme de voluntade:
Debeis de saber, señor,
Que esta tierra sin poblare
Otro tiempo fué poblada,
Despoblóse por gran male,
Por batallas muy crueles
Que hubo en la cristiandade:
A esta llaman la Floresta
Sin ventura y de pesare,
Porque nunca caballero
En ella acaeció entrare
Que saliese sin gran daño
O desastre desiguale.
Esta tierra es del marques
De Mantua, la gran ciudade:
Hasta Mantua son cien millas
Sin poblado ni lugare,
Sino sola una ermita
Que á seis millas de aquí estae,
Donde yo hago mi vida
Por del mundo me apartare.
El mas cercano poblado
A veinte millas estae;
Es una villa cercada
Del ducado de Milane.
Ved lo que quereis, señor,
En que yo os pueda ayudare,
Que por servicio de Dios
Lo haré de voluntade,
Y por vuestro acatamiento,
Y por hacer caridade.—
El Marques que aquesto oyera
Comenzóle de rogare
Que no recibiese pena
De con el cuerpo quedare,
Miéntras él y el escudero
El caballo van buscare
Que allí cerca habia dejado
En un prado á descansare.
Plúgole al ermitaño
Allí haberlos de esperare:
El Marques y el escudero
El caballo van buscare:
Por el camino do iban
Comenzóle á preguntare:
— Digasme, buen escudero,
Si Dios te quiera guardare,
¿Qué venía tu señor
Por esta tierra buscare,
Y por qué causa lo han muerto,
Y quién le fuera á matare? —
Respondióle el escudero,
Tal respuesta le fué á dare:
— Por la fe que debo á Dios
Yo no lo puedo pensare,
Porque no lo sé, señor;
Lo que vi os quiero contare.
Estando dentro en Paris
En cortes del Emperante,
El príncipe Don Carloto
A mi señor envió á llamare.
Estuvieron en secreto
Todo el dia en su hablare;
Cuando la noche cerró
Ambos se fuéron armare.
Cabalgaron á caballo,
Salieron de la ciudade
Armados de todas armas
A guisa de peleare.
Yo salí con Valdovino
Y con Don Carloto un paje:
Ayer hubo quince dias
Salimos de la ciudade.
Luego cuando aquí llegamos
A este bosque de pesare,
Mi señor y Don Carloto
Mandaron nos esperare.
Solos se entraron los dos
Por aquel espeso valle;
El paje estaba cansado,
Gran sueño le fué á tomare;
Yo pensando en Valdovinos
No podia reposare.
Apartéme del camino,
En un árbol fuí á pujare,
A todas partes miraba
Cuando los veria tornare.
A cabo de un grande rato
Caballo oí relinchare,
Vi venir tres caballeros,
Mi señor no ví tornare.
Venian bañados en sangre,
Luego vi mala señale;
El uno era Don Carloto,
Los dos no pude notare.
Con grande miedo que tenia
No los osé preguntare
Do quedaba Valdovinos,
Do le fueran á dejare:
Mas abajéme del árbol,
Entré por aquel pinare;
Desque los vi trasponer
Yo comencé de buscare
A mi señor Valdovinos,
Mas no lo podia hallare:
El rastro de los caballos
No dejaba de mirare.
A la entrada de un llano,
Al pasar de un arenale,
Vi huella de otro caballo,
Lo cual me pareció male;
Vi mucha sangre por tierra,
De que me fuí á espantare;
En la orilla del rio
El caballo fuí á hallare,
Mas adelante no mucho
A Valdovinos vi estare.
Boca abajo estaba en tierra,
Ya casi queria espirare,
Todo cubierto de sangre
Que apénas podia hablare.
Levantáralo de tierra,
Comencéle de limpiare;

Por señas me demandó
Confesor fuese á buscare.
Esto es, noble señor,
Lo que sé deste gran male. —
En estas cosas hablando
El caballo van topare,
Cabalgó en él el Marques,
Y á las ancas le fué á tomare:
A do quedó el ermitaño
Presto tornado se hane.
Desque hablaron un rato
Acuerdo van á tomare
Que se fuesen á la ermita,
Y el cuerpo allá lo llevare.
Pónenlo encima el caballo,
Nadie quiso cabalgare.
El ermitaño los guia,
Comienzan de caminare;
Llevan via de la ermita
Aprisa y no de vagare.
Desque allá hubieron llegado
Van el cuerpo desarmare.
Quince lanzadas tenia,
Cada una era mortale,
Que de la menor de todas
Ninguno podria escapare.
Cuando asi lo vió el Marques
Traspasóse de pesare,
Y a cabo de una gran pieza
Un gran suspiro fué á dare.
Entró dentro en la capilla,
De rodillas se fué á hincare,
Puso la mano en un ara
Que estaba sobre el altare,
Y en los piés de un crucifijo
Jurando, empezó de hablare.
— Juro por Dios poderoso[6],
Por Santa María su Madre,
Y al santo Sacramento
Que aquí suelen celebrare,
De nunca peinar mis canas,
Ni las mis barbas cortare;
De no vestir otras ropas,
Ni renovar mi calzare;
De no entrar en poblado;
Ni las armas me quitare,
Sino fuere una hora
Para mi cuerpo limpiare;
De no comer en manteles,
Ni á mesa me asentare,
Hasta matar á Carloto
Por justicia ó pelcare,
O morir en la demanda
Manteniendo la verdade:
Y si justicia me niega
Sobre esta tan gran maldade
De con mi Estado y persona
Contra Francia guerreare,
Y manteniendo la guerra
Morir ó vencer sin pare.
Y por este juramento
Prometo de no enterrare
El cuerpo de Valdovinos
Hasta su muerte vengare.—
De que aquesto hubo jurado
Mostró no sentir pesare;
Rogando está al ermitaño
Que le quisiese ayudare
Para llevar aquel cuerpo
Al mas cercano lugare.
El ermitaño piadoso
Su bestia le fué á dejare;
Amortajaron el cuerpo,
En ella lo van á posare:
Con armas de Valdovinos
El Marques se fué á armare;
Cabalgara en su caballo,
Comienza de caminare.
Camino van de la villa
Que arriba oistes nombrare.
Con él iba el ermitaño
Por el camino mostrare.
Antes que á la villa lleguen
Una abadía van hallare
De la órden de San Bernardo
Que en una montaña estae,
A la bajada de un puerto
Y á la entrada de un lugare.
Allá se fué el Marques
Y allí acordó quedare
Por estar mas encubierto,
Y el cuerpo en guarda dejare,
Hasta hacelle un atahud
Y habello de embalsamare.
Al ermitaño rogaba
Dineros quiera tomare;
Desque dineros no quiso
Sus ricas joyas le dae:
No quiso ninguna cosa,
Su bestia fué á demandare:
Despidióse del Marques,
A Dios le fué á encomendare.
Despues de ser despedido
Para su ermita se vae;
Por el camino do vuelve
A muchos topado hae
Que al Marques iban buscando,
Llorando por le hallare.
Muchos por él preguntaban,
Las señales ciertas dane,
Por las señas que le dieron
El conocido le hae,
Y á todos les respondia:
— Yo os digo cierto verdade,
Que un hombre de tales señas,
Que no sé quién es ni cuále,
Dos dias ha que le acompaño
Sin saber adónde vae:
Dejélo en un abadía
Que dicen de Flores Valle,
Con un caballero muerto
Que acaso fuera á hallare:
Si allá quereis ir, señores,
Hallaréislo de verdade.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Silva de varios Romances.*—It. *Floresta de varios Romances.*)

[1] Aunque Pellicer dice en las notas del *Quijote* que este romance impreso en Alcalá, en 1598, es de Jerónimo Treviño, yo creo que este fué, cuando mas, un editor que corrigió y modificó el antiguo. El romance forma un bellísimo cuadro de costumbres caballerescas y de sentimientos interesantes, que por su naturalidad y sencillez suspenden el ánimo, y le elevan á la verdad de las situaciones que halla el poeta. Nada parece estudiado ni iluminado con los colores de la imaginacion artificiosa; pero allí está retratado el corazon, que para sentir se abandona á la naturaleza. Este y los dos que le siguen son una trilogía de romances sobre la muerte de Valdovinos y su venganza.

[2] Lope de Vega hizo una comedia con título de *El Marques de Mantua*, la cual se halla en la parte ó tomo XII de sus obras dramáticas, cuyo asunto es el mismo de estos romances de Valdovinos.

[3] Acaso de aquí tomó Cervántes la idea de lo que hizo Sancho cuando se apartó de Don Quijote en Sierra-Morena, para poder á su vuelta hallar el camino de encontrarle. (*Quijote, parte* 1.ª, *cap.* XXV.)

[4] Este pasaje pone Cervántes en boca de Don Quijote (*parte* 1.ª, *cap.* V), pero sin duda segun una leccion mas moderna, como puede inferirse de su lenguaje, y dice:

¿Dónde estás, señora mia,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.

[5] Este verso y el que sigue, tambien los pone Cervántes con leccion mas moderna, en el *cap.* V, *parte* 1.ª *del Quijote.*

[6] Este es el juramento que recuerda Cervántes en el *capítulo* X, *parte* 1.ª *del Quijote.*

356.

VALDOVINOS.—II.

(*Anónimo* [1].)

De Mantua salen apriesa
Sin tardanza ni vagare
Ese noble conde Dirlos,
Visorey de allende mare,
Con el duque Don Sanson,
De Picardía naturale :
Camino van de Paris,
Aunque ninguno lo sabe,
Qu'el marques Danes Urgel
Los envia con mensaje
A ese alto Emperador
Que estaba en Paris la grande.
Llegados son á Paris
Sin mucho tiempo tardare.
Caballeros son de estima,
De grande estado y linaje,
De los doce que á la mesa
Redonda comian pane.
Los grandes que lo supieron
Salen por los compañare.
Cuando entraron en Paris
Vanse al palacio reale ;
Preguntan por el Emperador
Para habelle de hablare :
De que lo supo Don Cárlos
Luego los mandó entrare ;
Desque son delante dél
Las rodillas van hincare ;
Demandáronle las manos,
Mas no se las quiso dare ;
Mándóles alzar de tierra,
Comenzólos preguntare :
—¿ De dónde venides, Duque?
¿ De qué parte ó qué lugare?
¿ Dónde habeis estado, Conde?
¿Venis de allende la mare?—
Respondieron ambos juntos,
Presto tal respuesta dane :
— En Francia habemos estado,
En Mantua, esa ciudade,
Con el marques Danes Urgel
Por le haber de acompañare ;
La embajada que traemos,
Señor, queraisla escuchare :
Mandad salir todos fuera,
No quede sino Roldane,
Que despues siendo contento,
Bien se podrá publicare. —
Todos se salieron luego
De la cámara reale,
Todos cuatro quedan solos,
Las puertas mandan cerrare.
De rodillas por el suelo
El Conde comenzó á hablare :
— ¡ Oh muy alto Emperador,
Sacra real majestade !
Tu vasallo soy, señor,
Y de Francia naturale ;
Pues vengo por mensajero
Licencia me manda dare
Para decir mi embajada,
Si no recibes pesare. —
Respondió el Emperador
Sin el semblante mudare :
— Decid, Conde, qué quereis,
Pues no os cumple recelare ;
Bien sabeis qu'el mensajero
Licencia tiene de hablare :
Al amigo y enemigo
Siempre se debe escuchare,
Por amistad al amigo,
Y al otro por se avisare.—
Levantóse luego el Conde,
Una carta fué á mostrare,
La cual era de creencia,
Dióla en manos de Roldane :
Comenzó de hacer su habla
Con discreto razonare.
— Creyendo hacer mas servicio
A tu sacra majestade,
Acepté, señor, el cargo
De este mensaje explicare,
Porque sin pasion ninguna
La verdad podré contare,
Segun que vengo informado,
Sin añadir ni quitare.
La embajada que yo traigo
Es justicia demandare
Del infante Don Carloto,
Tu propio hijo carnale.
Dicen que él mató sin culpa
A Valdovinos el infante,
Hijo del buen rey de Dacia,
Tu vasallo naturale ;
Y matóle con aleve,
Con engaño y falsedade,
Rogándolo que se fuese
Con él á le acompañare.
Por casarse con su esposa
Dicen que le fué á matare :
De este delito se quejan
Muchos hombres de linaje,
Que son parientes del muerto,
Y se sienten de tal male.
El marques Danes Urgel
Se muestra mas principale,
Por ser tio de Valdovinos,
Hermano del Rey su padre.
Demas de ser su pariente,
Tiene muy mayor pesare
Porque lo halló herido,
Casi á punto de espirare,
En un bosque muy esquivo,
Apartado de lugare.
El mismo le contó el caso,
A él se fué encomendare,
En sus brazos espiró,
Razon es no le olvidare :
Y ese maestre de Rodas
Urgel de la fuerza grande,
Que es primo del Marques,
Tio tambien del Infante :
Y ese duque de Baviera
Don Naimo el singulare,
Abuelo de Valdovinos,
Padre carnal de su madre :
Y ese rey de Sansueña,
Tu vasallo naturale,
Padre de la infanta Sevilla
Que cristiana se fué á tornare
Por amor de Valdovinos
Para con él se casare ;
Y otros muchos caballeros
Tambien se van á quejare,
Los unos por parentesco,
Los otros por amistade ;
Sobre todos esa reina
Doña Ermelina, su madre.
Tus naturales y extraños
Tambien te envian á suplicare
Que si tu hijo los mata
¿ Quién los ha de defensare?
Si no mantienes justicia
Dejarán su naturale,
Y se partirán de Francia
A otros reinos á morare.
El caso es abominable,
Y terrible de contare ;
Y si tal cosa es, señor,
Bien lo debes castigare.
Acuérdate de Trajano
En la justicia guardare,
Que no dejó sin castigo

Su único hijo carnale;
Aunque perdonó la parte,
El no quiso perdonare.
Si niegas, señor, justicia,
Mucho te podrán culpare,
Que tal caso como este
No es para dejar pasare.
¡Mira bien, señor, en ello!
Respuesta nos manda dare. —
Turbóse el Emperador,
Que apénas pudo hablare:
La mano tenia en la barba,
Muy pensativo ademase.
A cabo de una gran pieza
Tal respuesta le fué á dare:
—¡Si lo que habeis dicho, Conde,
Se puede hacer verdade,
Mas quisiera que mi hijo
Fuera el muerto sin dudare!
El morir es una cosa
Que á todos es naturale,
La memoria queda viva
Del que muere sin fealdade;
Del que vive deshonrado
Se debe tener pesare,
Porque así viviendo muere
Olvidado de bondade.
Decilde, Conde, al Marques
Y á cuantos con él estane,
Que el pesar que desto tengo
No lo puedo demostrare:
Mas yo daré tal ejemplo
En esta muerte vengare,
Que la pena del delito
Sobrepuje á la maldade,
Porque todos se escarmienten
Cuantos lo oyerén nombrare.
Vengan á pedir justicia,
Que yo la haré guardare
Como es costumbre de Francia
Usada de antigua edade:
Si buena verdad trujeren
En mi corte se verae;
Do mi persona estuviere
La justicia será iguale,
Así al pobre como al rico,
Así al chico como al grande,
Y tambien al extranjero,
Como al propio naturale.
Mas quiero dejar memoria
De grande riguridade,
Que dejar sin dar castigo,
Al que comete maldade,
Aunque sea mi propio hijo
Que me tenia de heredare.—
Cuando esto oyó el Conde
Las manos le fué á besare;
Alabando su respuesta,
El Duque comenzó hablare:
Siempre, señor, confiamos
De tu inclita bondade
Que por mantener justicia
Tal respuesta habias de dare;
Mas porque el caso requiere
En sí mesmo gravedade,
Y por ser cosa de hijo
Tú no lo debes juzgare,
El marques Danes Urgel
Te envía á suplicare,
Que porque él tiene jurado
De en poblado nunca entrare
Hasta que alcance derecho
De Carloto el infante,
Y él mismo tiene de ser
El que lo há de acusare,
Que no quieras ser presente
Para haber de sentenciare;
Mas que nombres caballeros
Que puedan determinare,
Segun costumbre de Francia
Entre hombres de linaje,
Y que los que señaláredes
Para este caso mirare,
Sean caballeros de estado
De tu consejo imperiale,
Y que hagan juramento
De administrar la verdade,
Y tu majestad provea
De señalar un lugare
En el campo, sin poblado,
A do se haya de juzgare
Para oir ambas las partes
Hasta ejecucion finale.
Porque el Marques trae gente
Para se haber de guardare
De quien algo le quisiere
Y le hubiere de enojare,
Y sus parientes y amigos
Vienen por le acompañare,
Y entre ellos viene Renaldos,
El señor de Montalvane,
El cual está puesto en bandos
Con tu sobrino Roldane.
Porque no sabe el Marques
Si recibirás pesare,
No quiere venir con gentes
Sin saber tu voluntade,
Pues viene á pedir justicia
Y no para guerreare;
Pide, señor, le asegures
Y á cuantos con él vernane,
Miéntras que el pleito durare
Seguro les mandes dare
Para venida y estada,
Y despues para tornare,
No porque él tema á ninguno,
Ni haya de quién se recelare
Mas por cumplir lo que debe
A tu sacra majestade.
D'esta manera, señor,
El vendrá sin detardare,
Que ya es partido de Mantua,
No cesa de caminare.
Don Renaldos le aposenta
Sin hacer daño ni male,
En tierras de señoríos
Todos recaudo le dane,
Pagando de sus dineros
Lo acostumbrado pagare.
Para pasar por tus tierras
Licencia les manda dare,
Y todos los bastimentos
Que hubieren necesidade:
Pagando lo que valiere
No se les deben negare. —
Al Emperador le plugo,
Todo lo fué así otorgare:
— El Marques venga seguro
Y cuantos con él vernanen,
Venga siquiera de guerra,
O como le placeare,
Yo lo tomo so mi amparo,
So mi corona reale.
Porque mas seguro venga
Este mi anillo tomade;
Todo lo que yo os prometo
Siempre hallaréis verdade:
La licencia que pedis
Soy contento de os la dare:
Ordenaldo á vuestra guisa.
Que así lo quiero firmare.—
Sacó un anillo de oro
Con el sello imperiale;
El Duque lo tomó luego,
Las manos le fué á besare.
Del Emperador se despiden,
A sus posadas se vane.
Don Roldan quedó enojado,

Mas no lo quiso mostrare.
Luego se supo en la corte
Todo lo que fué á pasare,
La embajada que traian,
Lo que venian á demandare.
Mucho pesó á Don Carloto,
Quiérelo disimulare;
Fuese al Emperador
A haberse de desculpare;
Mas nunca lo quiso oir
Sino en consejo reale.
La audiencia que le dió
Fué mandarlo aprisionare
Hasta ser determinada
Por su corte la verdade.
Preso ya y puesto á recaudo,
En guarda lo fuera dare
A Don Renaldos de Belanda,
Que Ayuclos suelen llamare,
Gran Condestable de Francia,
Y en cortes gran Senescale.
Mucho pesaba á los grandes
Que le tenian amistade,
Sobre todos le pesaba
A ese paladin Roldane.
Todos buscaban maneras
Para le haber de soltare,
Mas nunca el Emperador
A alguno quiso escuchare:
Cuanto mas por él le ruegan,
Tanto mas lo hace guardare.
Cada dia entra en consejo,
Las leyes hacia mirare,
Quien tal crimen cometiá
Qué pena le habia de dare.
Estando en esto las cosas
El Marques fuera á llegare
A tres millas de Paris
A vista de la ciudade:
No quiso pasar delante,
Mandó asentar su reale.
Aposentóle Renaldos
Ribera de un rio caudale,
Do mejor le pareció
Y mas seguro lugare,
Y él adelante pasó
Una milla ó poco mase.
Armaron luego su tienda,
Su bandera mandó alzare:
La gente de la ciudad
Todos iban á mirare
El gran campo del Marques,
Su concierto singulare,
La diversidad de gentes,
La órden qu'el Marques trae.
Muchos grandes y señores
Al Marques iban á hablare
Por probar algun concierto
Y saber su voluntade.
El estábase en su tienda,
En aquel estado grande,
Armado de todas armas,
Y descubierta la face,
El atahud allí delante
Por mas dolor demostrare,
La madre de Valdovinos
Y su esposa allí á la pare
De aquella forma y manera
Que arriba oistes nombrare.
Los que venian á la tienda
Para el Marques visitare,
De que le veian armado
Y de aquella forma estare,
Habian dél compasion,
Llegaban por le hablare.
Recebíalos muy bien,
Cabe él los hacia sentare;
El caso como pasara
A todos iba á contare.
Cuando algo le rogaban
Mostraba mucho pesare;
Rogaba con cortesía
Le quisiesen perdonare
Por no poder complacerlos
Como era su voluntade,
Porqué él se habia quitado
Sobre esto la libertade.
El juramento que hizo
A todos hacia mostrare,
Porque no tuviesen causa
Sobre ello de importunare.
Los grandes que allí venian
No le querian fatigare,
Ni querian sobre tal caso
El su dolor renovare.
Volvianse para Paris
Pensativos ademase,
Diciendo tener razon
El Marques de se vengare
De un tan grave delito,
Y hacello bien castigare.
Quando el Emperador supo
Que el Marques fuera á llegare,
Mandó llamar al consejo
En su palacio imperiale.
Mandó cuando fuéron juntos
Los embajadores llamare:
La embajada que trajeron
Tornasen á recontare.
Levantóse el conde Dirlos
Comenzóla de explicare;
De que la hubo acabado
Tornóse luego á sentare.
Todos se maravillaban
De oir tan gran maldade;
Por amor del Emperador
Todos recibian pesare;
Mirábanse unos á otros,
A todos parecia male.
Antes que hablase ninguno
El Emperador fué hablare:
— Lo que aquí pide el Marques
Por primero y principale,
Es que yo le nombre jueces
Para esto determinare:
Por ser caso de Carloto
Presente no quiero estare;
Para mejor señalarlos
Yo les daré potestade
Que administren la justicia
En su conciencia y verdade.—
A todos está mirando,
Y empiézales de hablare:
— Los jueces que yo le nombro [1]
Para justicia guardare
El uno es Dardin Dardeña,
Que Delfin suelen llamare,
De tres estados de Francia,
El primero en consejare:
El otro el conde de Flándes,
Don Alberto el singulare,
Uno de los tres estados,
Y primero en el mandare:
Otro el duque de Borgoña,
Primero estado en juzgare,
Riguroso y justiciero,
En mis reinos principale:
El otro el duque Don Cárlos,
Mi sargento generale:
Otro el duque de Borbon,
Mi cuñado Don Grimalte:
El otro el conde de Foy,
Y el buen viejo Don Beltrane:
Otro sea Don Reynero
Llamado duque de Aste,
Y el conde Don Galalon
De Alemaña principale:
Otro el duque Vibiano

De Agramonte naturale,
Asistente de mi corte
Para los pleitos juzgare:
Otro el duque de Saboya,
Que venturas fué á buscaré,
Y en las mas partes del mundo
Trances ha visto pasare:
Otro el duque de Ferrara,
Esa nombrada ciudade,
Don Arnao el gran Bastardo,
Así se hace intitulare:
Otro sea Don Guarinos,
Almirante de la mare,
De todas flotas y armadas
Sobre todos generale.
Y nombro por presidente
Para en mi lugar estare
Don Renaldos de Belanda,
De Francia gran condestable.
Para ello le doy mi cetro,
Poder soluto en mandare.
Todos estos juntos puedan
Absolver y sentenciare
Esto que pide el marques
Como se debe juzgare,
Si por prueba de testigos
O trance de peleare.
Yo les doy mi comision
Con poder y facultade,
Que la sentencia que dieren
La puedan ejecutare,
Segun costumbre de Francia,
Por su propia autoridade,
Dando la pena y castigo
A quien la hubieren de dare,
Así por via de justicia,
Como por en campo entrare,
Al cual puedan ser presentes,
Y en mi nombre asegurare
Al marqués Danes Urgel
Y á cuantos con él estane,
Mas que á mi persona propia
Nadie pueda demandare.—
Así como aquí lo dijo
A todos lo va á mandare,
So pena de ser traidor
Quien lo osare quebrantare.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Silva de varios Romances.*— It. *Floresta de varios Romances.*)

[1] En la enumeracion de títulos y principados que aquí atribuye el poeta á los jueces nombrados por el Emperador, se cometen multitud de anacronismos.

357.

VALDOVINOS. — III.

SENTENCIA DADA CONTRA DON CARLOTO.

(*Anónimo* [1].)

En el nombre de Jesus
Que todo el mundo ha formado,
Y de la Vírgen su Madre,
Que de niño lo ha criado:
Nosotros Dardin Dardeña,
Delfin en Francia llamado;
Don Alberto y Don Reynero,
De tres estados nombrado:
El conde de Flandes viejo,
Consejero delegado,
Con el duque de Borgoña,
El primero en el juzgado,
Con el buen duque Don Cárlos,
El regente, el sargentado;
Con el duque de Borbon
Don Grimalte, fiel cuñado
Del muy alto Emperador,
Con la su hermana casado;
El buen viejo Don Beltrane
Con el conde de Foyxano,
Y el conde Don Galalon,
Con el duque de Vibiano;
Con el duque de Saboya,
Que venturas ha buscado;
Con el duque de Ferrara
Don Arnao, el gran Bastardo;
El almirante Guarinos,
En los mares estimado;
Don Renaldos de Belanda,
Condestable diputado
En el lugar y mandar
Del sumo emperador Carlo:
Todos juntos en consejo
Y acuerdo deliberado,
Vista la requisicion
Qu'el buen Marques nos ha dado;
Vista tambien la demanda
Qu'él mesmo ha procesado;
Vistas todas las respuestas
Que Don Carloto ha enviado,
El proceso todo entero
Con gran fe desaminado,
Lo que venia de justicia
Y de derecho mirado,
Ni al uno por el otro
El derecho no quitado;
Teniendo á Dios en la miensa
Y en los ojos presentado:
Visto que claro paresce
Por lo que se ha alegado,
Que segun la ley divina
Quien mata ha de ser matado,
Con cuchillo ó sin cuchillo
A tal acto ejercitado;
Y visto que traicion
Don Carloto ha intentado
En matar á Valdovinos
En un bosque despoblado,
Segun que claro se muestra
Por la confesion que ha dado
Don Carloto á la demanda
Qu'el Marques ha presentado;
Visto que punto por punto
El delito ha confesado
Por la pena del tormento,
Aunque lo habia negado;
Y visto que nada obsta
Qu'el le haya sojuzgado
A la real audiencia,
Pues que le han perdonado:
Lo que viene de justicia,
Nada otro no mirado,
Por esta nuestra sentencia,
Cada cual bien informado
Del hecho de la verdad,
Segun que se ha confesado,
Condenamos á Carloto:
Primero, á ser arrastrado
Por el campo y por la arena
Por un rocin mal domado:
Despues de lo cual queremos
Que sea descabezado
En un alto cadahalso,
Do pueda ser bien mirado
De fuera de la ciudad
Por donde será llevado;
Despues de lo cual cumplido,
Y aquesto ser acabado,
Le corten manos y piés,
Porque quede mas pagado,
Y despues de aquesto hecho
Que sea descuartizado:
Lo cual cumplido, queremos
Sea un edificio obrado
De piedra muy bien labrada
Y de canto bien picado,
Que sea en lo venidero

Memoria de lo pasado
Del caso de Valdovinos
Y de cómo fué vengado. —.
Don Carloto temeroso,
Aunque era muy esforzado,
Tremecióse cuando oyó
Lo que se ha publicado.
Esforzóse cuanto pudo,
Una pluma ha demandado;
Diéronle tinta y papel,
Una carta ha ordenado;
Con un paje que allí estaba
A Don Roldan la ha enviado.
Nadie sabe lo que envia,
Para vello se ha apartado
Don Roldan, leyó la carta,
Todo se ha alterado :
El de cierto bien quisiera
Dar remedio en lo rogado.
Doloroso y pensativo
Un poco tiempo ha quedado,
Duda si debe hacer
Lo que le fué suplicado,
O si deba dar desvío
A lo que le es recitado.
Hallóse puesto en gran duda,
En gran estrecho y cuidado;
El amor dice que haga,
El temor teme el mandado
D'ese sumo Emperador
Que al Marques ha asegurado :
Mas al fin quiere la sangre
Perder por la sangre estado.
Delibera hacer respuesta,
Que no esté atemorizado,
Que con parientes y amigos
El saldrá al campo armado
Con el deseo de perder
La vida, ó ser remediado.
Sin que gran rato pasase
Fué Don Carloto informado
De lo que ordena Roldan,
De lo que fué algo gozado.
Quiérelo disimular;
Mas no pudo ser celado.
Allégase el Condestable,
Y el papel le ha tomado :
Leido que fué el papel,
Por Paris se ha divulgado
Que Don Roldan hace gente
Y que ejército ha juntado.
El Emperador lo sabe,
Al Marques ha avisado,
Manda poner á Carloto
Apercibido recaudo.
Pregonan por la ciudad
De que nadie sea osado,
So pena perder la vida,
De al otro dia ir armado.
A Roldan envió á decir
Que solo no sea osado
De mas estar en Paris
Hasta un año pasado,
So pena de ser traidor
Y por traidor publicado.
El Marques qu'el caso siente
A Reinaldos ha enviado
Que á otro dia amaneciendo
Sea sin falta llegado
A las puertas de Paris
Con tres mil hombres d'estado;
De á caballo lleve mil,
Y que no sea mudado
Hasta tanto que Carloto
En medio será tomado,
Y en el cadalso sea puesto
Para que fué sentenciado,
Y que á cualquiera que venga
Defienda lo encomendado.
Otro dia de mañana
Todo así fué acabado.
Ya sacaban á Carloto
Con fierros muy bien ferrado
Los pregoneros delante
Su gran maldad publicando.
Cuando fuéron á la puerta
Don Reinaldos lo ha tomado,
Y en medio toda su gente
Lo ha bien aposentado.
Cuando están en el lugar
Do ha sido sentenciado,
Delante toda Paris
Fué todo ejecutado,
Segun que por la sentencia
Fué proveido y mandado.
Así murió Don Carloto,
Quedando alevosado,
Y Valdovinos viviendo,
Aunque murió, muy honrado.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Silva de varios Romances.* — It. *Floresta de varios Romances.*)

[1] Ignórase la causa por qué los poetas y los noveladores maltratan tanto á un Cárlos ó Carloto, hijo de Carlo Magno. El que tuvo con este nombre le conservó á su lado dándole parte en el gobierno, miéntras nombró rey de Aquitania á Ludovico Pio, y de Italia á Pipino, tambien sus hijos. El último y el primero fallecieron ántes que su padre, y de ninguno de ellos habla mal la historia. Si en vez de llamar los noveladores, Cárlos, al personaje odioso que han imaginado, le llamasen Pipino, ya sería fácil explicar su ficcion, pues Carlo Magno tuvo un hijo de la hija de Desiderio, su primera esposa, á la cual repudió, llamado Pipino el jorobado, por ser, aunque de hermoso rostro, contrahecho y mal conformado de cuerpo. Por ello ó por odio á su madre, este desdichado Príncipe no obtuvo el amor paternal, y viéndose despreciado, los grandes descontentos le metieron en una conspiracion, que ya que no le costó la vida, le obligó á profesar en un monasterio.

358.

VALDOVINOS. — IV.

(*Anónimo* [1].)

Tan clara hacia la luna
Como el sol á mediodía,
Cuando sale Valdovinos
De los caños de Sevilla.
Por encuentro se la hubo
Una morica garrida,
Y siete años la toviera
Valdovinos por amiga.
Cumpliendo los siete años
Valdovinos que sospira :
—¿ Sospiraste, Valdovinos,
Amigo á quien mas queria?
O vos habeis miedo á moros,
O adamades otra amiga.
—Que no tengo miedo á moros,
Ni ménos tengo otra amiga,
Que vos mora, y yo cristiano
Hacemos la mala vida,
Y cómo la carne en viérnes,
Que mi ley lo defendia.—
—Por tu amor, mi Valdovinos,
Cristiana me tornaría,
Si me quieres por mujer,
Si no sea por amiga.—

(*Glosa de los Romances que dicen : «Cata Francia, Montesinos.»* Pliego suelto.)

[1] Este romance se ha entresacado de una glosa, porque no ha llegado á nuestras manos el texto. A la verdad que solo por el nombre de Valdovinos, y no por conexion que tenga con el Ciclo caballeresco Carlovingio, se ha colocado aquí. La escena en que pasa, su asunto y su carácter son puramente españoles, y á no ser por el nombre del héroe, debiera haberse puesto entre los *Caballerescos sueltos ó varios.*

359.

VALDOVINOS. — V.

(*Anónimo* [1].)

Nuño Vero, Nuño Vero,
Buen caballero probado,
Hinquedes la lanza en tierra
Y arrendedes el caballo;
Preguntaros he por nuevas
De Valdovinos el franco.
— Aquesas nuevas, señora,
Yo bien las diré de grado.
Esta noche á media noche
Entramos en cabalgada,
Y los muchos á los pocos
Lleváromos de arrancada;
Hirieron á Valdovinos
De una mala lanzada;
La lanza tenia dentro,
De fuera le tiembla el asta:
Su tio el Emperador
A penitencia le daba,
O esta noche morirá,
O de buena madrugada.
Si te pluguiese, Sevilla,
Fueses tú mi enamorada.
Amédesme, mi señora,
Que en ello perdereis nada.
— Nuño Vero, Nuño Vero,
Mal caballero probado,
Yo te pregunto por nuevas,
Tú respóndesme al contrario,
Que aquesta noche pasada
Conmigo durmiera el Franco:
El me diera una sortija,
Yo le dí un pendon labrado.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] En este como en algunos otros romances se observa la interrupcion del asonante y su vuelta á él, lo cual es un indicio de su mayor antigüedad comparada con la de aquellos que siguen constantemente la regla de la asonancia, como hechos por personas mas ejercitadas en la versificacion. Los juglares y los poetas cultos han glosado con frecuencia este romance ó sus fragmentos; y la situacion que supone, se halla repetida en algunos otros tambien viejos.

360.

VALDOVINOS.—VI.

(*Anónimo* [1].)

Sobre el cuerpo desangrado
De su esposo Valdovinos,
A quien mató alevemente
De un rey justo un traidor hijo,
La bella infanta Sevilla
Con lágrimas y suspiros
Baña el rostro, azota al aire,
Llora al muerto, y mueve al vivo.
Ya le besa, ya le abraza,
Y entre el uno y otro oficio,
Pidiendo venganza al Rey,
Dijo al Rey, y al cielo dijo:
«¡Castigo, castigo,
»Dé la muerte á Carloto su amor mismo!»
Y pues es razon que paguen
Los cómplices del delito,
Si dicen que yo lo fui,
Estrénese en mí el cuchillo.
Quiero ser actor y reo,
Orden nueva de juicio,
Pida el alma como esposa
Al cuerpo como enemigo:
No piense Carloto, no,
Que por ser mujer me libro,
Que trocaré por su muerte
La muerte del Paladino.
«¡Castigo, castigo,
»Dé la muerte á Carloto su amor mismo!»

(MADRIGAL, *segunda parte del Romancero general.*)

[1] Cualquiera puede conocer que este romance es de fines del siglo XVI, y la diferencia que existe entre él y los viejos que le preceden.

361.

VALDOVINOS. — VII.

(*Anónimo* [1].)

Grande estruendo de campanas
Por todo Paris habia,
Su doloroso sonido
Las piedras entristecia
Por muerte de un caballero,
Valdovinos se decia;
Uno era de los doce,
Y de reyes descendia.
Ya lo llevan á enterrar
Con gran pompa en demasía.
Grandes mortajas y lutos,
Mucha gente le seguia.
El gran número de hachas
Vence la lumbre del dia;
Cien pajes cabe la tumba
Que le llevan compañía;
Muchos duques, muchos condes
Muy grande caballería.
Cantándole va responsos
Infinita clerecía:
El gran cardenal de Ostía
Por presbítero venia;
El Arzobispo de Milan
De diácono servía;
Por subdiácono de ellos
El Obispo de Aux venia.
Allá en San Juan de Letran
El aparato se hacia
De una rica sepultura
Que á las del mundo excedía.
Todo era de piedra jaspe
Y hermosa mazonería,
Y unas columnas de mármol
En donde se sostenia.
Hechas pues ya las obsequias
Como á él pertenecia,
Cíñenle estoque dorado
De muy gran precio y valía;
Métenle yelmo muy rico
De infinita pedrería;
En hábito militar,
Y armado por esta via
Lo meten en el sepulcro,
Como usarse solia;
Quedando el cuerpo con fama,
Con gloria el alma subia.

(*Floresta de varios Romances.*)

[1] Valdovinos es el nombre caballeresco de Valduino. En un manuscrito del siglo XIII, se dice que Valdovinos murió en batalla contra los sajones, y su muerte se pinta en todo igual á la de Roldan su hermano, en Roncesvalles.

ROMANCES DEL CONDE CLAROS DE MONTALVAN.

362.

EL CONDE CLAROS.—I.

(*Anónimo* [1].)

Media noche era por hilo [2],
Los gallos querian cantar,
Conde Claros por amores
No podia reposar:
Dando muy grandes sospiros
Que el amor le hacia dar,

Porque amor de Claraniña
No le deja sosegar.
Cuando vino la mañana
Que queria alborear,
Salto dicra de la cama
Que parece un gavilan.
Voces da por el palacio,
Y empezara de llamar:
—Levantáos, mi camarero,
Dadme vestir y calzar.—
Presto estaba el camarero
Para habérselo de dar:
Diérale calzas de grána,
Borceguís de cordoban;
Diérale jubon de seda
Aforrado en zarzahan;
Diérale un mantó rico
Que no se puede apreciar;
Trescientas piedras preciosas
Al derredor del collar;
Tráele un rico caballo
Que en la corte no hay su par,
Que la silla con el freno
Bien valia una ciudad,
Con trescientos cascabeles
Al rededor del petral;
Los ciento eran de oro,
Y los ciento de metal,
Y los ciento son de plata
Por los sones concordar.
Ibase para el palacio,
Para el palacio real,
Y á la infanta Claraniña
Alli la fuera á hablar:
Trescientas damas con ella
Que la van á acompañar.
Tan linda va Claraniña,
Que á todos hace penar.
Conde Claros que la vido
Luego va á descabalgar;
De rodillas en el suelo
Le comenzó de hablar:
—Mantenga Dios á tu Alteza.
—Conde Claros, bien vengais.—
Las palabras que prosigue
Eran para enamorar.
—Conde Claros, conde Claros,
El señor de Montalvan,
¡Cómo habeis hermoso cuerpo
Para con moros lidiar!—
Respondiera el conde Claros,
Tal respuesta le fué á dar:
—Mejor le tengo, señora,
Para con damas holgar.
Si yo os tuviera esta noche,
Mi señora, á mi mandar,
Querria la otra mañana
Con cient moros pelear,
Y si á todos no venciese
Que me mandasen matar.
—Calledes, Conde, calledes,
Y no os querais alabar:
El que quiere servir damas
Así lo suele hablar,
Y al entrar en las batallas
Bien se saben excusar.
—Si no lo creeis, señora,
Por las obras se verá:
Siete años son pasados
Que os empecé de amar,
Que de noche yo no duermo,
Ni de dia puedo holgar.
—Siempre os preciastes, Conde,
De las damas os burlar:
Mas déjame ir á los baños,
A los baños á bañar;
Cuando yo sea bañada
Estoy á vuestro mandar.—
Respondiérale el buen Conde,
Tal respuesta le fué á dar:
—Bien sabedes vos, señora,
Que soy cazador real;
Caza que tengo en la mano
Nunca la puedo dejar.—
Tomárala por la mano,
Y para un vergel se van.
A la sombra de un cipres,
Y debajo de un rosal,
De la cintura arriba
Tan dulces besos se dan,
De la cintura abajo
Como hombre y mujer se han.
Mas fortuna que es adversa
A placeres, y á pesar
Trujo allí un cazador,
Que no debia pasar,
Detras de una podenca,
Que rabia debia matar.
Vido estar al conde Claros
Con la Infanta á lindo holgar
El Conde cuando lo vido
Empezóle de llamar.
—Ven acá tú, el cazador,
Si Dios te guarde de mal:
De todo lo que has visto
Que nos guardes poridad.
Daréte mil marcos de oro,
Y si mas quisieres, mas;
Casarte he con una doncella
Que era mi prima carnal;
Darte he en arras y en dote
La villa de Montalvan:
De otra parte la Infanta
Mucho mas te puede dar.—
El cazador sin ventura
No les quiso escuchar:
Vase para los palacios
Adonde el buen Rey está.
—Manténgate Dios, el Rey,
Y á tu corona real:
Una nueva yo te traigo
Dolorosa y de pesar.
No te cumple traer corona,
Ni en caballo cabalgar;
La corona de la cabeza
Bien te la puedes quitar,
Si tal deshonra como esta
La hubieses de comportar;
Que he hallado la Infanta
Con Claros de Montalvan,
Besándola y abrazándola
En vuestro huerto real.
Desde la cintura abajo
Como hombre y mujer se han.—
El Rey con muy grande enojo
Mandó al cazador matar,
Porque habia sido osado
De tales nuevas llevar.
Mandó llamar alguaciles
Apriesa, no de vagar;
Mandó armar quinientos hombres
Que lo hayan de acompañar
Para que prendan al Conde
Y le hayan de tomar,
Y mandó cerrar las puertas,
Las puertas de la ciudad.
A las puertas de palacio
Allá le fuéron á hallar.
Preso llevan al buen Conde
Con mucha seguridad
Unos grillos á los piés,
Que bien pesan un quintal;
Las esposas á las manos,
Que era dolor de mirar;
Una cadena á su cuello,
Que de hierro era el collar;
Cabálgante en una mula
Por mas deshonra le dar:

Metiéronle en una torre
De muy gran escuridad :
Las llaves de la prision
El Rey las quiso llevar,
Porque sin licencia suya
Nadie le pudiese hablar.
Por él rogaban los grandes [3]
Cuantos en la corte están,
Por él rogaba Oliveros,
Por él rogaba Roldan,
Y ruegan los doce Pares
De Francia la natural;
Y las monjas de Sant Ana
Con las de la Trinidad [4]
Llevaban un crucifijo
Para al Rey poder rogar.
Con ellas va el Arzobispo
Y un Perlado y Cardenal;
Mas el Rey con grande enojo
A nadie quiso escuchar,
Antes de muy enojado
Sus Grandes mandó llamar.
Cuando ya los tuvo juntos
Empezóles de hablar :
—Amigos y hijos mios,
A los que os hice llamar,
Ya sabeis que el conde Claros,
El señor de Montalvan,
De niño yo le he criado
Hasta ponello en edad,
Y le he guardado su tierra,
Que su padre le fué á dar,
El que morir no debiera,
Reinaldos de Montalvan,
Y por hacello mas grande,
De lo mio le quise dar.
Hícele gobernador
De mi reino natural;
El por darme galardon
Mirad en que fué á tocar,
Que quiso forzar la Infanta,
Hija mia natural.
Hombre que lo tal comete
¿Qué sentencia le han de dar? —
Todos dicen á una voz
Que lo hayan de degollar,
Y así la sentencia dada
El buen Rey la fué á firmar.
L'Arzobispo qu'esto viera
Al buen Rey fué á hablar,
Pidiéndole por merced
Licencia le quiera dar
Para ir á ver al Conde
Y su muerte le anunciar.
—Pláceme, dijo el buen Rey,
Pláceme de voluntad;
Mas con esta condicion :
Que solo habeis de andar
Con aqueste pajecico
De quien puedo bien fiar.—
Ya se parte el Arzobispo
Y á las cárceles se va;
Cuando las guardas le vieron
Luego le dejan entrar;
Con él iba el pajecico
Que le va á acompañar.
Cuando vido estar al Conde
En su prision y pesar,
Las palabras que le dice
Dolor eran de escuchar.
—Pésame de vos, el Conde [5],
Cuanto me puede pesar,
Que los yerros por amores
Dignos son de perdonar.
La desastrada caida
De vuestra suerte y ventura,
Y la nueva á mi venida,
Sabed que hace mi vida
Mas triste que la tristura,
De forma que no sé donde
Pueda yo placer cobrar;
Y como á vos no se esconde,
«De vos me pesa, buen Conde,
»Porque así os quieren matar.»
Los como vos esforzados,
Para las adversidades
Han de estar aparejados,
Tanto á sufrir los cuidados,
Como las prosperidades;
Pues el primero no fuistes
Vencido por bien amar,
No temais angustias tristes :
«Que los yerros que hecistes
»Dignos son de perdonar.»
Por vos he rogado al Rey,
Nunca me quiso escuchar,
Antes ha dado sentencia
Que os hayan degollar;
Yo os lo dije bien, sobrino,
Que os dejásedes de amar,
Que el que á las mujeres ama
Atal galardon le dan,
Que haya de morir por ellas
Y en las cárceles penar. —
Respondió presto el buen Conde
Con esfuerzo singular.
—Calledes por Dios, mi tio,
No me querais enojar,
Quien no ama las mujeres
No se puede hombre llamar;
Mas la vida que yo tengo
Por ellas quiero gastar. —
Respondióle el pajecico,
Tal respuesta le fué á dar.
—Conde, bienaventurado
Siempre os deben de llamar,
Porque muerte tan honrada
Por vos había de pasar;
Mas envidia he de vos, Conde [6],
Que mancilla ni pesar :
Mas quisiera ser vos, Conde,
Que el Rey que os manda matar,
Porque muerte tan honrada
Por mí hubiese de pasar.
Llama yerro la fortuna
Quien no la sabe gozar,
Que la priesa del cadahalso
Vos, Conde, la debeis dar;
Sino es dada la sentencia
Vos la debeis de firmar.—
El Conde cuando esto oyera
Tal respuesta le fué á dar :
—Por Dios te el ruego, paje,
En amor de caridad,
Que vais á la princesa
De mi parte á le rogar,
Que suplico á la su Alteza
Que ella me salga á mirar,
Que en la hora de mi muerte
Yo la pueda contemplar,
Que si mis ojos la ven
Mi alma no ha de penar.—
Ya se parte el pajecico,
Ya se parte, ya se va,
Llorando de los sus ojos
Que queria reventar.
Topara con la princesa,
Bien oiréis lo que dirá:
—Agora es tiempo, señora,
Que hayais de remediar,
Que á vuestro querido el Conde
Lo llevan á degollar. —
La Infanta que esto oyera
En tierra muerta se cae;
Damas, dueñas y doncellas,
No la pueden retornar,
Hasta que llegó su aya
La que la fué á criar.

—¿Qué es aquesto, la Infanta?
Aquesto, ¿qué puede estar?
—¡Ay de mi triste, mezquina,
Que no sé qué puede estar!
¡Que si al Conde me matan
Yo habré de desesperar!
—Saliésedes vos, mi hija,
Saliésedeslo á quitar.—
Ya se parte la Infanta,
Ya se parte, ya se va:
Fuese para el mercado
Donde lo han de sacar:
Vido estar el cadahalso
En que lo han de degollar,
Damas, dueñas y doncellas
Que lo salen á mirar.
Vió venir la gente d'armas
Que lo traen á matar,
Los pregoneros delante
Por su yerro publicar:
Con el poder de la gente
Ella no podia pasar.
—Apartáos, gente d'armas,
Todos me haced lugar,
¡Si no!... ¡por vida del Rey,
A todos mande matar!—
La gente que la conoce
Luego le hace lugar,
Hasta que llegó al Conde
Y le empezara de hablar:
—Esforzá, esforzá, el buen Conde,
Y no querais desmayar,
Que aunque yo pierda la vida,
La vuestra se ha de salvar.—
El alguacil que esto oyera
Comenzó de caminar;
Vase para los palacios
Adonde el buen Rey está.
—Cabalgue la vuestra Alteza,
Apriesa, no de vagar,
Que salida es la Infanta
Para el Conde nos quitar:
Los unos manda que maten,
Y los otros ahorcar:
Si vuestra Alteza no acorre,
Yo no puedo remediar.—
El buen Rey de que esto oyera
Comenzó de caminar,
Y fuése para el mercado
Adonde el Conde fué á hallar.
—¿Qué es aquesto, la Infanta?
Aquesto ¿qué puede estar?
¿La sentencia que yo he dado
Vos la quereis revocar?
Yo juro por mi corona,
Por mi corona real,
Que si heredero tuviese
Que me hubiese de heredar,
Que á vos y al conde Claros
Vivos os haria quemar.
—Que vos me mateis, mi padre,
Muy bien me podeis matar,
Mas suplico á vuestra Alteza,
Que se quiera él acordar
De los servicios pasados
De Reinaldos de Montalvan,
Que murió en las batallas[7],
Por tu corona ensalzar:
Por los servicios del padre
Lo debes galardonar;
Por malquerer de traidores
Vos no le debeis matar,
Que su muerte será causa
Que me hayais de disfamar.
Mas suplico á vuestra Alteza
Que se quiera consejar,
Que los reyes con furor
No deben de sentenciar,
Porque el Conde es de linaje
Del reino mas principal,
Porque él era de los doce
Que á tu mesa comen pan.
Sus amigos y parientes
Todos te querrian mal.
Revolveros han en guerra,
Los reinos se perderán.—
El buen Rey cuando esto oyera
Comenzara á demandar.
—Consejo os pido, los mios,
Que me querais consejar.—
Luego todos se apartaron
Por su consejo tomar:
El consejo que le dieron,
Que lo haya de perdonar
Por quitar males y bregas,
Y la princesa afamar.
Todos firman el perdon.
El buen Rey lo fué á firmar;
Tambien le aconsejaron,
Fuéronle consejo á dar,
Pues la Infanta queria al Conde,
Con él la haya de casar.
Ya destierran al buen Conde,
Ya le mandan desferrar:
Descabalga de la mula,
El Arzobispo á desposar.
El tomólos de las manos,
Asi los hubo de juntar.
Los enojos y pesares
Placeres se han de tornar.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Romance del conde Claros*, Pliego suelto. — It. *Silva de varios Romances.* — It. *Floresta de varios Romances.*)

[1] Este romance se imprimió en un pliego suelto, en 4.°, letra gótica, á dos columnas, año de 1558, con título de *Romance del conde Dirlos y de las venturas que huro. Nuevamente añadidas ciertas cosas que fasta aquí no fueron puestas.* Las variantes que resultan entre este y el del *Cancionero de romances* que nos sirve de texto, son muchas; pero ninguna que altere el sentido, consistiendo todas en que la medida de los versos está mas exacta en el del *Cancionero.*

Todo indica en la composicion ser de aquellas de los juglares, que ménos alteradas llegaron á imprimirse, y que sin duda ya era conocida y popular en el siglo xv.

[2] Asi empieza el cap. ix, parte ii del *Quijote.* Para empezarlo sin duda tuvo presente Cervántes el primer verso de este romance.

[3] En el romance histórico que empieza, *Triste estaba el padre Santo,* se ha imitado esta reiterada y estrecha súplica.

[4] Anacronismo escandaloso es poner las monjas de Santa Ana y de la Trinidad en tiempo de Carlo-Magno.

[5] Frecuentemente se observa que los editores de los romances antiguos, impresos ú orales, alteraban los textos, ya enmendándolos ó ya intercalando en ellos otras composiciones mas modernas. Asi ha sucedido á este, pues en vez del texto genuino, el editor ha intercalado una cancion con dos copias que la glosan, desde el verso que dice *Pésame de vos el Conde*, hasta el de *Por vos he rogado al Rey.* Desde este hasta el que dice *Por ellas quiero gastar*, es tambien una enmienda del fragmento del romance primitivo; casualmente nos es posible restaurarle, porque dicho fragmento existe en el *Cancionero general,* impreso en Valencia en 1511, y los demas publicados despues. Dice asi:

Pésame de vos, el Conde,
Porque asi os quieren matar,
Porque el yerro que ficiste
Non fué mucho de culpar;
Que los yerros por amores
Dignos son de perdonar.
Supliqué por vos al Rey,
Que os mandase delibrar,
Mas el Rey con grande enojo
Non me quisiera escuchar;
Que la sentencia ya dada
No se podia revocar,
Pues dormistes con la Infanta
Habiéndola de guardar.
Mas os valiera, sobrino,
De las damas non curar,
Que quien mas face por ellas
Tal espera de alcanzar,
Que de muerto ó de perdido

Ninguno puede escapar;
Que firmeza de mujeres
Non puede mucho durar.
— Que tales palabras, tio,
Non las puedo comportar,
Quiero mas morir por ellas
Que vivir sin las mirar.

Así pues, suprimiendo lo alterado que se indica, y sustituyendo á ello este fragmento, se habrá restaurado toda esta parte del romance, ó á lo ménos uniformado la composicion.

6 Desde este verso hasta el que dice *Vos la debeis de firmar*, sirvió de tema al de Lope de Sosa, inserto en el *Cancionero general*, impreso en folio, en Valencia, el año 1511. El de Sosa dice así:

Mas envidia he de vos, Conde,
Que mancilla ni pesar,
Porque muerte tan honrada
Por vida se ha de tomar.
Llama yerro á la fortuna
Quien no la sabe juzgar:
Sin ventura en tales yerros
Acierta quien puede errar.
Mas querria ser vos muerto,
Que el Rey que os manda matar,
Porque él muere en quedar vivo,
No queriéndoos perdonar.
No le démos esta gloria,
Pues no la supo ganar,
Pues le era mayor victoria
Que mandaros degollar.
La priesa del cadahalso,
Conde, vos la debeis dar,
Porque tan alta sentencia
No se haya de revocar;
Que en la vida está la muerte,
Y en la muerte el descansar,
Y en la causa está el consuelo
Con que os habeis de alegrar.

7 Segun las crónicas caballerescas, Reinaldos de Montalvan es uno de los pocos paladines que no murieron en la batalla de Roncesvalles, ni en ninguna otra. Al contrario, se dice que haciendo penitencia de sus pecados, pobre y oscuro ayudaba como albañil á edificar una iglesia, donde quedó muerto entre los escombros de un hundimiento.

363.

EL CONDE CLAROS. — II.

(*De Antonio Pansac* [1].)

Durmiendo está el conde Claros
La siesta por descansar,
Porque la noche pasada
No la pudo reposar,
Dando vueltas en la cama
Del secreto desear,
Sospiros no le dejaban,
Congoja no le da lugar,
Por amores de la Infanta
Su señora natural.
Da voces al camarero
Que se quiera levantar:
Vístese un jubon chapado
Que no se puede estimar,
Y de oro de martillo
Un mote muy de notar
En el brazo, que decia:
«¡Gran dolor es esperar!»
Unas calzas bigarradas
Con perlas ricas sin par,
El mote d'ellas decia:
«No tiene precio mi mal.»
Unos zapatos franceses
De un carmesí singular,
Con unas letras de oro
Que relumbran cual cristal.
El mote d'ellas decia:
«Estas arden sin quemar.»
Una gorra rozagante,
Encima un rico collar,
Con un mote que decia:
«¡Es mi dolor sin igual!»
Una gorra en la cabeza
Que bien vale una ciudad,
Con tres lés coronadas,
Dice el mote á mi pensar:
«¡Es tan alto mi deseo
»Que no hay mas que desear!»
Y doce mozos d'espuelas
Para le acompañar,
Vestidos de los colores
De aquella dama real.
Los jubones de morado,
Sayos de desesperar,
Todas las mangas derechas
Las hizo el Conde broslar
Con unas matas de ruda,
Que queria ya granar;
El mote d'ellas decia:
«¡Mas amarga el esperar!»
Cabalga en una hacanea,
La cual hizo ataviar
De una guarnicion muy rica,
Y las riendas, y el pretal
Lleno de unas campanillas
De oro, y no de metal,
Y unas lágrimas sembradas,
Y el mote para notar:
«Sin doleros vos, señora,
»Nada se puede acabar.»
Vase para los palacios
Adonde la Infanta está.
La Infanta estaba allí sola
En su cámara real,
Deseando ver al Conde
Para poderle avisar.
Con un brial de oro tirado,
Que no lo podia llevar,
Bordado de claraboyas
Y de delfines del mar,
Y un mote de letras de oro
Que decia en el brial:
«Anuncian claras señales
»Mi gloria poco durar.»
Un carbunco en la cabeza
De precio sin tener par,
Con un mote que decia.
«¿Qu'es el precio en tal lugar?»
Y un mote de diamantes
Que decia en un collar:
«Ante vos, piedras preciosas
»Son arenas de la mar.»
Llamara el Conde á la puerta;
Abriéronle sin tardar:
Dió consigo de rodillas
Por las manos le besar.
Díjole: — Levantáos, Conde,
Que n'os las tengo de dar;
Pues amor os dió ventura
Sabedla vos bien gozar.
Yo he sabido de la Reina,
Qu'el Rey os manda matar,
Pues tovistes osadía
Para amar en tal lugar.—
Respondió el Conde: — Señora,
¿Quién á mí osará llegar,
Siendo yo favorecido
De vuestra Alteza real? —
¡Mirad qué desdicha del Conde,
No tener quien le avisar!
Qu'entrara el Rey tan á paso,
Que le pudo saltear.
Dijo el Rey con grande enojo:
— Conde, Conde, este lugar
Llámase *nolli me tangere*,
El cual muerte suele dar:
Mas por vuestro atrevimiento
Y'os haré tal pena dar
Cual se da á aquellos que ofenden
A nuestra corona real.—
Respondió el Conde: — Señor,
Vine por vos suplicar,
Me diésedes mis condados

Que me querian casar.
—Esas excusas, el Conde,
No son para os desculpar,
Que si algo tenia vuestro
N'os lo habia de tomar.—
Volvióse para su hija,
Dijo. —Hija, ¿este pesar
Me teniades guardado
Para me desconsolar?—
Mandara secretamente
Al Conde en yerros echar.
Mandó llamar su consejo
En su cámara real:
Como con Rey y con Reina
Hácenle mal sentenciar;
Dieron por sentencia al Conde
Que le hayan de degollar.
En el patin del palacio
Un cadahalso mandó armar,
Todo cubierto de negro
Y de hachas de funeral.
Otro dia de mañana
Sácanlo á degollar
Al Conde entre dos obispos
Y su tio el Cardenal.
Tras él iban sus parientes
Llenos de luto y pesar:
Delante iban los galanes
Dando voces á la par.
—Mas envidia he de vos, Conde,
Que mancilla ni pesar
Porque tal muerte como esta
Por vida se ha de contar.—
Tras ellos iban las damas
Diciendo: —¡Llorad, llorad,
Que su muerte es la disculpa
Con que os hemos de pagar!—
En llegando al cadahalso
Adonde el buen Rey está,
Las trompetas y bastardas
Comenzaron á sonar
Un triste son dolorido
Que á todos hace llorar.
Luego los reyes de armas
Comienzan á pregonar:
—Caballeros, caballeros,
Que de amor quereis tratar,
De las hijas de los reyes
Os debeis mucho apartar,
Y la muerte del conde Claros
Os debe de escarmentar.—
Asi hablara el buen Conde:
—Tambien heis de publicar
Que lo mucho con lo poco
Mal se puede galardonar—
Tómanlo los dos verdugos,
Y hiciéronlo arrodillar:
Con cuchillo de crueza
Lo fuéron á degollar.
Mandó el Rey muy cruelamente
El su corazon sacar,
Y entre dos platos de oro
A la Infanta empresentar.
Llevara el paje los platos
No cesando de llorar:
Tomáraselos la Infanta,
Hízolos descobijar.
Desque vido el corazon
Empezóse de alterar.
Díjole: —Mi corazon,
¿Quién os pudo así parar?
Si supiera vuestra muerte
Triste, y'os fuera á ayudar.—
Allí viniera la Reina
Por podella consolar.
—Calledes, hija, calledes,
No querades mas llorar,
Que aunque al buen Conde perdistes,
Mejor os quiero casar.
Hombres hay en las mis cortes
Que con vos pueden casar.—
Dijole: —Madre y señora,
No me querais consolar,
Qu'el marido que tenia
Vos lo habeis hecho matar.—
Tantas daba de las voces,
Maravilla es de mirar.
Trastornósela el sentido
Y el corazon de pesar.
—Qu'es de tí, el mi conde Claros?
¿Adónde te iré á buscar?
¿Qué son de tus atavíos?
Qué se hizo tu triunfar?
Qué fué de las invenciones?
Qué fué del dulce trovar?
Qué fuéron de los torneos
Y justas que ibas á armar?—
Tantas lágrimas vertia,
Que hobo de reventar.
El Rey á los dos amantes
Juntos los mandó enterrar
En muy rica sepultura
Que hizo de oro esmaltar,
Con un mote que decia:
«Ventura no dió lugar.»

(*Romance del conde Claros, nuevamente trovado*, Pliego suelto.)

[1] El mismo asunto, pero con diverso desenlace, que el anterior. Antonio Pansac, poeta desconocido, se da por autor del romance, pero quizá es solo refundidor de otro mas antiguo. Aquí se halla imitada y puesta en escena la catástrofe de la historia de Gabriela de Bergy.

364.

EL CONDE CLAROS. — III.

(*Anónimo* [1].)

A caza va el Emperador
A San Juan de la Montiña;
Con él iba el conde Claros
Por le tener compañía.
Contándole iba contando
El menester que tenia.
—No me lo digais, el Conde,
Hasta despues la venida.
—Mis armas tengo empeñadas
Por mil marcos de oro y mas,
Y otros tantos debo en Francia
Sobre mi buena verdad.
—Llámenme mi camarero
De mi cámara real;
Dad mil marcos de oro al Conde
Para sus armas quitar;
Dad mil marcos de oro al Conde
Para mantener verdad;
Dadle otros tantos al Conde
Para vestir y calzar;
Dadle otros tantos al Conde
Para las tablas jugar;
Dadle otros tantos al Conde
Para torneos armar;
Dadle otros tantos al Conde
Para con damas holgar.
—Muchas mercedes, señor,
Por esto y mucho mas.
A la Infanta Claranliña
Vos por mujer me la dad.
—Tarde acordastes, el Conde,
Mandada la tengo ya.
—Vos me la daréis, señor,
Acabo que no querais,
Porque preñada la tengo
De los seis meses ó mas.—
El Emperador que esto oyera
Tomó de ello gran pesar:
Vuelve riendas al caballo,
Y tornóse á la ciudad:

Mandó llamar las parteras
Para la Infanta mirar.
Allí habló la partera,
Bien oireis lo que dirá:
—Preñada está la Infanta
De los seis meses ó mas.—
Mandóla prender su padre
Y meter en escuridad,
El agua hasta la cintura
Porque pudriese la carne,
Y perezca la criatura,
Y no viva de tal padre.
Los caballeros de su casa
Se la iban á mirar.
—Pésanos de vos, señora,
Cuanto nos puede pesar,
Que de hoy en quince dias
El Emperador os manda quemar.
—No me pesa de mi muerte
Porque es cosa natural,
Pésame de la criatura,
Porque es hijo de buen padre;
Mas si hay aquí alguno
Que haya comido mi pan,
Que me llevase una carta
Á Don Claros de Montalvan.—
Allí habló un paje suyo,
Tal respuesta le fué á dar:
—Escribidla vos, señora,
Que yo se la iré á llevar.—
Ya las cartas son escritas,
El paje las va á llevar;
Jornada de quince dias
En ocho la fuera á andar.
Llegado habia á los palacios
Adonde el buen Conde está.
—Bien vengais, el pajecico,
De Francia la natural,
¿Pues qué nuevas me traeis
De la Infanta? ¿cómo está?
—Leed las cartas, señor,
Que en ellas os lo dirá.—
De que las hubo leido
Tal respuesta le fué á dar:
—Uno me da que la quemen,
Otro me da que la maten.—
Ya se partia el buen Conde,
Ya se parte, ya se va,
Jornada de quince dias
En ocho la fuera á andar.
Fuérase á un monasterio
Donde los frailes están;
Quitóse paños de seda,
Vistió hábitos de fraile:
Fuérase á los palacios
De Cárlos el Emperante.
—Mercedes, señor, mercedes,
Queráismelas otorgar,
Que á mi señora la Infanta
Vos me dejeis confesar.—
Ya lo llevaban al fraile
A la Infanta á confesar.
El cuando se vió con ella
De amores le fué á hablar.
—Tate, tate, dijo, fraile,
Que á mí tú no has de llegar,
Que nunca llegó á mí hombre
Que fuese vivo en carne,
Sino solo aquel Don Claros,
Don Claros de Montalvan,
Que por mis grandes pecados
Por él me quieren quemar.
No doy nada por mi muerte
Pues que es cosa natural,
Pésame de la criatura
Porque es hijo de buen padre.—
Ya se iba el confesor
Al Emperador á hablar:
—Mercedes, señor, mercedes,
Queráismelas otorgar,
Que mi señora la Infanta
Sin ningun pecado está.—
Allí habló un caballero
Que con ella queria casar:
—Mentides, fraile, mentides,
Que no decis la verdad.—
Desafianse los dos,
Al campo van á lidiar;
Al apretar de las cinchas
Conocióle el Emperante:
Dijo que el fraile es Don Claros,
Don Claros de Montalvan.
Mató el fraile al caballero,
La Infanta librado ha,
En ancas de su caballo
Consigo la fué á llevar.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Todos los caractéres de este romance, indican ser tambien de los mas antiguos y ménos alterados en la imprenta, pues conserva las formas y cambio de consonantes con que hoy en dia canta el pueblo los que son puramente tradicionales, y que no se han impreso. Depping indica que estos romances aluden á los amores de Eginhardo con la hija de Carlo-Magno, sobre los cuales hay una novela caballeresca, donde dice, que sorprendidos los dos amantes por el dia, y habiendo caido una gran nevada, la hija de Carlo-Magno, para evitar que sobre la nieve se imprimiesen las huellas sospechosas de un hombre, tomó en brazos á Eginhardo y lo sacó del jardin. Pero el Emperador, que habiendo madrugado los vió desde una ventana, irritado primero, los quiso castigar; mas luego ya tranquilo los unió. Eginhardo fué despues el que compuso una crónica del Emperador su suegro.

365.

ROMANCE DEL CONDE ALARCOS.

(*De Pedro de Riaño* [1].)

Retraida está la Infanta,
Bien así como solia,
Viviendo muy descontenta
De la vida que tenia,
Viendo que ya se pasaba
Toda la flor de su vida,
Y que el Rey no la casaba,
Ni tal cuidado tenia.
Entre sí estaba pensando
A quien se descubriria,
Y acordó llamar al Rey
Como otras veces solia,
Por decirle su secreto
Y la intencion que tenia.
Vino el Rey siendo llamado,
Que no tardó su venida:
Vídola estar apartada,
Sola está sin compañía;
Su lindo gesto mostraba
Ser mas triste que solia.
Conociera luego el Rey
El enojo que tenia.
—¿Qué es aquesto, la Infanta?
¿Qué es aquesto, hija mia?
Contadme vuestros enojos,
No tomeis malenconía,
Que sabiendo la verdad
Todo se remediaría.
—Menester será, buen Rey,
Remediar la vida mia,
Que á vos quedé encomendada
De la madre que tenia.
Dédesme, buen Rey, marido,
Que mi edad ya lo pedia:
Con vergüenza os lo demando,
No con gana que tenia,
Que aquestos cuidados tales
A vos, Rey, pertenecian.—
Escuchada su demanda,
El buen Rey la respondia:
—Esa culpa, la Infanta,

Vuestra era, que no mia,
Que ya fuérades casada
Con el príncipe de Hungría.
No quisistes escuchar
La embajada que venia,
Pues acá en las nuestras cortes,
Hija, mal recaudo habia,
Porque en todos los mis reinos
Vuestro par igual no habia,
Sino era el conde Alarcos,
Que hijos y mujer tenia.
— Convidadlo vos, el Rey,
Al conde Alarcos un dia,
Y despues que hayais comido
Decilde de parte mia,
Decilde que se acuerde
De la fe que dél tenia,
La cual él me prometiera,
Que yo no se la pedia,
De ser siempre mi marido,
Y yo que su mujer sería.
Yo fui d'ello muy contenta
Y que no me arrepentia.
Si la Condesa es burlada,
Que mirara lo que hacia,
Que por él no me casé
Con el Príncipe de Hungría:
Si casó con la Condesa,
Dél es culpa, que no mia. —
Perdíera el Rey en la oir
El sentido que tenia,
Mas despues en sí tornado
Con enojo respondia:
— ¡No son estos los consejos,
Que vuestra madre os decia!
¡Muy mal mirastes, Infanta,
Do estaba la honra mia!
Si verdad es todo eso
Vuestra honra ya es perdida:
No podeis vos ser casada
Miéntras la Condesa viva.
Si se hace el casamiento
Por razon ó por justicia,
En el decir de las gentes
Por mala seréis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,
Que el mio no bastaria,
Que ya es muerta vuestra madre
A quien consejo pedia.
— Yo vos lo daré, buen Rey,
D'este poco que tenia:
Mate el Conde á la Condesa,
Que nadie no lo sabria,
Y eche fama que ella es muerta
De un cierto mal que tenia,
Y tratarse ha el casamiento
Como cosa no sabida.
D'esta manera, buen Rey,
Mi honra se guardaria. —
De allí se salia el Rey,
No con placer que tenia;
Lleno va de pensamientos
Con la nueva que sabia;
Vido estar al conde Alarcos
Entre muchos, que decia:
— ¿Qué aprovecha, caballeros,
Amar y servir amiga,
Que son servicios perdidos
Donde firmeza no habia?
No pueden por mí decir
Aquesto que yo decia,
Que en el tiempo que serví
Una que tanto queria,
Si muy bien la quise entónces,
Agora mas la queria;
Mas por mí pueden decir
Quien bien ama tarde olvida.—
Estas palabras diciendo
Vido al buen Rey que venía,
Y hablando con el Rey
De entre todos se salía.
Díjole el buen Rey al Conde
Hablando con cortesia:
— Convidaros quiero, Conde,
Por mañana en aquel dia,
Que querais comer conmigo
Por tenerme compañía.
— Que se haga de buen grado
Lo que su Alteza decia:
Beso sus manos reales
Por la buena cortesía:
Detenerme he aquí mañana,
Aunque estaba de partida,
Que la Condesa me espera
Segun carta que me envía.—
Otro dia de mañana
El Rey de misa salía;
Luego se asentó á comer,
No por gana que tenia,
Sino por hablar al Conde
Lo que hablarle queria.
Allí fuéron bien servidos
Como á Rey pertenecia.
Despues que hubieron comido,
Toda la gente salida,
Quedóse el Rey con el Conde
En la tabla do comia.
Empezó el Rey de hablar
La embajada que traía:
— Unas nuevas traigo, Conde,
Que d'ellas no me placia,
Por las cuales yo me quejo
De vuestra descortesía.
Prometistes á la Infanta
Lo que ella no os pedia,
De siempre ser su marido,
Y á ella que le placia.
Si á otras cosas pasaste
No entro en esa porfía.
Otra cosa os digo, Conde,
De que mas os pesaria:
Que mateis á la Condesa
Que así cumple á la honra mia:
Echeis fama de que es muerta
De cierto mal que tenia,
Y tratarse ha el casamiento
Como cosa no sabida,
Porque no sea deshonrada
Hija que tanto queria.—
Oidas estas razones
El buen Conde respondia:
— No puedo negar, el Rey,
Lo que la Infanta decia,
Sino que otorgo, es verdad
Todo cuanto me pedia.
Por miedo de vos, el Rey,
No casé con quien debia,
Ni pensé que vuestra Alteza
En ello consentiria.
De casar con la Infanta
Yo, señor, bien casaria;
Mas matar á la Condesa,
Señor Rey, no lo haria,
Porque no debe morir
La que mal no merecia.
— De morir tiene, buen Conde,
Por salvar la honra mia,
Pues no mirastes primero
Lo que mirar se debia.
Si no muere la Condesa
A vos costará la vida,
Que por la honra de los reyes
Muchos sin culpa morian,
Que muera pues la Condesa
No es mucha maravilla.
—Yo la mataré, buen Rey,
Mas no sea la culpa mia:
Vos os avendreis con Dios

En el fin de vuestra vida,
Y prometo á vuestra Alteza,
A fe de caballería,
Que me escriba por traidor
Si lo dicho no cumplia
De matar á la Condesa,
Aunque mal no merecia.
Buen Rey, si me dais licencia
Luego yo me partiria.
—Vades con Dios, el buen Conde,
Ordenad vuestra partida.—
Llorando se parte el Conde,
Llorando sin alegria;
Llorando por la Condesa,
Que mas que á sí la queria.
Lloraba tambien el Conde
Por tres hijos que tenia,
El uno era de teta,
Que la Condesa lo cria,
Que no queria mamar
De tres amas que tenia
Sino era de su madre
Porque bien la conocia;
Los otros eran pequeños,
Poco sentido tenian.
Antes que el Conde llegase
Estas razones decia:
—¿Quién podrá mirar, Condesa
Vuestra cara de alegria,
Que saldreis á recibirme
A la fin de vuestra vida?
Yo soy el triste culpado,
Esta culpa toda es mia.—
En diciendo estas palabras
Ya la Condesa salia,
Que un paje le habia dicho
Como el Conde ya venia.
Vido la Condesa al Conde
La tristeza que tenia,
Vióle los ojos llorosos
Que hinchados los tenia
De llorar por el camino
Mirando el bien que perdia.
Dijo la Condesa al Conde:
—¡Bien vengais, bien de mi vida!
¿Qué habeis, el conde Alarcos?
¿Por qué llorais, vida mia,
Que venis tan demudado
Que cierto no os conocia?
No parece vuestra cara
Ni el gesto que ser solia;
Dadme parte del enojo
Como dais de l'alegria.
¡Decidmelo luego, Conde,
No mateis la vida mia!
—Yo vos lo diré, Condesa,
Cuando la hora seria.
—Si no me lo decis, Conde,
Cierto yo reventaria.
—No me fatigueis, señora,
Que no es la hora venida.
Cenemos luego, Condesa,
D'aqueso que en casa habia.
—Aparejado está, Conde,
Como otras veces solia.—
Sentóse el Conde á la mesa,
No cenaba ni podia,
Con sus hijos al costado,
Que muy mucho los queria.
Echóse sobre los hombros;
Hizo como que dormia;
De lágrimas de sus ojos
Toda la mesa corria.
Mirábalo la Condesa
Que la causa no sabia;
No le preguntaba nada,
Que no osaba ni podia.
Levantóse luego el Conde,
Dijo que dormir queria;
Dijo tambien la Condesa
Que ella tambien dormiria;
Mas entre ellos no habia sueño,
Si la verdad se decia.
Vanse el Conde y la Condesa
A dormir donde solian:
Dejan los niños de fuera,
Que el Conde no los queria:
Lleváronse el mas chiquito,
El que la Condesa cria.
El Conde cierra la puerta,
Lo que hacer no solia.
Empezó de hablar el Conde
Con dolor y con mancilla:
—¡Oh desdichada Condesa,
Grande fué la tu desdicha!
—No soy desdichada, Conde,
Por dichosa me tenia
Solo en ser vuestra mujer:
Esta fué gran dicha mia.
—¡Si bien lo mirais, Condesa,
Esa fué vuestra desdicha!
Sabed que en tiempo pasado
Yo amé á quien bien servia,
La cual era la Infanta.
Por desdicha vuestra y mia
Prometí casar con ella;
Y á ella que le placia,
Demándame por marido
Por la fe que me tenia.
Puédelo muy bien hacer
Por razon y por justicia:
Díjomelo el Rey su padre
Porque d'ella lo sabia.
Otra cosa manda el Rey
Que toca en el alma mia:
Manda que murais, Condesa,
A la fin de vuestra vida,
Que no puede tener honra
Siendo vos, Condesa, viva.—
De qu'esto oyó la Condesa
Cayó en tierra mortecida:
Mas despues en sí tornada
Estas palabras decia:
—¡Pagos son de mis servicios,
Conde, con que yo os servia!
Si no me matais, el Conde,
Yo bien os consejaria:
Enviédesme á mis tierras
Que mi padre me ternia;
Yo criaré vuestros hijos
Mejor que la que vernia,
Y os mantendré castidad
Como siempre os mantenia.
—De morir habeis, Condesa,
En antes que venga el dia.
—¡Bien parece, conde Alarcos,
Yo ser sola en esta vida;
Porque tengo el padre viejo,
Mi madre ya es fallecida,
Y mataron á mi hermano
El buen conde Don García,
Que el Rey lo mandó matar
Por miedo que dél tenia!
No me pesa de mi muerte,
Que yo de morir tenia,
Mas pésame de mis hijos,
Que pierden mi compañía:
Hacémelos venir, Conde,
Y verán mi despedida.
—No los veréis mas, Condesa,
En dias de vuestra vida:
Abrazad ese chiquito,
Que aqueste es el que os perdia.
Pésame de vos, Condesa,
Cuanto pesar me podia.
No os puedo valer, señora,
Que mas me va que la vida;
Encomendaos á Dios,

Qu'esto de hacerse tenia.
— Dejeisme decir, buen Conde,
Una oracion que sabia.
— Decila presto, Condesa,
Antes que amanezca el dia.
— Presto la habré dicho, Conde,
No estaré un Ave María. —
Hincó rodillas en la tierra
Y esta oracion decia :
«En las tus manos, Señor,
»Encomiendo el alma mia :
»No me juzgues mis pecados
»Segun que yo merecia,
»Mas segun tu gran piedad
»Y la tu gracia infinita.»
— Acabada es ya, buen Conde,
La oracion que yo sabia;
Encomiéndoos esos hijos
Que entre vos y mí habia,
Y rogad á Dios por mí
Miéntras tuviéredes vida,
Que á ello sois obligado
Pues que sin culpa moria.
Dédesme acá ese chiquito,
Mamará por despedida.
— No le desperteis, Condesa,
Dejadlo estar, que dormia,
Sino que os pido perdon
Porque ya se viene el dia.
— A vos yo perdono, Conde,
Por amor que vos tenia;
Mas yo no perdono al Rey,
Ni á la Infanta la su hija,
Sino que queden citados
Delante la alta justicia,
Que allá vayan á juicio
Dentro de los treinta dias. —
Estas palabras diciendo
El Conde se apercibia :
Echóle por la garganta
Una toca que tenia,
Apretó con las dos manos
Con la fuerza que podia :
No le afloja la garganta
Miéntras que vida tenia.
Cuando ya la vido el Conde
Traspasada y fallecida,
Desnudóle los vestidos
Y las ropas que tenia :
Echóla encima la cama,
Cubrióla como solia;
Desnudóse á su contado,
Obra de un Ave María :
Levantóse dando voces
A la gente que tenia.
— ¡Socorred, mis caballeros,
Que la Condesa se fina! —
Hallan la Condesa muerta
Los que á socorrer venian.
Así murió la Condesa,
Sin razon y sin justicia;
Mas tambien todos murieron
Dentro de los treinta dias.
Los doce dias pasados
La Infanta ya se moria;
El Rey á los veinte y cinco,
El Conde al treinteno dia,
Allá fuéron á dar cuenta
A la justicia divina.
Acá nos dé Dios su gracia,
Y allá la gloria cumplida.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Romance del conde Alarcos*, Pliego suelto.)

[1] Este romance, mas bien de amor que caballeresco, se coloca como tal entre los del Ciclo Carlovingio, por ser una historia hecha á semejanza de los del conde Claros, y por contener vestigios de las costumbres feudales, y del poder que á veces el señor ejercía sobre sus feudatarios beneficiados. Aquí el conde Alarcos es un ejemplo de ello, y de que tal vez en algunos próceres, especialmente en España, se sacrificaba mucho á la fidelidad de los monarcas. La supersticion de los emplazamientos ante el juicio de Dios, que era comun en los siglos medios, y en particular en la época de nuestro Fernando IV, dicho el Emplazado, ó su recuerdo, debió influir mucho en el poeta para la catástrofe de su romance; el cual es uno de los que ofrecen situaciones mas tiernas y patéticas, por mas que inverosímiles parezcan los medios de alcanzarlas. La misma ruda é inartificiosa sencillez con que están expresadas, contribuye á que resuenen mas y mas en lo intimo del corazon. Lope de Vega formó con esta fábula su interesante comedia de *La fuerza lastimosa*; y Guillen de Castro, y Mirademescua, cada uno por su parte, escribieron un drama intitulado *El conde Alarcos.*

366.

ROLDAN DESTERRADO. — I.

(*Anónimo* [1].)

Dia era de Sant Jorge,
Dia de gran festividad;
Aquel dia por mas honor
Los doce se ván á armar
Para ir con el Emperador
Y haberlo de acompañar.
Todos vinieron de grado
Con un placer singular,
Si no el bueno de Reinaldos,
Que se estaba en Montalvan,
Y no se halló al presente
En la tal festividad.
Allí todos los caballeros
Por traidor le van reptar.
Esto causó Galalon,
Porque le queria mal;
Revolvióle con el Emperador,
Con los doce otro que tal.
Mucho le pesó á Roldan
De vello así maltratar,
Fuese para el Emperador
De priesa y no de vagar,
Y con voz muy enojada
Al Emperador fué á hablar;
—¡Mucho me pesa, señor,
D'ello tengo gran pesar,
Que á Reinaldos en ausencia
Tan mal le quieran tratar;
Y si tal cosa pasase
La vida me ha de costar! —
El Emperador con enojo
Que habia de lo escuchar,
Alzó la mano con saña,
Un bofeton le fué é dar,
Que otra vez no fuese osado
Al Emperador así hablar.
Mucho se enojó de aquesto
El bueno de Don Roldan;
Allí hizo juramento
Encima de un altar,
En los dias que viviese
En Francia jamas entrar,
Hasta que de todos los doce
Él se hubiese de vengar.
Ya se parte Don Roldan,
Ya se parte, ya se va
Solo con un pajecico
Que le solia acompañar.
Por sus jornadas contadas
A España fuera llegar.
Andando por su camino
A su ventura buscar,
Encontró un moro valiente,
Cerca estaba de la mar.
Guarda era de una puente
Que á nadie deja pasar,
Sino que por fuerza ó grado
Con él haya de pelear,
Porque su señor el Rey
Así se lo fué á mandar:

Que hombre que viniese armado
No lo dejase pasar :
O que dejase las armas,
O en el reino no ha de entrar.
Don Roldan con gran enojo
Que habia de lo escuchar,
Hablole muy mesurado,
Tal respuesta le fué á dar:
—Que ántes las defenderia
Que no habellas de dejar,
Porque nadie fuese osado
De las sus armas quitar,
Que no le costase la vida
Al ménos, ménos costar.—
Allí le hablara el moro,
Bien oireis lo que dirá:
—Pues lo quereis, caballero,
Luego se haya de librar,
Que ó vos dejareis las armas,
O yo quedaré con mal.—
Luego abajaron las lanzas,
Fuéronse ambos á encontrar.
A los primeros encuentros
Las lanzas quebrado han :
Echan mano á las espadas
De priesa y no de vagar:
¡Tan fuertes golpes se daban
Que era cosa de mirar!
Alzo el moro su espada,
A Don Roldan fuè acertar
Encima de la cabeza,
Que lo hizo arrodillar:
Don Roldan que aquesto vido
Tal golpe le fuera á dar,
Que de la grande herida
Luego se fué á desmayar.
—Di, moro, ¿qué has sentido?
¿Ya no curas de hablar?—
—He sentido un acerito [2];
Por medio me fué á pasar.—
Don Roldan le dijo luego,
Bien oireis lo que dirá:
—Que maldito fuese el hombre
Que no sentia su mal.
Cálzate ya esa espuela
Que se te quiere quitar.—
Abajóse á mirar la espuela,
No se pudo levantar:
Murió luego prestamente
Sin mas un punto pasar.
Quitóle luego las armas
El bueno de Don Roldan,
Tambien le quitó el vestido,
Los suyos le fué á dejar,
Un sayo de cuatro cuartos [3]
Con que solia caminar,
Y con un su pajecico
A Francia lo fué enviar.
Armado y con sus vestidos
Parecia Don Roldan :
Dijole que lo llevase
Adonde Doña Alda está,
Y dijese que era su esposo,
Que le hiciese enterrar.
De que el paje fué llegado
A Paris esa ciudad,
Mostráraselo á Doña Alda
Con grande angustia y pesar.
Desque vido el cuerpo muerto
Pensó que era Don Roldan;
Los llantos que ella hacia
Dolor eran de mirar.
Por él lloraban los doce,
El Emperador otro que tal,
Llórale toda la corte,
El comun en general.
Arzobispos y perlados,
Cuantos en la corte están,
Con mucho pesar y tristeza
Lo llevaron á enterrar.
Don Roldan muy bien armado
Con armas que fué á tomar,
Fuérase para las tiendas
Do el Rey moro suele estar.
Era el Rey moro mancebo
Ganoso de pelear:
De los doce Pares de Francia
El se queria vengar.
Recibiole con mucha honra,
Allí amor le fué á mostrar,
Pensando que era el moro valiente
Que los reinos solia guardar.
Dijole cómo en la puente
Habia muerto á Don Roldan.
El Rey luego en aquel dia
A Francia le fué a enviar :
Diole luego mucha gente,
Hizole su capitan
Para ir á buscar los doce
Y con ellos pelear.
Ya se parte Don Roldan
A Paris á la cercar :
Los moros que van con él
Pensaban en su pensar
Que era el moro valiente
Que los reinos solia guardar.
Envian luego mensajeros
A Paris, esa ciudad,
Que ya despues allegados,
Asentado su real,
Que presto y sin dilacion
Se les diese la ciudad,
O los doce salgan luego
Si por armas se ha de librar.
Respondió el Emperador,
Bien oireis lo que dirá:
—Que le placia de buen grado
Los doce allá enviar.—
Para un dia señalado
Concertaron el pelear :
Aquel dia salieron los doce
Al campo para lidiar.
Los caballos llevan holgados,
No se hartan de relinchar;
Con una furia muy grande
En los moros se van lanzar.
Hácese una batalla
Muy cruel en la verdad;
Mas los moros siendo muchos,
Todos los fuéron á cativar,
Y tambien á Galalon,
Así mesmo otro que tal.
¡Gran deshonra es de los doce
En dejarse así tomar!
Viendo esto el Emperador
Desde su palacio real,
Mandó llamar sus caballeros
Para consejo tomar.
—Ya sabeis que Don Reinaldos
Es buen vasallo real,
Y es uno de los doce,
De lo bueno principal;
Siempre miró por mi honra,
Por mi corona imperial;
Pues los doce le han reptado,
Yo le quiero perdonar.—
Todos holgaron muy mucho
De lo qu'el Emperador fué hablar.
Envian luego á Don Reinaldos
A do estaba en Montalvan,
Que viniese luego á Paris
Para con el moro pelear,
Que era cosa que cumplia
A su alta Majestad,
Y tambien porque en Francia
No le hay mas singular.
Ya se parte Don Reinaldos
Donde los moros estan :

Con aquel moro valiente,
Con él iba á pelear.
Consigo lleva á Doña Alda
La esposica de Roldan;
Mas bien sabía Don Reinaldos,
Bien sabía la verdad,
Que aquel moro valiente
Era su primo Roldan,
Que un tio que tenia
Le dijera la verdad;
Por arte de nigromancia
Asi lo fuera á hallar,
Que Don Roldan era venido,
Y cómo estaba en el real,
Y qu'el cuerpo que trajeron
Era un moro que fué á matar.
Andando por sus jornadas
Fuéron al campo á llegar;
Armóse luego Reinaldos
Para con el moro pelear:
A los primeros encuentros
Los primos conocido se han:
Conociéronse entrambos
En el aire del pelear:
Cuando iban á encontrarse,
Las lanzas desviado han;
Dejado han caer las armas,
Al suelo las fuéron á echar;
Vanse con mucho amor
El uno al otro abrazar;
Allí hubieron gran placer,
Olvidado han el pesar.
Mandó llamar á los moros,
A todos hizo juntar
Para dalles la razon
De lo que queria hablar.
—Vosotros teneis los doce,
Yo los fuera á cativar;
Yo no siento aquí ninguno
Con quien haya de pelear,
Si no es con este hombre solo,
Pues vergüenza me será.—
Don Roldan y Don Reinaldos
Comienzan de pelear[4];
¡Cuántos matan de los moros
Maravilla es de mirar!
Despues de muertos los moros,
Y de todos los matar,
Fué Roldan á su esposica
Con ella á placer tomar.
Cuando lo vido Doña Alda,
De placer queria llorar,
Las alegrías que hacen
No se podrian contar.
Vánse luego á Paris
Al Emperador consolar;
Cuando el Emperador supo
Que venia Don Roldan,
Con toda la caballería
Salió fuera la ciudad.
—¡Bien vengais vos, mi sobrino!
¡Bueno sea vuestro llegar!
¡Gran placer tengo de veros
Vivo y sano en verdad!—
Grandes fiestas se hacian
Que no se pueden contar:
Allá iban todos los doce
Que á la mesa comen pan:
Todos tuvieron placer
De la venida de Don Roldan.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Este romance y el que le sigue son ambos al mismo asunto. El segundo indica haberse hecho despues, é imitando al primero, con mas cuidado y artificio. El que anotamos presenta todos los caractéres de las rústicas improvisaciones que hacian los juglares ó cantores iletrados, sobre un asunto dado. De aquí su pesadez, sus repeticiones, sus modismos bárbaros y vulgares, su impropiedad, su inverosimilitud de expresion y de lenguaje, y sus muletillas para enlazar las ideas y las frases. ¿Quién no ve en esto una improvisacion arrastrada por el canto lento y monótono del que busca entre verso y verso la rima que ha de poner, y que necesita del ripio para colocar la que corresponde? ¿Qué significa el uso contínuo del auxiliar con el infinitivo activo, para expresar el pasado, sino un medio de llenar la medida del verso, y de colocar la consonancia en *ar*, en *er* ó en *ir*? Y sin embargo de tanta licencia, los cantores aun no conseguian complètamente su fin, pues con mucha frecuencia faltaban á la medida y á la consonancia, la cual convertian en asonancia, ó la cambiaban si no se les ocurria de pronto, para volvèria á reproducir cuando la hallaban otra vez. Las reflexiones hechas con motivo de este romance son aplicables á otros infinitos, que debe considerárseles como los mas vulgares de su época.

[2] *He sentido un accrito*, dice el moro, como despreciando la herida mortal que recibiera.

[3] Cuando Roldan era niño, y estaba abandonado de su real familia, y pidiendo limosna, viéndole desnudo sus compañeros, le dieron cuatro pedazos de paño de diversos colores, con los cuales se vistió. Luego, aunque alcanzó una gran fortuna y estado, siempre hizo sus ropajes de los mismos cuatro colores que le recordaban sus primeros años. Este traje fué sin duda el que puso al cadáver del moro para mejor disfrazarle, y para que mejor se creyese lo que intentaba con aquel disfraz.

[4] Contra los moros, se entiende.

367.

ROLDAN DESTERRADO. — II.

(*Anónimo*[1].)

En Francia la noblecida,
En ese tiempo pasado
Cuando Cárlos emperante
La tenia á su mandado,
Cuando Reinaldos campaba,[1]
Y Roldan el esforzado,
Cuando casi todo el mundo
De moros era ocupado,
En la ciudad de Paris
Gran fiesta se ha celebrado,
La cual dicen de San Jorge
Patron de Aragon llamado.
Hácela el Emperador
Porque tan bien le ha ayudado.
Manda llamar á los grandes
Cuantos tiene á su mandado,
Que cada uno viniese
Segun que fuese su estado.
Allí vino Oliveros
Y Roldan el esforzado,
Que de atavíos y galas
Era este el señalado:
Tambien Beltran Salazar
Con su pompa y con su estado,
Y vinieron Don Astolfo
Y Don Salino su hermano;
Y vinieron tantos grandes
Qu'es imposible contallo.
Cuando todos fuéron juntos,
La fiesta se ha celebrado:
Nunca Don Reinaldos vino
Que en Montalvan no se ha hallado.
Cuando el falso Ganalon
D'esto fué certificado,
Fuése al Emperador
Con un rostro mesurado.
Arrodillóse á sus piés,
Y d'esta suerte le ha hablado:
—¡Oh señor Emperador!
Dios te prospere tu estado,
Y te deje ver cumplido
Lo por tí ya deseado:
Bien has visto y conocido
Quien está á tu mandado:
Todos los qu'en Francia están
Han venido á tu llamado,
Si no Don Reinaldos solo
Que te ha menospreciado,
Pues el mandamiento tuyo

En muy poco lo ha estimado :
Por lo que, señor, te ruego
Que luego le dés el pago,
Y qu'en presencia de todos
Por traidor él sea dado[2].—
Habló allí el Emperador,
Y tal respuesta le ha dado.
— Pláceme, Don Ganalon,
Qu'eso lo haré de buen grado,
Por hacer á vos placer
Y porque él sea castigado.—
Allí en presencia de todos
Por traidor le habia dado.
Mucho pesara á los grandes
Qu'en la sala se han hallado.
Cuando aquesta triste nueva
Por Paris se ha divulgado,
Fuése luego Oliveros
Y á Don Roldan ha hablado,
Contándole la traicion
Que Ganalon habia armado.
Cuando el fuerte Don Roldan
D'esto fué certificado,
Descabalgó de una mula
Y en caballo ha cabalgado;
Por las calles de Paris
Malamente va enojado.
Fuése para el Emperador,
Y d'esta suerte le ha hablado
—Mucho me pesa, señor,
D'esto estoy muy enojado,
Que a Reinaldos en ausencia
Tan mal le hayais tratado
Por consejo de un traidor;
¡No merecia este pago!
Debiéraseos acordar[3]
De aquese tiempo pasado
Cuando estábades perdido
De amores apasionado
De la infanta Belisarda,
Mora de muy gran estado,
Y cuando él os vido herido,
Y de amor acongojado,
Puso la vida por vos
Hasta haberos remediado,
Y que pasó á los sus reinos
Y á su padre habia matado.
Mató tambien tres gigantes
Que allí lo estaban guardando;
Mató muchos caballeros,
Que en su mano habian entrado,
Y á pesar de todo el reino
A la Infanta se ha llevado.
Púsola en vuestro poder
Por quitaros el cuidado;
Y allá en Córdoba la llana,
Recordaos lo que ha pasado,
Que si no fuera por él
Quedárades cautivado;
Mas con sus ingenios y artes
El os hizo libertado.
Mató á Madama Ruanza[4]
Reina de tan gran estado.
Muchas cosas os ha hecho;
De todas le dais mal pago;
Mas el falso Ganalon
Que tal os ha aconsejado,
Antes que venga mañana
Recibirá de mí el pago.—
El Emperador con enojo
Un bofeton le habia dado
Diciendo : — ¡ Mal caballero,
Vos habeis de ser osado
En la presencia del Rey
Hablar tan desmesurado!
¡Yo os juro por mi corona
Que vos seais castigado! —
El buen conde Don Roldan
Malamente se ha enojado :
En un altar que allí habia
Un juramento ha jurado
De jamás entrar en Francia
Hasta que fuese vengado.
Estas palabras diciendo
Echó la escalera abajo :
Fuérase para su casa,
¡ Malamente va enojado!
Demandó presto sus armas
Y muy apriesa fué armado :
Sin poner pié en el estribo
A caballo ha cabalgado.
Ya se sale de Paris;
¡ Malamente va enojado!
Por sus jornadas contadas
En España fué llegado.
Andando por los caminos
Sus aventúras buscando
Encontró con un morisco
Qu'el mar estaba mirando.
Guarda era de una puente
Que á nadie deja pasar :
Si no de grado, por fuerza
Con él ha de pelear,
Porque su señor el Rey
Así lo fuera á mandar,
Que hombre que viniese armado
No le dejase pasar,
O que dejase las armas,
Si en el reino queria entrar.
Don Roldan con grande enojo,
Que habia en lo escuchar,
Hablóle muy denodado,
Tal respuesta le fué á dar.
—Que por tal hombre como él
Las armas no ha de dejar,
Qu'en el mundo no es nacido
Quien se las haya de llevar.—
Respondiérale el moro,
Tal respuesta le fué á dar.
—Si así quieres, caballero,
Luego se haya de librar,
Que yo te las quitaré
O yo quedaré con mal.—
Luego abajaron sus lanzas
Y se fuéron á encontrar,
Y á los primeros encuentros
Las lanzas quebrado han.
Echan mano á las espadas
De priesa y no de vagar :
¡Tan fuertes golpes se daban
Qu'era cosa de mirar!
Alzó el moro la su espada,
A Don Roldan fué á acertar
Encima de su cabeza
Que lo hizo arrodillar.
Don Roldan desqu'esto vido
Un tal golpe le fué á dar
Con el tajo de su espada,
Qu'el cuerpo le fué á cortar.
El moro que así se vido
Con herida tan mortal,
Dábale tan grandes golpes,
Que á Roldan hacia temblar.
Cuando Roldan esto vido
Comenzara de hablar :
— ¡ Oh ! maldito sea en hombre
Que no sentia su mal!
¡Tiene las tripas colgando
Y quiere mas pelear! —
Respondiérale el moro,
Tal respuesta le fué á dar :
—Bien veo que mi vivir
No puede mucho durar,
Mas tu vida con la mia,
Juntas deben acabar.—
Bájase á adobar la espuela,
Que se la queria quitar :
Desque fuera abajado

No se pudo levantar.
Murió luego prestamente
Sin mas palabras hablar.
Quítale luego las armas
El bueno de Don Roldan,
Y quitóle los vestidos
Los suyos le fué á dejar,
Y vistióselos al moro,
De sus armas se fué á armar.
Con un su pajecico
En Francia le fué á enviar
Que le dijese á su esposa
Qu'era su esposo Roldan,
Y que muy solemnemente
Le hiciese enterrar.
El bueno del pajecico
Hizo luego su mandar,
Y llevólo para Francia
A casa de Don Roldan,
Y dícele la embajada
Que Roldan le fué á mandar.
Con palabras lastimeras
Le empezaba de hablar.
—Este es el cuerpo, señora,
De aquel que no tenia par;
El que moros y cristianos
Nunca pudieron sobrar.—
Desque la triste Doña Alda
El cuerpo fuera á mirar,
Conoció luego el sayo,
Las armas otro que tal:
Pensó que era su esposo
El esforzado Roldan;
¡Los llantos qu'ella hacia
Dolor era de escuchar!
Dentro de muy pocas horas
Por Paris se fué á sonar;
Por él lloraban los doce,
El Emperador otro que tal:
Lloraba toda la corte,
Y el comun en general,
Y en unas solemnes andas
Le llevaban á enterrar.
Arzobispos y prelados
Cuantos en la corte están,
Con grande prisa y tristeza
Lo llevaron á enterrar.
Don Roldan muy bien armado
Con las armas que fué á tomar
Fuérase para la armada
Do el Rey moro fuera á estar.
El Rey moro era mancebo
Ganoso de pelear;
Con los doce Pares de Francia
Sus fuerzas queria mostrar.
Pensó qu'era el moro valiente
Qu'el reino solia guardar.
Andando por sus jornadas
A Paris van á llegar,
Ponen luego su asiento,
Asentaron luego su real,
Enviaron mensajeros,
Que luego se hayan de dar,
Y si esto no quisiesen
Que salgan á pelear,
Qu'él haria así de todos
Como hizo de Don Roldan.
Respondió el Emperador,
Tal respuesta le fué á dar.
—Que le placia de buen grado
De salir á pelear.—
Otro dia de mañana
Sálese de la ciudad.
Con él iba Don Urgel,
Con él iba Merian,
Con él salian los doce
Que á la mesa comen pan.
Los caballos van holgados,
Empiezan de relinchar;
Con una furia muy grande
En los moros van á dar
Haciendo tan cruda guerra
Qu'es maravilla mirar.
Mas los moros eran tantos
Que gran gente va á apresar,
Y muchos de los doce Pares
A merced fuéron tomar.
El Emperador qu'esto vido
Empezara de llorar,
Mesando de sus cabellos,
De su barba otro que tal.
Mandó llamar su consejo,
Todos los hizo juntar;
Díjoles d'esta manera,
Empezóles de hablar.
—Parientes y amigos mios,
A lo que os hice llamar
Es que os demando consejo,
Que me hayais de aconsejar;
¿Qué haré de tan gran daño?
¿Cómo se ha de reparar?—
Allí respondieron todos
Y le fuéron á aconsejar,
Qu'enviase por Reinaldos
Y que lo hiciese llamar,
Y que bastaria él solo
Para á Paris descercar,
Y que le haga mercedes
Y le haya de perdonar.
El Emperador contento
Fué de enviarle á llamar;
Contárale todo el hecho
Y como fuera á pasar,
Y qué aquel moro valiente
Mató á su primo Roldan.
Ya se sale Don Reinaldos
Con los moros pelear;
Consigo lleva á Doñ'Alda
La esposa de Don Roldan;
Mas tambien sabia Reinaldos,
Bien sabia la verdad,
Que aquel moro tan valiente
Era su primo Roldan,
Que un su tio que tenia
Le dijera la verdad:
Por arte de nigromancía
El fuera luego á hallar
Que Don Roldan era vivo
Y qu'estaba en el real,
Y el cuerpo que á Paris trajeron
Era un moro qu'él fué á matar.
Cuando fué cerca del campo
Reinaldos empezó á llamar:
Que salga el moro esforzado
Con él solo á pelear.
A los primeros encuentros
Los dos conocido se han:
Conociéronse entrambos
En el aire del andar.
Cuando iban á encontrarse
Las lanzas van á bajar:
Íbanse con mucho amor
Los dos primos á abrazar,
Y desque se vieron juntos
Los moros manda llamar,
Y cuando juntos los vido
Comenzóles de hablar.
—Valerosos caballeros,
Vosotros os querais tornar
Y decilde al rey Marfin,
Que yo era Don Roldan,
Y que yo maté al moro
Que era su capitan.—
Los moros desque oyeron
Tan triste nueva les dar,
Lléganse unos con otros
Y hacen su capitan;
Dicen que los prisioneros

Consigo se han de llevar:
Todos se ponen en armas
Para matar á Roldan.
Reinaldos que aquesto vido
Comenzó de pelear,
Y Roldan por otra parte,
¡Muy crudos golpes les dan!
Mas los moros eran tantos
Qu'el sol querian quitar:
Haciendo muy cruda guerra
Los presos van á soltar,
Tomaban de aquellas armas,
Comienzan de pelear:
Dentro de muy pocas horas
Todos los van desbaratar.
Quedan señores del campo,
Que no hay con quien pelear.
Cuando vido Doña Alda
A su esposo Don Roldan,
Del gran placer que tenia
Comenzara de llorar.
Cuando el Emperador supo
Toda la certenidad,
Sale los á recebir
Con mucha solemnidad.
Abrazaba á Don Reinaldos,
Abrazaba á Don Roldan,
Diciendo: que tales dos
En el mundo no hay su par,
Y d'esta manera entraron
Con gran fiesta en la ciudad.

(*Silva de varios romances.*)

[1] Véase la nota del anterior.

[2] Cuando un caballero no asistia al llamamiento de su señor feudal, se le trataba como rebelde y traidor.

[3] Sobre los hechos que aquí se citan hay un poema italiano que precedió al *Orlando innamirabo* del Boyardo, y se publicó impreso en Venecia el año de 1481, con el título de *Incomenza el primo libro del inamoramento de Carlo-Magno*, etc. En este mal poema, cuyo asunto quizá está tomado de tradiciones ó novelas populares, se ve al anciano Carlo-Magno apasionarse ciegamente de Belisandra, hija de un rey moro de Africa llamado Trafamler, á la cual habia oido alabar como hermosa, á su bufon Lotiero. Aquejado de grave pasion, Carlo-Magno pide á Roldan y á Reinaldos que le procuren satisfacerla, y ellos para conseguirlo, fingiéndose mercaderes, se embarcan para Brimesta, capital de los estados de Trafamler, ó Trasiomar, adonde llegados se dan tal traza que atrayendo á su embarcacion al dicho rey y á su hija, que con tanta benevolencia los habian recibido, Reinaldo le asesina, y volviendo á Francia Belisandra presa, la pone en poder de Carlo-Magno despues de haber recibido de él una gran cantidad de oro en que habian ajustado este servicio. Esta violacion de todo derecho fué causa de la guerra que *Fondano*, tio de Belisandra, hizo contra la Francia y sus paladines. El poema está lleno de batallas, de hazañas y de proezas de Roldan, Reinaldos y Oliveros; de traiciones de Galalon, de enojos y reyertas entre el Emperador y Reinaldos: de cuyas resultas este se rebela contra su soberano, se despide de su servicio, llega á ser emperador de Rusia, vuelve á Francia á libertar á los paladines prisioneros y vencidos por los enemigos, y en fin cansado de reinar sobre ellos, deja á los rusos sus vasallos, y vuelve á sus pobres estados de Montalvan para ser un pobre caballero de Carlo-Magno, como siempre lo habia sido.

[4] Ruanza, ó Rovenza, ó Rovanza, era una terrible giganta africana que armada de una maza ó martillo de hierro fué terror y espanto de Carlo-Magno y sus doce pares, que con ejército numeroso estaban delante de Córdoba, que ella defendia. Reinaldos de Montalvan se batió con esta heroina, y solo pudo matarla dándola un golpe á traicion. Esta empresa dió asunto á un poema italiano intitulado *Libro chiamato dama Rovenza del Martello*, que fué impreso la primera vez, ántes de mediar el siglo XVI.

368.

REINALDOS Y LA INFANTA CELIDONIA.—III.

(*Anónimo* [1].)

Cuando aquel claro lucero
Sus rayos quiere enviar
Esparcidos por la tierra
Por cada parte y lugar;
Cuando los prados floridos
Suaves olores dan,
A mi preciado vergel
Me fuí para dar lugar
A la triste vida mia
Y muy gran necesidad.
Vide las rosas en flor
Que querian ya granar,
Hice una guirnalda d'ellas,
No hallando á quien la dar.
Por un bosque despoblado
Comencé de caminar,
Y diera en una floresta
Do nadie suele pasar.
En el dulce mes de mayo
Yo me fuí por descansar
Por medio de una arboleda
De cipres y de rosal:
Vide una huerta muy florida
De jazmines y arrayan;
Los cantos eran tan dulces
Que me hicieron parar;
Vi avecitas, que por ellas
No hacen sino volar,
Papagayo y ruiseñor
Decian en su cantar:
—¿Dónde vas, el caballero?
Atras te quieras tornar:
Hombre que por aquí pasa
No puede vivo escapar.—
Mirando esas avecitas,
Su canto y armonizar,
A sombra de un verde pino
Me senté por descansar.
Hiciera mi cabecera
Encima de un arrayan;
Los cuidados dos á dos
Me cercaron sin parar:
Con un suspiro muy fuerte
Comencé de querellar:
—¡Oh tú, noble Emperador,
Mi gran señor natural,
Mira cuán pobre y cuitado
Me podrias acatar [2]!
Sé que de mi mal te place
Aunque estoy á tu mandar:
Acordársete debia
Que te fuiste á enamorar
De la Infanta Belisandra [3],
Hija del rey Trasiomar.
Por librarte á tí de pena
Yo me puse á la cobrar
Con el noble paladin,
El esforzado Roldan.
Hízonos por te servir
Mercaderes por el mar;
Yo la saque de su tierra
Y la puse á tu mandar.
¡Oh todos los doce Pares!
¡Oh Oliveros y Roldan!
¡Oh vos el noble Angeleros
Y Angelinos el infante!
Ya no os acordais de mí,
Ni he con que os pueda honrar.
¡Oh vos, duque Don Estolfo,
De Inglaterra capitan!
¡Oh mis señores y amigos,
Cuán ledos os veo estar!—
Tomóle tal pensamiento
De se haber de desterrar
En las tierras de los moros
Por su ventura probar.
Estando en este propuesto
Se tornó á Montalvan:
Sin despedirse de alguno
Luego al momento se va.
Por sus jornadas contadas
A Paris llegado ha,
A Roldan fué á rogar luego

Que le quiera acompañar,
Que se va á unos torneos
Que hacen allende el mar.
Don Roldan que es codicioso
De fama y honra ganar,
Adereza su partida
Sin en nada discrepar.
En forma de peregrinos,
Por los moros engañar,
Andando por sus jornadas
Muy cerca van á llegar.
Jueves era aquel dia,
La víspera de San Juan,
Que un torneo es aplazado
Por ser dia principal.
Esa noche á una floresta
Se fuéron á descansar;
Otro dia de mañana
Clarines oyen sonar,
Que sacan á la princesa
Por las fiestas mas honrar.
Lleva encima la cabeza
Una corona real,
Sus cabellos esparcidos
Que acrecientan su beldad.
Ella estaba tan hermosa
Que á todos hace turbar,
Muchas doncellas delante,
Todas dicen un cantar.
Comenzó de hablar luego
El esforzado Roldan :
—¡ Oh Dios, y qué linda dama!
¡ En el mundo no hay su par,
Sin ofender á Doña Alda!
Yo la quisiera gozar.—
Reinaldos con turbacion
De lo que dijo Roldan,
Con el gesto demudado
Le comenzó de hablar :
—Primo, excusado os fuera
De tal suerte blasonar,
Porque Celidonia es mia,
Yo la entiendo de ganar.
Si no me sois enemigo,
En ello no habeis de hablar.—
Con gran enojo que tiene
Se pone encima Bayarte :
Va derecho para el campo
Por los torneos ganar;
Vido muchos caballeros
Del caballo en tierra dar.
Mira al mas valiente d'ellos,
Que era el rey Gargaray,
Derrocando caballeros
Cuantos topaba á lanzar.
Por encima del arzon
Al moro fué á derribar,
Al moro y caballo en tierra :
Y al caballo fué á picar,
Derrocando á cuantos topa
Y podia alcanzar.
¡ Raras maravillas hace
Que espanto pone en mirar!
En esto aquel gran Rey moro
Tornó presto á lidiar.
Ya se parte Don Reinaldos
Otra vez por le encontrar;
Tan fuerte golpe le diera,
Que otra vez lo fué á lanzar :
Con el coraje el rey moro
No tiene en nada su mal.
Nadie justa con Reinaldos,
Nadie le osa esperar :
De los golpes que reciben
Van huyendo sin parar.
Ya Febo se declinaba
Hácia el Océano mar,
Cuando el gran rey Agolandro
Clarines mandó sonar,
Porque paren los torneos
Y vayan á reposar
Hasta en el dia siguiente
Que los tiene de acabar.
Reinaldos iba tan fuerte,
Que espanto pone mirar;
Don Roldan que cerca estaba
Viénele luego á abrazar.
—¿ Qué es aquesto, primo mio?
¿ Cómo andais sin aguardar?
¡ Tanto holgaba de veros,
Que olvidaba el pelear,
Viendo vuestra gran destreza
Contra el gran rey Gargaray!
—Vos lo decis, señor mio,
Que me quereis motejar :
Vámonos, señor, al monte,
Do solemos albergar,
No nos conozcan los moros,
No entremos en la ciudad.—
El fuerte Rey que los vido [4]
Comenzólos de llamar :
—Oh vos, fuertes peregrinos,
¿ Dónde vos vais á holgar?
—Señor, vámonos al monte;
No teniendo que gastar,
No nos quieren dar posada
Por Dios ni por caridad :
Pasamos al gran Mahoma
Por su templo visitar.
—Señores, si vos pluguiese,
Yo vos quiero aposentar.—
Don Reinaldos habló luego :
—Cúmplase vuestro mandar.—
Hiciéronles dar posada
En acertado lugar,
Que el moro es acostumbrado
Á romeros albergar.
Luego les vino mensaje
Que el Rey los envía á llamar :
Dijoles que los caballeros
Son Reinaldos y Roldan,
Que su amigo Galalon
Se lo enviaba á avisar.
Todos se ponen en armas
Para haberlos de matar;
El buen Rey que aquesto vido
Altas voces fué á dar :
—¡ Ah caballeros galanes
De corte tan principal!
Yo no soy de parecer
Que así se hayan de tratar
Los mejores caballeros
De toda la cristiandad.
Pues que yo les dí seguro,
Yo no les puedo faltar;
Mas luego siendo de dia
Os podeis todos armar,
Y como gentiles hombres
Con ellos en campo entrar.—
Ya se partia el buen Rey,
Y á los romeros se va.
—¡ Oh los nobles caballeros,
Reinaldos y Don Roldan!
Séades los bien venidos
Los dos cristianos sin par.
Sabed que Don Galalon
Una carta fué á enviar
En que nos dice por ella
Que veniades á matar
Al noble rey Agolandro,
Y él nos hiciera llamar,
Do se determinó luego
De venir á vos matar,
Si no por respeto mio,
Que nunca les dí lugar;
Mas sabed que en la mañana
En batalla habeis de entrar
Vos, y el noble paladin

Con cuantos allí vendrán :
Y vos, señor Don Reinaldos,
No os podeis excusar
Que conmigo y cuatro reyes
En campo os habeis de hallar ;
Por ende esforzaos mucho.—
Luego los fuera á abrazar.
Don Reinaldos le responde :
—¡ Grande es, señor, tu bondad !
¡ Grandemente nos obligas
Mas que podriais pensar ! —
El Rey se despidió d'ellos
Y á su casa fué á cenar.
Otro dia, el sol salido,
El Rey los vino á llamar :
Ya se ponen los arneses,
Y el Rey los ayuda á armar,
Y cuando armados los vido
Comenzóles de hablar :
—¡ Oh los nobles caballeros,
Querádesme perdonar,
Porque en viéndoos armados
Enemigo os soy mortal ! —
Dicho esto fuese luego
Sin mas palabras hablar :
Apréstanse los dos primos
Y á la batalla se van.
Bayarte que ve la gente
Espanto pone en mirar;
Dando corcovos y empinos
Comienza de relinchar.
Tan fuerte va para ellos
Que la tierra hace temblar.
Reinaldos mira á los reyes
Con quien ha de pelear :
Tambien mira á Celidonia
Que en el cadahalso está.
Tanto coraje le crece
Que comienza de hablar :
—¡ Oh vosotros los romanos,
Todos venid á ayudar
A aquestos cinco reyes
Que conmigo han de justar;
Porque en el dia de hoy
Yo les quiero demostrar
Las fuerzas que Dios me dió
Por su santa fe ensalzar !—
Da de espuelas al caballo,
En el campo fué á entrar.
Los reyes que entrar lo ven
Juntos lo van á encontrar
De tal suerte, que las lanzas
En piezas hacen volar :
Mas Reinaldos con esfuerzo
Encontró al rey Gargaray
De tal suerte, que la lanza
Le pasó al espaldar.
No le duraron los otros,
Que á todos los fué á matar,
Y quebrada la su lanza
A Fisberta fué á sacar
Haciendo mil maravillas
Por en el campo quedar,
Hasta topar á su primo
El buen paladin Roldan,
Que llevaba un gran tropel
De morisma á mal andar.
Despues que juntos se vieron
Muy gran contento se dan;
Con esfuerzo denodado
Renuevan el pelear.
Tantos matan de los moros,
Que no hay cuenta ni par :
El alarido es tan grande
Que al cielo quiere llegar.
Alzó los ojos Reinaldos
A do el cadahalso está;
Vido muchos caballeros
A la Princesa guardar;
Allegóse para ellos
Con muy gran ferocidad;
El estruendo que traia
La tierra hace temblar;
A la bella Celidonia
Fué en su caballo á sentar :
Arremete con denuedo
Por la batalla dejar.
Los moros que aquesto vieron
No le osaban dañar
Por no dar á la Princesa
Ni le hacer algun mal.
Con sollozos y gemidos,
Que al cielo quieren llegar;
Lloran su gran perdicion,
La muerte de Gargaray.
La Princesa ya vencida
D'este que no tiene par,
Con una voz delicada
Comenzóle de hablar :
—¡ Oh señor, en qué peligro
Os poneis en me llevar !
¡ Mas querria yo morir
Que no vuestro peligrar !—
Abrazándola muy fuerte,
En el rostro la fué á besar;
Por su delicados ojos
Lágrimas vieron saltar,
Temiendo de lo perder,
Viéndolo tanto aquejar,
Que su rostro de Reinaldos
En agua hizo bañar.
Vuélvese á consolarla
Con amoroso hablar :
—Esforzad, señora mia,
No querades desmayar.—
Ellos estando en aquesto
Su hermano fuera á llegar;
Dádole ha cruel herida,
Su cuerpo le fué á pasar
En los brazos de Reinaldos,
Que su fin fuera á causar :
Con voz ronca y muy plañida
Comenzara de hablar :
—¡ Oh amor mio y mi bien,
De mí os querais acordar !
Pues yo recibo la muerte
No me querais olvidar,
Sabiendo vos, amor mio,
Que os iba yo acompañar,
Dejando yo al Rey mi padre
Con tanto enojo y pesar.
¡ Oh qué pena y qué pasion
Llevo en aqueste pensar !—
El rostro se le desmaya,
La habla fuera á cesar,
Con un suspiro muy fuerte
Vieron su fin allegar.
Don Reinaldos que esto viera
El color perdido ha,
Con voz triste y dolorosa
Comenzóse á lamentar :
—¡ Ay desdichado de mí,
Ya no me quiero nombrar
El esforzado Reinaldos,
Ni él me quiero llamar !
¡ Oh muerte ! ¿ por qué no vienes?
No quiero vivo quedar.
¡ Oh Celidonia, amor mio !
¿ Dónde te iré yo á buscar?
Yo fuí de ti homicida,
Yo solo te fui á matar.
¡ Oh traidor, mal caballero !
¿ Qué piensas aquí aguardar?—
Vuélvese contra los moros
Para en ellos se vengar,
Puso en tierra á Celidonia
Sintiendo mucho su mal;
Va buscando al caballero

Que le hizo tal pesar,
Hiriendo y matando moros
Cuantos podia topar.
Hace tal matanza en ellos
Que es cosa para espantar;
Hasta topar su enemigo
No deja de atropellar.
Vídole andar en batalla,
Que parece un gavilan:
Arremetió para él
Con esfuerzo singular;
Trabóle por los cabellos,
Del caballo lo fué á echar[2];
Atóle fuerte los piés,
Y al suyo lo fué á pasar.
Desque á su guisa lo tuvo
Tornó presto á cabalgar:
Va atropellando los moros
Hasta su primo topar.
Despues que juntos se vieron
Comienzan de caminar
Para la noble de Francia,
Llevando muy gran pesar.
La muerte de Celidonia
No le deja consolar
Hasta ver á Galalon
Que tanto mal fué á causar.

(*Floresta de varios romances.*)

[1] ¡Cuán bella, sencilla y bucólica es la introduccion de este antiguo romance, donde se percibe mas bien el sentimiento de un poeta inspirado, que el tosco y rústico ingenio de un juglar! Por otra parte en la composicion reina armonía maravillosa, y carece de los defectos de que adolecen otros romances viejos. Mas bien que la mano de los novelistas del Ciclo Carlovingio puro, se ve la del Trobera que compuso la tierna historia de Ilolino de Maguncia y la inocente y bella Nicoleta, primero y profundo amor de aquel caballero, y cuya muerte fué igual á la de la infanta Celedonia. Ademas este romance respira por todas partes nobles y caballerosos sentimientos, que encantan. La reconciliacion generosa de Roldan y de Reinaldos, la accion noble del rey moro que los avisa de la perfidia de Galalon, y que no consiente combatirlos hasta que los ve armados: todo está lleno del espíritu de caballería. El estilo de la composicion, si bien no culto ni correcto, es sin embargo fácil y corriente, comparado con el de otros romances viejos. Participa sin embargo mucho de las formas de estos, aunque corregidas y mejor dispuestas. Acaso algun poeta artístico se apoderó de la tradicion de un romance viejo, y le trasformó tal como se ve aquí. Pudiera sospecharse que el del número 369, mas antiguo que el que anotamos, y que parece composicion improvisada, sugiriese al poeta el asunto, que modificado por él, produjo el de este número 368.

[2] *Acatar*, debe decir *Catar*, pero es frecuente que los compositores de romances, harto malos poetas, usaban de esta clase de licencias para llenar la medida del verso.

[3] Véase la nota 3 del anterior romance, num. 367.

[4] Segun el contexto del romance, este rey tan generoso con los dos caballeros es Gargaray, á quien Reinaldos habia derribado en el torneo.

369.

ROLDAN Y REINALDOS CONQUISTAN LOS REINOS DEL MORO ALIARDE.—IV.

(*Anónimo*[1].)

Estábase Don Reinaldos
En Paris, esa ciudad,
Con su primo Malgesí
Que bien sabe adevinar.
Estábale preguntando,
El le queria demandar:
—Primo mio, primo mio,
Primo mio natural,
Mucho os ruego de mi parte
Me lo querais otorgar,
Pues que de nigromancía
Es vuestro saber y alcanzar,
Que me digais una cosa
Que yo os quiero demandar:
La mas linda mujer del mundo
¿Dónde la podria hallar?
—Pláceme, dijo su primo,
Pláceme de voluntad.—
Luego mandó á un espíritu
Que dijese la verdad,
O se la trajese delante
Presto sin mas se tardar.
El, como era premiado[2],
Dijo luego su mandar,
Que el rey moro Aliarde
Tenia hija de poca edad,
Que en el mundo no habia otra
Que fuese con ella igual.
Este tiene el reino lejos,
Tiénelo allende la mar,
En tierras muy apartadas
Que no eran de conquistar.
Reinaldos de que esto supo
No quiso mas aguardar;
Pidió licencia al Emperador,
El se la fué luego á dar:
No se la diera de grado,
Mas contra su voluntad,
Que se queria ir á los reinos,
Que estaban allende el mar,
Del moro rey Aliarde,
Para con su hija hablar.
Despidióse del Emperador,
De los doce otro que tal.
Ya se parte Don Reinaldos,
Ya se parte, ya se va,
Ibase para los reinos
Que están allende la mar:
Con él iba un pajecico
Que lo solia acompañar.
Andando por sus jornadas
Al reino fué á llegar:
Fuérase para la villa
Do el Rey moro suele estar:
Hallólo en sus palacios,
Que se queria armar,
Porque así lo acostumbraba
Por mas se asegurar,
Y luego que hubo llegado
El Rey le fué saludar:
—¿De dónde es vuestra venida?
¿O cómo os soleis nombrar?
—Señor, soy un caballero,
De Francia es mi natural:
Desterróme el Emperador;
En Francia no puedo entrar,
Por eso vengo á servir
A tu Alteza real.
—Pues que venis muy cansado
De tan largo caminar,
Reposad en mi palacio,
Que podreis bien descansar.—
Don Reinaldos pidió un laud,
Que lo sabia bien tocar:
Ya comienza de tañer,
Muy dulcemente á cantar,
Que á todo hombre que lo oia
Parecia celestial.
Bien lo oia la Infanta,
Y holgaba de lo escuchar.
Desque lo vió tan gracioso
De gracias muy singular,
El amor que nunca cesa
En ella fué aposentar.
Tales fuéron sus amores
Que no los podia encelar:
Amores de Don Reinaldos
No la dejan reposar.
Tambien se enamoró él de ella,
¡Tanta era su beldad!
Envióle á llamar la Infanta
Que viniese á le hablar;
Muy cortés y mesurado
Las manos le fué á besar;
La Infanta era discreta

Y no se las quiso dar;
Mas ántes sus corazones
Eran de conformidad,
Que de verse el uno al otro
Comienzan á desmayar:
Desmayan los corazones
Pero no la voluntad.
Despues de ya recordados
Comenzaron de llorar,
El uno y otro decian
Palabras de grande amor.
—Por tus amores, señora,
Vine de allende la mar;
Por veniros a servir
Dejara mi natural.
He dejado yo mis tierras,
Al Emperador quise dejar,
He dejado muchos amigos,
Que me solian honrar,
He dejado á los doce,
D'ellos era principal.—
Allí habla la Infanta,
Bien oireis lo que dirá:
—Pues por mí os desterrastes,
Y acá os quisistes llegar,
Tened confianza en mí
Que lo entiendo bien pagar:
Por eso, amigo mio,
Coménzáos de alegrar;
Mucho os ruego que esta noche
No me querades faltar,
Que vengais solo á mi cámara
Adonde yo suelo estar,
Porque allí solos entrambos
Placer nos podamos dar.
—¡Nunca quiera Dios, señora,
Ni la santa Trinidad,
Que yo tocase en la honra
A la corona real,
Pues me tiene vuestro padre
Por caballero leal!—
Respondióle la Infanta
Enojada en le escuchar.
—¿Lo que habeis vos de rogarme
Os tengo yo de rogar?
Pues yo os juro por mi ley,
Por la ley de Mahomá,
Que si no haceis lo que digo
Que luego os mande matar.—
Don Reinaldos con esfuerzo
Tal respuesta le fué á dar:
—Que le costase la vida,
Mas no podia aventurar,
Y que sin falta vernia
Por hacer su voluntad.—
Aquella noche siguiente
Gran placer ambos se dan;
Otro dia de mañana
A su posada se va.
No pasaron muchos dias,
Pocos fuéron á pasar,
Que el traidor de Galalon,
Aquel traidor desleal,
Envió cartas á Aliarde,
Cartas para le avisar
Cómo en su corte tenia
Don Reinaldos de Montalvan.
Que á otra cosa no habia ido
Sino á lo deshonorar:
Que guardase bien su hija,
No se la quisiese fiar,
Que no fué por otra cosa
Sino por amor tomar.
El Rey que vido las cartas
Los suyos mandó llamar,
Porque tomen á Reinaldos
Y lo hayan de aprisionar.
Tomólo gran gente d'armas
Por mas seguro tomar;
Echanle en una prision
De muy grande escuridad.
Aconsejóse con los suyos,
Tomó consejo real,
Qué debian hacer al triste,
O qué castigo le dar.
Hallaron por sus derechos,
Por la razon natural,
Pues habia sido traidor
A la corona real,
Que era digno de la muerte
Y se la hubiesen de dar.
Todos firman la sentencia,
El Rey la fué á firmar:
La sentencia ya era dada
Para hacello degollar.
Allí estaba un pajecico,
Que la Infanta fué á criar:
Va corriendo á la Infanta
De priesa y no de vagar.
Sola estaba la Infanta,
A nadie queria escuchar;
Entra el paje por la puerta,
Comiénzale de hablar:
—Por amor de vos, señora,
Hoy se hace gran crueldad,
Que aquel caballero extraño
Por vos lo quieren matar.—
De lo que dijo el pajecico
Ella tuvo gran pesar:
Vase para los palacios
Donde el Rey solia estar:
Tal entraba por la puerta
Que á todos queria matar.
—¿Qu'es aquesto, señor padre[1]?
Aquesto ¿qué puede estar?
¿Sin saber cierto las cosas,
A cabo quereis llegar?
La sentencia que habeis dado
Vos la querais revocar,
Que si Don Reinaldos muere
Primero á mí heis de matar,
Pues la verdad no sabiendo
Vos me quereis disfamar.
Las cartas de Galalon,
Las que él os quiso enviar,
Son por volveros con él,
Son para hacelle matar,
Por envidia que dél tiene
Por querer con vos estar,
Que en Paris ni en toda Francia
Nadie le puede igualar;
Por eso os ruego, señor,
La vida le querais dar.
—Pláceme, respondió el Rey,
Pláceme de voluntad;
Mas con una condicion:
Que en mis reinos no ha de estar.—
Allí luego la Infanta
Las manos le fué á besar:
Mándanle quitar los grillos
Y de la prision sacar.
Entónces luego el buen Rey
Le mandara desterrar.
Ya se parte de la corte
Con dolor y gran pesar
Por dejar á su señora,
Y con ella no quedar.
Maldecia su ventura,
No cesaba de llorar;
A sus jornadas contadas
En Francia fué él á llegar:
Ibase luego derecho
A la villa de Montalvan.
El Rey quedaba penoso,
A su hija queria casar,
Mas no sabia con quién
A su honra la pudiese dar.
Envió cartas por el mundo,

Todo el mundo en general,
Que quien quisiese su reino,
Y con su hija casar,
Que dentro de treinta dias
Viniese á su corte real
Para hacer un torneo
Para mas honra ganar,
Y el que mejor lo hiciese
Con la Infanta haya casar.
Don Reinaldos que esto supo
Mucho se fué á alegrar,
Porque si él allá se iba
El campo entiende ganar.
Luego pidió su caballo,
Las armas otro que tal,
Y mucho rogó á su primo,
A su primo Don Roldan,
Que se quisiese ir con él
Por mayor honra llevar.
Ya se parte Don Reinaldos;
Con él iba Don Roldan,
Y por jornadas contadas
Al reino llegado han.
Sabido por Galalon
Que á tierra de moros van,
Luego envió un mensajero
Para el Rey moro avisar,
Que su criado Don Reinaldos,
Y su primo Don Roldan
Eran idos á su reino
Para habello de matar.
Cuando el Rey supo tal nueva
D'ello se fué á maravillar:
Envió á hombres d'armas
Que los fuesen á buscar.
Allí habló un caballero,
Bien oiréis lo que dirá:
—¡Vergüenza es de tanta gente
A dos solos ir á buscar!
Dédesme licencia á mí,
Que yo solo quiero andar.—
Dijo el Rey que le placia
De muy buena voluntad.
Ya se partia aquel moro,
Ya se va por los buscar;
Vase para una posada
Adonde él solia posar:
En entrando por la puerta
Con ellos fuera á encontrar:
Conoció á Don Reinaldos
Que con él solia holgar.
—Pésame mucho de vosotros,
En mi tengo gran pesar,
Que el Rey sabe estáis aquí,
Haos mandado matar:
Yo os ruego mucho, señores,
Que me digáis la verdad,
Porque el Rey tenia cartas
Que Galalon le fué á enviar
Avisándole de cierto
Que le queríades matar. —
Respondiera Don Reinaldos:
— ¡Nunca Dios quiera lo tal!
El Rey no es mi enemigo,
Ni yo lo queria mal;
Mas hemos venido al campo
Que el Rey mandó pregonar. —
Mucho se holgó el moro
De tal razon escuchar,
Que viniesen en hora buena
Para el campo á pelear.
Otro dia de mañana
Comiénzase de aparejar,
Y sálense luego al campo
Donde habian de tornear.
Mataron tantos de moros,
Que no hay cuento ni par.
Bien veia la Infanta
A Reinaldos y á Don Roldan;
Lloraba de los sus ojos
Que no les podia ayudar.
Envióles un pajecico,
Que fuesen á la hablar,
Que se lleguen al castillo
Porque lo queria probar.
Ellos rompiendo la gente
Al castillo llegado han:
La Infanta cuando los vido
De allí se dejó colgar:
Tomándola Don Reinaldos
En su caballo á cabalgar.
Mataron tantos de moros,
No tienen cuento ni par;
Por mas moros que vinieron
No se la pueden quitar:
A sus jornadas contadas
A Paris fuéron llegar.
El Emperador cuando lo supo
A recibirselos sale,
Con él salen los doce pares
Y toda la corte real.
Si hasta allí eran esforzados
Despues eran mucho mas.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Silva de varios Romances.*)

[1] Este romance viejo, modificado el asunto, pudo ser sugerido por el del numero 368 que le precede.

[2] *Premiado*, es decir: *apremiado.*

[3] Esto recuerda la escena que se halla en uno de los romances del conde Claros.

370.

DESAFÍO DE OLIVEROS Y MONTESINOS, POR AMORES DE ALIARDA. — V[1].

(*Anónimo.*)

En las salas de Paris,
En el palacio sagrado
Donde está el Emperador
Con su imperial estado,
Tambien estaban los doce
Que á una mesa se han juntado,
Obispos y arzobispos
Y un patriarca honrado.
Despues que hubieron comido
Y las mesas se han alzado,
Ya se levanta la gente,
Todos iban paseando
Por una sala muy grande,
Unos con otros hablando.
Unos hablan de batallas,
Que las han acostumbrado;
Otros hablan de amores,
Los que son enamorados.
Montesinos y Oliveros
Mal se quieren en celado;
Con palabras injuriosas
Oliveros ha hablado.
Las palabras fuéron tales,
Que d'esta suerte ha empezado:
— Montesinos, Montesinos,
¿Cuánto ha que os he rogado
Que de amores de Aliarda
No tuviéredes cuidado,
Que no sois para servirla,
Ni para ser su criado?
¡Si no por el Emperador,
Yo os hubiera castigado! —
Montesinos que esto oyera
Túvose por injuriado;
La respuesta que le dió
Fué como de hombre esforzado.
—¡Buen caballero Oliveros,
Mucho estoy maravillado,
Siendo hombre de buen linaje
Siempre entre buenos criado,

Que vos á mí deshonrar
Bien debia ser excusado;
Que si tuviera yo espada
Como vos teneis al lado,
Las palabras que dijistes
Bien os hubieran costado! —
Oliveros qu'esto oyera
En la espada puso mano:
Fuese para Montesinos
Como hombre muy airado.
Montesinos no tiene armas,
Decendióse del palacio.
Los ojos puestos en el cielo
Juramentos iba echando
De nunca vestir loriga,
Ni cabalgar en caballo,
Ni comer pan en manteles,
Ni nunca entrar en poblado
Y de no rapar sus barbas,
Ni oir misas en sagrado,
Ni llamarse Montesinos
Hijo del conde Grimaltos,
Hasta que vengue la mengua
Que Oliveros le ha dado.
En llegando á su posada
Fué muy prontamente armado:
Pone el yelmo en su cabeza,
Vístese un arnés tranzado;
Mandó sacar una lanza
Que él tenia en apartado:
Esta lanza era muy fuerte,
Y el hierro bien acerado.
Ya es armado Montesinos,
Ya cabalga en su caballo:
Las cartas que tiene escritas
A un paje se las ha dado,
Que las lleve á Oliveros
Y se las diese en su mano,
Y le diga que lo aguarda
Montesinos en el campo,
Armado de todas armas
Y el caballo encubertado.
Ya se parte el mensajero
Con las cartas que le ha dado;
En casa del Emperador
A Oliveros ha hallado,
Y con grande reverencia
El paje lo ha llamado.
Oliveros, que es discreto,
Y hombre muy bien criado,
Apartóse con el paje
En un lugar apartado:
Preguntó lo que queria,
O quién le habia enviado.
El paje cuando esto oyó
Las cartas le hubo mostrado,
Y Oliveros que las vido
Dijo que él daria recaudo.
Ya se parte el pajecico,
Ya se sale del palacio.
El plazo que Montesinos
A Oliveros hubo dado
Fué cuatro horas de tiempo
Que le aguardaria en el campo,
Y si al plazo no viniese
Que traidor sería llamado.
El acudió de tal suerte,
Que seis horas han pasado.
Tanto aguardó Montesinos,
Que ya estaba enojado.
Miéntras que en el campo anduvo
A Oliveros esperando,
Vió venir un caballero
Que llamaban Don Reinaldos;
De linaje era su primo,
Y en voluntad mas que hermano.
Las palabras que le dijo,
D'esta manera ha hablado:
— Montesinos Montesinos,
¿Qué haceis, mi primo hermano,
Que segun del modo os veo
Vos estáis mal enojado?
Alguno os desafió
Y vos lo estáis esperando,
Porque no siento otra cosa
Que os detuviese aquí armado. —
Montesinos qu'esto oyera
Tal respuesta le hubo dado:
— La causa que así me halleis
Yo os la contaré de grado:
Un presente hoy me trujeron,
Y en él vino este caballo;
Mas vos sabeis mi costumbre,
Que si caballo me han dado,
El primer dia que á mí viene
Ha de ser muy bien probado:
Yo por ver qué tal es este
He subido en él armado. —
Don Reinaldos que esto oyera
Esta respuesta le ha dado:
— Montesinos, Montesinos,
Vuestro hablar es excusado:
Vos á mí no me negueis
Por qué estáis desafiado. —
Montesinos que esto vido
Que lo sabia Don Reinaldos,
Luego sin mas dilacion
La verdad hubo contado.
— Vos sabeis, mi señor primo
Que hoy dentro en el palacio
Yo y vuestro primo Oliveros
Andábamos paseando:
De unas razones en otras
El me ha mal injuriado,
Diciendo que de Aliarda
Yo no tuviese cuidado,
Que no era para servirla
Ni para ser su criado;
Que si mirado no hubiese
Al gran emperador Cárlos,
Por el enojo que le hice
Ya me hubiera castigado.
Yo le dije que hablaba
Mal, y muy desmesurado,
Y él echó mano á la espada
Y embrazóse de su manto.
Yo hallándome sin armas
Descendíme del palacio;
Fuíme para mí posada
Muy triste y muy enojado;
Arméme con estas armas
Con que vos me hallais armado;
Cartas envié á Oliveros
Que le aguardaba en el campo:
Cuatro horas le di de tiempo
Que le estaria esperando,
Y si en esto no viniese
Que traidor sería llamado.
Pasadas son las cuatro horas,
Otras dos habian pasado. —
Don Reinaldos que esto oyó
Esta respuesta le ha dado:
— Si quereis vos, Montesinos,
Yo iré presto á llamarlo,
Si no quiere oirlo de lengua,
Decírselo he por las manos;
Si él no quisiere venir,
Para vos y mí, sean cuatro.
Ellos estando en esto
Oliveros ha llegado,
No como hombre de pelea,
Sino como enamorado,
Y viene muy gentil hombre,
Mas tambien muy bien armado.
En llegando á Montesinos
D'esta suerte le hubo hablado.
— Montesinos, Montesinos,
¿Qué es esto, traidor malvado?

Que la fe que tú me diste
¡Hásmela muy mal guardado!
Dijistes que estarias solo,
Y hállote acompañado. —
Montesinos que esto oyó
Tal respuesta presto ha dado.
— Oliveros, Oliveros,
De esto no estéis enojado,
Que si compañía tengo
Cierto vos lo habeis causado.
Si viniérades á tiempo
Al plazo que os habia dado,
La compañía que tengo
No la hubierades hallado,
Que por caso, ó por desdicha
El me halló aquí armado;
El me preguntó qué habia,
Yo bien me hube excusado;
Mas por importunacion
Sabed que yo le he contado
Lo que está entre vos y mí,
Y lo que yo hube pasado:
Mas yo haré juramento
Donde vos querais tomallo,
Que por esta compañía
No seréis perjudicado,
Sino que él se ira á Paris
Quedando nos en el campo.
— Pláceme, dijo Oliveros,
D'esto que habeis hablado. —
Reinaldos se entró en Paris
Y ellos quedan en el campo.
Ibanse de par en par,
Y juntos lado con lado,
Hasta llegar á la huerta
Donde el campo se habia dado.
Despues que dentro se vieron
Montesinos ha hablado:
— Ahora es tiempo, Oliveros,
Que se vea el mas esforzado. —
Vanse el uno para el otro,
Recios encuentros se han dado,
Los golpes han sido tales
Que entrambos se han derribado:
Media hora y mas estuvieron
Que ninguno ha hablado.
Ya despues que esto pasó
El uno se ha levantado;
Fuese para Oliveros,
D'esta suerte le ha hablado:
— Buen caballero, no estéis
Por tan poco desmayado,
Echemos mano á las hachas,
Pues las lanzas se han quebrado. —
Oliveros qu'esto oyera
Muy presto fué levantado:
Danse tan terribles golpes
Que presto se han desarmado;
Las piezas de los arneses
Veréis rodar por el campo.
Oliveros qu'esto vido
D'esta suerte le ha hablado:
— Echá mano por la espada
Pues que ya estáis desarmado. —
Montesinos qu'esto oyera
Presto la espada ha sacado:
Hiérense de tales golpes
Que mal se han aparejado.
Ellos estando en aquesto
Un cazador ha llegado;
Quísose poner entre ellos,
Hanle mal amenazado,
Que si entre ellos se pone
Que él será muy mal tratado.
El cazador que esto oyera
Para Paris ha marchado,
Y á grandes voces decia
Muy triste y acongojado:
— ¿Qué es de tí, el Emperador,
Que hoy pierdes todo tu Estado?
¡Hoy entre los doce pares
Veo gran ruido armado,
Y el imperio de Paris
Todo escandalizado! —
Oyólo el Emperador,
Donde estaba en el palacio:
Mandó luego que le llamen
Al que tal iba hablando.
Ya es llegado el cazador
Do está el Emperador Cárlos,
Y estas palabras le dice
Con temor demasiado:
— Señor, sepa vuestra Alteza
Que hoy andando cazando
En la huerta de Sant Dionís,
Dentro en ella yo me he hallado
A Montesinos y á Oliveros
Que se habian desafiado:
La sangre que d'ellos corria
Teñia las yerbas del campo,
Que si ellos ya no son muertos,
Estarán muy mal tratados. —
El Emperador que esto oyera
Muy presto hubo cabalgado
Con todos los caballeros
Los que allí hubo hallado.
De Oliveros iba un primo,
Y tambien iba un su hermano,
Y el padre de Montesinos,
Ese conde Don Grimaltos.
Cada uno tiene parientes,
Y van escandalizados.
El Emperador, que esto vido
Pregonar, luego ha mandado
Que de manos ni de lengua
Ninguno sea osado
De decir descortesía,
Ni quistion hayan buscado,
Y quien quistion revolviese
Fuese luego degollado.
Por miedo de aquel pregon
Todo hombre va limitado.
En allegando á la huerta
El Emperador ha entrado.
Por el rastro de la sangre
Los caballeros ha hallado,
El uno caido á una parte,
Otro caido á otro lado.
Llamó á sus caballeros
Los que le han acompañado:
Cuando la gente los vió
Veréis hacer un gran llanto:
Unos dicen: «¡Ay mi primo! —
Otros dicen: — ¡Ay mi hermano! —
El conde Grimaltos dice:
— ¡Ay mi hijo mal logrado! —
Cuando el Emperador vido
Su pueblo escandalizado,
Mandó traer unas andas
En que pudiesen llevarlos
A aquellos dos caballeros
Que se habian maltratado.
Que los lleven á Paris
Dentro del real palacio:
Doctores y bachilleres,
Que viniesen á curarlos.
Fué la voluntad divina
Que á poco tiempo pasado
Les hallan tal mejoría
Que se han mucho remediado.
Ya sanos los caballeros,
Y Dios que les ha ayudado,
Mandóles el Emperador,
Que amigos hayan quedado.
Cásanlos con sendas damas
Las mas lindas del palacio,
Y púsoles grandes penas
Que ninguno sea osado

De hablar con Aliarda,
Ni de ser su enamorado,
Y quien esto quebrantase
De la vida sea privado.
Así quedaron amigos
Y el imperio asosegado.
Luego Aliarda casó
Con un caballero honrado;
Quedaron todos contentos
Y aun el romance acabado.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Silva de varios Romances.* — It. *Floresta de varios Romances.*)

[1] La Aliarda de este romance es diferente de la del de *Caballerescos sueltos*, número 329, que empieza: *Esta noche, caballeros.*

371.

CONQUISTA DEL IMPERIO DE TRAPISONDA POR REINALDOS. — VI.

(*Anónimo* [1].)

Ya que estaba Don Reinaldos
Fuertemente aprisionado,
Para haberlo de sacar
A luego ser ahorcado,
Porque el gran Emperador
Así lo habia mandado,
Llegó el valiente Roldan
De todas armas armado,
En el fuerte Briador
Su poderoso caballo,
Y la fuerte Durlindana
Muy bien ceñida á su lado,
La lanza como una entena,
El fuerte escudo embrazado,
Vestido de fuertes armas
Y él con ellas encantado.
Por la visera del yelmo
Fuego venia lanzando;
Retemblando va la lanza
Como un junco muy delgado,
Y á toda la hueste junta
Fieramente amenazando:
—¡Nadie en Don Reinaldos toque
Si quiere ser bien librado!
¡Quien otra cosa hiciere
El será tan bien pagado,
Que todo el resto del mundo
No le escape de mi mano,
Sin quedar pedazos hecho,
O muy bien escarmentado!—
Serenos estaban todos
Hasta ver en qué ha parado;
Nadie no se removia
Contra tan buen abogado.
Allí el fuerte Don Roldan
Junto á Cárlos se ha llegado
Diciendo de esta manera,
De encima de su caballo:
— No es cosa de Emperador
Lo que tienes ordenado;
El caballero se viene
De su voluntad y grado.
¿Cómo es aquesto, señor,
Que así ha de ser tratado
La flor de los caballeros
Como claro está probado?
¿Cómo así á tu propia sangre,
Tan cercano emparentado,
Que manso como un cordero
Ante tí se ha presentado,
Sabiendo tu Majestad,
Que nadie hubiera bastado,
Ni el mundo todo junto
A prendello ni matallo,
Y mas agora, señor,
Que estaba tan prosperado,
Y pudiera correr tus tierras
Y mas conquistar tu Estado,
Como otras veces solia
Tenerte en Paris cercado,
Cuando tú, ni por tí nadie
Le osaba salir al campo?
¿Quieres tú quitar la vida
A quien á tí te la ha dado?
No una vez sino ciento
De peligros te ha sacado,
Poniéndose á la muerte
Por acrecentar tu Estado.
¿Y este pago le tenias,
Di, señor, aparejado?
¡Si á todos pagas así,
Tú serás harto afamado!
¡De excelente pagador
Rica fama habrás ganado! —
Respondió el Emperador
Como mal aconsejado:
—¡Oh cómo hablas, sobrino,
Con rostro tan enojado!
¿No sabeis que este traidor
Muchas veces ha robado?
Por caminos y carreras
Las gentes ha despojado:
Ya muchos piden justicia
De los que él ha salteado,
Y si lo soltamos agora
Volverá á lo regostado. —
Allí dijo Don Roldan:
— Eso tú lo has causado;
Diérales tú en que viviera
De cuanto te ha acrescentado.
¿Y por qué razon, señor,
Jamas te has acordado?
A otros menores que él,
Y que ménos te han honrado
Muy muchas villas y tierras
De tu mano les has dado,
Y aqueste que es el mejor
Siempre fué de tí olvidado.
¿De qué habia de vivir
Andando contino armado?
Con sus brazos vigorosos
Muchas veces ha librado
La cristiandad de peligro
Del cruel pueblo pagano.
Bien sabeis que ya los moros
Todos dél están temblando,
Y que por su miedo dél
Contigo se han concertado.
Por estar seguros dél
Las parias te han enviado,
Y agora si ellos tuviesen
El seguro de su mano,
Yo sé bien que no tardasen
En haberse levantado,
Por donde la cristiandad
Harto mal habria ganado.
Digo que no es de perder
En tus reinos tal vasallo;
Tristes serán los cristianos
Por tal brazo que han cobrado:
Si lo perdiesen agora
No volverán á cobrallo,
Porque ya no vuelven todos
Por su vida, honra y estado,
Que hoy todo junto lo pierde,
Si de Dios no es remediado.
¡Oh caballeros de Francia!
Decí, ¿habeis olvidado
De cuántas graves afrentas
Renaldos os ha sacado?
¿Por qué agora consentís
Ante vos ser tal tratado
Vuestro fuerte capitan,
De todos primo ú hermano?
No consienta nadie, no,

Tan gran tuerto ser pasado,
Que juro por Sant Dionis,
Y al Eterno soberano,
Que en lo tal yo no consienta,
Ni tal será ejecutado,
O todo el mundo se guarde
De mi espada y de mi mano;
Que si tal se ejecutare
Será de mí tan vengado,
Que toda Francia lo llore
Por no habello remediado.
Tírense todos afuera,
No sea nadie tan osado
De querer luego estrenar
Lo que yo tengo jurado.
¡Sus de presto, Maganceses!
¡Afuera, afuera, priado!
No me pare mas ninguno,
Buscad veredas temprano.—
Viérades á Galalon
Con su Maganza temblando,
Y tanto, que él no quisiera
Ser allí entónces hallado.
Y tornando á Cárlos luego,
Prosiguiendo en su hablado,
Dijo: —¿Qué quieres, señor,
Que persígues á Renaldos?
Di, ¿no sabes tú, señor,
Y está muy claro probado,
Que lo mas que él tenia
Haberlo á moros ganado?
Debríate ya bastar
Que á perder lo has echado
Destruyéndole una villa
Sola, que Dios le habia dado.
Si la cabeza do sale
Todo aquesto en que has andado
Ella fuese ya cortada
Quedaria sosegado
Todo el tu gran imperio
Que no te cantase gallo.—
Respondió el Emperador
Algun tanto ya amansado:
—¡Oh mi querido sobrino,
No te tornes tan airado,
Ni pases mas adelante
Lo que llevas comenzado!
Hágase como quisieres
Y sea luego soltado;
Mas con esta condicion:
Que lo doy por desterrado
Con gran pleito y homenaje,
Que ante mí haya jurado,
Que solo y sin compañía
A Jerusalen, descalzo
En hábito de romero
Sea luego encaminado,
Y que mas aquí no pare
Del tercero dia pasado,
Y jamas no torne en Francia
Sin mi licencia y mandado;
Y que su mujer é hijo
Acá se hayan quedado,
Y sus hermanos tambien,
Todos á muy buen recaudo,
Porque si él algo hiciere
En ellos seré vengado.—
Lo cual así se cumplió,
Segun de suso es contado,
Que luego al tercero dia
Reinaldos se ha aparejado
De esclavina y de bordon,
Y una maleta á su lado,
Para echar las limosnas
Que por Dios le hubiesen dado.
Vistió una gruesa camisa,
Como penitente armado,
Llorando de los sus ojos
Con corazon traspasado.
Despidiéndose en la corte
De cuantos lo han amado,
Y á todos los doce Pares
Mucho les ha encomendado
Que por su mujer é hijitos
Por ellos hayan mirado,
Y tambien por sus hermanos
Qu'en prision los ha dejado,
Diciendo que por ventura
Jamas seria tornado;
Mas quizá en algun tiempo
Les seria bien pagado
A todos los que miraren
Por las prendas que ha dejado.
Sus lágrimas eran tantas
Que á todos han convidado
A quebrar sus corazones
De verlo tan lastimado.
Ya se va nuestro romero
Del todo desconsolado:
De toda la cristiandad
Iba ya desamparado,
Aunque él por muchas veces
La habia bien abrigado,
Defendiéndola de moros
Con corazon esforzado.
Capitan de los cristianos
Por el mundo era llamado;
Tal fuerza contra paganos
Por jamas se ha hallado.
Mas al cabo de tres dias
Que así desnudo y descalzo
Caminaba con paciencia
Con su bordon en la mano,
Y con espesos gemidos
Y sospiros que iba dando,
Don Roldan fué en pos de él
En su lijero caballo,
Y alcanzólo á una montaña
Saliendo por un atajo.
Desque Renaldos lo vido
A mal lo hubo tomado;
Mas el leal Don Roldan
Otro llevaba pensado,
Pues le dijo luego así
Al momento y en llegando:
—¡Oh flor de caballería!
¿Donde vas tan desmayado?
¿Qué es de tus caballerías?
¿Dónde las has ya dejado?
¿Qué es de las tus fuertes armas?
¿Qué es de tu fuerte caballo?
Ves aquí tu buena espada,
Cata aquí do te la traigo;
Torna, torna, señor primo,
Que yo haré sea alzado
El destierro, al cual tú fuiste
Tan á tuerto sentenciado.
No me tengan por Roldan
Si no fuere así acabado,
Que yo sacaré del mundo
A quien quisiere estorballo,
Porque tan buen caballero
No sea en Francia faltado;
Que mas vales tú que todos
Cuantos allá han quedado.—
Mas por mas que le rogó
Nada le fué otorgado,
Ni jamas volvió con él
A lo que le era rogado,
Por no dejar su camino
A cumplir lo que ha jurado;
Que entre buenos caballeros,
Así es acostumbrado,
De perder ántes la vida
Que no hacer quebrantado
El homenaje que hacen
Donde les es demandado.
Mas tomó su rica espada

Que Roldan le habia llevado,
Para llevarla secreta
Debajo su pobre hato,
Por si algo le viniese
Que tenga de que echar mano.
Así los dos se despiden
Harto gimiendo y llorando,
Que peor les fué el partir,
Que no morir peleando.
Mas aquel noble guerrero
Mucho se va encomendando
Al muy alto Jesucristo,
Por el cual él fué guiado
A las tierras del gran Can,
Que fué muy maravillado
Que tan alto caballero
Ante él fuera llegado
Tan descalzo y tan desnudo,
Tan hambriento y fatigado.
Mas como quiera que fuesen
En el tiempo ya pasado
Ambos hermanos en armas,
Gran fiesta le ha ordenado
Y despues que le contó
Todo su hecho pasado,
El gran Can le respondió:
—¡Oh mi buen señor y hermano!
Pídeme lo que quisieres
Para volver contra Cárlos.
Ves aquí do tengo junto
Nuestro gran poder pagano,
Que no hay cosa que no hagan
Por mi servicio y mandado:
Irán conmigo y contigo
Para hacerte bien vengado,
Y segun, señor, tú eres
En armas tan estimado,
Con este tan gran poder
Que de acá hayas llevado,
Muy de presto podrás ser
En cristianos coronado,
A pesar de quien pesare
Sin poder ser estorbado,
Que mas pertenece á tí
Que no aquel falso de Cárlos,
Pues tan mal ha conoscido
Cuanto le has administrado.
—No lo mande Dios del cielo,
Le responde Don Reinaldos,
Que yo quiebre el homenaje,
Pues en Francia hube jurado,
Que yo ni otro por mí
No vuelva contra cristianos.—
Vista ya su voluntad
El gran Can, fué acordado
Por complacer á Renaldos
Y subirlo en alto estado,
Que sería bueno ir
Con treinta mil de á caballo
Sobre aquel Emperador
De Trapisonda nombrado,
Que muy mucho mal hacia
A todos sus comarcanos,
Usurpándoles las tierras
Por fuerza, que no de grado.
Reinaldos que tal oyó
Presto fué aparejado,
No de esclavina y bordon,
Ni ménos maleta al lado,
Mas de buen caballo y armas,
En lo que era acostumbrado.
Tomando los treinta mil
Tales mañas se ha dado,
Como aquel que en ellas era
Maestro bien afamado.
Halló al Emperador
Que tenia puesto campo
Sobre una gran ciudad,
Cien mil y mas de caballo:
Pegó con ellos de noche
Al mejor sueño tomando:
Recordólos de tal suerte
Que pocos han escapado;
Porque el triste campo estaba
Durmiendo, tan descuidado,
Que cuando el alba rompió
Los mas se han abajado
Con su señor al infierno,
Que los estaba esperando,
Salvo aquellos que se dieron
A merced de Don Renaldos.
Por ende muy presto fué
Emperador coronado,
Sojuzgando muchos reyes
Y señores de alto grado,
De lo cual luego escribió
A su enemigo Carlo-Magno.
Con riquísimos presentes
Mensajes le ha despachado
Pidiéndole de merced,
Que allá le haya enviado
Alguna gente cristiana,
Que allí no hay mas de un cristiano,
Que es el mesmo Don Renaldos,
El valiente y esforzado,
Y noble en toda virtud,
Hermoso y muy agraciado.
Mas tal odio le tenia
El ya dicho Carlo-Magno,
Que en lugar de socorrer
A la hora ha pregonado
Que no vaya nadie allá,
So pena de su mandado,
Ni tampoco le enviasen
La mujer, hijos y hermanos.
Mas Roma y Constantinopla
Le enviaron tal recaudo,
Que sin ir nadie de Francia
Cristianos le han sobrado.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Silva de varios Romances.*)

[1] Hé aquí un romance en que se contrapone la barbaridad y arrogancia feudal de Roldan á la sumision de Reinaldos, el cual quiere asemejarse al espíritu caballeresco español retratado en el Cid. Reinaldos es verdad que aparece aquí como un bandido, y condenado por tal á muerte. Así eran todos los caballeros de aquella época, que hechos fuertes en sus castillos, salian de ellos para robar á los enemigos y aun á los amigos. Tal han retratado á Reinaldos en una época de su vida los novelistas caballerescos, y así lo representa Cervántes en su *Don Quijote*, para castigar, burlándose, las costumbres de los caballeros feudales.

372.

ROLDAN Y EL TROVADOR. — VII.

(*Anónimo* [1].)

Salió Roldan á cazar
Una mañanita oscura:
De podencos y lebreles
Lleva cercada la mula.
Se levantó viento largo
Con un agua muy menuda,
Y Roldan con gran cuidado
Por no mojarse las plumas
Se arrimó contra una torre
Y oyó, el de las fuerzas muchas,
Un prisionero cantar,
Y Roldan atento escucha.
«Yo, pobrecito de mí,
Metido estoy en prisiones,
Sin saber cuándo es de dia,
Y ménos cuando es de noche,
Sino por tres pajarices
Que me cantan el albore.
El uno es una calandria,
Es el otro un ruiseñore,

La otra una tortolica
Que anda de torre en torre,
Anda de oliva en oliva,
Y de terrone en terrone,
Cogiendo la semillica
Que derrama el sembradore.
Tres dias ha no me canta,
Tres dias ha que no come;
Si la mató un ballestero
La mató como traidore,
Y si Dios que la crió,
Dios tambien á mi perdone.»
Acabado este cantar
Lleno de angustia y dolores
Otro canta el prisionero
Que hizo llorar á los bosques.
«Mes de mayo, mes de mayo,
Cuando las recias calores,
Cuando los toros son bravos,
Los caballos corredores;
Y las cebadas se siegan,
Los trigos toman colores;
Cuando los enamorados
Regalan á sus amores,
Unos les regalan rosas,
Otros lirios, otros flores;
Los pobres que mas no tienen
Endonan sus corazones,
¡Yo soy mas pobre que todos,
Mezquino en estas prisiones!»
Dolido Roldan de oílle,
Furioso las puertas rompe
De la prision en que estaba
Preso el infeliz cantore,
Y tomándole la mano
Sacádole ha de la torre,
Diciéndole: — Vete libre
A gozar de tus amores.—

(*Tradicional.*)

[1] Este romance, como casi todos los que en Andalucía se conservan por tradicion, es una mezcla de trozos mas antiguos aplicados á diverso asunto. En él se hallan los pensamientos y aun los versos del lindísimo y primitivo romance del prisionero, que empieza: *Por el mes era de mayo.*

373.

EL MORO CALAYNOS.

(*Anónimo* [1].)

Ya cabalga Calaynos
A las sombras de una oliva,
El pié tiene en el estribo,
Cabalga de gallardía.
Mirando estaba á Sansueña,
El arrabal con la villa,
Por ver si veria algun moro
A quien preguntar podria [2].
Venía por los palacios
La linda Infanta Sevilla;
Vido estar un moro viejo
Que á ella guardar solia.
Calaynos que le vido
Llegado á él se habia;
Las palabras que le dijo
Con amor y cortesía:
—Por Alá te ruego, moro,
Así te alargue la vida,
Que me muestres los palacios
Donde mi vida vivia,
De quien triste soy cativo,
Y por quien pena tenia,
Que cierto por sus amores
Creo yo perder la vida;
Mas si por ella la pierdo
No se llamará perdida,
Que quien muere por tal dama
Aunque muerto tiene vida.
Mas porque me entiendas, moro,
Por quién preguntado habia
Es la mas hermosa dama
De toda la Morería,
Sepas que á ella la llaman
La grande infanta Sevilla.—
Las razones que pasaban
Sevilla bien las oia:
Púsose á una ventana,
Muy hermosa á maravilla,
Con muy ricos atavíos,
Los mejores que tenia.
Ella era tan hermosa,
Otra su par no la habia.
Calaynos que la vido
D'esta suerte le decia:
—Cartas te traigo, señora,
De un señor á quien servía;
Creo que es el Rey tu padre
Porque Almanzor se decia [3]:
Descendé de la ventana
Sabrás la mensajería.—
Sevilla cuando lo oyera
Presto de allí descendia:
Apeóse Calaynos,
Gran reverencia le hacia.
La dama cuando esto vido
Tal pregunta le hacia:
—¿Quién sois vos el caballero,
Que mi padre acá os envía?
—Calaynos soy, señora,
Calaynos de Arabia,
Señor de los Montes Claros,
De Constantina la llana,
Y de las tierras del turco
Yo gran tributo llevaba,
Y el Preste Juan de las Indias
Siempre parias me enviaba,
Y el Soldan de Babilonia
A mi mandar siempre estaba;
Reyes y príncipes moros
Siempre señor me llamaban,
Sino es el rey vuestro padre,
Que yo á su mandato estaba,
No porque le he menester,
Mas por nuevas que me daba
Que tenia una hija
A quien Sevilla llamaban,
Que era mas linda mujer
Que cuantas moras se hallan.
Por vos le serví cinco años
Sin sueldo ni sin soldada;
El á mí no me la dió,
Ni yo se la demandaba.
Por tus amores, Sevilla,
Pasé yo la mar salada,
Porque he de perder la vida
O has de ser mi enamorada.—
Cuando Sevilla esto oyera
Esta respuesta le daba:
—Calaynos, Calaynos,
De aqueso yo no sé nada,
Que siete amas me criaron,
Seis moras y una cristiana.
Las moras me daban leche,
La otra me aconsejaba;
Segun eran los consejos
Bien mostraba ser cristiana.
Diérame muy buen consejo,
Y aun bien se me acordaba:
Que jamás yo prometiese
Ser de alguno enamorada,
Hasta que primero hubiese
Algun buen dote ó arras.—
Calaynos qu'esto oyera
Esta respuesta le daba:
—Bien podeis pedir, señora,
Que no se os negará nada:

Si quereis castillos fuertes,
Ciudades en tierra llana,
O si quereis plata ú oro
O moneda amonedada. —
Sevilla cuando lo oyó,
Como no los estimaba,
Respondióle: — Si queria
Tenella por namorada,
Que vaya dentro á París,
Que en medio de Francia estaba,
Y le traiga tres cabezas
Cuales ella demandaba,
Y que si aquesto hiciese
Sería su enamorada.—
Calaynos cuando oyó
Lo que ella le demandaba
Respondióle muy alegre,
Aunque él se maravillaba
Dejar villas y castillos
Y los dones que le daba,
Por pedirle tres cabezas
Que no le costarán nada:
Dijo que las señalase,
O diga cómo se llaman.
Luego la infanta Sevilla
Se las empezó á nombrar;
La una es de Oliveros,
La otra de Don Roldan,
La otra del esforzado
Reinaldos de Montalvan.
Ya señalados los hombres
A quien habia de buscar,
Despídese Calaynos
Con su muy cortes hablar:
— Déme la mano tu Alteza,
Que se la quiero besar,
Y la fe y prometimiento
De conmigo te casar,
Cuando traiga las cabezas
Que quisiste demandar.
— Pláceme, dijo, de grado
Y de buena voluntad. —
Allí se toman las manos,
La fe se hubieron de dar
Qu'el uno ni aun el otro
No se pudiesen casar
Hasta qu'el buen Calaynos
De allá hubiese de tornar,
Y que si otra cosa fuese
La enviaria á avisar.
Ya se parte Calaynos,
Ya se parte, ya se va:
Hace broslar sus pendones
Y en todos una señal;
Cubiertos de ricas lunas,
Teñidas en sangre van.
En camino es Calaynos
A los franceses buscar:
Andando jornadas ciertas
A París llegado ha.
En la guardia de París,
Cabe San Juan de Letran [1],
Allí levantó su seña
Y empezara de hablar:
— Tañan luego esas trompetas
Como quien va á cabalgar,
Porque me sientan los doce
Que dentro en París estan.—
El Emperador aquel dia
Habia salido á cazar:
Con él iba Oliveros,
Con él iba Don Roldan,
Con él iba el esforzado
Reinaldos de Montalvan;
Tambien el Dardin Dardeña,
Y el buen viejo Don Beltran,
Y ese Gaston y Don Cárlos
Con el romano Fincan:
Tambien iba Valdovinos,
Y Urgel en fuerzas sin par,
Y tambien iba Guarinos
Almirante de la mar.
El Emperador entre ellos
Empezara de hablar:
— Escuchad, mis caballeros,
Que tañen á cabalgar. —
Ellos estando escuchando
Vieron un moro pasar;
Armado va á la morisca,
Empiézanle de llamar,
Y ya que es llegado el moro
Do el Emperador está,
El Emperador que lo vido
Empezóle á preguntar:
— Di, ¿dónde vas tú, el moro?
¿Cómo en Francia osaste entrar?
¡Grande osadía tuviste
De hasta París te llegar! —
El moro cuando esto oyó
Tal respuesta le fué á dar:
— Vó á buscar al Emperante
De Francia la natural,
Que le traigo una embajada
De un moro muy principal,
A quien sirvo de trompeta,
Y tengo por capitan. —
El Emperador que esto oyó
Luego le fué á demandar
Dijese lo que queria,
Y por qué á él iba á buscar;
Qu'él es el emperador Cárlos
De Francia la natural.
El moro cuando lo supo
Empezóle de hablar:
— Señor, sepa tu Alteza,
Y tu corona imperial,
Que ese moro Calaynos,
Mi señor, me envía acá,
Desafiando á tu Alteza
Y á todos los doce pares,
Que salgan lanza por lanza
Para con él pelear.
Señor, veis allí su seña,
Donde los ha de aguardar:
Perdóneme vuesa Alteza,
Que respuesta le vo á dar. —
Cuando fué partido el moro
El Emperador fué á hablar:
— ¡Cuando yo era mancebo,
Que armas solia llevar,
Nunca moro fué osado
De en toda Francia asomar;
Mas agora que soy viejo
A París los veo llegar!
No es la mengua de mí solo
Pues no puedo pelear,
Mas es mengua de Oliveros,
Y asimesmo de Roldan;
Mengua de todos los doce,
Y de cuantos aquí están.
Por Dios á Roldan me llamen
Porque vaya á pelear
Con el moro de la enguardia
Y lo haga de allí quitar:
Que lo traiga muerto ó preso,
Porque haya de acordar
De cómo viene á París
Para me desafiar. —
Don Roldan cuando esto oyera
Empiézale de hablar
— Excusado es ya, señor,
De enviarme á pelear,
Porque teneis caballeros
A quien podeis enviar,
Que cuando son entre damas
Bien se saben alabar,
Que aunque vengan dos mil moros
Uno los esperará,

Y al mirarse en la batalla
Véolos volver atrás.—
Todos los doce callaron
Si no el de menor edad,
Al que llaman Valdovinos,
En el esfuerzo muy grande;
Las palabras que dijera
Eran de riguridade.
—Mucho estoy maravillado
De vos, señor Don Roldan,
Que amengüeis todos los doce
Vos que los debeis honrar:
Si no fuérades mi tio
Con vos me fuera á matar,
Porque entre todos los doce
Ninguno podeis nombrar,
Que lo que dice la boca
No lo sepa hacer verdad.—
Levantóse con enojo
Ese paladin Roldan;
Valdovinos qu'esto viera
Tambien se fue á levantar,
Y el Emperador entre ellos
Por el enojo quitar.
Ellos en aquesto estando,
Valdovinos fué á llamar
A los mozos que traia;
Por las armas fué á enviar.
El Emperador qu'esto vido
Empezóle de rogar
Que le hiciese un placer,
Que no fuese a pelear,
Porque el moro era esforzado,
Podríale maltratar,
Pues aunque ánimo tenia
La fuerza podria faltar,
Siendo el moro diestro en armas
Y vezado á pelear.
Valdovinos qu'esto oyó
Empezóse á desviar
Diciendo al Emperador
Licencia le fuese á dar,
Y que si él no se la diese
Que él se la queria tomar.
Cuando el Emperador vido
Que no lo podia excusar,
Cuando llegaron sus armas
El mesmo le ayudó á armar:
Dióle licencia que fuese
Con el moro á pelear.
Ya se parte Valdovinos,
Ya se parte, ya se va,
Ya es llegado á la guardia
Do Calaynos está.
Calaynos que lo vido
Empezóle así de hablar:
—Bien vengais el francesico,
De Francia la natural,
Si quereis venir conmigo
Por paje os quiero tomar.—
Valdovinos qu'esto oyera
Tal respuesta le fué á dar:
—Calaynos, Calaynos,
No debiades así hablar,
Que ántes que de aquí me vaya
Yo os lo tengo de mostrar
Que aquí morireis primero
Que por paje me tomar.—
Cuando el moro aquesto oyera
Empezó así de hablar:
—Tórnate, el francesico,
A Paris, esa ciudad,
Qne si esa porfía tienes
Caro te habrá de eostar,
Porque quien entra en mis manos
Nunca puede bien librar.—
Cuando el mancebo esto oyera
Tornóle á porfiar
Que se aparejase presto
Que con él se ha de matar.
Cuando el moro vió al mancebo
De tal suerte porfiar,
Díjole: —Vente, cristiano,
Presto para me encontrar,
Que ántes que de aquí te vayas
Conocerás la verdad,
Que te fuera muy mejor
Conmigo no pelear.—
Vanse el uno para el otro,
Tan recio que es de espantar.
A los primeros encuentros
El mancebo en tierra está.
El moro cuando esto vido
Luego se fué á apear:
Sacó un alfanje muy rico
Para habello de matar;
Mas ántes que lo hiciese
Le empezó de preguntar
Quién ó cómo se llamaba,
Y si es de los doce pares.
El mancebo estando en esto
Luego dijo la verdad,
Que le llaman Valdovinos,
Sobrino de Don Roldan.
Cuando el moro tal oyó
Empezóle de hablar:
—Por ser de tan pocos dias,
Y de esfuerzo singular
Yo te quiero dar la vida,
Y no te quiero matar;
Mas quiérote llevar preso
Porque te venga á buscar
Tu buen pariente Oliveros,
Y tu tio Don Roldan,
Y ese otro muy esforzado
Reinaldos de Montalvan,
Que por esos tres ha sido
Mi venida á pelear.—
Don Roldan allá do estaba
No hace sino sospirar,
Viendo qu'el moro ha vencido
A Valdovinos infante.
Sin mas hablar con ninguno
Don Roldan luego se parte,
Y vase para la guardia
Para aquel moro matar.
El moro cuando lo vido
Empezóle á preguntar
Quién es ó cómo se llama,
Si era de los doce pares.
Don Roldan cuando esto oyó
Respondiérale muy mal.
—Esa razon, perro moro,
Tú no me la has de tomar,
Por que á ese á quien tú tienes
Yo te lo haré soltar:
Presto aparéjate, moro,
Y empieza de pelear.—
Vanse el uno para el otro
Con un esfuerzo muy grande:
Danse tan recios encuentros
Que el moro caido hae;
Roldan qu'el moro vió en tierra
Luego se fué á apear:
Tomó al moro por la barba,
Empezóle de hablar:
—Dime tú, traidor de moro,
No me lo quieras negar:
¿Cómo tú fuiste osado
De en toda Francia parar,
Ni al buen viejo Emperador,
Ni á los doce desafiar?
¿Cuál diablo te engañó
Cerca de Paris llegar?—
El moro cuando esto oyera
Tal respuesta le fué á dar;
—Tengo una cativa mora,
Señora de gran linaje:

Requeríla yo de amores,
Y ella me fué á demandar
Que le diese tres cabezas
De Paris, esa ciudad,
Que si estas yo le llevo
Conmigo habia de casar;
La una es la de Oliveros,
La otra de Don Roldan,
La otra del esforzado
Reinaldos de Montalvan.—
Don Roldan cuando esto oyera
Así empezó de hablar:
—¡Mujer que tal te pedia
Cierto te queria mal,
Porque esas no son cabezas
Que tú las puedes cortar!—
Mas porque fuese castigo,
Y otro se haya de guardar
De desafiar los doce,
Ni venir á los buscar,
Echó mano á un estoque
Para el moro matar.
La cabeza de los hombros
Luego se la fué á cortar;
Llevóla al Emperador
Y fuésela á presentar.
Los doce cuando esto vieron
Toman placer singular
En ver así muerto al moro,
Y por tal mengua le dar.
Tambien trajo á Valdovinos
Qu'él mismo lo fué á soltar.
Así murió Calaynos
En Francia la natural,
Por manos del esforzado
El buen paladin Roldan.

(*Cancionero de Romances*.—It. *Floresta de varios Romances*.)

[1] Cervántes en su *Quijote* cita este romance. No sabemos por qué pasa como proverbio el refran que dice: *Tan malo como las coplas de Calaynos*. Lo cierto es que aunque le convienen en mucha parte las observaciones que hicimos en la nota del del número 367, es sin embargo de los mejores en su clase, y aun de otros que pasan por buenos. Su narracion es interesante y bastante animada; está lleno de sencillez en muchas partes, á veces bien sentido, y ménos lánguido y pesado que otros. Acaso el refran no habla de este romance, sino de algunas coplas antiguas que nos son desconocidas. Por lo demas el asunto de este romance, mudados los nombres de sus interlocutores y alterada la escena y las circunstancias, lo es tambien de un poema italiano impreso á mediados del siglo XVI, con título de *La gran guerra é rotta dello scapigliato*. Este héroe fué un moro enamorado de Roseta, princesa de Rusia, cuya mano ganó siendo vencedor en una justa; pero que exigió de él, que ántes de poseerla le presentase las cabezas de Roldan y de Reinaldos que habian muerto á Gradaso, primo de ella, y á su hermana la giganta Rovenza. El *Scapigliato*, es decir, el *Desgreñado*, en vez de vencer á los dos paladines, queda muerto por Reinaldos, aunque despues de haber vencido grandes batallas contra los pares de Francia.

[2] En la *Floresta de varios romances* dice así, con mejor leccion:

O á quién preguntar podria
Dónde estaban los palacios
A do Sevilla vivia.

[3] En el poema *Dello scapigliato*, tambien se llama Almanzor el padre de la infanta Roseta, que allí hace el mismo papel que aquí Sevilla.

[4] San Juan de Letran está en Roma, y no en Paris.

ROMANCES QUE TRATAN DE DON GAYFEROS.

374.

GAYFEROS.—I.

(*Anónimo* [1].)

Estábase la Condesa,
En el su estrado asentada,
Tisericas de oro en mano:
Su hijo afeitando estaba.
Palabras le está diciendo,
Palabras de gran pesar:
Las palabras tales eran
Que al niño hacen llorar.
—Dios te dé barbas en rostro [2],
Y te haga barragane;
Déte Dios ventura en armas,
Como el paladin Roldane,
Porque vengases, mi hijo,
La muerte de vuestro padre:
Matáronlo á traicion
Por casar con vuestra madre.
Ricas bodas me hicieron
En las cuales Dios no ha parte;
Ricos paños me cortaron,
La Reina no los ha tales.—
Magüera pequeño el niño
Bien entendido lo hae.
Allí respondió Don Gayferos,
Bien oiréis lo que dirae:
—Ruégole así á Dios del cielo
Y á Santa María su Madre.—
Oido lo habia el Conde
En los palacios do estáe:
—¡Calles, calles, la Condesa,
Boca mala sin verdade!
Que yo no matara el Conde,
Ni lo hiciera matare;
Mas tus palabras, Condesa,
El niño las pagarae.—
Mandó llamar escuderos,
Criados son de su padre,
Para que lleven al niño,
Que lo lleven á matare [3].
La muerte que él les dijera
Mancilla es de la escuchare:
—Córtenle el pie del estribo,
La mano del gavilane,
Sáquenle ambos los ojos
Por mas seguro andare,
Y el dedo, y el corazon
Traédmelo por señale.—
Ya lo llevan á Gayferos,
Ya lo llevan á matare;
Hablan los escuderos
Con mancilla que dél hane.
—¡Oh válasme Dios del cielo
Y Santa María su Madre!
Si á este niño matamos
¿Qué galardon nos darane?
Ellos en aquesto estando,
No sabiendo qué harane,
Vieron venir una perrita
De la Condesa su madre.
Allí habló el uno de ellos,
Bien oiréis lo que dirae:
—Matemos esta perrita
Por nuestra seguridade,
Saquémosle el corazon
Y llevémoslo á Galvane,
Cortemos el dedo al chico
Por llevar mejor señale.—
Ya tomaban á Gayferos,
Para el dedo le cortare;
—Venid acá vos, Gayferos,
Y querednos escuchare;
Vos idos de aquesta tierra
Y en ella no parezcais mase.—
Ya le daban entre señas
El camino que harae:
—Iros heis de tierra en tierra
A do vuestro tio estáe.—
Gayferos desconsolado
Por ese mundo se vae:
Los escuderos se volvieron
Para do estaba Galvane.
Danle el dedo, y corazon
Y dicen que muerto lo hane

La Condesa qu'esto oyera
Empezara á gritos dare :
Lloraba de los sus ojos
Que queria reventare.
Dejemos á la Condesa,
Que muy grande llanto hace,
Y digamos de Gayferos
Del camino por do vae,
Que de dia ni de noche
No hace sino caminare,
Hasta que llegó á la tierra
Adonde su tio estáe.
Dícele d'esta manera,
Y empezóle de hablare :
—Manténgaos Dios, el mi tio.
—Mi sobrino, bien vengaises:
¿Que buena venida es esta?
Vos me la quereis contare.
—La venida que yo vengo
Triste es y con pesare,
Que Galvan con grande enojo
Mandado me habia matare :
Mas lo que os ruego, mi tio,
Y lo que os vengo á rogare,
Vamós á vengar la muerte
De vuestro hermano, mi padre.
Matáronlo á traicion
Por casar con la mi madre.
—Sosegáos, el mi sobrino,
Vos os querais sosegare,
Que la muerte de mi hermano
Bien la irémos á vengare.—
Ellos asi se estuvieron
Dos años y aun mase,
Hasta que dijo Gayferos
Y empezara de hablare.

(*Cancionero de Romances.*—It. *Siguense dos romances de Don Gaiferos.* etc. Pliego suelto.)

[1] Este romance y el que sigue, con muchas variantes, que son incorrecciones mas bien, se imprimieron en un pliego suelto intitulado : *Siguense dos romances de Don Gaiferos en que se contiene cómo mataron á Don Galvan.* 4.°, gót., á dos columnas, sin año ni lugar.

[2] En el pliego suelto mencionado, dice así :

Dios te deje crecer, hijo,
Y llegar á barragane,
Dios te dé barbas en rostro
Y en el cuerpo fuerza grande.

[3] En la vida de Genoveva, condesa de Bravante, hay una escena parecida en todo á la que sigue. No carece este romance de crecido interes, y tanto que hay muchos cuentos é historietas vulgares, que adoptan los lances y escenas quo en él se hallan.

375.

GAYFEROS. — II.

(*Anónimo* [1].)

—Vámonos, dijo, mi tio,
A Paris esa ciudade
En figura de romeros,
No nos conozca Galvane,
Que si Galvan nos conoce
Mandaria nos matare.
Encima ropas de seda
Vistamos las de sayale,
Llevemos nuestras espadas
Por mas seguros andare;
Llevemos sendos bordones
Por la gente asegurare.—
Ya se parten los romeros,
Ya se parten, ya se vane,
De noche por los caminos,
De dia por los jarales.
Andando por sus jornadas
A Paris llegado hane;
Las puertas hallan cerradas,
No hallan por donde entrare.
Siete vueltas la rodean
Por ver si podrán entrare,
Y al cabo de las ocho
Un postigo van á hallare.
Ellos que se vieron dentro
Empiezan á demandare;
No preguntan por meson,
Ni ménos por hospitale,
Preguntan por los palacios
Donde la Condesa estae,
Y á las puertas del palacio
Allí van á demandare.
Vieron estar la Condesa,
Y empezaron de hablare :
—Dios te salve, la Condesa,
—Los romeros, bien vengades.
—Mandedes nos dar limosna
Por honor de caridade.
—Con Dios vades, los romeros,
Que no os puedo nada dare,
Qu'el Conde me habia mandado
A romeros no albergare.
—Dadnos limosna, señora,
Qu'el Conde no lo sabrae;
Así la dén á Gayferos
En la tierra donde estae.—
Así como oyó Gayferos
Comenzó de sospirare :
Mandábales dar del vino,
Mandabales dar del pane.
Ellos en aquesto estando
El Conde llegado hae :
—¿Qu'es aquesto, la Condesa?
Aquesto ¿qué puede estare?
¿No os tenia yo mandado
A romeros no albergare?—
Dijo y alzara su mano,
Puñada le fuera á dare,
Que sus dientes menudicos
En tierra los fuera á echare.
Allí hablaran los romeros,
Y empezáronle de hablare :
—¡Por hacer bien la Condesa
Cierto no merece male!
—¡Calledes vos, los romeros,
No hayades vuestra parte!—
Alzó Gayferos su espada,
Un golpe le fué á dare
Que la cabeza de sus hombros
A tierra la fuera á echare :
Allí habló la Condesa
Llorando con gran pesare :
—¿Quién érades, los romeros,
Que al Conde fuistes matare?—
Allí respondió el romero,
Tal respuesta le fué á dare :
—Yo soy Gayferos, señora,
Vuestro hijo naturale.
—Aquesto no puede ser,
Ni era cosa de verdade,
Qu'el dedo, y el corazon
Yo los tengo por señale.
—El corazon que vos teneis
En persona no fué á estare,
El dedo bien es aqueste,
Aquí lo veréis faltare.—
La Condesa qu'esto oyera
Comenzóle de abrazare :
La tristeza que tenia
En placer se fué á tornare.

(*Cancionero de Romances.*— It. *Siguense dos romances de Don Gaiferos*, etc. Pliego suelto.)

[1] No desmerece en nada al anterior. En uno y otro con lisura y sencillez se retratan las costumbres feudales, y las consecuencias de ellas. El fuerte y poderoso señor, ó con astucia ó con las armas, oprimia á los débiles y los hacia víctimas de sus pasiones; pero al mismo tiempo, ó Dios que castigaba conservando los medios de la expiacion, ó otros caballeros generosos, eran el escudo y los vengadores de la inocencia.

376.

GAYFEROS.—III.

(*Anónimo* [1].)

No con los dados se gana,
Ni con las tablas el crédito,
Ni arrojando leves cañas
Reputacion entre buenos:
No con bizarras libreas,
Ni con mujeriles juegos,
Ni con empresas, ni cifras
Recamadas de oro y negro:
No con vanas esperanzas,
Ni con vestidos soberbios,
Ni con guantes olorosos,
Medallas ni camafeos:
Con arnés, espada y lanza
Como buenos combatiendo,
Cuando se ofrece ocasion,
Se ilustran los caballeros.
Mejor fuera que entre moros
Esos azares del juego,
Como son acá en París,
Fueran en Sansueña encuentros;
Y esas plumas y medallas,
Que llevais en el sombrero,
¡Harto mejor parecieran
En la cimera del yelmo!
¡Y en lugar de aquesa ropa
De martas y terciopelo,
Un fino arnés de Milan
Estuviera mas honesto!
¡Mal parece que en Paris
Sustenteis vos los torneos,
Sabiendo que vuestro honor
Teneis en Sansueña preso!
Vuestro honor es vuestra esposa:
Si hay honor en vuestro pecho
Debe de ser vuestra sangre
El rescate de su cuerpo.
Conviértanse ya las tablas,
Los dados y pasatiempos
En pensamientos honrados;
Dejad bajos pensamientos.
Dejad cañas, tomad lanzas;
Dejad seda, vestí acero;
Sean vuestros juegos armas,
Vuestras galas sean trofeos.
Gallarda empresa es la honra
No querais mas alto premio,
Pues donde aquesta se estima
No hay empresa de mas precio.
No por ser hijo de un rey
Y de un emperador yerno
Pretendais que sois ilustre,
Si no lo son vuestros hechos.
Aquel es honrado y noble
Que tiene honrados respetos,
Que en altos pechos se crian
Los mas honrados intentos.
Porque yo sea bien nacido,
No cumplo con lo que debo,
Si en los negocios de honra
Doy con obras mal ejemplo.
¡Si como teneis las causas
Tuviérades los efectos,
No estuviera vuestra esposa
En Sansueña ha tanto tiempo
Que cuando no os obligara
El conyugal sacramento,
Obligáraos ser mujer,
Si fuérais buen caballero.
No lo sois, pues que no haceis
El debido cumplimiento,
Siendo vos á quien mas toca
Como esposo y como deudo;
Que cuando esta obligacion
No se hallara de por medio,
Ella estuviera ya libre,
O yo por librarla muerto.
Si no os correis con ser mozo
De lo que yo con ser viejo,
Correos de ver vuestra honra
Andar en corrillos necios.
Considerad que es mujer
Cautiva, ausente y con celos;
No quiero deciros mas;
Miradlo pues sois discreto.—
Esto dijo Carlo-Magno
A su sobrino Gayferos,
Que estaba jugando tablas
Con el valiente Oliveros.

(*Romancero general.*)

[1] A diferencia de los anteriores, este romance deja muy bien percibir que es de fines del siglo XVI. A él dió asunto el principio del antiguo, del núm. 377.

377.

GAYFEROS.—IV.

(*Anónimo* [1].)

Asentado está Gayferos
En el palacio reale;
Asentado está al tablero
Para las tablas jugare.
Los dados tiene en la mano,
Que los quiere arrojare,
Cuando entró por la sala
Don Carlos el emperante.
De que así jugar lo vido
Empezóle de mirare;
Hablándole está hablando
Palabras de gran pesare:
—Si así fuésedes, Gayferos,
Para las armas tomare,
Como sois para los dados,
Y para tablas jugare,
Vuestra esposa tienen moros,
Iríadesla á buscare:
Pésame á mí por ello
Por que es mi hija carnale.
De muchos fué demandada,
Y á nadie quiso tomare:
Pues con vos casó por amores,
Amores la han de sacare;
Si con otro fuera casada
No estuviera en catividade.—
Gayferos cuando esto vido,
Movido de gran pesare
Levantóse del tablero
No queriendo mas jugare,
Y tomáralo en las manos
Para haberlo de arrojare,
Si no por quien con él juega,
Que era hombre de linaje:
Jugaba con él Guarinos,
Almirante de la mare.
Voces da por el palacio,
Que al cielo quieren llegare;
Preguntando va, preguntando
Por su tio Don Roldane.
Halláralo en el patin,
Que queria cabalgare:
Con él era Oliveros
Y Durandarte el galane,
Con el muchos caballeros
De los de los doce pares:
Gayferos desque lo vido
Empezóle de hablare:
—Por Dios os ruego, mi tio,
Por Dios os quiero rogare,
Vuestras armas y caballo
Vos me lo querais prestare,
Que mi tio el Emperante
Tan mal me quiso tratare,

Diciendo que soy para juego
Y no para armas tomare.
Bien lo sabeis vos, mi tio,
Bien sabeis vos la verdade,
Que pues busqué á mi esposa
Culpa no me deben dare.
Tres años anduve triste
Por los montes y los valles
Comiendo la carne cruda,
Bebiendo la roja sangre,
Trayendo los pies descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
Nunca yo hallarla pude
En cuanto pude buscare:
Ahora sé que está en Sansueña,
En Sansueña, esa ciudade.
Sabeis que estoy sin caballo,
Sin armas otro que tale,
Que las tiene Montesinos,
Que es ido á festejare
Allá á los reinos de Ungría
Para torneos armare,
Y yo sin caballo y armas
Mal la podré libertare;
Por esto os ruego, mi tio,
Las vuestras me querais dare.—
Don Roldán de qu'esto oyó
Tal respuesta le fué á dare:
—Callad, sobrino Gayferos,
No querades hablar tale;
Siete años vuestra esposa
Ha que está en captividade;
Siempre os he visto con armas
Y caballo otro que tale,
Agora que no las teneis
La quereis ir á buscare.
Sacramento tengo hecho
Allá en San Juan de Letrane
A ninguno prestar armas,
No me las hagan cobardes:
Mi caballo está bien vezado,
No lo querria mal vezare.—
Gayferos que esto oyó
La espada fuera á sacare;
Con una voz muy sañosa
Empezara de hablare:
—¡Bien parece, Don Roldan,
Siempre me quisiste male!
Si otro me lo dijera
Mostrara si soy cobarde;
Mas quien á mí ha injuriado
No lo vais por mí á vengare;
Si vos tio no me fuésedes
Con vos querria peleare.—
Los grandes que allí se hallan
Entre los dos puestos se hane
Hablado le ha Don Roldan,
Empezóle de hablare:
—¡Bien parece, Don Gayferos,
Que sois de muy poca edade!
Bien oistes un ejemplo,
Que conoceis ser verdade,
Que aquel que bien os quiere
Ese os quiere castigare.
Si fuérades mal caballero
No os dijera yo esto tale;
Mas porque sé que sois bueno
Por eso os quise así hablare,
Que mis armas y caballo
A vos no se han de negare,
Y si quereis compañía
Yo os querria acompañare.
—Mercedes, dijo Gayferos,
De la buena voluntade;
Solo me quiero ir, solo,
Para haberla de sacare:
Nunca me dirá ninguno
Que me vido ser cobarde.—
Luego mandó Don Roldan
Sus armas aparejare;
Él encubierta el caballo
Por mejor lo encubertare;
Él mesmo pone las armas
Y le ayudaba á armare.
Luego cabalgó Gayferos
Con enojo y con pesare.
Pésale á Don Roldan,
Tambien á los doce pares,
Y mas al Emperador
De que solo le vió andare;
Y desque ya se salia
Del gran palacio reale,
Con una voz amorosa
Llamáralo Don Roldane:
—Esperá un poco, sobrino;
Pues solo quereis andare,
Dejédemes vuestra espada,
La mia querais tomare,
Y aunque vengan dos mil moros
Nunca les volvais la haze:
Al caballo dadle rienda
Y haga á su voluntade,
Que si él ve la suya
Bien os sabrá ayudare,
Y si ve demasía
D'ella os sabrá sacare.—
Ya le daba su espada,
Y toma la de Roldane;
Da de espuelas al caballo,
Sálese de la ciudade.
Don Beltran desque ir lo vido
Empezóle de hablare:
—Tornad acá, hijo Gayferos,
Pues que me teneis por padre,
Tan solamente que os vea
La Condesa vuestra madre,
Tomará con vos consuelo,
Que tan tristes llantos hace,
Y daráos caballeros
Los que hayais necesidade.
—Consoladla vos, mi tio,
Vos la querais consolare,
Acuérdese que me perdió
Chiquito y de poca edade;
Haga cuenta que de entónces
No me ha visto jamase,
Que ya sabeis que en los doce
Corren malas voluntades,
Y no dirán vuelvo por ruego,
Mas que vuelvo por cobarde,
Que yo no volveré en Francia
Sin Melisendra tornare.—
Don Beltran de que lo oyera
Tan enojado hablare,
Vuelve riendas al caballo
Y entróse en la ciudade.
Gayferos en tierra de moros
Empieza de caminare;
Jornada de quince dias
En ocho la fué á andare.
Por las sierras de Sansueña
Gayferos mal airado vae;
Las voces que iba dando
Al cielo quieren llegare.
Maldiciendo iba el vino,
Maldiciendo iba el pane,
El pan que comian los moros,
Mas no de la cristiandade:
Maldiciendo iba la dueña
Que tan solo un hijo pare;
Si enemigos se lo matan
No tiene quien lo vengare:
Maldiciendo iba al caballero
Que cabalga sin un paje;
Si se le cae la espuela
No tiene quien se la calce:
Maldiciendo iba el árbol
Que solo en el campo nasce,

Que todas las aves del mundo
En él van á quebrantare,
Que de rama ni de hoja
Al triste dejan gozare.
Dando estas voces y otras
A Sansueña fué á llegare.
Viérnes era en aquel dia
Los moros su fiesta hacen:
El Rey iba á la mezquita
Para la zala rezare,
Con todos sus caballeros
Cuantos él pudo llevare.
Cuando allegó Gayferos
A Sansueña, esa ciudade,
Miraba si veria alguno
A quien poder demandare:
Vido un cativo cristiano
Que andaba por los adarbes;
Desque lo vido Gayferos
Empezóle de hablare:
—Dios le salve, el cristiano,
Y te torne en libertade,
Nuevas que pedirte quiero
No me las quieras negare.
¿Tú que andas con los moros
Dime si oiste hablare
Si hay aquí alguna cristiana,
Que sea de alto linaje?—
El cativo que lo oyera
Empezara de llorare:
—¡Tantos tengo de mis duelos,
De otros non puedo curare!
Que todo el dia caballos
Del Rey me hacen pensare,
Y de noche en honda sima
Me hacen aquí aprisionare.
Bien sé que hay muchas cativas
Cristianas de gran linaje,
Especialmente hay una
Qu'es de Francia naturale:
El rey Almanzor la trata
Como á su hija carnale:
Sé que muchos reyes moros
Con ella quieren casare:
Por eso idos, caballero,
Por esa calle adelante,
Veréislas á las ventanas
Del gran palacio reale.—
Derecho se va á la plaza,
A la plaza la mas grande.
Allí estaban los palacios
Donde el Rey solia estare:
Alzó los ojos en alto
Por los palacios mirare,
Vido estar á Melisendra
En una ventana grande
Con otras damas cristianas,
Qu'están en captividade.
Melisendra que lo vido
Empezara de llorare,
No por que lo conociese
En el jesto ni en el traje,
Mas en verlo con armas blancas
Acordóse de los pares,
Acordóse de los palacios
Del Emperador su padre,
De justas, galas, torneos,
Que por ella solian armare.
Con voz triste y muy llorosa
Le empezara de llamare:
—Por Dios os ruego, caballero,
Queráisos á mí llegare;
Si sois cristiano ó moro
No me lo querais negare,
Daros he unas encomiendas,
Bien pagadas os serane:
Caballeros si á Francia ides [1]
Por Gayferos preguntade,
Decidle que la su esposa
Se le envia á encomendare,
Que ya me parece tiempo
Que la debia sacare.
Si no me deja por miedo
De con los moros peleare,
Debe tener otros amores,
De mi no lo dejan acordare:
¡Los ausentes por los presentes
Lijeros son de olvidare!
Aun le diréis, caballero,
Por darle mayor señale,
Que sus justas y torneos
Bien las supimos acae.
Y si estas encomiendas
No recibe con solace,
Daréislas á Oliveros,
Daréislas á Don Roldane,
Daréislas á mi señor
El Emperador mi padre:
Diréis como estó en Sansueña,
En Sansueña esa ciudade;
Que si presto no me sacan
Mora me quieren tornare:
Casarme han con el rey moro
Que está allende la mare:
De siete reyes de moros
Reina me hacen coronare;
Segun los reyes me acuitan
Mora me harán tornare;
Mas amores de Gayferos
No los puedo yo olvidare.—
Gayferos que esto oyera
Tal respuesta le fué á dare:
—No lloreis vos, mi señora,
No querais así llorare,
Porque esas encomiendas
Vos mesma las podeis dare,
Que á mí allá dentro en Francia
Gayferos suelen nombrare.
Soy el infante Gayferos
Señor de París la grande,
Primo hermano de Oliveros,
Sobrino de Don Roldane,
Amores de Melisendra
Son los que acá me traen.—
Melisendra qu'esto vido
Conoscióle en el hablare,
Tiróse de la ventana,
La escalera fué á tomare,
Salióse para la plaza
Donde lo vido estare.
Gayferos cuando la vido
Presto la fué á tomare;
Abrázala con sus brazos
Para haberla de besare.
Allí estaba un perro moro
Por los cristianos guardare;
Las voces daba tan altas
Que al cielo quieren llegare.
Al alarido del moro
La ciudad mandan cerrare:
Siete veces la rodean,
No hallan por do escapare.
Presto sale el rey Almanzor
De la mezquita rezare:
Veréis tocar la trompeta
Apriesa y no de vagare,
Veréis armar caballeros
Y en caballos cabalgare
Tantos se arman de los moros
Que gran cosa es de mirare.
Melisendra que lo vido
En una priesa tan grande
Con una voz delicada
Le empezara de hablare:
—Esforzado Don Gayfer-
No querades desmayare,
Que los buenos caballeros
Son para necesidade:

¡Si d'esta escapais, Gayferos,
Harto teneis que contare!
¡Ya quisiera Dios del cielo
Y Santa María su Madre
Fuese tal vuestro caballo
Como el de Don Roldane!
Muchas veces le oí decir
En el palacio imperiale,
Que si se hallaba cercado
De moros en algun lugare,
Al caballo aprieta la cincha,
Y aflojábale el pretale,
Hincábale las espuelas
Sin ninguna piedade:
El caballo es esforzado,
De otra parte va á saltare.—
Gayferos de qu'esto oyó
Presto se fuera á apeare;
Al caballo aprieta la cincha,
Y aflojábale el pretale;
Sin poner pié en el estribo
Encima fué á cabalgare,
Y Melisendra á las ancas,
Que presto las fué tomare.
El cuerpo le da y cintura
Por que lo pueda abrazare
Al caballo hinca la espuela
Sin ninguna piedade.
Corriendo venian los moros
Apriesa y no de vagare;
Las grandes voces que daban
Al caballo hacen saltare.
Cuando fuéron cerca los moros
La rienda le fué á largare;
El caballo era lijero,
Púsolo de la otra parte.
El rey moro qu'esto vido
Mandó abrir la ciudade;
Siete batallas de moros
Todos de zaga le vane.
Volviéndose iba Gayferos,
No cesaba de mirare;
De que vido que los moros
Le empezaban de cercare,
Volvióse á Melisendra,
Empezóle de hablare:
—No os enojeis, mi señora,
Seráos fuerza aquí apeare,
Y en esta grande espesura
Podeis, señora, aguardare,
Que los moros son tan cerca,
De fuerza nos han de alcanzare,
Vos, señora, no traeis armas
Para haber de peleare;
Yo, pues que las traigo buenas,
Quiérolas ejercitare.—
Apeóse Melisendra
No cesando de rezare,
Las rodillas puso en tierra,
Las manos fué á levantare,
Los ojos puestos al cielo
No cesando de rezare:
Sin que Gayferos volviese
El caballo fue á aguijare.
Cuando huia de los moros
Parece no puede andare,
Y cuando iba hácia ellos
Iba con furor tan grande,
Que del rigor que llevaba
La tierra hacia temblare.
Donde vido la morisma
Entre ellos fuera á entrare:
Si bien pelea Gayferos,
El caballo mucho mase.
Tantos mata de los moros
Que no hay cuento ni pare;
De la sangre que salia
El campo cubierto se hae.
El rey Almanzor qu'esto vido
Empezara de hablare:
—¡Oh válasme tú, Alá!
¿Esto qué podia estare?
¡Que tal fuerza de caballero
En pocos se puede hallare!
Debe ser el encantado
Ese paladin Roldane,
O debe ser el esforzado
Renaldos de Montalvane,
O es Urgel de la Marcha
Esforzado y singulare;
No hay ninguno de los doce
Que bastase hacer lo tale.
Gayferos que esto oyó
Tal respuesta le fué á dare:
—Calles, calles, el rey moro,
Calles, y no digas tale,
Muchos otros hay en Francia,
Que tanto como estos valen;
Yo no soy ninguno d'ellos,
Mas yo me quiero nombrare:
Soy el infante Gayferos,
Señor de París la grande,
Primo hermano de Oliveros,
Sobrino de Don Roldane.—
El rey Almanzor que lo oyera
Con tal esfuerzo hablare,
Con los mas moros que pudo
Se entrara en la ciudade.
Solo quedaba Gayferos,
No halló con quien peleare;
Volvió riendas al caballo
Por Melisendra buscare:
Melisendra que lo vido
A recibir se lo sale;
Vídole las armas blancas,
Tintas en color de sangre.
Con voz muy triste y llorosa
Le empezó de preguntare:
—Por Dios os ruego, Gayferos,
Por Dios os quiero rogare,
Si traeis alguna herida
Queráismela vos mostrare,
Que los moros eran tantos
Quizá os habrán echo male.
Con las mangas de mi camisa
Os la quiero yo apretare,
Y con la mi rica toca
Yo os las entiendo sanare.
—Calledes, dijo Gayferos,
Infanta, no digais tale,
Por mas que fueran los moros
No me podian hacer male,
Qu'estas armas y caballo
Son de mi tio Don Roldane;
Caballero que las trujere
No podia peligrare.
Cabalgad presto, señora,
Que no es tiempo de aquí estare;
Antes que los moros tornen
Los puertos hemos pasare.—
Ya cabalga Melisendra
En un caballo alazane;
Razonando van de amores,
De amores, que no de al;
Ni de los moros han miedo
Ni d'ellos nada se dane:
Con el placer de ambos juntos
No cesan de caminare,
De noche por los caminos,
De dia por los jarales,
Comiendo las yerbas verdes
Y agua si pueden hallare,
Hasta que entraron en Francia
Y en tierra de cristiandade:
Si hasta allí alegres fuéron,
Mucho mas de allí adelante.
A la entrada de un monte,
Y á la salida de un valle,

Caballero de armas blancas
De léjos vieron asomare :
Gayferos desque lo vido
La sangre vuelto se le hae,
Diciendo á su señora :
—¡ Esto es mas de recelare,
Que aquel caballero que asoma
Gran esfuerzo es el que trae !
Que sea cristiano ó moro,
Fuerza será peleare :
Apéaos vos, mi señora,
Y vení de mí á la pare.—
De la mano le traia
No cesando de llorare.
Lléganse los caballeros,
Comienzan aparejare
Las lanzas y los escudos
En son de bien peleare.
Los caballos ya de cerca
Comienzan de relinchare;
Mas conocióle Gayferos
Y empezara de hablare :
—Perded cuidado, señora,
Y tornad á cabalgare,
Que el caballo que allí viene
Mio es en la verdade;
Yo le dí mucha cebada
Y mas le entiendo de dare;
Las armas segun que veo
Mias son otro que tale,
Y aun aquel es Montesinos
Que á mí me viene á buscare,
Que cuando yo me partí
No estaba en la ciudade.—
Plugo mucho á Melisendra
Que aquello fuese verdade.
Ya que se van acercando
Cuasi juntos á la pare,
Con voz alta y crecida
Empiézanse de interrogare.
Conóscense los dos primos
Entónces en el hablare;
Apeáronse á gran priesa,
Muy grandes fiestas se hacen.
De que hubieron hablado
Tornaron á cabalgare :
Razonando van de amores,
De otro no quieren hablare.
Andando por sus jornadas
En tierra de cristiandade,
Cuantos caballeros hallan
Todos los van compañare,
Y dueñas á Melisendra,
Doncellas otro que tale.
Al cabo de pocos dias
A Paris van á llegare:
Siete leguas de la ciudad
El Emperador les sale;
Con él sale Oliveros,
Con él sale Don Roldane,
Con él el infante Guarinos,
Almirante de la mare,
Con él sale Don Bermudez
Y el buen viejo Don Beltrane,
Con él muchos de los doce
Que á su mesa comen pane,
Y con él iba Doña Alda,
La esposica de Roldane;
Con él iba Julianesa,
La hija del rey Juliane;
Dueñas, damas y doncellas
Las mas altas de linaje.
El Emperador abraza su hija
No cesando de llorare;
Palabras que le decia
Dolor eran de escuchare.
Los doce á Don Gayferos
Gran acatamiento le hacen
Tiénenlo por esforzado
Mucho mas de allí adelante,
Pues que sacó á su esposa
De muy gran captividade :
Las fiestas que le hacian
No tienen cuento ni pare.

(*Códice del siglo* XVI.—It. *Cancionero de Romances.* —It. *Silva de varios Romances.* —It. *Floresta de varios Romances.*)

[1] Este romance viejo, aunque se halla en el *Cancionero de Romances*, y con muchas variantes en la *Floresta de varios*, lo he trasladado de un códice del siglo XVI que tengo á la vista, y contiene la historia que Maese Pedro recitaba enseñando el retablo que consigo conducia. (*Quijote*, parte 2.ª, cap. XXVI.) El juego de ajedrez, en las crónicas fabulosas, en los romances y en los poemas, da márgen á disputas mortales. Carloto, hijo de Carlo-Magno, mata á un paje á quien ganaba con trampas. Mudarra Gonzalez, tambien jugando al ajedrez, se destempla é irrita.

[2] Este verso y el que sigue dice Maese Pedro, enseñando su retablo, en la parte 2.ª cap. XXVI, del *Quijote*.

Véase la nota puesta en el romance caballeresco, núm. 319, que dice :

Caballero, si á Francia ides,
Por mi señor preguntad, etc.

378.

GAYFEROS.—V.

(*Miguel Sanchez, el Divino* [1].)

Oid, señor Don Gayferos,
Lo que como amigo os hablo:
Que los dones mas de estima
Suelen ser consejos sanos.
Dejad un poco las tablas,
Escuchadme lo que entrambos,
Yo aconsejar, vos hacer,
Debemos como hijos-dalgo.
Melisendra está en Sansueña [2],
Vos en Paris descuidado;
Vos ausente, ella mujer,
¡ Harto os he dicho, miraldo!
Asegúraos su nobleza :
Mas no os asegura tanto;
Que vence un presente gusto
Mil nobles antepasados.
De Cárlos el rey es hija ;
Mas es mujer, y ha mas años
La mudanza en las mujeres,
Que no la nobleza en Cárlos.
Si enferma en la voluntad
Morirán respetos altos;
Que no basta sangre buena,
Si el corazon no está sano.
Galanes moros la sirven,
Y aunque moros, recelaldos;
Que sin duda querrá un moro
La que olvidare un cristiano.
Diferentes son las leyes;
Mas no hay ley en pecho humano
Cuando llega á ser el alma
Idólatra de un cuidado.
Las mujeres son espejo,
Que viendo vuestro retrato,
Si os descuidais, y otro llega,
Hará con él otro tanto.
Su confuso entendimiento,
Es codicioso letrado,
Que hace leyes siempre al gusto
Del que llega á consultallo.
Su memoria es mar revuelto
Que luego que pasa el barco,
Si le buscais el camino,
No hallaréis senda ni rastro;
Su voluntad mesonera,
Que aloja á los mas extraños,
Y olvida al que del umbral
De sacar acaba el paso.
No quiero deciros mas,

Con esto de mi amor salgo;
Mas adviérteos mi lengua
Vuestro amor, y mis agravios.
(*Romancero general.*)

1 Autor dramático de los mas famosos de principios del siglo XVII, de quien no nos queda otra comedia que la de *La guarda cuidadosa*.

2 Verso que cita Maese Pedro cuando estaba enseñando su retablo. *Quijote*, parte 2.ª, cap. IX.

379.

GAYFEROS.—VI.

(*Anónimo.*)

El cuerpo preso en Sansueña
Y en Paris cautiva el alma,
Puesta siempre sobre el muro
Porque está sobre él su casa,
Vuelta en ojos Melisendra,
Y sus ojos vueltos agua,
Mira de Francia el camino
Y de Sansueña la playa,
Y en ella vió un caballero
Que junto á la cerca pasa.
Hácele señas y viene,
Que viene por quien le llama.
—Si sois cristiano, le dice,
O habeis de pasar á Francia,
Preguntad por Don Gayferos,
Y decid: ¿que á cuándo aguarda?
¡Que harto mejor le estuviera
Jugando acá por mi lanzas,
Que no allá con pasajeros,
Jugando dados y cañas!
Que si quiere que sea mora,
Que otra cosa no me falta,
Y amándole, no es posible
Vivir un alma cristiana.—
¡Tanto llora Melisendra
Que las razones no acaba!
Don Gayferos la responde,
Alzándose la celada:
—No es tiempo de desculparme,
Señora, de mi tardanza,
Pues el no tenella agora
Nos es de mucha importancia.—
Dícele que aguarde un poco,
Y en ménos de un poco baja;
A ella en las ancas sube,
Y él en la silla cabalga,
Y á pesar de la morisma
La puso dentro de Francia.
(*Romancero general.*—It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 2.ª parte.)

380.

GAYFEROS.—VII.

(*Anónimo.*)

Cautiva, ausente y celosa,
De mil sospechas cercada,
Melisendra está en Sansueña
Contemplando en sus desgracias.
El camino la consuela
Que va de Sansueña á Francia,
Pues por él su libertad
Y á Don Gayferos aguarda;
Y como el que aguarda tiene
La vida puesta en balanza,
Con lágrimas y suspiros
Dice viendo que se tarda:
«¡Cuitado del que aguarda,
»Pues es igual el esperar á brasas!»
No cansada de quererte,
Mas de esperarte cansada,
Vivo, ¡ingrato Don Gayferos!
De esperar desesperada.
No me cansa el aguardarte,
Aunque el no verte me cansa;
Que aguardar á quien no viene
Desesperacion se llama.
Si tú libre y en tu tierra
Estás sujeto á mudanzas,
Yo presa, mujer y ausente
Mas cerca estoy á las llamas.
«¡Cuitado del que aguarda,
»Pues es igual el esperar á brasas!»
Agravios me tienes hechos,
Si me olvidaste sin causa,
Pues con ella y con agravios
Quien se venga nunca agravia.
¡Cuántos hay que por ausencia,
No siendo ausencia forzada,
Por vengar sus corazones
Se olvidaron de su fama!
¡Pues yo presa y entre moros,
De mi cristiano olvidada,
Aunque olvide á quien me olvida
No merezco ser culpada!
Si en mi nobleza confias,
Has de tener confianza;
Que agraviará su nobleza
Una mujer agraviada.
«¡Cuitado del que aguarda,
»Pues es igual el esperar á brasas!»
Porque puede en las mujeres
Mas una desconfianza,
Que la nobleza, Gayferos,
Cuando tan poco la guardan.
Pues considera, si sirves
En Paris damas cristianas,
Que, aunque moros, caballeros
En Sansueña me regalan,
Y que soy mujer, y vivo
Cautiva y desesperada;
Y aunque soy hija de Cárlos,
Soy mujer, y aquesto basta.
«¡Cuitado del que aguarda,
»Pues es igual el esperar á brasas!»
Y básteme haber perdido
De libertad la esperanza,
Para olvidar por un moro,
Quien olvida á una cristiana.
Bien sé yo que es liviandad,
Y de liviandad se pasa,
Pretender contra mi honor
De mis agravios venganza;
Porque donde se atraviesa
Honor y nobleza tanta,
No habrá sinrazon tan grande
Que contra la razon valga.
«¡Cuitado del que aguarda,
»Pues es igual el esperar á brasas!»
Ni aun tampoco Dios permita
Que aunque mas de ti apartada,
Se me olvide á mí jamas
De lo que debo á mi alma;
Que aunque mujer, soy ilustre,
Y en las tales jamas falta
El valor en tiempo alguno,
Si honra al valor acompaña:
Y si ha faltado en alguna,
Puede ser porque no alcanza
El ser natural, que es justo,
Si hacen injusta mudanza.
«¡Cuitado del que aguarda,
»Pues es igual el esperar a brasas!»
Mas tambien parece mal
Que esté en Sansueña encerrada,
Y que se esté Don Gayferos
En Paris jugando cañas,
El libre, y ella cautiva,
El querido, ella olvidada,
Ella llorando su ausencia,

El en juegos y entre damas:
¡Mira, pues que soy tu esposa!
Cuando no hubiera otra causa,
Te obligaba el ser mujer,
Y ser natural de Francia —
Proseguir quiso, y no pudo
Su razon, que por ser tanta,
El grave dolor la incita
A llorar así sus ansias:
«¡Cuitado del que aguarda,
»Pues es igual el esperar á brasas!»
(*Romancero general.*)

381.

GAIFEROS. — VIII.

(*Anónimo* [1].)

Mil celosas fantasías,
Que del esperar se engendran,
A Melisendra combaten
En la torre de Sansueña.
Mira el camino de Francia
Que la enoja y la consuela,
Porque en él ve sus agravios,
Y de él su remedio espera.
Viendo que sus esperanzas,
Como fingidas, por fuerza
Se las lleva el presto viento,
Tambien sus quejas le entrega,
Diciendo: — Siendo en Gayferos
No fingida la nobleza,
¿Cómo niega obligaciones,
Y cómo olvida promesas?
¿Cómo podré yo creer
Que me ha querido de véras,
Quien en ausencia tan larga
Tiene tan larga paciencia?
¡Siendo vivo, es imposible,
Si me quiere, se detenga;
Porque no hay inconveniente
Que voluntad no le venza!
Si acaso nueva memoria
Hace que la mia pierda,
¡En balde espero la paga
De mi fe y de tantas deudas!
Que un ingrato corazon
Mucho mas recibe y precia
Desden del que está presente,
Que del ausente firmeza.
¡Cuántas y cuántas se han visto
Hacer de mudables muestra,
Por muestra de sus razones,
Mas que por ser lisonjeras!
Y si agraviadas se mudan,
Harto desculpadas quedan;
Que el que ofende es quien agravia,
Y no agravia quien se venga.
Si se muestra descuidado
Por averiguar mis véras,
Hacer pruebas ofendiendo
Es peligrosa experiencia.
¡Dichoso el que mira el bien,
Sin estos léjos de ausencia,
Que hacen menores los gustos
Y mayores las ofensas!
A mil imaginaciones
Hago grande resistencia,
Con ver que es mejor quejarme
Que dar ocasion á quejas.—
Pasara mas adelante,
Pero con la mucha pena,
Las lágrimas fuéron tantas,
Que entorpecieron la lengua.
(*Romancero general.*)

[1] Obsérvase que la situacion de Gayferos y Melisendra ha servido en muchos romances que de ella tratan, para moralizar sobre los riesgos que corre un esposo descuidado, que ausente de su mujer no la atiende ni la protege como hombre y como caballero.

ROMANCES QUE TRATAN DE MONTESINOS, DEL CONDE GRIMALTOS, DE DURANDARTE Y DE BELERMA.

382.

EL NACIMIENTO DE MONTESINOS. — I.

(*Anónimo* [1].)

Muchas veces oí decir
Y á los antiguos contar,
Que ninguno por riqueza
No se debe de ensalzar,
Ni por pobreza que tenga
Se debe menospreciar.
Miren bien, tomando ejemplo,
Do buenos suelen mirar,
Cómo el Conde, á quien Grimaltos
En Francia suelen llamar,
Llegó en las cortes del Rey
Pequeño y de poca edad.
Fué luego paje del Rey
Del mas secreto lugar;
Porque él era muy discreto,
Y de él se podia fiar:
Y despues de algunos tiempos,
Cuando mas entró en edad,
Le mandó ser camarero
Y secretario real:
Y despues le dió un condado,
Por mayor honra le dar;
Y por darle mayor honra
Y estado en Francia sin par
Lo hizo gobernador,
Que el reino pueda mandar.
Por su virtud y nobleza,
Y grande esfuerzo sin par
Le quiso tomar por hijo,
Y con su hija le casar.
Celebráronse las fiestas
Con placer y sin pesar.
Ya despues de algunos dias
De sus honras y holgar,
El Rey le mandó al Conde
Que le fuese á gobernar
Y poner cobro en las tierras
Que le fuera á encomendar.
Pláceme, dijera el Conde,
Pues no se puede excusar.
Ya se ordena la partida,
Y el Rey manda aparejar
Sus caballeros y damas
Para haber de acompañar.
Ya se partia el buen Conde
Con la Condesa á la par,
Y caballeros y damas
Que no le quieren dejar.
Por la gran virtud del Conde
No se pueden apartar:
De París hasta Leon
Le fuéron acompañar.
Vuélvense para París
Despues de placer tomar:
Las nuevas que dan al Rey
Es descanso de escuchar,
De cómo rige á Leon
Y le tiene á su mandar,
Y el estado de su Alteza
Como lo hacia acatar.
De tales nuevas el Rey
Gran placer fuera á tomar.
No prosigo mas del Rey,
Sino que lo dejo estar.
Tornemos á Don Grimaltos
Cómo empieza á gobernar,
Bien querido de los grandes,
Sin la justicia negar,

Trata á todos de tal suerte,
Que á ninguno da pesar.
Cinco años él estuvo
Sin al buen Rey ir á hablar,
Ni del Conde á él ir quejas,
Ni de sentencia apelar;
Mas fortuna que es mudable,
Y no puede sosegar,
Quiso serle tan contraria
Por su estado le quitar.
Fué el caso que Don Tomillas[1]
Quiso en traicion tocar:
Revolvióle con el Rey
Por mas le escandalizar,
Diciéndole que su yerno
Se le quiere rebelar,
Y que en villas y ciudades
Sus armas hace pintar,
Y por señor absoluto
El se manda intitular,
Y en las villas y lugares
Guarnicion quiere dejar.
Cuando el Rey aquesto oyera
Tuvo d'ello gran pesar,
Pensando en las mercedes
Que al Conde le fuera á dar.
¡Solo por buenos servicios
Le pusiera en tal lugar,
Y despues por galardon
Tal traicion le ordenar!
El ha determinado
De hacerle justiciar.
Dejemos lo de la corte,
Y al Conde quiero tornar,
Que estando con la Condesa
Una noche á bel folgar,
Adurmióse el buen Conde,
Recordara con pesar;
Las palabras que decia
Son de dolor y pesar:
—¿Que te hice, vil fortuna?
¿Por qué te quieres mudar
Y quitarme de mi silla
En que el Rey me fué á sentar?
¡Por falsedad de traidores
Causarme tanto de mal!
Que segun yo creo y pienso
No lo puede otro causar —
A las voces que da el Conde
Su mujer fué á despertar;
Recordó muy espantada
De verle así hablar,
Y hacer lo que no solia,
Y de condicion mudar
—¿Qué habeis, mi señor el Conde?
¿En qué podeis vos pensar?
—No pienso en otro, señora,
Sino en cosa de pesar,
Porque un triste y mal sueño
Alterado me hace estar.
Aunque en sueños no fiemos,
No sé á qué parte lo echar,
Que parecia muy cierto
Que ví una águila volar.
Siete halcones tras ella
Mal aquejándola van,
Y ella por guardarse d'ellos
Retrújose á mi ciudad;
Encima de una alta torre
Allí se fuera á asentar;
Por el pico echaba fuego,
Por las alas alquitran;
El fuego que d'ella sale
La ciudad hace quemar:
A mí quemaba las barbas,
Y á vos quemaba el brial.
¡Cierto tal sueño como este
No puede ser sino mal!
Está es la causa, Condesa,
Que me sentiste quejar.
— Bien lo mereceis, buen Conde,
Si d'ello os viene algun mal,
Que bien ha los cinco años,
Que en corte no os ven estar,
Y sabeis vos bien, el Conde,
Quién allí os quiere mal,
Que es el traidor de Tomillas
Que no suele reposar:
Yo no lo tengo á mucho
Que ordene alguna maldad.
Mas, señor, si me creeis,
Mañana ántes de yantar
Mandad hacer un pregon
Por toda esa ciudad,
Que vengan los caballeros
Que están á vuestro mandar,
Y por todas vuestras tierras
Tambien los mandeis llamar,
Que para cierta jornada
Todos se hayan de juntar.
Desque todos estén juntos
Decirles heis la verdad,
Que quereis ir á París
Para con el Rey hablar,
Y que se aperciban todos
Para en tal caso os honrar.
Segun d'ellos sois querido,
Creo no os podrán faltar:
Iros heis con todos ellos
A París, esa ciudad,
Besaréis la mano al Rey
Como la soleis besar,
Y entónces sabréis, señor,
Lo que él os quiere mandar:
Que si enojo de vos tiene
Luego os lo demostrara,
Y viendo vuestra venida
Bien se le podrá quitar.
— Pláceme, dijo, señora,
Vuestro consejo tomar. —
Pártese el conde Grimaltos
A París, esa ciudad,
Con todos sus caballeros
Y otros que él pudo juntar.
Desque fué cerca París
Bien quince millas ó mas,
Mandó parar á su gente,
Sus tiendas mandó armar,
Hizo aposentar los suyos
Cada cual en su lugar.
Luego el Rey dél hubo cartas,
Respuesta no quiso dar.
Cuando el Conde aquesto vido
En París se fué á entrar;
Fuérase para el palacio
Donde el Rey solia estar;
Saludó á todos los grandes,
La mano al Rey fué á besar
El Rey de muy enojado
Nunca se la quiso dar,
Antes mas le amenazaba
Por su muy sobrado osar,
Que habiendo hecho tal traicion
En París osase entrar;
Jurando que por su vida
Se debia maravillar
Cómo, visto lo presente,
No lo hacia degollar;
Y si no hubiera mirado
Su hija no deshonrar,
Que ántes que el dia pasara
Lo hiciera justiciar:
Mas por dar á él castigo,
Y á otros escarmentar
Le mandó salir del reino
Y que en él no pueda estar.
Plazo le dan de tres dias
Para del reino vaciar

Y el destierro es de esta suerte:
Que gente no ha de llevar,
Caballeros, ni criados
No le hayan de acompañar,
Ni lleve caballo ó mula
En que pueda cabalgar:
Moneda de plata y oro
Deje, y aun la de metal.
Cuando el Conde esto oyera
¡Ved cuál podia estar!
Con voz alta y rigurosa,
Cercado de gran pesar,
Como hombre desesperado
Tal respuesta le fué á dar:
—Por desterrarme tu Alteza
Consiento en mi desterrar;
Mas quien de mí tal ha dicho,
Miente y no dice verdad,
Que nunca hice traicion,
Ni pensé en maldad usar;
Mas si Dios me da la vida
Yo haré ver la verdad.—
Ya se sale de Palacio
Con doloroso pesar;
Fuese á casa de Oliveros,
Y allí halló á Don Roldan.
Contábales las palabras
Que con el Rey fué á pasar;
Despidiéndose está d'ellos,
Pues les dijo la verdad,
Jurando que nunca en Francia
Lo verian asomar,
Si no fuese castigado
Quien tal cosa fué á ordenar.
Ya se despedia d'ellos;
Por Paris comienza á andar
Despidiéndose de todos
Con quién solia conversar.
Despidióse de Valdovinos
Y del romano Fincan,
Y del gaston Angeleros,
Y del viejo Don Beltran,
Y del duque Don Estolfo,
De Malgesí otro que tal,
Y de aquel solo invencible
Reinaldos de Montalvan.
Ya se despide de todos
Para su viaje tomar.
La Condesa fué avisada,
No tardó en Paris entrar:
Derecha fué para el Rey,
Sin con el Conde hablar,
Diciendo que de su Alteza
Se queria maravillar,
Cómo al buen conde Grimaltos
Lo quisiese así tratar;
Que sus obras nunca han sido
De tan mal galardonar,
Y que suplica á su Alteza
Que en ello mande mirar,
Y si el Conde no es culpado
Que al traidor haga pagar
Lo que el Conde merecia
Si aquello fuese verdad,
Y así será castigado
Quien lo tal fué á ordenar.
Cuando el Rey aquesto oyera
Luego la mandó callar,
Diciendo que si mas habla
Como á él la ha de tratar,
Y que le es muy excusado
Por el Conde le rogar,
Pues quien por traidores ruega
Traidor se pueda llamar.
La Condesa qu'esto oyera,
Llorando con gran pesar,
Descendióse del palacio
Para el Conde ir á buscar.
Viéndose ya con el Conde
Se llegó á lo abrazar;
Lo que el uno y otro dicen
Lástima era de escuchar:
—¿Este es el descanso, Conde,
Que me habíades de dar?
¡No pensé que mis placeres
Tan poco habian de durar!
Mas en ver que sin razon,
Por placer nos dan pesar,
Quiero que cuando vais, Conde
Cuenta d'ello sepais dar.
Yo os demando una merced,
No me la querais negar,
Porque cuando nos casamos
Hartas me habíades de dar.
Yo nunca las he habido,
Aun las tengo de cobrar,
Ahora es tiempo, buen Conde,
De haberlas de demandar.
—Excusado es, la Condesa,
Eso ahora demandar,
Porque jamas tuve cosa
Fuera de vuestro mandar,
Que cuanto vos demandeis
Por mi fe de lo otorgar.
—Es, señor, que donde fuéredes
Con vos me hayais de llevar.
—Por la fe que yo os he dado
No se os puede negar;
Mas de las penas que siento
Esta es la mas principal,
Porque perderme yo solo
Este perder es ganar,
Y en perderos vos, señora,
Es perder sin mas cobrar;
Mas pues así lo quereis,
No queramos dilatar.
¡Mucho me pesa, Condesa,
Porque no podais andar,
Que siendo niña y preñada
Podríades peligrar!
Mas pues fortuna lo quiere
Recibidlo sin pesar,
Que los corazones fuertes
Se muestran en tal lugar.—
Tómanse mano por mano,
Sálense de la ciudad;
Con ellos sale Oliveros,
Y ese paladin Roldan,
Tambien el Dardin Dardeña,
Y ese romano Fincan,
Y ese gaston Angeleros,
Y el fuerte Meridan:
Con ellos va Don Reinaldos,
Y Valdovinos el galan,
Y ese duque Don Estolfo,
Y Malgesí otro que tal;
Las dueñas y las doncellas
Tambien con ellos se van:
Cinco millas de Paris
Los hubieron de dejar.
El Conde y Condesa solos
Tristes se habian de quedar:
Cuando partirse tenian
No se podian hablar.
Llora el Conde y la Condesa,
Sin nadie les consolar,
Porque no hay grande ni chico
Que estuviese sin llorar.
¡Pues las damas y doncellas,
Que allí hubieron de llegar,
Hacen llantos tan extraños,
Que no los oso contar,
Porque miéntras pienso en ellos
Nunca me puedo alegrar!
Mas el Conde y la Condesa
Vanse sin nada hablar:
Los otros caen en tierra
Con la sobra del pesar:

Otros crecen mas sus lloros
Viendo cuán tristes se van.
Dejo de los caballeros
Que á Paris quieren tornar;
Vuelvo al Conde y la Condesa,
Que van con gran soledad
Por los yermos y asperezas
Do gente no suele andar.
Llegado el tercero dia,
En un áspero boscaje
La Condesa de cansada
Triste no podia andar.
Rasgáronse sus servillas,
No tiene ya que calzar:
De la aspereza del monte
Los piés no podia alzar;
Do quiera que el pié ponia
Bien quedaba la señal [3].
Cuando el Conde aquesto vido,
Queriéndola consolar,
Con gesto muy amoroso
La comenzó de hablar:
—No desmayedes, Condesa,
Mi bien, querais esforzar,
Que aquí está una fresca fuente
Do el agua muy fria está:
Reposarémos, Condesa,
Y podrémos refrescar.—
La Condesa que esto oyera
Algo el paso fué á alargar,
Y en llegando á la fuente
Las rodillas fué á hincar.
Dió gracias á Dios del cielo,
Que la trujo en tal lugar,
Diciendo:—¡Buen agua es esta
Para quien tuviese pan!
Estando en estas razones
El parto le fué á tomar,
Y allí pariera un hijo,
Que es lástima de mirar
La pobreza en que se hallan
Sin poderse remediar.
El Conde cuando vió el hijo
Comenzóse de esforzar;
Con el sayo que traia
Al niño fué á cobijar;
Tambien se quitó la capa
Por á la madre abrigar;
La Condesa tomó el niño
Para darle de mamar.
El Conde estaba pensando
Qué remedio le buscar,
Que pan ni vino no tienen,
Ni cosa con que pasar.
La Condesa con el parto
No se puede levantar;
Tomóla el Conde en los brazos
Sin ella el niño dejar,
Súbelos á una alta sierra
Para mas léjos mirar.
En unas breñas muy hondas
Grande humo vió estar,
Tomó su mujer y hijo,
Para allá les fué á llevar.
Entrando en la espesura
Luego al encuentro le sale
Un virtuoso ermitaño
De reverencia muy grande:
El ermitaño que los vido
Comenzóles de hablar:
—¡Oh válgame Dios del cielo!
¿Quién aquí os fué á aportar?
Porque en tierra tan extraña
Gente no suele habitar,
Sino yo que por penitencia
Hago vida en este valle.—
El Conde le respondió
Con angustia y con pesar:
—Por Dios te ruego, ermitaño,
Que uses de caridad,
Que despues habrémos tiempo
De cómo vengo, á contar;
Mas para esta triste dueña
Dame que la pueda dar,
Que tres dias con sus noches
Ha que no ha comido pan,
Que allá en esa fuente fria
El parto le fué á tomar.—
El ermitaño que esto oyera,
Movido de gran piedad
Llevóles para la ermita
Do él solia habitar.
Dióles del pan que tenia,
Y agua, que vino no hay:
Recobró algo la Condesa
De su flaqueza muy grande.
Allí le rogó el Conde
Quiera el niño bautizar.
—Pláceme, dijo, de grado;
¿Mas cómo le llamarán?
—Como quisiéredes, Padre,
El nombre le podréis dar.
—Pues nació en ásperos montes
Montesinos le dirán.—
Pasando y viniendo dias,
Todos vida santa hacen;
Bien pasaron quince años,
Que el Conde de allí no parte.
Mucho trabajó el buen Conde
En haberle de enseñar
A su hijo Montesinos
Todo el arte militar,
La vida de caballero
Cómo la habia de usar,
Cómo ha de jugar las armas,
Y qué honra ha de ganar,
Cómo vengará el enojo
Que al padre fuéron á dar.
Muéstrale en leer y escribir
Lo que le puede enseñar,
Muéstrale jugar á tablas,
Y cebar un gavilan.
A veinte y cuatro de junio,
Dia era de San Juan,
Padre y hijo paseando
De la ermita se van;
Encima de una alta sierra
Se suben á razonar.
Cuando el Conde alto se vido
Vido á Paris la ciudad.
Tomó al hijo por la mano,
Comenzóle de hablar,
Con lágrimas y sollozos
No deja de suspirar.

(*Silva de varios Romances.*—It. *Floresta de varios Romances.*)

[1] Las circunstancias y sucesos del nacimiento de Montesinos, son casi idénticos á los del de Roldan.—En este romance empiezan las aventuras de Montesinos, de Durandarte y de Belerma.—El romance parece ser viejo y de aquellos que proceden de tradicion oral, cantada por los juglares al vulgo que los oia.

[2] Don Tomillas hace en este romance el papel que en otros Galalon.

[3] Por tenerlos heridos y ensangrentados.

383.

MONTESINOS SE VENGA DE TOMILLAS.—II.

(*Anónimo* [1].)

Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas de Duero,
Do van á dar en la mar;
Cata palacios del Rey,
Cata los de Don Beltran,

Y aquella que ves mas alta
Y que está en mejor lugar
Es la casa de Tomillas,
Mi enemigo mortal.
Por su lengua difamada
Me mandó el Rey desterrar,
Y he pasado á causa d'esto
Mucha sed, calor y hambre,
Trayendo los piés descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
A la triste madre tuya
Por testigo puedo dar,
Que te parió en una fuente
Sin tener en qué te echar.
Yo triste quité mi sayo
Para haber de cobijarte;
Ella me dijo llorando
Por te ver tan mal pasar:
—Tomes este niño, Conde,
Y llévesle á cristianar;
Llamédesle Montesinos,
Montesinos le llamad.—
Montesinos que lo oyera
Los ojos volvió á su padre;
Las rodillas por el suelo
Empezóle de rogar
Le quisiese dar licencia,
Que en Paris quiere pasar,
Y tomar sueldo del Rey
Si se lo quisiere dar,
Por vengarse de Tomillas,
Su enemigo mortal;
Que si sueldo del Rey toma
Todo se puede vengar.
Ya que despedirse quieren
A su padre fué á rogar
Que á la triste de su madre
El la quiera consolar,
Y de su parte le diga
Que á Tomillas va buscar.
—Pláceme, dijera el Conde,
Hijo, por te contentare.—
Ya se parte Montesinos
Para en Paris entrare,
Y en entrando por las puertas
Luego quiso preguntar
Por los palacios del Rey
Que se los quieran mostrar.
Los que se lo oian decir
Dél se empiezan á burlar;
Viéndolo tan mal vestido
Piensan que es loco, ó truhan:
En fin, muéstranle el palacio,
Entró en la sala real,
Halló que comia el Rey,
Don Tomillas á la par.
Mucha gente está en la sala,
Por él no quieren mirar.
Desque hubieron ya comido
Al'jedrez van á jugar
Solos el Rey y Tomillas
Sin nadie á ellos hablar,
Si no fuera Montesinos
Que llegó á los mirar;
Mas el falso Don Tomillas,
En quien nunca hubo verdad,
Jugara una treta falsa,
Donde no pudo callar
El noble de Montesinos,
Y publica su maldad.
Don Tomillas qu'esto oyera,
Con muy gran riguridad
Levantando la su mano
Un bofeton le fué á dar.
Montesinos con el brazo
El golpe le fué á tomar,
Y echando mano al tablero
A Don Tomillas fué á dar
Un tal golpe en la cabeza,
Que le hubo de matar.
Murió el perverso dañado,
Sin valerle su maldad.
Alborótanse los grandes
Cuantos en la sala están:
Prendieron á Montesinos
Y querlanlo matar,
Sino qu'el Rey mandó á todos
Que no le hiciesen mal,
Porque él queria saber
Quién le dió tan grande osar;
Que no sin algun misterio
El no osaria tal obrar.
Cuando el Rey le interrogara
Él dijera la verdad.
—Sepa tu real Alteza
Soy tu nieto natural;
Hijo soy de vuestra hija,
La que hicisteis desterrar
Con el conde Don Grimaltos,
Vuestro servidor leal,
Y por falsa acusacion
Le quisiste maltratar:
Mas agora vuestra Alteza
Puédese d'ello informar;
Qu'el falso de Don Tomillas
Sepan si dijo verdad,
Y si pena yo merezco,
Buen Rey, mándamela dar,
Y tambien si no la tengo
Mandédesme de soltar,
Y al buen Conde y la Condesa
Los mandeis ir á buscar,
Y los torneis á sus tierras
Como solian estar.—
Cuando el Rey aquesto oyera
No quiso mas escuchar.
Aunque veia ser su nieto
Quiso saber la verdad,
Y supo que Don Tomillas
Ordenó aquella maldad
Por envidia que les tuvo
Al ver su prosperidad.
Cuando el Rey la verdad supo
Al buen Conde hizo llamar:
Gente de á pié y de á caballo
Iban por le acompañar,
Y damas por la Condesa
Como solia llevar.
Llegado junto á Paris
Dentro no queria entrar,
Porque cuando dél salieron
Los dos fuéron á jurar
Que las puertas de Paris
Nunca las vieran pasar.
Cuando el Rey aquello supo
Luego mandó derribar
Un pedazo de la cerca
Por do pudiesen pasar
Sin quebrar el juramento
Qu'ellos fuéron á jurar:
Llévanlos á los palacios
Con mucha solemnidad,
Y hácenlos muy ricas fiestas
Cuantos en la corte están.
Caballeros, dueñas, damas
Les vienen á visitar,
Y el Rey delante de todos
Por mayor honra les dar,
Les dijo que habia sabido
Como era todo maldad,
Lo que dijo Don Tomillas
Cuando lo hizo desterrar:
Y porque sea mas creido
Allí les tornó á firmar
Todo lo que ántes tenian,
Y el gobierno general,
Y que despues de sus dias
El reino haya de heredar

El noble de Montesinos,
Y así lo mandó firmar.

(*Cancionero de Romances.* — It. *Silva de varios Romances.* — It. *Floresta de varios Romances.*)

[1] Se ha tomado del *Cancionero de Romances* hasta el verso que dice *Que á Tomillas va á buscar*; y desde aquí, de la *Silva de varios romances*, donde está completo.

[2] Para el trovador, que sin duda hizo el romance sobre una tradicion importada de Francia, el Duero ó el Sena eran lo mismo; pero el pueblo que le oia, entenderia mejor el nombre de un rio conocido en su pais, que la falta geográfica cometida.

384.

MONTESINOS Y ROSAFLORIDA. — III.

(*Anónimo* [1].)

En Castilla está un castillo,
Que se llama Rocafrida;
Al castillo llaman Roca,
Y á la fuente llaman Frida.
El pié tenia de oro,
Y almenas de plata fina;
Entre almena y almena
Está una piedra zafira;
Tanto relumbra de noche
Como el sol a mediodía.
Dentro estaba una doncella
Que llaman Rosaflorida:
Siete condes la demandan.
Tres duques de Lombardía;
A todos los desdeñaba,
Tanta es su lozanía.
Enamoróse de Montesinos
De oidas, que no de vista.
Una noche estando así,
Gritos da Rosaflorida:
Oyérala un camarero,
Que en su cámara dormia.
—¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Qué es esto, Rosaflorida?
O tenedes mal de amores,
O estáis loca sandía.
—Ni yo tengo mal de amores,
Ni estoy loca sandía,
Mas llevásesme estas cartas
A Francia la bien guarnida;
Diéseslas á Montesinos,
La cosa que mas queria;
Dile que me venga á ver
Para la Pascua Florida;
Daréle yo este mi cuerpo,
El mas lindo de Castilla,
Si no es el de mi hermana,
Que de fuego sea ardida;
Y si de mí mas quisiere
Yo mucho mas le daria:
Darle he siete castillos
Los mejores de Castilla.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Fuera del nombre de Montesinos, es puramente española la invencion de este romance, cuyo lenguaje y formas pertenecen al segundo tercio del siglo XV.

385.

DURANDARTE OFENDIDO DE SU DAMA. — IV.

(*Anónimo* [1].)

Durandarte, Durandarte,
Buen caballero probado,
Yo te ruego que hablemos
En aquel tiempo pasado,
Y dime si se te acuerda
Cuando fuiste enamorado,
Cuando en galas é invenciones
Publicabas tu cuidado,
Cuando venciste á los moros
En campo por mí aplazado:
Agora, desconocido,
Di, ¿por qué me has olvidado?
—Palabras son lisonjeras,
Señora, de vuestro grado,
Que si yo mudanza hice
Vos lo habeis todo causado,
Pues amásteis á Gayferos,
Cuando yo fui desterrado;
Que si amor quereis conmigo
Tenéislo muy mal pensado;
Que por no sufrir ultraje
Moriré desesperado.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Le glosó Soria en las coplas del *Cancionero general*, edicion de 1511, que dicen: *Dolor del tiempo perdido.*

ROMANCES DE LA BATALLA DE RONCESVALLES, CON LA MUERTE DE DURANDARTE, ROLDAN Y OTROS DE LOS DOCE PARES; HECHOS DE ALGUNOS DE ELLOS, Y SUCESOS POSTERIORES.

386.

MONTESINOS BUSCA Á DURANDARTE EN LA BATALLA. — I.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Por la parte donde vido
Mas sangrienta la batalla
Se metia Montesinos
Lleno de angustia y de saña.
Cuantos con la lanza encuentra
A tierra los derribaba;
La yegua tambien ayuda,
Que á muchos atropellaba.
Lugar le hacen como á toro
Por do quiera que pasaba.
Echó el ojo Montesinos;
Por todo el campo miraba,
Y vió un moro esforzado
Que mucho se aventajaba.
Un alfanje trae el moro
Teñido en sangre de Francia.
Este es aquel Albenzayde
Que entre todos tiene fama,
Caballero en una yegua
Hermosa, rucia y manchada.
Como le vió Montesinos,
Encendido en ira y saña
Dió de espuelas á la yegua,
Y en los pechos le encontrara.
Y fué tan recio el encuentro
Que á tierra lo derribaba
Del golpe que dió en el suelo
Hizo pedazos la lanza;
No le quedó á Montesinos
Sino un pedazo de asta.
Como se vió de tal suerte
Por todo el campo miraba;
Vió la batalla rompida,
Sus gentes desbaratadas,
Y la flor de lis de oro
Que los moros la arrastraban.
No ve golpe de Oliveros,
Ni oye ya al señor de Braña:
Cubierto de sangre y polvo
Se salió de la batalla
En busca de Durandarte
Que de léjos divisaba,
Que con heridas de muerte
De la batalla escapaba.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.* — It. *Floresta de varios Romances.*)

387.

DURANDARTE MORIBUNDO RECOMIENDA Á MONTESINOS QUE LLEVE SU CORAZON Á BELERMA. — II.

(*Anónimo.*)

¡Oh Belerma! oh Belerma!
Por mi mal fuiste engendrada,
Que siete años te serví
Sin de ti alcanzar nada;
Agora que me querias
Muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte
Aunque temprano me llama;
Mas pésame que de verte
Y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos!
Lo que agora yo os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto
Y mi ánima arrancada,
Vos lleveis mi corazon
Adonde Belerma estaba,
Y servidla de mi parte,
Como de vos yo esperaba,
Y traedle mi memoria
Dos veces cada semana;
Y diréisle que se acuerde
Cuán cara que me costaba;
Y dadle todas mis tierras
Las que yo señoreaba;
Pues que yo á ella pierdo,
Todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!
¡Mal me aqueja esta lanzada!
El brazo traigo cansado,
Y la mano del espada:
Traigo grandes las heridas,
Mucha sangre derramada,
Los extremos tengo frios,
Y el corazon me desmaya;
Que ojos que nos vieron ir
Nunca nos verán en Francia.
Abracéisme, Montesinos,
Que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo,
La lengua tengo turbada;
A vos doy todos mis cargos,
En vos yo los traspasaba.
—El Señor en quien creeis
El oiga vuestra palabra. —
Muerto yace Durandarte
Al pié de una alta montaña;
Llorabalo Montesinos,
Que á su muerte se hallara:
Quitándole está el almete,
Desciñéndole el espada;
Hácele la sepultura
Con una pequeña daga;
Sacábale el corazon,
Como él se lo jurara,
Para llevarlo á Belerma,
Como allí se lo mandara.
Las palabras que le dice
De allá le salen del alma:
—¡Oh mi primo Durandarte!
¡Primo mio de mi alma!
¡Espada nunca vencida!
¡Esfuerzo do esfuerzo estaba!
¡Quien á vos mató, mi primo,
No sé por qué me dejara!

(*Cancionero de Romances.*)

388.

AL ASUNTO DEL ANTERIOR. — III.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Por el rastro de la sangre
Que Durandarte dejaba
Caminaba Montesinos
Por una áspera montaña,
A la hora que camina,
Aun no era bien de mañana,
Las campanas de Paris
Tocan la señal del alba.
Como viene de la guerra
Trae las armas destrozadas,
Solo en la mano derecha
Trae un pedazo de lanza
De hácia la parte del cuento,
Que el hierro allá lo dejaba
En el cuerpo de Albenzaide,
Un moro de muy gran fama.
Trae aquella el frances [1]
Para hacer andar la yegua,
Que la llevaba cansada:
Mirando iba la yerba
Cómo estaba ensangrentada;
Saltos le da el corazon,
Y sospechas le da el alma
Pensando si seria alguno
De los amigos de Francia.
Confuso en esta sospecha
Hácia un haya caminaba:
Vió un caballero tendido
Que parece que le llama;
Dale voces que se llegue
Que el alma se le arrancaba.
No le conoce el frances,
Por mucho que lo miraba,
Porque le turban la vista
Las cintas de la celada.
Apeóse de la yegua,
Y desarmóle la cara:
Conoció al primo que quiso
Con la vida mas que al alma.
Fuéle á hacer compañía
En las últimas palabras.
El herido habla al sano,
Y el sano al herido abraza,
Y por no hablarle llorando
Detiene un poco la habla.
Viéndole junto de sí
D'esta manera le habla:
— ¡Oh mi primo Montesinos!
¡Mal nos fué en esta batalla!
Pues murió en ella Roldan
El marido de Doña Alda,
Cautivaron á Guarinos
Capitan de nuestra escuadra:
Heridas tengo de muerte
Que el corazon me traspasan.
Lo que os encomiendo, primo,
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo sea muerto,
Y mi cuerpo esté sin alma,
Me saqueis el corazon
Con esta pequeña daga,
Y lo lleveis á Belerma,
La mi linda enamorada;
Y le diréis de mi parte
Que muero en esta batalla;
Que quien muerto se le envía,
Vivo no se lo negara.
Daréisle todas mis tierras
Cuantas yo señoreaba;
Que los bienes del cautivo
El señor los heredaba.—
Estas palabras diciendo,
El alma se le arrancaba.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

[1] Despues de este verso falta sin duda otro en el original.

389.

MONTESINOS, DESPUES DE SACARLE EL CORAZON, SEPULTA Á DURANDARTE. — IV.

(*Anónimo* [1].)

Muerto yace Durandarte
Debajo una verde haya;
Con él está Montesinos,
Que en la su muerte se halla.
Haciéndole está la fosa
Con una pequeña daga;
Quitándole está el almete,
Desciñéndole la espada:
Por el costado siniestro
El corazon le sacara.
Así hablara con él
Como cuando vivo estaba:
— ¡Corazon del mas valiente
Que en Francia ceñia espada,
Ahora seréis llevado
Adonde Belerma estaba!—
Envolvióle en un cendal,
Y consigo lo llevaba.
Entierra primero al primo;
Con gran llanto lamentaba
La su tan temprana muerte
Y su suerte desdichada.
Torna á subir en la yegua,
Su cara en agua bañada;
Pónese luego el almete
Y muy recio le enlazaba.
No quiere ser conocido
Hasta hacer su embajada,
Y presentarle á Belerma,
Segun que se le encargara,
El sangriento corazon
Que á Durandarte sacara.
Camina triste y penoso,
Ninguna cosa le agrada;
Por do quiere andar la yegua
Por allí deja que vaya;
Hasta que entró por Paris
No sabe en qué parte estaba.
Derecho va á los palacios
Adonde Belerma estaba.

Floresta de varios Romances.

[1] Es casi idéntico al que le sigue, y empieza lo mismo.

390.

AL MISMO ASUNTO.—V.

(*Anónimo* [1].)

Muerto yace Durandarte
Al pié de una verde haya;
Con él está Montesinos,
Que en la su muerte se halla.
Haciéndole está la huesa
Con la punta de su daga,
El arnés le está quitando,
El pecho le desarmaba;
Por el siniestro costado
El corazon le sacaba.
Envolvióle en un cendal,
De mirarlo no cesaba:
Con palabras dolorosas
La vista solemnizaba.
— ¡Corazon el mas valiente,
Que en la Francia ciñó espada,
Agora seréis llevado
Adonde Belerma estaba!
Use clemencia en la muerte,
Pues en vida la negaba.
¡Si vuestra muerte le duele,
Dichosa será la paga! —
Llegó en esto Montesinos
Adonde Belerma estaba;
Díjole, con el semblante
Que dolor le convidaba:
—Sepas, señora, que es muerto
El que mas que á sí te amaba.
Cata aquí su corazon,
Que ante ti se presentaba.—
Belerma con estas nuevas
Estas palabras hablaba:
—¡Mi buen señor Durandarte,
Dios perdone la tu alma!

(TIMONEDA: *Rosa de amores.* — Il. WOLF, *Rosa de romances*

[1] Timoneda, teniendo presente el anterior romance, debió reformarle en este, para darle un aire mas moderno.

391.

AL MISMO ASUNTO.—VI.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Echado está Montesinos
Al pié de una verde haya:
Llorando está Durandarte
Su primo que tanto amaba.
No le duelen las heridas,
Que sacó de la batalla,
Ni le duele ver perdida
La honra toda de Francia;
Ni se acuerda del rey Cárlos,
Que huye por la montaña,
Ni tampoco se le acuerda
Del fuerte señor de Brava,
De Oliveros ni de Astolfo,
Ni de los que allí quedaban,
Solo llora por la muerte
Del primo, que muerto estaba
Con la gran pena que siente
De sospirar no cesaba:
Las heridas corren sangre,
Los ojos destilan agua.
Metido está Montesinos
Con una congoja extraña:
Sacó fuerzas de flaqueza
Y echó mano de una daga:
Mide una parte de tierra,
Que con la punta señala
A la medida del cuerpo
Del primo que ya espiraba,
Y habiéndola señalado,
A puros golpes la cava.
Los golpes que da en el suelo
Los da primero en su alma;
Como la tierra está dura
Con lágrimas la ablandaba.
Fuése á su querido primo
Y abrióle un poco la llaga;
Saca el corazon sangriento
Mas el suyo le dejaba.
Dióle al cuerpo sepultura
Y al camino se tornaba,
Por llevar el corazon
Adonde Belerma estaba,
Porque él ántes de su muerte
Así se lo encomendaba,
Y d'esto estaba tan triste,
Que de sí no se acordaba.
Si daba un paso la yegua
Con sospiros la alcanzaba,
Al tiempo que amanecia
A la ciudad allegaba.

RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*

392.

BELERMA RECIBE NUEVAS DE LA MUERTE DE DURANDARTE. — VII.

(Anónimo.)

En Francia estaba Belerma
Alegre y regocijada,
Hablando con sus doncellas
Como otras veces usaba.
Dice y afirma jurando,
Entre todas levantada,
Que se juzga ciertamente
La mas bienaventurada
De las damas de su tiempo,
Y cualquier edad pasada,
Pues la sirve Durandarte,
Galan muy digno de fama,
Mas gallardo y gentil hombre,
Que cuantos ciñen espada.
Mas temiendo no la arguyan
Que habla de apasionada,
Dice con rostro sereno
Y con la voz fatigada:
— Nadie entienda qu'esto digo
Por estar enamorada,
Que cierto, que no le viendo,
En viéndole lo juzgara.
¡Nunca aviso y gentileza
Tuvieron una posada
Como aqueste que la tiene
En lo mejor de mi alma!—
Y diciendo estas razones
Cayó en tierra desmayada;
Mas volviendo en sí Belerma
D'esta manera hablaba:
—¿Qué es aquesto, amigas mias?
¡Algun mal se me acercaba;
Que nunca mi corazon
Aquestas muestras me daba,
Sin que luego ciertamente
Me acuda alguna desgracia!—
Volvió sus ojos Belerma,
Que mil perlas destilaban;
Vió venir á Montesinos
De la infelice batalla.
Con el rostro mustio y triste
La color desemejada,
Trae escrito en su semblante
La nueva que reportaba.
Llegó donde está Belerma;
De rodillas se postraba;
Quiere hablar y no acierta,
Y cuando acierta no osaba;
Mas al fin con poco aliento
Dice con la voz turbada:
—¡Nuevas te traigo, señora,
Que son de grande desgracia!
— Primero que me las digas;
La dama le replicaba,
¿Qué es de tu querido primo?
¿Dónde está? ¿Cómo quedaba?
— Muerto queda, mi señora,
Debajo una verde haya:
Veis aquí su corazon;
Yo mismo se lo sacara,
Porque al punto de la muerte
La palabra me tomara,
Porque vieses tú, señora,
Cuánto dél eras tú amada,
Y porque aves ningunas,
Indignas de tal vianda,
No comiesen corazon
Donde estabas tú fijada,
Al cual podrás hacer honra
Que él en vida deseaba.

(Floresta de varios Romances.)

393.

BELERMA LLORA LA MUERTE DE DURANDARTE. — VIII.

(De Lúcas Rodriguez.)

Sobre el corazon difunto
Belerma estaba llorando
Lágrimas de roja sangre,
Que las de agua hicieron cabo.
El cabello de oro fino
De mesarle enerizado,
Las manos hechas un ñudo,
El cuerpo todo templado.
Cuando vió aquel corazon,
Estando en él contemplando,
De nuevas gotas de sangre
Estaba todo bañado.
—¡Corazon de mi señor
Durandarte, muy preciado,
En los amores dichoso
Y en batallas desdichado:
Quien os trajo ante mis ojos,
Tanta crueldad usando,
No debia de saberlo.
¡Corazon que estás clavado
Con aqueste triste mio,
Yo te pagaré llorando!—
Así se quedó Belerma,
Vencida de un gran desmayo.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*— II. *Floresta de varios Romances.*)

394.

BATALLA CONTRA MARSIN.

(Anónimo [1].)

Domingo era de Ramos,
La Pasion quieren decir,
Cuando moros y cristianos
Todos entran en la lid.
Ya desmayan los franceses [2],
Ya comienzan de huir,
¡Oh cuán bien los esforzaba
Ese Roldan paladin!
—¡Vuelta, vuelta, los franceses,
¡Con corazon, á la lid!
¡Mas vale morir por buenos,
¡Que deshonrados vivir!—
Ya volvian los franceses
Con corazon á la lid;
A los encuentros primeros
Mataron sesenta mil.
Por las sierras de Altamira
Huyendo va el Rey Marsin,
Caballero en una cebra,
No por mengua de rocin.
La sangre que dél corria
Las yerbas hace teñir;
Las voces que iba dando
Al cielo quieren subir.
—¡Reniego de tí, Mahoma [3],
Y de cuanto hice por tí!
Hícete cuerpo de plata,
Piés y manos de un marfil;
Hícete casa de Meca
Donde adorasen en tí,
Y por mas te honrar, Mahoma,
Cabeza de oro te hiz.
Sesenta mil caballeros
A tí te los ofrecí;
Mi mujer la reina mora
Te ofreció otros treinta mil.

(Cancionero de Romances.)

[1] Puede ser este romance solo un fragmento, ó quizá uno entero de serie mas completa. Las trovas que de él se hicieron prueban su mucha popularidad. Aunque parece que se falsean

un tanto las tradiciones de la batalla de Roncesvalles, pues en el romance aparece fugitivo el rey Marsin, y los franceses vencedores, no es así; porque tambien se cuenta que rehechos estos, por un momento, llevaban derrotados á los moros, aunque despues tornaron á ser vencidos. Las maldiciones que el rey moro produce contra Mahoma, al verse vencido, y la situacion en que aquí se ve, se hallan varias veces en los poemas y crónicas caballerescas de esta seccion de romances, que en ellas tomaron sus asuntos.

[2] Desde este verso hizo Diego Zamora la trova que dice: *Ya desmayan mis servicios*. (*Cancionero de Romances*, folio 252.)

[3] En el *Cancionero de Romances*, folio 246, hay una trova de amor hecha por Diego de Sant Pedro, que dice: *Reniego de ti, amor*; y está formada desde el indicado verso: *Reniego de ti, Mahoma*.

395.

MUERTE DE DON BELTRAN EN RONCESVALLES. — X.

(*Anónimo* [1].)

En los campos de Aiventosa
Mataron á Don Beltran,
Nunca lo echaron ménos
Hasta los puertos pasar.
Siete veces echan suertes
Quién lo volverá á buscar;
Todas siete le cupieron
Al buen viejo de su padre;
Las tres fueron por malicia,
Y las cuatro con maldad.
Vuelve riendas al caballo,
Y vuélveselo á buscar
De noche por el camino,
De dia por el jaral.
Por la matanza va el viejo,
Por la matanza adelante;
Los brazos lleva cansados
De los muertos rodear:
No hallaba al que buscaba,
Ni menos la su señal,
Vido todos los franceses
Y no vido á Don Beltran.
Maldiciendo iba el vino [2],
Maldiciendo iba el pan,
El que comian los moros,
Que no el de la cristiandad:
Maldiciendo iba el árbol
Que solo en el campo nasce,
Que todas las aves del cielo
Allí se vienen á asentar,
Que de rama ni de hoja
No lo dejaban gozar:
Maldiciendo iba el caballero,
Que cabalgaba sin paje;
Si se le cae la lanza
No tiene quien se la alce,
Y si se le cae la espuela
No tiene quien se la calce:
Maldiciendo iba la mujer
Que tan solo un hijo pare;
Si enemigos se lo matan
No tiene quien lo vengar.
A la entrada de un puerto,
Saliendo de un arenal,
Vido en esto estar un moro
Que velaba en un adarve:
Hablóle en algarabía,
Como aquel que bien la sabe
—Por Dios te ruego, el moro,
Me digas una verdad:
Caballero de armas blancas
Si lo viste acá pasar,
Y si tú lo tienes preso,
A oro lo pesarán,
Y si tú lo tienes muerto,
Désmelo para enterrar,
Pues que el cuerpo sin el alma
Solo un dinero no vale.
—Ese caballero, amigo,
Dime tú qué señas trae.
—Blancas armas son las suyas,
Y el caballo es alazan,
En el carrillo derecho
El tenia una señal,
Que siendo niño pequeño
Se la hizo un gavilan.
—Este caballero, amigo,
Muerto está en aquel pradal;
Las piernas tiene en el agua,
Y el cuerpo en el arenal:
Siete lanzadas tenia
Desde el hombro al calcañal,
Y otras tantas su caballo
Desde la cincha al pretal.
No le dés culpa al caballo,
Que no se la puedes dar;
Siete veces lo sacó
Sin herida y sin señal,
Y otras tantas lo volvió
Con gana de pelear.

(*Cancionero de Romances*.)

[1] Este romance y los siguientes, que tratan de los sucesos de la batalla de Roncesvalles, segun la crónica de Turpin, se han separado de los de Bernardo del Carpio, que versan sobre lo mismo. Los de este héroe español se colocan entre los históricos de la época de Alfonso II de Leon, el Casto. — El romance pertenece á los de tradicion oral, y acaso al segundo tercio del siglo XV.

[2] Desde aquí hasta *No tiene quien lo vengar*, es un trozo copiado del que dice: *Asentado está Gayferos*.

396.

AL MISMO ASUNTO. — XI.

(*Anonimo* [1].)

Un gallardo paladin,
Aunque invencible, vencido,
De Francia quinto Delfin [1],
Cercano al último fin
Dice hallándose rendido:
—Cuando allá en Francia nos vimos
Haciendo del mundo ultraje,
Muchas promesas hicimos,
Y entre otras cuando partimos
Hicimos pleito homenaje
De abatir el estandarte
De Bernardo el castellano,
Y asolar por toda parte
Cuánto alcanzase la mano,
Sin perdonar ni aun á Marte.
Y porque memoria fuese
Para los que dén ultraje,
Hicimos pleito homenaje
Que el que en la guerra muriese
Dentro en Francia se enterrase.
Pero por traicion guiados,
No fuimos apercibidos,
Antes súbito asaltados
Por leones desatados,
Con quien batalla tuvimos.
Fortuna favorecióles
Hasta el fin y postrer trance,
Y en todo victoria dióles;
Mas como los españoles
Prosiguieron el alcance,
No pudimos resistir
Al ímpetu de Bernardo,
Porque en matar y herir
Y franceses destruir,
No se nos mostraba tardo.
El con faz serena y leda,
Y nos con pena y afane,
Dijo: «España, cierra, cierra,

Y así con la polvareda
Perdimos á Don Beltrane.

(*Romancero general.*)

[1] Aunque la composicion corresponde al *Cancionero*, por ser en coplas y no en romances, se coloca entre ellos porque pertenece su asunto á la batalla de Roncesvalles.

[2] Anacronismo escandaloso.

397.

AL MISMO ASUNTO. —XII.

(*Anónimo.*)

Cuando de Francia partimos
Hicimos pleito homenaje,
Que el que en la guerra muriese
Dentro en Francia se enterrase.
Y como los españoles
Prosiguieron el alcance,
Con la mucha polvareda
Perdimos á Don Beltrane.
Siete veces echan suertes
Sobre quién irá á buscalle;
Todas siete le cupieron
Al buen viejo de su padre.
Las tres le caben por suerte,
Las cuatro por gran maldade;
Mas aunque no le cupieran
El no se podia quedare.
Vuelve riendas al caballo
Sin que nadie le acompañe,
Y con el dolor que lleva
Les dice razones tales:
—Volved á Francia, franceses,
Los que amais la vida infame,
Que yo por solo mi hijo
Fuí con vosotros, ¡cobardes!
No me lleva el juramento,
Ni las suertes que falsastes;
Que el amor y la venganza
Bastaban para llevarme;
Y pues él por el honor
No se acordó de su padre,
Yo quiero acordarme dél
Y volver á Roncesvalles;
Y si con vosotros pueden
Juramentos y homenajes,
No penseis que con mi muerte
Del peligro os escapastes:
Echá desde luego suertes
Sobre quién irá á buscarme;
Que yo no voy por el muerto,
Sino á morir, ó vengalle.

(*Romancero general.*)

398.

ROLDAN ESPIRA VIENDO HERIDO Y FUGITIVO EN RONCESVALLES Á CARLO-MAGNO.—XIII.

(*Anónimo* [1].)

Por muchas partes herido
Sale el viejo Carlo-Magno [1],
Huyendo de los de España
Porque le han desbaratado:
Los once deja perdidos,
Solo Roldan ha escapado,
Que nunca ningun guerrero
Llegó á su esfuerzo sobrado,
Y no podia ser herido
Ni su sangre derramado.
Al pié estaba de una cruz
Por el suelo arrodillado:
Los ojos vueltos al cielo,
D'esta manera ha hablado:
—Animoso corazon,
¿Cómo te has acobardado
En salir de Roncesvalles
Sin ser muerto ó bien vengado?
¡Ay amigos y señores!
¡Cómo os estaréis quejando
Que os acompañé en la vida,
Y en la muerte os he dejado!—
Estando en esta congoja
Vio venir á Cárlo-Magno
Triste, solo y sin corona,
Con el rostro ensangrentado.
Desque así lo hubo visto
Cayó muerto el desdichado.

(*Flor de nuevos y varios Romances*, 3.ª parte.)

[1] Segun la *Crónica de Turpin*, Carlo-Magno no se halló en esta batalla. Sin embargo el anacronismo del poeta da lugar a una situacion grande, interesante y bella. El invulnerable paladin que no puede morir herido en la batalla, perece de dolor y pena al ver á su rey destrozado y vencido, y muertos á todos sus hermanos de armas. Vale mas esta catástrofe que la inventada por los españoles, donde se supone á Roldan ahogado entre los brazos de Bernardo del Carpio, como lo fué Anteo por Hércules.

399.

MUERTE DE ROLDAN.—XIV.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

Apartado del camino,
Por un valle muy cerrado,
Vi venir un caballero
En un herido caballo.
De la sangre que le corre
Deja un lastimoso rastro;
Una muerte por cimera,
Y un crucifijo en la mano,
A grandes voces diciendo
Al crucifijo mirando:
—¡Agora es tiempo, Señor,
Que por tí sea remediado
El ejército frances,
Si no es del todo acabado!
¡Mala la hubistes, franceses,
Con el que dicen del Carpio,
Pues que no hubo paladin
Que le resistiese el campo!
¿Qué es de tus famosos hechos
De que el mundo está poblado?
Qué es de tu fuerza encantada?
Qué es de tu valor, Orlando?
Los filos de Durindana
No mellan al castellano,
Ni este fuerte y duro acero
Pudo resistir su brazo.—
Estando en esta congoja
Alzó los ojos Orlando,
Y por una cuesta arriba
Huyendo vió á Carlo-Magno,
Solo, triste y sin corona,
De sangre todo bañado,
Y al dolor de verlo así
Muerto cayó del caballo.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

[1] Participa del mismo interes del que le precede. Uno y otro pueden considerarse como de la penúltima década del siglo XVI.

400.

DOÑA ALDA LLORA LA MUERTE DE ROLDAN. — XV.

(*Anónimo* [1].)

En Paris está Doña Alda,
La esposa de Don Roldan,
Trescientas damas con ella
Para la acompañar:
Todas visten un vestido,

Todas calzan un calzar,
Todas comen á una mesa,
Todas comian de un pan,
Si no era sola Doña Alda,
Que era la mayoral.
Las ciento hilaban oro,
Las ciento tejen cendal,
Las ciento instrumentos tañen
Para Doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos
Doña Alda adormido se ha:
Ensoñado habia un sueño,
Un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida
Y con un pavor muy grande,
Los gritos daba tan grandes,
Que se oian en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
Bien oiréis lo que dirán:
—¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Quién es el que os hizo mal?
—Un sueño soñé, doncellas,
Que me ha dado gran pesar;
Que me veia en un monte
En un desierto lugar:
Bajo los montes muy altos
Un azor vide volar,
Tras dél viene una aguililla
Que lo afincaba muy mal.
El azor con grande cuita
Metióse so mi brial;
El aguililla con grande ira
De allí lo iba á sacar;
Con las uñas lo desplumа
Con el pico lo deshace.—
Allí habló su camarera,
Bien oiréis lo que dirá:
—Aquese sueño, señora,
Bien os lo entiendo soltar:
El azor es vuestro esposo,
Que viene de allende el mar;
El águila sedes vos,
Con la cual ha de casar,
Y aquel monte es la iglesia
Donde os han de velar.
—Si así es, mi camarera,
Bien te lo entiendo pagar.—
Otro dia de mañana
Cartas de fuera le traen;
Tintas venian de dentro,
De fuera escritas con sangre,
Que su Roldan era muerto
En la caza de Roncesvalles.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Tiene este romance todas las apariencias de antiguo, y está lleno de sencillez y candor.

401.

AL MISMO ASUNTO.—XVI.

(*Dr Lúcas Rodriguez.*)

Cuando la triste Doña Alda
Supo el caso desastrado
Y el dolorido suceso
Que por su esposo ha pasado,
Rompiendo las vestiduras
Y sus cabellos mesando,
Está la triste Condesa
Bravamente sollozando,
Lágrimas vivas ardientes
Por su pecho derramando,
Torciendo sus manos blancas,
Su lindo rostro rasgando,
Diciendo:—Querido mio,
¿Dónde estás, mi esposo amado?
¿Cómo vivirá sin ti
Tu Doña Alda con descanso?
¿Dónde está tu valentía
Y tu esfuerzo tan sobrado?
De todos los paladines
Eras defensa y amparo,
Y entre toda la morisma
Grande honra habies ganado;
Que jamas fuiste vencido
Ni caiste del caballo,
Y parèceme que agora
Todo esto te ha faltado,
Puesto que así has sido muerto
A manos de tu contrario,
Y la culpa d'ello ha sido
Aquel perverso malvado
Del Emperador tu tio,
De quien eras tú vasallo:
¡Aqueste es el galardon
Que te tuvo aparejado
Despues de muchos servicios
Y trabajos que has pasado,
Por sustentar su corona,
Y prosperar mas su Estado!
¡Oh falso, maldito viejo!
Oh emperador Carlo-Magno,
El alto Dios te destruya,
Pues tanto mal has causado,
Por tomar aquel consejo
Que Galalon te habie dado!
¡Murió mi esposo querido,
Juntamente con mi hermano
El esforzado Oliveros,
Valiente, mozo y osado,
Espejo de caballeros
Y de virtudes dechado!
¡Murieron todos los doce,
Adonde murió mi Orlando!
¡Murieron como valientes
En el campo peleando
Perdiendo todos las vidas,
Eterna fama ganando!—
Y diciendo estas razones
Amortecida ha quedado.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

402.

EL ALMIRANTE GUARINOS.—XVII.

(*Anónimo* [1].)

¡Mala la visteis, franceses [2],
La caza de Roncesvalles!
Don Cárlos perdió la honra,
Murieron los doce Pares,
Cativaron á Guarinos
Almirante de las mares:
Los siete reyes de moros
Fuéron en su cativare.
Siete veces echan suertes
Cual d'ellos lo ha de llevare;
Todas siete le cupieron
A Marlotes el infante.
Mas lo preciara Marlotes
Que Arabia con su ciudade.
Dícele d'esta manera,
Y empezóle de hablare:
—Por Alá te ruego, Guarinos,
Moro te quieras tornar;
De los bienes d'este mundo
Yo te quiero dar asaz.
De dos hijas que yo tengo
Yo te las queria dare,
La una para el vestir,
Para vestir y calzare
La otra para tu mujer,
Tu mujer la naturale.
Darte he en arras y dote
Arabia con su ciudade;
Si mas quisieres, Guarinos,

Mucho mas te quiero daro.—
Allí fablara Guarinos,
Bien oiréis lo que dirá:
—¡No lo mande Dios del cielo
Ni Santa María su Madre,
Que deje la fe de Cristo
Por la de Mahoma tomar,
Que esposica tengo en Francia,
Con ella entiendo casar!—
Marlotes con gran enojo
En cárceles lo manda echar [3]
Con esposas á las manos
Porque pierda el pelear;
El agua hasta la cinta
Porque pierda el cabalgar;
Siete quintales de fierro
Desde el hombro al calcañar.
En tres fiestas que hay en el año
Le mandaba justiciar;
La una Pascua de Mayo,
La otra por Navidad,
La otra Pascua de Flores,
Esta fiesta general.
Vanse dias, vienen dias,
Venido era el de Sant Juan,
Donde cristianos y moros
Hacen gran solemnidad.
Los cristianos echan juncia,
Y los moros arrayan;
Los judíos echan neas
Por la fiesta mas honrar.
Marlotes con alegría
Un tablado mandó armar,
Ni mas chico ni mas grande,
Que al cielo quiere llegar.
Los moros con alegría
Empiezan de le tirar:
Tira el uno, tira el otro,
No llegan á la metad.
Marlotes con enconía
Un pregon mandara dar,
Que los chicos no mamasen,
Ni los grandes coman pan,
Hasta que aquel tablado
En tierra haya de estar.
Oyó el estruendo Guarinos
En las cárceles do está:
—¡Oh válasme Dios del cielo
Y Santa María su Madre!
O casan hija del Rey,
O la quieren desposar,
O era venido el dia
Que me quieren justiciar.—
Ondolo ha el carcelero
Que cerca se fué á hallar:
—No casan hija de Rey,
Ni la quieren desposar,
Ni es venida la Pascua
Que te suelen azotar;
Mas era venido un dia,
El cual llaman de Sant Juan,
Cuando los que están contentos
Con placer comen su pan.
Marlotes de gran placer
Un tablado mandó armar;
El altura que tenia
Al cielo quiere llegar.
Hanle tirado los moros,
No le pueden derribar;
Marlotes de enojado
Un pregon mandara dar,
Que ninguno no comiese
Hasta habello derribar.—
Allí respondió Guarinos,
Bien oiréis qué fué á hablar
—Si vos me dais mi caballo,
En que solia cabalgar,
Y me diésedes mis armas,
Las que yo solia armar,
Y me diésedes mi lanza,
La que solia llevar,
Aquellos tablados altos
Yo los entiendo derribar,
Y si no los derribase
Que me mandasen matar.—
El carcelero qu'esto oyera
Comenzóle de hablar:
—¡Siete años habia, siete
Que estás en este lugar,
Que no siento hombre del mundo
Que un año pudiese estar,
Y aun dices que tienes fuerzas
Para el tablado derribar!
Mas espera tú, Guarinos,
Que yo lo iré á contar
A Marlotes el infante
Por ver lo que me dirá.—
Ya se parte el carcelero,
Ya se parte, ya se va;
Siendo cerca del tablado
A Marlotes hablado ha:
—Una nueva vos traia,
Queráismela escuchar:
Sabed que aquel prisionero
Aquesto dicho me ha:
Que si le diesen su caballo,
El que solia cabalgar,
Y le diesen las sus armas,
Que él se solia armar,
Que aquestos tablados altos
Él los entiende derribar.—
Marlotes de qu'esto oyera
De allí lo mandó sacar;
Por mirar si en caballo
Él podria cabalgar,
Mandó buscar su caballo,
Y mandáraselo dar,
Que siete años son pasados
Que andaba llevando cal.
Armáronlo de sus armas,
Que bien mohosas están.
Marlotes desque lo vido
Con reir y con burlar
Dice que vaya al tablado
Y lo quiera derribar.
Guarinos con grande furia
Un encuentro le fué á dar,
Que mas de la mitad dél
En el suelo lo fué á echar.
Los moros de qu'esto vieron
Todos le quieren matar;
Guarinos como esforzado
Comenzó de pelear
Con los moros, que eran tantos,
Que el sol querian quitar.
Peleara de tal suerte
Que él se hubo de soltar,
Y se fuera á la su tierra
A Francia la natural:
Grandes honras le hicieron
Cuando le vieron llegar.

(*Cancionero de Romances.*—II. *Aquí comienza un romance del conde Guarinos.* Pliego suelto.)

[1] Los primeros versos de este romance han quedado como proverbiales, y son tan populares, que Depping los supone traducidos en ruso y cantados por los paisanos de Siberia. Por lo demas, toda la composicion tiene el carácter de primitiva, y de ser de aquellas que conservó la tradicion mas ó ménos alteradas.

[2] Entre los de Bernardo del Carpio, hay tambien algunos que tratan de esta batalla y de la muerte de Roldan con los doce Pares.

Mala la hubisteis, franceses,
En esa de Roncesvalles.

Así pone estos dos versos Cervántes en la parte 2.ª, cap. IX del *Quijote*. Sin duda se modernizó la leccion del romance antiguo.

[3] Desde aquí es imitacion ó modelo del episodio ó situa-

cion de una novela caballeresca del siglo XIV, en la cual Urgel Danes, fundador de la casa de Maguncia, fue preso y maltratado por Carlo-Magno, quien despues de mucho tiempo, necesitando de él, le libró, y venció por su medio á sus enemigos. El noble y valiente caballo del paladin sufrió tambien la desgracia de su dueño; porque entregado á unos monjes, le dedicaron á sacar escombros y estiércol, dándole poco de comer. En fin, ya libre Urgel, y no hallando caballo que pudiese sostener sus gigantescos miembros, se acordaron de que existia el suyo, y le sacaron de su purgatorio, tornando con pasmo de todos, á pesar de su flaqueza y laceria, á servir á su amo.

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS CUYOS ASUNTOS ESTAN TOMADOS DE NOVELAS Ó DE POEMAS ITALIANOS.

403.

CERVINO MORIBUNDO.

(Anónimo [1].)

Muerte, si te das tal priesa
En llevarme á mi Cervino
Por dar á entender al mundo
Tu supremo poderio,
¡No has buscado buen ejemplo,
Pues queda en su fama vivo,
Donde tu fiera guadaña
Probará en vano sus filos!
Y si pretendes mostrar
Que es amor, cual dicen, niño,
Y que el deshacer sus obras
Pende de solo tu arbitrio,
¡Mira que en las almas mora,
Y estas tú no las has visto!
Si piensas que ha de quedar
La que me queda conmigo,
Seguiréle al alto cielo,
Seguiréle al hondo abismo,
Y hará iguales nuestras vidas
Esta mano y un cuchillo;
Que si propuse morir
Por guardar mi cuerpo limpio,
Cuando le quiso violar
El infame vizcaino,
No con ménos voluntad
Que por la mar le he seguido
Le seguiré por las aguas
Del horrible lago Stigio.—
Cervin recogió el aliento
En los labios casi frios,
Y apénas la voz formando
Estas palabras le dijo:
—¡Oh castísima Isabela
En cuya viudez confio
Hacer mayor resistencia,
Que con mi fama al olvido!
Mas precioso es el dolor
Que cabe dentro del juicio,
Que el que sus límites rompe
Y llega á ser desvario.
Vivid, señora, vivid
Lo que Dios fuere servido,
Y no muera yo dos veces,
Si en vos, como decis, vivo.
Reserváos para suplir
Las faltas que yo he tenido,
Y no dejeis á otras manos
Este religioso oficio.
No pido yo sepultura,
Que escurezca las de Egipto
Para mis huesos, que presto
Serán polvos, y no mios;
Un templo para mi nombre
Dentro en vuestro pecho pido,
Y no se diga: *aquí yace*,
Sino: *aquí vive Cervino.*

(*Romancero general.*)

[1] Asunto tomado de uno de los mas tiernos episodios del *Orlando furioso* de Ariosto.

404.

OLIMPIA Y VIRENO.—I.

(Anónimo [1].)

De su querido Vireno
Ingratamente olvidada
La bella Olimpia se queja
Con mil suspiros del alma:
Y viendo como se parte
Rompiendo las raudas aguas,
A vueltas de los suspiros
Le dijo aquestas palabras:
—¡Aguarda, dulce enemigo!
¡No te apresures, aguarda!
¡Oye una mujer, siquiera
Por ser mujer, que esto basta!
¿Qué te he hecho que me aborreces?
Si es porque mi pecho te ama,
No tienes razon en eso,
Que amor con amor se paga;
Pero ya que no me quieres,
Escucha mis tristes ansias;
¡Mas, mal escucharme puede
Una piedra dura, helada!
Oye mis quejas, que al cielo
Y aqueste universal mapa
Pongo por fieles testigos
Para defender mi causa;
Mas ya que te muestras sordo,
Ellos oirán mis desgracias,
Si ya no estan conjurados
Contra mí, á quien mas no falta.
Sol, que desde el cuarto moble
Muestras alegre tu cara
Alumbrando el orbe todo
Y haciendo crecer sus plantas,
Luna, que á la noche oscura
Con tus rayos vuelves clara;
Estrellas, que todo el cielo
Bordais de flores de plata;
Tierra, de los hombres madre,
De las mujeres madrastra,
Que no es mucho pues las crias
Tan tristes y desgraciadas:
Cielos, estrellas, sol, luna,
Elementos, piedras, plantas,
Rios, vientos, prados, flores,
Con las mas cosas criadas,
«Mirad una desdichada
»Que ama aborrecida ¡ay tal desgracia!
»Veréis, si me mirais, en mí un retrato
»De una mujer que adora un hombre ingrato.»
Mujeres, que ya en el mundo
Lograis vuestras esperanzas
Casadas con gusto vuestro,
Y no como yo casadas;
Viudas, que el marido muerto,
Gozais de libertad tanta,
Aguardando ya otras bodas
Por dejar las tocas largas;
Doncellas, que sois servidas
De mil galanes que os aman,
Pasando la juventud

En fiestas y en esperanzas;
Amadas, si hay en el mundo
Algunas que sean amadas,
Que como las aman hombres
No seran sino engañadas;
Aborrecidas, si algunas
Hay, ¡pero bien habrá hartas,
Que es condicion de los hombres
Poner en su amor mudanza!
Ricas, las que de tesoros
Gozais, y con vuestras galas,
Como los prados con flores,
Alegrais la tierra varia;
Hermosas, á quien el cielo
Ha dotado de mil gracias,
Dándoos cristal en los pechos,
Y en las mejillas el nácar;
Feas, que siendo graciosas
Sois libres de las aljabas
Del niño ciego Cupido,
Aunque no tan desdeñadas;
Viudas, casadas, doncellas,
Aborrecidas y amadas,
Ricas, pobres, feas, hermosas,
Nobles, humildes y bajas,
«Mirad una desdichada
»Que ama aborrecida ¡ay tal desgracia!
»Veréis, si me mirais, en mí un retrato
»De una mujer que adora un hombre ingrato.»

(*Romancero general.*)

[1] El episodio de *Orlando furioso*, en que bajo los nombres de Olimpia y Vireno imitó Ariosto la fábula griega de Ariadna y Teseo, ha servido de asunto á este romance y al que le sigue.

405.

OLIMPIA Y VIRENO.

(*Anónimo* [1].)

Subida en un alta roca
Donde bate el mar insano,
Del engañador Vireno,
Olimpia se queja en vano.
¡Traidor, tirano!
Hiere con golpes crueles
Aquel rostro soberano,
Mordiendo sus manos bellas
Cual de rabia herido alano.
¡Traidor, tirano!
Dale mil voces, diciendo:
—Vuelve, no huyas, villano,
De quien por ganarte á tí
Perdió á su madre y hermano.
¡Traidor, tirano!
Heciste un hecho en amarme
De caballero lozano,
Y agora, en dejarme sola,
Haces hecho de villano.
¡Traidor, tirano!
¿Por qué no te despedias,
Corazon de tigre hircano,
Ya que no por amador,
Siquiera por cortesano?
¡Traidor, tirano!
En dejarme aquí burlada
Vas muy contento y ufano;
Mas acuérdate que puse
Tu vida y honra en mi mano,
¡Traidor, tirano!
En llevarme, ¿qué perdias?
En dejarme, ¿qué has ganado,
Sino que me coma luego
Algun leon mas cercano?
¡Traidor, tirano!
Cogiste de mi jardin
La flor, siendo tú hortelano,
¡Mira con cuántos deleites
Gozaste de este verano!
¡Traidor, tirano!
¡Oh mar, que sufres las velas
Del mas ingrato y tirano!
Haz que los contrarios vientos
Vuelvan la nave á este llano.
¡Traidor, tirano!
Vuelve, Vireno, no tengas
Corazon tan inhumano;
Mas el darme aquí la muerte
Será remedio mas sano:
¡Traidor, tirano!

(*Romancero general.*—It. *Flor de nuevos y varios Romances*, 2.ª parte.)

[1] Véase la nota del anterior.

406.

ANGÉLICA Y RUGERO.

(*Anónimo* [1].)

En una desierta isla,
Tendida en la fria arena,
A un duro tronco amarrada
Está Angelica la bella.
Unos corsarios la tienen
Para manjar de una fiera,
Que habita en el mar furioso,
Y tiene el sustento en tierra,
Y solo de carne humana
Su fiero cuerpo sustenta;
Cuando el valiente Rugero
Por aquella parte allega,
El cual como así la vido
No sabe si duerme ó sueña,
Que está atonito de ver
Tan acabada belleza.
Estándola así mirando
Un ruido grande suena,
Y es que la bestia marina
Viene á comer la doncella.
Rugero trae un escudo
Obrado por tal manera,
Que quitándole un cendal
Su gran luz la vista ciega:
Y porque su claridad
A la doncella no empezca,
Sacó un anillo encantado
De extraña virtud y fuerza,
Que ningun encantamiento
No le daña á quien le lleva.
Púsosele así al momento
En la mano blanca y bella,
Y habiéndola desatado
Del tronco donde está puesta,
Se apercibe á la batalla
Con la temerosa fiera.
Angélica reconoce
Que el anillo que la diera
Era suyo, y le fué hurtado
Por un ladron en su tierra;
Y como la que bien sabe
Su extraña virtud y fuerza,
Mudó al momento el anillo
Del dedo á la boca bella,
Y luego desaparece
Como á la boca le llega,
Y así se va por el campo
Sin que Rugero la vea.
El saliendo con victoria
De aquella lid tan sangrienta,
Se vuelve muy descuidado
A buscar la dama bella
Y como reconoció
El engaño en que cayera,
A lamentar de su suerte

Comienza d'esta manera :
—Ingrata dama, de traicion dechado,
Que pagas con engaño manifiesto
El favor que rendido te he prestado,
Robando el rico anillo; lleva el resto,
Lleva el escudo y el caballo alado,
Llévame á mí tambien; pero tras esto
Muestra la hermosa faz que aquí me escondes,
¡Ingrata, que oyes dura, y no respondes!

(*Romancero general.*)

[1] Igualmente es asunto tomado del *Orlando furioso.*

407.

SACRIPANTE Y ANGÉLICA.

(*De Lúcas Rodriguez*[1].)

Por una triste espesura,
En un monte muy subido,
Vi venir un caballero
De polvo y sangre teñido,
Dando muy crueles voces
Y con llanto dolorido.
Con lágrimas riega el suelo
Por lo que le ha sucedido;
Que le quitaron á Angélica
En un campo muy florido
Dos caballeros cristianos,
Que en rastro dél han venido.
Y viéndose ya privado
Del contento que ha tenido,
Sin su Angélica y su bien
Va loco por el camino.
Desmayado marcha el moro
Con diez lanzadas herido,
Pero no se espanta d'eso,
Ni se daba por vencido;
Que en llegando á una verdura
Del caballo ha descendido
Para atarse las heridas,
Que mucha sangre ha perdido,
Y con el dolor que siente
En el suelo se ha tendido,
Y con voces dolorosas,
Triste, ansioso y afligido,
Maldecia su ventura,
Y el dia en que habia nacido,
Pues no se podia vengar
D'este mal que le ha venido.
Estando en esta congoja,
El gesto descolorido,
Dando sospiros al aire,
El alma se le ha salido.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

[1] La muerte de Sacripante tambien es asunto del *Orlando furioso.*

408.

ANGÉLICA Y MEDORO.—

(*Anónimo*[1].)

Envuelto en su roja sangre
Medoro está desmayado;
Que el enemigo furioso
Por muerto le habia dejado,
Y el ser leal á su Rey
Le ha traido á tal estado.
Los ojos vueltos al cielo,
Y el cuerpo todo temblando,
De color pálido el rostro,
Y el corazon traspasado,
Lleno de heridas mortales
Por un lado y otro lado;
Pero al fin con flaco aliento
Y el espíritu cansado,
Dijo :—Rey y señor mio,
Perdona que no te he dado
La sepultura debida
A cuerpo tan esforzado;
Mas yo muero por cumplir
Con lo que estaba obligado.
De mi muerte no me pesa,
Pues lo permitió mi hado :
Pésame de no acabar
Lo que habia comenzado,
Y de ver que no ha podido
Estando tan obligado,
Cumplírseme este deseo,
Pues muriera consolado.
De todo perdona, Rey;
Que pues no quiso mi hado
Que estuviera á tus obsequias,
Bien es muera desgraciado.—
Y estando en esta congoja,
Angélica que ha llegado,
Que por caminos y sendas
Huyendo andaba de Orlando,
Reparó viendo á Medoro,
Y el cuello y rostro mirando,
Sintió un no sé qué en el pecho,
Que el corazon le ha robado,
Y así el corazon mas duro
De los que el cielo ha criado
Está rendido y medroso,
Vencido y enamorado,
Y con esta novedad
Se siente todo abrasado.

(*Romancero general.*)

[1] Del *Orlando furioso.*

409.

ANGÉLICA Y MEDORO. — II.

(*De Lúcas Rodriguez*[1].)

Sobre la desierta arena
Medoro triste yacia,
Su cuerpo en sangre bañado
La cara toda teñida,
Con tristes ansias diciendo :
—¡Grande ha sido mi desdicha!
¡Por ser leal á mi Rey
Pierdo cuitado la vida!
No me pesa tanto d'esto,
Que muy bien está perdida,
Como de ver que he quedado
Muerto en esta arena fria.
Aunque me coman las fieras
En esta sola campiña,
No habrá quien de mí se duela,
Ni me tenga compañía.
Sintiéronme los cristianos,
Y lo pagó el alma mia.
¡Oh si quisiese ya Febo
Alumbrarme estas heridas!—
Y hablando tristemente
Con las ansias que sentia,
Vido á Angélica la bella
Que de su amor se rendia;
Y como vió á su Medoro
Tendido en la verde orilla,
Movida de compasion
Para él derecha se iba,
Y del palafren se apea;
D'esta manera decia :
—No temas, buen caballero,
Pues pareces de alta guisa;
Que á los casos de fortuna
El valor los resistia.—
Por el campo anda buscando
Si halla alguna medicina :
Las yerbas que son mejores
Entre las piedras molia,
Ya se las pone al Infante

En las mayores heridas;
Si el moro tiene dolor
Ella no tiene alegría.
Mirando estaba á Medoro,
Que mas que á sí lo queria;
Súbelo en su palafren
Y Angélica á pié camina:
Sin sentir jamas cansancio
Con su Medoro se iba,
Triunfando con gran contento,
De todo el reino de Hungria.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

[1] Asunto tomado del *Orlando furioso.*

410.

ANGÉLICA Y MEDORO. — III.

(*Anónimo.*)

Regalando el tierno vello,
De la boca de Medoro,
La bella Angélica estaba
Sentada al tronco de un olmo.
Los bellos ojos le mira
Con los suyos piadosos,
Y con sus hermosos labios
Mide sus labios hermosos.
«¡Ay moro venturoso,
»Que á todo el mundo tienes envidioso!»
Convaleciente del cuerpo
Estaba el dichoso moro,
Y tan enfermo del alma
Que al cielo pide socorro.
Enternecida á las quejas
Angélica de Medoro,
Le cura con propia mano
Y queda sano del todo
«¡Ay moro venturoso,
»Qué á todo el mundo tienes envidioso!»
A las quejas y dulzuras
Que los dos se dicen solos,
Descubriéndolos el eco
Orlando llegó furioso;
Y viendo á su hiedra asida
Del mas despreciado tronco,
Pone mano á Durindana
Lleno de celos y enojo.
«¡Ay moro venturoso,
»Que á todo el mundo tienes envidioso!»

(*Romancero general.*)

411.

ANGÉLICA Y MEDORO. VI.

(*De Don Luis de Góngora* [1].)

En un pastoral albergue,
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido,
O lo perdonó por pobre;
Do la paz viste pellico
Y conduce entre pastores,
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte;
Mal herido, y bien curado
Se alberga un dichoso jóven,
Que sin clavarle Amor flechas
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche
Le halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al moro conoce,
Sino por ver que la yerba,
Tanta sangre paga en flores.
Límpiale el rostro, y la mano
Siente al Amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,
Porque labren sus arpones
El diamante de Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra, sin ver por donde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.
Ya es herido el pedernal,
Ya despide al primer golpe
Centellas de una piedad
Hija de padres traidores.
Yerba le aplica á las llagas,
Que si no sanan entónces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.
Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas,
¡Los rayos del sol perdonen!
Los últimos ñudos daba,
Cuando el cielo la socorre
De un villano, en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven
Y las sordas piedras oyen;
Y la que mejor se halla
En las selvas, que en la corte,
Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo casi sin alma;
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guia,
Que el sol deja el horizonte,
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte.
Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzon sus dichas logre.
Las manos pues cuyos dedos
D'esta vida fuéron dioses
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles,
Y le entregan, cuando ménos,
Su beldad y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enjambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas
Hueco tronco de alcornoque.
¡Qué de ñudos le está dando
A un áspid la vida torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores!
¡Qué bien la destierra Amor
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y el lugar no se inficione.
Todo es gala el Africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfanje depone:
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Vénus

Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden,
Si lo ahrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
El pié calza en lazos de oro
Porque la nieve se goce,
Y no se vaya por piés
La hermosura del orbe.
Todo sirve á los amantes;
Plumas les haten veloces
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores:
Los troncos les dan cortezas
En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol,
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.
Cuevas do el silencio apénas
Deja que las sombras moren,
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus horrores.
¡Choza pues, tálamo y lecho
Contestes d'estos amores
El cielo os guarde si puede
De las locuras del Conde!

(Góngora, *Obras de.*)

[1] Fuera de algunas imperfecciones propias de la manía de Góngora, es este en mi opinion el mejor romance de la buena época de nuestra poesía.—Tambien el *Orlando furioso* ha dado asunto á esta composicion, donde el imitador compite con el original.

412.

ANGÉLICA Y MEDORO.—V.

(*Anónimo* [1].)

Las heridas que á Medoro
Dejaron del todo sano
A pesar de Sacripante
De Agrican y de Reinaldos,
Cura Angélica la bella
Con sus angélicas manos,
Buenas para matar vidas,
Y para sanar llagados.
Miéntras cura el mal ajeno
Va creciendo el propio daño:
Consuelo busca al herido
Faltándole á su cuidado,
Y olvidada de quien era
Mas que del Conde encantado,
Dice al nuevo prisionero
Teniéndole en su regazo:
—Diferentes llagas son,
Medoro, las que hay en mí:
Unas te llagan á tí,
Y otras á mi corazon.
Tu daño descubresé,
Y así puede remediarse,
Mas al mio no hay curarse,
Porque duele y no se ve.—
Vuelve los ojos el moro,
Ya de ofendido esforzado,
Para agradecer la cura
Y sacarla de cuidado;
Que aunque el médico fué tal,
Fué la cura, sobresano,
Pues tan presto descubrió
Con esta razon su daño.
—Heridas del cuerpo fuéron
Las que, Angélica, curaste,
Mas apénas las miraste
Cuando del alma se hicieron.
¡Mira qué tal he quedado,
Pues cuando mi mal sentí
Herido vivo me vi,
Y agora muerto, curado!

(*Romancero general.*)

[1] Asunto tomado del *Orlando furioso.*

413.

ANGÉLICA Y MEDORO. — VI.

(*Anónimo* [1].)

Con aquellas blancas manos
Que quitaron tantas vidas,
Curando Angélica estaba
De Medoro las heridas.
Deteniéndole está el alma;
Que hasta la muerte enemiga
Respeta las blancas manos,
Y sus milagros admiran.
El moro la está mirando
Con su enternecida vista,
Y regalando la voz
Así le dice y suspira:
«¡Ay, dulce vida mia,
Deten el alma que á salir porfia!»
Si escribí tu amado nombre
En estas cortezas lisas
D'estos árboles, testigos
De tus glorias y las mias,
Agora que está mi sangre
Sobre mi pecho vertida,
Imprime como en diamante
Letras en el alma escritas.
Mira bien cómo las tratas,
Que si por Medoro olvidas
Tantos Rugeros y Orlandos,
Muerto yo, tú te confirmas:
«¡Ay, vida dulce mia,
»Deten el alma que á salir porfia!»

(*Codice del siglo* XVI.)

[1] Asunto tomado del *Orlando furioso.*

414.

LOCURA DE ROLDAN. — I.

(*Anónimo* [1].)

Entre los dulces testigos
De la gloria de Medoro,
Fuentes, árboles, jazmines,
De las ninfas bello coro
Donde el moro bienandante
Gozó del dulce tesoro
De aquella bella hermosura
Enlazada en lazos de oro,
Esta el valeroso Orlando
Vuelto una fuente de lloro,
Diciendo entre mil suspiros:
¡Ay felicísimo moro!
Dícele: — Fiero enemigo,
¿Qué es del sol por quien yo lloro?
¡Agora gozas la lumbre
Por quien en tinieblas moro!
Pues tienes rendida el alma
De aquella á quien yo adoro,
Yo te sacaré la tuya,
Si de este estado mejoro.
Bien sé que con tal venganza
El sér de Orlando desdoro;
Pero el amor me disculpa,
Que á nadie guarda el decoro. —
Luego con rabiosa basca

Bramando cual bravo toro
Se embravece contra sí
Aumentando mas su lloro.

(*Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

1 Tambien está tomado del *Orlando furioso*.

415.

LOCURA DE ROLDAN. — II.

(*Anónimo* 1.)

«Aquí gozaba Medoro
»De su bella deseada,
»A pesar del Paladino
»Y de los moros de España:
»Aquí sus hermosos brazos,
»Como hiedra que se enlaza,
»Ciñeron su cuello y pecho
»Haciendo un cuerpo dos almas.»
Estas palabras de fuego,
Escritas con una daga
En el mármol de una puerta,
El conde Orlando miraba.
Y apénas leyó el renglon
De las postreras palabras,
Cuando con voces de loco
Echo mano á Durindana,
Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan;
Que de palabras de amor,
No solamente en las almas,
Que en las piedras entra el fuego
Y d'ellas sale la llama.
La columna deja entera,
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser mas firme
Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro
Vió pintada en una cuadra
La amarilla y fiera muerte,
Que á los piés de un niño estaba.
Conoció que era el Amor
En las flechas y el aljaba,
Y unas letras que salian
De las manos de una dama.
Lo que decian repite
Como quien no entiende nada;
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar el alma.
Las letras dicen: «Medoro,
»El grande amor de tu esclava
»Ha de vencer á la muerte,
»Que muerto vive quien ama.»
No tiene el Conde paciencia,
Que alborotando la sala
Despedaza cuanto mira:
¡De amor injusta venganza!
Lo que dice y lo que siente
Entiéndalo quien bien ama,
Si sabe el mal que son celos,
Que llaman muerte de rabia.

(*Romancero general.*)

1 Del *Orlando furioso*.

416.

LOCURA DE ROLDAN.—III.

(*De Lúcas Rodriguez* 1.)

Suspenso y embravecido,
Con celoso sobresalto,
El fiero conde de Brava,
Tristemente se ha hallado
En un prado y sitio umbroso,
Al grueso tronco de un arbol,
Porque vido en la corteza
Todo su mal estampado,
De cuya triste escultura
Aquesto entendió el cuitado.
«Medoro, el mas venturoso
»Que entre los hombres se ha hallado,
»De Angélica dulce y bella
»Donde el cielo se ha extremado,
»Reina de la hermosura,
»Princesa del gran Catayo,
»Con mil amorosos ñudos
»Alegremente enlazados,
»Sin sobresalto y seguro
»A mi placer he gozado.
»Yo solo he cogido el fruto
»Que á tantos les fué negado,
»Y de mísero escudero,
»Me dió el amor tal estado.
»Prados, plantas, yerbas, flores,
»Gozad de mi alegre hado:
»Y tú, que aquesto leyeres,
»Alégrate en mi cuidado;
»Que aquí lo dejo en memoria
»Para todo enamorado.»
De sudor se cubre el Conde,
Los huesos le están temblando;
Dudoso, confuso y triste
Vuelve la rienda al caballo.
— Otra, dice, será aquesta,
Y no la que voy buscando;
Y si es ella, yo soy, cierto,
Su Medoro afortunado;
Que aqueste nombre me ha puesto
Como á dulce enamorado.—
Y así del bosque se aleja,
Y acércase a lo poblado.
En una casa se alberga
De un guardador de ganado;
Sin cenar se acuesta el Conde,
De grave dolor cercado.
Poco reposo ha tenido
Porque el huésped le ha informado,
Que Angélica y su Medoro
En la cama do está echado
Gozaron de sus amores,
Habiéndose allí casado.
Un brazalete le muestra,
Que por paga le han dejado.
Conoce Orlando las señas,
Y como hombre endemoniado,
Salta huyendo del lecho:
En un momento fué armado.
Maldiciendo sale al huésped,
Y maldiciendo su hado,
A la espesura se torna:
Derecho se viene al árbol,
Y con un ansia rabiosa
A Durindana ha sacado,
Y adonde está la escritura
Encamina el fuerte brazo.
Hiende, corta, raja y parte:
En mil piezas lo ha tornado:
Los ojos pone en el cielo,
Y en Angélica el cuidado.
—¡Ay ingrata! el Conde dice,
¡Ay amor mal empleado!
¿Estas eran las promesas?
¿Este el amor dulce y blando?
¡Acordáraste, cruel,
Cuántas cosas me has mandado,
Y á cuántos graves peligros
Por tí me he determinado!
¡Cuántos extraños hechos
Por tí ejecutó mi brazo!
¿Por qué, traidora, has querido
Que muera desesperado?—
Y tan grave dolor siente
En estas cosas pensando,

Que sin sentimiento alguno
Se arroja en el verde prado.
Torna en sí despavorido,
De seso y razon privado:
De su caballo se ajena
¡Ved quién deja tal caballo!
Aquí va dejando el yelmo,
Allí el arnes va dejando,
Tambien deja á Durindana,
La que quiere Mandricardo,
Que la escogiera Cervino
Para que le cueste caro.
No pára el cuitado en esto,
Que al punto se ha despojado
De vestido y de razon,
Que es gran compasion mirallo:
Y tan furioso se muestra,
Que ¡ay de aquel que le ha encontrado!
A cuantos topa da muerte,
Todo lo va destrozando.
Niños, mancebos y viejos,
A nadie no ha perdonado.
No pára en la casa el dueño,
Ni pastor en su ganado:
Si no se topa con gente
Las bestias hace pedazos:
Cuando no pára en la tierra,
Por la mar entra nadando.
Al sol, al aire y al frio
Curtido y disfigurado,
Sin comer, pobre y desnudo,
Anda el triste conde Orlando,
Hasta que su primo Astolfo
El seso le haya tornado.
¡Mirad los hechos de amor!
¡Libreos Dios de tal cuidado!

(Rodriguez, *Romancero historiado*.)

1 Del *Orlando furioso*.

417.

DORALICE ABANDONA Á RODAMONTE CON QUIEN ERA DESPOSADA, Y ESCOGE Á MANDRICARDO.

(*Anónimo* [1].)

Con soberbia y gran orgullo,
Que todo el mundo espantaba,
Saliérase Rodamante,
Ese bravo Rey de Zarza:
Rey de Zarza y de Argel era,
Que por tal se intitulaba,
En busca de Mandricardo,
Aquese rey de Tartaria,
Que se lleva á Doralice,
Hija del rey de Granada.
Quitóla a cien caballeros
Que la tenian en guarda.
A pié va, que no a caballo,
Bien armado, y sin espada;
Solo va con un baston
Que de un árbol desgajara.
¡Tan feroz y tan sañudo,
Tan sin tiento caminaba,
Que no hay oso ni leon
Que mirar le ose en la cara!
Por una muy alta sierra
Al bajar de una montaña
Vido estar á Mandricardo
En regazo de su dama,
Que le enjugaba el sudor
Y la cara le limpiaba.
Doralice que le vido,
Allí habló con voz turbada:
—¡Triste de mí, Mandricardo!
¡Amarga de mí, cuitada!
Veo venir á Rodamonte
A quien yo le dí palabra
Para casarme con él,
Y por vos la quebrantara.
Defendedme, mi señor,
Solo que con él no vaya.—
Mandricardo que esto oyera,
El yelmo luego abajara:
Vase para Rodamonte
Que en el campo le aguardaba.
Ya traban los dos guerreros
Entre ellos cruda batalla.
Por allí pasara un moro
Que Ferragut se llamaba.
—¿Qu'es aquesto, caballeros?
¿Para qué es riña tan brava?—
Respondiera Doralice,
D'esta suerte proposara:
—De aquesta batalla, el moro,
Yo soy la principal causa,
Porque escogí á Mandricardo,
Y á Rodamonte dejara.—
Ferragut aquesto oyendo
Concertarlos procuraba.
Sosegados que los tuvo
D'esta suerte les hablaba.
—Paréceme, caballeros,
Que entendida vuestra saña
No querais con tanto esfuerzo
Morir por cosa tan baja;
Y señale Doralice
De los dos cuál mas amaba.—
Rodamonte y Mandricardo
Se contentan, pues pensaba
Cada cual ser escogido
De la que presente estaba.
Rodamonte en este caso
De la dama confiaba,
Por los pasados servicios
Que por ella hizo en Granada,
Y á mas que de ser su esposa
Le habia dado palabra.
Mandricardo, muy mejor
En ella se aseguraba,
Porque por él era dueña [2],
Y su hermosura gozara.
Doralice sin vergüenza
De esta suerte sentenciara:
—Yo desecho á Rodamonte,
Y á Mandricardo me daba,
Porque obras son amores,
De palabras no curaba.—
En oirlo Rodamonte
De Mahoma blasfemaba,
Porque de cuantas ha amado
A él ninguna le amara,
Y empezó de discantar
Lo que en Doralice hallaba [3].
—¡Oh ingenio femenino!
¡Fuerza sin fuerza ganada!
¡Sin fe, sin ley, variable,
Mas hueca que no la caña!
¡Importuna, soberbiosa,
Pestilencia no curada,
Desleal, ingrata, cruel,
Falsedad jamas pensada,
Discípula del demonio,
Amicicia solapada,
En fin, maldad de maldades,
Vista y lengua emponzoñada!

(Timoneda, *Rosa gentil*. — It. Volf, *Rosa de Romances*.)

1 El asunto está tomado del canto 27 del *Orlando furioso* de Ariosto. Se omite el romance de Lúcas Rodriguez, que empieza: *Con soberbia muy crecida*, inserto en su *Romancero historiado*, porque este aquí puesto es una reproduccion hasta de los mismos versos de aquel; pero está mas largo y extenso.

2 Es decir: porque por él habia dejado de ser doncella.

3 Este lance, acaecido á Rodamonte con Doralice, dió márgen á que el Ariosto le hiciese contar el sabroso cuento que despues La-Fontaine, excediendo al original, compuso: donde

Astolfo y su favorito Jocundo experimentan lo poco que hay que fiar de la fidelidad de las mujeres.—Tambien este mismo hecho origina la prueba de la copa encantada con que Rodamonte brindó á Reinaldos, para que se cerciorase de la virtud de su esposa Claricia, á lo cual se negó Reinaldos cuerdamente.

418.

RODAMONTE CELOSO Y DESPECHADO.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

De sus dioses blasfemando
El moro Zarza salia
Mal contento y enojado
De aquella sentencia esquiva,
Que Doralice le ha dado
Delante el Rey aquel dia.
Va como toro furioso
Cuando la vaca perdia,
Que á todas partes bramando
Lo lleva el mal que sentia.
Por los lugares que pasa
Con sospiros se encendia;
El aire, la tierra y cielo,
El eco le respondia
Provocando á compasion
De la que el moro traia.
De Doralice se queja
Y estas palabras decia:
—Femenil ingenio flaco,
¿Cómo vuelves cada dia
Tu fe, tu palabra y ley
Que de ántes me ofrecias?
La causa de sentenciar
Contra mí, como enemiga,
No fué porque Mandricardo
Entiendas que mas valia,
Sino solo en ser mujer,
Que á mudanza te convida.
¿Por qué la naturaleza,
Si ella es justa, permitia
Que de tí el hombre naciese
Para ser engrandecida?
No de tenerle por hijo
Recibas tanta alegría,
Pues que la fragante rosa
Suele salir de la espina,
Y entre yerbas no olorosas
Fragante lirio se cria.
Sois importunas, crueles,
Faltas de sabiduría,
Inicuas, falsas, ingratas,
Por quien el bien se desvia:
Sois un género en el mundo
De pestilencia escondida.—
Estas palabras diciendo
El moro sigue su via,
Y una voz de léjos oye
Que d'este modo decia:
—Rodamante valeroso,
Flor de la caballería,
No digas mal de mujeres,
Pues en ellas no cabia.—
El moro desque esto oyera
Del dicho se arrepentia.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

[1] Del *Orlando furioso*.

419.

DISCORDIA DEL CAMPO DE AGRAMANTE.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

En el real de Agramante
Que sobre Paris tenia,
Fuego ardiente de discordia
A mas andar se encendia,
Y en los mas robustos pechos
Que en toda la tierra habia,
Furia y saña están soplando
Con la soberbia á porfía:
El rencor echa la leña,
Y la venganza lo atiza;
Suben tan alto las llamas
Que por los ojos salian;
Reyes y príncipes moros
Atajarlo no podian,
Porque el fiero Rodamonte
Mortalmente desafia
Al valiente Mandricardo
Sobre la cuestion antigua
De la linda Doralice
Que á los suyos quitó un dia;
Y Mandricardo á Rugero
Campal batalla pedia,
Sobre que el Aguila blanca
No ha de traer por divisa;
Y Rugero á Rodamonte
Con grande furor pedia
Que le vuelva su caballo,
O que á morir se aperciba.
Tambien demanda batalla
A Mandricardo Marfisa,
Porque se alabó por armas
De ganarla por amiga.
Los unos piden el campo,
Los otros lo concedian;
Sobre quién será el primero
Nueva disputa se cria.
Nadie basta á concertallos;
Mas un medio se escogia:
Que entren todos cuatro en suerte,
A ver quién y quién serían.
Luego los nombres de todos
De dos en dos se escribian,
Y de un cántaro sacados,
Salieron de aquesta guisa:
Mandricardo y Rodamonte
La primer suerte decia;
Mandricardo con Rugero
En la segunda leian;
Rugero con Rodamonte
La tercera prometia,
Y la cuarta y la postrera
Con Mandricardo y Marfisa.
Ya les hacen la estacada,
Y de gente se cubria.
Ferraguto y Sacripante
Con el rey de Argel se iban,
Y Gradaso y Falsiron
Con el rey de Tartaria.
Métenlos en sendas tiendas
Adonde armarse tenian.
Para los reyes y grandes
Un gran cadahalso se hacia,
Y las reinas y las damas
A verlo tambien salian;
Y la linda Doralice,
Por quien esta lid se hacia,
De verde con encarnado
Hermosamente vestia.
Ya que estaban aguardando
Que los guerreros saldrian,
En la tienda del rey tártaro
Se oyera una vocería;
Y es que armándole, Gradaso
La espada le conocia,
Que es la rica Durindana
Que tanto alabar oia,
Y por ganarla á Roldan
En Francia pasado habia.
Que se la dé le demanda,
O que le deje la vida.
Mandricardo de ira lleno
Le responde que haria
Sobre ello con él batalla

Si Rodamonte queria,
Y si no, dice el soberbio,
A entrambos la manternia.
Rugero, que sabe el caso,
Que no quiere respondia,
Que si nueva lid pretende,
Primero la lid seria.
Gradaso la quiere luego,
Rugero la defendia;
Todos tres andan revueltos,
Crece la saña y la grita.
Llega Agramante á las voces,
Y en concordia los ponia,
Y basta la lid primera,
Que la espada no se pida.
Ya que aquesto era acabado,
Se oyera gran vocería,
Que Sacripante las armas
A Rodamonte ponia,
Y mirando atentamente,
Su caballo conocia,
Frontino,aquel que Rugero
A Rodamonte pedia,
Y pide que se le vuelva
La batalla fenecida,
Que él se le quiere prestar
Por la amistad que tenian.
Rodamonte oyendo aquesto
Contra el cielo se volvia,
Y á Sacripante á batalla,
Y aun al mundo desafia.
Llega Agramante, y Gradaso,
Mandricardo y Ruger iban,
Y sabido todo el caso
En confusion les ponia.
Mas pretendiendo Agramante
Componer estas porfías,
Por la linda Doralice
Delante todos envia,
Y que á quien ella escogiere
De los dos que la querian,
Ese se quede con ella,
Y que el otro mas no pida.
El de Argel y el de Tartaria
Dicen que así lo querian,
Que el uno está confiado
Y el otro tambien confia.
Escogiera á Mandricardo,
Y Rodamonte se iba
Con la furia que va el toro
Que ha perdido la novilla.
Sacripante tras él parte,
Que su caballo queria.
Entre Rugero y Gradaso,
Echan suertes, cuál haria
Con Mandricardo batalla,
Y á Rugero le caia,
Con que la haga Rugero
Por lo que á los dos cumplia,
Y fué la mas brava y fuerte
Que visto jamas se habia;
Donde mostrando Rugero
El gran valor que tenia,
Gradaso ganó la espada,
Perdió el tártaro la vida.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

[1] Esta discordia del campo de Agramante, que la puso Ariosto en el *Orlando furioso*, la remedó y parodió Cervántes en el *Quijote*, cuando en la venta se disputaba sobre si la albarda de un asno era ó no rico jaez de caballo.

420.

DORALICE LLORA LA MUERTE DE MANDRICARDO.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

Llanto hacia Doralice
Sobre el cuerpo desangrado
De su muy querido esposo
Que estaba desfigurado.
Mira sus lumbres quebradas,
Su lindo color mudado:
Limpiándole está la sangre
Con un cendal delicado,
Y con ardientes sospiros
D'esta manera ha hablado:
—¡Mandricardo, amigo mio!
¿Como mueres mal logrado?
¿Que te valieron las armas
Que eran de Héctor el troyano?
Qué te valió el rico escudo
Que estaba tan encantado
Qué te valió mi favor,
Ni el granadino caballo,
Que bastante decias que era
Para romper todo un bando?
¿Qué es de aquel brazo feroz,
Que con la rama de un arbol,
Fué tal, que sacarme pudo
De entre cien hombres en salvo?
Quitásteme á Rodamonte,
Y con el hiciste campo;
Mataste al fuerte Cervino,
Ganaste la espada á Orlando.
¿Qué es de aquel juramento,
En que me habias jurado,
Que habia yo de ser reina
De Tartaria, tu reinado?—
Asi hablaba con él
Como si estuviera sano;
Mas es dar voces al aire,
Porque el moro desdichado
El alma habie despedido
Dejando el cuerpo finado.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

[1] Del *Orlando furioso.*

421.

MUERTE DE AGRICAN.

(*Anónimo* [1].)

Roja de sangre la espuela
De la ijada del caballo;
Rojo el petral y la cincha,
Y el freno hecho pedazos;
Despedazado el escudo,
Y el fuerte peto acerado,
Y hecha sierra la espada,
Sin vigor ni fuerza el brazo;
Abierta media cabeza
De un golpe de espada bravo,
Que no pudo resistillo
El fuerte yelmo encantado,
Junto á una pequeña fuente
Recostado en un peñasco
Estaba el fuerte Agrican
Para volverse cristiano.
Compañía tiene á solas,
Quien le acompañó en el campo,
Cuando con armas iguales
De las suyas hizo estrago.
Allí le dió agua de fe
Aquella invencible mano,
Que nunca se vió vencida
Jamas de ningun contrario.
Venia la noche escura,
Y el claro sol eclipsado,
Con agua y espesas nubes
Turbando los aires claros,
Y con temerosos truenos
En los valles resonando.
Cubrian la negra tierra
Relámpagos, piedra y rayos,
Cuando el ya cristiano Rey
El espíritu ha dejado,

Dejándole el cuerpo frio
Al paladin en los brazos.

(*Romancero general.*)

1 Del *Orlando furioso.*

422

BRADAMANTE MATA AL MORO URGEL.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Ya se parte el moro Urgel
De la ciudad de Granada
En busca de Bradamante,
Aquella dama preciada.
Dice que quiere probar
Con ella su espada y lanza,
Y que si acaso la vence
Por su grande esfuerzo y maña,
Que la ha de llevar consigo
A su muy querida patria,
Para casarse con ella
Aunque es de nacion cristiana.
Iba tan gallardo el moro,
Que bien claro demostraba
Ir por el amor guiado,
Y ser cual es su demanda.
Y andando por su camino
Junto á Momalvan llegaba,
Aquel castillo tan fuerte
Donde Bradamante estaba.
Y cuando cerca se vido
Gran gozo y placer tomaba;
Y por ver que era ya tarde
Hácia un lugar caminaba
Que dista muy poco trecho
De donde habita su amada.
Allí reposó la noche;
Mas no era bien de mañana
Cuando el fuerte Urgel se sale
En una yegua alazana,
De todas armas armado
Con su rico escudo y lanza,
Y en medio el escudo lleva
Una dama figurada,
Con una letra que dice:
«¡Fortuna, no seas contraria!»
Y así llegado al castillo,
Muy recio á la puerta llama;
Pero alzando la cabeza
Vió que entre una almena estaba
Un dispuesto caballero
Gallardo y de buena gracia.
Aqueste era Ricardeto,
A quien Reinaldos dejaba
Por guarda d'este castillo
Con sus hermanos y hermana.
Ricardeto que vió al moro
Dice: —¿Qué es lo que demandas?—
Y con alta voz el moro
D'esta manera le habla:
—Señor, soy un caballero
De tierra y nacion cristiana,
Y por solo ganar honra
Vengo á pedirte batalla,
Por ser tan grande tu esfuerzo
Y estimado en toda España.—
Ricardeto que lo oyó,
Sin respondelle palabra,
Manda ensillar su caballo,
Y que le traigan sus armas,
Y vase derecho al moro
Que en el campo lo esperaba.
El moro cuando lo vido,
Para él enristró su lanza;
Lo mismo hizo Ricardeto,
Y ambos á dos se encontraban.
En el escudo del moro
Quebró el cristiano su lanza;
Mas el moro le encontró
En medio de la celada,
De suerte que Ricardeto
Desatinado quedaba,
Y así se quedó en el suelo
Sin poder hablar palabra.
Con grande presteza el moro
Del caballo se arrojaba;
Quitado le habia el yelmo
Pensando que era su amada,
Y visto que era mancebo
De los piés y manos le ata.
No lo hubo bien atado
Cuando ya en el campo estaba
Alardo, el segundo hermano,
Armado de todas armas,
Y arremetió para el moro,
Y el moro tomó otra lanza;
Que como sagaz y astuto
La tenia aparejada.
Y cabalgando en su yegua
Ambos á dos se encontraban;
Pero Alardo vino al suelo,
Y el moro presto le ata.
Lo mismo hizo con Ricardo,
Que era el menor que quedaba
Bradamante, que esto vido,
Ciega de cólera y saña,
Viendo presos sus hermanos
En un momento se armaba,
Por no estar allí Reinaldos
Que entre la morisma andaba
Así la fuerte doncella
Donde está el moro guiaba,
Y llegada junto á él
D'esta manera le hablaba:
—Suelta, moro, á mis hermanos,
O apercíbete á batalla.—
El moro luego responde.
—Déjate d'esas palabras.—
Revolviendo sus caballos,
Y blandeando sus lanzas,
Se dan tan bravos encuentros,
Que ambas las hicieron rajas.
Bradamante volvió presto,
Poniendo mano á su espada;
El moro, muy orgulloso,
Su fuerte alfanje sacaba:
Danse tan bravos los golpes
Que los yelmos se abollaban.
El moro con gran furor
Un fuerte reves tiraba
A la hermosa Bradamante,
Que escudo y armas le pasa;
Mas descuidándose un poco,
Bradamante le acertaba
Un tal golpe en la cabeza,
Que la media le cortaba:
Así cayó el moro muerto
Por precio de su demanda,
Y la linda Bradamante
A sus hermanos desata:
Con ellos se va al castillo
Dándole á Dios muchas gracias.
¡Mirad cómo trata amor
A los que mejor le tratan!

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

423.

BRADAMANTE CELOSA.

(*Anónimo* [1].)

Suelta las riendas al llanto,
Celoso el pecho y airado,
La hermosa Bradamante,
Llena de angustia y cuidado,
Llora de Ruger la ausencia
Pensando haberla olvidado;

Arranca un suspiro y otro,
Que encendiera un pecho helado.
Mesa sus rubios cabellos
En que al amor ha enlazado,
Ganándole por despojos
Aljaba, flechas y arco.
Revuelve en el pensamiento
De vestir arnes tranzado,
Para buscar su Rugero,
A quien ya la palma ha dado.
—¿Qué es de ti? ¿Do estás, Rugero?
¡Mi bien! Mi dulce cuidado!—
Marrano llámale, en fe
De razon y amores falto:
No puede acabar consigo
Que un amor tan arraigado
Se le volviese al reves
De lo que siempre ha mostrado.
—¡Ay bellos ojos, luceros
Que alumbraban mi cuidado!
¿Quién pudo tanto con vos
Que á Bradamante heis dejado?
Vuelve, vuelve, dulce prenda,
Cumple el término aplazado
Antes que la muerte horrenda
Me prive de ejecutallo.
¡Pueda amor de tanto tiempo
Mas que un hora de regalo!
¡No dejes, Ruger, morir
A quien el pecho has robado!
¡Mueva tu amor a piedad
Este rostro delicado,
Que en lágrimas de sus ojos
Le verás estar bañado!
Quien hizo naturaleza
En todo tan extremado,
No es bien que se diga dél
Que la palabra ha falsado.—
Llora, solloza y suspira,
Llama siniestro á su hado,
Envia al cielo sus quejas,
A la fuente, rio y prado:
Vuelve con doblada furia,
Con furor único y raro
Llama su dulce Rugero,
«Ruger, vuelve», y va a abrazallo.
Anda aquí y allí rabiosa,
Mil veces vuelve á llamarlo:
Cuando el eco la responde
Piensa que Ruger la ha hablado:
—No soy Bradamante, dice,
De quien fuiste enamorado:
No te escondas, no soy esta,
Porque en ti me he trasformado.
¿Piensas que caminas solo?
Caminas acompañado
De mi triste corazon,
Que en el tuyo se ha forjado.
¡Vuelve esos ojos tan bellos,
Verás mi pecho abrasado!
¡No tardes, dichoso moro,
Porque el tardarte es pesado!
Aplica á este mal, remedio,
Mira cuán mal me ha tratado:
Solo, Rugero, en ti esta,
Que en otro no hay remediallo.—
Entre estas celosas quejas
Vuelve, y dice:—¡Ah esforzado
Pecho de la sangre ilustre
De Claramonte y Mongrano!
¿Tan presto, di, te olvidaste
De quién eras? ¿de tu estado?
¿Tan presto y tan sin respeto
Desdeñas mi amor preciado?
¡No llores mas, tente, basta,
No aflojes la rienda tanto!
Toma tu lanza de oro,
Salta en tu caballo alado.—
Dijo, y con furiosa rabia
En un retrete se ha entrado;
Ármase el peto y la cofia,
Espaldar y arnes tranzado.
Y pártese Bradamante
A buscar su enamorado,
Revolviendo todo el mundo
Sin vagar y sin descanso.

(*Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

1 Tambien á este romance ha dado asunto el *Orlando furioso*.

424

CONVERSION DE RUGERO.

(*Anónimo* [1].)

En un caballo ruano
De huello y pisar airoso,
Fuerte, vistoso y galano,
Entra en Paris el famoso
Rugero, á hacerse cristiano.
Y como el bravo guerrero
Se hubiese puesto aquel dia
Bizarro en traje extranjero,
Toda la corte decia:
«¡Cuán gallardo entra Rugero!»
Entra el moro acompañado
D'ese que Roldan se llama,
Con otros de grande estado:
Paladines de gran fama
Lleva Rugero á su lado;
Alegres y satisfechos,
Y sus personas honrando,
Van á palacio derechos,
Donde el Rey está aguardando.
Estaba con gran decoro
Don Cárlos representando
Su majestad y tesoro,
A cuya persona hablando
De rodillas dijo el moro:
—Buen Cárlos, dame la mano,
Que aunque no te lo he servido,
Yo soy Rugero el pagano,
Que á tus cortes he venido
Para volverme cristiano.

(*Romancero general*.— It. *Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

1 Esta composicion no es romance, sino quintillas; pero por su asunto se coloca aquí.— Del *Orlando furioso*.

425

RUGERO VENCE Y BAUTIZA Á SACRIPANTE.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

De los muros de Paris
Se sale el fuerte Rugero
A acabar una batalla
Con un fuerte caballero,
Llamado el rey Sacripante,
Rey pagano, crudo y fiero.
Vanse á las selvas de Ardenia
Los dos famosos guerreros;
Comienzan cruda batalla,
¡Pone grande espanto en vellos!
Al fin, fué vencido el Rey
Por aquel fuerte guerrero,
Y viéndose asi vencido
En sus dias los postreros,
Con gran sed pidió el baptismo
Conociendo á Dios eterno.
En una muy clara fuente
Le baptizaba Rugero,
Y llorando amargamente
Muerte de tal compañero,
—No lloreis, dijo el buen Rey,
Que yo, sabed, que mas quiero

La salud d'esta alma mia
Que del corruptible cuerpo.
Mas lo que os pido, señor,
Si lo merecen mis ruegos,
Sepa Angélica mi muerte,
Por quien ando vivo y muerto,
Que la pasé para el alma
Del aposento del cuerpo.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

[1] Ya se habrá observado cuán comun y frecuente es en esta clase de ficciones caballerescas, que los moros vencidos por los cristianos deseen y consigan el bautismo. De este modo querian los poetas hacer interesantes á los valientes moros, cuyo heroismo amaban, aunque por dejar bien puesto el pabellon de los cristianos los hiciesen vencidos.

426

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—I.

(*De Pedro de Padilla* [1].)

A Grecia parte Rugero
El gallardo enamorado,
Temerosa el alma y triste,
Aunque tan furioso y bravo,
Que de todo el mundo junto
Hiciera muy poco caso.
Consigo lleva a Frontino,
Su muy lijero caballo;
La divisa y el escudo
Todo lo lleva mudado;
Qu'el águila blanca trueca
En un unicornio blanco,
Para no ser conocido
De los que fuese encontrando.
En busca va de Leon
Resuelto y determinado
De no dejarle con vida
Adonde le haya encontrado:
Y era porque á Bradamante
Pidió para ser casado,
Y aunque ella no le quería,
Y Rugero asegurado
Está que no ha de quebrarle
La palabra que le ha dado,
Con todo, no le consiente
Amor estar sosegado,
Porque quien de veras ama
De no nada, es recatado.
Andando por sus jornadas
Un dia llegó á Belgrado,
Y vió el ejército griego
Donde estaba su contrario,
En una batalla esquiva
Con los búlgaros trabado,
En la cual iban los griegos
Ya vencedores del campo.
Mas el valiente guerrero
Por medio d'ellos entrando,
En poco tiempo los hizo
Que perdiesen lo ganado,
Y se retirasen todos
Recibiendo mucho daño.
A Leon busca Rugero;
Pero nunca le ha hallado,
Porque de un pequeño monte
La batalla está mirando,
Y era tan buen caballero
Que con ver el gran estrago
Que en sus vasallos hacia
El del unicornio blanco,
Viéndole tan valeroso
Le está muy aficionado.
La batalla fenecida,
Y el griego ya retirado,
Los búlgaros á Rugero
Llegan á besar la mano,
Y piden que su rey sea,
Porque el otro habia faltado.
Acepta Rugero el reino;
Pero dice que en su mano
Cetro no verán, primero
Que á Leon no haya quitado
Juntos el reino y la vida,
Porque le tiene agraviado,
Y porque por aquello solo
Mil millas ha caminado.
Y en diciendo estas razones
Dió de espuelas al caballo
Y va tras Leon Augusto,
Que entendió luego alcanzallo.
Pero no le ha sucedido
Lo que lleva imaginado,
Porque el ejército griego
Se habia tanto adelantado,
Que ántes que lo descubriese
La noche se habia cerrado,
Y sin apearse un punto
Toda ella ha caminado.
Y al tiempo que el sol salia
Se vió á una ciudad cercano,
Donde para reposar
En una posada ha entrado;
Mas luego fué conocido
En entrando de un soldado,
Que se halló con los griegos
En el reencuentro pasado,
Y al señor de la ciudad
Se fué muy alborotado,
Y le contó cómo habia
A una posada llegado
Un hombre que habia vencido
Del Emperador el campo,
Y que si allí le prendiese,
Pues estaba descuidado,
Al Emperador haria
Servicio muy señalado.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías.*)

[1] Dos hechos culminantes constituyen la seccion complexa del *Orlando furioso* de Ariosto, á saber: el del triunfo de las armas y civilizacion cristiana contra los agarenos, y el de los orígenes de la casa de Este, comenzados en Rugero y Bradamante. Los romances de esta seccion hasta el núm. 426 han tomado sus asuntos del primer hecho, y los que siguen á este, inclusive hasta el núm. 454, del segundo.

427

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—II.

(*De Pedro de Padilla* [1].)

Cuando con mayor sosiego
Toda la gente dormia,
Y el silencio y la tiniebla
Todo el mundo poseia,
Prenden al fuerte Rugero,
Flor de la caballería,
Que con descuido y cansancio
Y seguridad dormia.
Y cuando salió del mar
Dando Febo luz al dia,
Un correo despachaba
El que preso lo tenia,
Diciendo al Emperador
Lo que sucedido habia,
Que hubiera de enloquecer
Con la sobra de alegría.
Leon tambien se holgaba,
Y era porque pretendia
Hacerle su gran amigo,
Y con él le parecia,
Que á Carlo-Magno y sus doce
No podrá tener envidia.
Pero diferentemente
Trata d'esto una su tia,

Que al Emperador su hermano
De rodillas le pedia
Que á Rugero le entregase
Para quitarle la vida,
Porque la quitó á su hijo,
Rugero el pasado dia.
Otorgó el Emperador
Todo cuanto le pedia,
Y cuando llegó Rugero
Se lo entregan, y ella habia
Mandádole aderezar
Aposento para un dia,
Porque no pensaba mas
Un hora darle de vida,
En el hondo de una torre
Donde el sol jamas se via.
¡Oh si Bradamante, aquello
Supiera que él padescia,
O entendiera esta prision
La valerosa Marfisa,
Cómo arriscaran las dos,
Por libertalle, la vida!
Entrambas están con pena;
Mas Bradamante moria,
Y en el alma, temerosa
Cien mil cosas revolvia,
Y de celos y sospechas
Viéndose tan combatida,
Del amor y de Rugero
Quejándose se dolia.

(Padilla, *Tesoro de varias poesías.*)

[1] Del *Orlando furioso.*

428.

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—III.

(*De Pedro de Padilla.*)

De sospechas ofendida
Se duele d'esta manera
La hermosa Bradamante:
¿Qué hiciera si supiera
Cuán cerca estaba Rugero
A la hora postrimera?
Otro dia, de mañana
Está ordenado que muera,
Si la bondad soberana
De Dios, no le socorriera
Con remedio no pensado
Y que nadie lo creyera.
Y fué que Leon Augusto,
Que darle muerte debiera,
Para poder libertalle,
A la media noche espera,
Pidiendo al que le guardaba
Que aquella cárcel abriera,
Porque hablar quiere al preso
En cosas que d'él oyera.
Huelga d'ello el que le guarda,
Y á Leon Augusto espera,
Que con un solo criado
De su aposento saliera,
Y en volviendo el carcelero
El rostro, que no debiera,
Le privaron de la vida
Sin que valerse pudiera,
Y adonde Rugero estaba
Bajan, que tal lugar era,
Que con solo estar en él
En ménos de un mes muriera.
Leon á Rugero abraza
Diciendo d'esta manera:
—Valeroso caballero,
Tu bondad fué la primera
Que pudo darme ocasion
Para que tanto te quiera,
Y que mire mas tu bien
Que el mio mirar pudiera,
Y el amistad de mi padre
Posponga d'esta manera.
Sabe que yo soy Leon,
Y que d'esta cárcel fiera
Quiero agora libertarte,
Porque tal hombre no muera.—
Ofrécesele Rugero
Por suyo miéntras viviera,
Y al aposento se vuelven
De Leon, que cerca era,
Adonde estuvo seguro
Hasta tanto que se hubiera
El arnes y su caballo,
Del hombre que le prendiera.
Y otro dia de mañana,
Cuando cada cual espera
Ver salir al caballero
Do con la vida no vuelva,
La cárcel abierta hallan,
Y que el preso estaba fuera,
Y que quien á cargo tuvo
De guardalla, muerto era.
Rugero estaba confuso,
Viendo lo que no creyera,
Y el dia y la noche toda
Imagina en qué manera
De tan gran obligacion
Como aquella salir pueda.
Ofrecióle la fortuna
Mas ocasion, que quisiera,
Porque en aquel mismo dia
Era llegada la nueva
Del bando qu'el rey de Francia
Dió para toda la tierra:
Que á la gentil Bradamante
El que por mujer la quiera,
De la lanza y de la espada
Ha de probarse con ella;
Y que si fuere vencido,
O en el campo no entretenga
De sol á sol la batalla,
Toda la esperanza pierda.
Quedó fuera de sentido
Leon, con aquella nueva,
Y discurriendo entre sí
Vió que ninguno pudiera
Hallar en el mundo todo,
Cuando buscarlo quisiera,
Como él que consigo tiene
Y á quien tanto bien hiciera.
En esto determinado
Le dió del negocio cuenta,
Diciéndole que en sus manos
Pone todo el bien que espera.
¡Mirad lo que sentiria
Con demanda como aquella
El que á Bradamante amaba
Mas que á sí mismo pudiera!
Mas tuvo la obligacion
En su pecho tanta fuerza,
Que alegremente responde,
Que Leon busque manera
Como no sea conocido,
Y que vayan norabuena.
Otro dia de mañana
Quiso Leon que partieran,
Y andando por sus jornadas
A Paris entrambos llegan.
No quisieron entrar dentro,
Y sus tiendas arman fuera,
Y por un embajador
Leon á Carlo le ruega
Que la gentil Bradamante,
Porque la batalla sea
Entre los dos fenecida,
A combatir se prevenga,
Que otro dia en la mañana
Dentro del campo la espera.
El Emperador lo manda,

Y el dia siguiente ordena
Que se hiciese la batalla
Luego cuando amaneciera.

(Padilla, *Tesoro de varias poesías.*)

429.

RUGERO Y LEON AUGUSTO.—IV.

(De Lúcas Rodriguez.)

La hermosa Bradamante
Muy descontenta vivia,
Porque sus padres pretenden
Casarla, que no queria,
Con hijo de Emperador
Que en Constantinopla habia.
Leon Augusto ha por nombre,
De linaje y gran valia.
Siempre vive descontenta,
De contino pensativa,
Porque ella á Rugero amaba,
Y mas que á sí lo queria.
Imaginado ha un remedio
Avisado á maravilla.
De su aposento se sale,
Y para palacio iba;
A piés del Emperador
D'esta manera decia:
—Muy poderoso señor,
Esta tu sierva suplica,
Un don le concedas luego
Que mucho le convenia;
Y es: que cualquier caballero
Que por su mujer me pida,
Me venza primero en campo
En batalla todo un dia.—
Holgóse el Emperador
De lo que ella le pedia;
Luego le señala campo
Para hacer la conquista.
Leon estaba presente,
No sabe ya que se diga:
De un cabo le cerca amor,
Por otro honra le obliga.
Él, que de amor mucho siente,
Y sus afectos sabia,
Llegado se habie á Rugero,
Y húmilmente le suplica
Por él haga la batalla,
Pues tanto le convenía.
—Acuérdate, buen Rugero,
Que yo fuí parte algun dia
Que recibieses contento
Y no perdieses la vida.—
Muy presto Rugero se arma,
Y de Leon la divisa
Toma, porque piensen todos
Que es Leon quien combatia.
Ya venia Bradamante
Mostrando gran gallardia.
Vanse el uno para el otro
Con esfuerzo y osadía;
Y lo que Rugero hace,
Y en lo que mas entendia
Era en rebatir los golpes
Que Bradamante le tira,
Que aunque herirle quisiese
Con su espada, no podia,
Y entre los dos la batalla
Fué cruel y muy reñida.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

430.

RUGERO Y LEON AUGUSTO. — V.

(De Pedro de Padilla.)

Al tiempo que el sol salia
Sobre su carro dorado
Esparcidos sus cabellos
Por uno y por otro lado,
Los animales y gente
Y las aves despertando,
Se sale al campo Rugero
De todas armas armado,
A vencer la que le tiene
Vencido y aprisionado.
De una parte amor le aqueja,
Y de otra verse obligado;
Sabe que á su dama pierde
En habiéndola ganado,
Y juntamente la vida,
Porque le será excusado
Vivir un hora sin ella,
Y mas habiéndola dado
Para que el otro la goce
Conquistada por su mano.
Iba de morir dispuesto,
Pero no determinado
Con qué género de muerte
Llegará su vida al cabo.
Unas veces imagina
Que será muy acertado
Poner el pecho desnudo
Contra el fuerte brazo airado;
De otra parte considera
La palabra que habia dado,
Y á la fin se determina
En lo que habia ordenado.
No quiso mas que la espada,
Va sin lanza y sin caballo;
La espada no era la suya,
Que temiendo hacer daño
A Bradamante, la deja,
Y de la que habia tomado
Entrambos los filos quita,
Y sobre el arnes ha echado
La divisa de Leon,
Por ir mas disimulado.
Bien diferente de aquello
Tiene la dama el cuidado,
Que la espada aderezaba
Para mas presto acaballo,
Creyendo que era Leon
Con quien entra en estacado.
Y en oyendo la señal
Que de la batalla han dado,
Para Rugero arremete
Como el rayo acelerado,
Y comiénzale á herir
Por uno y por otro lado,
Mirando con atencion
Donde le hará mas daño.
Rugero se le defiende
Con andar muy avisado
En rebatille los golpes,
Sin tener otro cuidado,
Y ansí pasó todo el dia
Hasta que el sol ha dejado
La luz, y de hermosura
Todo el mundo ha despojado.
Los que la batalla vian
De un parecer han quedado,
De que par tan valeroso
Estará muy bien casado,
Creyendo fuese Leon
El que han visto peleando.
Acabada la batalla,
Rugero disimulado
Se sale del campo luego,
Que el yelmo no se ha quitado,

Y sobre un rocin pequeño
Para Leon se ha tornado,
Que tiernamente le abraza,
Allí de nuevo obligando
A su servicio la vida,
La autoridad y el estado.
Agradécele Rugero
Cumplimiento tan honrado,
Y le pide su licencia
Fingiéndose muy cansado.
Al punto de media noche
Sin llevar ningun criado,
Casi fuera de sentido
Sale sobre su caballo,
Y por selvas y campañas
Sin cesar ha caminado,
Y sin levantar los ojos
De sí se va lamentando.

(Padilla, *Tesoro de varias poesías.*)

431.

RUGERO Y LEON AUGUSTO. — VI.

(*De Pedro de Padilla*)

Si Rugero se congoja
Y el alma tiene angustiada,
La hermosa Bradamante
Estaba desesperada,
Porque si no es con Rugero
Jura de no ser casada,
Y de faltar de lo puesto
Estaba determinada,
Con su padre y sus parientes
Aunque quede enemistada,
Y aunque la corte de Carlo
Fuese por ella afrentada.
Y cuando medio faltase
Para que otra cosa haga,
Jura que se dará muerte
Con veneno ó con espada.
Porque mejor le parece
Del vivir verse apartada,
Que un hora estar sin Rugero
Y en brazos de otro entregada.

(Padilla, *Tesoro de varias poesías.*)

432.

RUGERO Y LEON AUGUSTO. — VII.

(*De Pedro de Padilla.*)

Estaba la triste dama
Casi fuera de sentido,
Y para entretener algo
Un remedio le ha ocurrido
Y fué, que Marfisa diga
Que de consentir no es dino
Que teniendo Bradamante
A Rugero por marido,
Otro ninguno quisiese
Serle en esto preferido.
Turbóse el Emperador
Cuando tal demanda vido,
Y llaman á Bradamante,
La cual habiendo venido,
No respondiendo, consiente
En lo que Marfisa ha dicho,
La cual al Emperador
Una merced ha pedido;
Y fué: que Leon Augusto
Siendo Rugero venido
Hiciese con él batalla,
Pues no estaba difinido
Cuál de los dos Bradamante
Ha de tomar por marido.
Ansí se quedó aquel dia
El negocio diferido,
Y Leon se fué á su tienda,
Porque acetar no ha querido
De improviso esta batalla
Sin haber ántes sabido
El del unicornio blanco
Adonde fuese partido.
Mándale luego buscar
Y él á buscarle ha salido,
Y con la sabia Melisa
Topó en medio del camino:
La cual con semblante triste,
Muy lastimada, le dijo:
— Si el valor y cortesía,
Hay en vos, que yo imagino,
Os suplico que vengais
Sin deteneros conmigo,
Para que demos la vida
Al hombre mas bien nacido,
Y de mayor valentía
Que en nuestro tiempo se vido,
Que solo por ser cortes,
Y mostrarse agradecido
Ha llegado á tal extremo
Que ya no debe estar vivo. —
Leon, de aquellas palabras
Turbacion ha recebido;
Porque le dió el corazon
Que debia ser su amigo.
Halláronle, que en tres dias
Bocado no habia comido,
De todas armas armado,
Sobre la tierra tendido,
Por cabecera el escudo,
Y el aliento tan perdido,
Que del dia no escapara
Si no fuera socorrido.
Leon, con dulces palabras
Muy de véras le ha pedido
Que le diga la ocasion
Que á tal punto le ha traido;
Y viéndose el buen Rugero
De sus ruegos convencido,
El caso como pasaba
En breve suma le dijo.
No quiso quedar Leon
En cortesía vencido,
Y dice que á Bradamante
Que de todo causa ha sido,
Por mujer ya no pretende,
Aunque tanto la ha querido.
Y díjole tantas cosas
Que Rugero convencido
Hubo de corresponder
Con lo que le habia pedido,
Y dióle Melisa luego
Lo que tenia prevenido,
Y á la corte se volvieron
Adonde fué recebido
Rugero con mucha fiesta,
Y el negocio fenecido.
Ansí, casó Bradamante
Con el que habia pretendido,
Y Leon volvió á su tierra
Quedando muy gran amigo
De Carlo-Magno y sus doce,
Y en mucha estima tenido,
Por el valor y nobleza
Que en él habian conocido.

(Padilla, *Tesoro de varias poesías.*)

433.

RUGERO Y RODAMONTE. — I.

(*Anónimo.*)

Rotas las sangrientas armas,
El cuerpo ya desangrado,

Despedazado el escudo,
Con el estoque quebrado,
Sale el fuerte Rodamonte
De vida y alma privado
Por el vencedor Rugero,
Que la victoria ha alcanzado.
Matólo porque á la mesa
Estando junto al rey Cárlos
Con la bella Bradamante
Con quien estaba casado,
Armado de negras armas,
Negro el escudo y caballo,
Aunque con la blanca espuma
Parece el freno argentado;
Y sin hacer reverencia
A la persona de Cárlos,
El soberbio y perro moro
A Rugéro así le ha hablado:
—Yo soy el rey de Argel, traidor Rugero,
Que en este campo y cruel batalla
Probar tu gran traicion por muerte espero,
Que mal podrás, cristiano, ya negalla;
Y si por miedo tú, y algun guerrero
Se quisiere ofrecer, quiero aceptalla;
Y por tener en mi verdad respeto,
Al campo tres de tí pido y aceto.

(*Flor de varios y nuevos Romances*, 3.ª parte.)

434.

RUGERO Y RODAMONTE. — II.

(*Anónimo.*)

Rendidas armas y vida
De Rodamonte el bravo,
El victorioso Rugero
Va entre el rey sobrino y Cárlos.
«Viva Ruger, Ruger viva,»
Va la gente pregonando,
Y entre el regocijo vienen
Danes, Oliver y Orlando:
Viene Astolfo y Ricardeto,
Valdovinos y Ricardo,
Y los dos tio y sobrino
Malgesí y Don Reinaldos.
Entre aquellos paladines
Que á Ruger sacan del campo
¡Cuán gallarda va Marfisa
Con el cuerpo bien armado!
Que aunque no dudó el suceso,
Al fin como era su hermano,
Sacó el cuerpo apercibido,
Y el alma puesta en cuidado.
A los corredores sale,
Cuando entraban en palacio,
La contenta Bradamante
Vivas colores mudando.
Adelántase de todos,
Y á su Rugero mirando,
Antes que llegue le abraza,
Los brazos al aire echando.
Cuando los cuerpos se juntan
Y se enlazan con los lazos,
No se hablan, aunque quieren,
Con el contento turbados.
Con los ojos se regalan
Rostro con rostro juntando,
Y sosegandose un poco
Bradamante se ha esforzado,
Y dícele: —¡Mi Rugero!
¡Descanso de mi cuidado!
En deuda me estáis, señor,
Del sobresalto pasado.
Cuando en la batalla os via
Con tan soberbio contrario,
Temia de mi ventura
Y fiaba en vuestro brazo.
¡Dos mil vidas diera juntas
Por ser el desafiado,
Y en ménos las estimara
Que en vos el mas fácil daño!
—¡Si Rodamonte supiera,
Rugero la ha replicado,
Que estábades en mi alma,
No viniera tan osado!
Con dos contrarios pelea
Quien tiene conmigo campo,
Y así llamarse pudiera
Aquel sarraceno á engaño.—
No se dicen mas ternezas
Porque no los han dejado,
Que llega la Emperatriz
Y por otra parte Cárlos:
Suenan dulces instrumentos,
Y los paladines francos
Juegan cañas y tornean
En la plaza de palacio.

(*Romancero general.*)

435.

FLOR DE LIS LLORA LA MUERTE DE BRANDIMARTE.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

No se atreve el duque Astolfo
A dar la nueva angustiada
A la linda Flor de Lis
De la sangrienta batalla,
Hasta que con Sansoneto
Vaya juntamente á dalla,
Porque de dolor tan fuerte
Puedan ambos consolalla.
Ella que llegar los vido
Con las vistas demudadas,
Como está medrosa y triste
Por un sueño que soñara,
Dijo: ¡Brandimarte es muerto!
Y cayóse desmayada.
Tornó en sí, en sabiendo el caso,
Y las hebras de oro arranca,
Y sin compasion de sí
Rostro y pecho en sangre baña,
Y á su Brandimarte á voces
En vano mil veces llama.
Una vez pide la muerte,
O que le dén una espada;
Otra que al mar quiere irse,
Y á nado pasar el agua
Hasta llegar á la isla
Do fué la triste batalla,
Y de Agramante y Gradaso
Hacer entera venganza,
De arrastrarlos con los dientes,
Como fiera tigre hircana.
—¡Ay Brandimarte, bien mio!
¿Por qué, dice, me dejabas?
Tu querida Flor de Lis
Contino te acompañaba.
Si fuera, señor, contigo
De algo te aprovechara,
Que cuando á Gradaso viera
Que sin verle tú llegaba,
Sirviera de darte un grito
Que siquiera te apartaras,
O me metiera yo en medio
Y el golpe le reparara.
Fuera mi cabeza escudo,
Y la tuya se librara;
Que mi muerte, por tu vida
Fuera bien aventurada,
Pues que de morir así,
Mejor fuera en tal demanda
O ya qu'el injusto cielo
Nada d'eso me otorgara,
Diérate el postrer abrazo,
Y con mi llanto bañara

Tu rostro en sangre teñido,
Para que te lo limpiara,
Y oyérasme al postrer punto,
Que te se arrancara el alma,
Decir: ¡Vete en paz, bien mio,
Que ya va tras ti tu amada!
¿Aqueste es el rico Estado
Que yo así te demandaba
Para que del reino mio
Por señor te coronara?
¿Son estas las dulces bodas?
¿Es este el bien que esperaba?
¡Ay hado! Ay fortuna esquiva,
Cuántos gozos desbaratas!
¿Mas por qué me tardo, triste?
¿Por qué no me saco el alma?
Pues mi Brandimarte es muerto
¿De qué me queda esperanza?—
Estas y otras cosas dice,
Y á maltratarse tornaba:
De las manos, con los dientes
Amargos bocados saca,
Y su rostro, con las uñas,
Crudamente despedaza.
Esto hace cada dia
Hasta que Roldan llegara,
Que por ella viene él mismo,
Para que á Sicilia vaya
A ver el sepulcro triste
Do su Brandimarte estaba;
Y en llegando, sobre él llora,
Que los cielos mueve á lástima,
¡Y tal fué su sentimiento,
Tal su dolor, tal su ansia,
Que la vida amarga y triste
Consumida en llanto acaba!

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS DOCTRINALES, SATÍRICOS Y DE BURLAS.

436

DURANDARTE.

(*Anónimo* [1].)

Durandarte, buen amigo,
Decid por vuestro descargo,
Ya que estais de vuestra vida
Dando los últimos pasos,
Si condenais á Belerma,
Viuda de vuestro regalo,
A perpetuos alquiceres,
O á vestir nuevos recamos.
Y porque os estáis muriendo
Quiero hablar con vos mas claro,
Si mandais que se esté viuda,
O que tome otro velado:
¡Que por los lirios, que son
Del leon español pasto,
Que nadie corra por ella
Miéntras yo tenga caballo!—
Durandarte dijo:—Primo,
Pues de este mundo me parto,
No quiero llevar al otro
Celos, que allá los hay santos.
Belerma se case luego,
Y sus yerros ordinarios
Irán á cuenta del vivo,
Sin que lleguen al finado.
Puede llorarme tres dias;
Pero al fin ojos mojados,
Con una esponja de azúcar
Es fácil cosa enjugallos.
¿De qué sirve que entapice
De negro todos sus cuartos,
Si la alcoba mas secreta
Sirve á sus horas de blanco?
Son las viudas d'este tiempo
Altares por Todos Santos,
Con un portal para vivos,
Y otro para los finados.
Son espadas en bordones,
Son naipes en breviario,
Y son juntos en un tomo
Celestina y siete salmos.
Lo que os ruego, mi buen primo,
Es que en habiendo espirado
Me saqueis el asadura
Y se la déis en un plato,
Y decidle que á mi cuenta
La cuelgue en sus garabatos,
Porque á vuelta de la suya
Se la coma el primer gato.

(*Romancero general.*)

[1] Satiriza y se burla del dolor fingido, y de la fidelidad que algunas viudas afectan por la pérdida de sus esposos.

437.

BELERMA.

(*De Don Luis de Góngora* [1].)

Diez años vivió Belerma
Con el corazon difunto
Que le dejó en testamento
Aquel frances boquirubio.
Diez años vivió con él,
Aunque á mí me ha dicho alguno
Que viviera mas contenta
Con trecientos mil de juro.
A verla vino Doña Alda,
Viuda del conde Rodulfo,
Conde que fué en Normandía
Lo que á Jesucristo plugo.
Y hallándola muy triste
Sobre un estrado de luto,
Con los ojos, que ya eran
Orinales de Neptuno,
Riéndose muy despacio
De su llorar importuno,
Sobre el muerto corazon,
Envuelto en un paño sucio,
La dijo:—Amiga Belerma,
Cese tan necio diluvio,
Que anegará vuestros años
Y ahogará vuestros gustos.
Estése allá Durandarte
Donde la suerte le cupo,
Haya buen pozo su alma
Y pozo qu'esté sin cubo.
Si él os quiso mucho en vida,
Tambien le quisiste mucho;
Y si murió abierto el pecho,
Querellese de su escudo.
¿Qué culpa tuvistes vos
De su entierro; siendo justo,

Que quien como bruto muere
Que le entierren como bruto?
Muriera él acá en Paris
A do tiene su sepulcro,
Que allí le hicieran lugar
Los antepasados suyos.
Volved luego á Montesinos
Ese corazon que os trujo,
Y enviadle á preguntar
Si por gavilan os tuvo.
Descosed y desnudad
Las tocas de angeo crudo,
El mongilon de bayeta
Y el basto manto peludo;
Que aun en las viudas mas viejas
Y de años mas caducos,
Las tocas sirven á enero
Y los mongiles á julio;
Cuanto y mas á una muchacha
Que la faltan dias algunos
Para llegar á los treinta,
Que yo desdichada cumplo.
Seis hace, si bien me acuerdo,
El dia de Santo Nuflo,
Que perdí aquel malogrado
Que hoy entre los vivos busco.
Holguéme de cuatro y ocho
Haciéndole dos mil hurtos
A las palomas de besos
Y á las tórtolas de arrullos.
Siento su fin; pero mas,
Que muriese sin ver fruto,
Sin ver flujo de mi vientre,
Porque siempre tuve pujo.
Mas no por eso ultrajé
Mi buena tez con rasguños:
Cabal me quedó el cabello,
Y los ojos casi enjutos.
Aprended de mí, Belerma,
Y holguémonos de consuno;
Llévese el mal lo llorado,
Y los suspiros el humo.
No hileis memorias tristes
En este aposento escuro,
Que cual gusano de seda
Moriréis en el capullo.
Haced lo que en su fin hace
El pájaro sin segundo,
Que nos habla en sus cenizas
En pretérito y futuro.
Llorad su muerte, mas sea
Con lagrimillas al uso,
Y del mal pasado nazca
Lo porvenir mas seguro.
Pongámonos á la par
Dos boquitas de repulgo,
Ceja en arco, mano blanca,
Y dos perritos lanudos.
Yedras verdes somos ambas,
A quien dejaron sin muros
De la muerte y el amor
Baterías é infortunios.
Busquemos por dó trepar,
Que á lo que de ambas presumo,
No nos faltarán en Francia
Pared gruesa y tronco duro.
La iglesia de San Dionis
Canónigos tiene muchos,
Delgados, cariaguileños,
Cariartos y espaldudos.
Escojamos como peras
Dos clerigos capotuncios,
De aquestos que andan en mulas
Y tienen algo de mulos;
D'estos Alejandros Magnos,
Que no tienen á disgusto,
Por dar en nuestros broqueles,
Que démos en sus escudos.
De todos los doce Pares
Y sus nones abrenuncio,
Que calzan bragas de malla
Y de acero los pantuflos.
¿De qué nos sirven, amiga,
Petos fuertes, yelmos lucios?
Armados hombres queremos,
Armados, pero desnudos.
De vuestra mesa redonda
Francos paladines hubo
Donde ayunos os sentais
Y os levantais mas ayunos.
La de cuatro esquinas quiero,
Que la ventura me puso
En casa de cuatro picos
De todos cuatro picudo,
Donde sirven la cuaresma
Sabrosísimos besugos,
Y turmas en el carnal
Con su caldillo y su zumo.—
Mas iba á decir Doñ'Alda;
Pero á lo demas dió ñudo,
Porque de Don Montesinos
Entró un pajecillo zurdo.

(Góngora, *Obras de.*)

[1] El maligno y mordaz poeta formó en este romance un cuadro de malas costumbres, que trata de castigar irónicamente, desenmascarando la hipocresía. Sobradamente punzante, acaso traspasa los límites de la decencia, por alusiones harto claras y equívocos fáciles de descifrar.

438.

ROLDAN.

(*Anonimo* [1].)

Señor conde Don Roldan,
Sea muy enhorabuena
El dichoso desposorio
Con vuestra Doña Alda bella.
Es un toque el casamiento
Do se conocen y prueban
De paciencia y discrecion
Los quilates y finezas.
De aquí procede la vida
Que es gloria si bien se acierta,
O la de infierno impaciente
Si por contrario se yerra.
Setenta años habrá, y mas,
Que en mi flor y edad primera
Ese nuevo estado vuestro
Sustenté en vida quieta:
Si dais crédito a mis canas
Por una larga experiencia,
Diréos en breves razones
Qué hice con mi Condesa.
Amé con moderacion,
Y en extremo regaléla;
Siempre en público la honraba,
Y en secreto aconsejéla.
No mezclé véras con burlas,
Mucho estimando las veras,
Ni jamás la descubrí
Los graves secretos d'ellas.
Mostréme ser recatado,
No dando celosas muestras;
Sus menudencias dejaba,
Dejóme en las cosas gruesas;
Agasajé sus parientes,
No tuvo en los mios molestia;
Dudé temas que reña,
Creí sus riñas sin temas:
En ellas no la ataqué,
Que si á la mujer no dejan,
Hallando contradiccion
Mil historias se renuevan;
En enojos fui postrero,
Primero en las paces era,
Siempre á la puerta de casa

Dejaba enfados de afuera.
No le conté libertades,
Honestidades contéla,
Ninguna alabé de hermosas,
Pero infinitas de buenas.
Hice al fin que sus visitas
Moderacion no excedieran,
Y á quién, y cuándo, y por qué
Con grande ocasion tuvieran.
Al ir á advertirla mucho,
Poco escuchéla á la vuelta;
Adorné su mozo brio
Con galas ricas y honestas;
No fié prosperidades,
Aunque mucho fiaba d'ella,
Ni la dejé que sintiese
Necesitada vergüenza.
De otros mil modos usaba
Conforme los tiempos eran,
Con que yo viví seguro
Y ella pasaba contenta.—
Asi al recien desposado
En puridad aconseja
El buen viejo Don Beltran,
Y Don Roldan se lo aprueba.

(Romancero general.)

1 Este romance, esencialmente doctrinal, contiene cuerdos y razonables avisos sobre el modo que un marido debe usar con su esposa para dirigirla y conservar en ella la fidelidad y la virtud, haciendo asi feliz el estado del matrimonio.

ROMANCERO

DE

ROMANCES HISTÓRICOS.

ROMANCES HISTORICOS.

SECCION DE ROMANCES REFERENTES Á LA HISTORIA SAGRADA.

439.

ADAN CELEBRA EN EL LIMBO LA VENIDA DEL MESÍAS.

(*De Torres Naharro.*)

Triste estaba el padre Adan
Cinco mil años habia,
Cuando supo que en Betlem
Era parida María,
Y en el limbo donde estaba
De contento no cabia.
Para los unos andaba,
Para los otros corria,
Y á todos los santos padres
A grandes voces decia:
— Dadme albricias, hijos mios,
Qu'es nascido en este dia,
Nuestro bien y Redemptor,
Nuestro placer y alegria,
Para sacarnos de aquí
Do estamos, por culpa mia.
Ved cuál anda Lucifer
Con toda su compañía:
No le placen estas nuevas
Que Dios Padre les envia.
Sentid las voces del cielo
Los cantos y melodia;
Ved ya clara la verdad
De la vieja profecía;
Ved la zarza de Moises
Que estaba verde y ardia;
Ved aquel templo de paz
Que Roma en tanto tenia,
Y aun lo llamaban eterno
Porque siempre duraria;
Que no habia de caer,
Si una virgen no paria.
Vedlo todo por el suelo,
Cada piedra por su via;
Ved al bellaco de Heródes
Metido en gran fantasía,
Y amolando los cuchillos
Para quien no le temia;
Ved los pastores que van
Cómo corren á porfía
Por llegar al portalejo
Donde está nuestra María;
Ved los tres Reyes que parten;
Ved la estrella que los guia;
Ved en un pobre pesebre,
Quien mejor estar podia,
De una parte tiene un asna,
De la otra un buey yacia.

(TORRES NAHARRO, *La Propaladia*.—It. *Romances compuestos por* Bartolome de Torres Naharro. Pliego suelto.)

440

JOSUÉ DETIENE EL CURSO DEL SOL.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Oran, que era rey de Hebron,
Y otros reyes comarcanos,
Juntádose han en uno
Con muchos hombres armados
Para contra los judíos,
Que en Gabaon son llegados.
Ponen en campo sus gentes
Y varones esforzados:
A Gabaon combatian
Los varones afamados.
Los judíos que están dentro
Su mensaje han enviado,
A Josué su capitan,
Con quien son confederados,
Porque venga á socorrerlos
Y para hacerlos librados.
Josué que oyó el mensaje,
En oracion se habíe echado
Dios dijo que habria victoria,
Contra estos sus contrarios.
Todas sus gentes tomó;
A Gabaon son llegados:
Guerrea los Amorreos;
¡Gran batalla les ha dado!
Muchos mata, muchos prende,
Muy mal quedan lastimados;
Los vencidos van huyendo;
En ellos iban matando.
Sobre los que de ellos huyen
Dios mostró los sus milagros:
Sobre ellos cayó granizo,
Los muertos cubren los campos.
Ya hora era de sexta,
Josué siempre iba matando
En todos los enemigos;
El dia se iba acabando.
Con la muy gran fe que tiene
Al sol y luna ha mandado
Que estén en su esplendor
Y no anden lo acostumbrado,
Al sol hácia Gabaon,
Ni luna á Ayalon collado.
Paráronse el sol y luna,
No se movieron de un cabo:
Siempre están resplandecientes
Hasta muertos los contrarios.
Por la muy gran fe que tuvo,
La victoria habia alcanzado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

441.

JUDITH Y HOLOFERNES.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

El gran Nabucodonosor,
Rey de la Siria nombrado,
Poderoso es y muy rico,
Y en guerras afortunado.
Por los reyes que ha vencido
Gran soberbia habia tomado,
Y acordó de someter
Todo el mundo á su reinado.
A Holofernes, capitan,
Luego le habie mandado
Que con mucha gente de armas
Vaya á todos guerreando,
Y no perdone á ninguno
Si no se diere á su mando.
Obedeciera Holofernes
Lo que el Rey le habia encargado;
Grandes reinos le ganó
Ya por fuerza, ya por grado.
Sobre el pueblo de Israel
Muy feroz habia llegado:
Los del pueblo, que lo vieron,
Muy gran temor han cobrado.
Sobre Betulia, ciudad,
Su real tiene asentado;
El agua luego les quita;
Tiénelos muy apremiados.
Los de dentro á grandes gritos
A su Dios están rogando
Que de ellos quiera acordarse
Y no los haya olvidado,
Y con muy crecido esfuerzo
Todos han determinado
De salir al campo juntos,
Y morir ó ser librados.
Ozías, su sacerdote,
Los detiene, y ha rogado
Que aguardasen cinco dias
Sin salir al campo armados;
Y que si dentro de aquestos
Su Dios no los ha librado,
Que hagan su voluntad;
Con esto se han conformado.
Judith, esa hermosa y casta
Mujer, de esfuerzo loado,
Despues de haber entendido
Lo que Ozías hubo hablado
Al su pueblo, los reprehende,
Mucho los ha denostado,
Dijo: — Que no es buen consejo
El que los hobiera dado
En poner término á Dios
Para los hacer librados,
Antes habrán dado causa
Contra sí en haberlo airado.—
Díjoles pidan perdon
Todos del yerro pasado:
A todos juntos les ruega,
Con gran fe les ha encargado,
Que ruegnen á Dios por ella
Que la tenga de su mano,
Y que ella quitará el cerco
Que de Betulia es cercado,
O morirá en la demanda
Como varon esforzado.
Y con este presupuesto
El camino habia tomado
De donde estaba el real
De Holofernes el tirano.
En saliendo de Betulia
Las guardas la habian tomado:
Preguntáronle dónde era,
O á quien llevaba recado.
Respondió que era judía,
Y que con muy gran quebranto
Se salió de la ciudad
Por no ver lloro tan alto
Como lo harán los de dentro
Cuando todos sean tomados;
Y que demas de esto quie
Que Holofernes sea avisado
Por donde luego la tome
Sin peligro de su estado.
Holofernes que la vido,
Quedó de ella enamorado.
Judith le dijo á Holofernes
Lo que tenemos contado.
Holofernes la rogó
Que sea su convidado.
Respondiérale Judith,
Que haria grande pecado,
Porque no son de una ley,
Y la suya lo ha vedado:
Solamente le suplica,
En merced le haya dado,
Que la dejase salir
A orar lo acostumbrado;
Que acabada la oracion
Para él habria tornado.
Holofernes concedió
Lo que ella le ha demandado,
Y mandó á todas sus gentes,
Como señor superado,
Que de dia ni de noche
A Judith pongan embargo
De entrar, y salir tambien
En el real á su grado.
Al cuarto dia que Judith
A Holofernes ha llegado,
Mandó hacer una cena
De valor muy estimado,
Y á un eunuco que tenia,
Aquesto le habie mandado:
Que hable luego con ella
Para que la haya á su mandado,
Y que duerma aquella noche
En su cama y á su lado.
Judith que lo habia sabido,
Luego lo habia aceptado.
Presentóse ante Holofernes
Hermosa en extremo grado,
Y mas galana que nunca
Ante él se habia mostrado.
Cenan con mucha alegría,
Con gran placer y agasajo:
Holofernes se acostó
El primero y mas temprano,
El cual luego se durmió,
Porque estaba embriagado.
La puerta cerró Judith,
Como mujer de recado,
Y cuando vido á Holofernes
Como está tan descuidado,
A su Dios hizo oracion,
Y esto le ha suplicado:
Que le dé gracia que pueda
Hacer su pueblo librado;
Y el espada de Holofernes
Ella la tomó en su mano,
Y con ella á Holofernes
La cabeza le ha cortado.
Metiérala en una cesta,
Y á su criada la ha dado;
Juntas se salen del real,
Ninguno se lo ha vedado
De los que estaban en él,
Porque así les fué mandado:
Y con placer muy crecido
A Betulia habia tornado,
Y la cabeza que traía
A todos la habia mostrado;
Todos cobran corazon
Contra los asirianos.
Gran matanza hacen en ellos,

Do quedaron bien vengados
De los daños recibidos
Del capitan ya nombrado;
Porque Judith fué tan buena
En el caso ya contado,
Que se libraron por ella
De Holofernes el tirano.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

442.

HISTORIA DE JUDITH. — I.

(*De Juan Baptista* [1].)

¡Maldita seas, serpiente
Soberbia! ¡Cruel pecado!
¡No sé quién no te conosce,
Pues que tan mal has pagado
A los que de tí confian
En poder, saber y estado!
Tú tienes á Lucifer
Para siempre condenado
Tú heciste al primer hombre
Del cielo ser desterrado;
No quedaba rey ni reina
Que de tí no esté llagado:
Obispos y arzobispos,
Los papas y santo estado;
El que de tí mas confia
Ese queda mas burlado.
Yo cuento con los perdidos
El que va mejor librado:
Pues de los que te siguieron
Uno fué mas desdichado,
Y es Nabucodonosor
Rey de reyes coronado,
Que por su soberbia quiso
Ser señor muy estimado.
Desque tuvo muchos reinos
Subjetos á su mandado,
Mandó que de todo el mundo
Como Dios fuese adorado;
Y mandó en señal de aquesto
Tributo le fuese dado.
Adoracion y tributo
De todos le fué negado,
Y mucho mas de Judea,
Pueblo de Dios consagrado,
Por lo cual hiciera cortes
Para ser aconsejado,
Y mandó venir á ellas
Capitanes aprobados,
Y caballeros famosos,
Y todo sabio y letrado;
Y desque los tuvo juntos
Su deseo les ha mostrado.
Dícenle que era bien hecho,
Y que ansí sea ordenado,
Y el que no le obedeciere
Sea del vivir privado,
De lo cual fue muy gozoso
El Rey desaventurado.
Envía por Holofernes,
Varon noble y esforzado;
Holofernes con presteza
Vino luego á su llamado.
Desque lo tuvo delante
El caso le ha bien contado;
El respondió que está presto
Y á todo ello aparejado;
Mas para que le obedezcan
Mande que sea publicado,
Que el Rey le da su poder
General en este caso.
Holofernes se apresura
A juntar lo necesario,
Y mandó dar sus pregones
Con el sueldo adelantado,
Y que á guerreros forzosos
Un sueldo le fuese dado,
Y á los que van libremente
Se les dé sueldo doblado.
A cabo de poco tiempo
De hueste se ha juntado
Ciento y veinte mil de pié
Y doce mil de caballo.
Muchas provincias y reinos
Tiene en breve sojuzgados,
Porque do quier que llegaba
No quiere dejar poblado;
Ni queda viña ni huerta,
Que no quedase arrancado:
El campo con las sus mieses
Todo quedaba quemado:
Las huertas y los vergeles
Del todo los ha cortado;
No escapa el que se defiende
De ser muerto ó justiciado,
Y al pueblo que lo rescibe
Dejábalo tributado;
Mas el que toma por fuerza,
Por tierra queda asolado.
Grandes estragos hacia
A do quiera que ha llegado,
Y ansí viendo su crueza
Ya se le daban de grado,
Y con danzas y atabales
Lo reciben en llegando,
Y aun no bastan estas honras
Para poder amansallo,
Pues quien mejor lo recibe
Quedaba mas lastimado,
Porque su intento era
Por el temor comenzado
Destruir todos los dioses
Y cualquier templo sagrado,
Porque solo su Señor
Fuese por Dios adorado;
E por esto á todo el mundo
Dejaba tan castigado,
Que le otorgan lo que quiere
Viendo tan cruel estrago,
Si no fuera que Israel
Siempre le ha contrastado,
Y ántes procuró morir
Que obedecer su mandado;
Y ansí por no verse preso,
Ni su templo profanado,
Acuden á Eliachin,
Sacerdote muy honrado,
Que les diese su consejo
Para contra aquel tirano.
Eliachin con gran esfuerzo,
Con ánimo no turbado
Responde que su temor
Seria presto remediado;
Y ansí despachó correos
Al pueblo santificado,
Que se pusiesen de guerra
Los de pié y de caballo,
Y que encierren bastimentos
Y armas hayan buscado,
Y se muralleu las villas,
Y se adobe lo cercado,
Porque el cruel Holofernes
Juraba de captivarlos.
Israel como lo supo
En breve se ha reparado,
Sin dejar valle ni puerto
Que no quedase murado,
Y ponen sus atalayas
En las sierras y collados,
Y proponen de morir
Antes que ser captivados.
Eliachin como era viejo
Y en trabajo ejercitado

Ándase de pueblo en pueblo
Animando al desmayado,
Y en la ciudad de Betulia
Con su gente se ha encerrado,
A do venia Holofernes
Con su gente encaminado.
Eliachin desque se vido
Con su pueblo atribulado,
Mandó celebrar ayunos
Porque Dios fuese aplacado,
Y él se viste de cilicio
Con todo su clericado.
No queda mujer ni hombre
Ni niño muy delicado
Que no hiciese oracion
Al alto Dios soberano:
No queda ciudad ni pueblo
Do no se haga gran llanto,
Haciéndole sacrificios
De lo mejor del ganado.

(*Comienza la historia de Judith*, etc. Pliego suelto.)

1 El pliego suelto de donde se ha tomado este y los cinco romances siguientes está impreso en 4.°, á dos columnas, en letra gótica. Parece edicion hecha en los años de la tercera á la cuarta década del siglo XVI.

443.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JUDITH.—II.

(*De Juan Baptista.*)

Gran priesa se da Holofernes
Por ver el fin deseado,
Y á la ciudad de Betulia
Con su gente se ha llegado,
Cuando le vinieron nuevas
Que Israel lo ha despreciado.
Desque Holofernes lo supo
Que Israel se ha rebelado,
Y que estaba bastecido,
Y apercibido y armado,
Y que no hallaba entrada
Por do fuese batallado,
Junta capitanes muchos
Para ser mas informado,
Qué tan grande era aquel reino
Que tan poco lo ha estimado,
Y si es pueblo bien guerrero,
Y en armas ejercitado.
Habló Achior luego allí
Elocuente y bien hablado,
De Amonitas capitan,
Que venía captivado:
—Si me das, señor, licencia
La verdad te habré contado
De estas gentes montañeses
Y de todo su reinado,
Con la pena de la vida
Si mi dicho fuere falso.
Sábete que aqueste pueblo
De Osaldea fué sacado,
Porque el gran Dios que adora
Que les dió este principado
Por aborrescer los dioses
Que sus gentes adoraron,
En pago del cual servicio
Siempre Dios los ha preciado,
Y les diera aquestos reinos,
Sin haberlos batallado;
Ca Dios batalla por ellos
Y siempre los ha guardado,
Y miéntras que le sirven
Les daba esfuerzo doblado;
Mas si adoran otros dioses
Luego los ha castigado,
Y los da á sus enemigos
Para que sean mal tratados.
Mas pues ellos se defienden,
El su Dios les ha ayudado,
Y si su Dios les ayuda,
Señor, trabajas en vano,
Pues no basta todo el mundo
Para entrar en su cercado:
Mas si en algo le ofendiese
El te los habrá entregado.—
Holofernes que esto oyera
Mostróse muy enojado,
Pues nadie le resistia
De los que habia conquistado:
Mandó castigar á Achior,
Y que fuese encarcelado,
O que lo justicien luego
Por lo que habia contado;
Mas los suyos le aconsejan
Que no se mostrase airado,
Mas que lo envíe á Betulia,
Vaya preso y maniatado
Para que con los judíos
Fuese preso y justiciado.
Ya llevaban á Achior
Por su pié, y fuera de paso,
Por una ladera arriba
Lugar seguro buscando,
Cuando dan con corredores
Que descubrian el campo:
Las guardas desque los vieron
Procuran ponerse en salvo,
Y dejaron á Achior
Al pié de un árbol atado.
Llegan á él los judíos
Y pregúntanle del caso:
Achior les respondiera
Todo lo que ha pasado:
Los judíos lo desatan
Y á Betulia lo han llevado,
Y delante todo el pueblo
A Achior han presentado
Para que les diese cuenta
Por qué lo han injuriado,
Y de lo que Holofernes
Tenia determinado,
En no se partir del cerco
Hasta se haber bien vengado;
Y por tanto lo enviara
Para con ellos matarlo.
Los judíos que esto oyeran,
Gran temor los ha turbado,
Y por las plazas y calles
Las gentes van lamentando.
Multiplican sus ayunos,
Y conoscen su pecado,
Suplicando á Dios del cielo
Que no los haya olvidado.
A Achior bien le sucede,
Porque habia predicado
Que Dios fué su ayudador,
Por lo cual fué desterrado:
Hácenle fiesta solemne,
Y fué bien aposentado.
Luego otro dia siguiente
Holofernes ha mandado,
Que se cuenten los guerreros
Que pueden salir al campo,
Y hallaron de los suyos
Y de los que ha captivado,
Ciento veinte mil de pié,
Y veinte mil de caballo.
Desque se vió poderoso,
Tan pujante y ensalzado,
Mándales que se repartan
Cada haz por lo murado,
Y de mejores guerreros
El se queda acompañado:
Mandó mas cegar las fuentes
Y los caños ser quebrados,
Porque por sed y por hambre

Mas presto se lo hayan dado.
Los judíos desque vieron
Que el agua les ha quitado,
Comienzan á desmayar,
Y en tierra se han postrado,
Suplicando á Dios del cielo
Que d'ellos tenga cuidado,
Pues que el pueblo desmayaba
Por el agua que ha faltado,
Y la que hay en las cisternas
Entre ellos se ha ordenado,
Que se diese por medida,
Y que no se diese abasto.
Lloran viejos y mancebos
Con corazon quebrantado:
Lloran viejas y doncellas
Con espíritu humillado:
Y los niños se caian
De hambre y sed traspasados:
Las bestias desfallecian,
Y perescia el ganado:
Unos á otros decian:
Sobre tí sea este pecado,
Pues valiera mas morir
Que vivir tan desastrado.
Orias luego habló,
Rey de aqueste principado:
—No desmayeis, caballeros,
Ni vos maldigais, hermanos,
Pues el soberano Dios
En esto nos ha probado;
Y si de quí á cinco dias
No os hubiere remediado,
Haced paces y concordia
Con el que os tiene cercados.—
Puesto el pueblo en tal estrecho
Gran llanto se ha levantado,
Porque á los que eran fieles
No placia este contrato.

(*Comienza la historia de Judith*, Pliego suelto.)

444.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JUDITH.—II.

(*De Juan Baptista.*)

Muy triste estaba Israel,
Por lo cual hace gran llanto,
Porque el cruel Holofernes
Lo tiene tan fatigado,
Que dentro de cinco dias
Se pusieran en sus manos,
Si no fuera por Judith,
Matrona de gran estado.
Mujer fué de Manasses,
De quien habia enviudado;
Tres ó cuatro años habia
Que lo habia sepultado.
Rica era y muy prudente
Y devota del muy Alto,
Por cuyo amor propusiera
No tomar otro velado,
Por lo cual se retrajera
Y en clausura se ha encerrado
Dentro de su mesma casa,
En un palacio apartado,
A do en grande penitencia
Su vida iba gastando;
Y allí le dieron las nuevas
Del tiempo muy abreviado
Que le diera el rey Orias
Al pueblo por final plazo.
Desque la nueva supiera
Por injuria lo ha tomado
Que tal contracto pasase,
Ni concierto tan profano,
Y mandara llamar luego
A los que lo han contratado.
Orias y sacerdotes
Vienen luego á su llamado,
Y pregunta qué conciertos
Son estos que han celebrado.
Ellos dieron sus disculpas,
Que no fué mas en su mano,
Porque el pueblo desmayaba
Y en esto lo han concertado:
Hablara Judith muy fuerte,
Con corazon animado:
—¡Oh hombres de poca fe,
Y cuán mal lo habeis mirado
En hacer tan gran ofensa
Al Señor que os ha criado,
Pues para que os librase
Le habeis tiempo señalado!
Acordar se os debiera,
De cómo en tiempo pasado,
A nuestros padres libró,
A Abraham y su engendrado,
A Jacob y á Moysen,
Y al pueblo santificado,
De dos mil desaventuras
Que por él han escapado,
Y pocos años habia
Que nos habia rescatado
Del poder del enemigo
Que nos habia sojuzgado.
Y si agora padesceis,
Sabed que os ha tentado
Por ver la fe que teneis
Con quien tanto vos ha amado.
Pues id vos y esforzad
Al pueblo desventurado,
Y que ayunen les mandá,
Y conozcan que han errado,
Y humillen sus corazones
Y conozcan su pecado;
Que Dios les dará victoria
Dentro de lo limitado;
Y vosotros vos id luego
A aquella puerta del campo,
Y velad toda la noche
A nuestro Dios suplicando
Oya las mis oraciones
Y el mi deseo, que es sancto.—
Vanse Orías y su gente
Donde les era mandado,
Y Judith á su secreto
Entra gimiendo y llorando.
Vístese luego un cilicio,
Y en ceniza se ha postrado,
Suplicando á Dios que cumpla
El su ruego deseado,
Y le dé sabiduría
Para vencer al tirano,
Porque conozcan las gentes
Que su nombre han blasfemado,
Que su Dios es Dios de dioses,
Digno de ser adorado.
Estas palabras diciendo
Su peticion ha acabado,
Y levantóse de presto
De su penitente estrado,
Y llamó á una sirvienta
De quien siempre se ha fiado,
Y mandóle prestamente
Que le aparejase un baño,
En el cual lavó su cuerpo
Muy hermoso y delicado,
Y ungióse despues de limpio
Con un ungüento mirrado:
Vístese delgados lienzos,
Una ropa de brocado;
Calzóse ricas sandalias,
Que era muy galan calzado;
Cíñese cordon de oro
De ruecas eslabonado;
Vístese mangas tranzadas

Sacadicos sus bocados;
Pónese ajorcas, y manillas
En sus cristalinos brazos;
Sus dedos llenos de anillos,
Y en el pecho un relicario,
Y un follete de antepecho
De perlas muy salteado,
Con un gorjal muy precioso
De rico esmalte esmaltado;
La gargantica del cuello
No tiene precio estimado:
Ponse mitra en cabeza,
Que era un virginal tocado,
Entranzado á sus cabellos
Con trenza de oro hilado:
¡Madejas parescen de oro
Segun están relumbrando!
Y como su hermoso cuerpo
Era bien proporcionado,
La su linda compostura
Mucho mas lo ha adornado:
Su rostro sin apostura
Parece deificado:
Porque aunque era hermosa
El Señor la ha apostado,
Y en suprema hermosura
La dotó en supremo grado.
Desque ya estaba compuesta,
Y su gente ha saludado,
Mandó luego á su sirvienta
Que le llevase recaudo
Del comer, porque no fuesen
Costreñidas á buscarlo.
Su sierva como es astuta
Muy de presto se ha cargado
De vino y algunas frutas,
Porque no fuese forzado,
Si no lo llevasen ellas,
De comer con los paganos,
Lo cual era defendido,
Y por la ley muy vedado.

(*Comienza la historia de Judith*, etc. Pliego suelto.)

445.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JUDITH.—IV.

(*De Juan Baptista.*)

Ya se partia Judith
De su muy rico palacio
Antes de la media noche,
Y al primer canto del gallo:
Con ella va su sirvienta,
Abia tiene por dictado,
Y vanse para la puerta
Adonde estaban velando
Orias con mucha gente
La su venida esperando;
Y desque á ellos llegó
En el suelo se han postrado,
Viendo una mujer tan linda
De corazon tan osado.
Y ansí postrados en tierra
Nada le habien preguntado;
Mas ruegan á Dios del cielo
Que la saque á paz y á salvo,
Y la traiga con victoria
De lo que habia comenzado.
Van ya fuera de los muros
Bajando por un collado,
Y por llegar mas aina
Los valles van travesando.
Ya queria amanescer
Cuando llegaron á un raso:
Visto la habian corredores
De los que andaban cercando,
Y desque la conoscieron
Que era del pueblo contrario,
Lo mas presto que pudieron
A ella se han acercado.
Desque la vieron tan linda,
Señora, la han llamado,
Y pregúntanle do viene:
Díceles, que escapando
De mano de los judíos
Donde se habia criado,
Porque todos desmayaban,
Y que les habia pesado
Por resistir á Holofernes,
Y no le haber convidado
Con sus personas y tierras,
Y con precio atributado.
Empero que mas querian
Morir que ser captivados,
Y por no morir con ellos
D'ellos se ha deshurtado
Para decir á Holofernes
Cómo puede captivarlos.
Ellos desque aquesto oyeron
A Holofornes la han llevado,
El cual como es de mañana
En su tienda está acostado,
La cual era la mas rica
Que podria ser contado.
Cada estátua era de plata
Donde el cordel está atado,
Las barras eran de oro,
Que descienden de lo alto:
El cobertor de la tienda
De un carmesí rubricado,
Con franjas de frocaduras,
Muy ricamente franjado.
Ricas alfombras y paños
Por ornamento y estrado;
Pero el lecho en que dormia
No puede ser apreciado;
Los bancos eran de cedro
Y de plata son los clavos,
Y con oro de martillo
Cada mastel tachonado;
Y las cintas que los ciñen
Son de tejido dorado:
Los colchones son de Holanda,
Las cuerdas de oro hilado,
Las sábanas son preciosas
Por ser de viso delgado:
El cobertor de la cama,
Un brocado de tres altos,
Almohadas y acirnelos
Ricamente están labrados.
El pabellon que lo cubre
Es de rico deshilado,
De boscajes trasparentes
Con oro y seda tramado.
Pena tenia de muerte
Quien entra sin ser llamado,
O sin que pida licencia,
Y se la hobiese otorgado;
Y por esto con Judith
Al portero han llegado,
Para que diga á Holofornes,
Cómo lo están aguardando,
Con una doncella rica
Del pueblo circuncidado,
Que quiere ver á su Alteza,
Y besarle piés y manos.
El portero entra luego
De su lindeza admirado.
Holofornes desque fuera
Del portero así informado,
Manda que la dén entrada,
Y ella luego hubo entrado.
Desque Judith vió á Holofornes,
De majestad tan cercado,
Hincó rodillas en tierra;
Sobre su faz se ha postrado,

Y adóralo como á rey
Segun entre ellos se ha usado.
Desque Holofornes la vido
Todo está maravillado
De ver su gran hermosura
Y rostro clarificado:
Mándale que no temiese,
Y que se haya levantado,
Y que dijese la causa
Por qué viniera á buscarlo.
Judith como era prudente
D'esta manera ha hablado:
—Guárdete Dios, mi señor,
Y te prospere el estado,
Y te haga emperador
De todo lo ya habitado:
Sábete que tu nobleza,
Y poder magnificado,
Las tus virtudes sin cuento
Por las gentes han volado
Publicando tus loores
Y tu ánimo esforzado;
Por lo cual tuve deseo
De ser sierva en tu palacio.
No me pesa haber venido
Pues es verdad lo loado;
Por tanto por mi venida
Sey señor certificado
Que el pueblo de los judíos
Está triste y trabajado
Desque quitaste las aguas
Y el comer les ha faltado:
Beben sangre de animales,
Y ansí está desesperado,
Por lo cual contra su Dios
Reciamente han blasfemado,
Por la cual ofensa hecha
Muy claro les ha mostrado
Que ántes de muchos dias
D'ellos habrás triunfado;
Porque á los sus sacerdotes
Les ha sido revelado
Que por ser malo su pueblo
A tí te será entregado,
Segun que ántes de Achior
Fuiste, señor, informado;
Y si me otorgas la vida,
Dame seis dias de plazo
Para que ruegue á mi Dios,
Que nos haya declarado,
Cuándo es su voluntad
Que los hayas subjetado,
Para lo cual te suplico
Que me fuese otorgado
Que nadie me impidiese
De salir á orar al campo
A la hora que sintiere
Que mi Dios me ha llamado.—
El Rey que en su hermosura
Todo estaba trasformado,
Como cuando con la presa
El alcon está cebado,
Manda que por sus reales
Esto fuese pregonado:
Que á la doncella judía
Nadie la hobiese enojado;
Mas que ande libremente
Por cualquier entrada y paso:
Y mandóla aposentar
Do el tesoro está encerrado,
Que era dentro de su tienda
En un secreto apartado,
Y que cuanto pidiere
No le sea detardado.
Lo que Holofernes mandara
Por todos es otorgado,
Ca su linda hermosura
A todos los ha ligado.
Mandó mas: que del comer
Se le diese de su plato.
Judith como era prudente
Esto le habia negado,
Diciendo que ella traia
Para sí manjar guisado.
El Rey d'esto sospechoso
Luego hobo preguntado
Diciendo, que qué haria
Desque lo haya gastado.
Dice que ántes que se acabe
Habrá fin lo comenzado,
Y despues que comeria
De lo que le fuere dado.
Cada noche se salia
A un muy hermoso prado
Adonde estaba una fuente,
Lugar muy aparejado
Para hacer oracion
Despues de se haber bañado.

(*Comienza la historia de Judith*, etc. Pliego suelto.)

446.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JUDITH.—V.

(*De Juan Baptista.*)

Pasados eran tres dias
Y llegádose habia el cuarto,
Cuando se acordó Holofernes,
Que su pueblo está cansado,
Y que sería muy justo
En algo ser recreado,
Para lo cual ordenara
Un buen convite, afamado,
El mayor que nunca ha hecho
Despues que anda batallando;
Y mandó que todos coman
A sus expensas y gastos,
Y que coman á su mesa
Los que eran hijos de algo.
Desque las mesas son puestas
Y todos se han asentado,
El poderoso Holofernes
De Judith se ha acordado:
Mandado ha que la llamen
Para que cene á su lado.
Entra presto el mensajero,
Dice que el Rey la ha llamado.
Judith, como era tan sabia,
Su venir no ha detardado,
Y fuése para Holofernes
Adonde estaba cenando.
—¿Qué es lo que mandas, señor,
En que yo te haya agradado?—
Mandóle que se asentase
Para darle algun descanso.
Judith, hecha su mesura,
D'esta manera ha hablado:
—No era dina yo, señor,
De vivir en tu palacio,
Cuanto mas comer á mesa
De un señor tan sublimado,
Mas pues que á tí placía
Yo cumpliré tu mandado.—
Sentádose ha á la mesa
Y pide que le sea dado
El comer por su sirvienta
Del manjar acostumbrado.
Entre el comer y el beber
Holofernes la ha mirado,
Y miéntras mas la miraba,
En ella se ha trasportado;
Y como estaba encendido,
En comer no es mesurado,
Ni ménos en el beber
Hasta ser embriagado.
Despues que alzaron las mesas
Fuérase para su estrado,

Llevando á Judith consigo
Para d'ella haber gozado.
Judith como en Dios confia
En nada se ha excusado,
Y aviso á la sirvienta
Que cerca se haya quedado
Para que cuando la llame
Acudiese á su llamado.
Llegan ella y Holofernes
A aquel su precioso estrado,
Y un su castrado portero
Las puertas ha emparejado;
Mas apénas Holofernes
Se acostara en el estrado,
Cuando ya estaba dormido
De un sueño muy pesado.
Judith desque así lo vido
De rodillas se ha postrado,
Suplicando á Dios del cielo
No la haya desamparado.
Desque hiciera oracion
Los sus ojos hubo alzado,
Y vido un galan alfanje
De un clavo estar colgado,
Y desque vido á Holofernes
En sueño tan reposado,
Ásele de los cabellos
Para poder degollallo,
Y á los dos golpes primeros
La cabeza le ha cortado.
Vuelve luego el alfanje
Donde lo habia descolgado,
Y envolviera la cabeza
En un paño que ha hallado,
Y acude para la puerta
A do Abia la está esperando:
Abren pasico las puertas,
Que sin llave han quedado,
Y dió á su sierva la cabeza,
Y en un fardel la han echado,
Y por mas seguridad
La puerta le han cerrado.
Ibanse para la fuente,
Segun lo han acostumbrado,
Aunque el campo está seguro
Por lo mucho que han cenado.
Ya salen de los reales,
Y su paso han alargado,
Y en cabo de pocas horas
A Betulia han allegado.
Fuéronse para la puerta
Por donde habian pasado,
A do Orias y su gente
Ya la estaban aguardando,
Aunque ya de su venida
Habian desconfiado.

(*Comienza la historia de Judith*, etc. Pliego suelto.)

447.

CONTINÚA LA HISTORIA DE JUDITH.—VI.

(*De Juan Baptista.*)

Ya Judith llega á Betulia,
Y grandes voces va dando:
—Esforzaos, hermanos mios,
Pues que Dios nos ha ayudado,
Que al soberbio de Holofernes
Os dejo descabezado.—
Orias desque lo oyera,
Del hecho maravillado,
Manda luego traer hachas
Para saber del estrago.
Cuando las hachas vinieron
Ya el pueblo está juntado;
Allí hablara Judith
Con ánimo no turbado:
—Dad gracias á Dios, varones,
Y su nombre sea loado;
Pues que siendo pecadores,
No miró nuestro pecado;
Mas dió fuerzas varoniles
A un cuerpo afeminado,
Para que quede Holofernes
Ya muerto y descabezado.—
Y porque mas se gozasen
La cabeza le ha mostrado.
Ellos le dan muchas gracias
Por el trabajo pasado;
Empero porque no yerren
De aquesto les ha avisado,
Que tomasen la cabeza
Y la hinquen en un palo,
Y en lo mas alto del muro
Con cuñas la hayan fijado,
Hácia do estaba Holofernes
Y su real asentado,
Para que en saliendo el sol
La descubra con sus rayos,
Y que entónces salgan ellos
Grandes alaridos dando;
Empero que no descienda
Ninguno d'ellos al campo,
Hasta que vean claramente
Que todos andan turbados.
Dicen que ansí lo harian
Como les ha aconsejado.
Salido era ya el sol,
Y el campo se ha aclarado,
Cuando salen los judíos
Con todo su pueblo armado:
Apellidos dan de guerra
Para mas alborotallos;
Los enemigos recuerdan,
Y como están desarmados,
A la tienda de Holofernes
Van con paso apresurado;
Mas ninguno llamar osa,
Porque aun estaba cerrado,
Y rogaron al portero
Que entrase á despertallo.
El portero mucho teme,
Porque tenia pensado
Que su señor Holofernes
De Judith está gozando;
Mas como le daban priesa
Que el pueblo está alborotado,
Abre su puerta pasico,
Y á la cama se ha ajuntado,
Y hallara el cuerpo muerto
En su sangre sepultado.
Entrara á ver si Judith
Estaba en su palacio;
Mas desque no la hallara
Sale grandes voces dando,
Que su señor esta muerto
De Judith, que lo ha engañado.
Ellos, en oyendo aquesto,
Gran temor les ha cercado;
Y en esto ya los judíos
Se habian presto abajado,
Y con gran tropel de gente
Con ellos se han encontrado.
Los tristes con el temor,
Y como están descuidados,
Por dichoso se tenia
El que d'ellos se ha escapado.
Los judíos van tras ellos
Hiriéndolos y matando;
Mas los que mejor huian
Esos son mejor librados.
Y despues que los tuvieron
De su tierra desterrados,
Vuelto se habian á las tiendas
Del real desbaratado,
Y recogen las riquezas

Que les habian dejado,
Y llévanlas á Betulia
Para que fuese ordenado
Que todo el despojo fuese
Ante Judith presentado,
Para que lo tome todo
Pues que lo ha trabajado.
Mas Judith como era santa
Todo lo ha renunciado,
Y mandó lo repartiesen
Segun que lo han usado,
Y lo que á ella cupiese
Lo diesen al templo santo.
Israel desque se vido
De tal peligro librado,
Hace muy solemnes fiestas
Por un hecho tan nombrado,
Y con músicas y danzas
A Dios han glorificado;
Y por dia memorable
Este celebran cada año,
Y á Judith miéntras que vive
Por señora la han honrado,
Y el honrado de Achior
Ya judio se ha tornado,
Y pide en señal de aquesto
Que quier ser circuncidado.
Judith á la su sirvienta
Libre la habia dejado,
Y dotóla de heredades
Para que viva en descanso;
De lo cual sea Dios bendito,
Y para siempre loado.

(*Comienza la historia de Judith.*, etc. Pliego suelto.)

448.

NABUCODONOSOR Y LAS AMAZONAS.

(*Anónimo* [1].)

Despues de darte, Nabuco,
El parabien que se debe
A la victoria que alcanzas
Del Palestino rebelde,
Y que su pueblo cautivo
A Babilonia trajeses,
Porque la fama tu nombre
Solo tu valor celebre;
Pues besan tantas naciones,
Como se miran presentes,
Tu pié, y rinden vasallaje
A tu poder, para siempre,
Digo que mis amazonas,
Invencible y fiera gente,
Que el Asia ocupa sus brazos,
Y Arabia y Fenicia temen;
Las que en los climas que habitan
Hombre ninguno consienten,
Y los maridos con ellas
Mas que una noche no duermen,
Y esto para que no falte
La sucesion que conviene
A la razon del Estado
Con que se gobiernan siempre;
Las que el yugo de Alejandro
Cuando á todo el mundo vence
No consintieron jamás
Indomables y valientes:
Las que de valor armadas,
Las que vestidas de pieles
De sus flechas con las plumas
Emprender al sol pretenden,
Y no hay ave sobre el aire,
Segura fiera en su albergue,
Monte, corriendo, ó volando,
Que sus arcos no sujeten;
Para cuyos ciertos tiros,
Porque al arrimar al fuerte
Pecho, el arco, no haga estorbo
Se cortan el uno á cercen:
Las que en belleza, tambien
Como en la aspereza, exceden
A cuantas el Tanais viven,
Y cuantas el Tigris beben:
Las que al fin mujeres siendo
Monstruos de Libia parecen,
Aunque en cualquiera region
Somos monstruos las mujeres;
Señor, á voces te piden
Nombres esposo tan fuerte
Y tan noble, como el brazo
De Sofonisba merece.
Entré en consejo de Estado
Con ellas, y se resuelven
En que el rey de Babilonia
La merezca solamente,
Con la misma condicion
Que nuestras estrechas leyes
Piden, porque de este modo
Nuestros reinos se conserven;
Y para que de los dos
Igual sol nazca, que herede
Los que heredo yo en la Arabia
De Tiro y de Mitilene,
A Babilonia darás
Príncipe si varon fuere,
Y si mujer, daré reina
A mis amazonas fuertes.
Cuarenta mil me acompañan
Con los maridos que tienen
Para esta ocasion agora
Esperando que les lleve
La resolucion que aguardan,
Por cuyas nuevas alegres
Las albricias que apercihen
Para tí, son las siguientes.
Cien caballos enjaezados
Todos de manchadas pieles;
Cien elefantes cargados
De oro y plata con que pueden
Hacer una estatua, donde
Por Dios te adore la gente;
Un carro, para que triunfes,
De marfil, que de relieves
De oro, y rubios girasoles
Pintados tus hechos tiene.
Las perlas te dan sus conchas,
Y por único presente
En jaula de coral rubio,
Gran señor, verás el fénix.
Esto te dan los deseos
De mis provincias, y advierte
Que yo en persona he venido,
Y que delante me tienes.
Quién es Sofonisba sabes:
En valor y sangre excede
Por su padre y por su madre
A los orientales reyes.
Lo que toca á su hermosura,
Nabuco, no se encarece,
Aunque dicen en el Asia,
Que reina pudiera hacerme.
Mas porque te satisfagas,
El embajador que viene,
El retrato trae consigo,
Mírame bien pues es este.

(*Primavera y flor de Romances*, 2.ª parte.)

[1] Es una relacion como las de comedia.

449.

DAVID Y GOLÍAS.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Gran guerra tiene Saul,
Muy sangrienta es la batalla

Con aquestos filisteos,
Gente á su reino cercana.
Pelean como valientes,
Unos á otros se matan,
A todos Saul vencia,
Los contrarios desmayaban.
A ayudar los filisteos
Un gran gigante llegaba;
Golías habia por nombre,
De catadura muy brava,
De desmesurada fuerza;
A todos heria y mataba:
Tan valiente es que á diez mil
Venceria en la batalla.
Los judíos que lo vieron,
Con su vista desmayaban;
Cobraron gran cobardía
De su catadura mala;
Huyendo iban ante él,
Que ninguno lo aguardaba.
En el real están todos,
No salen á la batalla.
En el real de Saul
Tres hermanos guerreaban;
Hijos eran de Esaí
Y hermano á David le llaman:
Allí estaba el buen David,
Que su padre le enviaba.
Estando allí todos juntos
Oyeron pregon que daban
Por mandado de Saul;
Lo siguiente declaraba:
—Que si caballero hobiese
Que saliese á la batalla
Con Golías, gran gigante,
Gran cosa le seria dada,
Y si en ella lo venciese,
Hermosa mujer cobrara,
En Michol sola su hija,
Que es hermosa y agraciada,
Con la mitad de su reino,
Lo cual todo lo otorgaba.—
Estando dando el pregon
Los judíos desmayaban:
Huyendo van de Golías,
Que los heria y mataba.
David, que huir los vido,
Sabida por él la causa
Quedó muy maravillado
De su cobardía tanta.
Fuera luego ante Saul:
Licencia le demandaba
Para lidiar con Golías
El que á todos asombraba.
Dijo al Rey, que no temiese
De hacer lo que demandaba,
Que un oso y leon ha muerto
Que sus ganados mataban.
Cuando Saul vió el esfuerzo
Que el niño David mostraba,
Luego le mandó armar
Y con sus armas le armaba.
Con ellas no puede andar,
De sobre sí las quitaba:
Tomó su cayado y honda;
Tres piedras David tomaba
Metidas en su zurron,
Que puesto al cuello llevaba.
Fué donde estaba el gigante
A comenzar la batalla:
Golías cuando lo vido
Esta pregunta le daba:
—¿Soy yo perro por ventura,
Que vienes con tales armas?
—No solo traigo el cayado,
El niño le replicaba,
Para yo lidiar contigo,
Mas el Dios que yo adoraba.
Con su nombre venceré
Esa tu persona brava;
Cortaré yo tu cabeza
Con esa tu propia espada.—
Luego tomara una piedra
De aquellas tres que llevaba;
En la honda la ponia,
A Golías la tiraba.
Dióle en la frente con ella;
Del golpe le derribaba:
Fué sobre él muy denodado,
Su cuchillo le tomaba;
Cortóle la su cabeza,
Por las barbas la tomaba,
Volvióse para el real
A Saul la presentaba,
Que recibió gran placer:
Con su hija lo casaba.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

450.

DAVID QUE LAMENTA LA MUERTE DE SAUL.

(*Anónimo* [1].)

Llanto hace el rey David,
Sus ojos fuentes tornados
Por la muerte de Saul
Y sus hijos tan preciados:
D'esta manera decia
Por mas doblar sus cuidados;
—¡Israel, mira tus montes
Cómo están ensangrentados,
De la sangre de tus nobles,
De tus nobles y esforzados!
¡Ay dolor, como cayeron
Varones tan estimados!
No sepan en Filistea
Casos tan desventurados,
Ni se alegren las mujeres
De los incircuncidados.
¡Oh montes de Gelboé,
Malditos seais llamados!
El cielo os quite el rocío,
No llueva en vuestros collados,
Ni lleve Dios mas primicias
De todos vuestros sembrados.
Do fuéron muertos los fuertes
Y sus escudos quebrados,
Donde murió el rey Saul,
Rey de reyes consagrado:
¡Como si no fuera ungido
Fué muerto de los malvados!
¡Oh mi Jonatas! ¡mi hijo!
¡Hombres nunca acobardados,
Mas que águilas lijeros,
Como leones osados!
Llorad, hijas de Judea,
Y teñid vuestros tocados,
Que ya es muerto vuestro Rey
Que os daba paños preciados,
Y sin cuento atavíos
De sedas y brocados.
¡Oh mi Jonatas, mi amigo,
Unico entre nos amado,
Duélome de la tu muerte,
Duélome de los tus hados!
Con amor de padre á hijo
Éramos yo y tú ligados,
¡Oh fortuna muy cruel,
Cómo somos apartados,
De la dulce compañía
A qu'estábamos llegados!

(*Cancionero de Romances*.)

[1] Romance popular, aunque artístico é inspirado por la Biblia a un poeta, que sabia comprenderla é imitar su estilo noble, sencillo y severo.

451.

DAVID Y BERSABÉ.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

El Rey amado de Dios,
Que es David el muy nombrado,
Cruel guerra ha con Amon,
Al su reino muy llegado.
A su capitan Joab
Contra Amon habia enviado;
El quedó en Jerusalen
Cabeza de su reinado.
El amor, como es tan ciego,
¡ Oh qué mal que lo ha engañado !
Paseándose está David
Un dia por su palacio;
Desde unos corredores
Bersabé se habia mostrado.
Casada era con Urías,
Urías Eteo llamado.
En el real de David
Está el caballero honrado:
Bersabé era muy hermosa,
Graciosa en extremo grado;
Junto estaba de una fuente
Lavándose el su tocado.
Luego que David la vido
Quedó d'ella enamorado.
Envió luego por ella,
Fué traida á su palacio,
Y sin ninguna tardanza
Con ella se habia mezclado,
No solamente esta vez,
Si otras muchas lo habia usado.
Empreñóse Bersabé,
De David se habia empreñado.
A su capitan Joab
En secreto habia mandado
Que á Urías, buen caballero,
Ante todos sea parado
Al tiempo del combatir
Algun pueblo señalado,
De manera que lo maten
Y no pueda ser librado.
Lo que David le mandó
Joab lo tiene ordenado,
Que combatiendo á Rabat
Muerto fuera el no culpado.
Sabido lo ha David,
Con Bersabé se ha casado.
Nathan, profeta de Dios,
A David le ha preguntado,
Díjole :—Un hombre rico
Tenia mucho ganado;
Un pobre vecino suyo
Una oveja por rebaño,
Y el rico se la tomó
Con el corazon dañado :
No contento con el robo
Al pobre habia matado.
Respóndeme, rey David,
¿Qué pena terná el culpado?—
Respondió David, que es digno
De muerte por tal pecado.
Replicó Natham : —¡Oh Rey,
Tú mismo te has condenado!
Tú, David, eres el rico,
Urías, pobre cuitado :
Tú tenias muchas mujeres,
El una sola en su cabo :
A Bersabé le tomaste,
Con ella eres ya casado,
Y ni aun siendo así contento,
Muerto fué por tu mandado.
De parte de Dios te anuncio
Maldicion por tu pecado.—
Cuando esto oyó David
Con gemidos ha llorado.
Siete dias con sus noches,
Retraido y apartado
Mucha penitencia ha hecho;
De Dios quedó perdonado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Compárese esta fria narracion con el sentido, noble, épico-lírico del anterior romance, y se verá la enorme diferencia que hay entre el poeta que calca sus composiciones sobre un libro en prosa, y el que, empapado de poesía, se abandona al sentimiento espontaneo que le inspira un asunto.

452.

AMON Y TAMAR.

(Anónimo [1].*)*

Grandes males finge Amon
Por amores de Tamar :
¡ Harto mal tiene quien ama,
No ha menester fingir mas!
Por los ojos de la hermana,
Flechado el hermano está,
Tanto que á ser mas honestos
Fuera santa la hermandad.
A la causa del engaño
Pide la venga á sanar.
Que Tamar tiene el remedio
De su misma enfermedad.
Diólo Tamar de comer,
Y Amon que vió su beldad,
El gusto puso en los ojos,
Y así comió con mirar.
Por no aguardarla mas tiempo
La gozó el hebreo galan,
Y con ser que era judío
Dejó entónces de esperar.
Gozóla, y aborrecióla,
Que al gusto sigue el pesar,
Y aunque ella sintió la fuerza
El desprecio sintió mas.
Gozada y aborrecida
A buscar venganza va :
¡ Huye, Amon! ¡mira por tí!
Que es mujer y la ha de hallar.

(*Primavera y flor de Romances*, etc. 2.ª parte.)

[1] Bien se conoce en este romancillo la desviacion del espíritu grave y severo que nuestra poesía experimentó ántes de promediar el siglo XVII, y que corrompió enteramente la de la otra mitad. Cuando se vea á los poetas jugar con la lengua y abusar de ella, bien cerca está el tiempo de su corrupcion, de la de la poesía, y aun de la moral.

453.

DAVID Y ABSALON

(Anónimo [1].*)*

Con rabia está el rey David
Rasgando su corazon,
Sabiendo que allí en la lid
Le mataron á Absalon.
Cubrióse la su cabeza
Y subióse á un mirador;
Con lágrimas de sus ojos
Sus canas regadas son.
Hablando de la su boca
Dice esta lamentacion :
«¡Oh filli mihi, filli mihi!
»¡Oh filli mihi, Absalon!»
¿Qu'es de la tu hermosura?
¿ Tu extremada perficion?
Los tus dorados cabellos
Parescian rayos del sol;
Tus ojos lindos, azules,
Cual jacinto de Sion :
¡ Oh manos que tal hicieron,
Enemigas de razon!

¡Oh Joab! ¿que hicistes?
¡No lo merecia, no!
Miraras qu'era mi hijo
Engendrado en bendicion:
Que quien le daba la muerte
Me doblaba la pasion.
Si era desobediente
Yo le otorgara perdon:
Si mi mandado cumplieras,
Trujerásmelo á prision.
¡Oh madre, que tal pariste!
¿Cómo habrás consolacion?
Rómpanse las tus entrañas,
Rásguese el tu corazon:
Llorémosle padre y madre
El fruto de bendicion.
«¡Oh filli mihi, filli mihi!
»¡Oh filli mihi, Absalon!»

(*Cancionero de Romances.* — It. *Segunda parte del Cancionero general*, edicion de 1552.)

[1] Las mismas observaciones que al del núm. 451 pudieran hacerse aquí; pero en este romance hay mas afectacion de ciencia, y ménos inspiracion que en aquel.

454.

LA PRESA DE JERUSALEN POR TITO.

(*Anónimo* [1].)

La señora de las gentes
Lloraba fuerte y plañia,
Porqu'el emperador Tito
De crudo fuego l'ardia.
Aquellos sus fuertes muros
Con pertrechos se batian;
Las altas torres y casas
Por el suelo las metian:
El templo santo sagrado,
Que ya Dios aborrescia,
Deshacen por los cimientos;
Su memoria perescia:
Holocausto y sacrificios
Ya del todo fenescian;
Por el monte de Sion
De sangre arroyos corrian,
Y la sangre injusta y baja
El fuego mas encendia.
Aquellos hombres ancianos
Que por las puertas se vian,
Escritos los mandamientos
La vida aquí consumian:
Los mozos tan bien vestidos
Que cantar himnos solian,
D'ellos son descabezados,
D'ellos esclavos venian.
Las vírgenes delicadas,
Su sangre y vida perdian;
Las madres, de pura hambre
Los propios hijos comian,
Y despues por el cuchillo
En pago d'ello morian.
—¡Hijos de Jerusalen,
En altas voces decian,
El término traspasastes;
La gloria vuestra es perdida!
En todo el orbe mundano
No terneis cierta guarida:
Viviréis en vituperio
Los dias de vuestra vida,
Y por mas Dios ya no oiros
De nubes cierra la via.
No quiere ya sacrificios,
Ya es vuestra oracion perdida,
Porque al Justo condenastes
Por malicia y por falsía.—

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Popular, pero artístico romance, inspirado al poeta por la sentida lectura de *Josefo*. Es sin duda anterior algunos años á la segunda mitad del siglo XVI.

455.

CRUELDAD DE UNA MADRE EN EL SITIO DE JERUSALEN POR TITO.

(*De Juan de la Cueva* [1].)

La excelsa Jerusalen,
Cuyo nombre vive escrito
En la memoria del mundo
Sin que lo borre el olvido,
Cuando en su mayor nobleza
Y con mayor poderio
De Tito Vespasiano
Fué cercada, y por el mismo
Combatida de tal suerte
Con un cerco tan prolijo,
Que vinieron á tal hambre
Los miserables judíos,
Que comian por regalo,
Despues de haberse comido
Todos los perros y gatos
Y las bestias de servicio,
Las suelas de los zapatos,
Y el cuero en agua cocido,
Las pajas del muladar
De entre el estiércol podrido.
Llegó á tanto la miseria
Que pasó de lo que digo;
Y así contaré un ejemplo
Con que se aprueba lo dicho,
Y vean, que por él solo
Lo demas será entendido.
Estaba en esta sazon
Una mujer, que no escribo
Su nombre, porque no es justo,
Aunque anda escrito, escribillo,
Mas borrando su memoria,
Sepultallo en el olvido,
Porque tan horrible hecho
No fuera en el mundo escrito,
Porque no fué el de Medea
Ni el de Tulia tan maldito,
Ni el matar Cila á su padre
Por agradar al rey Minos.
Esta inhumana mujer
Luego que la guerra vido
Comenzar, por mas seguro
A Jerusalen se vino
De un lugar donde vivia
En estado y poder rico;
A la cual, como aquejase
La hambre, perdió el sentido,
Y aun el amor natural
Que el padre le debe al hijo,
Cual esta inhumana fiera
Con su propio hijo hizo,
Que criándolo á sus pechos,
Viéndose en mortal peligro,
Por satisfacer su hambre
Pospuso el amor debido,
Y tomándolo en los brazos
De la hambre enflaquecidos
Que apénas podia tenello,
Así dijo al tierno niño:
—Hijo, dulce gloria mia,
Regalo del vivir mio,
Antes que seais del todo
De esta hambre consumido,
Tornad lo que recebistes
De mí, de quien sois nacido,
Y volveos á aquella parte
Do fué de vos recebido
El espíritu vital,
Cuando fuistes concebido;
Y así el vientre en que anduvistes,
Por vuestro sepulcro elijo.—
Esto diciendo, asió dél
Con ánimo selvajino
Instigada del furor

De los estigios ministros,
Y con una fiera espada
Al tierno hijo ha herido,
Sin ser movida á piedad,
Como madre, de oir sus gritos,
Ni ver la inocente sangre
Que le bañaba el vestido,
Y le teñia las manos,
Que los miembros ofendidos
Le palpitaban en ellas,
En el horrible martirio.
Sin que el inhumano pecho
Fuese á terneza movido
Viendo abiertas las entrañas
Del hijo de ella parido,
Llena de furia rabiosa,
Ardiendo en furor estigio,
Cortó un gran pedazo d'él,
Y en un fuego que encendido
Tenia, lo asó, y al punto
Su cruel hambre satisfizo,
Y lo demas que restaba
Arrojó á los enemigos,
Añadiendo yerro á yerro,
Y un delito á otro delito.

(Cueva, *Coro febeo*, etc.)

1 Vese aquí ya bien marcada la corrupcion y extravío del gusto noble de la buena poesía. Un asunto por sí terrible y lleno de interes, ahogado entre la afectada sensibilidad y pedantismo de un poeta de la última década del siglo XVI. Compárese este romance con el del núm. 454, mas rudo en verdad, pero bello y severo.

SECCION DE ROMANCES REFERENTES A LOS TIEMPOS MITOLOGICOS Y HEROICOS DE GRECIA Y DE ROMA.

ÉPOCA HEROICA DE GRECIA.

456.

LAS COLUMNAS DE HÉRCULES EN SEVILLA, Y PREDICCION DE LAS GRANDEZAS DE CÉSAR.

(*De Lorenzo Sepúlveda.*)

Hércules el esforzado
Muchas lides ya vencidas
A Sevilla la nombrada
Hizo nueva venida,
Que no era poblada entónces,
Sino desierta y esquiva;
Y visto el sitio y postura,
Seis pilares le ponia
Por señal para adelante,
Adonde se fundaria.
Encima de los pilares
Una gran tabla muy fija,
De mármol muy trasparente,
Con letras que ansí decian:
«Aquí será edificada
La gran ciudad algun dia.»
En ella estaba pintada
Una imágen á la antigua,
Con un letrero en la mano
Que hácia el Oriente mira,
El cual decia d'esta suerte:
«Hasta aquí llegado habia
Hércules el fundador,
Esforzado en demasía:»
Y estando de esta manera
Aconteció de esta guisa,
Que entre César y Pompeyo
Grande contencion habia,
Cuando el Imperio Romano
En su trono residia,
Por lo que le fué mandado
Que cada cual se despida
Para ir á conquistar
Los que contra Roma habia.
El uno va para Oriente,
Otro á Occidente partia.
Fuéles puesto plazo á entrambos,
Si cada cual no venia
A cabo de los cinco años,
Que no se recibiria
Jamas por emperador
Si al plazo no se volvian.
En los cinco el buen Pompeyo
Todo lo mas conqueria;
Mas Julio César no pudo
Acabar esta conquista,
Por lo cual muy enojado
A los romanos envia
Que le otorguen otros cinco
Para acabarlo y dar cima,
Lo cual le fuera otorgado,
Y con aquesta osadía
A toda España con armas
En subjecion la ponia.
Y llegan á aquel lugar
Adonde dejado habia
Hércules aquella imágen:
Admiróse en demasía,
Y aunque estaba hecha piezas,
Mandólas juntar de guisa
Que se pudiesen leer
Las otras que en sí tenia,
Al cual no le pareciendo
De allí mudado la habia,
Y en el lugar que es agora
Hispalense le ponia
Por nombre, como primero,
Que ántes ansí fué dicha,
Por ser fundada en estacas
De palos entretejidas;
Y de allí pasara á Cádiz,
Que era hermosa á maravilla,
Por ver las antigüedades
Que de los gentiles fincan;
En la cual hallara un templo
De rica labor y prima,
Que á Hércules dedicaron
Por tenello en grande estima.
Esculpidas allí estaban
Imágenes de alta guisa,
Entre las cuales estaba
La de Alejandro, muy rica,
Contrahecha al natural,
Como si estuviera viva;
La cual miró Julio César,
Y d'esta suerte decia:
—Siendo de cuerpo pequeño,
Y tan feo en demasía,
Has hecho tales hazañas
Que todo el mundo temia;
Pues yo, siendo tan hermoso
Y de mas alta medida,
¿Por qué no te imitaré
En hechos y valentía?—
Y en aqueste pensamiento
A su posada se iba,
Y en aquella misma noche
Sin gran sueño soñaria
Que él empreñaba á su madre,

Del cual turbado se habia.
Mandó llamar á un gran sabio
Que de planetas sabia;
Preguntóle le dijese
Lo que significaria.
El Astrólogo responde,
Y el sueño le descubria:
Que su madre era la tierra
Porque la sojuzgaria,
Y que habia de ser monarca,
Que todo lo mandaria.
Ansí se cumpliera el sueño
Como sabemos hoy dia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

457.

PERSEO LIBERTA DE LA MUERTE Á ANDRÓMEDA.

(*De Juan de la Cueva.*)

Aquejado de los dioses
El triste Cefeo andaba,
Sin hallar remedio alguno,
Ni via, aunque la buscaba,
Para que tantas desdichas
Acabasen, cual pasaba.
Determina querellarse
A los dioses que adoraba,
Y entrando en el templo, á Jove
De esta suerte con él habla:
—¡Oh gran hijo de Saturno,
Que en el celestial alcázar
Habitas, á quien la suerte
Entre los dioses fué dada
De ser entre todos ellos
El que mas puede y mas manda!
¡Oh tú, que al terreno suelo
El ardiente rayo lanzas,
Que á los soberbios castiga,
Cual á la terrestre escuadra,
Y desde tu impíreo asiento
De los hombres ves las causas,
Y con justicia inviolable
Son por ti determinadas;
En la cual vengo seguro,
Y postrado ante tus aras!
Suplico á tu gran deidad
Respuesta se me dé clara,
Que me aclare, deshaciendo
Las nieblas de mi inorancia,
¿Qué delito he cometido
Contra tu majestad alta,
Por el cual tu fiero brazo
De castigarme no alzas,
Con tan diferentes males,
Que ya las fuerzas humanas
No pueden compadecellos
Y la paciencia se acaba,
Porque si la culpa es mia,
Con la enmienda satisfaga
El yerro, y con sacrificios
Aplaque tu ira brava?—
En diciendo esto, Cefeo
Con tiernas lágrimas baña
La peaña del altar,
Que ella y la estatua temblaban.
Comenzó á temblar Cefeo,
Y el esfuerzo y voz le falta;
Gime, y lleno de pavor
El cabello se le alza,
Y el fin del portento horrible,
Aunque temeroso, aguarda.
Y así, estando sin aliento,
Ni poder hablar palabra,
Vió que el ídolo de mármol,
Moviéndose, así le habla:
—No me ofendes tú, Cefeo,
Ni tengo contra tí saña,
Ni yo me quejo de tí,
Aunque á ti el daño te alcanza,
Y en mas serás ofendido
Si la venganza dilatas,
Porque son las ofendidas
Las diosas y ninfas sacras,
De Casiopea tu esposa,
Que blasfemando se alaba
Que excede en belleza á todas,
Y a Juno, mi esposa amada.
De esto se ha ofendido el cielo
Contra ti y contra tu casa,
Y si quieres dar remedio,
Uno solo el daño ataja,
Y es: que Andrómeda tu hija
Sea al mar sacrificada
Atándola en una peña,
Para que una bestia brava
La despedace, y con esto
Será tu pena acabada;
Y si no, mayores males
De los que has visto te aguardan.—
Cesó el ídolo, y Cefeo
De la respuesta se espanta.
Quedó suspenso y temblando,
En el cuerpo helada el alma,
Sin saber qué responderse,
Ni qué sobre el caso haga;
Que el apremio le compele,
Y el amor de padre le ata.
Estando en aquesta duda,
En ella dando mil trazas,
Metido en mil confusiones,
Con mil congojosas ansias,
Poniendo el caso en razon,
Aunque en tales casos falta,
Se dispuso al crudo hecho
Sin mas reparar en nada,
Por acabar sus desdichas,
Pues de aquel modo acababan,
Ofreciendo la inocente
Por redimir la culpada.
Fué do está la bella virgen
Libre de culpa, y no salva
De la rigurosa pena
A que estaba condenada,
A la cual le dice el padre
Con ánimo, aunque con lágrimas:
—Hija Andrómeda, no es tiempo
De usar de razones largas:
La muerte te está aguardando,
Y el hado á morir te llama;
Que el oráculo de Jove
Me dice que así se aplaca
Su ira, y nuestra miseria
Con tu muerte se repara.—
Andrómeda, oyendo al padre,
Pierde el color y la habla,
Y quedándose suspensa
Mirándole, se desmaya.
Cógela el padre en sus brazos
Deshaciendo sus entrañas
En llanto, y la triste madre
Despavorida y turbada,
Caida sobre su hija
El hermoso rostro rasga,
Dando voces contra el cielo,
Que tan dura cosa manda.
Vuelve Andrómeda en su acuerdo,
El padre la lleva y ata
A una roca, junto al mar,
Donde le mandó la estatua.
Dejóla allí el padre cruel,
Con fuertes nudos atada,
Y pónese desde afuera
A ver el fin, y en qué para,
Do la madre y los parientes
El triste suceso aguardan.
Vueltos los ojos al cielo,

La bella vírgen turbada
Se querellaba del padre
Y de la madre, se agravia,
De los dioses soberanos,
Porque así la castigaban
A ella, sin tener culpa,
Con pena tan inhumana.
Perseo venia rompiendo
El aire, con prestas alas,
De dar la muerte á Medusa,
Y su cabeza cortada
Traia llena de sierpes,
En que Minerva enojada
Porque profanó su templo
Volvió las hebras doradas,
Y como oyó los gemidos
De Andrómeda, el curso para,
Y viendo su hermosura,
Ser diosa creyó sin falta;
Mas certificado bien
Ser mujer, el vuelo abaja,
Y puesto junto con ella,
Ya de amor presa su alma,
Aunque dudoso al principio
De amor, que las lenguas ata,
Le dice: — Dime, ¿quién eres?
¿De qué tierra? ¿Y por qué causa
Te tienen de aquesta suerte
Desnuda, á esta roca atada?—
Quedó de oir á Perseo
Andrómeda avergonzada,
Y no pudo responder
Del frio miedo, palabra;
Y de vergüenza y temor
Nuevas lágrimas derrama,
Y levantando los ojos
Bellos, cubiertos de agua,
Le responde así á Perseo,
Que su respuesta aguardaba:
—¿Qué quieres, jóven aligero,
Que te diga, si me falta
El espíritu, y la voz
Se me muere en la garganta?
Y cuando decir pudiera
Todo lo que me demandas,
Tengo tan cerca la muerte,
Que el poderlo hacer me ataja;
Y es tanta mi desventura
Que con ser, ¡ay suerte infanda!
Hija del gran rey Cefeo
Que esta tierra que ves manda,
Por la culpa de mi madre
Soy á muerte condenada,
Porque dijo contra Juno
Y contra las ninfas sacras
Hijas del gran dios Nereo,
Que en el mar tienen su estancia,
Que les excedia en belleza
A todas, y d'esto airadas
Mandaron ponerme aquí
Para ser despedazada
De un fiero monstruo marino
Que en mí vengará la saña
De la diosa y de las ninfas,
Sin ofenderles yo en nada.—
Estando en esto, el mar sesgo
Se conmueve, altéra y alza,
Y por cima de sus ondas
Se muestra una bestia brava
Haciendo espantable estruendo
Que horrible pavor causaba.
Cuando Andrómeda la vido,
La voz llorosa levanta
Significando su miedo,
Y á los tristes padres llama,
Los cuales despavoridos
Acudieron, y lloraban
Su muerte, viendo la bestia
Que las ninfas enviaban.
Perseo, que sobre el mar
Con prestas alas andaba,
Les dice: — Mejor consejo
Que llorar, pide esta causa;
Que á las fieras no enternece
El llorar, ni las amansa;
Mas si quereis que sea libre
Vuestra hija, séame dada
Por mujer; y no entendais
Que la casais mal casada,
Que soy hijo del dios Jove,
Y por mí es descabezada
Medusa, cuya cabeza
Traigo, y puedo con mis alas
Volar por el alto cielo,
Cual veis la experiencia clara;
Y si me la prometeis
Será por mi brazo salva
Del riesgo en que está, y conmigo
Vivirá en paz sosegada.—
Oyendo aquesto, á Perseo
Los padres le dan palabra
Que sería su mujer,
Siendo por él libertada,
Con la mitad de su reino
Que por dote le señalan.
A este punto, ya la fiera
Bestia al puerto se acercaba,
Tan grande como un navío,
Y apriesa el agua rasgaba
Para comer la doncella,
De la cual ya cerca estaba.
Perseo con presto vuelo
Sobre las nubes se alza,
Y andábala rodeando
Por entralla descuidada;
Y así, cuando mas segura
La vió, encima de ella salta,
Y hasta la empuñadura
Le esconde la fuerte espada.
La bestia con el dolor,
Revuelve, y hácele cara;
Perseo se da tal priesa
Que la turba y desbarata,
Y así se esconde unas veces,
Y otras el pecho levanta
Sobre las revueltas ondas
A satisfacer su rabia.
Perseo no le da espacio,
Porque unas veces la llaga
Por el vientre, otras el lomo
Con la aguda punta pasa,
Otras le hiere el costado
Y las entrañas le rasga.
El monstruo con tantos golpes
Sangre por la boca lanza
Muy apriesa, con que tiñe
En sangre todas las aguas.
Miéntras Perseo y el monstruo
Andaban en su batalla,
Los padres con oraciones
A Júpiter suplicaban
Diese vitoria á Perseo
Contra aquella bestia airada.
Subieron sus rogativas
Al cielo, y su ira aplacan
Los dioses, dando vitoria
A Perseo en su demanda.
El cual, teniendo ya muerto
El monstruo, el mar deja y salta
En tierra, y llega á la roca
Do Andrómeda estaba atada;
Rompe las fuertes prisiones,
Y d'ella la libra y saca,
Y entrégasela á sus padres;
Llévanla á su real casa,
Donde llegado Perseo
Con Andrómeda se casa,
Y con alegre himeneo

La boda solemnizaban
Los deudos del rey Cefeo,
Y los que el reino mandaban.
Estando en este contento
Se oyó un ruido de armas
Dentro en el real palacio,
Y vió la gente alterada,
Porque venia Fineo,
Tio de la desposada,
A dar á Perseo la muerte,
Porque siéndole á él mandada
La desposaban con él;
Y por esto ardiendo en saña
Contra Perseo se puso
Blandiendo una fuerte lanza,
Diciendo: — ¡Agora veré,
O Perseo, por qué causa
Te casas tú con mi esposa,
A mí siéndome quitada!
No te libraras de mí,
Ni agora te valdrá nada
La cabeza de Medusa
Por quien adquieres tal fama;
Ni el ser Júpiter tu padre,
Ni ser Minerva tu hermana.—
Iba á tirar, y Cefeo
Le dice: — ¡Oh loco! no hagas
Tal cosa, que del gran Jove
Por mujer le fué entregada,
Como aquel que la libró
Del mortal paso en que estaba,
Del cual ni tú la libraste,
Ni saliste á la demanda;
Antes, cuando él combatia,
De léjos la lid mirabas,
Y lo que tú hacias llorando
El hacia con la espada,
Y agora que la ves libre
Sales por ella á la causa.—
Fineo miró á Cefeo
Airado, y de sí lo aparta,
Y tira la lanza fiero,
La cual hincada, en la cama
Quedó blandiendo, y Perseo
Puesto en pié, de allí la arranca.
Tornándosela á tirar,
A Reto con ella enclava
Por la frente, y cayó muerto,
Cuya muerte los ensaña
A cuantos habia en la boda;
Y así las armas tornaban
Para matar á Perseo
Y á su suegro, y de esto tratan.
Páias, cuando vió á su hermano
En tal riesgo, al suelo baja
A darle favor y ayuda
Contra la soberbia escuadra,
En la cual hizo Perseo
Cruel estrago y matanza,
Que si quisiese dar cuenta
Seria causar contalla,
Decir los que allí murieron,
Porque del mal poco basta.
De toda la multitud
Solo doscientos quedaban
Vivos, y estos fueron vueltos
En piedra, ellos y las armas,
Mostrándoles la cabeza
De Medusa, y con voz alta
Fineo á Perseo ruega
Que cese ya su venganza,
Viendo muertos á los unos
Y á los otros que mudaban
Sus formas, y en piedras vueltos
Quedaban hechos estatuas;
Y deciale llorando
Que de su yerro fué causa,
No odio, ni enemistad,
Sino amor, como el que amaba
A Andrómeda, en cuyo fuego
Tenia abrasada el alma.
Perseo le ataja, y dice:
—Yo te doy mi fe y palabra,
Que no mueras por tu yerro,
Con hierro.—Y al punto saca
La cabeza de Medusa,
Y de la suerte que estaba,
Hincado ante él de rodillas,
Se convirtió en piedra helada,
Que quedó allí por memoria
De Perseo y de su hazaña.

(CUEVA, *Coro febeo.*)

458.

JASON Y EL VELLOCINO.

(De Lorenzo Sepúlveda.)

De Grecia parte Jason,
A Colcos lleva su via
A ganar el Vellocino
De que gran honra adquiria.
Navegando con su armada
A Lemos llegado habia,
Do era reina Hisifile,
De muy grande lozanía.
Viendo á Jason tan hermoso,
Con gran amor le acogia;
Enamorabase dél,
Hácele mucha caricia.
Gran tiempo gozaron juntos
Del amor que se tenian.
Jason se partia á Colcos,
Hisifile triste finca:
Consolábala Jason,
Con lágrimas le decia:
—No vos asusteis, señora,
De mis ojos alegría,
Que el corazon me revienta;
La vuestra congoja es mia.
Muy aina será mi vuelta;
Los dioses por bien lo habrian.—
Hisifile respondió:
—¡Oh Jason! como la vida
Perderá este triste cuerpo
Cuando vea tu partida;
Temo de perder tu amor,
Que en olvido me pornias,
O por alguna extranjera
Tú á mí me olvidarias.—
Las lágrimas como perlas
Corrian por su mejilla,
Una con otra sus manos
Apretado las habia;
—¡Por mis dioses, dice él,
Que no te olvidaria;
Contrarios á mí sean ellos,
Fortuna, amor me persiga,
La mar con sus recias ondas
En mis naves todas tiran
Hasta echarme en el profundo
Si mi alma á tí te olvida!—
Con aquestos juramentos
Por segura se tenia:
Mas despues que d'ella parte
Y Medea lo prendia,
Jamas d'ella se acordó;
En olvido la ponia.
Hisifile lamentaba
Y con lágrimas plañia;
Quejábase de Medea,
De su Jason maldecia,
Que olvidara las mercedes
Que d'ella recebia,
Diciendo: — Una extranjera
Me robó mi alegría;
Llevóme lo que yo amaba,

Sin pesar á mí me heria
Mi enemigo Jason:
En lo contemplar moria. —

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

459.

PASIPHE.

(De Juan de la Cueva.)

Ausente estaba el rey Minos
De Creta en negocios graves,
Y Pasiphe su mujer
En ciegos amores arde
De un toro, que al dios Neptuno
Minos no quiso matalle,
Habiéndole prometido
En su altar sacrificalle
Lo primero que á su vista
Se le ofreciese ó mostrase;
Y como viese este toro
Lo primero, y le agradase
Su grandeza y hermosura,
Codicióle para padre
De sus vacadas, y dióle
Para que allá lo llevasen,
Y sacrificó á Neptuno
Otro, en lo cual le desplace;
Y encendido d'esto en ira
Neptuno, dió en castigalle,
Y qu'el mismo toro fuese
Instrumento de vengarse;
Y así dando cuenta á Vénus,
Que siempre tenia delante
La ofensa qu'el Sol la hizo
Cuando ayuntada con Marte
Manifestó á su marido
El caso, y mostró la parte
Donde juntos Marte y ella
Gozaban de amor suave,
Y fuéron cogidos ambos
En el adulterio infame,
La diosa, madre de Amor,
Qu'en el tercer cielo arde,
Viendo tan buena ocasion
Para vengar su coraje,
Y que redunde el castigo
En todo el Febeo linaje,
Por dar venganza á Neptuno,
Y que á ella el Sol le pague
El afrenta recebida
Por él, porque no se alabe,
Hizo á la Reina Pasiphe,
Mujer de Minos, que ame
Al toro, que su marido
Mandó que se le guardase;
Y así, fuera de juicio,
Del límite humano sale,
Y se abrasa entre sí mesma,
Se consume y se deshace,
Sin hallar ningun remedio
Que su ardiente fuego aplaque.
¡Oh fiero, oh infando amor!
¿Quién hay que te crea, ni agrade,
Conociendo tus efectos?
¿Mas quién hay á quien no mandes,
Si vemos aquí una reina,
Hija del Sol, abrasarse,
No de un hombre, mas de un bruto,
En cuyo amor bruto arde?
Olvidado el claro honor,
Su nobleza y real sangre
Rompe con libre osadía
Por cien mil dificultades
Que le pone la razon,
Para abstenella, delante,
Y que á tener libre el juicio
Cualquiera fuera bastante.
Mas do predomina amor
No hay razon que sea importante,
Porque en su feria es la cosa
Que ménos se estima y vale;
Pues la sinrazon ayuda
A que la razon acabe,
Y que prevalezca y pueda
La inorancia, y que se ensalce
La inhumana tiranía,
Y que sus fueros ensanche,
Usando amor d'este nombre
Haga las maldades que hace
Poniendo en dura opresion
A los míseros amantes,
Que por un fingido gozo
Que cual sombra se deshace,
Lleguen á tan ciego extremo
Cual Pasiphe, que se alargue
A querer un animal
En quien razon ni amor cabe,
Y con terrible desórden
El órden procure y trace
Para poder gozar d'él
Sin que cosa se lo aparte.
Y porque venga en efeto
Su deseo abominable,
Perdido el miedo y vergüenza,
Sin ella osó declararse
A Dédalo, un carpintero,
Pidiéndole que inventase
Arte alguna con que puedan
Ella y el toro juntarse,
Prometiéndole por ello
Aquello que al que mas sabe,
Aunque mas mire por sí,
Suele hacer que resbale,
Y aun que caiga, que en sus lazos
Son pocos los que no caen;
Que el oro es tan poderoso,
Que solo su nombre hace
Que se traspasen los fueros,
Y lo mas fuerte se ablande;
Y los mas sublimes montes
Sin dificultad se pasen:
Efetos son de codicia,
Que aunque es torpe á muchos trae
Sujetos, y pocos huyen
De sus conocidos males.
D'esta codicia tocado
Dédalo, sin que repare
En la fe que debe á Minos,
Le dice qu'él dará arte
Cómo en carnal acto puedan
El toro y ella juntarse.
Satisfízose la Reina,
Qu'el mal presto satisface,
Y mandóle con promesas
Que de la obra se encargue,
Sin que la ejecucion d'ella
Un solo momento aguarde.
Dédalo con toda prisa
Sin que punto en ello alargue,
Puso en la obra las manos,
Y con la priesa importante
Que demandaba el cuidado
De la Reina, que se arde,
Fabricó una bella vaca
De madera, y para dalle
La perfecion conveniente
Para que el toro se engañe,
La cubrió con una piel
De otra vaca, con tal arte,
Que no se diferenciaba
Si era viva ó si era en talle;
Y á la frenética Reina
Se le presentó delante.
La cual, viéndola acabada,
Porque su fuego acabase,
Mandó qu'el toro trujesen

Para al hecho dar remate,
Que no la dejaba fuerza
Del deseo, que descanse.
Dédalo, en viendo el toro,
Como el qu'el secreto sabe,
Por un lado de la vaca
Una sutil puerta abre,
Que artificialmente hizo
Por donde la Reina entrase,
Que luego que la vió abierta,
Sin que nada la acobarde,
Dentro en la vaca se arroja.
¡Oh hecho bestial! oh infame
Mujer, que un torpe apetito
Puede á tal yerro arrojarte!
Encubre tu rostro, Apolo,
No veas la qu'engendraste,
Cómo abominablemente
Con su bruto tiene parte.
El cual, en viendo la vaca,
Engañado con tal arte,
Satisfizo su deseo
Con la Reina, y satisfacen
Entrambos sus apetitos,
Igualmente irracionales.
Quedó d'este ayuntamiento,
Porque su maldad se cante,
La monstrífera Pasiphe
Preñada. ¡Oh caso admirable!
Que cumplidos nueve meses,
Un monstruo parió espantable,
Qu'el medio cuerpo era de hombre
Y de toro la otra parte,
Que llamaron Minotauro,
Que comia humana carne.

(Cueva, *Coro febeo*, etc.)

460.

TESEO Y EL MINOTAURO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*

Súbditos son los de Aténas,
A Mínos son tributarios:
Hombres le dan por rehenes,
Que comiese el Minotauro:
Juntáronse un dia todos;
Suertes habian echado
Cuál seria aquel que fuese
Manjar de monstruo tan malo.
Cupo la suerte á Teseo,
Un varon muy esforzado:
En prisiones le pusieron
Para ser al monstruo dado.
Mucho lo quiere Ariadna,
Remedio le habie buscado
Para librarlo de muerte.
A Dédalo habie rogado,
Pues era tan ingenioso,
Manera le haya dado
Como sea libre Teseo,
Y sea muerto el Minotauro.
Dédalo fuera á la cárcel,
Donde estaba aprisionado:
Dióle una maza de hierro,
D'ella tres ñudos colgando,
Y tres pelotas de sebo
Qu'él habia confcionado.
Que vaya de noche á escuras
A Teseo ha aconsejado;
De todo lo que ha de hacer
Muy bien le habia informado.
Otro dia fué Teseo
Al Laberinto llevado:
Ató su hilo á la puerta,
Como ya estaba avisado.
Entró por el Laberinto;
Do estaba el monstruo ha llegado,
El cual se levantó luego
Muy ferocísimo y bravo;
Arremetió hácia él,
Muy reciamente bramando.
Quísolo despedazar
Como á los que allí han entrado;
El le arrojó las pelotas;
Al traves ha dado un salto,
Metióselas en la boca,
Con ella le ha embarazado;
Hiriéralo con la maza,
Muy buena maña se ha dado;
Diérale tantos los golpes,
Que muerto lo ha derribado.
Despues de haber hecho aquesto,
Por el hilo se ha tornado;
Salióse del Laberinto
Muy alegre y consolado:
Así quedó Aténas libre
De tributo tan pesado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

461.

MUERTE DE SCILA, HIJA DE NISO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Cercado tenia el rey Mínos
A Niso, rey de Megara,
En Alcatoe su ciudad,
Que no podia ser ganada,
Por el cabello hadado
Que Niso tenia en su guarda;
Que en tanto que en su cabeza
Durase, segura y salva
Era la ciudad de riesgo,
Y ansí, aunque rodeada
La tenia Mínos de gente,
Por tomar cruda venganza,
Porque á su hijo Androgeo
Lo habian muerto sin causa,
Sin temor de sus combates
Niso en su ciudad se estaba,
Mirando cuán sin efecto
La virtud fatal contrasta
Mínos, en hacelle guerra,
Pues su cabello lo ataja.
Cuidoso el rey Mínos d'esto,
Viendo que ni fuerza basta,
Ni ardid de guerra ninguno,
Que en la ciudad le dé entrada,
Un dia se llegó al muro
La visera levantada,
Tendida por él la vista,
Midiendo las torres altas,
Tanteando adónde y cómo
Podria arrimalle escalas,
Para que entrar pueda dentro,
Y acabar guerra tan larga.
Mínos, ocupado en esto
Mil modos y vias traza,
Para que el foso se pase
Y el fuerte muro se bata.
Scila, la hija de Niso,
Que el campo mirando estaba
En una torre subida,
De amor libre y descuidada,
Vió al rey Mínos, para ver
Su destruccion y su infamia,
La dura muerte del padre
Y ruina de su patria.
Luego el rigoroso amor
Que tiraniza las almas
Y opresa los corazones,
Que mas libres dél se apartan,
Volvió el corazon á Scila,
Y con tal fuerza lo abrasa,
Que encendida en el rey Mínos
Ciega á su amor se abalanza,

Sin mirar que es su enemigo,
Y que la tiene cercada,
Que le administra la muerte
A su padre, y patria amada.
Por todo rompe furiosa,
Que cosa no le acobarda,
Ni cosa le pone freno,
Ni en cosa alguna repara;
Que le basta ser mujer,
Y estar ya determinada.
¡Oh miserable furor
De tantas miserias causa,
Pues fuerzas á una doncella,
Que olvidando honor y fama,
Cometa el mas torpe hecho
Que se sabe, ni se canta;
Pues rendida á su torpeza,
La cruel hembra al cielo ingrata,
Darle muerte al padre intenta,
Para serle á Minos grata,
Y entregalle la ciudad,
Que el hado tenia en su guarda!
Y así resoluta en esto,
Luego que la luz se aparta
Del mundo, y la oscura sombra
Tiende encima de sus alas,
Se fué donde estaba el padre,
De las furias instigada,
Y cortóle la cabeza,
Y con ella la malvada
Se salió de la ciudad
Adonde Minos estaba,
Que llegada á su presencia
Dice así la hembra infanda:
—Minos, yo soy del rey Niso
Hija, y Scila soy llamada,
Que vencida de tu amor,
Quise, viendo tu demanda,
Que sea la ciudad tuya,
Sin aguardar á batalla,
En la cual, vivo mi padre,
No pudieras alcanzalla,
Mientras un fatal cabello
De aquí no hiciera falta;
Y así por darte victoria,
Por mí le ha sido cortada
A mi padre la cabeza,
Que es esta á ti presentada.—
Viendo la cabeza Minos
De Niso, volvió la cara
Por no vella, y contra Scila
Airado dice en voz alta:
—Sal de aquí, maldita hembra,
Ponzoñosa sierpe airada,
Que tú no debes estar
Donde veas la luz clara,
Sino en el horrible infierno,
Como estás en cuerpo y alma,
Puesta en la mas cruda pena
Que de las furias es dada.—
Diciendo esto el Rey de Creta,
No sin gran congoja y ansias,
Mandó atar la hembra infame,
Y desde una roca alta,
Que caia sobre el mar,
Al fiero mar arrojalla,
Sin que le moviese ruego,
Ni las lágrimas que ablandan;
Que el justo cierra el oido
A las injustas plegarias,
Que á quien le falta piedad,
Sin justicia la demanda.
Muerta Scila, con su intento
Prosigue, y la ciudad gana,
Y puestas leyes y fueros,
Ya que toda estaba llana,
Tiende las velas al viento,
Y alegre vuelve á su patria.

(Cueva, *Coro febeo.*)

462.

APULEYO CONVERTIDO EN ASNO.

(*De Juan de la Cueva.*)

De Corinto fué á Tesalia
El sabio Lucio Apuleyo,
A procurar quien le enseñe
Los admirables secretos
De la mágica y su arte,
Habiéndole dicho d'ellos
Que vuelven atras los rios,
Y cuajan el mar violento;
Que hacen morir los aires,
Y al sol fijarse en el cielo;
Que se arranquen las estrellas,
Y á Cintia dejar su cerco;
Que se asconda el claro dia,
Y la noche enfrene el vuelo;
Que hablen los animales,
Y le respondan los muertos,
Y así cosas de esta suerte
Que aunque le pusieron miedo,
Por ser sobrenaturales,
Le encendieron en deseo
De ver tantas maravillas.
Y disponiéndose al hecho,
Con cuidado y diligencia
Fué dentro en Hipata puesto,
Que era la ciudad mas noble
Que habia en todo aquel reino,
Donde florescia esta ciencia,
Que buscando iba Apuleyo,
Para dar memoria al mundo
De su admirable suceso,
Y á los que tan malas artes
Siguen, con su daño, ejemplo.
Luego que en Hipata estuvo,
A Milon fué á buscar luego,
Al cual le traia una carta
De Demeas, su amigo estrecho;
Por la cual le encomendaba
A Lucio su compañero,
Que lo hospedase en su casa,
Y tratase cual á él mesmo.
Vista de Milon la carta,
De su amigo aceptó el ruego,
Y en su casa hospedó á Lucio,
Regocijado y contento;
Donde habiendo algunos dias
Que estaba alegre y quieto,
Amor, que en el daño humano
Siempre está á punto y despierto,
Encendió á Apuleyo el alma
Y en sujecion puso el cuerpo,
De una moza que servia
En casa, á la cual sujeto,
Determinó de dar cuenta
De su apasionado extremo;
Que las pasiones de amor
No reposan en el seno,
Que mal se puede encubrir
La centella de su fuego,
Que los ojos ó la boca
Brotan el mal que está dentro.
Así Lucio enamorado
Procurando su remedio,
No pudiendo encubrir mas
El amoroso veneno,
Que de noche y dia le andaba
Basqueándole en el pecho,
Dejando el miedo á una parte,
Que en el que ama no es bueno,
Viendo que estaba Andria sola
Unos pasteles haciendo,
Sentada á la chimenea,
Medios brazos descubiertos,
Sobando un baston de masa,
Por los hombros los cabellos,

Y como se menease,
Se le esparcian por el cuello,
Encendido de su amor,
Pareciéndole buen tiempo
Para descubrille el alma,
Así le llegó diciendo:
—Andria, si el dolor que sufro
Pudiera decir, yo entiendo
Que quedaras satisfecha,
Quedando yo satisfecho;
Mas túrbame amor la lengua,
Como á enamorado nuevo,
Que solo con presunciones
Doy á entender mi tormento,
Y quiero que lo alivines,
Teniéndolo yo secreto,
Y que de mí entiendas claro
Lo que yo á decir no acierto;
Que el no acertar á hablar
Es de enamorados tiernos,
Y las pasiones de amor
Turban la lengua y el seso,
Cual á mí, que ha tantos dias
Que ardiendo en este deseo,
No ha habido valor en mí
Para decirte que peno
Por tí, y que por tí huigo
Todo lo que da contento,
Pues ninguno me lo da
Si no es cuando á tí te veo,
Cuyos regalados ojos,
Frente, boca, cuello y pecho,
Me traen rendido á decirte
Que de tí apartando el ceño,
Dés lugar á mi razon,
Y á mi padecer el premio.—
Andria se volvió á mirallo,
Y díjole así riendo:
—No estás bien en la cocina,
Amigo Lucio Apuleyo,
Que demas de ser lugar
Indecente, corres riesgo,
Si tú vienes encendido
Venirte acercando al fuego;
Que si el de la chimenea
Y el tuyo se juntan, temo
Que se ha de quemar la casa,
Sin que tengamos remedio,
Y mas, si acude una parte
De lo mucho que yo tengo,
Verás arder una esfera,
Un Etna y un Mongibelo,
Sin que lo pueda apagar
Nadie, sino yo que puedo.
Y dejando estas razones,
Vete, porque yo no quiero
Que Panfila mi señora
Te halle en aqueste puesto,
Que de solo imaginallo,
Hablando contigo tiemblo,
Porque es tan gran hechicera
Que con hojas de beleño,
Y con unas pedrezuelas,
Y unas planchuelas de acero,
Hace cosas, que en Tesalia
Son contadas por misterio.
Yo esta noche iré sin falta
A hablarte á tu aposento,
Donde te diré despacio
Las cosas que hacer le veo,
Y mas agora que anda
Pérdida tras un mancebo
Que la desdeña, y la huye,
Y ella ardiendo en amor ciego
Se muda en varias figuras,
Para vengar su desprecio.—
Rióse Andria, y tapóse
El rostro, en diciendo aquesto,
Y Apuleyo le replica:
—Eso es lo que yo deseo,
Verle hacer esas cosas,
Y por solo verlas vengo:
Así, Andria mia, querida,
Da órden que yo vea eso,
Que no habrá cosa en el mundo
Para mí de mas contento.—
Andria le dijo: — Anda vete,
Que á Pánfila venir siento,
Y aguardame cuando digo,
Que eso y lo demas ten cierto.
Apuleyo dió la vuelta
Porque no lo vea huyendo.
Entró Pánfila, y Milon
Pidiendo de cenar luego,
Llamó Milon á su huésped,
Que salió su voz oyendo,
Y puesto en conversacion
Mil cosas trató con ellos;
Aunque Pánfila callaba
Fingiéndose estar durmiendo,
Recostada sobre el brazo,
De cuando en cuando gimiendo,
A veces hablando bajo,
Y á veces hablando recio,
Con mal formadas razones,
En confuso y ronco estruendo
Hiriendo á veces la tierra,
Y á veces hablando al cielo,
Volviendo en blanco los ojos,
Extremeciéndose el cuerpo,
Retorciéndose las manos,
Con la boca haciendo gestos.
Milon, que vió á su mujer
Así, le dijo á Apuleyo,
—Este es mal de corazon,
Segun que dicen los médicos,
Mas ellos saben tan poco
Que en todo hablan á tiento,
Que en no sangrando ó purgando
No saben hacer remedio.—
Esto diciendo Milon,
Pánfila volvió en su acuerdo,
Con semblante pavoroso
Aunque se sosegó presto,
Y limpiándose el sudor
Al huésped miró riendo
Que de ver que lo miraba
No le alcanzaba el resuello.
A este punto llegó Andria
Con la cena, y puso luego
La mesa, y sentados todos,
Con ella acabó su duelo,
Satisfaciendo á sus vientres
Ceres y el padre Liéo,
Volviendo su pesadumbre
En alegre pasatiempo,
Y el desmayo en trisca y risa,
Y en chacota su silencio.
Ya la luz del claro dia
Ausente de este hemisferio,
Dejaba entrar las tinieblas
Por el ausencia de Febo,
Y convidan á entregarse
Al blando y sabroso sueño
A los hombres y animales,
Las lumbres y astros del cielo,
Cuando dejando la mesa
Todos, á dormir se fuéron,
Dando á entender que la hora
Les convidaba á hacello,
Que era lo que deseaban
Pánfila y Lucio Apuleyo,
Ella para usar su arte,
Y él para aplacar su fuego,
Que aquejado de su fuerza
No le dejaba quieto,
Aguardando la venida
De Andria, cual fué el concierto,

En cuya imaginacion
Todo ocupado y revuelto,
Acusaba su tardanza,
Con no tardarse momento;
Cosa cierta en los que aman
Desesperalles el tiempo,
Y estar contando las horas
Y los minutos midiendo,
Temer y desconfiar,
Recelar de lo mas cierto,
Cual Lucio Apuleyo estaba
Entre amor, sospecha y miedo,
Temiendo si está olvidada
Andria, ó si la ocupa el sueño;
Si aceptó burlando dél
Su venida, ó si fué yerro
Suyo, y no promesa d'ella,
Pues no estaba ya en el puesto.
Estando en este cuidado
Llegó Andria, y tocó quedó
La puerta, cuan quedo pudo
Con las puntas de los dedos,
Que no fué menester mas
Para abrirse, y entrar dentro;
Que á dispuesta voluntad
No impide fuerza de hierro.
Cuando Apuleyo la vido,
Vió de amor el cielo abierto;
Echóle en torno los brazos
Del inhiesto y blanco cuello,
Y ella con semblante alegre
Lo inclinó en su hombro izquierdo;
Y así juntos él y ella,
Algun espacio estuvieron:
Mas viendo que se pasaba
De la noche el curso presto,
Y que ya tenia ocupado
El medio espacio del cielo,
Guiados del ciego amor,
Y de su ardiente deseo,
A dar fin á su cuidado
De un acuerdo ambos se fuéron,
Adonde acabaron cosas,
Con tan alegre comienzo,
Que el amor lleno de envidia
Como instable y sin gobierno,
Remuneró al ciego amante
Con diferente suceso,
Volviéndole de hombre en bestia
Por un modo extraño y nuevo,
Que no se cuenta de Circe
Haber tal mudanza hecho,
Ni usar tal trasformacion
El marino dios Proteo.
Pasáronse algunos dias
Que Lucio alegre y contento,
Con Andria se regalaba
En alegres pasatiempos,
Aunque siempre deseoso
Que le mostrase el efecto,
Que Pánfila hacia con yerbas
Con piedras y con ungüentos,
Con formas de alambre y barro,
Con sus razones y apremios,
Pues su principal venida
Era solamente á aquello.
Andria, que no se olvidaba
Del deseo de Apuleyo,
Con diligencia y cuidado
Buscaba ocasion y tiempo
Con que á Pánfila pudiese
Ver Lucio, libre de riesgo:
Y así viendo que una noche
Pánfila tenia aderezo,
Para dejando su forma
Vuelta en buho alzar el vuelo
A procurar á su amante,
Que con desden y desprecio
Correspondia á su amor,
A su pena y llanto eterno,
Y volallo por el aire
Si no acudiese á su ruego,
Andria vino adonde estaba
Lucio, que avisado d'esto
Le pidió que lo llevase
Adonde pudiese vello.
Fué por ella obedecido
El mando dél, y así luego
Yéndolo guiando ella,
Con pasos blandos y quedos
Llegaron ambos á dos
Con la oscuridad cubiertos
Adonde Pánfila sola
En un cerrado aposento
Estaba, con muchas lumbres
Mil caractéres haciendo,
Vestida de un cendal blanco,
Sueltos todos los cabellos.
Pusiéronse Andria y Lucio
A ver por los agujeros,
Y viéronla desnudar
De todos sus aderezos,
Y quedar en carnes vivas
Haciendo cien mil meneos,
Hablando unas veces ronco,
Otras pavoroso y recio.
Abrió un arca, y sacó d'ella
Muchas bujetas de ungüentos,
Y púsolas junto á sí,
Metiéndose ella en un cerco,
Y con el ungüento de una
Se untó apriesa todo el cuerpo,
Desde la planta del pié,
Hasta encima del cabello,
Diciendo algunas palabras:
Luego que esto tuvo hecho,
Se comenzó á sacudir
Apriesa todos sus miembros,
De los cuales poco á poco
Plumas le salieron luego,
Y le crecieron las alas,
Y le salió un pico tuerto;
Las uñas se le encorvaron,
Quedando un buho perfecto:
Comenzó en su triste canto
A cantar, y echando el vuelo
Se salió por la ventana,
El veloz aire midiendo.
Lucio, que estaba mirando
El caso, quedó suspenso,
Sin poder hablar palabra
En grande espacio, de miedo,
Entendiendo que sin duda,
Aquello que vió era sueño.
Y al cabo de estar así,
Ya que recobró su acuerdo,
Le rogó á su amada Andria,
Que con aquel mesmo ungüent
Con que Pánfila se untó,
A él lo untase al momento,
Porque vuelto en buho fuese
Tras ella, a ver tal misterio.
Andria le dió por respuesta:
—¿Para qué me pides eso?
¿Quieres que yo misma encienda
Para en que me abrase, el fuego?
Dime, ¿dónde iré á buscarte
Cuando ave te vea hecho,
Si tú te vas por el aire
Donde no hay camino cierto?
No me demandes tal cosa
Que de imaginalla tiemblo.—
Apuleyo le replica
—Andria, á quien mas que á mí quiero,
No sean parte esos temores
Para no hacer mi ruego,
Y así te pido una cosa,
Que me declares primero

Si en ave yo convertido,
Volver á mi forma puedo,
Y ser, despues de ser ave,
El mismo Lucio Apuleyo,
Y si puedo ¡ oh Andria mia !
¡ Por esos rubios cabellos,
Por esa hermosa boca,
Por esos claros luceros,
Que no me digas de no,
Si por mi fe lo merezco !
—Poder volverte en tu forma
Aunque en ave te veas vuelto,
Dijo Andria, es fácil cosa
Para mí, que sé el secreto;
Que Pánfila mi señora
Me ha dado licion en esto,
Para á los que varias formas
Toman, en su sér volvellos.
Y esto, no me lo ha enseñado
Por el amor que le tengo,
Ni porque me quiere bien,
Mas por su bien y remedio,
Y tener cuando así viene
Quien la vuelva al sér primero:
Y mira cuán poca cosa
Es menester para ello,
Que con hojas de laurel,
Y con un poco de eneldo,
Echado en agua de fuente,
Y lavalle todo el cuerpo
Con ello, y que beba el agua,
Se vuelve en su forma luego.—
Oyendo aquestas razones
Lucio, con mayor deseo
Le volvió á pedir que al punto,
Dejando todo recelo
Hiciese lo que pedia,
Sin tenerlo mas suspenso.
Andria, aunque temerosa,
Viendo á Apuleyo resuelto
En aquella voluntad,
Entróse en el aposento
Do Panfila se habia untado,
Y sin tardarse momento
Sacó de una bujeta,
Mas de la mitad de ungüento.
Apuleyo sin tardarse,
De su desventura incierto,
Se quitó toda su ropa
Y quedó como nacemos,
Y él mismo comenzó á untarse
La cabeza, espaldas, pechos,
Por una banda y por otra,
Sin dejar parte, ni extremo,
Creyendo hacerse ave
Cual Pánfila : mas el cielo
Consintió que se trocase
La bujeta del ungüento,
Y despues que se vió untado
Comenzó con mucho esfuerzo
A mover el cuerpo y brazos,
Para que saliera pelo,
Como á Pánfila salió,
Mas fué diferente efecto,
Que no le salieron plumas
Ni las alas le crecieron,
Que los pelos que tenia
En sedas se le volvieron,
La piel delgada de hombre,
En duro y áspero cuero,
Los dedos de piés y manos
Se juntaron y cubrieron
De una dura y gruesa uña,
Crecida por los extremos;
Nacióle una larga cola,
Mudando de hombre el gesto,
Haciéndosele la cara
Muy grande, el hocico luengo,
Las narices aventadas,
Los labios colgando y gruesos;
Creciéronle las orejas,
Cual el rostro por parejo,
Quedando al fin convertido
En asno, Lucio Apuleyo.
El cual viéndose en tal forma,
Queriendo quejarse de ello
A Andria, alzaba la voz,
Mas tambien mudó el acento,
Que yendo á formar sus quejas
Rebuznaba, y no pudiendo
Hablar, daba mil rozuidos,
Mil respingos, mil revuelcos:
Que aunque perdió forma y habla,
Le quedó vivo el ingenio,
Y así los ojos en Andria
Tenia fijos sin movellos,
Enternecidos del daño,
Demandándole el remedio,
Como á causa principal
Del miserable suceso.
Andria llorosa y turbada,
Hiriendo su rostro bello,
Lloraba, llamando injusto
Al hado, y cruel al cielo,
Y acuitándose decia:
— ¿Qué órden hay, triste, en esto!
Que no puedo deshacer
Agora, lo que está hecho,
Ni enmendar con advertencia,
Lo que hizo el torpe yerro,
Que la hora me lo impide
Y la falta de aderezo,
Que aunque es fácil lo que falta,
Es difícil por el tiempo,
Pues con mascar unas rosas
Quedarás el que primero,
Y estas hasta ser de dia
No las hay, ni yo las tengo.
Bájate ahora al establo,
Pues que no puede ser ménos,
No te coja aquí mi ama,
Que será peor exceso,
Que lo que á mi cargo queda
Será en dando su luz Febo.—
Bajó Lucio la cabeza,
Y dejando el aposento
Se fué á la caballeriza,
Do vió su caballo luego,
Y otro jumento con él,
Del huésped, y entre ellos puesto,
Cuál le da coz, cuál bocado,
Al triste Lucio Apuleyo,
Que aunque convertido en asno,
El sentido tenia entero,
Y así se metió á un rincon
Considerando su duelo,
Su no vista desventura
Y de amor el duro premio,
Y al término á que lo trujo
De la mágica el deseo.
Estando en este cuidado
Deseando ya el remedio,
Entraron unos ladrones
Las puertas por fuerza abriendo,
Y liando cuanta ropa
Habia en casa, se fuéron
Al establo, y viendo en él
El caballo y los jumentos,
Cargaron todos los lios,
Y las cosas de mas peso,
Y dandoles muchos palos
Al monte fuéron con ellos,
En cuyo camino á Lucio
Mil cosas le sucedieron,
Hasta que comió unas rosas
Con que en su forma fué vuelto.

(Cueva, *Coro febeo.*)

463.

HIPOMENES.

(*Anónimo.*)

Hipomenes, un váron
Príncipe, se señaló
De los fuertes atenienses,
Y con paz los sujetó.
Este con noble señora
Honradamente casó,
De la cual hubo una hija
Que hermosura la dotó.
Cuanto mas creció en edad
Mas hermosa pareció.
El padre, como era sabio,
Sobre ella siempre veló,
Sabiendo que la hermosura
Mucho daño acarreó,
Y mas qu'era de mujeres
La cepa do procedió.
De grandes fué demandada,
Por ricos se requestó:
La mujer como es variable,
Siéndolo esta, se varió,
Y es que la hermosa doncella
La virginidad perdió.
Manifestándolo al padre
De gran ira s'indignó:
Tomóla por los cabellos,
En un establo la entró,
Y con un feroz caballo
Que tenia, la encerró.
Cerrada, tomó la llave,
Consigo se la llevó,
Y sin dalles á comer
Una semana pasó.
El caballo, con la hambre
A la doncella apañó,
Y con sus dientes y patas
Toda la despedazó:
Asi la triste doncella
De aquesta suerte murió.

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

464.

PÍRAMO Y TISBE.—I.

(*Anónimo.*)

Tisbe y Píramo que fuéron
Leales enamorados,
Allá en la gran Babilonia
Nacidos, tambien criados,
De su desastre y fortuna
Quiéroos contar y sus hados.
Píramo, gentil mancebo
De nobles padres honrados,
Requirió á Tisbe de amores
Con motes muy requebrados.
Apiadándose Tisbé
De sus penas y cuidados,
Concertáronse una noche,
En ser sus padres echados,
Salir fuera la ciudad,
Secretos, disimulados,
A un lugar constituido
Junto de unos verdes prados
Fuera de conversacion
Por estar mas ocultados.
Tisbe, la hermosa doncella,
Fué con pasos abreviados,
Primera venida al puesto,
Do con gritos denodados
Vió venir una leona,
Los piés en sangre bañados
De una vaca que habia muerto
Por aquellos despoblados.
De gran miedo dió á huir:
Con sentidos alterados,
Dejó el manto, y la leona
Con sus piés ensangrentados
Hízole pedazos todo,
Dándole fieros bocados.
Ya Píramo se venia
A do habian de ser hallados,
Y por la luz de la luna,
Que daba por los sembrados,
Conoció el manto de quien
Fué por sus dedos trenzado.
En ver rasguños tan fieros,
Y de sangre señalados
Dijo:—Leona ha de presto
Mis placeres conturbado,
Y pues sus carnes y huesos
En su vientre ha sepultado
De mi tan querida Tisbe,
Sean mis dia abreviados.—
Hirióse con el puñal,
Fuéron de presto acabados.
Volviendo allí Tisbe, vido
A sus amores finados:
Con el mesmo puñal, dióse
En sus pechos delicados.
Murieron ambos á dos
Como amantes desdichados,
Y de alabastro en sepulcro
Juntos fuéron sepultados.

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

465.

PÍRAMO Y TISBE.—II.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

En la grande Babilonia
Que Semíramis fundara,
Píramo, gentil mancebo,
Y una doncella moraban,
Habia Tisbe por nombre,
En hermosura extremada,
Ambos en edad iguales,
En gentileza y en gracia:
Ningun semejante á estos
En sus tiempos no se hallaba:
Ambos en grande amistad,
Desde niños se criaban;
Siendo sus padres vecinos
Contínuo juntos andaban.
Creció su amor con los años,
Perfectamente se amaban:
Sus padres lo han conocido,
De estorbarles ordenaran
Aquella conversacion,
Que en ellos tan viva estaba:
No lo pudieron hacer,
Que su amor los remediara.
Un resquicio muy oculto
Entre ambas casas buscaran,
Do ninguno los sentia;
Por allí ambos hablaban:
Los sus secretos amores
Por allí comunicaban
Los corazones de entrambos,
Viéndose mucho descansan:
Muchas veces verse juntos
Los amantes deseaban,
Besandose y abrazando,
Mas la pared los estorbaba.
Incitados con su amor,
Con la pared razonaban:
—¿Por qué nos eres molesta?
Di, cruel: ¿por qué estorbabas
Que no se junten aquestos
Que tanto lo deseaban?—

En estas y otras cosas
Mucho tiempo allí gastaban,
Hasta que ya fatigados
Con la vida que pasaban,
Y no pudiendo sufrir
Lo que los atormentaba,
Conciertan este concierto,
Que otro remedio no hallaban:
Que otro dia bien de noche,
Cuando todos reposaran
Sin que nadie los sintiese
Se saliesen de sus casas,
Y fuesen á un arboleda
Que por lugar señalaban,
Para gozar sus amores
Libremente, y sin que haya
Quien les cause impedimento
Como hasta allí lo hallaban.
Venida que fué la noche,
Ya que todos descansaban,
Salió de su casa Tisbe
Como la que deseaba
Verse ya con su querido
Como firme enamorada.
Al lugar constituido
Muy alegre caminaba,
Que la fuerza del amor
Hála hecho muy osada.
Cerca era de la cuidad
Esta arboleda nombrada:
Sentóse bajo un moral
Miéntras Píramo llegara.
Ella con grande congoja
Como su amigo tardaba,
Vió venir una leona
Con la boca ensangrentada.
Viene á beber á una fuente
Que está cerca do ella estaba;
Con miedo que d'ella tiene
En una cueva se entraba:
Dejó el manto en el camino
Como la que iba turbada.
Cuando bebió la leona
Para el bosque se tornaba;
Vió estar el manto en el suelo,
Con las uñas lo rasgaba.
Hizolo muchos pedazos,
Y todo lo ensangrentara.
Píramo salió mas tarde,
Vino adonde Tisbe estaba,
Las pisadas de la leona
Vido con la luna clara
En el polvo, hobo gran miedo,
Mas luego se esforzara.
Anduvo mas adelante
Y con el manto encontrara
Despedazado y sangriento,
Y desque tal lo mirara
Conoció que era de Tisbe
Y que ella lo cobijaba.
Creyó su amada ser muerta;
Tristemente lamentaba:
Con sospiros dolorosos,
Que el corazon le arrancaban,
Decia: —¡Triste de mí!
D'este mal fui yo la causa;
¡Debiera ser yo el primero
En venir á esperarla!
Y pues fui tan desdichado
El vivir me desagrada.
Ya deseo que viniesen
Leonas d'esta montaña,
Y este perezoso cuerpo
Con las sus uñas deshagan,
Que yo merecia la muerte
Y no aquella desdichada,
Pues que le mandé venir
Donde la muerte hallara.
¿Dónde estas, señora Tisbe?
Donde estás, que no me hablas?
¿Qué haré agora sin ti
Viviendo vida penada?
Mas no es justo que yo viva
Sin de mí hacer venganza.—
Esto dicho tomó el manto
Y al moral se allegaba;
Llorando de los sus ojos
Lo besaba y abrazaba.
Ansí hablaba con él
Como si fuera su amada.
Despues de haber lamentado
Y afligido la su alma,
Dijo: — Recibe, señora,
Venganza que de mí daba.—
Puso la espada en los pechos
Y sobre ella se arrojaba,
Y con el peso del cuerpo
Salióle por las espaldas.
Con el ansia de la muerte
Como el cuerpo meneaba
Sabale mucha sangre,
Que todo el suelo bañaba.
Salió la hermosa Tisbe
De adonde escondida estaba,
Creyó que sería venido
Píramo, á buscarlo andaba,
Y como no parecia
A el moral se tornaba.
Vió estar el cuerpo tendido
La color amortiguada:
Hácia tras se retiró
Como mujer espantada.
Paróse tal como muerta,
El corazon le temblaba:
Dudosa estaba entre sí
Y no se certificaba,
Si era aquel el moral
Que cuando huyó dejara.
Despues mirando mejor
Conoció lo que dudaba,
Conoció el cuerpo estar muerto,
Vió en él metida el espada,
Conoció que era su amado
El que muerto allí fincaba,
Comenzó á dar grandes gritos,
¡Lástima era mirarla!
El su delicado rostro
Con las manos arañaba,
Y con grande crueldad
Los sus cabellos mesaba,
Y con entrañable amor
El cuerpo muerto abrazaba,
Y muy amorosamente
En el rostro lo besaba.
Con voz ronca de llorar
D'esta suerte razonaba:
—Dime, Píramo, señor,
Poseedor de mi alma,
Di: ¿quien en tan breve tiempo
Tal como estás te parara?
Respondedme, señor mio,
Hablad á quien os hablaba:
Yo soy la que siempre amastes,
Yo soy la que á vos amaba,
Abrí esos vuestros ojos,
Mirad á quien os llamaba,
Catad que soy vuestra Tisbe,
¡Señor mio, alzá la cara!
Abrió Píramo los ojos
Ya qu'el alma se le arranca,
Cuando oyó el nombre de Tisbe,
Y mostró que se alegraba.
Quiso hablarle y no pudo
Porque su fin lo estorbaba,
Y luego en el mismo punto
En sus brazos espiraba.
Cuando ella conoció el manto,
Y lo vido cual estaba,

Alzó los ojos al cielo;
De nuevo tanto lloraba
Que los aires con las quejas
De sus voces resonaban,
Y viendo cómo salia
Por las espaldas la espada,
Dijo : — ¡Oh sin ventura yo!
¡Oh qué desdicha tamaña!
¿Qué ofensa hice á mis dioses?
¿Porque ansi me castigaban?
Aquel que fué causa d'esto
A ellos ruègo que mal haya;
No es justo esté yo viva,
Pues que tú ya no lo estabas.
A mis parientes y tuyos
Aquesto yo les rogaba,
Nos entierren ambos juntos;
Nuestro amor lo demandaba.
En la vida iguales fuímos
Y en la muerte desastrada,
Y tambien ruego á los dioses
Me concedan, suplicaba,
Que en memoria d'este hecho
A este árbol le sea mudada
La fruta, que sea muy negra,
La cual agora es muy blanca;
¡Pues tanto mal encubria
Merece le dén tal paga! —
Desque esto hobo hablado,
A su amigo se acercaba;
Sacó la espada del cuerpo,
Y con ella se matara.
Junto á Píramo cayó :
Muertos allí los hallaran.
Llevaronlos sus parientes
A Babilonia su patria :
Sus padres los lloran mucho,
El pueblo los consolaba;
A Píramo y Tisbe amantes
En un sepúlcro enterraban.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Largo y pesado romance, pero en el cual bien se parece que Sepúlveda, para componerle, no tenia la pauta de una crónica que le ligase.

466.

LEANDRO Y HERO. — I.

(Anónimo.)

Por el brazo del'Esponto
Leandro va navegando :
Sale del puerto de Abido
Hacia Sesto caminando :
Su lindo cuerpo es navío,
El amor le va animando,
Sus brazos sirven de remos,
Qu'el agua van apartando,
Y los piés por gobernalle
A su trabajo ayudando :
Por aguja su cabeza
Del norte no va curando :
La lumbre es la que le llama,
Por ella se va guiando.
Derribara el viento aquella
Triste curso señalando;
Soltó los vientos Neptuno;
El mar anda rodeando,
Júpiter rompió sus sellos
Muy grande furor mostrando,
Y el esforzado amador
Va con ánimo nadando.
La fortuna lo maltrata,
Con las ondas va luchando :
Tanto esforzaron los vientos
Qu'el triste se va cansando,
Do empezó con gran dolor
D'este modo lamentando.
— ¡Oh la mi tierra de Abido!
¿Qué pensarás yo faltando?
¡Oh mis parientes y amigos!
No me espereis paseando :
¡Oh la mi señora Hero!
¿Qué harás, dime tú, cuando
Verás este triste cuerpo
Que t'estaba contemplando? —
Leandro estando en aquesto,
Su vida se iba apocando :
Zabullóle l'agua al hondo,
Murió el triste suspirando,
Y con decir : — ¡Hero! ¡Hero! —
Su vivir se fué acabando.

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

467.

LEANDRO Y HERO. — II.

(Anónimo.)

Aguardando estaba Hero
Al amante que solia,
Con tristeza y gran cuidado
De ver cuán tarde venía.
Miraba de una ventana
El temporal que corria;
Por las orillas del mar
Los lindos ojos volvia,
Y en ver la onda que daba
A la torre do vivia,
Pensaba qu'era Leandro
Con la escuridad que hacia.
Pero en su mirar contino
Ya qu'el alba esclaresçia,
Vido un hombre allí tendido
Que muerto le paresçia.
Despues que lo hubo mirado,
Conocióle en demasía,
Qu'era su amigo Leandro,
Que amaba mucho y queria.
Con grandísimo dolor
Estas palabras decia:
— ¡Oh desdichada mujer!
Oh gran desventura mia,
Pues he perdido mi amado
Que mas que á mí le queria!
¡Bien me privaste, fortuna,
Del gozo que poseia!
¡Ven ya, muerte, si quisieres,
Y darte he esta alma mia!
¡Viendo mi señor ya muerto
No quiero vivir un dia! —
Y diciendo estas palabras
S'echó con gran osadía
Desde la ventana, abajo,
Y encima el cuerpo caia.
A Leandro acompañando
La hermosa Hero moria :
En los campos Elíseos
A Hero y Leandro en compañía
Sepultaron juntamente
Con tristeza y agonía.

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

468.

NACIMIENTO DE PÁRIS.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Preñada es la reina Hécuba
Su mujer del rey Príamo :
Una noche en su dormir
Un sueño habia soñado.
Gran pavor tomó la Reina,
Al Rey lo ha revelado :
Es el sueño, que paria

Un fuego cruel y bravo
Que abrasaba á toda Troya;
Destruida habia quedado.
Príamo con gran temor
A su dios ha preguntado
Lo que significa el sueño.
Luego le fué declarado;
Que de Hécuba naceria
Un hijo muy malhadado,
Causa de destruicion,
De aquese reino troyano.
Príamo que aquesto oyó,
Luego habia sentenciado
Que el hijo que le naciese
Fuese luego degollado.
Un hijo parió la Reina
De muy gran beldad dotado;
Mas movida á compasion
No consintiera matarlo.
Hízole secretamente,
Dar á aquellos que el ganado
Del rey Príamo traian
En las selvas pacentando,
Para que allá lo criasen:
Llamarle mandó Alejandro.
Siendo ya crecido en dias,
Hijo de pastor llamado,
El oficio pastoral
Bien lo iba ejercitando.
En aquesa selva Ida
Apacienta los ganados,
Que eran de Príamo el rey;
Diestro es y ejercitado.
Cuando lidiaban dos toros
Al vencedor de buen grado
Con corona de vitoria
Era por el coronado:
Dicen que es justo juez;
Páris todos le han nombrado.
Dél se enamorará Enome,
Que ganado anda guardando.
Ambos del amor heridos
Publícanse su cuidado;
Juntos andan por los montes,
De compaña se arredrando;
Ambos quieren soledad
Para gozar sus regalos.
Conocido fué Páris
Por hijo del rey Príamo,
Y llevado á su real casa,
Enome sola ha quedando;
Lamenta su soledad,
Llora el poco cuidado,
Y la grande ingratitud
Que Páris con ella ha usado,
Mal pagando los servicios
Que le hizo señalados,
Dándole su libertad,
Siendo querido y amado
D'ella mas que de ninguno
Lo fuera, ni en tanto grado,
Porque con perpetuo olvido
D'ella no se habia acordado
Despues que pareció ser
Hijo de Rey tan honrado.
Mas por tanta ingratitud
El amor no le ha menguado,
Que en su memoria lo tuvo,
Que nunca le ha olvidado;
Y aun despues de Páris muerto
Del ejército greciano,
Como vió el cuerpo difunto,
Sin seso habia quedado,
Y con el grande dolor
La muerte la habia llevado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

469.

JUICIO DE PÁRIS.

(*Anónimo*[1].)

Por una linda espesura
De arboleda muy florida
Donde corren muchas fuentes
De agua clara muy lucida,
Un rio caudal la cerca
Que nasce dentro en Turquía
En las tierras del Soldan
Y las del gran can Suria:
Mil y quinientos molinos
Que d'él muelen noche y dia,
Quinientos muelen canela
Y quinientos perlas finas,
Y quinientos muelen trigo
Para sustentar la vida.
Todos eran del gran Rey
Que á los reyes precedia,
Padre del buen caballero,
Orden de caballería,
Del esforzado Don Héctor
Que á los griegos destruia.
En medio d'esta arboleda
El infante Páris dormia;
El arco tiene colgado
De una murta muy florida,
Y el aljaba de los tiros
Por cabecera tenía.
Era por el mes de mayo,
Que los calores hacia;
Por el suelo muchas flores,
Muchas finas clavellinas,
De lirios y rosas frescas
Qu'era grande maravilla.
Allí el ruiseñor cantaba
Con muy dulce melodía:
Cantaban mil pajaricos
Todos con grande armonía.
Y estando así el Infante,
Qu'el sueño mas le vencia,
Durmiendo soñaba un sueño
De una vision que veia,
De tres las mas lindas damas
Qu'en todo el mundo habia,
Vestidas de oro y de seda,
Perlas y gran pedrería.
Los joyeles que llevaban
No tienen par ni valía;
Rubios cabellos tendidos,
Que un sotil velo cubria.
Y estando así durmiendo,
Que de sí nada sabia,
Cuando estas lindas damas
Cada cual bien lo servía.
La una le peina el cabello,
La otra aire le hacia,
La otra le coge el sudor
Que de su rostro salia.
Recuerda el infante Páris,
No sabiendo si dormia;
Mas ya en sí acordado
Con espanto que tenia,
Palabras esta diciendo;
De aquesta suerte decia.
— ¡Oh Dios, y qué lindas damas!
¡Qué linda filosomía!
¡Bien paresce en estos gestos
Ser damas de gran valía!
Decidme, si sois humanas
O si sois cosa divina,
O si sois encantamiento,
O buena ventura mia.
Decid, si puedo serviros
Con las fuerzas y la vida,
Aventuraré mi cuerpo
En batallas noche y dia,

Porqu'el dia que nasciera
Grandes cosas se decian
En las cortes de mi padre
Que grandes sabios habia;
Y aun la Infanta mi hermana
Que lee en astrologia,
Dijo qu'en esta arboleda,
Dentro en esta praderia,
Me vernia á mi aventura
Por donde me perderia.
Mas aunque sepa morir,
De servir no cansaria,
Qu'en los buenos caballeros
Mal está la cobardia. —
Convidábanse las reinas
Cual primero hablaria.
Habló la primera Pálas
Una razon bien sabida.
— A vos el infante Páris,
Escuchadme por mi vida,
Pues que sois tal caballero
Digno en la sabiduria,
Estad con ojos abiertos,
Despertad la fantasia
Porqu'estas reinas y yo
Venimos en gran porfia
De cual era mas hermosa,
De cual era mas garrida.
Páris, si juzgais por mí
Aqueste don os daria:
Daros he ventura en armas,
Y dicha en caballería:
Vencerás cualquier batalla
Aunque tengas demasia. —
Luego que acabó la Palas,
Habló Juno; así decia:
— A vos, esforzado Páris,
Oiga vuestra señoría:
Caballero sois en armas,
Qu'en el mundo otro no habia,
Persona tan justiciera,
Porque se alegra mi vida,
Que sé que no quitaréis
Aquello que hoy merescia,
Y si me dais este don
Yo á vos otro daria.
Daros he muchos dineros,
Mas que ningun rey tenia;
Sobre todos los señores
Siempre habrás la señoría. —
Hablado que habia Juno,
Vénus luego allí venia,
Vestida de ropas verdes;
Un arco al cuello traia.
Hablaba luego á Páris,
Que delante la tenia.
— A vos, el principe Páris,
Hijo del Rey d'esta isla:
Hijo sois del mejor rey,
Qu'en todo el mundo habia:
Hermano del caballero
Que Don Héctor se decia:
Yo sé que fuerza ni miedo
N'os hará torcer la via,
Por do espero mi derecho,
Páris, no se perderia.
En vuestras manos, señor,
Encomiendo la honra mia.
Si juzgas, Páris, por mí,
Por empresa te daria
Esta saeta de amor,
Que llegando luego heria:
Darte he la mas linda dama
Qu'en el mundo otra no habia,
Y, Páris, sobre las otras
Siempre habrás la señoría. —
Don Páris de que se vido
Metido en tan gran porfia,
Hablando muy reposado
Estas palabras decia:
— Suplico a vuestras altezas:
Desnudas veros querria
Porque yo pueda juzgar
Y absolver vuestra porfia. —
Todas juntas a la par
Se desnudan de camisa.
Juzgára el infante Páris,
D'esta manera decia:
— Qu'en gala y en discrecion,
Hermosura y cortesía,
Y en todo lo que hay demas,
Y á lo que á él le parescia,
Juzga que la diosa Vénus
Llevase la mejoría. —
Luego Palas y Juno
Empiezan á hacer su via:
Métense por un boscaje,
Por una gran praderia,
Estas palabras diciendo
Ambas juntas á porfía.
— ¡Páris, y cuán mal mirastes!
¡Mal mirastes la honra mia!
Pudiérades tomar provecho,
Y escogistes la perdida.
Yo os haré morir en batalla
Que será de gran valia,
Y verás esa gran Troya
Cual por tu causa caia.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Hé aquí un largo pero lindo y popular romance, cuyo estilo y versificacion sencilla y graciosa hacen presumible que se compusiese a principios del siglo XVI, y por un buen poeta aficionado á los libros caballerescos. Así es de creer, puesto que reviste de las formas de caballeros andantes á Don Héctor y a Don Páris.

470.

PREPÁRANSE LOS GRIEGOS A VENGAR SOBRE TROYA EL RAPTO DE ELENA, Y LA INJURIA HECHA AL REY MENELAO.

(*De Soria* [1].)

Triste está el rey Menelao,
Triste con mucho cuidado
Por lo qu'el troyano hizo,
Páris el enamorado,
Que robó la linda Elena
De su templo consagrado.
Yo cuento con los perdidos
Al que va mejor librado;
Enemiga es la ventura
Al mas bienaventurado:
Al forzador por la fuerza,
Por la pérdida al forzado.
Los troyanos llaman gente,
Los griegos ya la han juntado,
Mas el consejo de Ulises
Por todos es aprobado.
Qu'enviasen por Aquiles,
Buen caballero estimado,
Que sin él no se podia
Vengar el yerro pasado.
Presente en el pensamiento
Del que sostiene el cuidado:
¡Oh Páris, cuán bueno fuera,
Pues fuistes aconsejado,
Olvidar la vieja injuria,
Pues no fuistes injuriado!
Creistes mas el consejo
De Héctor el esforzado:
En los comienzos miremos
Qu'el fin traerán sojuzgado.

Deshecha.

Lo que la ventura quiere,
No querello
Es el camino de vello.
La ventura lo concierta;
Quien piensa desconcertallo,

Mas acierta en acertallo
Qu'en desconcertallo acierta.
El rodear es atajo
Para aquello
Que por fuerza habrá de vello.
No puede ser excusado
Lo qu'es de fuerza, no hay duda,
Que no muda quien no muda
Lo qu'está ya sentenciado.
Mudara su pensamiento,
Mas no aquello
Que piensa mudar por ello.

(*Cancionero general.* — II. *Cancionero de Romances.*)

[1] Hállase tambien esta composicion en el *Cancionero de Romances*; pero ménos completa, y sin el villancico que la termina. Es composicion artística, pero con pretension á popular. Pertenece á las últimas décadas del siglo XV.

471.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Triste, mezquino y pensoso
Estaba el rey Menelao,
Por lo que Páris hiciera,
Páris el enamorado,
Que robó la linda Elena
De su templo consagrado,
Y se la llevara á Troya,
Y con ella se ha casado.
Sabiéndolo Agamenon,
Va á consolar á su hermano:
Menelao que lo viera
Levantóse de su estrado,
Rompiendo las vestiduras
Y las sus barbas mesando;
Por el palacio adelante
Con gran pasion va llorando:
—¿Qué es de tí, reina Elena?
¡Haciendo terrible llanto
Te llevaron los troyanos,
A mi pesar, sin mi grado!
¡Mejor me hubiera á mí sido
Nascido no haber estado,
Y no ser Rey en el mundo
Para verme tan penado!
¡Yo juro á los nuestros dioses,
Que siempre viva enojado,
Hasta que derribe á Troya,
Y degüelle al rey Príamo! —
Y con este juramento
Algo quedó consolado,
Y lo mismo Agamenon
Juró tambien de guardallo.
Tambien lo jurara Ulises,
Que con ellos se ha hallado,
Y promete de buscar
A Aquiles el esforzado,
Que sin él no se podia
Vengar el yerro pasado.
Ya despachan mensajeros,
Y mucha gente han juntado,
Y con muchos reyes griegos
Para Troya han embarcado.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Como el anterior, pero de la última década del siglo XV, ó la primera del XVI.

472.

HÉCTOR Y AQUÍLES.

(*Anónimo.*)

Miraba el famoso Aquiles,
Caudillo del campo griego,
En lo rojo de las armas
El valor y brazo de Héctor:
Miraba el templado escudo
De aquel consagrado acero,
Por mil partes abollado
Desembrazado y deshecho:
Miraba sus Miridiones,
Su amigo Patroclo muerto,
Menelao y Agamenon,
Sin brio, fuerza, ni esfuerzo:
Miraba allí sin armas,
Quien con ellas tanto ha hecho,
Y el rostro mira que hizo
Rostro á tanto caballero:
Mil cosas revuelve y mira
De aquel su contrario fiero;
Que son en los casos de honra
Profundos los pensamientos.
Con la ocasion de las treguas
Halló en el troyano templo
De aquella sangrienta Pálas,
Aquel vencedor sangriento.
Estaba el fuerte troyano
De un manto rojo cubierto,
Color con que tiñe el campo,
Y viste sus pensamientos.
El semblante tiene altivo,
El rostro largo y moreno,
Estando alegre, hermoso,
Estando enojado, feo:
La frente espaciosa y ancha,
Los labios rojos y belfos,
Los dientes juntos y blancos,
El cabello corto y crespo.
Conoce por las señales,
Quien se señala entre ciento,
Porque las muestras de fuera
Conciertan con lo de dentro.
Sosiega el pecho alterado
El fiero semblante de Héctor;
Que al soberbioso contrario
Tiempla el corazon soberbio.

(*Romancero general.*)

473.

AQUÍLES MATA A TROYLO, Y MUERE POR ELLO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Llanto hace dolorido
Príamo, ese rey troyano,
Con Hécuba su mujer:
Ambos están lamentando.
Lloraban su fuerte hijo
Héctor, el muy esforzado,
Muerto por mano de Aquiles
No con esforzada mano.
Los troyanos piden tregua,
Los griegos la han otorgado,
Para sepultar á Héctor
Y hacelle su aniversario.
Al templo de las obsequias
Aquiles habie llegado:
Vido en él á Policena,
Que lloraba por su hermano,
Muy perfeta en hermosura,
Graciosa en extremo grado.
Luego que Aquiles la viera
D'ella quedó enamorado,
Y á la triste reina Hecuba
Por mujer la ha demandado.
Prometió quitar el cerco
Que á Troya tiene cercado,
Si hace lo que le pide:
La Reina se la ha mandado.
Acabadas son las treguas,
A la batalla han tornado;
Aquiles entraba en ella,
A Troylo ha derribado.
Matólo como traidor,
De troyanos es llorado:

Hécuba con Policena
Procuraban de vengarlo.
A Aquiles enviar mensaje,
Cumplir quieren lo mandado:
Incitado mas de amor,
Que de razon acordado,
Sin armas y un compañero
(Antiloco era llamado),
Hijo del viejo Nestor,
Al templo de Apolo entraron;
Recibieron muerte cruel,
Que Páris se la habie dado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

474.

TREGUAS ENTRE GRIEGOS Y TROYANOS.—MUERTE DE HÉCTOR, Y AMORES DE AQUILES CON LA LINDA POLICENA.

(*De Luis Hurtado* [1].)

En Troya entran los griegos,
Tres á tres, y cuatro a cuatro,
Miéntras que las treguas duran
Que los dos reyes han dado:
El rey Príamo de Troya,
Tambien el rey Menelao.
Entre tanto el fuerte Héctor
Se sale por ver el campo,
Y por ver sus enemigos,
Si están puestos á recaudo:
Y mirando á todas partes
Con Aquiles ha encontrado,
El cual tenia gran deseo
De á Héctor ver desarmado,
Por ver si es hombre robusto,
O de gesto mesurado,
Y si es de damas querido
Como en Grecia se ha sonado.
Aquiles cuando vió á Héctor
D'esta manera ha hablado:
—Dios te salve, fuerte Héctor,
Buen caballero esforzado,
Fuerte muro y defensor
Del gran caudillo troyano:
Quieras entrar en la tienda,
Que no te será negado.
¡Gran placer tengo de verte
Como vienes desarmado:
Pero mayor me seria,
Mayor con gozo doblado,
Si yo te diese la muerte,
La cual te daria de grado,
Porque mi cuerpo ha sentido
Los golpes de tu gran mano;
Que los tajos de tu espada,
Mucha sangre me han quitado,
Y el dolor que d'esto tengo
Al corazon me ha llegado!
Mas otra mayor afrenta
Me le tiene quebrantado,
Y es de que tengo memoria
De la muerte que tú has dado
A Patroclo, un caballero,
Mi amigo muy estimado,
Qu'entre mi cuerpo y el suyo
Diferencia no he hallado:
Mas la muerte que le diste
Vengaré con esta mano,
En tí, y en tu mismo cuerpo,
Como tengo deseado.—
Allí habló el fuerte Héctor,
Bien oiréis lo que ha hablado:
—Así haga á vos, Aquiles,
Caudillo muy sublimado,
Fuerte muralla de Grecia,
Y de los griegos amparo:
No teneis justo derecho
En eso que habeis hablado;
Que si busco vuestra muerte
Debo buscar vuestro daño,
Y si no lo hiciese
A mal me seria contado,
Pues venis de vuestra tierra
Por hernos desaguisado,
Y poneis á nuestra gente
En muy contino trabajo,
Aunque vuestras amenazas
Ningun temor me han causado;
Mas si dos años yo vivo,
A todos daré mal cabo,
Pues locamente os pusistes
Donde os iriades de grado
Si por vergüenza no fuese
Dejaríades todo el campo,
Mas primero serás muerto
Por aqueste fuerte brazo,
Que los filos de tu espada
Mis carnes hayan probado.
Mas si tienes osadía,
Y presumes d'esforzado,
Y piensas prevalecer
Con Héctor el afamado,
Haz que firmen los carteles
De tu parte en todo el campo,
Y firmarán los de Troya
De pasar por lo juzgado,
Y es: que los dos juntamente
Quedemos desafiados,
Para dar nuestra batalla,
Solos nos en campo armados:
Y si vencieres tú, Aquiles,
Darse os ha Troya de grado,
Con que dejeis ir la gente
A vivir á reino extraño;
Y tambien si yo venciere
Que os vais y dejeis el campo.—
Aquiles oyendo aquesto
Gravemente se ha enojado,
Y por aceptar batalla
D'esta manera ha hablado:
—Calles, calles, fuerte Héctor,
No quieras ir castigado;
Mas tomes aqueste guante
Para que quede aplazado.—
Y á las voces qu'ellos daban,
Con esto que han concertado,
Vino el rey Agamenon,
Con ese rey Menelao.
Fuése derecho á la tienda
Donde los dos se han juntado.
Los griegos dan su consejo
A ese buen rey Menelao:
Mas Agamenon no quiere
Que pasen por lo ordenado.
Los troyanos no consienten,
Sino solo el rey Príamo;
Pero como es uno solo,
Con todos ha concordado,
Que salgan todos con gente
Para un dia señalado,
Adonde despues salieron
Como aquí os será contado.
Salió el esforzado Héctor
Con quince mil de á caballo;
Consigo llevó á Troylo,
Con dos mil y mas armados:
Páris tambien salió luego
Con arqueros á su lado,
En número de tres mil,
Que muy bien los ha ordenado:
Deyofevo salió tras este,
Que otros tantos ha tomado;
Pues Eneas con la resta,
En Troya no se ha quedado
Con sus cien mil caballeros
Condes, duques de alto estado.
Ansina salió esta gente

A tomar lugar del campo.
Por acá salen los griegos
Que otros tantos han juntado;
Mas el primer combatiente
Fué el rey Félix, muy osado,
Que de parte de los griegos
La delantera ha tomado;
Y saliérale al encuentro
Héctor el fuerte troyano.
L'encontró tan fuertemente
Que presto le dió mal cabo,
Y sin hablar mas palabra
Cayó muerto del caballo.
Aquí se armó una batalla
Que nadie podia contallo,
Donde Héctor fué herido
En el carrillo á soslayo;
Mas esta chica herida
No sabe quien se la ha dado,
Y mirando hácia Troya,
Muchas damas ha hallado
Qu'están puestas en los muros
Para ver quién vence el campo.
Pues Héctor varonilmente
Muchos reyes ha matado,
Entre los cuales fué uno
Persona de gran estado:
Mas aqueste fué el postrero
Que Héctor ha derribado.
Héctor tenia una costumbre,
De que le fué mal contado:
Era tomar una pieza
De cualquier rey señalado:
Y estando quitando á este
El yelmo qu'está enlazado,
Abajárase á quitalle
Sobre el arzon del caballo:
Mas detras estaba Aquiles,
Que muy bien l'está mirando,
Y al abajar de los lomos
Vido un poco desarmado.
Tomara una gruesa lanza
Estando Héctor descuidado,
Metióla por las espaldas,
Que á los pechos ha pasado.
Aquí murió el fuerte Héctor
Hijo d'ese rey Príamo.
Saliera Odemon el fuerte,
Con Aquiles ha encontrado,
Y dióle tan recios golpes
Que lo echara del caballo,
Y los sus Miridiones,
En un paves le han llevado:
Pensaban qu'estaba muerto,
Pero mucho le han curado.
Los troyanos viendo aquesto
Desampararon el campo,
Y fuéronse para Troya,
De priesa, que no despacio.
Allá llevaron el cuerpo
Del caballero esforzado,
A enterrallo con gran honra
Segun merece su estado.
No se lo impiden los griegos,
Mas se lo dan de buen grado.
¡Los llantos que se hacian
Era cosa de mirallo!
Reyes, grandes y marqueses
Llevan el cuerpo á palacio
Delante del Rey su padre,
Donde creció mayor llanto,
Que todos los de su corte
No podian acallallo.
Despues que vido el buen Rey
Que no puede remediallo,
Manda llamar seis maestros,
Y á todos ha preguntado
Si pueden guardar el cuerpo
Sin que hayan d'enterrallo.
Allí respondieron ellos,
Todos juntos han hablado.
—¡Muy bien lo decís, el Rey!
¡Bien lo has determinado!
Porque le vean las gentes
Nos buscarémos recaudo.—
Y pasados muchos dias,
Qu'en aquesto han estudiado,
Para el Rey se fuéron luego:
D'esta manera han hablado.
—Manténgaos Dios, el Rey,
Rey de Troya intitulado,
Nosotros despues de acuerdo
Buen remedio hemos hallado.
Danos el cuerpo, buen Rey,
Que dél darémos recaudo.
—Tomalde, los mis maestros,
Haced dél á vuestro grado.—
Luego tomaron el cuerpo
Y á un templo se lo han llevado,
Qu'era llamado de Apolo,
Y de Febo era nombrado.
Un tabernáculo han hecho
Cabe el altar mas honrado:
Es hecho d'esta manera
Que aquí será señalado.
Aqueste era sostenido
Con cuatro esquinas de mármol;
De mármol era el cimiento,
Que las columnas no hablo,
Porqu'eran de un oro fino,
De oro fino martillado;
Y son hechas por tal arte
Que vuelven de cada lado:
Bajan, suben prestamente
Como huso torneado.
En cada esquina de aquestas
Está un ángel figurado,
Y encima del chapitel
Muchas piedras han sentado;
Las piedras eran muy ricas,
Preciosas y de alto estado:
Tanto relumbran de noche,
Que paresce dia claro;
Y para subir al templo,
Unas gradas han formado,
Qu'eran de fino cristal,
De cristal muy esmerado;
Y encima de todo aquesto
Una imagen han labrado
Con una espada desnuda
Puesta en la derecha mano.
La imágen paresce á Hector,
Paresce estar menazando,
A aquellos que por traicion
Su cuerpo habian derribado.
Abajo, dentro del templo,
Una silla han esmaltado
De oro resplandesciente,
Y rosicler colorado.
Aquí pusieron á Héctor
En esta silla sentado,
Muy ricamente vestido,
Salvo en los piés descalzado:
Con sus paños está puesto,
Que ninguno le han quitado,
Y encima de la cabeza
De bálsamo tiene un vaso.
Su gesto paresce vivo
Aunqu'está mortificado,
Y por sotil invencion
El casco tiene horadado,
Para que por el su cuerpo
El bálsamo sea echado.
Primero va por la cara,
Y por el pescuezo abajo;
Luego le va por el cuerpo,
Por entrañas y costado,
Brazos, piernas, por de dentro,

Todo lo tiene tomado :
Tan entero está el cabello
Que paresce bien peinado.
Así estaba el fuerte Héctor,
Sin estar desfigurado :
Viénenle á ver sus amigos
Y sentabánse á su lado :
Como si estuviera vivo
Con él están razonando.
En aquesto los maestros
Desque lo han bien concertado,
Hicieron un artificio
Muy ricamente labrado.
Cuatro lámparas ardian
Sin jamas cesar un rato,
Todas cuatro están en cuadra,
Qu'era el templo así cuadrado,
Cada cual en su coluna
Ardian de muy buen grado.
Despues d'esto, los maestros
Grandes vigas han tomado
De un árbol de gran fuerza,
Que ébano era llamado.
Hacen d'ellas cerraduras
Que todo el templo han cercado :
Cierra y abre buenamente
Cuando algun grande es llegado
Para ver el cuerpo de Héctor :
Y para que sea guardado
Hizo poner allí el Rey
Mucha vigilia y recaudo.
Hizo poner sacerdotes,
Que contino estén orando,
Y dalles por ello rentas,
Rentas, y grandes ditados.
En esto, un rey de los griegos,
Que Agamenon es llamado,
Habló con toda su gente,
D'esta manera ha hablado :
—Reyes y nobles señores,
Duques, condes de alto estado,
Bien vedes la gran victoria
Que hoy habemos alcanzado
En matar al fuerte Héctor,
Que nos hacia gran daño.
Matárale el noble Aquíles
Nuestra defensa y amparo,
El cual está muy herido,
Y su vida muy al cabo.
Pues por la muerte de Héctor
Venceréinos los troyanos,
Enviad á pedir treguas
Por un tiempo señalado,
Y que sea por dos meses,
Porq'es tiempo limitado,
Mientra quemamos los muertos,
Los muertos que aquí han quedado,
Pues salen tales hedores,
Que nos hacen mucho daño,
Y tambien porque se curen
Los heridos d'este campo,
Y sanar ha el fuerte Aquíles
Porqu'está muy mal llagado. —
Muy bien les ha parescido
A todos lo que ha hablado :
Estuvieron en su acuerdo,
Dos grandes han concertado
De irse á pedir las treguas.
A Páris, ese troyano,
Fuéron á pedir las treguas;
Otorgáselas de grado.
Pues pasado mucho tiempo
Batallas han ordenado :
Al fuerte Palamédes
Por capitan le han alzado
De la gente de los griegos;
Lo llevan bien concertado.
El rey Príamo en aquesto
Sus tres hijos ha llamado;
El uno es Páris el fuerte,
Y Troylo el esforzado :
El tercero es Deyofebo,
Con los cuales ha hablado
Llorando de los sus ojos,
Que á llorar han provocado.
—Hijos, sacadme de afrenta,
Y vengad á vuestro hermano,
Porque no piensen los griegos
Que Héctor nos ha faltado :
Que aunque mataron su cuerpo
Su fama nos ha quedado. —
Tanto habia perdido en Troya,
Que ya quieren ser en campo,
Pues ya pasadas las treguas
Fuertemente han batallado.
Despues de aquesta batalla
Otras treguas han armado,
Y entrando en Troya los griegos
Los de Troya van al campo.
Aquíles tomó osadía
D'en Troya entrar desarmado,
Y fuérase para el templo
Do Héctor está sentado,
Y de verle tan bien puesto
Se estuvo maravillado,
En ver que las sus facciones
No se habian demudado.
Allí halló caballeros,
Y grandes que hacian llanto,
Tambien halló muchas damas,
Qu'están plañendo y llorando;
Entre las cuales fué una
Qu'el corazon le ha robado,
Y es la linda Policena,
Qu'está á los piés del finado.
Con sus manos delicadas
Sus cabellos ha mesado,
Que son como hebras de oro,
Del oro mas afinado.
Estala mirando Aquíles,
Y ansí se queda elevado.
En esto vino la noche
Y fuérase para el campo :
Mandó llamar á los suyos
Y á dos d'ellos ha mandado
Que le hiciesen la cama,
Que le hagan el estrado :
Y echándose con tristeza
D'esta manera ha hablado :
— Aquíles triste y sin fuerza,
Dime, ¿quién te ha cautivado?
¿Dónde está tu corazon?
Quién te lo habia salteado,
Robóte tu corazon
Por el siniestro costado. —
Despues de hablar aquesto
Y de mucho haber llorado
Determina de escrebir
A la reina y rey troyano,
Diciendo : — «Altos señores,
»Y reyes de gran estado :
»Aunque he tomado venganza
»Por causa de Menelao,
»Seréos muy obediente
»Y hijo muy humillado,
»Y haré tornar á los griegos
»Y que dejen todo el campo,
»Si me dais á Policena,
»El fuerte muro troyano,
»Para que case con ella,
»Y sea yo su velado,
»Y así hará una doncella
»Lo que no hizo Príamo,
»Ni ménos lo hizo Héctor,
»Ni caballero troyano.» —
Despues d'escrita esta carta
A un pajecico la ha dado.
El paje fué luego á Troya,

De priesa que no despacio,
Y diérasela á la Reina,
A ella en su propia mano.
Desque la hubo leido
Gran pensamiento la ha dado:
Dijérale al pajecico:
—Decid al que os ha enviado
Que dentro de cuatro dias
Daré respuesta ó recaudo.—
Fuese por hablar al Rey,
A ese grande rey Príamo,
Y díjole la embajada
Que Aquíles habia enviado.
En aquesto hablára el Rey
D'esta manera ha hablado:
—¡Noble Reina! noble Reina!
¡Mucho estoy maravillado,
Siendo persona tan sabia,
Hablar lo que habeis hablado!
¿No sabeis que al enemigo
No se le debe hacer pacto?—
Mas tantos ruegos le hicieron,
Que hubo por bien de otorgallo,
Y fué de aquesta manera
La carta que le ha enviado:
Que haga ir á los griegos,
Y qu'él le dará recado,
Y que le hará heredero
De dentro de su reinado.
En oyendo aquesto Aquíles
El corazon le ha alegrado,
Y fuése para los griegos
Y ayuntólos en el campo,
Y sus razones moviendo,
D'esta manera ha hablado:
—Sálveos Dios, sabios varones,
De ánimos esforzados:
Ya veis los muy largos tiempos
Que aquí tenemos gastados.
Ayer cuando entrara en Troya,
A toda parte he mirado,
Y veo sus fortalezas,
Que muy mucho han reparado.
Tienen muy lucida gente,
Y bien puestos á recaudo.
Si os parece, vamonós,
Baste lo que hemos vengado,
Pues que por la reina Elena
Tantas muertes han pasado.
Bastenos matar á Héctor,
Fuerte alcázar de troyanos,
Que otras mujeres mejores
En Grecia se habrán hallado.
Pues no podemos llevalla,
Vamos, dejemos el campo.—
A todos paresció bien,
Y no á ese rey Menelao:
Mandó tocar las trompetas,
Y pregonar ha mandado
Que de la gente de Grecia,
Ninguno fuese osado
De dar vida á ningun hombre
Que fuese de los troyanos.
Y así siguieron la guerra,
Hasta que la dieron cabo.

(*Cancionero de Romances.*)

475.

LAS OBSEQUIAS DE HÉCTOR; CONFERENCIAS DE PAZ CON AQUÍLES, ENAMORADO DE POLICENA.

(*Anónimo* [1].)

En las obsequias de Héctor
Está la reina troyana
Con la linda Policena
Y con otras muchas damas.
Tambien estaban los griegos,
Si no Aquíles, que faltaba,
Que fué á la postre de todos,
Y en el templo se sentaba
Frontero á la reina Elena,
Que por Héctor lamentaba.
Mirando su hermosura
Con gran cuidado, pensaba
Si Menelao no fuera
Rey griego, la conquistara
Para casarse con ella,
Segun era muy lozana:
Y así triste y pensativo
No podia echar la habla.
Cuando miró á Policena
En el pecho le pesara,
Y con esta gran congoja
Amortescido quedaba;
Pero como en sí volvió,
Allí luego preguntara
Qu'én era aquella doncella
Qu'era tan acabada.
Luego Eneas le responde,
D'esta suerte le hablaba:
—Policena era, señor,
Policena la nombrada,
Que creen que en hermosura
Ninguna se le igualaba.—
Aquíles cuando esto oyera
La color se le mudaba;
Embebescido y turbado
A Policena miraba:
Pero salidos del templo
A sus tiendas se tornaban
Todos los principes griegos
Mientras las treguas duraban.
Aquíles se fué á la suya,
Y en una cama s'echara:
Llorando de los sus ojos
Muchas lágrimas derrama,
Herido de la saeta,
Que Cupido le tirara.
Estuvo pensando en sí
Si osaria demandalla,
Al rey Príamo, por mujer,
Qu'el amor le atormentaba.
Veníale á la memoria
De cómo á Héctor matara,
Y otras cosas que hiciera
Con que á Príamo enojara:
Mas al fin se acordo en si
De enviar una embajada
A la Reina su mujer,
Y luego se levantara.
Dice que por casamiento
Muchas cosas se acabaran,
Y que muchas amistades
Con aquesto se trataran.
Luego llamó á un escudero
De quien él mas se fiaba:
Pidiole tinta y papel,
Y una carta allí ordenaba.
Lo que la carta decia
D'esta suerte razonaba.
Si á Policena le diesen,
Promete de corona,
Y les pedirá perdon
De las pasadas batallas,
Y que hará alzar el real,

[1] Floreció el autor de este romance en la primera y la segunda mitad del siglo XVI. Vese en él la aficion que reinaba entónces de convertir la historia antigua en novelas caballerescas, y cómo transigian los poetas de la época con el gusto público para poner al alcance del pueblo la erudicion clásica, acomodándola á sus costumbres. El embalsamamiento del cadáver de Héctor, recuerda el que se refiere en un romance que hicieron del del Cid.

Y que los griegos se vayan.
Y despues que la escribiera
Muy de priesa la enviara
A la gran ciudad de Troya,
Donde su señora estaba;
Y llegando el mensajero
A la Reina se la daba,
Y luego que la leyó
Al rey Priamo hablara,
Y dale por buen consejo
Que dé crédito á la carta,
Y que case con Aquiles
A su hija muy amada,
Con condicion que los griegos
De Troya luego se vayan.
Y con aquesta respuesta
Al mensajero enviara
Que lo diga á su señor
Que ya esperándolo estaba;
Que mil años se le hacia
No ver su buena tornada.
Y en llegando, que llegó,
Luego le daba la carta.
Como Aquiles la leyó,
Gran placer en sí tomaba:
Pregunta por Policena,
Si la vió, y qué tal quedaba.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Acaso es composicion de la tercera ó cuarta década del siglo XVI, y parece calcada sobre el romance número 474.

476.

AQUÍLES Y POLICENA.

(*Anónimo* [1].)

A las puertas de palacio
De la insigne Troya, estaba
El fuerte y valiente Héctor
Con mucha gente troyana.
Miéntras que las treguas duran
Dan en festejar las damas
Con disfraces diferentes,
Jugando sortija y cañas,
Y en pirámides de mármol
A porfía rompen lanzas,
Orden y apercebimiento
De la reñida batalla,
Cuando Aquíles disfrazado
Entró por medio la plaza,
En un overo caballo,
Que muy lozano pisaba,
Por ver la ciudad y fiestas,
Y los ornatos y galas,
Y tambien por ver al Héctor
Que mucho lo deseaba.
Y como entre los troyanos
Héctor tanto se señala,
Mirándole el griego, dice:
—¡Con justa razon te alaban! —
Y vuelto hácia los teatros,
Donde las damas estaban,
Vió entre ellas á Policena,
Que mas que el sol relumbraba,
Y del dios de amor herido,
Viendo su hermosura y gracia,
Por disimular su pena,
Aunque le llegaba al alma,
Se volvió á su real
Con intencion namorada
De que Policena entienda
El mal que por ella pasa.

(*Romancero general.*)

[1] A diferencia de los de la primera mitad del siglo XVI, este romance de sus últimos años afecta las ideas y pensamientos de los moriscos, en vez de las de los caballerescos, que aquellos imitan.

477.

EL CABALLO DE TROYA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega* [1].)

Sobre la mas alta almena
De la troyana muralla
El Paladion de los griegos
Tendida tiene la barba.
De un belicoso escuadron
La máquina está preñada,
Que con solícita vista
El daño comun prepara.
Abren las herradas puertas
De la ciudad recatada
Para ver el griego don
Que su ruina encerraba;
Y sobre admitirle ó no
Confusas voces levantan,
Unas que al fuego lo entreguen,
Otras á la mar airada.
Y á este votar discorde,
De pastores una escuadra
Llega, con un griego atado,
Que así á los troyanos habla.
—¿Qué tierra habrá que me trague?
Qué rayo que me deshaga
Con que á Troya satisfaga,
Y el cielo de mí se pague?
No te excuses, hado amigo,
Pues ya de la patria cara
Me priva la suerte avara,
Y me entrega á mi enemigo.—
Condolido el Rey del mozo
Y lágrimas que derrama,
Le manda quitar los lazos,
Y el vivir le aseguraba.
Que le diga sus miserias,
De adónde y quién es, le manda.
El griego, que vió ocasion,
Prosigue su historia canta.
—Sea dañosa ó conveniente,
Verdad he de confesarte:
No tengo, Rey, de negarte
Que soy de la griega gente.
Pariente de Palamédes
A quien toda Grecia odiaba,
Porque la guerra estorbaba
Contra tí, cual saber puedes.
Aqueste fué apedreado,
Que el falso Ulises lo quiso;
Yo mozo, con poco aviso,
Hablé contra el griego, airado,
Diciendo: que si volvia
A mi patria vencedor,
De Grecia y su rey traidor,
Cruel venganza tomaria.
El griego d'esto indignado,
Cuando el cerco levantó
A muerte me condenó,
De que me escapó mi hado.
En un cieno me escondí
Hasta que pasó la armada,
Y á su patria deseada
Volver á los griegos vi.
Quedé solo y maniatado
En la troyana ribera,
Donde mejor me estuviera
No haber la muerte excusado.—
El Rey con voz amorosa,
Vasallo, grato le llama,
Diciendo que de los griegos
Pierda el miedo y confianza:
Que solo se fie dél,
Y de su real palabra,
Y que le diga á qué fin
Quedó la máquina extraña.
—Lícito me es ya hacer
Manifiesta su maldad,

Yo te diré la verdad,
Pues tu vasallo he de ser.
Este es un voto forzoso
Por los griegos hecho á Pálas,
Por sacos, robos y talas
De su templo suntuoso.
Mandáronle fabricar
Mas alto que vuestro muro,
Por ir el griego seguro
De que en Troya no ha de entrar.
Este fué, señor, su intento,
Este su designio fué,
Y esto es todo lo que sé
De su trato fraudulento.
¡No te indignes, cielo santo!
¡Fuerte Pálas, no te indignes
De que descubra los fines
De quien me hizo daño tanto!
No lo hago por tu ofensa,
Y si parece traicion
De un vasallo, y sin razon
Ofendido, un rey ¿qué piensa?
Ya salgo de obligaciones;
Ya de mi patria no curo,
De hoy mas soy troyano puro:
Cesen sangre y aficiones.
Viva mi nuevo señor,
Mi restauro y mi Rey viva,
En quien mi esperanza estriba,
Y mi mal quitado honor.
Al fin todo lo diré,
Que viva ó muera por ello,
Que quien libertó mi cuello
Del lazo, amigo me fué.
Mete en Troya á Paladion,
Rey, mira que te lo digo,
Seráte grato y amigo
El cielo; fia en Sinon.—
Creyólo el Rey, y á gran priesa
Manda romper la muralla,
Meten el caballo en Troya,
Y con él su suerte infausta.

(*Romancero general.*— It. Lobo Laso de la Vega, *Romancero y Tragedias*, etc.)

[1] En este romance se pone en redondillas todo lo que Sinon dice.

478.

MUERTE DE POLICENA. — I.

(*Anónimo* [1].)

—¡Oh cruel hijo de Aquiles,
Nunca mal te meresci,
Que si tu padre fué muerto
Ni lo supe ni lo vi!
No me dés asi la muerte,
Ni tomes venganza en mi,
Qu'el favor de las mujeres
En los hombres yo le vi.
No fenezcan los mis dias,
Ni me pierda yo por ti:
Baste, baste contentarte
Con me ver ya destruir,
Y la muerte de mi padre,
Y su muy triste vivir;
La muerte de mis hermanos
Con Héctor el varonil;
La amazona que mataste
Tan esforzada y viril;
La ciudad toda abrasada
Para mas la consumir,
Sea contenta su venganza
Con que poco he de vivir,
Pues que por tierras extrañas
Por esclava he de servir.
—¡Policena, Policena,
No s'excusa tu morir,
Pues por tus tristes amores
El mi padre murió aquí!
Muy bien es que tú padezcas
Lo qu'el padeció por ti,
Que la muerte se ha de dar
A quien hace á otro morir.

(*Cancionero de Romances.*— It. *Romance sobre la muerte de Pirro.* Pliego suelto.)

[1] Esta composicion parece que es de las conservadas en la tradicion oral antigua ó primitiva.

479.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

A la qu'el sol se ponia
En una playa desierta,
Yo que salia de Troya
Por una sangrienta puerta,
Delante los piés de Pirro
Vide á Policena muerta.
Los pechos tiene desnudos
Y la cara descubierta,
Los ojos claros, tan vivos
Como si fuera despierta.
La llaga de la garganta
En solo señal de muerta.
Lloran los caudillos griegos,
Y ninguno se concierta;
Que la mengua de tal yerro
Y pasion tan cruda y cierta,
Quieren de su voluntad
Que en ellos se convierta.

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

[1] Parece ser un romance viejo, pero alterado y refundido.

480.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Turbados los ojos bellos,
Pálido el color rosado,
Bien apretados los dientes,
Un poco abiertos los labios,
Despidiendo por sus venas
La coluna de alabastro
Aquel rosicler hermoso
De su cuerpo delicado,
De cuyas carnes se aparta
El alma ya palpitando,
Y vuelto en ceniza fria
El cuello bello y gallardo,
Hécuba, la reina, mira
Degollada en su regazo
A su amada Policena,
Diciendo con triste llanto:
—Vi de Troya con mis ojos
Derribar los muros altos
Por el engaño de Ulises,
O quizá por mis pecados;
Por donde entraron los griegos
En el fingido caballo,
Y despues á media noche
Dar el riguroso asalto;
Vieron mis ojos la muerte
De Héctor y de sus hermanos,
De Páris y Polidoro
Y del viejo rey Príamo.
No me espantó ver ardiendo
Los edificios dorados,
Los mármoles y colunas
De pórfido y alabastro,
Las torres y chapiteles
Del insigne y real palacio,

Cuya antigualla guardó
El tiempo por simulacro;
Los filabres de oro fino,
Famosos anfiteatros,
Los homenajes reales
Por el suelo derribados.
Con prudencia resistí
Aquel doloroso trago;
Consoláronme tus ojos
Con solamente mirallos;
Sola tu muerte ha podido
Dar principio á mis cuidados,
Abriendo puerta á la muerte,
Y á los ojos para el llanto.

(*Romancero general.*)

[1] Es una paráfrasis y amplificacion del romance núm. 479 que le precede; pero aunque bueno, muy inferior á él.

481.

HÉCUBA.

(*Anónimo.*)

Sentada á orillas del mar
Que enriquece el suelo Tracio,
Hécuba memorias tristes
De su Troya está llorando;
Y queriendo el sentimiento
Igualar al triste caso,
Dice vuelta al Ilion,
Aun no del todo abrasado:
«¡Oh griega mano,
»Verdugo fiero del poder troyano!»
¡Oh mi Príamo, consorte
De mis bienes y mis daños,
Dulce esposo y compañero
En vida de tantos años!
¡Oh Héctor! ¿cómo no es vida
La mia, considerando
Que con tu muerte y mi pena
Va su fama eternizando?
«¡Oh griega mano! etc.»
¡Oh hermosa Policena,
De mis fatigas descanso,
Descanso, si pudo habello
En corazon tan cansado!
¡Funesto fué el desposorio
Con sangre solemnizado,
En que muerta al muerto Aquiles
Te ofrecen por aplacallo!
«¡Oh griega mano! etc.»
¡Oh mi dulce Polidoro,
En tu tierna edad troncado
De un golpe, que dando en tí
Dió con mi esperanza á un lado,
Y siendo arrojado al mar,
El te aporto á mi regazo,
Lugar que te negó vivo
Y muerto te lo ha entregado!
«¡Oh griega mano! etc.»
Claramente, mar, descubres
Que me das a mi hijo en pago
De que acreciento tus aguas
Con la que te da mi llanto.
Aunque tu franqueza mengua
Del avariento rey Tracio,
Y abate tu compasion
Tiranía que te ha dado,
«¡Oh griega mano,
»Verdugo fiero del poder troyano!»

(*Romancero general.*)

482.

MUERTE DE LA REINA HÉCUBA.

(*Anónimo* [1].)

Triste estaba y muy pensosa
Aquella reina troyana
Viendo sus hijos perdidos
Y su ciudad asolada,
Y la linda Policena
En el templo degollada,
Sobre el sepulcro de Aquiles
Por Pirro sacrificada.
Con aquesta gran congoja,
Amortescida quedaba;
Mas despues qu'en sí tornó
D'esta manera hablaba:
—¿Dónde estáis vos, el buen Rey,
Con quien yo me consolaba?
¿Qu'es de mis grandes tesoros?
¡Ay mi ciudad abrasada!
¿Dónde estáis vos, fuerte Héctor?
¡Socorred á esta cuitada,
A esta triste madre vuestra
Que se ve desamparada!
Cierto, si fuérades vivo
No fuera yo maltratada:
En vengarse vuestra muerte
Yo voy algo consolada.
Vos moristeis á traicion,
Mas vivirá vuestra fama.
¡Oh! ¿dónde estás tú, Troylo?
Hijo mio, ¿dónde estabas?
A todos os veo muertos,
¡Triste! no sé dónde vaya;
Que si Deyfelo viviera
Troya no fuera asolada,
Que las mañas de Antenor,
Y de Enéas se acabaran,
Qu'estos dos con gran traicion
A los griegos la entregaran.
¡Oh Páris! que os veo muerto
Por no creer á Casandra,
Que si, triste, la creyeras
No fuera tan lastimada,
Que por esa reina Elena
Tanta gente es sepultada.
Pero ya con tantos males
Nadie ya no me quedaba
Para tomar mi consuelo
Sino la mi linda amada,
Esa linda Policena,
Flor d'hermosura acabada.
Sacrificarala Pirros,
Por su mano la matara,
¡Y delante los mis ojos
La veo yo degollada!
¡Plegue á los dioses, tú, Pirro,
Que muerte mueras muy mala,
Y nadie no te socorra
Para que me vea vengada!—
Con estas grandes pasiones
La Reina muerta quedara:
Con la linda Policena
Fuera luego sepultada.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Romance ciertamente artístico, pero que tiene todas las formas á propósito para haber sido muy popular. Parece obra de fines del siglo XV.

483.

ENEAS FUGITIVO.

(*Anónimo.*)

Rendidas ya las banderas,
Y sin hierros muchas lanzas,
Tinto el campo en sangre roja
Y sin dueños muchas armas,
La triste y rendida Troya
Con pocas fuerzas se hallaba,
Porque faltando la de Héctor
Fuerzas y esfuerzos le faltan,

«¡Ay bella Elena, cuya bella cara
»Fué cara para Troya
»Y de Héctor muerte amarga!»
Ya los valientes troyanos
Hacen las espaldas cara,
Porque de sus enemigos
Reconocen la ventaja
Los que con la vida pueden,
Por salvar la vida escapan,
Y aquellos que se detienen
No tienen d'ella esperanza.
«¡Ay bella Elena! etc.»
Entre los muchos que huyen,
Huyó aquel que de su fama
Publicó la reina Dido
Que fué robador de famas,
Que su viejo padre lleva
Por ser de edad muy anciana,
En los hombros de sus hechos,
Y al fin de padre se carga.
«¡Ay bella Elena! etc.»
— Caudillo de nuestras vidas,
Dicen las bellas troyanas
Al bello cuerpo difunto,
Como si vivo le hablaran,
¿Adónde irémos sin tí,
Pues que con faltarnos faltas
No solo para las honras
Mas tambien para las almas?—
«¡Ay bella Elena, cuya bella cara
»Fué cara para Troya
»Y de Héctor muerte amarga!»

(*Romancero general.*)

484.

ENEAS Y DIDO.

(*Anónimo.*)

Por la mar navega Enéas
Despues de Troya perdida;
Va buscando nuevas tierras
Adonde habitar podria.
Quiso Dios y su ventura
Que al mar africano iba,
Dond'está la gran ciudad
Que Cartago se decia,
Que fundó la reina Dido,
Hija del rey de Fenicia,
La cual ella gobernaba,
Y en gran justicia regia
La gente toda sin armas,
Por la gran paz que tenia.
Parecióle bien á Enéas
La costumbre en que vivia;
Subióse al templo de Juno,
Qu'entónces allí se hacia,
Mirando por todas partes
Por ver lo qu'en él veria.
Vido estar pintada Troya
Postrera vez destruida;
Vió pintado al rey Priamo
Y á Héctor cuando moria;
Vido á Aquiles en el templo
Y á Páris cuando l'heria;
Vió la gran Pantalisea,
Y á Pirro que la seguia:
Vido el hijo de la Aurora
Que rey Menon se decia;
Desque se viera á sí mismo
D'esta manera decia:
— ¡Troya, mi desventurada!
¡Troya, la desdicha mia,
Tu memoria y mi destierro
Me atormentan noche y dia!
¡Oh, quién nunca mas te viera
Despues que te vi perdida!
¿Qu'es de tí, reina troyana?
¿Has perdido ya la vida?
Segun el fin de tus males
¡Gran descanso te sería!—

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

485.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Contando está sobre-mesa
El piadoso troyano
A la viuda de Siqueo,
Fundadora de Cartago,
Cómo la famosa Troya
Era de cenizas campo
Por aquel caballo muerto,
De vivos griegos preñado.
«Y al triste caso, y cuento nunca oido
»Atenta por su mal estaba Dido.»
Contaba cómo sus reyes
A fuego y sangre entrambos
Murieron en un altar
Con un laurel por retablo,
Y que los hados crueles
Repiten á cada paso
Los agüeros de Casandra
Cumplidos y no esperados.
«Y al triste caso, etc.»
Contó que humo y centellas
De sus ojos les robaron
A su querida Creusa,
La madre de Julio Ascanio,
Y que en el seno escondidos
Sacó los Penates santos,
Y sobre sus fuertes hombros
A su padre de cien años.
«Y al triste caso, etc.»
Contó de su madre Vénus
Aquel divino milagro,
Por do vino á conocer
Que era de Cupido hermano:
Contó de sus rotas naves
Mil amigos anegados,
Al discreto Palinuro
Y al fiel Acates loando,
«Y al triste caso, etc.»
Sintió la infelice Reina
Que el ciego Amor entre tanto
Secretas flechas le tira
Al pecho seguro y casto.
Un dios le parece Enéas,
Y con efectos contrarios
Labraba humildes deseos,
Y no fuertes muros altos.
«Y al triste caso y cuento nunca oido
»Atenta por su mal estaba Dido.»

(*Romancero general.*)

486.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Cuando el piadoso Enéas
De la tormenta arrojado
Surgió con sus rotas naves
A los puertos de Cartago,
Transformado el ciego dios
En forma de Julio Ascanio,
Hirió de la bella Dido
El pecho amoroso y casto.
No le cabe el corazon
En los supremos palacios;

Grandes son los edificios;
Pero mayor su cuidado.
Los africanos entienden
En cazar corzos y gamos,
Miéntras que la triste Dido
Cazaba remedios bravos.
Sube á buscar á los montes
Remedio para su daño,
Sin mirar que va con ella
Quien siempre las va atizando.
El cielo le fué propicio,
Aunque despues muy contrario;
Turbó el cristalino cielo
Un muy escuro nublado,
El cual con furia violenta
De tal suerte ha descargado,
Que solo quedó con Dido
Ese capitan troyano.
Metiéronse en una cueva,
Morada de dioses Faunos,
Los cuales fuéron testigos
De los contentos de entrambos.

(*Romancero general.*)

487.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Por los bosques de Cartago
Salian á montería
La reina Dido y Enéas
Con muy gran caballería.
Un sobrino de la Reina,
Y Julio Ascanio los guian
Por la dehesa de Juno,
Donde mas caza salia.
Preguntando iba la Reina
A Ascanio, qué tal venia,
Y si se acuerda de Troya,
Si vió cómo se perdia.
Enéas tomó la mano,
Por el hijo respondia.
—Pues mandais vos, reina Dido,
Renovar la llaga mia,
Ya os conté cómo vi á Troya,
Que por mil partes ardia:
Ví las doncellas forzadas,
Muerta la caballería,
Y á Hécuba, reina troyana,
Nadie no la socorria.
Sus hijos ya sepultados,
Príamo no parecia,
A Casandra y Policena
Muertas cabe si tenia.
Elena quedaba viuda,
Mil veces la maldecia.—
Enéas, qu'esto contaba,
Vió un ciervo que parecia:
Echó la mano á su aljaba,
Una saeta le tira.
El golpe le dió en vano,
El ciervo muy bien corria.
Pártense los cazadores,
Síguelo el que mas podia;
La reina Dido y Enéas
Quedaron sin compañía;
Tomárala por la mano,
Con turbacion le decia:
—¡Oh Reina, cuán mejor fuera
En Troya perder la vida!
De Frigia los tristes campos
Fueran sepultura mia,
A Héctor, Troylo y Páris
Tuviéralos compañía.
¡Oh reina Pantasilea,
Flor de la caballería!
¡Mas envidia he de tu muerte,
Que deseo la vida mia!—
Estas palabras diciendo,
Muchas lágrimas vertia:
La Reina le dijo á Enéas:
—Esforzáos por cortesía,
Que los muertos sobre Troya,
Rescatar no se podian.
—No lloraba yo los muertos,
Lloro la desdicha mia,
Que m'escapé de los griegos,
Y á las tus manos moria;
Que tu muy grande hermosura
De amor me quita la vida.
—Falso es tu atrevimiento,
La Reina le respondia:
Enéas, vete á tus naves,
Salte d'esta tierra mia,
Que la fe que dí á Siqueo
Yo no la quebrantaria.—
Ellos en aquesto estando,
El cielo se revolvia:
Las nubes cubren el sol,
Gran escuridad hacia:
Los relámpos y truenos
En gran miedo los metia:
El granizo era tan grande
Que sin piedad llovia.
La Reina con gran pavor
Del palafren se caia.
Enéas bajó con ella,
Con el manto la cobria.
Mirando hácia todas partes,
Una cueva vió vacía;
Tomóla entre los sus brazos,
En la cueva la metia.
El aposento era estrecho,
Revolver no se podia.
Miéntras la Reina en sí torna,
Enéas se revolvia,
Apartóle paños de oro,
Los de lienzo le encogia:
Cuando ella en sí tornó
De amores se sintió herida.
—¡Oh traidor, hasme burlado!
¿Cómo tratas la honra mia?
Cumplida tu voluntad
Olvidarme has otro dia.
Si así lo has de hacer, Enéas,
Yo misma me mataria.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Notable y nuevo es el giro que da el poeta en este romance al episodio de Dido y Enéas que Virgilio creó para su Eneida. Todo él está contenido en los estrechos límites del romance; pero presentado bajo un nuevo aspecto, pues Enéas refiere en una caza los males de Troya, solicita á Dido siendo agresor en sus amores, y la sorprende y la goza sin consentimiento de ella. La composicion es popular aunque artística, y parece de la tercera ó cuarta década del siglo XVI, segun su estilo y lenguaje.

488.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Rompe el aire con suspiros
Llamándose desdichada,
La que se quedó en Cartago
Sola, triste y sin hermana.
Abriendo la roja arena,
Tentaba la sangre helada
De su hermana, que fué reina,
Por quien al cielo demanda
«Venganza.»
Con sus lágrimas sangrienta
El hermoso rostro esmalta,
Matizándole de fuera
Que parece nieve y grana.
Mueve los hermosos labios,

Sale de dentro del alma
La voz que penetra el cielo,
Pidiendo con justa causa,
«Venganza.»
Dice: —Pues que me faltó
Mi hermana y dulce compaña,
De hoy mas me será la vida
Enfadosa, triste y larga.
Y tú, cielo, pues que ves
Mi soledad y desgracia,
Hazme del orbe otra Elena
Antes que muera vengada,
«Venganza.»—

(*Romancero general.*)

489.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

La desesperada Dido
De pechos sobre una almena
Dice, viendo por el mar
Huir la flota de Enéas:
«¡Oh dura Troya, fementida Elena,
»Primeras ocasiones de mi pena!»
Si Páris fuera buen huésped,
Y fiel esposa la griega,
Troya gozara su imperio,
Y sus capitanes Grecia.
«¡Oh dura Troya, etc.!»
Ni las reliquias troyanas
Tocarán en mi ribera,
Ni el cruel hijo de Anquises
Se burlará de mi pena.
«¡Oh dura Troya, etc.!»
Paréceme que su nave
Es la que va mas lijera,
Y yo triste, con suspiros
Mas viento doy á sus velas.
«¡Oh dura Troya, etc.!»
¿De quién huyes, fementido?
¿A quién buscas, ó á quién dejas?
¡Tras lo incierto te aventuras,
Y lo que es cierto desprecias!
«¡Oh dura Troya, etc.!»
Mientras se quejaba Dido,
La flota tanto se aleja,
Que apénas entre las olas
Pudo discernir las velas.
«¡Oh dura Troya, etc.!»
Miraba una rica espada,
Que del fugitivo fuera,
Y tomándola en sus manos
Vuelve á repetir la pena.
«¡Oh dura Troya, etc.!»
¡Oh dulces, miéntras Dios quiso,
Cuanto agora amargas prendas,
Vos gozaréis de mi vida,
Pues del alma triunfa Enéas!
«¡Oh dura Troya, fementida Elena,
Primeras ocasiones de mi pena!»

(*Romancero general.*)

490.

TURNO VENCIDO POR ENÉAS.

(*Anónimo.*)

Luego que al furioso Turno
Le dejó el funesto agüero,
En vez del usado brio
Vestido de espanto y miedo,
La lanza de su enemigo
A las espaldas sintiendo,
Corre huyendo de Enéas,
Que es quien le sigue corriendo.
Forjaba en la fantasía
Mil acobardados miedos,
Cosa propia del que huye
Cuando hay poca tierra en medio.
Enéas á esta sazon,
Dándole fuerza á su esfuerzo,
La lanza le arroja airado
Por aire y armas hendiendo,
Rompió del famoso escudo
Los siete acerados cercos,
Y la falda de la cota
Metió por el muslo adentro.
Rindióse á la humana fuerza
El que no se rindió al cielo,
Y humilde por tierra puso
Esperanza y pensamiento.
Tendido sobre su sangre,
En ella y en polvo envuelto,
En su enemigo los ojos,
Humilde le está diciendo:
—Duélete de la vejez
De un viejo padre que tengo,
No de mí, que fui contrario
A tu fuerza y á tu intento.
El rey que los niños hacen
Dura lo que dura el juego,
Y siendo el juego acabado,
Todos le repelan luego.
Rey he sido de muchachos,
Y muchacho rey electo,
Y bien han sido mis cosas
Como de mozo indiscreto.
¡Perdona, troyano duque,
Y envíame vivo ó muerto,
Aunque muerto es ménos gloria,
Pues ya te han visto venciendo!—
Estuvo sobre sí Enéas,
Los fieros ojos torciendo,
Y el brazo en el aire alzado,
Ya ménos bravo, suspenso.
De la queja lastimosa
Se iba un poco enterneciendo,
Y la oreja la inclinaba
Al blando y humilde ruego,
Cuando en los contrarios hombros
Miró el oro reluciendo
De la banda tinta en sangre
Del amigo recien muerto.
Resucitó en él la furia
La memoria de aquel hecho,
Y la ya sangrienta espada
Le esconde dentro del pecho.

(*Romancero general.*)

491.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Tendido está el fuerte Turno
A los piés del pio Enéas;
Piedad pide con los ojos,
Que es infamia con la lengua.
—¡Oh valiente capitan,
Hoy la fortuna te premia;
Que el no sufrir desventura,
Esa es desventura cierta!
A tus piés tienes mi cuello,
Tan grande humildad te venza;
Que si me matas vencido,
Tu misma vitoria afrentas.
«Tu nombre infamas, tu crueldad pregonas,
»Pues te llaman piadioso, y no perdonas.»
Si al que huye no le siguen
Por ser ley de buena guerra,
El que huye de rendido,
Ménos razon es que muera.
Si la justicia perdona

Al reo que se presenta,
El pedirte yo piedad
Es meterme en tu cadena.
Mas se vengan del cautivo
Con vida que no sin ella;
Si vivo, tomas venganza,
Si me matas, no te vengas.
«Tu nombre infamas, etc.» —
Iba la breve oracion
Llena de elegancia hecha,
Moviendo al gran vencedor
A compasion y clemencia;
Cuando vido entre la gola
Una banda de oro y negra,
Que era de su amigo Pálas
A quien Turno muerto deja.
— Pálas te mata, le dice,
Mi amigo,Pálas se venga. —
Y asi Turno ya espirando
Repitió la voz postrera.
«Tu nombre infamas, tu crueldad pregonas,
»Pues te llaman piadoso, y no perdonas.»

(*Romancero general.*)

SECCION DE ROMANCES CONCERNIENTES A LA HISTORIA DEL ASIA Y DE LAS DOS GRECIAS.

492.

HISTORIA DE CIRO, REY DE PERSIA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En la provincia de Media
Otro tiempo un rey habia
Valeroso y esforzado
Que Astiáges se decia.
Una hija tuvo sola,
Que hijo varon no habia:
Mandane tuvo por nombre,
Que como á si la queria.
Un sueño soñó este rey,
En su lecho do dormia:
Que en la parte natural
De su hija, nacer via
Una vid con un sarmiento,
Que la Asia toda cubria.
Consultó los adivinos
Que en todo su reino habia;
Dijéronle que de su hija
Un nieto le naceria,
Que andando el tiempo adelante
Del reino le privaria.
El Rey, con esta respuesta,
Grande turbacion sentia;
No comia á su sabor,
Las noches no las dormia;
Miéntras mas pensaba en ello
La congoja mas crecia.
Tomó en fin este expediente,
Muy bueno á su fantasía,
De no casar á Mandane
Con varon de gran valía.
A la provincia de Persia
La hija á casar envia
Con Cambises, que en su patria
Mediano estado tenia,
Porque si hijo pariese
Muy poco presumiria,
Faltándole la nobleza,
Que del padre decendia.
Mas en vano se trabaja
La humana sabiduría
Cuando quiere repugnar
A lo que Dios quiere y guia.
Mas el Rey con todo aquello
Sosegarse no podia.
Supo que estaba preñada,
Y luego por ella envía,
Y dentro de su palacio
A recaudo la tenia,
Con pensamiento dañado,
Que en el su pecho encubria
De matar luego el infante,
O infanta que naceria.
Ya los dolores del parto
La triste hija sentia;
Un infante muy hermoso
Apénas parido habia,
Cuando el Rey mandó tomarlo,
Y luego á matarlo envia.
Dió cargo de ello á Harpagó,
De quien sin duda creia
Que todo lo que él mandase
En efecto lo pornia.
Harpagó tomó el infante
Como el Rey cruel queria,
Mas pensó como discreto
Lo que suceder podria,
Que era que en muriendo el Rey,
El reino su hija habria,
Y que si el niño matara
Demandado le sería,
Y en él haria el castigo
Que en su padre no podria.
Acordó de lo entregar
A un pastor que el Rey tenia,
Para que lo fuese á echar
En las selvas que él sabia.
El pastor tomó el infante
Y á las selvas con él iba;
Púsolo en tierra, y dejólo,
Y á su aldea se volvia.
Aconteció que á su mujer
Halló parida aquel dia
De un hijo muerto, y consigo
Por enterrar lo tenia.
Supo del nieto del Rey,
Y dónde quedado habia;
Rogóle que lo trajese,
Porque ella verlo queria.
Cuando el pastor llegó cerca
Del niño, donde yacia
Vido estar junto una perra
De pocos dias parida,
Que le daba de mamar
Y tambien lo defendia
De cualquier animal bruto
Que por comer le venía;
Y moviéndose á piedad,
Pues la perra se movia,
Tomó el infante consigo
Y á su mujer lo traia:
La perra con la querencia
Tras del niño se venia.
Ella lo tomó en sus brazos,
Y el niño se le reia,
Con que perdió de su hijo
Todo el dolor que tenia,
Y por quedarse con él

Con el marido porfia,
Que por ser de alto lugar
Ella se lo criaria.
El marido se excusaba
Y dejarlo no queria,
Diciéndole que Harpagó
A la selva enviaria
A ver si dejara el niño
Como mandado le habia;
Mas ella, con el deseo
Que del infante tenia,
Una astucia pensó luego
En que el pastor no caia.
Quitó los paños reales
Al niño que los traia,
Púsolos al suyo muerto,
Y ansi vestido lo envia;
Mas no se engañó el pastor
En la excusa que ponia,
Que luego envió Harpagó
Sus criados en cuadrilla
Por ver si cumplió el pastor
Lo que encargádole habia;
Los cuales vieron al niño
Envuelto como yacia;
Ellos no miraron mas
De aquello que parecia:
Satisfízose Harpagó,
Y el Rey seguro vivia.
Ansi que al niño real
El pastor por suyo cria;
Llamóle Ciro por nombre,
Que el ama ansi se decia.
Miéntras mas iba creciendo
Mas su bondad descubria.
Jugando con los muchachos
Que eran de su edad, un dia
Todos le hicieron rey,
Que nadie contradecia:
Ansi como rey mandaba
A todos los que queria.
Mandó azotar uno d'ellos
Porque no le obedecia;
Quejóse aqueste á su padre
Con lágrimas que vertia;
El padre desque tal supo,
Grande indignacion tenia;
Va con las quejas al Rey,
Y á grandes voces decia,
Que era grande atrevimiento,
Y razon no lo sufria,
Que los hijos de los siervos
Tomasen tal osadia.
Desnudó luego al mochacho
Que por la mano traia,
Para mostrar las espaldas
Cuán llagadas las tenia.
A Ciro con el pastor
El Rey á llamar envia;
Quiso saber dél la causa
Porque tal cosa hacia.
El mochacho á la pregunta
Respondió sin cobardia,
Con el rostro tan sereno,
Que turbacion no sentia,
Diciendo que los mochachos
Por rey alzado lo habian,
Y que aquel mochacho solo
Obedecer no queria,
Por lo cual habia mandado
Azotarlo como via,
Porque al rey todos tuviesen
Obediencia y cortesia;
Que él estaba aparejado
Si en aquello errado habia,
De sufrir cualquier castigo
Que por ello merecia.
Admiróse mucho el Rey
De tan constante osadia.
Puestos los ojos un rato
En él muy mucho tenia
Un retrato de su hija:
El rostro dél parecia.
Vínosele á la memoria
El sueño cuando dormia,
La respuesta de los magos
En su mente repetia;
El tiempo en que nació el nieto
Con la edad del conferia;
Quiso saber del pastor
De dónde habido lo habia;
Afirmó que era su hijo,
Mas el Rey no lo creia.
Dijo al pastor que dijese
De voluntad, sin porfia,
Lo que confesar por fuerza
Con tormentos le haria.
Luego confesó el pastor
Lo que en secreto tenia.
Conoció el Rey ser su nieto,
Y que á su pesar vivia;
Mas parecióle que el sueño
En aquesto se cumplia,
Que fué rey de los mochachos
El nieto de quien temia,
Y que de allí en adelante
Ya sin temor viviria.
Parecióle que bastaba
Quebrantarle la osadia
Con duras reprehensiones
Que en su presencia le hacia;
Mas á su amigo Harpagó
Grande odio le tenia
Porque el niño no matara,
Aunque mucho lo encubria,
Y en venganza de lo hecho
Matóle un hijo que habia,
Y desque mandó guisarlo,
Al padre á comer convida.
Dióle a comer á su hijo,
Que la maldad no sabia.
Preguntó el Rey á Harpagó
Si era buena la comida:
Respondióle que tan bien
No comió en toda su vida.
—Pues á tu hijo comiste,
Astiáges respondia,
Porque sepas á tu Rey
Obedecer sin falsia.—
Gran dolor fué el que Harpagó
En su ánima sentia,
De ver que á su mismo hijo
Sepultado en si tenia;
Mas calló, porque otra cosa
Hablar no le convenia.
A Persia como en destierro
A Ciro el abuelo envia,
Donde por nieto del Rey
El pueblo le conocia.
Criábase en ejercicio
Que á su sangre convenia;
Trataba armas y caballos,
Y cazas y monteria,
Hasta que creció en edad
Y fuerzas y valentia.
En este tiempo Harpagó
En gran tristeza vivia;
Tenia disimulado
Su dolor cuanto podia;
Cómo pudiese vengarse
En su pecho revolvia,
Mas esperando ocasion,
La venganza deferia.
Escribe á Ciro una carta
En que á recordarle envia
Cómo al tiempo que nació
El Rey matarlo queria;
Que tuviese en la memoria

Cómo él le diera la vida,
Y por habérsela dado
Su hijo perdido habia;
Que mirase que su abuelo
Desterrado lo tenia;
Que hiciese mucha gente
De armas y de infanteria,
Y viniese á se vengar
Del Rey, pues se lo debia;
Y que él con todos los medos
Luego se le pasaria.
Mas enviarle la carta
Libremente no podia,
Que el Rey en todos los pasos
Sus guardas puestas tenia,
Tal, que desde Media á Persia
Ninguno pasar podia
Sin que viesen claramente
Qué llevaba ó qué traia.
Acordó meter la carta
En una liebre vacia;
Diole á un siervo de los suyos,
El mas fiel que él sabia;
Echóle redes al hombro,
Que cazador parecia,
Porque yendo en aquel traje
El engaño encubriria.
Desque vió la carta Ciro,
Y leyó lo que venia,
Soñó que uno le mandaba,
La noche cuando dormia,
Que saliese solo al campo
Bien de mañana otro dia,
Y al primero que encontrase
Tomase en su compañia.
Salió como le mandaron
Por ver á quién hallaria;
Encontró con un esclavo
Que Sivaris se decia,
Captivo de un hombre medo,
Y que huyendo dél venia.
Como supo que era persa,
Recibió grande alegría;
Quitóle luego los hierros,
Que pesados los traia,
Y tomándolo consigo
A la ciudad se volvia.
Convocó los de su pueblo,
Los mas valientes que habia,
Y mandó que cada uno
Una hacha traería
Para talar una selva
Que estaba junto á la via.
Vienen todos los mancebos,
Cada cual hacha traia;
Comienzan a derrocar
Los arboles á porfia;
Acabaron muy cansados
Con la siesta que hacia.
Esto hecho, mandó Ciro,
Que tornasen otro dia;
Ellos vuelven obedientes,
Mas de comer les tenia
Muchos manjares y buenos,
Y la bebida muy fria.
Desque hobieron bien comido,
Cada cual cuanto queria,
Pregúntales que de dos
Cuál mejor les parecia,
El trabajo de la selva,
O el banquete de aquel dia.
Cada cual dijo por sí,
Que el banquete escogeria.
Pues sabed, les dijo Ciro
A toda la compañia,
Que si servís á los medos
Con temor y cobardia,
En semejantes trabajos
Viviréis toda la vida.
Todos fuéron muy alegres
De oir lo que les decia:
De morir en tal demanda
Cada cual le prometia.
Luego se parte de Persia
Con mucha caballeria:
Desque el Rey supo la guerra
Que su nieto le movia,
La defensa de su reino
A Harpagó le cometia,
Olvidado de la injuria
Que ántes hecho le habia.
Con mucha gente Harpagó
Al encuentro le salia;
Pero dióse luego á Ciro
Con la gente que traia.
Como Astiáges lo supo,
Mucha mas gente hacia;
El mismo sale con ella,
Que de otro no la fia.
Ordenó toda su gente
Segun que bien lo sabia:
A los que puso en batalla
Claramente les decia,
Que si los de la vanguardia
Huyesen con cobardia,
Como si enemigos fuesen
Los mataran á porfia.
Comienzan á pelear,
Mucha sangre se vertia;
Pero la gente de Ciro
Con temor se retraia,
Y no pudiendo sufrir
Ya, las espaldas volvia.
Sus madres y sus mujeres
Al encuentro les salian
Rogando que á pelear
Tornasen con osadia;
Mas tornar á la batalla
Ninguno de ellos queria.
Ellas alzando las faldas,
Las vergüenzas descubrian:
Pregúntanles si en los vientres
Otra vez entrar querian.
La gente con la vergüenza
A la batalla volvia:
Hizo huir á los medos
Que en el alcance venian.
Fué preso el rey Astiáges
Y muerta su compañia,
El cual Ciro vencedor
Otra cosa no le tira;
Mas del reino ansí en los medos
Feneció la monarquía,
Que otro tiempo en los asirios
Con gran gloria florecia:
Pasóla Ciro á los persas
Con esfuerzo y valentia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

493.

CONTINENCIA DE CIRO CON PANTEA, ESPOSA DE ABRADATES.

(*De Juan de la Cueva.*)

Puesto en el sangriento campo
El victorioso rey Ciro,
Mirando el cruel estrago
Que habia hecho en los asirios,
Cuya victoria via clara,
Y deshecho el enemigo,
Roto el campo y á sus persas
Gozosos del buen destino,
Recogiendo los despojos
Del enemigo vencido,
Estando ocupado en esto,
Llegaron con gran ruido
Una escuadra de soldados

Aun con las armas vestidos,
La sangre reciente en ellas,
Y ellos en ella teñidos,
Y le dicen, que una reina
Han en el robo cogido,
La cual llamaban Pantea,
Reina en Susa y su distrito,
Que era la mas bella hembra
Que ojos mortales han visto;
Que se la traian por gaje
Señalada á su servicio,
Porque solo á él juzgaban
De aquel alto premio dino.
Ciro les aceté el don,
Y alegre lo ha recibido.
Sin querer ver la cautiva,
Su guarda le ha cometido
A un medo llamado Araspa
Del Rey muy favorecido,
El cual, viendo la belleza
De la Reina, al Rey ha dicho:
—Gran Señor, ¿por qué cometes
La presa, que te han traido,
A mí, sin verla primero,
Habiéndola conocido
Para satisfaccion tuya,
Y para descargo mio,
Y para que veas, en verla,
Mas belleza que has visto,
Y mas que puede decirse,
De las que en Asia han nascido,
Cuya hermosura inmensa
Admira cualquier sentido?
Regala el alma y los ojos,
Deja á quien la ve cativo,
Que yo, y todos los que estamos,
Que han ido á verla conmigo,
Afirman la opinion mia,
Y tú, si fueres servido
De venir conmigo á verla,
Viéndola, dirás lo mismo.
Ciro, que al medo está oyendo,
D'este modo ha respondido:
—Por esa mesma razon
No vendré en lo que has pedido;
Que por donde mas me obligas,
A huir mas soy compelido;
Que estando, cual ves, ocioso,
Siendo á tu dicho movido,
Y á las altas alabanzas
Con que me has persuadido
A que vea esa cativa,
Cuya beldad has subido
A tanto extremo, que entiendo,
Que si fuese conmovido
A verla, seria ocasion
Que pusiese en largo olvido
Los negocios de mi Estado,
De mi dignidad y oficio,
Y que el verla me forzase
A visitarla contino;
Y habiendo tanta belleza
Cuanta me has encarecido,
¿Qué resistirá el deseo,
Puesta el alma en tal peligro,
Si doy licencia á los ojos
Para privar el juicio,
Y que ellos mi libertad
Liguen, y me dén rendido
A la fuerza que amor hace,
Que el ver es d'ella principio,
Y de alegre y vitoriosa
Sea d'el siervo y cativo?
Mira tú, Araspa, si es justo
Ser á este extremo traido,
Y si es mejor no mirar,
Que por mirar ser perdido;
Por lo cual tenla tú en guardia,
Regalada en nombre mio.
Mira por su honestidad,
Sírvela como á mí mismo;
Que le hará mas al caso,
Que el visitarla el rey Ciro.

(CUEVA. *Coro Febeo, etc.*)

494.

ARASPA, CAPITAN DE CIRO, INTENTA FORZAR Á PANTEA, Á QUIEN EL REY PUSO BAJO SU AMPARO Y GUARDA.

(De Juan de la Cueva.)

Forzado del ciego amor
Y de su deseo incitado,
El medo Araspa se ardia,
Sin ver remedio en su estado,
Abrasándose en el fuego,
Que le enciende su cuidado
Por la hermosa Pantea,
Que Ciro en guarda le ha dado,
Cuya beldad le ha movido,
Y aun de la razon privado;
Que traspasando la ley,
Que á guardar es obligado,
Dió lugar á la crueza
De amor, y d'ella forzado,
Viendo qu'el fuego secreto
No lo deja reposado,
Y que toma mayor fuerza,
Cuanto mas está guardado,
Así con abiertas muestras,
No con miedo recatado,
Sin mirar á su lealtad,
Ni á lo qu'el Rey le ha mandado,
Mas con suelta libertad,
A la Reina le ha rogado,
Que remedie su tormento,
D'ella y su beldad causado,
Y que le da su palabra
Que libre la dé á su Estado.
La reina Pantea, aunque presa,
No por eso le ha otorgado
Su demanda, ántes con ira
Fué de nuevo desdeñado;
Lo cual encendió en fiereza
Al medo, en fuego abrasado,
Y lo alteró de tal suerte,
Que así la dice enojado:
—Pantea, si no te obliga
Mi razon ni mi cuidado,
Ni mis ardientes suspiros
Mueven tu pecho obstinado,
Ni mis continuos servicios
Te han á mi ruego inclinado,
Ni verte en mi cativerio
Te ablanda, ni te ha obligado,
La fuerza hará que seas
Tú rendida, y yo pagado,
Cumplida mi voluntad,
Y tu don menospreciado.
Pondréte en dura prision
Donde del sol no veas rayo;
Cargaréte de prisiones,
Que no muevas pié ni mano;
Cortaréte, por mas mengua,
Ese cabello dorado,
Que ha puesto mi libertad
Y mi vida en tal estado:
Quebrarte he esas luces bellas
De cuya luz so abrasado;
Dejaré el divino rostro
De su beldad despojado,
Con vergonzosas heridas,
Que quede desemejado:
Tendréte desnuda en carnes
Y de mi será otorgado
A cuantos quisieren verte
Desnuda así, sin ornato,

Si no me das hoy respuesta,
Y otorgas lo que demando.—
La honesta Pantea responde,
Con semblante sosegado:
—Ni muerte, prision, ni fuerza
Me pueden poner espanto,
Que la virtud que me mueve
Me da esfuerzo en este caso;
Y aunque tu violencia haga
La fuerza que ha protestado,
Bien podrá rendir el cuerpo;
Pero no rendirá el ánimo.
Y dejando estas razones,
Que son de hombre apasionado,
Pudieras, amigo Araspa,
Ya que estás tan lastimado,
Obligarme á tu demanda,
Y no por fuerza de brazo;
Que no conmueve mi pecho,
Ni le altera el verte airado.
Los regalos y mercedes
Que me has hecho en mi trabajo,
Son los que me hacen fuerza
A que remedie tu daño,
Y deje la ingratitud
Con que siempre te he tratado,
Y empiece a galardonarte
Cual se debe á tu cuidado,
Para lo cual te suplico
Me dés este dia de plazo.—
Con esto se apartó el medo
Algun tanto sosegado,
Creyendo que la respuesta
Era cual habia escuchado.
Pantea á temor movida
Qu'el bárbaro enamorado,
No se dispusiese al hecho
De su ciego amor forzado,
Determina por remedio
En tan peligroso estado
Escribírselo al rey Ciro,
Al cual dice sobre el caso:
«Gran señor, en el destrozo
»De nuestro asiriano campo,
»Yo, Pantea, fui cativa
»De tus persianos soldados;
»Y traida á tu presencia.
»Tú, valor alto mostrando,
»A un medo me diste en guarda,
»El cual Araspa es llamado,
»Encargándole mi honra,
»Y en mi servicio el cuidado.
»Este, ciego de deseo,
»Conmovido y alterado,
»Vencido de su locura,
»Con amor desenfrenado
»Ha intentado hacer fuerza
»A mi querer, y obstinado
»En este nefario intento
»Hoy de término me ha dado.
»Suplico á tu Majestad,
»Que sea de ti estorbado
»Que se ofenda mi pureza,
»Y se quebrante tu mando.
»Y si se me da licencia,
»Y de ti me es otorgado,
»Llamaré al Rey mi marido,
»Que venga á ser tu vasallo,
»Y á servirte en esta guerra,
»Cual uno de tus soldados,
»Donde pague alguna parte
»De lo mucho que es en cargo.»
La carta fué dada á Ciro,
Y leyéndola ha quedado
Lleno de espanto, y de ira
Congojoso y alterado,
De que Araspa tal hiciese,
Siendo d'él tan estimado;
Y así mandó que al momento
De allí fuese desterrado,
Concediéndole á Pantea
Cuanto le fué demandado
Por su carta, y dió licencia,
Que entrar pudiese en su campo
Abradata su marido,
Que en su nombre fué llamado.

(Cueva, *Coro Febeo, etc.*)

495.

MUERE ABRADATA, ESPOSO DE PANTEA, EN DEFENSA DE CIRO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Su ejército mueve Ciro
Contra el poderoso Creso,
Protestando de arruinarlo
Si el hado no le es adverso,
Y traerlo a sujecion
Destruyéndole su imperio,
Cual á los fuertes asirios.
Y á los egipcios ha hecho;
Para lo cual se adereza,
En este intento resuelto:
Manda que marche la gente,
Y él tambien en órden puesto,
Animando á sus soldados,
Capitanes y prefectos,
Prometiéndoles á todos
Gran gloria, y doblado sueldo
Al que en aquesta jornada
Mostrare mayor esfuerzo.
Yendo su via derecha
A dar principio al suceso,
Pantea, reina de Siria,
Mujer de Abradata, viendo
Ir su marido á la guerra,
Y á entregarse á Marte fiero,
No olvidando las mercedes
Que Ciro siempre le ha hecho,
Rompiendo por entre todos,
En el escuadron se ha puesto,
Y al marido en alta voz
Así le exhortó diciendo:
—Abradata, señor mio,
A quien vida y alma entrego,
Quiero con pocas razones
Decirte el fin á que vengo,
Y es que tú vas á la guerra,
Que Ciro hace al rey Creso;
Vas en servicio de Ciro
En cuyo servicio y reino
Pido que dés clara muestra
De tu virtud y tu esfuerzo,
Y que no vuelvas á verme
Sino vitorioso ó muerto;
Que mas te quiero sin vida,
Que de honroso nombre ajeno.—
Esto dicho, marcha el campo,
Y el un campo al otro viendo
Ordenan sus escuadrones,
Tiros y armas proveyendo.
Dan principio al cruel combate,
La ronca señal oyendo:
Por todas partes se hieren
Con fiera saña y sin miedo.
Los persianos recogidos
A los de Lidia ofendiendo,
Agora con fieros tiros,
Hora con golpes horrendos,
Por una banda y por otra,
Apretando y oprimiendo
Al ejército de Lidia,
Que ya iba enflaqueciendo;
Al cual, puesto casi al fin,
Abradata arremetiendo
Con sus carros, por un lado,
Fiero estrago en Lidia haciendo,

Cercado por todas partes,
Hiriendo á diestro y siniestro,
Abradata, no vencido,
Mas vencedor, cayó muerto,
Siendo ya deshecho el campo,
Y en poder de Ciro, Creso.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

496.

PANTEA, VIENDO MUERTO Á SU ESPOSO ABRADATA, SE SUICIDA EN PRESENCIA DE CIRO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Llorando estaba Pantea
A Abradata su marido,
Que fué muerto en la batalla:
Muerto, pero no vencido;
La cual le sacó del campo
De entre los muertos y heridos,
Y sobre sus flacos hombros
Lo puso en el campo amigo,
Con no pequeño trabajo,
Ni fuera de gran peligro,
Para darle sepultura
Por último beneficio.
Mirándole está las llagas,
Que dan de su esfuerzo indicio,
Y lavando con sus ojos
La sangre en que está teñido,
Juntaba el purpúreo rostro
Al muerto y descolorido,
Dando su amoroso aliento
Al que estaba sin sentido,
Aguardando que respire
El espíritu rendido.
Llamándole por su nombre,
Con dulce voz y alto grito,
Esparcia sus cabellos
Sobre el cuerpo muerto y frio.
Querellándose del cielo,
De la tierra y del destino,
Volvia á pegar el rostro
Teniendo el del muerto asido,
Haciendo tantos extremos,
Dando tan recios suspiros,
Que en ellos rindiera el alma
Si en esto no entrara Ciro,
Y viéndola d'esta suerte,
Y muerto su caro amigo,
Enternecido y llorando,
Teniendo su mano, dijo:
—¡Oh buen amigo Abradata!
¡Oh Abradata, amigo mio!
¿Cómo te vas y me dejas
Sin ti, puesto en tal peligro?
¡Oh mi fiel compañero!
¿Cómo así te veo perdido,
Sin poder darte remedio,
Ni el premio á tu esfuerzo dino?
Lo cual haré yo en tu muerte,
Pues en tu vida no ha sido.—
Con esto soltó la mano
De Abradata el persa Ciro,
Dando á Pantea muchos dones
Con que honre á su marido:
La cual con nuevos clamores
Del Rey los ha recebido,
Y puesta ante él de rodillas
Dice: —¡Oh Rey! solo te pido,
Ya que la muerte invidiosa
Robarme mi gloria quiso,
Despojando de mi alma
El alma con que ha vivido,
Que nos honres en la muerte,
Pues que no pudiste, vivos.—
Esto diciendo, furiosa
Con un agudo cuchillo
Hirió el pecho, y salió el alma
Roto de ella el vital hilo,
Cayendo muerta Pantea
Sobre los brazos de Ciro.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

497.

MUERTE FATAL DE ÁTIS, HIJO DE CRESO, SOBRE CUYO CADÁVER SE INMOLA SU MATADOR INVOLUNTARIO ADRASTRO, PRÍNCIPE DE FRIGIA.

(*De Juan de la Cueva.*)

Afligido está el rey Creso,
Lleno de ansiosos cuidados
Que no le dejan un punto,
Ni le conceden descanso.
Teme la ira del cielo
En un sueño que ha soñado
Y conoce que los dioses
Con él le han amenazado.
Y fué que á su hijo Átis,
Qu'era su vida y regalo,
Soñó que le daban muerte
Con hierro, y d'esto espantado,
Buscaba cómo pudiese
Contrastar la órden del hado,
Creyendo que industria humana
Pueda con los altos astros.
Y así luego que del sueño
Quedó en pavoroso espanto,
Del ejercicio de Marte
A quien el hijo era dado,
Lo apartó, y por mas seguro
Trató luego de casallo;
Que los terrestres juicios
No se levantan mas altos.
Mandó así quitar al punto
De las salas de palacio,
De todos los corredores,
De los zaguanes y patios
Las lanzas que habia colgadas,
Las partesanas y dardos,
Por que no cayese alguna
Que pudiese hacerle daño.
Hecha aquesta prevencion,
Y otras por asegurallo,
Llegó el tiempo en que Himeneo
A las bodas invocado
Vino al casamiento de Átis
Vestido de cendal blanco,
De flores y mayorama
El nupcial dios coronado,
Con una antorcha en la diestra,
Y un flaméo en la otra mano,
Que un velo amarillo era
Con que ataba los casados,
Los veloces piés compuestos
Con zuecos azafranados.
Estando en su ministerio
El dios amoroso y blando,
En fiestas y regocijos
El reino todo ocupado;
A la presencia de Creso
Llegó un hombre dicho Adrastro,
Natural de Frigia, y puesto
Ante el Rey dijo llorando:
—Creso, á quien es concedido
Del alto Jove descanso,
Con piadoso sentimiento
Oye mi infelice caso,
Así los hados conserven
En felice paz tu Estado,
Y veas á toda Asia
Puesto el yugo por tu mano,
Sin que en cosa, cual conmigo,
El cielo te sea escaso

Pues vengo de Frigia á Lidia
De su inclemencia forzado,
Y de la ira de Gordio
Mi padre, que cual contrario
Del patrio muro me lanza,
Y en destierro infame y largo,
Con tanta necesidad
Que te moverá á quebranto,
Porque sin querer hacerlo,
Con este maldito brazo
Di á un hermano mio la muerte,
Sin saber que era mi hermano.
¡Que pluguiera al alto Jove,
Que con un ardiente rayo
Me arrojara al hondo infierno
Antes que hacer tal daño;
Que ménos daño me fuera
Qu'el que me está amenazando!—
Pasara con su razon,
A no acortársela el llanto;
Y así el rey Creso movido
Á lástima de su estado,
Le dijo: —Pierde el temor,
Deja la congoja, Adrastro,
Que á casa de amigo vienes
Donde serás hospedado
Como amigo y deudo nuestro,
No cual te entiendes, extraño;
Qu'eres de linaje amigo,
Y así á casa eres llegado
De amigos tuyos, do vivas
Como en Frigia en tu regalo.
Con esta piedad de Creso,
Adrastro fué consolado,
Quedándose en su real casa
Do alegre vivia en descanso.
Sucedió qu'en este tiempo
En el monte Olimpo alto
De Misia se apareció
Un jabalí horrible y bravo
De grandeza nunca vista,
Que hacia mortal daño
Á toda aquella comarca,
En las gentes y sembrados;
Y no siendo poderosos
Para matallo, acordaron
De demandar al rey Creso
Su favor para matallo.
Así, fuéron mensajeros
Al lidio rey enviados,
Pidiéndole que enviase
Su hijo y gente á librallos.
Siendo del rey Creso oido
De los de Misia el recaudo,
Respondió qu'él daria gente,
Y todo lo necesario
Para conseguir la empresa,
Excepto el ser enviado
Su hijo Átis á ello,
Porque lo impedia el hado.
Estando hablando en esto
Átis llegó, así hablando.
—No sé, padre, por qué causa
Me quieres hacer agravio,
En quitarme injustamente
De lo que pide mi ánimo:
Siendo dura y grave cosa
De su natural sacallo,
Porque la naturaleza
Es tan fuerte, y puede tanto,
Que no hay cosa que la mude,
Sin que sea su sér mudado.
Tú me privaste del uso
De la guerra en que descanso;
Tú me quitas de la caza
A que los reyes son dados,
Y debe de ser sin duda
Porque me sientes tan flaco
De corazon, que así suples
Lo que d'él conoces falto.—
Creso que lo estaba oyendo
Le responde: —¡Oh hijo amado!
No es esto tener yo duda
De tu esfuerzo y valor alto,
Ni codiciar tu deshonra,
Ni querer hacerte agravio,
Cual dices, pues no me mueve
A hacer aquesto que hago
Otra cosa ni otro intento,
Sino el quererte yo tanto,
Y el temor de un sueño horrible
Que de mí jamas aparto,
Que de tu inmatura muerte
Es miserable presagio:
Porque yo estando al sabroso
Sueño, en quietud reposando,
Soñé que habias de morir
A hierro, y d'esto espantado
Te aparté de los peligros
Que pudieran serte daño,
Y por tenerte seguro
Te casé cual te he casado.—
Atis, que oyendo está al padre,
Replicó: —No has acertado,
Alto Rey, ni el sueño entiende
El que te lo ha declarado:
Porque si el sueño dijera,
Que dispone el crudo hado
Que habia de ser con diente
Mi muerte, era acuerdo sabio;
Mas ves que en aquesta caza,
Ni hay peligro ni hay contrario,
Y el principal enemigo
Ni tiene hierro ni manos:
Claro es que sin miedo puedes,
Sin que consultes oráculo,
Darme licencia que vaya
Desechado el temor vano.—
Pareciéndole al rey Creso
Ser razon lo demandado,
Otorgó el ruego del hijo
Encargándosele á Adrastro
Que le mirase por él,
Sin que lo perdiese el lado,
Poniéndole por delante
La amistad, que le era en cargo,
Pues lo recibió en su casa
Cuando vino desterrado.
Adrastro se encargó d'el,
Cual del Rey le fué mandado,
Y así se partieron todos,
Y al monte Olimpo llegados,
Comenzándose la caza
Rodeando el monte y llano,
Dieron con el jabalí
Arrimado á un grueso árbol,
Que viéndolos, furioso
Salió á ellos denodado,
El cerdoso cerro enhiesto,
Perros y armas despreciando;
Y aunque cercado de todos,
Arremete á todos bravo,
A cuál atropella, y cuál
Ensangrienta en él su dardo:
Tíranle unos, tíranle otros,
Y él contra todos parado,
Resistiendo la violencia
Con semblante y brio gallardo.
A este punto lleno de ira
Llegó por un lado Adrastro
Contra el jabalí, blandiendo
Con saña un grueso venablo.
Tiró y fué incierto el tiro
En la fiera, y con él dando
Por los pechos al rey Átis,
Dió con él muerto en el campo,
Cumpliendo el sueño qu'el padre
Soñó y siempre temió tanto,

Sin poder su real poder
Librando el hijo estorballo.
Desque al jóven vieron muerto,
Del jabalí se apartaron,
Y en torno se ponen d'él
Ardientes suspiros dando.
El matador lleno de ansias
Al muerto tomó en sus brazos
Despedazándose el rostro,
Llamando al cielo inhumano,
Porque en vida lo dejaba
Viendo la qu'él ha quitado.
Rogaba á sus compañeros
Que d'ellos sea castigado
El que les mató su Rey,
Haciéndole allí pedazos.
Ninguno le respondia
Impedidos con el llanto;
Mas acordaron que luego
Fuese á su padre llevado.
Así al triste Átis pusieron
Encima de su caballo,
Y siguiendo su camino
Al rey Creso lo llevaron,
Al cual ya la presta fama
Contado habia el duro caso,
Y estaba aguardando al hijo
Muerto cual d'él fué soñado,
No cual lo vido ir á caza,
Mas cual lo traen traspasado
Del mayor amigo suyo,
Y de quien le era en mas cargo:
Y así quejándose al cielo,
A Jove de aquel agravio,
Que a su hijo le matase
Su huésped á quien dió amparo,
Rasgábase los vestidos,
Injusto llamando al hado.
Estando en esto el rey Creso,
Con el muerto hijo entraron,
Y en viéndolo en su presencia
Los ojos puso en Adrastro,
Sin poder hablar palabra
De dolor un breve espacio:
Mirando él al matador,
Y el matador á él mirando,
Que puesto ante él de rodillas
Levantó al cielo las manos
Diciendo: —Rey poderoso,
Yo soy quien hizo este daño;
Yo soy quien mató á tu hijo,
Y á quien tú lo diste á cargo;
Y pues yo só el homicida,
No aguardes, ni estés dudando;
Manda que me dén la muerte
Sobre el que mató mi brazo,
Pues di muerte ahora a mi Rey,
Y mate ántes mi hermano,
Cuya muerte aunque fué horrible,
No fué insulto tan infando,
Como á quien fué mi remedio
Darle tan injusto pago:
Por lo cual, Rey, te suplico,
Que un hombre tan desdichado
Que á su buen señor dio muerte
No viva entre los humanos.—
Compadecido el rey Creso
De Adrastro y su tierno llanto,
Le dijo: —Huésped, yo quedo
Satisfecho, y en ti hallo
Razones para absolverte
Aunque te haces culpado
Condenándote á tí mismo,
De lo cual te hago salvo.—
Esto diciendo hizo luego
Qu'el muerto fuese llevado
Para darle sepultura,
Y llevándolo fué Adrastro
Siempre junto al cuerpo muerto,
Y siendo al templo llegado,
Delante de todo el pueblo
A quien llamó, así ha hablado.
—Aunque los hombres me absuelven,
Y perdonan mi pecado,
Yo no quiero perdonarme;
Mas cual debo castigallo,
Ejecutando en mi mismo
Con el homicida brazo
La muerte que di al amigo;
Y así os ruego, ciudadanos,
Que condolidos de mí,
Hagais las obsequias de ambos.—
Alzó el brazo furioso
Y el fiel pecho atravesando,
Sobre el muerto cuerpo de Átis
Cayó sin alma el de Adrastro.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

498.

ARTEMISA.

(*Anónimo.*)

Aquella reina de lidios,
Artemisa muy nombrada,
Mujer de Mausolo, rey,
En sus hechos afamada,
Queria mucho á su marido,
Tambien d'él era acatada.
Decia que la mujer
Para ser muy bien casada
Que habia de obedecer,
Y obedeciendo callada;
Que manda la que obedece
Dentro y fuera su posada.
Muerto que la fué el marido,
Esta reina, muy osada,
Al marido hizo quemar
Como cosa acostumbrada,
Y poco á poco bebió
La ceniza en agua echada,
Diciendo que no podia
A persona tan amada
Dalle mejor sepultura,
Ni mas linda y estimada,
Que su mismo cuerpo vivo,
Por vivir mas lastimada.

(*Cancionero*, *Flor de enamorados.*)

499.

AL MISMO ASUNTO

(*Anónimo.*)

Sobre el cuerpo ya difunto
Del esposo que adoraba,
Del rey de Arabia la viuda
Sangre y lágrimas derrama:
Rompe sus tiernas mejillas,
Las manos tuerce y maltrata,
Y los dorados cabellos
Sin piedad mesa y arranca.
Despide voces sin tiento,
Que como leona brava,
Dalle vida y ser con ellas:
En vano piensa y trabaja.
Casi muerta al muerto llora,
Y si del todo no acaba,
Es solo porque le queda
Un dolor vivo en el alma.
Llora su pérdida y daño,
Y la gloria ya pasada
En la memoria presente,
Para hacer mayor la falta.
Fija en el cuerpo los ojos,
Y el alma al cielo levanta

Porque acá cuerpo con cuerpo,
Y allá estén alma con alma,
Los miembros yertos y frios,
Abrasa en ardientes llamas,
Dando en esto clara muestra
Que ella en las de amor se abrasa.
En aguas muy olorosas
Con las que vierte y derrama
De sus cristalinos ojos,
Mezcla las reliquias caras.
Y ántes que con llanto triste
Las sepulte en sus entrañas,
Con voz flaca y decaida
Como pudo, así le habla.
—Viviréis siquiera en mí,
Y pues la fortuna avara
De vida y alma os privó,
Gozaréis mi vida y alma.
Serviréis, tiernas cenizas,
Para conservar las brasas
De mis fogosas pasiones,
Porque duren, crezcan y ardan.
Tampoco funeral pompa,
Vuestra muerte y mis desgracias
Perderán por enterraros,
Dulce esposo, en mis entrañas;
Que del corazon las telas
Serán las tristes mortajas;
Tumba el levantado pecho
Que mis suspiros levanta;
Campanas mis alaridos,
Voces que del cielo pasan,
Que el acero de mi fe
Las hace sonar tan altas.
Por pobres, en vuestro entierro,
Mis merecimientos se hallan,
No como suelen vestidos,
Mas desnudos de esperanzas.
El pésame es de vivir,
Que es vivir seros ingrata;
Cabo de año el de los mios,
Que acabado vos, se acaban.
Y pues solo queda en mí
La memoria viva y sana,
Dejais alma en mi memoria
Y vuestra memoria en mi alma.—

(*Romancero general.*)

500.

HECHO DE JÉRJES CON UN PILOTO QUE LE SALVÓ DE UN NAUFRAGIO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Desbaratado el rey Jérjes,
Y vencido en Salamina,
Dejando á Mardonio en Grecia,
Trecientos mil hombres guia
Al Helesponto, á pasarse
En Asia, pues no tenia
En su miserable aprieto
Otro reparo su vida.
Yendo el miserable Rey
A guarecer su desdicha,
Hallando quebrado el puente,
Que le impidió hacer tal via,
Le fué forzado meterse
En una nao de Fenicia
Para pasar á su tierra,
Y con él la compañía
De los mas nobles de Persia,
Que tras sus pasos seguian.
Yendo en su viaje el Rey,
No libre de sus fatigas,
Viendo la perdida gente
Que deja, y viendo cuál iba
Corrido y avergonzado
De su infelice caida
El hado, qu'en daño suyo
Todo su poder conspira,
No contento qu'en la tierra
Fuese su fuerza rompida,
Quiso que en el fiero mar
Probase tambien su ira;
Y así conmovió el tridente
El dios qu'en el mar se anida.
Comenzó á bramar el viento,
A faltar la luz del dia;
Las negras y espesas nubes
Lanzan agua, echan pedrisca;
Carga el viento, rompe velas,
Los árboles se lastiman;
Pierde la nao su gobierno
Sin poder hacer su via;
Cresce, en la cruel tormenta,
En los de la nao la grita,
La confusa turbacion,
Los votos, las rogativas,
El no entenderse una cosa
Aunque mil veces la digan,
El estorbarse unos á otros
Con el miedo y la fatiga.
Cuál apareja la tabla,
Para echarse al mar encima;
Cuál la caja tiene puesta,
Y cuál el madero alista.
El piloto viendo el tiempo,
Que su furia no mitiga,
Fué donde estaba el rey Jérjes
Y ant'el puesto así le avisa.
—Gran Rey, ya ves la fortuna,
Que nos sigue en nuestra ida;
Ya ves el paso en que estamos
Que á la muerte nos convida;
Ya ves que no hay aparejo,
Ni hay vela sin ser rompida:
El timon caido al mar,
Y la nao, que no camina,
Y la tormenta que arrecia
Mas, cuanto mas falta el dia.
Conviene pues, gran señor,
Si quieres salvar la vida
Alijar de tanta gente
La nao, porque así podria
Salvarse, y no de otra suerte,
Porque al mar la veo rendida.—
Jérjes, oyendo al piloto
El ánima le lastima
Entender que su peligro
Demanda tal medicina;
Y viéndolo tan notorio,
Pues ya el mar tenian encima,
Puesto en medio de los suyos
Dijo: —¡Oh noble compañía,
Que con tan firme constancia
Me seguis en mis desdichas!
Haya agora entre vosotros
Señal del amor y estima
Que me habeis siempre tenido,
Y dad órden que redima
La vida este vuestro Rey
A quien la fortuna esquiva
Sigue, pues en vuestra mano
Consiste su muerte ó vida.—
Como de los caballeros
La voz de Jérjes fué oida,
Haciendo su acatamiento
A su Rey, en despedida,
Se arrojan á la mar todos,
Procurando en su caida
No ser ninguno el postrero,
Y así la nave se alija
De la nobleza de Persia,
Que andar sobre el mar se via.
Descargada así la nave,
La tormenta se mitiga:
Arribó en Asia, á do Jérjes,

Luego que á su tierra arriba
Le mandó dar al piloto
Por premio de su fatiga
Una corona de oro
De mucho precio y estima,
Y díjole : —Esta corona
Hago de tu frente digna,
Y quiero qu'ella te adorne : —
Y poniéndosela encima,
Le volvió á decir : —Agora,
Que te di lo que debia
A tu sano y buen consejo
Para conseguir mi via,
Me pagará tu cabeza
Tantas cuantas vi perdidas
Por tu causa, en no avisarme
Que con tanta compañía
No me embarcara, y pues esto
Fué culpa tuya y no mia,
A ti hago cargo de ellos,
Y tú fuiste el homicida
De tan buenos caballeros
Cuantos perdieron las vidas
Por ti, y así esta venganza
A su lealtad es debida.—
Esto diciendo el rey Jérjes
A uno de los suyos mira
Diciéndole que le corte
La cabeza, el cual con ira
En la presencia del Rey
De los hombros se la quita.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

501.

CONSEJOS QUE FILIPO, MORIBUNDO, DA Á SU HIJO ALEJANDRO DE MACEDONIA.

(*Anónimo.*)

El macedonio Filipo,
Despues de haber gobernado
Con mil insignes victorias
La gradeza de sus campos;
Despues de haber mantenido
Discurso de muchos años
En gran justicia á los suyos
Pacífico, quieto y manso,
Viendo á los ojos la muerte
Y conociendo que al cabo
No hay rey que se le resista
A la fuerza de sus brazos,
Hizo llamar á su hijo,
Al invencible Alejandro,
Y con la voz baja y ronca
Asiéndole de la mano,
—Estadme atento, le dijo,
Sucesor de mis estados,
Así en paz de todos ellos
Os dén el gobierno caro.
Por mi hijo sucedeis
En todos mis mayorazgos;
Gobernaldos como vuestros,
Y como mios trataldos;
No les deis nuevos tributos;
Advertid que estan muy flacos,
Que de vuestros enemigos
Con ellos podréis cobrallos.
Sustentad en paz los vuestros
Y con guerra los contrarios,
Y os adoraran los vuestros
Y los otros temblarán os.
Sed con los graves severo,
Y con los humildes manso;
No hagais á nadie injuria,
Ni á nadie sufrais agravios.
Fieles vasallos teneis,
Como á leales trataldos;
Que un rey humano, á los suyos
Conserva nobles vasallos.
No juzgeis por amistades,
Ni perdoneis por halagos,
Ni con ira castigueis,
Ni admitais consejos falsos.
Sed Alejandro en valor
Como en el nombre Alejandro;
Que la potencia de un rey
Obliga á ser todo franco.
Oid al pobre y al rico;
Cuanto al oir igualaldos,
Que en ley de naturaleza
Iguales nacieron ambos.
De los hinchados soberbios
Tened el freno en la mano,
Que un bocado es gran remedio
Para los muy desbocados.
Sed en la paz apacible,
En las lides Marte airado,
Reposado en los consejos,
Con los rendidos humano.
Al que hiciere mal de priesa,
No le castigueis despacio,
Que sirve de grande ejemplo
Castigar de priesa un malo.
Los sabios es justo honreis
De suerte que por honrarlos
No se vuelvan lobos fieros
Contra los corderos mansos.
Mandadles que juzguen todos
Por aquel antiguo fallo
De las nuestras santas leyes,
Y no por *ordeno y mando*[1].
Refrenad sus duras lenguas
Y en el lenguaje allanaldos;
Que la lengua ofende mucho,
Y no corta pié ni mano.
No deis leyes cada dia,
Porque no puedan juzgaros
De inconstante en el gobierno,
Y en la potencia de flaco.
Las que una vez les daréis
Haced que se estimen tanto,
Que no las quiebre ninguno,
Y si alguno, castigadlo;
Que muchedumbre de leyes
Suele servir de embarazo
Para equivocar los reinos
Y destruir los vasallos.
Haced, hijo, como todos
Pidan vuestros largos años;
Que si todos os desean
Habréis eterno descanso.—
Esto diciendo, á Filipo
Ocupó la muerte el paso,
Y el real cuerpo difunto
Cercó de lloro el palacio.

(*Romancero general.*)

[1] Estas sapientísimas máximas debieran no olvidar los llamados á gobernar los pueblos: estas son las que no olvidan nunca los que están acostumbrados á gobernar; pero por desgracia las huellan frecuentemente todos los aventureros que llegan al poder por los percances de ciega fortuna. Olvidados de su humilde existencia, atribuyen á mérito propio su casual elevacion, debida quizá á la bajeza de sus precedentes, y quieren con destemplanza tratar á los pueblos como un tambor mayor á los chiquillos á quienes se enseña los redobles de la caja. En el que nació para el mando, una mirada basta para imponer á sus subordinados. ¡Desgraciado de aquel que necesita decir á todo un pueblo : *Ordeno y mando!*

502.

TIMOCLEA, TEBANA, SE VENGA DE SU VIOLADOR.

(*De Juan de la Cueva.*)

Siendo del Magno Alejandro
Rendida la ilustre Tébas,
Su fuerte muro arruinado,

Y abiertas todas sus puertas,
Y puesto su señorío
Al yugo de su potencia,
Sucedió un caso admirable
Digno de memoria eterna,
A un tracio, capitan suyo,
Y una tebana doncella;
El cual yendo saqueando
La noble ciudad sujeta,
Con una escuadra de tracios
Que seguian su bandera,
Llegó robando y matando
A casa de Timoclea,
Que era de las mas ilustres
Que habia en aquella tierra,
Cual lo mostraba el blason
Que fijado tenia fuera.
El Capitan mandó al punto,
Que dentro entrasen por fuerza
Guiado de la codicia,
Que suele mover la guerra.
Arremeten los soldados,
Derriban puertas y entran;
Comienzan á saquealla
Con libertad y violencia,
Sin perdonar su rigor
Cosa que la vista ofrezca.
Andando así el Capitan
A quien la codicia lleva,
Y entrando en un aposento,
Encontró con Timoclea,
Que huyendo de su furia
Se escondió en aquella pieza,
Dejando padre y hermanos
De que ya habian hecho presa
Los vitoriosos soldados,
A quien cosa no refrena.
La virgen tebana estaba
Cual suele estar la cordera
Que apartada de su aprisco
Se vé cercada de fieras,
Que de ningun modo puede
Dejar de ser pasto d'ellas.
Así temblando la virgen
Gime viendo su miseria;
Turbado el bello color
El mortal suceso espera:
Cuando el fiero Capitan
Hallándose en su presencia
Paró, sin pasar delante,
Vencido de su belleza.
La fiera espada bajando,
D'ella asido, así le ruega.
—Ya ves, hermosa tebana,
Qu'en mi poder estás puesta,
Del cual no podrás librarte
Ménos que cativa ó muerta:
Pues yo quiero que seas libre,
Con dos cosas por ti hechas:
La una, que he de gozarte,
Porque tu beldad me fuerza;
La otra, que me descubras
Adónde tienes tu hacienda,
Y con estas condiciones
En tu libertad te queda.—
La tierna virgen responde,
Inflamada de vergüenza:
—Cuanto al gozar tú de mí,
No lo intentes ni pretendas,
Que soy virgen y en mi guarda
Están Diana y Minerva,
Que defenderán mi causa,
Poniéndose en mi defensa.
Y en esotro de mis bienes,
Toda mi casa está abierta,
Saquea cuanto hallares,
Pues tuyo es cuanto hay en ella;
Que los hados te lo dan,
Y el cielo, que así lo ordena.—
Siendo del bárbaro oida
La no esperada respuesta,
Ardiendo en codicia su alma,
Y en aficion torpe y ciega,
Sin replicalle razon,
Porque de toda se aleja
El alma que da cahida
A cualquiera pasion d'estas,
Asió de la tierna vírgen,
Que ante él de rodillas puesta,
Viendo lo que pretendia,
En tierno llanto deshecha,
Le suplicaba que diese
A su horrible intento venia,
Porque no ofendiese al cielo
Robándole su pureza.
Sin dar oído á su llanto
Ni á su ruego, ¡oh maldad fiera!
Cumplió su lascivo intento
El bárbaro en la doncella;
La cual viéndose ofendida,
Gime, y al cielo se queja,
Puestos los ojos en él
Vertiendo orientales perlas,
Demandando la venganza
De aquella maldad inmensa.
El bárbaro, aun no contento
De la maldad por él hecha,
A la mísera ofendida
Con nuevo apremio la apremia,
Que le diga dónde tiene
Escondidas sus riquezas,
O que le dará la muerte,
Si dó las tiene le niega.
Ella oyendo la demanda
Del fiero, y la nueva fuerza,
Determinando vengarse
Cobró esfuerzo en la flaqueza,
Diciéndole: —Ya no tengo
Que negar, la suerte es vuestra,
Pues el tesoro mayor
Que tenia, y de mas cuenta,
Me habeis robado, y sin él
Lo demas no me aprovecha.
Dentro d'este pozo tengo
Escondida mi hacienda,
Creyendo que d'esta suerte
Libre de vosotros fuera;
Mas el cielo, que me sigue,
Al contrario d'esto ordena:
Sacalda, que libremente
Mi voluntad os la entrega
Por dote de la corona
Que me robó vuestra fuerza.
No aguardó el bárbaro á mas,
Y al pozo corriendo allega
De su codicia instigado,
Que así lo enajena y ciega.
Pone en el brocal el pecho,
Mete dentro la cabeza,
Mira á un cabo, y mira á otro
Por ver si ve lo que intenta,
Y el deseo que lo enciende
Mil varias formas le muestra
En los visos que hace el agua
Con verdadera apariencia,
Por do su imaginacion
Conformándose con ellas,
Juntas aquellas especies
Le hace que d'ellas crea
Lo que le pide el deseo,
Que á su perdicion lo lleva.
Estando ocupado en esto,
Sin recelo ni sospecha,
El medio cuerpo metido
En el pozo, y medio fuera,
Viendo la ofendida virgen
La venganza de su afrenta,
Incitada de su injuria

Arremete con fiereza,
Y asiéndolo por los piés
Dentro del pozo lo echa,
Y tras d'él al mismo punto
Muchas y crecidas piedras,
Con que le quitó la vida
A quien quitó su pureza.
Acudieron los soldados,
Que le guardaban la puerta,
Como oyeron el ruido;
Y vista la muerte cierta
De su fuerte capitan,
Quisieron dársela á ella,
Y por darle mas castigo
A Alejandro la presentan,
Que d'él sabida la causa
En su libertad la deja,
Y con manificos dones
De su agravio satisfecha.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

503.

ALEJANDRO VENCEDOR, Y DARÍO FUGITIVO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

De la batalla sangrienta
Presuroso sale Dário,
Habiendo, para escaparse
Del vencedor Alejandro,
Saltado con gran pavor
Del rico y vistoso carro,
Y tomando con presteza
Un alentado caballo.
Con diligentes talones,
Floja la rienda en la mano,
De su furia se aprovecha,
Cuyo veloz curso es tardo.
No le parece que corre
Pues asienta el pié en el llano,
Y no corta con las aves
La region del aire claro:
Cosa ordinaria en quien muestra
Las espaldas al contrario.
Dejó en aquesta huida
Dário el real aparato
Para poderla hacer
Mejor y mas á su salvo,
Con cuyas varias reliquias
Se mostraba el campo ufano.
Allí se ve la corona
En el almete abollado,
De preciosa pedrería
Con encaje relevado;
Acullá el antiguo cetro,
Allá el sello y rico manto:
De todo aquello desiste
Que le fué otro tiempo grato.
De la pobreza se vale
Como mas seguro estado,
Y de emperador, desea
Parecer pobre soldado,
Por no deber á fortuna
Nada en aquel breve espacio,
Y no siempre como rey
Aguardar su golpe vario;
Y porque le desconozca
Para el efecto del pago;
Pero disimula mal
Rostro grave y noble trato.
Y como un vasallo suyo
Hallase el manto en el campo,
Fué á la tienda donde estaban
La madre y mujer de Dário,
Las cuales su manto viendo,
Que fuese muerto pensando,
Con súbita vocería
Dan principio á un duro llanto,
A que Alejandro y su gente
Con gran presteza se armaron
Pensando del enemigo
Fuese algun duro rebato.
Mas cuando supo lo que era,
Doliéndole su quebranto,
En su tienda las visita,
El vaiven considerando,
Con que la varia fortuna
Humilla al mas levantado.
En su afliccion las consuela,
Que no era muerto afirmando,
Y para satisfacerlas
Hizo que algunos soldados
En su presencia jurasen
Estar Dário vivo y sano:
Y fué verdad, que su industria
Por ser tal, le puso en salvo.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias* &c.)

504.

ANTÍOCO ENAMORADO DE ESTRATÓNICA SU MADRASTRA.

(De Juan de la Cueva [1].)

De ardiente amor encendido
Antíoco se abrasaba
Por la mujer de su padre,
Estratónica llamada.
Via el remedio imposible,
Y el fuego dentro en el alma:
Crecíale mas el fuego
Cuanto mas su amor guardaba.
Via la rara belleza
De su hermosa madrastra;
Los dulces y bellos ojos
Con que su fuego aumentaba;
Las crespas hebras de oro,
Que con mil nudos lo enlazan
Que para alentar su fuego
Amor se las desataba,
Con que abrasaba á Antíoco
Y á Febo de luz privaban.
Miraba parte por parte
La causa por quien se abrasa,
Y hallaba ser tan justa,
Cuanto injusta su demanda
En este ardiente cuidado
Los dias y noches pasa:
Hizo tal instancia en él
Que el vital vigor le falta;
La fogosa juventud
Se debilita y desmaya,
Y creciendo en él la fiebre,
Con tanto extremo lo agrava,
Que sin poder resistirse
Dió el laso cuerpo á la cama.
El rey Seleuco, su padre,
Viendo el hijo cuál estaba,
Con solícito cuidado,
Todos los médicos llama,
Que con diligente estudio
Su remedio procuraban
Aplicando medicinas
A la ocasion muy contrarias;
Que las pasiones de amor,
Con remedios de amor sanan,
No con simples, ni compuestos,
Ni con piedras preparadas,
Que no es mal que tiene cura,
Ni sana con ciencia humana,
Si no le aplica el remedio
Quien es en hacer la llaga.
Y como de estos remedios
Con Antíoco no usaban,
Ningunos hacian efecto,
Antes los que hacian dañaban.
El Rey andaba cuidoso

Fatigado y lleno de ansias,
Porque médico ninguno
La enfermedad no alcanzaba,
Ni por relacion ni pulso
Entender podian la causa.
Erasistrato, un famoso
Médico, que en esto andaba
Solícito, porque el Rey
Hacia dél mas confianza,
Así por sus grandes letras,
Como por ser de su casa,
A ver al enfermo Antíoco
Entró, cual acostumbraba,
Y estando solos los dos,
El pulso le demandaba,
Y teniéndolo en la mano
La flaqueza contemplaba,
El movimiento sin órden,
Los varios golpes que daba.
Suspenso en esto y dudoso,
Acaso entró la madrastra;
Hizo tanta alteracion
El pulso, que vido clara
El médico la dolencia
De tantos tan ignorada;
Y sin darle á entender cosa,
Suelta el brazo, y dél se aparta,
Y ante el rey Seleuco puesto,
Del enfermo Antíoco trata,
Diciendo ser imposible
Remediallo, y que no alcanza
Remedio en la medicina
Contra enfermedad tan brava,
Porque la causa es de amor,
Y que demas de esta causa,
Aunque es grave, está el peligro
No en el mal, mas en que ama
A su mujer, y él no puede
Dalle á su mujer amada,
Y que por esta razon
En su remedio dudaba.
Seleuco, de amor del hijo,
Al médico se levanta,
Y como si su igual fuera,
Una y otra vez le abraza
Diciéndole: — Amigo mío,
Mi casa y mi reino manda,
Porque á mi hijo remedies
Y de este peligro salga:
Dale tu propia mujer,
Dásela, que si la amas,
La das un rey que la adora,
Con que su suerte aventajas,
Y dándola á tu señor
Por fuerza, y para esta causa,
Para saneamiento tuyo,
De lo que es amor, no faltas.
De mas de esto es ley que muera
El hombre que á otro mata,
Y pues ella hace el daño,
Ella el daño satisfaga.—,
Viendo el médico prudente
Los afectos con que habla
El Rey, le dice: —¿Señor,
Tu Alteza tal cosa manda?
¿Quien debe guardar la ley,
El primero la traspasa?
Sola una cosa te pido,
Y esta me la digas clara:
¿Si como pidió la mia
A tu mujer demandara,
Condescendiera tu Alteza
En tan injusta demanda?—
—Por los dioses, dice el Rey,
Que si así se remediara,
Que yo se la concediera,
Sin que cosa me estorbara.—
De las razones del Rey
Colige el médico y halla,
Segun la demostracion,
Que en lo dicho no le engaña,
Y que cumpliria con obra
Lo propio que él le rogaba;
Y así, con seguro de esto,
Al Rey dice, que le aguarda:
—Alto Rey, á tu hijo Antíoco
La enfermedad que le agrava
No la causa mi mujer,
Porque es tu mujer la causa;
Y si quieres guarecello,
Cásalo con su madrastra,
Que este es el postrer remedio,
Si darle vida te agrada.—
Oyendo el Rey la extrañeza,
Confuso y suspenso para
Revolviendo la memoria,
Sin determinarse á nada;
Mas como el amor de padre
La dificultad allana,
A Estratónica su esposa
Con su hijo al punto casa:
Por guarecelle la vida,
De su contento se aparta.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

[1] Moreto hizo, al asunto de este romance, la comedia intitulada *Antíoco y Seleuco*.

ROMANCES SOBRE ALGUNOS DICHOS Y HECHOS DE VARIOS FILOSOFOS GRIEGOS.

505

SOLENTO DE LOCRES SE SACA UN OJO PARA LIBRAR EL OTRO DE SU HIJO, QUE DEBIÓ PERDER EN JUSTICIA.

(*De Juan de la Cueva.*)

Gobernando estaba en Locres
El justo y sabio Solento,
Sometiéndola á las leyes
Que ponen en paz los reinos,
Y ajustan al pobre humilde
Y al poderoso soberbio,
A todos haciendo iguales
En las costumbres y fueros,
Cual eran administradas
De Solento, cuyo intento
Fué siempre de hacer justicia
Sin torcer legal decreto.
Esta confianza trujo
Ante él á un pobre plebeyo,
Estando en su tribunal
Las causas públicas viendo,
Y ante él postrándose dijo,
La voz levantando al cielo:
—Justicia vengo á pedirte,
Solento, á pedilla vengo
Contra tu hijo que ha sido
Cogido en un adulterio
Con mi mujer y en mi casa,
Y guardándote el respeto,
A ella le di la muerte,
Y á él con la vida dejo:
Pido que me satisfagas,
Si haber justicia merezco.—
Puso fin á su querella,
La cual oida, Solento
Mandó que al hijo trujesen
Luego á su presencia preso;
Que siendo al punto cumplido,
Y ante él traido el mancebo,
El mismo le preguntó
Si era verdad lo propuesto.
Respondió el mozo que sí,
Y el padre dijo: —Ese yerro,
¿No sabes tú que las leyes,

Que he puesto yo en mi gobierno,
Vedan aquese pecado,
Y que á nadie hacen exento?
Pues como á quien las traspasa
Pronuncio el castigo luego;
Y es que te saquen los ojos,
Que es la pena de este exceso;
Para que con tu castigo
Sea á los demas ejemplo;
Y luego sea ejecutado
Sin aguardar mas momento.—
Mandólo atar, y el verdugo
Su mandamiento cumpliendo,
Le ató las manos atras,
Sin hacer mas que hacello:
Y estando ya el cruel ministro
Para ejecutar dispuesto,
Se levantó un gran clamor
Diciendo: — Que pare el hecho,
Que pare, y no se ejecute,
Que el pueblo está satisfecho
De su inviolable justicia;
Y si es por satisfacello,
Que el pide, que de la culpa
Sea el adultero absuelto —
No mueven del justo padre
Las voces el firme pecho,
Que al verdugo apresuraba
A cumplir su mandamiento,
Sin conmovello á piedad
El hijo atado y vertiendo
Lágrimas, ni los clamores
Que oia de todo el pueblo.
Fué tan importuno el llanto,
Y tan eficaz el ruego
De muchos particulares,
Que ante él de rodillas puestos,
El perdon le demandaban
Del hijo, por medio dellos,
Que no pudiendo excusarse,
Dijo, viniendo en hacello:
— La ley ha de ser cumplida,
Pues la hice yo, y no quiero
En eso que me pedis
Dejar de satisfaceros. —
Mandó que lo desatasen,
Y desque lo vido suelto
Le dió una daga en la mano,
Y él tomó otra, diciendo:
—Hacé lo que yo hiciere,
No digan que por vos tuerzo
La ley, cúmplase por ambos,
Pues me toca el yerro vuestro.
Esto diciendo, el un ojo
Se sacó, y lo echó en el suelo,
Y viendo dudoso al hijo
En sacarse el suyo, fiero
Asió dél, y se lo arranca
Con fuerza y heróico esfuerzo,
Dando á toda la ciudad
Lástima, y al mundo ejemplo
En administrar las leyes,
Que son del mundo el gobierno [1].

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

[1] La igualdad ante la ley es la justicia: donde hay justicia, cualquiera gobierno está seguro, y no tiene que temer revoluciones ni trastornos.

506.

FÍNGESE LOCO SOLON PARA OBLIGAR A LOS ATENIENSES Á QUE RECUPEREN A SALAMINA.

(*De Juan de la Cueva.*)

Los de Megara y Aténas
Traian guerra encendida
Por haber el señorio
De la isla Salamina,
Y habiendo en muchos reencuentros
Perdido muchos las vidas,
Siempre los atenienses
Eran los que mas perdian,
Recibiendo mayor daño
Que el daño que ellos hacian:
Y así entre ellos fué ordenado,
Viendo cuán mal sucedia,
Que nadie, pena de muerte,
Tratase en ser adquirida
La isla, y por esta causa
En su poder la tenian
Los megarenses, y era
De los de Aténas perdida.
Mas viendo el sabio Solon
Tiempo en que haberse podia
Y ganarse con las armas
De los que la defendian,
Por no incurrir en la pena
Que el Senado puesto habia
A cualquiera que tratase
De cobrar á Salamina;
Pareciéndole maldad
Suya, si no descubria
Al temeroso Senado
La buena ocasion que habia,
Aguardó á que estuviese
Todo junto un cierto dia,
En medio del cual se puso
Fingiendo con habla y risa,
Que habia perdido el seso,
Y mil locuras decia.
Rasgábase los vestidos,
Hacia gestos, daba grita,
Arrojábase en el suelo,
Y luego en pié se ponia;
Decia mil desconciertos;
Fingiase tener grima.
Los senadores teniendo
Lástima de lo que vian,
Movidos á sentimiento
Lo regalan y acarician,
Dando á entender que en Solon
Su buen gobierno perdian,
Y que solo Solon era
El que los ennoblecia,
Y el que en virtud y costumbres
En Aténas florecia.
Esto, doliéndose de él,
Unos y otros lo decian;
Y viendo Solon que todos
De su mal se condolian,
Descubriendo su intencion
Dijo así, á cuantos le miran:
—¿Dó está el Senado de Aténas?
Dó su fortaleza antigua?
Dó el valor que opresó al mundo
Echándole el yugo encima?
¿Que es de los claros varones
Que en la marcial disciplina
Han sido del mismo Marte
Terror, en su valentia?
Las hazañas, los trofeos
Que el mundo de vos publica
¿Dó están, pues los megarenses
Os resisten y os conquistan?
¿Cumplirá á vuestro valor,
Que se entienda y que se diga
En mengua de vuestra gloria,
Que os quitaran Salamina?
Levantáos, dejad el ocio,
Mirad que se perjudica
El bien comun y honor vuestro
En que Megara os reprima.
Tomad al punto las armas,
Ganad esa chica isla,
Que mas es el mundo todo,
Y es poco á vuestra osadia.—
Diciendo aquesto Solon

Se paró, y el rostro inclina,
Haciendo muchos visajes,
Y dando una gran risa,
Tomó la puerta y salióse
Sin haber quien lo resista.
Quedó suspenso el Senado,
Y unos á otros se miran
Admirados y confusos,
Y ardiendo algunos en ira:
¡Tanto puede la razon,
Que los ánimos incita!
Tal fué entre los atenienses
Oir las razones dichas,
Que encendidos en furor,
Sin guardar la ley escrita
En que á muerte condenaba
A aquel que de Salamina
Tratase, ó diese por voto
Que de ellos fuese adquirida.
Mas roto aqueste silencio,
Cada cual se precipita
A decir que se recobre
Y las armas aperciban.
Fué aquesta voz tan conforme,
Que á una voz el pueblo grita:
—Salamina sea ganada,
Que los dioses nos lo avisan,
Y los hombres sin juicio
Dicen nuestra cobardía,
Y nos animan que vamos
A cobrar nuestra justicia.—
Al punto tocan las cajas,
Y la gente apercibida
De todo lo necesario
Toma para allá su via.
Los megarenses se arman:
Siendo ciertos de su ida,
Reparan, ponen pertrechos
Para defender su isla.
Llegan los atenienses,
Salen los de Salamina
A resistilles que salten
En tierra, y ardiendo en ira
Comienzan unos y otros
A quitar y á perder vidas,
Mostrando valor igual
En defensa y osadía.
Al fin los atenienses,
Despues de larga porfia,
Y de haberse muerto muchos
De ambas partes aquel dia,
Rompiendo á sus enemigos
En la batalla reñida,
Quedaron con la victoria
Y con la isla perdida,
Sin ganalla hasta entónces,
Por la locura fingida
De Solon, cuya alabanza
No la cubrirá la envidia.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

507.

MUERTE DE SÓCRATES.

(*De Juan de la Cueva.*)

Ante el senado de Aténas
Fué Sócrates acusado
Por el orador Licon,
Y otros por él conjurados,
Delante de todo el pueblo
A sus voces convocado,
Movidos de ciega invidia
De verlo tan estimado,
Y qu'el mesmo dios Apolo,
Siendo d'ellos preguntado
Cuál florecia en las letras
Y era en ellas mas dotado,
Respondió, que entre los hombres,
Sócrates era el mas sabio.
Esto los incitó á ira,
Y asi en medio del juzgado
Presentan su acusacion,
Diciendo que ha despreciado
A los soberanos dioses,
Y su deidad ha negado,
Introduciendo otros dioses
Con que al pueblo trae engañado,
Corrompiendo los mancebos
Con mil usos que ha inventado,
Con tantas supersticiones,
Que daba oirlas escándalo,
Y era ofender los oidos
De los buenos y aun los malos
Contra los enormes hechos
Que usaba aquel monstruo infando,
Que de humano y de divino
Las leyes ha traspasado;
Que administrasen justicia
Sin diferirle mas plazo,
Con un castigo ejemplar
Conforme al grave pecado;
Que quedando sin castigo
Serían ellos castigados
De los ofendidos dioses,
A quien ha menospreciado.
Los jueces se conmovieron
Y admiraron de tal caso,
Porque la fama del reo
Contradecia lo acusado;
Mas vista la informacion,
Y el pueblo todo alterado,
Mandan que Sócrates muera
Donde estaba aprisionado.
Pronunciada la sentencia,
Cual d'ellos salió acordado,
Lleváronle la cicuta
Como á reo condenado,
Diciéndole: —Ten paciencia,
Sócrates, que decretado
Está por los atenienses
Que mueras, y asi es mandado.—
Sócrates dijo: —La muerte
Al justo no causa espanto,
Y si los atenienses
Me condenan, otro tanto
Hace la naturaleza
A ellos, pues son humanos.—
Luego los crudos ministros
Le dieron el mortal vaso,
El cual tomó con esfuerzo,
Sin mostrar rostro alterado
Ni demudar el color,
Y se lo bebió hasta el cabo.
Xantipe, su mujer, viendo
A Sócrates en tal paso,
Que ya bebido el veneno
La muerte estaba esperando,
Dijo: —¡Oh, marido mio!
¡Y cómo sois castigado
Sin culpa, y morís sin culpa
Falsamente condenado!
—¿Pues cómo? ¿querias, Xantipe,
Que muriera, dijo el sabio,
Mereciendo yo la muerte?
¿No es mejor no ser culpado?
Que mas miserable cosa
Es el merecer el daño
Que sufrir el rigor d'él
Aunque sea mas extraño.—
Criton, un su estrecho amigo,
Ya que le vió basqueando,
Llegóse á él y le dijo:
—Dime, Sócrates amado,
¿Cómo quieres que te entierre,
Y dónde ser enterrado?—
Sócrates dijo: —¡Oh Criton!

¡Cuán en balde he trabajado
Contigo, pues que no entiendes
Dónde voy encaminado!
¿No sabes que d'este mundo
He de salir hoy volando,
Y que no he dejar cosa
Mia en él? De aquí apartado,
Si pudieres alcanzarme
O de tí fuere hallado,
En donde quiera que fuere
Seré de tí sepultado,
Y allí harás á tu gusto
En darme sepulcro honrado.—
Cuando decia estas razones,
Criton le tomó las manos,
Y díjole:—Ya estás frio,
Sócrates, ya estás al cabo;
Qu'el tener las manos frias
Y el cuerpo, es indicio claro.
—Bien es, Sócrates responde,
Pues la medicina ha obrado,
Tener agradecimiento,
Ofreciéndole á Esculapio,
Pues hizo tan buena cura,
Por ella, en mi nombre, un gallo;
Y así, despues de mi muerte,
Amigo, quede á tu cargo
Ofrecérselo por mí,
No me tenga por ingrato.—
En esta postrer razon,
Echó los ojos en blanco,
Y dando una boqueada,
Quedó de la vida falto.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

508.

PACIENCIA DE DIÓGENES.

(*De Juan de la Cueva.*)

Tratando de las costumbres
De Diógenes, un dia
Unos discípulos suyos
Loándolo, encarecian
La gran virtud de paciencia
Con que cualquier mal sufria,
Cualquier injuria ó afrenta,
Que en contra de él se hacia
D'esto lo estaban loando,
Y mas, el que mas podia,
Dando ejemplos conocidos,
Que de todos se sabian,
Testificando con ellos
Todo lo que d'él se oia.
Uno de los que allí estaban,
Que Lentulo se decia,
O por invidia, ó por odio
Que á Diógenes tenia,
Contra el parecer de todos
D'este modo respondia:
—No sé si es rudeza vuestra,
O si es inorancia mia
Esto en que estáis confiriendo
Con tan pertinaz porfía,
Que para conmigo es falso,
O no es razon quien me guia,
Pues del cínico Diógenes
Sabemos la libre vida,
Y cómo no sufre tanto;
Antes con libre osadía
Dice y hace cuanto quiere,
Sin que cosa se lo impida.
Y para que esto que digo
Se vea que no es mentira,
Y con verdad se compruebe,
Yo lo probaré este dia,
En un caso de paciencia,
En que será conocida
La paciencia que decis
Que en Diógenes se anida.—
Diciendo Lentulo esto,
El filósofo venia
Por la calle, y luego todos
A recibirlo salian,
Y entorno d'él se pusieron
Los que juntado se habian,
Que era innumerable gente,
A ver lo que sucedia.
Diógenes, puesto en medio,
Habló á todos cual solia,
Y á él le hicieron todos
La debida cortesía:
Y Lentulo, estando así,
En el rostro le escupia,
Y Diógenes le dice,
Sin mostrar pasion ni ira:
—¡Cierto, Lentulo, se engaña,
Si hay alguien que de tí diga
Que no tienes lengua y boca,
Pues de todo te servias!—
Esta respuesta admiró
A cuantos el caso miran,
Y loando su paciencia,
Un clamor grande crecia,
Mezclado con varias voces
Que un son confuso hacian,
Que conformándose en uno
La hazaña encarecian.
Lentulo quedó corrido
De la respuesta tan viva,
Y sin aguardar mas punto
Se fué, y el sabio se iba.
Uno de los que llegaron
Con los que á bulto venian,
Mas fiero que virtuoso,
Cual al fin mostró su vida,
A Diógenes detiene
D'él haciendo escarnio y fisga,
Diciéndole:—¿Eres tú aquel
Que libremente publicas
Cuanto sabes, y no sabes,
Y aun las cosas que adivinas?
Si eres tú el que sin temor
No hay cosa que te reprima,
Dame á entender una cosa,
¿Si está en tu filosofía,
Que á quien te escupe en el rostro
No le prives de la vida?—
Dió genes se rió,
Y con modestia replica:
—¿Que quieres tú que le haga,
Si tiene mucha saliva,
Y Aténas cria tales hombres
De lenguas tan atrevidas?—
El hombre no le responde,
Y arrebatado de ira
Dio un bofeton á Diógenes,
Que en el suelo le derriba.
Diógenes, puesto en pié
De la violenta caida,
Forzó á todos que á mirallo
En él pusiesen la vista,
Creyendo que á la venganza
Su afrenta lo encenderia:
Mas sin mostrar sentimiento,
La bolsa abrió que traia,
Y contándole un ducado
Se lo dió, y d'él se desvía
Diciendo:—De aquesta suerte
Vengo yo la ofensa mia.—
Quedaron suspensos todos,
Y él se fué, y los unos gritan
Que era aquel hecho de loco,
Y esto á voces que él lo oia;
Otros que era misterioso
El caso, si lo entendian,
Y así dando pareceres

Cada cual como sabía,
Se fuéron, dejando solo
Al hombre que con gran risa
Dice, contando el dinero:
—¡No es mala mercadería
Por un bofeton de un pobre
Henchir mi bolsa vacía,
Que haré otro tanto con Jove,
Por otra tanta cantía!
Mas es de considerar,
Si un pobre así gratifica,
¿Que hará el que fuere rico?
No dudo que me redima
Toda mi necesidad,
Y me haga uno de estima.
Este camino es seguro
Para mejorar mi vida:
Quiero caminar por él,
Que el cielo me lo encamina.
Esto diciendo, furioso,
Guiado por la codicia,
Parte á cumplir lo qu'el cielo
Por justo acuerdo destina,
Instigado de las furias
Que su alma poseian,
Y púsose en el comercio,
Donde la gente acudia,
Resoluto de hacer
Lo que al sabio hecho habia,
Como fuese en hombre tal,
Cual su deseo pedia.
Con tal determinacion
Aguarda, y atento mira,
Midiendo la plaza y calles
Con la pavorosa vista.
Ocupado en esto solo,
Sin juicio, ardiendo en ira,
Vio venir por el mercado
Un hombre qu'él conocia
Ser de los ricos de Aténas,
Y de no menor estima.
En viéndolo, dijo: —El cielo,
Y Júpiter me lo envía,
Para que este dé remedio
A la gran pobreza mia.—
Esto diciendo, á él se llega
Con temeraria osadía,
Y dándole un bofeton
Casi á sus piés lo derriba.
El otro ardiendo en coraje,
Viendo así su honra perdida,
Poniendo mano á su espada,
Sin cosa que lo resista
Le dió tantas estocadas
Que allí le quitó la vida
Y hasta hacello pedazos
No se le quitó de encima;
Dejándole d'esta suerte
Vuelve á proseguir su via.
La fama con presto vuelo
Por todas partes envía
El extraño acaecimiento,
Y en voz clara se publica:
Cuéntase de varios modos,
Aunque la muerte se afirma,
Y tan pública fué á todos,
Que á ninguno fué escondida:
Y así oyéndola Diógenes,
De los que á él acudian
A contarla por milagro,
Que tal nombre la ponian,
Dijo: —¿Habeis notado todos
El suceso d'este dia?
¡No veis cómo se engañaron
Los que de mí se reian,
Porque tras verme afrentado
Le pagué la afrenta mia?
Inorancia fué de todos
No entender que la codicia
De ver que así le pagaban
Las afrentas que hacia,
Por fuerza habia de llevallo
A ejercitar su osadía;
Y así por lo que le di
Me vengaron con su vida.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

509.

DIÓGENES Y PLATON.

(*De Juan de la Cueva.*)

Poseyendo de Sicilia
El rey Dionisio el imperio,
El filósofo Platon,
Que vivia entónces dentro,
Quiso hacer un banquete
A algunos nobles del reino,
Y de los mas allegados
Al poderoso gobierno,
Por mostralles su amistad,
Y no por otro respeto;
Qu'el sabio nunca codicia,
Ni cosa le pone miedo.
Y así, aderezado todo
Cuanto convenía al efeto,
Y juntos los convidados,
Y junto tambien el tiempo
De dar principio al convite
Con regocijo y contento,
Entró el cínico Diógenes
De polvo y de sudor lleno,
Descalzo y roto el vestido,
La barba larga y cabello,
Colgado un zurron del hombro,
Debajo del brazo un tiesto,
Con un báculo en la mano,
Y en la boca puesto el dedo;
Sin hablar palabra á nadie
La vista andaba esparciendo,
Mirando á una parte y otra,
Cabeceando y riendo,
Con que á todos suspendia
Viéndolo estar tan suspenso.
Y despues de haber bien visto
El suntuoso aposento
De sedas y oro colgado
Por defuera, y por de dentro,
Las aderezadas mesas
Con tan ricos aderezos,
Cubiertas de vasos de oro,
Y de muy curiosos lienzos,
Volvió á ver los convidados,
Y al filósofo con ellos:
Juzgando que aquello todo
Para Platon no era bueno;
Que aquel regalo y deleite
De un filósofo es ajeno,
Y que era impropio en Platon,
Qu'era en vida tan modesto,
Luego sin hablar palabra
Las mesas derribó al suelo,
Y pisando los manjares,
Los vasos todos vertiendo,
Y viendo que no quedaba
Cosa alguna, entró corriendo
A la cama de Platon,
Y encima d'ella subiendo
La comenzó á pisar toda
Deshaciendo su ornamento,
Diciendo: —Piso el regalo
De Platon, piso el aseo,
La vana curiosidad,
Qu'en él parece tan feo;
Que el filósofo, desnudo
Está mejor que compuesto.—
Viendo el divino Platon

El sobrado atrevimiento
De Diógenes, que estaba
Pisándole apriesa el lecho,
Sin alterarse del caso,
Ni mostrar turbado gesto,
Le dice con alta voz.
—O Diógenes, no es eso
Parecerte mal mi fausto,
Mas usar tu libre exceso,
Y como no tienes casa,
Ni has menester aderezos,
Porque tu secta los veda,
Y tus cínicos preceptos;
Por eso los aborreces
Cual hoy en mi casa has hecho.
No está la filosofía
En tratarte como perro,
Comiendo bajos manjares,
Por no sentir falta d'ellos,
Durmiendo el estío al sol,
Y el frio invierno al sereno,
Abrazando las estatuas,
Cuando mas ofende el hielo;
Que esto todo es diferente
De la secta que profeso:
Y si arguyes mi soberbia,
Tú has sido en esto el soberbio
Queriendo por esta invidia
Mostrar que tienes imperio
Para pisar la soberbia,
Y este fué solo tu intento.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

510.

DIONISIO DE SICILIA Y DAMOCLES.

(*De Juan de la Cueva*)

Dionisio estaba en Sicilia
Ménos contento que ufano,
En posesion del imperio,
De que se hizo tirano;
Lanzados griegos y locros
Del distrito italiano,
Por amor, por miedo, ó fuerza,
Tenia el imperio llano
Sujeto á su tiranía,
Y á su ánimo inhumano,
De todos obedecido
Y de muchos adulado,
Que cargados de lisonjas
Siempre le andaban al lado.
Entre muchos habia uno,
Mas que todos señalado,
El cual llamaban Damocles,
Que usando el oficio vano
De la vana adulacion,
Un dia con el tirano,
Teniendo abierta ocasion,
Tomó de hablar la mano,
Diciendo: —¡Oh gran rey Dionisio,
Mas glorioso que hombre humano!
¿Cuál otro vive en la tierra,
Que te sea comparado?
¡Oh Dionisio venturoso!
¡Oh tú bienaventurado,
Que eres igual en el suelo
Con Júpiter soberano!
Dividido está el imperio;
Entre los dos está el mando:
El gobierna lo celeste,
Tú gobiernas lo humano;
Sujeta está la fortuna
A tu poderosa mano:
Todo vive en tu obediencia,
Sujeto tienes al hado.
Marte te obedece en armas,
Y Júpiter en estado;
Febo en saber, y Mercurio
En ciencia en que te ha dotado:
En los signos y planetas,
Ninguno tienes contrario:
¡Nada te falta, Dionisio,
Para que seas llamado,
Entre los hombres del mundo,
El mas bienaventurado!—
Dionisio le estaba oyendo
Todo su proceso vano,
Y para satisfacerlo
De su yerro en este caso,
Y vea cuan sin contento
Es la vida del tirano,
Que es la congoja en que vive
Quien posee lo mal ganado,
Quitóse el real vestido;
Corona y cetro le ha dado:
Pónelo en su mesmo trono,
Siéntalo en su mesmo estrado;
Cuélgale encima una espada,
En un hilo muy delgado;
Manda que le sirvan todos
Como á él mesmo en su estado.
Tráende diversos manjares;
Sirvenlo en real aparato;
Resuena el dulce instrumento
En el sublime palacio;
Sube la sonora voz,
Que alegra el sentido humano;
De cuanto pide el deseo
Satisfecho está y pagado.
Todo le parece hiel;
Mas está el triste temblando
De ver la desnuda espada,
Que le está encima colgando,
Los servicios le congojan,
Pena le da el verse honrado;
Aflígele el verse rey,
Tiembla y gime el desdichado.
En esta perplegidad
Al Rey le dice llorando:
—¡Oh poderoso Dionisio!
¿En qué te ofendí yo tanto,
Que me trates de tal suerte,
Siendo yo tu leal vasallo?
No soy capaz de tal gloria,
Tú la goza muchos años,
Solo te pido en merced,
Me quites de aqueste estado;
Socórreme ántes que muera,
Hazme libre, y ponme en salvo,
Que yo quiero mi pobreza,
Y aborrezco tu reinado:
Prospérente en él los dioses
Cuanto de tí es deseado.—
Oyó Dionisio sus ruegos,
Y á piedad vuelto el tirano,
Mandolo quitar al punto,
Y del peligro apartado,
Le dice: —Dime, Damocles,
¿Qué es lo que me has alabado
La suerte de verme rey,
Si á muerte estoy tan cercano?
¿No es mejor pobreza honesta,
Que imperio con tal cuidado?

(Cueva, *Coro Febeo*.)

SECCION DE ROMANCES CONCERNIENTES Á LA HISTORIA DE ROMA.

ÉPOCA DE LOS PRIMEROS REYES ROMANOS.

511.

NACIMIENTO DE RÓMULO Y REMO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Con las vírgenes vestales
Está la hermosa Rea,
Que su tio el rey Amulio
Allí la tiene por fuerza,
Desterrándole á su padre
Contra justicia y clemencia,
Por quitarle el reino Albano,
Qu'era suyo por herencia.
Asimismo dió la muerte
A Lauro, otro hermano d'ella,
Con que seguro de todo
Con el reino albanes queda.
La triste Rea quedando
Huérfana y por fuerza opresa,
La cual consumia su vida
Lastimada de su ofensa,
Pidiendo venganza al cielo
De su estrechez y miseria,
Desesperada del medio,
Que dalle remedio pueda.
Estando así en el convento
De la religiosa Vesta,
Entre su virgíneo coro
La virgen vestal profesa.
El hijo del alto Jove,
Que preside en las peleas,
El sangriento horror, dejando
Las armas y trompas bélicas,
A la terneza de amor
Todo su furor sujeta,
Viendo la beldad divina
De la virgen vestal Rea;
Y forzado al dulce fuego,
Que al mas fuerte señorea,
El poderoso dios Marte
Ciego y cativo se entrega;
Que en las contiendas de amor
Ninguna fuerza aprovecha.
Dió lugar á la memoria
El dios fiero de la guerra,
Trabando consigo mismo
De las guerras la mas fiera,
Entre amor y su deseo,
Que el uno y otro le apremian,
Dándole el amor esfuerzo,
Y el deseo temor y pena;
Natural cosa al que ama,
Es temer lo que desea,
Cual al dios Marte sucede,
Que lo que desea, recela.
Puesto el tracio dios horrible
En esta horrible contienda,
Temiendo y osando á un punto,
Cosa en el que ama cierta,
Sujeto á su voluntad
Rompió del temor la cuerda
Dejando al libre deseo
Suelta á su querer la rienda:
Y así puesto en asechanza
A la vestal Rea acecha,
Y hallándola sola un dia
A gozar d'ella se apresta;
Que no le otorga su fuego,
Para aguardar mas, licencia.
Llegó á ella y por la mano,
Sin descubrirse quién era,
La asió, y ella pavorosa
La voz mal formada arrecia,
Forcejeando, y resistiendo
Enflaqueció en la defensa;
Que no puede fuerza humana
Resistir divina fuerza.
Tembló el templo, bramó el cielo,
Estremecióse la tierra,
De horror volvió atras el Tíber
Escondiendo la cabeza,
Y al centro lodoso y hondo
Se dejo calar de pena,
Turbando las claras ondas,
Revolviendo las arenas,
Dando testimonio en esto
Del agravio hecho á Vesta.
Habiendo Marte á su gusto
Gozado de la doncella,
Le dice quién es, y en vuelo
Se desapareció de ella,
Quedando la vestal vírgen
Sin el don que mas se precia,
Y de dos hijos preñada,
Indicio de que era rea;
Que las ocultas maldades
El mismo mal las revela,
Cual en este ayuntamiento
Vino á sucederle á Rea,
Quedando por rastro d'él
La preñez, en que se vea:
La cual aunque quedó oculta,
Fué, creciendo, manifiesta;
Llegando el tiempo que Juno
Sacó á ver la luz febea
Dos bellos niños de un parto,
No sin confusion y afrenta
De las vírgenes vestales,
Que al Rey el caso le cuentan:
El cual oyendo el suceso,
Sin que punto se detenga,
Renovando el odio antiguo
Ordenó, ardiendo en crueza,
Cómo padezca la madre,
Y los dos hijos perezcan:
Y así la mandó poner
En una prision estrecha
Donde acabase la vida
En soledad y miseria.
Llamó luego dos criados,
De quien confiarse pueda,
Y contándoles el caso
Los dos niños les entrega
Para que al Tíber los echen
Adonde ahogados mueran.
Los criados diligentes,
Las almas de dolor llenas
Reciben los dos infantes,
Para darles muerte fiera.
Cumpliendo el real mandato
Van á ejecutar la pena
En los tiernos inocentes,
Que en naciendo á morir llevan
Por la culpa de su madre,
Que á su inocencia condena,
Y la tiranía del tio,
Que en ellos su odio venga,
Aunque el disponer del cielo

D'ellos otra cosa ordena;
Porque llegados al rio
Donde la triste tragedia
Ha de ser de los dos niños,
Segun órden mortal cierta,
Iba el rio tan crecido
Tendido por la ancha vega,
Que poder llegar al hondo
De la corriente les veda;
Y así cumpliendo el mandado
Del Rey, los dos niños dejan
Echados dentro del agua,
Y con esto dan la vuelta.
Mas vuelto á piedad el Tíber
Por la divina clemencia,
Recogió en sí la creciente,
Los niños dejando en tierra
Entre las ovas y lamas
Llorando su cruda estrella.
Acudió al llanto una loba,
No movida como fiera,
Mas de humano sentimiento,
Como si aquello sintiera,
Y lamiéndoles el lodo,
Con regalo entre ellos se echa,
Y á cada niño en su boca
La loba aplicó una teta.
En este piadoso oficio
Esta fiera se recrea,
O guiada de los dioses,
O movida de terneza.
Sucedió que como iba
Y volvia luego presta,
Esto hizo tantas veces
Siguiendo una misma senda,
Que de Faustillo, un pastor,
Fué vista y tenida en cuenta;
Y así siguiéndola un dia
Por los pasos que iba ella,
La vió tendida en el suelo,
Y á los niños á sus tetas,
Usando del mismo oficio
Que si ella los pariera.
Aguardó el pastor Faustillo,
Que la fiera hiciese ausencia,
Y luego que los dejó
A los tiernos niños llega
Movido á piedad humana,
Tomando ejemplo en la fiera.
Se cargó de los dos niños
Y á su cabaña los lleva,
Y á Laurencia su mujer
Todo el suceso le cuenta
Mandándoselos criar
Como si sus hijos fueran.
Estos son Rómulo y Remo,
Del Romano Imperio cepa,
Por quien fué fundada Roma
Que fué del mundo cabeza.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

512.

EL RAPTO DE LAS SABINAS.

(De Juan de la Cueva.)

Viéndose el hijo de Marte,
Por quien fué Roma fundada,
Muy poderoso de gente
En su cindad, ya acabada,
Consideró que este imperio
Presto acabaría sin falta,
Porque habiendo tantos hombres,
Las mujeres les faltaban,
Para que en aumento fuese
La generacion romana.
Habiendo acuerdo sobre esto,
Rómulo al punto despacha
Legados á las ciudades
De toda aquella comarca,
Pidiéndoles su amistad,
Y dando para ello causas,
Fuéron los embajadores,
Y en oyendo su demanda,
Con afrentosos oprobios
Los despedian y echaban,
Diciendo: — Que á advenedizos
A sus hijas no les daban,
Y que siendo salteadores,
Gente pastoril y baja,
Su amistad ni parentesco
No les importaba en nada:
Que casasen con su igual,
Y hiciesen alianzas.
Siendo de Rómulo oida
La respuesta, ardiendo en saña,
Determinó que acabasen
Lo que no el ruego, las armas.
Y porque viniese á efeto
Su intencion, fingió que estaba
Enfermo, y mandó que fuese
Esta nueva divulgada,
Juntamente apregonando
Por las ciudades cercanas
Fiestas á Neptuno ecuestre,
Y unos juegos de gran fama,
Dándoles licencia á todos,
Y la ciudad libre y franca
A cuantos venir quisiesen
A las fiestas que ordenaba.
Sabida que fué esta nueva,
Ya que el tiempo se acercaba,
Muchos hombres y mujeres
Ir á vellas acordaban,
Con deseo de ir á ver
La nueva ciudad fundada.
Y así con hirviente priesa
Los sabinos se aprestaban
Con sus mujeres y hijos,
Y en la ciudad se alojaban,
Maravillados del sitio,
De las cercas y anchas plazas
De la nueva poblacion,
Que los admira y espanta.
Llegó el dia señalado
De la fiesta apregonada:
Comienzan alegres juegos
Y á salir revueltas danzas,
Los unos por una parte,
Los otros por otra banda:
Estos vienen contra aquellos,
Y estos á aquellos atajan:
Ocupan los circunstantes
Las vistas, memorias y almas.
Desque los romanos vieron
La ocasion aparejada,
No la dejaron pasar,
Porque no vuelve si pasa;
Y así, fingiendo un ruido
Entre ellos, tocan alarma.
Salen los jóvenes fieros
Ardiendo en ardor y saña:
Mézclanse con los que miran,
Que descuidados estaban.
A cuál le quitan la hija,
A cuál le roban la hermana,
A cuál le llevan la prima,
Sin poder mas que dejalla.
Las vírgenes daban voces
Viendo que así las robaban:
Cuál del cuello de su padre
Se ase, y de allí la arrancan;
Cuál huye despavorida,
Y con su madre se abraza,
De donde el romano fiero
La quita, y por cima pasa,
Sin moverse á llanto ó ruego,

Ni aplacar su odio á nada,
Robando solo doncellas,
Reservando á las casadas.
Habiendo hecho la presa
De las vírgenes robadas,
Para asegurar su hecho,
Puesta la ciudad en arma,
Echaron fuera la gente
A quien d'ellas despojaban,
Que con triste sentimiento
Viendo ir los suyos quedaban;
Mas Rómulo puesto en medio
A todas su pena aplaca,
Diciéndoles que su intento
No era el que ellas pensaban,
Que era el querer ofendellas
Y dejallas deshonradas;
Mas ser con ellas casados,
Y que aquella era la causa
De habellas robado así,
Porque les fuéron negadas
De sus padres, despreciando
Sobre el caso su embajada,
Y que solo aquel camino
Hallaron para alcanzallas:
Que perdiesen el temor
Y despidiesen las sañas,
Y amasen el que la suerte
Por marido le entregaba.
Con tales persuasiones
Rómulo las aplacaba,
Y repartidas entre ellos,
Fuéron con ellos casadas,
Cabiendo á Rómulo, Hersilia,
Que en belleza era extremada.
Ofendidos los sabinos,
A los dioses se quejaban
De los perjuros romanos
Y las armas aprestaban,
Y con ellos su rey Tácio
Se pone luego en campaña,
Y viniendo sobre Roma,
Su destruccion protestaban.
Y para principio d'ella
Un ardid discreto trazan,
Con que en su primer rencuentro
Tuvieron en Roma entrada:
Y fué, que Spurio Tarpeyo,
Hombre noble y de gran fama,
Tenia la fortaleza
A su cargo encomendada.
Este tenia una hija,
Tarpeya por él llamada,
Que corrompida con dones,
Negando la fe á su patria,
La puerta que cerró el padre
Abrió á la enemiga escuadra,
Que luego que se vió dentro,
A la infame hembra mata,
Dando ejemplo con su muerte
Ser debida y justa paga,
Y que al traidor no se debe
Guardar la fe ni palabra.
Los romanos acudieron,
Viendo la ciudad ganada,
Siguiendo tras Hostio Hostilio,
Su capitan, á cobralla,
Que atravesado cayó
Por los pechos, de una lanza;
Cuya repentina muerte
A los romanos desmaya.
Y así, puestos en huida,
Sin órden, se desbaratan,
Siguiéndoles Mucio Curvio,
Capitan de la otra banda.
Viendo Rómulo ir huyendo
Su gente con tal infamia,
De coraje y de dolor
Al cielo las manos alza,
Diciendo: — ¡Divino Jove,
Si aquí tu favor nos falta,
Vida, nombre, imperio y gloria,
Faltándonos él, acaba!
¡Vuelve pues, piadoso padre,
En piedad la ardiente saña,
Y á estos romanos vencidos
Tu favor aspire y gracia! —
Esto diciendo, á los suyos
Se vuelve, y dice en voz alta:
— Seguidme, amigos romanos,
Seguidme, gente romana,
Que aun no estamos tan vencidos
Que perdamos la esperanza. —
Sin hablar mas, arremete
Abriendo una senda ancha
Por los fieros enemigos,
Que á unos hiere y á otros mata,
Derribando á estos y á aquellos
Y á cuantos delante halla.
Los romanos esforzando,
La cobardía dejada,
Siguen tras su capitan,
Que yendo así en la batalla,
Al capitan Mucio encuentra,
Que á los sabinos ampara;
El cual á Rómulo viendo,
Aprestado de sus armas,
Le acometió, y el romano
Como romano le aguarda,
Y emparejando con él,
Le privó de vida y alma.
Los sabinos se retiran,
Y los romanos se apartan,
Reformando las dos huestes
Con mas ira y mayor saña.
Y queriendo arremeterse,
Se puso en medio una escuadra
De las mujeres sabinas,
Que enternecidas de lástima
De ver sus padres y hermanos
Con las armas levantadas,
De otra parte sus maridos,
Con quien ya en amor se traban,
Los unos contra los otros
Y cuán sin piedad se matan,
Queriendo ser el remedio,
Pues del mal eran la causa,
Puestas en medio les piden
Que se sosieguen las armas,
Y arrancando sus cabellos,
Sus vestidos despedazan,
Diciendo á voces: — ¿Qué os sirve
Mataros? Qué se restaura
Cuando os hayais todos muerto,
Pues no se remedia nada
Sino es dejarnos viudas
Nuestros padres, y afrentadas,
Y nuestros fieros maridos,
Sin padres, desamparadas?
Que de cualquier modo el daño
Sobre nosotras descarga,
Si nos matan los maridos
O si los padres nos faltan.
Dejad, dejad el combate,
Dejad la guerra inhumana,
Volved el odio en amistad,
Meted las fieras espadas,
Pues en lo uno se pierde,
Lo que en lo otro se gana. —
Esto decian las sabinas
Derramando tiernas lágrimas;
Ya rogando á los maridos
De sus piernas se abrazaban,
Ya volviéndose á sus padres
El paso les embarazan,
Ya al pariente, ya al hermano
La dulce paz les demandan.
Fué tan eficaz el llanto

Que sus ánimos ablanda,
Y todos enternecidos
Se inclinan y el odio apartan;
Que lágrimas de mujeres
Cualquiera furor aplacan,
Que al viento en su mayor furia
Y al rayo sujetan y atan,
De la suerte que el furor
D'estos dos pueblos atajan;
Y reducidos á paz
Las fieras armas abajan,
Cuando ya tenian las puntas
Casi en los pechos hincadas.
Hicieron de los dos pueblos
Uno, y una ambas estancias,
Los romanos y sabinos
Con perpetuas alianzas,
Dándole á Roma el imperio
Y el mando en todas las causas,
Por el valeroso esfuerzo
De las sabinas robadas.

(Cueva, *Coro Febéo*, etc.)

513.

AL MISMO ASUNTO

(*Anónimo.*)

Aquel heróico romano,
Fuerte, fratricida y fiero,
De quien toma nombre Roma
Y su edificio soberbio,
Despues de habella fundado,
La máquina insigne viendo,
Como mujeres faltaban,
Dió traza á su pensamiento.
Con los romanos concierta
Que tengan públicos juegos,
Y á los sabinos conviden
Para que vengan á vellos.
A la fama de las fiestas
Júntanse los extranjeros;
Que siempre la novedad
Hace livianos los pechos.
Cuál deja la casa propia,
Cuál á su padre siguiendo,
Tras sus pisadas camina
Hasta que en Roma se ha puesto.
Los codiciosos romanos,
Su fortuna lograr viendo,
Mas divulgaban su fama
Desde el turco hasta el flamenco.
Muchos en Roma se juntan,
Unos por el vencimiento,
Otros por ver de la fiesta
El no pensado suceso.
En sus casas los reciben,
Y en sus proprios aposentos;
Que traen huéspedes consigo
Que se han de quedar de asiento.
Salen al anfiteatro
Los gladiatores primero,
Vestidos del cuerpo abajo
Blancos calzones de lienzo.
Trábanse los fuertes brazos,
Y con los carnudos miembros
Cada cual forceja apriesa
Para no venir al suelo,
Ya con el fiero leon
O el elefante soberbio:
Del que queda vencedor
Quedaba el contrario muerto.
Aun no lograron su vista,
Que del murmurio en el medio
Los prevenidos romanos
Desnudan el blanco acero.
Crece la confusa grita,
El alarido y estruendo,
Ya de la doncella casta,
Y ya del anciano viejo.
Este la casada coge,
Aquel, la soltera viendo,
Tras la presa se abalanza
Para matrimonio honesto.
Cuál á la temprana viuda
Hace mil prometimientos,
Y cuál, para que conceda,
Le pone un puñal al pecho.
Ya con voz delgada y ronca
Una dice: esposo tierno,
Otra hermano y padre llama
Para que vuelva á su ruego.
No aprovechan los gemidos;
Que el nieto deja al abuelo,
Desampara el hijo al padre
En sangre y en polvo envueltos.
Allí el celoso marido
Abre la puerta á sus celos,
Viendo a la casta mujer
Ser de otro tálamo dueño.
Crece mas el alboroto,
Suben las quejas al cielo,
Y los romanos alegres
Su fortuna van siguiendo.
Queda Rómulo señor,
Con mujeres queda el pueblo,
Dando principio al principio
De tantos triunfos soberbios.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

514.

APOTEOSIS DE RÓMULO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Rómulo estaba haciendo
De su fuerte gente alarde,
En quietud gozando el reino
Ganado con tanta sangre.
Y estando en su tribunal
Asentado con los padres,
Comenzó á bramar el viento
Y el cielo claro á turbarse;
Y con súbita violencia,
Agua, piedra, fuego y aire
Contra la romana gente,
Todo vino á conspirarse,
Con tan fiero movimiento,
Que terror les causó grande;
Y así todos temerosos,
Sin tener segura parte,
Cercados de oscura sombra,
Temiendo aguardan que pase
La tempestad espantosa,
Y su horrible furia aplaque,
Mostrándose el claro dia
Con la luz que se vió ántes.
Estando así los romanos
Deseando que se amanse
El terremoto terrible,
La luz comenzó á mostrarse;
Cesó el agua, el aire, el fuego;
La tiniebla se deshace,
Restituyendo el sol claro
Su luz que la sombra aclare.
La gente empezó á moverse,
Aunque confusa y cobarde;
Los senadores se miran,
Sin que ninguno se hable.
Acuden á ver su rey
Deseosos de hablalle.
Hallaron vacía su silla,
Sin poder jamás hallalle.
Comenzaron á dar voces:
¿Dónde estás, hijo de Marte?
Dónde estás, Rómulo fuerte?

¿De aquí quién pudo llevarte?
¿Dinos si, dejando el suelo,
Te llevó al cielo tu padre?
Avisa á tu triste gente,
Que el fin de su rey no sabe. —
D'esta suerte lamentaban
A Rómulo en todas partes,
Llamándole padre y rey,
Repitiendo el nombre en balde,
Sin dar descanso á sus voces,
Ni de llamallo cansarse.
Sosegó el confuso estruendo
Las voces y gritos grandes:
Decian unos que fué al cielo
Llevado á que allá descanse:
Otros, que ya era dios,
Y debian por dios honralle,
Y entre los dioses ponello
Celestiales y penates.
El Senado lo reprueba,
Diciendo ser yerro grave
Que á Rómulo hagan dios,
Ni con tal nombre lo llamen,
Y que entender otra cosa
Era de gente ignorante.
Comenzó á alterarse el pueblo
Contra el dicho de los padres,
Y á levantar nuevas voces
Sin poder pacificarse.
Estando así contendiendo,
Sin que su porfía cesase,
Un varon esclarecido
Por virtud y noble sangre,
Julio Próculo llamado,
Viendo el trabado combate,
Puesto en medio del tumulto,
Dijo en voz alta y suave:
— ¡Oh caballeros romanos!
Dad á las voces remate,
Y lo mismo os amonesto
A vosotros, populares,
Para que en vuestra contienda
Oigais cosas que os espanten:
En lo cual juro á los dioses,
En quien toda verdad cabe,
A los del horrible Huerco,
Y á los domésticos Lares,
Y á los que no conocemos,
Que son de gloria capaces,
De deciros la verdad,
Porque vuestra duda acabe.
Sabréis que Rómulo sacro,
Hijo del divino Marte,
Y padre de nuestra Roma,
Honor d'ella y de su padre,
Se me apareció en figura
Refulgente y admirable,
De excelente especie, y forma
Mas extraña y venerable
Que vi jamas, ni él viviendo
La tuvo tan elegante;
Con resplandecientes armas
Compuesto, y con nuevo traje;
El cual, viéndome suspenso
De ver claridad tan grande,
Llamándome por mi nombre,
Dijo así en voz mansa y grave:
«Julio Próculo, di á Roma
»Cuál me ves y me hablaste,
»Y que los dioses del cielo
»Quisieron allá llevarme,
»Que como del cielo vine,
»Al cielo volví á tornarme.
»Que mis romanos se esfuercen;
»Y no teman que les falte,
»Y se déu al ejercicio
»De Marte, y d'él no se aparten;
»Que los dioses le conceden
»A mi Roma, que contraste
»El mundo, y d'él sea cabeza,
»Y ella lo sujete y mande.»
Cuando llegó á esta razon
Fué suspendido en el aire;
De nueva luz rodeado,
Me dejó, sin mas hablarme. —
Cesó Próculo, y el pueblo
Con nuevo alarido sale
Afirmando lo que ha dicho
Próculo al pueblo ignorante,
Y todos en un acuerdo
Dicen que por dios le acaten,
Y dejando el nombre antiguo
El dios Quirino se llame;
Y en el monte Quirinal
Un templo á Quirino hacen.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

515.

LOS HORACIOS Y CURIACIOS.

(De Juan de la Cueva.)

Los sucesores de Marte
A quien Rómulo divino
Dió nombre y llamó romanos,
Nombre de su nombre mismo,
Habiendo la fiera parca
Llevado á Numa Pompilio,
Eligieron por su rey
Al valiente Tulo Hostilio;
Al cual en tomando el cetro
Envió Cayo Civilio,
Rey albano, embajadores
Con un su recado altivo,
Que ante Tulo Hostilio puestos,
Uno, el mas anciano, dijo:
—Los albanos te requieren
Que de ti siendo esto oido,
Les mandes á tus romanos
Les sea restituido
Cuanto han robado en sus campos
Violando la fe de amigos;
Y que siéndote avisado,
Si nos fuere contradicho,
Te denunciemos la guerra,
La cual, Rey, te notifico,
Que dentro de treinta dias
Será, y hoy te la publico,
Si en nuestra justa embajada
No vienes, cual te pedimos.—
Cesó el albanes, y el rey
De Roma, le ha respondido:
—A vuestro Rey le diréis
Que yo aceto el desafío,
No dentro de treinta dias,
Sino en este dia mismo;
Que pues el quiebra las paces,
Cual los dioses son testigos,
Pues sus albanos primero
Robaron los campos mios,
Y yendo a pedir justicia
No quiso jamas oillos;
Así ellos d'esta guerra
La causa son y principio;
Para la cual se aperciba
Porque yo ya me apercibo.—
Idos los embajadores,
Y del rey albano oidos,
Su gente puso en campaña,
Que siguiendo su camino,
A cinco millas de Roma
Su campo asentó Civilio,
El cual murió en allegando,
Y dictador fué elegido
Mecio Suffecio, hombre noble,
De Alba fuerte caudillo.
En este tiempo, apresado

El gran pueblo de Quiriuo,
Puso su campo á do estaba
Situado el de su enemigo,
Tan cerca el uno del otro,
Que se oian sin dar gritos.
Estando ya los dos campos
Dispuestos y apercibidos,
Para darse la batalla
Todo á punto y prevenido,
Mecio Sufecio envió
A rogar á Tulo Hostilio,
Que se hablasen los dos,
Antes que fuesen rompidos.
Otorgó el romano al punto
Lo qu'el contrario ha pedido,
Y entre los dos campos puestos
Los dos contrarios caudillos,
Cesando de todas partes
El alboroto y el ruido,
Al poderoso romano
El albanes así dijo:
—Yo he visto bien la ocasion,
Y la causa que ha movido
A nosotros y á vosotros
A esta guerra á que venimos;
Y es, segun dió por disculpa
Nuestro rey Cayo Civilio,
Porque no restituistes
Lo que d'él os fué pedido,
Que de los campos albanos
De vosotros fué cogido;
Y no dudo qu'este achaque
Tambien sea de tí seguido;
Mas si la verdad se dice,
Diferente es que se ha dicho,
Porque hacernos tal guerra
Los amigos y vecinos,
Y los que ya en parentesco
Estamos, cuál ves, unidos,
Es codicia del imperio,
No los robos referidos.
Yo no sé si en esto acierto,
Qu'esta la causa haya sido
Que al rey albano moviese
La codicia, que aquí digo:
Yo fuí hecho capitan,
Despues que se dió principio
A esta guerra, y considero
El gran yerro que seguimos,
Que ensangrentemos las armas
En los parientes y amigos,
Sino que busquemos órden
Como sea eso impedido,
Y uno quede, de ambos pueblos,
Con entrambos señoríos.—
Tulo Hostilio vino en esto,
Y para que sea cumplido
Sin derramar mucha sangre,
De los suyos ha elegido
Tres mozos dichos Horacios,
De un solo parto nacidos;
Que estos contiendan por Roma,
Y defiendan su partido.
Los albanos señalaron
Otros tres, de un parto mismo,
Llamados los Curiacios
De igual fuerza, edad y brio.
Hecho este pacto y firmado
De ambos, luego el Fecial vino,
Tomándoles juramento,
Que todo sería cumplido,
Siendo puesto en sujecion
El pueblo de los vencidos;
Y qu'el pueblo vencedor
Lo tuviese en su dominio.
Luego los seis combatientes
A la batalla han salido,
Y en medio de las dos huestes
Les señalaron el sitio
Para hacer su combate
De los unos y otros visto.
Dió señal la ronca trompa
De dar á su lid principio:
Arremétense furiosos
Siendo el son bélico oido,
Y del encuentro primero
Dos romanos han caido
Muertos, uno encima de otro,
Quedando esotros heridos.
El romano, que vió muertos
Sus hermanos, encendido
En coraje y en esfuerzo,
Aunque en tan cierto peligro,
Consideró que teniendo
Juntos sus tres enemigos,
Peleando todos juntos
Era cierto ser vencido,
Y para ver de vencellos
Convenía dividillos;
Así se fué retirando
D'ellos, con huir fingido,
Y uno de los tres albanos,
Viendo que quedaba vivo,
Partió para él furioso
A darle mortal castigo.
Mas revolviendo el romano
Luego que apartar lo vido,
Con un golpe y otro golpe
Con tal prisa lo ha herido,
Que ántes que lo guareciesen
Sin alma en tierra ha caido;
Y apartándose otro poco,
De otro hermano fué seguido,
Y revolviendo sobre él
Tambien muerto lo ha tendido;
Quedando solo con uno
Lo que en los otros dos hizo,
Y á todos tres despojando
De la vida y los vestidos,
Victorioso dejó el campo
Donde el combate ha vencido,
Y fuese al de sus romanos,
Del cual fué bien recebido,
Y con mucho honor y gloria
En la ciudad fué metido
Con los despojos al hombro,
Que daban del hecho indicio.
Yendo entrando d'esta suerte
Con tal triunfo y regocijo,
Sucedió un caso admirable,
Que por serlo será escrito,
Porque se acabe la historia
Qu'es el intento que sigo.
Horacio tenia una hermana,
Y esta tenia por marido
Uno de los Curiacios,
Que d'él quedaban vencidos;
La cual salió á ver el triunfo
Al hermano concedido,
Y puestos en él los ojos
Alegre del regocijo;
Y como sobre los hombros
Llevase el despojo habido,
Conoció entre los demas
De su marido el vestido,
Que dado le fué por ella;
Y así d'ella conocido,
Al punto soltó el cabello,
Y comenzó en alto grito
Llorando á llamar su esposo,
Culpando al cielo, y destino.
El vitorioso romano
D'esto haciéndose ofendido,
Arrebatado de ira
Y de cólera encendido,
Dió allí la muerte á su hermana
Porque lloraba al marido,
Diciendo: —Quéjate á él

D'esto y de tu desatino,
De tu amor desordenado,
Pues que pones en olvido
La muerte de dos hermanos,
Y la vitoria del vivo,
Y el bien de la cara patria,
Por llorar á su enemigo.—
Horacio fué luego preso,
Y en dura cárcel metido,
Y condenado á morir
Por el crímen cometido.
Queriendo ya ejecutallo
Con muerte dina al delito,
El padre entró en el Senado,
Diciendo :—Padres conscriptos,
¿Este galardon le dais
A quien os ha redimido
Echando el pesado yugo
Al albanes señorío?
No useis tal ingratitud
Con quien tanto bien os hizo:
Contentáos, que por la patria
Pierdo en un dia dos hijos,
¿Y á uno solo que me queda,
Que os libró cual habeis visto,
Quereis quitalle la vida
Por galardon del servicio?—
Esto les dice llorando,
Y el pueblo á piedad movido
Comenzó á pedir que fuese
Libre Horacio, y no ofendido;
Qu'el bien que les habia hecho
De cualquier premio era dino;
Que si libertad tenian,
Que por su mano les vino;
Que se la diesen al punto,
Perdonándole el delito,
Pues era fácil su yerro
Visto el grande beneficio.
Oyendo los senadores
Las voces del pueblo, y gritos,
Revocaron la sentencia
Y el auto ya proveido,
Dando á Horacio libertad
Y el premio á su honor debido.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

516.

TARQUINO PRISCO, REY DE ROMA.

(*De Juan de la Cueva.*)

Sin memoria de ser rey
Tarquino Prisco vivia
En Tarquinia, entre los tuscos,
De donde era su familia;
Vivia en humilde estado
Y tenido en poca estima,
Su claro nombre encubierto,
Su prudencia y valentia;
Que todas las buenas partes
La pobreza las eclipsa.
Tanaquil, su mujer, viendo
Quién eran, y cuál se vian,
Afligida de la suerte
Tan infame y abatida
En que estaban tan sujetos
A su fortuna enemiga,
Resuelta en buscar remedio
A la estrechez de su vida,
Que acabando su miseria,
Acabase su desdicha,
Tentó los medios posibles
Y las imposibles vías,
Por ver si por una ú otra
Fuese; porque en la fatiga
La necesidad esfuerza,
Y á los ingenios aviva.
Quiso, llegada á este extremo,
Seguir de su profecía
El curso, y saber del cielo
El fin que á su mal ponia,
Pues de sus altos misterios
Las cosas mas escondidas
Y mas ocultas al mundo,
Le eran claras y sabidas;
Que la gran naturaleza
A Tanaquil hacia digna,
Que comprendiese de ella
Lo que á nadie comunica;
Y tal poder tenia en todo,
Que todo le obedecia
Cuanto la tierra produce,
Y el centro esconde en su sima.
Al mar hacia no moverse,
Cuando en ella combatian
Los cuatro contrarios vientos,
Y mas fiero lo herian;
Hacia temblar la tierra,
Las plantas andar hacia,
Al sol que no se moviese,
Y verse acabado el dia,
Bajar el cielo á la luna
A cuanto saber queria.
Pues, estando un dia Tanaquil
Congojada y pensativa,
Consultó al secreto hado
Y alcanzó que se veria
Reina de Roma, y Tarquino
Su marido, el rey seria;
Mas hallaba que á Tarquino,
Le costaria la vida.
Esto reservó á su pecho,
Y de lo demas le avisa
A su marido, diciendo
Así, la gran profetisa.
—La miseria que nos sigue,
Hace ¡oh Tarquino! que viva
Cuidosa, y de este cuidado
Solo un punto no desista;
Y así buscando el remedio
Que nos ha huido y priva
La rigurosa fortuna,
Por una consulta astrígera,
Hallo que tu serás rey
De Roma, y su monarquía
Poseerás por largos años
En quietud libre y pacífica,
Por la muerte del rey Anco,
Que morirá en breves dias:
Ponte al momento en camino,
Que importa ser rey tu ida.—
Quedó Tarquino suspenso
De oir lo que profetiza
Tanaquil, y considera
Que Febo en su pecho aspira,
Y que no sin gran misterio
Era aquello que adivina.
En su saber confiado
Al hecho se determina,
Y puesto en camino al punto,
Despues de prolija via
Llegó á la gloriosa Roma,
Que el rey Anco poseia;
Y á la entrada de la puerta
Sucedió una maravilla:
Que un águila bajó á él,
Y quitándole de encima
El sombrero, se levanta
Con él, y en alto subida,
Remontándose en su vuelo,
Ya que se perdia de vista,
Volvió á bajar, y á ponelle
El sombrero, que le habia
Quitado de la cabeza,
No sin gran horror ni grima
De Tarquino; mas Tanaquil

Asi le dice y anima :
—Ya van mostrando los dioses
El fin de mi profecía,
Y te aparejan en Roma
El cetro y la real silla,
Pues el ave del gran Jove
A coronarte se inclina,
Porqu'el ponerte el sombrero
Esto solo significa.—
Entrando Tarquino en Roma,
El rey Anco, en su venida
Mostró alegre sentimiento,
Sus virtudes siendo oidas,
Su valor y su prudencia,
Su consejo y valentia;
Y así lo metió en su casa
Para lo qu'el hado urdia;
Que no ha menester camino
A quien el hado le guia.
Tarquino con el rey Anco
Favorecido vivia,
Creciendo en amor y gracia
Con él mas, cuanto mas iba.
Estando así, la cruel parca
Despojó al Rey de la vida,
El cual señaló á Tarquino
Por tutor y compañia
De los hijos, que dejaba,
No en edad, cual convenia
Para entrar en el gobierno,
Y romana monarquia;
En la cual Tarquinio electo
Tal modo tuvo y tal via,
Que fué nombrado por rey
De Roma, y rey se decia;
Y en este nombre y oficio
En gran descanso vivia.
Reinó cuarenta y dos años,
Y al cabo d'ellos, un dia
Los sucesores de Anco,
Viendo su gran tirania,
Y que por él despojados
De su reino, padecian
Necesidad, acordaron
De quitalle el reino y vida:
Y así le dieron la muerte
Librando su patria y silla,
Cumpliéndose de Tanaquil
Su mujer, la profecía,
Que seria rey de Roma,
Y por ello moriria.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

517.

EL CADÁVER DE SERVIO TULLO, HOLLADO POR SU HIJA.

(De Juan de la Cueva)

Muerto dejaba Tarquino
A su suegro Servio Tullo,
Que la codicia del reino
Al cruel hecho lo dispuso.
Quedaba muerto en la calle
Sin que le diese ninguno,
Por amor ó reverencia,
Al real cuerpo sepulcro.
¡Duro y miserable caso!
¡Caso miserable y duro,
Que pudiese la codicia
Dar la muerte á un rey tan justo,
Y con tanto abatimiento
A quien tanta virtud tuvo!
¡Oh desengaño, al engaño
De aqueste engañoso mundo!
Claro y evidente ejemplo
Que no hay estado seguro,
Pues vemos al rey de Roma
En una calle difunto,
Entre su sangre revuelto,
Que ni su potencia pudo,
Ni su piedad ni justicia
Librallo del trance crudo.
Tendió sus alas la fama
Sus lenguas prestando al vulgo;
Esparcióse el caso horrible,
Tan triste como fué injusto;
Llegó la noticia á Tulia,
Hija del rey Servio Tullo,
Mujer del que le dió muerte
Siguiendo el acuerdo suyo;
La cual llena de fiereza,
Sobre un carro subió al punto,
Y al barrio Ciprio encamina,
Donde el cuerpo quedar supo,
Instigado el fiero pecho
De las furias del profundo,
Qu'el carro le apresuraban
Al hecho infame y oscuro,
Que al mundo causó terror
Y en crueldad fué sin segundo;
Porque llegando á do estaba
El padre de alma desnudo,
Cubierto de sangre y polvo,
Tendido en el suelo duro,
Mandó al que guiaba el carro,
Que por el cuerpo difunto
Lo pasase; el cual movido
A piedad, las riendas tuvo
Tirantes con ambas manos,
Lleno de espanto y confuso;
Y lastimado del hecho,
A otra parte volvió el curso.
Mas la inhumana mujer,
Que tal piedad le desplugo,
Quiso del carro arrojallo,
Y sobre el eje se puso
Instigando los caballos,
Que huyendo el fiero insulto
Se retiraban atras
Bufando; mas al fin pudo
Mas la violencia inhumana,
Que la piedad de los brutos;
Que por encima del cuerpo
Una vez, y otra los trujo,
Y con las herradas ruedas
Despedazándolo anduvo,
Hasta que miembro por miembro
Todo desmembrado estuvo.
Luego que la cruel Tulia
Satisfecha su ira tuvo,
Se apeó y cogió la sangre,
Y sin detenerse un punto
A sus lares se la lleva
Y á su marido perjuro,
Dando ejemplo esta cruel hembra
De ser la mas cruel del mundo,
Y que tan horrible ejemplo
Fuese á las gentes oculto.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

518.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Tulia, hija de Tarquino
Qu'en Roma rey residia,
Viendo aquesta mala hembra
Qu'el padre mucho vivia,
Por codicia de reinar,
Que otro sucesor no habia,
A su padre hizo matar
A puñaladas un dia.
Matáronle en una calle,
Y en medio el suelo yacia.
Tulia, yendo con su carro,

Como siempre ir solia,
Uno le trujo las nuevas,
D'ellas recibió alegría:
Quiso pasar por do estaba,
Porque aun no lo creia.
Los caballos que tiraban
Cada cual se retraia;
Tambien de vello, espantado
L'auriga que los regia
Comovido de piedad
Por otra parte los guia,
Porqu'el Rey no fuese hollado,
Y que acato merecia.
Tulia con voces supremas
Al auriga persuadia
Que pasase encima d'él
Y no torciese la via.
En fin, encima del padre
Pasó el carro cual venia.
¿Quién vido tanta crueldad,
Ni cual Dios la consentia?
¡Una hija que á su padre
Desmembralle le queria!

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

519.

TARQUINO Y LUCRECIA.

(*Anónimo* [1].)

Aquel rey de los romanos
Que Tarquino se llamaba,
Namoróse de Lucrecia
La noble y casta romana,
Y para dormir con ella
Una gran traicion pensaba.
Vase muy secretamente
Adonde Lucrecia estaba.
Cuando en su casa lo vido
Como á rey lo aposentaba:
A hora de media noche
Tarquino se levantaba;
Vase para su aposento,
Adonde Lucrecia estaba,
A la cual halló durmiendo,
De tal traicion descuidada.
En llegando cerca d'ella
Desenvainó su espada,
Y á los pechos se la puso;
D'esta manera le habla:
—Yo soy aquel rey Tarquino
Rey de Roma la nombrada;
El amor que yo te tengo
Las entrañas me traspasa:
Si cumples mi voluntad
Seras rica y estimada,
Si no, yo te mataré
Con esta cruel espada.
—Eso no haré yo, el Rey,
Si la vida me costara;
Que mas la quiero perder
Que no vivir deshonrada.—
Como vido el rey Tarquino
Que la muerte no bastaba,
Acordó d'otra traicion;
Con ella la amenazaba.
—Si no cumples mi deseo
Como yo te lo rogaba,
Yo te mataré, Lucrecia,
Con un negro de tu casa,
Y desque muerto lo tenga
Echarlo he en la tu cama;
Yo diré por toda Roma
Que á ambos juntos os tomara.—
Despues qu'esto oyó Lucrecia,
Que tan gran traicion pensaba,
Cumplióle su voluntad
Por no ser tan deshonrada.
Cuando Tarquino hubo hecho
Lo que tanto deseaba,
Muy alegre y muy contento
Para Roma se tornaba.
Lucrecia quedó muy triste
En verse tan deshonrada:
Enviara muy aprisa
Con un siervo de su casa
A llamar á su marido,
Porque allá en Roma s'estaba.
Cuando ante sí lo vido
D'esta manera le habla.
—¡Oh mi amado Colatino!
Ya es perdida la mi fama,
Que pisadas de hombre ajeno
Han hollado la tu cama.
El soberbio rey Tarquino
Vino anoche a tu posada:
Recibíle como á rey,
Y dejóme violada.
Yo me daré tal castigo
Como adúltera malvada,
Porque ninguna matrona
Por mi ejemplo sea mala.—
Estas palabras diciendo
Echa mano de una espada,
Que muy secreta traia
Debajo de la su halda,
Y á los pechos se la pone,
Que lástima era mirarla.
Luego allí en aquel momento
Muerta cae la romana.
Su marido que la viera
Amargamente lloraba:
Sacóle de aquella herida
Aquella sangrienta espada,
Y en la mano la tenia
Y á los sus dioses juraba
De matar al rey Tarquino
Y de quemalle su casa.
En un monumento negro
El cuerpo á Roma llevaba,
Y púsola descubierta
En medio de una gran plaza.
De los sus ojos llorando,
De la su boca hablaba.—
¡Oh romanos, oh romanos,
Doleos de mi triste fama,
Qu'el soberbio rey Tarquino
Ha forzado esta romana!
Y por esta gran deshonra
Ella misma se matara.
Ayudadme á la vengar
Su muerte tan desastrada.—
Desque aquesto vido el pueblo
Todos en uno se armaban,
Y vanse para el palacio
Donde el rey Tarquino estaba,
Danle mortales heridas
Y quemáronle su casa.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] ¿Pertenece este romance á la clase de los que componian los juglares?

EPOCA DE LA REPUBLICA ROMANA HASTA LAS GUERRAS PUNICAS.

520.

MUCIO ESCÉVOLA ANTE PORSENA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Porsena, rey poderoso,
A Roma cerco ponia;
Gran tiempo estaba cercada,
A romanos mal venía.
Mucio, muy noble romano,
Deliberado tenia

Morir, ó matar al Rey,
Y librar su patria misma.
Licencia pidió al Senado,
Luego le fué concedida :
Al Tiber pasó nadando,
Al real llegado habia.
Al sacerdote del Rey
Que purpúrea ropa vestia,
Creyendo que fuese el Rey
Dado le ha mortal herida.
Mucio fuera luego preso,
Y ante el Rey se traia.
— ¿Quién eres, dijo, mancebo? —
Mucio luego respondia :
— Ciudadano soy romano,
Mucio es mi nombradia,
Que yo como tu enemigo
Como á tal matar queria.
No creas que terné, Rey,
Ni que á mí me falleccia
Ménos ánimo al morir
Que para quitar tu vida;
Que sufrir cosas mas fuertes
A romanos convenia;
Ni creas que yo sea solo
En hacer lo que yo hacia,
Que de Roma son salidos
Mancebos en demasía,
Que procuran con tu muerte
Ganar fama muy cumplida —
Porsena lo amenazaba;
Dijo que lo quemaria
Si no le decia verdad,
Y alguna cosa encubria.
Mucio extendiera su mano,
Y en un fuego la metia;
Toda la dejó quemar,
Y al Rey ansí le decia :
— Tú puedes ver y sentir
Cuán poco su cuerpo estima
Todo hombre que procura
Ver gran gloria y conquerirla. —
Viendo el Rey su gran constancia,
De sobre Roma partia;
Hizo paz con los romanos;
Gran temor cobrado habia :
Dijo : — Vete, Mucio osado,
Que yo cierto juzgaria
Si se hiciera por mi patria
Lo que por la tuya hacias,
Quedar d'eso gran memoria
De tu virtud tan cumplida.—
Envióle para Roma,
Que muy bien lo recebia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.

521.

HECHO DE CLOELIA, VÍRGEN ROMANA, ESTANDO EN REHENES DE PORSENA.

(*De Juan de la Cueva.*)

Cloelia, vírgen romana,
Siendo dada al rey Porsena
Por rehenes de seguro,
Y otras vírgenes con ella,
Viéndose en el campo Etrusco
Entre la gente de guerra,
Lugar, cual juzgo, indecente
Para estar en él doncellas,
Juntando á las de su patria,
Así las dijo Cloelia :
— Vírgenes, honor de Roma,
En quien resplandece Vesta,
Ya veis el riesgo en que estamos
De perder la gloria nuestra,
Pues entre libres soldados
Nos vemos, y entre armas puestas,
Sin hacer ningun efeto,
Mas que esperar nuestra ofensa,
La cual quiero que evitemos
Si la mujeril flaqueza
Dejais, y con pecho fuerte
Me seguis á un alta empresa,
Que despues de hacernos libres
Nos promete gloria eterna,
Y es, que en faltando el sol claro,
Y viniendo la tiniebla,
Nos arrojemos al Tiber,
Pues pisamos su ribera,
Y nadando, á nuestras casas
Nos vamos d'esta manera.—
Como Cloelia lo dijo,
Fué concedido por ellas,
Y en viendo que en sombra oscura
La clara luz fué cubierta,
Y que las celestes formas
Acompañaban á Delia,
Con ánimo varonil,
Y con prudente cautela
Engañaron á las guardas,
Y salieron de sus tiendas,
Y al patrio Tiber llegando,
Al hecho heróico dispuestas,
Siguiendo á Cloelia todas,
Todas al agua se entregan;
Y de la necesidad
Forzadas, sacando fuerzas,
Rompiendo las prestas ondas,
Todas una escuadra hechas,
Cual ir suelen las Nereides
Sobre las ondas revueltas,
Tales iban las romanas
Consiguiendo la alta empresa,
Del sacro rio ayudadas,
Que poco á poco las lleva,
Refrenando el veloz curso
Les abrió carrera cierta,
Por donde entrasen en Roma
Triunfando, de gloria llenas.
Sabido el extraño caso,
Envió luego Porsena
A Roma sus mensajeros
A demandar á Cloelia,
Como a la mas principal
En su recebida ofensa,
O que quebraria las paces,
Que cesar hacian la guerra,
Ni el cerco les alzaria
No dándole la doncella.
Roma, oyendo la embajada,
A Cloelia les entrega,
Que al rey Porsena la lleven,
Que haga á su gusto d'ella,
Hora dándole castigo,
O asolviéndola de pena.
Así los embajadores
De Roma parten con ella,
Dejando á todos envueltos
En lágrimas y querellas.
Llegaron do el Rey estaba
Deseando la respuesta
De Roma, en lo que pedia,
Y á Cloelia le presentan,
Que sin perder el color
Ni alterarse, estuvo queda
Con semblante honesto y fuerte,
Puestos los ojos en tierra.
Porsena, desque la vido
Tan hermosa y tan honesta,
Admirado de ambas cosas
Y mas de su fortaleza,
Dijo : — Mas gloria te debe
Roma á tí, que á Mucio Scévola,
Y mayor fué tu hazaña,
Y dina de mayor cuenta;
Y así quiero, pues es justo,

Que de premio no carezca,
Y ser yo el que galardone
Una hazaña tan nueva,
Porque loando tu esfuerzo,
Se loe mi recompensa;
Que la virtud pide premio,
Y es sin virtud quien lo niega.—
Y así, traer mandó luego
Delante de su presencia
Las mas doncellas, que estaban
Por rehenes, y ante él puestas,
Le dice: —Cloelia, escoge
Las que mas gustares d'estas,
Que yo te las quiero dar
Para que á Roma las vuelvas.—
Cloelia puesta á sus piés,
Casi á besárselos llega,
Y con alegre semblante
La real merced aceta,
Y de todas las romanas
Que estaban delante d'ella,
Las mas mozas fué apartando
Temiendo que estando opresas,
Y en poder de los contrarios,
Podrian hacer ofensa
A su honor, mas fácilmente
Que no las de edad entera,
Que se guardarian mejor
Teniendo mas experiencia:
Y habiéndolas apartado,
Le dió licencia Porsena,
Para que se fuese á Roma
Con ellas, y ellas con ella;
Que llegando al patrio muro,
Fuéron con alegre fiesta
Recebidas, y en gran triunfo
Metida en Roma Cloelia.
Y porque fuese su nombre
Eterno, y su gloria eterna,
De bronce hicieron su imágen,
Y sobre un caballo puesta,
Fué puesta en la Via Sacra
Adonde todos la vean,
Y alabando su virtud,
Su fama hagan perpetua.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

522.

CAMILO LIBRA Á ROMA, SITIADA POR LOS GALOS.

(De Juan de la Cueva.)

Del patrio romano muro
De ira ardiendo el fuerte pecho,
Avergonzado y corrido,
Congojoso y de ansias lleno,
Se sale Furio Camilo,
Quejándose al justo cielo
Porque en medio del Senado
Le acusó Lucio Apuleyo,
Que de la presa de Veyes
Usurpó mucho dinero.
D'esta falsa acusacion,
Su honor ofendido viendo,
Sin dar respuesta al Tribuno,
Ni al Senado satisfecho,
Como aquel que estaba libre,
Y de tal insulto exento,
Sin aguardar mas razones,
Sobre su caballo puesto
La via de Ardea toma
Cargado de pensamientos,
Revolviendo la injusticia,
Que se le hacia en esto,
Y cuán mal se le pagaba
El bien que á Roma habia hecho.
Yendo así, viendo alejarse
De su patria, llegó á un puesto
De donde el romano muro
Ver se podia aunque léjos.
En medio de sus congojas,
Revolvió al caballo el freno,
Y mirando á Roma, dice,
Los dos ojos de agua llenos:
—Patria ingrata á mis servicios,
De tí me aparto y destierro,
Que no es justo que en ti viva
Quien se ve en tal menosprecio,
Ni que se nombre romano
A quien Roma da tal premio;
Queda do no vean mis ojos
Mas tu Capitolio excelso,
Ni mis brazos te defiendan,
Ni mis piés pisen tu suelo.
Quédate, ¡oh ingrata Roma!
Quédate, ingrata, en tu yerro,
Y los dioses te castiguen,
Y ellos te traigan á tiempo
Que á Marco Furio Camilo
Busques para tu remedio.—
Resonó á este punto el aire,
Confirmando Jove inmenso
La plegaria de Camilo,
Con un prodigioso trueno,
Que de la Occidental parte
Oido fué en el momento
Que Camilo dió la vuelta
Su camino prosiguiendo.
Estando en aqueste estado
Roma en felice sosiego,
Los fuertes galos bajaron
De Galia al Hesperio reino,
Trayendo por su caudillo
Y cabeza al fuerte Breno,
Que despues de otras hazañas
Pusó sobre Roma cerco,
Ganando por fuerza de armas
Sus fuerzas, y entrando el pueblo
Que tenia á todo el mundo
Con las suyas puesto miedo,
Y agora lleno de espanto
Estaba su daño viendo
Desde el alto Capitolio
Sin hallar ningun remedio
Para los de dentro ir fuera,
O los de fuera entrar dentro,
Que cercados de enemigos
Se lo defendian con hierro.
Puestos en esta afliccion,
Los romanos proveyeron
Que á la ciudad de Ardea fuese
Enviado un mensajero
A Marco Furio Camilo,
Que viniese á defendellos,
Nombrandolo dictador
Y alzándolo su destierro.
Como d'éllos fué acordado,
En obra luego fué puesto,
Y á Camilo dado aviso
Del caso y romano aprieto;
Que certificado bien
Que de un general acuerdo
Lo llamaban y elegian
Los senadores y el pueblo,
Movida la ilustre alma
A piadoso sentimiento
De ver su patria ofendida,
Y puesta en tan duro extremo,
Olvidado de su ofensa,
Tuvo aquí su honor en ménos;
Que el ánimo generoso
No se venga en mal ajeno,
Qu'el perdonar las injurias
Se tiene por mas efuerzo;
Cual el valiente Camilo,
Su ofensa en ménos teniendo,
Que la ofensa que hacia

A su patria el frances fiero,
Sin diferir su partida
A Veyes se fué al momento,
Donde le estaba aguardando
De romanos el ejército,
Que ordenado y puesto al arma
Para Roma partió luego
Con la priesa que pedia
Su afrentoso y triste estrecho.
Los oprimidos romanos
Viéndose ya tan opresos,
Que teniau por imposible
Remedio, dalles remedio,
Trataron con los franceses,
Y con su caudillo Breno,
Que por mil pesos de oro
Alzasen de Roma el cerco.
Llegado el dia del plazo,
Para acabar el concierto,
Publio Sulpicio, tribuno
De Roma, salió al efecto,
Y con el frances caudillo
Sentado, el frances dio un peso
Para que el oro pesasen,
Muy diferente en el peso
Del que usaban los romanos;
Y no consintiendo en ello
El romano, se detuvo
De pagar, diciendo á Breno,
Qu'él no pensaba pagalle
Por aquel peso el dinero.
El arrogante frances
Ensoberbecido d'esto,
Sacó la espada furioso,
Lleno de ira y despecho,
Y en la balanza la puso
Con soberbia voz diciendo:
—De los vencidos romanos,
No escape ninguno d'ellos.—
Replicándole el Tribuno
Sobre ello, y él respondiendo,
Sin conformarse los dos,
Ni dar fin á su concierto,
Estando mil voces dando
El romano y frances fiero,
Llegó el dictador Camilo,
Y en medio de todos puesto,
Mandó levantar el oro,
Que puesto tenian en medio,
Diciéndoles á los galos,
Que se retirasen luego,
Que Roma no acostumbraba
A hacer concierto tan feo.
Breno respondió á Camilo,
Que se le diese primero
El oro que por rescate
Los romanos prometieron.
El Dictador respondió,
Que los pactos sin él hechos,
Qu'era dictador de Roma,
Eran de ningun efecto;
Que apercibiesen las armas,
Con que se acabase aquello,
Pues ellas satisfarian
La falta de los conciertos.
No dió respuesta el frances,
Ni pudo; mas revolviendo
Comenzó á ordenar su gente
Las armas apercibiendo.
El romano acudió al punto
Apercibiendo lo mesmo,
Y viendo su gente en órden
Dijo, en medio d'ella puesto:
—Este es el dia, romanos,
Que ha de ser por vos deshecho
El agravio hecho á Roma
Con infamia y menosprecio,
Y que ha de recuperarse,
No con oro, mas con hierro,
Vuestra patria sojuzgada
Del enemigo soberbio.
Alzad, romanos, los ojos,
Mirad los sagrados templos
Do se sirven vuestros dioses
Profanados hora d'estos:
Mirad allí vuestras casas,
Mirad vuestros padres viejos;
Mirá allí vuestras mujeres,
Y allí vuestros hijos tiernos,
Que á la gálica prision
Inclinan los flacos cuellos,
Si no fuesen defendidos
Por el alto valor vuestro.—
En diciendo esto, Camilo
Fué su hueste disponiendo
Cual la ocasion demandaba
Para salir con su intento.
Tocan los galos al arma,
Y con bárbaro denuedo
Representan la batalla
Confiados en su esfuerzo,
Y en la innumerable suma
De su poderoso ejército.
Los invencibles romanos
Con mas órden y concierto
Arremeten á los galos,
Y entre sus armas revueltos
Comienzan la lid horrible
Cubriendo de sangre y muertos
El suelo, que un punto ántes
Redimian con dinero:
Y los que llenos de orgullo
Al mundo ponian en miedo,
Y osaron cercar á Roma,
Y ponella en tanto aprieto,
Rendidos al vil temor
Dejan el campo huyendo,
Unos cayendo sobre otros
Y otros sobre estos cayendo;
Arrojando aquí la espada,
Y acullá dejando el yelmo;
Haciendo el huir infame
En su peligro el remedio;
Como si por ser cobardes
Fueran de la muerte exentos:
Lo cual sucedió al contrario
A los franceses soberbios,
Que siguiéndoles la gente
De Rómulo, en poco tiempo
De trescientos mil franceses
No quedó hombre vivo d'ellos,
Que pudiese dar la nueva
En Francia de aquel suceso.
Los victoriosos romanos
Ante su caudillo puestos,
Acabado ya el combate,
Comienzan en claro acento
A decir: — ¡Viva Camilo,
Padre del romano pueblo,
Segundo fundador suyo
Despues de Rómulo eterno! —
Esta voz crecia entre todos
Cercados d'él, y él en medio,
Y al desterrado de Roma
En triunfo le meten dentro.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

523.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

Los galos entran por Roma,
Muy sangrienta la su espada
De los romanos que han muerto
Junto d'ese rio Alia.
Los que dentro d'ella habia,

Que ningun mal receiaban,
Por no saber que su gente
Ha sido desbaratada,
Por estar tan sin cuidado
Los galos los maltrataban;
Discurren por toda Roma,
Entran por todas las casas,
Degüellan los senadores,
Ninguno d'ellos escapa.
Los plebeyos y patricios
Toman muerte desastrada;
Matrona no queda á vida,
Sus hijos todos los matan:
Los siete montes resuenan
Los gritos que todos daban;
Las calles de toda Roma
Sangre todas las bañaba.
A Tíber corre la sangre,
Sus aguas las coloraban,
Porque si los cuerpos quedan,
Las cabezas les cortaban.
Ponen por toda ella fuego,
Muy temerosa es la llama;
Abrasóse casi toda,
En ceniza se tornaba.
Es tanta la crueldad,
Que en el mundo par no halla.
Acógense al Capitolio
Los que mas sueltos se hallan
Para se salvar allí,
Por ser de fuerte muralla,
Y porque es la mayor fuerza
De Roma, y mas señalada;
Que si el Capitolio pierden
Ninguno d'ellos quedara.
Los galos con gran braveza
Dentro á todos los cercaban;
Mas los mancebos romanos
De allí salen con las armas;
Fieren muchos de los galos,
Y á otros muchos mataban:
Los galos como son muchos
En dos bandos se apartaban;
Unos guardan los cercados,
Otros con crecida saña
Quieren conquistar las tierras,
Que á Roma son mas cercanas.
A Ardea habian llegado,
Adonde Camilo estaba
Desterrado, muy sin culpa,
Que el Senado lo mandaba.
Camilo, como esforzado,
A todos los animaba:
Para contra los franceses
Todos apellidan armas.
Saltéanlos en los campos,
Infinitos d'ellos matan,
Igual hacen los veyentos
Y romanos que allí estaban.
Todos al fuerte Camilo
Por capitan lo criaban;
Y el capitan, como diestro,
Que la guerra ejercitaba,
Tomara todas las gentes;
Para Roma caminaba
En contra de los franceses
Que el Capitolio cercaban.
Partido estaban haciendo
Cuando Camilo llegaba,
Que porque les dejen libres
Mil libras de oro les daban.
El oro se está pesando,
Y un frances con mucha saña
Dijo que queria le diesen
Tanto oro como pesaba
Su espada, que allí tenia,
Y que si no se lo daban
No dejaria uno á vida
De los que vivos fincaban.
Camilo, con grandes voces
A los suyos animaba:
—Feridlos, los mi romanos,
Librad vuestra misma patria,
Vengad á los senadores,
Y padres que os engendraran,
Y vuestros hermanos muertos
Que su sangre lamentaban.
Venguemos á nuestros dioses,
Que en los templos los quemaban;
Tambien á esa diosa Vesta,
Que por nos es adorada,
Y á Rómula nuestra madre,
Que en ceniza está tornada.—
Esforzados los mancebos
Con estas tristes palabras,
Arremeten á los galos,
Que d'esto no recelaban.
Firiendo iban sobre ellos,
Con crecida y crüel saña:
Todos los habien vencido,
Ninguno vivo quedaba.
Vengaron su gran injuria,
Su soberbia quebrantaran;
Quemaron todos los galos,
En cenizas los tornaban.
Habida tan gran victoria,
Roma se redificara;
Por Camilo el capitan
La su nobleza cobrara.
Si Rómulo fué el primero,
Que aquesta ciudad fundara,
Camilo la diera el sér
Cuando mas perdida estaba:
Mas le debe á este que á aquel,
Pues de nuevo la poblara.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

[1] En este romance se ve que el poeta dirigia su imaginacion hecho dueño del asunto, y sin seguir servilmente, como en otros, el texto y relato de las viejas crónicas. Aunque lleva el nombre de Sepúlveda, mas parece pertenecer á la clase de los de los juglares.

524.

CERCO DE ROMA POR CORIOLANO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Los volscos toman las armas
Contra el Imperio Romano,
Haciendo su capitan
A Marcio Coriolano,
Que desterrado de Roma,
D'ellos le fué dado amparo,
Y en su ciudad recibido
Como propio ciudadano.
El cual hecho capitan
Contra su patria, en el campo
Puso su gente, y camina
Con denuedo y valor alto
Saqueando los lugares
Que estaban por sus contrarios,
Metiendo en ellos los volscos
Y lanzando á los romanos.
A cinco millas de Roma
Con su real hizo alto,
Do destruia y talaba
Los campos y los sembrados;
Solos los de los patricios
Reservando de aquel daño,
Que así mandó por su edito
De nadie fuesen tocados.
Los romanos se aperciben
Para el riguroso asalto;
Pertrechan de gente el muro,
Cierran puertas, tapan pasos,
Guarnecen torres y fuertes
Las armas aparejando.
Crece el furor con el miedo,

La ira con el espanto,
Cesan las causas civiles,
Los oficios y los tratos;
Dejan las togas de paz,
Abren el templo de Jano.
Los senadores acuerdan,
Su necesidad mirando,
De enviar embajadores
A Marcio Coriolano
Para tratalle de paz,
Si valiese con él algo.
Dado entre ellos este acuerdo,
Le envian luego legados,
Que puestos en su presencia,
En proponiéndole el caso,
Respondió: — Volvéos, amigos,
Y decí á vuestro Senado
Que si los romanos tornan
Las haciendas y los campos
Que les tienen á los volscos
Injustamente tomados,
Que á tratar vengan de paz:
Donde no, será excusado;
Que pues en ellos hallé,
Cuando fui de Roma echado,
Piadoso acogimiento,
Y en mi destierro su amparo,
Los tengo de defender
Hasta morir ó vengallos. —
Con esta respuesta fuéron
Los mensajeros romanos,
Y siendo dada, los padres
Volvieron á despachallos
Con la demanda primera,
Y al real siendo llegados,
La entrada se les negó
Sin querer Marcio escuchallos.
Salieron los sacerdotes,
Visto aquesto, aderezados,
De pontifical vestidos,
Con sus dioses en las manos,
Demandándole la paz;
Y á sus pies arrodillados,
Con lágrimas se la piden;
Mas el romano ostinado
Los despide, sin que acete
Lo que le pedian llorando,
Ni su obstinacion moviese
De su propósito bravo.
Veturia, viendo el temor
Del pueblo, y el triste llanto,
La ruina y cierta muerte
Que le estaba amenazando,
Quiso ver si el ser su madre
Le haria mover en algo,
Y que pudiese su ruego
Lo que no podian las manos.
Y así llamando á Volumnia,
Su mujer de Coriolano,
Con otras muchas matronas
Se van al real contrario.
Ya que d'él llegaron cerca,
Siéndole avisado á Marcio,
Que su madre y su mujer
Estaban dentro en su campo,
Saliólas á recibir,
Y ante ellas siendo llegado
Quiso abrazar á su madre,
Y ella lo impide así hablando:
—Primero que tal consienta
Que á mí me toque tu abrazo,
Quiero saber si he venido
En tan miserable paso,
A ver hijo, ó enemigo,
Y que se me diga claro,
Si tu madre está cativa
En poder de tus soldados,
Pues me ha traido mi suerte,
Y el haber vivido tanto,
A ver que te desterrasen,
Y á verte nuestro contrario,
Y que así contra tu patria
Hayas levantado el brazo.
¿Cómo pudiste estragar
La tierra que te ha engendrado?
Cómo en tí duró la ira,
A sus términos llegando?
Cómo no te enterneciste
Viendo á Roma, y suspirando
Dijiste en tu corazon,
Roma, el mio te he dejado,
Que mi casa queda en tí,
Y mis dioses soberanos,
Mi dulce mujer y hijos,
Mis amigos y llegados,
Y la triste, que en su vientre
Me trujo para este daño,
Y que vea al que parió,
Ser de su patria tirano,
Que sin respeto ni amor
Hace en ella tal estrago?
Vuelve en tí, mira mi afrenta,
Que es tuya, y tuyo mi agravio:
Mira tu mujer y hijos
Al yugo infame entregados,
O á perpetuo cativerio,
Si vas con tu intento al cabo;
O con muerte vergonzosa
Serémos todos tratados;
Y esto te obligue á mover
De un propósito tan malo.—
Poniendo Veturia fin
A su razon, el Romano
Con amor y reverencia
Al cuello le echó los brazos,
Diciendo: — Tu mandamiento
Ha hecho tu pueblo salvo;
Que el mundo no fuera parte,
Ni de Júpiter los rayos,
Que todo no fuera al fuego,
Y al duro hierro entregado,
Porque supieran quiénes
Desterrar un ciudadano,
Sin justicia ni clemencia,
Con rigor tan inhumano. —
Tornando á abrazar su madre,
Y á su mujer suspirando,
Despidiéndose de todas
Hizo luego alzar el campo.
Volviéronse las romanas
A Roma, y todo el Senado
Salió, y el pueblo con danzas
La hazaña celebrando,
Y para que fuera eterna,
Un templo fué edificado
En nombre de la Fortuna,
Poniendo su simulacro
En figura de mujer
Con una bola en la mano,
Por honra de las mujeres
Que su ciudad les libraron.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

525.

AL MISMO ASUNTO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega [1].)

Apretada tiene á Roma
El valiente Coriolano,
De los volscos capitan
Aunque de nacion romano,
A quien el Senado habia
Ofendido y agraviado,
No mirando sus servicios
Condignos de mejor pago;
En cuyo lugar le entregan

Al rudo pueblo indignado,
Para que se satisfaga
De él en un pequeño agravio,
De que un monton popular
Formó queja en el Senado.
Puesto que fué en su poder,
De Roma le desterraron;
Fuése á los volscos, de quien
Fué recibido y honrado,
Aunque de él en mil batallas
Recibieron grandes daños.
Hácenle su general,
Y de la ocasion gozando,
Ponen cerco estrecho á Roma,
Habiendo talado el campo,
Y en tanta necesidad,
Con hambre y duros asaltos,
Que fué forzoso salir
Mucha parte del Senado
A rogar se contentase
Con lo hecho Coriolano,
Y que no quisiese nombre,
Contra su patria, de ingrato:
A cuyo humilde pedir
Tuvo el oido tapado,
Resuelto en que á destruirla
Estaba determinado.
Salieron los sacerdotes,
Cuya demanda fué en vano;
Lo cual viendo las matronas
En cas de Veturia entraron,
Dulce y respetada madre
Del capitan indignado,
En descompuesto escuadron,
Llorosas quejas sembrando,
A pedir que con Volumnia,
Su nuera, y sus hijos caros,
Vaya con humilde ruego
A evitar el comun daño.
Fuéron, y como llegasen,
Veturia dijo temblando
Ante su hijo postrada,
Descubierto el pelo cano,
La marchita faz llorosa,
Con las manos fatigando:
—¿Pregunto si como madre
Vengo á hablarte, hijo ingrato,
O como mujer captiva
Ante el temido contrario?
¡Por cierto á mi edad cansada
Hacen los hados agravio,
Que para esto han permitido
Que viva Veturia tanto,
Y para ver por su hijo
De su patria el fiero estrago!
¿Quies ver tus hijos captivos
Y tu casa puesta á saco?
¿Y á voluntad tu mujer
De un deshonesto soldado?
¿Y á la madre que te trujo
En sus entrañas guardado,
Que venga á ser á tu vista
Esclava de tus esclavos?—
Tuvieron estas palabras
Tanta fuerza, que bastaron
A hacer que el estrecho cerco
Levantase Coriolano,
Diciendo: —Madre, venciste,
Aunque con mi afrenta y daño;
Y fué ansi, que de su reino
Los volscos le desterraron.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias &c.*)

[1] Romance mucho mejor que el anterior, y que prueba que el poeta que lo compuso excedia infinito al Señor Juan de la Cueva.

526.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo*[1].)

De la famosa ciudad,
Terror del mundo y espanto,
Sale á cumplir su destierro
El valiente Coriolano.
Mil justas quejas esparce
Por el aire puro y claro;
Que saca lenguas de quicio
La fuerza de los agravios.
—¡Oh madrastra ingrata! dice,
¡Oh servicios mal premiados,
Riesgos mal agradecidos,
Mal conocidos trabajos,
Sangre inútil mal vertida,
Mal hijo, aunque no tan malo
El que por su madre pone
La vida y sér que le ha dado!
Al rudo vulgo me diste,
Entregásteme á un villano,
Que me arrancó de tus pechos
Con destierro acerbo y largo.
Pésame de que me obligues
Quizá á tratar de tu daño;
Que aunque no es descargo entero,
No deja de ser descargo.
¡Viven los eternos dioses,
Que pues tan mal lo has mirado,
Que has de ver que patria ingrata
Hace vasallos ingratos!—
Calló y el camino toma
De los volscos arriscados
En quien varias veces hizo
Duros, sangrientos estragos.
Recibenle alegremente
Con grande pompa y aplauso,
Y por general le nombran
Para venganza del caso.
Despuéblase la ciudad,
De labradores los campos,
Miden las vibrantes picas,
Tientan los pintados arcos,
Cesan las civiles lites,
Las competencias cesaron,
Y solo del daño tratan
Del ambicioso romano.
Levanta ejércitos gruesos,
Y marcha con largo paso;
Estrecha con cerco á Roma,
Tala y abrasa los campos,
Poniéndola en tanto aprieto,
Con hambre y duros asaltos,
Que fué forzoso salir
El oprimido Senado
Con hábitos funerales,
Sin imperial aparato,
A pedir misericordia,
Su mal proceder culpando.
Oyólos el Capitan,
Mas fué su demanda en vano,
Que estaba la fresca injuria
A la venganza incitando;
A cuya humilde demanda
Tuvo el oido tapado,
Resuelto en que su ruina
Debia llevar á cabo.
Salieron los sacerdotes
Con sus dioses en las manos,
Con lágrimas y plegarias;
Pero nada aprovecharon.
Pues, notando las matronas
El poco fruto sacado
De aquellos y de estos ruegos,
De Veturia se ampararon,
Dulce y respetada madre
Del Capitan indignado,

En cuya casa llorosas,
En monton confuso entraron
A pedir que con Volumnia,
Su nuera, y dos hijos caros,
Vaya con materno ruego
A evitar el comun daño.
Fuéron, y como llegasen,
Veturia dijo temblando,
Ante su hijo postrada,
Descubierto el pelo cano,
Al pescuezo gruesa argolla,
Arrastrando negros paños,
La marchita faz llorosa,
Con las manos fatigando:
Preguntó —«¿Si como madre
Vengo á verte, varon claro,
O como mujer cautiva,
Ante el temido contrario?
¿Si te puedo llamar hijo,
Pregunto, ¡terrible caso!
O señor de una cuitada,
Que el sér que tienes te ha dado?
¡Por cierto á mi edad cansada
Hacen sinrazon los hados,
Que para eso han permitido
Que viva Veturia tanto,
Y para ver por su hijo
De su patria el fiero estrago,
Las vírgenes ofendidas
Y los templos profanados!
¿Quies ver tus hijos cautivos,
Y tu casa puesta á saco,
Y á voluntad tu mujer
De un deshonesto soldado?
¿Y la madre que te trujo
En sus entrañas guardado,
Que venga á ser á tus ojos
Esclava de tus esclavos?
De tu padre las cenizas,
De tus abuelos y hermanos,
Que en dulce quietud reposan
¿Quieres mezclar con extraños?—
Tuvieron estas palabras
Tanta fuerza, que bastaron
A hacer que el cerco estrecho
Levantase Coriolano,
Diciendo: — Madre, vencistes,
Aunque con mi afrenta y daño;—
Y fué así, que de su reino,
Los volscos le desterraron.—

(*Romancero general.*)

¹ Bien se echa de ver que este romance es algun tiempo posterior á los dos que le preceden, y que aunque calcado sobre ellos, tiene mas colorido poético, mas uncion, y participa de una galantería que le aparta mas de la verdad histórica en cuanto á las costumbres y sentimientos originales.

527.

VIRGINIA Y APIO CLAUDIO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Entre deseo y temor
Apio Claudio arde y suspira
Lleno de amorosas ansias
Por la hermosa Virginia,
De quien era desdeñado
Y tratado con tal ira,
Que jamas fué razon suya
Aceta, ni d'ella oida,
Teniendo en mas su pureza,
Qu'el contento d'esta vida,
Y que las ricas promesas
Qu'el amante le ofrecia.
Al decemviro romano
Viendo su ardor y fatiga,
Y que cuanto mas s'enciende,
Ella tanto mas se enfria,
Creciale mas el fuego,
Cuanto ella mas se esquiva.
Con este inmortal cuidado
Andaba de noche y dia,
Sin despedirlo un momento
Su cautiva fantasía.
Compelíalo el deseo,
Y el miedo lo reprimia,
La dignidad del oficio
Y lo que d'él se diria,
Y el afrentoso castigo,
Qu'el Senado le daria
Si quisiese hacer fuerza
A la que de sí lo priva.
En estas dificultades
Por mil cosas discurria
Que aunque eran dificultosas,
Fáciles le parecian;
Qu'el amor en lo imposible
Da remedios y abre vias,
Que lo que no puede ser
Para ser lo facilita.
Al fin se rindió al amor,
Y al daño se precipita,
Eligiendo por remedio
Lo que mas su honor lastima,
Y es. decille á Marco Claudio,
Un criado que tenia,
El fuego en que se abrasaba,
Contra el cual ya no podia,
Si no era con la muerte,
Remediarse, ó con Virginia;
Que la aguardase en la calle,
Y como d'él fuese vista
Al momento la prendiese
A voz de esclava huida,
Y la llevase á su audiencia,
Y qu'él determinaria
El conveniente remedio,
Viendo cómo sucedia.
¡Oh poderoso accidente,
Y cuánto puede el que evita,
Si hay alguno, tu furor
Que de toda razon priva,
Cual en Apio Claudio vemos
Que lo sujeta y derriba!
El diligente criado
Al hecho se determina,
Y así puesto en asechanza,
Vió acaso á Virginia un dia,
A la cual asió por fuerza
Diciendo ser su cativa,
Y llevóla al tribunal
Do su señor asistia;
Y puesto en medio del pueblo,
Que lo sigue, así decia:
—Justicia, Apio Claudio, pido,
Si á quien la tiene es debida,
Y préstame grato oido
Para oir bien mi justicia,
La cual si en ti me faltare,
Por la baja suerte mia,
La pediré á los del cielo,
Que á quien la niega castigan:
Aunque estoy muy confiado,
Que mi intento se consiga,
Por pedir justicia en él,
Y porque á ti la pedia;
Y con aqueste seguro
Digo el caso que me incita;
Y es, que la que ves presente,
Por quien todo el pueblo grita
Y se conmueve, cual ves,
A defendella y seguilla,
Es sierva mia comprada,
Y huye mi compañía,
Y sirve á señor ajeno
Y al señor propio no estima.
Pido se me restituya,

Pues es propia esclava mia,
Y se ponga en mi poder
Para que d'ella me sirva;
Que yo daré informacion,
La cual manda que se admita,
Y en contrario, d'esto apelo
Al Senado y su justicia. —
Dijo, y con grande sosiego
El rostro en el pecho inclina.
Apio Claudio mandó al punto,
Ante el pueblo que le oia,
Qu'en la carcel la pusiesen
Miéntras la probanza hacian;
La cual mandaba que fuese
Hecha dentro de tres dias,
Con intencion que en la cárcel
De ella á su gusto haria;
Mas Virginio, padre d'ella,
Viendo el negocio cuál iba,
Y qu'el injusto juez
A ofender su honor aspira,
En presencia de Apio Claudio,
Sin temor asió á Virginia.
Poniendo mano á un puñal
Al juez severo mira,
Diciendo así: — Con su muerte
No será su honra ofendida,
Ni podrás, con morir ella,
Dejar en la mia mancilla.—
Esto diciendo, furioso,
Ardiendo en honrosa ira,
Allí, delante de todos
Acabó la casta hija,
Y por que no le prendiese
El juez, que tras él iba,
Con el puñal en la mano
Por todos rompe y camina.
Esto divulgado en Roma,
El Senado al punto envia
A prender á Apio Claudio,
Siendo su maldad sabida,
Y la del fiero criado
Por diligente pesquisa.
Señalaron dos jueces
Para qu'el negocio sigan;
Y aclarada la verdad
A Virginio el padre citan,
Y dan por libre; el cual vino
Para oir de su justicia,
Que siendo mirada bien
Se da por definitiva
Conocida la maldad,
Que sin embargo las vidas
Quiten al siervo y señor,
Aunque en diferentes vias:
Qu'el señor, dentro en la cárcel
Muera, porque no se diga
Que en un regidor de Roma
Cupo tal alevosía;
Y al mozo públicamente
Adonde asió de Virginia.
Oyendo Virginio el auto,
Pide que sea mas benigna
La sentencia del criado,
Pues como siervo hacia
Lo que su señor mandaba,
Y así es justo ser mas pia.
Los jueces se lo otorgan,
Y mandan, que pues se inclina
A piedad con Marco Claudio,
Que su voluntad se siga,
Y en destierro se conmute
La sentencia de la vida,
Y el tenor de la sentencia
En el señor sea cumplida.
Parten luego á ejecutalla
Del modo que determinan
Los jueces, y Apio Claudio,
Que ya su muerte adivina,
Como el que sabía su culpa,
A morir se determina
Por su mano, ántes que verse
Puesto en poder de justicia;
Y así, sacando un cuchillo,
Fué de sí mismo homicida.
El Senado ordenó luego
Qu'el oficio que regía
Apio Claudio, acabe en él,
Y cuantos del mismo habia;
Y así los decemviratos
Acabaron aquel dia,
Que jamas los hubo en Roma
Por la muerte de Virginia.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

528.

EL NIÑO PAPIRIO.

(*Anónimo.*)

Halagando está á Papirio
Su madre, en cuanto podia,
Con mil niñerios dones
Que le daba y prometia,
Porque dijese en secreto
Lo qu'el Senado aquel dia
Con tanta instancia y silencio
En Roma tratado habia,
Porque con su padre entraba
Do el consejo se tenia.
El sabio niño negando,
La madre mas le inducia:
Viendo no valer halagos,
Mil amenazas le hacia.
Papirio por defender,
Burlando con osadía
A la instancia maternal,
Este engaño le fingia.
— Habeis de saber, señora,
Qu'el Senado proponia,
Viendo la necesidad
Qu'en la república habia
Que cualquier mujer casada,
Que hijos no poseia,
Otra vez pueda casarse.
Y esta ley instituia,
Porque tenga dos maridos
Que la empreñen á porfía. —
Pensó el muchacho que d'esto
La madre se burlaria;
Pero tomólo de veras,
Y aun dicho no se lo habia
Cuando á las otras matronas
Dió parte en el mismo dia.
Juntáronse algunas d'ellas
De mas tomo y fantasía:
Hicieron su peticion,
En la cual se repetia
Que la ley que proposaban
Admitir no se podia,
Y qu'entre castas romanas
Tal uso no se usaria.
Para haber de presentalla
Fueron á aguardar un dia
Qu'estaba el Senado junto,
Con Papirio en compañía.
Vista por los senadores
Tan loca demanda y fria,
Sin poderse retener,
Cada cual se sonreía,
Y así diéronles respuesta,
Qu'en ello se miraria.
Despedidas, el Senado
Pesquisas grandes hacia
Para saber aquel hecho
De qué causa procedia.
Levantárase Papirio,

Niño de gran osadía,
Y descubrió todo el caso
Que acontecido le habia.
El Senado viendo aquesto,
De nuevo allí concedia
Que ningun muchacho entrase
Do el consejo se tenia,
Sino tan solo Papirio,
Pues de sabio se regia.

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

EPOCA ROMANA DURANTE LAS GUERRAS PUNICAS.

529.

ANÍBAL JURA ODIO Á LOS ROMANOS.

(*De Juan de la Cueva.*)

Parte Amílcar de Cartago
De fiera saña encendido,
Confiado en su braveza,
Y de gente apercibido,
A poner la invicta España
Debajo de su dominio,
Y al cartagines Senado
Aplicar su señorío,
Protestando en alta voz,
Siendo de todos oido,
De arruinarla por el suelo
Sin dejar d'ella edificio,
Si no se daba á Cartago,
Sin defensa ni ruido;
Y de lanzar los romanos,
Que pretendian lo mismo,
Dándoles tan cruda guerra
Hasta haberlos destruido,
O que dejen libre á España,
Qu'es su principal desinio.
Determinado á la empresa
Pone su gente en camino;
Dan velas al manso viento,
Y al mar se entregan benigno:
Dales Eolo un blando austro,
Y Neptuno el mar tranquilo,
Con que llegaron á Cádiz,
Qu'era el puerto dirigido,
Con tan prósperos agüeros,
Cual siempre le habian seguido.
El capitan de Cartago
Viéndose en puerto surgido,
Y viendo lo que intentaba,
Y el negocio á que ha venido,
Grave, dudoso y extraño,
Teme, y no á su enemigo;
Mas lo que sucederá,
Y lo qu'él ha prometido
De poner el yugo á España,
Qu'el romano ha sacudido:
Y así quiere consultar
El suceso no sabido,
Con Hércules glorioso
En el templo á él ofrecido,
Tomándole por su amparo
Demandándole su auxilio,
Ofreciéndole en su nombre
Un solemne sacrificio.
Deja el puerto y vase al templo
A cumplir su intento pio,
Donde para la oblacion
Todo estaba proveido,
Juntas las reses, y el fuego
Pegado al teon de pino,
Ardiendo el piadoso encienso,
Respirando olor divino.
Dan al fuego codicioso
Los secretos intestinos,
Revestido el sacerdote,
Y en el alto altar subido
A ofrecer al grande Alcides
El inmolado ofrecido
Por el valiente Amilcár,
Que presente está y contrito,
Rodeado de los suyos
Y del pueblo todo unido.
Estando todos atentos,
Todo en sosiego sin ruido,
Aníbal, que está presente,
Que al fiero padre ha seguido,
Jóven tierno, aunque en esfuerzo
Ningun mayor le ha excedido,
Por toda la gente rompe,
Sin ser de nadie impedido:
Sube do está el sacerdote
Junto á Hércules divino,
Y en su venerable altar
El diestro brazo tendido,
Con el espada desnuda
Y el rostro descolorido,
Diciendo. — O cartagineses,
Pueblo de Marte escogido,
Que seguis el estandarte
De mi padre y su apellido,
A opresar la fiera España,
Que de nadie lo ha sufrido,
Y á destruir los romanos,
Y echarlos del señorío,
En cuya causa os prometo
De morir por ello mismo;
Y juro á los altos dioses
Y al gran Júpiter Olimpo,
A Télus y al gran Nereo,
Y al dios Marte encruelecido,
Y á las deidades del huerco,
Y por el caos entendido,
De ser en cuanto viviere,
De Roma crudo enemigo,
Y de sustentarle guerra
Todo el tiempo que sea vivo;
Y de ser contra Cartago,
No siguiendo lo que digo,
Juro de negar sus dioses
Sus ceremorias y ritos:
Para lo cual, gran Alcides,
Tu divino favor pido:
Tú qu'en la selva Nemea
Dejaste el leon vencido;
Tú que la hidra mataste,
Y al jabalí enfurecido;
Tú, que las infestas aves
Desterraste, y sin ruido;
Tú, que á Teseo libraste
Del lazo en que habia caido,
Y al trifauce Can horrible
Sacaste del huerco asido,
Sin otras cosas qu'en vida
Hiciste que aquí no digo,
Con que hubiste en vida gloria,
Y muerto fuiste divino;
Ayuda á cumplir mi intento,
En el cual me ratifico,
Y á jurar vuelvo ante tí,
Por este fuego encendido,
Por esta vítima y ara,
Por este fatal cuchillo,
De ser enemigo eterno
De los romanos que he dicho.
En diciendo esto Aníbal
Del altar se ha decendido
Dando admiracion á todos,
Y al padre el oir al hijo;
El cual puesto en él los ojos
Ufano de habello oido,
Deja el templo y sale al puerto
Dando fin al sacrificio.
Las africanas banderas

Tendiendo al viento propicio,
Toca á recoger la gente
Para que se dé principio
A la rigurosa guerra,
Y á cumplir lo prometido.
(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

530.

SITIO DE SAGUNTO POR ANÍBAL.

(*De Juan de la Cueva.*)

Encendido en viva saña
Está el valiente Africano,
Que causó pavor al mundo,
Y asombro al pueblo romano.
Incítalo el juramento
Que hizo ante Alcides sacro,
De no apartar de sí el odio
Contra Roma y su Senado,
Hasta que Cartago ó Roma,
Volver viese en polvo vano.
Esto fijo en su memoria,
Andaba considerando
Cómo quebraria las paces
Que con Roma hizo Cartago;
Y tomó por ocasion,
Sintiéndose injuriado,
Quitarles tener armadas
Por el mar, cual demandado
Fué de Roma en el concierto
De la paz que habian firmado:
Y asimismo le incitaba,
Ver que le fuese quitado
El gobierno de Sicilia
Y Cerdeña á su Senado.
Y lo que mas le ofendia,
Ver su pueblo tributario,
Y que le pagaba á Roma
El tributo, cada un año,
Siendo ajeno á su costumbre
Darlo, sino serle dado.
Por esto el fiero Anibal,
Resoluto y ostinado,
Pone su gente en camino,
Y á Sagunto guia su campo,
Como a los que mas amigos
Eran del pueblo romano,
Tomando esto por principio
De llevar su intento al cabo.
Los saguntinos, sabiendo
La venida del contrario,
Envian á Roma aviso
Demandándole su amparo,
Pues por su amistad habian
La de Cartago dejado.
Roma proveyó al momento
A Publio Valerio Flaco,
Para llevar la embajada;
Y así á Quinto Fabio Pántilo,
Para que ambos le digan
Que se deje de hacer daño
A los amigos de Roma,
Cuyo amparo está á su cargo.
Con esta embajada parten;
Mas el soberbio Africano
Comenzó á talar las tierras
De los orcadas nombrados,
Y otros pueblos d'esta parte
Del rio Ebro celebrado,
Compeliendo á unos y á otros
Que le fuesen entregados,
Y á los que se resistian
Cruelmente eran tratados.
Dió a la ciudad de Carteya
A sus soldados á saco,
Repartiendo sus riquezas
Liberalmente á su campo
De allí pasó á los vacceos
Donde hizo cruel estrago;
A Hermandica y á Arbácola,
Sus ciudades arruinando,
Y cargado de despojos
Salió, enderezando el paso
Al gran pueblo de Sagunto,
Que ya l'estaba aguardando.
Al cual comenzó á batir
Su destruicion protestando,
Sin que le quedase hombre
Ni piedra puesta en su cabo.
En esto estaba Aníbal
Un dia y otro ocupado,
Sin poder entrar el muro,
Aunque en partes derribado,
Porque con virtud y esfuerzo,
Se defendian los cercados;
Que la desesperacion
De cobardes hace osados.
Así estan los de Monviedro,
Cuando en el campo africano,
Llegan los embajadores
Del imperial Senado.
Sabido por Anibál,
Dió su audiencia á los romanos,
Los cuales puestos ant'él,
Y de los suyos cercados,
Les preguntó qué querian;
Mas Publio Valerio Flaco,
Le dice: —Roma te pide
Qu'el cerco á Sagunto alzando,
Los dejes en su quietud,
Por qu'es de Roma aliado,
Y que ofender sus amigos,
Es querer probar sus manos,
Lo cual harán si á Sagunto
No dejas de tu ira salvo.—
Oyendo aquesto, responde
El caudillo de Cartago:
—Si Roma está arrepentida
De las paces que ha firmado,
Sálgase de la palabra,
No guarde la fe que ha dado,
Y no tome esa ocasion,
Ni tome á Sagunto á cargo,
Que si las paces rompiere,
La espada tengo en la mano;
Y esto daréis por respuesta,
A quien acá os ha enviado.—
Sin replicarle razon
Los mensajeros romanos,
Lo dejan, y apriesa vuelven,
Para Cartago su paso,
A pedir enmienda d'esto,
Manifestando su agravio:
El cual les llevó de suerte
Que sin recebir descanso,
Se hallaron en el pueblo
De Elisa Dido fundado,
Huyendo de la violencia
De Pigmaleon su hermano.
Dióles el Senado audiencia;
En medio del cual, parados
Los fuertes embajadores
Del pueblo de Marte airado,
Y habida ya facultad,
Dice así Valerio Flaco:
—¡Oh sumos padres conscriptos,
De Africa fuerte amparo,
Con quien la sagrada Roma
Firme amistad ha trabado!
Esta envia á querellarse
De Aníbal, que traspasando
El concierto de las paces,
A Sagunto hace daño,
Sabiendo que son amigos
De Roma, y los ha cercado;
Por lo cual envia á pediros,

Que Aníbal les sea entregado,
Para que con cruel castigo
Por ello sea castigado,
Como el que perturbar quiere
La paz de Roma y Cartago.—
Puso fin á su razon
El valiente Publio Flaco,
Siendo los cartagineses
De su demanda admirados :
Y así, sin hablar ninguno
Estuvieron grande rato
Mirándose unos a otros,
Sin responder al recaudo,
Y viendo que se tardaban,
Así dice Fabio Pánfilo :
—¿En qué os deteneis? ¿Qué acuerdo
Tomais de lo demandado?
Mirad qu'en aquesta falda,
La paz ó la guerra traigo;
Escoged lo que quisierdes,
O lo que os está mas sano.—
Y recogiendo la falda,
Los estuvo así aguardando.
Los cartagineses, viendo
La arrogancia del romano,
Le respondieron : — Aquello
Que te plazca nos sea dado. —
El romano largó al punto
La falda, y con rostro airado
Dijo : — Pues tomad la guerra,
Pues la paz habeis quebrado,
La cual aquí os notifico
De parte de mi Senado.—
Esto diciendo, se fuéron
Dejando á los africanos;
Y miéntras esto pasaba,
Aníbal con los asaltos
Contínuos, tenia á Sagunto
Al fuego y hierro entregado,
Sin que en él quedase hombre,
Que contar pudiese el daño.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

531.

ANÍBAL SOBRE SAGUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Cercados tenia Aníbal
A los fieros saguntinos,
Dándoles duros combates,
Y batiéndolos contino,
Sin desistir de su intento,
Que era solo el destruillos.
Los de Sagunto resisten
El africano desinio,
Dando y recibiendo muertes,
Con ánimo no vencido.
Succedió qu'en un asalto,
Aníbal fué mal herido,
Por lo cual, los africanos
A nuevo furor movidos,
Tornan al fiero combate,
Renuevan y mudan sitios;
Hacen ingenios de fuego,
Para que sea destruido
El gran pueblo de Sagunto,
Que fué tan ennoblecido.
Creciendo el combate fiero
Fué un prodigio horrible visto,
Que pariendo una mujer
Un hijo, y siendo nacido,
Y visto, se volvió al vientre
De donde habia salido.
Acuden los agoreros
Al gran Júpiter Olimpo,
A consultar la extrañeza
Del caso jamas oido.
El aurispice Metelo,
Siendo por Mucio elegido
Para consultar á Jove,
Por ser en esto el mas digno,
Le sacrifica animales,
De los cuales ha entendido
La horrible saña, que muestra
Contra el pueblo saguntino,
Y puesto en un lugar alto,
De donde era bien oido,
Dijo : — Los celestes dioses
Se muestran encruelecidos
Contra el pueblo de Sagunto,
Que otro tiempo fué temido :
No acetan su humilde ruego;
Ni admiten su sacrificio;
Porque yo he visto señales
Que confirman lo que digo;
Que á la res sacrificada,
Como fué de todos visto,
Acudieron dos serpientes
Y le comieron el hígado.
Segunda y tercera vez,
Esto mismo ha sucedido :
El vino en las sacras tazas
En sangre fué convertido;
Vistes llover gruesas piedras,
Y dos escudos bruñidos
De claro y luciente acero
De sangre fuéron teñidos;
En las fértiles campañas,
En los panes ya cogidos,
Se volvieron las espigas
En sangre, y sangre los rios;
Los silvestres animales,
Sin razon y sin sentido
Imitaban nuestras voces,
De lo cual he colegido,
Que es sin duda el fin de todos
Y que habernos defendido
Es muy ciega pertinacia
Habiendo de ser vencidos,
Por las señales tan claras,
Y prodigios que os he dicho :
Y entended solo una cosa,
Y d'ella estad advertidos :
Que son sin fruto las armas,
Siendo contrario el destino,
Y que servirán de poco
Cuantos hoy somos nacidos,
Y las tiernas criaturas
No verán dias cumplidos,
Qu'es lo que declara el caso
Del niño, que se ha escondido,
Tornando al materno vientre
De donde habia ya salido.—
Cesó Metelo, quedando
Todos suspensos de oillo,
Conociendo la ruina
Del gran pueblo saguntino,
Que de los bárbaros era
Con toda porfía batido,
Sin serle solo un momento
De descanso concedido;
Y al fin, entrada su fuerza,
D'ellos no quedo hombre vivo,
Unos muertos del contrario,
Y otros qu'ellos á sí mismos
Se dieron la cruda muerte,
Por no darse á su enemigo,
Cumpliéndose en todos ellos
Lo que dijo el adivino.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

532.

SUCESO MILAGROSO ACAECIDO Á ANÍBAL Á ORILLAS DEL EBRO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Habiendo el fiero Aníbal
Hecho á España guerra dura,
Teniéndola sosegada,
Pasar á Italia procura
Con intento de arruinarla;
Y así lo promete y jura,
Que ha de poner la alta Roma,
Cual á Sagunto en bajura,
Que aun apénas las señales
Muestra de su desventura.
Con este deseo y cuidado
Al efeto se apresura
Dando trazas el dia claro,
Y órden la noche oscura,
Revolviendo la memoria,
Que nunca tenia segura.
Confiriendo esto consigo,
Movido de su ventura,
Llegó á la ribera de Ebro
Guiado de su fortuna.
Viéndose solo y gozando
Del lugar, viento y frescura,
Gustando del movimiento
Del agua suave y pura,
Que regando iba las plantas,
Que con trabada espesura
Los olmos, la mimbre y sauces
Que la vid abraza y junta,
Al sol ardiente impedian
La entrada en su mayor furia.
Aquí llegado Aníbal,
Le convida la dulzura
Del lugar, suave y solo,
Cual su cuidado procura.
Desviando los cuidados,
Dándoles de sí soltura,
Al dulce y sabroso sueño
Se entregó, en la coyuntura
Que ya Febo se escondia
En el mar y su hondura,
Y la luna se mostraba
Con su claridad noturna;
Los polos daban su lumbre,
Y el norte fijo en su altura,
Demostraba la carrera
Del mar ciego, á gente ruda.
Los hombres en sus albergues,
Las fieras en su espesura,
Se entregaban al reposo
Qu'el afligido procura.
Aníbal de aquesta suerte
Puesto en la fresca verdura,
Dando á su espíritu invicto
Con poco reposo, ayuda,
A sus congojas descanso,
Y á sus cuidados largura;
Los dioses del alto cielo,
O su próspera fortuna,
Le enviaron un mancebo,
No de humana compostura,
De extraños miembros, y rostro
De diferente hechura;
El cual tocando la mano,
Que al mundo dió guerra dura,
Le recordó, y Aníbal
Viendo ante sí tal figura,
Alterado se levanta,
Y la fiera espada empuña;
Mas el mancebo le dice,
Viéndole alterar con furia:
—¿Aníbal, de qué te alteras,
De ver aquesta aventura?
No te conmueva, ni indine,
Ni te falte la cordura;
Aguarda el fin, porque veas
El suceso, y tu ventura.
Yo soy uno de los dioses
De la celestial altûra:
Gozo de Jove, y su mesa,
De la ambrosía y su dulzura;
De la presencia de Juno,
Y veo su hermosura:
Los cuales y demas dioses,
Que en tus vitorias te ayudan,
Me envian, y ellos te mandan,
Que la guerra áspera y cruda
Que quieres hacer á Italia,
Que te aflige y tiene en duda,
Que vayas luego á hacella
Sin temor de cosa alguna;
Que yo iré siempre en tu guia;
Para lo cual te apresura,
Que tu venturoso hado
La vitoria te asegura.—
Aníbal quedó admirado,
Suspenso en ver la figura,
El cabello levantando,
La lengua turbada y muda;
Sin poder darle respuesta,
La mira, se admira y duda
Mas revolviendo la vista,
Vido andar por la espesura
Un gran sierpe, que ofendia
Las plantas y la frescura,
Desgajandolas con saña,
Destrozando la verdura,
Descomponiendo la selva
De su bella compostura,
Tendiéndolas por el suelo,
Cubriendo la tierra dura.
Esto miraba Aníbal;
Dudoso el caso le turba;
No le espanta ni amedrenta,
Que su valor no se muda;
Mas la extrañeza del caso
Le congoja y le perturba,
Y así vuelve, y mira atento,
Y un modo y otro procura;
El dudando, el cielo brama,
Cubre Cintia su luz pura,
Resuena el airado viento,
Con fiereza horrible y dura;
Brama el cielo, y furioso
Envía una nube oscura,
Lanzando rayos y truenos,
Con horrible son y furia;
Llovian piedras, tremia el suelo
Con horror, que mal anuncia.
El capitan de Cartago,
Viendo la extraña fortuna,
Preguntó al celeste jóven
Qu'es lo que aquello figura:
El cual respondió á Aníbal.
—Esto asegura tu duda
De la vitoria que he dicho,
Y el fin de la guerra dura
Es la destruicion de Italia,
Do te llama tu ventura.
No cures de mas, ni aguardes,
Sigue tu empresa y fortuna,
Y sígueme á mí, y consigue
Lo qu'el cielo te asegura.—
Desapareció el mancebo
Por el aire y sombra escura,
Y Aníbal, con tal portento
A la empresa se apresura,
En la cual vió su deseo
Cumplido, y harta su furia.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

533.

ANÍBAL INVADE LA ITALIA.

(*Anónimo.*)

Cartago florece en armas,
África muy loca estaba
Con Aníbal su caudillo,
Que siempre afila su espada
Contra el nombre de romanos,
Que muy soberbio sonaba.
En los Olímpicos juegos
A Marte sacrificaba
Con solemne juramento,
En mas honra de su patria,
De ser cruel enemigo
De aquella gente romana,
Como lo fuera Amílcar,
El padre que lo engendrara,
Y hasta las puertas de Roma
Llegar á romper su lanza.
Ayunta muchos navíos
Y flétales para España;
Al dios Neptuno suplica
Que no le ensañe las aguas.
Neptuno templa sus mares,
Eolo no le olvidaba;
Que sus furiosos caballos
En su favor enfrenaba.
Al dios Portumno por puerto
Con agonía reclama,
A Vénus no la conoce,
No curó de hacelle salva.
La diosa que es vengativa
Reciamente lo amenaza.
La tierra Tarraconense
El cartagines tomaba:
Va la vuelta de Sagunto
Donde es la gente esforzada;
Sagunto bien se defiende,
Al fin lo toma por armas,
Y el ejército rehecho
Camino toma de Gallia;
Pasala muy vitorioso
Y tambien por toda Italia.
Sobrevínole el invierno
En los Alpes de Toscana;
Perdió en ellos mucha gente,
Y él no ménos peligrara;
Qu'el ojo derecho suyo
Entre las nieves dejara,
Y va do á lo mas llano
Su campo mas reforzara.
A la gran ciudad de Roma
En pocos dias cercara,
Y en la puerta principal,
Rompió Aníbal su lanza.
Los romanos afrentados
Presentáronle batalla:
En la desdichada Cannas
Se dio bien ensangrentada;
Domeñó la gran nobleza
Que en Roma tanto triunfaba.
Aníbal con tal vitoria
Fuese luego para Capua;
Marte y Vénus son discordes,
Esta vez Vénus ganara,
Porque bajos pensamientos
Aníbal acivilaba.
Los africanos por vicios
Han empeñado las armas:
Escipion los desaguarnece;
De toda Italia los saca.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

534.

BATALLA DE CANNAS.

(*Anónimo.*)

Con la nueva luz del sol,
Hiere en las cumbres mas altas
De los montes, y en los rios,
Vislumbre causa en las aguas,
Cuando Aníbal, Pablo y Publio
Sus batallas ordenaban
En los espaciosos campos,
De la memorable Cannas.
Ya los unos y otros parten,
Y haciendo muestra gallarda,
Tercian las fornidas picas,
Al paso de la ordenanza.
«Roma, cierra; Cartago, al arma,
»Suenan clarines, pífanos y cajas.»
Ya arremeten los caballos,
Haciendo astillas las lanzas,
Y al revolver, de banderas,
Van mezclando las escuadras.
De vista priva á los ojos
El polvo que se levanta;
Desocupan los arzones
Los cuerpos, y ellos las almas.
El suelo se baña en sangre,
Y aumentando furia y saña,
Cortan las carnes y huesos,
Las espadas afiladas.
Otros se mezclan mas juntos
A bocados y á puñadas,
Y los mas vecinos montes
Retiñen eco las armas.
«Roma cierra, etc.»
Arroyos corren y crecen,
De la sangre que derraman,
Do se van volcando cuerpos,
Escudos, petos, celadas.
Dan paz las cartaginesas,
A las cabezas romanas,
Y aquella forzosa paz
Causa en los vivos mas rabia.
Aníbal, que á la fortuna,
A su parte vió inclinada,
A voces grita vitoria,
Animando á quien se cansa.
A una voz los romanos,
Van procurando venganza,
Como rabiosos leones,
A do su suerte los llama.
«Cartago, vitoria; Roma, cierra, al arma
»Suenan clarines, pífanos y cajas.»

(*Romancero general.*)

535.

MUERE PAULO EMILIO EN BATALLA CONTRA ANÍBAL.

(*De Juan de la Cueva.*)

Por cima de los que ha muerto
Emilio, cónsul romano,
Todo cubierto de sangre
Y el cuerpo despedazado,
Sin poder tenerse en pié,
Ni sustentarse á caballo,
Como puede d'esta suerte,
El real cuerpo arrastrando,
Por los enemigos muertos
Con trabajo va pasando,
Por ver, primero que muera,
Cómo está el romano campo,
A quien el fiero Aníbal
Va rompiendo y destrozando,
Lo cual le traspasa el alma,
Mas que ver su propio daño;
Y así, levantando al cielo

La voz, los ojos y manos,
Dice: — ¡Oh gran padre Quirino!
Padre del pueblo romano,
Que dejando el mortal velo
Fuiste al cielo trasladado,
De donde con los mas dioses
Miras el sangriento estrago
Que hoy padecemos los tuyos
Por un bárbaro inhumano,
Y derramando tu sangre,
Da gloria al nombre africano,
Y confia en su braveza,
Que al valor italiano
Ha de sujetar su espada,
Y el yugo echalle su brazo;
Y para principio d'esto
Mira el doloroso caso,
Los aurispices y auspices,
Y los augurios sagrados,
Los tribunos y censores,
Los cuestores y legados,
Patricios y centuriones
De los contrarios pisados,
Los unos sobre los otros,
Entre su sangre ahogados.
El un cónsul no parece,
Huido y desbaratado;
El otro está cual me ves,
Todo deshecho y llagado
Con heridas, que no puede
Resistir á su contrario,
Que con implacable saña
Lleva su victoria al cabo.
¡Oh patria! ¡oh dioses penates!
Esta alma y vida os consagro:
Mirad con piedad mis hechos,
Pues quedo muerto en el campo
Por mi patria, entre los mios,
Con que muero muy ufano. —
Esto está el Cónsul diciendo,
Todo en lágrimas bañado,
Cuando Lentulo huyendo,
De la rota desmandado,
Llegó, y conociendo al Cónsul,
Aunque está desemejado,
Se apea, y dice: — Señor,
¿Cuál suerte dura ha forzado
Que al valor de Roma tenga
Del modo que te he hallado,
Con tanta sangre vertida,
Cuanta veo que estás pisando,
Derramada por tu patria,
Y derramando tu brazo
De los fieros enemigos
No ménos sangriento lago?
Esfuérzate, Paulo Emilio,
Sube en este mi caballo,
Yo te ayudaré á subir,
Pues la fuerza te ha faltado:
Llevaréte por do seas
Libre del cruel contrario;
Curaréte las heridas,
Habiéndote puesto en salvo;
No dés con tu vida gloria
Al victorioso africano;
Bástele habernos rompido,
Sin que al Cónsul vea en su mano. —
Paulo Emilio le responde:
— ¡Oh Lentulo! tú has mostrado
El valor de ser quien eres,
Cual de tí ha sido esperado,
En usar d'esa piedad
Conmigo, en tan duro caso:
Mas di, ¿qué razon sería
Ver muerto y deshecho el campo,
Qu'el gran Senado de Roma
Puso en mi gobierno y cargo,
Y que yo, siendo el caudillo,
Quede libre y vaya sano,
Viendo con mis propios ojos
Los nuestros despedazados?
No lo permitan los dioses,
Que tal de mí sea contado;
Muera en poder de Aníbal,
Muera, y no viva afrentado;
Que con morir pago á Roma
La deuda á que estó obligado.
Tu, Lentulo, no me aguardes,
Parte luego, y ponte en salvo,
No te ocupe el enemigo,
Que te va cerrando el paso;
Que yo pienso donde estoy
Pagar el tributo humano,
Con morir entre los mios,
Con que muero muy ufano,
Y esto dirás de mi parte
Al gran Senado romano. —
Queriendo pasar delante
Con su razon, quedó falto
D'ella, que la inmortal alma,
La mortal cárcel dejando,
Huyó, volviendo á la tierra
Lo que fué d'ella formado.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

536.

ANÍBAL ENAMORADO.

(*Anónimo*[1].)

El corazon no vencido,
El cuello nunca domado,
Aquel monstruo en fortaleza,
Que parió la gran Cartago
Para levantar sus muros
Y levantar los contrarios,
Cuya espada y cuyo nombre
Puso á toda Italia espanto;
El que á los Alpes famosos
Rompió, y riscos mas altos,
Y á la romana soberbia
Puso freno por su mano;
El que mantuvo la vida
Contra el orgullo romano,
Y con envidia y fortuna
Trujo siempre mortal bando;
Solamente el amor pudo
Quebrantar su pecho bravo,
Y hacer de un tigre sangriento
Un cordero humilde y manso.
Al vencedor Aníbal
Amor solo le hizo esclavo,
Y en su soberbia cerviz
Fué bastante á poner lazo.
Mas ya no trata de amores
Ni de guerra con romanos,
Porque amor y guerra quieren
Mas ventura y ménos años;
Que al capitan sin ventura
Poco aprovecha ser sabio,
Y ejercicios amorosos
No están bien al hombre anciano.
Ya son de Aníbal los dias
Tan crudos cuanto amargos.
Sin sangre tiene las venas,
Sin fuerzas el cuerpo flaco;
El rostro enjuto, y los ojos
Consumidos en el casco.
Y con estar d'esta suerte,
Está Roma dél temblando,
Porque aun duran de sus puertas
Las cenizas y el estrago.

(*Romancero general.*)

[1] Hé aquí á Aníbal convertido en un galancete viejo y olvidado de sus glorias, y he aquí cómo era preciso vestirle para que pareciese interesante en una comedia de intriga á la española.

537.

MUERTE DE ASDRÚBAL, EL CUÑADO DE ANÍBAL.

(*De Juan de la Cueva.*)

Airado está contra España
El poderoso Asdrubál,
Teniendo viva la muerte
Que le dieron á Amilcár
Su suegro, y así procura
Orden para la vengar.
Tambien le alteraba el pecho,
Sin dejallo reposar,
Que dieron los saguntinos
Favor por tierra y por mar
A su contendora Roma,
Por mas los menospreciar.
Corrido de esto, se indigna
Contra España, y va á buscar
En quien emplear su saña
Y su coraje mortal;
Y así, viniendo por Denia,
Un español fué á encontrar,
Al cual le llamaban Tago,
Hombre rico y principal:
Y como si aquel causara
Su odio y saña infernal,
Y la potencia de España
Estuviera en él no mas,
En nombrándolo español,
Lo hizo luego ahorcar
De una encina; cuya muerte
Tan sin causa, fué á causar
Dolor en los africanos
Y gozo en su capitan,
El cual mandó que ninguno
De allí lo osase quitar.
Tago traia un criado,
Que á su señor viendo tal,
De tierno dolor movido,
De amor y fidelidad,
Besando los frios piés
Que solos podia alcanzar,
Aunque impedido del llanto,
Así comenzó á hablar:
— ¿Qué corazon tan desnudo
De razon y humanidad,
Con tan injusta inclemencia
Te mandó la muerte dar?
Qué ley divina ni humana,
Si no es la de su crueldad
D'este bárbaro, condena
A nadie, sin hacer mal?
Si viene con fiero intento
De dar venganza á Amilcár,
En los que le dieron muerte,
¿Qué debe el que libre está?
¿Qué le debias tú, señor,
Que así te hizo privar
De la vida, ó yo qué hago
Sin vengarte de Asdrubal?
Al cual yo daré la muerte,
Pues es, como yo, mortal;
Y el intento con que viene,
Que no tiene de dejar
Español vivo en España,
Yo se lo pienso atajar,
Y en venganza de tu ofensa
Su fiero intento acabar. —
Esto diciendo, animoso,
Sin temor de verse tal
Cual estaba su señor,
A quien prometia vengar,
Por medio del campo rompe,
Sin podérselo estorbar
Todo su cuerpo de guardia,
Que no llegue á ensangrentar
Su espada en el africano,
Al cual mil heridas da,
Con que le quitó la vida
En medio de su real.
Arremeten á prendello,
Y él comenzó á derribar
A unos y á otros, fiero,
Sin dalles aquel lugar.
Al fin, siendo combatido
De tantos, sin descansar
Vino á caer de cansado
Do lo pudieron atar.
Pónenlo en fieros tormentos,
Comiénzanlo á justiciar,
Y él sin mudar el semblante
De miedo ni de pesar,
Les dice: — Vengad, crueles,
En mí vuestro capitan,
Que ya yo me vengué de él
Y así no temo acabar.
Vosotros, sí, estais temiendo,
Pues de miedo no osais dar
La muerte á un hombre ligado,
Ni á él os osais llegar.
Llegad, bárbaros, cobardes;
Llegad, cobardes, llegad,
Sacadme este corazon
No cobarde, aunque estoy tal
Que no tengo miembro sano,
Ni hueso ya en su lugar.
Cobardes cartagineses,
¿Qué haceis, que os veo dudar?
Vengad á vuestro señor,
Vengad á vuestro Asdrubal;
Emplead en mí esas armas,
Que ya no os puedo hacer mal. —
Esto diciendo el valiente
Español, perdió el hablar,
Y el espíritu invencible,
Libre del nudo mortal,
Huyó, y el terrestre cuerpo
Pagó el censo natural.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

538.

CONTINENCIA DE ESCIPION, AFRICANO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Puesta tenia por el suelo
Escipion á Cartagena,
Ganada en duros combates
Y en muy porfiada guerra;
Ya por el pueblo de Marte
Administrada y sujeta,
Puesta la cerviz al yugo
De la romana potencia.
Estando aquí Escipion
Señoreando esta fuerza,
Le trujeron en presente
Una hermosa doncella,
Hija de padres ilustres,
De valor, nobleza y cuenta,
Desposada con Luceyo,
Príncipe en la Celtiberia.
Esta, habida en el asalto,
Y de los soldados presa,
Mirando su hermosura,
Tan en extremo perfeta,
La ponen ante el romano,
Y á su servicio la entregan;
Mas el capitan de Roma,
Viéndola ante sí y tan bella
Admirado y congojoso
Su suerte y beldad contempla.
Enternecíale el alma
Verla en tal contencion puesta,
Cercada de armas y hombres,
De furor y saña horrenda.
Mirábale el bello rostro,

Bello y fijado en la tierra,
Matizado de colores
De púrpura y de azucena,
Hechos dos rios los ojos,
Que, sin hablar, su mal muestran,
Limpiando las hebras de oro
El humor que el suelo riega.
Suspenso estuvo en aquesto
Escipion una gran pieza,
Sin poder hablar palabra,
Condolido de su pena.
Al fin la entregó á su guardia,
Informado de quién era,
Para que fuese guardada
Con respeto, y luego ordena
Que le llamen á sus padres,
Y á Luceyo, esposo d'ella:
Los cuales siendo llamados,
Vinieron con grande priesa,
Cargados de oro y de joyas
Para rescatar la presa.
Mas, viéndolos Escipion
Llegados á su presencia,
Con mansedumbre y piedad
Les dice de esta manera:
— ¡ Oh Luceyo! bien entiendo
Tu congoja, y veo tu pena;
Bien claro se da á entender,
Entendido, que la ordena,
Que es ver tu querida esposa
Puesta al cuello la cadena,
Las señales en los brazos,
Que estampó la dura cuerda,
Y que la traiga fortuna
De princesa á verse sierva.
Pondrás delante los ojos,
Que fué robo de la guerra,
Que fué presa de soldados,
Que no sentirán tu afrenta;
Que sin razon ni respeto
A su gusto usarian de ella,
Por ser su costumbre antigua
Sacrilegios, muertes, fuerzas,
Despojando hombres y dioses
Sin temor ni reverencia,
Osando poner las manos
Aunque sea en la sacra Vesta.
En lo cual quiero, Luceyo,
Darte seguro, si presta,
Para que tengas consuelo,
Si lo admite tu miseria.
Ella fué presa en el robo,
Cual te es cosa manifiesta;
La cual, aunque fué cativa,
Fué guardada sin tu ofensa;
Que no es uso en los romanos
Usar de aquesa licencia,
Ni hacer agravio alguno
En la guerra ó fuera de ella;
Y así te entrego á tu esposa
Virgen, sin ofensa en ella,
Que yo mesmo la he guardado,
Guardándole su pureza,
Sabiendo que tú la amabas,
Y quién eres, y quién era. —
El padre y la madre al punto,
Y el esposo, puesto en tierra,
Alzan al cielo las manos,
Ensalzando su grandeza,
La constancia en Escipion,
La virtud de continencia,
Y habiéndola encarecido
En alta voz grande pieza,
Dice el padre: — ¡ Oh, gran romano!
Dino de tal excelencia,
¿ Qué premio habrá que sea dino
De tu gran manificencia?
Qué remuneracion puede
Ser igual a tu clemencia?
Pues en ella has igualado
A Júpiter en su esencia,
Y has hecho en esto una cosa:
Que haces libre á tu sierva,
Y á nosotros, siendo libres,
Nos pones en la cadena,
Y en tan dulce sujecion,
Cual razon pide y ordena.
Y pues somos tus cativos,
Sujetos á eterna deuda,
Recibe por primer gaje
Estas joyas y moneda,
No dadas por su rescate,
Mas por señal de obediencia.
Puso Escipion los ojos
En el que humilde le ruega;
Visto que era importunado,
Esto le da por respuesta:
— Libre te doy á tu hija
Sin rescate ni otra empresa;
Mas viendo que me importunas,
Que tome aquesa riqueza,
Con que podré largo tiempo
Sustentar al mundo guerra,
Yo la aceto, y tú, Luceyo,
En dote por mí la aceta,
Que yo só el que te la doy,
Y esto por mí y á mi cuenta,
Y solamente te pido
Que amigo de Roma seas. —
El príncipe celtíbero
De oirlo admirado queda;
Mas cobrando algun aliento,
La mano al romano aprieta,
Y levantando la voz,
Dijo así, la vista queda:
— Juro á los inmensos dioses,
Y por esta mano diestra,
Que ensalza la gloria á Roma,
Y el mundo apremia y gobierna,
De morir por los romanos,
Y viviendo, en cualquier guerra,
Serle en todo fiel amigo,
Y enemigo á quien lo sea,
Y de seguir su partido
Con vida, honra y hacienda,
Y de poner á su yugo
Mi estado, y en su obediencia,
Y de dar eterno nombre
A tu nombre, adonde quiera,
Pues tan alto beneficio
Ménos galardon no espera,
Que vaya de gente en gente
Tu nombre y tu fama eterna. —
Esto dicho, ante él se humilla,
Y el romano lo impidiera,
Y con un estrecho abrazo
Lo levanta y le consuela.
Luceyo y su bella esposa,
Su suegro, y tambien su suegra
Se ofrecen á Escipion,
Y con esto de él se alejan,
Prometiéndole Luceyo
De volver luego á la guerra;
Lo cual cumplió, que á su costa
Con mucha gente dió vuelta,
Y fué tan amigo á Roma,
Que romano se dijera.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

539.

ESCIPION EXHORTA Á LOS ROMANOS QUE LLEVEN LA GUERRA Á ÁFRICA.

(*Anónimo.*)

De su patria se destierra
Aquel Escipion romano

Que mereció por sus hechos
Ser llamado el Africano.
Viéndola que está cercada
Por la gente de Cartago,
Y que el furioso Aníbal
Tiene al pueblo amedrentado,
Se entró sin ser prevenido
Un dia dentro el Senado,
Y á todos en general,
Dijo: — Auditorio honrado,
De diez y ocho años soy,
Que á los veinte no he llegado;
Pero si audiencia me dais,
Diré lo que he pensado,
Y es que si darme quereis
Gente con poder y mando,
Me determino de ir
Y poner cerco á Cartago;
Que como vea Aníbal
Su pueblo por mí apretado,
Dejará el cerco de Roma,
Y cesará tanto estrago.—
A lo que Escipion ha dicho
Se alborotó el Senado,
Por parecerles muy mozo
Para tal empresa y cargo.
Uno de los senadores,
El mas prudente y anciano,
Le dijo: — Oye, mancebo,
Y entiende bien lo que hablo:
Advierte bien que la empresa
Que tomas es de gran cargo,
Porque, si á Roma defiendes,
Vas á ofender á Cartago.—
El animoso mancebo
Le respondió: — Padre honrado,
Muy bien entendido tengo
El rigor de aqueste caso,
Y no es menester que cuente
Proezas de mis pasados,
Porque sé que las sabeis,
Y tambien que soy romano.—
Sabemos su gran valor,
Respondió todo el Senado:
Que se le dé el baston luego
Y de general el cargo,
Para que con gran secreto
Se vaya á la gran Cartago,
Y se le dé en abundancia
Todo lo que es necesario,
Y tambien porque no entienda
Aníbal lo concertado,
De las cohortes de España
Lleve gente y forme campo;
Para lo cual se le dió
Poder por todos firmado,
Y que si vitoría alcanza,
Le darán corona y lauro.

(*Romancero general.*)

540.

CAYO CLAUDIO, VENCEDOR DE ASDRÚBAL, LE HACE DECAPITAR, Y ARROJA SU CABEZA AL CAMPO DE ANÍBAL, SU HERMANO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Cayo Claudio, vitorioso
De haber vencido á Asdrubál,
Teniéndolo en su poder,
Lo mandó descabezar,
Y estando á vista los campos
Del Cónsul y de Aníbal,
Mandó arrojar la cabeza*
En el contrario real,
Por dar á Aníbal congoja
De ver á su hermano tal.
Los africanos cativos
Los hizo á vista sacar,
Y ponérselos en parte
Que los pueda devisar,
Arrastrando las cadenas,
Atados, y como están;
Porque oyendo sus clamores,
Le causen mayor pesar.
Soltó dos de la prision,
Que le vayan á avisar
De la rota de su hermano,
Porque lo fuese á vengar.
Miraban los de Cartago,
Sin poder determinar
Qué denotaban las voces,
Qué el clamor, y el apuntar,
Qué el sonido de prisiones,
Qué el vérselas demostrar.
Estando atentos á esto,
Vieron en la tierra estar,
Cubierta de polvo y sangre,
La cabeza de Asdrubál:
Conociéronla, y al punto
Con ansia y pena mortal
La limpian y se la llevan,
Dando gritos, á Aníbal;
El cual, luego que la vido,
La comenzó á contemplar,
Sin poder hablar palabra,
Aunque probaba á hablar:
Con lágrimas y sospiros
La comenzó á saludar,
Que la lengua tiene asida,
Y la voz al paladar:
Mas el dolor excesivo
Le abrió via al respirar,
Y con dolorosa voz,
Así comenzó á hablar:
— ¡Asdrúbal, hermano mio,
Dulce hermano mio, Asdrubál,
Luz de los cartagineses,
Solo en ser á Marte igual!
¿Qué son de las esperanzas
Que nos diste? ¿dónde están?
Cuando ufano y vitorioso
Prometias arruinar
Los romanos, á quien fuiste,
Cual yo, enemigo mortal,
Y de quien tantas vitorias
Hubiste, y te ví triunfar,
¿Qué brazo fué poderoso?
¿Quién te venció y puso tal?
No es posible que fuese hombre,
Sino algun dios celestial,
O del infernal abismo
Alguna furia infernal.
¡Pues yo juro por los dioses
Y por tu muerte, Asdrubál,
Que si son terrestres hombres,
De morir ó te vengar;
Y si son dioses del cielo,
De no les sacrificar
Ni tenerles reverencia,
Ni consentirles honrar,
Y matar sus sacerdotes,
Y sus estatuas quemar,
En venganza de tu muerte,
Dulce hermano, Asdrubál! —
Esto Aníbal le decia,
Llorando sin descansar,
Y no dejara su llanto,
Si no viera alborotar
La gente, y correr los unos,
Y los otros aguardar;
Unos ir á la una parte,
Otros á la otra apartar,
Sin saber qué fuese aquello
El valiente capitan.
Deja el llanto y sale al campo,
Temiendo algun nuevo mal:

Rompió por medio de todos,
Haciendo abierto lugar:
Vió traer los prisioneros
Que el Cónsul mandó soltar,
Conocidos de Cartago,
Los cuales, viendo á Anibál,
Puestos ante él de rodillas,
Uno comenzó á hablar:
— ¿Cómo te podré, señor,
Nuestra desdicha contar,
Nuestra horrible desventura,
Nuestra miseria y pesar,
Sin que te ofenda y aflija,
Y encienda en llanto el real?
Sabrás, señor, que buscamos
Al Cónsul, que iba á buscar
A tu hermano, y siendo visto,
Al arma mandó tocar
El contrario, y nuestro campo
Se aparejó á pelear,
Y estando dispuestos ambos,
Arremeten á la par
El un campo contra el otro
Con esfuerzo singular,
Sin que se rompiese el órden,
Ni se perdiese el lugar.
Duró la soberbia lid
Por ambas partes igual
La mayor parte del dia
Con terrible mortandad.
Mas en este igual estado
Se comenzó á declinar
La suerte de nuestra parte,
Y al fin de tanto aguardar,
Los romanos victoriosos
Nos comenzaron á entrar:
Los nuestros, desbaratados,
A huir y á desmayar.
Cativáronnos á todos
Cuantos pudieron hallar,
Que la furia de su espada
Dejase sin acabar:
Saquearon todo el campo,
Cativaron á Asdrubál;
Cortáronle la cabeza,
Mandaron te la arrojar:
Quitónos de la cadena
Para venirte á contar
Estas miserables nuevas
Que te venimos á dar. —
Aníbal, habiendo oido
La pérdida de Asdrubál,
Dijo: — Si agora es su suerte,
La mia tambien será,
Que la sangre de los nuestros
Los mios encenderá;
Que en Cayo Claudio, romano,
Se procuren de vengar;
Pues nuestro duro suceso
A todos es general,
Todos tomemos las armas,
Pues á todos toca el mal,
Que yo pienso y determino
Por el suelo emparejar
El Capitolio de Roma,
Y sus templos despojar. —
Esto dicho, toca al arma,
Y al campo sale Aníbal.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

541.

MUERTE DE SOFONISBA, ESPOSA DE MASINISA.

(*De Juan de la Cueva.*)

Metido está en confusion,
Traspasada tiene el alma,
Combatido de congojas
Masinisa, y lleno de ansias.
Consume el dia en suspiros,
Y en llanto las noches pasa
De ver cómo Escipion
Con duro apremio le manda
Que á la bella Sofonisba,
Con quien desposado estaba,
Mujer que fué del rey Sifas
A quien venció en la batalla,
Que la repudie, y la deje
Sin mas replicarle en nada,
Porque ha de ir presa en el triunfo
Con los cativos atada.
Esto siente Masinisa,
Esto siente, y le maltrata,
Esto le enciende en dolor,
Y el corazon le traspasa.
Lleno de dificultades
Mil modos y vias traza,
Con que á entrambas á dos partes
Cual es razon satisfaga,
El mandato de Escipion,
Y á ella la fe obligada.
No halla camino cierto,
Ni en remedio humano entrada,
Que con el grave dolor
La memoria trae turbada.
Aunque se le ofrecen muchos
En ninguno medio halla,
Porque es peligroso apremio,
Hacer que olvide quien ama.
Escipion manda que olvide,
Amor le reprime y ata
La obediencia que le debe;
La fuerza y amor le abrasa:
No sabe el medio que siga
A tan diferente causa.
Al fin de haber contemplado
Lo que le fuerza y le manda,
El apremio de uno y otro,
La razon y la fe dada,
Concluye con un remedio
Horrible, y que mas le agrada,
Y es que muera Sofonisba,
Con que todo esto se acaba.
Despacha luego un criado
De quien mas se confiaba,
Con un vaso de veneno,
Que se lo lleve á do estaba,
Y envíale juntamente
Con el veneno una carta,
La cual decia d'este modo,
Con llanto escrita y notada:
«Sofonisba, vida mia,
»Vida y alma de mi alma,
»Muchas cosas se me ofrecen
»Que decirte, aunque me ataja
»El corto tiempo que tengo,
»Y el dolor que me arrebata
»De tal suerte, que un momento
»Mi espíritu no descansa,
»Combatido á causa tuya,
»Aunque no te culpo en nada,
»Que solo soy yo el culpado,
»Y tú por mí castigada,
»Pues me manda Escipion,
»Contra lo que amor me manda,
»Y contra el querer del cielo,
»Que de mí seas repudiada,
»Porque has de ir cativa á Roma,
»Con los cativos ligada;
»Lo cual pretendo impedir
»Por la via mas honrada,
»Que es dándote tú la muerte
»Antes que verte afrentada;
»Que no es justo á tu nobleza
»Ser de tal modo tratada,
»Ni al gran valor de tus padres,
»Ni á su gloriosa fama

»Se debe tan duro ultraje,
»Si por esta via se salva.
»Acuérdate, Sofonisba,
»Si no estás d'esto turbada,
»Que fuiste tan gran señora,
»Y con dos reyes casada,
»Y si es justo que te veas
»De reina venir á esclava.
»Considéralo, y no entiendas
»Que de mí no eres amada,
»Y que así de tu amor eres,
»Del mio remunerada;
»Que juro á los altos dioses
»De la corte soberana,
»Y á Vénus hago testigo
»Y á su hijo en esta causa,
»Que no me quiero á mí tanto
»Cuanto á ti, que eres mi alma,
»Y así puedes entender
»Que esto que pido que hagas,
»No lo pido yo, ni puedo
»Pedir cosa tan infanda,
»Que de fuerza, de mas fuerza
»Es mi voluntad forzada,
»Que con riguroso apremio,
»Me apremia, me fuerza y ata,
»Que elija por mas seguro
»Verte muerta, que afrentada.»
Dió fin con tiernos suspiros,
Y la carta al siervo daba:
Se la llevó á Sofonisba
Que d'esto está descuidada
Dentro de su real palacio
De varias gentes cercada.
Siéndole dada en la mano
Mudó el color de la cara,
Que al corazon alterado
Cualquiera cosa le espanta.
Así la Reina leyendo
De un cabo al otro la carta,
Con dolorosos suspiros
Pide el vaso, y así habla:
—Dirásle al rey Masinisa,
¿Sin son aquestas las arras
Que le manda á su mujer
En la boda ya cercana?
La cual no hará el himeneo,
Mas la inexorable parca.
Dirásle que yo recibo
Su don de muy buena gana,
Y que así será cumplido
Lo que por su carta manda,
Que dándole á él contento
A mí no me desagrada.—
Esto diciendo, animosa,
No del temor alterada,
Bebió la mortal ponzoña,
Con que á muerte fué entregada.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

542.

RESÚMEN DE LOS HECHOS DE ESCIPION HASTA QUE VENCIÓ Á ANIBAL ANTE LOS MUROS DE CARTAGO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Vencidos son los romanos,
Aníbal los ha vencido:
En la batalla de Cannas
Muertos quedan y heridos.
Quedaron muy quebrantados
Muy tristes y doloridos:
No piensan alzar cabeza
Segun se ven afligidos.
Despoblar quieren á Roma;
Procuran buscar un sitio,
Donde fundar un lugar
Para defender sus hijos.
Estando en aqueste aprieto,
Escipion se levanta altivo
Diciendo d'esta manera:
—Nadie haga tal delito,
Que Roma, ciudad antigua,
Aunque esté en este conflito
No debe desampararse,
Ni debe ser consentido.
Yo me obligo á defendella:
De hoy mas el cuidado es mio.—
Dichas aquestas palabras,
A los que estaban consigo
Hizo hacerles juramento
Que le quisiesen seguirlo,
Y los que contra ello fuesen
Con juramento les dijo
Les cortára las cabezas
En este lugar ya dicho.
Viendo aquesto los romanos
Cobraron ánimo vivo:
Proponen morir con él
Todos juntos, como digo.
Manda apellidar su gente,
Y ordenar biensus caudillos;
Pasa los Alpes de Roma,
De España lleva el camino,
Y aunque le cupo la suerte
De ir contra el rey Filipo,
Toma la empresa de España,
Por no ser nadie atrevido.
Cumplido ha ventidos años
Desde que fuera nacido,
Cuando comenzó esta guerra
Este varon escogido.
D'esta suerte que he contado
De Roma se habie partido:
Entrado habia por España,
Y de Ebro ha pasado el rio:
Va derecho á Cartagena
Do está Magon su enemigo.
Por la mar y por la tierra
Traia muy gran gentio.
Ya que juntos estuvieron
Muy bien se han apercibido:
Concertado habie sus haces,
Y Magon otro asimismo.
Fué sangrienta la batalla,
Magon quedara vencido;
Grande placer recibiera
La gente desde que vido
Tan gran victoria aquel dia,
Y Magon preso y captivo.
Enviádolo habia á Roma
Con ricas joyas consigo;
Gran placer tomó el Senado
De ver presente tan rico.
Despues de aquesto pasado
Contra Aníbal se ha partido
Para tomar d'él venganza,
Que aquesto le habia movido.
Los de Africa enviaron
Por Aníbal su caudillo
Para que les defendiese
De Escipion en este brio.
Entre tanto que él venia,
Parias le dan como él quiso,
Y que los captivos suelten
Que tenian del señorío.
Mas ya llegado Aníbal
Quebrantan lo establecido,
Pensando, con su favor,
De vencello y destruillo.
Aparéjanse á las armas
Con esfuerzo nunca visto;
Con ánimos denodados
Se habian acometido.
Fué reñida la batalla
Y de muy grande peligro:
A la fin quedó Escipion

Vencedor de su enemigo.
Tomara muchos despojos,
Muchos presos y captivos:
Volviérase para Roma
Con mas placer que aquí escribo:
Hácenle tan grande triunfo,
Que otro tal nunca se vido.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

543.

MUERTE DE ANÍBAL.

(De Juan de la Cueva.)

Con Prusias vivia Aníbal
En el reino de Bithinia
Do viuo Tito Flaminio
Con una mensajería
De Roma, en la cual le dice
Que está de él muy ofendida,
Y tiene por sospechosa
Su amistad, pues da cabida
A su enemigo Aníbal,
Que tiene en su compañía,
Despues que del rey Antioco
La gente quedó vencida,
Que contra el romano pueblo
Lo incitó y lo encendió en ira.
Viéndose ya el Africano
Sus fuerzas todas perdidas,
Y que no tenia remedio
Ni reparo su caida,
Con que asosegara Roma
La inquietud en que vivia,
Y que por dalle él su amparo
Su contrario tenia vida:
Y que d'esto se quejaba
El Senado, y se lo avisa,
Porque Aníbal no sea causa
Se quiebre entre ellos la liga,
Al embajador romano
Prusias así le replica:
—Con muy justa razon puedo
Quejarme, en que se conciba
Mal de mi firme amistad
Porque yo á Aníbal reciba;
Y porque de esa sospecha
Mi fe quede, cual es, limpia.
Yo te lo daré en prision,
Si en tanto Roma lo estima.—
Esto dicho, mandó al punto
Que su gente se aperciba,
Y á cercar vayan la casa
Del que al mundo puso en grima.
Van, y el valiente Aníbal,
Que siempre de la venida
De Flaminio sospechaba
El mal en que ya se via,
Como se vido cercado
Sin hallar lugar ni via
Por donde poder librarse,
Dice así, ardiendo en ira:
—Libremos á los romanos
Ya de tan larga fatiga,
Pues les parece ser largo
Esperar la muerte mia.
Por cierto, no habrá Flaminio
Vitoria que sea de estima
En vencer á á un desarmado
Y puesto en tanta desdicha;
En que se ve cuán trocada
Del valor, que ántes tenia
Esta Roma, y cuán ajena
De su antigua valentía.
Al rey Pirro su enemigo,
Cuando con libre osadía
Se les entró por Italia
Y á su poder resistia,
Roma le envió á avisar
Que mirase por su vida,
Que le queria dar veneno
Uno de su compañía.
Diferente fué este aviso
Del que agora Roma envía,
Pues le hacen al rey Prusias
Traspar la ley divina,
Y que dé muerte á traicion
Al huésped que en él se fia.
Vosotros, supernos dioses,
Que mirais desde allá arriba
Esta maldad del rey Prusias,
Vuestra clemencia permita,
Que se vea perseguido
De los que mas se confia,
Y que en nadie halle fe,
Ni nadie verdad le diga,
Y de su real asiento
Despojado se vea en vida
Y á tanta pobreza venga
Que de puerta en puerta pida,
Sin hallar quien de él se duela,
Y muchos que le persigan:
Fáltenle los elementos,
Fáltele la luz del dia,
Y en destierro miserable
Su vida acabe maldita,
Y su cuerpo sea comido
De las aves de rapiña.—
Diciendo el fuerte Africano
Esto, ya el vaso tenia
En la mano, y la ponzoña
Aprestada y desleida;
Y alzando al cielo los ojos
Volvió á decir:—¡Patria mia,
Cuán bien que te aconsejé,
Y cuán mal fué de tí oida
Mi razon y buen consejo,
Para tu quietud pacífica!
Hoy acaba tu Aníbal,
A quien desterró la invidia;
Hoy al espantoso huerco
Su espíritu precipita:
Hoy queda en sosiego Roma;
Hoy de su inquietud se libra,
Con la muerte del que pudo
Asolar su monarquía.—
A este punto oyó un ruido
De la gente que venia,
Y bebiendo la ponzoña
Que tenia prevenida,
Dijo:—Hagan de ese cuerpo
La presa que hacer codician.—
Y queriendo proseguir,
La voz se le quedó asida
A la garganta, y á un punto
Le faltó el habla y la vida.
Entró la enemiga gente
Que procurándolo iba:
Hallólo entregado á muerte,
De la cual al Rey avisan
Y al mensajero romano
Que por triunfo pretendia
Metello en Roma, y triunfar
De su invicta valentía.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

544.

ESCIPION AFRICANO, ACUSADO POR SUS ÉMULOS, COMPARECE ANTE EL SENADO.

(Anónimo.)

Citado estaba Escipion
El Africano nombrado:
Citado le tiene Roma
Para delante el Senado.

Acúsanle con envidia,
Y con motivo dañado
Para que les dé la cuenta
Miéntras tuvo el consulado.
Sabido por Escipion,
Que le fué notificado,
Fuese derecho al Pretorio
Adonde estaba citado.
Díjoles :—Padres conscriptos,
¿Para qué me habeis llamado?—
Responden los senadores :
—¡Escipion, mal lo has mirado!
Porque con tu madre Roma
Fidelidad no has guardado;
Que si en Africa venciste
A Aníbal el afamado,
Muy bien te lo paga Roma
Con los triunfos que te ha dado,
Y con otras libertades
De que gozas y has gozado.—
Escipion desque l'oyera
Su ropa se ha desnudado,
Y mostrárales su cuerpo
Llagado y amancillado;
Donde con muy alta voz
D'este modo les ha hablado.
—Yo juro por los mis dioses,
Y á Júpiter consagrado,
Que lo que yo á Roma debo
Y en ella hube usurpado
Son solas estas heridas
Que allá en Africa me han dado;
Que lo que tengo y poseo,
Juro por lo qu'he jurado,
Es solo lo que mis padres
En herencia me han dejado.—
Mucho quedaron confusos
Los que habian acusado :
Vieron tan alto varon
En todo justificado,
Y no contento con esto
Esto mas ha proposado.
—¡Oh patria desconocida!
Oh pueblo tan mal mirado!
Mis huesos, no estén en ti,
Ni mi cuerpo sepultado.—

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

545.

CATON EL CENSOR.

(*Anónimo*)

En el tribunal que al mundo
Dió leyes y puso espanto,
Con un ramo de higuera
Entra Caton indignado,
Verdes hojas, fruto verde,
Altos en la diestra mano,
Que al embarcarse cortó
En el muelle de Cartago,
Donde Roma le envió
Por su fiel comisario,
Para ciertas diferencias
Con el sugeto africano,
De donde vino cuidoso
Viendo el copioso aparato,
Que en Cartago se hacia
De guerra, tan sin recato,
Y de que ciudad sujeta
Toque cajas y eche bandos,
Y junte copia de gentes
Con estandarte arbolado,
Sin pedir licencia á Roma
Con tan libre desacato
Fortificando murallas
Y máquinas aprestando.
—¡Oh padres conscriptos! dice
Con voz alta y rostro airado,
¿Cuántos dias será bien
Que ha ya que corté este ramo
En ciudad que no os respeta
Ni alcanzais en ella mando?
Ved que tan léjos teneis,
Romanos, vuestros contrarios,
Que hoy hace solos tres dias,
Que partí de á do le traigo,
Cuyo fruto sin sazon
De aquesto testigo hago,
Y estas verdes anchas hojas
Ausentes del tronco caro,
Que si hablaran dijeran
Lo que de vergüenza callo.
¡De aquesta suerte va Roma
Sus límites dilatando,
Que pueda ver en tres dias
Vuestro muro el libio ufano!
¡Júpiter vive, y el cielo,
Que es gran falta de cuidado,
Y aun de valor; que otro nombre
Que poderle dar no hallo!
Despertad, conscriptos padres,
Del sueño profundo y largo
En que las paces os tienen,
Que el ocio es mal sin reparo.
Vuelva la sangre á las venas,
Y el vigor vuelva á los brazos,
Dejando los blandos lechos
Orígen de tantos daños.
Tomad sangrienta venganza,
Ved los dos rostros á Jano,
Y sacuda el duro azote
Belona sobre Cartago.
Sus soberbios edificios
Igualen al suelo llano,
No quede reliquias de ellos,
Que os importa, padres sacros.
¡Advertid bien que un descuido
Tiene difícil reparo!
Aqueste es mi parecer,
Y no el ménos necesario.—
Calló con esto, y movida
Mucha parte del Senado,
Su proposicion consultan
Tras votar discorde y vario.
Hacen cónsul á Escipion,
Que con marcial aparato,
Cubriendo la mar de leños
Da velas al viento, ufano.

(*Romancero general.*)

546.

ASDRÚBAL VENCIDO POR ESCIPION SE MATA, Á EJEMPLO DE SU ESPOSA[1].

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Habiendo puesto por tierra
La inexpugnable muralla
De Cartago, Escipion,
Con duro incendio asolada,
Y sus fuertes edificios
Vuelto en cenizas livianas,
Bajando á la humilde tierra
Las vistosas torres altas,
Asdrúbal se recogió,
Perdidas las esperanzas,
Con su mujer y sus hijos,
Y la gente que quedaba
Al templo, do se hizo fuerte;
Mas visto que le apretaba
Por todas partes Escipion,
Y que era defensa vana,
El fuerte desamparó,
Y por una puerta falsa,
Al campo vino del Cónsul,
A cuyos piés se postraba

Pidiendo misericordia,
Y rindiéndole las armas
A vista de su mujer,
Que estaba en una ventana
Con dos pequeños hijuelos,
Que su congoja aumentaban
Y á la de toda su gente,
Que el fuerte templo encerraba,
Herida y falta de sueño
Y de hambre desfigurada;
La cual por él sembró fuego
Queriendo morir quemada
Antes que dar la obediencia
Que su capitan ya daba
Al victorioso Escipion,
Ignominiosa y pesada.
Pues viéndose la mujer
De Asdrúbal desamparada,
Y de su contraria suerte
Por tantas partes cercada,
Adornando su persona
Con extraordinarias galas,
Toma un agudo cuchillo,
Y por las tiernas gargantas
De los dos queridos hijos
Con presta mano les pasa,
Mirándolo su marido,
A quien dice con voz alta:
—¡Pusilánime, traidor,
Que del contrario te amparas,
Poniéndole por juez
De tu miserable causa!
¿Qué puede dar al rendido
El vencedor, sino infamia?
¡Oh cómo sin daño suyo
Le celebrará la fama!
Tú solo le diste al Cónsul
El triunfo que no esperaba,
Y para mas infamarte
Se le llevaste á su casa,
Entregándole tus triunfos
Con entregarle tu espada
Para entrar contigo en Roma
Con argolla á tu garganta.
¡Por cierto buen capitan
Eligió tu triste patria,
Cuya ocasion venturosa
Otros con sangre compraran,
Y por venturosa muerte
La que rehusas tomaran!
Pero pues de tí olvidado
A tu antiguo tronco agravias,
No lo quedarán tus hijos,
Pues su inocencia los salva:
Serás padre de hijos muertos,
Mas no de cautiva infancia.—
Tras esto y un gran suspiro
En una hoguera se lanza
Abrazada de sus hijos,
A quien consumió las llamas.
Asdrúbal el caso viendo,
Tambien del morir se ampara,
De que Escipion condolido
Tiernas lágrimas derrama,
Considerando tambien
Aquella ciudad infausta:
Hecho lugar de fortuna
Su tragedia recitaba.

(*Romancero general*.—It. LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de*.)

1 El Asdrúbal de que aquí se trata, no pertenecia á la familia de los BARCAS.

547.

DESTRUCCION DE CARTAGO POR ESCIPION EL SEGUNDO AFRICANO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Gran tristeza tiene Roma
De ver á Cartago altiva,
Con tan grande señorío,
Que el suyo mismo les priva
Y de envidia los romanos
Muy gran pesar recibian,
Viéndola ser tan señora,
Que tanto prevalecia;
De forma que los sus fechos
Casi los escurecia,
Por lo cual muy indignados
Procuran de destruilla.
Envian allá á Escipion,
Muy valiente á maravilla;
Dánle luego el consulado,
Aunque grave se le hacia
De tomar tan grande empresa,
Porque él muy bien sabia
Que Cartago era muy fuerte
Y léjos de dó partia;
Mas por serle ansi mandado
Aceptó lo que pedian.
Aderezó grande armada
Por tierra y mar muy lucida;
Lleva gente cobdiciosa
De ganar honra crecida;
Todos parten animosos,
Deseando ver el dia
Para mostrar sus esfuerzos
Y aventurar bien sus vidas.
Pues, con este presupuesto
A Cartago llega á vistas,
Los cuales muy descuidados
Estaban de su venida,
Porque bien les sucediera
De otra lid harto reñida.
Apercibiéronse todos
Con muy cruel enemiga:
Hiérense muy crudamente
Por seis noches y seis dias,
Matando siempre y hiriendo,
Sin nadie ser de vencida.
Mas al fin los de Cartago
Son vencidos aquel dia,
Por no les venir socorro,
Y porque muerto se habian
Los mejores y esforzados
De toda su compañía.
Retráense á la ciudad,
Pensando haber pleitería;
Mas Escipion esforzado
Les daba muy grande prisa.
Cartago en aqueste aprieto
Sus mensajeros envia,
Suplicandole a Escipion
Los reciba en cualquier guisa
Bajo de su proteccion
Con seguro de las vidas,
A los cuales respondiera
Que aquesto solo haria:
Que salgan de la ciudad
Todos juntos en cuadrilla,
Ansi como les mandara
Otra vez por esta via.
Viendo los cartagineses
Respuesta tan dolorida,
Otorgáronlo á Escipion,
Cuidando que escaparian.
Salen luego las mujeres
Llorando á lágrima viva,
Veinte y cinco mil por cuent
De mas honrada valía,
Mal vestidas y mal trechas,

Rascuñadas y heridas;
De los varones honrados
Mas de treinta mil salian,
Todos llagados, enfermos,
Con lástima que decian
En verse ansi desterrar
De su patria tan querida:
Y de los dos Asdrubales,
El uno muerto yacia.
Los propios cartagineses
Le habian quitado la vida,
Porque fuera en el consejo
Con los romanos un dia;
Mas el otro de su grado
En su poder se ponia.
Otros varones romanos,
Que en la ciudad dentro habia,
En el templo de Esculapio
Todos juntos se retiran,
Pensando allí guarecer
De la muerte tan temida.
Escipion lo mandó cercar
De fuego, con muy gran prisa;
Ardia por todas partes,
La llama al cielo subia:
Ellos viéndose acuitados
Dentro del fuego caian
Por no venir á las manos
De quien tanto mal querian;
Y la mujer de Asdrubál
Reina de muy alta guisa,
Con sus dos hijos pequeños
En una torre subia;
Mas los romanos con furia
Tambien la torre encendian,
Y ella viéndose aquejada
Estas palabras decia:
—Yo soy reina de Cartago
Por mi cuita y mi desdicha:
Ansi como la primera
Fenecio, feneceria.—
En diciendo estas palabras
Dentro del fuego caia
Con sus dos hijos queridos,
Que en sus brazos los tenia.
Los romanos con pesar
Corren alla muy aina,
Pensando de guarecella;
Mas fué en vano su venida.
Escipion, acabado aquesto,
Con la rabia y enemiga,
Que quemen los de Cartago
Mandara dando gran prisa.
Ponen fuego á todas partes,
No quedara cosa viva;
¡Diez y siete dias ardió,
Que gran espanto ponia!
Ansi feneció Cartago,
Antigua ciudad y rica.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

548.

SITIO É INCENDIO DE NUMANCIA.

(De Gabriel Laso de la Vega.)

Con nuevo ejército pone
En nuevo estrecho á Numancia
El indignado Escipion,
Corrido de que cercada
Catorce años estuviese
Quedando con cerviz alta,
Y de ver el campo inculto
Producir reliquias varias
De huesos blancos curados,
De las legiones romanas,
Cuyos golpes el valor
Del numantino mostraba.
Por una parte se indigna,
Por otra el rigor templaba:
Una vez dice arremetan,
Otra que se tengan manda.
Turbado no se resuelve
Ni se determina en nada;
La compasion le compele
A apresurar la venganza;
Mas el temor del contrario
El paso á su intento ataja,
Viendo las veces que ha sido
Su gente desbaratada
Por la poca, aunque atrevida,
Que esconde aquella muralla
Inexpugnable por ella,
Mas que lo fué la troyana,
Pues cuatro mil españoles
Que la ciudad ocupaban,
A cuarenta mil romanos
Por momentos retiraban,
En campo abierto con ellos
Viniendo á duras batallas,
De quien con diestras violentas
Triunfaron en veces varias,
Siempre á su ciudad volviendo
Con vitoriosas espaldas,
Mas temidas del contrario
Que seguidas sus pisadas;
Que por vitoria tenian
El volverles las espaldas,
Y el cansarse de herir
En ellos los de Numancia,
De cuyos odiosos nombres
Como del fuego temblaban,
Las puertas de su ciudad
Teniendo abiertas y francas.
A su eleccion retirando
Del romano las estancias,
Y cual no cercada gente
Salen al campo, y se espacian;
¡Cosa dura de creer,
Que á la potencia romana,
Que era señora del mundo,
Se resistiese en España
Esta pequeña ciudad
Con fuerza tan limitada!
Al fin Escipion tanto hizo,
Que con una honda cava
La cercó por todas partes
Para excusar que á batalla
No saliesen con sus gentes,
Cuya ruina aguardaban.
Al fin la apretó con hambre,
Y su gente fatigada
Pidió al Cónsul muchas veces
La descomunal batalla,
La cual siempre rehusó;
Y hallándose apretada
La gente de la ciudad,
Atravesando la cava,
Aunque con dificultad,
Con Escipion vino á batalla;
Cuyo campo en breve espacio
Con audacia desbarata,
Y muertos muchos romanos
A su ciudad vuelta daban,
Sin poder mover las diestras
De hambre inhabilitadas.
Aun entónces no huyendo,
De que el contrario se espanta,
Queman en la gran ciudad
Su hacienda, y sus hijos matan
Y todos unos con otros
Toman contra sí las armas,
No quedando cosa viva
Ni reservada á las llamas,
Porque no triunfase Roma
De su ciudad desdichada,

Y no quedase vencida,
Aunque del contrario entrada.

(*Romancero general.* — It. LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

549.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Ya de Escipion las banderas
Llegan á ver las murallas
De aquella cabeza antigua
De la invencible Numancia,
Cuando á todas sus legiones,
Bien compuestas y ordenadas,
Aquel valeroso Alcides
De aquesta suerte les habla:
— Hoy las águilas de Roma
Hasta los cielos levantan
Sus plumas, porque vosotros
Habeis de servirles de alas:
Hoy para inmortal memoria
De vuestras nobles hazañas
Habeis de triunfar, dejando
Que publicar á la fama:
Mostrad, milites famosos,
Lo que hoy pueden vuestras armas;
Que si á Numancia venceis
Podrán alzaros estatuas. —
No pudo pasar de aqui,
Porque de una y otra banda
Comenzaron á dar voces
Apellidando su patria.
«Alarma, alarma.
»Los unos viva Roma, otros Numancia;
»Y viendo á Escipion tan bravo y fuerte
»Todos por no entregarse se dan muerte.»
Los numantinos, que miran
Del contrario la pujanza,
Acuerdan ántes morir
Que no de entregar su patria.
Y como para el sustento
Mantenimientos les faltan,
De conformidad de todos
Niños y mujeres matan.
Cuál en brazos de su esposa
Ofrece á la muerte parias,
Y cuál á sus propios hijos
Con violenta mano trata.
Un horrible fuego encienden
En medio de la gran plaza,
Do queman todos sus bienes,
Cada cual con mano franca.
Unánimes todos dicen
Que no se entregue la patria;
Que mueran, pues que muriendo
Hacen inmortal su fama.
Y así solamente se oye,
Entre las voces turbadas
De la una parte y la otra,
Razones mal concertadas:
«Alarma, alarma.
»Los unos viva Roma, otros Numancia;
»Y viendo á Escipion tan bravo y fuerte,
»Todos por no entregarse se dan muerte.»

(*Romancero general.*)

EPOCA ROMANA DESDE LA DESTRUCCION DE NUMANCIA HASTA EL FIN DE LAS GUERRAS CIVILES.

550.

MARIO, VENCEDOR DE LOS CIMBROS.

(*De Juan de la Cueva.*)

Por Italia entran los cimbros
Haciendo soberbio estrago,
Porque les era de Roma,
Entrar en ella vedado.
Sale Silano con gente
Á defendelles el paso;
Los cimbros toman las armas
Las romanas despreciando,
Y en una trabada lid
Desbaratan los romanos
Con gran pérdida de gente,
Que Silano llevó á cargo.
Luego en viendo aquesta rota,
Envian á Marco Manlio;
Tambien Quinto Escipion
Igualmente fué nombrado
Con Manlio, en el mismo oficio,
Para deshacer el campo
De los enemigos cimbros,
Que á Roma venian marchando.
Dióse entre ellos la batalla,
Y fuéron desbaratados
Los romanos, y los cimbros
Con la vitoria quedaron.
Viendo Roma tal afrenta,
Y esperando mayor daño
Si no se ponia remedio
En reprimir al contrario,
Eligen y hacen cónsul
Al valiente Cayo Mario,
Para que salga á impedilles
Que su intento llegue al cabo,
Y con muerte dé de todos
Venganza á sus ciudadanos.
Aceta Mario el oficio;
Tocan cajas, echan bandos,
Que la gente se aperciba
Dentro de un pequeño plazo
Para hacer la jornada,
Y deshacer sus agravios.
Estando en aqueste punto
Las cosas, sucedió un caso
Al Cónsul, que dinamente
Es digno de celebrallo,
Aunque es de algunos tenido
No por digno de alaballo.
Y fué, que estando una noche
Cayo Mario reposando,
Ocupada la memoria
En lo que tenia á su cargo,
Soñó que si la vitoria
Queria, y el triunfo y lauro
De los cimbros, que á su hija
Sacrificase á los hados.
Recordó con este sueño
Pavoroso y alterado,
Y vió todo el aposento
Lleno de un resplandor claro,
Que ofuscándole la vista,
Quedó ciego por un rato.
Mas deshecho el resplandor,
Persuadido qu'era mando
Del cielo, llamó á su hija,
Y díjole así, llorando:
— Los dioses mandan y ordenan,
Por la salud del romano
Pueblo, que haga sacrificio
De ti, con mi propia mano.
Esto, aunque es crueldad, es fuerza,
Pues al bien comun va tanto,
Despues de ser mando expreso
Del que rige el cielo santo,
Y si yo lo traspasase,
Yendo cual vó en este paso,
Sucederia á los nuestros
Lo que a Manlio y á Silano,
Que vencidos por los cimbros,
Vino á Roma tanto daño,
El cual se ha de redimir
Con tu vida, y con mi brazo,
Y aplacar la ira á los dioses,

Si están contra Roma airados.—
No pudo pasar delante
Con su razon Cayo Mario,
Que se la cortó el dolor,
Aunque no le movió el ánimo;
Que firme en su ciego intento,
Levantó la espada en alto,
Y con impiedad terrible
Hirió el cuello delicado
De la tierna y bella virgen,
Que siendo todo cortado,
Dijo: —¡Oh dioses celestiales,
A quien la sangre consagro
D'esta hija que engendré,
No le negueis vuestro amparo
A la juventud romana,
Que á los cimbros va buscando!—
A este punto oyó la caja,
Que por órden suya y mando
Marchaba en órden la gente,
Al contrario procurando;
Que con toda la presteza,
Qu'era conveniente al caso,
Al decendir de los Alpes
En la ribera del Pado,
El Cónsul situó su gente,
Y aguardó la del contrario,
El cual lleno de arrogancia,
Por los sucesos pasados,
No temió á la fortuna
Que se muda y muda estados.
Teutómodo, su caudillo,
La batalla ha presentado,
Y así venia delante,
Su gente cimbria ordenando.
Los romanos se aperciben,
Y siguiendo un órden dado,
En dando señal la trompa,
Arremeten denodados
A los bárbaros soberbios,
Que no ménos esforzados
Se mostraron, resistiendo
El ímpetu á los romanos,
Que siguiendo su virtud
Hacian mortal estrago
En los cimbros temerosos,
Ya del primer valor faltos;
Que con flaqueza cobarde,
Cortados de un frio desmayo
Desamparaban los puestos,
Las armas de sí arrojando,
Con vergonzosa huida,
Procuraban verse en salvo.
Los romanos en su órden
Fuertemente peleando,
Conociendo su desórden
Al fin los desbarataron.
Las mujeres, cuando vieron
Que desamparado el campo
Los cimbros habian huido
Rendidos y destrozados,
Todas ardiendo en furor,
Reputando por agravio
Huir así sus maridos,
Las armas d'ellos tomando
Peleaban fuertemente
Resistiendo sus contrarios,
Dando á sus maridos muerte
Con crueldad, porque dejando
El campo, con tal infamia
Huian de los romanos.
Despues de haber hecho en ellos
Ellas mismas crudo estrago,
Siéndoles la libertad
Negada por Cayo Mario,
Tomaron todos sus hijos
Y al punto los degollaron,
Y las unas á las otras
Todas las mas se mataron:
Y las que escaparon d'esto,
Aunque del hierro escaparon,
Atándose los cabellos
Fuertemente con sus manos,
De ellos se ahorcaron todas,
De los árboles y carros.
Prosiguiendo su vitoria
Va el romano, y arruinando
Cuanto por delante via,
Sin contraste ni reparo;
Mas tocando á recoger,
Cansados de matar tantos,
Tienen en el campo muertos,
De este victorioso asalto,
Ciento y cincuenta mil cimbros;
Y cativos por esclavos,
Sesenta mil, que en el triunfo
Metió en Roma Cayo Mario,
Arrastrando las cadenas
Delante del triunfal carro.
El dia d'este suceso,
Sucedió en Roma un milagro:
Que se vieron dos mancebos
En el aire, coronados
De laurel, dentro en el templo
De Castor y Polux sacros,
Que le dieron una carta
Ellos al pretor romano,
Por do se supo aquel dia
La victoria en el Senado.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

551.

MARIO, PROSCRIPTO, CONTEMPLA LAS RUINAS DE CARTAGO.

(*Anónimo.*)

Dos ejemplos de fortuna
De bien y mal los mas altos,
Mudos de su gran caida
Sin lengua se están hablando.
La gran Cartago es el uno,
Y otro Mario desterrado,
Seis veces romano cónsul
Y gran capitan romano.
Mirando está las ruinas
De aquel imperio africano,
Y de fortunas tan ricas
En tierra los desengaños,
Y la patria que engendró
Tantos ánimos gallardos,
Como agora engendra espinas
Y la pueblan leones pardos.
Revolviendo estas memorias
La suya se ha despertado,
Y tras largo suspirar,
Dijo, mirando á Cartago.
—Cartago, que un tiempo al cielo
Te subió el alegre hado,
Iguales hemos quedado;
Tú postrada por el suelo,
Yo en tu suelo desterrado.
Y aun nunca se satisface,
Siempre el hado te importuna;
Que contino seas, le place,
Teatro de la fortuna,
Donde sus tragedias hace.
Murió en tí Dido, primero;
Aníbal fué en tí vencido;
Tú moriste á hierro fiero,
Y agora en tu farsa he sido,
Yo, Mario, el acto postrero.
¡Cuán en balde y con despecho,
Cartago, este bien tenemos;
Que fuimos tan de provecho,
Que á fortuna rica hacemos
Aunque ella nos ha deshecho!
Que la que nos dió tal pago,
Que es la fortuna envidiosa,

No hiciera tal estrago,
Ni fuera tan poderosa,
A no haber Mario y Cartago...
¡Mas ¡ay! que en manera alguna,
Cartago, este bien tuviste,
Que si te acabó fortuna,
Tierra en que morir tuviste,
Mas yo no tengo ninguna!

(Romancero general.)

552.

POMPEYO PRESO POR EL REY GENCIO.

(De Juan de la Cueva.)

Atalo, el gran rey de Asia,
Estando en edad postrera,
Y careciendo de hijos
A quien dejar su hacienda,
Y que de Asia la menor
El cetro suyo posean,
Señaló en su testamento
A Roma por su heredera.
Siendo el Senado romano
D'esto avisado por letra,
Despues de tener acuerdo,
La herencia de Asia aceta,
Y señalando á Pompeyo
Fué con toda diligencia
Enviado á que tomase
La posesion de la tierra,
Y á echar algunos tiranos
Que la traian revuelta,
Que por la muerte del Rey
Se nombraban reyes d'ella.
Puesto Pompeyo en camino
Con el cuidado, y la priesa
Que la ocasion demandaba,
Y el cargo, que á cargo lleva,
Sin dar entrada al reposo,
Ni á cosa que lo detenga,
Cumpliendo el mando romano
A los ilíricos llega,
Donde reinaba el rey Gencio,
Al cual, dándole la nueva
Cómo estaba allí Pompeyo,
Por saber la causa cierta
A qué fuese su venida,
Mandó qu'en prision lo metan;
Y cumpliendo el real mandato,
Al magno Pompeyo allegan.
Notificanle el acuerdo
Del Rey, y á los del Rey ruega,
Que pues manda el Rey prendello,
Le lleven á su presencia,
Donde siendo conocido
Le traten de otra manera.
El vario y discorde vulgo,
Que siempre se desacuerda,
A lo que pide Pompeyo
Hubo opiniones diversas;
Y al fin siéndoles mandado,
Adonde está el Rey le llevan;
El cual, en viendo al romano,
Lo recibe con gran fiesta,
Y junto á su solio real
Al magno Pompeyo asienta,
Diciéndole: — Tu venida,
Fuerte romano, se entienda;
Porque está toda mi gente
Por causa d'ella inquieta:
Y dime por amistad,
Si es de paz, ó si es de guerra,
Y si te envia el Senado,
Qué embajada ó cargo llevas,
O á qué parte es tu viaje,
Porque tu intencion se entienda.
Y esto tienes de decirme
Por voluntad ó por fuerza,
Que bien lo puedo hacer
Pues que te tengo en mi tierra. —
A las razones del Rey,
Pompeyo dió tal respuesta.
— ¿No sabes que á los romanos
Ninguna fuerza los fuerza,
Ni muerte les pone miedo,
Ni castigo los sujeta?—
Esto diciendo, y llegando
La mano á una ardiente vela,
Puso el un dedo en la lumbre
Dejandolo estar en ella
Hasta que se quemó todo,
Sin hacer muestra ni seña
De dolor ni sentimiento,
Ni mudar rostro ni ceja,
Dándole á entender al Rey,
Que sufriria sin pena
La furia de su castigo,
Aunque en un fuego lo meta,
Antes que manifestalle
Su secreto, y qu'él lo entienda.
Admiróse el Rey del caso,
Y viendo tan clara muestra
Del esfuerzo y sufrimiento
De Pompeyo, considera
Que no podrá saber nada,
Del que así sus carnes quema:
Y así, corre presuroso,
Y apartando la candela,
Le asió el Rey mismo del brazo,
Diciendo d'esta manera:
—Ya yo sé, fuerte romano,
Que ningun apremio apremia
Al fuerte valor romano,
Cual veo en esta y otras pruebas:
Y conozco cuánto premio
Viene al reino mio en que tenga
Vuestra amistad, la cual pido
A ti, si puedes hacella:
Y pudiendo, á mí y á Roma
En paces nos confedera,
Que yo firmaré los pactos
Que tú pidieres por ella. —
Pompeyo acetó las paces
Entre Gencio y entre él hechas,
Por Roma, y sin detenerse
Fué prosiguiendo su empresa,
Y entrando en la menor Asia
Las inquietudes aquieta
Desterrando los tiranos,
Que opresa tenian la tierra;
Poniendo al romano yugo
Todo su poder y fuerzas,
Volvió á la romana patria
A dar de lo hecho cuenta.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

553.

CÉSAR REPUDIA Á SU ESPOSA, SOSPECHADA DE ADULTERIO.

(De Juan de la Cueva.)

Alborotada está Roma
Y revuelto el consulado,
Oyendo una informacion
Que un tribuno ha presentado
Acusando á Publio Clodio,
Contra el cual así ha hablado:
— Oidme, padres conscriptos,
Y de vos sea ayudado,
Juntamente con el pueblo
Qu'está á oirme convocado;
Pues me mueve el bien comun
Sea oido, y sea amparado;
Porque de un horrible insulto
Clodio sea castigado.

No me incita ó mueve invidia,
No rancor ni odio inhumano,
Ni es propio interese mio,
Ni desear ser vengado;
Que mal se toma venganza
De quien no nos hace agravio.
Solo el culto y reverencia
De los dioses, me ha forzado,
Qu'el nefario Publio Clodio
Con menosprecio ha violado:
Y fué, qu'en el sacrificio,
Qu'es de noche celebrado
A honor de la bona Dea,
De mujeres solo usado,
Prohibido á los varones
De cualquier suerte y estado,
Que ninguno en él se halle,
Por divina ley mandado;
Este, contra este precepto
Generalmente guardado,
Vestido como mujer
En la fiesta fué hallado
En casa de Julio César,
Qu'es el Pontífice hogaño,
Envuelto con las matronas;
Cuyo delito notado
Ha ofendido hombres y dioses,
Y el sacrificio sagrado;
Por lo cual pido que sea
Cual es justo castigado,
Porque no se atreva otro
A semejante pecado,
Y los dioses ofendidos
Nos castiguen de su mano. —
El Tribuno habiendo dicho,
A su lugar se ha tornado.
Comenzó el pueblo á alterarse,
Y á conmoverse el Senado;
Mézclanse unas voces y otras
Con rumor mal pronunciado;
Los unos piden que muera,
Otros dicen que sea salvo;
Otros, no ofende á la diosa,
Si no hay mas que ser hallado;
Otros: ¿quién culpa á este reo?
¿De qué parte es acusado?
¿Qué razon tiene el Tribuno?
¿Si es en esto interesado?
Que no habiendo quien demande
No debe ser condenado.
Otros dicen: que es su oficio,
Y qu'es bien lo demandado.
En esto estaban revueltos
El pueblo en el consulado;
Mas viendo los senadores
Tal discordia en este caso,
Mandan sosegar las voces,
Y habiendo considerado
La gravedad del delito,
Salió d'ellos acordado
Que citen á Julio César,
Que venga luego al juzgado,
Porque no sea sin parte
Lo que fuere decretado.
Esto proveido, al punto
Fué á César notificado,
Que sin detenerse en cosa,
Ante ellos se ha presentado,
Diciéndoles: — Sumos padres,
De vosotros soy citado
Que parezca en esta audiencia
Sin mas término ni plazo:
Aquí estoy, ved qué quereis,
O para qué soy llamado. —
En pié se pone el Tribuno,
De quien es Clodio acusado,
Y le dice: — Julio César,
Yo de parte del Senado,
Y de los supernos dioses
En cuyo nombre te mando
Que acuses á Publio Clodio
Del crimen, que ya te es claro
Que cometió contra tí,
Pues fué en tu casa hallado. —
César, oyendo al Tribuno,
Conmovido y alterado
Le responde: — ¿Tú qué dices?
¿En qué razon te has fundado?
Que de todo cuanto has dicho,
Si tu dicho es bien notado,
Ni te entiendes, ni te entiendo,
Ni sabes lo que has hablado;
Porque César de ninguno
No puede ser injuriado,
Y así pido que sea absuelto
Ese que hacen culpado;
Que no pudiendo ofenderme,
No hay por qué hacelle cargo. —
Contra César el Tribuno
Responde: — ¿Por qué has negado
La ofensa qu'este te ha hecho,
Pues por ella has repudiado
A Pompeya, tu mujer,
De quien ya estás descasado? —
César, aunque ardiendo en ira,
Con sosiego ha replicado:
— Mucho deseo saber
Quién de mí te ha dado cargo,
O por qué razon te mueve,
Tribuno, mi causa tanto,
Que aun lo que pasa en mi casa
Quieres qu'en Roma sea claro,
Y sin por qué, que se diga,
Que á César se hizo agravio.
Mas pues la razon me pides,
Por qué á Pompeya he dejado;
Yo la dejé, no ofendido
D'ella, aunque disfamado;
Porque la mujer de César,
No solo en aqueste caso
Ha de ser libre del hecho,
Y sin culpa del pecado,
Mas de cualquiera sospecha
No ha de haber en ella rastro.
Esta es la causa, Tribuno,
D'eso que te da cuidado,
Que no te es agradecido,
Y te ha de ser mal pagado —
En diciendo esto, dió vuelta
Con despecho denodado;
Sin hacer acatamiento
Se salió, y dejó al Senado.
Los senadores y el pueblo
Nueva discordia han trabado;
Nuevas voces, nuevos gritos
Absolviendo y condenando.
Unos piden que sea libre
Clodio, y otros castigado,
Con tan varios pareceres
Confundidos y alterados;
Y así, para que se viese
Cuál era razon, votaron:
Que quede para otro acuerdo
Remitido y señalado.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

554.

CÉSAR Y AMÍCLAS.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

De lo mas alto del cielo
Bajaba la luna blanca
Con cuernos votos turbados
Que revolucion señala,
Del pastorcillo dormido
Deseosa y no olvidada,
Por quien muriendo otras veces,

Dejó su morada sacra,
Cuando Julio César sale
Por medio sus haces bravas,
Cuyos fatigados miembros
Un general sueño baña.
Todos duermen; Julio vela,
Propio oficio del que manda,
Que la gente de Brundusio,
A quien esperaba, tarda.
Culpa la amiga fortuna,
Que así la guerra dilata;
Mas los piés sobre su bola,
Solo del campo se alarga;
Que á quien la fortuna ayuda
Ninguna cosa contrasta.
Llega al mar, donde halló
Junto á un peñasco una barca,
Y cerca de ella una choza
De estéril junco formada,
Con unos frágiles leños
Que sufren la leve carga.
Morada quieta y segura
Mas que del César la casa,
A la cual llamó tres veces,
Cuyos golpes la amenazan,
Que cada vez que la toca
Tiembla y piensa sobre él caiga.
Sale el soñoliento Amiclas,
Que así el barquero se llama:
Pide el César que le pase
A la hespérica campaña;
El cual tirando los miembros,
Y bostezando le habla:
— Es atrever temerario;
Que mil turbadas señales
Denuncian futuros males,
Y el viento nos es contrario.
No nos fiemos del mar,
Pues hoy no mostró arrebol
A su tramontar el sol,
Que podemos peligrar.
Mira de la nueva luna
La bella faz cenicienta:
Señal que no me contenta,
Y amenaza con fortuna.
Oye las selvas frondosas,
De los vientos meneadas,
Y las costas azotadas
De las ondas espumosas.—
Julio, sin embargo d'esto,
De piés en la barca salta,
La gastada amarra corta,
Y un quebrado remo apaña;
Bota la barca de tierra,
Comienza á correr el agua,
Y Amiclas como forzado
La guia, aunque no de gana.
Viendole el César así,
Le dice: — Adelante pasa,
Pues la fortuna de César
En tu barca te acompaña. —
Hácense á largo, mas presto
El viento y la mar airada
Tornan la barquilla á tierra
Sin árbol, rota y cascada.
Vuélvese á su campo Julio,
Llamando á fortuna varia,
Corrido en ver se le atreve
Quien nunca le fué contraria.

(*Romancero general.* — H. LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

555.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Juan de la Cueva* [1].)

Solo y en humilde traje,
Cuando la segunda vela
Su cuarto estaba haciendo,
Y en quietud dormia quieta
La gente del campo amigo,
Sale de su tienda César
Para pasar en Italia
Do la gente está que espera,
No confiando de nadie
Hacer esta diligencia,
Porque ya el campo contrario
A do está el suyo se acerca:
Y así, dejando sus ropas,
Con otras viles las trueca,
Porque no le conociese
Nadie, y su ida se entienda.
Así va César su via,
Y al fértil rio Anio llega,
Que los tiburtinos campos
Con rica corriente riega,
Donde una pequeña barca
Vió estar, y junto á ella
Una humilde y pobre casa,
Del que la barca gobierna,
Que era Amiclas, el cual libre
De los cuidados que lleva
Júlio César, reposaba
Contento con su pobreza,
En una cama de ovas,
Las redes por cabecera,
Sin codiciar mas de aquello;
Porque seguro navega
Aquel qu'en su humilde estado
Con su suerte se contenta,
Sin que la ardiente codicia
Le inquiete ni le conmueva.
Llegó el monarca del mundo,
Y tocó la pobre puerta
De Amiclas, qu'está durmiendo
En paz, sin cuidar de guerra,
Que como vivia seguro
Tenia su alma quieta.
Pregunta de allá, quién llama,
Con voz espaciosa y queda,
Sin mover, aunque oye golpes,
De su lugar la cabeza.
Vuelve César á tocar
La puerta, y la casa tiembla,
Y no por ser de carrizos
Y juncos de la ribera
Tembló, que si fuera un monte
El mesmo efecto hiciera.
No por eso el pobre Amiclas
Se apresura, ni se altera,
Ni se da priesa á vestir;
Antes lleno de pereza,
Refregándose los ojos
Y bostezando á gran priesa,
Quitó á la puerta la tranca,
Y abre á César, el cual entra
En la miserable casa
De Amiclas, el qu'en la alteza
De Roma tenia su asiento,
Y al mando suyo la tierra.
Entra, y el barquero luego
Revive la brasa muerta:
Aplícale el seco esparto
Y en torno d'él pone leña:
Sopla, y sale espeso humo,
Hínchese la chica pieza,
Y al conquistador del mundo
Que está allí, lo ahuma y ciega.
Habiendo encendido lumbre,
Muy de su espacio se asienta
Junto a ella, y le pregunta
El barquero á Julio César:
— ¿Que es lo que buscas, amigo,
Por aquí? ¿Qué ardor te lleva
A esta hora, la cual pide
Mas el sueño, que la vela,
Pues los trabajos del dia

Con él reparan y cesan?
A la pregunta de Amíclas,
César le da tal respuesta:
— La calidad del negocio
Es la que me lleva y fuerza,
Y es tal, que el blando reposo
A mi espíritu le niega,
Despues de ser yo mandado
De César, cuya bandera
Sigo, y me envía á que pase
A Italia con toda priesa.
A esto vengo, y esto quiero
Que hagas con diligencia,
Y me pases en tu barco
Sin que punto me detengas;
Por lo cual te doy mi fe,
Que tan bien pagado seas
Que satisfaga al trabajo
La debida recompensa.
— No sé cómo pueda ser
Eso, amigo, que deseas,
Dice Amíclas, porque el tiempo
Poder hacello nos veda:
Ya ves qu'es el solsticio,
Cuando con furia Boreas
Conmueve el undoso mar,
Que á las nubes hace guerra;
Y así, no es caso seguro,
Por el riesgo que se espera,
Entrar en él, y en un barco
Tan chico, sin mas defensa. —
César tornó á replicalle
Qu'era importante, y le ruega
Que lo haga, y solo un punto
La ida no se difiera.
Fué tan eficaz el ruego,
Qu'el barquero se lo aceta:
Métense ambos en el barco,
Que en testimonio que lleva
A César, tembló, y las tablas
Crugieron, y el rio resuena
Con un ronco movimiento
Dentro en su honda caverna.
El marinero al momento
Ata sogas, y adereza
Los remos que han de llevallos;
Los escalones aprieta,
Larga el cabo, el barco bota,
La proa á su via endereza,
Y asiendo de los dos remos
Sobre su banco se asienta.
Comenzó á romper las aguas,
Y el rio Anio atraviesa;
Mas llegando á las entradas
Donde el rio en el mar entra,
Halló el mar tan alterado,
Que la entrada en él les veda
Dando las furiosas ondas
Un golpe y otro con fuerza
En el barco, que jugando
Lo trae por encima d'ellas,
Impeliéndolo á una banda
Y á otra, lo arroja y lleva,
Ya levantándole al cielo,
Ya al bajo centro lo allega,
Que ni el remo hace efecto,
Ni el remador aprovecha,
Zabordando á cada paso,
Forzándole á que se vuelva.
Amíclas, viendo el peligro,
Y que á mas andar se anegan;
Sin ser de ningun provecho
Cuanto trabaja y forceja
Luchando con el mar fiero,
Que mas su furor arrecia,
Comenzó á volver la proa
Para dar al puerto vuelta;
Lo cual como fué sentido
De César, su asiento deja,
Y el brazo asiendo de Amíclas
Así le dice: — No temas,
Amíclas, pasa adelante,
Pasa, rompe esa tormenta,
No temas, que la fortuna
Contigo llevas de César. —
Quedó admirado el barquero
De la voz, y el miedo esfuerza:
Pone la proa contra el viento
Y con nuevo aliento empieza
A romper el mar, y en balde
Se pone en tal resistencia,
Porque crecia con furia,
Qu'el barco cubre y anega,
Y al fin, no pudiendo mas,
César, su camino deja.
Vuélvese al seguro puerto,
Cual Amíclas le aconseja
De los dioses impelido,
Y así es justo que se crea,
Pues ellos solos podian
A César hacer tal fuerza,
Porque tal temeridad
No es digna del que gobierna.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

[1] Es un romance de los mas tolerables que hizo JUAN DE LA CUEVA, y aunque lleno de las exageraciones é hinchazon propia entónces de muchos poetas andaluces se puede leer sin desden ni fastidio.

556.

CÉSAR PASA EL RUBICON.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Al dorado Rubicon
El invierno fuerzas daba,
La luna nueva aumentando
Y húmidos Euros las aguas,
Cuando pasados los Alpes
Pone los piés en la Italia
El temido Julio César
Con orgullosa arrogancia,
Que del valiente Pompeo
Lleva mal el ver le iguala,
Y quiere ver de los dos
Quién viste mejor las armas.
Hace á la fortuna juez,
Sin temer sus vueltas varias;
Que despues que le llevaron
Con atroz golpe las parcas,
Entre el gran Pompeyo y él,
Con Julia las prendas caras,
Se desabrieron los dos;
Que no sufre igual quien manda:
Cuyas duras competencias,
Guerras civiles señalan.
Quiere pasar con su gente
Julio, y sus banderas altas,
A los términos vedados
De la Italia sosegada,
Y que ya calle el derecho,
Y solo hablen las armas,
Y como rayo fogoso
Dejar rastro por do pasa;
Mas llegando al Rubicon
Vió la imágen de su patria,
Que delante se le ofrece,
De estatura agigantada,
Y aunque con la oscura noche
Se muestra á Julio bien clara,
Los largos cabellos blancos
Y esparcidos por la cara,
Remesados, mal compuestos,
Los ojos cual vivas brasas,
Que de las futuras guerras
Cruel presagio le amenaza,
Y con voz vuelta en sollozo,

A Julio llorosa habla.
—¿Dónde vas á mi despecho?
¿Por qué contra mí te armas,
Queriendo libren las armas
Lo que solo es del derecho?
¿Dónde mis banderas pasas
Con sus águilas pendientes?
¿Por qué con armadas gentes
Mis justas leyes traspasas?
Vuelve, Julio, vuelve atras:
Aunque vayas con razon,
Será bastante ocasion
Para deberte yo mas.
Que no merece castigo
La patria que te crió,
Ni es bien se diga salió
De su vientre el enemigo.—
Detuvo con esto Julio
El paso echado en el agua,
Y con un frio temblor
Se le eriza el pelo, y alza.
Pero revolviendo en sí,
Dice: —La suerte es ya echada,
Júpiter y el cielo saben
Que sigo justa demanda,
Y que su César me llamo
En suerte buena ó contraria.—
Pasa adelante furioso,
Y su gente toda pasa
Del vedado Rubicon
Turbando las quietas aguas,
Hasta que dió en Arimino,
El primer lugar de Italia.

(*Romancero general.*—G. Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias &c.*)

557.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Volviendo César á Roma,
Junto al rio Rubicon
Llegaba, cuando al Senado
Se presentó Curion
Pidiendo en nombre de César
Le diesen prorogacion
Del oficio que tenia,
Sin quitarle la legion;
Al cual le fué respondido,
Sabida su pretension,
Que á César volviesen luego,
Diciendo en resolucion
Que el Senado le mandaba,
Oida su peticion,
Que de las huestes le diese
A Pompeyo posesion,
Y que haciendo al contrario
Seria su destruicion.
Oido el precepto fiero,
Entendida la intencion,
El color mudó del rostro
Con notable alteracion:
De ciega ira instigado
Responde así á Curion:
—¡Oh gran Senado romano!
¡Romúlea congregacion!
Yo vengo en nombre de César,
Y por él dó esta razon:
Que vuestro mando obedece,
Mas con una condicion:
Que tambien Pompeyo haga
Esa mesma dejacion,
Y que no haciéndola él,
No la hará el Dictador.—
El Senado dió respuesta,
Que no habia apelacion;
Que deje César las huestes
Sin replicar mas razon.
De nuevo furor movido
El cesaréo Curion,
Dijo, sacando la espada,
Con gran determinacion:
—Esta, aunque el mundo lo estorbe,
Hará la prorogacion.—
Con esto dejó al Senado,
Y á César se encaminó,
Que estaba indeterminable,
Si pasaria el Rubicon,
Detenido en su ribera,
Metido en gran confusion,
Combatido de cuidados
Su invencible corazon.
Preguntado de los suyos
De su duda la ocasion,
Respondió: —En pasando el rio
Todo ha de ser por quistion;
Solo las armas en esto
Serán la averiguacion.—
No hubo dado esta respuesta,
Cuando el aire resonó;
Estremeció todo el campo,
Causó grande admiracion,
Y en el aire una figura
De un gran hombre pareció;
El cual bajando á la tierra,
Causando á todos horror,
A un trompeta de la hueste
Una trompeta quitó,
Y pasando el ancho rio,
Haciendo el mavorcio son,
Conmovió el ánimo á César
La nunca vista vision.
Entónces dijo en voz alta
En medio de su escuadron:
—Sus, echada es nuestra suerte:
Al hecho, que ya es sazon;
Ya son menester las armas;
No hay acuerdo de concion;
Sigamos tras los milagros
De la celestial union,
Que nos manda que pasemos,
Que es conveniente ocasion.—
En diciendo esto, el primero
Se arrojó en el Rubicon,
Y pasó de la otra parte
Detras del présago son:
Tras d'él sus fuertes romanos
Con gran determinacion,
Cumpliendo lo que al Senado
Le prometió Curion:
Que con la espada haría
Hacer la prorogacion.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

558.

SUEÑA POMPEYO SU DERROTA FUTURA.

(De Gabiel Lobo Laso de la Vega.)

Ya las mayores estrellas
Su escasa luz escondian,
Y el matutino lucero
Huye del vecino dia,
Cuando engolfado Pompeyo
Deja á Italia y se retira,
Que el rigor de Julio César
A ello le necesita.
Va á juntar diversas gentes
De las provincias amigas,
Para dar principio triste
A las débiles fatigas;
Y aunque para guerra sale,
Lleva su casa y familia.
Tiende por el mar los ojos
Y á la amada Hesperia mira,

Dulce nido y patria dulce,
Como postrimera vista.
Ya contempla de las cumbres
Nevadas las altas cimas,
Ya los pedregosos montes
Que desparciendo se iban,
Ya los agradables puertos
Que denuncian su ruina;
Mas de vacilar cansado,
Por sus miembros se esparcia
Un regalado licor
Que suspendió su fatiga;
Y en aquesta coyuntura
La eburnea puerta se abria,
Por donde los sueños vanos
Salen, y sombras fingidas,
Al mundo, con apariencias
Que lo incierto certifican.
Los sentidos le entorpece,
Mas luego á la fantasía
Varias formas se le ofrecen,
Conforme al humor que cria,
Donde se le representa
De Julia la horrenda vista,
Que fué su mujer primera,
Y de Julio amada hija,
Cuya falta denunció
Mil sanguinosas ruinas,
Que de tierra le parece
Por una boca salia
Con visaje descompuesto,
A quien llorosa decia:
—Del Eliseo campo echada,
Vine á las negras lagunas,
Do á las furias importunas,
Vi amenazar tu jornada.
  Vi que andaban sacudiendo
Sus hachas sobre tu arnes:
Preven el daño, pues ves
Que Julia te está advirtiendo,
  Con quien mil triunfos tuviste
Cuando te fuí compañera,
Mas ya en mi combieza fiera,
Mi adversa suerte consiste
  Ya se mudó con mi ausencia
De tu lecho la fortuna:
Julia y Cornelia, no es una,
Que hay notable diferiencia.
  Que Cornelia condenada
Está á derribar maridos
De estados altos subidos,
Julia á no quitarles nada.
  Ande asida á tu bandera
Que César me vengará,
Y Julia la impedirá
Gozarte cuando lo quiera.
  Y no pienses me desvío,
Pompeyo, de tu presencia,
Que esta civil diferiencia
Te hará sin duda mio.—
  Desparecióse con esto
Aquella sombra amarilla,
De que el capitan quedó
Lleno de melancolía:
Y aunque con algun temor,
Ningun ánimo le quita,
Antes dice, que á turbar
No bastan sombras fingidas
Su gloria y triunfos futuros,
Ni la carcomidia invidia:
¡Gran indicio, el no temer,
De que el daño se avecina!
Que casi por las señales
Los sucesos se adivinan;
Y gritando guerra y guerra,
A la amiga costa arriba.

(*Romancero general.*— It. LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

———

559.

MUERTE DE LOS HERMANOS LABIENOS.

(*De Juan de la Cueva* [1].)

  De las tiendas de Pompeyo
Labieno se salia,
Armado de fuertes armas,
Denodado y ciego de ira,
En un revuelto caballo
En que su camino guia,
Al campo de Julio César,
Que del suyo está á la vista,
Y puesto tan cerca d'él,
Que la voz suya se oiria.
Levantando la visera
Paró, y en el suelo hinca
El extremo de la lanza,
Y el brazo en el asta fija,
Aguardando que saliesen
Para decir á qué iba.
Los del contrario real
A César del caso avisan,
Que luego salió tras ellos
A ver qué fuese, y envia
Un hombre de armas, que tome
La razon de su venida,
Creyendo que de Pompeyo
Algun recaudo traia.
Mas siéndole preguntado
Qué era lo que queria,
Qué aguardaba en aquel puesto,
Que César se lo pedia,
Si traia algun recaudo
De Pompeyo, que lo diga.
Labieno le responde:
— El recaudo es causa mia;
Y esto le dirás á César
Que yo lo digo, y camina,
Que tan presto irá mi voz
Como tu mensajería:
Que esté atento para oirme,
Y el oido me aperciba. —
Al punto la gruesa lanza
Terció, y la rienda cogida,
Se fué llegando mas cerca,
Diciendo así, en voz subida:
— César, yo só un escudero
Que sigo la compañía
De Pompeyo, y haré bueno
A cuantos siguen tu insinia,
Que eres traidor á tu patria,
Y que tú la tiranizas;
Y si hay entre los tuyos
Quien esto me contradiga,
Y si uno solo no osare,
Salgan dos á la conquista;
Y si no dos, salgan cuatro,
Que yo les haré que digan
Todo lo que tengo dicho,
O les quitaré las vidas;
Que en testimonio del hecho
Esta lanza, esta loriga,
Este brazo y esta espada
Lo que digo retifican;
Y porque el temor os deje,
Y vengais con osadía,
Traed vuestras armas todos,
Traed cuantas mejorías
Quisierdes; cubrios de acero,
Que yo pelearé en camisa;
Que no he menester mas armas,
Con qu'esta espada me sirva.—
Dando fin á esta razon,
Levantó su frente altiva,
Mirando á todos, y César
Dice: — ¡Bien se demasía,
Romanos, aquel romano!
¡Grandes cosas prometia!

¡Grandes partidos nos hace!
Y no sé en lo que se fia,
Que contra tanta nobleza
Use de tanta osadía,
Temerario es y arrogante,
No le incita valentía.
Porque muchos acometen,
Y aguardan de cobardía,
Cual este, que puesto en campo
Por tal modo desafia,
Que es ofender nuestra gloria,
Que aguarde, y aun que ya viva.—
Esto dijo Julio César,
Y Neo Labieno hinca
Ambas rodillas ante él,
Dándole á entender que iba,
Con su licencia, al combate
Qu'el romano les pedia.
Vase derecho á su tienda,
Orgulloso y ciego de ira:
Echase encima las armas,
Y á su caballo la silla:
Sube en él, toma una lanza
Que una entena parecia;
Sale vibrándola apriesa,
Con destreza y gallardía,
Juntando los dos extremos
Cada vez que la movia.
Atraviesa el campo amigo,
Y al del contrario camina,
Que en viéndolo, la visera
Calò y la lanza enristra,
Saliéndolo á recibir
Por las pisadas qu'él iba;
Y en emparejando entrambos,
Largan las riendas y pican
A sus caballos, y á una
Pasaron ambas heridas,
Sin hacerse ningun daño,
Ni ser las lanzas rompidas.
Revolvieron los caballos,
Y uno de otro se desvian
Presto, y pónense en ristre
Ambos, que en coraje ardian.
Vuelven fieros á encontrarse,
Y ambos fuera de las sillas
Cayeron, y el de Pompeyo
Vivo, y el otro sin vida,
Pasado de parte á parte;
Que por la mortal herida
Una gran braza de asta
A las espaldas tenia,
Que para poder sacársela,
En el pecho el pié se afirma,
Y con fuerza tira d'ella,
Y sacásela teñida
En sangre, qu'el jóven muerto,
Viendo al matador respira.
Quiere, para que se entienda
Su victoria, aunque bien vista,
Despojallo, y así el yelmo
Le desenlaza y le quita,
Y como le vido el rostro
Descubierto al claro dia,
Pareciéndole á su hermano
Pierde el color, y no atina
A nada, vuelve y revuelve,
Torna á revolvello y mira,
Y conoce qu'es su hermano
El de quien es homicida.
Pierde el vigor, y la sangre
En las venas se le enfria;
Abrázase con el muerto,
Y con él gime y suspira;
Prueba á babiaIle, y no puede,
Qu'el dolor le tiene asida
La lengua, y suplen los ojos
Con el agua que destilan.
Al fin, como puede, esfuerza
La débil voz descaecida,
Y al muerto hermano le dice
Con voz que oillo lastima:
—¡Ay hermano Labieno!
Si es bien que hermano te diga,
¿Quién con rigoroso brazo
Cortó así tu edad florida?
Mas yo te satisfaré,
Porque no es razon que viva
El que á ti te dió la muerte,
Ni cause el vencerte invidia.—
Sin hablar mas, el difunto
Hermano se carga encima,
Y con él, dando gemidos,
Para su tienda camina.
Adereza el sacrificio
La fúnebre Libitina;
Hacele al uso romano
De leña una abierta pira,
En que puesto el frio cuerpo,
Ungido todo con mirra,
Da fuego al cipres funesto,
Y arde en él la llama esquiva.
A este punto el vivo hermano
Viendo al muerto, que ya ardia,
Arrebatado de pena,
Puesta en él la fiera vista,
Desnuda la fuerte espada,
La punta volviendo arriba,
Diciendo: —Aguárdame, hermano,
Y tendréte compañía;
Que razon justa es que muera
Quien de ti ha sido homicida.
¡Oh cruel! Oh fiero brazo!
Oh dañosa suerte mia!
¿De qué sirvió mi victoria,
Si me ha de costar la vida?
¡Oh civiles disensiones,
Del cielo seais malditas,
Que así apocais la nobleza
De Hesperia con vuestras iras!—
Con esta postrer razon,
En la punta el pecho afirma:
Dejóse caer sobre ella,
Y muerto cayó en la pira.

(CUEVA, *Coro Febeo*.)

[1] En este romance se olvida el poeta demasiado de las costumbres romanas, y las trasforma en las caballerescas de la edad media y feudal.

560.

BATALLA DE FARSALIA.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Juntas de Pompeyo y Julio
En los farsálicos campos
Las gruesas haces se hallan,
Despues de haber retirado
Con sangriento proceder
Pompeo al fiero contrario,
Cuyo alcance no siguió,
Teniendo en poco asolarlo,
De que mil veces se halla
Arrepentido y culpado;
Que nunca del enemigo
Se ha de hacer poco caso.
Quedó de refriega tal
Julio con notable daño;
Pero con gran diligencia
Vuelve a rehacer su campo,
Aguardando á su enemigo,
Que iba, aunque tarde, en su rastro,
Tras la perdida ocasion,
Que jamas vuelve á las manos.
Nunca el sol con tal pereza
Del oceáneo palacio

Sacó su dorada frente,
Ni con color mas turbado,
Excusándose de ver
La batalla en que iba tanto,
Y de dar luz si pudiera
En el ancho campo Emaieo
Adonde Julio presenta
La batalla á su contrario,
Mas sangrienta y mas reñida
Que desde entónces se ha dado.
Trábase con tal rigor
Del uno y del otro bando,
Que gimió el suelo oprimido
De tantas plantas hollado.
Cubren la region del aire
De astas espesos nublados,
Impidiendo los efectos
Del sol perezoso y tardo.
Dos selvas de gruesas picas
Van á un tiempo derribando,
Bien cual inhiestas espigas
En el espejado campo,
Cuando forzadas se humillan
Al rigor del viento vario,
Que por una y otra parte
Viene bullicioso y bravo.
El coraje crece, y crece
De ambas partes el estrago,
Socorriendo la esperanza
A lo mas caido y flaco.
Nadie se rinde al temor,
Antes el menor soldado
Piensa que el fin vitorioso
Cometido está á su brazo.
Un solo dedo de tierra
Es mas que la vida caro,
En cuya prueba de sangre
Se muestran copiosos lagos.
Unos la del caro padre,
Otros del hijo y hermano
La derraman sin piedad
En aquel civil estrago.
Dudosa está la ventaja,
A la mira están los hados;
Pero al fin ha de ser de uno
La caida, afrenta y daño.
A cabo de larga pieza
Fué Pompeo mejorado;
Mas como es cosa ordinaria
Durar poco el buen estado,
Y acerca de la fortuna
No haber ninguno exceptado,
Dió en un instante un vaiven
Y á la suerte dió un hárajo,
Sacándole al vencedor
La vitoria de la mano,
La da á Julio, porque quede
Para su tiempo obligado.

(*Romancero general.* — H. LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias &c.*)

561.

POR NO RECIBIR LA VIDA DE SUS ENEMIGOS, SE MATA GRANIO PETRONIO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Destruido el gran Pompeyo
En la rota de Farsalia
Por el vitorioso César,
Que triunfó de la batalla,
Escipion, viendo á su yerno
Pompeyo en tan gran desgracia,
Y á su miserable gente
O muerta, ó desbaratada,
Triste de aquesta fortuna,
A Pompeyo tan contraria,
Envidioso y lleno de ira
En el mar varó su armada,
Y con firme presupuesto
Que la rota sea vengada.
Yendo con este disinio,
Una nave fué encontrada
Llena de cesarianos,
Y de Granio administrada;
La cual vista, á ella arremete,
Y ella tambien hace cara.
Comiénzanse á combatir
Con furia desenfrenada,
Codiciando unos y otros
La vitoria señalada,
Dando y recibiendo muertes
De una y de otra banda.
Escipion, viendo el orgullo
Con que era menospreciada
Toda su potencia y fuerza,
Y su desigual ventaja,
Arremete con su nave,
Y de las demas cercada
La nave que era de César,
Y así de César llamada,
Entrande por fuerza de armas,
Rindenla en cruda batalla;
Aunque muchos fuéron muertos,
Los que vivos quedan atan.
Llévanlos á Escipion
En la cadena en que estaban:
Conoció entre ellos á Granio,
Que era persona estimada;
Mandó que lo desatasen,
Y de esta manera le habla:
— Granio, ya ves tu prision,
Y tu fortuna trocada;
Ya te ves en mi poder,
Donde César puede nada.
No te aflijas ni entristezcas,
Ni tu alma esté turbada,
Que condolido de ti,
De mi la vida te es dada.
Quiero que por mí te sea
Esta merced otorgada,
Y cuando llegues á César,
De ti le sea contada.—
Granio Petronio escuchando
Razon tan desordenada,
Conforme lo que su pecho
En este caso demanda,
Le responde: — Escipion,
¿Entiendes que estimo en nada
Esa merced que me haces,
Por ti de grande juzgada?
Pues entiende que aunque es grande,
Es de mí menospreciada,
Porque la gente de César
A dar está acostumbrada
Vidas, y á dar libertades,
Y no á verse perdonada;
Por lo cual, ó Escipion,
No es tu merced acetada;
Ni la quiero, ni la otorgo,
Ni de mí será estimada,
Porque yo de aquesta suerte
Tendré vida mas honrada. —
Esto diciendo, furioso
La mano y brazo levanta;
Con un agudo puñal
Su pecho invencible pasa;
Saca el hierro envuelto en sangre,
Torna á darse nueva llaga;
Cae Granio muerto en tierra,
Del cuerpo ya libre el alma,
Estimando por mas gloria,
Que vivir vida afrentada,
Tomar él mesmo la muerte,
Que serle la vida dada,
Pues muriendo así, adquiria
Que fuese eterna su fama.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

562.

MUERTE DE POMPEYO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Ya desampara Pompeo
La farsálica campaña,
Dejando de capitan
Las insignias respetadas,
Que la neutral diferencia
Por Julio ve declarada,
Do su vaiven ordinario
Dió la fortuna voltaria.
Porque de tan altas glorias
No le quede á deber nada,
En una hora cobra d'él
Lo que le dió en mil batallas,
Obscureciendo los triunfos
Que adquirió en edad temprana,
Cuando en Roma entró con ellos
De las contiendas con Hiarbas.
No la echa la culpa toda,
Pues le dió con mano franca
Al principio la vitoria,
Conocida y no estimada.
Perdió la ocasion Pompeo,
Y vino á perder la causa,
Que sabe poco de burlas,
Y vuelve luego la cara.
Culpa el capitan caido
Su imprudencia temeraria,
Llorando, cuando es sin fruto,
Que es la cosa mas amarga.
Llega á la isla de Lesbos,
Gloriosa depositaria
De su querida Cornelia,
En una nao desarmada,
A quien con fogosa priesa
Y duro lamento embarca,
Llorosa de la caida
Con que los dioses le agravian.
No le parece á Pompeo
Que es Lesbos segura estancia;
Que siempre el que va huyendo
Flaqueza en lo fuerte halla:
¡Efectos de vil temor
No hallar segura morada!
Al fin tras varios acuerdos
Manda para Egipto partan,
Do reinaba Tolomeo,
Con quien tuvo amistad cara;
Mas como siempre el caido
Quien le ayude á caer halla,
Y el mas estimado amigo
Suele ser cosa ordinaria
Faltar en los infortunios,
Ya que en los gustos no falta,
Hizo el fraudulento rey
Con amistad simulada
Dar á Pompeo la muerte,
Yendo á tierra en una barca.
Cuya sangrienta cabeza
Con sus venerables canas
A Julio César presenta,
Cuya amistad deseaba;
Que vino tras él á Egipto,
Con su poderosa armada,
Siguiendo de su fortuna
La faz apacible y mansa.
Rehusó Julio de ver
La cabeza, que en el alma
Siente el mísero suceso,
Y como tal le lloraba,
Considerando los triunfos
Que d'él contaba la fama,
Y que nunca la fortuna
Hasta allí le fué contraria;
La cual con un golpe solo
Se desquitó, y d'él se paga,
Y que hoy le quita á Pompeo
Lo que á Julio hará mañana.

(*Romancero general.* — It. Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias de.*)

563.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Perdido el magno Pompeyo
Por la fortuna contraria,
Viéndose ya sin remedio,
Volvió á César las espaldas,
Y fuése donde Cornelia
Diferente vuelta aguarda;
La cual como así lo vido,
Sin entender otra causa
Mas que en verlo venir solo,
Se le heló en el cuerpo el alma,
Y aunque con tan poco esfuerzo
Los castos brazos le enlaza
Al cuello, que ya oprimido
Va á la muerte, que lo llama;
Y así parte para Egito
El defensor de su patria,
Y con su mujer y gente
En una nave se embarca
Creyendo que su peligro
Consistia en la tardanza,
Como aquel que no sabia
Lo qu'el hado le ordenaba,
Que lo libraba de un fuego
Para echallo en mayor llama.
Fuéle favorable el viento;
Llegó á Egito, y su llegada,
Antes que desembarcase,
Fué á Tolomeo avisada,
Demandándole licencia
Para verlo, y libre entrada.
Oyó Tolomeo el recaudo,
Y lo que por él demanda
El miserable Pompeyo,
Por quien él el reino manda.
Hizo juntar su consejo
Tolomeo, al cual declara
La causa, y pide su acuerdo
Sobre el caso que les trata.
Fotimo, que con el Rey
Alcanzaba mas privanza,
Dijo que su parecer
Era negalle la entrada;
Porque viniendo vencido
Y huyendo de Farsalia,
No era bueno para amigo,
Qu'el necesitado cansa.
Otro en contra d'este acuerdo,
Dió otro acuerdo, que se aparta
Del que Fotimo habia dado,
Diciendo ser justa causa
Ser Pompeyo recibido
Con mucha amistad y gracia
Del Rey, y qu'el mismo Rey
Le hospedase en su real casa,
Atento á que fué Pompeyo
El que á su padre dió llana
La real silla de Egipto,
Que se la tenian quitada;
Y pues que venia á ampararse
En su fortuna inhumana
D'ellos, que lo recibiesen
Sin mirar su suerte mala;
Que fortuna quita bienes,
Y fortuna los restaura,
Y al que hoy le tiene en bajeza
Mañana á rey lo levanta. —
Aquilas, que estaba oyendo,
Al que dió este voto ataja

Su razon, y dice al Rey
Con voz arrogante y alta :
— Todos dan sus pareceres,
Y al cabo no dicen nada,
Porque lo que mas te cumple
Es que le sea quitada
La cabeza, y se la envíes
A César, en presentalla,
Que al fin viene vencedor,
Y esotro muerto, se acaba,
Y leon muerto no muerde,
Ni hombre muerto no daña.
Sigamos los vencedores,
Y a César se satisfaga
Con matalle al enemigo
Que á su voluntad contrasta. —
A muchos pareció bien,
Y muchos lo reprobaban,
Y entre unos y otros acuerdos,
Sin remitillo a otra sala,
El Rey y los demas votos
Confirmaron que se haga,
Y el cargo dieron á Aquilas
De tan inhumana hazaña;
Que para ponella en obra,
En un esquife se embarcan
Con él Septimio y Fotino,
Y otra gente d'esta traza.
Pompeyo, viendo el batel
Ya que á ellos se acercaba
A bordo de su navío
El y Cornelia se paran,
Que luego que los vió Aquilas,
Con mejor semblante que alma
Le dijo : — El rey Tolomeo,
Respondiendo á tu demanda,
Dice qu'él te da licencia
Y otorga segura entrada,
Y me envía á mí, que he sido
Tu soldado, á esta embajada,
Para que vayas conmigo
Donde con deseo te aguarda. —
El gran defensor de Roma
Creyó la embajada falsa
De Aquilas, y la ida apresta
Do la voz fatal lo llama.
Cornelia, viendo á Pompeyo
Resuelto en ir, d'él se abraza;
No pareciéndole bien
Tal ida, el ir le estorbaba;
Poniéndosele delante
El camino le ocupaba.
No pudo el piadoso ruego
Con él, de la mujer cara
Que ya no podia de sí,
Que lo llamaba la Parca
A morir, que ya tenia
La hebra al filo apegada;
Y despedido de todos,
Del navío al batel salta.
Cornelia iba á entrar con él,
Y el batel al mar se alarga,
Llevándose al gran Pompeyo
Solo, la injusta compaña.
Luego que en el mar lo tuvo,
Aquilas sacó la espada,
Y sin mirar que Pompeyo
Era aquel que ante él estaba,
A la vista de Cornelia,
Que vertiendo estaba lágrimas,
Fué cortada la cabeza
Que lo fué en Roma y España,
Y al mar arrojado el cuerpo,
Y la cabeza llevada
Al tirano Tolomeo,
Que para César la guarda.
Cornelia, cuando vió tal,
Al cielo la voz levanta;
Llama injusto al justo cielo,
Y á la fortuna, inhumana;
Sin piedad, á los piadosos
Dioses, porque ven y callan
La maldad de Tolomeo,
Sin tomar justa venganza.
Ve el cuerpo del caro esposo
Entre las sangrientas aguas,
Que lo andaban impeliendo
De la una á la otra banda:
Quiérese arrojar al mar,
A ver si podrá su alma
En el cuerpo de Pompeyo
Entrar, donde siempre estaba:
Impídenle tal intento
Por fuerza; cae desmayada,
Y todos en torno d'ella
En el llanto la acompañan.
Los marineros temiendo
Nuevo daño, entre ellos tratan
Que por salvar á Cornelia
Huyan de la tierra ingrata;
Y así al punto aprestan velas,
Pican cables, dejan anclas:
Vuelve al mar la nao la proa,
Deja el puerto, y d'él se aparta:
En su presente peligro
Haciendo mas confianza
Que del Rey, del mar instable,
Del viento y de su inconstancia.
A este punto la fria noche,
Tendiendo sus negras alas
Sobre la tierra, cubria
Lo que muestra la luz clara
De la lámpara febea,
Que la oscuridad aparta.
Codro, a quien el duro caso
Con riguridad maltrata,
Viendo á su señor Pompeyo
En la bajeza en que estaba,
Acordándose del bien
Que poseyó por su causa,
Determina que no sea
Pasto de aves ni animalias,
Y así en el surto silencio
De la noche, á quien aguarda
Rodeado de su sombra,
Sale solo de su casa:
Va corriendo a la marina,
Temeroso y lleno de ansias;
Mas aquí venció al temor
La piedad que su alma abrasa.
Busca el cuerpo de Pompeyo
Entre arena y espadañas;
No le halla, que anda á tiento,
Que Cintia triste y turbada
Daba por entre las nubes
Espesas, su luz escasa.
Andando en esta fatiga,
Sobre el mar vido que andaba
Un bulto, á quien el reflujo
Del mar fuera y dentro echaba,
Y dando con él en tierra,
Lo volvia la resaca.
Advirtió y vió qu'era el cuerpo
De Pompeyo, que buscaba:
Púsose junto á la orilla,
Y que pase el golpe aguarda,
Y en tocando el cuerpo en tierra,
Antes que vuelva le abraza,
Y tirando d'él afuera
Del golpe del mar lo aparta,
Y sobre sus flacos hombros
Al grande Pompeyo carga.
Desviándolo del mar
Poco trecho, con él pára,
Para dar el cuerpo muerto
A la codiciosa llama;
Y poniéndolo en el suelo,
Mirando la fiera llaga,

Dando encendidos suspiros,
Con sus lágrimas la baña.
Maldiciendo á la fortuna
Levantó al cielo las palmas,
Y asi, enternecido en llanto,
Al muerto Pompeyo habla:
— No el suntuoso sepulcro,
Digno á tu gran nombre y fama,
Cubrirá tu ilustre cuerpo,
Pompeyo, gloria romana:
No los divinos olores
De bálsamo, amomo y ámbar,
De mirra, casia y encienso,
Despojos sacros de Arabia,
Cuando se queme tu cuerpo,
Saldrán á las nubes altas:
No se oirán las tristes voces
De tus deudos, ni las armas
Arrojarán tus soldados
Al fuego, que sean quemadas:
No guardará tus cenizas
La urna en Samo labrada,
De jaspe y preciado oro,
Con tus hazañas grabadas,
Donde se viera Sicilia
Vuelta al yugo de tu patria,
Reducida á fiel sosiego
Por ti, la inquieta Africa;
El triunfo que te dió Roma
Por haber vencido á España;
Los claros hechos de Oriente;
El destruir los piratas;
El vencer á Mitridates,
Sin otras hazañas claras,
De que hiciera memoria,
Si el tiempo no me atajara.
Nada d'esto será visto
En la urna por mí dada,
Porque estaran tus cenizas
En aquesta pobre caja,
No pobre cual mi deseo,
Mas pobre para guardallas. —
Esto diciendo, juntó
Trozos de palos y tablas
De los navíos deshechos
Que en aquella costa andaban,
Y sobre el difunto cuerpo
Puestos, á la seca paja
Aplicó el ardiente fuego,
Que levantando la llama
Comenzó á salir el humo,
Y en él pavesas mezcladas,
Que del mar los del navío
Vian, sin saber la causa
De aquel fuego en la ribera,
Aunque bien lo sospechaban.
En tanto qu'el fuego ardia,
Que con suspiros le daba
Aliento, el lloroso Codro
Junto á él sentado habla:
— ¡Oh tú, del magno Pompeyo
Dinamente ilustre alma!
Adonde quiera que estés
Esta ofrenda te sea grata:
Y tú, amigo, el don postrero
Recibe, y en paz descansa,
Ya que viviendo en el mundo,
Del cielo te fué negada;
Que con esto se asegura
Que no ejecute su saña
Tu victorioso suegro,
A quien tu cabeza guardan,
Y qu'el cuerpo no se ultraje,
Ya que así la vida atajan. —
Cuando esto decia Codro,
Las estrellas heria el alba,
Y temiendo haber castigo
Por lo hecho, aprisa aparta
Las encendidas cenizas,
Y echándolas en la caja,
Hizo en el arena un hoyo,
Y en él la esconde y la tapa
Con el arena, y escribe
Encima aquesta epigrama:
«Aquí yace el gran Pompeyo,
»A quien la fortuna airada
»Bajo de su gran alteza,
»A la bajeza mas baja:
»Y aquel que dió tantos reinos
»Adquiridos con su espada,
»Viene á tal pobreza agora,
»Que aun sepultura le falta.
»Tú, pasajero, no pises
»Este suelo con tus plantas;
»Mas llorando al gran Pompeyo,
»Huye d'esta tierra ingrata.»
Acabó de decir esto
Codro, y volvió las espaldas,
Porque no fuese cogido
O visto allí de las guardas.
César, lleno de despojos
Y gloria de la batalla,
Vino luego á Alejandría
Con su victoriosa armada,
Adonde el rey Tolomeo
Con la cabeza despacha
Al fiero Aquilas, que á César
Se le lleve en presentalla,
Lo cual puso en obra luego,
Cual el tirano le manda,
Y ante el gran César llegado
Se postra, y licencia alcanza
Para hablar, y así comienza,
Bajo el rostro y con voz mansa:
— El rey Tolomeo te envía,
Gran César, una embajada,
Y juntamente dos dones
Que te serán de importancia.
El uno es aqueste anillo
Del contrario, que en Farsalia
Rompiste, el cual vino aquí
Con su mujer y su casa,
Y por hacerte servicio
Y darte d'él la venganza,
Por mando de Tolomeo,
Por mí le fué muerte dada,
Y tráigote su cabeza,
Con que tu inquietud acaba. —
A este punto fué mostrando
La cabeza d'él cortada,
Y cuando César la vido,
Por no vella el rostro aparta,
Y dando un suspiro y otro
Los ojos llenos de agua,
Tomando el precioso anillo,
Dijo: — ¡Oh maldad nefanda
Del traidor que osó emprender
Tan infame y cruel hazaña,
Y por hacerme amistad
Al amigo y huésped mata,
Quitando al Romano Imperio
Su capitan y su guardia! —
Diciendo estas y otras cosas,
Tiernas lágrimas derrama,
Y apartándose de Aquilas,
Sin mas hablalle palabra
Ni querer miralle al rostro,
Mandó á los de su compaña
Que tomasen la cabeza,
Y á la costumbre romana
Envuelta, en muchos olores
Por ellos fuese quemada,
Con la majestad y pompa
Que tal príncipe demanda[1].

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

[1] Largo y difuso romance, que, á pesar de su mal desempeño, se deja leer por el interes que inspira su asunto.

564.

MUERTE DE CÉSAR.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Despues de haber Julio César
Entrado en Roma triunfando
De las Galias y del Ponto,
Del egipcio y africano,
Y del feroz español,
Cuanto temido, arriscado,
De la vencedora Roma
Los límites dilatando,
Cansada ya la fortuna
De serle tutora tanto,
Y de ver las árduas cosas
Que acomete con su amparo,
Quiere ver cómo sin él
Menea el César las manos;
Y porque de lo que es suyo
Nadie se haga propietario,
Y con lo que á él le quita
Tener á mil obligados,
Que sus empréstitos leves
Aguardaban anhelando,
Dejóle; mas presto vió
Julio que le habia dejado,
Que luego dió en desabrirse
Con él el pueblo romano,
Y á darle con suelta lengua
Nombre injusto de tirano,
Paga que al bien recibido
Hace continuo el ingrato
Do pocas veces se ve
Bien hecho sin este pago.
Amigo de novedades
El pueblo desvergonzado,
Sin considerar de Julio
Los beneficios tan altos,
Y el aumento y sér que dió
Al Imperio por su mano,
En su daño se conjuran
Setenta y mas ciudadanos;
Fuéron d'estos las cabezas
Bruto, Decio y Cayo Casio.
Fué el César de un adivino
Con grande instancia avisado,
Diciendo que mil agüeros
Se le mostraban contrarios,
Y que mirase por sí
Aquel año el mes de marzo.
Mas como dificilmente
Se contraste el duro hado,
Y á lo que el cielo dispone
No basta saber humano,
Descuidóse, como suele
El que ha de ser castigado.
Fué sin advertir el César,
Divertido en casos árduos,
Al Senado, do le embisten
Los setenta conjurados,
A cuyas armas rindió
El espíritu indignado,
Conociendo de fortuna,
Aunque tarde, el desengaño.

(*Romancero general.*—It. LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

565.

MUERTE DE CICERON.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

En la alborotada Roma
Un sordo rumor se oia,
Bien como cuando en las sierras
Los pinos el cierzo humilla,
Y con proceder violento
Abate al tronco la cima,
En varias partes haciendo
Mil disonancias distintas.
Así en confusos montones
Por las calles discurria
La gente en tropel discorde,
De quien nada se entendia,
Sin haber autor, temiendo
El daño que se fingia
En su pecho cada cual,
Cosa que el temor confirma;
Y no solo el vulgo rudo
Teme, que tambien temian
Cónsules y senadores
Alguna comun ruina.
Desamparan el Senado
Y las respetadas sillas,
Soltando las riendas todos
A su perpleja huida.
En sus propias casas temen,
Que es do los flacos se animan;
Detras de sus muros tiemblan,
Y entre sus murallas mismas.
Van á la plaza, do ven,
Cosa que á todos lastima,
La mano de Ciceron
De su tronco dividida,
Y la cabeza tambien,
Que lo fué del mundo en vida,
Así en gobernarle todo
Como en loable doctrina.
Miran la elocuente lengua
Ya sin vigor muda y fria,
A quien con aplauso grato
Como Apolo el mundo oia,
No les pareciendo ciencia
La que d'ella no salia,
Y en las venerables canas,
De cuajada sangre tintas,
Que en el romano Senado
Con majestad presidian.
No hay quien á Roma consuele
En tan profunda desdicha:
Todos con áspero llanto
Su muerte en comun sentian,
Culpando de Octaviano
La rigurosa injusticia,
Y lo mal que á Ciceron
Pagó la amistad antigua
Entregando á su enemigo
Quien su causa defendia,
Por asegurar su causa,
Cosa en nobles no admitida,
Que nunca á cosas mal hechas
La fama su nombre quita;
Que como le da á las buenas,
Tambien las malas publica,
Donde tanto peor suenan
Cuanto es mas quien las practica.

(*Romancero general.*—It. LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

566.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Dividido ya el Imperio
De Roma entre Octaviano
César, y entre Marco Antonio,
Y Lépido, fué acordado
Que muriesen los proscritos
Que tenian señalados;
Que contra sus pretensiones
Habian sido contrarios.
Lépido dió facultad
Que matasen á un su hermano;
Antonio, que á un tio suyo

Diese muerte Octaviano;
Octaviano dió á Antonio
Poder, libertad y mano
De matar a Ciceron
De quien estaba indinado
Por las oraciones que hizo
Contra él, y así dió el cargo
De la ejecucion horrible
A un Pompilio Benato,
A quien Tulio dió la vida,
Y defendió en el Senado,
De un insulto cometido
Por él, el cual como ingrato
Acetó el ir a Gaeta
Do estaba Tulio apartado,
Por su vejez retraido
Y por temor retirado
De la horrible proscripcion
De que ya estaba avisado,
Qu'era de los contenidos,
Y uno de los señalados.
Y así, con estar allí
Creia que estaba en salvo,
No viendo que donde quiera
Alcanza la fatal mano,
Y que huir nadie puede
De lo que le ordena el hado.
Estando de aquesta suerte
Ciceron, no descuidado
De los contrarios qu'en Roma
Tenia, vió agüeros malos,
Que de su cercana muerte
Le dieron indicio claro.
El dia ántes que muriese
Vido un cuervo estar graznando
Encima de su aposento,
Y aunque procuró d'echarlo,
No pudo, y la misma noche
Estando d'esto espantado,
Se le deshizo un reloj,
Que por él interpretado
Dijo que significaba
Estar ya su fin cercano,
Y que las vitales horas
Se le iban ya acabando.
A este punto entró Pompilio,
Y así le dijo, en llegando:
—Yo vengo á darte la muerte,
Por Antonio tu contrario:
Aparéjate á sufrilla,
Porque sera sin embargo.—
Mirándolo Ciceron,
Le dijo: —¿Dime, Benato,
Por darte yo á ti la vida
Me vienes á dar tal pago?
¿Y al que libró tu cabeza
Tendrás tú, es posible, ánimo
Para quitalle la suya,
Porque fué á la tuya amparo?
Si no mueve el beneficio
Que te hice, á tu ostinado
Pecho, considera y mira
Que nunca te hice daño,
Y contra quien no te ofende
Es maldad alzar el brazo.—
A pasar iba adelante
Con su razon, y el ingrato
Pompilio alzando la espada
Sobre el senador romano,
Descargó un fiero golpe
Qu'en tierra lo ha derribado,
Do lo cortó la cabeza
Luego, y la derecha mano,
Dejando al honor de Roma
En su sangre revolcando,
Que del sentimiento y pena
Escondió Apolo sus rayos,
Y hicieron sentimiento
Los dioses y el cielo santo.
El inhumano homicida
Con los despojos cargados
Del gran tesoro latino,
Gloria de Mercurio sacro,
Entró en Roma, y los dió á Antonio,
Que los estaba aguardando;
Que puestos en su presencia,
Con semblante y rostro ufano
Los miró, no condolido
Como humano, del humano;
Mas con fiereza de fiera,
Y corazon de tirano,
Por dalle mayor deshonra
Al que fué de Roma honrado,
Y tenido en tanta estima,
Y en voz conforme, llamado
El defensor de la patria,
Padre del pueblo romano,
Mandó poner su cabeza
¡Oh injusta manda! en un palo
En la plaza, por do en Roma
Entró, en levantado carro.

(Cueva, *Coro Febeo*, etc.)

567.

MUERTE DE MARCO ANTONIO.

(*Anónimo.*)

Herido está Marco Antonio
De una muy mala herida;
Tiénelo Cleopatra en brazos,
Su muy amiga querida.
Lloraba de los sus ojos
Angustiada y aflegida,
Su lindo rostro rasgando
S'estaba de aborrecida:
De rato en rato sus manos
Torcia de amortecida,
Pero en sí despues tornada,
Con voz alta enronquecida,
Asi exclamaba llorando:
—¿Quién os ha herido, mi vida,
Mi emperador, mi señor,
Mi alegría tan subida?
¡Mortal os veo, mi bien!
¡Muerte os lleva de vencida!
¡Dame un mote por consuelo,
Siquiera de despedida!
Desdichado emperador,
Desdicha hace en ti guarida.—
Marco Antonio, en cuanto pudo
Con voz muy baja y plañida
Suplicó que no llorase,
Que daba pena crecida
Juntamente al cuerpo y alma,
Adond'estaba esculpida;
Y que no era desdichado
Por ver el fin de su vida,
Sino en el mirar sus glorias
Y la honra establecida,
Que la habian los romanos,
Dichoso era sin medida;
—Y si yo mismo, Cleopatra,
Me he dado mortal herida,
Es porque de los romanos
Veo mi gente vencida;
Y no lo tomo en vergüenza
Ser mi vida fenecida
Por romanos, pues romano
Soy de fama esclarecida.
Dame un abrazo, señora,
Que el alma está de partida.—
Juntando boca con boca
L'alma dió su despedida.

(*Cancionero*, *Flor de enamorados*.)

EPOCA DEL IMPERIO ROMANO.

568.

PROFETIZA LA SIBILA Á AUGUSTO, LA VENIDA DE CRISTO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Viendo Octaviano Augusto
Que el gran imperio romano,
Por ensalzar su memoria
Y hacerle mas que humano,
Le edificaban altares
Cual á Jove soberano,
Estorbó su intento en esto,
Y á su obra fué á la mano,
Diciendo que sus hazañas
No eran hechas por su brazo,
Sino que los altos dioses
Le aspiraban en tal caso,
Y que no podia alcanzar
Cual dios fuese el señalado,
Que tantas prosperidades
Sin merecerlas le ha dado.
Andando en aquesta duda,
En este inmortal cuidado,
Mandó llamar la Sibila
Que se lo haya declarado.
La Sibila tiburtina
Habiéndole el Rey contado
Toda la duda en que estaba
Le respondió:—Octaviano,
No atribuyas á tu nombre
Lo que al Imperio Romano
Has dado, poniendo á España
En el yugo italiano,
Y pacificar el mundo
Teniéndolo todo llano:
Obras son, que bien miradas
Son de poder soberano.
No te engañes, claro Augusto,
Ni aquesto te haga ufano,
Ni te atribuyan á ti
Lo que no es de mortal mano;
Ni á tus dioses se lo apliques
Porque tambien es muy vano;
Que un solo Dios es la causa
Y este es quien te ha ayudado,
El cual nacerá muy presto
Siendo Dios hecho hombre humano,
Y nacerá de una virgen
Reservada de pecado.
Viene á libertar el mundo
De la fuerza del tirano:
Desterrará al falso Jove,
A Mercurio, a Febo y Jano,
Pacificando la tierra,
Cual dél es profetizado.—
El emperador Augusto,
Que a la Sibila ha escuchado,
Le dice que se le aclare,
Que no entiende lo hablado;
Ni podia alcanzar quién fuese
El que ha de ser humanado,
Que ha de redimir el mundo,
Ni la virgen sin pecado.
La Sibila oyendo aquesto
Al emperador romano,
Hincándose de rodillas
Y levantando las manos,
Dijo:—¡Oh Hacedor del cielo,
Rector del concilio santo!
Tu inmensa misericordia
Muestre aquí su larga mano,
De suerte que sea creida
Del príncipe Octaviano.—
Como la sacra Sibila
Su plegaria hubo acabado,
Al punto se vió en el aire,
Todo claro y sosegado,
Una luminosa imagen
Con resplandor soberano,
Que era la sagrada Virgen
Madre de Dios humanado,
Dando su virginal pecho
Al Hijo Dios hecho humano.
La tiburtina Sibila
Le señala con la mano,
Que aquella era la figura
De quien á él hacia ufano.
El emperador Augusto,
En el suelo arrodillado,
Adoró la sacra imagen,
Y mandó al pueblo romano
Que en aquel lugar pusiesen
El altar á él consagrado,
Al cual le llama Ara Celi
Hoy dia el pueblo cristiano.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

569.

LA MUERTE DE SÉNECA.

(*Anónimo.*)

Nero, emperador de Roma,
De muy gran ira indignado,
Como siempre fué cruel,
A Séneca ha aprisionado;
Sin ver qu'era su maestro
A muerte le ha condenado.
Séneca como hombre sabio
El mismo se ha sentenciado
Que le pongan vivo en cueros
En un palo seco atado,
Y que por todas sus venas
De presto fuese sangrado,
Y d'esta suerte muriese
Sin poder ser remediado.
Como Paulina lo viese,
Su mujer, puesto en tal grado,
Por ser fértil, noble y buena
Como tanto le habia amado,
Hizose sangrar tambien
Por morir junto á su lado.
Como lo supiese Nero,
Muy de presto hubo mandado
Por no usar de piedad,
Que á Paulina hayan atado
Las llagas porque no muera,
Ni tal se haya divulgado.
Sin ella haber sentimiento
Las heridas le han atado.
Vivió, despues de ser muerto
Su marido tan nombrado,
Algunos años, muy pocos,
Amarilla y con cuidado.
Que bien demostró el dolor
Qu'en su cuerpo habia quedado.

(*Cancionero*, *Flor de enamorados*.)

570.

MUERTE DE LUCANO.

(*Anónimo.*)

No admite el César disculpa
De aquel español gallardo,
Que del primero y su yerno
Escribió el farsalio estrago;
Aquel cuya digna sien
Abrazó el glorioso lauro,
Y á quien el castalio coro
Dotó con abierta mano.
La rigurosa sentencia
Está ya echada, y el fallo,
Cuya dura ejecucion

Es ya sin ningun reparo.
Llamale traidor sin fe,
A sus mercedes ingrato,
Origen de rebeliones
En su imperio sosegado.
Dícele que escoja muerte
Porque un tiempo le fué grato;
Mas ninguna le contenta,
Que es un escoger pesado.
Pero visto que era fuerza
Y decreto de los hados,
Por la ménos grave elige
La del morir desangrado,
Y así las venas le abrieron
A hierro, por cabos varios,
Cuyas corrientes miraba
Con semblante débil, flaco,
Acompañado de muchos
Condolidos, que con llanto
Atentamente escuchaban
Su tragedia y postrer canto.
—No del partido Licida
Cuando á la nave se asió
Por tantas partes salió
Aquella ánima oprimida.
¿Por cuál de tantas vendrá
A salir la triste mia?
No por una sola via,
Que abiertas mil hallará.
Será el tormento mayor
Y á costa de mi penar,
Deteniéndose en buscar
Por donde saldrá mejor.
Ya en lo que era me resuelvo,
Y á la poderosa mano,
Que hizo de tierra á Lucano,
Lucano de tierra vuelvo.
Tambien á fortuna pago,
Tome allá su vario adorno:
Si lo que me dió le torno,
¿En que no la satisfago?
No estimo el morir en nada
Porque al fin cuando nací
Con una deuda salí,
Cuya paga es ya llegada.
De privanzas no me curo,
Que son cual el mar instable,
Ya quieto, ya variable,
Do no hay momento seguro.
Cual Cisne cantando muero
En la agradable ribera,
Donde de mi primavera
Coge el tierno fruto Nero.—
Quiso pasar adelante,
Y es, aunque se esfuerza, en vano,
Que llegó á la débil cuerda
De la Parca el golpe airado.
Manda que con pompa el César
Dén sepultura á Lucano,
Y que por mejor lo fuesen
Sus vergeles celebrados.

(*Romancero general.*)

571.

NERON DESDE TARPEYA MIRA Y SE GOZA EN EL INCENDIO DE ROMA.

(*Anónimo*[1].)

Mira Nero, de Tarpeya
A Roma cómo se ardia:
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolia.
El grito de las matronas
Sobre los cielos subia;
Como ovejas sin pastor
Unas tras otras corrian,
Perdidas, descarriadas,
Llorando á lágrima viva.
Todas las gentes huyendo
A las torres se acogian;
Los siete montes romanos
Lloro y fuego los hundia.
En el grande Capitolio
Suena muy gran voceria:
Por el collado Aventino
Gran gentio discurria,
Y en Cabalo y en Rotundo
La gente apénas cabia.
Por el rico Coliseo
Gran número se subia;
Lloraban los dictadores,
Los cónsules á porfia;
Daban voces los tribunos,
Los magistrados plañian,
Los cuestores lamentaban,
Los senadores gemian.
Llora la órden ecuestre,
Toda la caballeria,
Por la crueldad de Neron,
Que lo ve con alegria.
Siete dias con sus noches
La ciudad toda se ardia:
Por tierra yacen las casas,
Los templos de talleria.
Los palacios mas antiguos,
De alabastro y silleria,
En ceniza van por tierra
Los lazos y pedreria;
Las moradas de los dioses
Han triste postrimeria.
El templo capitolino
Do Júpiter se servia,
El grande templo de Apolo,
Y el que de Mars se decia,
Sus tesoros y riquezas,
El fuego los derretia.
Por los carneros y osarios
La gente se defendia.
De la torre de Mecénas
Lo miraba todo y via
El alnijado de Claudio
Que á su padre parescia,
Que á su Séneca dió muerte;
El que matara á su tia;
El que ántes de nueve meses
Que Tiberio se moria,
Con prodigios y señales
En este mundo nascia;
El que persiguió á cristianos,
El padre de tirania,
De ver abrasar á Roma
Gran deleite rescebia.
Vestido en cénico traje
Decantaba en poesia.
Todos le ruegan que amanse
Su crueldad y su porfia:
Diopro le rogaba,
Esporo lo combatia,
A sus piés Rubria se lanza,
Acre los besa, y Lamia;
Claudio Augusto se lo ruega,
Ruégaselo Mesalina;
Ni lo hace por Popea,
Ni por su madre Agripina;
No hace caso de Antonia,
Que la mayor se decia,
Ni del padre y tio Claudio,
Ni de Lépida su tia.
Anco Planio se lo habla,
Rufino se lo pedia;
Por Británico, ni Tusco
Ninguna cuenta hacia.
Los ayos se lo rogaban
El tonsor, y el que tañia;
A sus piés se tiende Octavia,
Esa que ya no queria;

Cuanto mas todos le ruegan,
El de nadie se dolia.

(VELAZQUEZ DE AVILA, *Cancionero*, folleto suelto. — It. *Cancionero de Romances*.—It. *Silva de varios Romances*.)

[1] Por su lenguaje y formas, no parece que este romance pueda ser anterior á los fines del siglo XV ó principios del XVI, y aun quizá sea algo posterior. Como quiera que sea, el tono melancolico que en él se percibe, es muy propio y conveniente al asunto de que trata. La gran catástrofe que describe sin ira ni indignacion, y en tono resignado, parece que se mira como un azote inevitable del destino. Así aparece Neron como la inexorable fatalidad que preside al incendio de Roma, gozándose en ver destruida á aquella reina del mundo, y cantando sobre sus ruinas el poema de su desgracia. Ni los ruegos de los principales romanos, ni las súplicas de sus mas allegados parientes, ni aun la intercesion de los viles cortesanos, cómplices de sus crímenes, le pueden apartar de su porfía. El tirano, que aquí el poeta presenta rodeado de sus atroces crueldades, que enumera y reasume en torno suyo, es la imágen del hado fatal, es la ausencia de toda esperanza. Para hacer el cuadro mas completo, el autor ha pintado la terrible situacion del pueblo romano, y el miedo y azoramiento de sus autoridades, enumerando, quizá con excesiva pedantería, los títulos y nombres de ellas, que á pesar de todo, recuerdan las glorias pasadas de un pueblo rey y libre, que forma el mas triste contraste con su degradacion y esclavitud en tiempos de sus emperadores.

Triste cosa es decirlo, pero Tiberio, Claudio, y especialmente Neron, como entre nosotros Don Pedro el Cruel, han gozado siempre entre la gente popular de una opinion favorable, y han sido disculpados de sus crueldades. Este fenómeno solo puede atribuirse á que esgrimiendo particularmente su cuchilla contra los poderosos y opresores del pueblo, este se complacia en ver rodar sus cabezas. Casi siempre las tiranías se apoyan en los hombres del pueblo, á quienes los tiranos halagan y hacen cómplices de sus crímenes. Pero llega el dia tambien de ser víctimas, y en que los ayes de la desgracia resuenan en su oido. Entónces el pueblo derroca el ídolo que adoró, para llorarle despues y ensalzarle.

El romance, tal cual aquí se halla, se ha entresacado de una glosa que de él existe en un cuaderno en 4.º, gótico, cuyo título se ignora por faltarle la portada, y al cual he intitulado *Cancionero de* VELAZQUEZ DE ÁVILA, por inferirse, de algunas de sus composiciones, que tal podia ser el nombre del autor.

572.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Miraba desde Tarpeya
Aquel romano soberbio
El principio de su gusto,
Y fin de todo su imperio;
Y como esta tan subido
Miraba á Roma de léjos,
Si ella en el infierno estaba,
O en ella estaba el infierno.
Todo es llanto, todo es humo,
Todo llamas, todo incendio,
Todo enmudecer los unos,
Y otros dar voces, diciendo:
«Agua al fuego, agua al fuego,
Mas ay que es mucho, y poco es el remedio.
Y Neron desde arriba
El llanto vuelve en canto, el fuego en risa.»
No puso naturaleza
En él los cuatro elementos,
Que del fuego le formó,
Pues tanto gusta del fuego.
Paula Agripina y Antonia,
Le ruegan con llanto inmenso;
Mas es cruel, y al cruel
Mas le endurecen los ruegos.
Las Vestales recogidas
Viendo ardiéndose sus templos,
Rompen la clausura santa
Diciendo con pechos tiernos:
«Agua al fuego, etc.»

(*Romancero general.*)

573.

MUERTE DE HELIOGÁVALO.

(*Anónimo.*)

Fué un emperador en Roma
Heliogávalo llamado,
Qu'en oir sus extrañezas
Cualquiera estará espantado.
Holgó tanto ser mujer,
Que por serlo hubo juntado
Los mas sabios cirujanos,
Permitiendo de su grado
Que cortasen de sus miembros
Con su oficio expermentado
En que le dejasen hábil
De nombre sin ser dañado.
Como el caso era imposible
Todo su hecho fué excusado.
En carro se hacia traer
De oro fino muy labrado,
Y que perros le tirasen:
Otras veces dispensado
Leones mansos tiraban
El carro do iba sentado.
Otras veces él, desnudo,
En el carro aposentado
Hacia juntar mujeres
De buen gesto y delicado,
Que desnudas le tirasen
Porque fuese mas mirado,
Y de limaduras de oro
Por do iba era sembrado,
Porque no pisase tierra.
Su vestir era extremado:
Vestia vestidos de oro,
De perlas todos bordados;
Piedras de muy alta estima
Las traia hasta el calzado.
Nunca vistió una camisa
Dos veces, como alunado:
Vaso en que una vez bebia,
Ya á la otra era excusado,
Que al que le daba á beber
Prontamente lo habia dado.
Alumbrarse tenia en poco
Con cera, como era usado,
Que en sus lámparas tenia
Bálsamo muy estimado,
Qu'en lugar de aceite ardia
A do estaba aposentado.
Costosísimos manjares
Siempre se hubo procurado;
Cena que ménos costó
Para su servicio dado
Fué de treinta libras de oro,
Qu'es cosa d'estar helado.
Cuando estaba cerca el mar
Nunca comia pescado;
Cuando estaba léjos d'él
Lo pedia, de forzado:
Se lo habian de dar vivo
Antes que fuese guisado.
Tenia para su fin
Muy apuesto y concertado,
Si en necesidad se viese
Por su morir extremado,
Sogas de oro y sedas hechas
Para ser presto ahorcado.
Hizo una extremada torre,
Con oro en ella engastado,
Para arrojarse de allí
A caso necesitado.
Pero todos sus extremos
Fuéron vanos, que irritado
El pueblo con lo que hacia
Contra él se fué rebelado.
Sin dalle espacio ninguno
De muerte haberse tomado

Huyó; y en una letrina
Murió este malhadado.
(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

574.

SOFRONIA.

(*Anónimo.*)

Siendo emperador Majencio
Qu'en la gran Roma imperaba,
Se enamoró de Sofronia,
Qu'en calidad s'encumbraba.
Mujer era de hombre noble,
El cual ella mucho amaba.
Majencio, preso de amores,
A Sofronia requebraba
Con importunos mensajes
Y dones que l'enviaba:
Sofronia, como discreta,
Todo se lo desdeñaba.
Conociendo esto Majencio,
Que ningun fruto sacaba,
Envió sus caballeros
Que la trujesen do estaba,
Y dos a casa son idos
A do Sofronia moraba:
Dijéronle allí el por qué
Majencio los enviaba.
Sofronia, turbada y triste,
A su marido explicaba
El por qu'el Emperador
Con aquellos la llamaba.
El marido muy turbado
De oir lo que le contaba,
No sabiendo qué remedio
Poner en cosa tan brava,
Porqu'el Emperador era
Muy tirano en cuanto obraba,
Dijo: —¡Mujer, gran fortuna
Es esta que nos cercaba,
Que si rehusais lo dicho
Muerte nos desafiaba! —
Oido esto por Sofronia,
Y que así remorizaba,
Determinó de morir
Ella, pues que lo causaba.
Junto con los mensajeros
D'esta suerte les hablaba:
Que s'esperasen un poco
Mientra ella se adrezaba
Para ir ante Majencio,
Que descompuesta se hallaba.
Entrada en su retraimiento
En tierra se arrodillaba:
Allí el cuerpo y castidad
A su Dios sacrificaba
De tal suerte, que un cuchillo
Por su casto cuerpo hincaba.
Estando para espirar,
Que ya casi se finaba,
Hizo entrar los caballeros
Allí adonde habitaba;
Mostrando sus llagas dijo
Que la razon la forzaba:
—Decid al tirano vuestro,
No señor, pues mal reinaba,
Que d'esta suerte se cumple
El deseo que mostraba
En las muy castas matronas,
Cual aquí significaba.—
Así murió esta mujer
Casta como se preciaba.
(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

575.

EL VILLANO DEL DANUBIO.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Por esas puertas romanas
Entra un rústico villano;
Zapato ni zaragüelle
En su vida no ha calzado.
Unas abarcas calzaba
De un perro mal entanado;
Un sayo lleva berrendo
Y un jubon desabrochado:
Cinto de juncos marinos
Lleva á su cuerpo apretado;
En el hombro su capote,
Y el dedo al cinto agarrado;
En su mano una acebuche
Cachituerto y mal labrado;
La barba toda revuelta,
El cabello apelmazado:
No llevaba caperuza,
Porque nunca la ha usado;
Al cinto puesto un esquero
Como siempre ha acostumbrado;
La piedra, yesca, eslabon
Llevaba dentro el villano;
Sus ojos verdes, pequeños,
El color todo tostado;
Y como entrase por Roma,
Pregunta dó está el Senado.
Viéndose delante d'él,
De aquesta suerte ha hablado:
—A mí llaman Juan Melendro,
Melendro yo soy llamado:
Nací ribera del rio,
Que el Danubio era llamado:
Enviastes capitanes,
Hannos la tierra estragado;
No queremos ya mujeres,
Ni queremos ser casados,
Ni pagar tributo á Roma,
Ni á Roma ser tributarios.—
Las rodillas en el suelo,
Con un cuchillo en las manos:
—Señores que sois presentes,
Dijo, si á alguno he injuriado,
Mandad, con este cuchillo,
Que yo sea degollado.—
Viendo tal, los senadores
Por senador lo han alzado.
(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

EPOCA DEL BAJO IMPERIO Y DE LOS BARBAROS.

576.

ROSIMUNDA Y ALBOYNO.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Habiendo Alboyno vencido,
Señor de los longobardos,
A Chinimundo en batalla,
Rey de los gírpidas bravos,
Cortándole la cabeza,
Mandó hacer de su casco
Una copa guarnecida,
En que beber de ordinario,
Por vanagloria del triunfo
Que alcanzó de su contrario.
Pareciéndole que habia
Ya con fortuna acabado,
Y que la postrera vuelta
En su favor habia dado,
Captivó en esta batalla,
Primicias del cielo y pago,
A la bella Rosimunda,
Hija del Rey degollado.

Casóse con ella Alboyno
Viudo de ménos de un año,
Ciego de amor, sin mirar
En lo futuro algun daño;
Que así conviene que esté
Quien ha de ser castigado,
Y el que ménos teme el mal
Suele estar de él mas cercano.
Vivió con su Rosimunda
Algun tiempo Alboyno ufano,
Y haciendo un dia en Verona
Un convite señalado,
En el cual Alboyno estuvo
Mas prudente que avisado,
Hizo á Rosimunda diesen
A beber con aquel vaso,
Que por no la descubrir
Hasta allí tuvo guardado.
Bebió Rosimunda en él
No sabiendo el caso extraño,
A quien dice Alboyno: — Bebe,
Huelga con tu padre amado,
Que esa copa en que has bebido
Es de su cabeza el casco. —
Disimuló Rosimunda,
Aunque con rostro alterado
Dió en el primer movimiento
Muestras de ánimo turbado;
Pero sosegóse luego,
Y con cauteloso trato
Ordenó dar muerte al Rey,
Aquella afrenta vengando.
Su honestidad posponiendo,
Habló á Elmige, un cortesano,
Que del Rey traia el estoque,
Por mas querido y privado,
En el cual halló aparejo,
Diciendo: que si ayudado
Fuese de alguna persona
Moriria el Rey á sus manos,
Y que hablase á Paradeo,
Un caballero esforzado,
Para que en ello le ayude,
Con que estaba el hecho llano.
Hablóle la Reina luego,
Mas fué pretension en vano,
Por lo cual visto, ordenó
Para atraerle, un engaño;
Y fué, que viendo que andaba
Paradeo enamorado
De una dama de las suyas,
Con quien dormia ordinario,
Entrando por una escala
A deshoras en palacio,
Pidió la Reina á su dama
La deje su cuarto un rato.
Luego Paradeo vino,
Y despues de haber gozado
De la Reina á su placer,
Que era su dama pensando,
Rosimunda se descubre
A Paradeo, llamando
De traidor, falso, insolente,
Y que ha de morir, jurando
Muerte cruel, si no hace
Lo que le tiene rogado.
Compelido Paradeo,
Hizo con Elmige el trato,
Y durmiendo Alboyno un dia,
Murió á las manos de entrambos.
Huyó Elmige y Rosimunda
A Ravena, donde estando
Casados, se aficionó
D'ella un Longinos Exarco,
A quien oyó Rosimunda,
Y de casarse tratando,
Dió á Elmige veneno un dia,
Recien salido de un baño.
Mas como á obrar comenzase,
A una daga mano echando,
A Rosimunda por fuerza
Compelió á beber del vaso;
Muriendo entrambos á un tiempo
Por paga de sus engaños.
¡Ved lo que de una mujer
Hace el ánimo indignado!

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias &c.*)

SECCION DE ROMANCES RELATIVOS A LA HISTORIA Y TRADICIONES DE ESPAÑA.

EPOCA DE ATANAGILDO.

577.

MILAGRO DE UN CRUCIFIJO Á QUIEN ULTRAJÓ UN JUDÍO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

Atanagildo, rey godo,
De España el reinado habia;
Hace bien por Jesucristo;
Gran creencia en él tenia.
Contaráse aquí un milagro
Que en su tiempo acontecia.
Un judio entró en un templo
Llamado Santa María;
En él está un crucifijo
Muy pequeño en demasía:
El judio lo firió
Con un dardo que traia,
Y á excusa de los cristianos,
So el vestido lo metia
Para quemarlo en su casa;
Mas cuando lo descubria,
Traia todos sus paños
Sangrientos de la ferida,
Que le dió al crucifijo:
¡Muy gran pavor le ponia!
No lo osara quemar,
Mas escondido lo habia.
Los cristianos no lo hallan
Allí donde estar solia:
Hallaron rastro de sangre,
Y por el rastro seguian
Hasta dar en la posada
Donde el judio vivia:
Halláronlo por la sangre,
Que mucha estaba vertida.
Volviéronlo á la iglesia,
Y al judío lo prendian:
Vivo lo apedrearon
Por el delito que hacia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

[1] He aquí uno de los muchos malos romances cuyo asunto está tomado de los crónicones; pero que de acuerdo con los códigos, demuestra el odio que de inmemorial se tenia contra los judíos, y los medios atroces que se usaban para concitar al pueblo contra ellos, y obligarlos al fin á entregar sus teso-

ros al gobierno, que alternativamente los tiranizaba, los estrujaba, ó los ensalzaba. Todos nuestros códigos estan llenos de leyes contra la raza de Abrahan, aunque tal vez hay algunas hechas para favorecerla, ó mitigar sus males. Expelidos muchas veces, vueltos á llamar por el dinero que derramaban, y las necesidades del gobierno ó de los grandes, fuéron al fin para siempre desterrados, y la Inquisicion regularizando las persecuciones, sacándolas de manos de los motines populares, consiguió el objeto que se propuso el gobierno de acabar con una raza á quien se la obligaba á la usura mas escandalosa, puesto que el dinero era su sola defensa. ¿Y quién se atreverá á decir si hemos ganado ó perdido en la expatriacion de esa raza tan perseguida? Lo cierto es que ahora los grandes capitalistas en dinero, aunque cristianos, usan de él quizá con mas dureza, y de cierto con mas escándalo, que los judíos. Los contratos de los particulares y de los gobiernos apurados y sin crédito, en el dia, ¿son ménos onerosos é inmorales que los anteriores, por mas que los que los hagan sean católicos romanos? Si el anterior romance da una idea de las preocupaciones de la vieja sociedad, la nota prueba que aunque bajo distintas formas, la nueva sufre algunas veces iguales escándalos. El *Auri sacra fames* es de todos los tiempos.

EPOCA DE VAMBA.

578.

ELECCION DE VAMBA POR REY DE LOS GODOS.

(*Anónimo* [1].)

En el tiempo de los godos,
Que en Castilla rey no habia,
Cada cual quiere ser rey,
Aunque le cueste la vida.
Sabiéndolo el Padre Santo,
Que en santidad florecia,
Pusiérase en oracion,
Rogando en su rogativa
Que le revelase Dios
Quién seria rey de Castilla.
Por su profunda humildad
Reveládoselo habia,
Que el rey que ellos esperaban
Su nombre Vamba seria,
Y lo habian de hallar arando
Cerca de la Andalucía,
Con un buey blanco y cereño
Y un prieto en su compañía.
Todo esto el Padre Santo
A los godos lo decia.
Los godos, siendo informados,
Cada cual se departia:
Allá le van á buscar,
A do hallarse presumia.
Un dia, estando los godos
Cansados en demasía
De ir á buscar á Vamba,
Volviendo sin alegría,
Vieron venir una dueña
Por una cañada arriba,
Con una canasta al hombro,
Y estas palabras decia:
— Venid ya, Vamba, á comer;
Desuncid, qu'es medio dia. —
Los godos, cuando lo oyeron,
Luego á Vamba se venian;
Las rodillas por el suelo,
D'esta manera decian:
— Dénos las manos tu Alteza,
Con amor y cortesía. —
Vamba, atónito, espantado,
Temblando, así respondia:
— No me matédes, señores,
No me quitédes la vida.
— ¡De quitártela, rey Vamba!
No es por tal nuestra venida,
Sino á hacerte sabidor
Qu'el Padre Santo que hoy dia
Rige la Iglesia romana,
Por revelacion divina
Supo, y nos dijo que Vamba
Nuestro rey nombre tenia,
Y por tanto tú lo eres;
No dudes, ten alegría. —
Vamba, dudoso de oirlo,
Una vara que traia,
Ya despues de hincada en tierra,
Estas palabras decia:
— Cuando esta vara florezca,
Yo seré rey de Castilla. —
Aun no lo hubo bien dicho,
La vara ya florecia.
Llevan marido y mujer
Do el consejo residia:
A él le coronan por rey,
A ella cual convenía.
Este rey hizo en España
Hechos de gran nombradía;
Por él está la coyunda
Puesta en reales de Castilla.

(TIMONEDA, *Rosa gentil.* — H. WOLF, *Rosa de Romances.*)

[1] Este romance es quizá de Juan de Timoneda.

579.

ENTRADA DE VAMBA EN TOLEDO PARA CORONARSE REY.

(*Anónimo.*)

Por la puerta del Cambron,
Una de las mas nombradas
Que adornan la gran Toledo,
Imperial ciudad de España,
Con grande acompañamiento
Entra el valeroso Vamba
A recibir la corona
Con su mujer Doña Sancha.
Por humildad quiso el Rey
Que el alcaide de su alcázar,
En vez de la espada lleve
Delante de él su hijada.
Hombres, niños y mujeres,
Por balcones y ventanas,
Mirando los santos reyes,
Les dicen en voces altas:
«Toledo, España por Vamba,
»Y por la reina Sancha;
»Y el Tajo les responde manso y ledo,
»Unas veces España, otras Toledo.»
La melena rubia el Rey
Lleva compuesta, atusada,
Porque no estorbe á los ojos;
Peinada y ancha la barba.
Sobre un vestido morado
Con alcachofa de plata,
A manera de tuson,
Lleva una cruz colorada.
La Reina, de tela verde
Lleva una saya bordada;
El cabello suelto al viento,
La mitad á las espaldas:
Donde llega el palafren
Cubren el patio las damas
De flores y bendiciones,
Y dicen en voces altas:
«Toledo, España por Vamba,
»Y por la reina Sancha;
»Y el Tajo les responde manso y ledo,
»Unas veces España, otras Toledo.»

(*Códice del siglo* XVI.)

580

CASTIGA VAMBA AL REBELDE PAULO Y SUS SECUACES. — RESÚMEN DE LOS HECHOS DE DICHO REY. — SU ABDICACION Y MUERTE.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*

Esos nobles fuertes godos
Por su rey alzan á Vamba,

Caballero mucho honrado
En linaje y buena maña.
En Toledo, esa ciudad,
La corona le fué dada;
Juráronlo por su rey
Todos los nobles de España.
Una abeja de su boca
Salió, y al cielo volaba,
Despues que fuera ungido,
De su bondad señal daba:
Los sabios dicen será
España bien gobernada.
Un muy mal conde de Nímes,
Ilderico se llamaba,
Alzóse con su condado:
A Vamba mucho pesaba,
Que robó sus ricos-hombres,
Y á muchos d'ellos mataba.
Ayuntó el Rey muchas gentes;
Por capitan señalaba
Un caballero de Grecia,
El cual Paulo se llamaba,
Quien tambien hizo homenaje,
Y serle leal juraba.
Paulo fué contra él traidor,
Y ambos gran traicion obraban;
Juntóse con Remismundo,
Ese duque de Cantabria;
Alzan á Paulo por rey
Porque dádivas les daba.
Rey que se vido ser Paulo,
Al rey Vamba guerreaba;
Vamba con sus caballeros
Dióle muy cruda batalla;
Mató muchos caballeros,
Toda su tierra cobraba.
En Narbona prendió á Paulo,
Y á muchos de su mesnada:
Ante él vino el Arzobispo;
Por sus vidas suplicaba:
El Rey lo perdona á él solo,
Y en los demas razonaba
Que se viese por su corte
Qué pena les sería dada.
Trujeron ante él á Paulo,
El cual escondido estaba
En una cueva so tierra;
Por los cabellos lo sacan.
El Rey, al verlo ante sí,
— Conjúrote, bestia brava,
Dijo, por mi Dios del cielo
Me digas si hobiste causa
Para alzarte contra mí. —
Paulo luego replicaba:
— Pues por Dios me conjuraste,
De verdad será mi habla:
Mal de vos no recibí,
Sino merced señalada;
Siempre fuí por vos honrado,
A mí el diablo engañara,
Que metió en mi corazon
Hacer la traicion tamaña. —
Luego traen el homenaje
Y jura que Paulo daba
Cuando á Vamba alzan por rey
En Toledo la nombrada,
Y el juramento que Paulo
Tomara allí á su compaña,
Que á él le tengan por su rey,
Y no á ese noble Vamba.
Pronunciara el Rey sentencia
Contra Paulo y su mesnada:
Que mueran por ser traidores,
Pues contra su rey se alzaban.
El Rey les guarda las vidas,
Que d'ello palabra daba.
Pártese para Toledo,
Consigo á Paulo llevaba,
Y ántes que allá llegasen,
A Paulo en cruz tresquilaban
Junto con sus compañeros,
Y las barbas les rapaban.
A todos sacan los ojos,
De jerga los cobijaban,
Cabálganlos en camellos,
Paulo delante guiaba:
De pez era una corona
Que en su cabeza llevaba;
Los otros iban descalzos,
Con sogas á las gargantas.
Ansí entraron por Toledo,
Y todos los denostaban.
Pusiera sobre las puertas
Unas losas mucho claras,
Con unas letras latinas,
Que decian: «El rey Vamba
»Con el ayuda de Dios
»A Toledo mejoraba,
»Para acrecentar la honra
»Y nobleza que ahí estaba.»
En las torres de la iglesia
Otras letras que ansí hablaban:
«¡Oh vosotros, santos de Dios,
»Que en este lugar se honraban,
»Salvad y honrad este pueblo,
»Pues en él gracias se os daban!»
El Rey á sus ricos hombres,
Que en la guerra le guardaran,
Diérales de sus haberes,
Que muy contentos quedaran.
Envióles á sus tierras,
En Toledo el Rey fincaba;
Hizo concilio en Toledo
Con los perlados de España.
Confirmó sus privilegios
Como de ántes se guardaban;
Dió renta á los obispos,
Hizo otras cosas muy santas.
Muchos alarbes venció
Que venian en armada;
Metióse monje en Pampiega,
Do vivió vida muy santa.
Muerto se llevó á Toledo,
Y allí está en Santa Leocadia;
Que el rey Alfonso Deceno
Fué el que allí lo trasladara.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

EPOCA DEL REY DON RODRIGO.

581.

RODRIGO ELECTO REY DE LOS GODOS.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega*[1].)

Por muerte del rey Acosta,
De los godos en España
Quedó el príncipe Don Sancho
Su hijo, en edad temprana,
El cual no pudo reinar,
Que el ser niño lo estorbaba;
Y tratándose en el reino
De lo que mas importaba
Para la paz y sosiego
De la gente alborotada,
Y diferencias civiles,
Robos, fuerzas, muertes, talas,
Que sobre reinar el niño,
O elegir rey nuevo andaban,
Viniéronse á concordar,
Despues de algunas batallas
Y sanguinosas refriegas
De ambas partes porfiadas,
En que se diese el gobierno
De todo el reino de España,
Al mas valeroso godo,
Y mas propincuo á la casa

Del tierno infante Don Sancho,
En tanto que él se hallaba
En edad para reinar,
Con protesta, en confianza,
Que en siendo capaz de hacerlo
Luego del gobierno salga
Aquel á quien se encargare,
Sin requerirle lo haga,
Y que á su rey natural
Deje el reino sin baraja.
Vinieron todos en esto,
Y á Don Rodrigo señalan
Para tal gobernador;
¡Que nunca le señalaran!
Tio del mesmo Don Sancho,
A quien con instancia llaman,
Que lo viniese á aceptar,
Que fuera del reino estaba.
El cual á Toledo vino
Do con la jura ordinaria
Prometió de gobernar
En paz, por Don Sancho, á España,
Jurándole por señor,
Y de en creciendo entregarla.
Apoderado del reino
Rodrigo, á cortes llamaba,
Donde al parecer de todos
Comenzó cual deseaban,
Prometiendo sus principios,
No los fines que esperaban;
Porque del que bien comienza
Nunca fin malo se aguarda,
Y aquel que tuerce esta via
Es porque al principio engaña,
Y de su mal proceder
Encubre la raza cauta,
Que con sus obras el tiempo
Nos manifiesta y declara.
Era mozo Don Rodrigo,
Y casó con Eliata,
Del rey de Fez hija hermosa,
Por concierto, y fué cristiana,
Haciendo en bautismo y bodas
Fiestas costosas y extrañas.
Tras esto, contra la fe
Que á Don Sancho tenia dada,
Por fuerza, ruegos y astucias
Se coronó rey de España,
Tomando por propio el reino
Que tenia en confianza;
Que á todo aquesto se obliga
Quien del malo no se guarda.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

[1] Asunto tomado de la *Crónica del rey Don Rodrigo.*

582.

AMPARA RODRIGO Á LA DUQUESA DE LORENA.

(*Anónimo* [1].)

En la ciudad de Toledo
Muy grandes fiestas hacia
Ese rey godo Rodrigo
Con su gran caballería,
Y mucha gente extranjera
A la tal fiesta venia:
Vienen duques y marqueses
Y reyes de gran valía:
En España era entónces
La flor de caballería.
La duquesa de Loreyna
A aquella corte venía,
No para mirar los juegos,
Sino á ver si hallaria
Quien se combata por ella
Sobre un pleito que traia.
Es el pleito d'esta suerte:
Que ella un marido tenia
Que la hacia heredera
De toda su señoría,
Si de su muerte en dos años
Castidad le mantenia,
Y lo contrario haciendo
Que todo lo perderia.
Lembrot, hermano del Duque,
Con codicia que tenia
De heredar el su Ducado,
Testigos falsos ponia
Que acusen á la Duquesa
Que con un varon dormia.
Fuéronse al Emperador,
Y cada uno decia
De su razon y derecho
Segun que mejor sabia.
La razon que da Lembrot
D'esta manera decia:
Que buscase la Duquesa
Dentro de un año y un dia
Quien le combatiese á él
Y á dos tios que tenía,
La contienda del Ducado
Sobre que era la porfía,
Y que si Lembrot venciese
Suyo el Ducado seria,
Si venciese la Duquesa,
Que firme le quedaria.
Al Emperador aplace
Lo que Lembrot proponia.
Firmaron ambos á dos,
Todo así se trataria,
Con tal que fuese obligado
Lembrot y su compañía
De aceptar la batalla
Do ella señalaria.
De allí se va la Duquesa,
Ya muy triste en demasía,
Porque en toda aquella corte
Tres caballeros no habia
Que osasen á combatirse
Con los tres de la porfia:
Así partió para España
Y á Toledo se venia.
Muy bien la recibe el Rey,
Hácele gran cortesía:
Cuando contó la Duquesa
A qué fuera su venida,
Ofreciósele Sacarus,
Flor de la caballería,
Ofreciósele Almeric,
Lo mesmo Agresés hacia,
Todos buenos caballeros
Que otros mejores no habia.
Las fiestas se comenzaron,
La Duquesa bien las via.
¡Cuán bien que mostraba en ellas
Sacarus su gran valía!
Bien se cree la Duquesa
Que por él libre sería.
Las fiestas son acabadas,
Luego la Duquesa envía
A citar sus enemigos
Que vengan á cierto dia
A combatirse en España
Con quien por ella salía.
El término no es cumplido
Cuando ya Lembrot venía
Con los dos tios consigo,
¡Oh cuán bien que parecia!
Porque era grande de cuerpo,
Gentil hombre en demasía.
Señálanles la batalla,
Señaláronles el dia.
Ya los meten en el campo
Y mucha gente los mira;
Partido les han el sol
Porque no haya mejoría.

Como todos fuéron dentro,
Una trompeta se oia;
Corren unos para otros
Con esfuerzo y valentía.
Del encuentro de Sacarus
Lembrot en tierra caia,
Agresés y su contrario
Ambos á tierra venian;
Lo mesmo hace Almeric,
Y el contrario que tenia.
Levántanse muy lijeros
Sin punta de cobardia,
Y como Sacarus vido
Que apearse le cumplia,
Deciende de su caballo
Y contra Lembrot venia.
Tantos se dan de los golpes
Que gran espanto ponian;
Pues los otros caballeros
Tan sin duelo se herian,
Que á los que los miraban
A gran compasion movian.
Hora y media se combaten
Sin conoscer mejoria;
Mas como el sol era grande,
Gran trabajo les ponia:
Apártanse por holgar,
Que bien menester lo habian
Como hobieron descansado
A la batalla volvian:
Todos seis andan en campo
Que otra cosa no hacian
Sino dar y recibir
Fuertes golpes á porfia.
Todos están espantados
De cómo durar podia
Una tan fuerte batalla
Sin sentirse mejoria.
Tornaron á descansar
Ya cerca de mediodia:
Lembrot está mal herido,
Mucha sangre dél salia;
Entre si estaba diciendo:
— ¡Válgame Santa María!
Este hombre es infernal,
Que destruirme queria,
Porque si él humano fuese
Mis golpes bien sentiria;
Mas veo que cada hora
Le recrece la osadía. —
Ya embrazaba Sacarus
Con vergüenza que tenia,
Y vase contra Lembrot,
El cual bien lo recebia:
La batalla que comienzan
Nueva á todos parescia;
Pues Almeric y Agresés
¡Cuán bien que se combatian!
Tienen fuertes enemigos,
Bien menester les hacia
Mostrar todo su ardimiento
Por salir con su porfia.
Sacarus muy enojado,
Que la ira le crescia,
Tres golpes le dió á Lembrot;
De manos dar le hacia;
Mas Lembrot era lijero,
Levantóse muy aina;
Pero ya anda mirando
Cómo se defenderia.
Almeric viendo á Sacarus
Como á Lembrot mal traia,
Pensó en su corazon
Que retraido seria
Si en el librar su batalla
El mucho se detenia.
Agresés era mancebo,
Ardimiento le crescia;
Fué contra su enemigo
Que cansado lo tenía,
Y hízole dar de manos,
Reciamente lo heria:
Gran placer habian las damas
De lo que Agresés hacia.
Sacarus muy enojado
A Lembrot del yelmo tira
Las enlazaduras quiebra,
La cara le descubria;
Mas Lembrot, que así se vido,
Con Sacarus remetia
Pensando que por ser grande
Que á lucha lo venceria,
Y cogiéndolo debajo
Que luego lo mataria;
Mas Sacarus con su espada
La cabeza le hendia.
Los tios que aquesto vieron
Cómo Lembrot muerto habia,
Caen ambos en el suelo,
Corazon les fallecia:
Cortáronles las cabezas,
En el campo las ponian.
Luego preguntan al Rey
Si mas que hacer habia;
Dijo el Rey que bien estaba,
Que nada les fallescia.

(*Cancionero de Romances.* — H. SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados.*)

[1] De la *Crónica del rey Don Rodrigo.*

583.

RODRIGO ABRE LA CUEVA ENCANTADA DE TOLEDO.

(*Anónimo* [1].)

Don Rodrigo, rey de España,
Por la su corona honrar,
Un torneo en Toledo
Ha mandado pregonar:
Sesenta mil caballeros
En él se han ido á juntar.
Bastecido el gran torneo,
Queriéndole comenzar,
Vino gente de Toledo
Por le haber de suplicar
Que á la antigua casa de Hércules
Quisiese un candado echar,
Como sus antepasados
Lo solian costumbrar.
El Rey no puso el candado,
Mas todos los fué á quebrar,
Pensando que gran tesoro
Hércules debia dejar.
Entrando dentro en la casa
Nada otro fuera hallar
Sino letras que decian:
« Rey has sido por tu mal;
»Que el rey que esta casa abriere
»A España tiene quemar.»
Un cofre de gran riqueza
Hallaron dentro un pilar,
Dentro dél nuevas banderas
Con figuras de espantar:
Alárabes de caballo
Sin poderse menear,
Con espadas á los cuellos,
Ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
No curó de mas mirar.
Vino un águila del cielo,
La casa fuera quemar.
Luego envía mucha gente
Para Africa conquistar:
Veinte y cinco mil caballeros
Dió al conde Don Julian,
Y pasándolos el Conde

Corria fortuna en la mar:
Perdió doscientos navíos,
Cien galeras de remar,
Y toda la gente suya,
Sino cuatro mil no mas.

(*Cancionero de Romances.* — It. TIMONEDA, *Rosa española.*)

1 El contenido de este romance se halla en la *Crónica del rey Don Rodrigo*, y parte de él en la *General de España*; pero en esta no menciona la expedicion mandada hacer á Don Julian contra los africanos.

584.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

De los nobilísimos godos
Que en Castilla habian reinado,
Rodrigo reinó el postrero
De los reyes que han pasado,
En cuyo tiempo los moros
Toda España habian ganado,
Si no fuera las Asturias
Que defendió Don Pelayo.
En Toledo está Rodrigo:
Al comienzo del reinado
Vínole gran voluntad
De ver lo que está cerrado
En la torre que está allí,
Antigua de muchos años.
En esta torre los reyes
Cada uno echó un canado,
Porque lo ordenara ansí
Hércules el afamado,
Que ganó primero á España,
De Gerion gran tirano.
Creyó el Rey que habia en la torre
Grande tesoro guardado:
La torre fué luego abierta,
Y quitados los canados.
No hay en ella cosa alguna,
Solo una caja han hallado:
El Rey la mandara abrir,
Un paño dentro se ha hallado
Con unas letras latinas
Que dicen en castellano:
«Cuando aquestas cerraduras
»Que cierran estos canados
»Fueren abiertas, y visto
»Lo en el paño dibujado,
»España será perdida
»Y en ella todo asolado.
»Ganaràla gente extraña
»Como aquí está figurado,
»Los rostros muy denegridos,
»Los brazos arremangados
»Muchas colores vestidas,
»En las cabezas tocados:
»Alzadas traerán sus señas
»En caballos cabalgando,
»En sus manos largas lanzas,
»Con espadas en su lado.
»Alárabes se dirán
»Y de aquesta tierra extraños;
»Perderase toda España,
»Que nada no habrá fincado.»
El Rey con sus ricos-hombres
Todos se habian espantado
Cuando vieron las figuras,
Y letras que hemos contado:
Vuelven á cerrar la torre,
Quedó el Rey muy angustiado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

1 De la *Crónica del rey Don Rodrigo*.

585.

DE CÓMO EL REY DON RODRIGO SE ENAMORÓ DE LA CAVA, VIÉNDOLA LAVAR SUS CABELLOS Á LA VERA DE UNA FUENTE.

(*Anónimo.*)

En una fuente que vierte
Por agua, cristal y perlas,
Está bañando la Cava
El oro de sus madejas.
Sobre el cuello de marfil
Lleva esparcidas las hebras,
Que como sirven de lazos,
Tambien al cuello se acercan.
Mírala sus bellos ojos,
Porque viendo su belleza
Como segundo Narciso
Al primero no parezcan.
Miràndola está Rodrigo
Por entre las verdes yedras,
Y embelesado y suspenso
Le dice d'esta manera.
— ¡Ay Dios, quién fuese Troya,
O Páris de tal Elena,
Aunque en España no quedase joya
Qu'el fuego no abrasase como á Troya!

(*Romancero general.* — It. *Códice de principios del siglo* XVII.)

586.

RODRIGO VIOLA Á LA CAVA.

(*Anónimo* [1].)

De una torre de palacio
Se salió por un postigo
La Cava con sus doncellas
Con gran gusto y regocijo.
Metiéronse en un jardin
Cerca de un famoso hombrío
De jazmines y arrayanes,
De pámpanos y racimos.
Sentadas á la redonda,
La Cava á todas las dijo
Que se midiesen las piernas
Con un liston amarillo.
Midiéronse las doncellas,
La Cava lo mismo hizo,
Y en blancura y lo demas
Grandes ventajas les hizo.
Pensó la Cava estar sola;
Pero la ventura quiso
Que por una celosía
Mirase el rey Don Rodrigo.
Puso la ocasion al fuego,
Y sacóla cuando quiso,
Y amor batiendo las alas
Abrasóle de improviso.
Fuéron del jardin las damas
Con la que habia rendido
Al Rey con su hermosura,
Con su donaire y su brio.
Luego la llamó al retrete,
Y estas palabras le dijo:
— Sabrás, mi florida Cava [2],
Que de ayer acá no vivo;
Si me quieres dar remedio
A pagartelo me obligo
Con mi cetro y mi corona,
Que á tus aras sacrifico. —
Dicen que no respondió,
Y que se enojó al principio;
Pero al fin de aquesta plática
Lo que mandaba se hizo.
Florinda perdió su flor,
El Rey quedó arrepentido,
Y obligada toda España
Por el gusto de Rodrigo.

Si dicen quién de los dos
La mayor culpa ha tenido,
Digan los hombres «La Cava,»
Y las mujeres «Rodrigo.»

(DEPPING, *Romancero castellano.*)

¹ Parécese mucho el lance aquí referido, al de David con Bersabé.

² Cava se traduce: *mala mujer*, y parece muy impropio que Rodrigo galantease á su querida con un apodo, que despues adquirió por haber sido causa de la pérdida de España.

587.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Por el jardin de las damas
Se pasea el rey Rodrigo,
Por alargar la cadena
A un pensamiento rendido.
No le alegran de las fuentes
La hermosura y artificio,
Ni advierte la nueva rosa,
Ni le alegra el blanco lirio.
Despues que en confusos pasos
Dió vuelta al alegre sitio,
Arrimóse á un duro tronco
De un inútil roble antiguo.
Junto á unas yerbas ingratas,
Al sol, al aire, al rocío,
Tristes y amarillas flores,
Y él mas flaco y amarillo,
Con claros y humildes ojos,
De un ardiente amor vencido,
Dice: — De cuatro elementos
Los tres combaten conmigo;
El fuego tengo en mi pecho,
El aire está en mis suspiros,
Toda el agua está en mis ojos,
Autores de mi castigo,
Quedándome solo el cuarto,
Que es en tierra convertido,
Pues una dichosa muerte
Vence todos enemigos.
Entrégome en estas plantas,
Cava, por poner olvido,
Y ellas mismas me acrecientan
La memoria y el peligro;
Que viendo estas verdes ramas
Veo el rostro peregrino
De esos bellísimos ojos
Que son de mi pena olvido.
La dureza d'este tronco,
Que agora es mi triste arrimo,
Me muestra la d'ese pecho
Donde amor no hizo tiro,
Y no es bien qu'estas memorias
Quiten el libre albedrío,
Y me den las dulces plantas
El mas emperrado alivio
Que se dió al mas bajo cuerpo,
Torpe, necio y mal nacido,
Téniéndote, Cava, sola
Por mi bien y paraiso. —

(*Romancero general.*)

588.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* ¹.)

Revuelta en sudor y llanto,
Desmelenado el cabello,
El rostro blanco encendido
De dolor, vergüenza y miedo;
Las manos de un hombre asidas,
Rey poderoso y mancebo,
Una mujer flaca y sola,
Ausente del padre y deudos
Así le dice á Rodrigo,
Ya por voces, ya por ruegos,
Como si ruegos y voces
Valieran en tales tiempos.
— No quieras, señor, le dice,
Sol del español imperio,
Escurecer con tus rayos
La nube de mi deseo.
La Cava soy de tu fuerza,
Aunque al muro de mi pecho
La barbacana le falta,
De todos es padre el cielo.
Sirviéndoos la tiene el mio
Desde el primer bozo negro:
Mancebo le distes cargos,
Cargaisle de afrentas viejo:
Con la sangre de mi honra
No se tiña el honor vuestro
Mirad que eclipse de sangre
En reyes es mal agüero.
Miéntras él vierte la suya
Defendiendo vuestros reinos,
En otra batalla infame
La suya estáis ofendiendo.
Temed, temed ofendelle,
Que podrá vengarse un tiempo,
Pues los nobles y soldados
Vos sabeis si son soberbios;
Y si ley, Dios, honra y padre
No estorban vuestros deseos,
Soy Cava, y seré principio
De vuestros daños eternos. —
Rodrigo, que solo escucha
Las voces de sus deseos,
Forzóla y aborrecióla,
Del amor propios efectos.
Quedóse dando suspiros,
Porque al fin de tales hechos,
Si con extremo se ama,
Se aborrece con extremo.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

¹ Es igual, con algunas variantes, al del *Romancero general*, que dice: *Envuelto en sudor y llanto.*

589.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Amores trata Rodrigo:
Descubierto há su cuidado;
A la Cava se lo dice
De quien anda enamorado.
— Mira, mi querida Cava,
Mira agora que te hablo:
Darte he yo mi corazon,
Y estaria á tu mandado. —
La Cava, como es discreta,
Como burlas lo ha tomado.
Respondió muy mesurada
Y el gesto bajó humillado:
— Pienso que burla tu Alteza,
O quiere probar el vado:
No me lo mandeis, señor,
Que perderé gran ditado. —
Don Rodrigo le responde,
Que conceda lo rogado;
Que d'estos reinos de España
Puede hacer á su mandado.
Ella hincada de rodillas,
El la estaba enamorando:
Sacándole está aradores
De su odorífera mano.
Fué á dormir el Rey la siesta:
Por la Cava ha enviado:
Cumplió el Rey su voluntad

Mas por fuerza que por grado,
Por lo cual se perdió España
Por aquel tan gran pecado.
La maldita de la Cava
A su padre lo ha contado.
Don Julian, qu'es el traidor,
Con moros se ha concertado
Que destruyesen á España,
Por lo haber así jurado.

(*Cancionero, Flor de enamorados.* — It. *Silva de varios Romances.*)

590.

QUÉJASE LA CAVA VIÉNDOSE VIOLADA.

(*Anónimo.*)

Dando suspiros al aire,
Y lágrimas á la tierra,
¡Qué tiernamente que llora!
Qué justamente se queja
La malograda Florinda,
A quien España celebra
Por primera en hermosura,
Y en las desgracias primera!
Enamorada, suspira,
Despreciada, desespera;
Que siente mas de Rodrigo
El desprecio, que la fuerza.
— Pudieras, ingrato amante
Cuando intentastes mi afrenta,
Medir á mi honor tu gusto,
Tu traicion á mi inocencia.
No lloro yo haber perdido
Contigo la mejor prenda,
Sino el modo con que ganas
Sin que desquitarme pueda.
Fullero de amor has sido:
Dirás que fué cosa cierta,
Para engañarme, agradable,
Y para olvidarme, fea.
A tus cautelosos ruegos
Siempre di sordas orejas,
Previniendo, temerosa
De tu poder, tal ofensa.
¡Quién de un rey imaginara
Que en tal ocasion tuviera
Solicitudes humildes
Y pretensiones soberbias!
Si solicitas vengarte,
Mal tu venganza conciertas,
Que mi sangre fué la causa
De esta honrosa resistencia.

(*Primavera y Flor de Romances*, 2.ª parte.)

591.

DE CÓMO LA CAVA ESCRIBIÓ Á SU PADRE SU AFRENTA, Y LE PIDE VENGANZA.

(*De Juan de Timoneda* [1].)

Cartas escribe la Cava:
La Cava las escribia
A ese conde Don Julian
Que en allende residia:
No eran cartas de placer,
Ni eran cartas de alegria,
Sino de tristeza y lloro
Para España y su valia.
Lo que en las cartas escribe
D'esta manera decia:
— «Muy ilustre señor padre,
»El mayor que hay en Castilla,
»Trujísteme en esta córte
»Como hija muy querida,
»Para servir á la Reina
»Y estar en su compañía,
»Con otras hijas de grandes
»Y dueñas de alta estima.
»Ese gran rey Don Rodrigo,
»No mirando lo que hacia,
»Enamoróse de mí,
»Y de mi gran lozanía.
»Muchas veces me lo dijo
»Con amor y cortesía,
»Que mi hermosura y gala,
»Para un rey pertenecia,
»Y que diese yo lugar,
»Pues en mí estaba su vida,
»De cumplir su mal deseo,
»Y su tan loca porfía;
»Mas á cuanto él me hablaba
»Yo jamas le respondia,
»Por ser hija de quien soy,
»Y de castidad ceñida.
»No despues de dias muchos
»Que esta plática sería,
»Sin saberlo yo, ¡cuitada!
»Entró donde yo dormia,
»Y con fuerza muy forzosa
»Me quitó la honra mia.
»Debeis de vengar, señor,
»Esta tan gran villanía,
»Y ser Bruto, el gran romano,
»Pues el Tarquino se hacia;
»Si no, yo seré Lucrecia,
»La que dió fin á su vida.»

(TIMONEDA, *Rosa española.* — It. WOLF, *Rosa de romances.*)

[1] De la *Crónica del rey Don Rodrigo.*

592.

EL CONDE JULIAN JURA VENGAR DE RODRIGO LA VIOLENCIA HECHA Á SU HIJA.

(*Anónimo.*)

— ¡Oh canas ignominiosas,
Dice el señor de Tarifa,
Provocadas á venganza,
Y de su rey ofendidas! —
Cantidad esparce al viento
Cual hebras de plata lisa,
Que con rigurosa mano
De barba y cabeza quita;
Hiere el venerable rostro,
Donde dos fuentes se vian
Que con abundante vena
Hacen mayor su desdicha.
Ya mira ofendido al suelo,
Ya con altas manos mira
Al estrellado dosel
Testigo de su fatiga.
— ¡Oh mísera suerte! dice,
¡Afrentosa, ejecutiva!
¡Villana sin exempcion,
Que á la nobleza aniquila!
¡Oh Rey inconsiderado,
Tan obediente á tu vista,
Cuan presto á mi deshonor
Y al de mi cuitada hija!
Deme la justa venganza
Quien de mi diestra limita
El poder, que justo pide
Quien pide al cielo justicia.
No se espanten los que oyeren
Alguna cosa indebida;
Que rey tirano y aleve
Vasallos traidores cría.
¡Vive el cielo que ha de ser
De España total ruina
La torpeza de mi rey
En mi sangre cometida!
Pagarán los inocentes

De su señor la malicia;
Que no aguarda ménos, reino
Do rey tirano administra:
Que estos suelen ser verdugos,
Por disposicion divina,
Muchas veces de sus gentes,
Como fuéron Mario y Sila.
Yo tomara, Dios lo sabe,
Si me fuera concedida,
De otra suerte esta venganza,
No tan atroz ni sanguina;
Mas no me será posible:
Entre el libio por Tarifa,
Tale, robe, asuele y mate
En mi estado y tierras mismas.
Ya la suerte va rodando
Para siniestra ó propicia;
El dado va por la tabla,
No hay quien el correr le impida.
¡Vive Dios, que el torpe Rey
Por bien que le acuda y diga,
Que ha de dejar d'esta vez
La honra, el cetro y la vida!
¿No hay mas de hacer sinrazones
Y ejecutar sus delicias,
Fiados con que en el suelo
Su maldad no se castiga?
¡Cielo, que enmiendas agravios
Con balanza justa y lisa,
Los d'este agraviado viejo
Con piadosos ojos mira! —
Esto el conde Don Julian
Leyendo un papel decia
Que recibió de la Cava,
Contándole sus desdichas.

(*Romancero general.*)

593.

TRAICION DEL CONDE JULIAN 1.º

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Con rigurosas señales
Está el cielo amenazando
Al descuidado Rodrigo,
Futuro mal denunciando.
Cometas, con largas colas,
Ven con sanguinoso rastro,
Y bajar rayos al suelo
En dia sereno y claro.
Oyen aullidos de perros
En los campos y poblados,
Y en las hondas sepulturas
Triste gemir de finados,
Y en sus cuevas las serpientes
Dar silbos roncos y extraños:
Sintióse temblar la tierra
Abierta por muchos cabos
Y por la region del aire
Pelear hombres armados,
Y en los desiertos, de noche
Ruido, bien como cuando
Dos gruesas haces se embisten
Confusas voces sembrando.
Temerosa estaba España;
Mas Rodrigo descuidado,
Que un lascivo pensamiento
Le trae de sentido falto.
Tanta fuerza tiene amor
En quien no le da de mano,
Que sujeta la razon
Y se rie del mas sabio.
En esto andaba Rodrigo,
No en los agüeros pensando,
Ni en cómo de España iria
Los límites dilatando;
Ni cómo á la sangre goda
Mayor nombre dé su brazo:
Solo con amor vacila,
Con amor solo es su trato;
En la Cava solo piensa,
No hay sin Cava alegre rato,
Y todo cuanto no es ella
Es tiempo mal empleado;
Que esta es la vida ordinaria
En cualquier enamorado.
Habia Rodrigo á la Cava
Su dolor manifestado,
A quien siempre halló firme
En un propósito casto.
Mas como trae la ocasion
Crin donde le echar la mano,
Y sea el medio mejor
Para alcanzar lo intentado,
Hallóla Rodrigo, y tal
Cual la demandaba el caso;
Porque como siempre estaba
La Cava dentro en palacio
En servicio de la Reina,
Iba la vista cebando,
Con cuya continuacion
Crece el amor de lo amado.
Al fin, tomando por fuerza
Lo que le era denegado,
Gozó de la bella Cava:
¡Hecho, en rey, por cierto malo!
Vino el conde Don Julian,
Padre d'ella, que enviado
Fué á Roma con embajada [1]
Por el Rey con celo cauto,
Para poder conseguir
Su intento mas á su salvo:
A quien la Cava se queja
De la fuerza y duro rapto.
Tomólo el Conde de suerte,
Que para poder vengarlo,
Viéndose falto de fuerzas
Movió con los moros trato,
En que á España les daria
Siendo d'ellos ayudado,
Y entrada por Algecira,
O por Tarifa, su estado,
Donde á la Cava llevó,
Y á su mujer, convocando
Criados, amigos, deudos,
Que era el Conde emparentado,
Para el efecto ya dicho:
¡Tanto indigna un tal agravio,
Que obliga á un hombre á perder
Vida, honra, alma y estado!

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y troze dias*, etc. *de*.)

[1] Los poetas de esta época ya no se atenian á las crónicas ni á la historia, y ponian de suyo ó de lo que en otros tomaban, aplicado á diversos sugetos y fábulas, todo lo que creian conveniente para dar interes á sus composiciones. Por eso en este romance, para motivar la ausencia de Don Julian, se le supone ido de embajador á Roma, como en otros se suponen ejércitos y reyes españoles empleados en conquistar la tierra Santa.

594.

AL ASUNTO ANTERIOR.

(*Anónimo.*)

En Ceuta está Don Julian,
En Ceuta la bien nombrada:
Para las partes de aliende
Quiere enviar su embajada;
Moro viejo la escrebia,
Y el Conde se la notaba:
Despues de haberla escripto,
Al moro luego matara.
Embajada es de dolor,
Dolor para toda España:

Las cartas van al rey moro,
En las cuales le juraba
Que si le daba aparejo
Le dará por suya España.
España, España, ¡ay de ti!
En el mundo tan nombrada,
La mejor de las partidas,
La mejor y mas ufana,
Donde nace el fino oro
Y la plata no faltaba,
Dotada de hermosura,
Y en proezas extremada;
Por un perverso traidor
Toda eres abrasada,
Todas tus ricas ciudades
Con su gente tan galana
Las domeñan hoy los moros
Por nuestra culpa malvada,
Si no fueran las Astúrias,
Por ser la tierra tan brava.
El triste rey Don Rodrigo,
El que entónces te mandaba,
Viendo sus reinos perdidos
Sale á la campal batalla.
El cual en grave dolor
Ensaña su fuerza brava;
Mas tantos eran los moros,
Que han vencido la batalla.
No paresce el rey Rodrigo,
Ni nadie sabe do estaba.
Maldito de tí, Don Oppas,
Traidor y de mala andanza:
En esta negra conseja
Uno á otro se ayudaba.
¡Oh dolor sobremanera!
Oh cosa nunca pensada!
Que por solo una doncella,
La cual Cava se llamaba,
Causen estos dos traidores
Que España sea domeñada,
Perdido el Rey y señor,
Sin nunca dél saber nada.

(*Cancionero de Romances.*)

595.

DE CÓMO EL REY RODRIGO PERDIÓ LA BATALLA DE GUADALETE, Y LOS MOROS GANARON LA ESPAÑA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Del conde Julian traidor,
Moros entran por Tarifa:
Júntanse con los cristianos
Que su favor atendian,
Y en la descuidada tierra
Dan principio á su conquista.
Roban, destruyen y atalan
La fértil Andalucía,
Sin hallar defensa alguna,
Que ya olvidado tenian
El militar ejercicio,
Porque derribado habian
Las murallas y castillos
Por órden del rey Bectisa,
Indigno de que se tenga,
De que fué godo, noticia;
Que del que procede mal
Solo es bien que mal se diga,
Y se calle de á do viene,
Pues á decirlo no obliga.
Hizo tambien de las armas,
En los godos tan temidas,
Hacer azadones, rejas,
Y herramientas infinitas
Para cultivar los campos,
Temiendo que su malicia
Y abominables pecados
Los reinos levantarian.
Pero no fué sin castigo,
Que el cielo todo lo mira;
Pues como seguros puertos
Miramamolin tenia,
Echó doce mil caballos
En Gibraltar y Algecira,
Y mas de cien mil peones
Expertos en la milicia.
Caudillos, Muza y Tarife,
Dos moros de mucha estima,
Sin otros seis mil cristianos,
Que llamaban julianistas,
Que la parte del mal Conde
Con tal nombre defendian.
Sabido por Don Rodrigo
La gran traicion cometida,
Y el estrago que los moros
Tan á su salvo hacian,
Añadiendo yerro á yerro
Hizo que con grande prisa
Fuese el príncipe Don Sancho,
No tan bien cual convenia,
A resistir á los moros
De Castilla la venida;
Porque muriendo en la guerra
Ningun contraste tendria.
Murió el mozo valeroso
Haciendo lo que debia,
Con el infante Eyler,
Otro hermano que tenia.
Viendo el Rey las muchas quejas
De su reino, y la ruina,
Ir por su propia persona
A la guerra determina,
Y ansí partió de Toledo,
Y entró en el Andalucía
Con gente, aunque de armas falta,
Mucha en número y lucida,
Bisoña, sin experiencia
En la militar doctrina,
Porque con las largas paces
Todo olvidado lo habian.
Digo pues, por no cansar
Con historia tan sabida,
Que peleando ambos campos
Con igualdad siete dias,
Sin conocerse ventaja,
Do mucha gente moria,
La parte de los cristianos
A los ocho fué vencida,
Por la gran traicion que hicieron
Dos hijos del rey Bectisa,
Capitanes de Rodrigo;
Que fué ponerse en huida,
Como que ya con los moros
Tratado así lo tenian.
Huyó el Rey de la batalla
Viéndola rota y vencida,
Habiendo con gran esfuerzo
Peleado todo el dia:
El cual cansado y herido
Dicen que llegó á una ermita,
Donde haciendo penitencia
En breve acabó su vida.
Continuaron pues los moros
Sin defensa, la conquista
En ocho meses, haciendo
De libre, á España cautiva.
La sujetaron á toda,
Salvo á Asturias y Galicia,
A Vizcaya y á Guipúzcoa,
Por la aspereza que crian;
Donde la acosada gente
Se fué que escapado habia
Del alárabe furor
Habiendo muerto infinita.
Y no el valor de los moros
Es de creer se extendia
A ser señores de España

Sin providencia divina,
Que como premia á los buenos,
Tambien los malos castiga
Cuando con perseverancia
Va delante su malicia.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc. de.)

596.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

De lo mas alto de un monte,
A quien Guadalete baña,
Mirando estaba Lisberto
La temerosa batalla.
Mira que los españoles
Y bravos godos desmayan,
No pudiendo resistir
La mahomética saña.
Dice con cansada voz
El Infante estas palabras,
Contemplando la ruina
De toda la gente hispana:
«¡Ay España, España,
Que culpa no mereces y te abrasas!»
¡Oh cruda causa,
Y mas traidor Rodrigo,
Que por tu torpe amor fué tal castigo!
¡Ay dulce patria querida,
De tantos grados honrada
A costa de noble sangre
En su amparo derramada!
¡Ay madre honrada del mundo,
Y de un hijo deshonrada,
Que sin ser nada, le hiciste
Rey, para hacerte nada!
El sér le diste de rey,
Y desconocido paga
Tan subido beneficio
Con deshonrar á la Cava,
«¡Ay España, etc.»
¡Oh traidor conde Julian!
¿En qué te ofendió tu patria?
Di ¿por qué el pecado ajeno
Lo haces su propia causa?
Si Rodrigo te ofendió,
Matárasle, y abrasaras
Su linaje, sus parientes,
Su vida, su honor, su casa;
Mas en efecto un traidor
Ningunos respetos guarda
A patria, padre, ni rey,
Si la traicion es pensada.
«¡Ay España, España,
Que culpa no mereces y te abrasas!»

(*Romancero general.* — It. Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

597.

RODRIGO FUGITIVO Y DERROTADO.

(*Anónimo.*)

De las batallas cansado
Se sale el rey Don Rodrigo,
La cabeza sin almete
Y el arnes todo rompido,
La una rienda en una mano,
Y el un estribo perdido.
Por do el caballo lo lleva
Por allí va sin sentido.
Por un arroyo zarzoso
El caballo lo ha metido.
Echó la corona en tierra
Y aquesto habie referido:
—¡Desdichado caballero!
Desdichado rey Rodrigo!
¡Ayer eras rey de España,
Y hoy no tienes un castillo!
Por un pequeño placer
Metiste á España á cuchillo. —

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

[1] Este romance, que es un fragmento glosado por Lúcas Rodriguez, se ha entresacado de la glosa que de él hizo.

598.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Cuando las pintadas aves
Mudas están, y la tierra
Atenta escucha los rios
Que al mar su tributo llevan,
Al escaso resplandor
De cualque [1] luciente estrella
Que en el medroso silencio
Tristemente centellea;
Teniendo por mas segura
Del traje humilde la muestra,
Que la acechada corona,
Ni la envidiada riqueza;
Sin las insignias reales
De la majestad soberbia,
Que amor y temor de muerte
Junto á Guadalete dejan,
Bien diferente de aquel
Que ántes entró en la pelea
Rico de joyas, que al godo
Dió la victoriosa diestra;
Tintas en sangre las armas,
Suya alguna, y parte ajena,
Por mil partes abolladas,
Y rotas algunas piezas;
La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imágen de su fortuna
Que en polvo la ve deshecha,
En Orelia su caballo
Tan cansado ya, que apénas
Mueve el presuroso aliento,
Y á veces la tierra besa,
Por los campos de Jerez,
Gelboe llorosa y nueva,
Huyendo va el rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan;
Hiere el temeroso oido
Confuso estruendo de guerra;
No sabe donde mirar,
De todo teme y recela;
Si al cielo, teme su furia,
Porque hizo al cielo ofensa;
Si á la tierra, ya no es suya,
Que la que pisa es ajena:
Pues, si dentro de sí mesmo,
Con sus memorias se encierra,
Mayor campo de batalla
Dentro el alma le apareja,
Y entre sollozo y suspiros
Así el rey godo se queja:
—¡Desventurado Rodrigo,
Si esto en otro tiempo hicieras
Y huyeras de tus deseos
Al paso que ahora llevas
Y á los asaltos de amor
No mostraras la flaqueza,
Tan indigna de hombre godo,
Y mas de rey que gobierna,
Gozara su gloria España

Y aquella fuerte defensa,
Que ya por el suelo yace
Y el color trueca á las yerbas!
Amada enemiga mia,
De España segunda Elena,
¡Oh si yo naciera ciego,
O tú sin beldad nacieras!
Pedernal fué tu hermosura,
Y yo el eslabon y yesca,
Que las centellas cogí
En que el mundo se arde y quema.
Fuerza fué la que te hice;
Mas tambien mirar debieras,
Que tu beldad poderosa
Usó conmigo de fuerza.
Eres mar tempestuoso,
Y entendí que Cava eras;
Mas lo uno y lo otro fuistes,
Pues que me acabas y anegas.
¡Maldito sea el punto y hora
Que al mundo me dió mi estrella!
¡Pechos que me dieron leche,
Mejor sepulcro me dieran!
¡Pagara á la tierra el censo,
Y en su soledad durmiera
Con los cónsules y reyes,
O con los plebeyos d'ella!
¡Quitárale á la fortuna
Carro en que triunfar pudiera,
Y un Rodrigo para España,
Materia de tantas quejas!
¡Traidor conde Don Julian!
Si uno solo es el que yerra,
¿Por qué tan injustamente
Hiciste comun la pena?
Matárasme á puñaladas,
Pues pudiste, y bien hicieras;
Mas si el traidor es cobarde
Jamas hace cosa buena.
No ofendí yo al africano,
¿Por qué africano te venga?
¡Oh si este agudo puñal
Rasgara tus falsas venas!—
Mas iba á decir Rodrigo,
Pero las palabras medias
Las arrebató el enojo
Y entre los dientes las quiebra.
Cayó muerto su caballo,
Y librando de las piernas,
Hizo el arzon almohada
Miéntras huyen las tinieblas,
Y diciendo:—Adios, España
Que el bárbaro señorea,—
Junto á su Orelia querido
La luz enemiga espera.

(*Romancero general.*)

[1] *Cualque*, es un italianismo que indica ser el romance de fines del siglo XVI ó principios del XVII. En tiempo de Cervántes ya empezaban los italianismos de esta clase, y como se ve por *El Quijote*, se hallaban admitidos en el lenguaje vulgar, porque los introdujeron los soldados que volvian de las guerras de Italia.

599.

AL MISMO ASUNTO.—III.

(*Anónimo* [1].)

Las huestes del rey Rodrigo
Desmayaban y huian
Cuando en la octava batalla
Sus enemigos vencian.
Rodrigo deja sus tierras
Y del real se salia:
Solo va el desventurado,
Que no lleva compañía.
El caballo de cansado,
Ya mudar no se podia:
Camina por donde quiere,
Que no le estorba la via.
El Rey va tan desmayado
Que sentido no tenia:
Muerto va de sed y hambre,
Que de velle era mancilla;
Y va tan tinto de sangre,
Que una brasa parecia.
Las armas lleva abolladas,
Que eran de sangre perdida;
La espada lleva hecha sierra
De los golpes que tenia;
El almete de abollado
En la cabeza se hundia;
La cara llevaba hinchada
Del trabajo que sufria.
Subióse encima de un cerro
El mas alto que veia:
Desde allí mira su gente
Cómo iba de vencida.
De allí mira sus banderas,
Y estandartes que tenia,
Cómo están todos pisados
Que la tierra los cubria.
Mira por los capitanes
Que ninguno parescia;
Mira el campo tinto en sangre,
La cual á arroyos corria.
El triste de ver aquesto
Gran mancilla en sí tenia;
Llorando de los sus ojos
D'esta manera decia:
—Ayer era rey de España [2],
Hoy no lo soy de una villa;
Ayer villas y castillos,
Hoy ninguno poseia;
Ayer tenia criados
Y gente que me servia,
Hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mia.
Desdichada fué la hora,
¡Desdichado fué aquel dia
En que nací y heredé
La tan grande señoría,
Pues lo habia de perder
Todo junto y en un dia!
¡Oh muerte! ¿por qué no vienes
Y llevas esta alma mia
De aqueste cuerpo mezquino,
Pues te se agradeceria?

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Véase la nota del del número 602.

[2] De este trozo entresacó Cervántes tres versos que cita en la parte II, cap. XXVI del *Quijote*, donde los acopla del modo siguiente:

Ayer era rey de España,
Y hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mia.

600.

LLEGAN NUEVAS Á LA REINA, DE LA DERROTA DE GUADALETE.

(*Anónimo.*)

Ya se sale de la priesa
El rey Rodrigo cansado;
Pusiérase hácia una parte
Por de allí mirar su campo:
Ve que su gente se apoca,
Y que ya va desmayando.
Desque esto vido Rodrigo
No pudo de mas mirallo,
Porque bien ve que los suyos
Ya no pueden soportallo.
Volvió las riendas apriesa,
Da de espuelas al caballo;
Huyendo va á mas andar

Por un dromedal abajo.
Violo huir Aliastras,
Un su capitan honrado;
Acordó seguir tras él,
Pero no pudo él hallarlo.
Desque vió que no le halla,
A Toledo hubo llegado,
Donde quedara la corte,
Y la Reina habia quedado.
Pesábale por llevar
De su rey tan mal recaudo;
En entrando por la puerta
Comenzó a decir llorando:
—Ya, señora, no sois reina,
Ya no teneis ningun mando,
Porque en ocho batallas
Perdiste todo el Estado:
Perdisteis el rey Rodrigo
El vuestro marido honrado,
Porque le vi ir huyendo
Muy malamente llagado,
Y que á la hora de agora
Será muerto ó cativado.—
La Reina sin oir mas
Cayó tendida en su estrado:
Despues de grandes cuatro horas
En su sentido ha tornado:
Mandó á Aliastras que cuente
Todo como habia pasado.
Aliastras se lo cuenta,
Que nada habia dejado.
La Reina con gran congoja
Dijo: — Ya lo he yo tragado,
Porque la noche pasada
Un mal sueño habia pasado,
Y es que via el rey Rodrigo
Con el gesto muy airado,
Con ojos vueltos en sangre,
Que iba muy apresurado
Para ir vengar la muerte
Del desdichado Don Sancho,
Y que se volvia sangriento,
Y su cuerpo mal llagado,
Y que llegaba á mí
Y me tiraba del brazo,
Y decia estas palabras
Muy fuertemente llorando:
«Quédate adios, Reina triste,
Quédate adios, que me parto:
Los moros me han ya vencido,
Los moros me han soyogado.
No cures llorar mi muerte,
No cures llorar tu Estado,
Procúrate de esconder
Allá en lo mas apartado;
Vete luego á las montañas
De aquel reino Asturiano,
Porque no hay otro remedio
Si quieres quedar en salvo,
Porque España y lo demas
Todo está ya sujetado.»

(*Cancionero de Romances*.)

601.

LA PÉRDIDA DE ESPAÑA POR RODRIGO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda*.)

Triste estaba Don Rodrigo,
Desdichado se llamaba;
Gimiendo estaba y llorando
La gran pérdida de España,
No solo porque la pierde,
Mas porque d'ello fué causa,
Porque dió bestial amor
A esa maldita la Cava.
Si al Rey d'aquesto le plugo,
A la Cava le pesaba;
Mas su padre Don Julian
Ha tomado la venganza.
El y su malvada hija
En Berbería se pasan
Con el obispo Don Oppas,
Que con él se concertaba.
Hace trato con los moros,
Venden la tierra cristiana;
Entraron por Gibraltar
Como quien entra en su casa.
Ganan á Málaga y Ronda,
Antequera con Granada,
Toda Castilla la Vieja,
Que ninguno lo estorbaba,
Sino el triste rey Rodrigo
Que hobo con ellos batalla,
De donde salió vencido,
Ya que la noche cerraba.
Llamándose va cuitado,
Su persona denostaba;
Los ojos mirando al cielo
Con gran pena lamentaba;
Quéjase de su ventura,
D'esta suerte razonaba:
—¡Oh mal venturoso rey,
Postrer godo que reinaba,
Hoy pierdes tu tierra y reino,
Fortuna lo trastornaba!
¡Oh conde Don Julian!
¡Maldita sea tu saña,
Que gran crueldad has mostrado
Contra la triste de España!
Yo malo, que obré el pecado,
Merecia haber la paga.
¡Maldita sea la tu hija
Que de tan gran mal fué causa!
¡Mis ojos sean malditos
Que su hermosura miraran,
Que a no mirarla ellos
Todo este mal se excusaba!
¡Oh gran Dios de cielo y tierra!
Perdona esta mi alma:
No mireis, justo Señor,
Su pecado, pues pagaba
El cuerpo que lo tal hizo;
A ella haced librada.—
Y con gemidos crecidos,
Sus ojos tornados agua,
Entrara por un jaral;
Sus vestidos desnudaba.
Perdióse el rey Don Rodrigo,
Que hasta agora no se halla;
Los moros siguen victoria
Hasta la Peña horadada.
Hizoles cara Pelayo,
Ese duque de Cantábria,
Que con su sobrado esfuerzo
De lo perdido ganaba,
Con las gentes que han huido,
A Esturias de Santillana.
Dióle Dios muy gran victoria,
Que hasta Leon cobraba;
Toman todos corazon
Sobre la gente pagana.
Otros reyes sucedieron
Que lo perdido ganaran,
Hasta el Quinto Fernando
Que el Católico llamaran,
Que con su esfuerzo ganó
El buen reino de Granada.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

602.

PROFECÍA SOBRE LA CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS MOROS.

(*Anónimo* [1].)

Los vientos eran contrarios,
La luna era crecida,

Los peces daban gemidos
Por el tiempo que hacia,
Cuando el rey Don Rodrigo
Junto á la Cava dormia,
Dentro de una rica tienda
De oro bien guarnecida.
Trescientas cuerdas de plata
La su tienda sostenian,
Dentro habia cien doncellas
Vestidas á maravilla;
Las cincuenta están tañendo
Con muy extraña armonia:
Las cincuenta están cantando
Con muy dulce melodia.
Allí hablara una doncella
Que Fortuna se decia:
—Si duermes, buen rey Rodrigo,
Despierta por cortesia,
Y verás tus malos hados,
Tu peor postrimería,
Y verás tus gentes muertas
Y tu batalla rompida,
Y tus villas y ciudades
Destruidas en un dia.
Castillos y fortalezas
Otro señor las regía.
Si me pides quién lo ha hecho,
Yo muy bien te lo diria:
Ese conde Don Julian
Por el amor de su hija,
Porque se la deshonraste
Y mas d'ella no tenia.
Juramento viene haciendo
Que te ha de costar la vida.—
Despertó muy enojado
Con aquella voz que oia;
Con cara triste y penosa
D'esta suerte respondia:
—Mercedes á ti, Fortuna,
D'esta tu mensajería.—
Estando en esto llegó
Uno que nuevas traia,
Como el conde Don Julian
Las tierras le destruia.
Apriesa pide el caballo
Y al encuentro le salia;
Los enemigos son tantos
Que esfuerzo no le valia;
Que capitanes y gentes
Huia el que mas podia.
Rodrigo deja sus tierras
Y del real se salia:
Solo va el desventurado,
Que no lleva compañia.
El caballo de cansado
Menearse no podia:
Camina por donde quiere,
Que no le estorba la vía.
El Rey va tan desmayado,
Que sentido no tenia;
Muerto va de sed y hambre,
Que de verle era mancilla.
Iba tan tinto de sangre
Que una brasa parecia;
Las armas lleva bolladas,
Que eran de pedrería;
La espada era una sierra
De los golpes que tenia;
El almete de abollado
La cabeza le hundia;
La cara llevaba hinchada
Del trabajo que sufria.
Subió encima de un cerro,
El mas alto que allí habia;
De allí miraba su gente
Cómo iba de vencida;
De allí mira sus banderas,
Y estandartes que tenia
Cómo están todos pisados
Y la tierra los cubria.
Mira por los capitanes
Que ninguno parecia;
Mira el campo tinto en sangre,
El cual á arroyos corria.
El triste de ver aquesto
Gran mancilla en sí tenia;
Lloraba de los sus ojos,
D'esta manera decia:
—Ayer era rey de España,
Y hoy no lo soy de una villa;
Ayer villas y castillos,
Hoy ninguno poseia;
Ayer tenia criados
Y gente que me servia,
No tengo ahora una almena
Que pueda decir que es mia.
¡Desdichada fué la hora,
Desdichado fué aquel dia
En que naci y heredé
Tan gran reino y señoría,
Pues lo habia de perder
Todo junto y en un dia!
¡Oh muerte! ¿por qué no vienes
Y llevas esta alma mia,
De aqueste cuerpo mezquino,
Pues se te agradeceria?

(TIMONEDA, *Rosa española*. — It. *Floresta de varios romances*.)

1 Este romance es el mismo, pero mas completo, que el del número 599. Repítense en él trozos enteros del otro; mas su primera mitad es del todo nueva, y participa mucho del estilo oriental y lírico. Esto hace presumible que sea una reforma de aquel ya citado; pero uno y otro parecen ser compuestos por un juglar ejercitado, mas bien que por un rudo é inartificioso poeta.

603.

RODRIGO LLORA LA PÉRDIDA DE SU REINO.

(*Anónimo.*)

Llorando mira Rodrigo
Las ruinas castellanas,
Los ejércitos vencidos,
La venganza de la Cava.
La fiera trompeta escucha
Que forzosamente llama,
Y otra vez en su memoria
Mas le aflige y le maltrata.
Confusos miran los cielos
La fatal hora menguada,
Que de lo que Dios no hace
El mismo cielo se espanta.
Y el campo grita: «Guerra, al arma, al arma.»
Y el Rey: «Aquí fué Troya, adios, España.»
Miran al Rey sin corona,
Que siendo del cielo dada,
Sin que el cielo se la quite,
Ni la tiene ni la halla.
El mismo polvo medroso,
Salpicado de las armas,
Encontrando al Rey, se esconde
En el sudor de su cara.
Sonaban las voces tristes,
Relumbraban las espadas
Que penetraban sangrientas
Por las vencidas gargantas.
Y el campo grita: «Guerra, al arma, al arma.»
Y el Rey. «¡Aquí fué Troya, adios, España!»

(*Maravillas del Parnaso.*)

604.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Las armas y venas rotas,
El estoque en sangre tinto,

Huye vergonzosamente
De la batalla Rodrigo.
Ciégale el polvo los ojos,
Y con temor del peligro
Los piés y la razon pierden,
Juntamente los estribos.
Al fin subió como pudo
Sobre un cerrillo propincuo,
Si de alguna suerte sube
Quien de tan alto ha caido.
Mira desde allí la sangre
De aquellos godos antiguos
Vertida en balde y mezclada
Con la de infames morillos;
Mira las cruces bermejas [1],
Divisa del Cristianismo,
Rendidas infamemente
Al estandarte morisco.
Esto contempla, y tras esto
Sus dos ojos vueltos riscos,
Conociéndose culpado
Así razona consigo:
—Justamente ordena el cielo
Que pues á Dios hice guerra,
Perdido el reino del suelo,
Solo para mi consuelo
Tenga siete piés de tierra.
Y si por vanos antojos
Quebré la divina ley,
Hoy me miren estos ojos
Vasallo de mil enojos
Habiéndome visto rey.
También porque mi castigo
Igual á la culpa sea,
El reino da al enemigo;
Porque siendo yo testigo,
El lo goce y yo lo vea.
Y déjame solamente,
Por mejor me deshonrar,
Caballo que me consiente
Huir vergonzosamente,
Y estoque por me matar.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

[1] Horrible anacronismo, que colora las órdenes militares en tiempo de los godos, y ántes de la conquista de España por los musulmanes.

605.

LAMENTO SOBRE LA PÉRDIDA DE ESPAÑA.

(*Anónimo.*)

Volved los ojos, Rodrigo,
Volvedlos á vuestra España,
Mirad como os la destruyen
Vuestros amores y Cava:
Mirad la sangre que vierten
Vuestras gentes en batalla,
Castigo de la inocente
Que fué por vos derramada.
«¡Ay, España,
Perdida por un gusto y por la Cava!»
La honra de los antiguos
Por tantos siglos ganada,
Vos solo por un momento
Perdeis reino, cuerpo y alma.
Acabóse vuestro bien
Y vuestros males no acaban;
Que el mal suele acabar honras
Que acaban la vida y fama.
«¡Ay, España,
Perdida por un gusto y por la Cava!»

(*Códice del siglo* XVII.—Depping, *Romancero general.*)

606.

RODRIGO PENITENTE, Y SU MUERTE.

(*Anónimo* [1].)

Despues que el rey Don Rodrigo
A España perdido habia,
Ibase desesperado
Por donde mas le placia.
Métese por las montañas
Las mas espesas que via,
Porque no le hallen los moros
Que en su seguimiento iban.
Topado ha con un pastor
Que su ganado traia,
Díjole:—¿Dime, buen hombre,
Lo que preguntar queria
Es si hay por aquí poblado
O alguna casería
Donde pueda descansar,
Que gran fatiga traia?—
El pastor respondió luego
Que en balde la buscaria,
Porque en todo aquel desierto
Solo una ermita habia,
Adonde está un ermitaño,
Que hacia muy santa vida.
El Rey fué alegre de esto
Por allí acabar su vida.
Pidió al hombre que le diese
De comer, si algo tenia:
El pastor sacó un zurron,
Que siempre en él pan traia;
Dióle dél, y de un tasajo
Que acaso allí echado habia.
El pan era muy moreno,
Al Rey muy mal le sabia;
Las lágrimas se le salen,
Detener no las podia
Acordándose en su tiempo
Los manjares que comia.
Despues que hubo descansado
Por la ermita le pedia,
El pastor le enseñó luego
Por donde no erraria.
El Rey le dió una cadena,
Y un anillo que traia:
Joyas son de gran valor
Que el Rey en mucho tenia.
Comenzando á caminar,
Cuando el sol se retraia,
A la ermita es ya llegado
Que el pastor dicho le habia.
El dando gracias á Dios
Luego á rezar se metia;
Despues que hubo rezado
Para el ermitaño se iba:
Hombre es de autoridad,
Que bien se le parecia.
Preguntóle el ermitaño
Como allí fué su venida;
El Rey, los ojos llorosos,
Aquesto le respondia:
—El desdichado Rodrigo
Yo soy, que rey ser solia:
Vengo á hacer penitencia
Contigo en tu compañía;
No recibas pesadumbre,
Por Dios y Santa María.—
El ermitaño se espanta,
Por consolallo decia:
—Vos cierto habeis elegido
Camino cual convenia
Para vuestra salvacion,
Que Dios os perdonaria.—
El ermitaño á Dios ruega
Por si le revelaria
La penitencia que diese
Al Rey, que le convenia.

Fuéle luego revelado,
De parte de Dios, un dia,
Que le meta en una tumba
Con una culebra viva,
Y esto tome en penitencia
Por el mal que hecho habia.
El ermitaño al Rey
Muy alegre se volvia:
Contóselo todo al Rey
Como pasado le habia.
El Rey d'esto muy gozoso
Luego en obra lo ponia.
Métese como Dios manda
Para allí acabar su vida,
Y el ermitaño muy santo
Mírale al tercero dia.
Dice:—¿Cómo os va, buen Rey?
¿Vaos bien con la compañía?
—Hasta ahora no me ha tocado
Porque Dios no lo queria:
Ruega por mí, el ermitaño,
Porque acabe bien mi vida.—
El ermitaño lloraba,
Gran compasion le tenia:
Comenzóle á consolar
Y esforzar cuanto podia.
Despues vuelve el ermitaño
A ver si ya muerto habia:
Halla que estaba rezando
Y que gemia y plañia.
Preguntóle cómo estaba:
—Dios es en ayuda mia,
Respondió el buen rey Rodrigo:
La culebra me comia[2];
Cómeme ya por la parte
Que todo lo merecia,
Por donde fué el principio
De la mi muy gran desdicha.—
El ermitaño lo esfuerza,
El buen Rey allí moria:
Aquí acabó el rey Rodrigo,
Al cielo derecho se iba.

(*Cancionero de romances.*— It. TIMONEDA, *Rosa española.* — It. *Silva de varios romances.* — It. *Floresta de varios romances.*)

[1] Es una de las composiciones que merecen el nombre de populares; pero se advierte desde luego en ella una reforma considerable, hecha con mucha posterioridad, del romance primitivo, pues su lenguaje y consecuencia en los consonantes demuestran demasiado el arte y el cuidado con que se han buscado.

[2] La leccion de Cervantes en estos versos es:

Ya me comen, ya me comen
Por do mas pecado habia.

(*Quijote, part.* II, *cap.* XXXVI.).

ÉPOCA DEL REY DON PELAYO.

607.

DE CÓMO DON PELAYO VENCIÓ Á LOS MOROS EN COVADONGA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Junto al rio Guadalete,
Que á Jerez era cercano,
Aquese rey Don Rodrigo
Vencido queda en el campo.
Venciólo el moro Tarif,
Por el su triste pecado:
Los moros ganan á España,
Toda la habian conquistado
Hasta Asturias de Oviedo
Donde se huyó Don Pelayo.
A este alzaron por rey
Los cristianos que han quedado.
Cercáronlo en una cueva
Mucha gente de paganos.
Alhazan llaman al moro
Que sobre ellos tiene mando:
Con él vino el mal obispo
Don Oppas, ese malvado.
Era cuñado del conde
Que Don Julian es nombrado;
Padre era de la Cava
Que todo el mal ha causado.
Combaten recio la cueva
Con esfuerzo denodado;
Don Oppas se llegó á ella
En un mulo cabalgando.
Hablando está con el Rey
Palabras de gran halago;
Con razones engañosas,
Le dijo:—Mira, Pelayo:
Bien sabes el gran poder
De los godos esforzados,
Que conquistaron á España
Y en ella habian reinado,
Que nunca fuéron vencidos
De bárbaros y romanos.
Por el gran juicio de Dios
Ya su esfuerzo es soterrado;
Quebrantado es su poder,
Muertos yacen en el campo.
Dime tú: ¿Qué te aprovecha
El esfuerzo que has mostrado,
Y encerrarte en esa cueva?
¿Do piensas ser escapado?
¿Cuidas por ventura tú
Escapar de los paganos,
Y d'ellos te rebelar,
Y conseguir temerario
Lo que no pudo Rodrigo,
Aquese rey afamado,
Con todos los nobles godos,
Que los ves desbaratados?
Acuérdate qu'el su reino,
Qu'en fuerzas fuera abondado,
Y por su sabiduría
De todo el mundo admirado,
Ya es perdido y destruido,
Y en nonada es ya tornado.
Pelayo, yo te aconsejo,
La tu vida deseando,
Que te dés luego á los moros
Con esos tus allegados.
Tú y ellos seréis muy ricos,
De riquezas abondados;
Si no, moriréis á espada,
No escaparéis de sus manos.—
Don Pelayo cuando oyera
Lo que Don Oppas ha hablado,
Recibió muy gran pesar,
Y esta respuesta le ha dado:
—Oppas, tú fuiste arzobispo
Y en letras bien enseñado,
Bien sabes que tú, y el rey
Vitiza, aquese tu hermano,
Ensañaste mal á Dios
Con vuestros grandes pecados,
Junto con Don Julian
Ese siervo de el diablo.
En saña vos lo metistes,
Por do vino el grande daño
En la gente de los godos,
Varones tan esforzados.
Y aunque esto dure algun tiempo,
Dios no nos habrá olvidado:
El nos dará la venganza
Del que á él hobo causado.
Yo bien fio en su bondad,
Que será como lo hablo,
Y esto me hace no temer
Los moros que me han cercado.
Cuanto mas que es mi abogada
Virgen Madre, con sus santos:
Todos rogarán á Dios

Nos libre d'este quebranto.
Yo creo con estos pocos
De cobrar lo qu'es ganado
A los fuertes nobles godos,
A quien se ha hecho el estrago,
Que muchas mieses se crian
Y multiplican un grano.—
Y acabando estas razones
A la cueva se ha tornado.
Todos los que están con él
Quedaron muy asombrados,
En ver que de tantos moros
Todos ellos son cercados;
Todos de un corazon
A Dios estaban rogando
Que les ayudase y libre,
Y no mire á sus pecados.
Cuando vió el mal Obispo,
Que no aprovecha lo habla lo,
Mandó á todos los moros
Que combatan los cristianos,
Qu'están sin seso medrosos,
Y de bien desesperados;
Que acometan con las armas
Y que los hagan pedazos.
Con muy grandes alaridos
A la peña están tirando
Muchos honderos con piedras,
Con ballestas y con dardos.
Mas como el poder de Dios
Lidia por los encerrados,
Las piedras y las saetas
Y dardos que habian tirado,
Vuélvense contra los moros,
Muchos matan en el campo:
Veinte mil eran los muertos,
Sin otros muchos llagados.
Los moros, cuando esto vieron,
Todos están asombrados;
Pelayo alababa á Dios
Por el miraglo pasado.
Cobran todos corazon
Contra los moros malvados:
A unos matan, otros prenden,
D'ellos se han bien vengado.
Muerto quedaba Almazan,
Preso Oppas el malvado;
Por el monte de Auzona
Huyen los que habian quedado;
Cayera el monte con ellos,
Debajo los ha tomado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

608.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Por nunca usados caminos
El godo infante Pelayo
Con diligentes talones
El caballo aflige en vano,
Cuyos abiertos ijares
Iban sangre destilando;
Mas no el temer de la espuela
Apresura el paso tardo.
Iba huyendo del rigor
Del sanguinoso contrario,
Que en su seguimiento iba
Con gran gana de alcanzarlo.
Mas como Dios le guardaba
Para negocios mas arduos,
Quiso de un aprieto tal
Por bien de España librarlo.
Llegó al rio de Pionia,
El cual muy crecido hallando,
Puso la espada en la boca,
Y atravesándole á nado
Con increible presteza
Se puso del otro cabo.
Los moros, que le seguian,
Visto un caso tan extraño,
No se atreviendo ninguno
A lo que el godo esforzado,
Se quedaron á la orilla,
No sin razon admirados.
Caminó al valle de Cangas
El infante Don Pelayo,
Adonde de España y godos
Fué luego por rey jurado,
Y recogiendo las gentes,
De que hizo grueso campo,
Los exhortó de manera
Que al mas tímido hizo osado,
El valor al valeroso
Con esfuerzo acrecentando.
Tanto pueden las palabras
Dichas con fervor honrado,
Que la victoria consiguen,
Mas que el vigor de los brazos.
Pues como estuviese ya
De moros cubierto el campo,
Cuyo caudillo Abrahen
Era, y Don Oppas el malo,
Arzobispo de Sevilla
Y del rey Vetiza hermano,
Que de los julianistas
Era capitan nombrado,
Tornándose de pastor,
Lobo contra sus rebaños,
Con sangriento proceder,
De Dios y de sí olvidado;
Viendo el notorio peligro
En que estaba el rey Pelayo,
Mil soldados escogió
De los mas disciplinados
En el bélico ejercicio,
Y en un cóncavo peñasco
Que una honda cueva hacia,
Se metió, y por lo mas alto
De los intratables riscos
Dejó los demas soldados.
Baten la cueva los moros
Con piedras, flechas y dardos;
Mas como al intento bueno
Nunca Dios niega la mano,
Quiso mostrar su grandeza
Con un notorio milagro.
Y fué: que todos los tiros,
Que los moros indignados
A los cristianos tiraban,
Resultaban en su daño,
Y volviéndose á los moros,
Mas de treinta mil mataron.
Conociendo esta merced,
Y el favor del cielo grato,
Sale apriesa de la cueva
Con su gente el rey Pelayo,
No dejando moro vivo
De todos, en poco espacio.
Mató al caudillo Abrahen,
Don Pelayo peleando,
Y al Arzobispo traidor
Prendió por su propia mano.
Fué parte aquesta victoria
De otras que aquí no señalo,
Con que, de la ya perdida,
Alguna tierra ganaron,
Venciendo muchas batallas
De moros en campo raso.
Pues como el rey Alcoral
De España supo el estrago,
Primero rey que fué d'ella,
Hizo que al Conde malvado
Le cortasen la cabeza,
Que fuese causa, pensando,
Con los dos Sisberto y Evas

Hijos de Veliza el malo;
Y á su mujer la Condesa
Los moros apedrearon,
Y un hijo, que el Conde tuvo
Pequeño, le despeñaron.
En esto pararon todos,
¡De su traicion justo pago!

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

[1] Es una reforma ampliando el romance número 607.

609.

TOMA DE CARMONA POR MUZA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Perdidas son las Españas,
Tarif las habia ganado;
Muza que es su compañero
Sobre Carmona es llegado.
Con él está Don Julian,
Ese alevoso malvado;
Padre era de la Cava,
Que todo el mal ha causado.
No puede haber el castillo,
Que es muy fuerte y torreado:
Pensaron muy gran traicion
Para la haber á su mano.
Muza la mandara al Conde,
Que con gente de cristianos
Parezca que van huyendo,
Y que él lo iria acosando;
Que viéndolo los de dentro,
Entrada le habrian dado,
Creyendo que huyen de moros,
Y ansí los habrán tomado.
El falso Conde maldito
Hizo lo que fué mandado:
Los de adentro lo acogieron,
Muy bien lo habian hospedado.
Hácia allá á la media noche
La traicion habia obrado;
Levantóse y á los suyos
Las velas habian tomado:
Metieron dentro los moros;
La villa les han ganado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

610.

TOMA DE TOLEDO POR TARIF.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Perdido era Don Rodrigo,
Tarif va ganando á España;
A Toledo habie llegado,
Casi la Semana Santa.
Falta habie de cristianos,
Desamparada quedaba;
Los que hay, muy pocos armados,
Que las armas les faltaban.
La villa, como es tan fuerte
Ningun cerco recelaba;
En ella hay muchos judíos,
Que en Toledo se criaran.
Domingo era de Ramos,
Gran fiesta se celebraba;
Los cristianos la hacian,
Que no la gente marrana,
Y por honra de la fiesta
Iban á Sancta Leocadia
A oir la predicacion
Y de Dios la su palabra.
Los judíos como malos,
Venden la gente cristiana;
Obraron muy gran traicion,
Con Tarif tiénenla obrada.
Cerraron todas las puertas
Y á los moros la entregaran:
Salieron á los cristianos,
Que d'esto no saben nada,
Y como están desarmados,
En el campo á todos matan.
Entraron luego en Toledo
Y por ella fuego andaba,
Lo que no bastaba á nadie
Sí níalos no la entregaran.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

611.

ACABAT, REY MORO DE ESPAÑA, MATA Á LOS GRANDES TURBULENTOS, PARA ASEGURARSE EN EL TRONO.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Despues que el Conde traidor
A los moros vendió á España,
Del rey Rodrigo agraviado
Por lo que hizo con la Cava,
Reinaron diversos reyes
En ella, mas no duraban,
Porque en no siendo á su gusto
Reino y vida les quitaban,
Y así reinar tan costoso
Ningun moro cobdiciaba.
Queriendo mas vivir pobres
Que reyes muerte temprana,
Hallaban difícilmente
Rey, aun rogado, en España.
Eligieron á Acabat,
Moro valiente y de fama,
El cual viendo el gran peligro
Que tenia el que reinaba,
En su esfuerzo confiado
Dió una traza temeraria;
Que estas suelen levantar
A quien la fortuna ampara,
Y fué: que el nombrado dia
Que con solemne algazara
Y costosísimas fiestas
Por su rey le juró España,
Habiéndose aconsejado
Con dos amigos que amaba,
Juntas todas las cabezas
De su reino en una sala,
Les pide ninguno de ellos
De su palacio se vaya
Hasta que trate en secreto
Cosa que al reino importaba.
Obedeciéronle todos,
Y algunos de mala gana.
Retiróse en una pieza
El Rey, d'ellos apartada,
De adonde un portero sale
Diciendo que el Rey los llama;
Pero que entren uno á uno,
Porque es órden por él dada,
Y el acordado negocio
Silencio grande demanda.
Entró Moirel adelante,
Viejo Alcaide de Granada,
Que era en el votar primero
En cualquiera junta y habla.
Estaba el Rey con los dos,
Que el hecho le aconsejaran:
Era la pieza algo oscura,
De industria de luz privada.
En viendo á Moirel el Rey,
A un rincon d'ella le aparta,
Y sin ruido ninguno,
Miéntras con el Rey hablaba,
Los dos advertidos moros
Le ponen á la garganta
Un escurridizo lazo
A quien presto rindió el alma.

Métenle en otro aposento,
Que de allí apartado estaba,
Teniendo á la ejecucion
Siempre las puertas cerradas.
D'esta suerte procedió
Con los demas que quedaban,
Hasta que vió las cabezas
De todo el reino cortadas,
Que fuéron mas de trescientas,
Y aun adelante pasara
Si á la mano no le fueran
Los dos, diciendo : Bastaba
Para castigo y ejemplo,
Que era lo que procuraban.
Mandó tras aquesto el Rey,
Que entrasen los que quedaban
Todos juntos, porque viesen
En qué los traidores paran,
Diciéndoles :—Hasta aquí
No ha tenido rey España ;
Agora le tiene tal
Cual conviene que le haya,
Y es muy bien primero echar
Los enemigos de casa,
Antes de ir tras los de fuera,
Que es empresa ménos ardua,
Pues no se pelea bien
Sin guardarse las espaldas.
Hecho fué aunque crudo, digno
De eterna y loable fama,
Con que aseguró su reino
Y hizo su vida larga.
Reinó mucho tiempo, y hizo
Altas cosas por las armas.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias de.*)

ÉPOCA DE LOS REYES DE LEON, FAVILA, MAUREGATO, ALFONSO II EL CASTO, BERMUDO I, Y RAMIRO I; CON LOS ROMANCES DE BERNARDO DEL CARPIO.

612.

MUERTE DE FAVILA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Muerto era ese buen rey,
Don Pelayo era llamado,
Que ganó de lo perdido
Por Rodrigo desdichado.
Enterráronlo dentro en Cangas,
Su hijo heredó el reinado;
Don Favila se llamaba,
Nieto del otro preciado.
Dos años lo tiene no mas,
Porque era muy liviano;
Amaba mucho la caza,
Mas que conviene á su estado:
Corriendo la montería
Un gran oso habie hallado;
Matarle quieren los suyos;
Favila les ha mandado
Que ninguno mate al oso,
Que él solo quiere matarlo.
Luego arremetió con él,
A los brazos han llegado;
Mas por la su desventura
El oso lo habie matado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

613.

MUERTE DE BERMUDO I DE LEON.

(*Anónimo.*)

Reinando el rey Don Bermudo
Por muerte de Mauregato,
El primero de aquel nombre,
Y entrando en el primer año,
En la era de ochocientos
Sobre esos veinte y tres años,
Cuéntase qu'este rey era
Muy bueno y muy esforzado
Mas que nunca hubo batalla
Contra moro ni cristiano,
Ni ménos sacó su hueste,
Magüer qu'era muy osado.
Reinando pues este rey,
Y en el segundo año entrado,
No se halla que hiciese
Ningun hecho señalado,
Sino acordarse que un tiempo
Fué d'Evangelio ordenado,
Por do no podia ser rey,
Pues lidiar l'era vedado,
Ni ménos hacer justicia,
Lo que á todo rey l'es dado;
Y así, como quier que fuese
Animoso y esforzado,
No quiso tener el reino :
Por su sobrino ha enviado.
Este era el rey Alfonso,
Qu'era tio de Mauregato,
El cual estando en Navarra,
Vino luego á su mandado;
Y siendo ant'el Rey venido,
El reino le ha renunciado :
Esto voluntariamente,
Que de nadie fué forzado.
Cuatro años y seis meses
Los dos del reino han gozado;
Con union y gran placer
Reinaron en igual grado;
Y aunque Alfonso fuese rey,
Bermudo era rey llamado.
Hasta el punto que murió
Fue como tal acatado;
El cual murió de su muerte,
Y en Oviedo fué acostado
Con la Reina su mujer,
Con quien él era casado,
Llamada Doña Emilona,
De la cual se habia apartado
Solo por razon de aquello
Porqu'el reino habia dejado,
Y esto, despues que dos hijos
En ella Dios le habia dado,
Don Ramiro y Don García,
A quien Dios no negó estado
Que ambos á dos fuéron reyes;
Mas en siendo el Rey finado,
Reinó luego en su lugar
El rey Don Alonso el Casto.

(*Cancionero de Romances.*)

614.

MILAGROSA CRUZ DE OVIEDO.

(*Anónimo.*)

Reinando el rey Don Alfonso,
El que Casto era llamado,
Despues de haber á los moros
Por batalla quebrantado,
Teniendo en paz sus dos reinos,
Y estando muy ocupado
En el templo que hacia
De Sant Salvador llamado :
Cuéntase d'él que tenia
Muy gran valor allegado
De muchas piedras preciosas,
A qu'él era aficionado;
Y en cuanto se hacia el templo,
Tomó en sí muy gran cuidado,
De hacer una cruz de oro,

Que así lo tenia pensado,
Y de engastonar en ella,
Como lo tenia acordado,
De aquellas piedras preciosas
Que para ello habia guardado.
Pues avínole así un dia,
No d'ello muy descuidado,
Que saliendo de oir misa,
Yendo para su palacio,
Con él allí en el camino
Dos Angeles se han hallado
En traje de peregrinos,
Qu'el hábito lo ha mostrado.
Preguntóles qué hombres eran,
Y ellos tal respuesta han dado:
— Buen señor, somos plateros. —
D'esto el Rey mucho se ha holgado,
Y dióles del oro y piedras
Cuanto vió que habia bastado,
Y una casa apartada
Para labrar á su grado;
Y mandó que le labrasen
Por arte y sér extremado
Una muy hermosa cruz,
Cual habia deseado.
Tomando el oro y las piedras,
Que por el Rey les fué dado,
Se fuéron á su aposento,
Y el Rey se fué á su palacio.
Estando el Rey á la mesa,
Mandaderos ha enviado,
Que mirasen lo que hacian
Y si les fallesce algo.
Cuando entraron en la casa
Donde los habian dejado,
Hallaron la cruz ya hecha,
Y á ellos no habian hallado.
De obra tan maravillosa
Atónitos se han quedado;
La claridad que salia
La vista les ha turbado.
Vánselo á decir al Rey,
Del yantar se ha levantado:
Fuése luego para allá,
Y como dentro hubo entrado,
Hallando hecha la cruz
Mucho se ha maravillado,
Y mas del gran resplandor,
Que d'esto quedó admirado,
Y de no ver los maestros
Quedó muy mas espantado:
Viendo ser obra de Dios
Muy muchas gracias le ha dado.
El Obispo y clerecía,
Con todo el pueblo juntado,
Vinieron al punto allí,
Que por el Rey fué mandado,
Y así muy honradamente
Con loores la han llevado
A ponella en el altar
De aquel templo tan loado
Del señor Sant Salvador,
Adond'el Rey la ha tomado,
Y con mucha devocion,
Con corazon humillado,
La puso luego sobre él,
Solo, con su misma mano,
Loando todos á Dios
Por tan hermoso milagro.

(*Cancionero de Romances.* — H. Timoneda, *Rosa española.*)

615.

FUNDACIONES PIADOSAS DE ALFONSO EL CASTO.

(*Anónimo.*)

Despues de muerto Bermudo,
Quedó Don Alfonso el Casto
Por señor del reino todo,
Y túvolo sosegado
En la era de ochocientos,
Contando veinte y ocho años.
Aqueste rey Don Alfonso
Fué casto y bien fortunado,
Hijo del rey Don Fruela,
Muy bien acondicionado,
De todos bienes cumplido,
De virtudes adornado.
Entre los bienes que habia,
Era piadoso y manso:
Hizo limpia y casta vida,
Jamas fué á mujer llegado;
De aquí tomó sobrenombre
De ser el Casto llamado.
Fué en gran manera este Rey
Valeroso y esforzado,
Ca hubo muchas batallas
Con los moros, de su grado,
Las cuales todas venció,
Que ninguna le han ganado:
Tomóles muchos lugares,
Púsoles bajo su mando;
Tan bien defendió su tierra,
Que enojar nadie le ha osado.
Alongó tambien de sí
Los alárabes, lidiando;
Mantuvo tambien en paz
Sus gentes, y hálas sacado
Del grande miedo en qu'estaban;
Y así los hubo esforzado,
Que el gran temor que tenian
En esfuerzo lo ha tornado.
Queriendo servir á Dios,
De hacer ha comenzado
Un templo rico y solemne,
De Sant Salvador llamado,
En la Seo obispal de Oviedo,
Y en sitio bien apropiado
Porque mejor estuviese;
Y otro mayor y mas alto,
Que á los apóstoles doce
El habia dedicado:
El otro á Sant Salvador,
Que siempre le habia ayudado.
Y hizo ahí una capilla,
No con pequeño cuidado,
A honor de Santa María,
Do su nombre fuese honrado,
Y otra capilla cabe ella
De Tirso mártir el santo.
Despues hizo para sí
Unos muy ricos palacios:
Eran grandes y muy buenos,
Por extremo bien labrados,
Y por todas las labores
Puso pilares de mármol:
Cubriólos de plata y oro,
Y hízolos dibujados.
A honra de Sant Miguel
Hizo un altar extremado
Dentro de Sant Salvador,
Por maravilla labrado,
Y sobre aquel altar puso,
Por mas honorificallo,
El arca de las reliquias,
Que á Estúrias habia llevado
El arzobispo de Urbano
Y el santo rey Don Pelayo,
De la ciudad de Toledo,
Cuando cayó de su estado
Toda España juntamente
Por la culpa del pecado
Que cometió Don Rodrigo,
El Rey malaventurado,
Cuando perdieron los godos
La tierra que habian ganado.
Todo esto que habemos dicho

Hizo este Rey tan honrado,
A honra de nuestra Señora
Y de su Hijo sagrado.
A esta iglesia de Oviedo,
Por ser templo tan honrado,
De todas partes del mundo
Viene gente á visitallo,
Porque hay muchas perdonanzas,
Y es por el mundo sonado.
Allí está la vestidura
Que á Sant Alfonso ha dado
La Virgen Santa María,
Como es averiguado.
Aquel'arca donde han
Las reliquias encerrado,
Fué hecha en Jerusalen,
Como está determinado.
Cuando la persecucion
De Mahomud, el malvado,
La trajeron á Sevilla,
Donde gran tiempo hubo estado.
Despues se guardó en Toledo
Mas de setenta y cinco años,
Hasta qu'en ella metieron
Las reliquias que he contado,
Que á Astúrias fuéron llevadas
Por Urban y Don Pelayo.

(*Cancionero de Romances.*)

616.

MUERTE DE ALFONSO EL CASTO.

(*Anónimo.*)

El casto rey Don Alfonso
Reinó cuarenta y un años,
En la era de ochocientos,
Sobr'estos cincuenta y cuatro,
Despues de haber mantenido,
Como sabio y esforzado,
Su reino en paz y justicia,
Guardándolo en igual grado;
Y hizo muchas batallas,
En que fué bien fortunado.
Murió en la ciudad de Oviedo,
Y habiendo el alma á Dios dado,
Fué, como gran Rey qu'era,
Honradamente enterrado
En un templo qu'él hiciera
De Santa María llamado,
El cual todo era de piedra
Muy ricamente labrado.
Aqueste rey Don Alfonso,
Cuyo renombre fué el Casto,
Magüer que tenía mujer,
Nunca á ella fué llegado:
Hizo buena y limpia vida,
Y fué de Dios muy amado;
Y d'esta Reina se dice
Que fué hermana del rey Carlo,
Que por Francia y todo el mundo
Fué llamado Carlo-Magno,
Y que su nombre era Berta,
Como escrito se ha hallado.
Pues, ántes qu'el Rey muriese
A todos dejó mandado
Que alzasen á Don Ramiro
Por rey de todo el reinado,
Hijo del rey Don Bermudo;
Y el dia que hubo nombrado,
Apénas fué muerto el Rey,
Cuando por rey lo han alzado.
Aqueste fué el rey primero
Que Ramiro fué llamado,
El cual siete años reinó,
Mas en el primero ha entrado
Con ánimo valeroso,
Siendo él muy esforzado.
Corrió á Castilla la Vieja,
Y miéntras allá hubo estado,
Un conde, con mal consejo,
Contra él se ha levantado;
El cual por su propio nombre
Llamaban Nepociano:
Del palacio del Rey era
Su natural y vasallo.
Pensando de haber el reino
Mas por fuerza que por grado,
Metió bullicio en la tierra,
Y en Astúrias se ha encerrado.
Mas luego qu'el Rey lo supo,
Para Galicia ha guiado,
Y en esa ciudad de Búrgos
Muy grande gente ha juntado,
Y entrando por las Astúrias,
Toda la tierra ha estragado.
El Conde, cobrando esfuerzo,
Con el bando asturiano,
Otrosí con los gascones,
En lid con el Rey ha entrado
Cabe el rio de Nareca;
Pero fué vencido al cabo.
El cual, viéndose vencido,
Con miedo se huyó del campo:
Mas siguiéronle dos Condes
Con voluntad de alcanzarlo.
Senma y Cepion se decian,
En Pravia lo han alcanzado.
Despues que lo hubieron preso,
Al Rey se lo han presentado:
Sacáronle entrambos ojos,
Y esto hecho y acabado,
Tuvo el Rey de allí adelante
El reino muy sosegado,
Ca non osaba ninguno
Hacerle pesar ni daño.
El hizo meter en órden
Al conde Nepociano,
Y darle cumplidamente,
Hasta que fuese finado,
Lo que menester hubiese,
Aunque mal lo habia enojado.
En lo cual hizo este Rey
Como justo y esforzado,
Pues con esto estuvo el reino
Seguro y pacificado.

(*Cancionero de Romances.*)

617.

RAMIRO 1.° QUITA EL FEUDO DE LAS CIEN DONCELLAS.

(*Anónimo.*)

En consulta estaba un dia
Con sus grandes y consejo
El noble rey Don Ramiro
Varias cosas discurriendo,
Cuando sin pedir licencia
Se entró por la sala adentro
Una gallarda doncella
De amable y hermoso gesto,
Vestida toda de blanco,
A quien el rubio cabello
Bordaba de oro los hombros,
A causa de venir suelto.
Ponen los ojos en ella,
Y poniéndolos en ellos
Ella comenzó á hablar,
Y ellos á darle silencio.
— Perdóname, dice, Rey,
Si tu Consejo atropello,
Aunque si te le dan malo,
Antes soy digna de premio.
No sé si de rey cristiano
Te dé nombre, porque entiendo
Que con fingida apariencia

Debes ser moro encubierto;
Que quien da á los que lo son
Las doncellas ciento á ciento,
Si ya no es moro, á ellas
Las soborna para serlo.
Si por darle muerte oculta
Vas desangrando tu reino,
Por harto mejor tuviera
De una vez pegarle fuego;
O si no en tributo y parias
Dieras hombres á lo ménos,
Que era dalles enemigos,
De quien vivieran con miedo.
Pero si les das doncellas,
Allá, en dejando de serlo,
Nacerán de cada una
Cinco ó seis contrarios nuestros.
Mas bien acordado está
Que tus hombres se estén quedos,
Porque puedan engendrar
Hijas que paguen en feudo:
Que solo para engendrallas
Deben de tener sugeto
De hombres, que en lo demas
Yo por mujeres los tengo.
Si te acobardan las guerras,
Las mismas doncellas creo
Que han de venirtela á dar
Por el mal que las has hecho,
Y sin duda vencerán,
Si lo ponen en efecto,
Que ellas son mujeres hombres,
Y hombres mujeres aquestos. —
Alborotáronse algunos,
Y el Rey, corrido y suspenso,
Determinó de morir
O libertar á su reino.
Juntó su gente de guerra,
Y prestándoles su esfuerzo
El glorioso Santiago,
Dió la batalla y vencieron.
Quedó medroso Almanzor,
Y el Rey con aqueste hecho
Dió libertad á Castilla,
Y á sí mesmo honroso premio.

(*Romancero general.*)

618.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

De Leon y las Asturias
Ramiro tiene el reinado.
Esos moros de Bardulia
Le enviaron su mandado,
Que si paz quiere con ellos
El tributo les sea dado
Que les daba aquese rey,
Mauregato era llamado.
Cada año son cien doncellas,
Las cincuenta hijas-dalgo,
Para se casar con ellas
Y tenellas á su mando.
Gran pesar cobraba el Rey
En oir el tal recado:
Entró én tierra de los moros,
Mucho los habia estragado.
En Albella, ese lugar,
Muy gran lid habian trabado;
Despartiéralos la noche
En Clavijo, ese collado.
Los cristianos con fatiga
A Dios estaban llamando,
Llorando de los sus ojos,
Muy grandes suspiros dando.
Lo que le pedian era
Que no los haya olvidado,
Ni consienta que de moros
Queden muertos en el campo;
Ruéganle que los acorra
Pues es su Dios soberano.
Adurmióse el rey Ramiro,
Santiago le ha hablado:
Dijole: — Rey, sabe cierto
Que cuando Dios por su mano
Nos repartiera las tierras
Do fuésemos predicando,
Solo España á mí la dió
Que le tuviese á mi cargo.
Defendella he de los moros,
Favor soy de los cristianos:
Despierta tú, Rey, no duermas,
No dudes lo que te hablo,
Que yo te vengo á ayudar
Contra los moros paganos.
Con una cruz colorada,
Rey, me verás peleando,
Seña blanca sobre mí
Y tambien sobre el caballo.
Confiésate tú, el Rey,
Y tambien los tus vasallos,
Herid recio, que los moros
Muertos quedarán en campo:
Llamad el nombre de Dios
Con el mio apellidando.—
Despierto que fué el buen Rey,
El sueño habia revelado;
Hizo lo que le mandó
Santiago, el apóstol santo.
Hirieron fuerte, en los moros,
Del campo los han lanzado,
Y tantos murieron d'ellos,
Que no pueden ser contados.
De allí quedara en Castilla
El invocar á Santiago
Al tiempo de las batallas
Que han habido los cristianos.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

ROMANCES SOBRE BERNARDO DEL CARPIO.

619.

NACIMIENTO DE BERNARDO DEL CARPIO.

(*Anónimo*[1].)

En los reinos de Leon
El Casto Alfonso reinaba:
Hermosa hermana tenia,
Doña Jimena se llama.
Enamorárase de ella
Ese conde de Saldaña,
Mas no vivia engañado,
Porque la Infanta lo amaba.
Muchas veces fuéron juntos,
Que nadie lo sospechaba;
De las veces que se vieron
La Infanta quedó preñada.
La Infanta parió á Bernardo,
Y luego monja se entraba;
Mandó el Rey prender al Conde
Y ponerle muy gran guarda.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Con este romance empieza la serie de los del famoso Bernardo del Carpio, que es, por decirlo así, la personificacion del caballerismo feudal, ó de aquella semejanza suya que se introdujo en una parte de las provincias de España fronterizas del Norte. Bernardo del Carpio es nuestro Roldan, y rival al mismo tiempo del frances. Semejantes en su nacimiento clandestino, en la persecucion que sus nobles padres experimentaron por tener amores con hermanas de sus soberanos, quizá Bernardo excede, por ser español, á Roldan en arrogancia y a la vez en cordura. Los desmanes que cometió contra su Rey fuéron hijos, no de causas fútiles y de un amor propio herido, sino del sentimiento íntimo que se rebela contra la injusticia y el abuso del poder. Roldan se enfada é insulta á Carlo-Magno

por un nonada, y solo le cede despues de haberle humillado con servicios, que mas se asemejan á insultos, que no á consideracion ni respeto, miéntras Bernardo, solo en su propia defensa, y despues de haber agotado todos los medios de obtener justicia de la bondad del Rey, apela á medios violentos. Observando los hechos y conducta de ambos héroes, ¿quién no ve en ellos la diferencia de caractéres y costumbres de las dos naciones que los aceptaron, por mas que el tipo frances haya influido en la imitacion española? Así como el Cid, verdadera representacion de nuestro caballerismo, se inoculó con algunas formas extrañas, así Bernardo, de introduccion extranjera, participó un tanto y se acomodó á nuestras costumbres.

620.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

El conde Don Sancho Diaz
De Saldaña era llamado,
Casó con Doña Jimena,
Hermana de Alonso el Casto;
Y no lo sabiendo el Rey
Ambos se habian desposado,
Y de su ayuntamiento
Nació Bernardo del Carpio.
Mucho pesó al rey Alfonso;
Por el Conde habia enviado
A Saldaña, donde estaba,
Para dél se hacer vengado.
El Conde vino á Leon,
Do está el Rey aposentado.
Venido que fué á Leon
De venir le habia pesado,
Porque no saliera el Rey
A recibirlo y honrarlo.
A mala señal lo tuvo,
De sí se habia querellado
En no traer de su gente,
Aunque el Rey lo habia vedado.
Cuando el Rey supo qu'el Conde
A Leon habia llegado,
Mandó á sus caballeros
Que lo prendan en entrando.
Venido que fuera el Conde
A besar al Rey la mano,
Luego fuera el Conde preso,
Al Rey habia preguntado:
— Señor, ¿en qué os ofendí?
¿Por qué soy tan mal tratado?
— ¡Asaz hecistes, el Conde,
Que bien sé lo que ha pasado
Entre Jimena mi hermana,
Y vos, Conde, mal mirado!
Pero yo os prometo y juro
Que vos seréis castigado,
Que en toda vuestra vida
De prision no seréis librado:
Moriréis dentro de ella
En Luna aherrojado.
— Mi señor sois, vos el Rey,
Respondió el Conde llorando,
Haréis vos vuestro querer
Contra mí vuestro vasallo.
Por merced, señor, os pido
Que tomedes á Bernardo,
Que se cria en las Astúrias,
Qu'es hijo de vuestro hermano.
De mi pecado no ha culpa,
Que yo soy el que he errado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

621.

DE CÓMO EL REY ALFONSO, BAJO SEGURO, LLAMÓ Á CORTES AL CONDE DE SALDAÑA, Y LUEGO LE ARRESTÓ PARA VENGARSE DE QUE SE CASÓ FURTIVAMENTE CON SU HERMANA DOÑA JIMENA.

(*Anónimo* [1].)

Reinando el rey Don Alfonso,
El que Casto se decia,
Andados diez y siete años
Del reinado que tenia,
Cuéntase d'él en su historia,
Que este noble Rey habia
Una muy hermosa hermana,
Que como á sí la queria,
Llamada Doña Jimena,
La cual, miéntras él hacia
Mil bienes y santas obras
Con que mucho á Dios servia,
Dicen que se casó á hurto
Con el conde Sancho Diaz,
Que era conde de Saldaña,
De gran linaje y valia.
Hubieron ambos un hijo
Que Bernaldo se decia;
Mas como lo supo el Rey,
Pesóle en gran demasía.
No pudiendo haber al Conde,
Para un señalado dia
Llamó á Cortes á Leon [2]:
Al Conde á llamar envia
Con dos valerosos condes,
De quien no poco se fia.
— Diréis al Conde que venga
Sobre fe y palabra mia. —
Pártense los mensajeros;
Cuentan su mensajería.
Ya despues de haber holgado
De Saldaña en compañía,
Los tres parten juntamente
Con la gente que servia.
A Leon han allegado,
Donde el Rey los atendia.
Vió el Conde mala señal
En que no lo recibia,
Porque lo solia hacer,
Cuando á su corte venía.
D'esto pesó mucho al Conde,
Y mas ver que anochecia,
Y sin hachas encender
En palacio lo metian.
Allí estuvo aposentado,
Servido cual convenía,
Y con muy secretas guardas
Que huir no se podia.

(Timoneda, *Rosa española*. — H. Wolf, *Rosa de romances*.)

[1] Parece ser de Timoneda.

[2] Fuero de Castilla era que los grandes señores citados á Córtes por el rey hubiesen de presentarse en ellas, so pena de que no haciéndolo fuesen tenidos por traidores. Algunas veces los reyes se valieron de semejante medio para tener bajo su mano á los vasallos poderosos, que les causaban temor, y no pocas violaron el seguro que les dieron. Esta clase de felonía ha sido siempre muy comun, y á duras penas se libró de ella el famoso hereje Lutero, aunque no Jerónimo de Praga su antecesor, ni Juan de Hus.

622.

DE CÓMO EL DE SALDAÑA FUÉ APRISIONADO EN EL CASTILLO DE LUNA, Y DOÑA JIMENA ENCERRADA EN UN MONASTERIO.

(*Anónimo* [1].)

Sabiendo el Rey cómo el Conde
En su palacio asistia,
Mandó armar sus caballeros;
A todos apercibia
Que estuviesen bien á punto,
Y á la guardia que tenia,
Porque en ser en su presencia
El buen conde Sancho Diaz
Echen mano todos dél,
Le prendan sin cobardía,
De tal suerte que no pueda
Irse por ninguna via.
A punto y apercibidos,
El Conde venido habia:

No hay ninguno que tuviese
Para prenderle osadía.
Cuando vió el Rey que dudaban,
A grandes voces decía:
— Varones, ¿por qué dudais,
Que no le prendeis aina? —
Cuando al Rey vieron airado
Cada cual arremetia.
Desque el Conde se vió preso
Dijo con cuita que habia:
—¿En qué erré, Rey y señor,
O qué culpa fué la mia?
¿Por qué me mandais prender? —
A lo cual le respondia:
— Asaz hecistes, el Conde,
Que ya el hecho se sabia
De vos y Doña Jimena,
Que encobrir no se podia:
Por do vos prometo y juro
Que en dias de vuestra vida
De aquesas torres de Luna
No salgais tan solo un dia. —
El Conde le dijo luego,
Con gran cuita que sentia:
— Mi señor sois, y harédes
Lo que justicia seria;
Y pidoos por merced,
Pues es tal la dicha mia,
Mandeis criar á Bernardo,
Que en las Esturias yacia. —
Luego le meten en fierros,
Qu'el Rey asi lo queria,
Y en el castillo de Luna
El Conde preso asistia,
Y á Doña Jimena el Rey
Luego en órden la ponia.

(Timoneda, *Rosa española*. — It. Wolf, *Rosa de romances*.)

[1] Parece de Timoneda reformando el anterior, número 620.

623.

RETRATO Y CALIDADES DE BERNARDO DEL CARPIO.

(*Anónimo*[1].)

A cabo de mucho tiempo
Que el Conde preso tenia,
Y á Jimena en órden sacra,
El Rey por Bernardo envía.
De ver tan lindo mancebo,
En sus palacios lo cría;
Al cual tanto el Rey amaba,
Y tan grande amor habia,
Como si fuera su hijo,
Porque ninguno tenia,
El cual desque fué de edad,
Muy esforzado salia,
De gran corazon y seso,
Y de ingenio á maravilla;
De hermoso cuerpo y cara,
Que nada le fallecia.
Daba muy buenos consejos
A quien menester lo habia:
Hombre de buena palabra,
Humilde sin fantasía.
Pagábanse muchos d'él,
Amábanle en demasía;
Todos los hombres del mundo
Le acataban cortesía.
Sobre estas buenas costumbres
Otras dos gracias tenia:
Muy buen hombre de á caballo,
Si en todo el reino le habia;
Gran lanzador de tablados
Con esfuerzo y gallardía.
Tenia muy buenas armas;
Obraba caballería
Tan altamente con ellas,
Que cada cual le temia.
Por jamas se vió en batalla
Que d'ella bien no salia:
En todo fué muy dichoso,
Solo tuvo por desdicha
La larga prision del padre,
Que d'ella nada sabia.

(Timoneda, *Rosa española*. — It. Wolf, *Rosa de romances*.)

[1] Quizá es uno de los romances de la coleccion de Timoneda, que pertenece á la época de tradicion oral.

624.

CUENTAN Á BERNARDO EL SECRETO DE SU NACIMIENTO.

(*Anónimo*[1].)

Contándole estaba un dia,
Al valeroso Bernardo,
Elvira Sanchez, su aya,
Que de niño le ha criado:
— Sabrédes, fijo, sabrédes
Por lo que habeis preguntado,
Que non sois bastardo, non,
Como dijo Alfonso el Casto.—
Bernardo replica: — Pues
Algun padre me ha engendrado.
— Padre fidalgo habeis, fijo,
Fidalgo, que non villano.
El conde Don Sancho Diaz,
Que en Saldaña es su condado,
Os hovo en Doña Jimena,
En casa del Rey estando;
Y como su hermana era,
Por vengarse del agravio,
En el castillo de Luna
Puso al Conde aprisionado,
Y á vuestra madre tambien
Reclusa y a buen recaudo,
Porque aunque público, non
Fué el matrimonio aclarado.
Casáronse los dos solos,
Por lo que non sois bastardo,
Y para mas se vengar
Y faceros mayor daño,
Da sus reinos al frances,
Faciéndôs desheredado;
Por lo cual parece mal,
Fijo, al mundo que tu brazo
Consienta que esté el buen Conde
Afligido, preso y cano.
— La culpa teneis vos, madre,
En habérmelo callado,
Pues si lo hobiera sabido
Ya le hobiera libertado.
— Si todo este largo tiempo
Que conmigo habeis estado,
Hemos callado el secreto,
Fué por temor del tirano.
Fincad en esto, vos digo,
Y notad que abaldonado
Estáis del vulgo parlero,
Que ha entendido y sabe el caso. —
Bernardo le dice: — Basta,
Mi madre, ya lo fablado,
Para servir de acicate
Al fijo del padre honrado. —
Al cielo vuelve los ojos,
Y en mil lágrimas bañando
Su hermosa afrentada faz,
Dice, mordiendo los labios:
— No se honren mis amigos
De me llevar á su lado,
Y quede entre fieros moros
Preso, muerto ó mal llagado,
Y arrástreme mi troton

Fasta me facer pedazos,
Y cuando esté en mas aprieto
Se me canse el diestro brazo,
Que si por bien no me da
Alfonso á mi padre amado,
Que le tengo de seguir
Como á cruel y tirano.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance, aunque afectando mas antigüedad, parece que no excede en ella á la quinta década del siglo XVI, a diferencia de otros del *Cancionero de Romances*, cuya primitiva formacion se trasluce, á pesar de sus reformas.

625.

QUEJAS DEL CONDE DE SALDAÑA, PORQUE SU HIJO BERNARDO NO CONSIGUE SU LIBERTAD.

(*Anónimo.*)

Bañando está las prisiones
Con lágrimas que derrama
El conde Don Sancho Diaz,
Ese señor de Saldaña.
Y entre el llanto y soledad,
D'esta suerte se quejaba
De Don Bernardo su hijo,
Del rey Alfonso y su hermana:
— Los años de mi prision
Tan aborrecida y larga,
Por momentos me lo dicen
Aquestas mis tristes canas.
Cuando entré en este castillo
Apénas entré con barbas,
Y agora por mis pecados
La veo crecida y blanca.
¿Qué descuido es este, hijo?
¿Cómo á voces no te llama
La sangre que tienes mia
A socorrer donde falta?
Sin duda que te detiene
La que de tu madre alcanzas,
Que por ser de la del Rey
Juzgarás mal de mi causa.
Todos tres sois mis contrarios,
Que á un desdichado no basta
Que sus contrarios lo sean,
Sino sus propias entrañas.
Todos los que aquí me tienen
Me cuentan de tus hazañas:
Si para tu padre no,
Dime, ¿para quién las guardas?
Aquí estoy en estos hierros,
Y pues d'ellos no me sacas,
Mal padre debo de ser,
O tú, mal hijo, me faltas.
Perdóname si te ofendo,
Que descanso en las palabras,
Que yo como viejo lloro,
Y tú como ausente callas.

(*Romancero general.*)

626.

BERNARDO PIDE AL REY LA LIBERTAD DE SU PADRE, QUE LE ES NEGADA.

(*Anónimo.*)

En corte del casto Alfonso
Bernardo á placer vivía,
Sin saber de la prision
En que su padre yacia.
A muchos pesaba d'ella,
Mas nadie se lo decia,
Ca non osaba ninguno,
Que el Rey se lo defendia,
Y sobre todos pesaba
A dos deudos que tenia.
Uno era Vasco Melendez,
A quien la prision dolia,
Y el otro Suero Velazquez,
Que en el alma lo sentia.
Para descubrir el caso
En su puridad metian
A dos dueñas hijas-dalgo,
Que eran de muy gran valía;
Una era Urraca Sanchez,
La otra dicen María,
Melendez era el renombre
Que sobre nombre tenia.
Con estas dueñas hablaron
En gran puridad un dia,
Diciendo: — Nos os rogamos,
Señoras, por cortesía,
Que le digais á Bernardo,
Por cualquier manera ó via,
Como yace preso el Conde
Su padre Don Sancho Diaz;
Que trabaje de sacarlo,
Si pudiera, en cualquier guisa,
Que nos al Rey le juramos
Que de nos no lo sabria. —
Las dueñas, cuando lo vieron,
A Bernardo lo decian.
Cuando Bernardo lo supo
Pesóle á gran demasía,
Tanto que dentro en el cuerpo
La sangre se le volvia.
Yendo para su posada
Muy grande llanto hacia;
Vistióse paños de luto,
Y delante el Rey se iba.
El Rey cuando así lo vió,
D'esta suerte le decia:
— Bernardo, ¿por aventura
Cobdicias la muerte mia? —
Bernardo dijo: — Señor,
Vuestra muerte no queria,
Mas duéleme que está preso
Mi padre gran tiempo habia.
Señor, pidoos por merced,
Pues que yo os lo merecia,
Que me lo mandedes dar. —
Empero el Rey, con gran ira,
Le dijo: — Partíos de mí,
Y no tengais osadia
De mas esto me decir,
Ca sabed que os pesaria:
Et yo juro y os prometo
Que en cuantos dias yo viva
Que de la prision no veades
Fuera vuestro padre un dia. —
Bernardo, con gran tristeza,
Aquesto al Rey respondia:
— Señor, Rey sois, y harédes
A vuestro querer y guisa;
Empero yo ruego á Dios,
Tambien á Santa María,
Que él os meta en corazon
Que lo soltedes aina,
Ca yo nunca dejaré
De serviros todavia. —
Mas el Rey con todo esto
Amábale en demasía,
Y ansí se pagaba dél
Tanto cuanto mas le via,
Por lo cual siempre Bernaldo
Ser hijo del Rey creia.

(*Cancionero de Romances.*)

627.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda*[1].)

En Luna está preso el Conde
Muy grandes dias habia;

Bernardo, que era su hijo,
De su prision no sabia.
Halo defendido el Rey
Que ninguno se lo diga;
Súpolo de dos doncellas,
Y fuera con maestría.
Mucho le pesó á Bernardo,
El corazon le dolia,
Revolvióseie la sangre
Con mucha malenconia;
Fuérase á su posada,
Gran duelo es el que hacia;
Las lágrimas de sus ojos
Muchas van por sus mejillas;
Palabras de gran dolor
Son aquestas que decia:
—¡Ay, conde Don Sancho Diaz,
Grande fué vuestra desdicha!
Muy mayor es mi pesar,
Padeceis por causa mia.
Si de prision no vos quito,
¿Para qué quiero la vida?
Morir quiero, y no ser vivo
Si no os veo y conocia;
No la sabia yo, el Conde,
La vuestra prision esquiva;
No os tenia yo por padre,
Agora yo lo sabia;
Mi padre cuidaba yo
El rey Alfonso seria. —
Con muy crecido dolor
Luto sobre sí cubria;
Fuése para el Casto Alfonso,
De rodillas se ponia:
El Rey, que vido á Bernardo,
Estas palabras decia:
—¿Cobdiciades por ventura,
Bernardo, la muerte mia?
— Don Sancho Diaz de Saldaña
En vuestra prision yacia,
Siendo mi padre y señor
Que tanto servido habia.
Por merced vos pido, Rey,
Me lo deis en este dia:
A mí poned en prision,
Libraldo por causa mia. —
Gran enojo cobró Alfonso
De lo que le respondia;
Díjole: — Partios, Bernardo,
De aquesta presencia mia;
No seais jamas osado
De volver á tal porfía;
Yo os juro que no veais
Que vuestro padre se libra
De la prision en que está,
En los dias que yo viva.
— Buen Rey, respondió Bernardo,
Mal pagais quien os servia;
Póngavos Dios corazon
De hacer lo que os pedia;
Que es de sacar á mi padre
De la prision que tenia.
De servir no os dejaré
Miéntras que tenga la vida,
Y hasta que esté libertado
Este luto yo traeria.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*. etc.)

[1] Vese aquí cómo Bernardo, con sencilla y sumisa ternura, empieza á solicitar la libertad de su padre. Podrá el romance no ser muy poético; pero está lleno de sensibilidad noble y decorosa. Compuesto por Lorenzo de Sepúlveda, ó refundido por él, del otro mas viejo, número 626, ó inspirado por la narracion de alguna crónica, tiene todo el aire de las viejas costumbres de nuestra edad media, sin mezcla de las extrañas.

628.

VENCE BERNARDO AL REY ORES DE MÉRIDA, Y LIBERTA Á ALFONSO EL CASTO DE SER DERROTADO Y PRISIONERO.

(*Anónimo*[1].)

Hueste saca el rey Ores,
Rey de Mérida llamado:
Con la gran gente que lleva
Va muy soberbio el pagano.
Entrando va por la tierra
Del rey Don Alfonso el Casto;
En llegando á Benavente
Cerco á la villa ha asentado.
El casto Rey, que lo supo,
Muy buena gente ha juntado,
Y luego fué sobre el moro
Donde con él ha lidiado.
La batalla fué muy cruda,
Sangrienta de cabo á cabo:
Por donde Bernardo andaba
Los suyos ganaban campo;
Mas los moros, que eran muchos,
Al Rey tenian cercado:
Si Bernardo no llegara
Allí fuera captivado[2];
Empero como llegó
Luego al Rey ha descercado.
Entónces le dijo el Rey
Que le demandase algo,
Que su palabra le daba
De dárselo de buen grado.
Pidió Bernardo á su padre,
El buen Rey se lo ha otorgado.
Bernardo con el placer
Por los moros se ha lanzado,
Y tantos mataba d'ellos,
Qu'era espanto de mirarlo.
Aquí fué el rey Ores muerto,
Todo su campo robado,
Muchos moros le mataran
Y muchos le han captivado:
Cogiendo el Rey el despojo,
Se volvió rico y honrado.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — It. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] Parece de Timoneda, que procura imitar ó reformar otro mas antiguo.

[2] La situacion del Rey en este caso, y el hecho de Bernardo, recuerdan muchas de aquellas en que se vió Carlo-Magno, y lo que por él hicieron unas veces Roldan, otras Reinaldos, y otros varios paladines, con la diferencia de que aquí el héroe español no es la causa del mal que experimenta su rey, y allí casi siempre los paladines exprofeso ponen al suyo en el riesgo para mostrar con el una generosidad humillante.

629.

VENCE BERNARDO AL REY DE BADAJOZ ALMAZA, Y LIBRA Á ALFONSO EL CASTO DE SER CAUTIVO.

(*Anónimo*[1].)

Ya pasados pocos dias
Un moro se ha levantado,
Que era rey de Badajoz,
Por nombre Almaza llamado[2].
Aqueste cercó á Zamora,
Mas, empero, por su daño;
Que habiéndolo el Rey sabido,
Muy bien se hubo apoderado,
Y viniendo contra él,
Brava lid han comenzado.
Los moros, que muchos eran,
Mantenian bien el campo,
Tanto, que una parte d'ellos
Al Rey han mal afrentado;
Que aunque bien se defendia,
Con el espada en la mano,
Segun los que le herian

Pudiera haber peligrado,
Si por Bernardo no fuera,
Que llegó por aquel lado,
Que haciendo maravillas
Desbarató los paganos.
Sacara al Rey del peligro,
Y le puso presto en salvo,
Siendo hartos los moros muertos
Y el campo desbaratado.
Y muerto ya el rey Almaza[2],
Despues del trance pasado,
Fuéron siguiendo el alcance
De los qu'el campo han dejado,
Do mataron tantos d'ellos,
Que pocos han escapado.
Aquí tambien quedó el Rey
De dar su padre á Bernardo;
Pero nunca se lo dió,
Que no era al su hado.

(Timoneda, *Rosa Española*.— H. Wolf, *Rosa de romances*.)

[1] Este romance es una repeticion del asunto del anterior, sin mas que haber cambiado los nombres de algunos y las localidades. Puede creerse que es de Timoneda.

[2] Alzaman llaman á este rey en otras partes.

630.

BERNARDO, VENCEDOR DEL FRANCES DON BUESO, PIDE AL REY LA LIBERTAD DE SU PADRE.

(*Anónimo*[1].)

Estando en paz y sosiego
El buen rey Alfonso el Casto,
Que de lidiar con los moros
Estaba muy fatigado,
Nuevas le fuéron venidas
Que por la tierra le ha entrado
Un alto hombre de Francia,
Que Don Bueso era llamado,
Con gran hueste de franceses,
Que la tierra le han entrado.
El Rey fué luego sobr'él
Con su sobrino Bernardo;
Su batalla han en Osejo,
Que es un lugar castellano;
Muchas gentes ademas
Murieron de cada cabo,
Y estando unos con otros
Crudamente peleando,
Bernardo y Don Bueso á dicha
En uno se habian hallado:
Bernardo mató á Don Bueso,
Aunque era muy esforzado.
Los franceses, viendo esto,
Desampararon el campo.
Pues, la batalla vencida
Y el campo todo robado,
Bernardo suplicó al Rey,
Pues se lo tenia mandado,
Que le soltase á su padre,
Ca despues que fué avisado
De como yacia en prision,
Era siempre acostumbrado
De en cada lid que venciese
Al Rey le haber demandado.
Y el Rey se lo prometia
Siempre que andaba lidiando,
Mas despues no se lo daba
Cuando en paz y sosegado:
Como otras veces hacia
Aquesta se le ha negado.
Bernardo, con gran pesar,
No quiso ir mas á palacio,
Antes sin servir al Rey
Gran tiempo estuvo encerrado,
Que á ningun cabo salia
Ni cabalgaba á caballo,
Ni mas de cosa del mundo
Mostraba tener cuidado.
Pena le daba el placer,
De lo triste era pagado,
Ya no curaba de fiestas,
A que él era aficionado;
Todo pesar y tristeza
Le era á él muy gran descanso.
De aquesto pesaba mucho
A todos los hijos-dalgo,
Que bien quisieran que el Rey
Le hubiera á su padre dado,
Pues tantas veces por él
Era de muerte escapado;
Sin perder jamas batalla
Do con él hubiese entrado.

(*Cancionero de Romances*.)

[1] Aunque este romance es del *Cancionero de Romances*, parece composicion poco anterior á la publicacion del libro.

631.

BERNARDO SACA AL REY VENCEDOR EN LA REFRIEGA DE POLVOREDA.

(*Anónimo*.)

No cesando el Casto Alfonso
De con los moros lidiar,
Una muy gran hueste de ellos
La tierra le van á entrar.
Tantos eran de los moros
Que era cosa de espantar;
Los cuales muy esforzados,
En ser tantos ademas,
Hicieron de sí dos partes,
Y fuéronse así á ordenar.
La una fué á Polvoreda,
La otra fué á aquel lugar
Do el rey Don Alfonso estaba;
El cual sin lo recelar,
Fué muy esforzadamente
Contra ellos sin tardar.
Dos partes de la su gente
El Rey luego hecho ha:
Con la una va Bernardo,
Con la otra el Rey se va.
Bernardo va contra aquellos
Que á Polvoreda se van,
Y con ellos fué á hallarse
Donde su batalla han:
Tantos en el Val de moro,
Frontero de Portugal,
Venció Bernardo, y mató
Tantos d'ellos ademas,
Que querer hombre decillo
Sería nunca acabar.
El rey Alfonso otrosí
Con los otros fuera á dar
Cerca del rio de Duero:
Allí fuéron á lidiar.
Tan bien se hubo el Rey con ellos,
Tanto se fuera á esforzar,
Que mató doce mil moros,
Y fué tal la mortandad,
Que los pocos que escaparon
Llevaron bien qué contar,
Y muy rico y muy honrado
El Rey se fué á tornar
A su ciudad de Oviedo,
Donde fuera á descansar.

(*Cancionero de Romances*.)

632.

BERNARDO LIBERTA DE LOS MOROS Á SU AMADA ESTELA Y AL CARPIO, QUE TENIAN CERCADO.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

Con ansia extrema y lloroso,
Triste, ansioso y afligido,
Se parte Bernardo al Carpio
De grave dolor vencido,
Porque habiendo estado ausente
Del Carpio su patria, huido,
Supo que estaba de moros
Muy cercado y abatido,
Y que su hermosa Estela,
A quien el alma ha rendido,
Habiéndose de temor
En una torre subido,
Le tiraron una flecha,
Y, el tierno pecho partido,
Rindió al mismo punto el alma,
El cuerpo amado y querido.
Baja el lagrimoso jóven,
De negras armas vestido:
Ya el rostro baja en el suelo,
Ya en el cielo lo ha subido.
Del ronco y funeral pecho
Saca un ¡ay! tan dolorido,
Que si el infernal rigor
Asistiera á su gemido,
Templara sus penas graves
De su pena condolido.
Dice: — Hermosa Estela mia,
¿Cómo el cielo ha permitido
Que me haya la cruda muerte
De tu beldad dividido?
¡Oh cruda muerte envidiosa!
¡Duro hierro encrudecido!
¿Cómo en ver la luz del mundo,
No volviste enternecido
A sepultarte en el fiero
Brazo de do habias salido?
Mas ¡ay venturoso hierro!
¡Cuán sin razon te he ofendido,
Pues era imposible verla
Sin que de su amor herido
Muriera, por no quedar
En tal pecho enriquecido! —
Aun no habia la blanca aurora
Su clara luz esparcido,
Cuando á sombras del real
Por todo el campo extendido,
El caballo de Bernardo
Alza el recatado oido,
Y enriscando el corvo cuello
Con braveza sacudido,
Descubre sobre un caballo
Un caballero lucido.
Los belicosos caballos,
Cada cual embravecido,
Ya se vienen encarando
Con relinchoso ruido:
Ya Bernardo se apercibe,
Y el contrario apercibido,
Se embisten; pero en llegando
Fué Bernardo conocido
De su caro amigo Ascanio,
El cual con gozo crecido
Le dijo: — ¡Oh, caro Bernardo,
Y cuánto, amigo, ha sentido
El Carpio tu grave ausencia,
Casi roto y constreñido,
Que se rinde ya al poder
Que el gran Morlante ha traido!
Mas yo voy á ver si hay
Orden de ser socorrido.
Tú, Bernardo, ¿cómo vienes
Solo y desapercibido,
Para pasar por un paso
Tan guardado y defendido? —
Dijo Bernardo: — ¿Qué dices?
¿Cómo quies que haya venido,
Si ya de mi Estela el cielo
Anda pisado y medido?
¿Dónde he de ir sino á morir
Con la que siempre he vivido?
— ¡Oh Bernardo, dijo Ascanio,
Cuán siervo eres de Cupido!
Tu Estela está libre y sana;
Y aunque se tuvo entendido
Que peligrara, ya el cielo
De libralla fué servido.
— ¡Oh cielo! — dijo Bernardo,
Y estrechamente ceñido
Del cuello del caro Ascanio,
Fué su gozo tan subido,
Que sin mas hablar se parte
Al campo á paso tendido:
Si da un paso con los piés,
Mil con el alma y sentido;
Y cual va el hambriento lobo
Al ganadillo rendido,
Entra firiendo y matando
Por el real adormecido.
Retumba ya el alboroto,
Sube al cielo el gran sonido;
Tocan trompetas al arma,
Suena el clamor y alarido.
Ya viene sobre Bernardo
Todo el campo concurrido:
Llueven sobre él mas espesos
Qu'el granizo mas crecido.
Ya los cristianos de dentro,
Que á Bernardo han conocido,
Recobran esfuerzo, y salen
Con victorioso gemido.
Hallan al fuerte Bernardo
En grande aprieto metido
Entre la brava morisma
Acosado y perseguido,
Cual anda entre ardientes perros
El gran jabalí herido.
Cércanle de léjos todos,
Sin ser ninguno atrevido
A llegar, por no quedar
De su esfuerzo arrepentido.
Así sacan á Bernardo
Golpeado y oprimido
De entre los moros, los suyos,
De sangre y sudor teñido.
Llega luego el gran rey moro
En un caballo subido,
Gallardo, bravo y valiente,
Membrudo, grande y fornido,
Derriba y mata cristianos
De gran coraje encendido,
Brama, gime, sube al cielo
El espumoso bramido.
El magnánimo Bernardo,
Gozoso, cuando lo vido,
Rompe por medio del campo,
Y sin serle defendido
Le deja del primer golpe
En el hombro diestro herido,
Dando allí el alma á Pluton,
Y el cuerpo al campo teñido.
Huyen los cobardes moros
En viendo á su Rey tendido,
Y Bernardo con su Estela
Quedó alegre y complacido.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

[1] Los amores de Bernardo y Estela son una fábula inventada por el poeta, pues no existe tradicion alguna que los conserve, á lo ménos que nos sea conocida.

633.

BERNARDO REITERA SU PETICION SOBRE LA LIBERTAD DE SU PADRE.

(*Anónimo* [1].)

Al casto rey Don Alfonso
Está Bernardo pidiendo
Con muy sentidas palabras
Lo que no basta por ruego.
—En el castillo de Luna
Teneis á mi padre preso,
Solo á vuestros ojos malo,
Aunque á los de todos bueno.
Cansadas son las paredes
De guardar en tanto tiempo
A un hombre que vieron mozo,
Y ya le ven cano y viejo.
Si ya sus culpas merecen
Que sangre sea en descuento,
¡Harta suya he derramado,
Y toda en servicio vuestro!
Acordáos, señor, de cuando
A Cárlos distes el reino,
Y vuestra real palabra
Mis fidalgos la cumplieron,
Pues saliendo á la demanda
Como buenos caballeros,
La respuesta que dió Francia
Vino escrita en nuestros pechos.
Cuando las guerras civiles
Que hubistes con los gallegos,
Trujimos nuestras espadas
Manchadas en sangre d'ellos:
Y cuando con castellanos
Tuvimos tambien reencuentros,
Segun vinieron las almas,
Fué mucho venir los cuerpos.
Hijo soy de vuestra hermana,
Mirad, Rey, si os viene á cuento
Darme legítimo padre,
Y no natural soltero.
No quiero enojaros, Rey,
Sino decir solo aquesto:
Que mi padre está en prision,
Y yo en la guerra sirviéndoos.—

(*Romancero general.*)

[1] Ya aquí, cargado de razon, se atreve Bernardo á pedir la libertad de su padre, alegando servicios propios en favor de la patria y de su Rey, como se expresa con decorosa enerjia en el final de la composicion.

634.

OFRECE LA REINA Á BERNARDO OBTENER LA LIBERTAD DE SU PADRE, SI SALE Á UN TORNEO; MAS DESPUES EL REY SE NIEGA Á DESEMPEÑAR LA PALABRA DE SU ESPOSA.

(*Anónimo* [1].)

Andados treinta y seis años
Del rey Don Alfonso el Casto,
En la era de ochocientos
Y cincuenta y tres ha entrado
El número de esta cuenta,
Y el Rey ya mas reposado,
Haciendo en Leon sus cortes,
Habiendo á ellas allegado
Los altos hombres del reino
Y los de mediano estado,
Miéntras las cortes se hacen
El Rey hacer ha mandado
Generales alegrías,
Con que á la corte ha alegrado,
Corriendo cada dia toros
Y bohordando tablados.
Don Arias y Don Tibalte,
Dos Condes de grande estado,
Eran tristes ademas
Cuando vieron que Bernardo
No entraba en aquellas fiestas,
De lo cual les ha pesado,
Porque no entrando él en ellas
Les era gran menoscabo,
Y eran menguadas las cortes
No habiendo á ellas andado.
Despues de haberse entre si
Ambos á dos acordado,
Suplicaron á la Reina
Que le dijese á Bernardo,
Que por su amor cabalgase,
Y que lanzase al tablado.
Holgando la Reina d'ello,
A Bernardo lo ha rogado,
Diciéndole: — Yo os prometo
Desque al Rey haya hablado,
Yo le pida á vuestro padre,
Ca non me lo habrá negado.—
Bernardo cabalgó entónces,
Y fué á cumplir su mandado:
Llegando delante el Rey,
Con tanta furia ha tirado,
Que forzándose en sus fuerzas,
El tablado ha quebrantado.
El Rey de qu'esto fué fecho
Fuése á yantar al palacio.
Don Tibalte y Arias, godos,
A la Reina han acordado
Que cumpliese la merced
Que á Bernardo le ha mandado.
La Reina fué luego al Rey,
La cual así le ha hablado:
— Yo os ruego mucho, señor,
Que me déis, si os tiene en grado,
Al conde Don Sancho Diaz,
Que teneis aprisionado;
Porque este es el primer don
Que yo á vos he demandado.—
El Rey cuando aquesto oyó
Gran pesar hubo tomado,
Y mostrando grande enojo,
Esta respuesta ha dado:
— Reina, yo no lo haré,
No tomeis trabajo en vano,
Ca no quiero quebrantar
La jura que hube jurado.—
La Reina quedó muy triste
Cuando el Rey no se lo ha dado,
Mas Bernardo en gran manera
Fué d'esto mal enojado,
Acordando de irse al Rey
A suplicarle de cabo
Le diese á su padre el Conde,
Y si no desafiallo.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Esta composicion parece de las populares primitivas; pero alteradas. Presenta ya una escena de noble caballeria, interviniendo en ella la Reina, que como dama y señora se interesa por Bernardo. La severidad del Rey hace vanas todas las esperanzas, pues se preciaba mucho de casto, y era demasiado agreste para ceder á ruegos de mujeres. El romance vale poco como poesía, pero bastante como característico.

635.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

El casto Alfonso hizo cortes
En Leon, que es su reinado:
Miéntras que las cortes duran
Grandes fiestas se han armado:
Corren toros y bohordan
Caballeros estimados:
Bernardo no vino á ellas,
Que estaba muy congojado,
Que el rey Alfonso su tio

Su padre no habia librado
De la prision en que estaba
Tanto tiempo encarcelado.
Gran pesar tienen los grandes
Que á las fiestas se han juntado,
Porque no saliera á ellas
Bernardo tan afamado:
Todos juntos á la Reina
Le habian suplicado
Que á Don Bernardo mandase
Que á tirar vaya al tablado,
Que si él no sale á las fiestas
Todos están amenguados.
A la Reina d'ello plugo,
Y lo hizo de buen grado:
Bernardo ante ella vino
Con semblante apasionado;
Las manos luego le besa;
Preguntó a qué fué llamado.
La Reina mucho le ruega
Vaya á lanzar á el tablado,
Que venido el Rey de fuera
Ella lo hará consolado,
Porque ella le pedirá
Haga á su padre librado.
Bernardo cabalga luego;
Bohordo lanzó al tablado;
Tan gran golpe en él dió,
Que el tablado habia quebrado.
Muy gran placer recibió
La Reina con sus vasallos;
Por lo que Bernardo hizo
Es de todos muy loado.
Venido el Rey á comer,
La Reina le ha suplicado,
Que ese conde de Saldaña
De prision fuese sacado,
Porque ella lo prometió
A su hijo Don Bernardo.
Al buen Rey mucho pesó
De lo que le es demandado,
Y con airado rostro
Tal respuesta habia dado:
Que por no quebrar su jura
No quiere hacer su grado.
Cuando Bernardo lo oyó,
Ante el Rey se ha presentado,
Las rodillas por el suelo,
Muchas lágrimas llorando:
Dijo al Rey estas palabras
Con el rostro apasionado:
— Por merced os pido, Rey,
El mi padre me sea dado;
Libradlo de la prision
Donde está por vuestro mando,
Tantos años, cuantos yo
Fui nacido y soy criado.
No me lo neguéis, buen Rey,
Que su pecado ha purgado:
Acordáos de mis servicios,
Que os he hecho señalados,
Uno teniéndoos los moros
En Benavente cercado
Con su rey nombrado Ores,
Non creyestes ser librado:
Acordáos cuando en Zamora
Os acorrí muy de grado
En la batalla que hubisteis
Con el rey moro afamado:
Tambien, Rey, os acordad
Cuando os tuvieron cercado
Los moros junto á aquel rio
Que a Oruega es hoy llamado,
Donde tuvisteis por cierto
De muerte non ser librado.
De todos estos peligros
Yo, señor, os saqué en salvo,
Do hice por mi persona
Hechos de hombre estimado.
Todas las veces que digo,
Mi padre me fué mandado,
Y si agora me lo dais
Yo os serviré de grado
Con mi persona y la gente,
Que yo tengo á mi mandado.—
Luego el Rey le respondió
Que no hará lo suplicado,
Y a Bernardo luego manda
Que salga de su reinado
Dentro de los nueve dias,
Que no mas le dió de plazo;
Y si pasados lo hallaban,
En prision sería echado.
Bernardo, con gran enojo,
Esta respuesta le ha dado:
— Quitome de vos, el Rey,
Y de ser vuestro vasallo,
Y reto á todos aquellos
Que son á vuestro mandado.
Si yo me hallo con ellos,
Yo me haré bien vengado,
Pues tan ingrato os mostrais
Con quien habeis vos criado,
Mal mirando los servicios,
Mal paga por ellos dando. —
Con coraje muy crecido
A Saldaña se ha tornado,
Do hizo muchas batallas
Contra el Rey y su reinado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Este romance tiene todo el carácter de ser uno de los viejos, reformados. Quizá los de los números 634 y 637 sirvieron de texto á Sepúlveda para componer este.

636.

OTRA VEZ PIDE EN VANO BERNARDO LA LIBERTAD DE SU PADRE.

(*Anónimo*[1].)

A los piés arrodillado
Del casto rey Don Alfonso,
Pide Bernardo á su padre,
Muy humilde y muy quejoso.
— Poderoso Rey, le dice,
Yo te confieso y conozco
Que la ofensa de mi padre
Te ha causado justo enojo;
Pero advierte, casto Rey,
Que te ofendió siendo mozo,
Y que en la dura prision
Cubren ya canas su rostro.
Ya es tiempo que le perdones,
Pues con ser un yerro solo,
Yo le he lavado con sangre
Y él con agua de sus ojos;
Y si la que tengo suya
No te mueve, rey Alfonso,
La mitad es de tu hermana
A pesar del mundo todo.
Considera mis servicios,
Señor, que no son tan pocos
Que medidos con la ofensa
No estés ménos riguroso.
Tu real palabra cumple,
Y sino á Dios hago voto
De tomar tanta venganza
Que cause en tu reino asombro.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

[1] Romance de la última década del siglo XVI, bien sentido y pensado, y no mal escrito. Las razones en que Bernardo apoya la defensa de su padre, están llenas de razon, de sensibilidad y de respeto hácia la persona cuya indulgencia se demanda.

637.

BERNARDO DESTERRADO POR EL REY.

(*Anónimo* [1].)

En gran pesar y tristeza
Era el valiente Bernardo,
Por ver á su padre preso,
Y no poder libertallo.
Vestidos paños de luto,
Y de sus ojos llorando,
Se lo pidió de merced
Al rey Don Alfonso el Casto,
El cual dar no se lo quiso,
Mas por respuesta le ha dado :
—Que de decirlo otra vez
No fuese jamas osado,
Ca si lo osase á hacer
Con su padre haria echarlo.—
Bernardo cuando esto vido
Al Rey así ha hablado :
—Señor, por cuanto os serví
Ya debieras de soltallo :
Bien acordárseos debia,
Si no se os ha olvidado,
De cómo yo os acorrí
Cuando os tenian cercado
Los moros en Benavente,
Andando en la lid lidiando,
En la cual sabeis que os viste
En muy peligroso estado
Con la gente del rey Ores
Que la tierra os habia entrado,
Y vos dijisteme entónces
Que os pidiese yo á mi agrado
Un don cualquiera que fuese
Que de vos me seria dado :
Yo pedios á mi padre,
Y por vos me fué otorgado.
Otrosí cuando lidiásteis
Con Alzaman el pagano,
Que yacia sobre Zamora
Teniendo cerco asentado,
Bien sabeis lo que allí hice
Para sacaros en salvo ;
Desque la lid fué vencida
Vuestra fe me hubiste dado
De darme á mi padre el Conde
Libre, suelto, vivo y sano.
Y tambien cuando os tenian
Cercado en el mismo grado
Los moros cerca del rio
Que d'Orbi era llamado,
Y os daban muy grande priesa,
Que fuera escapar milagro,
Y estando en horas de muerte
Llegué yo por aquel cabo,
Y bien sabeis lo que hice,
Y como os hube librado.
Agora pues que me veo
Ser de vos tan mal pagado,
Que á mi padre no me dais,
Habiéndomelo mandado,
De vos me quito, y no quiero
Ser ya mas vuestro vasallo.
Y repto á todos aquellos
Cuantos son de vuestro mando,
Para que en cualquier lugar
Que los hubiese hallado,
Si mas pudiera que ellos,
Como enemigo tratallos.—
D'esto fué el Rey mas sañudo,
Y le dijo así á Bernardo :
—Bernardo, pues así es,
Que salgades luego os mando
Desde hoy en nueve dias
De mi tierra y mi reinado.
Procurad no os halle en ella ;
Por que cierto, si yo os hallo
Despues que fuere cumplido
El término señalado,
Cierto yo os mandaré echar
Donde vuestro padre ha estado.—
Bernardo entónces se fué
Para Saldaña enojado,
Y luego Vasco Melendez,
Que en sangre le era llegado,
Y tambien Suero Velazquez,
Que era su deudo cercano,
Y Don Nuño de Leon,
Deudo otrosí de Bernardo,
Viendo que así se partia
Y que del Rey iba airado,
Despidiéronse del Rey
Y besaronle la mano.
Fuéronse para Saldaña,
Con Bernardo se han juntado.
Bernardo comenzó entónces
A hacer gran mal y daño;
Corrió la tierra de Leon,
Hizo en ella gran estrago.
Duraron aquestas guerras,
Que hubo entre el Rey y Bernardo,
Gran tiempo, basta que fué
Muerto Alfonso, aquel rey casto.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Parece reforma de otro mas antiguo. En él se observa cómo la exasperacion que produce en Bernardo la injusticia del Rey le va separando de la sumision y respeto que le tributaba. Ya empieza á buscar medios de fuerza para obtener satisfaccion de las ofensas é ingratitudes que con él se usan. Ya, no en las causas que le mueven, sino en los medios que se propone usar, se va pareciendo á Don Roldan.

638.

ALFONSO EL CASTO OFRECE Á CARLO-MAGNO LA CORONA DE ESPAÑA, POR TAL QUE LE AYUDE Á EXPELER DE ELLA Á LOS MOROS.

(*Anónimo* [1].)

Andados los años treinta
Que reinaba Alfonso el Casto,
En la era de ochocientos,
Y mas cuarenta y un años,
Cuenta la historia que el Rey,
Despues que se vió cargado
De canas y grandes dias,
En poridad ha enviado
A Cárlos sus mensajeros,
Con su mensaje y mandado,
Que era rey de los franceses,
Y emperador coronado,
Que si quisiese venir
Con sus huestes á ayudarlo
En las batallas que habia
Con los moros, de su grado,
Que le daria su reino,
Y en él quiere renunciallo,
Pues que no habia ningun hijo
A quien pudiese dejarlo.
El frances le dió respuesta,
Que estaba bien acordado,
Y por estar al presente
Con los moros ocupado,
No iba á verse con él
Para cumplir su mandado.
No fué tan secreto esto
Que no fuese divulgado :
Mucho pesaba á los grandes,
Mucho mas pesa á Bernardo.

(TIMONEDA, *Rosa española.*— WOLF, *Rosa de Romances.*)

[1] Parece reforma, hecha por Timoneda, de un romance de tradicion oral.

En este romance empieza á tener Bernardo conexion con los doce Pares, y á presentarse como el que ha de ser el imitador, el rival y el vencedor de Roldan.

639.

NEGANDO SERLO, RETA BERNARDO Á LOS QUE LE DECIAN BASTARDO.

(Anónimo[1]*.)*

Por las riberas de Arlanza
Bernardo del Carpio cabalga
Con un caballo morcillo
Enjaezado de grana,
Gruesa lanza en la mano,
Armado de todas armas.
Toda la gente de Búrgos
Le mira como espantada,
Porque no se suele armar
Sino á cosa señalada.
Tambien lo miraba el Rey,
Que fuera vuela una garza:
Diciendo estaba á los suyos:
—Esta es una buena lanza:
Si no es Bernardo del Carpio,
Este es Muza el de Granada.—
Ellos estando en aquesto,
Bernardo que allí llegaba,
Ya sosegado el caballo
No quiso dejar la lanza;
Mas puesta encima del hombro
Al Rey d'esta suerte hablaba.
—Bastardo me llaman, Rey,
Siendo hijo de tu hermana,
Y del noble Sancho Diaz;
Ese Conde de Saldaña:
Dicen que ha sido traidor,
Y mala mujer tu hermana.
Tú y los tuyos lo habeis dicho,
Que otro ninguno no osara:
Mas quien quiera que lo ha dicho
Miente por medio la barba;
Mi padre no fue traidor,
Ni mi madre mujer mala,
Porque cuando fuí engendrado
Ya mi madre era casada.
Pusiste á mi padre en hierros,
Y á mi madre en órden santa,
Y por que no herede yo
Quieres dar tu reino á Francia.
Morirán los castellanos
Antes de ver tal jornada:
Montañeses, y leoneses,
Y esa gente esturiana,
Y ese rey de Zaragoza
Me prestará su compaña
Para salir contra Francia
Y darle cruda batalla;
Y si buena me saliere,
Será el bien de toda España;
Si mala, por la república
Moriré yo en la demanda.
Mi padre mando que sueltes
Pues me diste la palabra;
Si no, en campo, como quiera
Te será bien demandada.

(TIMONEDA, *Rosa española*.—H. WOLF, *Rosa de Romances*.)

[1] Este romance es muy popular. Lope de la Vega le sigue casi todo en su comedia de las *Mocedades de Bernardo del Carpio*. Parece de tradicion oral, pero reformado un tanto por Timoneda.

640.

BERNARDO RESISTE LA CESION QUE HIZO EL REY Á CARLO-MAGNO DE SUS ESTADOS, Y PARTE Á OPONERSE AL EJÉRCITO FRANCES.

(De Grabiel Lobo Laso de la Vega.)

El valeroso Bernardo,
Hijo de Don Sancho Diaz,
Sabiendo que el casto Alfonso
Renunciaba de Castilla
En favor de Carlo-magno
El derecho que tenia;
Dejando en el Carpio guarda,
De Leon toma la via,
Seguido de mucha gente
Agraviada y ofendida
De que una bajeza tal,
Habiendo godos, se diga.
A Bernardo acuden todos;
Que no lo consienta gritan;
Y que al Rey vaya con ellos
Por cabeza, le suplican,
A contradecir con fuerza
Cosa tan mal entendida.
Armado viene Bernardo
Como el caso lo pedia,
Cuyo fuerte y negro arnes
Un largo manto cubria.
Armada viene la gente
Aunque en partes dividida.
Entró Bernardo en Leon,
Do su llegada sabida
Deja cada cual su casa,
Y á pedirle amparo iba
Llamándole defensor
De la agraviada Castilla,
Y hasta llegar á palacio
Con instancia le seguian;
Donde un portero le dijo
Que hablar al Rey no podria,
Que está en consejo de guerra,
Si órden de allí no salia.
Bernardo, sin responderle,
Por la sala adentro tira;
Entró donde estaba el Rey,
A quien el sombrero quita,
Diciendo: —El Rey y no otro
Reciba esta cortesía,
Que no se le debe á quien
Por el bien comun no mira,
Ni á quien siendo godo, si hay
Aquí quien godo se diga,
Consiente que la obediencia
Dé á los franceses Castilla,
Que con mas justa razon
Del frances nos es debida.
¿Tanta flaqueza sentis?
¿Tanta es vuestra cobardía
Que del honor olvidados,
Haceis caso de la vida?
¿Es bien que de castellanos,
Y de godos tal se diga?
No se dirá, y si dijere,
No miéntras Bernardo viva,
Ni en tanto que de este brazo
Fuere esta espada regida,
Que yo sé para impedirlo
No faltará quien me siga.—
Fuése con esto Bernardo
Haciendo al Rey cortesía,
Y con gran copia de gente
A Zaragoza camina.
El Rey y sus consejeros,
Visto que razon tenia,
Mudan el dañoso acuerdo
Y á Carlo-Magno escribian
Que no salga de su tierra,
Ni los piés ponga en Castilla,
Porque el contrato empezado
Contradicho el reino habia;
De que indignado el frances
Copia de gente hacia
Para por fuerza tomar
Lo que ofrecido le habian.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc.)

641.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

No tiene heredero alguno
Alfonso, el Casto llamado;
A Carlo-Magno el de Francia
Mensajeros le ha enviado
En secreto, que viniese
Contra moros á ayudarlo,
Y que le daria á Leon,
Que de Alfonso era reinado.
Cárlos que oyera al mensaje
Luego se habia aparejado:
Mucha gente trae consigo,
Roldan qu'es muy estimado,
Y otros muchos caballeros
Que los pares han llamado.
Los ricos hombres del reino
De Alfonso se han querellado;
Pidiéronle que revoque
La palabra que habia dado;
Si no, echarlo han del reino,
Y pondrán otro en su cabo,
Que mas quieren morir libres
Que mal andantes llamados.—
No quieren ser de franceses
Sujetos los castellanos:
El que mas enojo tiene
Era Bernardo del Carpio,
Que era sobrino del Rey,
Caballero aventajado.
Revocó Alfonso la manda,
Aunque no fué de su grado.
A Cárlos mucho le pesa;
Del rey casto es enojado,
Porque mintió su palabra
Mucho lo ha amenazado
Que le quitará á Leon
Y aun á todo su reinado.
Bernardo está muy sañudo
De lo que Cárlos ha hablado.
Apercíbense los reyes
Con las gentes de su estado:
Halláronse en Roncesvalles,
Do muy recio han batallado:
Mueren allí muchas gentes
Franceses y castellanos.
Venció el rey Don Alfonso
Por el esfuerzo sobrado
De Bernardo su sobrino,
Que era el mas señalado.
Mató Bernardo por sí
A Roldan el esforzado,
Y á otros muchos capitanes
De Francia muy estimados.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

642.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo [1]*.)*

Retirado en su palacio
Está con sus ricos-homes
Alfonso rey de Castilla
En Leon do está su corte:
Y despues de haber propuesto
Su intento y sus pretensiones
A los de guerra y estado,
Que atentos le escuchan y oyen,
En confuso conferir
Se oye un susurro discorde,
Que sala y palacio asorda
La diversidad de voces.
Unos dicen: — Libertad
Es bien que Castilla goce,
Que harto tiempo ha sido esclava
Del profeta falso, torpe,
Sino es que nuestras miserias,
Nuestras culpas y errores
Nos tengan ya condenados
A extranjeras sumisiones.
Gobierne el galo su tierra,
No nos fatigue y enoje,
Y extienda por otra parte
Sus límites y mojones.—
Otros dicen: — No es afrenta,
Ni es bien que por tal se tome,
Ampararse un reino de otro
Con honradas condiciones.—
En estas dudas estaban,
Cuando en confusos montones
Por el inquieto palacio
Cantidad de gente rompe,
Gritando:— ¡Viva Castilla
Y sus temidos leones!
¡Viva el casto rey Alfonso,
Con tal que esta voz no estorbe!
¡Viva quien la reforzare,
Y si no en nuestros estoques
Ha de dejar hoy la vida
Desde el pechero hasta el noble!
¡Viva el famoso Bernardo,
Libertador de los hombres,
Que el infame yugo abate
Y extranjeras opresiones! —
Bernardo en la delantera
A todos silencio pone,
Eligiendo de los suyos
De los mas á cuento doce.
Entra donde estaba el Rey,
Y dice: — Si el miedo torpe
Hace tan bajos efectos,
Como es bien que el mundo note,
En la sangre ilustre y clara,
Si es bien que sangre se nombre,
De aquellos famosos godos
De quien tembló todo el orbe,
¿Cómo á la parlera fama
Quereis obligar pregone
Vuestros valerosos hechos
Sujetos á otras naciones?
Primero el rigor del cielo
Ardientes rayos arroje
Sobre la aflicta Castilla,
Que nombre de esclava tome.
Eso no consentiré,
Que aunque el mundo se trastorne,
No ha de ser, ó han de morir
A mis manos sus autores,
Que muchas hay sin las mias
Para este efecto concordes,
Que es dulce la libertad,
Y la esclavitud enorme. —
Con esto dejó la sala
Y del palacio salióse,
Poniendo en órden sus gentes,
Y dando en sus cosas órden.
Visto por el Rey el caso
Manda de nuevo se vote,
De á do salió que Castilla
Su libertad tenga y goce.

(Romancero general.)

[1] Obsérvase bien marcadamente en esta composicion, no muy antigua en verdad, pero muy española, la rivalidad contra los franceses y el deseo de sacudir su influjo. Anacronismo es proclamar las libertades de Castilla cuando solo existian los fueros de Astúrias y Leon; pero es muy verdadero el sentimiento de independencia y libertad que los españoles, aun en el recinto estrecho de sus montañas, conservaban, y que luego sirvió de base á una constitucion política que brotaba de las costumbres y de los hábitos. Ya en este romance no aparece Bernardo como suplicante, sino como héroe, como salvador de la patria que ve perdida por la debilidad de un rey. Escrito á fines del siglo XVI, y en tiempo en que con cruda guerra disputábamos á los franceses toda clase de supremacía, y en to-

das circunstancias éramos vencedores, no es extraño que revele con verdad los sentimientos que nos animaban, que no eran otros ciertamente que aquellos que nos obligaron á producir á Bernardo del Carpio, y á personificar en el la rivalidad que siempre existió entre ambas naciones. El romance, sea de cualquiera época, contiene una verdad que lo es en todas las de nuestra historia.

643.

DESTERRADO BERNARDO POR OPONERSE Á LA CESION DE LA CORONA EN CARLO-MAGNO, PARTE Á GRANADA, DONDE HACE AMISTAD CON MUZA.

(*Anónimo* [1].)

Desterró el rey Alfonso
A su sobrino Bernardo,
Por poder cumplir la manda
Que habia hecho á Carlo-Magno;
Y porque si está en el reino
Pudieran seguir su bando
Aquellos que mas podian,
Y mas antiguos hidalgos.
Sale á cumplir su destierro
Solo con un hijo-dalgo,
Y antes del Carpio salir
Le dió una carta á un criado,
Diciendo: — Dásela al Rey,
Y dile que es de Bernardo,
Y que no pienso volver
Hasta que me haya probado
Con aquel fuerte frances
A quien él llamaba Orlando,
Al cual no le ha de valer
Traer el yelmo encantado,
Que le quitó al buen Cervino
Hallándole desarmado,
Y le dió la muerte cruda,
Diciendo le venció en campo. —
Y por no pasar los puertos
Hasta que fuese verano,
Camino hacia Granada,
Tambien porque han pregonado
Que hay unas reales justas
Donde el premio será dado
Al que mejor lo hiciere,
Sea moro, ó sea cristiano,
Y por estar allí Muza,
De quien ha sido informado
Que tiene la mejor lanza
Que hay en el pagano bando,
Y el que ha puesto en mas aprieto
A todo el bando cristiano.
Al fin allegó á Granada
Aquel leones honrado,
Donde vió que iba á la plaza
Muza, el fuerte enamorado.
Por las calles donde iba
Va estos papeles echando:
«Celos son los que me matan,
»Que amor no estará en su mano.»
Así entró en la plaza Muza,
Y todos en él mirando,
No hay nadie que lo conozca
Como viene disfrazado.
Bernardo con gran deseo
Por saber d'este pagano
Quién es, ó cómo se llama,
Lo preguntó á un su criado.
El moro sin curar dél
Pasó adelante de largo,
Y allegándose á Muza
Le dijo: — Aquel cristiano
Me ha preguntado quién eres,
Y yo le he disimulado. —
A Bernardo llegó Muza,
Y muy pasito hablando,
Le dijo: — ¿Quién eres tú
Que por mí vas preguntando?
Dime, si gustas, tu nombre,
Y diréte el mio de grado,
Y si batalla quisieres
Salgamos los dos al campo. —
Bernardo que vió del moro
Aquel pecho tan gallardo,
Le dijo: — Bernardo soy,
Y el que nunca ha rehusado
Batalla con ningun hombre,
Que ocasion le hubiese dado. —
Muza le abraza y le dice,
Casi de placer llorando:
— Has de saber que yo soy
El que mas ha procurado
De tenerte por amigo,
Aunque en las leyes contrarios;
Y pues el cielo lo quiere
Abrázame, amigo caro,
Y de mí quiero te sirvas
Como del menor criado.
Y si d'esto en algun tiempo
Me hallares en nada falto,
Quiero que el cielo me falte
Y cuanto Dios ha criado. —
Así se volvieron juntos,
Grande amistad profesando,
Para que Bernardo tenga
Lo que le es necesario.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance, sin duda de los últimos años del siglo XVI, disloca toda la historia de Bernardo respecto al asunto del anterior, en que parece Alfonso resuelto á recoger la palabra dada á Carlo-Magno. ¿Existia por ventura en aquel tiempo constituido el reino de Granada tal como estaba en siglos posteriores? No de modo alguno. Sin duda el autor del romance lo hizo de capricho é imitando los moriscos que en su tiempo estaban en boga. Para salvar esta incongruencia, pudiera decirse que Bernardo fué á Granada con ánimo de ganar la amistad de los moros andaluces, é interesarlos contra Carlo-Magno, como lo hizo despues con los de Sansueña ó Zaragoza, que ayudaron á los cristianos á ganar la batalla de Roncesvalles.

644.

BERNARDO, POR VENGAR UNAS DONCELLAS, MATA EN DUELO Á LEPOLEMO.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

Cuando el padre Faeton
Sus caballos enfrenaba,
Y la esposa de Titon
Del tálamo se levanta,
Por una floresta umbrosa
De arboleda, bien poblada
Llorando van tres doncellas
Hermosas y desdichadas,
En morcillos palafrenes,
Y en negras sillas sentadas.
Tan cubiertas van de luto,
Que por el suelo arrastraba:
Cuatro escuderos delante,
Que negras hachas llevaban
Con capuces hasta el suelo,
Gran tristeza demostraban.
En medio va un atahud,
Y dentro un cuerpo sin alma,
De todas armas armado,
Si no sola la celada.
Heridas lleva de muerte,
Y la cara ensangrentada:
Cubierto de un paño negro,
Y descubierta la cara,
Y en los extremos del paño
Va una muerte figurada,
Con letras que solo dicen:
«Tan injusta, cual temprana.»
Y en medio d'él un letrero
Que decia estas palabras:
«Ninguno quiera saber
»Aventura tan extraña;
»Si no fuera caballero

»Que pueda hacer venganza
»De una muerte tan injusta
»Cuan cruel y desastrada.»
Las doncellas daban gritos,
Los escuderos lloraban;
Con las voces y alarido
La floresta retumbaba.
Alteróse un caballero
Que junto al camino estaba
Recostado al pié de un roble;
Poco habia que descansaba
Del trabajoso camino,
Y al punto en pié se levanta.
Ricas armas tiene puestas,
La visera levantada,
Y como vió la aventura,
Su caballo aderezaba.
En un instante le enfrena,
Y las cinchas le apretaba;
Del arzon colgó el escudo;
Tomó en su mano la lanza;
Sin poner pié en el estribo
Sobre la silla saltaba;
Arrimóle las espuelas
Y la rienda le aflojaba.
Llegó y hizo acatamiento;
Mas ninguno no le habla,
Antes, viéndole delante
Mayores voces alzaban.
Desea saber Bernardo
Aventura tan extraña,
Que este es Bernardo del Carpio,
Sobrino del rey de España,
Que anda buscando á Roldan,
El conde y señor de Brava.
Lee lo que dice el letrero,
Y ofrécese á la venganza.
Luego le cuentan el caso
De todo lo que pasaba:
Las damas piden favor
Contra quien las agraviara,
Qu'es el fuerte Lepolemo,
Que un hermano les matara,
Por tomarles el castillo,
Y una de las tres hermanas,
Y cuando le hubo muerto
D'esta manera les habla:
«Que si dentro de ocho dias
»Hallan quien haga batalla
»Con él, volverá el castillo
»Sin hablarles mas palabra,
»Y que si en todo este tiempo,
»Quien se lo pida no hallan,
»Que él escoja entre las tres
»Aquella que mas le agrada
»Para hacer d'ella á su gusto
»Como si fuese su esclava.»
Al castillo vuelven todos,
Donde Lepolemo estaba:
Bernardo le desafia,
Y en el campo le esperaba.
Lepolemo oyó las voces,
Y asomóse á una ventana:
Viendo solo un caballero
En un momento se armaba.
Apriesa pide un caballo;
Tomó de presto la lanza,
Y apénas hubo salido
Cuando los dos se encontraban,
Y tan feroz fué el encuentro
Que el bravo español le daba,
Que le pasó á la otra parte
Mas de un gran palmo de lanza,
Con que libertó al castillo
Y dió venganza á las damas.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

¹ El romance es puramente caballeresco, y una imitacion exacta de los de su clase, escritos por el autor y otros poetas entusiastas de los libros de los Amadises.

645.

BERNARDO HACE LIGA CON LOS MOROS DE ARAGON, CONTRA LOS FRANCESES DE CARLO-MAGNO.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega* ¹.)

Las varias flores despoja
Del rocío aljofarado,
Que con visos cristalinos
La vista alegran y el campo,
El veloz tropel fogoso
De un caballo rabicano,
Cuyos hijares batian
Los nobles piés de Bernardo.
Venia curiosamente
El gallardo castellano
A la morisca vestido,
Con el brazo arremangado,
Para no ser conocido
Del frances campo contrario.
Un asta de enjuto fresno
Fija en la derecha mano,
Y en la siniestra una adarga
En cuyo campo dorado
Trae pintado un leon sangriento,
Sobre los piés levantado,
Que con las uñas hacia
Una flor de lis pedazos,
Y encima un letrero verde
Que decia: «Nada ó algo.»
Reparó de la carrera,
Y media rienda soltando,
A un galope dió principio
Por el espacioso llano,
A vista de Zaragoza
De adonde estaba mirando
El poderoso Marsilio
La destreza de Bernardo,
Cuyo valor esparcia
Con razon la fama tanto:
Mas el fuerte Bravonel,
Del aragones amparo,
A quien tampoco hacia
En nada la fama agravio,
Con Bernardo sale á verse
En un tordillo caballo,
Que entre doce que envió
A Marsilio presentados
Un moro rey de Granada,
Como deudos que eran ambos,
Vino para Bravonel
El tordillo señalado;
Que de hombres tales, es bien
Haga el mundo, y Reyes caso.
Era Bravonel, de Acoyza,
Mora bella, aficionado,
Enamorado y valiente,
Valiente y enamorado.
Lo uno y otro tenia;
En uno y otro extremado:
Rica marlota llevaba
De azul y verde damasco;
Por rapacejos, pendientes
Lágrimas de cristal claro,
De lisas hebras de plata,
Por todas partes colgando,
Y unas letras que decian:
«Tanto temo cuanto aguardo;
»Que si esperanza me anima,
»Celos me fuerzan á llanto.»
Azul y verde es la lanza,
Y del ancha adarga el campo,
Y de azul y verde trae
Atada una banda al brazo.
Bate el moro entrambos piés,
Un alto alarido alzando;
Parte el revuelto tordillo
Derecho para Bernardo,
El cual al moro se viene,
Y el uno al otro llegando,

Bajan lanzas y cabezas
Con comedimiento largo,
Y á Zaragoza se van,
Porque con sus gruesos campos
Han de partir otro dia
A Roncesvalles ufanos.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc. — Il. *Seis romances famosos de la historia de Bernardo*, etc., Pliego suelto.)

1 Imitacion de los romances moriscos.

2 En este pliego suelto impreso á fines del siglo xvii, se atribuye á sí propio este romance y los demas un tal Diego Costo.

646.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Con tres mil y mas leoneses
Deja la ciudad Bernardo,
Que de la perdida Iberia
Fué milagroso restauro;
Aquella cuya muralla
Guarda y dilata en dos campos
El nombre y altas victorias
De aquel famoso Pelayo.
Los labradores arrojan
De las manos los arados,
Las hoces, los azadones;
Los pastores los cayados;
Los jóvenes se alborozan,
Aliéntanse los ancianos,
Los inútiles se animan,
Fíngense fuertes los flacos,
Todos á Bernardo acuden,
Libertad apellidando,
Que el infame yugo temen
Con que los amaga el galo.
— Libres, gritaban, nacimos,
Y á nuestro Rey soberano
Pagamos lo que debemos
Por el divino mandato.
No permita Dios, ni ordene
Que á los decretos de extraños
Obliguemos nuestros hijos,
Gloria de nuestros pasados:
No están tan flacos los pechos,
Ni tan sin vigor los brazos,
Ni tan sin sangre las venas,
Que consientan tal agravio.
¿El frances ha por ventura
Esta tierra conquistado?
¿Victoria sin sangre quiere?
No, miéntras tengamos manos.
Podrá decir de leoneses,
Que murieron peleando;
Pero no que se rindieron,
Que son al fin castellanos.
Si á la potencia romana
Catorce años conquistaron
Los valientes numantinos
Con tan sangrientos estragos,
¿Por qué un reino, y de leones,
Que en sangre libia bañaron
Sus encarnizadas uñas,
Escucha medios tan bajos?
Déles el Rey sus haberes,
Mas no les dé sus vasallos;
Que en someter voluntades
No tienen los reyes mando.—
Con esto Bernardo ordena
Sus escuadrones bizarros,
A quien desde una ventana
Mira Don Alfonso el Casto.
Como á su sangre le mira,
Que le es como sangre grato.
Su gallarda compostura
Y valor considerando,
Crece por puntos la gente,
De suerte que forma campo;
Despuéblase la ciudad,
Y los pueblos comarcanos.
Marcha á la ciudad augusta,
Cuyos muros baña ufano
El caudal famoso Ebro
Del mundo tan celebrado,
Do el hijo del Zebedeo
Fundó el edificio raro
Que ciñe el Santo Pilar,
Estribo de nuestro amparo.
Allí Bravonel le aguarda
Con el sarraceno bando,
Que al rey Marsilio obedece,
Contra el frances declarado.

(*Romancero general.*)

1 Véase la nota del romace número 642, que es tambien aplicable á este.

647.

INCREPA Y AMENAZA BERNARDO Á LOS QUE PRETENDIAN ENTREGAR EL REINO Á LOS FRANCESES.

(*Anónimo* [1].)

— No os llamo canalla vil
Solo porque os llaman godos,
Y no ofender á Pelayo,
Por agraviar á vosotros.
Afeminados varones,
Hijos del inútil ocio;
Usurpadores de nombre
Tan ilustre y tan honroso;
Bastardos de la nobleza
Que codicia el mundo todo,
Dalda lo que la debeis
O echalda de vuestros hombros.
Si quereis tan grave carga
Facilitar por mil modos,
A vuestros nobles pasados
Volved la mente y el rostro,
Que no ménos conquistaron
Que cuanto vieron sus ojos,
Infame yugo poniendo
A los reinos mas remotos.
¿Tan duro es de conquistar
Este rinconcillo solo
Donde estáis aniquilados
Y oprimidos de los moros,
Que le ofreceis al frances
Con medios tan afrentosos?
¿Tan flacos están los pechos,
Y los brazos ya tan flojos?
¡Mucho os debe vuestra patria,
Imitadores de Codro,
Pues su nombre eternizais
Con hacerla sierva de otros!
Si razones halagüeñas
Os mueven del rey Alfonso,
Obedecedle en lo justo,
Y advertidle en lo dañoso;
Que el consejero que es fiel,
Libre de intereses propios,
Debe aconsejar su rey,
Y andará cual debe en todo.
Que mudeis acuerdo pido,
¡Si no... Por el Dios que adoro
Que he de barajar la suerte,
De suerte que os pese á todos!—
Esto diciendo el del Carpio,
Con fiero semblante y rostro,
Y con gran copia de gente
Sale de Leon furioso
Blasfemando de franceses
Y su yugo ignominioso,

Blandiendo una gruesa lanza
Y batiendo los piés corvos.

(*Seis romances famosos, de la historia de Bernardo*, etc., Pliego suelto.)

[1] Se ha copiado el romance, de un pliego suelto impreso en el siglo XVIII; pero así este como los demas que contiene son composiciones de los fines del XVI.

648.

BERNARDO Y LOS SUYOS SALEN Á CAMPAÑA CONTRA LOS FRANCESES.

(*Anónimo.*)

Aguardando que amanezca,
Para conocer la entrada,
Estaba el fuerte Bernardo
En los mojones de Francia,
Con trescientos compañeros,
Que es la costumbre que usaba
Que diz bastan para mil
Cuando son hijos de España;
Y ántes que ponga en efecto
El deseo que llevaba,
A todos juntos les dice
De palabra estas palabras:
— Bien veis, leales amigos,
Los que sois de sangre hidalga,
Que esta empresa á que venimos
Es digna de buenas lanzas;
Si hay alguno entre vosotros
Que entienda allanar su lanza,
Vuélvase de este mojon
Antes que pise la raya,
Porque el que entrare una vez
La suya ha de ser muy cara;
Que cara ha de ser la cosa
Donde la honra se gana.
Bien sabeis que á un español
Le viene de herencia y casta
Hacer espaldas los pechos,
Y no pechos las espaldas;
Y sino guardad las mias,
Que solo aquesto me basta,
Porque mi lanza no teme
Toda Francia cara á cara;
Y aquel que no se atreviere
A mantener su palabra,
Mas vale faltarme aquí,
Que no conozcan sus faltas.—
Todos juntos le responden
Que no tema la batalla,
Que cada cual es Bernardo
Los que á Bernardo acompañan.
Cuando ya el sol por las cumbres
Dora las humildes plantas,
De la sarracena gente
Oyen grita y algazara:
Apercihen sus caballos,
Que ya lo estaban de armas,
Y en buena guisa de hidalgos
Para sus contrarios marchan.

(*Romancero general.*)

649.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Con los mejores de Astúrias
Sale de Leon Bernardo,
Puestos á punto de guerra
A impedir á Francia el paso,
Que viene á usurpar el reino
A instancia de Alfonso el Casto,
Como si no hubiera en él
Quien mejor pueda heredallo,
Y á dos leguas de Leon
Se paró en medio de un llano,
Y levantando la voz
Volvió de esta suerte á hablallos:
— Escuchadme, leoneses,
Los que os preciais de hijos-dalgo,
Y de ninguno se espera
Hacer hecho de villano;
A defender vuestro rey
Vais como buenos vasallos,
Vuestra tierra y vuestras vidas,
Y las de vuestros hermanos.
No consintais que extranjeros
Hoy vengan á sujetaros,
Y mañana vuestros hijos
Sean de Francia un pedazo,
Y vuestras armas antiguas
El rico blason trocando,
Veais de lises sembradas,
En lugar de leones bravos,
Y el reino que ha tanto tiempo
Vuestros abuelos ganaron,
Por solo el temor de un dia
Vengan á mandallo extraños.
Aquel que con tres franceses
No combatiere en el campo,
Quédese, y seamos ménos,
Aunque habemos de igualallos;
Que yo y los que me siguieren
Uno serémos a cuatro,
Y cuando mas nos cupieren
Para toda Francia vamos. —
Esto acabando, arremete
Con la furia del caballo,
Diciendo: — Síganme todos
Los que fueren hijos-dalgo.

(*Romancero general.*)

[1] Mucha verdad de sentimientos nobles, generosos y característicos de verdadero españolismo contiene este romance.

650.

LOS FRANCESES SE PREPARAN CONFIADOS Á LA BATALLA DE RONCESVALLES.

(*Anónimo.*)

Blasonando está el frances
Contra el ejército hispano,
Por ver que cubre su gente,
Sierra, monte, campo y llano.
Dice Roldan que ha de ver
Si es tan valiente Bernardo
Como lo pinta su España,
Por leon feroz y bravo.
Van estampando la arena
Las tropas de los caballos,
Con tanto ser y destreza,
Que apénas huellan el campo;
«Y contra el gran Bernardo
»A son de trompas y cajas
»En buen órden van marchando.»
Van los doce de la fama
Con el viejo Carlo-Magno,
Haciendo alarde de reinos
Que en poco tiempo han ganado.
Los estandartes despliegan
De flores de lis bordados,
Diciendo que han de añadir
Un castillo y un leon bravo:
No piensan que hay en la tierra
Quien las iguale en el campo,
Y esperan que en Roncesvalles
Darán fin á sus cuidados.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

651.

BERNARDO, VENCEDOR EN RONCESVALLES, CON LA MUERTE DE ROLDAN Y DE LOS DOCE PARES DE FRANCIA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega* [1].)

Con crespa y dorada crin
Del hondo mar se levantan,
Sembrando por todo el mundo
Luz por las narices altas
Del sol los rojos caballos
Coloreando las aguas,
Cuando el frances Carlo asoma
Con sus copiosas escuadras
Por las pedregosas vias
De Roncesvalles mas agras;
Que á tomar va posesion
De la belicosa España.
Sus doce pares traia
Qu'el hecho le aseguraban,
De quien con justa razon
El mundo todo temblaba;
Mas como á los confiados
La fortuna mas agravia,
Y por ser su curso vario,
Varia á fortuna la llaman,
Quiso que no le quedase
El frances á deber nada,
Cuyas cosas hasta allí
Favoreció con faz grata,
Y que de Bernardo quede
En el mundo eterna fama;
El cual con campo copioso
El paso al frances tomaba,
Do el poderoso Marsilio,
Rey de Aragon, aguardaba,
Y el casto rey Don Alfonso
Con la gente castellana,
A quien gran copia de godos
En esta junta acompañan;
Y por principal caudillo,
De acuerdo todos, nombraban
Al valeroso Bernardo,
La honra y la prez de España,
Y al valiente Bravonel
El segundo lugar daban.
Mueven sus copiosas haces,
Visto que el frances llegaba,
Y las francesas embisten
De ira rabiosa llevadas.
Mézclanse con tal furor,
Que las vecinas montañas
Por todas partes tremieron
De tantas plantas holladas,
Y en sus tortuosos senos
Hace eco el son de las armas.
La confusa vocería
Del aire las aves baja,
Y de polvo espesas nubes
La vista ofuscan y atajan,
Y del sol el paso impiden
Montones de gruesas astas.
Todos con valor pelean,
No se conoce ventaja;
Si el uno al otro retira,
Su dueño en breve restaura:
Bien como cuando en el campo
Dos contrarios vientos andan,
A quien las inhiestas mieses
Siguen con cabezas varias,
Que en aflojando algun tanto
El uno al otro, se abajan;
Ansí el feroz español,
Y el frances valiente andaban:
Mas tanto Bernardo hizo,
Y Bravonel, por las lanzas,
Que en breve espacio cantaron
Victoria, victoria, España;
Vivan Alfonso y Marsilio,
Por todo el campo volaba.
Murió Roldan y Oliveros
Con toda la flor de Francia,
Y Carlo-Magno lloroso
Huye, y deja la campaña,
Con la pérdida mayor
Que jamas tuvo en batalla.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc.)

[1] Se halla este romance corregido en el número 652.

652.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Con crespa y dorada crin,
De las undosas campañas
Tascando rojos bocados,
Presurosos se levantan
Ya los caballos del sol
Haciendo las nubes grana,
Cuando el galo altivo asoma
Con sus copiosas escuadras
Por las pedregosas sendas
De Roncesvalles mas agrias;
Que á tomar va posesion
De la corona de España.
Mas como á los confiados
Es cosa tan ordinaria
Mostrar la varia fortuna
Su vaiven y vueltas varias,
No quiso que le quedase
El frances á deber nada,
Cuyas cosas hasta allí
Favoreció con faz grata,
Y que de Bernardo quede
En el mundo eterna fama;
Que ya con haces copiosas
El paso al frances ataja,
Ayudado de Marsilio
Y de la goda pujanza.
Muévense los gruesos campos
Con marciales consonancias,
Y con tal furia se mezclan,
Que las vecinas montañas
Temblaron por todas partes
Batidas con tantas plantas,
Y en sus tortuosos senos
Hace eco el son de las armas.
La confusa vocería
Del aire las nubes baja,
Y del polvo espesas nubes
La vista ofuscan y atajan,
Y del sol el paso impiden
Montones de gruesas astas.
El clamor de los heridos
Mueve á compasion las plantas,
Y el grito de los caidos
Hiere al cielo en quejas altas.
Búscanse los corazones
En las ocultas entrañas,
Con las aceradas puntas
A dar muerte encaminadas:
No hay golpe que no prometa
Victoriosas esperanzas,
Ni soldado que no entienda
Que aquella difícil causa
Tiene el cielo prometida
Para entregarle á la fama
El efecto de su diestra
Con el de otras muy mas arduas.
Todos con valor pelean,
No se conoce ventaja;
Si el uno al otro retira:
Su daño en breve restaura.
Bien como cuando en el campo
Dos contrarios vientos andan,
A quien las inhiestas mieses

Siguen con cabezas varias,
Que en aflojando algun tanto
El uno al otro, se bajan:
Así el valeroso iberio
Y el valiente galo andaban;
Mas tanto Bernardo hizo,
Y Bravonel por las lanzas,
Que con victoriosa trompa
El ibero el aire rasga.
Oyese del sarraceno
Una orgullosa algazara,
Y entre varios instrumentos
Suenan acordes dulzainas,
Con que las varias reliquias
De la francesa arrogancia,
Las flores de lis marchitas
Con que el campo desamparan.

(*Seis romances famosos de la historia de Bernardo*, etc. Pliego suelto.)

[1] Este romance, repeticion del anterior, aunque copiado de un pliego suelto modernamente impreso, pertenece á fines del siglo XVI, así como los demas que en él se hallan.

653.

BERNARDO VENCE Y MATA Á ROLDAN.

(*Anónimo* [1].)

El invencible frances,
Fuerte senador romano,
Aquel que al bravo Agrican
Le venció y tornó cristiano,
Y ganó del fiero Almonte
El rico cuerno preciado,
Con que hizo desafios
Que al mundo dieron espanto;
Aquel que en Abraca solo
Venció todo un campo armado,
Y nunca siendo vencido
Venció las hadas y el hado,
Cual suele mostrar mas luz
La luz que se está acabando,
Está en la guerra postrera,
Postrera fuerza mostrando.
Y no le basta el orgullo,
La buena espada y caballo;
Que lo ha el señor de Brava
Con el que nació en el Carpio:
Porque despues de haber muerto
A Dudon, aquel dudado,
Con el marques Oliveros,
Y sus hijos negro y blanco,
Viendo por sus manos hecho
De sangre francesa un lago,
Y que al fin de aquella empresa
Estaba el Roldan gallardo,
El gran sobrino de Alfonso
Furioso busca al de Cárlos;
Hállale en sangre teñido,
Y él viene en ella bañado.
Los mas bravos corazones
Que humano pecho ha encerrado
Juntos á batalla vienen
Con fuerza y ánimo osado.
Para verla se suspende
La del uno y otro campo,
Entre la esperanza y miedo
Los corazones temblando.
El cielo que à Orlando espera,
Fortuna que se ha cansado,
Dan y quitan la victoria
De un frances á un castellano.

(*Romancero general.*)

[1] Tambien tiene relacion con los romances de Carlo-Magno y los doce pares, y se descubre cuán comun era la lectura de los poemas caballerescos italianos, cuando se compusieron estos romances que hablan de los episodios del *Orlando enamorado*, y del *furioso*.

654.

QUIERE EL REY POR SORPRESA PRENDER Á BERNARDO, MAS ESTE PREVENIDO, LO EVITA, HACIÉNDOSE TEMER.

(*Anónimo* [1].)

Con cartas sus mensajeros
El Rey al Carpio envió;
Bernardo, como es discreto,
De traicion se receló:
Las cartas echa en el suelo
Y al mensajero ansí habló:
— Mensajero eres amigo,
Non mereceis culpa, non [2];
Mas al Rey que acá te envía
Dígasle tú esta razon:
Que no le estimo yo á él,
Ni aun á cuantos con él son;
Mas, por ver lo que me quiere,
Todavía allá iré yo. —
Y mandó juntar los suyos:
D'esta suerte les habló:
— Cuatrocientos sois los mios,
Los que comedes mi pan:
Los ciento irán al Carpio,
Para el Carpio guardar;
Los ciento por los caminos,
Que á nadie dejen pasar;
Doscientos iréis conmigo
Para con el Rey hablar;
Y si malo me aviniere
Lo peor será tornar. —
Por sus jornadas contadas
A la corte fué á llegar.
— Dios os mantenga, buen Rey,
Y á cuantos con vos están.
— Mal vengades vos, Bernardo,
Traidor, hijo de mal padre:
Dite yo el Carpio en tenencia,
Tú tómaslo de heredad.
—Engañáisvos vos, el Rey,
Et non decides verdad;
Que si yo fuese traidor,
A vos os cabia en parte.
Acordársevos debia
De aquella del Encinal,
Cuando gentes extranjeras
Allí os trataron tan mal,
Que os mataron el caballo,
Y aun á vos querian matar.
Bernardo, como traidor,
D'entre ellos vos fué á sacar:
Allí me distes el Carpio
De juro y de heredad:
Prometístesme á mi padre,
Non me guardastes verdad.
— Prendedlo, mis caballeros,
Que igualado se me ha.
— Aquí, aquí, mis doscientos,
Los que comedes mi pan,
Que hoy era venido el dia
Que honra debemos ganar. —
El Rey, de que aquesto viera,
D'esta suerte fué á hablar:
— ¿Qué ha sido aquesto, Bernardo,
Que así enojado te has?
¿Lo que hombre dice de burla
De véras lo vas tomar?
Yo te dó el Carpio, Bernardo,
De juro y de heredad.
— Aquestas burlas, el Rey,
No son burlas de burlar;
Llemástesme de traidor,
Traidor, hijo de mal padre:
El Carpio yo no le quiero,
Bien lo podeis vos guardar,
Que cuando yo lo quisiere,
Muy bien lo sabré ganar.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Hé aquí á Bernardo, á fuerza de injusticias, hecho irre-

verente y atrevido con un rey que le provoca. El romance es de los primitivos y poco alterados por la tradicion oral. Quizá sea uno de los que tienen un tipo anterior al siglo xv.

² Este verso y el que sigue se citan en la parte 2, cap. x, del *Quijote*.

655.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Con solos diez de los suyos
Ante el Rey, Bernardo llega,
Con el sombrero en la mano
Y acatada reverencia :
Los demas, hasta trescientos,
Hácia palacio enderezan
De dos en dos divididos,
Porque el caso no se entienda.
— Mal venido seais, le dice,
Alevoso, á mi presencia,
Hijo de padres traidores,
Y engendrado entre cautelas,
Que con el Carpio os alzastes
Que dado os habia en tenencia;
Mas fiad de mi palabra,
Que de vos tomaré enmienda;
Aunque no haya que admirarse,
Si el traidor traidor engendra.
No hay que procurar disculpa,
Pues ninguna tienes buena.—
Bernardo, que atento estaba,
Respondió con faz siniestra :
— Mal os informaron, Rey,
Y con relacion mal hecha;
Que mi padre fué tan bueno,
Que á la antigua estirpe vuestra
En bondad no debia nada,
Y esto es cosa manifiesta.
Y en decir que fué traidor,
Miente quien lo dice ó piensa,
De vuestra persona abajo,
Que como á Rey se os reserva.
¡Muy bien mis grandes servicios
Con este nombre se premian!
De los cuales fuera justo
Que noticia se tuviera :
Mas es propio del ingrato;
Su propiedad, Rey, es esta,
Olvidar el beneficio,
Por negar la recompensa.
Una os debiera obligar,
Si de otra no se os acuerda,
Cuando en la del Romeral,
En la dudosa contienda
Os mataron el caballo,
Quedando en notable afrenta :
Y yo, como soy traidor,
Os di el mio con presteza,
Sacándoos, como sabeis,
De aquella mortal refriega.
Por ello me prometistes
Con razones halagüeñas
De darme á mi padre libre,
Sin lesion y sin ofensa.
Pero mal vuestra palabra
Cumplistes y real promesa;
Que para ser rey, por cierto,
Teneis muy poca firmeza,
Pues que murió en la prision,
Cual sabeis, con pasion vuestra.
Mas si yo fuera el que debo,
Si el hijo que debo fuera,
Su muerte hubiera vengado
En cosas que os ofendiera.
Pero yo la vengaré,
En algunas donde entienda,
Para mas os deservir,
Que notable daño os venga.
— Prendedle, prendedle, dice,
Mis caballeros, y muera
El loco desacatado
Que mi deshonra desea. —
Prendedle, gritaba el Rey;
Pero ninguno lo intenta,
Porque vieron que Bernardo
El manto al brazo rodea,
Poniendo mano á la espada,
Diciendo : — Nadie se mueva,
Que soy Bernardo, y mi espada
A ninguno se sujeta,
Y sabeis muy bien que corta,
De que teneis experiencia. —
Los diez, visto el duro trance,
A la contienda se aprestan :
Meten mano á los estoques;
Del hombro los mantos sueltan,
Y á los lados de Bernardo
Con feroz saña se aprietan,
Avisando á los demas
Con una acordada seña;
Los cuales del fuerte alcázar
Toman las herradas puertas,
Diciendo : — ¡ Viva Bernardo,
Y quien le ofendiere muera! —
Vista la resolucion,
Dijo el Rey con faz serena :
— Lo que de burlas os dije,
¿Tomado lo habeis de véras?
— Burlando lo tomo, Rey,—
Bernardo le respondiera ;
Y de la sala se sale,
Haciéndole reverencia.
Con él vuelven los trescientos,
Con bella y gallarda muestra,
Y derribando los mantos,
Ricas armas manifiestan,
De que el Rey quedó espantado
Y su injuria con enmienda.

(*Romancero general.* — It. *Seis romances de la historia de Bernardo*, etc. Pliego suelto.)

[1] En este pliego pone el romance como suyo Diego Cosío, poeta de fines del siglo xvi, pero es un plagio sin duda. El romance es, como se ve, al asunto mismo que el anterior; pero animado con un buen diálogo y reformado á la manera de los de fines del siglo xvi.

656.

LOGRA BERNARDO QUE LE ENTREGUEN SU PADRE, MAS CUANDO YA ERA CADÁVER.

(*Anónimo.*)

—Antes que barbas tuviese,
Rey Alfonso, me juraste
De darme á mi padre vivo,
Y nunca me das mi padre.
Cuando nací de tu hermana,
Que nunca fuera mi madre,
Le metiste en la prision,
Y aun dicen que meses ántes.
Acuérdate, Alfonso rey,
Ya que no dél, por mi parte,
Que es tu hermana sangre tuya,
Y que es mi padre mi sangre.
Si yerros fuéron los suyos,
Bien de hierros le cargaste;
Que los que son por amor
Alcanzan perdon de balde.
Prometido me lo tienes,
No de tu palabra faltes,
Que no es oficio de reyes,
Que de lo dicho se extrañen.
A tu cargo es la justicia,
Y á mi cargo el libertarle;
Pero si yo soy mal hijo
No debo, Rey, de culparte.
Todos mis amigos dicen

Que soy guerrero cobarde,
Sabiendo que padre tengo,
Y que no conozco padre.
Despues que espada me ciño
La he puesto por ti en mil lances,
Y cuanto mas la ejercito,
Ménos mercedes me haces.
Si de mi padre te extrañas,
No es justo d'ella te extrañes;
Que algun galardon merece
Quien buenos servicios hace.
Si en premio d'ello merezco
El premio que el mundo sabe,
Tiempo es ya que me le dés,
Buen Rey, ó me desengañes.
— Calledes vos, Don Bernardo,
No temais que yo vos falte,
Que la merced de los reyes,
Si se cumple, nunca es tarde;
Que ántes que mañana oiga
Misa en San Juan de Letrane,
Veréis vuestro padre libre
De su persona y mi cárcel.—
Cumplióle el Rey la palabra,
Mas fué con engaño grande,
Porque sin ojos y muerto
Mandó que se le entregasen.

(*Romancero general.*)

657.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Hincado está de rodillas
Ese valiente Bernardo
Delante el Conde su padre
Para besarle la mano,
Porque el casto rey Alfonso
De merced se lo ha otorgado.
Desque la mano le toma,
Frio y muerto le ha hallado,
Y con llanto doloroso
D'esta manera ha hablado:
— ¡Oh conde Don Sancho Diaz!
¡Oh buen conde desdichado!
Por tener vos tan mal hijo
Habeis venido á este estado.
No quiero vivir sin vos;
Morirme es mas acertado;
No quiero ser español,
Ni ser Bernardo llamado,
Hasta que vengue tu muerte,
Como ya estoy obligado. —
Y acabadas las razones,
Denodado va á palacio,
En busca del Rey su tio,
Que de él quiere ser vengado,
Turbado el rostro, furioso,
Y el color muy demudado.

(*Seis romances famosos de la historia de Bernardo*, etc. Pliego suelto.)

[1] Aunque moderna la impresion de que se ha copiado, el romance pertenece á fines del siglo XVI.

658.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En Leon y las Astúrias,
Alfonso el Magno reinaba [1],
El tercero d'este nombre
De los que ántes reinaban.
En su corte está Bernardo;
Por fuerte se señalaba;
Las rodillas en el suelo,
Al magno Rey suplicaba
Que a su buen padre librase
De la prision en que estaba,
Pues que se lo prometió,
Y jamas no se le daba,
No lo quiso el Rey hacer,
Lo que Bernardo demanda.
Bernardo con gran enojo
Del Rey se desnaturaba:
Las tierras del rey Alfonso
Todas se las estragaba.
Prendió muchos caballeros;
Al Rey venciera en batalla;
Los grandes de los sus reinos
Al buen Rey le suplicaran
Que dé á Bernardo su padre
Don Sancho Diaz Saldaña,
Porque Bernardo los prende,
Y á muchos d'ellos mataba:
Las tierras todas les corre,
D'ello gran mal se causaba.
El Rey por bien de su reino
Lo que piden aceptaba,
Si Bernardo le da el Carpio,
Castillo que edificara.
Bernardo tuvo por bien
De dar lo que le demandan:
El Rey cobrara el castillo;
Por el buen Conde enviara
A Luna, castillo fuerte,
Donde el Conde preso estaba.
Don Tibalte y Arias, godos,
Al Conde muerto le hallaban:
En baños al Conde meten,
Su persona aderezaban;
Honradamente le traen
Donde el rey Alfonso estaba.
Salió el Rey á recibirlo
Con Bernardo, y su mesnada.
Llegando cerca del Conde,
Bernardo se adelantaba:
Llegó al Conde su padre;
Las sus manos le besaba.
Cuando las vido estar frias,
Y la color demudada,
Y que no le respondia
A lo que le preguntaba,
Entendió que el Conde es muerto:
Muy gran clamor levantaba,
A grandes voces diciendo:
— ¡Ay, buen conde de Saldaña,
En mal hora me engendrastes,
Pues que vivo no os cobraba!
De vuestra larga prision
Yo, buen señor, soy la causa:
No me llamen vuestro hijo,
Pues de veros no gozaba
Sino muerto como estáis.
¡Gran dolor es á mi alma!

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] El autor de este romance se aparta de la tradicion comun, llamando Alfonso el Magno al que la historia denomina el Casto.

659.

AL MISMO ASUNTO

(*Anónimo.*)

— ¡Mal mis servicios pagaste,
Ingrato rey Don Alfonso,
Sabiendo que tu defensa
Estaba toda en mis hombros!
Mi padre me prometiste;
Mas, como rey alevoso,
Muerto y sin ojos le entregas,
Porque le viesen mis ojos.
¡Oh, mal hayan mis servicios,
Y aqueste brazo furioso,

Que con tan hidalgas obras
Ganó servicios tan cortos!
De hoy adelante he de ser
De tus contrarios socorro,
Porque premien los extraños
Las faltas de reyes propios.
No de su muerte me pesa:
Pésame que dicen otros
Que si yo buen hijo fuera,
No te guardara el decoro.
Ya maldigo el diestro brazo,
Que por servir un rey solo,
Deja perecer su sangre,
Porque le aborrezcan todos.
Por mí se podrá decir
Que han sido tiempos ociosos
Pues con honrosas hazañas
Mi propio padre deshonro.
Bien puede decir que tiene
Hijo descuidado y mozo,
Si cautivo le he dejado,
Por ser esclavo forzoso.
Cuando obligacion tuviste,
Con ser mi madre tu tronco,
Me trocaste la palabra,
¿Qué harás agora, Alfonso?
Nunca ella mi madre fuera,
Ni yo Bernardo, pues gozo
De sus yerros y mi agravio,
Que fueron dos malos gozos.
Si tus ofensas vengaste,
Desde agora, Rey, te informo
Que he de vengar mis ofensas,
Que no con reyes me ahorro. —
Esto lo dice Bernardo
Al Rey su tio, y dejólo
Con la palabra en la boca,
Y él se fué hecho un demonio,
Para buscar su venganza
Entre cristianos y moros,
Que tiene muchos amigos,
Porque es amigo de todos.

(*Romancero general.*)

660.

JURA BERNARDO VENGAR LA MUERTE DE SU PADRE.

(*Anónimo.*)

Retraido en su aposento,
Bernardo se estaba armando:
Suspiros daba del alma,
Y de coraje llorando,
Dice: — ¡Dulce padre mio,
Perdona al frágil Bernardo,
Que si yo buen hijo fuera,
Ya debiérades ser salvo!
Pero pues triunfó la muerte,
Y en prision has acabado,
Aquesta cobarde vida
Fenecerá peleando,
Hasta que conozca el Rey
Qué es perder un buen hidalgo,
Y matarle así en prision,
Como si fuera villano.
Mas aquesto eternamente
Traeré en el alma fijado,
Hasta fenecer la vida,
Por tu libertad llorando.
Y ya que matar no pueda
Al Rey, por ser su vasallo,
En cosas que él mas estima
Procuraré ser vengado.
Mas ya que vengado seas,
¿Qué te aprovecha, Bernardo?
Que morirás con dolor
Por no habello libertado:
Pero de vengar su muerte
Juramento á mi Dios hago. —
Y sobre las blancas armas
Luto se puso el del Carpio.

(*Códice del siglo* XVII, Biblioteca nacional.)

661.

BERNARDO INCREPA AL REY POR SU INGRATITUD.

(*Anónimo.*)

— ¡Inhumano rey Alfonso!
De tus tierras me despido,
Porque no es rey natural
Rey ingrato á los servicios.
A Francia quiero pasarme,
Donde tienen cierto aviso,
Que quien honró tu leon
Honrará tambien sus lirios.
Ya parece veo á Cárlos
Piadoso, aunque mi enemigo,
Porque lo que te amparé
No puedas gozar conmigo.
Menospreciaste mi espada;
Mas cuando en ella ó en pino
Tremolen lunas de plata
Echarás de ver sus filos.
Saldrá de mí tu leon
Ménos soberbio y altivo,
Las cuatro garras sin uñas,
Y la boca sin colmillos:
No tan altiva la frente,
Ménos bravo el cuerpo erizo,
Y la cabeza doliente
Con la fiebre de mi olvido.
Y si, lo que Dios no quiera,
Lidiando entre sarracinos,
Te mataren el caballo,
Acuérdate d'este mio,
Que un dia en el Romeral
Te libró de gran peligro,
Y en dar la muerte á mi padre
Pagaste este beneficio.
De peon te hice rey [1],
Y tú, desagradecido,
Como si fueras peon
Cumpliste lo prometido.
Mi noble padre mataste,
Sin pensar que su delito
Te dió el cetro y la corona
Con hacerme tu sobrino.
Mas te valió en Roncesvalles
Contra tantos paladinos
El retrato de mi padre,
Que te valieras tú mismo. —
Esto le dijo Bernardo
Al rey de Leon, su tio;
Valiente siempre de manos,
Y esta vez sólo de pico.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

[1] Aludiendo al juego del ajedrez, donde el peon es la pieza mas ínfima, como el soldado de á pié lo era en las guerras de aquel tiempo.

662.

SALE BERNARDO Á VENGAR LA MUERTE DE SU PADRE.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

Aspero llanto hacia,
En el Carpio retirado
Por la muerte de su padre,
El valeroso Bernardo.
En el pecho no le cabe
El corazon fatigado;
Esparce ardientes suspiros,
Culpando su hado avaro,
Junto con el proceder

Del rey Don Alonso el Casto.
De nadie consuelo admite,
Ni quiere ser visitado:
Por una parte pretende
Venganza del duro caso;
Por otra ve que le falta
Aun tiempo para llorarlo.
Mas venciendo al sentimiento
El valor del pecho osado,
Discurriendo por la casa
Fué á un aposento apartado,
Do estaba un antiguo arnes
Entre otras armas colgado,
Que era de su viejo padre,
Un tiempo dél bien usado,
De polvo y orin cubierto,
El cual tomando en la mano,
Los ojos altos al cielo,
Dice con semblante airado:
— En tanto que tú cubriste
Pecho que tanto valió,
Ninguno se le atrevió,
Ni corto en nada le viste;
Pero despues que á la espada
Inhábil el brazo vieron,
El respeto le perdieron,
Como cosa ya pasada.
Mas no se le juzgue ausente
El que agraviado le ha,
Que el agravio vivo está,
Y quien le vengue presente.
Y si el Rey le quiso hacer
Traidor por solo su gusto,
No habló como rey justo,
Y él oirá mi parecer:
Que si presente se hallara
Bernardo á la brega fiera,
Bien fuera posible oyera
Cosa el Rey, que le pesara.
Mas yo haré con mi ida
Que tenga el callar por bueno,
No con la mano en el seno,
Antes á la espada asida.
Y esté de una cosa cierto;
Que cuando le entrare á ver
Tengo el pecho de meter
De tí amparado y cubierto;
No para en el Rey tocar,
Que soy su vasallo al fin,
Sino por si algun ruin
Se quisiere adelantar.
Publica el Rey soy bastardo,
Siendo su hermana mi madre:
Soy su hijo, y de tal padre,
Que al fin me dejó Bernardo.
Mi padre fué tan honrado,
Que muy poco aventajara
Cuando adelante pasara
El matrimonio empezado.
Que bien se sabe en España,
Y el Rey lo sabe tambien,
De dónde vienen y quién
Son los condes de Saldaña. —
Cesó su habla con esto,
Y del viejo arnes armado,
Hizo que con gran presteza
Le trajesen un caballo
Bien trabado de buen hierro,
De color castaño claro:
Caparazon negro, y negro
De la lanza el hierro largo;
Negro el campo de la adarga,
Y en mitad del estampado
Un latiente corazon
Puesto en un puño cerrado,
Por toda parte oprimido,
Roja sangre destilando,
Y un letrero que decia:
«Romper tengo de apretado».
Salta en un bello andaluz,
Un asta gruesa blandiendo,
Diciendo: — Nadie me siga
Que no sea fijodalgo,
Y que no sepa de si
A lo que vive obligado. —
Juntó con estas palabras
Trescientos hombres Bernardo,
Gente granada y apuesta,
Bien armados á caballo,
Con quien, al caer el sol,
Bernardo partió del Carpio.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias de.— II. Seis romances de la historia de Bernardo*, etc. Pliego suelto.)

663.

BERNARDO LLORA Á SU PADRE Y CELEBRA SUS OBSEQUIAS.

(*Anónimo.*)

Las obsequias funerales
Sobre el ya difunto cuerpo
Celebra del padre suyo
Bernardo con ojos tiernos.
Hilo á hilo van bajando
Las lágrimas hasta el centro,
Que da temor el mirallo,
Y pone temor el vello.
— ¡Oh padre amado! le dice,
¿Cómo es posible que tengo
Alma que os dé, y no la doy,
Si es deuda de un hijo bueno?
¿Quién os pudo privar d'ella,
Y á mí la dejó en el pecho,
Pues para ver tanta pena
Tan solamente la siento?
Ya lloro vuestra prision,
Ya la libertad condeno
Que en prendas dejó la vida
Por gloria de mis deseos.
Si ya se vieron cumplidos,
¿Por qué con tanto tormento,
Que diera por no gozallos
La duda de merecellos?
Prision de tan largos años,
Libertad con tal exceso,
¿Cómo no la teme un rey,
Si está amenazando un reino?
Mas no es posible que tenga
Libre de temor el pecho,
Quien da ocasion á Bernardo
Que llore su padre muerto.
Pero en efecto es dolor
Cualquiera golpe en el cuerpo,
Que en cualquiera parte tiene
El alma su sentimiento.
No sé qué lágrimas vierta
En tanto desasosiego,
Padre, que á vos den la vida,
O á mí me la acaben presto.
O estoy mas muerto que vivo,
O de quien soy no me acuerdo,
O huye de mí la sangre,
Que por vos me ha honrado un tiempo.
¡Oh casto rey Don Alfonso,
Cómo publica este hecho
Que no conoces de padre
El dulce nombre que pierdo! —
No pudo pasar de aquí,
Que se le puso en el pecho
Un lazo estrecho de amor,
Y de padre un lazo estrecho.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

664.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Al pié de un túmulo negro
Está Bernardo del Carpio
Hincadas ambas rodillas
En medio de un templo santo.
Acompáñanle parientes,
Caballeros é hijosdalgo;
Por amistad ó por deudo
Todos están enlutados.
Vienen á hacer las obsequias
Del muerto conde Don Sancho,
Vertiendo lágrimas tiernas
Del fuerte pecho acerado.
Cubierto de triste luto,
Y el corazon enlutado;
Pero tan fuerte y robusto
Como cuando sale armado.
Un rato entre dientes habla,
Y otro rato habla claro,
Formando quejas al cielo
Del rey Don Alfonso el Casto,
Que muerto le dió á su padre,
Y vivo se le ha mandado.
— Si el Rey falta en su palabra,
Dice, ¿qué hará un villano?
Con tal sinrazon, Alfonso,
¡Buen nombre á tu hermana has dado!
¡Buen título á tu sobrino!
¡Y buen pago á tu criado!
Pero no pende mi honra
De tí, ni de aqueste agravio,
Que este brazo y esta espada
Me harán temido y honrado. —
Y volviendo al padre muerto
El valeroso Bernardo,
Con varoniles suspiros,
Colérico y demudado,
Abriendo el negro capuz
Hasta la punta de abajo,
Sin advertir que le escuchan,
Ni que está en lugar sagrado,
Con una mano en la barba
Y en la espada la otra mano,
Dice furioso, impaciente,
Con su rey y padre hablando:
— Seguro puedes ir de la venganza,
Amado padre, al espacioso cielo,
Que al acerado hierro de mi lanza,
Que de sangre francesa tiñó el suelo,
Y levantó de Alfonso la esperanza
Hasta el celeste y estrellado velo,
Ha de mostrar que no hay seguro estado,
Siendo Bernardo vivo y tú agraviado.
Uno soy solo, Alfonso, y castellano,
Uno soy solo, y el que puede tanto,
Que deshizo el poder de Carlo-Magno,
Dejando á toda Francia en luto y llanto.
Esta es la misma vencedora mano
Que á tí te dió victoria, al mundo espanto;
Y esta misma te hará, padre, vengado,
Que Bernardo está vivo y tú agraviado.

(*Romancero general.*)

ÉPOCA DE BERMUDO II, DE LEON, CON LOS ROMANCES DE LOS INFANTES DE LARA, Y LOS DE LOS CONDES DE CASTILLA, FERNAN GONZALEZ, GARCI FERNANDEZ, DON GARCÍA Y DON SANCHO GARCÍA.

ROMANCES SOBRE LOS INFANTES DE LARA Y DEL BASTARDO MUDARRA.

665.

BODAS DE RUY VELAZQUEZ CON DOÑA LAMBRA, Y ODIOS CONTRA LOS LARAS.

(*Anónimo*[1].)

A Calatrava la Vieja
La combaten castellanos;
Por cima de Guadiana
Derribaron tres pedazos;
Por los dos salen los moros,
Por el uno entran cristianos.
Allá dentro de la plaza
Fuéron á armar un tablado,
Que aquel que lo derribara
Ganará de oro un escaño.
Ese Don Rodrigo Lara,
Que es quien lo habia ganado,
De Garci Hernandez sobrino
Y de Doña Sancha hermano,
Al conde Don Garci Hernandez
Se lo llevó presentado.
Que le trate casamiento,
Pretende con Doña Lambra.
Ya se trata el casamiento,
¡Hecho fué en hora menguada!
Con Doña Lambra Burueva
Y Don Rodrigo de Lara.
Las bodas fuéron en Búrgos,
Las tornabodas en Salas:
En bodas y tornabodas
Pasaron siete semanas.
Tantas vienen de las gentes,
Que no caben por las plazas,
Y aun faltaban por venir
Los siete Infantes de Lara.
Hélos, hélos por do vienen
Con toda la su compaña:
Saliólos á recibir
La su madre Doña Sancha.
— Bien vengades, los mis hijos,
Buena sea vuestra llegada:
Allá irédes á posar
A esa cal de Canta-ranas;
Hallaréis las mesas puestas;
Viandas aparejadas.
Desque háyades comido, hijos,
No salgades á las plazas,
Porque las gentes son muchas,
Trábasen muchas barajas.—
Desque todos han comido
Van á bohordar á la plaza:
No salen lós siete Infantes,
Que su madre lo mandara;
Mas desque hubieron comido
Siéntanse á jugar las tablas.
Tiran unos, tiran otros,
Ninguno bien bohordaba.
Allí salió un caballero
De los de Córdoba la llana,

Bohordó hácia el tablado
Y una vara bien tirara.
Allí hablara la novia,
D'esta manera hablara:
—Amad, señoras, amad
Cada una en su lugar,
Que mas vale un caballero
De los de Córdoba la llana,
Que no veinte ni treinta
De los de casa de Lara [2].—
Oídolo habia Doña Sancha,
D'esta manera hablara:
—No digais eso, señora,
No digades tal palabra,
Porque hoy os desposaron
Con Don Rodrigo de Lara.
—Callad, Doña Sancha: vos
No debeis ser escuchada,
Que siete hijos paristes
Como puerca encenagada.—
Oídolo habia el ayo
Que á los Infantes criaba:
De allí se habia salido,
Triste se fué á su posada:
Halló que estaban jugando
Los Infantes a las tablas,
Si no era el menor d'ellos,
Gonzalo Gonzalez se llama;
Recostado lo halló
De pechos á una baranda.
—¿Cómo venis triste, ayo?
Decí, ¿quién os enojara?—
Tanto le rogó Gonzalo,
Que el ayo se lo contara:
—Mas mucho os ruego, mi hijo,
Que no salgais á la plaza.—
No lo quiso hacer Gonzalo;
Mas ántes tomó una lanza.
Caballero en un caballo
Vase derecho á la plaza:
Vido estar allí el tablado
Que nadie lo derribara;
Enderezóse en la silla,
Con él en el suelo daba.
De que lo hubo derribado
D'esta manera hablara:
—Amade, putas, amad,
Cada una en su lugar,
Que mas vale un caballero
De los de casa de Lara,
Que cuarenta ni cincuenta
De los de Córdoba la llana.—
Doña Lambra que esto oyera
Bajóse muy enojada;
Fuése a aguardar á los suyos,
Fuése para su posada,
Halló en ella á Don Rodrigo,
D'esta manera le habla:
—Yo me estaba en Barbadillo [3],
En esa mi heredad;
Mal me quieren en Castilla
Los que me habian de guardar.
Los hijos de Doña Sancha
Mal amenazado me han
Que me cortarian las haldas
Por vergonzoso lugar [4],
Y cebarian sus halcones
Dentro de mi palomar,
Y me forzarian mis damas
Casadas y por casar.
Matáronme mi cocinero
So faldas de mi brial.
Si d'esto no me vengais,
Yo mora me iré á tornar.—
Allí habló Don Rodrigo,
Bien oiréis lo que dirá:
—Calledes, la mi señora,
Vos no digades lo tal;
De los Infantes de Lara
Yo os pienso á vos de vengar.
Tretilla les tengo ordida,
Bien se la cuido tramar,
Que nacidos y por nacer
D'ello tengan que contar.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Esta tradicion se refiere á los tiempos en que era rey de Leon Bermudo II, el Gotoso, y conde de Castilla Garci Fernandez. Todo demuestra en esta composicion ser de muy remota antigüedad y de las primitivas. Su lenguaje rudo, su sintaxis desordenada, las costumbres que en el se describen y que parecen poco distantes, y aun conservadas en tiempo del poeta, todo, todo presta al romance un interes tanto histórico como filológico. Su asunto fué tratado en dramas por Juan de la Cueva, Lope de Vega, Matos Fragoso, y otros poetas de los años últimos del siglo XVI, y de hasta mediados del XVII.

[2] Con estas palabras, insultantes contra los Laras, daba desprecio Doña Lambra á los caballeros forasteros.

[3] Todo el trozo que sigue es proverbial: es decir, que se citaba mucho y se cantaba de continuo, sirviendo de tema para otros romances. Entre ellos se nota el de la primera parte de los del Cid, que dice: *Dia era de los Reyes.*

[4] Ya en siglos anteriores al XIII y XIV se castigaba á las rameras cortándolas las faldas y echándolas públicamente de los pueblos. Así Doña Sancha se queja á su desposado de que la dijesen una cosa tan ofensiva, para incitarle á la venganza.

666.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anonimo*[1].)

¡Ay Dios, qué buen caballero
Fué Don Rodrigo de Lara,
Que mató cinco mil moros
Con trescientos que llevaba!
Si aqueste muriera entónces,
¡Qué gran fama que dejara!
No matara sus sobrinos
Los siete Infantes de Lara,
Ni vendiera sus cabezas
Al moro que las llevara.
Ya se trataban las bodas
Con la linda Doña Lambra:
Las bodas se hacen en Búrgos,
Las tornabodas en Salas:
Las bodas y tornabodas
Duraron siete semanas;
Las bodas fuéron muy buenas,
Las tornabodas muy malas.
Ya convidan por Castilla,
Por Castilla y por Navarra:
Tanta viene de la gente
Que no hallaban posadas,
Y aun faltaban por venir
Los siete Infantes de Lara.
—Hélos, hélos por dó vienen
Por aquella vega llana.
Sálelos á recibir
La su madre Doña Sancha.
—Bien vengades, los mis fijos,
Buena sea vuesa llegada.
—Norabuena estéis, señora,
Nuesa madre Doña Sancha.—
Ellos le besan las manos,
Y ella á ellos en la cara.
—Huelgo de veros á todos,
Que ninguno no faltara,
Porque á vos, mi Gonzalvico,
Y á todos mucho os amaba.
Tornad á cabalgar, hijos,
Y tomad las vuestras armas,
Y allá os iréis á posar
Al barrio de Cantarranas.
Por Dios os ruego, mis hijos,
No salgais de las posadas,
Porque en semejantes fiestas
Se urden buenas lanzadas.—
Ya cabalgan los Infantes
Y se van á sus posadas;

Hallaron las mesas puestas,
Viandas aparejadas.
Despues que hubieron comido
Pidieron juegos de tablas,
Si no fuera Gonzalvico
Que su caballo demanda,
Y muy bien puesto en la silla
Se sale para la plaza,
En donde halló á Don Rodrigo
Que á una torre tira varas,
Y con fuerza muy crecida
A la otra parte pasaban.
Gonzalvico que esto viera,
Las suyas tambien tiraba:
Las suyas que pesan mucho
A lo alto no llegaban.
Doña Lambra qu'esto vido,
D'esta manera le hablaba:
—Amad, ó dueñas, amad
Cada cual en su lugar;
Mas vale mi caballero
Que cuatro de los de Salas.—
Cuando Sancha aquesto oyó
Respondió muy enojada:
—Calledes, Lambra, calledes,
Non digais la tal palabra,
Que si mis fijos lo saben
Ante tí te lo mataran.
—Calledes vos, Doña Sancha,
Que teneis por qué callar,
Pues paristes siete hijos,
Como puerca en muladar.—
Gonzalvico qu'esto oyera
Esta respuesta le da:
—Yo te cortaré las faldas
Por vergonzoso lugar,
Por cima de las rodillas
Un palmo y mucho mas.—
Al llanto de Doña Lambra
Don Rodrigo fué á llegar:
—¿Qu'es aquesto, Doña Lambra?
¿Quién os pretendió enojar?
Si me lo dices, yo entiendo
Que te lo he de bien vengar,
Porque á dueña tal que vos
Todos la deben honrar.

(*Silva de varios romances.*)

[1] Aunque este romance es algo ménos antiguo que el anterior, ofrece mucho interes, pues conserva las formas de los primitivos, é indica el camino por donde progresaba la poesía y el lenguaje. Los versos que hemos puesto en letra *itálica* son tomados del anterior. Comparado con este puede dar una idea de cómo se iban mudando los antiguos en otros mas modernos, pasando de boca en boca.

667.

AL MISMO ASUNTO.

(De Lorenzo de Sepúlveda [1].)

De los reinos de Leon
Bermudo tiene el reinado:
En esa ciudad de Búrgos
Bodas se habian concertado;
Ruy Velazquez es de Lara,
El que ha de ser desposado;
Casárase con Doña Lambra;
Mujer es de gran estado.
Gonzalo Gustios el Bueno
A las bodas es llegado:
Cuñado es de Ruy Velazquez,
Con la su hermana casado.
Trae consigo siete infantes,
Que de Lara se han nombrado,
Hijos de Gonzalo Gustios,
Sobrinos del desposado.
Criólos Nuño Salido,
Caballero muy honrado:
Mostróles buenas costumbres,
Como á nobles hijosdalgo.
A todos siete en un dia
Caballeros han armado;
Armóles Garci Fernandez
Ese conde castellano:
Caballeros son muy buenos,
En armas bien se han probado:
Muchos vienen á las bodas,
Caballeros de alto estado.
Duraron cinco semanas
Las fiestas que han comenzado,
Do celebran grandes fiestas
De placer muy sublimado.
La postrer semana d'ellas,
Don Rodrigo alzó un tablado
Muy junto de una ribera,
Que de Búrgos es cercano.
Al tablado tiran muchos,
Pero no hay tan esforzado
Que llegase á dar en él,
Aunque muchos lo han probado.
Un primo de Doña Lambra,
Que Alvar Sanchez es llamado,
Vió que caballero alguno
No alcanzaba en el tablado.
Lanzó á él un gran bohordo;
Gran ferida en él ha dado.
Quebrantóle algunas tablas;
Doña Lambra se ha gozado;
D'ello hobo gran placer,
Con su cuñada ha hablado.
Dijole: —¿Veis, Doña Sancha,
Qué caballero esforzado
Que es mi buen primo Alvar Sanchez,
Y tan bien encabalgado,
Que ninguno ha dado golpe
Adonde él lo habia dado?—
Doña Sancha y los sus hijos
Riendo d'ello han estado;
Ninguno dió miente á ello,
Que están las tablas jugando,
Solo Gonzalo Gonzalez,
El menor de los hermanos,
Que á furto de todos ellos
Cabalgaba en su caballo.
Con él iba un escudero
Que un azor lleva en la mano.
Gonzalo tomó un bohordo,
Fué donde estaba el tablado;
Tan gran golpe dió en él
Que por medio lo ha quebrado.
Doña Sancha y los sus hijos
Gran placer d'ello han tomado:
No placia á Doña Lambra,
Que mucho le habia pesado.
Los Infantes que lo vieron
Todos luego han cabalgado,
Temieron que vernía mal
A Don Gonzalo su hermano.
Alvar Sanchez con pesar,
Al Infante ha denostado;
El respondió á sus palabras,
A las manos han llegado.
Gran ferida dió el Infante
A Alvar Sanchez su contrario:
Dióle en medio del rostro
La mano, el puño cerrado,
Quebrantóle las quijadas,
Los dientes le ha derribado:
Muerto cayó luego en tierra
De encima de su caballo.
Doña Lambra que lo vido,
Grandes voces está dando.
Feríase en el su rostro
Con las manos arañando,
Diciendo: Que dueña alguna
Ansi se habia deshonrado
En bodas que fuesen hechas,
Sino á ella sola en su cabo.

Ruy Velazquez que lo oyó,
Luego habia cabalgado:
Tomó un astil de lanza,
Fué donde está Don Gonzalo
Firiéralo en la cabeza,
Gran herida le habia dado.
Cuando Gonzalo Gonzalez
Se vido tan lastimado,
Dijo á Don Rodrigo: — Tio,
Nunca os hice desguisado
Para recebir herida
Como vos me la habeis dado;
Yo cuido d'ella morir;
Pero ruego á mis hermanos
Que si d'ella yo muriere,
A vos non hayan rogado:
Y á vos, Ruy Velazquez, ruego
Que seais bien mesurado,
Non me tirais otra vez,
Que vos será demandado,
Y yo no podria sufrir
Hombre tan desmesurado.—
Ruy Velazquez con enojo
Otro golpe le ha tirado,
No le acertó en la cabeza,
En el hombro le habia dado;
El ástil quebró por medio;
El Infante de enojado
Tomó el azor que traia
En la mano á su criado,
Pues no traia arma alguna;
Con él á su tio ha dado;
Juntamente con el puño
Todo lo ha desmenuzado;
Por la boca y las narices
Sangre mucha ha derramado.
Mal trecho era Ruy Velazquez,
Armas está demandando
Llamando á sus caballeros,
Y á todos los de su bando.
Docientos hombres de estima
Están juntos á su lado:
Los Infantes y parientes
Tambien se habian juntado.
Garci Fernandez, el conde
De Castilla, ese condado,
Y el bueno Gonzalo Gustios
Todo lo han apaciguado.
Hiciéronlos luego amigos,
La saña habian quebrantado.
Entónces Gonzalo Gustios
A Ruy Velazquez ha hablado,
Díjole: —Vos, Don Rodrigo,
Sois caballero estimado,
Y habeis muy gran prez en armas,
Mas que todos los cristianos;
No hay ninguno que no tema
De teneros por contrario,
Y que no vos tenga envidia,
Porque sois tan afamado;
Yo tengo por bien mis hijos
Os sirvan de muy buen grado,
Y guarden vuestra persona,
Vos les haréis buen amparo
De guisa que valgan mas
Por estar a vuestro lado.—
Don Rodrigo respondió:
— Soy contento y muy pagado:
Gran placer d'ello recibo,
Con ello, cuñado honrado.
Haréles yo toda honra,
De mí serán muy amados,
Por ser todos mis sobrinos
Serán ellos bien tratados,
Mayormente siendo hijos
De hermana que tanto amo.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Compárese este con los dos anteriores romances, y se sabrá la manera como Sepúlveda, Alonso de Fuentes, y otros poetas de la última mitad del siglo xvi, desempeñaron la idea de imitar los primitivos, sacando los asuntos, ó bien de sus modelos, ó bien de las crónicas. Sin duda Sepúlveda y Timoneda, son los que en esta clase de composiciones han conservado mas sabor á la antigüedad.

668.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Ricas bodas, ricas danzas,
Grande sarao se hacia
En esa ciudad de Búrgos,
Que verlo fué maravilla.
Ruy Velazquez es de Lara
El que casado se habia
Con la hermosa Doña Lambra,
Señora de gran estima.
El viejo Gonzalo Gustos,
Hombre de gran valentía,
Cuñado de Ruy Velazquez,
A las bodas acudia,
Con su mujer Doña Sancha,
Sus hijos en compañía:
Los siete Infantes de Lara
Tenian por nombradía.
Siete semanas las bodas
Duraron, y el postrer dia
Velazquez armó un tablado,
Por ver quién le asolaria.
Muchos se prueban en él,
Pero nadie le derriba;
Si no fuera Alvar Sanchez,
Caballero de valía,
Pariente de Doña Lambra,
Que cuatro tablas hendia.
Doña Lambra muy gozosa
A su cuñada decia:
— Doña Sancha, ¿habeis mirado
Cuál lleva la mejoría
El mi primo Alvar Sanchez
De cuantos en corte habia? —
Gonzalo, el menor infante,
Luego en saberlo, subia
Encima de su caballo,
Y al tablado se venía
Con un lacayo tras él
Que en la mano halcon traia.
Toma un bohordo en su mano,
Y de tal fuerza le envia,
Que la mitad del tablado
Al suelo junto venia.
Doña Lambra que lo vido,
Extraño pesar sentia.
Los Infantes cabalgaron
Por si menester seria,
Favorecer á su hermano,
Si algun caso sucedia.
Alvar Sanchez, conmovido
De soberbia y muy gran ira,
Al Infante ha denostado:
El Infante arremetia,
Y dióle á puño cerrado,
En el rostro le heria;
Quebrantóle las quijadas;
En tierra muerto caia.
Doña Lambra que lo vido,
Lástima es ver qué hacia:
El rostro se está arañando,
D'esta suerte proseguia:
— ¿Cuál dama se ha visto en bodas
Deshonrada cual me via? —
Ruy Velazquez que lo oyera
Al campo presto salia;
Con un ástil en la mano
Al Infante sacudia:
Dióle encima la cabeza;

Del golpe sangre vertia.
El Infante cortesmente,
A su tio resistia
Diciendo : — Sed mesurado,
Usad ya de cortesía.—
Ruy Velazquez con enojo
Con otro golpe acudia;
Dióle en el hombro al Infante,
El ástil quebrado habia.
El Infante muy de presto
Tomó el azor que traia
En la mano su criado;
Con él al tio embestia :
Por las narices y boca
Su rostro en sangre teñia.
Ruy Velazquez de afrentado,
Sus armas presto pedia.
Luego fuéron de su bando
Muchos hidalgos de estima;
En favor de los Infantes
Notable caballería.
Garci Fernandez el conde,
Para apaciguar la riña,
Y el viejo Gonzalo Gustos
Estos dos en compañía,
Se pusieron de por medio;
Fué la paz hecha, cumplida.

(Timoneda, *Rosa española*. — F. Wolf, *Rosa de romances*.)

[1] Composicion reimpresa por el señor *Wolf*, y una de las que pueden atribuirse á Timoneda entre las que hizo reformando los romances viejos. Esta parece una reforma del romance número 667.

669.

DOÑA LAMBRA INJURIA Á LOS LARAS.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

Acabadas son las bodas
Que allá en Búrgos se hacian
De Ruy Velazquez de Lara
Con la que Lambra decian.
Doña Lambra y su cuñada
De Búrgos ambas partian :
Con ellas van los Infantes,
Que de Lara se apellidan,
Hijos de Gonzalo Gustios,
Caballeros de valía :
Tambien va Nuño Salido
Que los Infantes regía.
Llegaron á Barbadillo,
Que Ruy Velazquez tenia.
Los siete Infantes hermanos
Por her placer á su tia
Por aquese rio Arlanza
Cazando con aves iban.
Despues que hobieron cazado,
A Barbadillo volvian;
Entraron en una huerta
Que de placer ende habia.
A sombra del arboleda
Los Infantes se ponian :
El menor de los hermanos,
Que Don Gonzalo decian,
Un azor tomó en su mano,
En el agua lo ponia;
Con sabor de lo alegrar
Mucho regalo le hacia.
Doña Lambra que lo vido,
Como muy mal lo queria,
Llamado habia un criado,
D'esta suerte le decia :
— Toma agora tú un cohombro,
Fínchelo de sangre viva,
Y arrójaselo á Gonzalo,
Aquel que el azor tenia :
Vente luego para mí,
Que yo te mampararia.—
El hombre tomó un cohombro
Y de sangre lo teñia,
Dió con él á Don Gonzalo;
En sangre untado lo habia.
Sus hermanos que lo vieron
Muy gran pesar recebian,
Duéleles el corazon,
Vengarlo mucho querian,
Y con crecido pesar
D'esta manera decian :
— Ciñamos nuestras espadas,
Que nadie nos las veria
Debajo de nuestros mantos,
Y vayamos por la via
Contra de aquel peon
Que hizo tal villanía,
Y si viéremos que atiende
Y no muestra cobardía,
Tendrémos que con locura
Lo hizo y albardonía;
Mas si fuere á Doña Lambra,
Y ella en sí lo recebia,
Por su consejo lo hizo,
No se nos escape á vida.—
Fuéronse para el palacio;
El hombre cuando los via
Acogióse á Doña Lambra,
So su brial se metia :
Los Infantes que lo vieron
Á Doña Lambra decian :
— Cuñada, quitáos afuera,
No ampareis quien mal hacia.
— Mi vasallo es este hombre,
Doña Lambra respondia,
Si algo contra vos hizo
Yo vos lo castigaria:
Miéntras yazca en mi poder
Ninguno lo feriria.—
Los Infantes con braveza,
Sin hacer lo que decia,
Mataron el hombre allí
Ante ella que lo veia,
Y con la sangre del hombre
Sus tocas se las teñian.
Los Infantes cabalgaron;
Para Salas se volvian :
Llevaron á Doña Sancha
Su madre en su compañía.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Este romance, aunque reformado, conserva todavía el carácter de su orígen primitivo.

670.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Fenecidas ya las bodas
Que en Búrgos se han festejado,
Doña Lambra y Ruy Velazquez
Y Gonzalo su cuñado,
Doña Sancha y los Infantes
Juntamente han caminado.
Llegaron á Barbadillo,
Lugar muy regocijado,
Que de Ruy Velazquez era :
Allí se han aposentado.
Los Infantes por holgarse
De ir á caza han concertado;
Por ese rio de Arlanza
Mil aves han levantado.
A Barbadillo volvieron
Despues que hubieron cazado :
Entráronse en una huerta;
Allí han todos apeado
Debajo de unos olivos.
Ya que hubieron refrescado,

El menor de los Infantes,
Que Don Gonzalo es llamado,
Tomó su azor, y en el agua
Muchas veces lo ha mojado
Por regalarlo, y tambien
Porque estaba acalorado.
Doña Lambra que lo viera
A un lacayo ha consejado
Diciendo: —Toma un pepino [2],
Qué esté con sangre tiznado,
Y da con él al Infante,
Al menor, dicho Gonzalo,
Y vengáste para mí,
Que ninguno te hará daño.—
El lacayo, mal discreto
Obedeció su mandado:
Dió al Infante, y á los otros
Que le estaban á su lado.
En ver esto los Infantes,
Muy grande enojo han tomado.
No sabiendo qué hacerse,
A la fin han acordado [3]
Diciendo: —Vamos los siete
Con las espadas al lado
Hácia el lacayo atrevido,
Y si él se está parado,
Reputársele h'a locura,
Lo que contra nos ha usado:
Si se fuere á Doña Lambra
Porque d'ella sea amparado,
Obra fué de su consejo;
Muera el villano atreguado.—
Con este acuerdo los siete
Arremeten al lacayo:
Acogióse á Doña Lambra,
So su brial se ha escudado.
Los Infantes cortesmente
A Doña Lambra han hablado:
—Quitáos afuera, señora,
No ampareis un mal criado.—
—Mi vasallo es, dijo ella,
Y si acaso os ha enojado,
Yo os prometo castigalle,
Pues está bajo mi mando.—
Los Infantes con enojo
De su dicho no han curado:
Diéronle tales heridas,
Que allí muerto le han dejado,
Y con la sobrada sangre
Las tocas se le han mojado.
Cabalgaron los Infantes,
Para Salas se han tornado:
A Doña Sancha y su padre
Juntamente se han llevado.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — F. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] Es refundicion del anterior, número 669, de Sepúlveda, hecha por Timoneda.

[2] El dar en el rostro á un caballero con un cohombro ó pepino ensangrentado, era la mayor injuria é insulto que pudiera hacersele, por ser una increpacion emblemática de un acto impuro.

[3] Solo pasando por loco el que la irrogó, pudiera quedar impune la afrenta hecha á los de Lara.

671.

TRAICION QUE URDE RUY VELAZQUEZ CONTRA LOS DE LARA. — ENTREGA GONZALO GUSTIOS A ALMANZOR, PARA QUE LO MATE.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1])

Muy grande era el lamentar
Que Doña Lambra hacia
Sobre aquel, que los de Lara
Delante muerto le habian:
En medio de un gran corral
Un lecho armado tenia,
Cubierto de paños negros;
De hombre muerto parecia.
Doña Lambra y las sus dueñas
Gran lloro sobre él hacian,
Y con muy crecidos gritos
Viuda triste se decia,
De marido ya olvidada,
Y que ya no lo tenia.
Ruy Velazquez ha llegado
Que lo pasado sabia:
Doña Lambra se fué ante él,
Estas palabras decia:
—Mucho os pese, Ruy Velazquez,
De la gran deshonra mia;
Que me han hecho los Infantes
Una grande alevosía,
Que si vos no me vengais
Yo misma me mataria.
—No vos cuitedes, señora,
Ruy Velazquez respondia,
Que yo os daré tal derecho
Qu'el mundo se espantaria.—
Luego á Don Gonzalo Gustios
Sus mensajeros envia,
Rogándole venga á él
Porque hablarle queria.
Luego vino Don Gonzalo,
Sus hijos en compañía.
Recibiólos Don Rodrigo
Encubriendo la enemiga.
Halagólos con palabras
Como quien bien los queria;
Porque no se recatasen
Segurado los habia.
Hablando está con su padre,
D'esta manera decia:
—Cuñado, Gonzalo Gustios,
Las bodas que he hecho hoy dia
Costáronme grande haber;
Nadie me favorecia.
Aquese rey Almanzor,
Que en Córdoba residia,
Gran ayuda me mandó
Para el gasto que hacia.
Ruégovos por bien hayais
Llevar mi mensajería;
Saludadlo de mi parte,
Pedir heis lo que decia.—
Gonzalo Gustios le dijo
Que muy bien lo cumpliria.
Ruy Velazquez con enojo
Gran traicion obrado habia:
Apartóse con un moro,
Que bien sabe el aljamía,
Y escribióle al Almanzor
Una carta d'esta guisa:
«Salud á vos, Almanzor,
»Ruy Velazquez os envia:
»Los hijos de Gonzalo Gustios,
»Que con esta carta iban,
»Deshonraron mi mujer,
»Y á mi gran enojo hacian:
»Yo en tierra de los cristianos
»Vengarme no me podria:
»Envíoos allá al su padre,
»Quitalde luego la vida.
»Yo sacaré las mis huestes
»Para Córdoba esa villa,
»Llevaré sus siete hijos,
»Y irán en mi compañía:
»A Almenar iré con ellos,
»Y yo los entregaria
»A los vuestros caballeros
»De manera que no vivan.
»Cortaréisles las cabezas,
»D'ello gran bien os vernia,
»Que si los Infantes mueren
»Luego habréis toda Castilla;
»Que estos son los mas contrarios
»Que en toda Castilla habia,

»En quien tiene su esperanza
»Ese conde Don García [2]. »
La carta se cerró, y luego
Al moro matar hacia.
Dió la carta á su cuñado,
El cual luego se partia.
A Córdoba habia llegado
Donde Almanzor residia;
Dióle la carta en su mano
D'esta suerte le decia:
— Ruy Velazquez el de Lara
Saludes muchas te envía;
Ruégate luego le envies
Lo que ahí te escrebia.—
Almanzor leyó la carta,
Y luego allí la rompia.
Díjole: — ¡Gonzalo Gustios,
A qué fué la tu venida!
Tú sepas que Ruy Velazquez
A rogarme mucho envía
Que te corte la cabeza;
Yo no haré tal villanía. —
Mandólo poner en cárcel,
En prisiones lo ponian.
Encomendólo á una mora
Que por hermana tenia,
Para que mucho lo honre,
Que lo honre y que le sirva.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Hé aquí cómo Sepúlveda rimaba los hechos de las crónicas. Todo es prosa en este romance; pero tal vez se ve en él un buen cuadro de costumbres semi-bárbaras, que no carece de mérito.

[2] El conde Garci Fernandez.

672.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Llorando está Doña Lambra
Sin podella aconsolar:
Tocas de luto se puso,
Viuda se manda llamar.
Ruy Velazquez es llegado,
Empezóle á preguntar
Que le dijese la causa
De su triste lamentar.
Con lágrimas y sollozos
Comenzóselo á contar,
Diciendo: — Señor marido,
Tus sobrinos á la par,
Por matarte tu lacayo
Me han querido á mí matar.
Si esta tan gran deshonra
No pretendes de vengar,
Yo mesma me daré muerte,
O mora me iré á tornar. —
Ruy Velazquez con palabras
La empezó de apaciguar,
Diciendo: — Señora mia,
Dejad ahora el llorar,
Que yo ordenaré un tal hecho
Cual nadie pudo ordenar. —
Luego visto lo presente
Mensajero fué á enviar
Al padre de los Infantes,
Porque le queria hablar.
Sus hijos con él vinieron
Por mejor le acompañar.
Encubriendo la enemiga
Al buen viejo fué á abrazar.
Rogándole esta, rogando
Que se quisiese allegar
A ese rey Almanzor,
Que en Córdoba suele estar,
Porque le habia ofrecido
Cierto dinero prestar,
Y no hallaba otro que fuese
Para mejor se fiar.
Gonzalo Gustios creyendo
Tal mensaje, fué á aceptar.
Ruy Velazquez el traidor
Un moro mandó llamar
Que en arábigo escribiese;
Una carta fué á notar
Diciendo: « Rey Almanzor,
»Alá te quiera guardar.
»Al que la presente lleva
»Mandarás descabezar,
»Que es padre de los Infantes,
»Los cuales por me vengar
»De un agravio que me hicieron
»Yo te los haré sacar
»Hácia Cordoba, en mi gente,
»Y allí los podrás tomar.
»No dejes ninguno á vida,
»Crueldad quieras usar,
»Que si los Infantes mueren
»Castilla podrás ganar. »
Escrita que hubo la carta,
Al moro mandó matar.
Dió la carta á su cuñado,
A Córdoba fué a llegar:
El rey moro lo recibe,
Cabe sí lo hace asentar.
Leido que hubo la carta
Empezádola ha á rasgar.
Mirándole está mirando,
Ya cansado de mirar,
Con una voz amorosa
D'esta suerte le fué á hablar.
Díjole: — Gonzalo Gustios,
No os puede sino pesar
Lo que la carta decia,
Qu'es de la vida os privar.
Yo no haré tal villanía:
Mas por piedad usar,
En cárcel quiero que estéis,
No comun, mas de estimar,
Adonde seréis servido,
Por muy mejor os honrar,
De una hermana que yo tengo,
De quien os podeis fiar. —
Gonzalo Gustios de oirlo
Fuese en tierra á arrodillar
Para besarle las manos:
El Rey le fué á levantar.

(Timoneda, *Rosa española*. — H. Wolf, *Rosa de Romances*.)

[1] Refundicion del anterior hecha por Timoneda; pero á pesar de que es mas correcto, no es tan dramático ni conserva tanto su aire de antigüedad.

673.

TRAICION CON QUE RUY VELAZQUEZ ENTREGA SUS SOBRINOS Á LOS MOROS.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Ruy Velazquez el de Lara
Gran maldad obrado habia,
Que al bueno Gonzalo Gustios
Para Córdoba lo envia
Para que luego lo mate
Almanzor, que ahí residia.
A los Infantes de Lara,
Hijos dél, que no debia,
Con palabras engañosas
Gran engaño les hacia.
Dijoles: — Los mis sobrinos,
Miéntras mi hermano volvia,
Quiero hacer una entrada
Hasta Almenar, esa villa.
Si vos habedes por bien
De ir en mi compaña

Habré gran placer con vusco;
Y si en placer no os venia,
Quedad á guardar la tierra,
Que solo por mí lo haria. —
Los Infantes respondieron
Que todos con él irian,
Y que yendo él contra moros
Bien guisado non seria
Quedar ellos en la tierra
Y él aventurar su vida.
Ruy Velazquez les mandó
Aderecen su partida,
Y que en Febros, esa vega,
Allí los atenderia.
Salióse de Barbadillo
Con la gente que tenia;
Los Infantes van tras él,
Su ayo con ellos iba.
Llegados á un pinar
Que en la carrera se hacia,
Catado se han que agüeros
Malos mostrado se habian.
Ese buen Nuño Salido
Gran pesar d'ello tenia:
Díjoles: — Tornáos, Infantes,
A Salas la vuestra villa,
No pasemos adelante,
Malos agüeros habia.
Un buho da grandes gritos,
Un águila se carpia,
Cuervos muy mal la aquejaban,
Yo de aquí no pasaria.—
El menor de los Infantes,
Don Gonzalo se decia,
Díjole: — Nuño Salido,
No hablasteis á mi guisa,
Que el agüero que decis
A nos nada empesceria,
Sino al que hace la hueste
Y por mayor la regia;
Mas vos que sois ya muy viejo
Y de muy gran ancianía,
Y no para las batallas,
Volvéos por esa via,
Ca nos adelante irémos,
Que volver no nos cumplia.
— Hijos, respondió Don Nuño,
El corazon me dolia
Porque vais esa carrera,
Que llevais muy mala guia,
Ca tales agüeros vide
Non volveréis á Castilla,
Y pues á mí non creis
De vos yo me despedia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.

674.

DE CÓMO RUY VELAZQUEZ ENVIÓ Á SUS SOBRINOS Á COMBATIR LOS MOROS, PARA QUE MURIESEN.

(*Anónimo* [1].)

Ruy Velazquez muy contento
Pensando que muerto estaba
Gonzalo Gustios su deudo,
Con los Infantes hablaba:
— Sobrinos mios queridos,
Yo quiero hacer una entrada
Hasta Almenara, esa villa,
Por verme en gente pagana.
Si habeis por bien ir conmigo,
Hijos, yo no os lo negaba:
Si no lo habeis en placer
Quedaréis en la posada. —
Los Infantes respondieron:
— Seria cosa amenguada
Que yendo vos contra moros
No probásemos la espada. —
Contentos ya los Infantes
Para hacer esta jornada,
Su ayo Nuño Salido
A adrezallos ayudaba.
Salen con Ruy Velazquez,
Que vendidos los llevaba.
Llegados al lugar cierto
Do los moros aguardaban,
Vieron muy gran hueste d'ellos:
Don Gonzalo preguntaba:
— ¿Qué gente es aquella, tio? —
Velazquez respuesta daba:
— Moros son, demos con ellos,
Astrosos, no valen nada. —
Los Infantes como buenos,
Pusiéronse en la vanguardia,
Cada cual varonilmente
Jugando bien de la lanza.
El ayo, Nuño Salido,
Viendo qu'el tio aflojaba,
Y que de traves salia
De moros una emboscada,
Muy grandes voces y quejas
Que subian al cielo daba,
Diciendo: — ¡Traidor Velazquez,
Esto de ti se esperaba! —
Por socorrer los Infantes,
Embrazóse con la adarga;
Mató muchos de los moros:
Uno le dió una lanzada
De la cual cayó en el suelo:
A su Criador dió el alma.
Mucho pesó á los Infantes
De su muerte desastrada.
Méteuse como leones
Para bien vengar su saña:
Mas siendo diez mil los moros,
Poco les aprovechaba,
Pues quedando sin caballos,
Ni lanza, adarga ni espada,
Degolláronlos á todos:
Ruy Velazquez se tornara
A Burbena su lugar,
Viendo que vengado estaba.

(Timoneda, *Rosa española*. — H. Wolf, *Rosa de Romances*.)

[1] Parece refundicion de otro mas antiguo, hecha por Timoneda.

675.

LOS DE LARA CAEN EN LA EMBOSCADA DE MOROS QUE VELAZQUEZ LES PREPARÓ.

(*De Lorenzo de Sepúlveda*.)

Llegados son los Infantes,
Que de Lara se decian,
En esa vega de Febros
Do Velazquez atendia.
Saliólos á recibir
Con muy fingida alegría;
Preguntóles por Don Nuño,
Que ellos por ayo tenian.
Los Infantes respondieron
Que á Salas vuelto se habia
Porque vió malos agüeros
Por la via que venian.
Don Rodrigo respondió,
D'esta manera decia:
— Sobrinos, esos agüeros
Para nos gran bien serian,
Porque nos dan á entender
Que bien nos sucederia.
Ganarémos gran victoria;
Nada no se perderia:
Don Nuño lo hizo muy mal,
Que con vusco no venia;
Mande Dios que se arrepienta
Y me lo pague algun dia. —

Estando en estas razones
Don Nuño llegado habia,
Los Infantes lo abrazaron,
Grande placer recebian.
Ruy Velazquez con enojo
Contra Don Nuño decia :
— Siempre fuistes mi contrario
Hasta hoy en este dia,
Si derecho no he de vos
Mucho á mi me pesaria. —
Respondió Nuño Salido :
— Don Rodrigo, yo falsia
Nunca la tuve con vos,
Ni ménos tuve enemiga :
Siempre dije yo verdad,
Y por tanto yo decia,
Quien dijere estos agüeros
Ser buenos, muy mal mentia,
Y que trae gran traicion
Contra los que aqui yacian. —
Por deshonrado se tuvo
Ruy Velazquez que lo oia.
Dijoles á sus vasallos :
— Soldados, oid en mal dia,
Que me vedes deshonrar
Y por mí nadie volvia :
Dadme ya derecho dél,
A grandes voces pedia. —
Levantóse un caballero,
Mano á su espada ponia;
Fué contra Nuño Salido,
Con ella darle queria.
El menor de los Infantes
Delante se le ponia;
Dióle tan grande puñada
Que en la tierra lo ponia;
A los piés de Ruy Velazquez
Muerto lo dejó sin vida.
Ruy Velazquez pidió armas
Porque vengarse queria
De los su siete sobrinos,
Su muerte mucho cobdicia.
Las faces tienen paradas,
Pelear todos querian:
Gonzalo Gonzalez el bueno
A Ruy Velazquez decia :
— Sacástenos de la tierra
Contra aquesta moreria,
Y ora querernos matar
Mal contado vos seria.
Si querella habeis de nos,
Aquí se os enmendaria. —
Ruy Velazquez respondió,
Que era bien lo que decia;
Porque no podia vengarse,
Disimulado lo habia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*.)

676.

PELEAN LOS DE LARA CONTRA LOS MOROS; MUERE NUÑO SALIDO, SU AYO, Y FERNAN GONZALEZ, EL MAYOR DE ELLOS.

(*Anónimo* [1].)

¿Quién es aquel caballero
Que tan gran traicion hacia?
Ruy Velazquez es de Lara,
Que á sus sobrinos vendia.
En el campo de Almenar
A los Infantes decia
Que fuesen á correr moros,
Que él los acorreria,
Que habrian muy gran ganancia,
Muchos captivos traerian.
Ellos en aquesto estando
Grandes gentes parecian;
Mas de diez mil son los moros,
Las enseñas traen tendidas.
Los Infantes le preguntan
Qué gente es la que venia.
— No hayais miedo, mis sobrinos,
Ruy Velazquez respondia,
Todos son moros astrosos,
Moros de poca valia,
Que viendo que vais á ellos
A huir luego echarian;
Y si ellos vos aguardan
Yo en vuestro socorro iria :
Corrílos yo muchas veces,
Ninguno lo defendia.
A ellos id, mis sobrinos,
No mostredes cobardia. —
¡Palabras son engañosas
Y de muy grande falsia!
Los Infantes como buenos
Con moros arremetian;
Caballeros son doscientos
Los que su guarda seguian.
El á furto de cristianos
A los moros se venia.
Dijoles que sus sobrinos
No escape ninguno á vida,
Que les corten las cabezas
Qu'él no los defenderia.
Docientos hombres no mas
Llevaban en compañía.
Don Nuño que ir los vido
Ido habia por su espía,
Y cuando oyó las palabras
Que á los moros les decia,
Daba muy grandes las voces
Que en el cielo las ponia.
— ¡Don Ruy Velazquez traidor,
El mayor que ser podria!
¿A tus sobrinos infantes
A la muerte los traias?
Miéntras el mundo durare
Durará tu alevosia,
Y la falsedad que has hecho
Contra la tu sangre misma. —
Despues que aquesto hobo dicho,
A los Infantes volvia,
Dijoles : — Armáos, mis hijos,
Que vuestro tio os vendia :
De consuno es con los moros,
Ya concertado tenian
Que os maten á todos juntos. —
Ellos armáronse aina :
Las quince huestes de moros
A todos cerco ponian;
Don Nuño que era su ayo
Gran esfuerzo les ponia :
— Esforzáos, non temades,
Haced lo que yo hacia :
A Dios yo vos encomiendo,
Mostrad vuestra valentía. —
En la delantera haz
Don Nuño herido habia
Y muerto muchos de moros,
Mas á él muerto lo habian.
Los Infantes arremeten
Con la su caballeria :
Mezcláronse con los moros,
A muchos quitan la vida.
Los cristianos eran pocos,
Veinte moros á uno habia;
Mataron á los cristianos,
Que á vida ninguno finca;
Solos quedan los hermanos,
Que ninguna ayuda habian.
Encomendáronse á Dios,
Santiago, valme, decian :
Hirieron recio en los moros,
Gran matanza les hacian,
No osan estar delante
Que gran braveza traian.
Fernan Gonzalez menor

A sus hermanos decia :
— Esforzáos, mis hermanos,
Lidiemos con valentía,
Mostremos gran corazon
Contra aquesta morería.
Ya no habemos ayuda,
Solo Dios darla podia;
Ya murió Nuño Salido,
Y nuestra caballería :
Venguémoslos ó muramos,
Nadie muestre cobardía.
Que desque estemos cansados
Esta sierra nos valdria. —
Volvieron á pelear,
¡Oh qué reciamente lidian!
Muchos matan de los moros,
A otros muchos herian;
Muerto han á Fernan Gonzalez,
Seis solos quedado habian.
Cansados ya de lidiar
A la sierra se subian;
Limpiáronse los sus rostros
Que sangre y polvo teñian.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Este romance es uno de los viejos que intercaló Sepúlveda en su coleccion; pero ciertamente no es suyo, aunque tal vez le haya alterado en algo. Hay en él un vigor y una espontaneidad que demuestra haberse hecho sin sujetarse á la pauta de una crónica. Por otra parte su lenguaje y construccion parecen anteriores á la primera mitad del siglo XVI. Es muy dramático, natural y oportunamente dialogado.

677.

PROSIGUE LA BATALLA : LOS DE LARA OBTIENEN TREGUA DE LOS MOROS, MAS RUY VELAZQUEZ SE LES OPONE Y LES NIEGA EL SOCORRO QUE LE PEDIAN.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Cercados son los Infantes,
De los moros de Almenara;
Cansados de pelear
La muerte tienen cercana.
Treguas envian á pedir
A Galve y á Don Vigara
Capitanes de Almanzor
El que allí los enviara,
Hasta que su tio lo sepa
Ruy Velazquez el de Lara,
Ese malo fementido
Que la muerte les buscara.
Los moros les dan las treguas
Que los hermanos demandan :
Don Diego Gonzalez fué
El que llevó la embajada.
Ruy Velazquez que lo oyó
Dijo : — ¡No sé que demandan! —
Respondió Diego Gonzalez,
Otra vez le replicara :
— N'os olvideis, Don Rodrigo,
De cumplir vuestra palabra :
Sea la vuestra mesura,
Que ayuda nos sea dada,
Que estamos en muy gran queja,
La muerte habemos cercana.
Mi hermano Fernan Gonzalez
Muerto en el campo quedaba,
Y doscientos caballeros
Que vienen en nuestra guarda.
Hacedlo por Dios del cielo,
Y por su Madre sagrada,
Catad que somos cristianos
Y fijos de vuestra hermana,
Naturales de Castilla,
Y que hacerlo os obligaba. —
Ruy Velazquez, como malo,
Esta respuesta le daba :
—A buena ventura os id,
Que yo no iré en vuestra guarda;
Acordaos de mi deshonra,
De que en Búrgos fuistes causa,
Al celebrar de mis bodas
Do mi cuñado matarás;
Y tambien de la que hecisteis
A mi mujer Doña Lambra,
Que le matastes delante
Un hombre que ella amparara,
Y el que en la vega de Febros
Matastes de la puñada.
Buenos caballeros sois,
De la alta alcuña de Lara;
Pelead como valientes;
Mi ayuda no os será dada :
No tengais fiducia en mí,
Todos moriréis á espada. —
Tornado se habia Don Diego
Donde los cinco quedaran;
Contóles la mala ayuda
Que en el su tio se hallaba.
Mil cristianos, á escondidas,
De Ruy Velazquez se apartan
A ayudar los seis hermanos,
Mas el traidor lo excusaba,
Diciendo : — Dejad, amigos,
Verémos cómo lidiaban,
Que si ayuda han menester
Por mí les sería dada. —
Mas hasta trescientos d'ellos
A su excuso se apartaran
A ayudar á los Infantes
Que muy cuitados estaban.
Los hermanos que los vieron
A ellos enderezaban
Creyendo que su mal tio
A matarlos se lanzaba.
Los caballeros les dicen :
— Quedos estad, los de Lara,
Que venimos á ayudarvos
Y vamos en vuestra guarda :
Con vusco aquí morirémos;
El vuestro tio, mal haya,
Que vuestra muerte procura,
Y en sabor tanto la haya;
Y si nos fincamos vivos
No queremos otra paga
Sino que dél nos libreis
Si él á Castilla tornaba. —
Ellos se lo prometieron,
Y la fe d'ello les daban.
Fuéron á ferir los moros,
Muy esquiva es la batalla,
Tan cruda que otra mayor
De tan pocos no se halla.
Mil han muerto de los moros,
Ningun cristiano quedaba :
Los Infantes de cansados
No pueden mover la espada.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

678.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Cansados de pelear
Los seis hermanos yacian;
Infantes todos los llaman,
Que de Lara se decian.
No pueden alzar los brazos,
¡Tan cansados los tenian!
El dolor era crecido
Que Viara y Galve habian,
Capitanes de Almanzor :
A su tio maldecian
En dejar morir hidalgos

De tan alta valentía,
Mayormente siendo hijos
De una hermana que habia.
Sácanlos de entre los moros,
Que matarlos no querian:
Llevóronlos á sus tiendas;
Desarmado los habian:
Mandáronlos dar del pan
Y tambien de la bebida.
Ruy Velazquez que lo vido
A Viara y Galve decia:
— ¡Muy mal lo haceis vosotros
Dejar á aquestos á vida!
Porque si ellos escapan,
A Castilla no tornaria,
Ca ellos me mataran:
Defender no me podria. —
Los moros han gran pesar
D'esto que decir le oian.
El menor de los Infantes
Con enojo le decia:
— ¡Oh traidor, falso, malvado,
Grande es tu alevosía!
¡Trujistenos con tu hueste
A quebrantar la morisma
Enemiga de la fe,
Y á ellos tú nos vendias,
Y dices que aqui nos maten
De Dios perdon no recibas,
Ni perdone él tu pecado
Tan perverso que hoy hacias.—
Los moros á los Infantes
Aquesto les respondian.
— No sabemos qué os hacer,
Infantes de gran valía,
Que si vivos os dejamos
Ruy Velazquez él se iria
A Córdoba al Almanzor
Y moro se tornaria:
Darle ha muy gran poder,
Y si contra nos lo envia,
A nos buscará gran mal,
Qu'es hombre de gran falsía.
Vivos tornar vos queremos
Do la batalla se hacia:
Procurad de os defender;
Vuestro mal á nos dolia. —
Los Infantes se han armado;
Y al campo tornado habian,
Y encomendándose á Dios
A los moros atendian.
Los moros cuando los vieron
A ellos van con gran grita.
¡Muy cruda es la batalla!
¡Ellos bien se defendian!
Como los moros son muchos,
Poca mella les hacian.
Dos mil y sesenta han muerto,
Sin los que han dado heridas.
Don Gonzalo, el menor d'ellos,
Es el que mas mal hacia:
¡Gran matanza hizo en los moros!
¡La su vida bien vendia!
Cansados son de lidiar;
Moverse ya no podian;
Matáronles los caballos,
Lanza ni espada tenian,
Ni otras armas algunas,
Que quebrado las habian.
Los moros presos los tienen;
Desnudaron sus lorigas;
Descabezado los han;
Ruy Velazquez que lo via.
Don Gonzalo el mas pequeño
Grande cuita en sí tenia;
Cuando vió descabezados
Hermanos que bien queria,
Cobró muy gran corazon;
Quitóse del que lo asía:
Arremetió con el moro
Que la crueldad hacia.
Dióle tan recia puñada,
Muerto en tierra lo ponia.
De presto tomó la espada,
Veinte moros muerto habia.
Volvieron luego á prenderlo,
Descabezado lo habian.
Quedan los Infantes muertos,
Ruy Velazquez se volvia
A Burueva su lugar;
Por vengado se tenia,
Habiendo hecho traicion
La mayor que ser podia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

679.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Cansados de combatir
En la sangrienta batalla,
Que tuvieron con los moros
En campos de Arabiana,
Los valerosos infantes
Siete del nombre de Lara,
Porque el traidor de su tio
Les tuvo traicion armada,
Dos capitanes contrarios,
Llamados Galva y Viara,
Los recogen en su tienda
Miéntras la tregua está dada.
Movidos de compasion
De ver que mueren sin causa
Los mas famosos guerreros
Que tuvo ni tenia España,
Cúranles de las heridas
Y aderézanles las armas,
Regálanlos con comida
En blandas y apuestas camas,
Diciéndoles: — Aunque somos
De ley y nacion extraña,
Vuestro valor nos obliga
A que aquesto y mas se haga. —
El traidor de Ruy Velazquez
Al rey Almanzor contaba
Como le hacen traicion
Los moros Galva y Viara.
El Rey los manda llamar
Y les pregunta la causa
De celebrar amistad
Con los infantes de Lara.
Ambos responden: — Señor,
Es razon en guerra usada
Que al enemigo vencido
No se ha de tirar la lanza;
Mas cuando la traicion
Es de su daño la causa,
Al mas riguroso pecho
Le vuelve de cera blanda:
Y si tú, Rey, permitieras
Que acabaran la batalla
Otros nuevos capitanes,

[1] La misma nota que al del número 678 le conviene á este, que forma un bellísimo y animado cuadro de una interesantísima situacion. El odio, la venganza y la traicion de Ruy Velazquez, contrasta enérjicamente con la caballerosa y generosa compasion que usan los moros con los de Lara. La valerosa y desesperada defensa que estos hacen, en presencia de una muerte inevitable, presenta una escena llena de interes, á la cual engrandece la situacion de Gonzalo, que ve caer las cabezas de sus hermanos, y es el último en morir, para mayor tormento suyo, pero sin decaer de ánimo ni rendirse al dolor. No puede hallarse una situacion mas eminentemente trágica, ni es posible explicar las impresiones que produciria en el público escuchar este romance, á pesar de sus versos rudos y prosáicos, y de la inverosímil generosidad de que los moros, resueltos á matar á los Infantes, los permitiesen tan obstinada y mortífera defensa.

Nos hicieras merced alta,
Porque la gran sinrazon
A grandes voces nos llama
Diciendo : si es con traicion,
Nunca es justa la demanda,
Ni al vencedor con justicia
Se le debe dar la palma.

(*Romancero general.*)

[1] Resúmen de los tres anteriores romances.

680.

MUERTE DE LOS DE LARA.

(*Anónimo.*)

Saliendo de Canicosa
Por el val de Arabiana
Donde Don Rodrigo espera
A los hijos de su hermana,
Por campo de Palomares
Vió venir con gran compaña
Muchos yelmos reluciendo,
Mucha adarga bien labrada,
Mucho caballo lijero,
Muchas lanzas aceradas.
La seña que viene en ellas
Es media luna cortada;
Alá traen por apellido,
A Mahoma á voces llaman.
Tan altos daban los gritos
Que los campos atronaban;
Lo que las voces decian
Grande mal significaban :
— ¡ Mueran, mueran, van diciendo,
Los siete infantes de Lara!
¡Venguemos á Don Rodrigo
Pues tiene con ellos saña! —
Allí está Nuño Salido,
El ayo que los criara;
Como ve la gran morisma
D'esta manera los habla :
— ¡Oh los mis amados hijos!
¡Quién vivo no se hallara
Por no ver tan gran dolor
Como agora se esperaba!
Si no os hubiera criado
No sintiera tanta rabia;
Mas quiéroos tanto, mis hijos,
Que ya se me arranca el alma.
¡Ciertamente nuestra muerte
Está bien aparejada!
No podemos escapar
De tanta gente pagana;
Venguemos bien nuestros cuerpos,
Y miremos por las almas;
Peleemos como buenos,
Las muertes queden vengadas;
Ya que lleven nuestras vidas,
Que las dejen bien pagadas.
No nos pese de la muerte
Pues va tan bien empleada,
Y morimos todos juntos
Como buenos, en batalla. —
Como los moros se acercan,
A cada uno por sí abraza;
Cuando llega á Gonzalvico
En la cara lo besara :
— ¡ Hijo de Gonzalo Gonzalez ;
De lo que mas me pesara
Es de lo que lo sentiria
Vuestra madre Doña Sancha!
Erades su claro espejo;
Mas que á todos os amaba,
Y agora perderos tiene
Sin tener mas esperanza. —
En esto los moros llegan,
Traban con ellos batalla,
Los Infantes los reciben
Con sus adargas y lanzas :
« Santiago, Santiago, cierra »,
A grandes voces clamaban :
Muy muchos moros mataron,
Mas ellos allí quedaron.

(*Silva de varios Romances.*)

681.

PRESENTA ALMANZOR Á GUSTIOS LAS CABEZAS DE SUS HIJOS.

(*Anónimo*[1].)

Yantando con Almanzor
Está Don Bustos de Lara,
Que bien puede con los reyes
Comer el señor de Salas.
En Córdoba tiene el cuerpo
Preso, y en Búrgos el alma,
Do fincan sus siete hijos
Y su mujer Doña Sancha :
Y despues de haber servido
Mil manjares á su usanza,
Dice el Rey : — Gonzalo amigo,
Un costoso plato falta. —
Respóndele el noble hidalgo,
Descubriendo honradas canas :
—En la tu mesa, señor,
Non puede haber mengua en nada.—
En esto vino una fuente,
Que cubria una tohalla,
Y en ella siete cabezas,
De aquel tronco muertas ramas.
Mira la fuente Gonzalo,
Y dice :—¡Ay fruta temprana!
¿Quién vos trasportó de Búrgos
A los campos de Arabiana?
Mas ¡ay mis hijos! que son
Mis preguntas excusadas,
Que con sangre viene escrito
Que es Rodrigo y Doña Lambra.
¡Quién d'este plato pudiera
Dar la mitad á mi Sancha;
Que los mis ojos no pueden
Cumplir con desdichas tantas!
Si Narciso en una fuente
Se arrojó viendo su cara,
Yo que en ti veo siete, y tales,
¿Cómo no me arrojo? aguarda.
Ya, fuente, perdiste el nombre
En el mar de mis desgracias :
Huye, Almanzor, no te anegue,
Que sale de padre el agua.
A todos lloro igualmente
Con sangre, aunque sale blanca,
Que lágrimas de mis ojos
Es sangre que vierte el alma.
Leon seré, yo os prometo,
Mis fijos, en la venganza.
Mas ¡ ay! que aunque soy leon
Mi cautiverio es cuartana.
¡Ay ovejas sin pastor!
Que tambien murió la guarda;
Y porque los perros se harten
En Córdoba el perro guardan.
Guárdate, Almanzor, que suele
A veces morder con rabia
En la carne del señor,
Cuanto y mas si es quien le agravia.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

[1] El autor imita á veces el lenguaje antiguo; pero el romance es de fines del siglo XVI.

682.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Los siete infantes de Lara,
Y su ayo Nuño Salido,
En el campo de Almenara
Muertos quedaban tendidos,
Que su tio Ruy Velazquez
Gran traicion habia urdido;
Aunque ántes que los maten,
Bien sus vidas han vendido.
Cortáronles las cabezas,
A Córdoba se han traido:
Presentáronse á Almanzor.
Almanzor cuando las vido,
Mucho d'ello le pesaba
Porque las ha conocido.
Untadas están en sangre,
Laváronlas con el vino;
Tendiéronlas en el suelo,
Sobre un paño de lino.
Almanzor se fué á la cárcel
Do está Don Gustios metido;
Padre es de los Infantes,
D'este mal nada ha sabido.
—¿Como va Gonzalo Gustios?—
Almanzor ansí le ha dicho.
—Muy bien, respondiera él,
Señor, al vuestro servicio.
Bien sé que me sacarédes
Hoy de donde estoy captivo;
Que ansí es vuestra costumbre:
Buen Rey, cumplilda comigo.
Por haberme visitado,
Libre soy por lo que digo.
Almanzor dijo: Don Gustios,
De Castilla habian venido
Mis gentes de pelear;
Con cristianos se habian visto:
Cristianos pierden el campo,
Cabe Almenar el castillo:
Ocho cabezas trujeron,
Una de hombre encanecido,
Las siete son de mancebos,
Conocellas no he podido;
Quiérote sacar de aquí
Para que las hayas visto,
Que mis adalides dicen
Que de Lara es su apellido.
De Salas son naturales,
Sus nombres no me habian dicho.
—Si yo, Almanzor, las veo,
Don Gonzalo ha respondido,
Decirte he de dónde son
Y de dónde han descendido:
No hay caballero en Castilla,
Que yo no lo hobiesse visto,
Y conozca de dónde es,
Y el linaje do ha venido.—
Sacólo de la prision,
A ver las cabezas vino;
Conocido las habia;
En tierra cayó tendido
Con el gran pesar que habia:
Por muerto lo habian tenido.
Despues que volviera en sí,
Comenzó gran alarido.
Dijo:—Rey, estas cabezas
Muy bien las he conocido;
Los siete de los Infantes
Los mis hijos tan queridos:
Esta sola del su ayo,
Ese buen Nuño Salido,
Que á los Infantes crió:
¡Mucho los hubo querido!—
El llanto hacia muy grande,
Muy grande y muy dolorido.
No hay ninguno que lo oyese
Que á pasion no sea movido,
Y por no ver el su llanto,
Compaña no le han tenido.
Una á una las cabezas
Las tomaba con gemido;
Razonaba los sus hechos,
Y su esfuerzo tan cumplido:
Y con gran cuita que tiene
Un espada habia cogido,
Y delante de Almanzor,
Siete moros ha herido;
No le dieron mas vagar
Que luego lo habian prendido.
Mucho rogaba á Almanzor,
Lo degüellen con sus hijos,
Que ya no quiere vivir,
Pues tan gran mal le ha venido.
Consolábalo Almanzor,
Libráralo de captivo,
Y dióle de sus haberes,
Que muy bien lo ha proveido.
Enviáralo á Castilla;
Del Rey se ha despedido:
Las mercedes que le ha hecho,
Mucho las ha agradecido.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

683.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Siete cabezas los moros
Traian con alarido
De los infantes de Lara,
Y la de Nuño Salido.
Presentáronse á Almanzor;
Almanzor, como las vido,
Mandó en el suelo tendellas,
Y en el punto ha proveido
Qu'el padre de los Infantes
Ante d'él fuese traido.
Como ya el buen viejo fuese
En su presencia venido,
Dijo Almanzor.—Padre honrado,
Mis vasallos han vencido
Una hueste de cristianos:
No les arriendo el partido.
Ocho cabezas trujeron,
Una de hombre encanecido;
Mira tú si las conoces,
Y de dónde han descendido.—
En verlas, Gonzalo Gustos
En tierra muerto ha caido [2]:
Despues que volviera en sí
Dijo al Rey muy afligido:
—Estas de mis hijos son,
Que bien las he conocido:
Esta sola es de su ayo,
Ese buen Nuño Salido,
Que los Infantes criara;
¡Mucho los hubo querido!—
Una á una las cabezas
Las tomaba con gemido;
Razonaba de sus hechos
Y de su esfuerzo crecido:
El llanto que en esto hacia
Era grande y dolorido,
Tal qué á compasion no habia
Quien no fuese conmovido.
Consolábalo Almanzor;
Libertad le ha prometido,
Y allí vista la presente,
De haberes le ha proveido.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — H. WOLF, *Rosa de Romances*.)

[1] Parece refundicion del anterior, hecha por Timoneda.
[2] Debiera decir: *Cayó en tierra amortecido.*

684.

LAMENTA GUSTIOS LA MUERTE DE SUS HIJOS.

(*Anónimo* [1].)

Besando siete cabezas
De siete muertos infantes,
Agua les da de sus ojos,
Y recibe en cambio sangre,
El viejo Gonzalo Bustos
Con las ansias mas notables
Que han causado sentimientos,
Ni han engendrado desastres.
No habla palabra alguna,
Que no es bien embarazarse
En puerta do salen muchos
De suerte que nadie sale.
A Dios pide mil venganzas
Con mas de dos mil señales;
Con mas pausas que palabras
Les dice razones tales:
—Bien parece que es un Rey
El que á su mesa me trae,
Pues que las frutas de postre
Tan grande interese valen.
Porque los extremos cuente,
Y los medios deje aparte,
Es el *post* siete hijos muertos,
Y una gran traicion el *ante*.
¡Mucho se ha alargado el Rey!
¡Mas qué mucho que se alargue,
Pues quiere mi desventura
Que él convide, y que yo gaste!
No me espanta, amados hijos,
Veros y verme en tal trance,
Porque un traidor encubierto
Es señor de mil leales.
Si el ver muerto á un hijo solo
La paciencia acaba á un padre,
Ver siete, y á traicion muertos,
La vida es razon que acabe.
Y pues el número siete
Tiene excelencias tan grades,
No hay trabajo como el mio,
Pues de siete causas nace.
¡Pudieras, traidor injusto,
Homicida, aleve, infame,
Dejarme de siete el uno
Para dejar de acabarme!
Mas quisiste temeroso,
Que un traidor siempre es cobarde,
Porque vengador no quede,
Acabar todo un linaje.
Pues malogras juventudes
Dignas de dos mil edades,
Llámente Velazquez ruin,
No te llamen Ruy Velazquez.

(*Romancero general.*)

[1] Fria, insulsa y pedantesca narracion de un hecho muy tierno y patético.

685.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

Llorando atiende [1] Gonzalo
Las ocho amadas cabezas
De sus hijos y del ayo,
Que yacen sobre una mesa,
El noble cuerpo fidalgo
Casi fincado por tierra,
Que esta sola causa pudo
Fallecer su fortaleza:
Y como padre robusto
Fallando prestadas fuerzas,
Las muertas faces bañando,
Las fabla d'esta manera:
—¡De tal suerte demudadas
Estades, reliquias tiernas,
Que no sé si estáis fablando,
O si estais del todo muertas!
¡Oh qué pálidas estades
De verter sangre las venas
En las lides do lidiastes
Fasta quedaros sin ella!
Y en la poca que quedó
En las faces fria y seca,
Un Fénix para vengarme
Ha de renacer en ellas.
Si ende no lo vengare,
En cárcel, ó fuera d'ella,
El honor de mis fazañas
Con las vuestras vidas muera.
Atended, infantes mios,
A vuestra cuita y mi mengua,
Y non culpedes mi falta
Pues finasteis sin afrenta.—
Dijo, y erguiéndose en pié,
Como el que vida no precia;
Al primero que falló
Desarmó con lijereza.
Prenderle manda Almanzor,
Los alcaides gritan «muera,»
Y ántes que fuese á prision
A cinco dejó por tierra.

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

[1] Aquí la palabra *atiende* equivale á la de *mira*. El romance es de fines del siglo XVI, aunque el poeta imita el de tiempos mucho mas antiguos.

686.

QUERELLAS DE GUSTIOS CONTRA ALMANZOR: ESTE LE DA LIBERTAD.

(*Anónimo* [1].)

—¡No se puede llamar Rey
Quien usa tal villanía!
Le dice Gonzalo Bustos
Al rey Almanzor un dia,
Que habiéndome convidado
Y héchome gran cortesía,
Como mi sangre merece,
Me des por sobrecomida
La cosa mas dolorosa
Que jamas dado se habia,
Mostrándome las cabezas
De siete hijos que tenia,
Mas obedientes á un padre
Que jamas visto se habian,
Defensa de los cristianos,
Destruicion de la morisma.
Por traicion, rey Almanzor,
Debió de ser tal desdicha;
Que tú no fueras bastante,
Ni toda tu compañía,
Si vinieran aplazados
A batalla conocida,
A traerlos d'este modo
Que ante mis ojos los via,
Pues de este, menor de todos,
En una batalla un dia
Te vi yo, rey Almanzor,
Alejarte á mas porfía
Que quisiera tu caballo,
Que volara aunque corria,
Y llevar armas mas dobles,
Mil moros en compañía.
El no habia veinte y un años,
Y las armas las traia
Por mil partes hechas piezas
Desmallada la loriga,
El yelmo todo abollado
De golpes que en él tenia,
Deseoso de alcanzarte
Por probar tu valentia;

Tu caballo era mejor
Que el que el Infante traia,
Y por eso te libraste
De no morir aquel dia.
Contarte quiero un ejemplo
Que á propósito venia,
Y es que convidando á Dario [2],
Pompeo, con quien tenia
Muy antigua enemistad
Y batallas cada dia,
Para mas solemnizar
Su banquete y gran comida,
Le dió libres los cautivos
Que en su poder le tenia,
Que pasaban de diez mil;
Presentóle la vajilla
Con que aquel dia sirvieron,
Y otras cosas de valía:
Y en esto mostró Pompeo
Su valor y valentia.
Tú, teniéndome cautivo,
Convidándome este dia
En vez de mi libertad
Acortas la vida mia.—
Acabada esta razon
A sus hijos se volvia,
Sin poder disimular
El gran dolor que sentia.
Limpia las siete cabezas
Que á la mesa le servian,
Las limpia y besa mil veces,
Y besándolas decia:
—No lloro yo vuestra muerte,
Pues se puede llamar vida,
Entendiendo la vengástes
Como el caso lo pedia;
Pero siempre queda pena,
Que la congoja la aviva,
En ver que fuese á traicion
Y usando de villanía:
¡Hijos mios! ¡quién se hallara
En batalla tan esquiva,
Siquiera para poder
Socorrer la mayor prisa!
Muriera donde vosotros,
Y si quedara con vida
Fuera por mal de Almanzor,
Como otras veces solia.—
Estas palabras diciendo
Para un moro arremetia,
Y quitándole un alfanje,
A él, y á otros que allí habia,
Les dió tan pesados golpes,
Que nadie se defendia
Que no quedase á sus piés,
Y el que se libraba huia;
Y de los que le aguardaron,
Con sus hijos trece envía.
Almanzor le está mirando
Y con ruegos le decia:
—Aplaca, Gonzalo Bustos,
Aplaca tu grande ira,
Que me pesa haberte dado
Tal postre en esta comida,
Que aunque los Infantes eran
Destruicion de mi morisma,
Si los pudiera tornar
De muertos á dar la vida,
Por ver su florida edad
Y su esfuerzo en demasía,
Lo hiciera, Gonzalo Bustos,
Aunque es cosa conocida
Que si tuvieran vida ellos
Presto quitaran la mia:
Pero por satisfaccion
De tu razon conocida
Yo te concedo licencia
Para que hoy en este dia,
O cada y cuando que quieras
Te puedas ir á Castilla [1],
Y llevar estas cabezas,
Si te place, en compañía.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos romances*, 3.ª parte.)

[1] Bien se conoce en esté romance la época de corrupcion que empezó á desfigurar nuestra buena poesía á fines del siglo XVI. No es mas antiguo que ella, pues procede de una de las primeras ediciones que precedieron, y luego formaron parte de la del *Romancero general.*

[2] Solo á un poeta de los fines del siglo XVI se le pudo ocurrir juntar en una cena á Dario y á Pompeyo.

687.

GUSTIOS PARTE DE CÓRBOBA PARA SALAS, DEJANDO PREÑADA Á AXA, HERMANA DE ALMANZOR.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Ese buen Gonzalo Gustíos
De Córboba se partia
Para Salas su heredad;
¡Pasion es de ver cuál iba!
Las cabezas de sus hijos
A gran recaudo ponia,
Y la de Nuño Salido
Su ayo que los regia.
Despidióse de Almanzor;
Su hermana ansí le decia:
—Don Gonzalo, soy preñada
De la vuestra compañía;
Decidme lo que haré
Que yo bien lo cumpliria.
—Que si fuere hijo, digo,
Don Rodrigo respondia,
Que lo hagades bien criar
Como manda la hidalguía,
Y despues que sea criado
Para Salas me lo envía.—
Del dedo se habia sacado
Un anillo que tenia;
Por medio lo habia partido;
La mitad dado le habia.
Díjole:—Tomad señal,
Qu'el moro ansí llevaria,
Para que yo lo conozca
Si para mí se venía.—
El se partió para Salas
Que en gran favor lo habia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

688.

MUDARRA, HIJO BASTARDO DE GUSTIOS Y DE AXA, HERMANA DE ALMANZOR, INCREPADO DE SU BASTARDÍA, ARRANCA Á SU MADRE EL SECRETO DE SU NACIMIENTO, Y SABIDO, SE PROPONE VENGAR Á SU PADRE Y HERMANOS.

(*Anónimo* [1].)

Sentados á un ajedrez,
Despacio su juego entablan
Aliatar, rey de Segura,
Y el gran bastardo Mudarra,
Delante el rey Almanzor
Y en la presencia de Axa,
Mora, que sirve Aliatar,
De mucho donaire y gracia.
Discurriendo van por lances,
Juegan con destreza y maña,
Que pierde mucho el que pierde
Y gana mucho el que gana.
El rey moro, que los ojos
Tiene puestos en quien ama,
Tocó una pieza por otra
Jugando una treta falsa;
Mudarra, que no conoce

Del Rey la mano turbada,
Ni si por ver á su mora
Vino a jugar ó jugaba,
A una parte echó la silla;
Las piezas todas baraja,
Y dando mano al tablero
En pié se pone y levanta,
Diciendo:—Tráteme bien
Quien á su juego me llama;
Que aunque no soy rey, la injuria,
Con quien me enoja, me iguala.—
Aliatar se espantó de esto,
Y de Mudarra se agravia:
Llámale bajo y espurio,
Hijo de ninguno, y nada.
A sus razones replica
Mudarra, no con palabras,
Mas levantó para el Rey
Juntos ajedrez y tabla,
Con que sin reparo alguno
De muerte le descalabra,
Y con presteza no vista
De allí se parte á otra sala,
Do está la mora su madre
Ya del ruido alborotada.
La espada en la mano pone
Y d'esta suerte la habla:
—Importa, enemiga madre,
Al enojo con que vengo
Decirme el padre que tengo,
Porque importa tener padre;
Que yo por muy claro siento
Que tengo padre, y buen padre,
Por tener tan buena madre,
O por mi buen pensamiento.
No quiero á mis ojos ver
Quien me diga en tiempo alguno
Que soy hijo de ninguno,
Pues alguno me dió sér;
Y si tu, fortuna, sobras
En darme mal importuno,
Cuando no sea de ninguno
Seré hijo de mis obras.—
Afligida está la mora
Por verse del hijo que ama
Ultrajada por un cabo,
Y por otro amenazada:
Hablarle quiere y no osa,
Que la lengua se le traba
Del yerro pasado hecho,
Que al hijo decir no osaba;
Mas en el valor del padre
Algun tanto confiada,
Le descubre todo el hecho
Del de Bustos y el de Lara;
Y otras razones le dijo
Salidas de allá del alma,
Por lo cual vino á tomar
De sus hermanos venganza.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos romances*, 3.ª parte. — It. METGE, *Tesoro escondido*, etc.)

[1] Lope de Vega, con el de *El Bastardo Mudarra*, y otros poetas, con diversos títulos, han escrito dramas sobre el asunto de este romance y los siguientes, que tratan de la venganza que tomó Mudarra de su tio Ruy Velazquez, por la alevosía con que hizo matar por los moros á los siete infantes de Lara. Aunque es mas moderno que los dos que le siguen, conserva mejor que ellos el carácter del tipo español del tiempo á que se refiere, por la fiereza de los sentimientos que expresa, y por el medio que usa Mudarra para arrancar á su madre el secreto de su nacimiento. Mudarra, así como Bernardo del Carpio, no pueden sufrir el nombre de bastardo. Aquel tiene una duda mas que averiguar, atormentándole la idea de si es hijo de padre vil ó villano; Bernardo aspiraba á una corona, Mudarra á tener un buen padre, porque en Castilla los nobles bastardos eran caballeros, y aun llegaban á ocupar el trono. Casi toda la grandeza española desciende de reyes, y esto llegó á ser una calamidad para el pais, y causa del empobrecimiento de la corona, de donde salian las dotaciones para los dichos bastardos. Así se formó y se forman las aristocracias, que absorben, y luego amortizan los bienes y los derechos en manos de los hijos de los monarcas. Por el fundado temor de que se reproduzcan lentamente y á escondidas semejantes males, es por lo que los pueblos repugnan ahora tanto esta clase de dotaciones, aun aplicadas á los hijos legítimos de sus monarcas.

689.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Gonzalo Gustos sacado
De captiverio y prision,
Para volver á su tierra,
Con toda moderacion
Licencia le pidió al moro:
Dióla sin contradiccion.
La hermana de Almanzor
Sintió d'ello turbacion:
Llamáralo, en puridad
Descubrió su corazon,
Diciendo:—¡Gonzalo Gustos,
Habed de mí compasion!
¡Mirad que quedo preñada
Por seguir vuestra opinion!
Respondióle:—Mi señora,
D'ello no tengais pasion;
Pariréis secretamente,
Y mirad que si es varon
Le daréis buenas costumbres;
Y en llegar á discrecion
Enviármelo heis á Salas,
Donde está mi habitacion;
Y para que le conozca
Por mas certificacion.
Veis este anillo partido,
El medio os dó en posesion,
Para que vos se lo déis
A su tiempo y con sazon.—
Pártese Gonzalo Gustos
Con tal deliberacion.
Al cabo de pocos dias
Parió un niño en perfeccion;
Almanzor se holgara d'ello;
Mostró gran contentacion
Por haber nacido hijo,
Y de tal generacion:
Mudarra mandó llamarle,
Y por mas satisfaccion
Gonzalo de sobrenombre,
Cual el padre, y con razon.
Mudarra ya de diez años,
Por su esfuerzo y condicion
Armóle el Rey caballero;
Dióle para defension,
De su persona, cien moros,
Que todos hidalgos son.
Siendo ya de mas edad,
De linda disposicion.
La madre le contó el caso
De la perversa traicion,
Que Ruy Velazquez hiciera,
Y de su padre y prision.
Entrególe el medio anillo,
Tomóle con intencion
De ir á verse con su padre,
Y vengar tan gran baldon.
Pidió licencia á su tio
Diciendo qu'era razon
De buscar tierras extrañas:
Dióle el Rey su bendicion.

(TIMONEDA, *Rosa española.* — It. WOLF, *Rosa de romances.*)

[1] Parece refundicion hecha por Timoneda.

690.

PARTE MUDARRA Á VENGAR Á SU PADRE Y HERMANOS, DEL TRAIDOR RUY VELAZQUEZ.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Una hermana de Almanzor
Rey de Córdoba llamado,
Del bueno Gonzalo Bustos
Preñada se habia quedado,
Al tiempo que él se partió
De la prision donde ha estado.
Dende á muy pocos dias
Pariera del su preñado.
Un hijo habia nacido;
Mudarra le habian llamado,
Gonzalez por sobrenombre,
Como á su padre el honrado.
Almanzor holgó con él;
A dos amas lo habia dado
Para que muy bien lo crien,
Y con muy grande recado.
Diez años habia Mudarra,
Caballero lo han armado;
Valiente es, de la persona
Muestra de ser esforzado.
A doscientos caballeros
Almanzor le habia dado,
Porque los haya por suyos,
Y cumplan el su mandado.
Mudárra era muy valiente,
De Almanzor es muy amado;
Es tal que solo Almanzor
No lo hay mas aventajado.
Su madre contó á Mudarra
Todo el fecho que es pasado
De Don Gonzalo su padre,
Y sus hijos sus hermanos,
Y de la media sortija
Que ella tiene á gran recado,
Y de la traicion que hiciera
Ruy Velazquez el malvado:
Todo se lo declaró,
Que nada no le ha encelado.
Mudarra cuando lo oyó
Quedó muy maravillado;
Volvióse á sus caballeros,
Estas razones hablando:
—Amigos, muy bien sabedes
Qu'el mi padre Don Gonzalo
Sufriera muy gran lacina
En la prision tantos años,
A tuerto y sin derecho,
Sin jamas haber pecado
Contra nadie, por do fuese
En la tal prision echado,
Y tambien cómo mataran
Siete infantes esforzados.
Mis hermanos eran todos,
Yo quiero ir á vengallos
De aquel que tal mal causó,
Allá en tierra de cristianos.
Decidme, los mis amigos,
Si quereis ir ó quedaros.—
Respondieron todos juntos
Que irian con él á ayudarlo,
Porque eran criados suyos,
Que Almanzor se los ha dado.
Despidióse de su madre,
Su camino le ha contado.
Fué donde estaba Almanzor,
Las manos le habia besado
Pidiéndole en gran merced,
Que licencia le haya dado
Para ir á ver á su padre
A Castilla, ese condado.
Almanzor lo hubo por bien,
Caballeros le habia dado;
Tambien le dió gran haber,
Y á Dios lo habia encomendado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

691.

MATA MUDARRA Á RUY VELAZQUEZ.

(Anónimo [1].)

A cazar va Don Rodrigo,
Y aun Don Rodrigo de Lara:
Con la gran siesta que hace
Arrimádose ha á una haya,
Maldiciendo á Mudarrillo,
Hijo de la renegada,
Que si á las manos le hubiese,
Jura de sacarle el alma.
El señor estando en esto
Mudarrillo que asomaba:
—Dios te salve, caballero;
Debajo la verde haya.
—Así haga á ti, escudero;
Buena sea tu llegada.
—Dígasme tú, el caballero,
¿Cómo era la tu gracia?
—A mí dicen Don Rodrigo,
Y aun Don Rodrigo de Lara,
Cuñado de Gonzalo Bustos,
Hermano de Doña Sancha;
Por sobrinos me los hube
Los siete infantes de Lara.
Espero aquí á Mudarrillo
Hijo de la renegada;
Si delante lo tuviese
Yo le sacaria el alma.
—Si á ti dicen Don Rodrigo,
Y aun Don Rodrigo de Lara,
A mí Mudarra Gonzalez,
Hijo de la renegada,
De Gonzalo Bustos hijo,
Y alnado de Doña Sancha:
Por hermanos me los hube
Los siete infantes de Lara:
Tú los vendistes, traidor,
En el val de Arabiana;
Mas si Dios á mí me ayuda
Aquí dejarás el alma.
—Espérame, Don Gonzalo,
Iré á tomar las mis armas.
—El espera que tú diste
A los infantes de Lara:
«Aquí morirás, traidor [2],
»Enemigo de Doña Sancha.»

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Tiene todos los caractéres de una época muy remota, y es uno de aquellos romances que pueden considerarse que de orales pasaron á ser impresos con ménos alteraciones. La sencillez que le distingue, la espontaneidad que descubre, no pueden ménos de ser hijas de una inspiracion y de un pensamiento libre. Su diálogo está lleno de rapidez y verdad, y la situacion que desarrolla sorprende y encanta.

[2] Estos dos versos últimos los repite Cervantes en el *Quijote.*

692.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Despues que Gonzalo Bustos
Dejó el cordobes palacio,
Y en Salas guardaba el suyo;
Entre duros simulacros
Fatigaba su memoria,
Culpaba su inútil brazo
Por los efectos del tiempo,
Archivo de sus agravios.
—¡Oh tronco, dice, sin fruto!

Solo has quedado en el campo
Do el villano codicioso
Podó tus pimpollos caros:
¡Yo te conocí con siete
Con que fuiste un tiempo ufano,
Y ahora te contentaras
Con el mas endeble y flaco!
Cada momento, mis fijos,
De nuevo os pierdo, y os hallo,
Para gozaros ausentes,
En mi mente degollados.
Fresca está la sangre en ella,
Que el traidor, que fizo el daño,
Con su presencia atormenta
La poca que en mí ha quedado.
De merced vivo con él,
Y por momentos aguardo
Cuando querrá derramarla
Si no es, por vengarse, humano.
¡Ay miserable del solo,
Y mas cuando el hado avaro
Viene a hacer de sus causas
Juez á su cruel contrario!
¡Mejor estaba entre moros,
Fijos, que en el suelo patrio,
Que entre ellos hallé piedad
Y quien se movió á mi llanto!—
Estas quejas esparcia
Desde un mirador Gonzalo,
Regando sus blancas canas,
Recostado en un escaño,
Cuando tendiendo la vista
Por el espacioso campo
Vió en un caballo andaluz
Venir un moro gallardo,
Jóven, hermoso y dispuesto,
De rostro agradable, manso,
Grave, compuesto, gracioso,
Apacible y despejado.
En la adarga media luna
Trae puesta en un cielo claro,
Y una roja F en medio
Con un letrero dorado,
Que dice: «A buscarte voy:
»¡Venturoso si te alcanzo!»
En la lanza un pendoncillo
Con cruz verde en campo blanco,
Y una cabeza pendiente
En el pretal del caballo,
Destilando fresca sangre
Entre el cabello erizado.
Llegó, y bajando la suya,
El arzon casi besando,
Con el cuento de la lanza
Sobre la yerba afirmado,
Dijo: —Tú debes ser,
Segun las señas que traigo,
El noble señor de Salas,
Que el sér que tengo me ha dado.
Recibe de Ruy Velazquez,
Vendedor de mis hermanos,
Esta prenda, que el traidor
Nunca reposa á su salvo.
Yo soy Mudarra, señor,
Y ha mucho tiempo que afano
Por hacer esta sangría
En tu tronco antiguo y claro.—
Grandes voces daba el viejo:
—Sube, hijo, y da á mis brazos
Lo que tanto ha deseaban,
Que hoy se acaban mis trabajos.

(*Romancero general.*)

693.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

De Córdoba la nombrada
Mudarra partido habia
En busca Gonzalo Gustios,
Que por padre lo tenia.
¡Gran gente consigo lleva!
¡Lucida es á maravilla!
Todos van de una color,
¡Oh qué bien que parecian!
Mudarra era el señor d'ellos,
¡Oh qué bien que los regia!
A Salas habian llegado
Donde su padre vivia.
Preguntó por Don Gonzalo;
El su padre respondia
Qu'el era aquel que buscaba,
Que dijese qué queria.
—A vos busco, Don Gonzalo,
Mudarra le respondia:
Que yo soy el hijo vuestro;
Veis aquí vuestra sortija,
Que dejastes á mi madre
Cuando fué vuestra partida.—
Gran placer tomaba el padre,
Que otro hijo ya no habia,
Que en el campo de Almenara
Por traicion allí morian.
Algunos dias pasados
Mudarra,—Padre, decia:
Por ver la vuestra facienda
Aquí fué la mi venida,
Y por vengar mis hermanos
Del traidor que los vendia.
No es menester prolongarlo,
Pues que buen pleito tenia.—
Cabalgó Gonzalo Gustios,
Mudarra en su compañía;
Con ellos los caballeros
Los que á Mudarra servian.
Llegados que eran á Búrgos
Do está el conde de Castilla
Nombrado Garci-Fernandez;
Ruy Velazquez ahí yacia.
Mudarra habló primero
A Ruy Velazquez decia:
—Traidor sois, gran alevoso,
Yo vos lo combatiria:
Repto vos por gran traidor,
Mayor que hallarse podia,
Que metistes en prision
En Córdoba, aquella villa,
A mi padre Don Gonzalo
Que ninguna causa habia.
Vendistes los mis hermanos,
Mucho mas que vos valian,
A los moros de Almenara
Do como buenos morian,
Llevándolos engañados:
Las manos yo vos pondria,
Cortaré vuestra cabeza,
Que tan gran traicion hacia.—
Ruy Velazquez respondió:
Que el reto en nada tenia.
Mudarra cobró pesar,
Mano á la espada ponia,
Fué contra do está el traidor;
El Conde lo defendia:
Puso treguas entre ellos,
Treguas puso por tres dias,
Que Mudarra nunca quiso
Alargar la pleitesía.
Ruy Velazquez quedó en Búrgos,
Que de muerte se temia.
Salió de noche encubierto,
No osando salir de dia,
Para ir á Barbadillo,
Que por heredad tenia.
Mudarra saliera á él,
Que le tuvo puesta espía.
Un dia muy de mañana
Ruy Velazquez ya venia:

Llegó donde está Mudarra,
El cual á voces decia:
— Morirás, falso, alevoso,
Que nadie non te valdria.—
Arremetió para él,
Gran golpe dado le habia;
En tierra cayera muerto;
Con treinta que lo seguian
Tornáronse para Salas.
A dias [1] prendido habia,
A la falsa Doña Lambra,
Y quemar viva la hacia,
Que en vida de Garci Fernandez
Ese conde de Castilla,
No pudo, que es su pariente,
Y muy deudo en cercanía.
De todos es muy loado,
Grande era su valentía.
Doña Sancha su madrastra,
Muy grande amor le tenia,
Porque parecía mucho
En mañas y en valentía
A Don Gonzalo Gonzalez,
Que el menor se le decia.
Mudarra se baptizó,
Cristiano tornado habia.
¡Muy bien vengó á sus hermanos
Como aquí se referia!
Que Dios, como es justiciero,
Al malo bien lo castiga.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Es decir, que la prendió despues de haber pasado algun tiempo de la muerte de Velazquez, y cuando ya habia fallecido el conde Garci Fernandez, pariente y protector de Doña Lambra.

694.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Sale Mudarra Gonzalez,
El valiente vengador;
De los infantes de Lara
El hermano mas menor,
De la corte de su tio
Llamado el rey Almanzor.
A buscar va á Ruy Velazquez
De maldades inventor:
Cien moros lleva de guarda
Vestidos de una color.
¡Oh cuán bien que parecian!
¡Y Mudarra muy mejor!
Porque ellos eran vasallos,
Y él de todos regidor.
A Salas hubo llegado
Dia de San Salvador;
Encontrára con su padre;
Preguntóle con honor
Do estaba Gonzalo Gustios.
Respondió:— Yo soy, mi amor,
Que vos debeis ser mi hijo.
—Sóylo, dijo, y por mejor
Certificacion de aquesto
Medio anillo os doy, señor.—
Gran placer tomara el padre,
El hijo mucho mayor.
Pasados algunos dias
Hizo al padre sabidor.
Que para vengar venia
Con gran esfuerzo y vigor
La muerte de sus hermanos,
Su prision y deshonor.
A Búrgos los dos se parten
Sin mostrar ningun temor:
A Ruy Velazquez hallaron,
El perverso matador:
Con el Conde estaba hablando
De Castilla el sucesor.
Mudarra á Velazquez dijo:
—Riéptote por malhechor,
Pues vendiste á mis hermanos
Que d'España eran la flor.—
Ruy Velazquez le responde:
—Tu riepto no es valedor.—
Echara mano Mudarra
A un venablo cortador;
El Conde lo defendia,
Treguas puso en su favor;
Mudarra no las acepta:
Velazquez con gran pavor
De Búrgos sale escondido:
Mudarra acometedor
Puso tales acechanzas,
Que encontró con el traidor.
Diciéndole está: — De muerte
Eres hoy merecedor.—
En fin dióle de lanzadas;
Pagó allí como deudor,
Y vínose para Salas
Do hizo con gran rigor
Que á Doña Lambra quemasen
Sin hallar contradictor.
Doña Sancha su madrastra
Le amaba en lo exterior
Por semejar á Gonzalo,
En fuerza, virtud, grandor;
Y como de ser cristiano
Siempre tuvo en lo interior,
Luego se hizo baptizar
Amando á su Criador.
Hizo hechos muy notables
De incomparable valor.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — It. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] Por su tono y estilo parece ser de la clase de los romances viejos, pero por su versificacion puede creerse mas moderno, y hecho por Timoneda, imitando el del número 693 de Lorenzo de Sepúlveda.

ROMANCES SOBRE LOS CONDES DE CASTILLA, FERNAN GONZALEZ, GARCI-FERNANDEZ, SANCHO GARCIA, Y GARCIA I, LLAMADO REY DE CASTILLA.

695.

PROFETIZA UN MONJE Á FERNAN GONZALEZ SU SUERTE Y SUS VICTORIAS, Y EL CONDE HACE VOTO DE FUNDAR EL MONASTERIO DE SAN PEDRO DE ARLANZA.

(*Anónimo*.)

De Salas salió el buen conde
Fernan Gonzalez nombrado:
Señor era de Castilla
Y d'ella conde llamado.
Solo iba á montear,
Ninguno lo ha acompañado,
En tanto que llega el dia
De la lid, que ha aplazado
Para lidiar con el moro
Almanzor, el rey pagano.
El Conde va por un monte
Muy espeso y enramado;
Un puerco saliera dél,
El lo sigue apresurado.
El puerco huyó corriendo,
En una ermita se ha entrado:
De yedra estaba cubierta,
Cosa d'ella es devisado.
En la ermita habia tres monjes,
Que la pobreza han buscado:
Por ser la montaña espesa,
El Conde se habia apeado;
El caballo ató á una rama,
En la ermita se ha entrado,

Do vido yacer el puerco,
Y al altar está llegado.
No lo quiso el Conde herir,
Por ser en lugar sagrado.
Llorando está de sus ojos,
De aquesta manera hablando:
—¡Oh Señor, Dios poderoso,
A quien teme lo criado,
Si contra vos yo erré,
Sea de vos perdonado:
Hícelo por no saber
Fuésedes aquí honrado,
Que si yo lo tal supiera,
Aquí no fuera llegado;
Ni entrara en la ermita,
Ni en este lugar sagrado,
A matar aqueste puerco
Que en ella se habia entrado.
Viniera yo en romería
Y ofrendas hubiera dado.
Esfuerzo me dad, Señor,
Contra aqueste renegado,
Que viene por destruir
A Castilla, mi condado.
Si de vos no es amparada,
Almanzor la habrá ganado:
Non querades que se pierda
Tal tierra y tanto cristiano.—
Estando en la su oracion,
A él un monje ha llegado:
Fray Pelayo se llamaba,
El que al Conde ha preguntado
Quién era ó á quién buscaba
En lugar tan apartado.
Todo se lo dijo el Conde.
—Hoy seréis mi convidado;
Hacedlo por Dios del cielo;
Pues que sois tan mesurado,
Comeréis del pan de hordio,
Que otro no es hallado.—
El Conde tuvo por bien
Lo que el monje le ha rogado.
Allí estuvo aquella noche;
Otro dia es levantado.
Dijo el monje: —Fernan Gonzalez,
Verdad será lo que os hablo;
Guiará Dios vuestra hacienda,
Porque sois bueno y honrado.
A Almanzor lo vencerás,
Y á los moros de su estado:
Gran batalla habrás con él,
D'ellos serás bien vengado.
Tantos d'ellos matarás
Que no podrán ser contados:
De la tierra qu'es perdida
Grande parte habrás cobrado;
Verterás sangre de reyes,
Y de hombres de alto estado:
Muy buena será tu andanza;
Serás del mundo loado,
Por ser tu caballería
Encumbrada en alto grado:
Tú serás preso dos veces,
Y presto puesto en cuidado,
Por el signo que verás,
Que á tu gente habrá espantado.
D'ellos no habrá ninguno
Que no quede desmayado:
Conhortarlos has tú, Conde,
Con palabras de esforzado.
Declararles has el signo
Que los tiene amedrentados;
El miedo perderán luego
Que del signo habrán cobrado.
Vete á tu buena ventura,
Que tu gente está en cuidado;
Tú los hallarás muy tristes,
Por tí haciendo gran llanto:
Todos temen qu'eres muerto,
O de moros captivado,
O que fincan sin señor,
De guarda desamparados.
Yo te ruego que te acuerdes
D'esta ermita do has entrado:
Despues que venzas los moros
Algun bien nos habrás dado
Para mí y estos dos monjes,
Que estamos todos lacerando.—
—Pelayo, respondió el Conde,
Creedme lo que vos hablo,
Que el servicio que á mí hecistes
Vos será muy bien pagado.
Si Dios me deja vencer
La lid que tengo aplazado,
Todo cuanto yo ganare,
Aquí, será ello dado;
Y cuando yo me muriere
Seré en ella sepultado,
Y aqueste santo lugar
Por mí será mejorado.
En él haré gran iglesia,
Do habrá convento honrado:
Darles he yo con que vivan;
De bienes será dotado,
Llamarémosle San Pedro
De Arlanza, el muy nombrado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

696.

GARCÍA II DE NAVARRA, RAMIRO II DE LEON Y FERNAN GONZALEZ, VENCEN Á ABDERRAMEN Y VOTAN EN TRIBUTO DE SUS REINOS, DONES Á SANTIAGO Y SAN MILLAN.

(*Anónimo* [1].)

En Córdoba está Abderrámen
Próspero y con ufanía;
Esperando está las parias
Que los cristianos le envían;
Ciento y ochenta doncellas
Hermosas en demasía,
Las noventa fijasdalgo,
Y esotras gente de villa,
Las cuales entre sus moros
Cada año repartía,
Cuando le vino la nueva
En que cierto le decia
De como el rey Don Ramiro,
Tambien el rey Don García,
Lo mismo Fernan Gonzalez,
Que era conde de Castilla,
Matando sus mensajeros,
Grande escarnio le hacian,
Y no les quisieron dar
Las parias que les pedian.
Abderrámen muy sentido,
Gran gente juntado habia:
D'ella de pié y de á caballo,
Que en los campos no cabia;
Y así con muy gran poder
Entró luego por Castilla,
Y en las gentes que tomaba
Grandes cruezas hacia,
Matando todos los hombres
Que renegar no querian;
Y arrancábales las tetas
A las mujeres que habia.
Sabido por Don Ramiro
Cómo los moros venian,
Como rey muy esforzado
Al encuentro les salia,
Porque no pudo creer
Ser tantos cuantos decian.
Sus batallas ordenadas,
En un monte se ponia,
Do vió venir tantos moros,
Que todo el campo cubrian,
Y que la vista cansaban,

Y el cabo no parecia.
Temiendo su perdicion,
En Simancas se metia,
Y luego con prisa grande
Unas cartas escribia
Al conde Fernan Gonzalez,
Que era señor de Castilla;
Tambien al rey de Navarra,
Que llamaban Don García,
En las que la cuita grave
En que estaba, les decia;
Y ellos con gran presteza
A Simancas se venían.
Pero informados del caso,
Grande temor les ponia
De ver que para un cristiano
Doscientos moros habia.
Sabiendo ya que los moros
En contra d'ellos venian,
Temiendo su gran poder,
El rey Ramiro decia:
— En verdad, ningun consejo
Para valernos tenia;
Pero encomiéndome á Dios,
Que á los afligidos guia,
Y á un cuerpo glorioso,
Que allá en mi tierra yacia,
Que es el señor Santiago,
Que está enterrado en Galicia,
Que convirtió aquella gente,
Que era tambien descreida,
Y por él, nuestro Señor
Grandes milagros hacia;
Al cual doy y hago rey
De toda la tierra mia,
Y encomiéndole mis gentes,
Y mi hacienda y mi vida. —
Y el conde Fernan Gonzalez,
Tambien el rey Don García,
Respondieron: — Otro santo,
Muy devoto á maravilla,
Hay, que yace en nuestra tierra,
Que San Millan se decia,
Al cual damos nuestro estado,
Porque él nos ampararia. —
Otro dia de mañana
A la batalla salian,
Y queriendo pelear,
Grandes promesas hacian
A Dios, y aquellos dos santos,
Que por patrones tenian;
Que para siempre jamas
Tributo les pagarian,
Encomendándose á ellos,
Todos puestos de rodillas.
Los moros, que así los vieron,
Creyendo que se rendian,
Vinieron luego á tomallos;
Pero mal les sucedia,
Porque fuéron rechazados
Con dalles grandes heridas;
Y en esto visiblemente
Dos caballeros venian
En unos caballos blancos,
Hermosos en demasía,
E juntos con los cristianos,
A los moros perseguian,
Los cuales con grande espanto
Se pusieron en huida,
Matándose unos á otros,
Por huir quien mas podia;
Porque afirmaban los moros
Que á todos les parecia
Que para cada uno de ellos
Mil caballeros habia
De aquellos caballos blancos,
Que muy recio los herian.
Tras ellos van los cristianos;
Grande matanza hacian:
De Simancas hasta Aza
Aqueste alcance seguian.
Habida ya la victoria,
La gente ya recogida,
Robado ya todo el campo,
Do grande riqueza habia,
Hacen reconoscimiento
Que á aquestos santos debian,
Imponiéndoles tributo
En las tierras que tenian,
Y aquestos tributos pagan
Los castellanos hoy dia.

(Fuentes, *libro de los cuarenta cantos*, etc.)

1 El asunto de este romance no consta en crónica ni historia alguna; pero se ha sacado ó inferido de un privilegio que se supone concedido á San Millan, para gozar los tributos que se le ofrecieron por los caudillos cristianos que ganaron esta batalla. En tales documentos como este, y en otros muchos semejantes, está fundada gran parte de las enormes riquezas que el clero regular y secular poseyó en España; pero sin embargo, es preciso confesar que estos fraudes piadosos encendian la fe de los cristianos, y sostenian su valor para pelear contra los moros. El fanatismo á veces inspira un noble entusiasmo, y el fanatismo se alimenta con la supersticion.

697.

FERNAN GONZALEZ MATA EN BATALLA AL REY DE NAVARRA SANCHO ABARCA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

El buen conde Fernan Gonzalez
Querella grande tenia
Del buen rey Don Sancho Abarca,
Qúe de Navarra decian.
Envióle su mensaje,
Y el mensajero decia:
— El conde Fernan Gonzalez
Para ti buen Rey me envia,
Porque le enmiendes los daños
Que le has hecho en Castilla,
Que dos veces cada un año
Su tierra tú le corrias,
Y por este mal crecido,
Amistad tú, Rey, ponias
Con los moros renegados,
Y gran mal á él se seguia.
Si estas querellas, buen Rey,
Enmendárselas querias,
Haréis vos vuestro deber,
Y él d'ello placer habria;
Y si hacer no lo quereis,
Por mí el Conde os desafia. —
El Rey, cuando aquesto oyó,
Esta respuesta le envia:
— Que se espantaba del Conde,
De pedir lo que pedia,
Ni aun osar pensar en ello,
Que por loco lo tenia.
Fué muy mal aconsejado,
Y hácelo con lozanía,
Por haber vencido á moros,
Moros de poca valía.
Yo iré á buscar al Conde,
Y castigarlo á mi guisa,
Porque otra vez no se atreva,
Como atrevido se habia. —
Vuelto es el mensajero,
Y al Conde luego decia
Todo lo que el Rey le dijo,
Que nada no le encubria.
D'ello recibió pesar,
Mucho sentido se habia:
Apercibido de gentes,
Para Navarra venia,
Tambien se apercibió el Rey
Contra do el Conde yacia.
En la era de Gollandia
Comienzan lid muy herida

De navarros y castellanos
Muertos, el campo cubria.
El Conde llamaba al Rey,
Y á grandes voces decia:
— Rey Don Sancho, vente á mí,
Acabarse ha la enemiga. —
El Rey, cuando oyera al Conde,
Al encuentro le salia:
Hiriéronse de las lanzas,
El Rey muerto allí caia;
El Conde, muy mal herido,
Tambien en tierra yacia.
Los castellanos lo han visto;
Gran dolor en sí tenian
En ver morir su señor,
A quien tanto ellos querian.
Cobraron gran corazon;
En los navarros herian;
Matan y fieren en ellos
Con muy grande valentía.
Llegaron do estaba el Conde,
Que por muerto se tenia;
Alimpiáronle la cara,
Que sangre y polvo teñia:
Subiéronlo en un caballo,
Creyendo que muerto iba.
Esforzádose ha el buen Conde,
Que gran corazon habia.
Dijoles: — Mis caballeros,
Esforzad con valentía,
Lidiad y venced el campo,
Nadie muestre cobardía,
Qu'el rey Don Sancho es ya muerto,
Que yo le quité la vida. —
Esos buenos castellanos
A los navarros herian,
Que huyeron, dejando el campo,
Y á su tierra se volvian.
El cuerpo del rey Don Sancho
El Conde buscar hacia:
Lleváronlo muy honrado
A la su primera villa.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

698.

FERNAN GONZALEZ, PRESO CON ENGAÑO POR EL REY DE NAVARRA, GARCÍA EL TEMBLOSO.

(*Anónimo.*)

Haciendo estaba unas ferias
El rey de Leon Don Sancho
Al conde Fernan Gonzalez,
De un caballo muy preciado,
Y de un azor muy hermoso,
Perdiguero, ya mudado.
La reina Doña Teresa,
Viéndolos ya concertados,
Que era hermana d'este rey
Y hija del rey Don Sancho,
El que fué rey de Navarra,
Despues Abarca llamado,
Tomó por la mano al Conde,
Y en secreto lo ha apartado,
Mostrando quererlo mucho
Por ser noble y esforzado,
Y que queria que fuese
Por mano suya casado
Con la infanta Doña Sancha,
La hija del rey su hermano,
Don García de Navarra,
Que el Tembloso fué nombrado,
Y que luego escribiria
Para que fuese ordenado.
El Conde lo tuvo en mucho,
Aceptándolo de grado:
La Reina con alegría
Esta carta hubo ordenado:
«A mi hermano Don García
»De Navarra, muy honrado;
»Yo triste Doña Teresa,
»Reina vieja y de mal hado,
»Saludes muchas envío,
»Como á quien yo mucho amo:
»Bien se os debe de acordar
»La muerte del rey Don Sancho,
»Que el conde Fernan Gonzalez
»Nos mató con grande engaño,
»Que fué vuestro padre y mio,
»Rey verdadero y honrado,
»Muy noble, muy virtuoso,
»Derechero y bien guisado,
»El cual en mi corazon
»Sobre todos era amado.
»Dígovos que si yo fuera,
»Cómo vos, rey coronado,
»Que vengara bien su muerte,
»Muy de presto y á mi salvo;
»Y agora vos teneis tiempo
»De vos hacer bien vengado,
»Porque ya con el mal Conde
»Tengo puesto y concertado
»Casarlo con vuestra hija,
»Y me lo tiene otorgado.
»El cual luego ha de ir á vos
»Muy seguro y sin cuidado,
»Y despues que lo tuviéredes
»Podrédes muy bien matarlo,
»Y así habrémos buen derecho
»En cambio de nuestro daño.»
Vista por el Rey la carta,
Mucho se hubo alegrado,
Esperando cada dia
Lo que estaba concertado.
El Conde, seguro de esto,
Un recado le ha enviado;
Si mandaba que se viesen,
Fuese por él señalado
En qué lugar, y en qué dia,
Que él haria su mandado.
El Rey, con rostro engañoso,
Muy gran contento mostrando,
Le respondió que en Cirueña
Fuesen las vistas de entrambos,
Y cada uno con cinco
Caballeros desarmados.
Luego el Conde se partió,
Habido aqueste recaudo;
Pero llegado á Cirueña,
Hallóse muy engañado,
Porque vió venir al Rey
Con cuarenta de á caballo,
Más para romper batalla,
Que para bodas llamado.
Sintiendo el engaño el Conde,
En una ermita se ha entrado,
Diciendo con grandes voces
Ser con traicion engañado,
Y por cumplir su palabra
Padecia aquel engaño.
El Rey combatió la ermita
Todo el dia, denodado;
Mas no pudo entrar en ella,
Por lo cual muy enojado,
Dijo al Conde que se diese,
Sobre su fe asegurado;
Y si no lo hiciese así,
Que allí haria quemarlo.
Visto el Conde este peligro,
Escogiendo el menor daño,
Se dió al Rey sobre su fe;
Y así fué luego tomado,
Y con muy grandes prisiones
En Castroviejo fué echado.

(Fuentes, *libro de los cuarenta cantos*, etc.)

699.

JURAMENTADOS LOS CASTELLANOS, SALEN Á LIBERTAR Á SU CONDE, AL CUAL HALLAN EN EL CAMINO, YA LIBRE, POR UNA HERÓICA TRAZA DE SU DESPOSADA DOÑA SANCHA.

(*Anónimo.*)

Juramento llevan hecho [1],
Todos juntos á una voz,
De no volver á Castilla
Sin el Conde, su señor.
La imágen suya de piedra
Llevan en un carreton,
Resueltos, si atras no vuelve,
De no volver ellos, non,
Y el que paso atras volviere
Que quedase por traidor.
Alzaron todos las manos,
En señal que se juró.
Acabado el homenaje,
Pusiéronle su pendon,
Y besáronle la mano
Desde el chico hasta el mayor,
Y como buenos vasallos,
Caminan para Arlanzon
Al paso que andan los bueyes
Y á las vueltas que da el sol.
Desierta dejan á Búrgos
Y pueblos al rededor,
Solas quedan las mujeres
Y aquellos que niños son:
Tratando van del concierto
Del caballo y del azor,
Si ha de hacer libre á Castilla
Del feudo que da á Leon;
Y ántes de entrar en Navarra,
Toparon junto al mojon
Al conde Fernan Gonzalez,
En cuya demanda son,
Con su esposa Doña Sancha,
Que con astucia y valor
Le sacó de Castroviejo
Con el engaño que usó.
Con sus hierros y prisiones
Venian juntos los dos
En la mula que tomaron
A aquel preste cazador.
Al estruendo de las armas
El Conde se alhorotó;
Mas conociendo á los suyos,
D'esta manera habló.:
— ¿Dó venis, mis castellanos?
Digádesmelo, por Dios:
¿Cómo dejais mis castillos
Á peligro de Almanzor? —
Allí habló Nuño Laínez:
— Ibamos, señor, por vos,
A quedar presos ó muertos,
O sacaros de prision.

(*Romancero general.*)

[1] Aun en este romance se conserva la tradicion de la costumbre caballeresca que habia, de juramentarse los caballeros para dar cima y cabo á una empresa determinada. Pertenece á la ultima década del siglo XVI, aunque está reformado segun lo hacian Sepúlveda y Timoneda.

700.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo* [1].)

Preso está Fernan Gonzalez,
El gran conde de Castilla;
Tiénelo el rey de Navarra
Maltratado á maravilla.
Vino allí un conde normando
Que pasaba en romería;
Supo que este hombre famoso
En cárceles padecia.
Fuése para Castroviejo,
Donde el Conde residia;
Dádivas daba al alcaide
Si dejarle ver queria:
El Alcaide fué contento
Y las prisiones le abria.
Mucho los condes hablaron;
El normando se salia:
Fuese donde estaba el Rey
Con lo que pensado habia.
Procuró ver á la Infanta,
Pues era hermosa y cumplida,
Animosa y muy discreta,
De persona muy crecida.
Tanto procura de verla,
Que esto le hablara un dia:
— Dios os lo perdone, Infanta,
Dios, tambien Santa María,
Pues por vos se pierde un hombre,
El mejor que se sabia:
Por vos se causa gran daño,
Por vos se pierde Castilla,
Los moros entran en ella
Por no ver quien la regia,
Que por veros muere preso;
Por amor de vos moria;
¡Mal pagais amor, Infanta,
Á quien tanto en vos confia!
Si no remediais al Conde
Seréis muy aborrecida,
Y si por vos él saliese
Seréis reina de Castilla. —
Tan bien le habla el normando,
Que la Infanta enternecida
Determina de librallo
Si por mujer la queria.
El Conde se lo promete,
Y á vello la Infanta iba.
— No temais, dijo, señor,
Que y'os daré la salida. —
Y engañando á aquel alcaide,
Salen los dos de la villa.
Toda la noche anduvieron
Hasta que el alba reia.
Escondidos en un bosque,
Un arcipreste los via,
Que venia andando á caza
Con un azor que traia.
Amenázalos con muerte,
Si la Infanta no ofrecia
De folgar allí con él,
Sino que al Rey los traeria.
El Conde, mas cruda muerte
Quisiera, que lo que oia;
Pero la discreta Infanta,
Dándole esfuerzo, decia:
— Por vuestra vida, señor,
Más que esto hacer debria,
Que no se saldrá esta afrenta
Ni se dirá en esta vida. —
Priesa daba el cazador,
Y amenaza todavía:
Con grillos estaba el Conde
Y sin armas se veia;
Mas viendo que era forzado,
Como puede se desvia.
Apártala el cazador;
De la mano la traia,
Y cuando abrazalla quiso
Ella de él muy fuerte huia:
Los brazos le ha embarazado,
Socorro al Conde pedia,
El cual vino apresurado,
Aunque correr no podia:
Quitádole ha al cazador
Un cuchillo que traia,
Y con él le diera el pago
Que su aleve merecia.
Ayudándole la Infanta,
Camina todo aquel dia,

Y á la bajada de un puente
Ven muy gran caballería;
Gran miedo tienen en vella,
Porque creen que el Rey la envía.
La Infanta tiembla y se muere,
En el monte se escondia;
Mas el Conde, mas mirando,
Daba voces de alegría:
—Salid, salid, Doña Sancha,
Ved el pendon de Castilla,
Mios son los caballeros
Que á mi socorro venian. —
La Infanta con gran placer
A vellos luego salia.
Conocidos de los suyos,
Con alarido venian:
— Castilla, vienen diciendo,
Cumplida es la jura hoy dia. —
A los dos besan las manos,
A caballo los subian,
Y así los llevan en salvo
Al condado de Castilla.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Puede el romance considerarse como de tradicion oral, pero reformado en la primera década del siglo XVI.

701.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo*[1].)

El buen conde Fernan Gonzalez
En cruel prision estaba:
Prendiéralo Don García,
El que en Navarra reinaba.
Prendiólo sobre seguro
En una ermita sagrada,
Y movióse el Rey á hacerlo
Con voluntad muy dañada,
Que le tiene el Rey al Conde
Por las guerras que le daba,
Y porque mató á su padre,
Aquese Don Sancho Abarca.
En un castillo le puso
Con gente que le guardaba,
Donde estuvo muchos dias
Con vida muy angustiada.
El Rey tenia una hija,
Doña Sancha se llamaba:
Cuando ella supo que el Conde
Tan triste vida pasaba,
Determinó de irlo á ver,
Pues de su prision fué causa,
Que el Conde la vino á ver,
Y por mujer la tomara,
Y debajo de este engaño
El Rey en prision lo echaba.
Fuérase á la fortaleza,
Que nadie la acompañaba,
Do halló muy triste al Conde;
La Infanta lo consolaba,
Diciéndole: — Buen señor,
Aquí estais vos por mi causa:
Mi padre el Rey vos prendió
Sin que vos le debais nada;
Porque teme vuestras guerras,
Con esto se aseguraba.
Mas si vos, Conde, quereis
Darme la vuestra palabra
De me tomar por mujer,
La prision os será alzada
Sin saberlo el Rey mi padre;
Vuestra persona librada,
Irme he con vos á Castilla,
Do vuestro condado estaba,
Y si esto non faceis,
Aquí será vuestra estada. —
Cuando esto oyera el Conde,
Lo que pidió le otorgaba.
La Infanta sacara al Conde
De la prision en que estaba,
Sin que persona lo viese,
Porque era muy avisada.
La Infanta toma al buen Conde;
Sobre sus hombros lo echaba,
Porque él no podia andar
Por los hierros que llevaba.
Entraron por un gran monte
Que no léjos de allí estaba,
Entrambos muy fatigados
Del cansancio que llevaban.
Un arcipreste encontraron
Que por allí á caza andaba.
Conoscidolos habia,
Para ellos se allegaba.
Mucho le rogaba el Conde
A descubrir no los vaya,
Y que le daria en Castilla
La villa que demandara.
El clérigo respondió
Con voluntad muy dañada:
Que si consentia el Conde,
Que durmiese con la Infanta,
Que él les ternia secreto,
Y jamas lo publicara.
Gran enojo cobró el Conde
De aquel que tan mal hablaba,
Y por no poder vengarse
De persona tan malvada.
La Infanta, como discreta,
Muy bien lo disimulaba:
Rogó al Conde haya por bien
De hacer lo que demandaba,
Porque si hacerlo no quiere,
Y al Rey lo manifestaba,
Entrambos recibirian
Muerte mucho deshonrada.
La Infanta partió del Conde;
Dentro en el bosque se entraba;
Con ella va el arcipreste,
Que nada se recelaba.
Estando juntos los dos,
La Infanta, como esforzada,
Arremetiera con él,
Con los brazos le apretaba.
Dió grandes voces al Conde,
El cual muy presto llegara,
Y con su mismo cuchillo
El Conde allí le mataba,
Y en la mula que él traia
La buena Infanta cabalga:
A las ancas tomó al Conde,
Y á Castilla caminaban.
Siguiendo por su camino,
Muchas gentes divisaban:
Entre ellas viene un gran carro
Que caballos lo tiraban:
Dentro de él no viene gente,
Sino una imágen sagrada,
A semejanza del Conde,
De que él mucho se admiraba.
Conoció el Conde su seña,
De ello gran placer tomaba.
Llegados que fuéron junto,
De esta manera hablaba:
—¡Bien vengais, mis caballeros!
¡Buena sea vuestra llegada!
Decidmelo, amigos mios,
¿Para qué fué aquesta armada?
Y esta imágen que traeis,
¿Para qué fué edificada? —
Dijeron: — Señor, sabréis
Que con voluntad sobrada
Todos los que aquí venimos,
Nos juntamos en batalla
Debajo de presupuesto,
Tu persona hacer librada,

Y non volver á Castilla,
O morir en la demanda.
Y para tomar favor,
Esta imágen fué ordenada
Semejante á tu persona,
Que viva representaba. —
En mucho lo tuvo el Conde,
Muy grandes gracias les daba,
Y con sobrado placer
D'esta manera hablaba:
— Veisme aquí do vengo suelto;
Veis aquí quien me soltara:
Sabréis que esta es mi mujer,
Y por tal yo la tomaba.
Recebilda por señora;
Hija es del rey de Navarra. —
Todos las manos la besan,
Cumplen lo que el Conde manda,
Quitáronle las prisiones,
A Castilla se tornaban,
Y al celebrar de sus bodas,
Muchas fiestas ordenaban,
Do quedaron muy alegres
El buen Conde y su mesnada.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Es una de las composiciones anónimas que Sepúlveda admitió en su *Romancero*; pero debe ser casi contemporánea á dicho autor, como puede percibirse por su estilo, y porque parece estar sacada y calcada sobre la crónica.

702.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo.*)

En prision estaba el Conde;
Habia una noche pasado;
Caballeros de Castilla
En gran consejo han estado,
Cómo podrian valello,
Pues el rescate es negado.
Estando confusos todos,
Un caballero ha hablado,
Nuño Lainez se llama,
Bueno es, noble y esforzado.
— Señores, este decia,
Un buen caso he yo acordado,
Que hagamos de una piedra
De nuestro Conde un retrato:
Hagámosle juramento,
Solemnemente tomado,
Que hasta que por sí huya
La piedra, puesta en un carro,
Que no huirá ninguno
Por las villas ni el campo,
Ni en manteles comerémos,
Ni estarémos en poblado,
Ni vestirémos camisas,
Sino solo arnes tranzado,
Hasta ver al Conde libre,
O morir así en el campo. —
Todos conforman en esto,
Muchos se han juramentado.
Hacen la imágen del Conde;
Entre todos la han tomado;
Todos la acatan y honran
Como al Conde han respetado.
Camino van de Navarra,
Arlanzon luego han pasado;
Otro dia á Montes d'Oca,
Y otro dia á Belforado;
Otro dia de mañana
Al pié de un monte han llegado;
Ven en él un caballero
De los piés aherrojado,
Y una doncella hermosa
Que lo traia del brazo;
Como cerca d'ellos llegan,
Fué su gozo muy sobrado:
Conocieron que era el Conde,
Que la Infanta lo ha librado:
Aquella que allí venia
Hija es del rey Don Sancho.
Con gran fiesta los recogen
Y á Castilla se han tornado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Tambien este romance es anónimo, y está incluido en el *Romancero* de Sepulveda; pero su confeccion parece mas antigua que la del anterior.

703.

QUERELLAS ENTRE FERNAN GONZALEZ Y EL REY DE LEON, SANCHO I, LLAMADO EL GORDO.

(*Anónimo.*)

Castellanos y leoneses
Tienen grandes divisiones.
El conde Fernan Gonzalez
Y el buen Rey Don Sancho Ordoñez,
Sobre el partir de las tierras
Ahí pasan malas razones;
Llamábanse hi-de-putas,
Hijos de padres traidores;
Echan mano á las espadas,
Derriban ricos mantones:
No les pueden poner treguas
Cuantos en la corte sone,
Y pónenselas dos frailes,
Aquesos benditos monjes,
Qu'el uno es tio del Rey,
El otro hermano del Conde.
Pónenlas por quince dias,
Que non pueden por mas, no,
Que se vayan á los prados
Que dicen de Carrion.
Si mucho madruga el Rey,
El Conde non dormia, non;
El Conde partió de Búrgos,
Y el Rey partió de Leon.
Venido se han á juntar
Al vado de Carrion,
Y á la pasada del rio
Movieron una cuestion:
Los del Rey que pasarian,
Y los del Conde que non.
El Rey, como era risueño,
La su mula revolvió;
El Conde con lozanía
Su caballo arremetió;
Con el agua y el arena
Al buen Rey le salpicó.
Allí hablara el buen Rey,
Su gesto muy demudado:
— Buen conde Fernan Gonzalez,
Mucho sois desmesurado:
Si no fuera por las treguas
Que los monjes nos han dado,
La cabeza de los hombros
Ya yo os la hubiera quitado,
Y con la sangre vertida
Yo tiñera aqueste vado. —
El Conde le respondiera,
Como aquel que era osado:
— Eso que decis, buen Rey,
Véolo mal aliñado;
Vos venis en gruesa mula,
Yo en un lijero caballo;
Vos traeis sayo de seda,
Yo traigo un arnes tranzado;
Vos traeis alfanje de oro,
Yo traigo lanza en mi mano;
Vos traeis cetro de rey,
Y yo un venablo acerado;
Vos con guantes olorosos,
Yo con los de acero claro;

Vos con la gorra de fiesta,
Yo con un casco afinado;
Vos traeis ciento de mula,
Yo trescientos de á caballo. —
Ellos en aquesto estando,
Los frailes que han allegado:
— ¡Tate, tate, caballeros!
¡Tate, tate, fijosdalgo!
¡Cuán mal cumplistes las treguas
Que nos habiades mandado! —
Allí hablara el buen Rey:
— Yo las cumpliré de grado. —
Pero respondiera el Conde:
— Yo de piés puesto en el campo. —
Cuando vido aquesto el Rey,
No quiso pasar el vado;
Vuélvese para sus tierras;
Malamente va enojado.
Grandes bascas va haciendo,
Reciamente va jurando
Que habia de matar al Conde
Y destruir su condado.
Mandó pues llamar á cortes;
Por los grandes ha enviado:
Todos ellos son venidos,
Y solo el Conde ha faltado.
Mensajero se le hace
A que cumpla su mandado:
El mensajero que fué
D'esta suerte le ha hablado.

(*Cancionero de romances.*)

1 El vigoroso y conciso estilo de este romance manifiesta un pensamiento espontáneo, expresado sin pauta ni traba de otro texto. Su rudeza y falta de arte, así como tambien su ejecucion, indican que pertenece primitivamente á una epoca remota, si bien ha llegado á nosotros con algunas, pero pocas, reformas de lenguaje hechas con posterioridad á su primera redaccion.

704.

SANCHO I DE LEON REQUIERE Á FERNAN GONZALEZ, QUE COMO FEUDATARIO ASISTA Á LAS CORTES.

(*Anónimo*[1].)

— Buen conde Fernan Gonzalez,
El Rey envía por vos,
Que váyades á las cortes
Que se hacian en Leon;
Que si vos allá vais, Conde,
Daros han buen galardon,
Daros ha á Palenzuela
Y á Palencia la mayor;
Daros ha á las nueve villas,
Con ellas á Carrion;
Daros ha á Torquemada,
La torre de Mormojon;
Daros ha á Tordesillas,
Y á Torre de Labaton,
Y si mas quisierdes, Conde,
Daros han á Carrion.
Buen Conde, si allá non ides,
Daros os han por traidor. —
Allí respondiera el Conde
Y dijera esta razon:
— Mensajero eres, amigo[2],
Non mereces culpa, non,
Que yo no he miedo al Rey,
Ni á cuantos con él son.
Villas y castillos tengo,
Todos á mi mandar son,
D'ellos me dejó mi padre,
D'ellos me ganara yo:
Los que me dejó mi padre
Poblélos de ricos hombres,
Los que yo me hube ganado
Poblélos de labradores;
Quien no tenia mas que un buey,
Dábale otro, que eran dos;
Al que casaba su hija
Dóile yo muy rico don;
Al que faltaban dineros
Tambien se los presto yo:
Cada dia que amanece,
Por mi hacen oracion;
No la hacian por el Rey,
Que no la merece, non;
El les puso muchos pechos,
Y quitáraselos yo.

(*Cancionero de Romances.*)

1 Pueden aplicarse á este romance, continuacion del que precede, las observaciones allí hechas. La nota que en el *Romancero Castellano* del señor Depping se le pone, debió hacerse para otro, pues la composicion no es de Sepúlveda, ni á ella le convienen sus observaciones. Sin duda este error procede de un descuido en la colocacion de la nota, que debió quizá ponerse en el que en dicho Romancero le sigue, y empieza: *El rey Don Sancho Ordoñez.*

2 Estos dos versos son todavía proverbiales.

705.

PRESO FERNAN GONZALEZ POR SANCHO I DE LEON, SU ESPOSA DOÑA SANCHA LE LIBERTA, QUEDANDO ELLA EN LA PRISION.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

El rey Don Sancho Ordoñez,
Que en Leon tiene el reinado,
Preso ha á Fernan Gonzalez[1],
El buen conde castellano.
En una torre fué puesto
Con cadenas, á recado,
Que con el Rey no aprovecha
Cosa que le han suplicado
Para que suelten al Conde
De donde está encarcelado.
La Condesa que lo supo
A Leon habia llegado,
Besó las manos al Rey,
Con él está razonando:
— Suplicoos, el Rey mi tio,
Que pues no habeis soltado
A ese Conde mi marido,
Que sea de mí visitado,
Que yo voy en romería
A la casa de Santiago,
Y quiero hablar con el
Para lo hacer consolado:
Seràle muy gran consuelo,
Segun está fatigado. —
El Rey con alegre cara
Lo que pidió le ha otorgado.
La Condesa entrara dentro
Do está el Conde aprisionado,
Sin que ninguna persona
Consigo hobiese llevado.
Vuelven á cerrar la puerta,
Porque ansí estaba mandado.
El Conde cuando la vido
Gran consuelo habia cobrado;
Ambos hablan en secreto
Y conciertan en celado.
Parecióle bien al Conde
Lo que su mujer ha hablado;
Y aquese concierto hecho,
Al portero habian llamado,
El cual vino prestamente
A escuras y sin cuidado.
La Condesa le habló,
El Conde estuvo callado,
Con palabras que le dijo
Al portero habia engañado:
La puerta le abriera luego,
El Conde se ha trastocado.
Tornó á cerrar la puerta,
Como le estaba mandado.
La condesa Doña Sancha

En la prision ha quedado,
El Conde se fué á su gente,
Como le fuera avisado.
Los suyos cuando lo vieron
Gran placer habian tomado;
Volvieron para Castilla,
Do el Conde tiene su estado.
El Rey, cuando hubo sabido
Aquesto que ya es contado,
Gran enojo ha recibido
Porque ansí fuera engañado.
La manera que se tuvo
Para poder ser librado,
Pues con el Rey no aprovecha
Lo que tanto le han rogado,
Fué que con varonil esfuerzo
La Condesa habia hablado:
— Quitáos, Conde, esas ropas,
Las mias habréis tomado,
Y allá á la media noche
Estará mas descuidado
Este portero que os guarda,
Y en ello no habrá mirado:
Abiertas que sean las puertas,
Saldréis muy disimulado;
Vos le haréis entender
Que el viaje comenzado
Que lo quereis acabar
Y llegar á Santiago,
Y encaminándolo Dios,
Buen Conde, seréis librado:
Iréis para vuestra gente,
Que fuera os está aguardando.
Volveros heis á Castilla,
Do teneis vuestro condado;
Yo quedaré en la prision,
D'ella seréis vos librado. —
De qu'aquesto supo el Rey,
Mostróse muy aplacado;
Fué donde está la Condesa,
D'esta manera le ha hablado:
— Condesa, vos me engañastes,
De vos he sido burlado;
Mas tuvisteis gran razon,
Como mujer de alto estado,
En librar vuestro marido
Como vos lo habeis librado.
Miéntras que durare el mundo
En vos tomarán dechado
Las mujeres que vivieren
De pequeño y grande grado. —
Respondióle la Condesa:
— Señor, n'os haya pesado
De librar á mi marido,
Que yo lo hube ordenado,
Que por librar tal persona
A mas qu'esto era obligado. —
El Rey la recibió bien,
De la prision la ha sacado,
Envióla honradamente:
A Castilla la ha enviado;
Muy honradamente va,
Como conviene á su estado.
Halló allá á su marido,
Por ella muy deseado;
Con gran placer se reciben,
Que ambos se han mucho amado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Era la suerte de este Conde el ser preso siempre por sorpresa, y libertado por su esposa. Hé aquí la segunda vez en que se repite lo mismo. (Véase la nota del número 706.)

706.

AL MISMO ASUNTO.

(*Anónimo*[1].)

Preso está Fernan Gonzalez,
El buen conde castellano;
Prendióle Don Sancho Ordoñez,
Porqué está dél airado.
En una torre en Leon
Lo tiene á muy buen recaudo.
Rogaban al Rey por él
Muchas personas de estado,
Y tambien por él rogaba
Ese monje Don Pelayo:
Mas el Rey, con grande enojo,
Nunca ha querido soltallo.
Sabiéndolo la Condesa,
Determina de librallo:
Cabalgando en una mula,
Como siempre lo habia usado,
Consigo lleva dos dueñas,
Dos escuderos ancianos.
Y llevan en su reguarda
Los trescientos hijosdalgo
Armados de todas armas,
Cada cual en buen caballo.
Todos llevan hecho voto
De morir en demandallo,
Y de no volver á Búrgos
Hasta morir ó librallo.
Caminan para Leon
Contino por despoblado:
Muy cerca de la ciudad
En un monte se han entrado.
La Condesa, como sabia,
Mandó ensillar un caballo,
Y mandóle á un escudero
Que al Conde quede aguardando,
Para que en siendo salido,
Se lo dé, y se ponga en salvo.
La Condesa con las dueñas
En la ciudad se ha entrado:
Tal como viene de camino
Vase derecho á palacio.
Así como el Rey la vido,
A ella se ha levantado.
— ¿Adónde bueno, Condesa?
— Señor, voy á Santiago,
Y vineme por aquí
Para besaros la mano.
Suplicoos me deis licencia
Que pueda al Conde hablallo.
— Pláceme, dijera el Rey,
Pláceme de muy buen grado. —
Llévanla luego á la torre
Do está el Conde aprisionado:
Por amor de la Condesa
Las prisiones le han quitado.
Pasada la media noche,
La Condesa le ha hablado:
Levantáos luego, señor,
No es tiempo de estar echado:
Vestíos estas mis ropas,
Tocaros heis mi tocado,
Y junto con esas dueñas
Os salid acompañado,
Y en saliendo, que salgais,
Hallaréis vuestro caballo,
Y iros heis para el monte,
Do está la gente aguardando,
Que yo me quedaré aquí
Hasta ver vuestro mandado. —
Al Conde le pareció
Qu'era bien aconsejado.
Vístese las ropas d'ella;
Largas tocas se ha tocado.
Las dueñas son avisadas,
A las guardas han llamado;
Las guardas están prestas,
Quitan de presto el candado;
Salen las dueñas, y el Conde;
Nadie no las ha mirado.
Dijo una dueña, á las guardas
Que la andaban rodeando:
— Por tener larga jornada

Hemos madrugado tanto.—
Y así se partieron d'ellas
Sin sospecha ni cuidado.
Luego que fuera salieron,
Halló el Conde su caballo,
El cual tomó su camino
Para el monte señalado.
Las dueñas y el escudero
Hasta el dia ban aguardado:
Subidose han á la torre
Do la Condesa ha quedado.
Los guardas, como las vieron,
Mucho se han maravillado.
— Decí, ¿á qué volveis, señoras?
¿Háse acá algo olvidado?
— Abrí, veréis lo que queda,
Porque llevemos recaudo. —
Como los guardas abrieron,
A la Condesa han hallado.
—Id, decid al señor Rey,
Que aquí estoy á su mandado,
Que haga en mí la injuria,
Que el Conde está ya librado.
Como aquesto supo el Rey,
Hallóse muy espantado:
Tuvo en mucho á la Condesa
Saber hacer tal engaño;
Luego la mandó sacar,
Y dalle todo recaudo,
Enviándosela al Conde:
Muchos la han acompañado.
El Conde, desque la vido,
Holgóse en extremo grado,
Y envió á decir al Rey,
Que pues tan mal lo ha mirado [2],
Que le mandase pagar
Lo del azor y el caballo,
Si no que lo pediria
Con el espada en la mano.
Todo por el Rey sabido,
Y su consejo tomado,
Sumaba tanto la paga,
Que no pudo numerallo.
Así que, todo bien visto,
Fué por el Rey acordado
De le soltar el tributo
Qu'el Conde le era obligado
Lo cual, por el Conde oido,
Con gran placer lo ha otorgado;
Y asi, de aquesta manera
A Castilla ha libertado.

(*Cancionero de romances*, edicion de 1570.— It. TIMONEDA, *Rosa española*. — It. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] Este romance es uno de los reimpresos por el señor Wolf, de la *Rosa española* de Timoneda, cuyo texto adopta, sacando empero las variantes que tiene el del *Cancionero de romances* de 1570. No insertando nosotros estas, hemos preferido la leccion del segundo texto por parecernos mas genuina respecto al romance popular, el cual sin duda trató de enmendar Timoneda, resultando de esto las variantes que se notan. Debe ademas advertirse que la prision de que habla este romance no es la misma que aquella de que trata el del número 700. En el número 700 se trata de la que sufrió en Navarra, por órden del rey Don García; y en el que ahora insertamos, y el que le precede, es Don Sancho I de Leon el que le tiene aprisionado.

[2] Aquí la expresion de haberlo *mal mirado*, no se refiere al hecho de haber devuelto el Rey la Condesa á su esposo el Conde, sino al atropello que este cometió, prendiéndole contra el seguro que le habia dado para que se presentase en la corte.

707.

FERNAN GONZALEZ, CON AYUDA DEL APÓSTOL SANTIAGO, VENCE EN BATALLA Á LOS MOROS.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En muy sangrienta batalla
Anda el conde castellano
Nombrado Fernan Gonzalez,
Con Almanzor, rey pagano.
Tres dias ha que pelean
Con sus gentes en el campo;
Muchos matan de los moros
Aquesos pocos cristianos.
Los moros, como son muchos,
Al Conde tienen cercado;
El Conde con gran dolor
A Dios estaba llamando,
Los ojos altos al cielo,
Estas palabras hablando:
— ¡Oh Señor de cielo y tierra!
A vos estoy yo clamando,
Ruégovos no consintais
Que se pierda este condado,
Que vos me disteis en guarda
Libraldo con vuestra mano,
Que si Castilla se pierde
Morir quiero, y no ser salvo.
Entraré por la batalla,
Moriré como esforzado,
Que non quiero yo vivir
Por ser tan crecido el daño.
Si los moros no me matan,
Matarme he yo con mi mano;
Dadme vos, Señor, ventura
De vencer la lid, entrando.
Pues que vos me prometisteis
Que de vos seria ayudado,
Cumplidme vuestra promesa,
Cual yo cumplí el vuestro mando.
¡Oh Señor! non fallezcais
A aqueste vuestro vasallo,
Que si pecados yo hice,
Y de mí sois despagado,
Librad esta tierra vos,
Y de mí os haced vengado,
Que yo quiero ser el muerto,
No muera tanto cristiano. —
Diciendo aquestas razones,
Firiendo iba y matando;
El campo deja cubierto
De los moros que ha matado.
Una voz oyó del cielo:
Por su nombre lo ha llamado;
Díjole: — Fernan Gonzalez,
Gran ayuda es de tu bando;
Acorro te viene grande,
Dios del cielo lo ha enviado.
Alzara el Conde los ojos
Por ver quien lo habia llamado;
Vido á Santiago, el Apóstol,
Que junto á él ha llegado;
Gran gente de caballeros
Lo vienen acompañando,
Ricas armas traen vestidas,
Cruces grandes en su lado.
Las haces tienen paradas
Contra Almanzor y su bando.
Almanzor con los sus moros
De lo ver se han espantado;
Dijeron: — ¿Dó vino al Conde
Esta gente que ha llegado,
Cuando ya estaban vencidos
El, y todos los cristianos? —
El Conde y sus caballeros
Gran esfuerzo habian tomado:
Fieren de recio en los moros,
Del campo los han lanzado;
Tantos quedan d'ellos muertos,
Que queda cubierto el campo:
Siguiéronlos hasta Almansa,
Donde se acabó el estrago.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

708.

CASO PRODIGIOSO ACAECIDO AL PRINCIPIAR LA BATALLA DE ARLANZA, QUE FERNAN GONZALEZ GANÓ Á LOS MOROS.

(*Anónimo* [1].)

El Conde Fernan Gonzalez,
Que tiene en Búrgos su campo,
Con los nobles de Castilla
Va contra Almanzor marchando,
Y en las riberas de Arlanza,
A vista de los contrarios,
Ordenó el Conde los suyos,
Ménos, y mas esforzados;
Mas la fuerza del vencer,
Recibe maduros casos,
Del gobierno el capitan,
Del capitan los soldados.
Antes de la escaramuza
Contra el sarraceno bando,
Solo un castellano, solo,
Picó atrevido un caballo,
Y apénas de las dos huestes
Al medio llegaba, cuando
Súbito se abrió la tierra
Hasta su centro mas bajo,
Y en sus entrañas envuelto
El misero, y sepultado
Cerró la tierra, y dejó
Nuevo cuento al mundo vario.
Del nunca visto suceso
Temerosos y espantados,
Dejaban el campo libre
Y vitorioso al pagano;
Mas el valeroso Conde,
Con grave y feroz aplauso,
Levantó en medio de todos
La espada, la voz y el brazo:
— ¡Oh mis fidalgos de Búrgos!
Arredráos, castellanos,
Non volvades las espaldas,
Que non serédes fidalgos,
Ni enlodeis en solo un dia,
Por un pavorido espanto,
Las fazañas que conmigo
Hobistes en luengos años.
Parad mientes en mis voces,
Dejad solaces humanos,
Que asaz en breve fallecen,
La fama non, non, notaldo:
Yo no me muestro afligido,
¿Para qué temedes tanto?
Que aunque no venides muchos,
Sois pocos, y bien guisados.
Si uno se tragó la tierra
En su asiento firme y ancho,
Solo un home de nosotros
Mal podrá sustentar tantos.
Aquel estaba de mas,
Nosotros asaz sobramos:
Acometed de consuno,
Non estedes empachados,
Que vos afirmo que basta,
Y por mi sentido fablo,
Contra mil forzados moros
Un corazon castellano.
Pinchad, pinchad los trotones
Non fuyades, mis fidalgos,
Que facer alevosía
Non es de buenos vasallos.—
Esto dice, y arremeten
Con tal furia á los contrarios,
Que de innumerables moros
Vencieron la hueste y campo.

(*Romancero general.*)

[1] El autor ó inventor de esta tradicion tendria presente la historia romana, para atribuir á la nuestra sucesos milagrosos muy semejantes.

709.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Juan de la Cueva* [1].)

Jurado tiene á Mahoma
El fiero moro Almanzor,
Que ha de entrarse por Castilla
Y verse d'ella señor
A pesar de los cristianos,
Y de su gran defensor
El conde Fernan Gonzalez,
Vitorioso guerreador.
Para esto se apercibe,
Y viene lleno de ardor,
Y entra en Castilla mostrando
Su potencia y su valor,
El soberbio y fiero intento
De su bárbaro furor,
Destruyendo á fuego y sangre,
Sin respeto ni temor,
Cuanto cogia delante,
Juzgándose vencedor,
Dando con horribles muertes,
A todos, crudo terror.
Al conde Fernan Gonzalez,
Llegó el mísero clamor
De los tristes oprimidos;
Y movido á ira y dolor
Se pone luego en camino,
Y á resistirlo salió
Con la mas gente que pudo,
Y aderezada mejor.
Pónese á vista del moro,
Y el moro lo recibió
Con levantada algazara,
Con gran grita y gran rumor.
Preséntale la batalla,
Y el Conde se la acetó:
Pone su gente en concierto,
Y adereza su escuadron,
Y estándolo aderezando
Un caso le sucedió,
Que visto de entrambos campos,
A todos puso temor;
Y fué, que estando en el punto
De arremeter á Almanzor,
Un caballero del Conde,
Entendiendo ser razon,
Arremetió su caballo,
Y al punto que arremetió
Dividiéndose la tierra
En su seno le escondió,
Sin que pareciese mas;
Luego á juntarse volvió.
Viendo aquesto unos y otros
Les alteró y causó horror,
Y mas á los castellanos;
Mas el Conde que los vió
Que á desmayar comenzaban,
Así en alta voz habló:
—¿Amigos mios, qué es esto?
¿Qué os quita vuestro valor?
¡De ver que á Pero Gonzalez
La tierra así lo tragó
Os acobarda á vosotros!
¿En qué fundais tal error?
¿No entendeis qu'este es prodigio
Que nuestro Dios envió
Para darnos á entender
Que el moro competidor
No nos podrá resistir
Ni aguardar nuestro furor?
Pues no nos sufre la tierra,
Ménos lo hará Almanzor;
Aunque trae para un cristiano
Cien moros, así es mejor;
Que á mas moros mas ganancia,
Para el campo vencedor.

¡Ea, leones de España,
En quien no cupo temor!
Seguidme todos : á ellos,
A ellos, que pocos son.
¡Ea, hijos, ea, amigos,
Invocad vuestro patron!
¡Santiago, Santiago, á ellos!
¡Santiago, ayudanós!—
Esto diciendo, se arroja
En el contrario escuadron:
Siguenle los caballeros
Con no ménos corazon;
Trábase de entrambas partes
Una sangrienta quistion,
Mezclados unos y otros
En saña, en ira y ardor.
Los cristianos animosos
Usando de su valor,
Deshacian la potencia
Del bárbaro guerreador,
Matándole tantos moros,
Que como apocar los vió,
Se comenzó á retirar,
Y el Conde, que lo entendió,
Apretóle con mas fuerza,
Con mas coraje y furor,
Que le forzó á que volviese
Huyendo, el rey Almanzor,
Dejando cubierto el campo
De muertos, y rojo humor,
De los suyos, y esto hecho,
El valeroso español,
Volvió rico y vitorioso
Del bárbaro, vencedor.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

1 En este romance, y el que le sigue, puede verse cómo se desviaban los poetas de las últimas décadas del siglo XVI, del tono sencillo, aunque rudo, de los romances viejos, desfigurándolos con estilo hinchado, aunque coordinando mejor las ideas y pensamientos.

710.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Grabiel Lobo Laso de la Vega* [1].)

Contra las copiosas haces,
Que las banderas moriscas
Siguen del rey Almanzor,
Fernan Gonzalez camina,
A quien hizo su valor
Conde y señor de Castilla.
Limitadas fuerzas trae
Con las que Almanzor traia,
Con que á darle la batalla
El Conde se determina,
Fiado en lo que le dijo
El santo monje en la ermita [2],
Aunque esta resolucion
Fué de algunos defendida,
Contra lo cual el buen Conde
Su gente exhorta y anima.
Mas haciendo un caballero
Tanto caso de la vida,
Del cual, por ser español,
El nombre no es bien se diga;
Que olvidado del honor,
Y pensando conseguirla,
Teniendo de los cristianos
Aquel por último dia;
Cuyo moderado campo,
No otra cosa prometia:
Guiando al de los contrarios,
Del cristiano se salia,
El caballo fatigando
Porque nadie se lo impida,
Que con presurosos piés,
El fijo suelo batia,
En el qual se abrió una boca,
Y de ambos campos á vista
Hombre y caballo abscondió,
De admiracion cosa digna;
Que el fogoso boqueron
De Roma, con tanta prisa,
No tragó al armado Curcio,
Ni se cerró mas aina.
Los castellanos al verlo
Un tanto se atemorizan,
Y con ánimos suspensos
De nuevo se comunican
Si el dar á Almanzor batalla
Era cosa que cumplia.
Mas el valeroso Conde
Viendo la gente remisa,
Y que el temor de uno en otro
Por puntos se multiplica,
Antes que el campo cundiese
Aquella peste nociva,
Salta en un rucio caballo,
Y por todo discurria,
Diciendo :— Quien dar quisiere
A la fama que dél diga
Miéntras el mundo durare,
Su suerte y mis pasos siga;
Y el que á aquesto no aspirare
Póngase luego en huida,
Que quiero saber de quién
Se puede fiar Castilla,
Y entre pocos y animosos
Partir esta presa rica,
Que aquestos hacen la guerra,
No la canalla infinita.
Llévense solos la gloria
De la victoria adquirida:
No entre á la parte el cobarde
Pues ninguna le es debida.—
Calóse de la celada
Con esto el Conde la vista,
Y al caballo pone piernas
Blandiendo una lanza lisa,
A cuya voz, y á la seña
De la última arremetida,
Parte la gente exhortada,
Y tal fué la arremetida
Que con victoriosas diestras
Triunfó de Almanzor Castilla.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

1 Véase la nota del anterior, advirtiendo que el autor de este romance es mas correcto y ménos pedante que Juan de la Cueva.
2 Véase el romance núm 695.

711.

MIÉNTRAS FERNAN ANTOLINEZ ESTÁ OYENDO MISAS, UN ÁNGEL TOMANDO SU FIGURA PELEA EN LA BATALLA, SALVANDO ASÍ EL HONOR DEL DEVOTO CABALLERO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Sant Estevan de Gormaz,
Fuerte eres y torreado,
Ganarate de los moros
El buen conde castellano
Nombrado Garci Fernandez,
El valiente y esforzado.
Batalla tiene aplazada
Con esos moros paganos:
Antes de salir á ella
Oyen misa los cristianos.
En la compañía del Conde
Estaba un hidalgo honrado,
Fernan Antolinez le llaman,
De Dios es muy ahogado,
El cual tiene por costumbre,
En devocion inflamado,
De oir todas las misas
Que se dicen en sagrado,
Y no salir de la iglesia

Hasta se haber acabado.
El Conde, que oyó una misa,
Luego se saliera al campo:
Al vado del Cascajal
Los moros pierden el campo.
Su escudero de Antolinez
De su amo ha murmurado,
Diciendo qu'el con cobardía
No osa salir al campo,
Y que no era devocion
La que muestra y ha mostrado.
Mas viendo su corazon,
Dios por él hizo milagro:
Por quitarlo de vergüenza,
Nunca ménos fuera echado:
Peleó valientemente,
En los moros hizo estrago
Un hombre, que á el parecia
En las armas y caballo,
Y al moro, que trae la seña,
Muerto le habie y derribado.
En todos los caballeros
Ninguno es mas señalado;
De su bondad hablan todos,
De todos era estimado;
Con la sangre de los moros
El campo deja bañado.
Acabadas son las misas,
Vencidos son los paganos;
Metidose está en la iglesia
Antolin, de avergonzado,
Porque todos le tendrian
Por cobarde acobardado.
Dios, que vió su voluntad,
De vergüenza lo ha librado.
En su pespunte y loriga,
De que su cuerpo era armado,
Y el caballo en que cabalga
Las heridas se han mostrado,
Que dieran al que por él
Ha andado peleando.
Por él preguntaba el Conde,
Todos lo andan buscando;
En el campo no parece,
En la iglesia fuera hallado.
El Conde que hobo sabido,
Todo lo que ha pasado,
Alabara á Dios del cielo,
Loores le estaba dando:
Porque enviara su ángel
A lidiar por su abogado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados* etc.)

712.

EL CABALLO Y EL AZOR, Y LIBERTAD DEL FEUDO DE CASTILLA, POR FERNAN GONZALEZ.

(Anónimo.)

En los reinos de Leon
Don Sancho el Gordo reinaba:
Al conde Fernan Gonzalez
Mensajeros le enviaba
Que luego venga á sus cortes,
Que en Leon las celebraba.
El Conde cumpliera luego
Lo que el Rey ansí mandaba,
Diciendo: — Gran Rey del cielo,
Gran Señor, á tí rogaba
Que me quieras ayudar,
Y el favor te demandaba
De que saques á Castilla
De la gran premia en que estaba,
Y que en ella otro no mande,
Sino yo, que la amparaba.—
El Rey que supo que el Conde
A sus cortes ya llegaba,
Saliéralo á recebir
Como á persona estimada.
Un azor el Conde lleva
Que de muda lo sacaba,
Y un caballo muy hermoso,
Que al moro Almanzor ganara.
D'ello se pagaba el Rey,
Al Conde lo demandaba;
El Conde lo da de balde,
No el Rey lo quiere sin paga.
Gran haber por ello ofrece
Si el Conde se lo fiaba:
Pusieron entre sí el plazo
En que el Rey haria la paga,
Y si al plazo no pagase
La moneda se doblaba.
Acabadas ya las cortes,
El buen Conde se tornaba.
Siete años son pasados
Que el rey Don Sancho reinaba;
Cartas enviara al Conde
En que en ellas le mandaba
Que ¿por qué venir á cortes
Tanto tiempo dilataba?
Que si venir no queria
Y á obedescer se negaba,
Que dejase su condado,
Y que luego dél se salga.
El Conde que oyó el mensaje
Cumplió luego la embajada.
Llegado era ya á Leon,
Adonde Don Sancho estaba;
Ante el Rey se hincó de hinojos,
Las manos le demandaba;
El Rey no las quiso dar,
Léjos de sí lo arredraba,
Diciendo: — Quitádvos, Conde,
Que no quiero vuestra fabla,
Porque estais vos muy lozano
Por vencer tantas batallas.
Dos años ha que á mis cortes
No vais, aunque os llamaba:
Con mi condado os alzasteis,
Que yo á vos lo diera en guarda,
Otros tuertos me fecisteis
De que yo agora habré paga.—
El Conde dijo: — Señor,
Con la tierra no me alzaba,
Ni vengo de tal lugar,
Ni linaje que lo obrara,
Que en lealtad y mañas buenas
Por muy bueno me contaba,
Y por tan buen caballero
Como el mejor que se halla.
Otra vez vine á Leon
Do la vuestra corte estaba,
Y de vuestros leoneses
Gran deshonra yo cobraba,
Y esta fué la causa, el Rey,
Que á ellas no continuaba;
Y si me alzo con la tierra
Yo tengo razon y causa,
Ca me tenedes robado
Gran haber y gran ganancia.
Tres años ha lo debeis,
Y á mí no se me pagaba:
Dadme, Rey, vos, fiadores
Que á mí me será pagada;
Yo dárvoslos he tambien
De pagar si en algo erraba. —
El Rey recibiera enojo
D'esto qu'el Conde hablaba;
Echóle en fuertes prisiones,
Mas su mujer lo sacaba.
El Conde sacó sus gentes,
La tierra del Rey estraga,
Prendiérale muchos hombres
Muchos ganados llevaba:
Hasta que le dé su haber
Mal al Rey amenazaba.

El Rey dió de sus haberes,
Y a un hombre le mandaba
Que luego le pague al Conde
Lo que á pagar se obligara :
El hombre fué para el Conde,
Y el haber luego le daba;
Pero no basta á pagallo
Porque muy mucho sumaba.
El Rey de muy congojado
Con los suyos acordaba
Que libre le dé el condado
Si el haber le perdonaba.
El Conde lo hubo por bien
Porque mucho le pesaba
De besar mano á ninguno,
Y á Dios muchas gracias daba
Por sacar de subjecion
De Leon, á Castilla honrada.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

713.

GARCI-FERNANDEZ VENGA EL ADULTERIO DE SU PRIMERA MUJER.

(*Anónimo* [1].)

Castilla estaba muy triste,
Crecidos llantos hacia
Porque es muerto Hernan Gonzalez
El que bien la defendia.
Su hijo hobo su estado,
Ese conde Don Garcia,
Fernandez por sobrenombre,
¡Bien al padre parecia!
Gran caballero es de cuerpo,
Cuerdo, apuesto a maravilla,
Las manos ha como nieve
Cuando del cielo caia;
Cubiertas las trae con luas
Porque amor nadie le pida.
En Francia casó el buen Conde
Con esa Doña Argentina,
Que pasaba por su tierra
A Santiago en romería.
Seis años vivió con ella,
No hubieron fijo ni fija :
El Conde está muy doliente,
Temió de perder la vida.
La Condesa como mala
Muy gran traicion le hacia :
Fuése á Francia con un conde
Que á visitarla venia.
El conde Garci Fernandez
Gran enojo recebia,
Y sano de su dolencia
A los suyos les decia
Que por cumplir la promesa
Que por su salud hacia,
Se iba á Rocamador
Con dones en romería.
Metióse por el camino,
Un escudero en su guia;
Ambos van desconocidos,
Pobres vestidos vestian :
Llegados son donde estaban
Los que han hecho alevosía.
El Conde Garci Fernandez
Con gran prudencia inquiria
Toda la vida del Conde,
Y supo que habia una hija,
Que se nombra Doña Sancha,
Muy hermosa en demasía.
Garci Fernandez, discreto,
Cuidó que le convenía
Conversar luego con ella
De cualquier manera ó guisa.
Muy mal quiere Doña Sancha
A aquesa Doña Argentina;
Con su padre la revuelve,
No puede sufrir tal vida.
Buscando andaba algun modo
Cómo huya tal fatiga.
Habló con una doncella,
Y en secreto la decia :
—Amiga, sepas que yo
Sufrir esto no podia :
¿Has visto tú ya los pobres,
Que dan racion cada dia
A la puerta de mi padre?
Pues mira con maestria
Si hay en ellos hijodalgo,
Que allí la limosna pida,
Que sea fermoso, apuesto,
Y a mí lo trae; que cumplia,
Porque quiero hablar con él,
Que mucho á mi convenia.—
La doncella, qu'es discreta,
Por la obra lo ponia :
Fuése un dia do los pobres
Recebian la comida,
Y entre ellos vió estar al Conde,
Al buen conde de Castilla,
Que está pobre y mal vestido;
Mas muy bien le parecia.
Vido que era muy hermoso,
Grande, apuesto en demasía,
Vióle las manos hermosas,
Qu'el buen Conde descubria.
Cuidaba en su corazon,
Qu'era hombre de valía :
Apartáralo de todos,
Y conjurádolo habia
Que dijese si era hidalgo,
Que d'ello gran bien ternia.
Dijo el Conde que lo era,
Más que el señor que tenia.
La doncella paró mientes
A esto que respondia :
—Aguárdame aquí, señor,
Yo verné por vos aina.—
Fuése para su señora;
Lo pasado le decia.
Por mando de Doña Sancha
Vino antella Don Garcia;
Ella le dijera al Conde :
—Yo os ruego por cortesía
Me digais por cuál razon
Vos sois de mas hidalgia,
Que no el señor d'esta tierra,
Que yo por padre tenia.—
Respondió el Conde diciendo :
—En vuestro poder yacia,
En vuestra mano es mi muerte,
Dármela podeis, ó vida.
Si quereis saber de mí,
A vos me descubriria :
Prometedme en puridad
Que de vos no se sabria.—
Jurábale Doña Sancha,
Que no lo descubriria.
El Conde dijo :—Señora,
Verdad digo y no mentira,
Yo soy Don Garci Fernandez,
Ese conde de Castilla :
Vuestro padre que aquí está
A mi gran maldad hacia :
Trujérame mi mujer
Con quien casado yo habia :
Aquí la tiene consigo,
Gran pesar á mí venia,
Y con crecida vergüenza
Prometido yo tenia
De no volver á mi tierra
Hasta quitarles la vida;
Y por cumplir mi promesa
Este mal traje traia,
Porque á mí nadie conozca

Ni mi venganza se impida.—
A Doña Sancha le plugo
De lo qu'el Conde decia,
Porque hallaba camino
Que gran bien se le seguia.
Dijole al Conde :—Señor,
Quien á vos os diese hoy dia
Carrera para hacer
Lo que á mí dicho se habia,
¿Qué le daréis vos por ello,
O qué galardon habria?—
Luego el Conde respondió :
—Con vos yo me casaria,
Llevaríaos yo conmigo
A mi estado de Castilla :
Seréis condesa y señora
De la tierra que tenia.
Ella le dijo que cedo
Gran venganza tomaria.
Escondiéralo en secreto
Adonde entrambos dormian.
Dende á la tercera noche
Doña Sancha usó maestría;
Al conde Garci Fernandez
Un lorigon le ponia,
Y un cuchillo en la su mano
Bajo el lecho lo metia
Do su padre y su mujer
Tenian la su dormida.
Mandóle que esté seguro,
Y una cuerda al pié le asia
Porque cuando se durmiesen
Los que tan mal le ofendian,
Doña Sancha le tirase,
Y saliendo Don García,
A mansalva y de seguro
A entrambos los mataria.
Aqueste concierto fecho,
El Conde con la su amiga
Echados son en la cama,
Y debajo Don García.
Luego se habian dormido;
Doña Sancha que lo via
Tira luego de la cuerda,
El Conde presto salia :
Degollólos á ambos juntos;
Ambas cabezas les quita.
Con ellas y su mujer
Para Castilla volvia.
Despues que fuera llegado
Sus gentes juntar hacia;
Contóles lo acaecido,
Que cosa non fallecia.
Dijo el Conde á sus vasallos :
—Amigos, de aqueste dia
Soy yo el vuestro señor,
Pues que vengado me habia,
Que estando tan deshonrado
Vasallos no merecia.—
Casóse con Doña Sancha [2],
Alegre vida hacian;
Naciera d'ellos Don Sancho
Que sucediera en Castilla.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] El héroe del romance es el hijo de Fernan Gonzalez. Si examinamos detenidamente la composicion, se verá cuánto dista en sus formas y pensamientos de los verdaderos romances de origen castellano. Pudiera pues creerse que la tradicion que le sirvió de asunto es puramente caballeresca, nacida en Francia, y luego adoptada por nosotros para aplicarla á un héroe castellano. Si ademas examinamos el lenguaje, el giro y la manera con que está hecha y contada esta historieta, creemos poderla atribuir á mediados del siglo XV; y si así fuese, Sepúlveda no hizo otra cosa que imprimirla y acaso reformarla un tanto.

[2] El hecho inmoral, y el parricidio provocado por esta Doña Sancha, hace muy verosímil el papel que representa en el romance que sigue, donde se la ve que no escrupuliza envenenar á su propio hijo Don Sancho, por entregarse á los amores de un moro.

714.

LA CONDESA DE CASTILLA INTENTA ENVENENAR Á SU HIJO SANCHO GARCÍA.

(*Anónimo* [1].)

Conde era de Castilla
Don Sancho el muy esforzado :
Hijo es de Garci Fernandez,
Que ántes dél tuvo el condado :
Nieto es de Fernan Gonzalez,
Que á Castilla ha libertado
De los reyes de Leon,
De quien solia ser mandado.
Viuda estaba la Condesa
Madre del conde Don Sancho,
Quien por casar con un moro,
Gran traicion habia pensado :
Matar al Conde su hijo,
Con yerbas, tiene acordado.
Y despues de muerto el Conde,
Luego ella habria el condado;
Y siendo señora dél
Al moro seria entregado,
Y el moro seria señor
De condado tan honrado.
Tomó yerbas la Condesa;
Ya las está destemplando,
Para darlas á beber
A aqueste conde Don Sancho.
De las yerbas no podia
Hacerse el Conde librado :
No quiso Dios se cumpliese
Lo que ella tiene acordado,
Que una criada suya
A quien le fué revelado,
Descubrió todo el secreto,
Y al Conde hizo avisado.
Cuando vino la Condesa
A obrar tan gran pecado,
Dió las yerbas á su hijo
En el vino destemplado.
Rogaba al Conde bebiese
Del vino, que es afamado;
Mas él no lo quiso hacer,
Y á su madre habia rogado
Que d'ello primero beba,
Y el hará luego su mando.
Rehúsalo la Condesa;
Su traicion disimulando,
Respondió no tener gana,
Que la sed se le ha quitado.
Mucho la importunó el Conde
En ello haga su grado,
Y que del vino bebiese
La estaba importunando;
Pero no aprovecha cosa,
Que siempre lo habia excusado.
El Conde le hizo por fuerza
Beber el vino herbolado :
Luego que le hubo bebido
Muerta en el suelo ha quedado.
De allí quedó en Castilla,
Y se habia acostumbrado,
Beber mujeres primero,
Y luego los allegados.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Del asunto hizo Cienfuegos su tragedia de *Doña Sancha de Castilla*, en la cual respira el mas noble patriotismo, y está llena de lances y escenas muy interesantes y sublimes, que retratan el noble y altivo carácter castellano.
(Véase la nota 2 del romance anterior.)

715.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Al conde Sancho Fernandez
Su madre le arma traicion,

Y le procura la muerte,
Contra fe, ley y razon,
Por casarse con un moro,
A quien le tomó aficion.
De cuyo amor ciega y presa,
Sujeta á su indiscrecion
A su inmoderada furia,
A su sensual pasion,
Sin poner nada delante
Y por cumplir su intencion,
Le mandó á Castilla en dote,
Y el condado de Aragon.
Resoluto en este intento
Su obstinado corazon,
Andaba inquiriendo medios,
Solicitando ocasion
De dar la muerte á su hijo,
Y alcanzar su pretension;
Y para que venga á efecto,
Tal remedio apercibió:
Que al vino mezclen veneno,
Y aquesto comunicó
Con una criada suya,
Que para el hecho eligió,
Por mas sagaz y fiël
Para tal conjuracion.
La criada, habiendo oido
Tan gran determinacion,
Tan horrible y fiero intento,
Temió la administracion;
Y así, temiendo y dudando,
Puesta en grave confusion,
Andaba fuera de sí
En esta imaginacion,
Confiriendo y revolviendo
Mil cosas, en tal sazon,
Que todas le traen cuidosa
Temiendo su perdicion.
Viéndose en aquesta duda,
Y puesta ya en la ocasion,
Presente el horrible dia
Que para el hecho asignó
La cruel madre, contra el hijo,
Contra humana condicion;
Fuése adonde estaba el Conde
Seguro de tal traicion,
Y llamándole en secreto,
De este modo le habló:
— Señor, en tí confiada,
Y en tu grande discrecion,
Que tomarás mis razones
Cual es mi pura intencion,
Vengo á hacerte saber
Tu cercana perdicion,
Para que proveas remedio,
Antes que agrave el dolor;
Y es, que tu madre procura,
Movida de un ciego error,
De un vano y loco deseo,
De una indiscreta pasion,
Por casarse con un moro
A quien sin seguir razon
Ama disolutamente,
Sin tener moderacion,
Ni mirar á su nobleza
Ni á tu nombre, ni á su honor,
Que no emprenda tal hazaña,
Contra sí, y nuestra nacion;
Porque el corazon que ama
Mal admite correccion,
Y á mujer determinada,
Nada mueve su opinion:
Así cual á esta tu madre,
Que sin mas contradicion,
Sin que la mueva consejo,
Ni la atraya persuasion,
Que deje tan fiero intento
Y se someta á razon,
La cual ni sigue ni admite
Contra tal disolucion
En la furia de su fuego,
Y en querer su destruicion;
Para lo cual ha ordenado
El tiempo y disposicion,
Y hame dado el cargo á mí
De administrar su traicion,
Mezclándose con el vino
Una mortal confeccion,
Y hoy te la da en la comida,
Y esto es lo que ordenó:
Por eso, busca remedio
Sin decir quien te avisó.—
Dijo el ama: El Conde queda
Alterado, sin color;
Por una parte dudoso,
Y por otra con temor;
Entre miedo y entre duda,
Aquesto le respondió.
— Ya que has querido avisarme
Movida de compasion,
De la crueldad de mi madre,
Y su injusta indinacion,
Por lo cual, yo te prometo
El debido galardon,
Que corresponda á tal hecho,
Con tal remuneracion:
Mas quiero que en este caso
En que el cielo te inspiró,
Sigas con el órden mio,
El que mi madre te dió,
Y así mezcles el veneno
Del modo que te mandó,
Y me lo dés que lo beba
En su mortal confeccion.—
Parte la criada al punto
En esta resolucion;
Queda el Conde confiriendo
Solo, en su imaginacion,
Qué modo seguirá en esto
Que sea de mas honor:
Si dará muerte á su madre,
Sin descubrir la traicion;
Si dará noticia d'ella
Pidiendo satisfaccion.
Determinábase á uno;
Volvía, y decia no,
Quizá me engaña esta dueña,
Y tal maldad levantó
Por estar mal con mi madre,
Para que la vengue yo.
En esto estaba ocupado,
En tal duda y confusion,
Cuando se llegó la hora
Que la madre señaló,
Que era cuando subia Febo
Adonde cayó Faeton.
Llaman al Conde á comer,
Cual solia á tal sazon;
Siéntase luego á la mesa,
Y su madre se asentó;
Sírvenles varios manjares
De toda recreacion;
Alzan unos, tráenles otros
Diferentes en sabor:
Gustan, aplacan la hambre,
Arde el natural calor;
Pide el Conde de beber,
Y la dueña que lo oyó,
Trae el venenoso vaso,
Y dándosele, tosió,
Acordándole que estaba
Allí la mortal pocion:
Tomólo el Conde en la mano,
Y á su madre así habló:
— Beba vuestra Señoría,
Gustará el mejor sabor,
Que jamas ha visto en vino,
Desde el dia en que nació.—

Oyendo la madre al hijo,
Riéndose respondió :
— No quiero beber agora
Hijo mio, bebed vos,
Que cuando yo tenga gana
Beberé, aunque vino, no.—
— Será muy mala crianza,
El Conde le replicó,
Que beba primero el hijo,
Que su madre, y no es razon :
Y así la trabó del brazo
Y el vaso en poder le dió,
Diciéndole, que bebiese
Luego, sin mas dilacion :
Y empuñándose à una daga,
Con ella le amenazó.
Temiendo al hijo, la madre
El mortal vaso bebió,
Con que se entregó á la muerte,
Que dar al hijo pensó.
Dúdase en aqueste hecho
Si fué justo, ó sin razon;
Unos afirman que sí,
Otros defienden que no.
Dan diversos pareceres,
Y concluyen su quistion,
Que remitan la sentencia
Al juicio del lector.

(Cueva, *Coro febeo.*)

716.

GARCÍA I DE CASTILLA, MUERTO Á TRAICION POR LOS VELAS [1].

(*Anónimo.*)

Reinado era Castilla,
Reinado, que no Condado :
Don García fué el primero
Que por rey se ha coronado.
A Bermudo de Leon
Su mensaje habia enviado,
Demandándole su hermana,
Por con ella ser casado.
Don Bermudo hubo por bien
De hacer lo que le es rogado.
Concertaron que se hiciesen,
Las bodas que han concertado
En Leon, esa ciudad
Cabeza que es del reinado.
Llegados son á Leon
Don García y su cuñado,
Con Don Sancho de Navarra,
Que lo iba acompañando.
Don García entra dentro,
Los suyos deja en el campo.
Los hijos del conde Vela,
Que de Castilla hobo echado
Su padre de Don García,
Por maldad que habian obrado,
Por vengar la su deshonra,
La gran traicion han trazado
De matar á Don García,
Aunque eran sus vasallos.
Disimulan la enemiga,
Al Rey besaban la mano;
El Rey los recibe bien,
Recibiólos como á hermanos;
Tórnales toda la tierra,
Que su padre habia tomado.
Fuése á ver á Doña Sancha,
Que lo habia mucho en grado;
Cobráranse gran amor.
Ambos de sí se han pagado.
Doña Sancha dijo : — Infante,
No fuisteis bien consejado
En no traer vuestras armas,
Y venir bien á recado;
No sabeis quién mal os quiere,
D'ello mucho á mí ha pesado.
— Nunca hice mal ninguno,
Señora, Dios sea loado,
Le respondió Don García,
Y armas me fuera excusado.—
Los malos ponen por obra
La traicion que han acordado,
Fuéronse para la plaza,
En ella arman un tablado;
Debajo llevan las armas;
Gran revuelta habian trabado
Con los vasallos del Rey,
Sobre tirar al tablado;
Cerraron todas las puertas,
Que ninguna habian dejado;
Matan muchos caballeros
De los buenos castellanos.
El Infante que lo supo,
A la gran grita ha llegado :
— Quedos estad, los traidores,
No matedes mis criados.—
Los condes fuéron á él
Con los venablos alzados :
Quisiéronlo allí matar,
El Infante entró en sagrado
En Santa María de Regla,
Mas allí lo habian cercado.
Prendiéronlo dentro d'ella,
Llévanlo muy deshonrado
Ante el conde Don Rodrigo,
Pariente de los malvados.
— No me matedes vosotros,
El Infante habia hablado,
Darvos he muy grandes bienes
En Castilla mi reinado.—
Gran duelo hobo dél Don Nuño,
A los condes ha rogado
Que no maten al Infante,
Mas ellos no lo han en grado,
Y la infanta Doña Sancha,
Que supo lo que es contado,
Fuése para allá corriendo;
Grandes voces iba dando :
— Al Infante no matedes
Que vos será demandado,
Pues que sois vasallos suyos
Y obligados á amparallo.
A mí matad, que no á él,
Y en él no pongais la mano,
Pues contra vosotros, condes,
En nada no es él culpado.—
El conde Fernan Flayno
A la Infanta habia llegado;
Dióle muy gran bofetada,
En sangre la habia bañado.
Gran pesar tomó el Infante;
De traidor lo está llamando;
Los condes como alevosos
Grandes feridas le han dado;
Muerto cayera en el suelo.
El primer que le hobo dado
Fué Ruy Vela, su padrino
Cuando fuera baptizado.
La Infanta desque lo vido,
Sobre el Infante se ha echado :
Tomóla Fernan Flayno,
Como muy desmesurado;
Dió con ella por el suelo
Y por una escala abajo.
Los malos con crueldad,
Al Infante habian tomado,
Dieron con él por el muro,
Cayó do está su cuñado
Don Sancho, rey de Navarra,
El cual muy bien lo ha vengado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Este García era hijo del conde de Castilla Sancho García.

717.

MUERTE DE LOS TRAIDORES VELAS.

(*Anónimo* [1].)

Los hijos del conde Vela
De traiciones han usado :
Mataron con gran aleve
Al primer rey castellano.
Don García habia por nombre,
Postrer conde muy lozano :
Matáronlo allí en Leon
Donde estuvo desposado
Con la infanta Doña Sancha.
Don Ramiro, qu'es su hermano,
De Leon habia salido
Muy armado y á recado,
Y puso cerco á Monzon,
Que de Castilla es reinado.
El alcaide que lo tiene,
Fernan Gutierrez llamado,
Dentro los ha recibido,
A su pesar, mal su grado.
Cuando supo la traicion,
Mucho se les humillando,
Convidólos á comer;
Muy bien los habia engañado.
Escribió luego secreto
A ese buen rey Don Sancho
Que viniese á socorrerlo
Que lo tenian cercado
Los hijos del conde Vela,
Esos traidores malvados.
Luego el buen rey de Navarra
Con sus dos hijos hermanos,
Y mucha gente consigo,
En Monzon los han cercado.
Prendieron á todos tres,
Vivos los habian quemado.
Hernan Flayno, ese traidor,
Se les habia escapado :
Mudárase los vestidos,
Cabalgó sobre un caballo
Sin llevar silla ni freno,
Un capote cobijado,
La capilla en la cabeza,
En piernas iba el malvado.
Entróse dentro en los monjes ;
No se halla aunque es buscado.
El rey bueno de Navarra,
Su hijo, habia casado
Con la infanta Doña Sancha,
Con la cual fué desposado
El otro infante García,
Que á traicion habian matado,
Y la infanta Doña Sancha
A su suegro así ha hablado :
— Buen Rey, si no me vengais
Del traidor Fernan Flayno,
Que fué en matar al Infante,
Que mucho á mí ha lastimado,
Don García vuestro hijo
Jamas me verá á su lado.—
El rey Don Sancho mandó
Que el monte sea cercado :
Prendido lo habia en él
Al alevoso malvado.
Trujéronlo do es la Infanta,
A ella lo han entregado,
Y hizo en él tal justicia
Que lo mató por su mano.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Es de la misma clase y época de los de Sepúlveda.

SIGUE LA EPOCA DE BERMUDO II, DE LEON.

718.

ATAULFO, ARZOBISPO DE LEON, CALUMNIADO Y EXPUESTO Á UN TORO POR ÓRDEN DE BERMUDO II, SE LIBRA DE ÉL HACIENDO UN MILAGRO [1].

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En Leon reina Bermudo;
Hijo fué del rey Don Sanho;
A Ataulfo, su arzobispo,
Con el Rey lo habian mezclado.
Dijeron al Rey qu'es moro,
Y que tiene concertado
De entregarles á Galicia
Do él tiene el obispado;
Creyó el Rey que era verdad,
Aquesto que le han contado.
Juéves era de la cena,
Quando el Rey le habia mandado
Que se venga para Oviedo,
Do el Rey lo está aguardando.
El Arzobispo que supo
El mensaje que le es dado,
Adereza su persona,
Y á Oviedo habia llegado.
Fuérase á San Salvador,
Que es templo á Dios dedicado,
Por hacer la su oracion
Y decir misa en sagrado.
Esos alcaldes del Rey,
Mucho lo han denostado,
Diciendo que ántes debiera
Ir al Rey, besar la mano,
Que no entrar en la iglesia,
Como habia entrado.
Respondió el Arzobispo
Que no habian bien hablado,
Que muy mas guiado era
Él, y todo buen cristiano,
Ver al que era Rey de todos,
Que no al rey que era mundano.
Mandó el Rey traer un toro;
Esquivo era y muy bravo;
Metiéranlo en la plaza,
Que estaba ante el palacio :
Acosáronle muy recio;
Ensañado, está bramando,
Y que mate al Arzobispo
Tenia determinado.
Ya habia dicho misa
Aquese Arzobispo honrado;
Saliérase de la iglesia,
Do el toro está allegado.
El toro cuando lo vido,
Arremetió denodado;
Llegándose cerca dél
Muy manso habia quedado.
El le trabó de ambos cuernos;
En las manos le han quedado.
El toro arremetió á aquellos
Que dél habian mal hablado;
Muchos d'ellos dejó muertos,
Huyéndo se es ido al campo.
El Arzobispo bendito,
A la iglesia se ha tornado;
En ella puso los cuernos
En memoria de lo pasado;
Loando está á Dios del cielo
Por el milagro contado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] En este tiempo se suponen acaecidos los sucesos de los Infantes de Lara.

719.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Del obispo Don Astolfo,
Obispo de Santiago,
Estaba el rey Don Bermudez,
Sin por qué, mal enojado,
Movido de lisonjeros
Que al Obispo han levantado
Mil criminosos insultos,
Estando de todos salvo;
Por lo cual, el Rey se aíra
Y manda determinado
Que para Oviedo lo citen,
Donde tenia aparejado
En medio de una gran plaza,
Un toro, el mas fiero y bravo,
Qne para el horrible hecho,
Habia sido hallado.
Diéronle al Obispo aviso
Luego que á Oviedo ha llegado,
De lo qu'el Rey ordenaba,
Que vaya á dar su descargo,
Quizá mudará opinion
De la sentencia que ha dado.
Don Astolfo, oyendo aquesto,
Respondió muy esforzado:
—Iré á ver el Rey del cielo,
Primero que al rey humano;
Qu'es á quien debo servir,
Y quien d'el me hará salvo,
Y me guardará justicia,
Aunque él me tiene citado.—
Esto diciendo el Obispo
En la iglesia entró, y alzando
Las manos á un Crucifijo
Dijo, ante él arrodillado:
—Señor, que en aquesta cruz
Por mi culpa esteis clavado,
Las sacras carnes abiertas,
Clavado de piés y manos,
Pües vos sabeis mi inocencia,
Y que en nada soy en cargo
De lo que me culpa el Rey,
Dios mio, haced un milagro
De suerte que se conozca,
Y el mundo todo vea claro,
Cuán fuera estoy de tal culpa,
Y el Rey cuán ciego en su engaño.—
Luego se fué, y revistió;
Dijo misa el varon santo,
Y en acabándola sale,
Do está el toro, denodado,
Y sin turbacion ni miedo,
Sin pena ni sobresalto,
Aunque los que lo miraban
Sentian el duro caso,
La muerte cercana y fiera
A que iba condenado.
El toro viendo al Obispo
A él se vino paso á paso,
No con el feroz denuedo
Que solia, mas tan manso,
Que ante el Obispo se inclina,
De su braveza olvidado,
Y entrambos cuernos le puso
Al santo Obispo en las manos,
Que al punto que los tocó
En ellas se le quedaron,
Volviéndose luego al monte
Tan manso cual ántes bravo.
El Obispo entró en la iglesia,
Y al altar los ha llevado,
Donde los puso en su nombre,
Y en memoria del milagro,
Y sin querer ver al Rey
Se fué alegre á su obispado.

(CUEVA, *Coro febeo*, etc.)

720.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo[1].)

Rey que á malsines escucha,
Que juzgue derecho dudo,
Ca forzoso es faga fuerza,
Quien no es en oir sesudo.
A los prestes de Santiago,
Oidos dió el rey Bermudo,
Magüer tenian enemiga
Con su arzobispo Ataulfo.
Cuatro d'ellos le profazan,
En puridad por perjuro,
Y le demuestran que quiebra
Lo que á Dios y á él es tenudo.
Dicen que escarnir pretende
Su creencia y sacro culto,
Y dar, culto moro, á moros,
A Galicia, reino suyo.
Tan afincado lo dicen,
Que creyéndolos Bermudo,
Un gran homecillo toma
Al varon santo y seguro.
Fizole encartar á Oviedo,
Y él vino como al Rey plugo,
Ca non recela presencia
De injusto Rey pecho justo.
Juéves era de la cena
Cuando llegando Ataulfo,
Despues de haber celebrado
Ante el sagrado sepulcro,
Se fué al palacio del Rey
Que con ser disanto tuvo
Un toro feroz, que fizo
Lidiar á canes, y al vulgo.
Al toro le manda echar
Cuando estaba mas sañudo,
Que es el poder provocado
Fuego que no se va en humo.
Mas la fiera mas piadosa
Que el que comete el insulto,
Se viene a él mas humilde,
Que el manso buey viene á el yugo.
Echóle su bendicion
Y luego las manos puso
Sobre los cuernos, y en ellas
Se le quedaron al punto.
Viendo el Rey este milagro,
Arrepentido y confuso,
Se fué donde el Santo estaba,
Con sus homes de consuno;
Y fincando los finojos
Dijo al absuelto Ataulfo:
—De facer desaguisado
Por mal fadado me culpo;
Perdon te pido, home bueno,
Ca si yo fuera sesudo,
Ver debiera ser aleves
Las palabras de los tuyos;
Mas pues Dios ha descubierto
Su maldad y el celo tuyo,
Para qu'este tuerto enmiende
Pracete quedar con nusco.—
El buen pastor que oyó esto,
Le responde: — Rey Bermudo,
Mi injuria yo te la suelto,
Mas con Dios non te la excuso,
Ca punir homes de órden,
Por ley y sacro estatuto
Solo es dado al Padre santo,
O al que en su lugar él puso.
El punir suyo es derecho,
Y el retraer tuyo, insulto,
Ca toller juzgado ajeno
Tiranía es, non es furto.
Si hay mancilla, á ti se tenga
Que si yo una fiera lucho,
A ti te lidian y vencen

Mil fieras con piel de gustos.
Descubre su faz, señor,
Faras tu pro, y de los tuyos:
El facer falsos consejos
Siempre es daño, y daño mucho.
Asaz enmienda me has fecho,
Toda la demas repudio;
Que el yerro que bueno face
Siempre al alma es fierro agudo.
Y no te espantes tampoco
Si el morar aquí rehuso,
Ca sandio es quien espera
Tras un peligro el segundo.
Huir quiero á los desiertos,
Ca para vivir seguro
Mejor es paz en el yermo,
Que honor dentro de los muros,
Pues me han fecho sabidor,
Que contra el natural uso
A las fieras dan razon,
Y á los hombres hacen brutos.

(*Romancero general.*)

[1] Romance que remeda el viejo lenguaje, pero que es del siglo XVI, en su última década.

EPOCA DE ALFONSO V DE LEON.

721.

ALFONSO V CASA Á SU HERMANA TEREA CON AUDALLA, REY MORO DE TOLEDO, QUIEN CASTIGADO DE UN ÁNGEL POR HABERLA GOZADO, LA DEVUELVE Á SU HERMANO.

(*Anónimo* [1].)

En los reinos de Leon
El Quinto Alfonso reinaba:
Una hermana tiene el Rey;
Doña Terea se llama.
Audalla, rey de Toledo,
Por mujer se la demanda,
Y el Rey con muy mal consejo
Lo que le pide otorgaba.
Movióse el Rey á hacerlo
Porque el moro le ayudaba
Contra otros reyes moros
De quien él se recelaba.
Mucho á la Infanta le pesa
En se ver tan denostada,
De la casar con un moro,
Siendo la Infanta cristiana.
No aprovechan con el Rey
Las lágrimas que lloraba,
Ni los ruegos que le ruegan
Para revocar la manda.
El Rey la envió á Toledo
Adonde Audalla estaba:
Recibióla bien el moro;
En la ver mucho se holgaba.
Procuró de haber su amor;
Quiere gozar de la Infanta:
Ella con crecido enojo
Aquesta razon hablaba:
—Yo te digo que no llegues
A mí, porque soy cristiana,
Y tú, moro, de otra ley
De la mia muy lejana.
No quiero tu compañía,
Tu vista no me agradaba;
Si pones manos en mí,
Y de tí soy deshonrada,
El ángel de Jesucristo,
A quien él me ha dado en guarda,
Herirá ese tu cuerpo,
Con su muy tajante espada.—
No se le dió nada al moro
De lo que la Infanta hablaba:
Cumplió en ella su querer,
Dueña el moro la tornaba.
Dende á muy poco rato
El ángel de Dios lo llaga:
Dióle grande enfermedad,
Sobre el moro cae gran plaga.
Cuidó el Rey ser d'ella muerto,
Y que de tal mal no escapa:
Llamó á sus ricos-hombres,
Con la Infanta los enviaba
A Leon, donde está Alfonso:
Gran presente le llevaban
De oro y piedras preciosas,
Que en gran valor estimaban.
Llegados son á Leon,
La Infanta monja se entraba,
Do vivió sirviendo á Dios
Honesta vida, muy santa,
En aquese monasterio,
El que de las Huelgas llaman [2].

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] La tradicion que se narra en este romance es duplicada, pues hay otra en que se atribuye el mismo hecho á la infanta Doña Elvira, hija del rey Don Ordoño, á quien casaron con el rey moro de Valencia.

[2] ¡Enorme anacronismo!

722.

AL MISMO ASUNTO.

(*De Juan de la Cueva.*)

Forzado el rey Don Alonso
Del daño que le hacia
Desde Córdoba el rey moro,
Que sus tierras le corria,
Haciendo en ellas entradas,
Robándolas cada dia;
Vino á verse en tanto aprieto,
Que la fuerza d'él le obliga
A hacer un fiero hecho
Contra razon y justicia;
Y era dalle al rey Abdalla,
Que en Toledo residia,
En casamiento á su hermana,
A quien él en tanto estima,
Porque le ayude y defienda
Del estrecho en que se via,
Con que entiende reprimir
Del moro andaluz la ira.
Resoluto en este acuerdo,
Sin mas acuerdo le envia
Sus mensajeros á Abdalla,
Y de su intento le avisa.
El moro aceptó el recaudo,
Y las alianzas firma,
Cual pidió el rey Don Alonso,
Sin que cosa contradiga:
Antes le envió á dar gracias
Por merced tan escogida;
Y en señal de aquella gloria,
Por él tan encarecida,
Mandó que á todo su reino
Se le avise y aperciba,
Que la celebren con zambras
Y con leilas su alegría.
En lo mismo ocupa el tiempo
Don Alonso, y ejercita
Alegres fiestas, y juegos
De cañas, toros, sortija.
Llegó el dia de las bodas,
Alegre en toda Castilla,
Y sola Doña Teresa,
La novia, gime y suspira,
Y con encendido llanto,
Ante un Cristo de rodillas,
Dice: —¡Oh Salvador del mundo!
Que las altas jerarquías

Hiciste, y el trono eterno
De tu trina esencia habitas,
Y las celestiales formas,
Que ilustran el mundo, pisas:
Tú, que ensalzas la humildad,
Y la soberbia derribas,
Por la que el soberbio ángel
Derribaste de su silla:
Tú, que al pueblo de Israel
Libraste de su fatiga,
Y para poder librallo,
Tu favor le diste y guia,
Y era solo un rey no mas,
El que á tu pueblo seguia:
Pues, Dios mio de Sion,
Que obras estas maravillas,
¿Qué hará una mujer sola,
De dos reyes combatida?
Si para uno tu ayuda
Fué visiblemente vista,
Esa te pido, Dios mio,
Y suplico no permitas
Que sea mujer de un pagano
Quien tiene puesta tu crisma. —
En esto estaba ocupada
La triste Infanta afligida,
Cuando los febeos caballos
Al Océano se inclinan:
Ciérrase con noche el mundo,
Con el mar se envuelve el dia,
Tiende sus alas el sueño,
Con que al reposo convida:
Ya con priesa alzan las mesas,
Cesan los saraos que habia.
Levántase el rey Abdalla,
Y á dormir se va, y envía
Luego por la desposada,
Que ante él puesta, él se le humilla,
Y como quedaron solos,
El moro mil niñerías
Le dice, y con mil regalos
La regala y acaricia.
Pídele las bellas manos
Para besar, y ella esquiva
Las huye, y vuelve ceñosa,
Y al moro, que se arde, mira.
El vuelve, y dícele amores,
Ella lo aparta y desvia,
Pidiéndole que la deje,
Y tal intento no siga,
Porque morirá primero
Que tal yerro hacer permita.
Viendo el moro su esquiveza,
Le dice: — Señora mia,
¿Porqué con ese rigor
Me tratais, pues sois mi vida,
Mi bien, regalo y contento,
Y en dulce amor recebida
Por mi señora y mujer,
Por mi gloria y compañía?
Si os causa ese descontento,
Juzgar qu'es mi suerte indina
De tal premio, ved, señora,
Que soy rey de tanta estima,
Cual es el Rey vuestro hermano,
Pues en toda Berbería
Es estimado mi nombre,
Como temido en Castilla.—
Esto le decia el moro,
Y ella llorando le oia,
Apartando d'él los ojos,
Que aun su vista le ofendia.
Viendo Abdalla, que ya el ruego
Ningun efecto hacia,
Quiere que haga la fuerza
Lo que no la cortesía.
Y así dejando el respeto,
Asió d'ella, y dijo: — ¡Mira,
Infanta Doña Teresa,
Que es mucha tu demasia!
No huigas de mi querer,
Pues eres ya mujer mia.—
Esto dijo airado el moro,
Y con fuerza d'ella tira;
Ella se defiende d'él,
Y al cielo su alma envía,
Rogándole que la ayude,
Porque ya se debilita.
Y forcejando con él,
Dijo, en el cielo la vista:
— Señor, no me desampares,
Y en este aprieto me anima,
Y permite antes mi muerte,
Que en tal cosa te desirva.—
Las plegarias de la Infanta
Del justo Dios siendo oidas,
Estando en su mayor fuerza
En su orgullo y su porfía,
El moro cae sin sentido,
Sin habla, y casi sin vida:
Echaba en blanco los ojos,
Lanzaba negra saliva,
Daba voces mal formadas,
Que oillas causaba grima.
A los gemidos y estruendo
Que basqueando hacia,
Acudió su guardia, y viendo
A su rey en tal fatiga,
Dan voces, acude el rey
Don Alonso, y con la grita
Que daban, volvió en su acuerdo
El moro, y dice: — Ya es vista
La voluntad que tu Dios,
Cristiana, quiere que siga,
De cuya mano me viene
Este castigo, y me priva
Casarme yo con cristiana
Siendo moro; y pues me obliga
Su poder á que lo haga,
Yo dejo tu compañía,
Que no quiero contender
Con quien así me derriba.
En diciendo estas razones
Abdalla sigue su via
Para Toledo, y la Infanta
Luego desde á pocos dias
Se fué á Oviedo, á un monesterio,
Do monja acabó su vida.

(Cueva, *Coro febeo*, etc.)

EPOCA DE FERNANDO I, EL MAGNO, REY DE LEON Y DE CASTILLA, CON LA PRIMERA PARTE DE LOS ROMANCES DEL CID CAMPEADOR, RODRIGO DIAZ DE VIVAR.

723.

TRASLACION DEL CUERPO DE SAN ISIDRO DESDE SEVILLA Á LEON.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Almucamuz de Sevilla
Vasallo es del rey Fernando;
El Rey tiene gran deseo,
Como es tan buen cristiano,
De haber algun santo cuerpo
Para Leon el nombrado,
Donde ha hecho sepultura
Para sí y sus procreados.
A Almucamuz envía mensaje:
Que le dé le ha demandado
A santa Justa y Rufina,
Que en ella han martirizado.
Almucamuz lo prometió,
Y ofreciólas muy de grado:
Dos obispos enviara
Que las traigan á recado:

Don Alvaro de Leon,
Que en él tiene el obispado;
Y el buen obispo de Astorga,
Don Ordoño era llamado.
El Rey los ha proveido;
Gran haber les habie dado.
Llegados son á Sevilla,
A Almucamuz habien hablado;
Pidiéronle las dos santas
Como las habie mandado.
Almucamuz les respondió,
¿Dónde están? que lo ha ignorado.
Los obispos como buenos
En oracion se han echado;
Tres dias están en ella;
Todos los han ayunado,
Suplicando á Dios del cielo
En esto muestre milagro,
Para que sepan dó están
Los cuerpos benditos, santos.
Al cabo de los tres dias
Sant Esidro se ha mostrado:
Díjoles: — Siervos de Dios,
Nuestro Dios no lo ha en grado,
Que de aquí lleveis las santas,
Que este pueblo sevillano
Cristianos lo ganarán,
Y Dios tiene ya ordenado
Que en ella queden sus cuerpos
Para su ayuda y su amparo:
Serán de ella las patronas,
Y su guarda habrán á cargo;
Mas por vuestra santidad,
Y honra del rey Fernando,
De quien recibe servicio,
Mi cuerpo os ha otorgado,
Que lo lleveis á Leon,
A quien aquí os ha enviado.
Los obispos que lo oyeron
Sin habla habian quedado.
Esidro los santiguó,
Ellos en sí habian tornado:
Preguntáronle quién era,
Sant Esidro ha replicado:
—Yo soy Esidro, arzobispo
De Sevilla, que os he hablado:
Allá en Sevilla la vieja
Mi cuerpo habréis hallado.
Para allá van con el Rey,
Que lo iban acompañando.
Cavaron do Sant Esidro
Les habia revelado:
Allí hallaron su cuerpo,
Salió olor muy sublimado
Que consolara á los moros,
Y tambien á los cristianos.
Tomarlo quiso Almucamuz,
Mas la vista le ha faltado;
Tambien el entendimiento;
De nada se habie acordado.
Pártense para Leon,
Gran gente lo acompañando:
Por el camino do vienen
Hizo muy grandes milagros.
Lleváronlo á la iglesia,
Que el Rey habie edificado:
San Esidro le llamaban
Cuando lo han consagrado:
Dióle grandes heredades
Con que siempre fué honrado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

PRIMERA PARTE DE LOS ROMANCES DEL CID.

724.

EL CID, Á LOS DIEZ AÑOS DE EDAD, EJERCE EL OFICIO DE JUEZ. — I.

(*Anónimo* [1].)

—Non me culpedes si he fecho
Mi justicia y mi deber,
Magüer que siendo pequeño
Me nombraste por júez.
Entre todos me escogistes
Por de mas madura sieu,
Porque ficiese derecho
De lo fecho mal y bien.
Non fagais desaguisado
Si al robador enforqué,
Que en homes este delito
No causa ninguna prez.
Como de véras me pago,
De las burlas non curé,
Que el que pugna por la honra,
Enemigo d'ella fué.
Atended que la justicia,
En burlas y en véras, fué
Vara tan firme y derecha,
Que non se pudo torcer.
Verdad, entre burla y juego,
Como es fija de la fe,
Es peña que al agua y viento
Para siempre está de un sér.
Miémbraseme que mi abuelo,
En buen siglo su alma esté,
Muchas veces me decia
Aquesto que agora oiréis:
«El home en sus mancebías
»Siempre debiera aprender
»A facer siempre derecho
»Cuando en mas burlas esté.»
Así fice esta vegada,
Yo cuido que fice bien,
Que sigo un abuelo honrado
Que nadie se quejó dél.—
Esto decia Rodrigo
Afinojado ante el Rey,
Delante los que juzgaba
Antes de los años diez.

(*Romancero general.*)

[1] Así este romance como muchos concernientes al Cid, aunque escritos en lenguaje antiguo, pertenecen á los dos últimos tercios del siglo XVI, y muchos aun á sus últimas decadas. Se ha colocado esta composicion la primera entre las que tratan del Cid, porque el hecho que refiere, y del cual, fuera del romance, no hay tradicion alguna donde conste, se supone que pasó cuando el Cid apénas tenia diez años de edad. Su procedencia, del *Romancero general*, indica bastante que es un romance contrahecho en fines del citado siglo, ó poco ántes, así como todos los demas contenidos en dicha antologia. Infiérese del contexto del romance, que al Cid, como por juego, le sometieron á juicio un crímen capital, y que él tomándolo á véras hizo ejecutar su sentencia de muerte contra el reo.

725.

PRUEBA DIEGO LAINEZ Á SUS HIJOS PARA SABER Á CUÁL FIARÁ LA VENGANZA DE LA AFRENTA QUE LE HIZO EL CONDE LOZANO. — II.

(*Anónimo* [1].)

Cuidando Diego Lainez
En la mengua de su casa,
Fidalga, rica y antigua
Antes que Iñigo Abarca;
Y viendo que le fallescen
Fuerzas para la venganza,
Porque por sus luengos dias
Por sí no puede tomalla,

No puede dormir de noche,
Nin gustar de las viandas,
Ni alzar del suelo los ojos,
Ni osar salir de su casa,
Nin fablar con sus amigos,
Antes les niega la fabla,
Temiendo que les ofenda
El aliento de su infamia.
Estando pues combatiendo
Con estas honrosas bascas,
Para usar d'esta experiencia,
Que no le salió contraria,
Mandó llamar á sus hijos,
Y sin decilles palabra
Les fué apretando uno á uno
Las fidalgas tiernas palmas;
No para mirar en ellas
Las quiromanticas rayas,
Que este fechicero abuso
No era nacido en España.
Mas prestando el honor fuerzas,
A pesar del tiempo y canas,
A la fria sangre y venas,
Nervios y arterias heladas,
Les apretó de manera
Que dijeron: — Señor, basta,
¿Qué intentas ó qué pretendes?
Suéltanos ya, que nos matas.—
Mas cuando llegó á Rodrigo,
Casi muerta la esperanza
Del fruto que pretendia,
Que á do no piensan se halla,
Encarnizados los ojos,
Cual furiosa tigre hircana,
Con mucha furia y denuedo
Le dice aquestas palabras:
— Soltedes, padre, en mal hora,
Soltedes, en hora mala,
Que á no ser padre, no hiciera
Satisfaccion de palabras,
Antes con la mano mesma
Vos sacara las entrañas,
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga.—
Llorando de gozo el viejo
Dijo: — Fijo de mi alma,
Tu enojo me desenoja,
Y tu indignacion me agrada.
Esos brios, mi Rodrigo,
Muéstralos en la demanda
De mi honor, que está perdido,
Si en tí no se cobra y gana.—
Contóle su agravio, y dióle
Su bendicion, y la espada
Con que dió al Conde la muerte,
Y principio á sus fazañas.

(*Romancero general.* — It. Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] La excelente construccion de este romance, su poesía, su buen órden y arreglo, y ademas la continua eleccion de nobles frases y palabras del antiguo lenguaje, indican que no es anterior á la penultima década del siglo XVI.

Es muy extraño que en ningun romance, de los que conocemos, se exprese la causa de la afrenta que recibió Diego Lainez del conde Lozano, tal cual la conserva la tradicion en los poemas dramáticos del siglo XVII. En ellos se atribuye á que envidioso el Conde de una preferencia palaciega, dió un bofeton á Lainez. En la *Crónica general*, y en la del Cid, solo se habla del duelo y muerte que dió al Conde, sin expresar la causa. En el romance que sigue, número 726, se atribuye la injuria recibida por Lainez á un lance de caza, y en la crónica rimada que ha publicado Mr. Michel, á una reyerta ocurrida entre los pastores de ambos potentados. De resultas de ella se encendieron los ánimos de estos, talaron mutuamente sus posesiones, persiguiéronse sus vasallos, y terminó todo en que Rodrigo mató al Conde en la refriega.

726.

AL MISMO ASUNTO. — III.

(*Anónimo* [1].)

Ese buen Diego Lainez
Despues de haber ayantado,
Hablando está sobre mesa
Con sus hijos todos cuatro.
Los tres son de su mujer,
Pero el otro era bastardo,
Y aquel que bastardo era,
Era el buen Cid castellano.
Las palabras que les dice
Son de hombre lastimado.
— Hijos, mirad por la honra,
Que yo vivo deshonrado,
Porque les quité una liebre
A unos galgos que cazando
Hallé del Conde famoso,
Conde Lozano llamado:
Palabras suyas y viles
Me ha dicho y me ha ultrajado.
¡A vosotros toca, hijos,
No á mí que soy viejo y cano! —
Estas palabras diciendo,
Al mayor habia tomado:
Queriendo hablarle en secreto,
Metióle en un apartado;
Tomóle el dedo en la boca,
Fuertemente le ha apretado:
Con el gran dolor que siente
Un grito terrible ha echado.
El padre le echara fuera,
Que nada le hubo hablado.
A los dos metiera juntos,
Que de los tres han quedado,
La misma prueba les hizo,
El mismo grito habian dado.
Al Cid metiera el postrero,
Qu'era el mas chico, y bastardo.
Tomóle el dedo en la boca,
Fuertemente le ha apretado:
Con el gran dolor que siente
Un bofeton le ha amagado.
— Aflojad, padre, le dijo,
Si no seré mal criado.—
El padre que aquesto vido,
Grandes abrazos le ha dado.
— Ven acá tú, hijo mio,
Ven acá tú, hijo amado,
A tí encomiendo mis armas,
Mis armas, y aqueste cargo:
Que tu mates ese Conde
Si quieres vivir honrado.—
El Cid calló y escuchólo,
Respuesta no le ha tornado.
A cabo de pocos dias
El Cid al Conde ha topado:
Hablóle d'esta manera
Como varon esforzado:
— Nunca lo pensara, el Conde,
Fuérades tan mal criado,
Que porque quitó mi padre
Una liebre á vuestro galgo,
De palabras ni de obras
Fuese de vos denostado.
¿Cómo queredes que sea
Que tiene de ser vengado?—
El Conde tomólo á burlas;
El Cid presto se ha enojado;
Apechugó con el Conde,
De puñaladas le ha dado.

(*Cancionero, Flor de enamorados.*)

[1] Anteriores á las crónicas que tratan del Cid, debieron existir algunas tradiciones basadas en las caballerescas extrañas á nuestra historia y á nuestro carácter peculiar. Ya hemos dicho que el del Cid fué alterado y desfigurado muchas veces bajo el influjo del tipo caballeresco, Carlovingio de Roldan, del cual Bernardo del Carpio es una imitacion mas o

ménos aproximada. No es extraño pues que las tradiciones del bastardo nacimiento atribuido á estos se quisiesen trasladar tambien y aplicar al héroe castellano por excelencia. Muy antigua debió ser la ficcion de la bastardía del Cid, puesto que en su crónica peculiar, y en la *General*, se menciona para desmentirla; y sin embargo, el juglar autor de este romance número 726, la acepta y da por supuesta, como cosa cierta y comprobada. Los juglares, que no eran el pueblo poeta, sino los poetas del pueblo, le trasmitian frecuentemente composiciones de asuntos extranjeros y ajenos de los hechos indígenos, aunque un tanto acomodados á las formas y costumbres nacionales. A veces tambien desfiguraban los tipos de nuestra historia y fábula, adornándolos con situaciones y hechos tomados de la de otros paises.

727.

EL CID SE PREPARA Á VENGAR LA AFRENTA HECHA Á SU PADRE.— IV.

(*Anónimo* [1].)

Pensativo estaba el Cid
Viéndose de pocos años,
Para vengar á su padre
Matando al conde Lozano.
Miraba el bando temido
Del poderoso contrario,
Que tenia en las montañas
Mil amigos asturianos:
Miraba cómo en las Cortes
Del rey de Leon Fernando
Era su voto el primero,
Y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco
Respecto de aquel agravio,
El primero que se ha fecho
A la sangre de Lain Calvo.
Al cielo pide justicia,
A la tierra pide campo,
Al viejo padre licencia,
Y á la honra esfuerzo y brazo.
Non cuida de su niñez;
Que en naciendo, es costumbrado
A morir por casos de honra
El valiente fijodalgo.
Descolgó una espada vieja
De Mudarra el castellano,
Que estaba vieja y mohosa
Por la muerte de su amo:
Y pensando que ella sola
Bastaba para el descargo,
Antes que se la ciñese,
Así le dice turbado:
—Faz cuenta, valiente espada,
Que es de Mudarra mi brazo,
Y que con su brazo riñes,
Porque suyo es el agravio.
Bien sé que te correrás
De verte así en la mi mano;
Mas no te podrás correr
De volver atras un paso.
Tan fuerte como tu acero
Me verás en campo armado;
Tan bueno como el primero
Segundo dueño has cobrado,
Y cuando alguno te venza,
Del torpe fecho enojado,
Fasta la cruz en mi pecho
Te esconderé muy airado.
Vamos al campo, que es hora
De dar al conde Lozano
El castigo que merece
Tan infame lengua y mano.—
Determinado va el Cid,
Y va tan determinado,
Que en espacio de una hora
Quedó del Conde vengado.

(*Romancero general.* — It. *Flor de varios y nuevos romances*, 3.ª parte.— It. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Pertenece á la antepenúltima década del siglo XVI.

728.

RETO DEL CID AL CONDE LOZANO, Y MUERTE DE ESTE.— V.

(*Anónimo* [1].)

—Non es de sesudos homes,
Ni de infanzones de pro,
Facer denuesto á un fidalgo,
Que es tenudo mas que vos:
Non los fuertes barraganes
Del vuestro ardid tan feroz
Pruehan en homes ancianos
El su juvenil furor:
No son buenas fechorías,
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuidarais que era mi padre
De Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
Mas ¿cómo vos atrevisteis
A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublasteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre dispercude
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor:
La vuesa, Conde tirano,
Lo será, pues su fervor
Os movió á desaguisado
Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el Rey con furor,
Cuida que lo denostasteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecisteis, Conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiendo
Si me causaréis pavor.
Diego Laínez me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Probaré en vos mi fiereza,
Y en vuesa falsa intencion.
Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador,
Pues para vos combatir
Traigo mi espada y troton.—
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Que despues por sus fazañas
Este nombre mereció.
Dióle la muerte, y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se alinojó.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Conviene á este la misma nota y observaciones que al del número 725.

729.

AL MISMO ASUNTO.—VI.

(*Anónimo* [1].)

Consolando al noble viejo
Está el valiente Rodrigo,
Apercibiendo venganza
Y resistiendo suspiros.
Viendo al venerable anciano
Tan sin razon desmentido,
Yantar no puede bocado,
Que nunca yantó, ofendido.
—Non vos dé pena, señor,

El tuerto que el Conde os fizo,
Que cuando se atrevió á vos
Non cuidaba era yo vivo:
Las lágrimas que verteis
Dan en mi alma hilo á hilo,
Y como van á su centro
Conviértense en rayos vivos.
¡Por el alto Dios del cielo,
Y en fe que soy vueso fijo,
Que os he de facer vengado
O me mataré á mi mismo!
Dadme vuesa bendicion
Con la que habeis pretendido
En piedra de vueso honor
Probar los quilates mios.
Siendo vos mi ensayador
Tanto de punto he subido
Que presto veréis el fin
Que á vueso mal dió principio.—
Tomó una espada y rodela
Y de secreto se ha ido;
Vido al Conde paseando,
Y estas palabras le ha dicho:
—¡Conde, lozano estarádes
De aqueste gran valentio,
Porque posastes la mano
Donde home humano ha podido!
Si, por la divina ley
Sabeis que fué permitido
La ofensa que se hizo al padre
Que la restauren los fijos.
Aunque acá por la del duelo,
Por ser de noventa y cinco,
El mio no está cargado,
Vos lo estáis y desmentido;
Que el que está en cuerpo de guarda,
O es de la edad que he dicho,
Ni agravia, ni es afrentado,
Por las razones que he dicho;
Y ántes que muera de pena,
O non llegue de corrido,
Vengo por vuestra cabeza,
Por que se la he prometido.—
Faciendo dél menosprecio
El Conde se ha sonreido.
—Vete, rapaz, non te faga
Azotar cual paje niño.—
Poniendo mano el buen Cid,
Con gran cólera le ha dicho:
—La razon con la nobleza
Mas vale que diez amigos.—
Son tan soberbios los golpes,
Y tan sin reparo han sido,
Que la cabeza del cuerpo
En un punto ha dividido:
Por los cabellos la lleva,
Y dándola al padre, dijo:
—Quien os trató mal en vida
Catalde á vueso servicio.—

(*Romancero general.*)

[1] De la penúltima década del siglo XVI.

730.

PRESENTA EL CID Á SU PADRE LA CABEZA DEL CONDE LOZANO. — VII.

(*Anónimo* [1].)

Llorando Diego Laínez
Yace sentado á la mesa,
Vertiendo lágrimas tristes,
Y tratando de su afrenta,
Y trasportándose el viejo,
La mente siempre inquieta
De temores muy honrados,
Va levantando quimeras
Cuando Rodrigo venia
Con la cortada cabeza
Del Conde, vertiendo sangre,
Y asida por la melena.
Tiró á su padre del brazo
Y del sueño lo recuerda,
Y con el gozo que trae
Le dice de esta manera:
—Veis aquí la yerba mala,
Para que vos comais buena;
Abrid, mi padre, los ojos,
Y alzad la faz, que ya es cierta
Vuesa honra, y ya con vida
Os resucita de muerta.
De su mancha esta lavada,
A pesar de su soberbia;
Que hay manos que no son manos,
Y esta lengua ya no es lengua.
Yo os he vengado, señor,
Que está la venganza cierta
Cuando la razon ayuda
A aquel que se arma con ella.—
Piensa que lo sueña el viejo,
Mas no es así, que no sueña,
Sino que el llorar prolijo
Mil caractéres le muestra;
Mas al fin alzó los ojos,
Que fidalgas sombras ciegan,
Y conoció á su enemigo,
Aunque en la mortal librea.
—Rodrigo, fijo del alma,
Encubre aquesa cabeza,
No sea otra Medusa
Que me trueque en dura piedra,
Y sea tal mi desventura
Que ántes que te lo agradezca
Se me abra el corazon
Con alegría tan cierta.
¡Oh conde Lozano infame!
El cielo de ti me venga,
Y mi razon, contra ti,
Ha dado á Rodrigo fuerzas.
Siéntate á yantar, mi fijo,
Do estoy, á mi cabecera,
Que quien tal cabeza trae,
Será en mi casa cabeza.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] De la última decada del siglo XVI.

731.

EL CID EN LA CORTE DEL REY FERNANDO. — VIII.

(*Anónimo* [1].)

Cabalga Diego Laínez
Al buen Rey besar la mano;
Consigo se los llevaba
Los trescientos hijosdalgo.
Entre ellos iba Rodrigo
El soberbio castellano;
Todos caminan á mula,
Solo Rodrigo á caballo;
Todos visten oro y seda,
Rodrigo va bien armado;
Todos espadas ceñidas,
Rodrigo estoque dorado;
Todos con sendas varicas,
Rodrigo lanza en la mano;
Todos guantes olorosos,
Rodrigo guante mallado;
Todos sombreros muy ricos,
Rodrigo casco afinado,
Y encima del casco lleva
Un bonete colorado.
Andando por su camino,
Unos con otros hablando,
Allegados son á Búrgos;
Con el Rey se han encontrado.
Los que vienen con el Rey
Entre sí van razonando:

Unos lo dicen de quedo,
Otros lo van publicando:
—Aquí viene entre esa gente
Quien mató al conde Lozano.—
Como lo oyera Rodrigo
En hito los ha mirado:
Con alta y soberbia voz
D'esta manera ha hablado:
—Si hay alguno entre vosotros
Su pariente ó adeudado,
A quien pese de su muerte,
Salga luego á demandallo,
Yo se lo defenderé
Quiera á pié, quiera á caballo.
Todos responden á una:
—Demándelo su pecado.—
Todos se apearon juntos
Para al Rey besar la mano
Rodrigo solo quedó
Encima de su caballo.
Entónces habló su padre,
Bien oiréis lo que ha hablado.
—Apeáos, hijo mio,
Besaréis al Rey la mano,
Porqu'él es vuestro señor,[1]
Vos, hijo, sois su vasallo.—
Desque Rodrigo esto oyó
Sintióse muy agraviado:
Las palabras que responde
Son de hombre muy enojado.
—Si otro me lo dijera
Ya me lo hubiera pagado;
Mas por mandarlo vos, padre,
Yo lo haré de buen grado.—
Ya se apeaba Rodrigo
Para al Rey besar la mano;
Al hincar de la rodilla
El estoque se ha arrancado.
Espantóse d'esto el Rey,
Y dijo como turbado:
—Quítate, Rodrigo, allá
Quítate me allá, diablo,
Que tienes el gesto de hombre,
Y los hechos de leon bravo.—
Como Rodrigo esto oyó
Apriesa pide el caballo:
Con una voz alterada,
Contra el Rey así ha hablado;
—Por besar mano de rey [2]
No me tengo por honrado;
Porque la besó mi padre
Me tengo por afrentado.—
En diciendo estas palabras
Salido se ha del palacio:
Consigo se los tornaba
Los trescientos hijosdalgo:
Si bien vinieron vestidos,
Volvieron mejor armados,
Y si vinieron en mulas
Todos vuelven en caballos.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Este romance es uno de aquellos donde el espíritu de caballerismo feudal ha falseado el carácter noblemente respetuoso, pero firme y severo, con que asimilándole á sí mismo, le plugo al pueblo adornar al Cid, su héroe predilecto. Este, en el dicho romance, no es el noble castellano, ni el adalid popular y de su rey al mismo tiempo, sino uno de los paladines francos de la corte de los debiles monarcas sucesores de Carlo-Magno. Por mas que una idea equivocada lo pretenda, el Cid ni es ni pudo ser un Roldan, ni un Reinaldos. Nuestro héroe es por eso un hombre de buenas proporciones, y no un gigante descomunal; es devoto, fiel y santificado, no encantado ni encantador; es sencillo y rudo, pero sin brillante ni prestado colorido; es severo, justo y sumiso, mas no arrogante é insolente con sus reyes despues de que por tales los ha reconocido. Ante Fernando I aparece brioso y agradecido; sesudo y leal consejero ante Don Sancho II; y en sus reyertas con Alfonso VI, siempre mas interesado en el honor y en el respeto debido á la corona, que no en su propio bienestar. Sometido á las órdenes del Monarca, ultrajado por él, desterrado de Castilla, ¿qué hará el héroe castellano? — Obedecer, disculparse con decorosa enerjía; partir á su destierro, conquistar el pais enemigo, y deponer los despojos adquiridos, ante los piés de aquel que reconocia por su soberano, por mas que injusta y duramente le tratase. Tal á lo ménos es el Cid genuina y popularmente caracterizado en el poema cuyo fragmento publicó Sanchez en su primer tomo de las poesías anteriores al siglo XV, y tal el de las mas antiguas crónicas y romances que de él tratan. ¿En qué se parece este Cid al del romance que anotamos, donde aparece, sin por qué ni para qué, insultando á un rey, que por cierto no era de los débiles de los cobardes, ni de los que tenian ménos fuerza? Sin embargo, el tipo del Cid en este romance, á no dudar juglaresco, se encuentra en una muy antigua composicion, parte en prosa, parte rimada, que se halla al fin de un códice de letra de principios del siglo XV, y que contiene ademas la crónica del Cid. Este poema, ó como quiera llamarse, debe presumirse obra de un juglar que con pretensiones de poeta artístico reduce á versos largos, de forma francesa, los redondillos de la nuestra nacional, y que ha podido aceptar, una vez siquiera, el tipo caballeresco extraño, para aplicarlo al héroe español que cantaba. Conforme casi siempre con el carácter que prestan al Cid las crónicas, los poemas y los romances, solo lo desfigura notablemente en el trozo que pudo servir de asunto á la composicion que anotamos. En él se supone que despues de haber el Cid muerto al conde Lozano de resultas de una riza ocurrida entre los pastores de ambos, Doña Jimena pide al Rey que la case con aquel héroe, para indemnizarla de la pérdida de su padre. A este fin y para tratar la boda, llama el Rey á Diego Laínez, padre del Cid, á su corte; mas este, receloso de alguna asechanza, le acompaña seguido de muchos vasallos armados. Así llegan á Zamora ante el Rey, cuya mano besó humilde Diego Laínez, miéntras Rodrigo se resiste á ello. Dice así el texto del poema:

Allegó don Diego Laynes al rey bessarle la mano.
Quando esto vió Rodrigo volvió los ojos, todos ivan derramando.
Avien muy grant pavor dél, é muy grande espanto.
Allegó don Diego Laynes al rey bessarle la mano.
Rodrigo fincó los ynojos por le besar la mano.
El espada traya luenga; el rey fué mal espantado.
A grandes voses dixo: — Tiratme allá esse peccado.—
Dixo estonce Don Rodrigo: — Querria mas un clavo,
Que vos seades mi señor, nin yo vuestro vassallo.
Porque vos la bessó mi padre, soy yo mal amansellado.—

Se ve pues claramente que la tradicion, conservada ó inventada en este fragmento del referido poema, sirvió de asunto al romance número 731, y que los dos últimos versos de aquel pudieron motivar los de este, que dicen:

Por besar mano de rey
No me tengo por honrado;
Porque la besó mi padre,
Me tengo por afrentado.

Si se compara el poema, mas próximo sin duda á los tiempos del Cid y á su tipo original, con el romance, se advierte desde luego que al autor de aquel no se le ocultaba que pervertia el carácter del héroe castellano, atribuyéndole un hecho contrario á su cordura y no desmentida fidelidad. Por eso ha tratado de paliar el brutal exabrupto con que insulta al Rey, no solo colocando la escena en una época en que el Cid era jóven y arrebatado, y en una situacion en que se atravesaba la defensa de la vida de su padre, que creia amenazada, sino que ademas, para atenuar la culpa ó hacer que por tal no se considere, insiste é inculca tenazmente la idea de que el Cid no se consideraba vasallo, y que por lo tanto no debia al rey Fernando el respeto y la fidelidad que el vasallaje imponia. Al contrario, el juglar autor del romance, mas lejano de la época característica del Cid y de sus tradiciones, no escrupulizó tanto falsearla y revestirla francamente de las ideas feudales que predominaban en los romances caballerescos Carlovingios, ya muy popularizados cuando aquel se compuso.

El códice que contiene la composicion arriba mencionada se halla en la Biblioteca Real de Paris, al número 9,988, y Mr. Michel ha hecho, publicándolo, un servicio importantísimo á la literatura y la historia.

[2] Este verso y los tres que le siguen se hallan tambien insertos impropia, pero mas oportunamente, en el romance que dice: *En Santa Gadea de Búrgos*, donde el Cid, ántes de reconocer por rey á Don Alfonso VI, le hace jurar tres veces, que no fué cómplice en la muerte de su hermano Don Sancho.

732.

JIMENA PIDE JUSTICIA CONTRA EL CID, MATADOR DE SU PADRE EL CONDE LOZANO.— IX.

(*Anónimo* [1].)

Grande rumor se levanta
De gritos, armas y voces
En el palacio del Rey
Donde son los ricos-homes:

Bája el Rey de su aposento
Y con él toda la corte,
Y á las puertas de palacio
Hallan á Jimena Gomez,
Desmelenado el cabello,
Llorando á su padre el Conde,
Y á Rodrigo de Vivar
Ensangrentado el estoque.
Vieron al soberbio mozo
El rostro airado que pone
De Doña Jimena oyendo
Lo que dicen sus clamores :
—Justicia, buen Rey, te pido,
Y venganza de traidores,
Asi lo logren tus fijos
Y de sus fazañas gozes,
Que aquel que no la mantiene
De Rey no merece el nombre,
Nin comer pan en manteles,
Nin que le sirvan los nobles.
Mira, buen Rey, que deciendes
De aquellos claros varones,
Que a Pelayo defendieron
Con castellanos pendones;
Y cuando no fuera asi,
Tu brazo ha de ser conforme,
Dando venganza á los chicos,
Con rigor, de los mayores.
Y tú, matador rabioso,
Tu espada sangrienta corre
Por esta humilde garganta
Sujeta á su duro golpe.
Mátame, traidor, á mi,
No por mujer me perdones,
Mira que pide justicia
Contra ti Jimena Gomez.
Pues mataste un caballero
El mejor de los mejores,
La defensa de la fe,
Terror de los Almanzores,
No es mucho, rapaz villano,
Que te afrente y te deshonre.
La muerte, traidor, te pido,
No me la niegues ni estorbes.—
En esto, viendo Jimena,
Que Rodrigo no responde,
Y que tomando las riendas
En su caballo se pone,
El rostro volviendo á todos,
Por obligallos da voces,
Y viendo que no le sigen,
Dice. «Venganza, señores.»

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Parece compuesto en el último tercio del siglo XVI.

733.

AL MISMO ASUNTO.—X.

(*Anonimo*[1].)

Dia era de los Reyes,
Dia era señalado,
Cuando dueñas y doncellas
Al Rey piden aguinaldo,
Si no es Jimena Gomez,
Hija del conde Lozano,
Que puesta delante el Rey,
D'esta manera ha hablado :
—Con mancilla vivo, Rey,
Con ella vive mi madre;
Cada dia que amanece
Veo quien mató á mi padre
Caballero en un caballo
Y en su mano un gavilane;
Otras veces un halcon
Que trae para cazare,
Y por me hacer mas enojo
Cebalo en mi palomare :
Con sangre de mis palomas
Ensangrentó mi briale.
Enviéselo á decir,
Envióme á menazare
Que me cortará mis haldas
Por vergonzoso lugare [2],
Me forzará mis doncellas
Casadas y por casare;
Matárame un pajecico
So haldas de mi briale.
Rey que no hace justicia
No debia de reinare,
Ni cabalgar en caballo,
Ni espuela de oro calzare,
Ni comer pan en manteles,
Ni con la Reina holgare,
Ni oir misa en sagrado,
Porque no merece mase.—
El Rey de que aquesto oyera
Comenzara de hablare :
—¡Oh válame Dios del cielo!
Quiérame Dios consejare :
Si yo prendo ó mato al Cid,
Mis Cortes se volverane;
Y si no hago justicia
Mi alma lo pagarâe.
—Tén tú las tus Cortes, Rey,
No te las revuelva nadie»
Y al que á mi padre mató
Dámelo tú por iguale,
Que quien tanto mal me hizo
Sé que algun bien me haráe.—
Entonces dijera el Rey,
Bien oiréis lo que diráe :
—Siempre lo oí decir,
Y agora veo que es verdade,
Que el seso de las mujeres
Que non era naturale :
Hasta aquí pidió justicia,
Ya quiere con él casare :
Yo lo haré de muy buen grado,
De muy buena voluntade.
Mandarle quiero una carta,
Mandarle quiero llamare.—
Las palabras no son dichas,
La carta camino vae,
Mensajero que la lleva
Dado la habia á su padre.
—Malas mañas habeis, Conde,
No os las puedo yo quitare,
Que cartas que el Rey os manda
No me las querais mostrare.
—No era nada, mi fijo,
Sino que vades alláe,
Quedáos vos aquí, mio hijo,
Yo iré en vuestro lugare.
—Nunca Dios tal cosa quiera
Ni Santa María lo mande,
Sino que adonde vos fuéredes
Que allá vaya yo delante.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Romance es este que debiera haberse colocado ántes del del número 731, pues procede del mismo fragmento del poema que le prestó asunto, y es, por decirlo asi, el que motiva la salida del Cid acompañando á su padre cuando acudió al llamamiento del Rey (véase la nota de aquel). Si el romance no es genuinamente primitivo, á lo menos parece poco alterado por la tradicion oral, y los juglares que la conservaron. Su antiguedad remota no parece dudosa, y se percibe en sus formas rudas, pero sencillas y enérjicas, en su lenguaje, en su frase y en sus modos de decir.

[2] Desde este verso al de *Rey que no hace justicia*, etc., es un fragmento que se halla casi literalmente incluido en el primer romance de los Infantes de Lara, que empieza : *A Calatrava la vieja*, y del cual es probable que se tomase, pues allí, mas bien que en este, nace la situacion que expresa del mismo asunto, cuando aquí apénas se percibe su conveniencia. En tal caso será evidente que el romance de los Infantes es mucho mas viejo que el del Cid, y que el juglar que compuso este tomó de aquel dicho fragmento, que seria proverbial y muy popular.

734.

AL MISMO ASUNTO.—XI.

(Anónimo [1].)

En Búrgos está el buen Rey
Asentado á su yantare,
Cuando la Jimena Gomez
Se le vino á querellare.
Cubierta toda de luto,
Tocas de negro cendale,
Las rodillas por el suelo
Comenzara de fablare:
—Con mancilla vivo, Rey,
Con ella murió mi madre;
Cada dia que amanece
Veo al que mató á mi padre
Caballero en un caballo,
Y en su mano un gavilane;
Por facerme mas despecho
Cébalo en mi palomare,
Mátame mis palomillas
Criadas y por criare;
La sangre que sale d'ellas
Teñido me ha mi briale:
Enviéselo á decire,
Envióme á amenazare:
Rey que non face justicia,
Non debiera de reinare,
Ni cabalgar en caballo,
Ni con la Reina fablare,
Ni comer pan á manteles,
Ni ménos armas armare.—
El Rey cuando aquesto oyera
Comenzara de pensare:
—Si yo prendo ó mato al Cid
Mis Córtes revolveránse;
Pues si lo dejo de hacer
Dios me lo ha de demandare [2].
Mandarle quiero una carta,
Mandarle quiero á llamare.—
Las palabras no son dichas,
La carta camino vae,
Mensajero que la lleva
Dado la habia á su padre.
Cuando el Cid aquesto supo
Asi comenzó á fablare:
—Malas mañas habeis, Conde,
Non vos las puedo quitare,
Que carta que el Rey vos manda
No me las quereis mostrare.
—Non era nada, mi fijo,
Si non que vades alláe;
Fincad vos acá, mi fijo,
Que yo iré en vueso lugare.
—Nunca Dios lo tal quisiese
Ni Santa María su madre,
Sino que donde vos fuéredes
Tengo yo de ir adelante.

(Escobar, *Romancero del Cid.* — It. Timoneda, *Rosa Española.*)

[1] Convienen á este romance las observaciones de la nota puesta al del número 733, del cual puede ser modelo ó quizá reforma.

[2] En la *Rosa Española*, tercera parte de los romances de Timoneda, se suprimen los versos que siguen á este, y se le sustituyen los siguientes:

Hablara Doña Jimena
Palabras bien de notare.
—Yo te lo diré, buen Rey,
Como lo has de remediare:
Que me lo dés por marido,
Con él me quieras casare,
Que quien tanto mal me hizo
Quizás algun bien me haráe.—
El Rey vista la presente,
El Cid envió á llamare,
Que venga sobre seguro
Que lo quiere perdonare.

735.

AL MISMO ASUNTO.—XII.

(Anónimo [1].)

Delante el rey de Leon
Doña Jimena una tarde
Se pone á pedir justicia
De la muerte de su padre:
Para contra el Cid la pide
Don Rodrigo de Vivare,
Que huérfana la dejó,
Niña, y de muy poca edade.
— Si tengo razon ó non,
Bien, Rey, lo alcanzas y sabes,
Que los negocios de honra
No pueden disimularse:
Cada dia que amanece
Veo al lobo de mi sangre
Caballero en un caballo,
Por darme mayor pesare.
Mándale, buen Rey, pues puedes,
Que no me ronde mi calle,
Que no se venga en mujeres
El hombre que mucho vale.
Si mi padre afrentó al suyo,
Bien ha vengado á su padre,
Que si honras pagaron muerte
Para su disculpa basten.
Encomendada me tienes,
No consientas que me agravien,
Que el que á mi se me ficiere
A tu corazon se face.
—Calledes, Doña Jimena,
Que me dades pena grande,
Que yo daré buen remedio
Para todos vuestros males.
Al Cid no le de ofender,
Que es hombre que mucho vale,
Y me defiende mis reinos,
Y quiero que me los guarde;
Pero yo faré un partido
Con él, que no os esté male,
De tomalle la palabra
Para que con vos se case.—
Contenta quedó Jimena
Con la merced que le face,
Que quien huérfana la fizo
Aquese mesmo la ampare.

(Romancero general.)

[1] Es una imitacion del anterior, hecha en el último tercio del siglo XVI.

736.

AL MISMO ASUNTO.—XIII.

(Anónimo [1].)

Sentado está el señor Rey
En su silla de respaldo,
De su gente mal regida
Desavenencias juzgando.
Dadivoso y justiciero
Premia al bueno y pena al malo;
Que castigos y mercedes
Hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
Entraron treinta fidalgos
Escuderos de Jimena,
Fija del conde Lozano.
Despachados los maceros
Quedó suspenso el palacio,
Y así comenzó sus quejas
Humillada en los estrados:
—Señor, hoy hace seis meses
Que murió mi padre á manos
De un muchacho, que las tuyas
Para matador criaron.

Cuatro veces he venido
A tus piés, y todas cuatro
Alcancé prometimientos,
Justicia jamas alcanzo.
Don Rodrigo de Vivar,
Rapaz orgulloso y vano,
Profana tus justas leyes,
Y tú amparas un profano:
Tú le celas, tú le encubres,
Y despues de puesto en salvo
Castigas á tus merinos,
Porque no pueden prendallo.
Si de Dios los buenos reyes
La semejanza y el cargo
Representan en la tierra
Con los humildes humanos,
Non debiera de ser rey
Bien temido y bien amado,
Quien fallesce en la justicia
Y esfuerza los desacatos.
¡Mal lo miras! mal lo piensas!
Perdona si mal te fablo,
Que la injuria en la mujer
Vuelve el respeto en agravio.
—No haya mas, gentil doncella,
Respondió el primer Fernando,
Que ablandarán vuesas quejas
Un pecho de acero y mármol.
Si yo guardo á Don Rodrigo,
Para vueso bien lo guardo;
Tiempo vendrá que por él
Convirtais en gozo el llanto.—
En esto llegó á la sala
De Doña Urraca un recado,
Asióla del brazo el Rey,
Donde está la Infanta entraron.

(*Romancero general*. — It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] Parece de fines del siglo XVI.

737.

RODRIGO PRENDE CINCO REYES MOROS, QUE LE DAN EL TÍTULO DE CID, Y SE LE RECONOCEN TRIBUTARIOS. — XIV.

(*Anónimo* [1].)

Reyes moros en Castilla
Entran con gran alarido;
De moros son cinco reyes,
Lo demas mucho gentío.
Pasaron por junto á Búrgos,
A Montes-d'Oca han corrido,
Y corriendo á Belforado,
Tambien á Santo Domingo,
A Nájera y á Logroño,
Todo lo habian destruido.
Llevan presa de ganados,
Muchos cristianos cautivos,
Hombres muchos y mujeres,
Y tambien niñas y niños.
Ya se vuelven á sus tierras
Bien andantes y muy ricos,
Porque el Rey, ni otro ninguno,
A quitárselo han salido.
Rodrigo cuando lo supo
En Vivar, el su castillo,
Mozo es de pocos dias,
Los veinte años no ha cumplido,
Cabalga sobre Babieca,
Y con él los sus amigos:
Apellidara á la tierra;
Mucha gente le ha venido.
Gran salto diera en los moros:
En Montes-d'Oca, el castillo,
Venciera todos los moros
Y prendió los reyes cinco
Quitárales la gran presa
Y gentes que iban cautivos;
Repartiera las ganancias
Con los que le habian seguido,
Los Reyes trajera presos
A Vivar, el su castillo;
Entrególos á su madre,
Ella los ha recibido;
Soltólos de la prision,
Vasallaje han conocido,
Y á Rodrigo de Vivar
Todos lo han bendecido.
Loaban su valentía,
Sus parias le han prometido;
Fuéronse para sus tierras
Cumpliendo lo que habian dicho.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc. — It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] Es uno de los anónimos que incluyó Sepúlveda entre los suyos, y puede considerarse como de su tiempo y de su escuela.

738.

PIDE JIMENA AL REY QUE LA DESPOSE CON EL CID, EN RESARCIMIENTO DE LA ORFANDAD EN QUE LA DEJÓ POR HABER MUERTO Á SU PADRE.—XV.

(*Anónimo* [1].)

De Rodrigo de Vivar
Muy grande fama corria:
Cinco reyes ha vencido
Moros de la morería.
Soltólos de la prision
Do metidos los tenia;
Quedaron por sus vasallos,
Sus parias le prometian.
En Búrgos estaba el rey
Que Fernando se decia;
Aquesa Jimena Gomez
Ante el buen Rey parecia:
Humilládose habia ant'él
Y su razon proponia:
—Fija soy yo de Don Gomez
Que en Gormaz condado habia:
Don Rodrigo de Vivar
Le mató con valentía.
La menor soy yo de tres
Hijas que el Conde tenia,
Y vengo á os pedir merced,
Que me hagais en este dia,
Y es que aquese Don Rodrigo
Por marido yo os pedia.
Terméme por bien casada,
Honrada me contaria,
Que soy cierta que su hacienda
Ha de ir en mejoría,
Y él mayor en el estado
Que en la vuestra tierra habia.
Haréisme asi gran merced,
Hacer á vos bien vernia,
Porqu'es servicio de Dios,
Y yo le perdonaria
La muerte que dió á mi padre,
Si él aquesto concedia.—
El Rey hobo por muy bien
Lo que Jimena pedia:
Escrebiérale sus cartas,
Que viniese, le decia,
A Plasencia donde estaba,
Qu'es cosa que le cumplia.
Rodrigo, que vió las cartas
Que el rey Fernando le envía,
Cabalgó sobre Babieca,
Muchos en su compañía:
Todos eran hijosdalgo
Los que Rodrigo traia;
Armas nuevas traian todos,
De una color se vestian;

Amigos son y parientes,
Todos á él lo seguian.
Trescientos eran aquellos
Que con Rodrigo venian.
El Rey salió á recibirlo,
Que muy mucho lo queria :
Díjole el Rey : — Don Rodrigo,
Agradézcoos la venida,
Que aquesa Jimena Gomez
Por marido á vos pedia,
Y la muerte del su padre
Perdonada os la tenia :
Yo vos ruego que lo hagais,
D'ello gran placer habria;
Hacervos he gran merced,
Muchas tierras os daria.
—Pláceme, Rey mi señor,
Don Rodrigo respondia,
En esto y en todo aquello
Que tu voluntad seria.—
El Rey se lo agradeció;
Desposados los habia
El obispo de Palencia,
Y el Rey dádole habia
A Rodrigo de Vivar
Mucho mas que ántes tenia,
Y amóle en su corazon,
Que todo lo merecia.
Despidiérase del Rey,
Para Vivar se volvia,
Consigo lleva su esposa,
Su madre la recebia :
Rodrigo se la encomienda
Como á su persona misma;
Prometió como quien era
Que á ella no llegaria
Hasta que las cinco huestes
De los moros no vencia[2].

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc. —It. Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Compárese esta genuina tradicion del Cid, con la del fragmento del poema que citamos en la nota del número 731, y con el romance que señala, para percibir mejor las diferencias que existen entre el Cid puramente castellano, y el que desfiguraron los juglares con caractéres propios del feudalismo caballeresco.

[2] En el poema citado en la nota al romance 731, hace el Cid, como por despecho, la misma promesa de no consumar su matrimonio, y conservar intacta á su esposa, hasta que haya vencido y cautivado cinco reyes moros. En los romances caballerescos de los juglares se ven con frecuencia juramentos de esta clase, donde los paladines ofrecen imponerse privaciones graves hasta obtener una venganza, ó dar cabo á una aventura.

739.

CASAMIENTO DEL CID CON JIMENA.—XVI.

(Anónimo [1].)

A Jimena y á Rodrigo
Prendió el Rey palabra y mano
De juntarlos para en uno
En presencia de Lain Calvo.
Las enemistades viejas
Con amor las olvidaron;
Que donde preside amor
Se olvidan muchos agravios.
El Rey dió al Cid á Valduerna,
A Saldaña y Belforado,
Y á San Pedro de Cardeña,
Que en su hacienda vincularon.
Entróse á vestir de boda
Rodrigo con sus hermanos;
Quitóse gala y arnes
Resplandeciente y grabado:
Púsose un medio botarga
Con unos vivos morados,
Calzas, balona tudesca
De aquellos siglos dorados,
Eran de grana de polvo,
Y de vaca los zapatos,
Con dos hebillas por cintas
Que le apretaban los lados;
Camison redondo y justo,
Sin filetes ni recamos,
Que entónces el almidon
Era pan para muchachos;
Con jubon de raso negro,
Ancho de manga, estofado,
Que en tres ó cuatro batallas
Su padre lo habia sudado.
Una acuchilada cuera
Se puso encima del raso,
En remembranza y memoria
De las muchas que habia dado,
Una gorra de Contray,
Con una pluma de gallo;
Llevaba puesto un tudesco
En felpa todo forrado;
La tizona rabitiesa,
Del mundo terror y espanto,
En tiros nuevos traia,
Que costaron cuatro cuartos.
Mas galan que Gerineldos
Baja el Cid famoso al patio,
Donde Rey, Obispo y Grandes
En pié estaban aguardando
Tras esto bajó Jimena
Tocada en toca de papos,
Y no con estas quimeras
Que agora llaman hurracos.
De paño de Lóndres fino
Era el vestido bordado,
Unas garnachas muy justas
Con un chapin colorado,
Un collar de ocho patenas
Con un San Miguel colgado,
Que apreciaron una villa,
Solamente de las manos.
Llegaron juntos los novios,
Y al dar la mano y abrazo,
El Cid mirando la novia
Le dijo todo turbado :
—Maté á tu padre, Jimena,
Pero no á desaguisado,
Matéle de hombre á hombre
Para vengar cierto agravio.
Maté hombre, y hombre doy,
Aquí estoy á tu mandado,
Y en lugar del muerto padre
Cobraste marido honrado.—
A todos pareció bien,
Su discrecion alabaron,
Y así se hicieron las bodas
De Rodrigo el castellano.

(*Romancero general.* — It. Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Indica este romance muchas cosas interesantes sobre las costumbres viejas, y algunas contrapuestas indirectamente á los usos del último tercio del siglo XVI, donde descollaba un lujo mas refinado que en los anteriores. El modo de dotar ó galardonar los reyes á los que favorecian, á costa de los bienes de la corona, ó del Estado; el acompañamiento de una boda, los trajes de los novios, están descritos de un modo claro, sencillo, festivo y un tanto satírico y punzante. El continente turbado, y el saludo serio, severo, pero sentido y cortés, que hace el Cid á Jimena al darla la mano, retrata muy bien las costumbres de nuestros tiempos guerreros, donde era comun que la union y reconciliacion de las familias se sellase con matrimonios entre los agraviados. Esta verdad histórica no hizo Corneille, en su tragedia del *Cid*, mas que iniciarla, pues en el siglo XVII, y en la corte de Luis XIV, de Francia, se hubiera tenido por inmoral el desenlace de un drama, en el cual una hija se desposase con el matador de su padre.

740.

AL MISMO ASUNTO.—XVII.

(*Anónimo* [1].)

A su palacio de Búrgos,
Como buen padrino honrado,
Llevaba el Rey á yantar
A sus nobles afijados.
Salen juntos de la iglesia
El Cid, el Obispo y Lain Calvo,
Con el gentío del pueblo
Que les iba acompañando.
Por la calle adonde van
A costa del Rey gastaron
En un arco muy polido
Mas de treinta y cuatro cuartos.
En las ventanas alfombras,
En el suelo juncia y ramos,
Y de trecho á trecho habia
Mil trovas al desposado.
Salió Pelayo hecho toro
Con un paño colorado,
Y otros que le van siguiendo,
Y una danza de lacayos.
Tambien Antolin salió
A la gineta en un asno,
Y Pelaez con vejigas
Fuyendo de los mochachos.
Diez y seis maravedís
Mandó el Rey dar á un lacayo
Porque espantaba á las fembras
Con un vestido de diablo.
Mas atras viene Jimena
Trabándola el Rey la mano,
Con la Reina su madrina,
Y con la gente de manto.
Por las rejas y ventanas
Arrojaban trigo tanto,
Que el Rey llevaba en la gorra,
Como era ancha, un gran puñado,
Y á la homildosa Jimena
Se le metian mil granos,
Por la marquesota, al cuello,
Y el Rey se los va sacando.
Envidioso dijo Suero,
Que lo oyera el Rey, en alto:
—Aunque es de estimar ser rey,
Estimara mas ser mano.—
Mandóle por el requiebro
El Rey un rico penacho,
Y á Jimena le rogó
Que en casa le dé un abrazo.
Fablándola iba el Rey,
Mas siempre la fabla en vano,
Que non dirá discrecion
Como la que faz callando.
Llegó á la puerta el gentío
Y partiéndose á dos lados,
Quedóse el Rey á comer
Y los que eran convidados.

(*Romancero general.*)

[1] Lindísima descripcion de las sencillas fiestas y bodas de una aldea. Falta saber si se usaban en tiempo del Cid, entre los cortesanos, las costumbres que aquí se retratan. De todas maneras el romance es un cuadro lleno de gracia y de chiste.

741.

TRAJES DEL CID Y DE JIMENA EN EL DIA DE SUS BODAS.— XVIII.

(*Anónimo* [1].)

Domingo por la mañana
Cuando el claro sol salió
Mas alegre que otras veces
Por gozar de la ocasion,
Don Rodrigo de Vivar,
El que la palabra dió
De casarse con Jimena,
Ese dia la cumplió:
Y para ir á la iglesia
A tomar la bendicion,
Por mostrar lo que valia,
¡Oh qué galan que salió!
Que de raso columbino
Llevaba un rico jubon,
Calza colorada y justa,
Porque su gusto ajustó,
Bohemio de paño negro,
De raso la guarnicion,
La manga larga y angosta
Con capilla de buitron;
Jaqueta lleva de raja,
Y en ella mucho brabon,
Y las faldetas tan cortas,
Que se parece el jubon:
Lleva un cinto tachonado,
De plata los cabos son,
Pendiente lleva del cinto
Un doblado mocador:
Zapatos lleva de seda
De un amarillo color,
Abiertos y acuchillados
Porque era acuchillador:
Un collar de piedras y oro
Que al muerto suegro sirvió,
La gorra lleva con plumas,
Y un labrado camison,
Y la tizonada espada
A quien él mucho estimó,
De terciopelo morado
Los tiros y vaina son.
Todos los grandes le aguardan,
Cuantos en la corte son:
Sale el Cid, y hácenle campo
Porque era Cid Campeador.
El Rey le lleva á su lado,
Que en hacerlo adivinó,
Que de otros muy muchos reyes
Rodrigo le hará señor.
Todos le llevan en medio
En órden y procesion,
Y para ir á la iglesia
Todos se mueven á un son.

(*Romancero general.*)

[1] Repeticion de la idea y pensamiento que se manifiesta en el romance número 739.

742.

EL CID VA EN ROMERÍA Á SANTIAGO. — MILAGRO DEL GAFO. — XIX.

(*Anónimo* [1].)

Ya se parte Don Rodrigo,
Que de Vivar se apellida,
Para visitar Santiago,
Adonde va en romería.
Despidióse de Fernando,
Aquese rey de Castilla,
Que le dió muchos haberes,
Sin dones que dado habia.
Veinte vasallos consigo
Llevaba en su compañía;
Mucho bien y gran limosna
Hacia por donde iba:
Daba á comer á los pobres,
Y á los que pobreza habian.
Siguiendo por su camino
Muy grande llanto oia,
Que en medio de un tremedal,
Un gafo triste plañia,
Dando voces que lo saquen

Por Dios y Santa María.
Rodrigo cuando lo oye,
Para el gafo se venia,
Decendiera de la bestia,
En tierra se decendia:
En la silla lo subió,
Delante sí lo ponia;
Llegaron á la posada
Do albergaron aquel dia.
Sentados son á cenar,
Comian a una escudilla.
Gran enójo habian los suyos,
De aquesto que el Cid hacia:
No quieren estar presentes,
A otra posada se iban.
Hicieron al Cid y al Gafo
Una cama en que dormian
Ambos, cuando a media noche,
Ya que Rodrigo dormia,
Un soplo por las espaldas
El Gafo dado le habia;
Tan recio fué, que á los pechos
A Don Rodrigo salia.
Despertó muy espantado,
Al Gafo buscado habia:
No lo hallaba en la su cama,
A voces lumbre pedia.
Traídole habian la lumbre,
El Gafo no parecia;
Tornado se habia á la cama,
Gran cuidado en sí tenia
De lo que le aconteciera,
Mas vió un hombre que á él venia
Vestido de paños blancos,
Y que aquesto le decia:
—¿Duermes ó velas, Rodrigo?
— No duermo, le respondia,
Pero dime: ¿quién tu eres
Que tanto resplandecias?
—San Lázaro soy, Rodrigo,
Yo, que á te hablar venia;
Yo soy el gafo á que tú
Por Dios tanto bien hacias.
Rodrigo, Dios bien te quiere,
Otorgado te tenia
Que lo que tú comenzares
En lides, ó en otra guisa,
Lo cumplirás á tu honra
Y crecerá cada dia.
De todos seras temido,
De cristianos y morisma,
Y que los tus enemigos
Empecerte no podrian.
Morirás tú muerte honrada,
No tu persona vencida,
Tú serás el vencedor,
Dios su bendicion te envía.—
En diciendo estas palabras
Luego se desparecia:
Levantóse Don Rodrigo
Y de hinojos se ponia;
Dió gracias á Dios del cielo,
Tambien á Santa María;
Ansí estuvo en oracion
Hasta que fuera de dia.
Partiérase a Santiago,
Su romería cumplia;
De allí se fué á Calahorra
Adonde el buen Rey yacia.
Muy bien lo habia recebido,
Holgóse con su venida,
Lidió con Martin Gonzalez,
Y en el campo lo vencia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Un pueblo que, como el castellano, peleaba por su Dios, por su independencia y por su libertad, contra los enemigos de su fe, nunca consideraba como héroes á los valientes y arrojados, si ademas no eran religiosos y devotos. En sus victorias ó derrotas, el hombre era el instrumento, y Dios la causa que premiaba ó castigaba. Esta verdad sublime se hacia material y comprensible con supuestos milagros, que los monjes inventaban ó creian ver, y que esparcian entre el pueblo. Y no se crea que esta fe de la ignorancia contribuyó poco á sostener el valor castellano, pues los soldados, persuadidos del favor del cielo que por medio de los santos obtenian, se arrojaban á la pelea con entusiasmo; y vencedores, se entregaban á la esperanza de otras victorias, y vencidos, tornaban á pelear en otras ocasiones con mas esfuerzo. No es extraño pues que el pueblo creyese la tradicion de la romería del Cid á Santiago, ni que aceptase el milagro del Gafo, ni aun que el mismo héroe, en circunstancias dadas, la soñase y la diese entera fe: en tal época y en casos tales lo imaginario se confunde con la realidad. Lo cierto es, que si esto fué inventado por los monjes, y creido ademas, tambien el pueblo lo creyó; y esta tradicion es tan remota, cuando ménos, como la crónica del Cid, y la general de España, de donde tomó el autor el asunto del romance.

743.

AL MISMO ASUNTO. — XX.

(*Anónimo*[1].)

Celebradas ya las bodas,
A do la corte yacia
De Rodrigo con Jimena,
A quien tanto el Rey queria,
El Cid pide al Rey licencia
Para ir en romería
Al apóstol Santiago,
Porque así lo prometía.
El Rey túvolo por bien,
Muchos dones le daria;
Rogóle volviese presto
Que es cosa que le cumplia.
Despidióse de Jimena,
A su madre la daria,
Diciendo que la regale,
Que en ello merced le haria
Llevaba veinte fidalgos,
Que van en su compañía:
Dando va muchas limosnas,
Por Dios y Santa María,
Y allá en medio del camino,
Un gafo le aparecia,
Metido en un tremedal,
Que salir dél no podia.
Grandes voces está dando;
Por amor de Dios pedia
Que le sacasen de allí,
Pues d'ello se serviria.
Cuando lo oyera Rodrigo
Del caballo descendia;
Ayudólo á levantar
Y consigo lo subia.
Lleváralo á su posada,
Consigo cenado habia;
Ficiérales una cama,
En la cual ambos dormian.
Hácia allá á la media noche,
Ya que Rodrigo dormia,
Un soplo por las espaldas
El Gafo dado le habia,
Tan recio, que por los pechos
A Don Rodrigo salia.
Despertó muy espantado,
Al Gafo buscado habia;
No le hallaba en la cama,
A voces lumbre pedia:
Traídole habian lumbre,
Y el Gafo no parecia.
Tornádose habia á la cama;
Gran cuidado en sí tenia
De lo que le aconteciera,
Mas un hombre á él venia
Vestido de blancos paños,
Desta manera decia.
—¿Duermes, ó velas, Rodrigo?
—No duermo, le respondia;
Pero ¿dime tú quien eres,

Que tanto resplandecias?
—San Lázaro soy, Rodrigo,
Que yo á fablarte venia.
Yo soy el gafo á que tu
Por Dios tanto bien facias.
Rodrigo, Dios bien te quiere,
Y otorgado te tenia,
Que lo que tú comenzares
En lides ó en otra via,
Lo cumplirás á tu honra
Y crecerás cada dia:
De todos serás temido,
De cristianos y morisma,
Y que los tus enemigos
Empecer no te podrian.
Morirás tú muerte honrada,
Tu persona no vencida:
Tú serás el vencedor,
Dios su bendicion te envía.—
En diciendo estas palabras,
Luego desaparecia.
Levantóse Don Rodrigo,
Y de hinojos se ponia:
Dió gracias á Dios del cielo,
Tambien á Santa María,
Y ansí estuvo en oracion
Hasta que fuera de dia.
Partióse para Santiago,
Su romería cumplia;
De allí se fué á Calahorra,
A donde el buen Rey yacia.
Recibiéralo muy bien,
Holgóse de su venida;
Lidió con Martin Gonzalez,
En el campo le vencia.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Véase el anterior, número 742, del cual es este una reproduccion modificada.

744.

REMITIDA Á DUELO SINGULAR LA POSESION DE CALAHORRA, EL CID, CAMPEON POR CASTILLA, VENCE Á MARTIN GONZALEZ, QUE LO ERA POR ARAGON.—XXI.

(*Anónimo* [1].)

Sobre Calahorra, esa villa,
Contienda se ha levantado,
Entre el buen rey de Leon,
Llamado el primer Fernando,
Y Ramiro de Aragon
Cuyo reino es el nombrado,
Que ambos los reyes dicen
Que es villa de su reinado.
Por quitar muertes y guerras,
Los reyes han acordado
Que lidien dos caballeros,
Cada uno de su bando;
Y el que de aquestos venciese,
Que su rey la haya á su mando.
Fernando nombró á Rodrigo
De Vivar, el muy nombrado;
Ramiro á Martin Gonzalez,
Muy valiente y esforzado.
Armados ambos que son,
En el campo son entrados:
En haciendo la señal,
Muy recio se han encontrado;
Quebraron ambos las lanzas,
Quedaron muy lastimados,
Mal feridos de los fierros,
De los encuentros pasados.
Martin le dijo á Rodrigo,
De esta suerte le habia hablado:
—Mucho, Rodrigo, vos pese
De haber sido tan osado
De entrar conmigo en batalla
De do saldréis mal pagado;
Que aquesa vuesa cabeza
Aquí quedará en el campo:
Non volveréis á Castilla,
Ni á Vivar, el vuestro Estado,
Ni Jimena vuestra esposa
Jamas vos verá á su lado,
Aunque dicen que la amais,
Y que d'ella sois amado.—
De las palabras que ha dicho,
Mucho á Rodrigo ha pesado,
Y con saña muy crecida
Ansí le habia hablado:
—Sois Martin, buen caballero,
Notad lo por vos hablado:
Aquesas vuestras palabras,
No son de hombre esforzado,
Que aquesta lid comenzada,
Por manos se habrá librado,
Non por razones livianas
De que sois tan abastado.
En la mano de Dios es
Lo que habeis vos razonado,
Y él dará la honra á quien
Viere qu'es bien empleado.—
Dijo, y con crecido enojo
Para él se fué denodado;
Muchas heridas le dió,
En tierra lo ha derribado.
Don Rodrigo se apeó,
La cabeza le ha cortado,
Y la sangre de su espada
Luego la habia limpiado.
Las rodillas por el suelo,
Las manos puestas en alto,
Muchas gracias daba a Dios
Que tal victoria le ha dado;
Y dijoles á los jueces,
Esto les ha preguntado:
—¿Queda aquí mas por hacer
Para que sea del reinado
De mi señor, Calahorra,
Sobre que se ha batallado?—
Respondieron todos juntos:
—No, caballero esforzado,
Que en la batalla pasada
El derecho le es quitado
A Ramiro, aquese rey,
Que decia ser de su Estado.—
Fernando abrazó á Rodrigo,
Téncnlo por estimado:
Del Rey era muy querido,
De todo el mundo loado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] No es de Sepúlveda, pero sí de la misma clase que los suyos.

745.

QUÉJASE JIMENA AL CID DE QUE LA DEJA POR ACUDIR Á LAS BATALLAS.—XXII.

(*Anónimo* [1].)

Al arma, al arma, sonaban
Los pífaros y tambores:
Guerra, fuego, sangre, dicen
Sus espantosos clamores.
El Cid apresta su gente,
Todos se ponen en órden,
Cuando llorosa y humilde
Le dice Jimena Gomez:
—«Rey de mi alma, y d'esta tierra conde,
»¿Por qué me dejas? ¿Dónde vas? Adónde?»
Que si eres Marte en la guerra,
Eres Apolo en la corte,
Donde matas bellas damas,
Como allá moros feroces
Ante tus ojos se postran
Y de rodillas se ponen

Los reyes moros, las hijas
De Reyes cristianos nobles.
«Rey de mi alma, etc.»
Ya truecan todos las galas
Por lucidos morriones,
Por arneses de Milan
Los blandos paños de Lóndres:
Las calzas por duras grevas,
Por mallas guantes de flores;
Mas nosotros trocarémos
Las almas y corazones.
«Rey de mi alma, etc.»
Viendo las duras querellas
De su querida consorte,
No puede sufrir el Cid
Que no la consuele y llore.
—Enjugad, señora, dice,
Los ojos basta que torne.—
Ella mirando los suyos
Su pena publica á voces:
—«Rey de mi alma, y d'esta tierra conde,
»¿Por qué me dejas? ¿Dónde vas? Adónde?»

(*Romancero general.*)

[1] Buen romance de la última década del siglo XVI, lleno de ternura y sentimiento. No es tradicional, porque es todo creacion del poeta, que aceptando la situacion la expresa con toda la sensibilidad de su alma.

746.

QUÉJASE JIMENA DE QUE EL CID ACUDE MAS Á LAS BATALLAS QUE NO Á ELLA.—XXIII.

(*Anónimo* [1].)

La noble Jimena Gomez,
Hija del conde Lozano,
Con el Cid, marido suyo,
Sobremesa estaba hablando,
Triste, quejosa y corrida
En ver que el Cid haya dado
En despreciar su compaña
Por preciarse de soldado.
Sospechaba que el enojo
Del muerto conde Lozano
Vengaba de nuevo en ella,
Aunque estaba bien vengado;
Y con este sentimiento,
Tiernamente suspirando,
Con lágrimas amorosas
Así le dijo llorando:
—¡Desdichada la dama cortesana,
Que casa lo mejor que casar puede,
Y dichosa en extremo la aldeana,
Pues no hay quien de su bien la desherede!
Pues si amanece sola á la mañana,
No hay sueño por la tarde que la vede
De anochecer al lado de su cuyo,
Segura de la ausencia y daño suyo.
No la despiertan sueños de pelea,
Sino el sediento hijuelo por el pecho;
Con dársele y mecer'e se recrea
Dejándole dormido y satisfecho:
Piensa que todo el mundo está en su aldea,
Y debajo un pajizo y pobre techo,
De dorados palacios no se cura,
Que no consiste en oro la ventura.
Viene el di-santo, múdase camisa,
Y la saya de boda alegremente,
Corales y patena por divisa
De gozo y libertad que el alma siente:
Vase al solaz, y en él con gozo y risa
A la vecina encuentra ó al pariente,
De cuyas rudas pláticas se goza
Y en años de vejez la juzgan moza.—
No quiso el Cid que Jimena
Se le aqueje y duela tanto,
Y en la cruz de su tizona,
Espada que ciñe al lado,
Le jura de no volver
Mas al fronterizo campo,
Y vivir gozando de ella
Y de su noble condado.

(*Romancero general.*)

[1] Este romance y el que le sigue son de la misma época del anterior, que aunque no tan buenos, no carecen de interes.

747.

AL MISMO ASUNTO.—XXIV.

(*Anónimo* [1].)

—Espántame, mi Rodrigo,
Que teniendo ya experiencia
De la fe que hay en mi alma,
Si es fe la que amor gobierna,
Que así de mí os ausenteis,
Pues se sabe que una ausencia
Suele mudar á las veces
Una arraigada firmeza.
Yo no sé qué desengaño
Aquestas cosas os muestra,
O por qué ansí me tratais,
Si no es que quereis que muera,
«Pues que con larga ausencia
»A Jimena quitais vida y paciencia.»
Fiáisos en que os adoro,
Y no mirais la inclemencia
Del tiempo, que como tiempo
Cualquier tiempo atras se deja.
No os amenazo, Rodrigo,
Que no es tal vuestra Jimena,
Que os fará desaguisado
Aunque celos la hagan guerra.
Por dicha ¿qué veis en mí
Que á dejarme ansí os convenza?
Diréis que os faltó el querer
Porque os sobró mi firmeza,
«Pues que con larga ausencia
»A Jimena quitais vida y paciencia.»
¡Ay pechos de hombres ingratos!
Si las fembras conocieran
Vuestra tan cierta mudanza,
¡Cómo ninguna os creyera
¿Dó están, Rodrigo, los lloros,
Las palabras halagüeñas,
Los falsos ofrecimientos
Llenos de falsas promesas?
Todo el tiempo lo ha mudado,
De todo, solo me queda
Para mi triste consuelo
Tierno lloro y tierna queja,
«Pues con tan larga ausencia
»A Jimena quitais vida y paciencia.»

(*Romancero general.*)

[1] Véase la nota del anterior.

748.

ENTRE SANT ESTEBAN DE GORMAZ Y ATIENZA, DERROTA EL CID Á LOS MOROS, Y HACE EN ELLOS MATANZA Y RICA PRESA.—XXV.

(*Anónimo* [1].)

Muy grandes huestes de moros
A Extremadura corrian:
Captivan muchos cristianos;
Acorro ninguno habian.
A Rodrigo de Vivar
Los acorra le pedian;
Don Rodrigo, como bueno
Sus gentes luego apellida.
Amigos son y parientes
Todos los que le venian:
En busca va de los moros,
La su seña va tendida.

El iba por capitan;
Sobre sí buena loriga;
Cabalga sobre Babieca;
Placer es de ver cuál iba.
Animando va los suyos,
—Nadie muestre cobardía,
Pues que todos sois hidalgos
De los buenos de Castilla,
Muramos como valientes;
Aquí es bien perder la vida.—
Entre Atienza y Sant Esteban,
Que de Gormaz se decia,
Alcanzado habian los moros;
Lid campal habian ferida.
Don Rodrigo los venció;
Libra la gente captiva:
Quitábales los ganados,
Siete leguas les seguia:
Tantos mató de los moros,
Que contarse no podian:
Gran haber ganara d'ellos,
Captivos en demasía;
Doscientos son los caballos
Que á Don Rodrigo cabian;
Cien mil marcos el despojo;
El todo lo repartia
Entre toda la su gente,
Comunmente, sin cobdicia.
A Vivar se habia tornado
Con gran honra que adquiria;
De todos es muy loado,
Y del Rey á maravilla.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] El asunto está tomado de la crónica, y el romance es imitacion de los fronterizos.

749.

GÁNASE Á COIMBRA, DE LOS MOROS, CON LA AYUDA DE SANTIAGO APÓSTOL. — EL REY ARMA CABALLERO AL CID, CALZÁNDOLE LAS ESPUELAS LA INFANTA URRACA.—XXVI.

(*Anónimo* [1].)

Cercada tiene á Coimbra
Aquese buen rey Fernando;
Siete años duró el cerco,
Que jamas lo hubo quitado,
Porque el lugar es muy fuerte
De muros bien torreado.
No hay vianda en el real,
Que todo lo habian gastado.
Ya quieren alzar el cerco,
Al Rey monjes han llegado
De aquese gran monasterio
Que nombrado era Lormano,
Que con trabajo crecido
Habian mucho trigo alzado,
Mucho mijo y aun legumbres,
Y al Rey todo se lo han dado
Rogándole no alce el cerco,
Que darian vianda abasto.
El Rey se lo agradeció,
Tomó lo que le fué dado,
Partiólo por sus campañas,
Viandas les han abondado;
Quebrantaron muchos muros,
Los moros se han amistado.
Dádose habian al Rey
La villa y todo su algo;
Solo fincan con las vidas,
Que el Rey se las ha otorgado.
En tanto que dura el cerco
Un romero habia llegado,
Que viene de allá de Grecia
Al apóstol Santiago.
Astiano habia por nombre,
Obispo es intitulado.
Faciendo estaba oracion
Ante el Apostol muy santo.
Astianos oyó decir
Que el apostol Santiago
Entraba en las grandes lides
Armado y en un caballo
A pelear con los moros
En favor de los cristianos.
El Obispo que lo oyó
Muy mucho le habia pesado:
—Non le digais, caballero,
Pescador era llamado.—
Y con esta gran porfía
Dormido se habia quedado.
Santiago se le aparece
Con llaves en la su mano,
Y con muy alegre rostro
Dijo: — Tú faces escarnio
Por llamarme caballero,
Y en ello tanto has cuidado,
Vengo yo ahora á mostrarte
Porque no dudes en vano.
Caballero soy de Cristo,
Ayudador de cristianos
Contra el poder de los moros,
Y d'ellos soy abogado.—
Estando en estas razones
Traido le fué un caballo;
Blanco era y muy hermoso,
Santiago le ha cabalgado
Guarnido de todas armas,
Limpias, blancas, relumbrando,
Y á guisa de caballero
A ayudar va al rey Fernando,
Que yace sobre Coimbra
Habia ya siete años.
—Y con estas llaves mismas,
Dijo, que llevo en mis manos,
Abriria yo el lugar;
Mañana el dia llegado
Daréselo yo al Rey,
Que lo ha tenido cercado.—
Y en aquesta propia hora
Al Rey la habia entregado.
Nombróse Santa María
La mezquita que han hallado,
Consagrándola en su nombre,
Y en ella se habia armado
Caballero Don Rodrigo
De Vivar, el afamado.
El Rey le ciño la espada;
Paz en la boca le ha dado,
No le diera pescozada
Como á otros habia dado,
Y por hacerle mas honra
La Reina le dió el caballo,
Y Doña Urraca la infanta,
Las espuelas le ha calzado.
Novecientos caballeros
Don Rodrigo habia armado;
Mucha honra le hace el Rey
Y mucho fuera loado,
Porque fuera muy valiente
En ganar lo que es contado,
Y en otros muchos lugares
Que á su Rey ha conquistado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.— It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] A este suceso, de haberse armado el Cid caballero, aluden las quejas que da la infanta Doña Urraca, hija del Rey, en el romance que empieza: *Afuera, afuera, Rodrigo*, número 774.

750.

EL CID PIDE EL TRIBUTO AL MORO.—XXVII.

(*Anónimo* [1].)

Por el val de las Estacas
Pasó el Cid á mediodía,

En su caballo Babieca :
¡Oh que bien que parecia!
El rey moro que lo supo
A recibirle salia :
Dijo: — Bien vengas, el Cid:
Buena sea tu venida,
Que si quieres ganar sueldo,
Muy bueno te lo daria,
O si vienes por mujer
Darte he una hermana mia.—
—Que no quiero vuestro sueldo
Ni de nadie lo querria,
Que ni vengo por mujer,
Que viva tengo la mia:
Vengo á que pagues las parias
Que tú debes á Castilla.
—No te las daré yo, el buen Cid,
Cid, yo no te las daria :
Si mi padre las pagó
Hizo lo que no debia.
—Si por bien no me las das,
Yo por mal las tomaria.
—No lo harás así, buen Cid,
Que yo buena lanza habia.
—En cuanto á eso, rey moro,
Creo nada te debia,
Que si buena lanza tienes,
Por buena tengo la mia :
Mas da sus parias al Rey,
A ese buen rey de Castilla.
—Por ser vos su mensajero
De buen grado las daria.

(*Códice del siglo* XVI.)

[1] Se ha entresacado de la glosa que empieza así : *Entre Castilla y Leon*. Hay otro, número 752, que comienza lo mismo y tiene algunos versos de este, aunque es á diverso asunto. Pertenece á la clase de los romances viejos, y es de los pocos que se han conservado sin mucha alteracion. No le hemos visto impreso, ni la tradicion que conserva, consta en otra parte.

751.

DEFIENDE EL CID DE UNA VIOLENCIA Á AXA, DAMA DE AUDALLA, AL CUAL IBA BUSCANDO PARA COMBATIRLE.—XXVIII.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

Cuando el rojo y claro Apolo
El hemisferio alumbraba,
Y cuando su hermana bella
En el otro se mostraba,
Por una verde espesura
De árboles bien cercada,
Donde dulces ruiseñores
Muy claramente cantaban,
Y donde el céfiro manso
Sabrosamente soplaba,
Con esfuerzo y gallardia
Un caballero pasaba
En un caballo fogoso
Bordado el jaez de plata.
Las armas de fino acero,
Todo de blanco se armaba;
Una lanza larga y gruesa,
Y en ella veleta blanca.
Ha salido de Castilla,
Y entra bravo en Lusitania :
Solo va á buscar un moro
Que el fuerte Audalla se llama,
Que la fama de sus hechos
Por toda España volaba.
En medio de su camino
El caballo se paraba.
Don Rodrigo es de Vivar,
Que con la espuela le daba;
Mas el caballo por eso
Adelante no pasaba.
Como esto vido Rodrigo
En los estribos se alzaba:
Por ver qué cosa sería,
A todas partes miraba.
Hincando la lanza en tierra
En ella el cuerpo afirmaba,
Y oyó una voz que decia,
Aunque no vió quién la daba:
—¡Oh ingrata y cruel fortuna
¿Di si estás de mi vengada,
Pues me has quitado la vida
Y con ella el bien del alma?—
Metióse por la espesura
Por saber quién lamentaba;
Cuando no léjos de sí
Vió que un moro se quejaba
Tendido en la fresca yerba,
Que en sangre teñida estaba
De las heridas que tiene,
Que todo el cuerpo le pasan.
Cuando lo vió Don Rodrigo,
Movido de grande lástima,
Apeóse del caballo;
Mas aun no bien se apeaba
Vió estar cuatro caballeros,
Y con ellos una dama,
Que de ellos se defendia,
Aunque ya cansada estaba;
Y como vió á Don Rodrigo
A grandes voces le llama :
—Ayudeisme, caballero,
Si cortesía en vos se halla :
Yo soy Axa, sin ventura
Cautiva del fuerte Audalla.—
Arremetió Don Rodrigo,
Poniendo en ristre la lanza :
Los cuatro vienen á él,
Y cada cual le encontraba.
No le mueven de la silla,
Y él á uno derrocaba :
Vuelve furioso á los tres,
Poniendo mano á la espada :
Dió al uno tan fuerte golpe,
Que en tierra lo derribaba :
Los dos se vuelven huyendo,
Y él de ellos no se curaba.
A la dama se volvia
Por saber lo que pasaba :
Mas la dama temerosa
No le responde palabra,
Antes por la espesura
Iba buscando á su Audalla.
No curó mas de seguirla;
Mas en Castilla se entraba;
Y así hizo buena obra
A quien la pensó hacer mala.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

[1] Solo en este romance hemos visto el hecho del Cid, que en él se menciona ; y no es extraño, porque mas parece una aventura caballeresca inventada por el autor de él, que no un hecho propio del Cid y de sus tradiciones.

752.

EL CID COMBATE Y MATA AL MORO ABDALLA, REY DE SEVILLA.— XXIX.

(*Anónimo* [1].)

Por el val de las Estacas
El buen Cid pasado habia :
A la mano izquierda deja
La villa de Constantina.
En su caballo Babieca,
Muy gruesa lanza traia :
Va buscando al moro Abdalla,
Que enojado le tenia.
Travesando un antepecho,
Y por una cuesta arriba,
Dábale el sol en las armas,
¡Oh qué bien que parecia!

Vido ir al moro Abdalla
Por un llano que allí habia,
Armado de fuertes armas;
Muy ricas ropas traia.
Dábale voces el Cid;
D'esta manera decia:
—Espéresme, moro Abdal'a,
No demuestres cobardía.—
A las voces que el Cid daba
El moro le respondia:
—Muchos tiempos ha, buen Cid,
Que esperaba yo este dia,
Porque no hay hombre nacido
De quien yo me esconderia;
Porque desde mi niñez
Siempre huí cobardia.—
—Alabarte, moro Abdalla
Poco te aprovecharia;
Mas si tú eres lo que dices
En esfuerzo y valentia,
Sé que á tiempo eres venido
Que menester te seria.—
Estas palabras diciendo
Contra el moro arremetia;
Encontróle con la lanza,
En el suelo le derriba; [1]
Cortárale la cabeza,
Sin le hacer descortesía.

(TIMONEDA, *Rosa española*.— H. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] El hecho que aquí se cita, solo en este romance se conserva. Es de la clase de los que reformó Timoneda, y una trova del número 750.

753.

EL CID HACE QUE LOS REYES MOROS SUS TRIBUTARIOS PRESTEN HOMENAJE AL REY FERNANDO Y LE ENTREGUEN LOS TRIBUTOS.—XXX.

(*Anónimo* [1].)

En Zamora está Rodrigo
En corte del rey Fernando,
Padre del rey sin ventura
A quien llamaron Don Sancho,
Cuando llegan mensajeros
De los reyes tributarios
A Rodrigo de Vivar,
Al cual dicen humillados:
—Buen Cid, á ti nos envían
Cinco reyes tus vasallos,
A te pagar el tributo,
Que quedaron obligados,
Y por señal de amistad
Te envian mas cien caballos,
Veinte blancos como armiños,
Y veinte rucios rodados,
Treinta te envian morcillos,
Y otros tantos alazanos,
Con todos sus guarnimientos
De diferentes brocados,
Y á mas á Doña Jimena
Muchas joyas y tocados,
Y á vuestras dos fijas bellas
Dos jacintos muy preciados,
Dos cofres de muchas sedas
Para vestir tus fidalgos—
El Cid les dijera:—Amigos,
El mensaje habeis errado,
Porque yo no soy señor
Adonde esta el rey Fernando:
Todo es suyo, nada es mio,
Yo soy su menor vasallo.—
El Rey agradeció mucho
La humildad del Cid honrado,
Y dijo á los mensajeros;
—Decidles á vuestros amos,
Que aunque no es rey su señor,
Con un rey está sentado,
Y que cuanto yo poseo
El Cid me lo ha conquistado,
Y que yo estoy muy contento
En tener tan buen vasallo.
El Cid despidió á los moros
Con dones que les ha dado,
Siendo dende allí adelante
El Cid, Ruiz Diaz llamado,
Apellido, entre los moros,
De home de valor y estado.

(*Romancero general*.— H. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] Aquí se halla el Cid perfectamente caracterizado por sus procedimientos leales hácia el Rey.

754.

AL MISMO ASUNTO.—XXXI.

(*De Lorenzo de Sepúlveda*.)

En Zamora estaba el Rey
Que Fernando se decia,
Con el esta Don Rodrigo
De Vivar en nombradía.
Mensajeros han llegado
Que á Don Rodrigo le envian
Sus vasallos, reyes moros;
Grandes haberes traian.
Son las parias que le dan
Despues que á ellos vencia.
Quiérenle besar la mano;
Rodrigo no consentia
Hasta besar la del Rey,
Y ellos luego lo cumplian.
Despues que se la han besado
A Rodrigo se volvian;
Hincados están de hinojos,
Y las manos le pedian.
Rodrigo se las ha dado;
Los mensajeros decian:
—Cid Rui Diaz, tus vasallos,
Como á señor que te estiman,
Te envian este presente,
Las parias son que debian.
Bésante tus piés y manos;
Para ti gran bien querian,
Por que tú, Cid, lo mereces,
Y eres el mejor que habia.
Tiénense por muy dichosos,
Porque tú, Cid, los vencias.—
Rodrigo tomó el presente,
El quinto al Rey ofrecia:
Conócele señorio;
Mas el Rey no lo queria.
Mucho se lo agradeció
Y á los suyos les decia:
—D'este dia en adelante,
—Cid á Rodrigo le digan;
Pues moros se lo llamaron,
Mucho á el le convenia.»

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

755.

EL CID SE OPONE Á QUE EL REY SE RECONOZCA FEUDATARIO DEL IMPERIO, AUNQUE EL PAPA LO HABIA MANDADO.— VENCE AL CONDE DE SABOYA.—XXXII.

(*Anónimo*.)

La silla del buen Sant Pedro
Victor Papa la tenia,
Y el Emperador Enrique [1]
Ante el se humilló y decia:
—Ante vos, el Padre Santo,
Mi querella proponia
Contra aquese rey Fernando.

Que á Castilla y Leon tenia,
Porque todos los cristianos
Por señor me obedecian,
Solo él no me conoce
Ni mi tributo me envía:
Constreñidle, Santo Padre,
Que me obedezca este dia.—
El Papa envió su mandado
En que pedido le habia
Que le fuese tributario,
So pena que enviaria
Y daria su cruzada
Porque no le obedecia.
Muchos reyes que allí estaban
Que en concilio presidian,
Retaban al rey Fernando
Si esto cumplir no queria.
El Rey cuando vió las cartas,
Pena recibido habia,
Porque si esto va adelante,
A sus reinos mal vendria.
A los sus honrados homes
Su consejo les pedia;
Ellos al Rey aconsejan
Faga lo que le pedian,
Porque de ser obediente
Al Papa, á él convenía,
Y si facerlo no quiere
A sus reinos mal vendria,
Porque vendrán contra él
Reyes que lo desafian.
No estuvo en este consejo
El buen Cid, que ido se habia
A ver á Jimena Gomez,
Su esposa, que bien queria,
Y habia muy poco tiempo
Que el buen Cid la conocia.
Estando fablando en esto
Dòn Rodrigo entrado habia;
El Rey cuando vido al Cid
Lo que ha pasado decia,
Y rogólo le aconseje
Lo que sobre eso haria.
El Cid cuando tal oyó
El corazon le dolia:
Fabló su razon al Rey,
D'esta manera decia:
—Rey Fernando, vos nacisteis
En Castilla en fuerte dia,
Si en vuestro tiempo ha de ser
A tributos sometida,
Lo cual nunca fué hasta aquí,
¡Gran deshonra nos sería!
Cuanta honra Dios nos dió,
Si tal faceis, es perdida.
Quien esto vos aconseja
Vuestra honra no queria,
Ni de vuestro señorio
Que á vos, Rey, obedecia.
Enviad vuestro mensaje
Al Papa y á su valía,
Y á todos desafiad
De vuesa parte y la mia.
Pues Castilla se ganó
Por los reyes que ende habia,
Ninguno les ayudó
De moros á la conquista:
Mucha sangre les costó,
La vida me costaria
Antes que pagar tributo,
Pues á nadie se debia.—
El Rey lo tuvo por bien
Lo que el buen Cid le decia:
Al Papa envió el mensaje,
Y por merced le pedia
No ayude tal sinrazon
Sobre lo que no la habia;
Y al emperador Enrique
Y á aquellos que lo seguian,
A todos desafiaba,
Y que buscarlos queria.
Ocho mil y novecientos
Caballeros ya venian,
Parte de ellos son del Rey,
Y otros que el buen Cid tenia:
Por Capitan general
A Don Rodrigo tenian.
Pasaron los puertos de Aspa,
Y al encuentro les salia
Ramon, conde de Saboya,
Con muy gran caballería.
Con el Cid hubo batalla,
La lid fué mucho ferida,
Mas Rodrigo venció al Conde,
Y en la prision lo ponia.
Soltólo con las rehenes
De una hija que tenia;
En ella hubo el buen Rey
Un fijo que se decia
Don Fernando, cardenal
De ese reino de Castilla.
Tambien Don Rodrigo Diaz
Otra batalla vencia
Del mayor poder de Francia,
Que al encuentro le salia,
Sin que el Rey se hallase en ella,
Que atras quedádose habia.
Los reyes y emperadores
Con toda la su valía
Cuando vieron el estrago,
Que el buen Cid faciendo iba,
Por merced piden al Papa;
Que al Rey Fernando le escriba
Que á Castilla se volviese,
Que tributo no querian;
Que contra el poder del Cid
Ninguno se ampararia.
El Rey cuando vió el mensaje
A su tierra se volvia:
Túvose por muy contento,
Y al Cid se lo agradecia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc. — It. Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Dícese que esta contienda provino de que Fernando I de Castilla, viéndose dueño de la mayor parte de España, tomó el título de emperador, lo cual ofendió á Enrique III, que lo era entónces de Alemania. Aunque la contienda entre el Rey y el Papa sea histórica, parece fabuloso cuanto pertenece á las batallas singulares del Cid, por mas que se mencionan en su crónica.

756.

EL REY Y EL CID ACUDEN Á ROMA, Y ESTE DERRIBA LA SILLA DEL DE FRANCIA PARA DAR LUGAR PREFERENTE Á LA DEL DE CASTILLA.—XXXIII.

(*Anónimo*[1].)

A concilio dentro en Roma
El Padre Santo ha llamado.
Por obedecer al Papa,
Este noble rey Fernando
Para Roma fué derecho,
Con el Cid acompañado.
Por sus jornadas contadas
En Roma se han apeado:
El Rey con gran cortesía
Al Papa besó la mano,
Y el Cid y sus caballeros
Cada cual de grado en grado.
En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo habia entrado,
Do vido las siete sillas
De siete reyes cristianos,
Y vió la del rey de Francia
Junto á la del Padre Santo,
Y la del Rey su señor
Un estado mas abajo.

Fuése á la del rey de Francia,
Con el pié la ha derribado;
La silla era de marfil,
Hecho la ha cuatro pedazos,
Y tomó la de su Rey
Y subióla en lo mas alto.
Habló allí un honrado duque
Que dicen el Saboyano:
—Maldito seas, Rodrigo,
Del Papa descomulgado,
Porque deshonraste un Rey
El mejor y mas preciado.—
Oyendo el Cid sus razones
D'esta manera ha fablado:
—Dejemos los reyes, Duque,
Y si os sentis agraviado
Hayámoslo entre los dos;
De mí a vos sea demandado.—
Allegóse cabe el Duque,
Un gran rempujon le ha dado [2]:
El Duque sin responder
Se quedó muy mesurado.
El Papa cuando lo supo
Al Cid ha descomulgado;
Sabiéndolo el de Vivar
Ante el Papa se ha postrado.
—Absolvedme, dijo, Papa,
Si no, seráos mal contado.—

(TIMONEDA, *Rosa española*.— It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] Del asunto todo fabuloso de este romance se hace mencion en la parte 1.ª, cap. XIX del *Quijote*.

[2] En la *Rosa española*, este verso y los dos siguientes se sustituyen así:

Un gran bofelon le ha dado.
El Duque le respondió:
—Demándetelo el diablo, etc.

757.

CARTA DE JIMENA AL REY, QUEJÁNDOSE DE QUE OCUPÁNDOLE EN GUERRAS, TIENE SIEMPRE AL CID APARTADO DE ELLA: PÍDELE SE LO SUELTE SIQUIERA PARA QUE LA ASISTA EN SU PRÓXIMO PARTO.—XXXIV.

(*Anónimo* [1].)

En los solares de Búrgos
A su Rodrigo aguardando,
Tan en cinta está Jimena,
Que muy cedo aguarda el parto.
Cuando ademas dolorida,
Una mañana en di-santo,
Bañada en lágrimas tiernas
Tomó la pluma en la mano,
Y despues de haberle escrito
Mil quejas á su velado,
Bastantes á domeñar
Unas entrañas de mármol,
De nuevo tomó la pluma,
Y de nuevo tornó al llanto,
Y d'esta guisa le escribe
Al noble rey Don Fernando.
« A vos, mi señor el Rey,
»El bueno, el aventurado,
»El magno, el conqueridor,
»El agradecido, el sabio,
»La vuesa sierva Jimena,
»Fija del conde Lozano,
»A quien vos marido dísteis
»Bien así como burlando,
»Desde Búrgos os saluda
»Donde vive lacerando:
»Las vuesas andanzas buenas
»Llévevoslas Dios al cabo.
»Perdonadme, mi señor,
»Si no os fablo muy en salvo,
»Que si mal talante os tengo
»Non puedo disimulallo.
»¿Qué ley de Dios vos enseña
»Que podais por tiempo tanto,
»Cuando afincais en las lides,
»Descasar á los casados?
»¿Qué buena razon consiente
»Que á un garzon bien domeñado,
»Falagüeño y homildoso
»Le mostreis á ser leon bravo?
»¿Y que de noche y de dia
»Le traigais atraillado
»Sin soltalle para mí
»Sino una vez en el año?
»Y esa que me le soltais,
»Fasta los piés del caballo
»Tan teñido en sangre viene
»Que pone pavor mirallo;
»Y cuando mis brazos toca,
»Luego se duerme en mis brazos:
»En sueños gime y forceja,
»Que cuida que está lidiando.
»Apénas el alba rompe
»Cuando lo están acuciando
»Los esculcas y adalides
»Para que se vuelva al campo.
»Llorando vos lo pedí,
»Y en mi soledad cuidando
»De cobrar padre, y marido,
»Ni uno tengo, ni otro alcanzo;
»Que como otro bien no tengo,
»Y me lo habedes quitado,
»En guisa le lloro vivo,
»Cual si estuviera finado.
»Si lo faceis por honralle,
»Mi Rodrigo es tan honrado
»Que no tiene barba, y tiene
»Cinco reyes por vasallos.
»Yo finco, señor, en cinta,
»Que en nueve meses he entrado,
»Y me podrán empecer
»Las lágrimas que derramo.
»Non permitais se malogren
»Prendas del mejor vasallo
»Que tiene cruces bermejas,
»Ni á Rey ha besado mano.
»Respondedme en puridad
»Con letras de vuesa mano,
»Aunque al vueso mandadero
»Le pague yo su aguinaldo.
»Dad este escrito á las llamas,
»Non se faga de palacio,
»Que á malos barruntadores
»Non me será bien contado.»

(*Romancero general*.— It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] Este romance y el que sigue, aunque no antiguos, son quizá los mejores de los del Cid. Hay en el primero tanta naturalidad, tanto hechizo mujeril, tanta ternura, que conmueve dulcemente. ¿Cómo fuera posible resistir á los ruegos de Jimena? ¿qué cuerda del corazon del hombre deja de tocar, que pueda atraerle á sus deseos? Nuevamente desposada, ya teniendo abrazado sin fruto á su marido por el cansancio de lides, ya desprendiéndose de su seno para correr presuroso á ellas, ya ausente de él, como viuda desamparada se le pide al Rey presentándose como próxima á ser primera vez madre; se le pide ensalzándole y con dulces reconvenciones, con humildes y decorosos ruegos. Parece haber adivinado y penetrado el poeta su secreto á la naturaleza, ó que esta se le reveló por un especial privilegio.

758.

RESPUESTA DEL REY Á LA CARTA DE JIMENA.—XXXV.

(*Anónimo* [1].)

Pidiendo á las diez del dia
Papel á su secretario,
A la carta de Jimena
Responde el Rey por su mano.
Despues de facer la cruz,
Con cuatro puntos y un rasgo,
Aquestas palabras finca

A guisa de cortesano :
«A vos, Jimena la noble,
»La del marido envidiado,
»La homildosa, la discreta,
»La que cedo espera el parto,
»El Rey que nunca vos tuvo
»Talante desmesurado,
»Vos envia sus saludes
»En fe de quereros tanto.
»Decisme que soy mal rey
»Y que descaso casados,
»Y que por los mis provechos
»Non curo de vuesos daños :
»Que estais de mi querellosa
»Decis en vuesos despachos,
»Que non vos suelto el marido
»Sino una vez en el año,
»Y que cuando vos le suelto
»En lugar de falagaros,
»En vuesos brazos se duerme
»Como viene tan cansado.
»Si supiérades, señora,
»Que vos quitaba el velado
»Por mis enamoramientos,
»Fuera con razon quejaros;
»Mas si solo vos lo quito
»Para lidiar en el campo
»Con los moros convecinos,
»Non vos fago mucho agravio.
»A non vos tener en cinta,
»Señora, el vueso velado,
»Creyera de su dormir
»Lo que me habedes contado;
»Pero si os tiene, señora,
»Con el brial levantado...
»No se ha dormido en el lecho
»Si espera en vos mayorazgo :
»Y si en el parto primero
»Un marido os ha faltado,
»No importa, que sobra un rey
»Que os fara cien mil regalos.
»Non le escribades que venga,
»Porque aunque esté á vueso lado,
»En oyendo el atambor
»Será forzoso dejaros.
»Si non hubiera yo puesto
»Las mis huestes á su cargo,
»Ni vos fuerais mas que dueña,
»Ni él fuera mas que un fidalgo.
»Decis que vueso Rodrigo
»Tiene reyes por vasallos :
»¡Ojalá como son cinco
»Fueran cinco veces cuatro!
»Porque teniéndolos él
»Sujetos á su mandado,
»Mis castillos y los vuesos
»No hubieran tantos contrarios.
»Decis que entregue á las llamas
»La carta que me habeis dado :
»A contener herejias
»Fuera digna de tal pago;
»Mas si contiene razones
»Dignas de los siete sabios,
»Mejor es para mi archivo
»Que non para el fuego ingrato :
»Y porque guardeis la mia
»Y non la fagais pedazos,
»Por ella á lo que pariérdes
»Pormeto buen aguinaldo.
»Si fijo, prometo dalle
»Una espada y un caballo,
»Y dos mil maravedis
»Para ayuda de su gasto.
»Si fija, para su dote
»Prometo poner en cambio
»Desde el dia que naciere,
»De plata cuarenta marcos.
»Con esto ceso, señora,
»Y no de estar suplicando
»A la Vírgen, vos alumbre
»En los peligros del parto.»

(*Romancero general.* — It. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Digno es este romance del anterior; bello es tambien é interesante. El Rey responde á las quejas de Jimena como penetrando en lo íntimo de su corazon, y adivinando la especie de artificio propio del bello sexo cuando pretende seducir para alcanzar el logro de sus deseos. El Rey con fina, delicada, cortesana y dulce ironía discute las quejas de Jimena, y con la dignidad de un monarca precisado por el bien del Estado a desoir los ruegos de una dama, la consuela de su negativa, regalándola y lisonjeándola con todo aquello que puede dulcificar sus penas, y ensalzar sus esperanzas.

759.

JIMENA SALE Á MISA DE PARIDA : DESCRÍBESE SU CORTEJO Y TRAJE.— XXXVI.

(*Anónimo* [1].)

Salió á misa de parida
A San Isidro en Leon
La noble Jimena Gomez,
Mujer del Cid Campeador.
Para salir, de contray
Sus escuderos vistió;
Que el vestido del criado
Dice quién es el señor.
Un jubon de grana fina
La bella dama sacó,
Con fajas de terciopelo
Picadas de dos en dos;
De lo mismo una basquiña
Con la mesma guarnicion,
Donas que la diera el Rey
El dia que se casó,
Y con los cabos de plata
Un muy rico ceñidor,
Que á la Condesa su madre
El Conde en donas le dió.
Lleva una cofia de papos
De riquísimo valor,
Que le dió la infanta Urraca
El dia que se veló;
Dos patenas lleva al cuello
Puestas con mucho primor,
Con San Lázaro y San Pedro
Santos de su devocion,
Y los cabellos que al oro
Disminuyen su color,
A las espaldas echados,
De todos hecho un cordon.
Lleva un manto de contray,
Porque las dueñas de honor,
Miéntras mas cubren su rostro,
Mas descubren su opinion.
Tan hermosa iba Jimena
Que suspenso quedó el sol
En medio de su carrera
Por podella ver mejor.
Y á la entrada de la Iglesia
Al rey Fernando encontró,
Que para metella dentro
De la mano la tomó.
Dijo el Rey : — Noble Jimena,
Pues el buen Cid Campeador,
Vueso dichoso marido
Y mi vasallo el mejor,
Que por estar en las lides
Hoy de la iglesia faltó,
A falta del brazo suyo
Yo vuestro bracero soy;
Y á aquesa fermosa Infanta
Que el cielo divino os dió,
Mando mil maravedis
Y mi plumaje el mejor.—
Non le agradece Jimena
Al Rey tanto su favor;

Que le ocupa la vergüenza,
Y á sus palabras la voz.
Las manos quiso Jimena
Besarle, y él las huyó:
Acompañóla en la iglesia,
Y á su casa la volvio.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Lindísimo romance, lleno de candor y sencilla cortesanía caballeresca. Es una buena descripcion de las costumbres y trajes de nuestros antepasados.

760.

HACE TESTAMENTO EL REY FERNANDO, OLVIDANDO EN ÉL A SUS HIJAS. — URRACA LE INCREPA SOBRE ESTE OLVIDO. — XXXVII.

(*Anónimo* [1].)

Acababa el rey Fernando
De distribuir sus tierras
Cercano para la muerte
Que le amenaza de cerca,
Cuando por la triste sala,
De negro luto cubierta,
La olvidada infanta Urraca
Vertiendo lágrimas entra;
Y viendo á su padre el Rey,
Con debida reverencia
De hinojos ante la cama
La mano le pide y besa;
Y despues de haber mostrado
Con tierno llanto sus quejas,
Mostrando la voz humilde,
Así la Infanta se queja:
—Entre divinas y humanas,
¿Qué ley, padre, vos enseña
Para mejorar los homes
Desheredar á las fembras?
A Alfonso, Sancho y García,
Que están en vuesa presencia,
Dejais todos los haberes,
Y de mí non se vos lembra.
Non debo ser vuesa fija,
Que os forzara si lo fuera
A tener de mi lembranza
La vuesa naturaleza.
Si legítima non soy,
Magüer que bastarda fuera,
De alimentar los mestizos
Habedes naturaleza,
Y si ansi non es, decid:
¿Qué culpa me deshereda?
¿Qué desacato vos fice
Que tal castigo merezca?
Si tal tuerto me faceis,
Las naciones extranjeras
Y los vuesos homes buenos
¿Qué dirán cuando lo sepan?
Que non es derecho, non,
Ni tal es razon que sea,
Pudiendo ganalla en lides,
Dar á los homes facienda.
Dejaisme desheredada,
Pero catad que soy fembra,
Y lo que podré facer
Sin varon y sin facienda.
Si tierras no me dejais
Iréme por las ajenas,
Y por cubrir vueso tuerto
Negaré ser fija vuesa.
En traje de peregrina
Pobre iré, mas faced cuenta
Que las romeras à veces
Suelen fincar en rameras.
Sangre noble me acompaña,
Mas cuido que mi nobleza
Como extraña olvidaré,
Pues que por tal me desechas.—
Tales palabras habló,
Y esperando la respuesta
Dió principio al tierno llanto,
Poniendo fin á sus quejas.

(*Romancero general.*—ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Este romance presenta un ejemplo, entre muchos que contiene nuestra historia, de la idea que los reyes de España tenian de ser personalmente dueños de todas las tierras conquistadas ó adquiridas, y de que podian repartirlas y dividirlas entre sus hijos. Por tan funesta costumbre, Don Sancho el Mayor de Navarra, haciendo cuatro pedazos los Estados que reunió en su cabeza, dejó el reino de Castilla a Don Fernando I, quien adquirió luego el de Leon, representando á su esposa Doña Sancha, hermana y heredera de Don Bermudo, á quien mató Fernando en batalla dada cerca de Carrion. Siguiendo tan mala costumbre el rey Fernando, partió sus reinos entre sus hijos; y no escarmentado de lo que á el le pasó, dió lugar á la desastrosa lucha emprendida por su hijo Don Sancho contra sus hermanos, Don García rey de Galicia, Don Alfonso rey de Leon, y sus hermanas Urraca, señora de Zamora, y Doña Elvira que lo fué de Toro. El romance parece ser de los doce ó catorce últimos años del siglo XVI.

761.

RESPONDE EL REY Á LAS QUEJAS DE URRACA, Y LA DEJA Á ZAMORA POR LEGADO.—XXXVIII.

(*Anónimo* [1].)

Atento escucha las quejas
De su fija Doña Urraca
El noble rey Don Fernando
Desafuciado en la cama.
De su libertad se pena,
Va á responder y no habla,
Que enmudece hasta á los reyes
Una mujer libertada;
Mas por poder juntamente
Responder y remedialla,
Arrancó palabras, ántes
Que se le arrancase el alma.
—Si cual lloras por facienda,
Por la mi muerte lloraras,
Non dudo, querida fija,
Que mi vivir se alargara.
¿Qué lloras, sandia mujer,
Por las tenencias humanas,
Pues ves que de todas ellas
Solo llevo hoy la mortaja?
A este restante de vida,
Que me queda, rindo gracias,
Pues que solo en él consiste
El dejar tú de ser mala.
Cuando parta, iré derecho
A la celestial morada,
Pues me ha sido purgatorio
El fuego de tus palabras.
A tus hermanos envidias;
Mas non atiendes, cuitada,
Que con la renta les dejo
Obligacion de guardalla.
Ellos con mucho están pobres,
Y tú estás rica sin nada,
Porque las nobles mujeres
Entre paredes se pasan.
Que eres mi hija confieso,
Pero saliste liviana:
En liviandades pensé
Al tiempo que te engendrara.
Parióte madre honorosa,
Mas entregáronte á un ama,
Que con tus palabras muestras
Era la leche villana.
Dices que á tierras ajenas
Te irás, pero no me espanta
Que la que se va de lengua,
A ser infame se vaya.
Mas por si puedo atajar
Tu denuedo y tus palabras,
Tras de las mandas que he fecho
Quiero facer otra manda.
No quiero dejarte pobre

Porque lo dicho non fagas;
Que aunque eres noble mujer,
Eres muy determinada.
Por tuya dejo á Zamora
Bien guarnida y torreada,
Que para tus desvaríos
Convienen fuertes murallas.
Homes buenos hay en ella
Para servirte y guardalla;
De sus consejos te fia
Y de mis tesoros gasta.
Si guardé tal posesion
Bien hube de ti membranza;
Tenla tú de que semejes
A tu sangre y á tu casta.
A quien te quite á Zamora
La mi maldicion le caiga.—
Todos responden amen,
Sino Don Sancho, que calla.

(*Romancero general.*— It. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] A pesar de afectarse un lenguaje antiguo, no nos parece que este romance lo sea mas que el anterior.

762.

HACE EL REY TESTAMENTO, Y HABLA Á UN BASTARDO SUYO, DESEANDO Y ESPERANDO QUE SEA PAPA.—XXXIX.

(*Anónimo* [1].)

Doliente se siente el Rey,
Este buen rey Don Fernando;
Los piés tiene hácia el oriente
Y la candela en la mano.
A su cabecera tiene
Arzobispos y perlados,
A su man derecha tiene
A sus hijos todos cuatro.
Los tres eran de la Reina
Y el uno era bastardo:
Ese que bastardo era
Quedaba mejor librado.
Arzobispo es de Toledo,
Maestre de Santiago,
Abad era en Zaragoza,
De las Españas primado.
—Hijo, si yo no muriera
Vos fuerades Padre Santo,
Mas con la renta que os queda
Vos bien podeis alcanzarlo.—
Ellos estando en aquesto
Entrara Urraca Fernando,
Y vuelta hácia su padre
D'esta manera ha fablado.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Aun siendo fabuloso el asunto del romance, no es ménos verdad que las grandes dignidades de la Iglesia las ocuparon frecuentemente los hijos bastardos de los reyes y de los potentados. Parece composicion de los primeros años del siglo XVI.

763.

QUÉJASE URRACA PORQUE EL REY LA DESHEREDA: ESTE LA LEGA Á ZAMORA.— LO APRUEBAN TODOS, MÉNOS SANCHO, SU HERMANO.—XL.

(*Anónimo* [1].)

Morir vos queredes, padre,
Sant Miguel vos haya el alma;
Mandástedes vuestras tierras
A quien bien se os antojara.
Diste á Don Sancho á Castilla,
Castilla la bien nombrada,
A Don Alonso á Leon,
Y á Don García a Vizcaya.
A mí, porque soy mujer,
Dejaisme desheredada:
Irme he yo por estas tierras
Como una mujer errada,
Y este mi cuerpo daria
A quien bien se me antojara,
A los moros por dinero
Y á los cristianos de gracia:
De lo que ganar pudiere
Haré bien por vuestra alma.—
Allí preguntara el Rey:
—¿Quién es esa que así habla?
Respondiera el Arzobispo:
—Vuestra hija Doña Urraca
—Calledes, hija, calledes,
No digades tal palabra,
Que mujer que tal decia,
Meresce de ser quemada.
Allá en Castilla la Vieja
Un rincon se me olvidaba,
Zamora habia por nombre,
Zamora la bien cercada;
De una parte la cerca el Duero,
De otra, Peña tajada;
Del otro la Morería:
¡Una cosa es muy preciada!
¡Quien os la tomare, hija,
La mi maldicion le caiga!
Todos dicen amen, amen,
Sino Don Sancho, que calla.

(*Cancionero de romances.* — It. TIMONEDA, *Rosa Española.*)

[1] De lo contenido en este romance se hace mencion en el *Quijote*, parte 2.ª, cap. V.

[2] La construccion y lenguaje de este romance hace presumir que puede pertenecer á mediados del siglo XV.

EPOCA DE DON SANCHO II DE CASTILLA, LLAMADO EL VALIENTE.—SEGUNDA PARTE DE LOS ROMANCES DEL CID, CON EL EPISODIO DE LOS DEL CERCO Y RETO DE ZAMORA.

764.

EL REY SANCHO, PRISIONERO DE SU HERMANO GARCÍA, ES LIBERTADO POR ALVAR FAÑEZ; Y EL CID VENCE Y PRENDE Á SU CONTRARIO.—XLI.

(*Anónimo.*)

El rey Don Sancho reinaba [1]
En Castilla su reinado,
Y en Gallcia Don García,
Que de Don Sancho es hermano.
Sobre los reinos los dos
Mucho habian guerreado,
Y en batalla muy sangrienta
Ambos reyes se han hallado.
Muchos mueren de sus gentes:
Prendió García á Don Sancho,
Diéralo á seis caballeros
Que lo tengan á recaudo;
Va en alcance de la gente
Que tenia el Rey su hermano.
Don Sancho que se vió preso
Gran enojo habia cobrado;
Dijo á los que le guardaban
Que le dejen ir en salvo,
Faráles grandes mercedes,
Siempre les dará gran algo,
Y en el reino de su rey
Non fará desagnisado.
Respondieron todos juntos
No harian lo que ha mandado,
Fasta que vuelva su rey
Y ponga en ello recadó.
Estando Don Sancho preso
Alvar Fañez ha llegado,
Y á los que al Rey tienen preso
D'esta manera ha fablado:
—¡Traidores, dejad mi Rey,
Que teneis aprisionado!—
Y arremetiendo con ellos

Con todos ha peleado:
Derribara á los dos d'ellos,
Los cuatro huyeron del campo:
Don Sancho quedando libre
De los que le habian guardado,
A muy grandes voces dice:
—Venid aquí, mis vasallos,
Acordáos, mis caballeros,
Del prez que los castellanos
Ganasteis en las batallas
Y lides do habeis entrado,
No lo querais hoy perder
Sino adelante llevarlo.—
Cuatrocientos caballeros
Con él se habian juntado,
Y estando ya todos juntos
El buen Cid habia asomado:
Caballeros trae trescientos,
Y todos son fijosdalgo.
Cuando Don Sancho los vido
Muy gran esfuerzo ha cobrado,
Y á sus caballeros dijo:
—Bajemos luego á lo llano,
Que pues el Cid es venido
Nuestro será hoy el campo.—
Recibió bien á Ruy Diaz
El famoso castellano,
Diciendo: —Bien vengais, Cid,
El muy bien afortunado;
Ningun vasallo hasta hoy
A tal punto habia llegado
A servir á su señor
Como vos, buen Cid honrado.—
El Cid le responde al Rey
Con ánimo denodado:
—Bien podeis creer, señor,
Que vos cobrasteis el campo,
En el cual vos venceréis,
A García vueso hermano,
O yo por vos moriré
Como cualquier buen fidalgo.—
Ellos estando en aquesto
Don García habia llegado:
Cantando viene y alegre,
No sabe lo que ha pasado,
Diciendo cómo venció
A su hermano el rey Don Sancho,
Y cómo lo tiene preso,
Y puesto á muy buen recado.
Como se vieron los reyes,
A otra batalla han tornado
Mas fuerte que la pasada
Do fué preso el rey Don Sancho.
Vencido fué Don García,
Mueren muchos de su bando:
Prendió á Don García el Cid
Con su esfuerzo tan sobrado;
Entrególo á su señor
Con placer demasiado:
En fuertes hierros lo meten
Por mando del rey Don Sancho,
Y en el castillo de Luna
Estuviera encarcelado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Este rey Don Sancho volvió á reunir en su cabeza los reinos de Castilla, de Leon y de Galicia, despues de haber vencido y despojado de los dos últimos á Don García y Don Alonso, á quienes su padre Don Fernando I los habia dejado.

765.

DON SANCHO, VENCIDO EN BATALLA POR SU HERMANO ALFONSO. EL CID LE RECUPERA Y DA LA VICTORIA.—XLII.

(*Anónimo.*[1])

Don Sancho reina en Castilla,
Alfonso, en Leon, su hermano:
Sobre cuál habrá ambos reinos
Muy gran lid han levantado.
Junto al rio de Carrion
Los reyes han batallado:
De sus gentes mueren muchas,
Don Sancho perdiera el campo,
Y huyera de la batalla,
Triste iba y muy cuitado.
Alfonso mandó á su gente
Que no maten los cristianos:
Gran mancilla tiene de ello,
De su hermano se ha quejado
Por haber sido la causa
Del rompimiento pasado.
Rodrigo Diaz de Vivar,
Ese buen Cid afamado,
A Don Sancho su señor
Estábalo conhortando,
Díjole: — Rey y señor,
Verdad es lo que os fablo,
Y es que las gentes gallegas,
Que están con el vueso hermano,
Agora están bien seguras
En sus posadas folgando,
Y no se temen de vos,
Ni de los del vueso bando:
Faced volver los que fuyen,
Ponedlos so vuesa mano,
Y tras el alba venida
Con esfuerzo denodado
Ferid en todos muy recio
Leoneses y galicianos,
Y muy fuerte, asoberbienta,
Con ánimos esforzados;
Ca ellos han por costumbre,
Cuando ganan algun campo,
Alabarse de su esfuerzo,
Y escarnecer al contrario;
Y como gastan la noche
En placer y engasejando,
Dormirán por la mañana
Como homes sin cuidado;
Y vos, buen Rey, venceréis
Y quedaréis bien vengado.—
Muy bien le pareció al Rey
Lo que el Cid le ha consejado.
El Rey con todas sus gentes
Firieron en los contrarios;
Unos matan, otros prenden,
Todos son desbaratados:
Prendieron al rey Alfonso
En un templo consagrado.
Cuando vieron los leoneses
Su señor aprisionado,
Pelean muy fuertemente,
Prendieron al rey Don Sancho,
Y catorce caballeros
Lo llevan á buen recaudo.
El buen Cid, cuando lo vido,
En su alcance es ya llegado,
Y díjoles: —Caballeros,
Soltad mi señor de grado,
Darvos he yo á Don Alfonso
De quien érades vasallos.—
Respondieron los leoneses
Al de Vivar afamado:
—Ruy Diaz, volvéos en paz,
Si no, iréis aprisionado
Con vueso señor el Rey,
Que con nusco aquí llevamos.—
Gran enojo tomó el Cid
De lo que le habian hablado:
Peleó con todos ellos,
Y á su señor ha librado.
Los trece deja vencidos,
El uno se habia escapado.
A Búrgos llevaron preso
A Alfonso, del Rey hermano,
Por el gran esfuerzo y fechos
De aquese Cid castellano.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

766.

Á RUEGOS DE DOÑA URRACA DEJA LA VIDA DON SANCHO II Á DON ALONSO, HERMANO DE AMBOS.—XLIII.

(*Anónimo* [1].)

Rey Don Sancho, rey Don Sancho,
Cuando en Castilla reinó,
¡Las barbas que le salian,
Y cuán poco las logró!
A pesar de los franceses
Los puertos de Aspa pasó;
Siete dias con sus noches
En campo los aguardó,
Y viendo que no venian
A Castilla se volvió.
Matara al conde de Niebla,
Y el condado le quitó,
Y á su hermano Don Alonso
En las cárceles echó.
Despues que le tuvo preso,
Un pregon hacer mando,
Que el que rogase por él
Que le diesen por traidor.
No hay dama, ni caballero,
Que por él rogase, no,
Si no fuera una su hermana
Que al buen Rey se lo pidió.
— Rey Don Sancho, rey Don Sancho,
Hermano mio y señor,
Cuando yo era pequeña
Sé que un don me prometió;
Agora que soy crecida,
Señor, otorgadmeló.
—Pedidlo vos, mi hermana;
Mas con una condicion,
Que no me pidais á Búrgos,
A Búrgos, ni á Leon,
Ni á Valladolid la rica,
Ni á Valencia de Aragon:
Cualquiera otra cosa, hermana,
No se os ha de negar, no.
—Señor, yo no pido á Búrgos,
A Búrgos, ni á Leon,
Ni á Valladolid la rica,
Ni á Valencia de Aragon:
Lo que pido es á mi hermano,
Que le teneis en prision.
—Pláceme, le dijo, hermana,
Mañana os le daré yo.
—Vivo le habeis de dar, vivo,
Vivo, que no muerto, no.
—Mal hayades vos, hermana,
Y quien tal os consejó:
Que mañana, de mañana,
Muerto se le diera yo.—

(TIMONEDA, *Rosa española*. — H. Wolf, *Rosa de Romances*.)

[1] Cuéntase que Don Alonso obtuvo gracia de la vida por intercesion de Urraca, á condicion de hacerse fraile; pero él se huyó á Toledo y se puso bajo el amparo del rey Alimaimon. Don Sancho irritado de esto dió contra su hermana, y la sitió en Zamora. Hay en el romance un anacronismo, pues habla el Rey de la ciudad de Valencia como cosa suya, cuando fué mucho despues conquistada por el Cid, en el reinado de Alfonso VI. Aunque el romance no habla del Cid, se pone entre los suyos, porque es asunto de su época, y por no hacer division para uno solo.
La composicion parece corresponder á la época de tradicion oral, pero un tanto reformada en tiempo mas moderno.

767.

ALFONSO, FUGITIVO Y ACOGIDO POR EL REY MORO DE TOLEDO, EVITA LA MUERTE, OFRECIENDO PAZ Y AMISTAD Á DICHO REY.—XLIV.

(*Anónimo* [1].)

En Toledo estaba Alfonso,
Hijo del rey don Fernando:
Huido estaba por miedo
Del rey don Sancho su hermano:
Acogiólo Alimaimon,
Que en Toledo es su reinado.
Mucho quiere á Don Alfonso,
De moros es estimado;
Durmiendo está en una huerta
A sombra que hacia un árbol;
Cerca dél está Alimaimon
Con sus moros razonando:
Dijo: — Fuerte es Toledo:
No puede ser conquistado,
Si no quitasen el pan,
Y las frutas siete años,
Y teniendo siempre el cerco
Sin que se hobiese quitado:
Por la falta de viandas
Tomarse ha el año octavo. —
Don Alfonso que lo oyó,
Finge que durmiendo ha estado.
Por costumbre habian los moros,
Que su ley se lo ha mandado,
Que degüellen un carnero;
Ya iban á degollarlo.
Con el Rey va Don Alfonso
Que lo iba acompañando,
Y sus cristianos tambien
De Castilla habian llegado.
Don Alfonso es muy hermoso,
De grandes dones dotado,
Pagábanse dél los moros,
De todos es muy loado.
Juntos van ambos los reyes
Detras dos moros hablando;
El uno le dijo á el otro:
—¡Hermoso es este cristiano!
Gran señor merece ser,
En él bien es empleado. —
Replicóle el otro moro:
— Esta noche yo he soñado
Que Alfonso entraba en Toledo
En un puerco cabalgando:
De Toledo ha de ser rey,
Tenlo por averiguado. —
Ellos hablando en aquesto
Los cabellos se han alzado
A ese buen rey Don Alfonso:
Alimaimon con su mano
Los apretaba hácia yuso,
Y ellos siempre están en alto.
El rey moro bien oyó
Todo lo qu'es ya contado;
Hizo llamar á sus moros
Los que tienen por mas sabios,
Los cuales dicen que Alfonso
Habrá el reino toledano:
Aconsejan que lo maten;
Mas el Rey no lo habia en grado
Porque lo queria mucho;
Mas jura le habia prendado
Que contra él ni sus hijos
Non hará desaguisado.
Alfonso lo prometió
Y lo cumplió de buen grado:
Mucho lo quiere el rey moro,
Y dél está asegurado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] En este romance no se habla del Cid, pero tiene conexion con la época de su historia.

768.

DE CÓMO EL REY DON SANCHO ENVIÓ MENSAJE CON EL CID Á SU HERMANA DOÑA URRACA, PIDIÉNDOLA QUE LE ENTREGASE Á ZAMORA POR DINERO, Ó EN CAMBIO DE OTRAS VILLAS Ó CIUDADES.— XLV.

(*Anónimo* [1].)

Llegado es el rey Don Sancho
Sobre Zamora, esa villa:

Muchas gentes trae consigo,
Que haberla mucho queria.
Caballero en un caballo,
Y el Cid en su compañía,
Andábala al rededor,
Y el Rey así al Cid decia:
— Armada está sobre peña
Tajada toda esta villa,
Los muros tiene muy fuertes,
Torres ha en gran demasía,
Duero la cercaba al pié,
Fuerte es á maravilla,
No bastan á la tomar
Cuantos en el mundo habia:
Si me la diese mi hermana
Mas que á España la querria.
Cid, á vos crió mi padre,
Mucho bien fecho os habia;
Fizoos mayor de su casa
Y caballero en Coimbra,
Cuando la ganara á moros.
Cuando en Cabezon moria,
A mí y á los mis hermanos
Encomendado os habia;
Jurámosle allí en sus manos
Facervos merced cumplida.
Ficeos mayor de mi casa,
Gran tierra dado os tenia
Que vale mas que un condado
El mayor que hay en Castilla.
Yo vos ruego, Don Rodrigo,
Como amigo de valía,
Que vayades á Zamora
Con la mi mensajería,
Y á Doña Urraca mi hermana
Decid que me dé esa villa
Por gran haber, ó gran cambio,
Como á ella mejor sería.
A Medina de Rioseco
Yo por ella la daria,
Con todo el Infantazgo,
Y tambien le prometia
A Villalpando y su tierra,
O Valladolid la rica,
O á Tiedra, que es buen castillo,
Y juramento le haria
Con doce de mis vasallos
De cumplir lo que decia;
Y si no lo quiere hacer,
Por fuerza la tomaria. —
El Cid le besó la mano,
Del buen rey se despedia,
Llegado habia á Zamora
Con quince en su compañía.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc., edicion del 566. — It. Escobar, *Romancero del Cid*.)

[1] Este romance, el de *Entrado há el Cid en Zamora*, número 770, y el de *El Cid fué para su tierra*, número 771, forman uno solo en el *Romancero* de Sepúlveda, edicion de 1566, pero en el de 1580 faltan todos.

769.

AL MISMO ASUNTO.—RESPUESTA NEGATIVA DE DOÑA URRACA Y SUS QUEJAS CONTRA EL CID.— XLVI.

(*Anónimo.*)

Despues del lamento triste
De la muerte de Fernando,
Y despues de sucederle
El rey, su hijo Don Sancho,
En medio de mil contrastes
Ordena al Cid castellano,
Con mil ofertas y ruegos,
Ir al pueblo zamorano
A rogar á Doña Urraca
De parte del Rey su hermano,
Que Zamora dé y entregue
A su potestad y mando;
Y partiendo el de Vivar
A facer del Rey el mando,
Llegado al postigo viejo,
Que está con órden guardado,
Como prohiben la entrada
Al que honra al pueblo hispano,
Intenta romper la guardia
Por cumplir del Rey el mando.
Ya la defensa del muro
La guarda que está velando
Procura, y la resistencia,
Y al rumor del castellano
La oprimida Doña Urraca,
Vestida de negros paños,
Pone el pecho sobre el muro,
Y moviendo el rostro y manos,
Humedeciendo los ojos
Le dice á Rodrigo el bravo [1]:
— ¿Por qué por puertas ajenas
Vencidas con tus vitorias
Llamas, pues con ello ordenas
Que esté viva á vivas penas
Y muerta para las glorias?
Y pues el trato de amigo
Depusiste, y das de mano,
Sin ver que justicia sigo:
«Afuera, afuera, Rodrigo,
»El soberbio castellano.»
Afuera, pues que quebraste
La palabra y jura á aquella
En cuya alma te enterraste,
Y al fin se la lastimaste
Por no quedar dentro d'ella;
Mas cuando tu mano fiera
Firmó en mi daño ordenado
Aunque el Rey te lo impidiera,
«Acordársete debiera
»De aquel buen tiempo pasado.»
Yo soy mujer, y pasion
No me da lugar que pida
Al cielo tu perdicion,
Que si es mi alma ofendida,
Así lo ha mi corazon:
Y aunque por tu causa muero
No te quiero dar mal pago,
Porque yo me acuerdo, fiero,
«Cuando te armé caballero
»En el altar de Santiago.»
Lo que no consideraste
Consideran las mujeres;
Mas cuando al trato te hallaste,
De lo que eras te acordaste,
Y olvidaste lo que eres:
Esta disculpa te hallo,
Pues ya eres fidalgo de armas,
Mas sin serlo, aunque vasallo,
«Mi padre te dió las armas,
»Mi madre te dió el caballo.»
Al estado te subieron
Que por tu medio perdí;
Tu bien y mi mal hicieron,
Pues cuanta honra te dieron
Tanta me quitaste á mí:
Y guardándole el decoro
Del gusto á mi padre amado,
Yo que por tu causa lloro,
«Yo te calcé espuela de oro
»Porque fueses mas honrado.»

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Aquí debia seguir el romance número 775, que puede mirarse como complemento de este. Las coplas que le glosan son mas modernas que el romance, y habrán sido hechas por un poeta artístico é ingenioso de fines del siglo XVI.

770.

RESUÉLVENSE LOS ZAMORANOS Á DEFENDERSE, Y EL REY DESTIERRA AL CID CULPÁNDOLE DE SER CAUSA DE TAL DETERMINACION.—XLVII.

(*Anónimo* [1].)

Entrado ha el Cid en Zamora,
En Zamora, aquesa villa,
Llegado ha ante Doña Urraca
Que muy bien lo recibia,
Dicho le habia el mensaje
Que para ella traia.
Doña Urraca que lo oyó
Muchas lágrimas vertia,
Diciendo: —¡Triste cuitada!
Don Sancho ¿qué me queria?
No cumpliera el juramento,
Que á mi padre fecho habia:
Que aun apénas fuera muerto,
A mi hermano Don García
Le tomó toda su tierra
Y en prisiones lo ponia,
Y cual si fuese ladron
Agora en ellas yacia.
Tambien á Alfonso mi hermano
Su reino se lo tenia;
Huyóse para Toledo,
Con los moros está hoy dia.
A Toro tomó á mi hermana,
A mi hermana Doña Elvira;
Tomarme quiere á Zamora,
¡Gran pesar yo recibia!
Muy bien sabe el rey Don Sancho
Que soy mujer femenina,
Y non lidiaré con él,
Mas á furto ó paladina
Yo haré que le dén la muerte,
Que muy bien lo merecia. —
Levantóse Arias Gonzalo
Y respondido la habia:
— Non lloredes vos, señora,
Yo por merced os pedia
Que á la hora de la cuita
Consejo mejor seria
Que non acuitarvos tanto,
Que gran daño á vos vendria.
Hablad con vuesos vasallos,
Decid lo que el Rey pedia,
Y si ellos lo han por bien
Dadle al Rey luego la villa;
Y si non les pareciere
Facer lo que el Rey pedia,
Muramos todos en ella,
Como manda la hidalguía. —
La Infanta tuvo por bien
Facer lo que le decia;
Sus vasallos la juraron
Que ántes todos moririan
Cercados dentro en Zamora
Que no dar al Rey la villa.
Con esta respuesta el Cid
Al buen Rey vuelto se habia:
El Rey cuando aquesto oyó
Al buen Cid le respondia:
— Vos aconsejasteis, Cid,
No darme lo que queria,
Porque vos criasteis dentro
De Zamora aquesa villa,
Y á no ser por la crianza
Que en vos mi padre facia,
Luego os mandara enforcar;
Mas de hoy en noveno dia
Os mando vais de mis tierras
Y del reino de Castilla.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc., edicion de 1566.)

[1] Véase la nota del romance número 768.

771.

EL REY ALZA AL CID EL DESTIERRO, Y VUÉLVELE Á SU GRACIA.—XLVIII.

(*Anónimo* [1].)

El Cid fué para su tierra;
Con sus vasallos partia
Para Toledo, do estaba
Alfonso cuando fuia.
Los condes y ricos-homes
Al rey Don Sancho decian,
No perdiese tal vasallo,
Y de tanta valentia
Como es Ruy Diaz el Cid,
Qu'es muy grande su valía.
El Rey vido qu'es muy bien
Facer lo que le decian,
Y fablando á Diego Ordoñez
Mandóle que al Cid le diga
Que se venga luego á él
Que como bueno lo haria,
Y que le haria el mayor
De los que en su casa habia.
Ordoño fué tras del Cid,
Su mensaje le decia:
El Cid se habia aconsejado
Con los suyos que tenia,
Si haria lo que el Rey manda:
Su parecer les pedia.
Que se vuelva al Rey dijeron,
Pues su disculpa le envia;
El Cid con ellos se vuelve,
El Rey cuando lo sabía
Dos leguas salió á él,
Quinientos van en su guia.
El Cid cuando vido al Rey
De Babieca descendia,
Besóle luego las manos,
Para el real se volvia
Y todos los castellanos
Gran placer con él habian.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc., edicion de 1566.)

[1] Véase la nota del romance número 768.

772.

ESTABLECE DON SANCHO DEFINITIVAMENTE EL SITIO DE ZAMORA.—XLIX.

(*Anónimo* [1].)

Muerto ya el rey Don Fernando,
Que diz que murió aplazado,
Su hijo el rey Don Sancho
Sucedió en el reinado.
Codicioso de Zamora,
Embajada le ha enviado
A su hermana Doña Urraca
Con Pero Hernandez llamado,
Con una carta que dice:
«Hermana, si habeis notado,
»Mi padre si os dió á Zamora,
»Fué muy mal aconsejado,
»Sabiendo que no podia
»Quitármela de mi Estado [2]:
»Por tanto mejor seria
»Para vos y su descargo,
»Que se vuelva á mi corona
»Que es de donde se ha quitado;
»Que para vuestro sustento
»Yo os daré dinero abasto.
»Notad bien esta mi carta;
»Lo que en ella he proposado
»Comunicadlo, señora,
»Con Arias, dicho Gonzalo:
»Y si esto os desplaciere
»Tened por averiguado

»Que yo la iré á conquistar
»Con el espada en la mano.»
Recibida ya la carta,
La respuesta es que la han dado:
Que Doña Urraca á Zamora
La posee de buen grado,
Y no la pretende dar,
Pues su padre se le ha dado.
Recibida la respuesta,
Don Sancho determinado
Ordena sus capitanes,
Sus huestes ha concertado
Para ir sobre Zamora;
El Cid se lo ha desviado.
No se cura de consejos,
Que codicia lo ha cegado:
Marchando por sus jornadas
En Zamora puso campo,
Pelean unos con otros,
Con ánimo denodado.

(TIMONEDA, *Rosa española.*—It. WOLF, *Rosa de romances.*)

[1] Es una muy mala composicion, que solo por su rareza y por completar todas las que conciernen al Cid, hemos insertado. Aquí llama emplazado á Fernando I, lo cual pudiera confundirle con el IV, que lo fué por los Carbajales, á quienes hizo matar injustamente.

[2] En este romance y otros se ve que los reyes disponian de sus conquistas como de bienes propios. Fernando I llegó á reunir por herencia y por las armas varios reinos de España; pero siguiendo la mala costumbre los volvió á dividir, y otros sucesores suyos hicieron lo mismo con grave daño de la corona, del país, y con provecho de los moros. Solo bajo el imperio de Fernando V é Isabel, los Católicos, cesó esta costumbre, y la España fué al fin una sola monarquía.

773.

MIÉNTRAS SIN FRUTO EL REY COMBATE Á ZAMORA POR UN LADO, EL CID ESTÁ Á PUNTO DE TOMARLA POR OTRO.—L.

(*Anónimo.*)

Apénas era el Rey muerto
Zamora ya está cercada;
De un cabo la cerca el Rey,
Del otro el Cid la cercaba.
Del cabo que el Rey la cerca
Zamora no se da nada;
Del cabo que el Cid la aqueja,
Zamora ya se tomaba.
Doña Urraca en tanto aprieto
Asomóse á una ventana,
Y allí de una torre mocha
Estas palabras fablaba [1].

(*Cancionero de romances.*)

[1] El siguiente romance es la continuacion del asunto de este, donde se ponen las palabras de Doña Urraca, que se anuncia va á decir.

774.

DENUESTA URRACA DE INGRATO AL CID, PORQUE QUIERE QUITARLE Á ZAMORA.—LI.

(*Anónimo* [1].)

—Afuera, afuera, Rodrigo,
El soberbio castellano,
Acordársete debria
De aquel buen tiempo pasado
Cuando fuiste caballero
En el altar de Santiago,
Cuando el Rey fué tu padrino,
Tú, Rodrigo, el afijado:
Mi padre te dió las armas,
Mi madre te dió el caballo,
Yo te calcé las espuelas [2]
Porque fueras mas honrado:
Pensé de casar contigo,
No lo quiso mi pecado,
Casástete con Jimena,
Fija del conde Lozano:
Con ella hubiste dinero,
Conmigo hubieras Estado,
Porque si la renta es buena,
Muy mejor es el Estado.
Bien casástete, Rodrigo,
Muy mejor fueras casado;
Dejaste fija de rey
Por tomar la de un vasallo.—
En oir esto Rodrigo
Quedó d'ello algo turbado;
Con la turbacion que tiene
Esta respuesta le ha dado:
—Si os parece, mi señora,
Bien podemos desviallo.—
Respondióle Doña Urraca
Con rostro muy sosegado:
—No lo mande Dios del cielo,
Que por mí se haga tal caso:
Mi ánima penaria
Si yo fuese en discrepallo.—
Volvióse presto Rodrigo
Y dijo muy angustiado:
—Afuera, afuera, los mios,
Los de á pié y los de á caballo,
Pues de aquella torre mocha
Una vira me han tirado.
No traia el asta el fierro,
El corazon me ha pasado,
Ya ningun remedio siento
Sino vivir mas penado.

(*Cancionero de Romances.*—It. TIMONEDA, *Rosa Española.*—It. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Atendiendo al asunto, á la construccion y al asonante de este romance, parece que debe ser continuacion del número 769, aunque en su vez se puso una glosa hecha por un poeta artístico de fines del siglo XVI.

[2] Refiérese la queja de Urraca al suceso que se indica en el romance de *Cercada tiene á Coimbra*, donde consta que el Cid fué armado caballero. Para hacer sin duda mas interesante la situacion, supone el poeta que existieron relaciones amorosas entre Rodrigo y la Infanta, declarándolo por boca de esta.

775.

DOS CABALLEROS RETAN Á LOS DEL CAMPO DE DON SANCHO, Y VENCEN Á DOS CONDES QUE SALIERON. —LII.

(*Anónimo.*)

Riberas del Duero arriba
Cabalgan dos zamoranos:
Las divisas llevan verdes,
Los caballos alazanos,
Ricas espadas ceñidas,
Sus cuerpos muy bien armados,
Adargas ante sus pechos,
Gruesas lanzas en sus manos,
Espuelas llevan ginetas
Y los frenos plateados.
Como son tan bien dispuestos
Parecen muy bien armados,
Y por un repecho arriba
Salen mas recios que galgos,
Y súbenlos á mirar
Del real del rey Don Sancho.
Desque á otra parte fuéron
Dieron vuelta á los caballos,
Y al cabo de una gran pieza
Soberbios ansí han fablado:
—¿Tendrédes dos para dos,
Caballeros castellanos,
Que puedan armas facer
Con otros dos zamoranos,
Para daros á entender
No face el Rey como hidalgo

En quitar á Doña Urraca
Lo que su padre le ha dado?
Non queremos ser tenidos,
Ni queremos ser honrados,
Ni rey de nos faga cuenta,
Ni conde nos ponga al lado,
Si á los primeros encuentros
No los hemos derribado,
Y siquiera salgan tres,
Y siquiera salgan cuatro,
Y siquiera salgan cinco,
Salga siquiera el diablo,
Con tal que no salga el Cid,
Ni ese noble rey Don Sancho,
Que lo habemos por señor,
Y el Cid nos ha por hermanos:
De los otros caballeros
Salgan los mas esforzados.
Oidolo habian dos condes
Los cuales eran cuñados:
—Atended, los caballeros,
Miéntras estamos armados.—
Piden apriesa las armas,
Suben en buenos caballos,
Caminan para las tiendas
Donde yace el rey Don Sancho:
Piden que los dé licencia
Que ellos puedan hacer campo
Contra aquellos caballeros,
Que con soberbia han hablado.
Allí fablara el buen Cid,
Que es de los buenos dechado.
—Los dos contrarios guerreros
Non los tengo yo por malos,
Porque en muchas lides de armas
Su valor habian mostrado,
Que en el cerco de Zamora
Tuvieron con siete campo:
El mozo mató á los dos,
El viejo mató á los cuatro;
Por uno que se les fuera
Las barbas se van pelando.—
Enojados van los condes
De lo que el Cid ha fablado:
El Rey cuando ir los viera
Que vuelvan está mandando;
Otorgó cuanto pedian,
Mas por fuerza que de grado.
Miéntras los condes se arman,
El padre al fijo está hablando:
—Volved, fijo, hácia Zamora,
A Zamora y sus andamios,
Mirad dueñas y doncellas,
Cómo nos están mirando:
Fijo, no miran á mí,
Porque ya soy viejo y cano;
Mas miran á vos, mi fijo,
Que sois mozo y esforzado.
Si vos faceis como bueno
Seréis d'ellas muy honrado;
Si lo faceis de cobarde,
Abatido y ultrajado.
Afirmáos en los estribos,
Terciad la lanza en las manos,
Esa adarga ante los pechos,
Y apercibid el caballo,
Que al que primero acomete
Tienen por mas esforzado.—
Apénas esto hubo dicho,
Ya los condes han llegado;
El uno viene de negro,
Y el otro de colorado [1]:
Vanse unos para otros,
Fuertes encuentros se han dado,
Mas el que al mozo le cupo
Derribólo del caballo,
Y el viejo al otro de encuentro
Pasóle de claro en claro.
El Conde, de que esto viera,
Huyendo sale del campo,
Y los dos van á Zamora
Con vitoria muy honrados.

(TIMONEDA, *Rosa española*.— ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] En la *Rosa española* sustituye Timoneda estos dos versos, diciendo:

Y el otro viene de verde;
Dicen que es enamorado.

776.

AL MISMO ASUNTO. — LIII.

(*Anónimo* [1].)

Riberas del Duero arriba
Cabalgan dos zamoranos
Que, segun dicen las gentes,
Padre y hijo son entrambos.
Palabras muy soberbiosas
Entre sí las van hablando,
Que con tres se matarian,
Y aun así harian con cuatro;
Que si cinco les viniesen,
No les negarian el campo,
Con tal que no fuesen primos,
Ni ménos fuesen hermanos,
Ni de las tiendas del Cid,
Ni de sus paniaguados;
Mas de las tiendas del Rey
Salgan los mas esforzados,
Que á todos bueno farian
Lo que dejan asentado.

(Glosa de los romances *¡Oh Belerma*, etc. Pliego suelto.)

[1] El texto de este romance se ha sacado de una glosa en disparates que de él se hizo. Parece de la época de tradicion.

777.

Á PESAR DEL AVISO QUE ARIAS GONZALO DA AL REY, ESTE SE FIA DE BELLIDO, Y MUERE ALEVOSAMENTE Á SUS MANOS.—LIV.

(*Anónimo* [1].)

—Rey Don Sancho, rey Don Sancho,
No digas que no te aviso,
Que del cerco de Zamora
Un traidor habia salido:
Bellido D'Olfos se llama,
Hijo de D'Olfos Bellido,
A quien él mismo matara
Y despues echó en el rio [2].
Si te engaña, rey Don Sancho,
No digas que no lo digo.—
Oidolo ha el traidor,
¡Gran enojo ha recibido!
Fuése donde estaba el Rey,
De aquesta suerte le ha dicho:
—Bien conoscedes, señor,
El mal querer y homecillo
Qu'el malo de Arias Gonzalo
Y sus hijos han conmigo:
En fin hasta tu real
Agora me han perseguido [3]:
Esto porque les reptaba
Que estorbaban su partido,
Que otorgase Doña Urraca
A Zamora en tu servicio.
Agora que han bien mirado
Como está bien entendido
Que tú prendas á Zamora
Por el postigo salido,
Trabajan buscar tu daño
Dañando el crédito mio.
Si me quieres por vasallo
Serviréte sin partido.—

El buen Rey siendo contento,
Díjole : — Muéstrame, amigo,
Por donde tome á Zamora,
Qu'en ella serás tenidò
Mucho mas que Arias Gonzalo,
Que la manda con desvío.—
Besóle el traidor la mano,
En gran poridad le dijo :
—Vámonos tú y yo, señor,
Solos, por no hacer bullicio,
Veras lo que me demandas,
Y ordenarás tu partido
Donde se haga una cava,
Y lo que manda mi aviso.
Despues con ciento de á pié
Matar las guardas me obligo,
Y se entrarán tus banderas
Guardándoles el postigo.—
Otro dia de mañana
Cabalgan Sancho y Bellido,
El buen rey en su caballo
Y Bellido en su rocino :
Juntos van á verla cerca,
Solos á ver el postigo.
Desque el Rey lo ha rodeado
Saliérase cabe el rio,
Do se hubo de apear
Por necesidad que ha habido.
Encomendóle un venablo
A ese malo de Bellido :
Dorado era y pequeño,
Qu'el Rey lo traia consigo.
Arrojóselo el traidor,
Malamente lo ha herido ;
Pasóle por las espaldas,
Con la tierra lo ha cosido.
Vuelve riendas al caballo
A mas correr al postigo.
La causa de la corrida
Le pregunta Don Rodrigo,
El cual dicen de Vivar :
El malo nó ha respondido.
El Cid apriesa cabalga,
Sin espuelas le ha seguido [4] :
Nunca le pudo alcanzar,
Que en la ciudad se ha metido.
Que le metan en prision
Doña Urraca ha proveido :
Guárdale Arias Gonzalo
Para cuando sea pedido.
Tornóse el Cid con coraje,
Como no prendió á Bellido,
Maldiciendo al caballero
Que sin espuelas ha ido.
No sospecha tal desastre,
Cuida ser otro el delito,
Que si lo que era creyera
Bien defendiera el postigo
Hasta vengar bien la muerte
Del rey Don Sancho el querido.

(TIMONEDA, *Rosa española*. — H. WOLF, *Rosa de romances*.)

1 Es uno de los buenos romances reimpresos por el Sr. Wolf de los que se hallan en las *Rosas* de Timoneda. Parece tradicional y poco reformado.

2 Aquí se acusa á Bellido de parricida, así como en el viejo que le sigue se le achacan cuatro alevosías anteriores, acusando tambien al padre de traidor, y dando á entender que el serlo le viene de familia.

3 Con efecto, la tradicion conserva que sospechando el viejo Arias Gonzalo de las intenciones de Bellido, le mandó seguir para prenderle y evitar la felonía que cometió.

4 Por este suceso le increpó al Cid de cobarde el rey Don Alonso VI, en el bellísimo romance número 719 : *Si alendeis que de los brazos*, etc. ; y el héroe se disculpa en el no ménos bello, del número 720.

778.

MUERE DON SANCHO SOBRE ZAMORA Á MANOS DEL TRAIDOR BELLIDO DOLFOS.—LV.

(*Anónimo* [1].)

Guarte, guarte, rey Don Sancho,
No digas que no te aviso
Que de dentro de Zamora
Un alevoso ha salido :
Llámase Bellido D'Olfos,
Hijo de Dolfos Bellido,
Cuatro traiciones ha fecho,
Y con esta serán cinco.
Si gran traidor fué el padre,
Mayor traidor es el fijo.
Gritos dan en el real,
Que á Don Sancho han mal herido :
Muerto le ha Bellido D'Olfos,
Gran traicion ha cometido.
Desque le tuviera muerto,
Metióse por un postigo,
Por las calles de Zamora
Va dando voces y gritos :
— Tiempo era, Doña Urraca [2],
De cumplir lo prometido.

(*Cancionero de romances.*)

1 Segun se verá en el romance número 779, es el noble Arias Gonzalo, defensor de Zamora, el que avisa á Don Sancho, que se precava de una traicion inminente. El romance parece ser de la época tradicional.

2 La mala fe de D'Olfos, al publicar lo que en estos versos se expresa, se dirigia á que el pueblo creyese á Doña Urraca cómplice en la muerte alevosa de Don Sancho.

779.

AL MISMO ASUNTO.— HUYE BELLIDO DEL CID, QUIEN LE PERSIGUE HASTA LAS PUERTAS DE ZAMORA.—LVI.

(*Anónimo* [1].)

De Zamora sale D'Olfos
Corriendo y apresurado :
Huyendo va de los hijos
Del buen viejo Arias Gonzalo,
Y en la tienda del buen Rey
En ella se habia amparado :
— Manténgate Dios, el Rey.
— Bellido, seas bien llegado.
— Señor, tu vasallo soy,
Tu vasallo y de tu bando,
Y yo por aconsejarle
A aquel viejo Arias Gonzalo,
Que te entregase á Zámora,
Pues se te habia quitado,
Hame querido matar
Y dél me soy escapado.
Así me vengo, señor,
Por ser en el tu mandado,
Con deseo de servirte,
Como cualquier fijodalgo.
Yo te entregaré á Zamora,
Aunque pese á Arias Gonzalo,
Que por un falso postigo
En ella serás entrado. —
El buen Arias, el leal,
Al Rey habia avisado
Desde el muro del adarve,
Estas palabras hablando :
— A ti lo digo, buen Rey,
Y á todos tus castellanos,
Que allá ha salido Bellido,
Bellido un traidor malvado,
Que si traicion te ficiere
A nos non sea imputado. —
Oídolo habia Bellido,
Que al Rey tiene por la mano :
— Non lo creádes, señor,
Lo que contra mí ha fablado,

Que Don Arias lo publica
Porque el lugar no sea entrado,
Porque él sabe que yo sé
Por donde será tomado. —
Allí le fablara el Rey
De Bellido confiado:
— Yo lo creo bien, Bellido
El D'Olfos, mi buen criado;
Por tanto, vámonos luego
A ver el postigo falso.
— Vámonos luego, señor,
Id solo, no acompañado. —
Apartados del real,
El buen Rey se habia apartado
Con voluntad de facer
Lo que á nadie es excusado:
El venablo que llevaba
A Bellido se lo ha dado,
El cual desque asi lo vido,
De espaldas y descuidado,
Levantóse en los estribos,
Con fuerza se lo ha tirado;
Diérale por las espaldas,
Y á los pechos ha pasado.
Allí cayó luego el Rey
Muy mortalmente llagado:
Vióle caer Don Rodrigo,
Que de Vivar es llamado,
Y como le vió ferido,
Cabalgara en su caballo:
Con la priesa que tenia
Espuelas no se ha calzado [2].
Huyendo iba el traidor,
Tras él iba el castellano,
Si apriesa habia salido,
A mayor se habia entrado;
Rodrigo ya le alcanzaba,
Mas viendo á D'Olfos en salvo,
Mil maldiciones se echaba
El nieto de Lain Calvo:
— Maldito sea el caballero
Que como yo ha cabalgado,
Que si yo espuelas trujera,
No se me fuera el malvado. —
Todos van á ver al Rey,
Que mortal estaba echado.
Todos le dicen lisonjas,
Nadie verdad ha fablado,
Sino fué el conde de Cabra,
Un buen caballero anciano:
— Sois mi rey y mi señor,
Y yo soy vueso vasallo;
Cumple que mireis por vos,
Que es verdad lo que vos fablo,
Que del ánima curedes,
Del cuerpo non fagais caso;
A Dios vos encomendad,
Pues fué este dia aciago.
— Buena ventura hayais, Conde,
Que asi me heis aconsejado. —
En diciendo estas palabras,
El alma á Dios habia dado.
De esta suerte murió el Rey
Por haberse confiado.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Mas completo y moderno que el anterior.

[2] En el romance número 819 acusa el rey Don Alonso al Cid de que por miedo no entró en Zamora persiguiendo á D'Olfos, y en el número 820 se excusa el Cid de no haberlo alcanzado en su fuga, porque iba sin espuelas.

780.

AL MISMO ASUNTO. — LVII.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Estando del rey Don Sancho
La gran Zamora cercada,
Y puesta en muy grande aprieto
Por la gente castellana,
El traidor Bellido D'Olfos,
Deseando libertalla,
Hace un portillo en el muro,
Y al real del Rey se pasa.
¡Gran traicion habia tramado,
Cual nunca tal se pensaba!
Entra en la tienda del Rey,
A ningun portero aguarda,
Y la rodilla en el suelo,
D'esta manera le habla:
—¡Ah Don Sancho, rey famoso
De Castilla la nombrada!
Si deseas sujetar
Zamora la bien cercada,
Y acabar los zamoranos
A fuego, hierro ó espada,
Dame tu pleito homenaje,
Que no será quebrantada
La condicion que sacare,
Ni quebrarás tu palabra,
Que es irte conmigo solo,
Sin gente, hasta la muralla,
Donde verás un postigo
Desamparado de guarda,
Por do podrá entrar tu gente
Y dar fin á la batalla. —
Pensativo queda el Rey,
La mano puesta en la barba;
Varios pensamientos tiene,
No sabe bien qué se haga.
Por una parte recela
Alguna traicion armada,
Por otra parte se fia
En la engañosa palabra.
Muévele al fin la cobdicia
De ver la ciudad tomada,
Y ver ya libre su gente
De tan dudosa batalla.
Manda juntar un consejo,
A todos los del real llama,
Cuéntales primero el caso
De todo lo que pasaba,
Y su determinacion,
Con la condicion sacada.
Muy mal les parece á todos
Lo que el fiel Rey ordenaba,
Por ser cosa peligrosa
Y tan mal aconsejada.
Quiérenle ir á la mano;
Mas ya poco aprovechaba,
Pues su triste desventura
Ansina lo dispensaba.
Solo sale el rey Don Sancho,
Bellido le acompañaba;
Danle voces de Zamora
De la traicion ordenada;
Mas, aunque le dan aviso,
En su esfuerzo confiaba.
El traidor Bellido D'Olfos
Por un venablo se abaja,
Que dejado habia escondido
Bien cerca de la muralla.
No estaba léjos la red
Que para el Rey puesta estaba:
Sin pensar en la traicion,
Cerca del postigo se halla.
Entónces Bellido D'Olfos
Hácia atras se retiraba,
Diciendo: — Agora, Don Sancho,
Zamora estará vengada. —
De la cruel mano despide
Con furor y fuerza extraña
Aquel agudo venablo;
De parte á parte le pasa.
Bien se quisiera vengar,
Si la inexorable parca
No atajara el pensamiento,

Que como la herida es brava,
Muerto cayó el rey Don Sancho,
Valor y honra de España.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

781.

AL MISMO ASUNTO.—LVIII.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Mirando se sale Febo
En el cuento de un venablo,
Que halla hincado, tremiendo
En el campo zamorano,
Cuya asta gruesa cosido
Tiene á tierra al rey Don Sancho,
Que con mísero alarido
Las peñas conmueve á llanto,
Y con flujo sanguinoso
Vuelve rojo el jazmin blanco.
Del suelo arranca las yerbas
Con los dientes delicados,
Y las piedras de su asiento
Con las retorcidas manos;
Y de los continuos golpes
Tiene el rostro maltratado.
Con visaje descompuesto,
De oscura sombra ocupado,
Llama justo al cielo, y justo
De su hierro el justo pago,
Y con voz débil y ronca,
Que solo la escucha el campo,
En el umbral de la muerte
Puesto el pié, dice llorando:
— No es Bellido quien me ha muerto,
Y pluguiera á Dios lo fuera,
Que mas consolado fuera
Y por camino mas cierto.
De una maldicion es paga,
Del mesmo á quien debo el sêr,
Que como me pudo hacer,
Quiere el cielo me deshaga.
No dejó pues de agraviarme,
Aunque es grande mi delito,
Viéndome morir maldito
De quien hijo oí llamarme.
Tanto ciega una pasion,
Que quiere un padre que muera
Su hijo d'esta manera
Por sola su maldicion. —
Quiso hablar, mas ya no pudo,
Que se lo impidió un desmayo:
Llega la nueva al real
Del caso desventurado;
Apriesa cabalga el Cid,
Bermudo, y Don Diego el bravo,
Y con roncos atambores
Todo el castellano campo
Se mueve á tomar venganza
Del traidor que hizo el daño;
Pero al fin llegaron tarde,
Porque estaba puesto en salvo.
Toda la flor de Castilla,
Admirada de tal caso,
Se vuelve para el real
Con su rey, para enterrarlo.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de*, etc.)

782.

ÁNTES DE ESPIRAR DON SANCHO, LE PIDE EL CID QUE LE RECOMIENDE Á SUS HERMANOS, PARA EVITAR QUE LE GUARDEN RENCOR POR LOS SERVICIOS QUE CONTRA ELLOS LE HIZO. — LIX.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En el real de Zamora
El rey Don Sancho yacía,
Herido con un venablo,
De un lado á otro le salia:
Bellido, aquese traidor,
Fué el que le dió la herida.
No puede el Rey escapar,
Ya se le acaba la vida;
Levantóse sobre el lecho,
A sus vasallos decia:
— Bellido, aquese malvado,
A mí herido me habia
Siendo él vasallo mio,
Yo por tal lo recebia:
Causanlo los mis pecados,
Que contra Dios cometia,
Y por ir contra la jura
Que al mi padre yo hacia:
Quitéles á mis hermanos
Lo que él dado les habia. —
Estando en estas razones,
El buen Cid ansí decia,
Fincado ante él de hinojos,
Muchas lágrimas vertia:
— Yo finco desamparado,
Sin consejo ni alegría,
Mas que vasallo ninguno
De los que señor tenia,
Que tu padre, el rey Fernando,
Cuando sus reinos partia
Contigo, y los tus hermanos,
A todos mandado habia
Me hiciésedes merced,
Por servicios que le hacia.
A todos desamparé,
A tí solo yo servia;
A ellos hice mucho daño,
Tu mandado yo cumplia;
No osaré estar en la tierra,
Ni ir á la Morería,
Porque Urraca y Don Alfonso
Me ternán gran enemiga,
Creyendo que lo pasado
Por mi consejo se hacia,
Y que el mal á ellos venido
Yo te lo consejaria.
Antes que, buen rey, morieses,
Por merced yo te pedia
Que de mí te venga mientes,
Que bien yo lo merecia. —
El Rey habló á sus vasallos,
Y ricos hombres que habia,
Y obispos y arzobispos,
Y otra gran caballería:
— Los mis vasallos leales,
Lo que os ruego y os pedia
Es que á los mis hermanos
Les digais, y á Don García,
Que me perdonen los daños
Que yo hecho les tenia,
Y que al Cid, que está presente,
Ellos gran bien le harian,
Porque todo lo merece:
De su mal culpa no habia. —
Tomó una vela en su mano,
A Dios el alma rendia,
Con muy gran dolor de todos,
Que muy grande amor le habian.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

783.

LAMENTA EL CID LA MUERTE DE DON SANCHO.—LX.

(Anónimo.)

Con el cuerpo que agoniza,
Despidiéndose del alma,
Diciendo tales razones,
Que tierna lástima causan,
El malogrado Don Sancho

A vista del cerco estaba,
Que si léjos estuviera
Fuera de mas importancia.
Muerto le deja un traidor,
Que siempre tuvo esta fama,
Movido de su albedrío,
Que á un traidor esto le basta,
Por fiarse de su abrigo
Y de su alevosa traza,
Que quien de traidores fia
En tales sucesos pára.
A su malograda muerte
El famoso Cid se halla,
Que si en vida le creyera,
Un mundo no le matara.
Viendo el caso desastrado
De tan notable desgracia,
Y viendo blandir no puede
Contra Zamora la lanza,
Por el juramento fecho
Con que las manos le ata,
Que aunque la razon le fuerza,
Mira á Dios y á su palabra,
Quiere acudir al remedio,
Y allí el remedio le falta;
Porque, aunque está allí el difunto,
Ve que está ausente la causa.
Unas veces se enternece,
Otras suspira y repara,
Otras le mira y revuelve,
Y viéndole muerto, calla.
Ya fia, ya desconfia
Viendo que el hablar le falta,
Y aunque revuelto en su sangre,
Así le dice y abraza:
— Famoso Rey, que ya la tierra fria
Triunfa de tu valor y brazo fuerte,
De quien el mundo todo se temia,
Procurando rendido obedecerte:
¿De qué te aprovechó tu valentía?
Pues por tu dura y por tu avara suerte
Vencido quedas en la tierra dura
Con muy extraña y grave desventura.
Miraras, Rey, que al fin era tu hermana
La que su casa y tierra defendia,
Y la razon que el Cid, aunque liviana,
Te dijo para el fin de esta porfía;
Agora quedará leda y ufana
Viendo muerto á quien tanto la ofendia,
Tendido en esta tierra fria y dura
Con tan extraña y grave desventura.—
Estas razones le dijo,
Y el tierno llanto le ataja,
Y así muerto como está
Le respeta y se avasalla.
Meten al cuerpo en su tumba
Para que le dén mortaja,
Dando traza en su real
Para la justa venganza.

(*Romancero general*.— H. Escobar, *Romancero del Cid*.)

EPISODIO DEL CERCO Y RETO DE ZAMORA DESDE LA MUERTE DE DON SANCHO HASTA LA CORONACION DE DON ALONSO EL VI.

784.

DIEGO ORDOÑEZ, Á FALTA DEL CID, SE OFRECE Á RETAR Á ZAMORA POR LA MUERTE DEL REY DON SANCHO.—LXI.

(*De Lúcas Rodriguez* [1].)

Muerto yace el rey Don Sancho,
Bellido muerto le habia:
Pasado está de un venablo
Y gran lástima ponia.
Llorando estaba sobre él
Toda la flor de Castilla;
Don Rodrigo de Vivar
Es el que mas lo sentia:
Con lágrimas de sus ojos
D'esta manera decia:
—¡Rey Don Sancho, señor mio,
Muy aciago fué aquel dia
Que tú cercaste á Zamora
Contra la voluntad mia!
Quien te lo aconsejó, Rey,
A Dios ni al mundo temia,
Pues te fizo quebrantar
La ley de caballería.—
Y viendo el hecho en tal punto
A grandes voces decia:
—Que se nombre un caballero,
Antes que se pase el dia,
Para retar a Zamora
Por tan grande alevosía.—
Todos dicen que es muy bien;
Mas nadie al campo salia:
Témense de Arias Gonzalo
Y cuatro hijos que tenia,
Mancebos de gran valor,
De gran esfuerzo y estima.
Mirando estaban al Cid,
Por ver si lo aceptaria,
Y el de Vivar, que lo entiende,
D'esta manera decia:
—Caballeros fijosdalgo [2],
Ya sabeis que non podia
Armarme contra Zamora,
Que jurado lo tenia;
Mas yo daré un caballero
Que combata por Castilla,
Tal, que estando él en el campo
No sintais la falta mia.—
Levantóse Diego Ordoñez,
Que á los piés del Rey yacia;
La flor es de los de Lara
Y lo mejor de Castilla:
Con voz enojosa y ronca
D'esta manera decia:
—Pues el Cid habia jurado
Lo que jurar no debia,
No es menester que señale
Quien la batalla prosiga:
Caballeros hay en ella
De tanto esfuerzo y valía
Como el Cid, aunque es muy bueno,
Y yo por tal lo tenia;
Mas si quereis, caballeros,
Yo lidiaré la conquista
Aventurando mi cuerpo,
Poniendo á riesgo mi vida,
Pues que la del buen vasallo
Es por su Rey ofrecida.

(Rodriguez, *Romancero historiado*.)

[1] Aquí comienzan los romances concernientes al reto que hizo Diego Ordoñez contra Zamora por la muerte de Don Sancho.

[2] Desaprobando el Cid la conducta del Rey contra sus hermanas, juró no ir contra ellas. La tradicion popular que revestia á su héroe de todas las virtudes, aceptó esta situacion, que le evitaba sacar la espada contra una dama, su apasionada, y faltar á la palabra que dió al padre de ella, el rey Don Fernando, de no ir contra lo que dispuso al tiempo de morir. Por eso se observa que la poca parte que el Cid toma en este episodio, es puramente pasiva y conciliadora.

785.

DIEGO ORDOÑEZ PARTE Á ZAMORA PARA HACER EL RETO. — LXII.

(*Anónimo* [1].)

Despues que Bellido D'Olfos,
Aquel traidor afamado,
Derribó con cruda muerte
Al valiente rey Don Sancho,

Se allegan en una tienda
Los mayores de su campo.
Júntase todo el real
Como estaba alborotado
De ver el venablo agudo
Que á su Rey ha traspasado.
No se lo quieren sacar
Hasta que haya confesado;
Y ese conde Don Garcia
Que de Cabra era llamado,
Viendo de tal modo al Rey,
D'esta manera le ha hablado:
—¡Oh rey, en quien yo tenia
La esperanza de mi Estado!
Véote tan mal herido
Que remedio no he hallado
Sino solo encomendarte
A lo que eres obligado.
Toma cuenta á tu conciencia,
Y mira en lo que has errado
Contra aquel alto Señor,
Que te puso en tal estado.
Al cuerpo no busques cura,
Porque su tiempo es pasado;
Ya son tus dias cumplidos,
Ya tu plazo es allegado.
Paga lo que te obligaste
Cuando fuiste baptizado.
La muerte, sierva y señora,
No te da mas largo plazo,
No consiente apelacion
Sino que pagues de grado:
Cumple curar de tu alma,
Del cuerpo no hayas cuidado.—
Respondió en aquesto el Rey,
Todo en lágrimas bañado;
Temblando tiene la lengua,
Y el gesto tiene mudado:
—Bien andante seades, Conde,
Y en armas aventurado,
En todo hablastes muy bien,
Buen consejo me habeis dado:
Yo bien sé cuál es la causa,
Que en tal punto soy llegado
Por pecados cometidos
Al inmenso Dios sagrado,
Y tambien fué por la jura
Que á mi padre hube quebrado
En cercar esta ciudad,
Que á mi hermana hobo dejado.
A Dios encomiendo el alma;
Pues que estoy en tal estado
Traedme los sacramentos
Porque estó á muerte llegado.—
Ansi se salió el alma,
Y el cuerpo se le ha enfriado.
Sus vasallos en aquesto
A Zamora han enviado
A aquese Don Diego Ordoñez,
Un caballero estimado,
A decir á los vecinos
Como á su Rey ha matado
El falso Bellido D'Olfos,
Vasallo del rey Don Sancho,
Por lo cual desafiaba
Al traidor de Arias Gonzalo,
Y á los zamoranos todos,
Pues en ella se han hallado,
Y á los panes, y á las aguas,
Y á lo que no está criado,
Y aun á todos los nacidos
Que en Zamora son hallados,
Y á los grandes y pequeños
Aunque no sean engendrados.

(*Cancionero de romances.* — H. Timoneda, *Rosa Española.*)

[1] Al mismo asunto, y casi idéntico al del número 789. (Véase la nota del 788.)

786.

AL MISMO ASUNTO.—LXIII.

(De Lúcas Rodriguez.)

Con el rostro entristecido,
Y el semblante demudado,
Se arma para Zamora
Ordoñez el castellano,
Todo cubierto de luto
Hasta los piés del caballo,
Y debajo el luto lleva
Un arnes muy bien tranzado,
Puesta la lanza en el hombro,
Un crucifijo en la mano.
Con las devotas insignias
Conocido va en el campo,
Porque si él las llevaba
Es por muerte del rey Sancho.
Mirando va el crucifijo
D'esta manera hablando:
—Suplícote, Señor mio,
Que me tengas de tu mano.
Por la pasion que pasaste
En aquesa cruz clavado,
Y por la llaga mortal
Que traspasó tu costado,
Me quieras favorecer
En este caso pensado.—
Haciendo va juramento
De no volver sin vengallo,
Porque el traidor de Bellido
Pague como falso y malo.
Estas palabras decia
Como hombre apasionado
—Ayudadme, caballeros,
Los que os llamais hijosdalgo,
Que de los que no lo sois,
No quiero ser ayudado.—

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

787.

RETO DE ZAMORA POR ORDOÑEZ. — LXIV.

(De Lúcas Rodriguez.)

Ya Diego Ordoñez se parte,
Ya del real se ha salido
A reptar los zamoranos
Por traidores, fementidos,
Armado de piezas dobles
En un caballo morcillo,
En su mano gruesa lanza,
El yelmo acerado y fino.
Puso piernas al caballo
Y en el muro la ha rompido,
Y con voz muy alterada
D'esta manera habie dicho:
—Yo vos repto, zamoranos [1],
Por traidores fementidos;
Repto los chicos y grandes,
Y á los muertos, y á los vivos,
Repto las yerbas del campo,
Tambien los peces del rio,
Réptoos el pan y la carne,
Tambien el agua y el vino.—
El buen viejo Arias Gonzalo
Desde el muro ha respondido:
—Hablaste como valiente,
Pero no como entendido.
¿Qué culpa tienen los muertos
De lo que hacen los vivos?
¿De lo que hacen los grandes
Qué culpa tienen los chicos?
Ya veis que estaba ordenado
Y por ley establecido,
Que el que reptare á concejo
Se haya de matar con cinco.
—Bien lo entiendo, Arias Gonzalo,

Bien entiendo lo que digo :
Sálganse mañana al campo
Antes qu'el sol sea salido.—

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

¹ Desde este verso empieza la fórmula sacramental de los retos, muy parecida á la de las excomuniones ; por eso se halla casi literalmente repetida en varios de los romances que siguen á este, ya sean mas antiguos ó mas modernos.

788.

ARIAS GONZALO DESMIENTE LAS ACUSACIONES DE ORDOÑEZ, Y ACEPTA EL RETO HACIENDO JURAR Á LOS ZAMORANOS QUE NO TUVIERON PARTE EN LA MUERTE DE DON SANCHO.— LXV.

(*Anónimo* ¹.)

Arias Gonzalo responde
Diciendo que han mal hablado :
Mandan asinar ² varones
Que juzguen en este caso.
Doce salen de Zamora,
Y otros doce van del campo.
Arias Gonzalo se armaba,
Para combatir el pacto :
Consigo lleva cuatro hijos
Que en el mundo Dios le ha dado :
A todos los de Zamora
D'esta manera ha hablado
—Varones de gran estima,
Los pequeños y de estado,
Si hay alguno entre vosotros,
Que en la muerte de Don Sancho,
Y en la traicion de Bellido,
Pueda encontrarse culpado,
Dígalo muy prestamente;
De decillo no haya empacho,
Que mas quiero irme en destierro,
Y en Africa desterrado,
Que no en campo ser vencido
Por alevoso y malvado.—
Todos dicen prestamente
Sin alguno estar callado :
—Mal fuego nos queme, Conde,
Si en tal muerte hemos estado :
No hay en Zamora ninguno
Que tal hubiese mandado.
El traidor Bellido D'Olfos
Por si solo lo ha acordado :
Muy bien podeis ir seguro;
Id con Dios, Arias Gonzalo.

(*Cancionero de romances.*— It. Escobar, *Romancero del Cid.*)

¹ Debe ser un fragmento y continuacion de otro mas completo que empezaria por el reto de Ordoñez, á que Arias contesta. Desde que dice : *A todos los de Zamora*, hasta el fin, están repetidos todos los versos en el romance que le sigue; pero difiere de él en los diez primeros, y carece de principio, pues empieza en la respuesta de Arias, suprimiendo lo que Ordoñez dijera para motivarla. De presumir es que los versos repetidos correspondan á una composicion anterior, que los cantores posteriores aceptaban por ser muy populares. Sin embargo, es de creer que ni los versos ni los romances sean anteriores á la pimera década del siglo XVI, aunque sí tomados de alguno tradicional.

² Asinar, quiere decir asignar, señalar.

789.

AL MISMO ASUNTO. — LXVI.

(*Anónimo* ¹.)

Despues que Bellido D'Olfos,
Ese traidor afamado,
Derribó con cruda muerte
Al valiente rey Don Sancho,
Juntáronse en una tienda
Los mayores de su campo;
Y juntóse todo el real
Como estaba alborotado.
Don Diego Ordoñez de Lara
Grandes voces está dando,
Y con coraje encendido
Muy presto se habia armado.
Para retar á Zamora,
Junto al muro se ha llegado,
Y lanzando fuego vivo
D'esta suerte ha razonado.
—Fementidos y traidores
Sois todos los zamoranos,
Porque dentro d'esa villa
Acogistes al malvado
De Bellido, ese traidor,
El que mató al rey Don Sancho
Mi buen señor, y buen rey,
De quien soy muy lastimado :
Que los que acogen traidores
Traidores sean llamados;
Y por tales yo vos reto,
Y á vuesos antepasados,
Y á los que traidores son
Los pongo en el mismo grado,
Y á los panes, y á las aguas
De que sois alimentados,
Y esto os faré conocer,
Ansi como estoy armado,
Y lidiaré con aquellos
Que no quieren confesallo,
O con cinco uno á uno,
Como en España es usado
Que lidie el que á concejo
Como yo habia retado.—
Arias Gonzalo, ese viejo,
Ansi le habia fablado,
Despues que hubo entendido
Lo que Ordoño ha razonado.
—Non debiera yo nacer,
Si es como tú has contado;
Mas yo acetо el desafio
Que por ti es demandado,
Y te daré á conocer
No ser lo que has publicado.—
Y á todos los de Zamora
D'esta manera ha fablado :
—Varones de grande estima
Los pequeños y de estado,
Si hay alguno entre vosotros
Que en aquesto se haya hallado,
Dígalo muy prontamente;
De decillo no haya empacho:
Mas quiero irme d'esta tierra
En Africa desterrado,
Que no en campo ser vencido
Por alevoso y malvado.—
Todos dicen á una voz,
Sin alguno estar callado :
—Mal fuego nos mate, Conde,
Si en tal muerte hemos estado:
No hay en Zamora ninguno,
Que tal hubiese mandado.
El traidor Bellido D'Olfos
Por sí solo lo ha acordado:
Muy bien podeis ir seguro;
Id con Dios, Arias Gonzalo.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

¹ Véase la nota del número 788.

790.

AL MISMO ASUNTO. ARIAS GONZALO ACEPTA EL RETO DE ORDOÑEZ. — LXVII.

(*Anónimo.*)

Ya se sale Diego Ordoñez,
Del real se habia salido
Armado de piezas dobles

En un caballo morcillo.
Va á reptar los zamoranos
Con gran enojo encendido
Por el alevosa muerte
Del rey Don Sacho su primo.
Vido estar á Arias Gonzalo
Asomado en un castillo;
Puso piernas al caballo,
Hácia él corriendo ha ido :
Con alta voz temerosa
D'esta suerte le habia dicho :
—Yo os riepto, zamoranos [1],
Por traidores conoscidos :
Matastes al rey Don Sancho,
Y en la villa fué acogido
El traidor, que hizo este mal,
Y traidores habeis sido.
Sobre esto riepto á los muertos,
Sobre esto riepto á los vivos,
Sobre esto riepto los hombres,
Y tambien riepto á los niños :
Sobre esto riepto las yerbas,
Y las aguas de los rios.—
Esto oyendo Arias Gonzalo
D'esta suerte ha respondido :
—Si cual tú dices yo soy,
No debiera ser nacido;
Mas hablas como enojado,
Y no como hombre entendido.
¿Qué culpa tienen los muertos
De lo que hacen los vivos?
Y en lo que hacen los hombres
¿Qué culpa tienen los niños,
Ni las aguas, ni las yerbas
Que son cosas sin sentido?
Mas bien sabes que en España
Antigua costumbre ha sido
Que hombre que riepta concejo,
El concejo queda quito.—
En oir esto Don Diego
Hallóse muy arrepiso;
Dijo :—La razon que tengo
Me disculpa de lo dicho,
Y si mi lengua ha errado
No mi intencion y sentido.
Mas yo acepto, Arias Gonzalo,
Con los cinco el desafío;
O los mataré en el campo,
O dirán lo que yo digo.
—En buen hora sea, Don Diego,
Arias Gonzalo le dijo,
A Dios pongo por juez
Porque es justo su juicio.
Plegue á él que así os ayude
Como es verdad vuestro dicho,
Porque la muerte del Rey
Permision de Dios ha sido,
Porque quebrantó el mandado
Qu'el Rey su padre le hizo.
Así, creo morirán
Los que siguen su partido.—
Seis regidores llamaron
De la villa para oillo;
Tres ó nueve dias de plazo
Tomaron para cumplillo.

(Timoneda, *Rosa Española.* — It. Wolf, *Rosa de romances.*)

[1] Parece que este romance es obra de Timoneda.

791.

AL MISMO ASUNTO.—LXVIII.

(*Anónimo* [1].)

Ya cabalga Diego Ordoñez,
Del real se habia salido
De dobles piezas armado
En un caballo morcillo :
Va á reptar los zamoranos
Por la muerte de su primo,
Que mató Bellido D'Olfos,
Hijo de D'Olfos Bellido.
—Yo os repto, los zamoranos,
Por traidores fementidos,
Repto á todos los muertos,
Y con ellos á los vivos;
Repto hombres y mujeres,
Los por nascer y nascidos;
Repto á todos los grandes,
A los grandes y á los chicos,
A las carnes y pescados,
Y á las aguas de los rios.—
Allí habló Arias Gonzalo,
Bien oiréis lo que hubo dicho :
—¿Qué culpa tienen los viejos?
¿Qué culpa tienen los niños?
¿Qué merecen las mujeres,
Y los que no son nascidos?
¿Por qué reptas á los muertos,
Los ganados y los rios?
Bien sabeis vos, Diego Ordoñez,
Muy bien lo teneis sabido,
Que aquel que repta concejo
Debe de lidiar con cinco.—
Ordoñez le respondió :
—Traidores heis todos sido.—

(*Cancionero de romances.*)

[1] El contenido de este romance se cita en la parte II, capítulo XXVII del *Quijote.* La composicion parece pertenecer á la época de tradicion oral, si bien bastante alterada y reformada en los primeros años del siglo XVI.

792.

ARIAS GONZALO CON SUS CUATRO HIJOS SE PRESENTAN POR CAMPEONES DE ZAMORA, RETADA POR ORDOÑEZ.— LXIX.

(*Anónimo.*)

Despues que retó á Zamora
Don Diego Ordoñez de Lara,
Vengador noble y valiente
Del rey Sancho, que Dios haya,
Su consejo tiene junto
En palacio Doña Urraca,
Por su hermano dolorida,
Por su reto lastimada;
Y como la vil envidia
Cuanto no merece tacha,
De la virtud enemiga,
Peligro de la privanza,
Murmuraba maldiciente
De Arias Gonzalo que falta,
Sospechando falsamente
Que es por mengua su tardanza.
A aquellos que lo calumnian,
Empuñando la su espada,
Denodado les responde
Nuño Cabeza de Vaca :
—Aquel civil que presuma
Temor, bajeza ó fe mala
De Arias Gonzalo mi tio,
Miente, miente por la barba :
Y el que negare el respeto
A sus venerables canas,
A mí que las reverencio
Me ponga la tal demanda.—
Estando en esto, el buen viejo
Entró grave por la sala,
Arrastrando grande luto,
Haciendo sus hijos plaza.
La mano á la Infanta pide,
Mesura fizo á la Infanta,
Saludó á los homes buenos,
Y de esta suerte les fabla :
—Noble Infanta, leal concejo,
Don Diego Ordoñez de Lara,

Que para buen caballero
Este apellido le basta,
En vez del Cid Don Rodrigo,
Que con vos juró alianza,
Por la pro de su rey muerto
Con infame reto os carga.
A vuestro cabildo vengo,
Con estos cuatro en compaña,
Ciudadanos, fijos mios,
De Lain Calvo sangre honrada.
Tardéme un poco en venir,
Que pláticas no me agradan
Cuando los negocios piden
Obras, valor y venganza.—
A una el viejo y sus fijos
Los largos capuces rasgan
Quedando en armas lucidas;
Lloró de nuevo la Infanta,
Los viejos graves se admiran,
La Infanta su sér alaba,
Porque todos daban voces,
Y nadie quien lidie daba.
Arias Gonzalo prosigne
Diciendo: — Recibe, Urraca,
Mis canas para consejo,
Mis fijos para batalla;
Dales tu mano, señora,
Que su juventud lozana
Será invencible, si fuere
De tu mano real tocada.
Honrar á la gente buena,
Y esotra comun pagarla,
Le cumple al rey, que desea
Domeñar fuerzas contrarias,
Y con sangre de Don Diego
Que se quite aquella mancha,
Que á tí y á tu pueblo reta
Con tan insufrible infamia:
Y si esta sangre, que es buena,
Y se ha de vender muy cara,
Faltare, su muerte honrosa
Viva mantendrá su fama.
Yo seré el quinto y primero
Que volveré por la causa,
Aunque mi vejez parezca
Mocedad noble afrentada.
Al campo me voy, señora,
No me deis por esto gracias,
Que el buen vasallo, al buen rey
Debe hacienda, vida y fama.

(*Romancero general.* — H. Escobar, *Romancero del Cid.*)

793.

ARIAS GONZALO ARMA CABALLERO Á SU HIJO MENOR, PEDRO ARIAS, Y LE INSTRUYE DE SUS DEBERES COMO TAL. — LXX.

(*Anónimo* [1].)

El hijo de Arias Gonzalo,
El mancebito Pedro Arias,
Para responder á un reto
Velando estaba unas armas.
Era su padre el padrino,
La madrina Doña Urraca,
Y el obispo de Zamora
Es el que la misa canta:
El altar tiene compuesto,
Y el sacristan perfumaba
A San Jorge y San Roman,
Y á Santiago el de España:
Estaban sobre la mesa
Las nuevas y frescas armas,
Dando espejos á los ojos,
Y esfuerzo á quien las miraba.
Salió el Obispo vestido,
Dijo la misa cantada,
Y el arnes pieza por pieza
Bendice, y arma á Pedro Arias:
Enlázale el rico yelmo,
Que como el sol relumbràba,
Relevado de mil flores,
Cubierto de plumas blancas.
Al armarle caballero
Sacó el padrino la espada:
Dandole con ella un golpe
Le dice aquestas palabras:
—Caballero eres, mi hijo,
Hidalgo y de noble casta,
Criado en buenos respetos
Desde los pechos del ama:
Hágate Dios tal que seas
Como yo deseo que salgas,
En los trabajos sufrido,
Esforzado en las batallas,
Espanto de tus contrarios,
Venturoso con la espada,
De tus amigos y gentes
Muro, esfuerzo y esperanza:
No te agrades de traidores
Ni les mires á la cara;
De quien de tí se fiare
No le engañes, que te engañas:
Perdona al vencido triste
Que no puede tomar lanza,
No dés lugar que tu brazo
Rompa las medrosas armas;
Mas en tanto que durare
En tu contrario la saña,
No dudes el golpe fiero,
Ni perdones la estocada:
A Zamora te encomiendo
Contra Don Diego de Lara,
Que nada siente de honra
Quien no defiende su casa.—
En el libro de la misa
Le toma jura y palabra.—
Pedrarias dice:— Sí otorgo
Por aquestas letras santas.—
El padrino le dió paz,
Y el fuerte escudo le embraza,
Y Doña Urraca le ciñe
Al lado izquierdo la espada.

(*Romancero general.*)

[1] La situacion severa y tierna que se describe en este romance, se halla llena de interes. Un padre que ante Dios, ante la religion y sus ministros, y ante los desvalidos, á quienes va á defender, arma caballero á un hijo, á un niño, para que se bata en duelo contra un terrible contrario, y que ademas le instruye de los nobles deberes de la caballería, no puede ménos de conmover los corazones.

794.

MIÉNTRAS SUS HIJOS LE ARMAN, ARIAS GONZALO LOS ANIMA PARA EL COMBATE. — LXXI.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Aun no es bien amanescido,
Qu'el cielo estaba estrellado,
Cuando se armaba en Zamora
El buen viejo Arias Gonzalo:
Armanle sus cuatro hijos,
Qu'ellos ya estaban armados.
Miéntras las armas le ponen
Les dice el viejo esforzado.
—De cinco que sois, mis hijos,
Escogí solo los cuatro,
Por ser yo el quinto y postrero,
Que me hallaré en el campo.
Bien conozco, hijos mios,
Que este afan me era excusado,
Pues do vosotros estais
Ya yo soy privilegiado;
Mas el repto de Don Diego
A ninguno habie excusado,

Ni viejo, chico, ni mozo,
Ni por nacer, ni finado:
Yerbas, aguas, plantas, peces,
Todo lo tienen reptado,
Y pues él nada reserva
No quiero ser reservado.
Mirad, hijos, que llevais
Delante al que os ha engendrado;
Mirad que dice el refran,
En Castilla muy usado,
«Por su ley, y por su Rey
»Y su tierra, está obligado
»A morir cualquiera bueno,
»Y mejor, si es hijodalgo.»
Mirad, hijos, que lo sois,
De sangre d'este mi lado,
Y que el honor ó la afrenta
Eso queda en vuestra mano.—

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

795.

ARMA ARIAS GONZALO Á SUS HIJOS, Y ENVÍA PRIMERO Á PEDRO ARIAS CONTRA EL RETADOR DE ZAMORA, ORDOÑEZ.—LXXII.

(*Anónimo*[1].)

Tristes van los zamoranos
Metidos en gran quebranto;
Reptados son de traidores,
De alevosos son llamados:
Más quieren ser todos muertos,
Que no traidores nombrados [2].
Dia era de San Millan,
Ese dia señalado,
Todos duermen en Zamora;
Mas no duerme Arias Gonzalo.
Acerca de las dos horas
Del lecho se ha levantado:
Castigando [3] está sus hijos,
A todos cuatro esta armando:
Las palabras que les dice
Son de mancilla y quebranto.
—Ayúdeos Dios, hijos mios,
Guárdeos Dios, hijos amados,
Pues sabeis cuán falsamente
Habemos sido reptados:
Tomad esfuerzo, mis hijos,
Si nunca lo habeis tomado,
Acordáos que descendeis
De la sangre de Laín Calvo,
Cuya noble fama y gloria
Hasta hoy no se ha olvidado,
Pues que sabeis que Don Diego
Es caballero preciado,
Pero mantiene mentira,
Y Dios d'ello no es pagado:
El que de verdad se ayuda
De Dios siempre es ayudado.
Uno falta para cinco,
Porque no sois mas de cuatro,
Yo seré el quinto, y primero,
Que quiero salir al campo.
Morir quiero, y no ver muerte [4]
De hijos que tanto amo.
Mis hijos, Dios os bendiga
Como os bendice mi mano.—
Sus armas pide el buen viejo,
Sus hijos le están armando,
Las grevas le están poniendo,
Doña Urraca habia entrado,
Los brazos le echara encima
Muy fuertemente llorando.
—¿Donde vais, mi padre viejo,
O para qué estais armado?
Dejad las armas pesadas,
Que ya sois viejo cansado,
Y sabeis que si moris
Perdido es todo mi Estado.
Acordáos que prometistes
A mi padre Don Fernando
De nunca desampararme,
Ni dejar de vuestra mano.
—Pláceme, señora mia,
Respondió Arias Gonzalo.—
Cabalgara Pedro Arias
Su hijo, que era el mediano,
Que aunque era mozo de dias,
Era en obras esforzado.
Dijo: —Cabalgad, mi hijo,
Que os esperan en el campo:
Vais en tal hora y tal punto
Que nos saqueis de cuidado.—
Sin poner pié en el estribo
Arias Pedro ha cabalgado:
Por aquel postigo viejo
Galopando ha llegado
Adonde estaban los jueces
Que le estaban esperando.
Partido les han el sol,
Dejado les han el campo.

(Timoneda, *Rosa Española.*—It. Wolf, *Rosa de romances.*)

[1] Uno de los buenos reimpresos por el señor Wolf, y acaso el que con mas ternura y claridad trata del asunto sobre que versa.

[2] Temible era en aquellos tiempos la calificacion de traidor; pero se usaba con muchas restricciones, porque no se consideraba tal á quien se defendia contra el Rey, ó le acometia despues de haberse despedido de su servicio, aun cuando se pasase á los contrarios.

[3] Aquí la voz *castigando*, equivale á instruyendo, aconsejando ó enseñando.

[4] Pronosticábale el corazon la suerte de sus hijos, y el amargo pesar de verlos morir uno por uno, á pesar de su justicia y valentía. Ciertamente la situacion de Arias Gonzalo es una de las mas trágicas, y tanto mas cuanto su corazon no era tan duro como el del padre de los Horacios, ni su triunfo tan grande y glorioso.

796.

TRES HIJOS DE ARIAS GONZALO MUEREN EN EL RETO DE ZAMORA; PERO ESTA QUEDA POR BUENA POR HABER SALIDO DE LA ESTACADA EL RETADOR ÁNTES DE TERMINAR EL DUELO.—LXXIII.

(*Anónimo*[1].)

Ya se salen por la puerta,
Por la que salia al campo,
Arias Gonzalo, y sus hijos
Todos juntos á su lado.
El quiere ser el primero
Porque en la muerte no ha estado
De Don Sancho, mas la Infanta
La batalla le ha quitado,
Llorando de los sus ojos
Y el cabello destrenzado:
—¡Ay! ruégoos por Dios, dice,
El buen conde Arias Gonzalo,
Que dejeis esta batalla
Porque sois viejo y cansado:
Dejaisme desamparada
Y todo mi haber cercado;
Ya sabeis como mi padre
A vos dejó encomendado
Que no me desampareis,
Ende mas, en tal estado.—
En oyendo aquesto el Conde
Mostróse muy enojado:
—Dejédesme ir, mi señora,
Que yo estoy desafiado,
Y tengo de hacer batalla
Porque fui traidor llamado.—
Con la Infanta, caballeros
Juntos al Conde han rogado
Que les deje la batalla,
Que la tomaran de grado.

Desque el Conde vido aquesto
Recibió pesar doblado:
Llamara sus cuatro hijos,
Y al uno d'ellos ha dado
Las sus armas y su escudo,
El su estoque y su caballo.
Al primero le bendice
Porque era dél muy amado:
Pedrarias habia por nombre,
Pedrarias el castellano.
Por la puerta de Zamora
Se sale fuera y armado;
Topárase con Don Diego
Su enemigo y su contrario:
—Sálveos Dios, Don Diego Ordoñez,
Y él os haga prosperado,
En las armas muy dichoso,
De traiciones libertado:
Ya sabeis que soy venido
Para lo que está aplazado,
A libertar á Zamora
De lo que le han levantado.—
Don Diego le respondiera
Con soberbia que ha tomado:
—Todos juntos sois traidores,
Por tales seréis quedados.—
Vuelven los dos las espadas
Por tomar lugar del campo,
Hiriéronse juntamente
En los pechos muy de grado;
Saltan astas de las lanzas
Con el golpe que se han dado;
No se hacen mal alguno
Porque van muy bien armados.
Don Diego dió en la cabeza
A Pedrarias desdichado,
Cortárale todo el yelmo
Con un pedazo del casco;
Desque se vido herido
Pedrarias y lastimado,
Abrazárase á las clines,
Y al pescuezo del caballo:
Sacó esfuerzo de flaqueza
Aunque estaba mal llagado,
Quiso ferir á Don Diego,
Mas acertó en el caballo,
Que la sangre que corria
La vista le habia quitado:
Cayó muerto prestamente
Pedrarias el castellano.
Don Diego que vido aquesto
Toma la vara en la mano,
Dijo á voces: —¡Ah Zamora!
¿Dónde estás, Arias Gonzalo?
Envía el hijo segundo,
Que el primero ya es finado.—
Envió el hijo segundo,
Que Diego Arias es llamado.
Tornara á salir Don Diego
Con armas y otro caballo,
Y diérale fin á aqueste
Como al primero le ha dado.
El Conde viendo á sus hijos,
Que los dos le han ya faltado,
Quiso enviar al tercero
Aunque con temor doblado.
Llorando de los sus ojos
Dijo: —Ve, mi hijo amado,
Haz como buen caballero
Lo que tú eres obligado:
Pues sustentas la verdad,
De Dios serás ayudado;
Venga las muertes sin culpa,
Que han pasado tus hermanos.—
Hernan D'Arias, el tercero,
Al palenque habia llegado;
Mucho mal quiere á Don Diego,
Mucho mal y mucho daño.
Alzó la mano con saña
Un gran golpe le habia dado;
Mal herido le ha en el hombro,
En el hombro y en el brazo.
Don Diego con el su estoque
Le hiriera muy de su grado,
Hiriéralo en la cabeza,
En el casco le ha tocado.
Recudió el hijo tercero
Con un gran golpe al caballo,
Que hizo ir á Don Diego
Huyendo por todo el campo.
Así quedó esta batalla
Sin quedar averiguado
Cuáles son los vencedores,
Los de Zamora ó del campo [2].
Quisiera volver Don Diego
A la batalla de grado,
Mas no quisieron los fieles,
Licencia no le han dado.

(*Cancionero de romances.* —H. Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] En el Cancionero de romances forma este uno solo con el del núm. 788. Ambos parecen de la primera mitad del siglo XVI.

[2] Era costumbre en los retos, que si un campeon salia de la valla ántes de haber muerto ú obligado á declararse rendido á su contrario, se le consideraba como vencido. En el reto de Zamora hubo mas indulgencia, como se verá mas adelante, pues aunque Diego Ordoñez arrebatado por su caballo saltó la valla, los jueces del campo, tomando por equidad un término medio, declararon por buenos á todos los campeones, y libres del reto á los zamoranos.

797.

DE CÓMO MURIERON EN EL RETO DOS HIJOS DE ARIAS GONZALO. — LXXIV.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Ya está esperando Don Diego
En el campo á su contrario,
Cuando sale de Zamora
El buen viejo Arias Gonzalo.
Sus hijos lleva consigo,
Para salir mas honrado.
Cuando vió cerca á Don Diego,
A Pedro Arias ha llamado:
Echóle su bendicion,
Y d'esta suerte le ha hablado:
—Ten cuenta que eres mi hijo,
Mira bien que eres hidalgo;
Ve á lidiar por tu concejo
Como eres obligado:
Muere como caballero,
Y no vuelvas deshonrado;
Mas te vale quedar muerto,
Que no vivir afrentado.—
Con gran furia, Pedro Arias
Fué donde estaba esperando;
Encuéntranse con las lanzas,
Pero no se han acertado.
Ponen mano á las espadas,
Con furor demasiado;
Defiéndese Pedro Arias,
Mas poco le ha aprovechado,
Que malamente herido,
Cayó muerto del caballo.
Don Diego sacó un baston,
Que hincado estaba en el campo,
Y alzándolo hácia arriba,
Una gran voz habie dado:
—Don Arias, envia otro hijo,
Qu'este ya tiene recaudo.—
Cuando Don Arias lo oyó,
A Diego Arias ha llamado:
Echóle la bendicion,
Y á combatir lo ha enviado.
Con coraje va Diego Arias;
Mas poco le ha aprovechado,

Que lo mismo d'él hiciera
Que habia hecho del hermano.
Don Diego sacó el baston,
Y otra gran voz habie dado :
—Don Arias, envia el tercero,
Que el segundo es despachado.—

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

798.

DE CÓMO MURIÓ EN EL RETO EL TERCER HIJO DE ARIAS, QUEDANDO EMPERO DUEÑO DEL CAMPO, PORQUE SALTÓ LA VALLA EL CABALLO DE SU CONTRARIO.—LXXV.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Muerto habia Don Diego Ordoñez,
Dos hijos de Arias Gonzalo;
Para esperar al tercero,
Un poco habie descansado;
Y entre tanto à Rodrigo Arias
Ha llamado Arias Gonzalo.
Háblale d'esta manera
Con el rostro demudado :
—No es menester que te diga,
Hijo, que estás obligado
A morir por tu concejo,
Pues esta tan claro y llano:
Muévate ver, hijo mio,
El campo en sangre bañado
De aquella sangre inocente
De un hermano y otro hermano :
Y si no miras al suelo
Por no quedar lastimado,
Pues no puedes hacer ménos,
En la espada del contrario,
Verás la sangre que corre,
Que le llega hasta la mano.—
Hablando d'esta manera,
Mil bendiciones le ha echado :
—Hijo, Dios vaya contigo,
Y el apóstol Santiago :
Gran razon llevas contigo
Con que serás ayudado.—
Y besándole en el rostro
En lágrimas le ha bañado.
Esforzara Rodrigo Arias,
Por ser mozo y muy osado,
A do le espera Don Diego,
Que está comiendo un bocado.
Mudó la lanza y escudo,
Y ha tomado otro caballo.
Vanse el uno para el otro,
Muy recio se han encontrado :
Rodrigo Arias es valiente,
Trae à Don Diego acosado:
Mas Don Diego con grande ira,
Un reves le habie tirado :
Dióle un golpe en la cabeza,
Que la media le ha cortado.
Con las ansias de la muerte,
Un golpe habie descargado,
Que le dió a Diego Ordoñez,
Como hombre desatinado.
Cortóle las cabezadas,
Hirió en el rostro al caballo,
El caballo dió a huir,
Viéndose desenfrenado.
Quiérele tener Don Diego,
Pero no le ha aprovechado;
Rodrigo Arias, aunque muerto,
En el campo se ha quedado.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

799.

EL CID DA POR BUENOS Á TODOS LOS CAMPEONES, Y POR LIBRE Á ZAMORA DE LA ACUSACION DE ALEVOSÍA.—LXXVI.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

A pié está el fuerte Don Diego
Fuera de la empalizada,
Que en saltando del caballo,
Lo pasó de una estocada,
Y para entrar en la lid,
El un pié tiene en la raya.
Unos dicen : —Ya es vencido.—
Otros : — Vuelva á la batalla.—
Unos le tiran de dentro,
Otros le estorban la entrada.
Aquí llegan los jueces,
Y le mandan que se vaya,
Que ellos juzgaran el caso
Conforme al fuero de España,
Y que guardaran justicia,
Sin quitar á nadie nada.
Obedeciendo Don Diego,
Al real á pié tornaba;
No quiso tomar caballo,
Segun enojado estaba,
Que ni mira de su bien,
Ni de su mal le da nada.
Ni mira que va herido,
Ni que el ir á pié le daña,
Ni que el real está léjos,
Ni que la malla es pesada.
La lanza lleva en el hombro,
La adarga mal embrazada;
A las veces va muy recio,
Y otras veces se paraba.
A ninguno habla que topa,
Ni conoce á quien le habla.
Alza los ojos al cielo,
Y luego al suelo los baja.
Unas veces va gritando,
Y otras de tristeza calla;
D'esta suerte va á su tienda,
Y luego se echó en la cama.
Ninguno le entraba á ver,
Ni él á ninguno llamaba;
Mas como se vido solo,
De si mesmo se quejaba.
—Don Diego Ordoñez, Don Diego,
¿Qu'es de la sangre de Lara,
Y del buen Diego Proal,
Y de Gonzalo Mudarra,
Pues de su sangre ha venido
Quien ha deshonrado á España?
¡Rodrigo Arias venturoso,
Pues dentro de la estacada
Has muerto como hijo-dalgo,
En brava y cruel batalla!
¡Rey Don Sancho, señor mio,
Maldita sea la crianza,
Que en este traidor pusiste,
Y el pan que comió en tu casa!
¿Qué dirá toda Castilla,
Que me encargó la batalla,
Sino que saqué el caballo,
Porque el lidiar me cansaba?
¿Qué dirán los extranjeros,
Cuando sepan esta hazaña,
Sino que los castellanos,
Porque gusto no les daba,
Mataron á su señor
Con una traicion pensada?
Cuando lo digan ansi,
Tendrán razon muy sobrada;
Pues los traidores son vivos,
Y la injuria no es vengada.
¡Diego Ordoñez, tu rey muerto,
Y estás echado en la cama!—
Iba á salir de su tienda,

Cuando el Cid Ruy Diaz llegaba,
Y abrazándose con él,
D'esta manera le habla :
—¿Donde vais, Don Diego Ordoñez?
Que la sentencia ya es dada,
Dando por libre á Zamora,
Y á vos la victoria y palma.
No os quejeis de la fortuna,
Que no os fué contraria en nada,
Que salirseos el caballo,
Cosa fué por Dios guiada.—
Con esto que dijo el Cid,
Don Diego mas se aplacaba :
Dejóse tomar la sangre,
Y sus heridas curaba.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

800.

SENTENCIA DADA POR LOS JUECES DEL CAMPO, SOBRE EL RETO DE ZAMORA. — LXXVII.

(*De Juan de la Cueva.*)

Desde el muro de Zamora,
Arias Gonzalo está viendo
El campo del rey Don Sancho
Todo alterado y revuelto,
Los unos ir á una parte,
Otros el suelo midiendo,
Unos rayar la estacada,
Y decir : — Salió huyendo.—
Otros decir : — El caballo
Tiene la culpa, y no el dueño,
Que Don Diego Ordoñez hizo
Cuanto debe á caballero.—
En estas contrariedades,
Grandes voces esparciendo,
Mézclanse d'entrambas partes,
Condenando y absolviendo.
Esto mira Arias Gonzalo,
Y el rumor confuso oyendo,
No puede entender qué sea ;
Mas aguarda y tiene intento
De ser el cuarto en la lid,
A vengar sus hijos muertos :
Y así, despedido el llanto,
En ira y saña está ardiendo.
Tiene el caballo ensillado,
Y él armado de secreto;
Por temor de Doña Urraca,
Las armas habia cubierto
Con el vestido de luto,
Teniendo d'ella recelo
Que ha de impedirle la ida,
Cual otras veces lo ha hecho;
Y así sin hablar palabra,
Firme en este presupuesto,
Aguarda oyendo las voces
Y el rumor, que iba creciendo.
Esta con vista y oido,
El viejo alterado, atento,
Cuando de en medio de todos
Vió salir un caballero,
Y enderezar á Zamora,
Y tras él muchos corriendo.
Arias Gonzalo se puso
Do pueda ser visto luego ;
Y d'encima de los muros,
Lo llamaba con un lienzo.
Viendo él que venia la seña,
El caballo revolviendo,
Conociendo á Arias Gonzalo,
Llegó en alta voz diciendo.
— A tí me envian los jueces,
Y en nombre de todos vengo,
A decirte la sentencia,
Porque acabe ya este cerco.
Habiendo Don Diego Ordoñez,
En defensa de su reto,
Muerto á tres en la estacada,
Aunque cinco manda el fuero,
Porque en el tercer combate,
El caballo revolviendo,
Lo sacó de la señal,
Y del límite, huyendo,
Dan á Zamora por libre,
Y á él la gloria del hecho.—
Arias Gonzalo se altera,
Y sin responder, volviendo
Lleno de ira y congoja,
Nuevas lágrimas vertiendo,
Nuevos suspiros derrama
Con nuevas ansias gimiendo.
A las voces que iba dando,
La Infanta salió corriendo,
Alterada y sin color,
Sobresaltada, temiendo,
Los cabellos esparcidos
Por los hombros, sin concierto,
Dando unos dientes con otros,
El cuerpo helado, tremiendo,
Porque donde el temor reina
Todo altera, y causa miedo
Así cual á Doña Urraca,
A la cual el viejo viendo
Limpiando los lientos ojos,
Así se llegó diciendo :
— Nuestra lid es acabada,
Fin tiene ya nuestro cerco,
Por libre dan á Zamora,
De traicion somos exentos;
Aunque me cuesta tres hijos,
Yo me huelgo de perdellos,
Que incitados de su honra,
Y la nuestra defendiendo
Han muerto todos en campo,
Por los nuestros, como buenos.
Yo quedo alegre y ufano,
Qu'en tal ocasion sean muertos,
Y que triunfe el vencedor
De sus vidas, y no d'ellos,
Que al fin mueren por su patria
Como nobles caballeros,
Poniéndola en libertad
Del crímen que le fué impuesto,
Dejándola en su nobleza,
Su sangre en ella vertiendo,
Entregandose á la muerte
Eterna vida adquiriendo.

(Cueva, *Coro febeo*, etc.)

801.

POR LA MUERTE DE SUS HIJOS DESAFÍA ARIAS GONZALO Á ORDOÑEZ; MAS COMO BUENOS CABALLEROS, SE EXPLICAN Y QUEDAN AMIGOS. — LXXVIII.

(*Anónimo* [1].)

Ante los nobles y el vulgo
D'ese pueblo zamorano,
Hablando con Diego Ordoñez
Está el viejo Arias Gonzalo.
En las palabras que dice
Con pecho feroz y airado
Arias demuestra su enojo,
Y Ordoñez su pecho hidalgo.
— Cobarde, el viejo le dice,
Animoso con muchachos,
Pero con hombres de barba,
Tímido cual liebre al galgo,
Si yo á batalla saliera,
No viviérades ufano,
Ni trajera por mis hijos
Aqueste capuz cerrado;
Que por vos, el de Vivar,
Le trajera cual le traigo,
Siendo la menor hazaña

Que se aplicara á mi brazo,
Pues bien sé que sois Ordoñez,
Mas arrogante que bravo,
Y sabeis que en todo tiempo
Obro mas de lo que hablo,
Y con aquesto sabeis
Que por miedo, el rey Don Sancho
Estorbó que los tres condes,
No entraran conmigo en campo.
Contando mis valentías
Cuando dijo al zamorano:
« Mete hierro y saca sangre,
«Y espolea ese caballo;»
Y cuando maté á los dos,
Por el que se fué escapando,
Cual si yo fuera el vencido,
Quedé mi barba mesando;
Y tambien como los condes,
Porque fuéron tan osados,
Del encuentro de mi lanza
Volaron de los caballos,
A cuya causa las damas
Bajaron de los andamios,
Y á competencia mi cuello
Enlazaron con sus brazos,
Por los que dieran mancebos,
Sus tiernos y verdes años,
Movidos solo de envidia
De los d'este viejo cano.
Tambien tendrédes memoria
De cuando con diez paganos
Tuve solo escaramuza
Dando, de diez, nueve al campo;
Y con aquesta noticia
De cuando vencí á Albenzaidos,
Saliendo de industria á pié,
Y el diestro moro á caballo,
Cuando le dejé la vida
Porque dijo: — Arias Gonzalo,
Mas vale ser tú vencido,
Que ser vencedor de un campo.—
Y otros hechos valerosos
Que el mundo dice y yo callo,
Porque en infinito tiempo,
No hay tiempo para contallo.
Porque de pavor no mueras,
Aqueste estoque no arranco,
Que está de un millon de muertos
Boto y de sangre esmaltado.
Estas honrosas hazañas
Por tu infamia y mi honor saco;
Las tuyas son que mataste
Un rapaz, y otro muchacho.—
El cortés Don Diego Ordoñez,
Templóse de cortesano,
Respondiendo á voces altas,
Con órgano humilde y bajo;
Y con el rostro risueño,
Un poco torcido el brazo,
De codo sobre la espada,
Y el rostro sobre la mano,
Le dice: — Aquesas proezas,
Y esos hechos soberanos,
El cielo y tu buena suerte
Se las concedió á tu brazo:
En tu causa soy testigo,
Y por serlo en razon valgo,
Y tu en las mias no vales
Por testigo apasionado,
Y aunque puedo referirte
Valentías y hechos raros,
Que casi imitan los tuyos,
Aunque á los tuyos agravio,
Solo diré por honrarme
Con lo que me has deshonrado,
Que les di muerte á dos hijos
Del que ha sido tan honrado,
Que se ha atrevido á venir
Al real de su contrario.
Repórtate, Gonzalo Arias,
Repórtate, Arias Gonzalo.—
El viejo, que ya tenia
El corazon desfogado,
Conoció haber emprendido
Un hecho muy temerario;
D'esto y del valor de Ordoñez,
Viéndose tan obligado,
Profesando su amistad
Le pide la amiga mano.
Dióla Don Diego de Lara
Con un semblante gallardo,
Y tras darla, el uno al otro
Enreda y cruza los brazos.
Celebran las amistades
Todos y el Cid castellano,
Y con esto dió la vuelta
A Zamora Arias Gonzalo.

(*Romancero general.* — It. Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] No puede darse una situacion mas bella, mas digna, y que mejor pinte las costumbres caballerescas de nuestros abuelos. La ira natural y los ímpetus de un anciano que ve muertos sus hijos, el noble porte y las mesuradas razones, y aun tiernas y sentidas palabras con que el fuerte consuela al débil, y le hace perdonar hasta su superioridad, y luego el cordial abrazo con que se estrechan, es todo muy superior á lo que ha podido inventarse de noble y generoso. Por malo que fuese el romance, aun se leeria con gusto por la escena que describe.

802.

AL MISMO ASUNTO. — LXXIX.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Por el muro de Zamora
Anda el viejo Arias Gonzalo,
La mano puesta en la barba,
El rostro triste turbado,
Unas veces mira al cielo,
Otras vuelve suspirando
A mirar á la estacada,
Donde estaban peleando
Rodrigo Arias el valiente,
Con Don Diego el castellano.
El corazon se le altera,
Que nunca le salió falso,
Cuando vió á Don Diego Ordoñez,
Que huyendo sale del campo.
La cabeza descubierta,
Sin freno, lleva el caballo,
Rodrigo Arias queda muerto,
En aquel campo arrojado;
En la sangre de sus venas,
Se está el triste revolcando.
El padre cuando lo vido,
Vuelve al muro apresurado;
No ha menester que le digan
Lo que en el campo ha pasado.
No pide á nadie consejo,
Ni quiere ser consolado:
Derecho se va á su casa,
Y habiendo en ella entrado,
De tristes armas de luto
El buen viejo se está armando.
Solo, se pone las grevas,
La loriga se ha enlazado,
No quiere llevar celada,
Porque así lo habie jurado.
Iba cubierto de luto
Hasta los piés del caballo;
Por el brazo de la lanza
Lleva el capuz levantado:
Estánle muy bien las armas,
Que aunque viejo es muy gallardo.
Por las puertas de Zamora
Sale recio como un rayo,
A grandes voces diciendo:
— Espera, buen castellano,

Pues que me has muerto tres hijos,
Mata el padre, y serán cuatro.
Si eres buen caballero,
No debes tú de negarlo:
No mueras, hijo Rodrigo,
Si quieres verte vengado.—
Mal le ha sucedido al viejo
Lo que llevaba pensado,
Que los jueces de la lid,
Habian ya determinado
Dar à Zamora por libre,
Y á Don Diego dar por salvo.
Danle por buen caballero,
Y en armas aventajado.
El viejo, cuando lo supo,
De coraje está temblando:
Tórnale á desafiar,
Y que salgan él, ó cuatro:
Caballeros de Jaen,
Son los que lo han otorgado.

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

803.

AL MISMO ASUNTO. — LXXX.

(Anónimo.)

Sembrado está el duro suelo
De la sangre zamorana
De los tres hijos queridos
Del buen viejo Gonzalo Arias:
Sembrado está el duro suelo
De las piezas de las armas,
Y del batir de los golpes,
Surcada la empalizada.
Rodrigo Arias queda muerto
En medio de la estacada,
Y su caballo á Don Diego,
Sacó fuera de la raya,
Y aun el animoso Ordoñez
Volver quiere á la batalla,
Para lidiar con los dos,
Que por vencer le quedaban.
El viejo Arias armado,
Furioso empuña la lanza,
Que quiere vengar con ella
Tanta sangre derramada.
Con la voz ronca y horrible
Por medio de todos pasa,
Y al matador de sus hijos,
Dice airado estas palabras:
— Pues la sangre, ardiente jóven,
Crudo lobo, no te harta,
Mata tu sed con la mia,
De un viejo que te desama,
Que yo beberé la tuya
Con que mitigue mi saña,
Y acompañaré mis hijos
En la muerte por su patria.—

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

804.

EXEQUIAS DEL HIJO DE ARIAS GONZALO. — LXXXI.

(Anónimo [1].)

Por aquel postigo viejo,
Que nunca fuera cerrado,
Vi venir pendon bermejo
Con trescientos de á caballo:
En medio de los trescientos
Viene un monumento armado
Y dentro del monumento
Viene un atahud de palo,
Y dentro del atahud,
Venia un cuerpo finado,
Qu'era el de Fernando d'Arias,
El hijo de Arias Gonzalo.
Llorábanle cien doncellas,
Todas ciento hijosdalgo,
Todas eran sus parientas
En tercero y cuarto grado:
Las unas le dicen primo,
Otras le llaman hermano,
Las otras decian tio,
Otras lo llaman cuñado,
Sobre todas lo lloraba
Aquesa Urraca Hernando.
¡Y cuán bien que las consuela
Ese viejo Arias Gonzalo!
—¿Por qué llorais, mis doncellas?
¿Por qué haceis tan grande llanto?
No lloreis así, señoras,
Que no es para llorallo:
Que si un hijo me han muerto
Aquí me quedaban cuatro:
No murió por las tabernas,
Ni á las tablas jugando;
Mas murió sobre Zamora
Vuestra honra bien guardando:
Murió como caballero,
Con sus armas peleando.

(*Cancionero de romances.*— H. Timoneda, *Rosa española.*)

[1] Parece ser un romance escrito en principios del siglo XVI.

805.

AL MISMO ASUNTO. — LXXXII.

(De Lúcas Rodriguez [1].)

Sobre el cuerpo de Rodrigo,
Arias Gonzalo lloraba,
Que de la mortal herida
El espíritu dejaba,
Y el rostro sangriento y frio
Muchas veces le besaba,
Que á su generoso pecho
Ya el dolor le sojuzgaba.
Roto el ñudo al sufrimiento,
Con la voz ronca, turbada,
Dice: —¡Oh juvenil esfuerzo!
¡Mocedad tan malograda!
¡Y cómo cayó en vosotros
La suerte que à mi tocaba,
Que de yo vivir, mis hijos,
Poco fruto se sacaba!
¿Cómo torció la fortuna
Lo que la razon os daba?
No lloro yo vuestra muerte,
Que fué ganar vida y fama,
Pues que muriendo cobrastes
La honra qu'en duda estaba,
Y librastes à Zamora
De una confusion tan brava;
Mas lo que siento, hijos mios,
Es ser tanta mi desgracia
Que no fuese yo el primero,
Que quedase en la estacada:
Vosotros con el descanso
Yo con el dolor quedaba.
¡Oh traidor, falso Bellido,
Y cuán caro me costaba
El darte entrada en Zamora!
¡Y cómo lo recelaba
Este triste corazon,
Que tu maldad me mostraba!—
El llorar deja el buen viejo
Por valer á Doña Urraca,
Que como mujer furiosa
Sobre el cuerpo se arrojaba;
Sus dos ojos hechos fuentes
El bello rostro agraviaba,
Y las hebras de oro fino,

Tampoco las perdonaba,
Diciendo:—Padre y señor,
La que tanto mal causaba,
Tantas muertes, tantos daños,
La que fué tan desgraciada,
Aquí la teneis presente,
Vengad de mi vuestra saña.
¡Ay, Rodrigo, el mas valiente
Qu'en toda España se hallaba,
A Dios pido que yo vea
Vuestra muerte bien vengada,
Y con muy rabiosa ira
Sea la vida quitada
Del que contra tanto esfuerzo
Tanta victoria alcanzaba!—
Arias Gonzalo se esfuerza,
Y á la Infanta consolaba:
—No acrecenteis mas, señora,
El dolor que me acababa,
Que no solo estos tres hijos,
Mas yo y el que me quedaba
Estuviéramos bien muertos,
Sobre cosa que os tocaba,
Pues muriendo como buenos,
Zamora libre quedaba,
Cuanto mas, que no es morir,
La muerte que vida daba.—

(Rodriguez, *Romancero historiado.*)

[1] En este romance el hijo que muere es Rodrigo, y en el anterior es Pedro Arias.

806.

HISTORIA DEL CERCO Y RETO DE ZAMORA.—LXXXIII.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

De la cobdicia, que es mala,
Muchos males se han causado;
Aquesta causó la muerte
Al rey Don Sancho, Fernando;
A sus hermanos los reyes
Los reinos les ha quitado;
A García metió en hierros,
Don Alfonso es desterrado.
Ido se habia huyendo
A Toledo, ese reinado,
Al rey moro Alimaimon,
Del cual es bien hospedado.
Don Sancho cobró los reinos,
D'ello quedó muy pagado:
A Doña Urraca, su hermana,
Mensajeros le ha enviado,
Que luego le dé á Zamora
De su voluntad y grado,
Que si hacerlo no quiere
Por él le será tomado.
Doña Urraca respondió
Que no hará lo que ha mandado,
Pues su padre se la dió:
Muy mal es aconsejado.
Visto por el Rey aquesto
A Zamora habia cercado;
Muchos combates le dió,
Pero bien le es defensado.
Arias Gonzalo, buen viejo,
A la Infanta ha consejado
Que al Rey le diese la villa,
Pues que tanto lo ha en grado,
Y ella se vaya á Toledo
Con Don Alfonso su hermano,
Antes que á todos los mate
Y no puedan ser librados.
La Infanta tuvo por bien
Lo que el viejo ha razonado.
Ya quieren dejar la villa,
Mas Bellido habia llegado
Ante Doña Urraca Alfonso,
Y promesa le habia dado
Que él hará quitar el cerco
De que Zamora es cercado.
La Infanta se lo agradece,
Y primero le ha avisado
No haga cosa mal fecha,
Porque traidor sea llamado.
Despedido de la Infanta,
Arremetió su caballo
Por delante de las puertas
Donde vive Arias Gonzalo,
A grandes voces diciendo:
—Traidor sois, viejo malvado,
Porque dormis con la Infanta,
Aquesa Urraca Fernando,
Y en no dar al Rey la villa
Haceis gran desaguisado;
Mas como sois falso viejo
Habeislo muy mal mirado.—
Los zamoranos que han visto
Lo que Bellido ha acordado,
De encima de las almenas
Grandes voces están dando:
—Avisámoste á ti, el Rey,
Nos te hacemos avisado,
Que Bellido, que á ti es ido,
Es un traidor muy probado:
Muchas traiciones ha hecho,
Guarte no seas malhadado,
Que aqueste mató al buen conde
Que Don Nuño era llamado.
Matólo sobre seguro,
Y ansí mató á otros cuatro,
Y lo mismo hará á ti, Rey,
Si no vives avisado.—
Dando al Rey estos avisos,
Bellido al real ha llegado:
Al Rey le estaba diciendo,
D'esta manera ha hablado:
—Arias Gonzalo y sus hijos
De matarme han acordado,
Porque yo, señor, les dije
Que la villa te hayan dado,
Y hasta aquí me han seguido,
Feroces y denodados
Llamándome de traidor,
Sin jamas lo haber pensado;
Pero yo te serviré
A su pesar y á tu grado,
Que en Zamora está un postigo,
El cual es muy poco usado,
Porque ninguna persona
Jamas por él hobo entrado
De aquestos que agora viven,
Sino del tiempo pasado.
Solamente yo lo sé,
Y á todos es encelado,
Por el cual habrás la villa
Y en ella serás entrado.—
El Rey le ruega que vayan
A ver lo que le ha contado;
Y el Rey con necesidad
Del caballo es apeado,
Y un venablo que llevaba
Diólo á Bellido en su mano,
Con el cual Bellido al Rey
Mortal herida le ha dado,
Y hecha ya la traicion
A Zamora se ha tornado.
Los del real, que lo han visto,
Gran clamor han levantado;
Donde el rey Don Sancho está
Muchos d'ellos han llegado.
Hallaron al Rey herido,
Pasado de lado á lado,
Y como el Cid vido al Rey
Muy gran pesar ha tomado.
Cabalgó sobre Babieca,
Muy mal lo iba aquejando,
Por alcanzar á Bellido
Para dél se hacer vengado.

Bellido se entró en la villa
Sin que el Cid lo haya alcanzado,
Porque no llevaba espuelas
Ese Rodrigo esforzado,
El cual con muy gran despecho
A sí mismo ha denostado,
Y á todos los caballeros,
Que han sin ellas cabalgado,
Que por no llevarlas él
El traidor se le ha escapado.
Ese buen conde de Cabra
Que de Grañon es nombrado,
Al Rey le estaba diciendo,
Aquesto le estaba hablando:
—Buen Rey, acordáos de Dios,
Restituid lo tomado,
Que la herida es mortal,
No creais ser escapado,
Que os es vecina la muerte,
Y d'ella estais muy cercano.—
Respondióle el Rey al Conde:
—Buen consejo me habeis dado.—
El Rey de aquesta herida
De este siglo habia pasado;
Don Diego Ordoñez de Lara
Grandes gritos está dando,
Y con coraje encendido
Muy pronto se habia armado.
Para Zamora se ha ido,
Junto al muro se ha llegado,
A grandes voces diciendo,
D'esta suerte ha razonado:
—Fementidos y traidores
Sois todos los zamoranos,
Porque dentro de esa villa
Acogisteis al malvado,
De Bellido, ese traidor,
Que mató al rey Don Sancho
Mi buen señor, y mi rey,
De que soy muy lastimado;
Que los que á traidores acogen
Traidores han de ser llamados,
Y por tales yo vos repto,
Y á vuestros antepasados,
Y á los que están por nacer
Los pongo en el mismo grado,
Y á los panes, y á las aguas
De que sois alimentados,
Y esto os haré conocer
Ansi como estoy armado,
Y lidiaré con aquellos
Que no quieran confesarlo,
O con los cinco uno á uno,
Como en España es usado
Que lidie el que a concejo,
Como yo, habia reptado.—
Arias Gonzalo, ese viejo,
Ansi le habia hablado,
Despues que hobo entendido
Lo que Ordoño ha razonado:
—No debiera yo nacer,
Si es como tú has contado;
Mas yo acepto el desafio
Que por tí es demandado,
Y te haré conocer
No ser lo que has publicado.—
Y con este presupuesto
A sus hijos habia armado,
Y tambien él se armó
Como varon esforzado,
Para lidiar con Ordoño,
El que los hobo reptado:
Más quiere que todos mueran,
Que fementidos llamados.
Avisando está á sus hijos
Que sean bien esforzados,
Porque Ordoño es muy valiente,
Y viene muy denodado.
Acordándoles está
Los hechos de sus pasados,
Y que no pierdan la honra
Qu'ellos hobieran ganado.
Estando en estas razones
Doña Urraca habia llegado,
Y fuése para el buen viejo,
Del arnes le habia trabado,
Y con rostro muy lloroso
D'esta manera ha hablado:
—O padre mio y señor,
No me hayais desamparado,
Pues que mi padre en su fin
A vos me hobo encomendado;
Que si vos al campo vais,
Perdido será mi Estado.—
Y por darle algun consuelo
Luego se ha desarmado,
Y con estas armas propias
A su hijo habia armado.
Pedro Arias es el menor,
Muy valiente y esforzado,
Y está acabado de armar,
Su padre le habia hablado:
—Hijo, mi bendicion hayas,
La cual te doy de buen grado;
Gran razon es la que llevas,
De Dios seas ayudado.
Pues que falsamente somos
Por Ordoño ansi reptados,
Muestra tu fuerza y esfuerzo
En este caso afamado,
Y haz que la villa y concejo
Por ti solo sea librado,
Y la honra de la Infanta
A quien yo tengo á mi cargo.—
Pedro Arias que aquesto oyó
Gran esfuerzo habia tomado;
Besó las manos al padre,
Prestamente ha cabalgado
Fuése para Don Ordoño
Con semblante denodado:
Comenzaron su batalla
En el lugar señalado,
De la cual saliera muerto
Pedro Arias el esforzado.
Tambien mató á Diego Arias,
Y á Rodrigo Arias su hermano.
El repto no se acabó
Por salirse del fosado
El caballo que traia
Ordoño, aquese afamado.
Gran clamor hay en Zamora,
Todos se están acuitando;
Por los tres hermanos muertos
Gran llanto se ha levantado,
Y la que mas lo sentia
Era Urraca Fernando,
Y el triste viejo su padre,
Que tanto los hobo amado.
Visto aquesto por la Infanta
A Don Alfonso ha avisado,
Que está en Toledo huido
De miedo del rey Don Sancho:
De todo lo acaecido
Muy gran cuenta le habia dado.
Dicele que luego venga
A Castilla, ese reinado,
Para la haber y reinar,
Porque él la ha heredado
Juntamente con Galicia
Y Leon, ese nombrado;
El cual vino prestamente
Y todo lo habia cobrado,
Y coronóse por rey
De los reinos que he nombrado.
En Alfonso se cumplió
La bendicion y buen hado
Que su padre el Rey le dió
Al tiempo que hobo espirado;

Que los sus reinos divisos
D'ellos fuese él coronado,
Porque le fuera obediente
En lo que le hobo mandado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

EPOCA DE ALFONSO VI, CON LA TERCERA PARTE DE LOS ROMANCES DEL CID CAMPEADOR, HASTA SU MUERTE, Y OTROS POSTERIORES A ELLA, QUE TIENEN RELACION CON SU MEMORIA.

807.

FÚGASE ALFONSO DE TOLEDO PARA OCUPAR EL TRONO DE CASTILLA.—EL CID SEVERAMENTE LE EXIGE, Y ÉL PRESTA JURAMENTO DE QUE NO TUVO PARTE EN LA MUERTE DE SU HERMANO DON SANCHO.—LXXXIV.

(*Anónimo*[1].)

Doña Urraca, aquesa infanta,
Mensajeros ha enviado
Que vayan con las sus cartas
A Don Alfonso su hermano,
El cual estaba en Toledo
Del rey moro acompañado.
Toman caballos y postas
Los mas lijeros y flacos,
Caminan dias y noches
Con camino apresurado:
Llegaron presto á Toledo;
En un lugar muy poblado,
Olias habia por nombre,
Olias el saqueado,
Toparon á Peranzures,
Un caballero afamado,
Que en libertar á su rey
Mucho tiempo ha trabajado:
Llamara los mensajeros
En un lugar apartado,
Cortárales las cabezas,
Las cartas les ha tomado,
Fuérase para Toledo,
Sin á nadie haber topado.
Fuése para Don Alfonso
Que dél era muy amado,
Contóle toda la muerte
Que fué dada al rey Don Sancho,
Y cómo por él venian
Para dalle su reinado:
Que lo tuviese secreto,
Porque al Rey parte no ha dado.
Respondió el Rey que sí haria,
Que no tuviese cuidado.
Fuérase el rey Don Alfonso,
Cuando d'este se ha apartado,
A ese rey Alimaimon,
Que á Toledo habia tomado.
Díjole secretamente
Todo lo que habia pasado,
Porque siempre Don Alfonso
Fué discreto y avisado,
Y pensó que si estas nuevas
De otro el Rey fuese informado,
Que no le vendria bien,
Sino mucho mal y daño.
Pero respondióle el Rey,
Con gran placer que ha tomado:
—Yo te doy mi fe y palabra
Que tu Dios te ha consejado,
Porque tengo en los caminos
Mucha gente de caballo,
Que te guarden las salidas,
Y las entradas y pasos:
Si salieras sin licencia,
Tú fueras despedazado;
Mas pues eres tú tan fiel,
Galardon te será dado.—
Sentáronse en una mesa
Y el ajedrez han tomado:
Juega tanto Don Alfonso,
Que el Rey estaba enojado.
Tres veces le dijo: —Vete,
Vete, y salte del palacio.—
Don Alfonso muy contento
Fuése á su casa de grado,
Fuése con él Peranzures
Que d'esto mucho se ha holgado.
Toma sogas y maromas
Por salvar del muro abajo,
Afuera caballos tienen,
Todos están en el campo.
Salense á la media noche,
Que está todo asosegado,
Cubierto con las estrellas
Y con la luna alumbrado.
Bajan por Sant Agustin,
Un monesterio cercado,
Cerca está de la ribera
De aquese rio de Tajo;
Sálense hácia la vega
Y en el camino han entrado,
No paran noche ni dia
Porque no hayan de alcanzallos:
Llegan muy presto á Zamora,
Que es pueblo muy bien cercado;
Sus vasallos lo reciben
Aunque no le habian jurado.
Hablando está con su hermana
De la muerte de su hermano,
Cuando salió un caballero
Que Ruy Diaz es llamado.
Este nunca habia querido
A su rey besar la mano,
Hasta que por juramento
Pruebe ser libre y salvado
De la muerte que fué dada
A su hermano el rey Don Sancho.
Porque nadie de los suyos
Nunca en esto ha sido osado
De tomar tal juramento
Sino el Cid, que es muy honrado.
En esto respondió el Rey,
Bien oiréis lo que ha hablado:
—¿Cuál causa, vasallos mios,
Cuál es la causa y pecados
Que solo Ruy Diaz queda
Que no me besa la mano?
Yo siempre le hice honra,
Como mi padre ha mandado,
Siempre le hice mercedes,
De todos es mas privado.—
Allí respondiera el Cid
Con semblante mesurado:
—Don Alfonso, Don Alfonso,
Por fuerza teneis vasallos,
Que todos tienen sospecha
Que vos solo sois culpado
De la muerte que fué dada
A vuestro hermano en el campo,
Y cualquier que me quisiere
Por contino y por vasallo
Pagaráme muy buen sueldo,
Y si no, soy libertado,
Que ser siervo de traidores,
No me cumple ni es mi grado:
Vos haréis el juramento
Que todos han demandado.—
Mucho se holgó el Rey
De lo que el Cid ha hablado:
—Dios os ponga en honra, el Cid,
En gran honra y gran estado.
Ruego á la Virgen María
Y á su Hijo muy amado,
Que muriese por tal muerte
Como murió el rey Don Sancho,
Si fuí en dicho, ni en hecho,
De la muerte de mi hermano,

Aunque como sabeis todos
Me tuvo el reino forzado :
Por tanto os ruego, señores,
Como amigos y vasallos,
Que déis órden y manera
Como d'esto sea librado.—
Allí respondieran todos
Sus vasallos y criados :
—Este juramento, el Rey,
En Búrgos debréis jurarlo,
En Santa Agueda, la iglesia,
Do juran los hijosdalgo,
Vos y doce caballeros
De los vuestros toledanos.—
El fué d'esto muy contento,
Y luego lo hace de grado.
En Santa Agueda de Búrgos
Estaba el Rey asentado,
Cuando se llegó el Cid
Con un libro en la su mano,
En que están los Evangelios
Y un Crucifijo pintado :
Comienza d'esta manera,
D'esta manera ha hablado :
—Todos venis con el Rey
Porque jure y sea librado :
Si qualquiera de vosotros
En aquesto habréis estado,
O si vos, rey Don Alfonso,
De cruel muerte seais matados.—
Amen, amen, dijo el Rey,
Que de tal no soy culpado.—
Los sus vasallos entónces
Las llaves le han entregado:
Alzáronlo por su Rey,
Todos le besan las manos,
A todos hace mercedes,
De todos es muy amado.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] Este romance, el de *Arias Gonzalo responde*, número 788, y el de *Ya se sale por la puerta*, número 796, forman uno solo en el *Cancionero de romances*, y desde él empiezan los romances que tratan del juramento exigido y tomado por el Cid al rey Alfonso VI, lo cual fué causa de sus desavenencias posteriores.

808.

AL MISMO ASUNTO. — LXXXV.

(*Anónimo*[1].)

En Toledo estaba Alfonso,
Que non cuidaba reinar ;
Desterrárale Don Sancho
Por su reino le quitar :
Doña Urraca á Don Alfonso
Mensajero fué á enviar ;
La nuevas que le traian
A él gran placer le dan.
—Rey Alfonso, rey Alfonso,
Que te envian á llamar ;
Castellanos y leoneses
Por rey alzado te han,
Por la muerte de Don Sancho,
Que Bellido fué á matar :
Solo entre todos Rodrigo,
Que no te quiere acetar,
Porque amaba mucho al Rey
Quiere que hayas de jurar
Que en la su muerte, señor,
No tuviste que culpar.
—Bien vengais, los mensajeros,
Secretos querais estar,
Que si el rey moro lo sabe
El aquí nos detendrá.—
El conde Don Peranzures
Un consejo le fué á dar,
Que caballos bien herrados
Al reves habian de herrar.
Descuélganse por el muro,
Salense de la ciudad,
Fuéron á dar á Castilla
Do esperándolos estan.
Al Rey le besan la mano,
El Cid no quiere besar,
Sus parientes castellanos
Todos juntado se han.
—Heredero sois, Alfonso,
Nadie os lo quiere negar ;
Pero si os place, señor,
Non vos debe de pesar
Que nos fagais juramento
Cual vos lo quieren tomar,
Vos y doce de los vuesos,
Los que vos querais nombrar,
De que en la muerte del Rey
Non tenedes qué culpar.
—Placeme, los castellanos,
Todo os lo quiero otorgar.—
En Santa Gadea de Búrgos
Allí el Rey se va á jurar ;
Rodrigo tomó la jura
Sin un punto mas tardar,
Y en un cerrojo bendito
Le comienza á conjurar :
—Don Alonso, y los leoneses,
Venimos vos á salvar
Que en la muerte de Don Sancho
Non tuvisteis que culpar,
Ni tampoco d'ella os plugo,
Ni á ella disteis lugar :
Mala muerte hayais, Alfonso,
Si non dijerdes verdad,
Villanos sean en ella
Non hidalgos de solar,
Que non sean castellanos,
Por mas deshonra vos dar,
Sino de Asturias de Oviedo
Que non vos tengan piedad.
—Amen, amen, dijo el Rey,
Que non fui en tal maldad.—
Tres veces tomó la jura,
Tantas le va á preguntar.
El Rey viéndose afincado,
Contra el Cid se fué á airar :
—Mucho me afincais, Rodrigo,
En lo que no hay que dudar,
Cras besarme heis la mano,
Si agora me haceis jurar :
—Si, señor, dijera el Cid,
Si el sueldo me habeis de dar
Que en la tierra de otros reyes
A fijosdalgos les dan.
Cuyo vasallo yo fuere
Tambien me lo ha de pagar ;
Si vos dármelo quisiéredes,
A mi placer me vendrá.—
El Rey por tales razones
Contra el Cid se fué á enojar ;
Siempre desde allí adelante
Gran tiempo le quiso mal.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Aunque este romance haya experimentado alteraciones en su trasmision oral, todo demuestra que es de los verdaderamente viejos, y no de los calcados sobre la prosa de una crónica. — Es muy extraño por esto no verle incluido en el *Cancionero de romances*, ni en ninguna otra coleccion de su tiempo, fuera de la de Escobar, que es posterior.

809.

AL MISMO ASUNTO. — LXXXVI.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Muerto es el rey Don Sancho,
Bellido muerto lo habia :
Don Alfonso, ese su hermano,

Sobre Zamora yacia,
Las manos por Rey le besan,
Leoneses y de Castilla;
Asturianos y gallegos
Por su rey lo recebian,
Y tambien esos navarros,
Por señor le obedecian.
El Cid no lo quiere hacer:
Don Alfonso le decia:
—Todos por señor me toman,
Por rey jurado me habian,
Vos, Cid, solo no quereis,
¿Qué es la causa que ende habia?
Ca yo siempre os hice bien
Y a mi padre prometia,
Cuando murió en Cabezon,
Y d'este mundo partia:
Haced lo que hacen, Cid,
Yo vos lo agradeceria.—
El Cid se levantó en pié,
Al Rey ansi respondia:
—Señor, todos los que vedes
Muy grande sospecha habian,
Que por el vuestro mandado
El rey Don Sancho moria:
Si vos d'ello no os salvais,
La mano no os besaria.
Pláceme, dijera Alfonso,
Que culpa ninguno habia,
Lo que pedis tengo á bien,
Por muy bueno os contaria;
Y de aquí os juro á Dios,
Y aquella vírgen María,
Que lo tal nunca mandé,
Ni consejado lo habia,
Ni cuando su muerte supe
Placer d'ello me venia,
Aunque me echó de la tierra,
Y mi reino me tenia.—
Y á los que estaban presentes,
Su consejo les pedia.
Altos hombres y perlados,
Que jurase le decian
En Santa Agueda de Búrgos,
Idos en su compañía,
Y que el juramento hecho
Libre de aquesto sería.
El Rey lo tuvo por bien,
Para Búrgos se volvia:
Un libro tomara al Cid,
Los Evangelios tenia;
Púsolo sobre el altar,
El Rey las manos ponia.
El Cid le tomó la jura,
Tomósela d'esta guisa,
Díjole:—Rey Don Alfonso,
A jurar vos convenía
Que no fuisteis en consejo
De la muerte que moria
El rey Sancho, vuestro hermano,
Mi señor, que bien queria.
Si vos non decis verdad
Y jurades la mentira,
Plega á Dios que un traidor
A vos os quite la vida;
Que sea vuestro vasallo,
Como Bellido sería
De vuestro hermano Don Sancho,
A quien por señor tenia.—
Don Alfonso dijo amen,
La color tenia perdida:
Otras dos veces la jura
Le tomó como decia.
El Rey recibiera enojo
Contra el Cid, por lo que hacia.
Quisole besar las manos,
Mas el Rey no consentia;
De aquel dia en adelante
El Rey al Cid ha enemiga,
Aunque el Cid es atrevido,
Esforzado á maravilla.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

810.

TOMA EL CID LA JURA AL REY ALFONSO.— LXXXVII.

(*Anónimo.*)

Hizo hacer al rey Alfonso
El Cid un solemne juro
Delante de muchos grandes,
Que se hallaron en Búrgos.
Mandó que con él viniesen
Doce caballeros suyos,
Para que con él jurasen
Cada cual, uno por uno,
En la muerte de Don Sancho,
Que lo mataron seguro
En el cerco de Zamora
A traicion y junto al muro:
Y cuando en el templo santo
Estuvieron todos juntos,
Levantóse del escaño
El Cid, y aquesto propuso:
—Por aquesta santa casa
Donde estamos ende ayuso,
Que digades la verdad
De aquesto que vos pregunto:
Si vos, Rey, fuisteis la causa,
O de los vuesos alguno,
En la muerte de Don Sancho,
Hayais la muerte que él hubo.—
Todos dijeron amen;
Mas el Rey quedó confuso:
Pero por cumplir el voto,
Respondió:—Lo mesmo juro.—
Fincó la rodilla en tierra
Por facer la corte ayuso;
El Cid delante de todos
Al Rey le fabla sesudo:
—Si ayer non vos besé mano,
Mi Rey, á ello fui tenudo;
Mas agora vos la beso
Con todo mi grado y gusto.
En esto que aquí he fablado
No os he fecho agravio alguno,
Que esto debiera al rey Sancho
Como leal vasallo suyo,
Y si aquesto non ficiera
Yo quedara por perjuro,
Et non por buen caballero
Me tuviera todo el vulgo.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

811.

AL MISMO ASUNTO.— EL REY ENOJADO DESTIERRA AL CID.— LXXXVIII.

(*Anónimo.*)

En Santa Agueda de Búrgos
Do juran los hijosdalgo,
Le tomaban jura á Alfonso
Por la muerte de su hermano.
Tomabasela el buen Cid,
Ese buen Cid castellano,
Sobre un cerrojo de fierro,
Y una ballesta de palo,
Y con unos Evangelios
Y un Crucifijo en la mano.
Las palabras son tan fuertes,
Que al buen Rey ponen espanto:
—Villanos mátente, Alfonso,
Villanos, que no fidalgos,
De las Asturias de Oviedo,
Que no sean castellanos;
Mátente con aguijadas
No con lanzas ni con dardos,

Con cuchillos cachicuernos,
No con puñales dorados;
Abarcas traigan calzadas,
Que no zapatos con lazos;
Capas traigan aguaderas,
No de contray ni frisado;
Con camisones de estopa,
No de holanda, ni labrados;
Cabalguen en sendas burras,
Que no en mulas ni en caballos;
Frenos traigan de cordel,
Que no cueros fogueados;
Matente por las aradas,
Que no en villas ni en poblado;
Sáquente el corazon vivo
Por el siniestro costado,
Si no dices la verdad
De lo que eres preguntado,
Sobre si fuiste ó no
En la muerte de tu hermano.—
Las juras eran tan fuertes
Que el Rey no las ha otorgado.
Allí habló un caballero
Que del Rey es mas privado :
—Haced la jura, buen Rey,
No tengais d'eso cuidado,
Que nunca fué rey traidor,
Ni papa descomulgado.—
Jurado habia el buen Rey,
Que en tal nunca fué hallado;
Pero tambien dijo presto,
Malamente y enojado :
—¡Muy mal me conjuras, Cid!
¡Cid, muy mal me has conjurado!
Porque hoy le tomas la jura
A quien has de besar mano.
Vete de mis tierras, Cid,
Mal caballero probado,
Y no vengas mas á ellas
Dende este dia en un año.
—Pláceme, dijo el buen Cid,
Pláceme, dijo, de grado,
Por ser la primera cosa,
Que mandas en tu reinado :
Por un año me destierras,
Yo me destierro por cuatro.—
Ya se partia el buen Cid
A su destierro de grado
Con trescientos caballeros,
Todos eran hijosdalgo,
Todos son hombres mancebos,
Ninguno allí no habia cano,
Todos llevan lanza en puño,
Con el fierro acicalado,
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado,
Y no le faltó al buen Cid
Adonde asentar su campo.

(*Cancionero de romances.*)

¹ Es con algunas variantes el mismo del número 812, que empieza : *En Santa Gadea de Búrgos*, etc.

812.

AL MISMO ASUNTO.—LXXXIX.

(*Anónimo* [1].)

En Santa Gadea de Búrgos
Do juran los fijosdalgo,
Allí le toma la jura
El Cid, al rey castellano.
Las juras eran tan fuertes,
Que á todos ponen espanto;
Sobre un cerrojo de hierro
Y una ballesta de palo :
—Villanos matente, Alfonso,
Villanos, que non fidalgos
De las Asturias de Oviedo [2],
Que no sean castellanos.
Matente con aguijadas,
No con lanzas ni con dardos;
Con cuchillos cachicuernos,
No con puñales dorados;
Abarcas traigan calzadas,
Que non zapatos con lazos;
Capas traigan aguaderas [3],
Non de contray, ni frisado;
Con camisones de estopa,
Non de holanda, ni labrados;
Vayan cabalgando en burras,
Non en mulas ni caballos;
Frenos traigan de cordel,
Non de cueros fogueados;
Matente por las aradas,
Non por villas ni poblados,
Y sáquente el corazon
Por el siniestro costado,
Si non dijeres verdad
De lo que te es preguntado,
Si fuiste, ni consentiste
En la muerte de tu hermano.—
Jurado tiene el buen Rey,
Que en tal caso no es hallado;
Pero con voz alterada
Dijo muy mal enojado :
Cid, hoy me tomas la jura,
Despues besarme has la mano.—
Respondiérale Rodrigo;
D'esta manera ha fablado :
—Por besar mano de rey [4]
No me tengo por honrado;
Porque la besó mi padre
Me tengo por afrentado.
—Vete de mis tierras, Cid,
Mal caballero probado,
Y no me estés mas en ellas
Desde este dia en un año.—
—Pláceme, dijo el buen Cid,
Pláceme, dijo, de grado,
Por ser la primera cosa,
Que mandas en tu reinado :
Tú me destierras por uno,
Yo me destierro por cuatro.—
Ya se despide el buen Cid,
Sin al Rey besar la mano,
Con trescientos caballeros,
Esforzados fijosdalgo;
Todos son hombres mancebos,
Ninguno hay viejo ni cano;
Todos llevan lanza en puño
Con el hierro acicalado,
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado.

(TIMONEDA, *Rosa española.*—H. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

¹ Aunque este romance es casi idéntico al anterior, pues tiene trozos enteros comunes á él, son tantas las variantes, no solo en los versos sino tambien en el espíritu que domina en ellos, que pueden considerarse como obras distintas. Cual de los dos sea mas antiguo, no es fácil de decidirse; pero sí asegurarse que el primero se desvia ménos del carácter mesurado y caballeroso que nuestros antepasados gustaban suponer en el Cid, que sin desmentir su valor sabia respetar y hacerse respetar de los reyes, tal como aparece en el poema suyo, que es acaso el documento mas antiguo de poesía castellana que nos queda.

² Los siervos que los próceres godos llevaron á Asturias, huyendo de la invasion árabe, constituyeron allí la clase de villanos dedicados á las labores del campo, miéntras los demas vecinos iban á la guerra ó se defendian. Estos siervos, llamados de criazon, apénas fuéron conocidos en Castilla, que en su reconquista fué poblada por pecheros y solariegos, que á la vez que colonos eran soldados, y fronterizos que peleaban y extendian la reconquista. Estos pobladores, aunque fuesen algunos de origen servil, nunca se consideraron como adscriptos al terreno, puesto que sometiéndose á ciertas condiciones, eran dueños de dejarle.

³ Estas capas eran de paja entera, ó de heno, y ademas de ser de abrigo, no se dejaban penetrar del agua, porque se

parecian al techado de una choza. Aun se conserva su uso en Asturias y en Galicia

[1] Este y los tres siguientes versos se hallan tambien en el romance que dice: *Cabalga Diego Lainez*, número 751. (Véase la nota allí puesta donde se cita el poema que pudo sugerirlos y prestar su espíritu á ambos romances.)

813.

HECHA LA JURA, EL REY INCREPA AL CID POR EL RIGOR CON QUE SE LA TOMÓ.—XC.

(*Anónimo* [1].)

—Fincad ende mas sesudo,
Don Rodrigo, con vos fablo,
Catad que soy vuestro rey,
Magüer que no esté jurado,
Y este cerrojo de hierro,
Y esta ballesta de palo,
Como fincan en mi jura,
Fincan tambien en mi agravio.
Yo fago testigo á Dios,
Y á nuestro patron Santiago,
Que non he sido traidor
En la muerte de Don Sancho.
Non mostreis, con ser sañudo,
Ser, Rodrigo, apasionado,
Que magüer que haya razon,
Se ha de humillar el vasallo.
Si con las huestes, Rodrigo,
Fincades sañudo y bravo,
Sed con los reyes humilde,
Y seréis mas estimado.
Non eclipseis con la lengua
Los fechos de vuestros brazos,
Que el fablar sin ocasion
Es de homes afeminados.
Bien se me lembra del tiempo
Que como noble soldado
Habeis servido en las lides
A mi padre Don Fernando;
Mas non vos ensoberbezcan
Los triunfos que heis alcanzado,
Que es la jactancia un borron,
Que borra fechos muy claros.
Decis que si parte he sido
En la muerte de mi hermano,
Que me dén villanos muerte;
Fablais bien, serán villanos:
Non fincará contra rey
Ningun vasallo fidalgo,
Que un fidalgo nunca emprende
Facer tal desaguisado.—
Esto dijo Don Alfonso
Teniendo puesta la mano
Sobre un cerrojo de hierro,
Y una ballesta de palo.

(*Romancero general.*)

[1] En vano se afecta aquí un lenguaje muy antiguo: el romance descubre ser de fines del siglo XVI.

814.

AL MISMO ASUNTO.—XCI.

(*De Lúcas Rodriguez.*)

Despues que sobre Zamora
Murió el noble rey Don Sancho,
Vino á reinar en Castilla
Un Don Alfonso su hermano.
Pide por herencia el reino,
Que de derecho ha heredado,
Y para alzalle por Rey
Los grandes han acordado
Que entrase en Santa Gadea
Y jurase si era salvo
De aquella tan cruda muerte,
Que dieron al rey su hermano.
Don Alonso que lo supo,
Dijo que lo harie de grado.
Muchos señores de salva
Entran con él á su lado,
Y cuando estuvieron dentro
Las puertas le habien cerrado.
Sobre una ara consagrada
Y un Crucifijo dorado,
Y en un cerrojo de acero,
Como era acostumbrado,
Viénele á tomar la jura
Ese buen Cid castellano.
De las palabras que dice
Están muy maravillados:
—Nunca reines, rey Alonso,
En tu reino ningun año,
Y despues que muerto fueres
El alma te lleve el diablo,
Si supiste ó consentiste
En la muerte de Don Sancho.—
Nunca le respondió cosa,
Antes le estaba mirando.
Luego habló Pero Anzures,
Un ayo que lo ha criado:
—Poné la mano, señor,
Y jurá pues, que estais salvo,
Que nunca fuistes traidor,
Ni sabeis nada en tal caso.—
Luego hizo Don Alfonso
Lo que le mandó su ayo:
Puso la mano y juró
A Dios que le habia criado,
Que no consintió, ni supo
En la muerte de Don Sancho;
Y en haciendo el juramento,
Contra el Cid se habia encarado.
Las palabras que le dice
Son de hombre muy airado:
—Enojado estoy, buen Cid,
Porque así me has maltratado;
Mas con esto me consuelo,
Que no se cumple hoy el año,
Que si me tomas la jura
Luego serás mi vasallo.—
Con ansia responde el Cid,
D'esta suerte le ha hablado:
—Como lo usareis, buen Rey,
Como lo fueres usando.—
Poniendo mano á la espada
Se sale el Cid castellano,
Y con voz muy alterada
En una cruz ha jurado
De nunca entrar en sus cortes,
Ni obedecer su mandado,
Hasta tanto que tres veces
Se lo hubiese el Rey rogado.
Cabalgó y fuése luego
De muchos acompañado.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

815.

AL MISMO ASUNTO.—XCII.

(*Anónimo.*)

Por la muerte que le dieron
En Zamora al rey Don Sancho,
Han jurado al rey Alfonso
Los hombres buenos y honrados,
Castellanos y leoneses,
Con gallegos y asturianos.
El Cid rehusa la jura
Y así el buen Rey le ha fablado:
—Decid, ¿por qué non quereis,
Buen Cid, besarme la mano,
Pues que lo han hecho los grandes
Cuantos hay en mi reinado?—
El Cid respondió: —Señor,

Ficiéralo de buen grado,
Si no fuera por el vulgo,
Que gran sospecha ha tomado
Que por vuestra órden y mia
A traicion murió Don Sancho.
Para que mejor se entienda
La verdad y lo contrario,
Es bien que fagais la jura,
En un altar consagrado,
De que nunca hubisteis parte
En hecho tan feo y malo.—
El Rey fué contento d'esto,
Y en un altar consagrado,
Ambas las dos manos puso
Sobre un Evangelio santo,
Diciendo non haber parte
En la muerte de su hermano.
El Cid tres veces repite,
Por lo que el Rey enojado
Le dijo:— Basta que hagais
Lo justo, y no demasiado;
Pero yo juro y prometo
Que presto me haga vengado.
—Buen Rey, faced vuestra guisa,
Respondió el Cid sosegado,
Que yo tengo hecho mi oficio
Como caballero honrado.

(*Romancero general.*)

816.

SITIANDO ALONSO VI EN TORO A SU HERMANA ELVIRA, SE ENAMORA DE ELLA; MAS SABIDO QUIÉN ERA, QUIERE HACER QUE LA MATEN: EL CID SE OPONE, EL REY SE ENOJA.—XCIII.

(*Anónimo* [1].)

En las almenas de Toro,
Allí estaba una doncella,
Vestida de negros paños,
Reluciente como estrella:
Pasara el rey Don Alonso,
Namorado se habia d'ella,
Dice:— Si es hija de rey
Que se casaria con ella,
Y si es hija de duque
Serviria por manceba.—
Allí hablara el buen Cid,
Estas palabras dijera:
—Vuestra hermana es, señor,
Vuestra hermana es aquella.
—Si mi hermana es, dijo el Rey,
Fuego malo encienda en ella:
Llámenme mis ballesteros;
Tírenle sendas saetas,
Y á aquel que la errare
Que le corten la cabeza.—
Allí hablara el Cid,
D'esta suerte respondiera.
—Mas aquel que la tirare
Pase por la misma pena.
—Íos de mis tiendas, Cid,
No quiero que estéis en ellas.
—Pláceme, respondió el Cid,
Que son viejas, y no nuevas:
Irme he yo para las mias,
Que son de brocado y seda,
Que no las gané holgando,
Ni bebiendo en la taberna;
Ganélas en las batallas
Con mi lanza y mi bandera.

(TIMONEDA, *Rosa española*.— It. WOLF, *Rosa de romances*.)

[1] Pertenece á la clase de romances viejos de la época tradicional. El asunto de que trata no lo hemos visto en otro: Lope de Vega hizo sobre el asunto una comedia, cuyo título es: *Las almenas de Toro*.

817.

DEFIENDE EL CID AL REY MORO DE SEVILLA CONTRA EL DE GRANADA, Y TOMA EL SOBRENOMBRE DE CAMPEADOR.—XCIV.

(*Anónimo* [1].)

Ese buen Cid Campeador
Ya se parte de Castilla:
Por mando del rey Alfonso
Lleva su mensajería
A Almucanis, ese moro
Rey de Córdoba y Sevilla,
Para que le dé las parias
Pasadas que le debia.
En Sevilla estaba el Cid
Faciendo à lo que venía.
Mudafar, rey de Granada,
A Almucanis mal queria:
Caballeros castellanos
Mudafar consigo habia;
Son de los mas estimados
Que habia dentro en Castilla:
Don García Ordoño el uno,
Que conde todos decian;
Fernan Sanchez era el otro,
Yerno del rey Don García,
Y Lope Sanchez, su hermano,
Estaba en su compañía,
Y otro caballero honrado,
Diego Perez se decia.
Ellos con grandes poderes
Con el Mudafar venian
Contra Almucanis el rey,
Que pechero es de Castilla.
El Cid cuando aquesto supo
Mucho pesado le habia:
Enviárales sus cartas,
Y en ellas así decia:
«Que non vengan con su gente
»Contra el reino de Sevilla,
»Que es pechero al rey Alfonso
»Con quien amistad tenia:
»Y si lo quieren facer,
»Que su Rey ayudaria
»A Almucanis su vasallo,
»Que otra cosa no pedia.»
Recibido han las cartas,
Mas en nada las tenian:
Entran en tierras del Rey,
Del rey moro de Sevilla:
Quemando van y estragando
Fasta Cabra, aquesa villa.
El Cid, cuando aquesto supo,
Contra ellos se partia:
Moros llevaba consigo,
Cristianos los que podia.
Las huestes se habian juntado,
El Cid mataba y heria:
Muy reñida es la batalla,
Durado ha casi un dia,
Fasta que venciera el Cid
Y en huida los ponia.
A caballeros cristianos
El buen Cid muchos prendia,
De moros non habia cuenta
Los que cautivado habia.
Tres dias tuviera presos
Los cristianos que vencia;
Volvióse con gran despojo
A Sevilla, do partia:
Almucanis dió las parias,
Y á Castilla se volvia.
Mucho plugo al rey Alfonso
De lo que el Cid fecho habia,
Y de aquel dia adelante
Al Cid, *Campeador*, decian.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.— It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] Aunque no es de Sepúlveda, es de su tiempo y del género de los suyos.

818.

QUERELLA DEL CID CON BERMUDO, ABAD DE CARDEÑA.—XCV.

(*Anónimo* [1].)

Fablando estaba en el claustro [2]
De San Pedro de Cardeña
El buen rey Alfonso al Cid,
Despues de misa, una fiesta:
Trataban de las conquistas
De las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo,
Que amor disculpa y condena.
Propuso el buen Rey al Cid
El ir á ganar á Cuenca,
Y Rodrigo mesurado
Le dice desta manera:
—Nuevo sois, el rey Alfonso,
Nuevo rey sois en la tierra;
Antes que á guerra vayades
Sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
Por los reyes que se ausentan,
Que apénas han calentado
La corona en la cabeza,
Y vos no estais muy seguro
De la calunia propuesta
En la muerte de Don Sancho
Sobre Zamora la vieja;
¡Que aun hay sangre de Bellido,
Magüer que en fidalgas venas,
Y el que fizo aquel venablo,
Si le pagan fará treinta!—
Bermudo en lugar del Rey
Dice al Cid: — Si vos aquejan
El cansacio de las lides
O el deseo de Jimena,
Idvos á Vivar, Rodrigo,
Y dejadle al Rey la empresa,
Que homes tiene tan fidalgos
Que non volverán sin ella.
—¿Quién vos mete, dijo el Cid,
En el consejo de guerra,
Fraile honrado, á vos agora,
La vuesa cogulla puesta?
Subid vos a la tribuna
Y rogad á Dios que venzan,
Que non venciera Josué
Si Moises non lo ficiera:
Llevad vos la capa al coro,
Yo el pendon á las fronteras,
Y el Rey sosiegue su casa
Antes que busque la ajena,
Que non me farán cobarde
El mi amor, ni la mi queja,
Que mas traigo siempre al lado
A Tizona, que á Jimena.
—Home soy, dijo Bermudo,
Que ántes que entrara en la regla,
Si non vencí reyes moros
Engendré quien los venciera,
Y agora en vez de cogulla,
Cuando la ocasion se ofrezca,
Me calaré la celada,
Y porné al caballo espuelas.
—¡Para fugir, dijo el Cid,
Podrá ser, padre, que sea,
Que mas de aceite, que sangre,
Manchado el hábito muestra!
—Calládes, le dijo el Rey,
En mal hora, que no en buena;
Acordársevos debia
De la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
Que farán fablar las piedras,
Pues por cualquier niñería
Faceis campaña la iglesia.—
Pasaba el conde de Oñate
Que llevaba la su dueña,
Y el Rey, por facer mesura,
Acompañóla á la puerta.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Aquí empiezan los romances del Cid desavenido con el rey Alfonso, hasta que conquistó á Valencia y le envió parias. Se comprenden tambien los de Martin Pelaez.

[2] Entre todos los romances del Cid, que tratan de sus desavenencias con el rey Alfonso, estos tres que siguen son los mejores, y forman el cuadro mas interesante de su historia. En ellos se ve la firmeza respetuosa con que el Cid, sin insulto ni descortesía, se defiende. Aunque el lenguaje es antiguo, y antiguas sus ideas, su construccion indica que pertenecen á las últimas décadas del siglo XVI.

819.

QUERELLA DEL REY CONTRA EL CID, Á QUIEN DESTIERRA.—XCVI.

(*Anónimo.*)

— Si atendeis que de los brazos
Vos alce, atended primero,
Si no es bien que con los mios
Cuide subirvos al cielo:
¡Bien estais atinojado,
Que es pavor veros enhiesto!
Que asiento es, asaz debido,
El suelo, de los soberbios!
¡Descubierto estais mejor,
Despues que se han descubierto
De vuesas altanerías
Los mal guisados excesos!
¿En qué os habeis empachado,
Que dende el pasado invierno
Non vos han visto en las Cortes,
Puesto que Cortes se han fecho?
¿Por qué, siendo cortesano
Traeis la barba y cabello
Descompuesto, y desviada
Como los padres del yermo?
¡Pues aunque vos lo pregunto,
Asaz que bien os entiendo!
¡Bien conozco vuesas mañas
Y el semblante falagüeño!
Querréis decir que cuidando
En mis tierras y pertrechos,
Non cuidades de aliñarvos
La barba y cabello luengo.
Al de Alcalá contrallasteis
Mis treguas, paz y concierto,
Bien como si el querer mio
Tuviérades por muy vueso:
A los fronterizos moros
Diz que teneis por tan vuesos,
Que os adoran como á Dios;
¡Grandes algos habréis d'ellos!
Cuando en mi jura os hallasteis,
Despues del triste suceso
Del rey Don Sancho mi hermano,
Por Bellido traidor muerto,
Todos besaron mi mano,
Y por rey me obedecieron:
Solo vos me contrallasteis
Tomándome juramento:
En Santa Gadea lo fice
Sobre los cuatro Evangelios,
Y en el balleston dorado
Teniendo el cuadrillo al pecho.
Matárades á Bellido
Si ficierais como bueno,
Que no ha faltado quien dijo
Que tuvisteis asaz tiempo:
Fasta el muro lo seguisteis,
Y al entrar la puerta dentro
¡Bien cerca estaba quien dijo,
Que non osasteis de miedo!
Y nunca fuéron los mios
Tan astutos y mañeros,

Que cuidasen que Don Sancho
Murióse por mis consejos:
Murió porque á Dios le plugo
En su juicio secreto,
Quizá porque de mi padre
Quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados,
Desavenencias y tuertos,
Con título de enemigo
De mis reinos vos destierro.
Yo tendré vuesos condados
Fasta saber por entero,
Con acuerdo de los mios,
Si confiscarvoslos puedo.
¡Non repliquedes palabra,
Que vos juro por San Pedro,
Y por San Millan bendito,
Que vos enforcaré luego! —
Estas palabras le dijo
El rey Don Alfonso el Sexto,
Inducido de traidores,
Al Cid, honor de sus reinos.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.* — H. Escobar, *Romancero del Cid.*)

820.

RESPONDE EL CID Á LA QUERELLA DEL REY. — XCVII.

(*Anónimo.*)

— Téngovos de replicar
Y de contrallarvos tengo,
Que no han pavor los valientes
Ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
A manos de los denuestos,
Ménos mal será enforcarme
Que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra homildoso
A guisa de vueso siervo,
Que teniendo los mis brazos
Cuido alzarme sin los vuesos.
Cúbranse y non vos acaten
Los ociosos falagüeños,
Que magüer yo non lo soy
Me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo Cortes
Desde antaño por invierno,
Diz que por la pro comun,
O por los vuesos provechos:
Vos en Leon las ficisteis,
Pero yo en los campos yermos
Faciendo las mias, desfice
Del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,
Non lo que fice primero,
Y es mal juzgador quien juzga
Sin notar todo el proceso.
Folgá que el moro de allende
Respete mis fechos buenos,
Que si non me los respeta
Non vos guardará respeto.
¡Asaz me semejais blando,
Porque de tiempo tan luengo
De apretarvos en la jura
Vos duele el escocimiento!
Mentirá el que me achacare
Del traidor D'Olfos el tuerto,
Pues sabedes lo que fué
Y lo que fice en el reto;
Ademas que sin espuelas
Cabalgué entónces por yerro:
¡Vencen pesadas falsías
Al noble y sencillo pecho!
Y pues gasté mis haberes
En prez del servicio vueso,
Y de lo que hube ganado
Vos fice señor y dueño,
Non me lo confiscarédes
Vos, ni vuesos consejeros,
Que mal podrédes tollerme
La facienda que non tengo.
De hoy mas seré facendoso,
Pues hoy de vos me destierro,
Y de hoy para mí me gano,
Pues hoy para vos me pierdo. —
Estas palabras decia
El noble Cid, respondiendo
A las querellas injustas
Del rey Don Alfonso el Sexto.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.* — H. Escobar, *Romancero del Cid.*)

821.

LAMÉNTASE EL CID DE LA INGRATITUD CON QUE EL REY LE TRATA, Y SALE DESTERRADO. — XCVIII.

(*Anonimo.*)

Del rey Alfonso se queja
Ese buen Cid castellano
Por la injusta paga y premio
Que á sus servicios ha dado.
Dice entre airado y furioso,
El rostro triste y turbado:
— No te llamo, Rey, injusto,
Porque al fin soy tu vasallo,
Ni porque me desterraste
De tu reino y mi condado,
Solo porque me perdí
En hacer tu gusto y grado.
Mal quisto estoy con el mundo
Por acrecentar tu Estado,
Y por suplir tus flaquezas,
Dicen que robo y que mato.
Esos falsos consejeros,
Que te están aconsejando,
Corderos en la apariencia
Y lobos en los estragos,
¡Oh cuán fáciles te hacen
Mil dificultosos casos,
Que quizá sin mi presencia
Resultarán en mil daños!
Acuérdate, rey Alfonso,
Que soy el Cid tu vasallo,
Mas presto para servirte
Que tú para darme el pago
De mis honrados servicios;
Aunque tú me has desterrado,
Movido, segun entiendo,
De que estoy atesorando,
Y sin mirar que si tengo
Algo, todo lo he ganado
A trueco de sangre y fuerza
De mi cuerpo y de mi brazo,
Y no viviendo en el ocio
Que hay en tu real palacio,
Donde se pasan los dias
En hacer grandes estragos,
No en los moros fronterizos,
Sino en deshonrar hidalgos.
No quiero ya tus favores,
Rey, de todos tus privados,
Que sin ellos los tendré
De muchos buenos hidalgos. —
Esto decia Rodrigo
Cuando estaba aparejando
Lo necesario y forzoso
Para salir desterrado.

(*Romancero general.*)

822.

AL MISMO ASUNTO.—XCIX.

(*Anónimo.*)

De palacio sale el Cid
Sentido de una palabra,
Que quien palabras no siente
El sentimiento le falta.
Las manos tuerce furioso,
Aunque no por castigarlas,
Porque contra su cabeza
Sus manos no se levantan.
Hechos dos Etnas los ojos
Brotan fuego y vivas llamas,
Porque en ellos como en lienzo
Pinta su pasion el alma.
Erizados los cabellos,
Revuelta la barba cana,
Que el tiro de la deshonra
Descompone barba-canas.
Paséase sin compas
Y alterada voz levanta,
Que el corazon, con decir
Su pesadumbre, descansa:
— Mal fablastes de mí, el Rey,
Con voz muy desentonada;
Yo, palabra non vos dije,
Ca por mí mis obras fablan,
Y fablara mi Tizona
Por mi honor y por su fama,
Sino que el ser vos quien sois
La enmudece en la su vaina.
Vuestra fabla, rey Alfonso,
A mi fama non la infama,
Ca el señor á su vasallo
Aunque mas diga no agravia.
Desterráisme de mi tierra,
D'esto non me finca saña;
Ca el hombre bueno, fidalgo,
De tierra ajena hace patria.
Están muchos envidiosos,
Junto á vós, de mis fazañas,
Ca de ordinario la envidia
A la virtud acompaña.
Dicen entre juglerías
Razones desaguisadas,
Y porque non vomitedes
Va la píldora dorada.
Mil mentiras falagüeñas,
Non verdades, á vos fablan;
Ca una vegada bregaron
La verdad é la privanza.
Non sentirédes mi mengua
Fasta la primer batalla,
Ca el bien non es conocido
Fasta que nos face falta.—
Esto dijo el Cid Ruy Diaz
Cuando en Babieca cabalga,
Y hácia Valencia camina,
Tierra rica, hermosa y llana.

(*Romancero general.*)

823.

OTRO DEL DESTIERRO DEL CID.—C.

(*Anónimo* [1].)

Grande saña cobró Alfonso
Contra el buen Cid castellano,
Porque le tomó la jura
De la muerte de su hermano:
Encubrió la su enemiga,
Aguardó á hacerse vengado.
El rey moro de Toledo,
Que Alimaimon es llamado,
Del Cid se quejara al Rey
Que en su reino se habia entrado,
Y hasta dentro de Toledo
Sus moros ha cautivado:
Siete mil son los cautivos,
Sin otro mucho ganado.
Mucho al rey Alfonso pesa,
Contra el Cid estaba airado;
Mucho mas que ántes estaba,
Con el Rey lo habian mezclado
Por envidia que le tienen
Los grandes de su reinado.
Escribióle el Rey al Cid,
Que salga de su reinado
Dentro de los nueve dias,
Que mas no le da de plazo.
El buen Cid á sus parientes
Las cartas les ha mostrado:
Todos se quejan del Rey
De haberlo tan mal mirado
Desterrando un caballero,
Tan valiente y esforzado,
Que muy bien habia servido
A él, á su padre y su hermano.
Ofrécense de ir con él
A lo servir muy de grado,
Y que todos moririan
Con él juntos en el campo.
El Cid les agradecia
La palabra que le han dado,
Y otro dia salió el Cid
De Vivar, que era su Estado,
Con toda su compañía
Con ánimos esforzados:
Volvióse á sus caballeros
Y esto les está fablando:
— Amigos, si á Dios pluguiese
Que á Castilla nos volvamos,
Digovos que tornarémos
Todos muy ricos y honrados.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Pertenece á la clase y época de los de Sepúlveda.

824.

RESPONDE EL CID Á LA ÓRDEN DE SU DESTIERRO, Y OBEDIENTE AL REY, OFRECE SERVIRLE Y ENGRANDECERLE Á PESAR DE SU INGRATITUD.—CI.

(*Anónimo* [1].)

— Obedezco la sentencia,
Magüer que non soy culpado,
Pues es justo mande el Rey,
Y que obedezca el vasallo;
Y plegue á Nuesa Señora
Que vos faga aventurado,
Tal que non echedes ménos
La mi espada ni el mi brazo.
Bien cuido que non vos mueve
Servos yo desaguisado;
Sé que envidiosos á veces
Manchan los pechos fidalgos:
«Mas al fin el tiempo vos será testigo
»Que ellos mujeres son, y yo Rodrigo.»
Esos bravos infanzones
Que comen á vueso lado,
Consejeros mentirosos,
Lidiadores en palacio,
¿Como non vos acorrieron
Cuando preso vos llevaron,
Y cuando yo vos quité,
Solo, á trece en medio el campo,
Sinon que á rienda suelta
Fuyeron los amenguados
Donde mostraron tener
Lengua asaz y pocas manos?
«Mas al fin el tiempo vos será testigo
»Que ellos mujeres son, y yo Rodrigo.»
Membradvos, rey Don Alfonso,
De lo que agora vos fablo,
Vos con saña, yo sesudo,

Vos vengado, y yo agraviado :
Que yo fago pleitesía
A San Pedro y á San Pablo
De mezclar, Dios en ayuso,
Mi hueste con los paganos ;
Y si finco vencedor
Poner á vueso mandado
Los castillos y fronteras,
Pueblos, haberes, vasallos :
«Mas al fin el tiempo vos será testigo
»Que ellos mujeres son, y yo Rodrigo.»
(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] De la última década del siglo XVI.

825.

EXCUSA EL REY SU PORTE CON EL CID, DICIENDO QUE LE DESTIERRA SOLO POR CONTENER SUS DEMASIADOS BRIOS.— CII.

(*Anónimo.*)

Escuchó el rey Don Alfonso
Las palabras halagüeñas
Del Cid en su despedida,
Cuando se partió á la guerra;
Y dijo á sus infanzones :
— Hoy deja nuestras banderas
El home mas animoso
Que sangre de moros riega;
Y aunque parezca osadía
El fablar con tantas véras,
Non fuéron atrevimientos,
Supuesto que lo asemejan.
Los amoríos del alma
En el pecho do se encierran
Lealtad y amor, con su rey
Tienen para hablar licencia.
Alongado va al destierro,
Y veo que en su presencia
Es solo un home el que parte,
Y mil voluntades lleva ;
Y cuido que un buen guerrero,
Cuando de su rey se ausenta,
Reprochado de su corte
Se ha de tener á la ajena,
Que de un edificio grande,
Si se le rompe una piedra,
Por solo su desencaje
Se suele venir á tierra.
No hay folgarse entre los reyes,
Que nunca los reyes fuelgan
Cuidando el pro de sus reinos,
Y haciendo en los lueñes guerra.
Si fidalgos con la espada
Por su rey en lides entran,
El rey con espada y alma
Anda, padece y pelea.
¡ Gran lidiador es el Cid !
¡ Fuerte y noble en gran manera!
Pero si no es homildoso,
De Dios y del rey, ¿qué espera ?
Conviene que el Cid se alongue,
Y dirán en lueñes tierras,
Que Alfonso face justicia,
Y en castigo á nadie excepta.
(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general.*)

826.

EL CID, PARA PAGAR SU GENTE, SACA CON ASTUCIA DINERO A UNOS JUDÍOS.— CIII.

(*Anónimo.*)

Don Rodrigo de Vivar
Está con Doña Jimena
De su destierro tratando,
Que sin culpa le destierran.
El rey Alfonso lo manda,
Sus envidiosos se huelgan,
Llórale toda Castilla,
Porque huérfana la deja.
Gran parte de sus haberes
Ha gastado el Cid en guerra :
No halla para el camino
Dinero sobre su hacienda.
A dos judíos convida,
Y sentados á su mesa
Con amigables caricias
Mil florines les pidiera.
Díceles que por seguro
Dos cofres de plata tengan,
Y que si dentro de un año
No les paga, que la vendan,
Y cobren la logrería
Como concertado queda.
Dióles dos cofres cerrados,
Entrambos llenos de arena,
Y confiados del Cid
Dos mil florines le prestan.
— ¡ Oh necesidad infame,
A cuántos honrados fuerzas
A que por salir de tí
Hagan mil cosas mal hechas !
¡ Rey Alfonso, señor mio,
A traidores das orejas,
Y á los fidalgos leales
Palacios y orejas cierras!
Mañana saldré de Búrgos
A ganar en las fronteras
Algun pequeño castillo
Adonde mis gentes quepan;
Mas segun son de orgullosos
Los que llevo en mi defensa,
Las cuatro partes del mundo
Tendrán por morada estrecha.
Estarán mis estandartes
Tremolando en las almenas;
Caballeros agraviados
Hallarán guarida en ellas;
Y por conservar el nombre
De tus reinos, que es mi tierra,
Los lugares que ganare
Serán Castilla la Nueva.
(*Romancero general.*— II. Escobar, *Romancero del Cid.*)

827.

HACE EL CID BENDECIR SUS PENDONES, Y JURA ENGRANDECER AL REY, AUNQUE INJUSTO LE DESTIERRA.— CIV.

(*Anónimo.*)

Ese buen Cid Campeador,
Que Dios en salud mantenga,
Faciendo está una vigilia
En San Pedro de Cardeña;
Que el caballero cristiano,
Con las armas de la Iglesia
Debe de guarnir su pecho,
Si quiere vencer las guerras.
Doña Elvira y Doña Sol,
Las sus dos fijas tan bellas,
Acompañan á su madre
Ofreciendo rica ofrenda.
Cantada que fué la misa,
El abad y monjes llegan
A bendecir el pendon,
Aquel de la cruz bermeja.
Soltó el manto de los hombros,
Y en cuerpo, con armas nuevas,
Del pendon prendió los cabos,
Y d'esta suerte dijera :
— Pendon bendecido y santo,
Un castellano te lleva,
Por su rey mal desterrado,

Bien plañido por su tierra.
A mentiras de traidores
Inclinando sus orejas,
Dió su prez y mis fazañas :
¡Desdichado dél y d'ellas!
¡Cuando los reyes se pagan
De falsias halagüeñas,
Mal parados van los suyos,
Luengo mal les viene cerca!
Rey Alfonso, rey Alfonso,
Esos cantos de sirena
Te adormecen por matarte :
¡Ay de ti si no recuerdas!
Tu Castilla me vedaste
Por haber folgado en ella,
Que soy espanto de ingratos,
Y conmigo non cupieran.
¡Plegue á Dios que no se caigan,
Sin mi brazo, tus almenas!
Tú que sientes, me baldonas;
Sin sentir, me lloran ellas.
Con todo, por mi lealtad
Te prometo las tenencias
Que en las fronteras ganaren
Mis lanzas y mis ballestas;
Que venganza de vasallo
Contra el rey, traicion semeja,
Y el sufrir los tuertos suyos
Es señal de sangre buena.—
Esta jura dijo el Cid,
Y luego á Doña Jimena
Y á sus dos fijas abraza :
Mudas y en llanto las deja.

(*Flor de nuevos y varios romances*, 3.a parte.—It. *Romancero general*.—It. Escobar, *Romancero del Cid*.)

828.

EL CID CONQUISTA DE LOS MOROS Á ALCOCER, POR MEDIO DE UNA ESTRATAGEMA.—CV.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega* [1].)

Estando cumpliendo el Cid
El destierro en que yacia,
Aquel á quien Don Alfonso
Mandó salir de Castilla,
Por siniestras relaciones
Que envidiosos hecho habian
Contra el Cid, cosa ordinaria,
Su propicia suerte vista,
Porque siempre al semejante
Cuyas hazañas se estiman
Le nacen fieros contrarios
Del efecto d'ellas mismas,
Viendo que en él y no en ellos
Con razon ponen la vista,
Y que escurece sus nombres
El que ayer no le tenia,
Como si de sus principios
No se tuviese noticia
De que fuéron adquiridos
D'estas tres por una via :
O por privanza con reyes,
O por letras, ó milicia,
Y que al que hoy da su valor nombre
Verle ensalzado se admiran,
Sin por qué, pues no es ventaja
La antigüedad de algun dia,
Y deben de presumir
Que es de sangre ilustre y limpia,
Porque la que no lo es
Nobles acciones no cria.
El sugeto valeroso
Es paraje de la invidia,
Do hacen presa las lenguas
Por mil diferentes vias;
Que como ven que á la fama
Con sus hazañas obligan,
Y las inútiles suyas
Hacen el fin con sus vidas,
Procuran que las ajenas
No se celebren y digan,
Que las ignoren los reyes,
Pretendiendo con malicia,
Queriendo tragarlo todo
Estas inmundas harpías :
Digo pues, que como el Cid
Con la paz no se entendia,
Y en los peligros mayores
Puesta llevase la mira,
Cercó á Alcocer, que de moros
Era una fuerza escogida,
Y la de mas importancia
En las partes fronterizas;
Pero no pudiendo entrarla
Con ásperas baterías,
Echó mano de la industria,
Que no es de ménos estima
Que el valor y fortaleza,
Ni de menor gloria digna,
Cosa loable en la guerra,
Codiciada y permitida.
Hizo pues, para cebarlos,
Que con su gente huia,
Y que levantaba el cerco
Por hambre, sed y fatigas,
Dejándose muchas tiendas
Con preseas varias, ricas,
Porque el codicioso moro
Salga, y el alcance siga,
Trayendo para robarlas
Ménos órden con mas prisa,
Dejando la fuerza sola
Sin quien la entrada resista.
Y fué así, que como viesen
La repentina huida,
Desamparando el castillo
En su seguimiento tiran;
Pero á pequeña distancia
Vuelve con suerte propicia
El famoso de Vivar,
Que una gruesa lanza cimbra,
Y en el bravo sarraceno
Haciendo sangrienta riza,
Sin aventurar soldado
Entró la fuerza y la villa.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias*, etc.)

[1] Es uno de los peores romances que darse pueden.

829.

AL MISMO ASUNTO [1]. — CVI.

(*De Lorenzo de Sepúlveda*.)

Por mando del rey Alfonso
El buen Cid es desterrado;
Caballeros van con él
Trescientos; son hijosdalgo.
Ganó el buen Cid á Alcocer,
Este castillo nombrado :
Los moros en él lo cercan
Con todos sus allegados.
No salen á la batalla,
Por ser muchos los paganos;
Aquese buen Alvar Fañez,
Que de Minaya es llamado,
A las compañas del Cid
Assí les estaba hablando :
— Amigos, salidos somos
De Leon, ese reinado
Do tenemos nuestras tierras,
Y hasta aquí somos llegados :
Menester es el esfuerzo
De que sois tan abastados,
Que á no lidiar con los moros,

Comemos pan mal ganado.
A ellos salgamos luego,
Firámoslos denodados,
Ansi ganaron la honra
Los nuestros antepasados.—
El Cid le dijo : —Minaya,
Vos hablais como esforzado,
Y como buen caballero,
Que lo sois, y muy honrado :
Mostrais bien que descendeis
De buen linaje estimado,
Y que no perdieron honra,
Antes siempre la han ganado,
Y no temieron la muerte
Ni sufrir cualquier quebranto,
Por qu'ella fuese adelante
De quien vos tomais dechado.—
Plugo á Pedro Bermudez,
La su seña le habia dado:
Dijole : —Pedro Bermudez,
Sois muy bueno y esforzado,
Por esto vos doy mi seña,
Como á noble hijodalgo;
No aguijeis con ella mucho,
Hasta ver el mi mandado.—
Respondió Pedro Bermudez :
—Yo os juro, buen Cid honrado,
Por Dios trino, verdadero,
Y al apóstol Santiago,
De la poner hoy en parte
Do jamas hobiera entrado,
Y que ella gane gran honra,
O morir como hidalgo.—
Y con muy crecido esfuerzo
Dió de espuelas al caballo,
Hirió por medio los moros,
Por medio d'ellos fué en salvo;
El Cid tambien los firió,
El campo les ha ganado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.—It. Escobar, *Romancero del Cid*.)

[1] Es el mismo romance, fuera del verso primero, que el del *Romancero del Cid*, de Escobar, que empieza : *Por aquese rey Alfonso*.

830.

TALA EL CID Á LOS MOROS LOS CAMPOS DE VALENCIA, Y DEL BOTIN HACE GRAN PRESENTE AL REY.— CVII.

(*Anónimo*.)

Ya que acabó la vigilia
Aquel noble Cid honrado,
Y dejó á Doña Jimena,
Y á sus dos fijas llorando,
A la vista de San Pedro
En un espacioso llano
Dijo, con grande denuedo,
A los que le están mirando :
—Quinientos fidalgos sois
Los que me heis acompañado,
A quien no diré lo mucho
Que os obliga el ser fidalgos;
Pero, pues que me destierra
El Rey por injustos casos,
Faced cuenta, mis amigos,
Que todos vais desterrados,
Y que han de guardar mi honra
Vueso valor y mi brazo,
Que aunque él ha sido injusto,
No lo han de ser sus vasallos,
Antes derramar la sangre
Por vencer á los contrarios.—
Todos responden : —Buen Cid,
Vueso hablar es excusado,
Pues basta que nos mandeis
Para quedar obligados.—
Por tierras de moros entran,
Muchas batallas ganando,
Rindiendo muchos castillos,
Y reyes atributando.
Tanto pudo el gran valor
De aquel noble Cid honrado,
Que en poco tiempo conquista
Hasta Valencia llegando,
Donde alcanzó gran tesoro,
Y un gran presente ha enviado
Al ingrato rey Alfonso
De cien hermosos caballos,
Todos con ricos jaeces
De diferentes bordados,
Y cien moros, que los llevan
De las riendas, sus esclavos,
Y cien llaves de las villas
Y castillos que ha ganado,
Y tambien al Rey envia
Cuatro reyes sus vasallos :
Aqueste presente lleva
Ordoño, su gran privado.

(*Romancero general*.— It. Escobar, *Romancero del Cid*.)

831.

EL CID RETA DE VILES Y COBARDES Á SUS DETRACTORES.— CVIII.

(*Anónimo* [1].)

«Mentirosos adalides,
»Que de las vidas ajenas
»Guisáis plato para el gusto
»De muchas sordas orejas :
»Fidalgos de Villalon,
»Caballeros de Valduerna,
»Hombres buenos de Villalva,
»Y cristianos de Sansueña,
»Escuchadme si fincáredes
»Con memoria, que mis quejas
»Son fijas de vueso agravio,
»Y de vuesa culpa nietas :
»Yo soy el Cid Campeador,
»Que finco sobre Consuegra,
»Tan humilde al rey Alfonso
»Cuanto á mi Doña Jimena :
»Yo soy aquel que mis armas
»Toda la semana entera
»Non se quitan dos vegadas
»Del cuerpo que las sustenta,
»Y el que en las batallas crudas
»Con mi lanza y mi ballesta
»Soy el primero de todos,
»Y que non duermo en las tiendas :
»Non fago tuerto á los mios,
»Magüer facerlo pudiera,
»Antes les entrego juntos
»Los haberes y tenencias :
»Peleo con la Tizona,
»Non ofendo con la lengua
»Por non con ella imitar
»A las mal fabladas fembras :
»Como en el suelo, por falta
»De las levantadas mesas,
»Y por postre tengo asaltos,
»Que son frutas que me alegran :
»Non desentierro las vidas
»De hombre bueno ó mujer buena,
»Nin digo si fué fidalgo,
»Nin si ha pechado ó si pecha :
»Non trato sobre comida
»De facer á nadie ofensa,
»Sinon de si han apretado
»Bien las cinchas á Babieca :
»Non me acuesto imaginando
»Con mentiras quitar tierras;
»Si acaso puedo las gano,

»Y si non finco sin ellas,
»Y conquistando el castillo,
»Fago pintar en sus piedras
»Las armas del rey Alfonso,
»Y yo humillado á par d'ellas:
»Lloro, cuando estoy á solas,
»La mi consorte Jimena,
»Que finca cual tortolilla,
»Sola y triste en tierra ajena,
»Que magüer es tierra suya,
»Tiene enemigos muy cerca,
»Que pues lo son de su esposo,
»¿Quién duda lo serán d'ella?
»Pido justicia, y mis voces
»Cuido fasta el cielo llegan,
»Que como son voces justas,
»Non dudo que llegar puedan.»
Aquesto escribe Rodrigo
A los condes de Consuegra,
A los fidalgos y ricos,
Sin honor, y sin facienda.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] De las últimas décadas del siglo XVI.

832.

SORPRENDE EL REY DE ARAGON AL CID EN UNA EMBOSCADA; MAS QUEDA VENCIDO EN MONZON.— CIX.

(*Anónimo.*)

Ese buen Cid Campeador
De Zaragoza partia,
Sus gentes lleva consigo,
Y la su seña tendida
Para correr á Monzon,
A Huesca tambien corria;
A Onda con Almenar
Estragado los habia.
El rey Pedro de Aragon
Muy gran pesar recibia
Cuando supo que el buen Cid
Tan cerca de sí yacia.
Apellidara sus gentes,
Muchas son en demasia;
Llegado han á Piedra Alta,
Sus tiendas fincar facía:
A ojos está del Cid,
Mas para él no venía.
El Cid salió de Monzon
Con doce en su compañía,
A holgarse por el campo,
Armados de buena guisa.
Los de ese rey de Aragon
Le tuvieron puesta espía;
Caballeros eran ciento
Y cincuenta, que á él salian.
El Cid lidiara con todos,
Como bueno los vencia:
Siete son los caballeros
Y caballos que prendia,
Los otros huyen del campo,
Que aguardarle no querian:
Los presos piden merced,
Que los suelte le pedian;
El Cid, como es muy honrado,
Lo que piden concedia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc. — It. Escobar, *Romancero del Cid.*)

833.

TRAICION DE ALMOFALAS.— EL REY ALZA EL DESTIERRO AL CID, PARA QUE LE VENGUE. — CONDICIONES CON QUE ACEPTA EL ENCARGO. — CX.

(*Anónimo* [1].)

Adofir de Mudafar
A Rueda en guarda tenia
Por el buen rey Don Alfonso,
Que conquerido la habia.
Almofalas, ese moro,
Con sobrada maestria
Metióse dentro el castillo,
Con él alzado se habia:
Adofir cuando lo supo
Al Rey su mensaje envía,
Pidiéndole su socorro
Para recobrar la villa.
El Rey envió á Ramiro
Y á ese conde Don García,
Con muchas gentes armadas,
Que van en su compañía.
El moro, cuando lo supo,
Dijo el castillo daria
A ese buen rey Don Alfonso,
Y que á otro no queria.
Convidóle á comer
Por hacelle alevosía
Allá dentro del castillo;
El Rey temido se habia.
El infante Don Ramiro
Con el Conde en compañía,
Entraron para comer,
Que ir el Rey no queria;
Mas luego que entraron dentro
A entrambos quitan la vida,
Con otros que van con ellos,
Y al Rey mucho le dolia.
Túvose por deshonrado,
Y al Cid sus cartas envía,
Que estaba cerca de allí
Desterrado de Castilla.
Rodrigo, que vió el mensaje,
Para el Rey luego venia:
Caballeros fijosdalgo
Acompañado lo habian:
Cuando lo vido el buen Rey,
Su perdon le concedia:
Contóle lo acontecido,
Que le vengue le pedia,
Y que con él se viniese
A su reino y señoría.
El Cid le besó las manos
Por el perdon que le hacia;
Mas no lo quiso aceptar
Si el Rey no le prometia [2]
De dar á los fijosdalgo
Un plazo de treinta dias
Para salir de la tierra,
Si algun crímen cometian,
Y que fasta ser oidos
Jamas los desterraria,
Nin quebrantaria los fueros,
Que sus vasallos tenian,
Nin ménos que los pechase
Mas de lo que convenía,
Y que si lo tal ficiese
Contra él alzarse podian.
Todo lo promete el Rey,
Que nada contradecia,
Y á Castilla caminando,
Rodrigo el cerco ponia.
Al moro que tal mal fizo
Por gran fambre lo prendia,
Y á todos los mas traidores
Al Rey luego los envía.
El Rey los ha recibido,
D'ellos fizo gran justicia,
Y mucho agradece al Cid
El presente que le hacia.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Pertenece á la clase y tiempo de los de Sepúlveda.

[2] Desde aquí se hace un resumen de los privilegios que obtenia nuestra nobleza, y que se hallan consignados en los Fueros y en los Códigos.

834.

RECONCILIACION DEL REY CON EL CID.— CXI.

(*Anónimo* [1].)

— Ceñid los membrudos brazos
Al cuello que bien os quiere,
Por ser asaz de tal dueño,
Que el mundo otro par no tiene:
Non rehuyais de abrazarme,
Que brazos de home tan fuerte
Desentollescen mis tierras,
Y las de moros tollescen;
Facedlo, que bien podeis,
E cuidá non me manchedes,
Que aun finca en las vuesas armas
La sangre mora reciente.
No atendais tuertos que os fice,
Pues tan buen precio merecen,
Que non quise en mi servicio
Homes á quien sirven reyes.
Si vos desterré, Rodrigo,
Fué porque á moros que crecen
Desterreis sus fechorías,
Y las vuesas alto vuelen.
Non vos eché de mi reino
Por falsos que vos mal quieren,
Si porque en tierras ajenas
Por vos mi poder se muestre.
De Alvar Fañez, vueso primo,
Recebí vueso presente,
No en feudo vueso, Rodrigo,
Sinon como de parientes.
Las banderas que ganasteis
A sarracenos de allende,
Por vuesa mandadería
En San Pedro las verédes.
La vuesa Jimena Gomez,
Que tanto vos quiso siempre,
Porque la desmaridé
Mil pleitos contra mí tiene.
Non escucheis sus querellas
Cuando á mí las enderece,
Que á las fembras mas astutas
Cualquier enojo las vence.
Acudid en su presencia,
Que cuido que vos atiende
Mas ganosa de vos ver
Que vos venides de verme;
Que si malos consejeros
Facen oficios que suelen,
En cambio de saludarme
Atenderédes mi muerte:
Non la atendais, home bueno,
Ansí os valga San Llorente,
Y riñas de por San Juan
Sean paz que dure siempre.
Prended al cuello los brazos,
Que vuesos brazos bien pueden
Prender en paz vueso Rey
Pues en guerra cinco prenden. —
El rey Don Alfonso el Sexto
Le dice esto al Cid valiente,
Que de lidiar con los moros
Victorioso á su rey vuelve.

(Escobar, *Romancero del Cid*.)

[1] A pesar de esta reconciliacion, el Cid no volvió entónces á la corte, y el Rey retuvo á Jimena y sus hijas en rehenes, como se verá mas adelante. El romance, aunque afecta un lenguaje antiguo, es de las últimas décadas del siglo XVI.

835.

CONSEJOS Y ENCARGOS DEL CID Á SU ESPOSA, AL PARTIR PARA LA GUERRA.— CXII.

(*Anónimo*.)

Fablando estaba en celada
El Cid con la su Jimena
Poco ántes que se fuese
A las lides de Valencia:
— Bien sabeis, dice, señora,
Cómo las nuesas querencias
En fe de su voluntad
Muy mal admiten ausencia;
Pero piérdese el derecho
Adonde interviene fuerza,
Que el servir al Rey lo es
Quien noble sangre semeja.
Faced en la mi mudanza
Como tan sesuda fembra,
Y en vos no se vea ninguna
Pues venis de honrada cepa.
Ocupad las cortas horas
En catar vuesas faciendas;
Un punto no estéis ociosa,
Pues es lo mismo que muerta.
Guardad vuestros ricos paños
Para cuando yo dé vuelta,
Que la fembra sin marido
Debe andar con gran llaneza.
Mirad por las vuesas fijas,
Celadlas; pero no entiendan
Que algun vicio presumis,
Porque faréis que lo entiendan:
No las aparteis un punto
De junto á vuesa cabeza,
Que las fijas sin su madre
Muy cerca están de perderla.
Sed grave con los criados,
Agradable con las dueñas,
Con los extraños sagaz,
Y con los propios severa.
Non enseñeis las mis cartas
A la mas cercana dueña,
Porque no sepa el mas sabio
Cómo paso yo las vuesas:
Mostraldas á vuesas fijas,
Si non tuvierdes prudencia
Para encubrir vuestro gozo,
Que suele ser propio en fembras.
Si vos consejaren bien
Faced lo que vos consejan,
Y si mal vos consejaren
Faced lo que mas convenga.
Veinte y dos maravedis
Para cada dia os quedan,
Tratadvos como quien sois,
Non endureis la despensa.
Si dineros vos faltaren
Faced como no se entienda,
Enviádmelos a pedir,
Non empeñeis vuestras prendas:
Buscad sobre mi palabra,
Que bien fallaréis sobre ella
Quien á vuestra cuita corra,
Pues yo acudo á las ajenas:
Con tanto, señora, adios,
Que el ruido de armas resuena. —
Y tras un estrecho abrazo,
Lijero subió en Babieca.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

836.

PREDICE UN MORO Á LOS SUYOS LA PERDICION DE VALENCIA.— CXIII.

(*Anónimo* [1].)

Apretada está Valencia,
Puédese mal defensar,
Porque los almoravides
No la quieren ayudar.
Viendo aquesto un moro viejo
Que solia adivinar,
Subiérase á un alta torre

Para bien la contemplar.
Cuanto mas la mira hermosa,
Mas le crece su pesar;
Sospirando con gran pena,
Aquesto fué á razonar:
— ¡Oh Valencia! Oh Valencia,
Digna de siempre reinar!
Si Dios de tí no se duele
Tu honra se va apocar,
Y con ella las holganzas
Que nos suelen deleitar:
Las cuatro piedras caudales
Do fuiste el muro á sentar,
Para llorar, si pudiesen,
Se querrian ayuntar.
Tus muros tan preminentes,
Que fuertes sobre ella están,
De mucho ser combatidos
Todos los veo temblar:
Las torres que las tus gentes
De léjos suelen mirar,
Que su alteza ilustre y clara
Los solia consolar,
Poco á poco se derriban
Sin podellas reparar;
Y las tus blancas almenas,
Que lucen como el cristal,
Su lealtad han perdido
Y todo su bel mirar:
Tu rio tan caudaloso,
Tu rio Guadalaviar,
Con las otras aguas tuyas
De madre salido ha:
Tus arroyos cristalinos
Turbios ya siempre vendrán,
Tus fuentes y manantiales
Todos secados se han:
Tus verdes huertas viciosas
A ninguno gozo dan,
Que la raiz de sus yerbas
Bestias roido las han:
Tus prados de cien mil flores
Olores de sí no dan,
Mustios andan y marchitos,
Sin color ni olor estan:
Aquel honrado provecho
De tu playa y de tu mar,
En deshonra y daño torna,
¡Mal te puede aprovechar!
Los montes, campos y tierras
Que tú solias mandar,
El humo de los sus fuegos
Tus ojos cegado han:
Es tan grave tu dolencia
Y tanta tu enfermedad,
Que los hombres desesperan
De salud poderte dar.
¡Oh Valencia! Oh Valencia!
Dios te quiera remediar,
Que muchas veces predije
Lo que agora veo llorar.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Aunque inserto en el *Cancionero de romances*, puede considerarse este romance, por su construccion, como artístico y poco anterior á la segunda mitad del siglo XVI.

837.

MODO SINGULAR CON QUE EL CID INCREPA DE COBARDE Á SU SOBRINO MARTIN PELAEZ. — CXIV.

(*Anónimo.*)

Cercada tiene á Valencia
Ese buen Cid castellano,
Con los moros que están dentro
Cada dia peleando:
Muchos ha muerto y prendido
Y á otros ha cautivado.
Al real del buen Rodrigo
Un caballero ha llegado:
Martin Pelaez ha por nombre,
Martin Pelaez, asturiano;
Muy crecido es en el cuerpo,
En los miembros arreciado.
Aqueste es de buen donaire,
Pero muy acobardado:
Hálo mostrado en las lides
Y batallas do se ha hallado.
Mucho le pesó al buen Cid
Cuando lo vido á su lado;
No es para vivir con él
Hombre tan afeminado.
Un dia entrara el buen Cid,
Y con él los sus vasallos,
En batalla, con los moros
Pelean como esforzados.
Allá va Martin Pelaez
Bien armado y á caballo:
Antes de dar el torneo
Al real habia tornado;
Fuése para su posada
Cubierto y disimulado.
En ella anduvo escondido
Hasta que el Cid ha tornado;
Dejó muertos muchos moros,
A ellos ganara el campo.
El Cid se sentó á comer,
Como tiene acostumbrado,
Solo en su cabo á una mesa,
Y en el su escaño asentado,
Y en otra sus caballeros,
Los que tiene por preciados:
Con aquestos nadie come
Sino los mas afamados.
Así lo ordenó el buen Cid
Por facerlos esforzados,
Y que cada uno procure
Facer fechos estimados
Para comer á la mesa
De Alvar Fañez y su hermano.
Bien cuidó Martin Pelaez,
Que non vió el Cid lo pasado,
Y así las manos se lava,
A la mesa se ha sentado
Donde esta Don Alvar Fañez
Con la compaña de honrados.
El Cid se fué para él,
Y del brazo le ha trabado,
Diciendo: — Non sois vos tal
Para en tal mesa sentarvos
Con esos parientes mios,
A quien vos podais llegarvos:
Mas valen que yo ni vos,
Que son buenos y aprobados;
Sentadvos á la mi mesa,
Comed conmigo á mi plato.—
Con mengua de entendimiento
No creyó que es baldonado,
Asentóse con el Cid
A su mesa y á su lado,
Y el Cid con grande cordura
Esta reprension le ha dado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc. — It. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

838.

REPRENDE EL CID Á SU SOBRINO PORQUE SE MOSTRÓ COBARDE.— CXV.

(*Anónimo* [1].)

A solas le reprehende
A Martin Pelaez el Cid,
Que las faltas de los buenos
A solas se han de reñir.

Dícele con rostro airado:
—¿Es posible que fuir
Pueda un home, siendo noble,
Por temores de una lid,
Y mas vos, siendo quien sois,
Viniendo de do venis,
Que cuando fincarais muerto
Os fuera honroso el morir?
Levantéme de la mesa
Do bocado no comí,
¡Qué buena pro me tuviera
Cuidando en el que vos vi!
Atended lo que vos digo,
Y non cuideis en fuir,
Porque fuyendo afrentades
A vuesa honra y á mí.
Si me dades por disculpa
Decir que visteis venir
Mucha multitud de moros,
Non la quiero recibir.
Entráos en la religion
Adonde podréis vivir
Sirviendo á Dios, que en las guerras
Non sois para lo servir.
Pusiéraisos á mi lado,
Que pudiera ser que allí
Se vos quitara el pavor,
Y vuesas menguas cubrir.
Salid esta tarde al campo,
Que quiero ver si sufris
Más que os afrenten mil homes,
Que quedar muerto en la lid.
Y podrá ser quedeis vivo
Que yo tengo de ir allí,
Y veré lo que facedes
Y si de honra sentis.
Con esto, Martin, adios,
Que habeis de yantar sin mí
Hasta que traigais cobrado
El honor que yo vos di.—

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] De las últimas décadas del siglo XVI, aunque afecta lenguaje antiguo.

839.

AL MISMO ASUNTO. — CXVI.

(Anónimo.)

—De vuestra honra el crisol
Ha manchado el justo cielo,
Pues salistes de la lid
Y os vieron salir fuyendo.
Levantá, Martin Pelaez,
Pues se ha visto al descubierto
Que fuistes afeminado,
Como cobarde mancebo.
No comais entre infanzones,
Que para comer con ellos
Es menester pelear
Con ánimo y fuerte pecho.
Tened memoria, Martin,
De vuestros padres y abuelos,
Y repetid las palabras
Que voy agora diciendo:
«Primero he de morir entre paganos,
»Que me quiten la honra entre cristianos;
»Pues que tan justo el cielo me persigue
»Yo he de hacer que su furia se mitigue.»
Ponderad estas palabras,
Mirad no las lleve el viento;
Que tener vida sin honra
Es vivir un hombre muerto.
¿De qué sirvió la nobleza?
En el campo ¿qué se hicieron
Los títulos y renombres
Pues se escribieron en negro?
¿Do dejastes el troton?
Cuido lo dejaste muerto,
Que quien de sí no se membra
Mal cuidará de lo ajeno.—
Esto decia el buen Cid
A Martin con gran secreto,
Y levantando la voz
Dijo con pecho de acero:
«Primero he de morir entre paganos
»Que me quiten la honra entre cristianos.»

(MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general.*)

840.

MARTIN PELAEZ VENCE SU COBARDÍA Y SE HACE VALEROSO.—CXVII.

(Anónimo [1].)

Corrido Martin Pelaez
De lo que el Cid ha fablado,
D'ello cobró gran vergüenza,
D'ello está muy ocupado.
Fuése para su posada,
Triste estaba y muy cuitado
Viendo como el Cid ha visto
Su cobardía tan claro,
Por lo cual no consintió
Que coma con los honrados;
Propónese ser valiente
O de morir en el campo.
Otro dia salió el Cid,
Junto á Valencia ha llegado;
Salieron luego los moros
A ferir en los cristianos:
Llegan denodadamente
Con los esfuerzos sobrados.
Martin Pelaez fué el primero
Que la lid habia entrado,
Y firió tan recio en ellos
Que á muchos ha derribado.
Allí perdió todo el miedo,
Muy gran esfuerzo ha cobrado,
Peleó valientemente
Miéntras la lid ha durado:
Unos mata y otros hiere,
Hizo en ellos grande estrago,
Los moros dicen á gritos:
—¿De do ha venido este diablo?
¡Hasta aquí no le hemos visto
Tan valiente y esforzado!
A todos nos hiere y mata,
Del campo nos ha lanzado.—
Por las puertas de Valencia
A los moros ha encerrado,
Los brazos hasta los codos
En sangre lleva bañados;
Ninguno hay tal como él
Si no es el Cid afamado.
Los moros fuéron vencidos,
Pelaez se habia tornado,
Esperándole está el Cid
Fasta que fuera llegado:
Con muy crecido placer
Rodrigo lo habia abrazado,
Díjole: — Martin Pelaez,
Vos sois bueno y esforzado,
Non sois tal que merezcais
De hoy mas conmigo sentaros,
Asentáos con Alvar Fañez,
Que era mi primo hermano,
Y con estos caballeros,
Que son buenos y estimados,
Que los vuesos buenos fechos
Siempre serán bien mentados;
Seréis d'ellos compañero,
Sentaros heis á su lado.—
De aquel dia en adelante
Fizo fechos muy granados

De esforzado caballero,
Bueno como el mas preciado.
Aquí se cumplió el proverbio
Entre todos divulgado,
«Que el que á buen árbol se arrima
De buena sombra es tapado.»

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] De las últimas décadas del siglo xvi, aunque afecta lenguaje antiguo.

841.

AL MISMO ASUNTO.—CXVIII.

(*Anónimo.*)

Por la mano prende el Cid,
No con rigor ni con saña,
Al jóven Martin Pelaez
Que fuyó de la batalla,
Y por mejor reprendelle
De su cobardía mala,
Le sienta á su mesa y dice
Con amorosas palabras :
—Yantemos en uno juntos,
Que non he sabor ni gana
Que yantedes con los grandes,
Que han ganado con su espada;
Yantad en esta escodilla,
Que el uno al otro se llama,
Yo por no ser bueno os quiero
A mi lado y á mi estancia :
Los que allí con Alvar Fañez
Con él se asientan y yantan,
Ganaron con sus proezas
La mesa y perpetua fama.
Con la sangre de enemigos
Es bien lavar nuestras manchas,
Que en el honor han caido,
Rindiendo la vida y almas.
Vergoñosa vida atiende
Aquel que valor le falta,
Magüer que haya su facienda
De los mejores de España.
Miémbresevos de los fechos
Pasados que ha fecho en armas
Mi amigo Pedro Bermudez,
Y cuán bien su espada talla.
Aguisémonos de guisa
Que ninguno tuerto faga,
Ni los moros valencianos
Puedan afrentar sus lanzas.
Facer lo que home es tenudo,
De toda culpa descarga,
Porque allí no hay fallimiento
De lo que la honra encarga.—
Esto dicho, el Cid callóse,
Y la comida acabada
Mandó tocar las trompetas,
Y que se pongan en armas,
Y los moros valencianos
Con las gentes asturianas
Traban una escaramuza
Encendiendo nueva saña.
Corrido Martin Pelaez
De las pasadas palabras
Fizo cosas aquel dia,
Que al Cid admiran y espantan
Tanto, que aquel vencimiento,
A Martin Pelaez se daba.
Los moros su nombre temen,
Con que ganó lauro y palma.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general*, etc.)

842.

MENSAJES QUE EL CID, DUEÑO YA DE VALENCIA, ENCOMIENDA Á ALVAR FAÑEZ PARA LOS MOROS, Y PARA SU FAMILIA, Y PRESENTES QUE ENVÍA AL REY.—CXIX.

(*Anónimo* [1].)

—Partíos ende los moros,
Non pongais mientes en al,
Cuidá de los doloridos,
Y los muertos soterrad;
Decidles á los cuitados
Y á las cuitadas contad,
Que el saber nueso en la guerra
Es humildoso en la paz;
Poned la fucia en facer
Que me vengan á fablar,
Porque les diga mi boca
Toda la mi voluntad,
Que non quiero sus faciendas,
Nin se las he de tirar,
Nin para mis barraganas
Sus fijas he de tomar,
Que yo non uso mujeres
Sinon la mia natural,
Que en San Pedro de Cardeña
Yace agora al mi mandar.
Y mándovos yo, Alvar Fañez,
Si he poder de vos mandar,
Vais por ella y por mis fijas,
Mis fijas otro que tal.
Llevad treinta marcos de oro
Con que se puedan guiar
Para venir á Valencia
A la ver y á la gozar :
Llevá otros tantos de plata
Para San Pedro y su altar,
Y entregadlos á Don Sancho,
Que ende yace por abad;
Y al noble rey Don Alfonso
Mi buen señor natural,
Llevá doscientos caballos
Bien guarnidos al mi usar;
Y á los honrados judíos
Raquel y Vidas, llevá
Doscientos marcos de oro,
Tantos de plata, y non mas,
Que me endonaron prestados,
Cuando me partí á lidiar,
Sobre dos cofres de arena,
Debajo de mi verdad;
Rogarles heis de mi parte
Que me quieran perdonar,
Que con acuita lo fice
De mi gran necesidad,
Que aunque cuidan que es arena
Lo que en los cofres está,
Quedó soterrado en ella
El oro de mi verdad.
Pagáles la logrería,
Que soy tenudo á les dar
Del tiempo que su dinero
He tenido á mi mandar;
Y vos, Martin Antolinez,
Le irédes á acompañar,
Y las mis buenas venturas
A mi Jimena contád.
Diréis al rey Don Alfonso,
Que me empreste su juglar,
Porque á mi Jimena agrada
Mucho el tañer y cantar.—
Aquesto dijera el Cid,
Despues que ya entrado ha
En Valencia vitorioso,
Pues conquerido la ha.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] En este romance se ve que la benignidad con los vencidos no era ajena en los pechos castellanos. La misma política la aconsejaba, y el tiempo la aumentó hasta el punto de conver

tirla en cortesanía, y aun en una lucha de generosidad entre dos pueblos enemigos. El mismo sentimiento caballeresco, pero natural y sin exageracion, domina en todo el romance, que parece de las últimas décadas del siglo XVI.

843.

AL MISMO ASUNTO. — CXX.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Ganada tiene á Valencia
Ese bueno y afamado
Don Rodrigo de Vivar,
El valiente castellano.
Gran haber que habia en ella,
De los moros lo ha ganado.
Como bueno y muy leal
Su presente habia enviado
A ese buen rey Alfonso,
De quien el Cid es vasallo.
Conocióle señorio,
Como cualquier buen hidalgo,
Cien caballos le enviara
Ensillados y enfrenados.
Los que llevan el presente
Son hidalgos muy honrados:
Martin Antolin de Búrgos,
Y Alvar Fañez el loado.
Los mensajeros del Cid
A Palencia son llegados
Donde estaba el rey Alfonso
Y grandes de su reinado.
Al Rey saliendo de misa
El presente le ha llegado:
Ambos los dos caballeros
Besaron al Rey la mano.
El Rey dijo á Alvar Fañez:
— Vos seais muy bien llegado:
¿Qué nuevas vos me traeis
Del Cid mi leal criado?—
El respondió: — Buen señor,
Besa vuestros piés y manos,
Como á señor natural
De quien espera gran algo.
Lo que al Cid ha acontecido
Por mí vos será contado.
Venció tres lides campales
De moros mucho esforzados,
Ganóles cuatro castillos
De valor muy estimado;
A Valencia, ciudad noble,
Tambien les habia ganado:
En ella puso arzobispo,
Por ser pueblo tan honrado;
De las ganancias que hobo
Os envía cien caballos,
Como á su señor que sois,
En presente os ha enviado.—
Cuando esto oyera el Rey
Hízose maravillado,
Comenzóse á santiguar
De aquesto que le ha contado.
—¡Sí me vala San Isidro,
Dijo, que soy espantado
De aqueso que me decís,
De ese buen Cid tan nombrado!
Del su bien mucho á mí place,
Su don recibo de grado,
Como de vasallo mio
El mas noble y mas honrado
Que ha habido en las Españas
En los tiempos que han pasado.
Entrégole yo á Valencia
Con todo lo que ha ganado,
Y todo lo que ganare,
Todo lo haya á su mando,
D'ello se llame señor,
De mí seria el vasallo,
Que soy señor natural
De donde él fuera criado;
Con mi gracia vayan todos
A servirlo y á ayudarlo,
Que es razon que sea servido
Por ser el Cid tan honrado.—

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

844.

AL MISMO ASUNTO. — CXXI.

(*Anónimo.*)

Desterrado estaba el Cid
De la corte, y de su aldea,
De Castilla, por su rey,
Cansado de vencer guerras,
Y en las venturosas armas
Apénas las manchas secas
De la sangre de los moros,
Que ha vencido en sus fronteras,
Y aun estaban los pendones
Tremolando en las almenas
De las soberbias murallas
Humilladas de Valencia,
Cuando para el rey Alfonso
Un rico presente ordena
De cautivos y caballos,
De despojos y riquezas.
Todo lo despacha á Búrgos;
Y á Alvar Fañez que lo lleva,
Para que lo diga al Rey,
Le dice d'esta manera:
«Dile, amigo, al rey Alfonso,
»Que reciba su grandeza,
»De un fidalgo desterrado,
»La voluntad y la ofrenda,
»Y que en este don pequeño
»Solamente tome en cuenta,
»Que es comprado de los moros
»A precio de sangre buena:
»Que con mi espada en dos años
»Le he ganado yo mas tierras,
»Que le dejó el rey Fernando
»Su padre, que en gloria sea:
»Que en feudo d'ello lo tome,
»Y que no juzgue á soberbia,
»Que con parias de otros reyes
»Pague yo á mi rey mis deudas;
»Que pues él como señor
»Me pudo quitar mi hacienda,
»Bien puedo yo como pobre
»Pagar con hacienda ajena:
»Y que juzgue que en su dicha
»Son delante mis enseñas
»Millaradas de enemigos
»Como ante el sol las tinieblas:
»Y espero en Dios que mi brazo
»Ha de hacello rico, miéntras
»La mano aprieta á Tizona,
»Y el talon hiere á Babieca:
»Y en tanto mis envidiosos
»Descansen, miéntras les sea
»Firme muralla mi pecho
»De su vida y de sus tierras,
»Y entreténganse en palacio,
»Y guárdense no me vendan;
»Que del tropel de los moros
»Soltaré una vez la presa,
»Y llegarán su avenida
»A ver entre sus almenas;
»Y defiendan bien sus honras
»Como manchan las ajenas;
»Y si les diere en los ojos
»Lo que les dió en las orejas,
»Verán que el Cid no es tan malo
»Como son sus obras buenas;
»Y si sirven á su rey
»En la paz como en la guerra

»Mentirosos lisonjeros,
»Con la espada ó con la lengua,
»Y verá el buen rey Alfonso
»Si son de Búrgos las fuerzas,
»Los caminos de ladrillo
»O los ánimos de piedra:
»Que le suplico permita
»Se pongan esas banderas
»A los ojos del glorioso
»Mi Príncipe de la Iglesia,
»En señal que con su ayuda
»Apénas enhiestas quedan
»En toda España otras tantas,
»Y ya me parto por ellas:
»Y le suplico me envíe
»Mis hijas y mi Jimena,
»D'esta alma sola afligida,
»Regaladas dulces prendas;
»Que si no mi soledad,
»La suya al ménos le duela,
»Porque de mi gloria goce
»Ganada en tan larga ausencia.»
Mirad, Alvaro, no erreis;
Que en cada razon de aquestas
Llevais delante del Rey
Mi descargo y mi limpieza.
Decidlo con libertad,
Que bien sé que habrá en la rueda
Quien mis pensamientos mida,
Y vuesas palabras mesmas.
Procurad que aunque les pese,
A los que mi bien les pesa,
No lleven mas que la envidia
De mi, de vos ni de ellas:
Y si en mi Valencia amada
No me halleréis á la vuelta,
Peleando me hallarédes
Con los moros de Consuegra.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

845.

CUMPLE ALVAR FAÑEZ CON EL REY EL MENSAJE QUE LE ENCARGÓ EL CID.— CXXII.

(*Anónimo* [1].)

Llegó Alvar Fañez á Búrgos
A llevar al Rey la empresa
De cautivos y caballos,
De despojos y riquezas.
Entró á besarle la mano,
Despues de darle licencia,
Y puesto ante él de rodillas
Este recando comienza:
— Poderoso rey Alfonso,
Reciba vuesa grandeza
De un fidalgo desterrado
La voluntad y la ofrenda.
Don Rodrigo de Vivar,
Fuerte muro en tu defensa,
Por envidia desterrado
De su casa y de su tierra,
Pide que con libertad
Hable puesto en su defensa,
Y así quiero por no errar
Decir sus palabras mesmas.
Dice: «que este don pequeño
»Tomeis solamente en cuenta,
»Que es ganado de los moros
»A precio de sangre buena:
»Que con su espada en dos años
»Te ha ganado el Cid mas tierras,
»Que te dejó el rey Fernando,
»Tu padre, que en gloria sea:
»Que en feudo d'esto lo tomes,
»Y no juzgues á soberbia
»Que con parias de otros reyes
»El pague á su rey sus deudas;
»Y pues tú como señor
»Le quitaste su facienda,
»Que bien puede como pobre
»Pagar con facienda ajena.
»Que fies en Dios y en él
»Que te ha de hacer rico, miéntras
»La mano aprieta á Tizona
»Y el talon hiere á Babieca.
»Y que gustes que en San Pedro
»Se pongan estas banderas
»A los ojos del glorioso
»Gran Príncipe de la Iglesia,
»En señal que con su ayuda
»Apénas enhiestas quedan
»En toda España otras tantas,
»Y ya se parte por ellas.
»Que te suplica le envies
»Sus hijas y su Jimena,
»Del alma triste afligida
»Regaladas dulces prendas,
»Y si no su soledad,
»La suya al ménos te duela,
»Para que su gloria goce
»Ganada en tan larga ausencia.»
No quisiera haber errado,
Que en cada palabra d'estas
Te traigo, Rey, de Rodrigo
Su descargo y su limpieza.—
Apénas dió la embajada
Cuando la envidia revienta
De envidiosos lisonjeros,
Y corredores de orejas.
Movióse un conde agraviado,
Y díjole al Rey: — Tu Alteza
No dé crédito á estas cosas,
Que son engaños que ceban.
Querrá ahora el Cid Rodrigo,
Con esto que te presenta,
Venirse á Búrgos mañana
A confirmar tus ofensas.—
Caló Alvar Fañez la gorra,
Y empuñando en la derecha,
Tartamudo de coraje,
Le dió al Conde esta respuesta:
—Nadie se mude ni hable,
Y el que se moviere atienda
Que le fabla el Cid presente,
Pues yo lo soy en su ausencia:
Y cuando en mi pobre esfuerzo
Cupiere alguna flaqueza,
La gran firmeza del Cid
Me ayuda desde Valencia:
No le venda ningun falso
Ni sus lisonjas le vendan,
Que d'él y de mí, en su nombre,
No aseguro la cabeza.
Y tú, Rey, que las lisonjas
Acomodas y aprovechas,
Haz de lisonjas murallas,
Y verás como pelean.
Perdona que con enojo
Pierdo el respeto á tu Alteza,
Y dame si me has de dar
Del Cid las queridas prendas:
A Doña Jimena digo,
Y á sus dos hijas con ella,
Pues te ofrezco su rescate
Como si estuvieran presas.—
Levantóse el rey Alfonso,
Y á Alvar Fañez pide y ruega
Que se sosiegue, y los dos
Vayan á ver á Jimena.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] De fines del siglo XVI. En este romance repite Alvar Fañez al Rey el mensaje que le dió el Cid, y lo dice al pié de la letra, como se usaba entre los épicos griegos.

846.

CARTA DEL CID, QUE ALVAR FAÑEZ ENTREGÓ DE SU PARTE AL REY.—CXXIII.

(*Anónimo* [1].)

«El vasallo desleale,
»El desterrado, el traidor,
»El que non cupo en Castilla
»Magüer que en ella nació,
»El aviltado de todos,
»Y mas que d'ellos de vos;
»El que de sí non se miembra
»Por tratar de vuestro pro,
»El que de vuesos denuestos
»Ya non se le acuerda, non,
»Desde Valencia os envia
»Salud: otórgueosla Dios.
»Non satisface los tuertos
»Que le ficisteis, señor,
»Pues d'ellos ha resultado
»Vuestro provecho y su honor.
»Sus maldicientes perdona,
»Aunque indignos de perdon,
»Que los divinos secretos
»Tienen asaz gran fondon;
»Que por donde el home cuida
»Que amaga su perdicion
»Viene su pro á las vegadas:
»¡Mirad pues cuán altos son!
»Yo fablaré de experiencia,
»Y sé á quién le fizo el loor,
»Y á vos, rey, alguna parte,
»Instrumento con que obró.
»En ese arqueton de plata
»Vos endono un rico don:
»Estimadlo, Alfonso, en mucho,
»Que merece estimacion.
»Cinco coronas van ende,
»Cada con su real pendon;
»Cinco cetros de oro puro,
»Que de cinco reyes son;
»Cinco llaves van tambien,
»Que como á rey y señor
»Vos entriega el vuestro siervo:
»Non lo ficiera un traidor.
»Chantadlas en vueso escudo,
»Que non menguaréis de honor:
»¡Farta sangre asaz me cuesta
»Su prolija aquistacion!
»Non déis nada al mandadero,
»Que ya le he pagado yo,
»Que es Alvar Fañez Minaya
»Un mi sirviente de pro:
»Conocedle, señor Rey,
»Y fablalde con amor,
»Ya que yo no he alcanzado
»Este agasajo de vos,
»Que el buen fablar en los reyes
»Cuesta muy poco, señor,
»Y face vasallos leales,
»Lo que non face el temor,
»Que non el temor y amores
»Comen en un plato, non,
»Y el temido, pocas veces
»Fué amado de corazon.
»Diréis que aqueste Rodrigo
»Siempre fué aconsejador,
»Y aina os dirán los tiempos
»Si teneis otro mejor;
»Que non soy tan mal vasallo
»Que con muchos como yo
»Non restaurara de presto
»Lo que el rey godo perdió.
»Goceis lo que os doy mil años,
»Que hoy vos pongo en posesion:
»Non quiero para mí nada,
»Solo escucho vuestro amor,
»Y que por la mi Jimena,
»Que es dueña de gran valor,
»Miredes, y por mis fijas:
»Solo vos pido este don
»En pago de mis servicios,
»Si merecen galardon,
»Que non vos será afanoso
»Cumplir vuestra obligacion.»

(*Romancero general.*)

[1] Es de fines del siglo XVI, aunque afecta mas antigüedad.

847.

GANADA VALENCIA, EL CID VA Á DAR GRACIAS Á DIOS EN SAN PEDRO DE CARDEÑA.—CXXIV.

(*Anónimo.*)

Victorioso vuelve el Cid
A San Pedro de Cardeña
De las guerras que ha tenido
Con los moros de Valencia.
Las trompetas van sonando
Por dar aviso que llega,
Y entre todos se señalan
Los relinchos de Babieca.
El Abad y monjes salen
A recibirlo á la puerta,
Dando alabanzas á Dios
Y al Cid mil enhorabuenas.
Apeóse del caballo,
Y ántes de entrar en la iglesia
Tomó el pendon en sus manos,
Y dice de esta manera:
—Salí de tí, templo santo,
Desterrado de mi tierra;
Mas ya vuelvo á visitarte
Acogido en las ajenas.
Desterróme el rey Alfonso
Porque allá en Santa Gadea
Le tomé el su juramento
Con mas rigor que él quisiera.
Las leyes eran del pueblo,
Que no excedí un punto d'ellas,
Pues como leal vasallo
Saqué á mi rey de sospecha.
¡Oh envidiosos castellanos,
Cuán mal pagais la defensa,
Que tuvistes en mi espada
Ensanchando vuestra cerca!
Veis aquí os traigo ganado
Otro reino y mil fronteras,
Que os quiero dar tierras mias,
Aunque me echais de las vuestras.
Pudiera dárselo á extraños;
Mas para cosas tan feas
Soy Rodrigo de Vivar,
Castellano á las derechas.

(*Romancero general.*)

848.

DEFIENDE EL CID Á VALENCIA CONTRA EL MIRAMAMOLIN REY DE TÚNEZ.—CXXV.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Aquese famoso Cid
Con gran razon es loado;
Ganada tiene á Valencia,
De moros la ha conquistado:
En ella está su mujer
Fija del conde Lozano.
Doña Sol y Doña Elvira
Poco ha que habian llegado
De San Pedro de Cardeña
Do el Cid las habia dejado.
Estando el Cid á placer
Nuevas le habian llegado
Que el gran Miramamolin
Rey de Túnez coronado
Venia á se la quitar

Con gran gente de á caballo :
Cincuenta mil eran estos,
Los de á pie no tienen cabo.
El Cid, como era valiente,
Y en armas tan aprobado,
Basteció bien los castillos,
Y en todo puso recaudo;
Esforzó sus caballeros
Como lo habia acostumbrado.
Subiera á Doña Jimena,
Y á sus fijas en su cabo,
En una torre mas alta
Que en el alcázar se ha hallado.
Miraron contra la mar,
Los moros están mirando
Viendo como armaban tiendas
A gran priesa y gran cuidado.
Al rededor de Valencia
Grandes alaridos dando,
Tañendo sus atambores
Los aires van penetrando.
Doña Jimena y sus fijas
Gran pavor habian cobrado,
Porque jamas habian visto
Tantas gentes en un campo;
Esforzábalas el Cid,
De aquesta suerte fablando :
—No temais, Doña Jimena
Y fijas que tanto amo;
Miéntras que yo fuere vivo
De nada tengais cuidado,
Que los moros que aquí vedes
Vencidos habrán quedado,
Y con el su gran haber,
Fijas, os habré casado,
Que cuantos mas son los moros,
Mas ganancia habrán dejado,
Y las bocinas que traen
Y ante vos se habian tocado,
Servirán para la Iglesia
D'este pueblo valenciano.—
Viendo entónces que los moros
Por las huertas han entrado
Derramados y esparcidos,
Sin órden y á mal recaudo,
A Don Alvar Salvadores
Le dijo :—Sed luego armado,
Tomaréis doscientos homes
De á caballo aderezados,
Y haced una espolonada
Contra los perros paganos,
Porque Jimena y sus fijas
Vean que sois esforzado.—
Salvadores lo cumpliera
Como el Cid lo habia mandado.
Dió de tropel en los moros.
De las huertas los ha echado :
Firiendo iban en ellos,
Firiendo van y matando
Hasta dentro de las tiendas,
Que los moros han armado.
De allí se tornaron todos,
Doscientos moros matando :
Preso queda Salvadores,
Que por ser aventajado
Se metió tanto en los moros,
Que lo habian cautivado:
Sacóle el Cid otro dia
Los moros desbaratando.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.
—It. Escobar, *Romancero del Cid*.)

849.

VICTORIA DEL CID SOBRE EL MIRAMAMOLIN.—CXXVI.

(*Anónimo* [1].)

Ya se salen de Valencia
Con el buen Cid castellano
Sus gentes bien ordenadas,
Las de á pié y las de á caballo;
Su seña lleva tendida
Bermudez el esforzado;
Por la puerta la Culebra
Salian todos al campo.
Don Jerónimo, arzobispo,
Delante va bien armado;
Para contra el moro rey
Miramamolin llamado,
Que venia contra el Cid
A le quitar lo ganado.
Cincuenta mil caballeros
Trae el moro á su mandado;
Las haces muy ordenadas,
Ambas se habian juntado;
Como los moros son muchos,
Y tan pocos los cristianos,
Tiénenlos en grande aprieto;
Mas el buen Cid ha llegado
A grandes voces diciendo,
En Babieca cabalgado :
—¡Dios, ayuda, y Santiago!—
Firiendo van en los moros,
Firiendo van y matando.
Grande favor habia el Cid
Verse bien encalhagado
En su caballo Babieca,
Y el brazo lleva bañado
En la sangre de los moros
Fasta el codo ensangrentado;
No hiere mas de una vez
Al moro que osa aguardallo.
Fuido han en fin los moros,
Y el campo les han dejado;
Mas yendo en su seguimiento
Con el rey moro habia dado.
Tres veces ya lo ha herido,
Mas el moro es bien armado,
Y el caballo del buen Cid
Mucho adelante ha pasado,
Y cuando tornara al moro
Mucha tierra le ha cobrado:
No lo pudiera alcanzar,
En un castillo se ha entrado :
De las gentes que traia
Solamente habian quedado
No mas de mil y quinientos,
Los mas muerto y cautivado.
Gran haber hubiera el Cid
De oro, y plata, y de caballos,
Y una tienda la mas rica
Que se viera entre cristianos.
A Don Alvar Salvadores
En la tienda lo ha hallado,
De lo cual se alegró el Cid,
Y á Valencia se ha tornado,
Y Jimena con sus fijas
Gran placer habian tomado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.
—It. Escobar, *Romancero del Cid*.)

[1] Del tiempo y de la clase de los de Sepúlveda.

850.

POR COMPLACER AL REY CASA EL CID SUS HIJAS CON LOS CONDES DE CARRION.—CXXVII.

(*Anónimo* [1].)

Considerando los Condes
Lo que el de Vivar vale,
Y que su fama se aumenta
Por las fazañas que face,
Al rey Don Alfonso piden
Que con sus fijas les case,
Porque ser yernos del Cid
Es bien que puede estimarse.
El Rey por facelles bien
Luego le envió un mensaje

Que se viniese á Requena
Para que con él lo trate.
Rodrigo vista la nueva
Dió d'ello á Jimena parte;
Que en tal caso las mujeres
Suelen ser muy importantes.
Sabido, no gustó d'ello,
Y dijo al Cid: — Non me place
De emparentar con los Condes,
Magüer sean de linaje,
Mas fágase ende, Rodrigo,
Lo que á vos mas os agrade,
Que no hay mengua de consejo
Do está el Rey y vos estades.—
Rodrigo partió á Requena,
Y tambien el Rey se parte
Juntamente con los Condes,
Porque el Cid los vea y fable.
Despues de dicha una misa,
Delante el Rey y los grandes,
Por Don Jerónimo, obispo,
Con muchas solemnidades,
El Rey al Cid apartó
De todos los circunstantes,
Y estas palabras propuso
Con gravedoso semblante:
—Bien sabedes, Don Rodrigo
Que os tengo amor asaz grande,
Y por vuestras cosas cuido
Con solicitud bastante:
Por ende habeis de saber
Que fice aqueste viaje
Por fablaros de un negocio,
Que importa con vos se fable.
Los condes de Carrion
Me han rogado que vos trate
En que les deis vuesas fijas,
Y que con ellas los case,
Que estarán agradecidos
Si esta merced se les face,
Porque es gran razon se estimen
Fijas que son de tal padre.
Codician vuesa amistad,
Atienden al trato afable,
Aman mucho vuesas cosas,
Y estiman á vuesa sangre.—
Agradeció el Cid entónces
Al Rey la merced tan grande,
Y dijole se sirviese
De todo lo que á él tocase,
Que d'él, de fijas, de haberes,
Ficiese lo que mandase,
Que él no casaba á sus fijas,
Mas las da que se las case.
Dióle el Rey gracias por ello
Y mandó les entregasen
Ocho mil marcos de plata
Para el dia en que se casen;
Y al tio de las doncellas,
Que era el buen Don Alvar Fañez,
Mandó el Rey que las tuviese
Fasta que se desposasen.
Luego el Rey llamó á los Condes,
Y mandó que le besasen
Las manos al Cid Ruy Diaz,
Y le fagan homenaje.
Ficiéronlo así los Condes
Delante el Rey y los grandes,
Y convidó el Cid á todos
Porque en sus bodas se hallen.
Partióse el Rey á Castilla
Y el de Vivar con él parte,
Y á dos leguas mandó el Rey,
Que no pasen adelante.
Fuése Rodrigo á Valencia
Donde quiso se juntasen
Los Condes y caballeros,
Porque las bodas se acaben.
Cuando el Cid los vido juntos
Dijole á Don Alvar Fañez,
Que lo que el Rey le mandó
Luego al punto efectuase;
Que trajese á sus sobrinas,
Y que á los condes ó infantes
Que llaman de Carrion
Al punto las entregase.
Diéronselas, y los Condes
Con amorosas señales
Dieron muestras del contento
Que d'este suceso nace,
Porque es tan fuerte el amor,
Y son sus efectos tales,
Que lo publican los ojos,
Aunque la lengua lo calle.
Fizo el Obispo su oficio,
Dió bendiciones y paces,
Hubo fiestas ocho dias
De cañas, toros y bailes;
Dió grandes dones el Cid
A los Condes y magnates,
Que aquel que es grande en sus fechos
Suele ser en todo grande.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Aquí empiezan los romances de los condes de Carrion, con sus bodas, y la afrenta hecha á las hijas del Cid, hasta que este los retó por ello ante el rey Alfonso y las Córtes.

851.

MUÉSTRANSE COBARDES LOS CONDES DE CARRION, YERNOS DEL CID, DELANTE DE UN LEON ESCAPADO DE SU CADENA.— CXXVIII.

(*Anónimo* [1].)

Acabado de yantar,
La faz en somo la mano,
Durmiendo está el señor Cid
En el su precioso escaño:
Guardándole estan el sueño
Sus yernos Diego y Fernando,
Y el tartajoso Bermudo
En lides determinado:
Fablando están juglerías,
Cada cual para hablar paso,
Y por soportar la risa
Puesta la mano en los labios,
Cuando unas voces oyeron
Que atronaban el palacio,
Diciendo: — ¡Guarda el leon!
¡Mal muera quien lo ha soltado!—
No se turbó Don Bermudo,
Empero los dos hermanos
Con la cuita del pavor
De la risa se olvidaron,
Y esforzándose las voces
En puridad se hablaron,
Y aconsejáronse aprisa
Que no fuyesen despacio.
El menor, Fernan Gonzalez,
Dió principio al fecho malo,
En zaga el Cid se escondió
Bajo su escaño agachado.
Diego, el mayor de los dos,
Se escondió á trecho mas largo
En un lugar tan lijoso,
Que no puede ser contado.
Entró gritando el gentio,
Y el leon entró bramando,
A quien Bermudo atendió
Con el estoque en la mano.
Aquí dió una voz el Cid,
A quien como por milagro
Se humilló la bestia fiera,
Humildosa y coleando.
Agradecióselo el Cid,
Y al cuello le echo los brazos,
Y llevólo á la leonera

Faciéndole mil falagos.
Aturdido está el gentío
Viendo lo tal, no acatando
Que ambos eran leones,
Mas el Cid era mas bravo.
Vuelto pues á la su sala,
Alegre y no demudado,
Preguntó por sus dos yernos
Su maldad adivinando.
Bermudo le respondió:
— Del uno os daré recaudo,
Que aquí se agachó por ver
Si el leon es fembra ó macho.—
Allí entró Martin Pelaez,
Aquel tímido asturiano,
Diciendo á voces: — Señor,
Albricias, ya lo han sacado.—
El Cid replicó: — ¿A quién?—
El respondió: — Al otro hermano,
Que se sumió de pavor
Do no se sumiera el diablo.
Miradle, señor, dó viene,
Empero faceos á un lado,
Que habeis, para estar par dél,
Menester un incensario.—
Desenjaularon al uno,
Metieron otro del brazo,
Manchados de cosas malas
De boda los ricos paños.
Movido de saña el Cid
A uno y á otro mirando,
Reventando por fablar,
Y por callar reventando,
Al cabo soltó la voz
El soberbio castellano,
Y los denuestos les dijo
Que vos contaré despacio.

(*Romancero general.* — It. Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] De las últimas décadas del siglo XVI. El del número 853 es continuacion ó segunda parte de este.

852.

AL MISMO ASUNTO.—CXXIX.

(*Anónimo* [1].)

Casadas tiene sus hijas
Ese buen Cid castellano,
Con dos condes de Castilla
De linaje muy honrado.
La fortuna, que no deja
Las cosas en un estado,
Ordenó que como el Cid
Despues que hubo yantado,
Muy contento y satisfecho
Se durmió sobre un escaño,
Sus yernos se paseaban
Con otros por el palacio:
Entró un leon por la sala,
El cual se habia soltado
Por descuido, de do estaba
Del leonero encerrado.
Los yernos, como le vieron,
De verlo se han espantado:
Metióse el uno en huida,
Del escaño se ha escudado,
Y Don Fernando, el mayor,
Por un postigo se ha entrado,
Que salia á un corral;
Con el temor que ha llevado,
Cayó en un lugar asaz
Deshonesto y perfumado.
Al ruido y alboroto
El buen Cid ha despertado:
Fuérase para el leon,
Con un palo en la su mano.
Tomóle por el pescuezo,
Donde estaba le ha tornado,
Y sabiendo que sus yernos
Del leon se han ausentado,
A los dos siendo presentes
Muy mal los ha barajado.
Los yernos pensando qu'él
Tal maraña habia ordenado,
Enemiga le tuvieron,
Muy gran odio le han tomado,
Y de vengar esta injuria
Muy malamente, han pensado.

(Timoneda, *Rosa española.* — It. Wolf, *Rosa de romances.*)

[1] Acaso es Timoneda el autor de este romance.

853.

REPRENDE EL CID DE COBARDES Á SUS YERNOS, Y ELLOS QUEDAN OFENDIDOS.— CXXX.

(*Anónimo* [1].)

—Non quisiera, yernos mios,
Haber visto tal guisado,
Cual el d'este mal suceso,
Magüer cuido algun gran daño.
¿Son estas ropas de bodas?
¡Haya mal grado el diablo!
¿Qué pavor ha sido el vuestro,
Que habeis fecho tal recaudo?
Teniendo las vuesas armas
¿Por qué fugisteis entrambos?
¿Non estábades conmigo
Para siquiera mirallo?
Pedisteis al Rey mis fijas
Cuidando de valer algo,
Non fice mi voluntad,
Mas fice en el su mandado.
¿Vosotros sodes los novios
Para mi vejez guardados?
¡Buena vejez me darédes
Siendo tan afeminados!
No quiero pasar de aquí,
Que si miro lo pasado
Reviento de pesadumbre
Considerando este caso.—
Estas palabras el Cid
Les dijo muy enojado
Por haber así fuido
Del leon los dos hermanos:
Agraviáronse los Condes,
Y con él quedan odiados.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Tambien afecta una antigüedad que no tiene. Es la continuacion ó segunda parte del del número 851.

854.

SALE EL CID DE VALENCIA CONTRA BÚCAR, ARMADO POR SU ESPOSA JIMENA, Á QUIEN DEJA ENCOMIENDAS PARA EL CASO DE MORIR EN LAS BATALLAS.— CXXXI.

(*Anónimo* [1].)

—Si de mortales feridas
Fincare muerto en la guerra,
Llevadme, Jimena mia,
A San Pedro de Cardeña:
Y así buena andanza hayades
Que me fagades la huesa
Junto al altar de Santiago,
Amparo de lides nuesas.
Non me curedes plañir,
Porque la mi gente buena
Viendo que falta mi brazo
Non fuya y deje mi tierra.
Non vos conozcan los moros
En vuestro pecho flaqueza,
Sino que aquí griten armas,

Y allí me fagan obsequias :
Y la Tizona que adorna
Esta mi mano derecha,
Non pierda de su derecho,
Ni venga á manos de fembra.
Y si permitiere Dios
Que el mi caballo Babieca
Fincare sin su señor,
Y llamare á vuesa puerta,
Abridle y acariñadle
Y dadle racion entera,
Que quien sirve á buen señor,
Buen galardon dél espera.
Ponedme de vuesa mano
El peto, espaldar y grevas,
Brazal, celada y manoplas,
Escudo, lanza y espuelas;
Y puesto que rompe el dia
Y me dan los moros priesa,
Dadme vuesa bendicion
Y fincad enhorabuena.—
Con esto salió Rodrigo
De los muros de Valencia
A dar la batalla á Búcar.
¡ Plegue á Dios que con bien vuelva!

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] De las últimas décadas del siglo XVI.

855.

CONSEJO QUE TIENE EL CID PARA DEFENDER Á VALENCIA CONTRA BÚCAR. — MIEDO DE LOS DE CARRION. — INTIMA EL MORO AL CID QUE SE RINDA; PERO ESTE LE DA BATALLA Y LE VENCE.—CXXXII.

(*Anónimo*[1].)

La venida del rey Búcar
A la ciudad de Valencia
Está consultando el Cid
Con muchos homes de cuenta :
Estando en aquesta fabla
Han entrado por la puerta
Sus yernos, disimulando
La traicion que asaz le ordenan.
Asiento les diera el Cid
A la su mano derecha,
El temblando de atrevido,
Y ellos tiemblan de flaqueza,
Que los ánimos cobardes
Carecen de fortaleza.
En estas fablas estando
Toda la gente trae nuevas
Con cajas, pífanos, trompas,
De como los moros llegan.
Subióse el Cid con los suyos
A una torre tan soberbia
Como son sus pensamientos,
Que igualan á las estrellas.
Puesto de pechos el Cid
En las soberbias almenas,
Miraba al Rey que ha llegado
Con el ejército y tiendas,
De que sus cobardes yernos
Ya se temen y recelan.
El Cid ha sido avisado
Que un recaudo del Rey llega;
Bajóse por recibillo,
Sin bajar su fortaleza.
A las razones del moro
Atiende el Cid con prudencia,
Y turbado de su aspecto
Le dice d'esta manera :
—El rey Búcar, mi señor,
Ha venido de su tierra
A deshacer el gran tuerto
Con que tú le tienes esta.
Envíatela á pedir,
Y en viendo que no la dejas,
Te apercibe á la batalla,
Y procura defendella.—
Oidas estas razones,
No faciendo d'ellas cuenta,
Alegre responde el Cid,
Mostrando mucha clemencia :
—Dile al Rey que se aperciba,
Que yo pondré mi defensa;
Valencia me cuesta mucho
Y no pienso salir d'ella,
Porque he pasado en ganalla
Muy grandes cuitas y penas.
Gracias infinitas doy
A la infinita grandeza
Que me otorgó la vitoria
En tan peligrosa guerra;
A solo Dios lo agradezco,
Y á la sangre y gente buena
De mis parientes y amigos
Que tambien mucho les cuesta.—
El moro se despidió,
Cobarde en ver su presencia,
Y temeroso de oirle
Al Rey le lleva la nueva.
El Cid se queda ordenando
Cosas sobre esta facienda,
Y conoció de sus yernos
La cobardía que encierran.
Mandóles que se quedasen
Porque no prueben sus fuerzas :
Ellos temerosos d'esto,
Corridos de tal afrenta,
Le dicen que han de ir con él
A tan peligrosa empresa.
Juntas las gentes del Cid
Sus haces trazan y ordenan;
Todos salen al real,
Y el Cid con tanta braveza,
Que los moros temerosos
Sus haces juntan apriesa.
Al son de pífano y cajas
La batalla se comienza,
Animándolos Rodrigo
Que lleva la delantera;
Con su gente puesta en órden
La batalla les presenta.
Embístense ambas las partes,
Y en la batalla sangrienta
Diez y ocho reyes prende,
Y á todos ellos prendiera;
Mas poniendo á los piés alas
Desembarazan la tierra,
Y aunque costó mucha sangre
Durando tan grande pieza,
La vitoria llevó el Cid,
Y con ella entró en Valencia.
Recibiólo la ciudad
Con aplauso y buena estrena;
Deséanle mil saludes
Para su amparo y defensa,
Y él contento y muy alegre
Se va á ver á su Jimena.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] De fines del siglo XVI.

856.

HUYE FERNAN GONZALEZ, YERNO DEL CID, DE UN MORO AL CUAL MATA ORDOÑO OCULTANDO LA COBARDÍA DE AQUEL. — CXXXIII.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En batalla temerosa
Andaba el Cid castellano
Con Búcar, ese rey moro,
Que contra el Cid ha llegado

A le ganar á Valencia,
Que el buen Cid ha conquistado.
Los condes de Carrion
En ella se habian hallado,
Y contra un infante d'ellos
Fernan Gonzalez llamado,
Un moro viene corriendo
Con fuerte lanza en su mano:
Fuerte muestra el moro ser,
Segun viene denodado.
El Conde, que vido al moro,
Huyendo va por el campo.
No lo habia visto ninguno
Para que sea publicado,
Sino fuera Don Ordoño:
Escudero es muy honrado,
Que del buen Cid es sobrino,
De Pedro Bermudo hermano.
Ordoño fué contra el moro,
Con su lanza lo ha encontrado,
Y firiéndolo en los pechos
Pasólo de lado á lado.
El pendon que va en la lanza
Todo sale ensangrentado;
El moro cayera muerto,
Don Ordoño se ha apeado
Y el caballo que traia
Con las armas le ha tomado.
Llamó á su cuñado el Conde,
Esto le estaba hablando:
—Cuñado Fernan Gonzalez,
Tomad vos este caballo,
Decid que al moro matasteis
Que en él venia cabalgando;
Que en dias que yo viviere
Non diré yo lo contrario,
Non faciendo vos por qué
Siempre se estará encelado.—
Estando en estas razones
El buen Cid habia llegado,
A un moro venia sguiendo
Y muerto lo ha derribado.
Don Ordoño dijo al Cid:
—Señor, este yerno honrado,
Que por bien os ayudar
Un moro mató en el campo
De un golpe que le dió,
Suyo fizo este caballo.—
Mucho le plugo al buen Cid
De lo que le habia contado,
Cuidando decir verdad,
Mucho á su yerno ha loado.
Juntos van por la batalla,
Firiendo van y matando,
Y en moros que los aguardan
Haciendo van grande estrago.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

857.

ORDOÑO BERMUDEZ REPRENDE Á FERNAN GONZALEZ PORQUE HUIA LA BATALLA CONTRA EL MORO QUE LE ACOMETIÓ.— CXXXIV.

(*De Lope de Vega.*)

—Tirad, fidalgos, tirad
A vuestro troton el freno,
Que en fuir de aquese modo
Mostrais el pavor del pecho.
De un home solo fuis,
Mirad que no es de homes buenos
Fuir en tal lid de un moro
Donde hay tantos que lo vieron.
Si non queredes morir
Como buen fidalgo á fierro,
Non vivais entre fidalgos,
Que fincan contino muertos.
Tornadvos luego á Valencia,
Que si non faceis mas qu'eso,
Tambien saldrán á lidiar
Las damas que quedan dentro.
¡Mal andanza vos dé Dios!
Pues con aspecto tan feo
Así en público fuis,
¿Qué vos dirán en secreto?
¡Mal la doctrina tomastes
De mi tio vuestro suegro,
Pues non manchais la Tizona,
Deshonrando el honor viejo!
Decides que sois fidalgos,
¡Pues yo vos juro á San Pedro,
Que tales desaguisados
Non facen fidalgos buenos!
Las armas traeis doradas,
Non las regaleis, mancebos,
Porque son fierros dorados
Que publican vuestros yerros.
Tomad aquese caballo
Del moro que yace muerto,
Y decid que le vencistes,
Que de callar os prometo.
Galanes sois entre damas,
Sed valientes entre perros,
Porque non digan de vos
A los que os han parentesco:
Y adios, que quiero partirme
Porque el Cid mi tio es viejo,
Y le quiero ir á ayudar,
Pues no le ayudan sus yernos.—
Esto dijo el buen Bermudez,
Porque el infante Don Diego
En la Vega de Valencia
Fuyó de un moro gran trecho.

(*Romancero general.*— It. Vega Carpio, obras sueltas.)

858.

GALANTEA BÚCAR Á URRACA, HIJA DEL CID, QUE DESDE UNA ALMENA LE ENTRETIENE MIÉNTRAS SU PADRE SE ARMA.—BARRUNTA EL MORO SU VENIDA, HUYE Y SE EMBARCA.— CXXXV.

(*Anónimo*[1].)

Hélo, hélo por dó viene
El moro por la calzada,
Caballero á la gineta
Encima una yegua baya;
Borceguíes marroquíes
Y espuela de oro calzada;
Una adarga ante los pechos,
Y en su mano una azagaya:
Mira y dice á esa Valencia:
—¡De mal fuego seas quemada!
Primero fuiste de moros
Que de cristianos ganada.
Si la lanza no me miente
A moros serás tornada,
Y á aquel perro de aquel Cid
Prenderélo por la barba:
Su mujer Doña Jimena
Será de mí captivada,
Y su hija Urraca Hernandez
Será la mi enamorada:
Despues de yo harto d'ella
La entregaré á mis compañas —
El buen Cid no está tan léjos
Que todo no lo escuchara.
—Venid vos acá, mi fija,
Mi fija Doña Urraca;
Dejad las ropas continas,
Y vestid ropas de pascua,
A aquel moro hi-de-perro
Detenémelo en palabras,
Miéntras yo ensillo á Babieca,
Y me ciño la mi espada.—

La doncella muy fermosa
Se paró á una ventana;
El moro desque la vido
D'esta suerte le fablara:
—¡Alá te guarde, señora,
Mi señora Doña Urraca!
—¡Así faga á vos, señor,
Buena sea vuestra llegada!
Siete años ha, Rey, siete,
Que soy vuestra enamorada.
—Otros tantos ha, señora,
Que os tengo dentro en mi alma.—
Ellos estando en aquesto,
El buen Cid ya se asomaba.
—Adios, adios, mi señora,
La mi linda enamorada,
Que del caballo Babieca
Yo bien oigo la patada.—
Do la yegua pone el pié
Babieca pone la pata.
El Cid fablara al caballo,
Bien oiréis lo que fablaba:
—¡Reventar debia la madre
Que á su hijo no esperaba!—
Siete vueltas la rodea
Al derredor de una jara;
La yegua que era lijera
Muy adelante pasaba
Fasta llegar cabe un rio
Adonde una barca estaba.
El moro desque la vido
Con ella bien se folgaba;
Grandes gritos da al barquero
Que le allegase la barca:
El barquero es diligente
Túvosela aparejada;
Embarcóse presto en ella,
Que no se detuvo nada.
Estando el moro embarcado
El buen Cid se llegó al agua,
Y por ver al moro en salvo
De tristeza reventaba;
Mas con la furia que tiene
Una lanza le arrojaba,
Y dijo:—¡Coged, mi yerno,
Arrecogedme esa lanza,
Que quizá tiempo verná
Que os será bien demandada!

(*Cancionero de romances.* — It. TIMONEDA, *Rosa española.*—It. *Silva de varios romances.* —It. *Floresta de varios romances.*)

[1] Es por antigüedad y popularidad uno de los mas interesantes que se hallan en la coleccion.—No puede decidirse si este romance se compuso con anterioridad, ó posteriormente al caballeresco del *Infante vengador*, número 294; pero si es cierto que el primer verso de uno y otro son idénticos, y por consiguiente que era proverbial. Tambien en su locucion y formas son muy parecidos.

859.

HUYE BÚCAR DEL CID.—CXXXVI.

(*Anónimo* [1].)

Encontrádose ha el buen Cid
En medio de la batalla
Con aquese moro Búcar,
Que tanto le amenazaba.
Cuando el moro vido al Cid
Vuelto le ha las espaldas;
Hácia la mar iba huyendo,
Parece llevaba alas:
Caballo trae corredor,
Muy recio lo espoleaba;
Alongado se ha del Cid,
Que Babieca no le alcanza
Por estar laso y cansado
De la batalla pasada.
El Cid con gran voluntad
De vengar en él su saña,
Para escarmiento del moro
Y de toda su compaña,
Hiérele de las espuelas,
Mas poco le aprovechaba.
Cerca llegaba del moro
Y la espada lo arrojaba,
En las espaldas le hirió,
Mucha sangre derramaba.
El moro se entró huyendo
En la barca que le aguarda.
Apeárase el buen Cid
Para tomar la su espada,
Tambien tomó la del moro
Que era buena y muy preciada.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Parece tradicional, y en su actual redaccion, de la segunda mitad del siglo XV.

860.

AL MISMO ASUNTO.—CXXXVII.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

Ese buen Cid Campeador
Bravo va por la batalla;
Contra aquese moro Búcar,
Alzada lleva su espada.
Cuando el moro vido al Cid,
Vuelto le ha las espaldas:
Hácia la mar iba huyendo,
Parece que lleva alas.
Caballo trae corredor,
Muy recio lo espoleaba;
Alongádose ha del Cid,
Que Babieca no le alcanza,
Pues está laso y cansado
De la pasada batalla.
El Cid con gran voluntad
De vengar en él su saña,
Lo hiere de las espuelas,
Con gran enojo lo llaga;
Cerca llegaba del moro,
El espada le arrojara,
En las espaldas lo hirió,
Mucha sangre derramaba.
El moro se entró huyendo
En la nave que lo aguarda,
Apeádose ha el buen Cid,
Y allí su espada tomara;
Tambien tomó la del moro
Que era muy buena y preciada.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Si con presencia del anterior hizo Sepúlveda este romance, lo imitó tan bien, que á no haberle puesto su nombre, fuera posible aceptarlo como uno de los viejos tradicionales.

861.

LOS CONDES DE CARRION ULTRAJAN CON IGNOMINIA Á LAS HIJAS DEL CID SUS ESPOSAS.—CXXXVIII.

(*Anónimo* [1].)

De concierto están los condes
Hermanos, Diego y Fernando;
Afrentar quieren al Cid,
Y han muy gran traicion armado.
Quieren volverse á sus tierras,
Sus mujeres demandando,
Y luego les dice el Cid
Cuando las hubo entregado:
—Mirad, yernos, que tratedes
Como á dueñas hijasdalgo
Mis hijas, pues que á vosotros
Por mujeres las he dado.—
Ellos ambos le prometen
De obedecer su mandado.
Ya cabalgaban los Condes,
Y el buen Cid ya está á caballo
Con todos sus caballeros

Que le van acompañando.
Por las huertas y jardines
Van riendo y festejando;
Por espacio de una legua
El Cid los ha acompañado.
Cuando d'ellas se despide
Lágrimas le van saltando.
Como hombre que ya sospecha
La gran traicion que han armado,
Manda que vaya tras ellos
Alvar Fañez su criado.
Vuélvese el Cid y su gente,
Y los Condes van de largo.
Andando con muy gran priesa,
En un monte habian entrado
Muy espeso, y muy oscuro
De altos árboles poblado;
Mandan ir toda su gente
Adelante muy gran rato;
Quédanse con sus mujeres,
Tan solos Diego y Fernando.
De sus caballos se apean,
Y las riendas han quitado:
Sus mujeres que lo ven,
Muy gran llanto han levantado;
Apéanlas de las mulas
Cada cual para su lado;
Como las parió su madre
Ambas las han desnudado,
Y luego á sendas encinas
Las han fuertemente atado.
Cada uno azota la suya,
Con riendas de su caballo;
La sangre que d'ellas corre,
El campo tiene bañado;
Mas no contentos con esto,
Allí se las han dejado.
Su primo que las hallara,
Como hombre muy enojado
A buscar los Condes iba,
Y como no los ha hallado,
Volvióse presto para ellas,
Muy pensativo y turbado:
En casa de un labrador
Allí se las ha dejado.
Vase para el Cid su tio,
Todo se lo ha contado;
Con muy gran caballería,
Por ellas ha enviado.
De aquesta tan grande afrenta,
El Cid al Rey se ha quejado;
El Rey como aquesto vido,
Tres Cortes habia armado.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Con variantes, y ménos completo, es el mismo que modernizado se coloca en seguida. — El romance redactado á fines del siglo xv, ó principios del xvi, parece ser de los tradicionales.

862.

AL MISMO ASUNTO. — CXXXIX.

(*Anónimo.*)

De concierto están los condes
Hermanos, Diego y Fernando;
Afrentar quieren al Cid,
Muy gran traicion han armado.
Quieren volver á sus tierras;
Sus novias han demandado,
Y luego su suegro el Cid
Se las hubiera entregado.
—Mirad que me las tratedes
Como á dueñas fijasdalgo
Mis fijas, pues que á vosotros
Por mujeres las he dado.—
Ellos ambos le prometen
De obedecer su mandado.
Ya cabalgaban los Condes,
Y el buen Cid está á caballo
Con todos sus caballeros,
Que le van acompañando,
Por las huertas y jardines,
Van riendo y festejando;
Por espacio de una legua
El Cid los va acompañando.
Cuando d'ellos se despide,
Lágrimas va derramando,
Como hombre que sospecha
La gran traicion que han armado [1].
Como el Cid tiene recelo,
Aquesto hubo acordado;
Llamó á su sobrino Ordoño,
Y luego le habia mandado,
Que vaya tras de sus fijas
Cubierto y disimulado,
Y qu'el vea muy bien visto
Si las llevan á recaudo,
Porque el corazon le dice
El mal que le está aguardando.
Los Condes con sus mujeres,
Por su camino han andado;
Por los lugares que van,
Eran muy bien hospedados,
Porque los señores d'ellos,
Del buen Cid eran vasallos.
Andando por sus jornadas
A Tórmes habian llegado
Y entre los robledos dél,
Las damas han apeado
De las mulas en que van,
Porque así lo traen pensado;
Mandan primero á su gente,
Se vayan adelantando.
Por los cabellos las toman
Habiéndolas desnudado;
Arrastránlas por el suelo,
Tráenlas de uno al otro lado,
Danlas muchas espoladas,
En sangre las han bañado;
Con palabras injuriosas
Mucho las han denostado.
Los cobardes caballeros
Allí se las han dejado,
Diciendo: — De vueso padre
En vos ya somos vengados,
Que vosotras non sois tales
Para con nusco casaros:
Pagaréisnos las deshonras
Que el Cid nos habia causado
Cuando soltara el leon
Y procurara matarnos;
Y en medio de aquel robledo,
Atadas habian quedado.
Siguen ambos su camino,
A su gente han alcanzado;
Sus gentes á sus señores
Por ellas han preguntado.
Ambos Condes respondieron,
Que quedan á buen recaudo.
Las señoras muy cuitadas
Grandes gritos quedan dando,
Y alaridos hasta el cielo,
Su desdicha publicando,
Diciendo: — ¡Condes traidores,
Cuán mal que lo habeis mirado!
¿Siendo nos fijas del Cid,
Así nos habeis tratado?
Tal es él, que vengará
La traicion que habeis obrado.—
El llanto que están haciendo
D. Ordoño está escuchando,
Y á las voces que ambas dan,
Donde están habia llegado;
Y cuando vido á sus primas,
La cara se está arañando,
Mesaba los sus cabellos,
Grandes gritos está dando.

A los Condes alevosos
A grandes voces llamando :
—¿Por qué á tan altas señoras,
Faceis tal desaguisado,
Mayormente siendo fijas
De un padre tan estimado?
¡De tan grande alevosía
Él se fará bien vengado!—
Y en las ramas de los robles,
A las damas habia echado;
Cubriólas con su vestido,
Y allí se las ha dejado;
A buscar va do las pongan
Para que estén á recaudo.
Mas ventura deparó
Un labrador muy honrado,
Que muchas veces el Cid
En su casa se ha hospedado.
Ordoño y el labrador
Al robledo habian tornado,
Y donde dejó sus primas,
Allí las habia hallado.
Llévanlas á aquel lugar,
Que es secreto y apartado;
Ellas son bien acogidas,
D'este labrador honrado,
Y de su mujer y hijos,
Todas facian lo mandado.
Ordoño fabló con ellas,
D'esta suerte ha razonado :
— Señoras, yo quiero ir
A Valencia vueso Estado,
A decir á vueso padre,
Aquesto que os ha pasado,
Y que vengue vuesa injuria,
Pues que tanto le ha tocado.—
Ellas lo hubieron por bien;
Su viaje comenzado,
Andando por sus jornadas,
A Valencia habia llegado,
Y en presencia del buen Cid,
Está Ordoño lamentando :
Contóle lo acontecido,
Sin palabra haber faltado.
El de Vivar es discreto,
Muy bien lo ha disimulado;
Que lo que espera venganza,
No conviene ser llorado.
Su mujer Jimena Gomez
Es la que mas lo ha mostrado,
Llorando de los sus ojos,
Fuentes se le habian tornado.
Mucho la consuela el Cid,
Como discreto y honrado :
Con las cosas que le ha dicho,
Mucho la habia consolado.
Despachó sus mensajeros
Para ese rey castellano,
Al cual le fagan saber
Aqueste fecho malvado.
Pidióle que haya por bien
Que d'ello sea enmendado,
Y que para que haya efecto,
Licencia le ha demandado
Para venir á Toledo,
Adonde está aposentado.
El Rey que supo el negocio,
Gran enojo habia tomado
De los Condes, y su tio
Que lo habia aconsejado.
La licencia que el Cid pide,
El Rey se la habia dado :
Envió por sus dos fijas,
Do Ordoño las ha dejado.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Hasta este verso es el romance igual al que precede, pero desde él en adelante diferente. Parece redactado sobre el anterior, y completado y añadido por algun poeta del tiempo y clase de Sepúlveda.

863.

QUEJAS DE LAS HIJAS DEL CID CONTRA SUS ESPOSOS LOS CONDES DE CARRION.— CXL.

(*Anónimo.*)

En las malezas de un monte,
Desnudas por gran traicion,
Dos soles contempla el mundo,
Doña Elvira y Doña Sol,
Hijas de Jimena Gomez,
Y del buen Cid Campeador,
Regalo del alma suya,
Y prendas del corazon.
Allí en la blanca azucena,
Muestra el lirio su color,
Y en dos albas claras bellas
La grana por arrebol :
Dos cielos que llueven perlas,
Y estrellas dan al licor,
Y entre aljofar y corales
Esta voz forma el dolor :
«¡Ay duro roble!
»Ay soledad! Ay breña!
»Ay, quien del mundo fia, cómo sueña!»
—¡Ay aleves Condes, dicen,
Cuán ciegos en vuestro error
Dejais presas nuestras manos,
Sueltas las del vengador!
¡Ay famoso Cid! tus obras
Ganadas con tu valor,
Hoy en duros robles mueren
A manos del desamor.
Mil baluartes y muros
Ha derribado el temor
De tu brazo, á quien ultrajan
Las chozas de Carrion.
¡Espanto de mil traiciones,
Ya dirá el mundo traidor,
Que se le atreven los Condes
Al que es de reyes señor!
«¡Ay duro roble! etc.»
¡Ay honor, prenda del alma!
Decidle al Cid que os ganó
Entre lanzas de dos hierros,
Que en uno solo os perdió.
Id luego, no vais agora;
Pero no lo haréis vos, no,
Que aborreceis á desnudos
Y á deshonrados mejor.
Id, pues que sois tan altivo,
Decid al rey en Leon,
Que se duela cuando os mire
O que os vuelva cual os vió :
Y en tanto d'estas montañas,
Con tierna lamentacion,
Volverémos de las fieras,
En piedad dulce el rigor.
«¡Ay duro roble!
»Ay soledad! Ay breña!
»Ay, quien del mundo fia, cómo sueña!»

(Madrigal, *Segunda parte del romancero general.*)

864.

AL MISMO ASUNTO.— CXLI.

(*Anónimo*[1].)

Al cielo piden justicia
De los condes de Carrion
Ambas las fijas del Cid
Doña Elvira y Doña Sol.
A sendos robles atadas
Dan gritos que es compasion,
Y no las responde nadie
Sino el eco de su voz.
El menosprecio y afrenta
Sienten, que las llagas non;
Que es dolor á par de muerte

En la mujer un baldon.
Tal fuerza tiene consigo
La verdad y la razon,
Que hallan en los montes gentes,
Y en las fieras compasion.
A los lamentos que hacen
Por allí pasó un pastor,
Por donde no puso pié
Cosa humana, si ahora non.
Dadle voces que se acerque,
Y él no osa de pavor,
Que son hijos de ignorancia
El empacho y el temor.
—Por Dios te rogamos, home,
Que hayas de nos compasion,
Así tus ganados vayan
Siempre de bien en mejor;
Nunca les falten las aguas
En el estío y calor,
Las yerbas no se les sequen
Con la helada y con el sol;
Tus tiernos fijuelos veas
Criados en bendicion,
Y peines tus blancas canas
Sin dolencia y sin lesion,
Que desates nuestras manos,
Pues que las tuyas non son
Como las que nos ataron,
De malicia y de traicion.—
Estando en estas palabras
El buen Ordoño llegó
En hábito de romero
De órden del Cid su señor:
Prestamente las desata
Disimulando el dolor.
Ellas que lo conocieron
Juntas lo abrazan las dos;
Llorando les dice: —Primas,
Secretos del cielo son,
Cuya voz y cuya causa
Está reservada á Dios.
No tuvo la culpa el Cid,
Que el Rey se lo aconsejó:
¡Mas buen padre teneis, dueñas,
Que vuelva por vueso honor!

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] La forma y versificacion de este romance se semeja mucho á la de algunos que pertenecen á la segunda mitad del siglo XVI, y se hallan en el *Cancionero de romances*, en los de Sepúlveda, y en las *Rosas* de Timoneda.

865.

PERSIGUE ORDOÑO A LOS YERNOS DEL CID PARA VENGAR LA INJURIA QUE HICIERON Á LAS HIJAS DE ESTE.—CXLII.

(*Anónimo.*)

—¡Atended á la mi fabla,
Aleves yernos del Cid,
Cobardes como traidores,
Que siempre es cobarde un vil!
¿Homes buenos sois vosotros?
Non sois, si canalla ruin,
Que el Cid en sus fechorías
Da demostracion de sí.
Non fuyais, aleves Condes,
Que non vos valdrá el fuir,
Que es águila la venganza
Cuando el agravio es neblí.
Un home solo os va en zaga,
Non fuyais, facelde buir;
¡Mas es la razon gigante
Que se acompaña con mil!
Volved, que non me desmayan
Las espadas que ceñis,
Que el Cid las cubrió de sangre,
Pero vosotros de orin.
Sus dos fijas le azotásteis;
Pero fué tuerto, que al fin
Al Cid ofendeis y á Dios,
Al rey Alfonso y á mí:
Todos cuatro son leones,
Y mas bravos, si advertis
Que tomarán la venganza
Sin pasta ni menjuí.—
D'esta suerte á los infantes,
Dando rienda á su rocín,
Los sigue el valiente Ordoño,
El buen sobrino del Cid.

(*Romancero general.*)

866.

AL MISMO ASUNTO.—CXLIII.

(*Anónimo.*)

No con poco sentimiento
Mira á los Condes infames,
Entre unas ramas oculto
El cuidadoso Alvar Fañez [1].
Al mandato de su tio
Obedece, porque sabe
Que las sospechas dudosas
Suelen engendrar verdades.
Viendo desnudas sus primas
A la inclemencia del aire,
Amarradas á dos robles,
Así empezó á lamentarse:
—«¡Cómo es que ansí se trate
»La honra de mi tio y vuestro padre!»—
No quiso llegar á ellas
Miéntras los dos miserables
Al peregrino suceso
Dieron fin para ausentarse.
Bien se atreviera á los dos
Y á ciento de su linaje,
Sino fuera en guarda suya
Una gran cuadrilla infame.
Y viendo que estaban solas,
Triste ante sus ojos parte,
Que es propio de un pecho noble
Cuando no puede vengarse.
Al Cielo vuelve los ojos
Reventando de coraje,
Y dice, mirando atento
De sus primas las señales:
—«¡Como es que ansí se trate, etc.»
Si vuestra honra es la mia,
No es bien honrado me llame
Si no gano como fuerte
Lo que hoy pierdo por cobarde.
Entended, aleves Condes,
Que á mi tio no afrentastes,
Ni que se mancha tal paño
Con cuatro gotas de sangre.
No puede, aunque fué en dos primas,
Afrenta aquesta llamarse,
Si el Cid que el baldon recibe
Ni lo escucha ni lo sabe;
Mas desátenvos mis manos,
Que del recibido ultraje
Venganza nos dará el cielo,
Si yo no fuere bastante:
«¡Cómo es que ansí se trate, etc.»—
Con su capa las cubria
Que están desnudas al aire,
Miéntras la noche vecina
Su manto piadoso esparce.
A la choza de un pastor
Vinieron á repararse,
Que á veces pueden humildes
Hacer merced á los grandes.
En esto amaneció el dia,
Y el pastor corriendo parte

A dar las nuevas al Cid,
Y así replica Alvar Fañez:
—«¡Cómo es que ansi se trate
»La honra de mi tio y vuestro padre!» —

(*Romancero general.*)

¹ En este romance se pone á Alvar Fañez en lugar de Ordoño, cuyo nombre se halla en otros.

867.

JURA EL CID VENGAR LA AFRENTA HECHA Á SUS HIJAS, Y PARTE Á PEDIR JUSTICIA AL REY CONTRA SUS YERNOS.— CXLIV.

(*Anónimo* ¹.)

—Elvira, soltá el puñal,
Doña Sol, tiradvos fuera,
Non me tengades el brazo,
Dejadme, Doña Jimena:
Non me tollais el rencor,
Que me empacha la vergüenza,
Que todas mis fechorías
Manchen mis suertes siniestras.
¡A mis fijas, falsos Condes,
Y á mis acatadas dueñas,
Canes, faceis tales tuertos
Tenudas en lueñas tierras!
¡A mí, que vos dí humildoso
Mis fijas, cuando os las diera
De mil pulidas garnachas
Guarnidas, y ricas prendas!
Endonévos mis espadas,
Lo mejor de mi facienda,
Y en dos mil maravedis
Me empeñara yo en Valencia;
Cadenas de oro de Arabia
Con buenos ingenios fechas,
Que en la su mandadería
Me enviara el rey de Persia;
Caballos os dí ruanos,
Y para en plaza seis yeguas,
Sendas capas de contray
Con los aforros de felpa;
¡Y en pago de mis fiducias,
Y en pago de mis recuestas,
Me las enviades, Condes,
Azotadas sin vergüenza,
Sus albos cuerpos desnudos,
Ligadas sus manos bellas,
Sus crenchas desmelenadas,
Sus tristes carnes abiertas!
¡Voto hago al Pescador,
Que gobierna nuestra Iglesia,
Y mal grado haya con él,
Cuando le fable en Cardeña,
Si en Fromesta y Carrion,
Torquemada y Valenzuela,
Villas de vuesos condados,
Queda piedra sobre piedra!
Antolinez testimonio,
Pelaez vino con ellas;
Yo vos pondré la caluña
Tal que atemorice en vella:
Que con ella y mi razon,
Ellos y sus parentelas
Han de fincar á mis manos,
A mis agravios desfechas.
Camperos tiene el buen Rey,
Que vos apañen y prendan;
Fágame justicia en todo
Y tendré mi espada queda.—
Esto fabló y dijo el Cid,
Y cabalgando en Babieca
Partió de Valencia á Búrgos
A dar al Rey su querella.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

¹ De las últimas décadas del siglo XVI.

868.

PIDE AL CID DOÑA JIMENA QUE VENGUE Á SUS HIJAS.—CXLV.

(*Anónimo* ¹.)

Lloraba Doña Jimena,
A sus solas con el Cid,
La afrenta de sus dos fijas,
Y así comenzó á decir:
—¿Cómo es posible, señor,
Siendo temido en la lid,
Que os afrentasen dos homes
No siendo bastantes mil?
Y si aquesto no vos duele,
Ved que a mi padre perdí
Por ser vos tan vengativo
En las cosas que sentís.
Considerad vuesas fijas,
Aquesas que yo parí,
Que non son fijas prestadas,
Sinon de vos y de mí.
Es bien que aquesto miredes,
Y que esa gente ruin
Non se atreva á facer tal
Sabiendo que sois el Cid,
Pues no faltarán salida
Para poderse eximir.
¡Si es bien que aquesto sintades,
Farto os he dicho, sentid!—

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

¹ De la misma época que el anterior.

869.

EXHORTA EL CID Á LOS SUYOS, QUE SEAN COMEDIDOS CON EL REY EN LAS CORTES DONDE IBAN Á PEDIR JUSTICIA CONTRA LOS CONDES DE CARRION.—CXLVI.

(*Anónimo* ¹.)

Despues que una fiesta fizo
Al santo y divino Pedro,
Aquel que africanos moros
Pagaron tributo y pecho,
Hizo una junta en su casa
De parientes y homes buenos,
Y como juntos los vido,
El buen Cid les dijo aquesto:
—Bien sabeis, amigos mios,
La fazaña de mis yernos:
¡Bien me pagaron las obras
Que en Valencia hice por ellos!
Con riendas me las pagaron,
No teniendo rienda en ellos
De ponellas en mis fijas
Azotadas en desiertos:
Y agora el rey de Leon
Dice por su mandadero,
Que dentro de treinta dias
Tengo de estar en Toledo.
Así vos suplico y pido,
Aunque no es menester ruegos
Para amigos tan leales
Teniendo fidalgos pechos,
Non se fable allá en las Cortes,
Nin perdamos el respeto
Al Rey, que non es razon
Juzgando bien y derecho.
Non se descomida nadie
Non fablando en nuestros fechos;
Que yo pondré la demanda
De lo que les dí primero,
La facienda, plata y oro,
Las espadas, amen d'eso,
Y pediré el desacato
Que á mis fijas les ficieron.—

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

¹ Del mismo tiempo que se suponen los dos anteriores.

870.

JIMENA AL PARTIR EL CID LE ACONSEJA LO QUE DEBE PEDIR Y ALCANZAR EN DESAGRAVIO DE SUS HIJAS.— CXLVII.

(*Anónimo.*)

Asida está del estribo
La noble Jimena Gomez,
Y en tanto que al Cid le habla
El Cid su gaban compone.
—Mirad, le dice, señor,
Que la sangre de aquel Conde
Que matasteis bueno á bueno,
Que la vengueis como noble.
A las Cortes vais, buen Cid [1],
Y a lo que os lleva á la corte
Ha de dar corte la espada,
Porque no tiene otro corte.
Al Rey habrán prevenido,
Y á sus amigos los Condes,
Que es de cobardes muy propio
Socorrerse de invenciones.
No aceteis del rey Alfonso
Excusas, ruegos ni dones;
Que mal se cubre una injuria
Con afeite de razones.
Considerad vuesas fijas
Amarradas á dos robles,
De quien hoy tiemblan las hojas
Condolidas de sus voces;
Y mirad que aquella ofensa
Contra mi fecha en el monte,
Descubre en vos las señales,
Y en mis fijas los azotes.
Dios os guarde donde vades,
Que son los competidores
Crueles como cobardes,
Como cobardes traidores.
Yo sé bien que vais seguro,
Si no fuere de traiciones,
Que atrevidos con mujeres
Nunca lo son con los hombres.
No entreis, señor, en batalla,
Que menguais vuesos blasones
Honrando con vuesa espada
Una sangre tan enorme.
El que venció á tantos reyes
No se iguale á aquestos homes,
Que relinchos de Babieca
Han vencido otros mejores.
Cobrad vuesas dos espadas
Para Bermudo y Ordoñez,
Que ellos pondrán en sus filos
El uso de vuesos golpes.
Sacará del fuego mio
La Tizona los tizones,
Y la famosa Colada
La mancha de mis pasiones.
Por mi aviso y vuesa mano
Que á mi venganza se pouen,
Desde luego la esperanza
Me promete alegres dones.
—Así suceda, Jimena,—
El famoso Cid responde,
Y abajando la cabeza
Picó á Babieca y partióse.

(*Romancero general.*— It. Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Este verso y los tres siguientes muestran, en un juego de vocablos, el mal gusto á que caminaba nuestra poesía.

871.

SALE EL CID PARA LAS CORTES DE TOLEDO Á PEDIR CONTRA SUS YERNOS, Y APOSTROFA Á LA VILLA DE REQUENA POR SER EL SITIO DONDE EL REY LE PIDIÓ SUS HIJAS PARA ESPOSAS DE LOS CONDES DE CARRION.— CXLVIII

(*Anónimo* [1].)

Recibiendo el alborada
Que viene á alegrar la tierra,
Tocaban á recoger
Seis clarines por Valencia.
Don Rodrigo de Vivar,
El buen Cid, su gente apresta
Para partir á Toledo,
Que á Cortes el Rey le espera.
Ya la plaza del palacio
Está de gente cubierta,
De escuderos y fidalgos
Esperando que el Cid venga.
El sale ya de la sala,
Ya está en medio la escalera
Y sálenle á acompañar
Sus dos fijas y Jimena.
Abrázalas cortesmente,
Y ruégales que se vuelvan,
Que en ver presentes sus fijas
Tiene presente su afrenta.
Descendió fasta el zaguan
Donde estaba su Babieca,
Que de ver triste á su amo
Casi siente su tristeza.
Salió en cuerpo hasta la plaza
Armado con armas negras,
Sembradas de cruces de oro,
Desde la gola á las grevas.
Vió su gente tan lucida,
Y en la ventana á Jimena,
Y por facer lozanía
Puso al caballo las piernas.
Llevó los ojos de todos,
Y al cabo de la carrera
Quitó á Jimena la gorra
Y tocaron las trompetas;
Todos siguieron tras él,
¡Cuán lucida gente lleva!
Pues alegre el sol de vellos
En las armas reverbera.
Caminan por sus jornadas,
Y á la vista de Requena
Detuvo la rienda el Cid,
Que no quiso entrar en ella.
Acordóse en aquel punto
Que allí fué la vez primera
Que le llamó el sexto Alfonso
Estando él quieto en ella.
Con grave y severa voz,
Levantando la visera
Y afirmado en los estribos,
La dice d'esta manera:
—Teatro de mi deshonra,
Do se hizo la tragedia
En que mis aleves yernos
Fuéron los autores d'ella;
Principio de mi desdicha,
Do sin ser jueves de cena
Comieron con faz doblada
Ambos Júdas á mi mesa;
Al Rey vó á pedir justicia,
Ruego á Dios que no la tuerza,
Que á postre de mi venganza
No estaréis en mi frontera.—
Y llevado de furor
Puso al caballo las piernas,
Contra la flaca muralla
Que de verle airado tiembla.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] De fines del siglo XVI. En él empiezan los romances que tratan de lo acaecido desde la partida del Cid para vengar la afrenta que recibió de sus yernos los condes de Carrion.

872.

PRESÉNTASE EL CID EN LAS CORTES AL CUMPLIRSE EL PLAZO SEÑALADO.— CXLIX.

(*Anónimo*[1].)

Tres Cortes armara el Rey
Todas tres á una sazon,
Las unas armara en Búrgos,
Las otras armó en Leon,
Las otras armó en Toledo
Donde los hidalgos son,
Para cumplir de justicia
Al chico con el mayor.
Treinta dias da de plazo,
Treinta dias, que mas non,
Y el que á la postre viniese
Que lo diesen por traidor.
Veinte y nueve son pasados,
Los Condes llegados son;
Treinta dias son pasados,
Y el buen Cid non viene, non.
Allí hablaran los Condes:
—Señor, dadlo por traidor.—
Respondiérales el Rey:
—Eso non faria, non,
Que el buen Cid es caballero
De batallas vencedor,
Pues que en todas las mis Cortes
Non lo habia otro mejor.—
Ellos en aquesto estando
El buen Cid allí asomó
Con trescientos caballeros,
Todos fijosdalgo son,
Todos vestidos de un paño,
De un paño y de una color,
Si no fuera el buen Cid
Que traia un albornoz;
El albornoz era blanco,
Parecia emperador,
Capacete en la cabeza
Que relumbra como el sol.
— Dios vos mantenga, buen Rey,
Y á vosotros sálveos Dios,
Que non fablo yo á los Condes,
Que mis enemigos son.—
Allí dijeron los Condes,
Fablaron esta razon:
— Nos somos fijos de reyes,
Sobrinos de emperador;
¿Merescimos ser casados
Con fijas de un labrador?—
Allí hablara el Cid,
Bien oiréis lo que fabló:
— Convidáraos yo á comer,
Buen Rey, tomástelo vos,
Y al alzar de los manteles
Dijistes esta razon:
Que casase yo mis fijas
Con los condes de Carrion.
Diéraos en respuesta
Con respeto y con amor:
Preguntarélo á su madre,
Su madre que las parió,
Preguntarlo he yo á su ayo,
Al ayo que las crió.
Dijérame á mí el ayo:
Buen Cid, non lo fagais, non,
Que los Condes son muy pobres,
Y tienen gran presuncion:
Mas por non contradeciros,
Buen Rey, ficiéralo yo.
Treinta dias duraron las bodas,
Que non quisieron mas, non:
Cien cabezas yo matara
De mi ganado mayor:
De gallinas y capones,
Buen Rey, non lo cuento, non.

(*Cancionero de romances.*)

[1] Consérvanse en este viejo y popular romance interesantes tradiciones de nuestra edad media. La costumbre de convocar Cortes al mismo tiempo en varios puntos del Reino; la distincion de categorías entre los nobles dignatarios, cortesanos ó hidalgos; la de enviar los grandes caballeros sus hijos á educarse en casa de sus vasallos, y los respetos y consideraciones que el educando guardaba para con su ayo: todo se menciona, aunque rápidamente, en esta composicion, que nos parece ser de una y remota época tradicional.

873.

CONFÍA EL CID Á MARTIN PELAEZ LA DEFENSA DE VALENCIA ÍNTERIN ÉL LOGRA JUSTICIA CONTRA SUS YERNOS.— CL.

(*Anónimo*[1].)

— Idos vos, Martin Pelaez,
A mi Valencia, y guardalla
Miéntras que me quejo al Rey
De aquesta traicion tamaña.
Rogaréle que se lembre
Cuando á mis fijas casara
Contra la mi voluntad,
De mi Jimena y mi casa,
Y que por facer la suya
Y cumplir la su palabra,
Yo folgué que se ficiesen
Aquestas bodas amargas.
Diréle yo cómo Ordoño
Las falló tan mal paradas,
Y desnudas de las ropas,
Que les diera para honrallas;
Y si los ojos me dejan
Contar tan malas fazañas,
Diré cómo las toparon
En el monte aprisionadas,
Y pediré que en sus Cortes
Desagravie aquestas canas,
Que el deshonor de mis fijas
Las tienen avergonzadas.
Y de tan grande traicion
Faré un reto, una demanda
A los Condes, si tuvieren
La faz para sustentalla.
Cobraré allí mis dos joyas,
Pues están mal empleadas,
En poder de dos traidores,
Mi Tizona y mi Colada:
Y vos, amigo Martin,
Quedaréis de esta vegada
Como señor de mis tierras;
Por mi falta gobernallas.
Acudiréis á Jimena
A servilla y regalalla,
Tendréis mucha cuenta en esto,
Catad que os dejo en mi casa.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Aunque afecta el lenguaje antiguo, es este romance del último tercio del siglo XVI.

874.

PROPONE EL CID AL REY SU QUERELLA CONTRA SUS YERNOS.— CLI.

(*Anónimo*[1].)

— Años hace, el rey Alfonso,
Que solo en vueso servicio
El arambre de Tizona
Apénas lo he visto limpio,
Y que mi pobre Jimena,
Nacida en contrario signo,
Fué por mí sola de padre,
Como por vos de marido.
Ella en mi ausencia ha llorado
El medio lecho vacío,
Miéntras que yo derribaba
Mil estandartes moriscos.

Testigos tengo presentes,
Y vos, Rey, sois buen testigo,
Que he atropellado mas lunas
Que el sol ha durado siglos.
Fuí en juveniles años
Rayo en vuesos enemigos,
Como agora son mis canas
Terrero de mal nacidos.
Todo lo gobierna el cielo
Con su nivel y destino,
Desde la tierra á su altura,
Y desde el cielo á su abismo.
Al pavon le dió los piés,
Al águila el corvo pico,
Y al leon la calentura
Porque estén ménos altivos.
Dos fijas tengo, señor,
Y porque le hurté al serviros
El tiempo del engendrallas
Las engendré con delito.
Agraviáronlas traidores,
Y por haberse atrevido,
Aunque á mi brazo pudiera,
Solo al vueso lo remito.
Dos cobardes las ofenden,
Cuyos corazones tibios
Al temor hacen altares
Y le ofrecen sacrificios.
Carrion les da tributo,
Como la fama al olvido,
Y por tal yo me querello
De tal injuria ofendido.
Levante vuesa justicia
El peso con el cuchillo,
Que aunque suyo sea el peso
El pesar ha de ser mio.
Si la justicia en las armas
Falló el natural abrigo,
Ya sirvo yo con las unas,
Faced justicia y castigo.
Si Dios es justo, y el home
Tan obligado á servillo,
En cuanto mas le imitare
Será mas justo y mas digno.

(Madrigal, *Segunda parte del Romancero general*, etc.—It. Escobar, *Romancero del Cid*.)

[1] Romance bello, bien hecho y razonado, cuyo estilo severo no desdice del asunto interesante y sentido de que trata. La reflexion que en él se hace de que Dios siempre deja en sus obras alguna cosa que reprima la soberbia, es eminentemente moral y grave: toda la entonacion del romance participa de la melancolía propia de la situacion en que se halla el héroe por haber sufrido una humillacion, que castiga el orgullo que el tener tan buenas hijas le inspiraba. Recíbela como de la mano de Dios; pero reclama el castigo, que merecen los culpables, de la justicia humana.

875.

AL MISMO ASUNTO.—CLII.

(*Anónimo* [1].)

Mediodia era por filo,
Las doce daba el reló;
Comiendo está con los grandes
El rey Alfonso en Leon,
Cuando entrara por la sala,
Casi perdido el color,
De todas armas armado
El noble Cid Campeador,
Que viene á pedir justicia
A su Rey y su señor
De un agravio que le han fecho
Los condes de Carrion.
En él pone el Rey los ojos
Y en sus oidos la voz:
— Justicia venga del cielo,
Si non me la faceis vos.—
Los grandes se alborotaron,
Ninguno á comer volvió,
Sus amigos de cuidado,
Sus contrarios de temor.
— Venganza vengo á pediros
Pudiéndola tomar yo;
Que con sangre de traidores
Suelo yo limpiar mi honor.
Reyes moros tengo amigos,
Que vasallos mios son,
Y en las fronteras me temen
En mirando mi pendon.
Mis fijas son agraviadas,
Doña Elvira y Doña Sol,
Si justicia no me guardas
Venganza tomaré yo.
Pagaránmelo sus fijos
En pago del galardon,
Porque de su sangre aleve
Non ha de quedar varon.
Mira, Alfonso, por mi honra,
Por la vuesa mire Dios,
Que si fiais de traidores
Non comeréis con buen pro.
Si en algo les he agraviado
Salgan, que en el campo estoy,
Que a mi espada y á mi brazo
Le ha venido su ocasion.—
Con esto volvió la espalda,
Y el Rey de comer alzó,
Y mandó que se pregonen
Las Cortes para Leon.

(*Romancero general*.— It. Escobar, *Romancero del Cid*.)

[1] En un tono mas altivo, y que forma contraste con el del anterior romance, el poeta de este presenta al Cid pidiendo al Rey justicia contra sus yernos.

876.

MUÉVESE CUESTION ENTRE LOS CORTESANOS Y LOS CABALLEROS DEL CID, POR UN RICO ESCAÑO QUE ESTE HIZO PONER PARA SÍ EN LAS CORTES, INMEDIATO AL SOLIO DEL REY.—CLIII.

(*De Lorenzo de Sepúlveda*.)

A Toledo habia llegado
Ruy Diaz, que el Cid decian,
A Cortes del rey Alfonso,
Que por su amor las hacia
Para le dar gran derecho
De la gran alevosía
Que sus yernos, los infantes
De Carrion, fecho habian.
En palacios de Galiana
El Rey mandado tenia
Que se junten á las Cortes
Todos los que allí vendrian.
La silla del rey Alfonso,
Que era muy hermosa y rica,
Púsose al mejor lugar
Que en toda la sala habia.
Al rededor de la cual
Escaños grandes ponian,
Donde se sentasen todos
Los de la caballería.
El Cid llamó á un escudero,
Muy fidalgo en demasía,
Fernan Alfonso ha por nombre,
El Cid criado le habia.
Mandóle tome un escaño
Que de Valencia traia,
Que se lo ganó al rey moro
Cuando en ella lo vencia.
Mandóle que le pusiese
Donde el Rey tenia su silla;
Escuderos fijosdalgo
Mandó lleve en compañia,
Y que guarden el escaño

Hasta que sea otro dia.
Todos llevan el escaño,
Que es hermoso á maravilla,
Sus espadas á los cuellos,
¡Oh qué bien que parecian!
Pusieron el rico escaño
Donde el Cid mandado habia,
Cubierto de ricos paños
De oro, seda y pedreria.
Otro dia de mañana
Despues que el Rey oyó misa,
Fuése para los palacios
Con muy gran caballeria:
Solo el Cid no va con él,
Que en su posada yacia.
Garci Ordoñez, ese conde
Que al buen Cid muy mal queria
Cuando viera aquel escaño
Al Rey dijo d'esta guisa:
—Por merced os pido, Rey,
Oigais lo que yo decia:
Aquel tálamo que armaron
Junto de la vuesa silla
¿Para cuál novia se armó?
Pregúntoos, ¿verná vestida
De almijías ó alquiceles,
O cómo verná guarnida?
Mandadle quitar de allí
Porque á vos pertenecia.—
Fernan Alfonso lo oyó,
Al Conde le respondia:
—¡Conde, muy mal razonades!
¡Mucho mal d'ello os vernia,
Que decides mal de aquel
Que muy mas que vos valia!
No novia, como decis,
Y si decis que mentia,
Las manos yo vos pondré,
Y conocer vos faria
Ante el Rey que está presente
De qué lugar descendia,
Que no me podréis negar
No tener vos mejoría.—
Mucho le pesó al buen Rey,
Y á los que con él venian
De lo que habia pasado;
Mas el conde Don Garcia,
Como era hombre sañudo,
El manto al brazo ponia,
Dijo:—Dejadme ferir
Al rapaz que tal decia.—
Alfonso cuando lo vido
Su espada sacado habia
Viniéndose contra el Conde
Diciendo:—Castigaria
Las locuras que habeis dicho,
Mas por el Rey no osaria.—
El Rey los ha despartido
Y á los presentes decia:
—Ninguno debe fablar
D'este escaño que aquí habia,
Que el Cid lo ganó muy bien,
Y como home de valía,
Y es caballero esforzado
Y de muy gran valentía,
Y non hay otro en el mundo
Que tan bien lo merecia
Como el buen Cid mi vasallo
De tan alta nombradía:
Y cuanto el Cid es mejor
Mas honra á mí me venia,
Que cuando ganó el escaño
A muchos moros vencia:
Envióme su presente,
Por señor me obedecia,
Como vasallo leal
Cumpliendo lo que debia:
Muchos caballos me dió,
Con moros que los traian,
Y enviárame mi quinto,
Como á mí pertenecia.
¡Nadie non fable del Cid,
Que segundo no tenia!

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

877.

ACUSACION Y RETO DEL CID EN LAS CORTES CONTRA SUS YERNOS, Y SATISFACCION QUE PIDE.—CLIV.

(*Anónimo.*)

—Digádesme, aleves Condes,
¿Qué falllásteis en mis fijas
Y cuándo tener cuidasteis
Dueñas de tan alta guisa?
¿Por aventura con ellas,
Los fidalgos de Castilla,
Qué baldones vos han dado?
¿En qué vueso honor vos quitan?
Por madre han á mi Jimena,
La mi Doña Sol y Elvira:
De tal madre ¿qué enseñanza?
¿Nin qué fembras de tal vida?
En dote vos di con ellas
Los haberes que tenia,
Y las mis ricas espadas,
Que ménos falla mi cinta:
Mas fambrientas las tenedes,
Non yantan como solian,
Que siempre fechos cobardes
Dan escasas las feridas.
Yo vos las demando, Condes,
Ante el Rey que ende nos mira,
Porque á Colada y Tizona
No es bien que aleves las ciñan.
Non son heredadas, non,
Sino en batallas tenidas,
De entre lanzas y con sangre
Mis armas todas teñidas.
En los robledos de Tórmes
Me la dejades vertida;
Mas la de dueñas atales
Ved que varones no estiman.
Non por ende me afrentades
Por ser mis fijas queridas,
Que aunque son mi sangre, estaba
En vuesas mujeres mismas.
Con todo, vos reto, Condes,
Por facer la sangre limpia;
Porque el golpe del agravio
No hay miembro que no lastima.
Tenudo soy á facello
Por vuesa honra y la mia;
Que la mancha del honor
Solo con sangre se quita.—
Estas palabras el Cid
A sus dos yernos decia,
Levantado del escaño,
La mano á la barba asida.

(*Romancero general.*— H. Escobar, *Romancero del Cid.*)

878.

PIDE EL CID QUE SE LE RESTITUYAN SUS ESPADAS COLADA Y TIZONA, QUE DIÓ Á SUS YERNOS, CON OTROS HABERES.—CLV.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En Toledo estaba Alfonso,
Que á Cortes llamado habia,
Porque el buen Cid Don Rodrigo
Muy gran querella ponia
Contra los hermanos condes
De Carrion, esa villa,
Porque en Tórmes el robledo
Ficieron alevosía;

A sus fijas azotaron,
Que de Valencia traian;
Quedaron desamparadas,
Tratadas de mala guisa.
Comenzó el Cid su razon,
Estas palabras decia:
— Rey Alfonso, mi señor,
Ante vos yo les pedia
A estos hermanos Condes
Las espadas que tenian,
Que son Tizona y Colada;
Prestado se las habia.
Deben de darmelas luego,
Que nada no les debia. —
Non respondieron los Condes
A lo que el buen Cid decia.
El Rey se levantó luego,
A los Condes se venia,
Quitárales las espadas,
Al Cid en mano ponia,
El las tomara en sus manos,
Hablábales d'esta guisa:
— De cierto,las mis espadas,
Las mejores sois que habia:
A vos, Tizona, gané
De Búcar, en aquel dia
Que lo vencí yo en Valencia
Con las gentes que traia;
A vos, Colada, yo hobe
Cuando en el campo vencia
Al rey Pedro de Aragon
Con muy gran caballería.
El conde de Barcelona
A su lado vos traia,
Y por mis hijas honrar,
En guarda dado os habia
A los condes de Carrion;
Pero mal vos conocian.
En ello yo no acertaba,
Gran mal d'ello me venía;
¡Gran merced vos hizo Dios,
Que vos sacó de captivas!
Volvistes á mi poder;
Por dichoso me tenia
En cobrar tales espadas,
Y vos la mi compañía. —
Una dió á Pedro Bermudez,
Demandado se la habia;
Otra á Albar Fañez Minaya,
Que tambien se la pedia:
Miéntras que duran las Cortes
Con ellas lo guardarian.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

879.

AL MISMO ASUNTO. — CLVI.

(*Anónimo*[1].)

Despues que el Cid Campeador
Pidió derecho del tuerto
Porque fuéron emplazados
Los Condes para Toledo,
El rey Don Alfonso el Bravo,
Aquel que con gran denuedo
Al foradar de la mano
Tuvo siempre el brazo quedo[2],
Mandó que dentro en tres meses
Pareciesen en Toledo,
E fincasen por traidores
Ellos y el conde Don Suero.
Mandó que se fagan Cortes,
Y se junten á ellas cedo
Sus grandes y ricos homes,
Que quiere tomar su acuerdo,
Que si los Condes son nobles,
Alfonso es rey de derecho;
Magüer que el Cid en honor
Es honrado caballero.
Antes de cumplir el plazo
Todos á Cortes vinieron,
Y el Cid trujo en su compaña
Novecientos caballeros.
Salió el Rey á recibirlo
A dos leguas de Toledo:
Unos de envidiosos callan,
Otros dicen que es exceso.
Los palacios de Galiana
Mandó el Rey estén compuestos,
Las paredes de brocado
Y el suelo de terciopelo.
Junto á la silla del Rey
Su escaño del Cid pusieron,
De que mofaban los Condes,
Prolazando y zabiriendo.
Sentados en corte todos,
Fabló el Rey á sus porteros:
— Mándovos que calleu todos,
Infanzones y homes buenos:
Vos el Cid, decid su culpa,
Y ellos deffendan su pleito:
Librarse vos ha justicia
Con que quedeis satisfecho.
Seis alcaldes vos señalo
De mi casa y mi consejo,
Y que todos ellos juntos
Juren por los Evangelios,
Que cuidarán de ambas partes
Asaz de entender el pleito,
Y entendido, juzgarán
Sin pasion, amor ní miedo. —
Levantóse luego el Cid,
Y sin mas alongamientos
Pide le dén sus espadas
Tizona y Colada luego.
El Rey miraba los Condes,
Qué responden atendiendo;
Pero ninguna razon
En su defensa dijeron.
Los jueces mandan las dén
Sin ningun detenimiento;
Magüer hubieron pavor,
Entregarlas no quisieron.
El Rey dijo: — Descorteses,
Volvédselas á su dueño,
Que supo mejor ganallas
De los moros de Marruecos. —
Ya cobradas las espadas,
Dos mil marcos de dinero
Les pide, y todas las joyas,
Que les dió en los casamientos.
Unánimes los jueces,
De comun consentimiento
Les condenan á que paguen
De contado todo el precio.
Comenzó de nuevo el Cid,
Los ojos como de fuego,
Y el rostro como una gualda,
A demandalles el tuerto.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Parece hecho á mediados del siglo XVI.

[2] Segun tradicion popular adquirió Don Alfonso VI el renombre de *El de la mano horadada*, porque delante de él, estando al parecer dormido, Alymaymon descubrió á los suyos un secreto importante sobre el modo con que pudiera ser conquistada Toledo. Sospechando el rey moro que el sueño de Don Alfonso fuese fingido, mandó en voz alta, y de modo que á estar despierto lo oyese, que le echasen en la mano plomo derretido, lo cual se verificó segun unos, y segun otros quedó solo en amenaza, sin que Don Alfonso retirase ni contrajese su mano, para evitar que se creyese haber oido el secreto que tanto importaba á los moros ocultar á un rey cristiano.

880.

APOSTROFA EL CID Á SUS ESPADAS, LUEGO QUE POR SENTENCIA DEL REY LE FUÉRON RESTITUIDAS. — CLVI.

(*Anónimo* [1].)

El temido de los moros,
Aquella gloria de España,
El que nunca fué vencido,
El rayo de las batallas,
Ese buen Cid Campeador,
Defensor de nuestra patria,
Espejo de capitanes,
Y de traidores venganza,
En las Cortes de Toledo,
Do le fuéron entregadas
Ante el Sexto rey Alfonso
Por los Condes las espadas,
Asi fablaba con ellas,
Sin hartarse de mirallas:
— ¿Dó estáis, mis queridas prendas?
¿A dó estáis, mis prendas caras?
No caras porque os compré
Por dinero, oro ni plata;
Mas caras porque os gané
Con el sudor de mi cara,
Al rey moro de Marruecos,
Siendo Valencia cercada:
A vos gané, mi Tizona,
Que vos traia en su guarda;
Y al conde de Barcelona
A vos os gané, Colada,
Cuando les tomé á los moros
Los castillos de Brianda.
Yo nunca os fice cobardes,
Antes por la fe cristiana
En la sarracena gente
Os traje siempre cebadas.
A los Condes mis dos yernos,
Por ser joyas tan preciadas,
Vos di, y ellos ¡mal pecado!
Os tienen de orin manchadas.
Non érades para ellos,
Que vos traian afrentadas,
Por de dentro muy fambrientas,
Por defuera pavonadas.
Libres estáis de las manos
Que os traian cautivadas,
El Cid os mira en las suyas,
Donde seréis mas honradas. —
Dijo, y á Pedro Bermudez,
Y á Don Alvar Fañez llama,
Manda que se las guarden
Miéntras las Cortes duraban.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] De las últimas décadas del siglo XVI.

881.

SE REPITE EL RETO DEL CID CONTRA SUS YERNOS.— CLVII.

(*Anónimo* [1].)

— A vosotros, fementidos
Condes de villano pecho,
Como traidores al Rey
A entrambos juntos vos reto.
Mis fijas os di, traidores,
Pero non, que en ello miento,
Al Rey las di que las diese
A quien él fuese contento.
A él se fizo esta injuria,
A él se fizo este avieso,
Y él las recibió por fijas,
Yo á vosotros por mis yernos:
Por ser fecha á mi señor
Esta injuria, por él vuelvo,
Que el que ha vasallos honrados
Ellos le enmiendan sus tuertos.
Con mujeres teneis manos,
¡Por Dios, bravos caballeros,
Si al veros con el rey Búcar
No fuerais de piés tan prestos!
¡Pero bien dice el refran
Que hay tan valientes guerreros
Por los piés, como por manos,
Y vosotros sois de aquestos!
¡Oh cuánto dierais agora
Por fallar otros dispuestos,
Tales como los fallasteis
Cuando los leones sueltos!
Faced cuenta son leones
Los que en este pecho siento,
Que es un leon cada agravio
Fecho en un honrado pecho.
Agradecédselo al Rey,
Que le veo y le respeto;
¡Pero pagarlo heis, villanos,
Si no es que os subais al cielo!
Mas non subiréis, cobardes,
Que es Dios grande justiciero,
Y no consiente traidores
Sin castigo de sus yerros:
Cuanto mas que la Colada
Y la Tizona yo entiendo
Vos serán tal purgatorio,
Que vais d'esta culpa absueltos.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] Como el anterior.

882.

REYERTA EN LAS CORTES ENTRE LOS CABALLEROS DEL CID Y LOS DE SUS YERNOS.—CLIX.

(*De Lorenzo de Sepúlveda*.)

Ante el rey Alfonso estaba
Ese buen Cid castellano,
A querellar de los condes
De Carrion, su condado,
Que en los robledos del Tórmes
Sus hijas han maltratado.
Puso la mano en su barba
Con semblante denodado,
Y voz que puso temor
A los Condes, asi hablando:
— A vos digo, Hernan Gonzalez,
Y tambien al vuestro hermano,
Que habeis fecho alevosía,
Y no como fijosdalgo,
En deshonrarme mis hijas
Defuera de lo poblado:
Sin haber causa ninguna
Caso habeis fecho malvado.
Ante el Rey que está presente
Y grandes que se han juntado,
Vos repto por alevosos,
Pues que d'ello habeis usado:
Darvos he vuestros iguales
Que os lo combatan en campo,
Do diréis con vuestras bocas
Ser verdad esto que hablo,
O en él vos matarán
Si no quereis confesallo. —
No respondieron los Condes,
Su tio es el que ha hablado;
Ese conde Don García,
Que en Cabra tiene el condado,
Dijo á los Condes: — Sobrinos,
Afuera querais quitaros;
Dejadlo estar al Cid
En el su escaño asentado,
Que me semeja que es novio,
Segun está mesurado.
¡Cuida con su barba luenga
A nosotros espantarnos!
Váyase para Molina,
Do dan parias moros flacos,

O para el rio de Hormaña,
Donde él es el heredado,
A adobar los sus molinos
Para ser alimentado,
Pues no es tal el Cid que pueda
Con nusco ser igualado. —
De aquesto que dijo el Conde
Mucho el Cid se habia enojado,
Y en ver que no respondia
Caballero de su bando,
Volvióse á Pedro Bermudez,
Y con semblante enojado
Díjole : — Tú, Pedro mudo,
¿No hablas? ¿por qué has callado?
¿No sabes que tú y mis hijas
El deudo habeis muy cercano,
Y que de la su deshonra
Gran parte te habrá alcanzado? —
Corrióse Pedro Bermudez
Porque mudo lo ha llamado;
Fuése para Don García,
Y para los de su bando;
Diérale tan gran puñada,
Que en tierra lo ha derribado.
Gran revuelta hay en la corte
Entre el Cid y sus contrarios :
Los Condes á grandes voces
Cabra y Carrion han llamado;
Los del Cid dicen : Valencia,
Y Vivar estan nombrando.
Levantóse el Rey á ellos,
Y todo se ha sosegado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

883.

AL MISMO ASUNTO. — CLX.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En las Cortes de Toledo,
Que el buen rey Alfonso hacia
Para dar derecho al Cid,
Que querellado se habia
De los condes de Carrion,
Sus yernos que ser solian,
Porque á sus buenas mujeres
Deshonrado las habian,
Vuelto le han sus dos espadas,
El su haber tambien volvian.
El Cid por grandes traidores
A ambos retado habia;
Los infantes no responden
A lo que el buen Cid decia.
El Rey dijo á los infantes
Qué era lo que respondian;
Diego Gonzalez, el uno,
Al Rey asi le decia :
— Ya, señor, sabeis que somos
De los buenos de Castilla;
Dejamos nuesas mujeres
Porque no nos merecian;
Casar con fijas del Cid
Gran deshonra nos traia. —
Los del Cid no respondieron,
Que el Cid mandado tenia
Que si él no lo mandase
Ninguno fablar debia.
Ordoño, sobrino suyo,
Era el que respondia :
— Calla tú, Diego Gonzalez,
Que eres de gran cobardía;
Muy valiente eres de lengua,
Mas esfuerzo no tenias,
Y en esa tu falsa boca
Ninguna verdad habia.
Lémbrate cuando en Valencia
En la lid que el Cid facia
Echaste á fuir de un moro [1],
Y el moro bien te seguia,
Y yo le salí al encuentro,
Muerto en tierra lo ponia,
Dite su caballo y armas,
Y al Cid entender facia
Que tú mataste aquel moro,
Que aquel caballo traia.
Yo lo fice por te honrar,
Por casar con la mi prima :
Alabastete tú d'esto,
Yo lo otorgaba á tu guisa,
Nunca salió de mi boca
Fasta hoy que lo decia,
Y si agora lo publico
Es por tu gran villanía :
Y sepan cuando en Valencia,
Cuando el leon que ende habia [2]
Se soltó de donde estaba,
Tú, porque a esconderte ibas,
Rompiste el manto y el sayo,
Que cobijado tenias,
Por entrar bajo un escaño
Que en el aposento habia.
No digo cómo tu hermano,
Que es aquel que me veia,
Cayó con notable miedo
En parte do no debia.
Así, señor rey Alfonso,
A tu Alteza yo decia
Que este dia fuera bien
Demostrar su valentía,
No en los robledos de Tórmes,
Do ferido habian mis primas,
Mujeres de tal linaje,
Que muy mas que ellos valian
Que si yo ende estuviera
Cometerlo no osarian.
Ficieron como cobardes,
Yo se lo combatiria;
No ficieron como buenos,
Como manda la hidalguia.
Muy feble es facer tal cosa
Ningun home de valia,
Y poner mano en mujeres
Non es de caballería.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.
— It. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Véase el romance, número 856 y 857.
[2] Véase el romance, número 851 y 852.

884.

AL MISMO ASUNTO DEL NÚMERO 882. — CLXI.

(*Anónimo* [1].)

En las cortes de Toledo,
A do yace Alfonso el Sexto,
El Cid le fabla á Bermudo
Con muy grande sentimiento :
— ¿Non fablais vos, Pedro mudo?
Fablad, que non estais muerto :
¿Non sabedes que mis fijas
Son vuesas primas en deudo?
Ende mas que en su deshonra
Mucha parte os cabe d'ello. —
Mucho le pesó á Bermudo
De lo que el Cid ha propuesto.
Juntóse con Garci Ordoñez,
Y desque fué cerca puesto,
Le diera tan gran puñada,
Que dió con él en el suelo.
Alborótanse las Cortes,
No queda nadie en su asiento :
Aquí sacan las espadas,
Allí dicen mil denuestos.
Unos apellidan Cabra,
Otros Valencia, otros Reino;
El Rey está ardiendo en ira,
Diciendo : — ¡ Afuera, teneos ! —
Otra vez replicó : — ¡ Afuera !

Sin mas audiencia condeno
Con acuerdo de mi corte
Y de mi real consejo,
Por los méritos que fallo
Que resultan d'este pleito,
A los condes de Carrion
Que lidien conforme al reto,
Y que el Cid haya cumplido
Con dalles tres escuderos,
Y los que mejor lidiaren,
Ellos salven su derecho.—
Pidieron plazo los Condes
Para guisar en el fecho,
Y al cabo de ruegos muchos
La noche se puso en medio.
Volvióse el Rey á su casa,
La corte á su alojamiento,
Y al salir de los palacios
Donde las Cortes se han fecho,
De Navarra y de Aragon
Al Rey vienen mensajeros.
Cartas le traen de sus Reyes:
Pidiéndole otorgamiento
De las dos fijas del Cid
Para dos fijos mancebos.
Don Ramiro el de Navarra
Le pide, si bien me acuerdo,
A la mayor Doña Elvira,
Dueña de virtud y arreo:
A la menor Doña Sol
Ha pedido el rey Don Pedro
Para su hijo Don Sancho
De Aragon propio heredero.
Partióse á Valencia el Cid,
Ufano, alegre y contento,
Desagraviadas sus fijas,
A guisar los casamientos.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] De la penúltima década del siglo XVI.

885.

HACIENDO ALARDE EL CID DE LAS BUENAS CUALIDADES DE SU CABALLO BABIECA, SE LO OFRECE AL REY, EL CUAL NO LO ACEPTA POR CONSIDERARLO BIEN EMPLEADO EN SERVICIO DE SU SEÑOR.— CLXII.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Ya se parte de Toledo
Ese buen Cid afamado,
Y acabáronse las cortes
Que allí se habian celebrado.
Aquese buen rey Alfonso,
Muy gran derecho le ha dado
De los Infantes, los condes
De Carrion el condado.
Don Rodrigo va á Valencia,
Que á los moros la ha ganado:
Novecientos caballeros
Lleva todos fijosdalgo,
Que de la rienda le llevan
A Babieca, el buen caballo.
Despidióse el Rey del Cid,
Que le habia acompañado:
Léjos van uno de otro,
El Cid envió un recaudo
Pidiendo merced al Rey
Le aguarde para hablallo.
El Rey aguardara al Cid,
Como á bueno y leal vasallo,
Y el Cid le dijo: — Buen Rey,
Yo he sido muy mal mirado
En llevarme yo á Babieca,
Caballo tan afamado,
Que á vos, señor, pertenece
Como mas aventajado.
Non le merece ninguno,
Vos sí solo á vueso cabo:
Y porque veais cuál es
Y si es bien el estimallo,
Quiero facer ante vos
Lo que no he acostumbrado,
Si non es cuando hube lides
Con enemigos en campo.—
Cabalgó el buen Cid en él,
De piel de armiño arreado,
Firióle de las espuelas,
El Rey se quedó espantado:
En mirar cuán bien lo face,
A ambos está alabando;
Alababa á quien lo rige,
De valiente y esforzado,
Y al caballo por mejor,
Que otro no es visto ni hallado.
Con la furia de Babieca,
Una rienda se ha quebrado,
Paróse con una sola
Como si estuviera en prado.
El Rey y sus ricos homes
De verlo se han espantado,
Diciendo que nunca oyeron
Fablar de tan buen caballo.
El Cid le dijo: — Buen Rey,
Suplicoos querais tomallo.
— Non lo tomaré yo, el Cid,
El Rey por respuesta ha dado:
Si fuera, buen Cid el, mio
Yo vos lo diera de grado,
Que en vos mejor que en ninguno
El caballo está empleado.
Con él honrades á vos,
Y á nos en extremo grado,
Y á todos los de mis tierras,
Por vuesos fechos granados;
Mas yo lo tomo por mio
Con que vos querais llevarlo,
Que cuando yo lo quisiere
Por mi vos será tomado.—
Despidióse el Cid del Rey,
Las manos le habia besado,
Y fuése para Valencia,
Donde le están aguardando.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc. — II. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

886.

LOS CAMPEONES DEL CID VENCEN EN EL DUELO Á LOS CONDES, QUE SON DECLARADOS ALEVOSOS. — CLXIII.

(*Anónimo.*)

Ya se parte el Rey Alfonso,
De Toledo se partia
Para ir á Carrion,
Que los Condes no venian
A lidiar con los del Cid,
Que retados los tenia
Por la deshonra que hicieron,
Aleve y gran villanía,
A las dos fijas del Cid,
Doña Sol y Doña Elvira.
Consigo llevó los seis
Jueces de la tal porfia;
Don Ramon, yerno del Rey,
Llevaba en su compañía,
Y los que hablan de lidiar
Con los que el aleve hacian.
A Carrion es llegado
A la vega que ende habia;
Sus tiendas mandara armar,
Los Condes á él venian
Con su tio Suer Gonzalez,
Que la gran traicion urdia.
Traen consigo sus parientes,
Muchos son en demasía:

Armados venian todos
De ricas fuertes lorigas,
Que entre sí han acordado,
Que si tiempo se ofrecia,
De matar á los del Cid
De cualquier guisa lo harian,
Antes de entrar en la lid,
Porque así les convenía.
Los del Cid lo habian sentido,
Y al Rey,— Señor, le decian,
En vuesa mano y merced
El de Vivar nos ponia:
Por eso, Señor, pedimos
Non consintais que hoy dia
Nos fagan desaguisados,
Nin tuerto, ni alevosía,
Que con la merced de Dios
El Cid vengado sería:
Derecho habrémos de aquesto,
Que Dios nos ayudaria.—
El Rey dijo: — Non temais,
Magüer yo lo proveeria.—
Mandó dar luego un pregon
Qu'estas palabras decia:
«Quien tuerto ó desaguisado
»A los del Cid les ficiese,
»Que la cabeza y sus bienes,
»Allí todo lo perdiese.»
El los metiera en el campo
Do la lid hacerse habia.
Los Infantes y su tio,
Tambien al campo acudian:
Gran compaña traen consigo
De gente que los seguia;
El Rey á muy grandes voces
Estas palabras decia:
— Infantes de Carrion,
La lid que hacerse queria
En Toledo la quisiera,
Y non en aquesta villa.
Dijísteis que guarnimentos
A vos allí fallecian;
Vine al vueso natural
Por faceros cortesía:
Los caballeros del Cid,
Conmigo yo los traia,
En mi fe y en mi verdad
Ellos sus vidas ponian.
Condes, yo vos desengaño
A vos y á vuesa valía,
Non fagades contra ellos
Lo que hacer non se debia,
Que aquel que lo tal ficiese
Ya yo mandado tenia
En campo le despedacen,
Sin que nadie se lo impida.—
A los Condes les pesó
De lo que el Rey les avisa.
La Colada y la Tizona
Al Rey suplicado habian
Que no entren en la lid,
Que era mucha su valía.
El Rey les dijera: — Infantes,
Facer eso no podia,
Pidiérad eslo en Toledo,
Que aquí lugar ya no habia:
Meted vos muy buenas armas,
Que no se os contradiria,
Que crecidos sois de cuerpo;
Pelead con valentia.—
En el campo son metidos
Todos seis como cumplia;
Arreada está la gente
Y todos se apercibian:
Embrazaron los escudos,
Pónense las capellinas;
Firiéronse de las lanzas,
Que so los brazos tenian.
A Pedro Bermudo luego
Fernan Gonzalez heria:
Pasóle todo el escudo,
En la carne no le heria;
El firió á Fernan Gonzalez
De una muy grande ferida;
Pasóle de lado á lado,
Mucha sangre le salia,
Y ya desmayado, en tierra
Fernan Gonzalez caia
Por las ancas del caballo,
Asido á la misma silla;
La lanza echara de sí,
Mano á Tizona ponia:
Díjole á Fernan Gonzalez:
— ¡Traidor, perderás la vida! —
Y él conociendo la espada
Que el buen Bermudez traia,
Temiérase de la muerte,
Y ántes que le diera herida,
Dijo: — Yo vencido soy,
Y por tal me conocia.—
Martin Antolin de Búrgos
Con el otro está en gran prisa:
Quebrado habian las lanzas,
Con las espadas reñian.
Antolin le diera un golpe
Con Colada, espada fina,
Por cima de la cabeza,
Que mal ferido lo habia:
Cortárale el guarnimento,
Y el casco tambien hendia;
Diego Gonzalez desmaya,
Cuidó que no escaparia.
Grandes voces da el Infante
Por golpes que recibia;
Sacóle el caballo fuera
Del cerco que el Rey ponia:
Vencido es como su hermano,
Y por tal él se tenia.
Nuño Busto y Suer Gonzalez
Se fieren con valentia;
Las lanzas traen muy fuertes,
Recias son á maravilla.
Suer Gonzalez á Nuño Bustos
El escudo le partia,
Pasóle de parte á parte,
Que el golpe muy recio iba;
Pasóle los guarnimentos,
A la carne no prendia.
Firme estuvo Nuño Bustos,
Que era de grande valía,
Pasárale con la lanza
El escudo que tenia,
Y fuera de las espaldas,
El hierro se parecia.
Suer Gonzalez cayó en tierra,
Nuño Bustos le ponia
La su lanza sobre el rostro,
Herirlo otra vez queria.
— Non lo firades, por Dios,
Su padre á voces decia,
Que mi fijo ya es vencido,
Y creo muerto estaria.
Nuño Bustos á los fieles
Dijo si aquello valia:
— No vale nada, responden,
Si él propio no lo decia.—
Suer Gonzalez volvió en sí:
—Yo soy vencido, publica.—
Por alevosos el Rey
Los tiene desde aquel dia,
Con su tio Suer Gonzalez,
Que el consejo dado habia.
Fuyéronse de la tierra,
Que jamas no parecian,
Ni mas alzaron cabeza:
Los del Cid con honra fincan;
Dióles muy grandes haberes;
A Valencia se volvian.

Gran compañía les da el Rey,
Muy seguros los envia
Para su señor el Cid,
Que por tal le conocian.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc. — II. Escobar, *Romancero del Cid.*)

887.

CARTA EN QUE EL REY REFIERE AL CID LA BATALLA Y VICTORIA DE SUS CAMPEONES CONTRA LOS CONDES DE CARRION. — CLXIV.

(*Anónimo*[1].)

Acabada la batalla
Por el de Vivar pedida
Contra los aleves Condes,
Que le afrentaron sus fijas,
El noble rey Don Alfonso,
Que el suceso honroso estima
Que haya sido por el Cid,
Como el que tenia justicia,
Con los tres fuertes guerreros,
Que por él lidiado habian
Y alcanzado la vitoria,
Así escribe al Cid Ruy Diaz:
«A vos, el Cid castellano,
»El de la espada temida,
»Pestilencia de los moros
»Y defensa de Castilla;
»A vos, á quien guarde el cielo
»En próspera y larga vida
»Para que estémos seguros
»De la enemiga morisma:
»A vos el rey Don Alfonso
»Salud por esta os envía,
»Como vueso mas amigo,
»Aunque enemigos resistan.
»El suceso del combate
»Que se ha hecho en esa villa
»De Carrion, por el órden
»Que se dió en las Cortes mias,
»Os lo escribo por mi mano,
»Y va con mi sello y firma,
»Porque sea testimonio
»Verdadero y sin malicia,
»Y que en la edad venidera
»Cómo fué, se entienda y diga,
»Sin que amistad ó respetos
»Hagan que acorten ó añidan.
»Luego que fuéron las Cortes
»En Toledo concluidas,
»A esta villa nos partimos
»Por los dos Condes pedida.
»Su demanda dió sospecha
»Por ser en su tierra misma,
»Que tierra que cria aleves
»No sin recelo se pisa.
»Yo aseguré este recelo,
»Porque á los tres que venían,
»Por vos, á lidiar con ellos,
»Guardé con la guarda mia.
»Siempre los tuve delante,
»Conociendo bien que habia
»De la parte de los Condes
»Mas traicion que valentía.
»Llegó el plazo y dia asignado
»En que habian de ser vistas
»La justicia y la razon
»Lidiar con la alevosía.
»Hízose un fuerte palenque
»Cerrado, y puestos encima
»Asientos y seis jueces,
»Y enfrente mi real silla.
»A todo estuve presente,
»Porque en mi ausencia no digan
»Que el rostro escondí al efecto
»En que el honor vueso iba,
»Porque no fablen aquellos
»Que vueso daño codician,
»Que os falta el rey Don Alfonso
»Como no os faltó en la vida,
»Aunque por malditos medios
»Traidores nos revolvian
»Vuesa lealtad condenando
»Con envidiosas mentiras.
»Advertido d'este engaño,
»A maldades conocidas
»Les cerré el oido á aquellos
»Que os condenaban en vida.
»He querido que entendais
»Que su maldad entendida
»Hago el honor vueso mio,
»Cual lo mostré en la conquista;
»Que yo propio y á mi lado
»Metí los tres que venian
»A defender vuesa causa,
»Que yo llamo propia mia.
»Puestos por mí en el palenque,
»Los dos Condes á la mira,
»Y Suer Gonzalez su tio,
»Llegaron, cual convenía,
»De fuertes armas cubiertos
»Con muy grande compañía
»De parientes y de amigos,
»Y el pueblo que los seguia.
»Cuando yo vi tanta gente
»Que en torno á todos seguia,
»Temí el seguro no fuese
»El robo de las Sabinas.
»Mandé sentar á los jueces,
»Y yo tomando mi silla,
»Sosegado el alboroto,
»Fué de mí esta razon dicha:
»Condes, las fijas del Cid
»Por vos sin causa ofendidas
»Con la traza mas soez
»Que se ha visto, ni hay escrita,
»Demandaron la venganza
»De su afrentosa ignominia
»Al Cid su padre, que al punto
»Salió á ella por sus fijas.
»Pidió campo á todos tres,
»Para que en él fuese vista
»Como quedaba su ofensa
»Con la sangre vuesa, limpia.
»Respondisteis que con él
»La batalla, que os pedia,
»No queriades facer
»Porque yo lo ayudaría;
»Que enviase á quien quisiese
»Que sobre la causa misma
»Con vos ficiese batalla
»Segun fueros de Castilla.
»Estos tres nobles guerreros
»El Cid por su parte envía,
»Que ya en el campo os aguardan,
»Os retan y desafian.
»Haced vuestra obligacion,
»Que es lo que os fuerza y obliga,
»Que es tiempo que las razones
»A las armas se remitan.—
»Quisiéronme dar respuesta;
»Y de mí no siendo oida,
»A dar principio al combate
»Fuéron, aunque lo temian.
»Partióles el campo luego
»Un rey de armas, con insignias
»Del terrible ministerio
»Que administrándoles iba.
»De tres en tres en sus puestos
»Se pusieron, recogidas
»Las riendas á los caballos,
»Las lanzas apercibidas:
»Contra el conde Don Fernando,
»Que á la victoria se aplica,
»Martin Antolinez fué

»Fuego echando por la vista.
»A Don Diego, el otro hermano,
»Que encendió la horrible cisma,
»Le cupo Pedro Bermudez
»Para la batalla esquiva:
»Nuño Bustos de Linzuela,
»Ardiendo en honrosa ira,
»Se opuso con Suer Gonzalez
»Autor de la alevosía.
»Cuando ví tres contra tres
»En dos hileras distintas,
»La lid de los Curiacios
»Se me figura que via.
»A este punto el ronco son
»De la trompa les avisa
»Que dén principio á la lid
»Para el fin que pretendian.
»Arremetieron á una
»Todos, la señal oida,
»Cada cual con el contrario,
»Que enfrente de sí tenia.
»Don Fernando y Antolinez,
»Que igualmente se herian,
»Quebraron juntos las lanzas;
»Firmes quedan en las sillas;
»Mas desnudando á Colada,
»Despues de muchas feridas,
»Que Antolinez le dió al Conde
»Con destreza y valentía,
»Le dió un golpe en lo mas alto
»Del yelmo, que las hebillas
»Faltaron, y la cabeza
»Fué en dos partes dividida.
»Derribóle del caballo,
»Y el suyo dejando, encima
»Del cuello se puso en pié,
»Y el acero al pecho afirma.
»A este punto un gran ruido
»Se alzó y una vulgar grita,
»Pidiendo no le matase,
»Cumpliendo con que se rinda.
»Fué poderoso el clamor
»De aplacar la ardiente ira
»Del vencedor animoso,
»Para dejallo con vida;
»Mas puesto sobre él de piés,
»A Pedro Bermudez mira
»Que traia al conde Don Diego
»Sin valor con que resista.
»Dióle un golpe con Tizona,
»Despues de tener rompidas
»Las lanzas, y fué tan fuerte
»Que hombre y caballo derriba.
»Pidióle misericordia,
»Pidiendo en merced la vida,
»Confesando su maldad,
»Diciendo que se rendia.
»No dió oido á sus plegarias,
»Mas la fiera espada hinca
»Por el alevoso pecho,
»Con que dió fin á su vida.
»El valiente Nuño Bustos,
»Y Suer Gonzalez querian
»Cada uno de por sí
»La victoria de aquel dia.
»Duró mucho este combate,
»Mas la justicia divina
»Dió victoria á Nuño Bustos,
»Como á quien tenia justicia.
»Atravesó á su contrario
»De parte á parte, y fué grima
»Verle venir del caballo
»Cayendo la boca arriba.
»Con esto acabó el combate,
»Y los vencedores gritan
»Si habia que hacer mas,
»O mas traidores que rindan.
»Respondiéronles que no,
»Que la victoria tenian
»Ganada como valientes,
»Sin haber quien se lo impida.
»Dos cajas y un pregonero,
»Puestos á este punto encima
»Del palenque, resonaron
»Y la victoria os aplican.
»El rey de armas con mi guarda
»A los vencedores guian
»Adonde los aguardaba
»Yo, y toda mi compañía.
»Luego dieron los jueces
»Sentencia difinitiva,
»Que por traidores infames,
»De honor los inhabilitan.
»Esta sentencia fué al punto
»Confirmada, y queda escrita
»Para que pueda dar fe,
»Sin la mia, con seis firmas[1]:
»Buen Cid, esto es lo que pasa,
»Sin que falte ni se añida,
»Sin que odio ni amistad
»Fagan que otra cosa escriba.
»Ved si no quedais contento,
»Y quereis que se prosiga
»Contra todo su linaje
»Sin dejar persona viva.
»Encomendadme á Jimena
»Y abrazadme a vuesas fijas,
»Y decidles que de nuevo
»Su causa tomo por mia.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] Algo posterior debe ser este romance al que le precede, y tambien está hecho con mas cuidado.

888.

LLEGAN LOS CAMPEONES DEL CID Á VALENCIA, Y CELEBRAN ALLÍ SU VICTORIA CONTRA LOS ALEVOSOS CONDES DE CARRION.—CLXV.

(*Anónimo.*)

De aquese buen rey Alfonso
Los del Cid se despedian
Para volverse á sus tierras,
Pues ya vencidos tenian
A los condes de Carrion
Por el aleve que hacian.
Llegados son á Valencia
A do el buen Cid residia:
Gran placer hubo con ellos,
Muy gran gozo, y alegria
Muy mayor, cuando dijeron
Como el buen Rey dado habia
Por alevosos los Condes,
Y á Don Suer que los regia.
Hincado se habia de hinojos
Las manos puestas arriba,
Grandes gracias da á Dios
Por la venganza que habia
De los malos yernos suyos,
Y el tio que los regia.
A Doña Jimena Gomez
Muy alegre le decia:
—Jimena, ya sois vengada
De tan grande villania
Como ficieron los Condes
A nos, y á las nuesas fijas.—
Cuando sus fijas oyeron
Lo que tanto oir querian,
Recibieron gran placer,
El mayor que ser podia.
Muy gran loor dan á Dios,
Gracias grandes le rendian,
Porque vengó su deshonra,
Y con los brazos corrian
A abrazar al buen Bermudez,
Y á toda su compañia;
Besarles quieren las manos

Del placer que ende habian.
Muy grandes fiestas hicieron
Que duraron ocho dias,
Porque Dios les dió venganza
De los que el mal cometian.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc. —It. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

889.

HONRA EL REY AL CID, Y SE OFRECE POR PADRINO EN LAS BODAS DE SUS HIJAS CON LOS REYES QUE LAS PIDIERON POR ESPOSAS.— CLXVI.

(*Anónimo.*)

—Erguíos, no esteis postrado,
Que no es justo ni razon,
Que esté ante mí de finojos
Quien reyes afinojó.
Cubrid las canas honradas
De grande prez y valor,
Y del mas leal vasallo
Que tuvo rey, ni señor.
Quedáos á yantar conmigo,
Que me faréis gran favor,
Y me tendrán las viandas
D'este yantar, mejor pro.
Y desque hayamos yantado,
Vos quiero facer favor
De contaros de la enmienda
Del tuerto de Carrion;
Mas quiero facerlo luego:
Sabed que le plugo á Dios
De guardarles sendos reyes
A Elvira y á Doña Sol:
Seré en las bodas padrino,
Pues casamentero soy,
Porque para fijas vuesas
Los tales padrinos son.
Alvar Fañez de Minaya
Vueso presente nos dió,
Yo, y nusco le recibimos
Con gran talento y amor,
Y por primeras mercedes
Bien dignas de quien vos sois
Mando que no haya cadera
En vuesa comparacion,
Si no fuere, cual yo, rey,
O dignidad superior.—
Esto dijo el rey Alfonso
A ese buen Cid campeador.

(*Romancero general.*—It. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

890.

AQUÍ SE CONTIENE TODA LA HISTORIA DE LOS CONDES DE CARRION CON EL CID Y SUS HIJAS.— CLXVII.

(*Anónimo* [1].)

Rodrigo Diaz de Vivar,
Nombrado el Cid castellano
Despues que ganó á Valencia
Como bueno guerreando,
Vivia á placer en ella
Siendo temido y honrado,
Teniendo en su compañía
Su mujer, que tanto ha amado,
Llamada Jimena Gomez,
Hija del conde Lozano,
Que Don Gomez de Gormaz
Por todos era llamado,
Con sus dos hijas doncellas,
Hermosas en igual grado.
Daba á Dios crecidas gracias,
Y al apóstol Santiago,
Porque lo ha favorecido,
Y tenido de su mano,
En vencer tantas batallas,
Y en salir d'ellas tan salvo,
Ganando tanto á los moros
Cuanto ninguno ha ganado.
Estas nuevas en Castilla
Mucho se han publicado.
Los condes de Carrion
Ambos tienen acordado
De pedirle al rey Alfonso,
Hijo del rey Don Fernando,
Qu'el Rey hubiese por bien
Al Cid enviar mandado
Pidiéndole sus dos hijas
Para estos dos hermanos,
Que se casarán con ellas
Porque son de alto estado,
De los buenos de la tierra,
Y aun de los mas mejorados.
Por bien ha tenido el Rey
De hacer lo suplicado:
Mensajeros hizo al Cid
Con quien envió su recado:
Rogábale que en Requena
Ambos se hayan juntado.
El Cid, que vido las cartas,
Hase bien aparejado,
Y el dia que mandó el Rey
A Requena habia llegado.
El Rey que vido al buen Cid,
Luego lo habia abrazado;
Preguntó el Rey á Rodrigo
De las guerras en que ha andado:
Dióle d'ellas larga cuenta
Como su vasallo honrado.
El Rey le dijo: — Buen Cid,
Mucho por cierto he holgado
De vuestras grandes victorias
Y haberes que habeis ganado,
Y de veros que estais viejo
Me hago maravillado.
—Buen Rey, respondiera el Cid,
Los trabajos lo han causado
Que me han dado tantas guerras,
Y las lides en que he andado,
Que un dia no he yo tenido
Que pueda llamar descanso.
Gané, buen Rey, á Valencia,
Donde hobe muy gran algo:
Todo es vuestro, buen señor,
Todo está á vuestro mandado.
—Dios os lo guarde, buen Cid,
Pues tan bien fuera ganado.
Muy bien me puedo alabar
Que los Reyes que han pasado
No han tenido en los sus tiempos
Tal vasallo y tan honrado,
Valiente por su persona,
Ni tan bien afortunado.
Lo que agora os quiero, Cid,
Por mí vos será contado.
Los condes de Carrion,
Ambos me han suplicado,
Que á Doña Sol y á Elvira
Se las entregueis de grado
Para que casen con ellas,
Por ser hijas de hombre honrado.
No rehuseis, Cid, mi ruego,
Pues que veis que yo las caso;
Que si mal casadas fueren,
Yo me terné por culpado.—
El Cid respondió: — Señor,
Ellas son so el vuestro mando:
D'ellas y de mí podréis
Hacer muy bien vuestro grado.
Vos, buen señor, las caseis
Como lo habeis razonado;
Yo d'ello soy muy contento,
Alegre soy y pagado.—
Mucho el Rey se lo agradece,

Y los Condes han llegado;
Besan las manos al Cid
Por esto que ha otorgado.
El Rey se vuelve à Castilla,
El Cid se tornó á su Estado
A la muy noble Valencia,
Que á moros hobo ganado.
Los Condes llevó consigo,
Y al que los habia criado,
Para celebrar las bodas
Qu'el buen Rey ha concertado.
Andando por sus jornadas
A Valencia habian llegado,
Y Doña Jimena Gomez
Muy gran placer ha cobrado,
Y gran placer ambas hijas,
Con el buen Cid han tomado.
Aquese buen Alvar Fañez
Las doncellas ha entregado
A los dos hermanos Condes,
Como el Rey se lo ha mandado.
Don Hierónimo, arzobispo,
Luego los ha desposado.
Fechos ya los casamientos,
Fiestas se habian ordenado
De justas y de torneos:
Los moros con los cristianos
Todos están con placer
En muy sublimado grado.
La fortuna, que es aviesa,
No deja cosa en su estado:
El Cid tiene un gran leon,
Muy grande es, y denodado,
Y estando el buen Cid durmiendo
El leon se habia soltado
Por descuido de su guarda
Y no por serle mandado.
El leon con muy gran furia
Donde está el Cid habia entrado,
Y donde estaban los Condes
Ambos las tablas jugando:
Como vieron al leon,
A huir habian echado.
Al ruido de las voces
El buen Cid ha recordado;
Antes estaba durmiendo
Echado sobre el su escaño.
Visto por él el leon
Una gran voz le habia dado;
El leon lo conoció,
Donde estaba se ha tornado:
Los Condes quedan corridos,
Y ambos muy afrentados
Creyendo qu'el Cid hubiese
Hecho lo que es ya contado,
Y con muy mal pensamiento
Del buen Cid han murmurado.
Hablan los dos en secreto;
Con su tio habian hablado,
Que se despidan del Cid
Para Castilla su estado,
Y que lleven sus mujeres
Con quien se habian desposado:
Y pues no pueden del padre
De la afrenta ser vengados,
Se venguen en sus dos hijas,
Y quedarán bien pagados.
Con aqueste mal acuerdo
Al buen Cid así han hablado:
—Licencia nos dad, señor,
Que tenemos acordado
De nos volver á Castilla
A estar en nuestro condado,
Con ambas nuestras mujeres:
Nuestro padre lo ha mandado.—
El Cid les dió la licencia,
Aunque se hubo recelado
De que estos dos yernos suyos
No hubiesen concertado
De matarle sus dos hijas,
U otro gran desaguisado,
Porque los tiene por hombres
No bien acondicionados;
Mas por cumplir lo que debe
En ello no puso embargo,
Y con sus gentes guarnidos
Su camino han comenzado.
Como el Cid tiene recelo
Aquesto habia acordado:
Llamó á su sobrino Ordoño,
Y luego le habia mandado
Que vaya, tras de sus hijas,
Cubierto, disimulado,
Y que vea muy bien visto
Lo que hubiese pasado,
Porque el corazon le dice
El mal que le está guardado.
Los Condes con sus mujeres
Por su camino han andado;
Por los lugares do van
Eran muy bien hospedados,
Porque los señores d'ellos
Del buen Cid eran vasallos.
Andando por sus jornadas
A Tórmes habian llegado
Y entre los robledos dél
Las damas han apeado;
De las mulas en que van
Al suelo las han bajado.
Mandan primero á su gente
Se hubiese adelantado.
Por los cabellos las toman,
Habiéndolas desnudado
Arrástranlas por el suelo,
Tráenlas de uno á otro lado,
Danles muchas espoladas,
En sangre las han bañado;
Con palabras injuriosas
Mucho las han denostado.
Los cobardes caballeros
Por muertas las han dejado,
Diciendo:—Hijas del Cid,
En vos serémos vengados,
Que vosotras no sois tales
Para con nusco casaros:
Pagaréisnos las deshonras
Que el Cid á nos hubo dado,
Cuando soltara el leon
Y procuraba matarnos.—
En medio de aquel robledo
Atadas habian quedado.
Siguen ambos su camino,
A sus gentes han llegado;
Las gentes á sus señores
Por ellas han preguntado:
Ambos Condes respondieron
Que quedan á buen recaudo.
Las señoras muy cuitadas
Muy gran llanto han comenzado,
Alaridos dan al cielo
Su desdicha lamentando,
Diciendo: —¡Condes traidores,
Cuán mal que lo habeis usado
Siendo nos hijas del Cid
A quien habeis deshonrado!
¡Tal es él que vengará
La traicion que habeis obrado!—
El llanto que están haciendo
Don Ordoño lo ha escuchado,
Y á las voces que ambas dan
Donde están habia llegado,
Y cuando vido á sus primas
La cara se está arañando.
Mesaba los sus cabellos,
Grandes voces esta dando,
A los Condes alevosos
A grandes gritos llamando,
Porque á las tales señoras

Se hace tal desaguisado,
Mayormente siendo hijas
De un padre tan estimado:
¡De tan grande alevosía
El se hará muy bien vengado!
En las ramas de los robles
A las damas había echado,
Cubriólas con su vestido,
Allí las había dejado;
A buscar va do las ponga
Para que estén á recado.
Ventura le deparó
Casa de un labrador honrado,
Y muy servidor del Cid,
Que veces lo huvo hospedado.
Ordoño y el labrador
Al robledo habian tornado,
Y donde dejó sus primas
Allí las había hallado.
Llévanlas á aquel lugar,
Que es secreto y apartado:
Allí son bien acogidas
D'este labrador honrado,
Y de su mujer y hijos;
Todos hacian su mandado.
Don Ordoño habló con ellas,
D'esta suerte ha razonado:
—Señoras, yo quiero ir
A Valencia nuestro Estado
A decir al vuestro padre
Esto que os ha pasado,
Y que vengue vuestra injuria,
Pues que tanto le ha tocado.—
Ellas lo hubieron por bien;
Su viaje ha comenzado.
Andando por sus jornadas
A Valencia había llegado,
Y en presencia del buen Cid
Grande llanto ha comenzado:
Contóle lo acaecido
Sin palabra haber faltado.
El buen Cid como discreto
Muy bien lo ha disimulado,
Que lo que espera venganza
No conviene ser llorado.
Su mujer Jimena Gomez
Es quien mas pena ha mostrado;
Lloraba de los sus ojos,
Fuentes se le habian tornado.
Mucho la consuela el Cid
Como discreto y honrado;
Con las cosas que le ha dicho
Mucho la ha consolado.
Despachó sus mensajeros
Para ese rey castellano,
Al cual le hace saber
Aqueste hecho malvado.
Pidióle que haya por bien
Que d'ello se haya vengado
Y para que haya efecto
Licencia le ha demandado
Para venir á Toledo,
Do el Rey está aposentado.
El Rey que supo el negocio
Gran enojo habia cobrado
De los Condes, y su tio,
Que los hubo aconsejado:
La licencia que el Cid pide
El Rey se la habia otorgado,
Y el Cid con sus caballeros
A Toledo habia llegado:
Fué del Rey bien recibido
Cual merece tal criado.
Propuso el Cid su razon
Como hombre sabio y honrado:
—Bien sabeis, Rey mi señor,
Que soy yo vuestro vasallo;
Crióme el Rey vuestro padre,
Y Don Sancho vuestro hermano.
A ambos yo los serví
Como muy leal criado;
Muchos servicios les hice,
Y fui por vos desterrado.
Por vuestro mando, señor,
Mis hijas hube casado
Con los condes de Carrion,
Do se cumplió vueso grado.
Diles yo de mis haberes
Con que fuéron muy honrados,
Diles Tizona y Colada,
Las espadas de mi lado:
Ellos sin causa ninguna
Muy mal me habian deshonrado:
Dejaron las mis dos hijas
De fuera de lo poblado,
Y como á malas mujeres,
No hijas de padre honrado.
A vos, buen Rey y señor,
Conviene me hagais vengado.
Vos fuistes quien las casastes,
Yo hice vuestro mandado,
Que no á mí solo los Condes,
Mas á vos, han injuriado.
Hacedme, buen Rey, justicia,
Que á vos solo es esto dado,
Que si por las armas fuera
Ya ellos fueran castigados.—
El Rey respondió: —Buen Cid,
Vos lo habeis bien razonado,
En lo pedir por justicia,
Sin haber muertes ni bandos,
Qu'esta tanto se os hará
Como quedeis bien vengado.—
El Cid las manos al Rey
Por la merced le ha besado,
Y para que se cumpla esto
A Cortes había llamado,
Mandando que en treinta dias
Todos se hubiesen juntado.
Dentro del tiempo que es dicho
A Toledo son llegados
Los Condes con sus parientes,
Que son muy emparentados.
Estando allí todos juntos
El buen Cid ha razonado:
—Ante vos, buen rey Alfonso,
Pido á los Condes mi algo,
Pido á Tizona y Colada
Que yo les hube prestado,
Pues que no hay causa ninguna
Las tengan contra mi grado.—
Los Condes dicen tenerlo,
Y el Rey ha determinado
Que todo se vuelva al Cid,
Pues es suyo, y bien ganado.
Esto fué luego cumplido
Como el Cid lo ha demandado,
Y luego se puso en pié
Y ansí está razonando
Echando mano á su barba,
Con semblante denodado:
—Condes, ante el Rey presente,
Y grandes de su reinado,
Vos repto por alevosos,
Pues que d'ello habeis usado
En deshonrarme mis hijas,
Señoras de alto estado,
Sin tener causa ninguna
De ansí las haber tratado
Como, Condes, las tratastes
En Tórmes, ese collado:
Pero pagármelo heis,
Y el que os hubo consejado.—
Los dos Condes y su tio
Andan excusas buscando;
Pero no las hallan tales
Que se hagan disculpados.
El Rey oidas las partes

Aquesto ha determinado:
«Que los Condes y su tio
»Con otros tres en el campo
»Lidien como caballeros,
»Que allí se verá el culpado.»
Aquestos fuéron Bermudez,
Con sus dos primos hermanos.
El Cid se volvió á Valencia
Siendo aquesto ya acordado.
En el plazo que el Rey puso
Aquellos han batallado:
Los Condes quedan vencidos
Con su tio ya nombrado;
Confiesan ser alevosos,
Y por tales fuéron dados.
Quedaron tan abatidos,
Que hasta agora son reptados,
Y por esta alevosía
El Rey les quitó el Estado.
Los caballeros del Cid
A Valencia se han tornado;
Son del Cid bien recibidos
Como quien los ha criado:
Cuéntanle de la justicia
Que el rey Alfonso ha usado
Con los Condes y su tio,
Y todo lo que es pasado.
El Cid da infinitas gracias
A Dios que lo habie vengado;
Agradeció mucho al Rey
Lo que con él se ha usado.
Estando el Cid muy temido,
Sus hijas le han demandado
Un infante de Navarra,
Y otro de Aragon, reinado,
Y del su ayuntamiento
Un hijo se ha procreado.
D'este proceden linajes
Que hoy vienen mas sublimados;
Donde podemos notar
El mal ser bien castigado,
Y á aquel que usa del bien
Por Dios es galardonado:
Lo mismo conteció al Cid
En el caso que es contado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Para formar este largo romance se han puesto á contribucion muchos de los que le preceden. Parece ser de la segunda mitad ó del penúltimo tercio del siglo xvi.

891.

MENSAJE Y PRESENTES QUE ENVIÓ AL CID EL SOLDAN DE PERSIA.— CLXVIII.

(*Anónimo* [1].)

Llegó la fama del Cid
A los confines de Persia,
Cuando andaba por el mundo
Dando razon de quien era,
Y como lo oyó el Soldan,
Y supo bien la certeza
De los hechos del buen Cid,
Un presente le apareja.
Cargó copia de camellos
De grana, púrpura y sedas,
Oro, plata, incienso y mirra,
Con otras muchas riquezas,
Y con un pariente suyo,
De los de su casa y mesa,
Le envía al Cid el presente
Diciendo d'esta manera:
—Dirás á Ruy Diaz el Cid,
Que el Soldan se le encomienda,
Que de sus nuevas oir
Le tengo grande querencia,
Y por vida de Mahoma,
Y de mi real cabeza,
Que le diera mi corona
Solo por verle en mi tierra:
Y que aquese don pequeño
Reciba de mi grandeza,
En señal que soy su amigo,
Y lo seré hasta que muera.—
El moro tomó el camino,
Y en poco llegó á Valencia,
Pidiendo licencia al Cid
Para hablarle en su presencia.
El Cid salió á recibirlo
Antes de saltar en tierra,
Y cuando lo viera el moro
De verle delante tiembla.
Empezó a darle el recaudo,
Y como á darlo no acierta
De turbado, el Cid le toma
La mano y así dijera:
—Bien venido seas, el moro,
Bien venido á mi Valencia:
Si tu Rey fuera cristiano,
Fuera yo á verle á su tierra.—
Con estas y otras razones
A la ciudad ambos llegan,
Adonde los ciudadanos
Ficieron muy grande fiesta.
El Cid le mostró su casa,
A sus hijas, y á Jimena,
De que el moro está espantado
Viendo tan grande riqueza.
Estúbose algunos dias
El moro holgándose en ella,
Hasta que se quiso ir,
Y pidió para ir licencia.
En retorno del presente
Que del Soldan recibiera,
Otras cosas le envía el Cid,
Las cuales allá no hubiera.
Despedido que fué el moro,
Rodrigo con su Jimena
Se quedó y con sus dos fijas
Dando á Dios gracias inmensas.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

[1] De fin del siglo xvi.

892.

ANUNCIA SAN PEDRO AL CID ENFERMO, QUE SE PREPARE Á LA MUERTE, Y QUE AUN DESPUES DE ELLA VENCERÁ Á LOS MOROS DE BUCAR, QUE SITIABAN Á VALENCIA.— CLXIX.

(*Anónimo.*)

Muy doliente estaba el Cid,
De trabajos muy cansado,
Cansado de tantas guerras
Como por él han pasado.
Nuevas le fuéron venidas
Que le ponen en cuidado,
Que el rey Búcar, fuerte moro,
Sobre Valencia ha llegado.
Treinta reyes trae consigo,
Valientes son y esforzados;
Con mucha gente de guerra,
De á pié son, y de á caballo.
Echado estaba el buen Cid
Sobre su cama acostado;
Pensando estaba cuidoso
En fecho tan afamado,
Suplicando á Dios del cielo,
Que siempre este de su bando,
Y de peligro tan grande
Con honra le saque á salvo.
Cuando el Cid no se cató,
Un hombre vido á su lado,
El rostro resplandeciente,
Como crespo y relumbrando,
Tan blanco como la nieve,
Con olor muy sublimado:

Díjole :—¿Duermes, Rodrigo?
Recuerda y está velando.—
Díjole el Cid :—¿Quién sois vos
Que así lo habeis preguntado?
—San Pedro llaman á mí,
Príncipe del apostolado :
Vengo á decirte, Rodrigo,
Otro que no estás cuidando,
Y es que dejes este mundo;
Dios al otro te ha llamado,
Y á la vida que no ha fin
Do están los santos holgando.
Morirás en treinta dias,
Desde hoy, que esto te fablo.
Dios te quiere mucho, Cid,
Y esta merced te ha otorgado;
Y es que despues de tu muerte
Venzas á Búcar en campo.
Tus gentes habrán batalla
Con todos los de su bando,
Y esto será con ayuda
Del apóstol Santiago.
Tú, Rodrigo Campeador,
Faz enmienda á tu pecado,
Porque muerto que tú seas
A la gloria seas llevado,
Que Dios por amor de mí
Ha todo aquesto ordenado,
Porque honraste la mi casa,
De Cardeña era nombrado.—
Cuando lo oyera el buen Cid
Gran placer habia tomado;
Saltó luego de la cama,
De rodillas se ha postrado
Para besarle los piés
Al buen Apóstol sagrado.
Dijo San Pedro :—Rodrigo,
Aqueso es ya excusado,
Que á mí no podrás llegar [1],
No te trabajes en vano;
Mas ten por cosa muy cierta
Aquesto que te he contado.—
Esto dicho, el santo Apóstol
A los cielos se ha tornado;
Rodrigo quedó contento,
Alegre y muy consolado,
Dando á Dios crecidas gracias
Por lo que le habia otorgado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Esto recuerda el *Noli me tangere* del Evangelio.

893.

AL MISMO ASUNTO.—CLXX.

(*Anónimo* [1].)

Estando en Valencia el Cid
De trabajos muy cansado,
Cansado de tantas guerras
Como por él han pasado,
Nuevas al Cid son venidas
Que le ponen en cuidado,
Que el rey Búcar, fuerte moro,
Sobre Valencia ha llegado.
Treinta reyes trae consigo;
Valientes son, esforzados;
Muchas gentes trae consigo,
De á pié son, y de á caballo.
Echado estaba el buen Cid,
En la su cama acostado;
Pensando estaba cuidoso
En hecho tan afamado,
Suplicando á Dios del cielo
Que siempre esté de su bando,
Y de peligro tan grande
Con honra lo saque salvo.
Cuando el Cid no se cató
Un hombre vido á su lado,
El rostro resplandeciente,
Cano, crespo y muy honrado,
Tan blanco como la nieve,
Con color muy sublimado :
Díjole :—¿Duermes, Rodrigo?
Recuerda, y está velando.—
Díjole el Cid :—¿Quién sois vos
Que lo habedes preguntado?
— Sant Pedro llaman á mí,
Príncipe del apostolado :
Vengo á decirte, Rodrigo,
Otro que no estás cuidando,
Y es que dejes este mundo,
Dios al otro te ha llamado,
Y á la vida que no ha fin
Do están los santos holgando.
Morirás en treinta dias,
Desde hoy que esto te hablo.
Dios te quiere mucho, Cid,
Y esta merced te ha otorgado;
Y es que despues de tú muerto
Venzas á Búcar en campo.
Tus gentes habrán batalla
Con todos los de su bando.
Esto será con la ayuda
De mi hermano Santiago,
Y él verná á la batalla;
Ya se lo tiene mandado.
Tú, Rodrigo Campeador,
Haz enmienda á tu pecado,
Porque muerto que tú seas
A la gloria seas llevado,
Que Dios por amor de mí
Todo aquesto ha ordenado,
Porque honraste mi casa,
Do Cardeña era nombrado.—
Cuando lo oyó el buen Cid,
Gran placer habia tomado :
Saltó luego de su cama,
De rodillas humillado,
Para le besar los piés
Al buen Apóstol honrado.
Dijo Sant Pedro á Rodrigo :
—Aqueso ya es excusado,
Que á mí no podrás llegar,
No te trabajes en vano;
Mas ten por cosa muy cierta
Aquesto que te he contado.—
Esto dicho, el buen Apóstol
A los cielos se ha tornado :
Rodrigo quedó contento,
Alegre con lo pasado,
Dando á Dios crecidas gracias
Por lo que le habie otorgado.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.
—H. Escobar, *Romancero del Cid*.)

[1] Es una repeticion casi literal del anterior, que pudiera haberse omitido.

894.

EL CID MORIBUNDO SE DESPIDE DE LOS SUYOS.—CLXXI.

(*Anónimo*.)

En Valencia estaba el Cid
Doliente del mal postrero,
Que agravios en pechos nobles
Pueden mucho mas que el tiempo.
A su cabecera tiene
Religiosos y hombres buenos,
Y en torno de su persona
Sus amigos y sus deudos,
Cuyos semblantes mirando
De dolor y cuita llenos,
Con tan sesudas razones
Así conhorta su duelo.
—Bien sé, mis buenos amigos,
Que en tan duro apartamiento
No hay causa para alegraros,

Y hay mucha para doleros;
Pero mostrad mi enseñanza
Contra los adversos tiempos,
Que vencer á la fortuna
Es mas que vencer mil reinos.
Mortal me parió mi madre,
Y pues pude morir luego,
Lo que el cielo dió de gracia,
Non lo pidais de derecho.
No muero en tierras ajenas,
En mis propias tierras muero,
Cuanto mas que siendo tierra
Es propia heredad del muerto.
No siento el verme morir,
Que si esta vida es destierro,
Los que á la muerte guiamos
A nuestra patria volvemos.
Tan solo llevo en el alma
Que en poder de un rey vos dejo
En quien vos podrá empecer
Ser mios, ó ser ya vuesos.
Que trate bien mis soldados,
Pues le defienden sus reinos,
Y crea á piernas quebradas
Mas que á sabios consejeros.
Que traiga siempre en balanza
El castigo con el premio,
Que la lealtad de vasallos
Virtud pone, y pone miedo.
Que estime un noble leal
Mas que muchos falagüeños,
Que de muchos homes malos
Non puede facer un bueno;
Y a quien menester hubiere,
Nunca le faga denuestos,
Ni pague servicios propios
Por pareceres ajenos.
Y non fablo de agraviado,
Antes le quedo debiendo,
Que las sinrazones suyas
Fuéron mis merecimientos.—
En esto entrara Jimena,
Cuyo desamparo viendo,
Ellos se enjugan los ojos,
Y el Cid dejó el parlamento.

(*Romancero general.* — D. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

895.

EL CID MORIBUNDO ACONSEJA Á LOS SUYOS LO QUE DEBEN HACER DESPUES QUE MUERA. — CLXXII.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

Aquese famoso Cid
De Vivar triste yacia;
San Pedro le apareció,
Que se apareje decia
Para ir al otro mundo,
Cerca la muerte tenia;
Treinta dias, que no mas,
Le dijo que viviria.
Levantóse gran mañana,
Juntó á su caballería,
Llorando de los sus ojos
D'esta manera decia:
—Parientes mios leales,
Y amigos que ende habia,
Bien se vos acordará
Cómo ese rey de Castilla,
Don Alfonso mi señor,
A mi destierro ponia,
Y por la vuestra mesura
Tuvistesme compañía.
Dios nos hizo gran merced,
Y él siendo la nuestra guia,
Vencimos muchas faciendas;
Cristianos, moros vencian.
Quisieran ellos quitarme
La merced que Dios me hacia;
Pero non pudo ninguno
Seguir tan mala porfía:
Loado el nombre de Cristo
A Valencia conqueria.
A hombre del mundo yo
Señorío no debia,
Sino al buen rey Don Alfonso,
Al cual mucho yo queria,
Que supiera que mi cuerpo
Tan poco durar habia,
En verdad vos digo yo;
Que ya el fin es de la mi vida.
Treinta dias, que no mas,
Mi cuerpo el alma ternia;
Siete noches han pasado
Que visiones me seguian;
Diego Laines mi padre,
Y mi hijo aparecian;
Dicen: «Mucho habeis durado
En aquesta triste vida»;
Vayamonos á las gentes
Que perdurable vivian.
Yo no creo estas visiones;
Mas mi muerte es cedo aina.
Ya sabeis como el rey Búcar
Contra nos cierto vernia;
Treinta y seis reyes de moros
Trae en su compañía;
Pues tan gran poder como este
Defenderse non podria
Sin que vos gane á Valencia;
Mas yo vos consejaria
Como lo venzais en campo
Antes de ser mi partida,
Y como Jimena Gomez,
Vosotros con valentia
A Castilla vos volvais
Sin que nadie vos lo impida.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

896.

TESTAMENTO DEL CID.—CLXXIII.

(*Anónimo* [1].)

—La que á nadie no perdona,
A reyes ni á ricos-homes,
A mí, fincado en Valencia,
Llegó á mi puerta y llamóme;
Y fallándome dispuesto
A su voluntad conforme,
Fago así mi testamento,
Y mi voluntad al postre.
«Yo, Rodrigo de Vivar,
»Llamado por otro nombre
»El bravo Cid Campeador
»De las morismas naciones,
»El alma encomiendo á Dios
»Que en su reino la coloque;
»Y el cuerpo fecho de tierra
»Mando que á su centro torne;
»Y despues que sea finado,
»Con los untos de los botes
»Que me endonó el rey de Persia
»Le unten, compongan y adoben,
»Y puesto sobre Babieca
»Tras mi seña y mis pendones,
»Lo enseñedes al rey Búcar
»Y á todos sus valedores.
»Y mando que á mi Babieca
»Lo sotierren y lo afoden,
»Non coman canes caballo
»Que carnes de canes rompe.
»Y para facerme obsequias
»Se junten mis infanzones,
»Los de mi pan y mi mesa

»Los buenos conqueridores:
»Y á la santa cofradía
»Del rico Lázaro pobre,
»Mando el prado de Vivar,
»Ende, aquende, y su quiñones:
»Item, mando que no alquilen
»Plañideras que me lloren,
»Bastan las de mi Jimena
»Sin que otras lágrimas compre.
»Y en San Pedro de Cardeña
»Junto al santo Pescadore
»Me fabriquen un fosal
»Con su túmulo de bronce.
»Item, mando que al judío,
»Que engañé estando tan pobre,
»Lo que pesare el de arena
»Le dén de plata otro cofre.
»Y á Gil Diaz tornadizo [2],
»Que de moro á Dios volvióse,
»Le mando mis femolarias,
»Mis corazas y quijotes.
»El noble rey Don Alfonso,
»Y el buen obispo Don Lope,
»Y mi sobrino Alvar Fañez
»Sean mis cabezadores:
»Y lo demas de mi haber
»Se reparta entre los pobres,
»Que son entre el hombre y Dios
»Padrinos y valedores.»

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

[1] Romance de la época y género de los de Sepúlveda. Es un buen cuadro de costumbres.

[2] Es el que se supone haber escrito la crónica del Cid.

897.

AL MISMO ASUNTO.—CLXXIV.

(*Anónimo.*)

Coronadas de victorias
Aquellas dichosas sienes,
Con un frio insoportable
El buen Cid está á la muerte.
Presente se halló San Pedro,
Que quiso hallarse presente
Para mostrar que su vida
Mereció fin tan alegre.
Doña Jimena le llora,
Que mucho su muerte siente,
Porque si le quiso en vida
Mucho mas le quiere en muerte.
Comenzó el buen Cid sus mandas
Como ve que le conviene
Para el pro de sus criados,
De su alma, hacienda y gente.
Dice: «Porque sé que Búcar
»Con crecido poder viene
»Para cercar á Valencia,
»Mando mi cuerpo se lleve
»Bien armado, y en Babieca
»De suerte que me sustente,
»Mi Tizona en la una mano
»Y en la otra mi insignia lleve;
»Y mando que no se vista
»Nadie luto, pues conviene,
»Antes con ropa de seda
»Grande alegría se muestre,
»Y que se toquen contino
»Los instrumentos que hubiere,
»Y se ponga en la muralla
»Jimena, y consigo lleve
»Sus damas, y las demas
»Que mejor le parecieren;
»Y que mis gentes se vistan
»De blanco, morado y verde.
»Acabada la batalla
»Mando mi cuerpo se lleve
»Con mi tesoro á Castilla,
»El cual quiero que herede
»Mi mujer Doña Jimena,
»Y d'esto el cargo le quede
»A Don Jerónimo, obispo,
»Para que en todo dispense.
»Quiero que cada hijodalgo,
»Despues de mi muerte, herede
»Quinientos maravedis,
»Y mil quien los mereciere.
»Pero Bermudez mi primo,
»En do Jimena estuviere,
»La sirva de mayordomo
»Si en tiempo le venciere.
»Item, mando que las villas,
»Castillos y casas fuertes
»Las herede el rey Alfonso
»Como al presente las tiene,
»Porque yo nunca gané
»Ciudades ni villas fuertes,
»Sino en nombre, y como suyo
»De mis señores los reyes.
»Y no hago restitucion
»De ningun cargo de bienes
»A los reyes de Castilla,
»Porque ántes ellos me deben
»El tesoro que he gastado
»Peleando contra infieles;
»Lo cual todo lo perdono
»Sin que ellos nada me suelten.
»Item, mando que Babieca
»Despues de muerto le entierren,
»Porque no coman las aves
»Carnes que tanto merecen.
»Y á San Pedro de Cardeña
»Mando que mi cuerpo lleven,
»Que es monesterio en Castilla
»Donde quiero que le entierren;
»Y á Dios pido me perdone
»Cuando d'este mundo fuere.»

(*Romancero general.*)

898.

AL MISMO ASUNTO.—CLXXV.

(*Anónimo* [1].)

A la postrimera hora,
Muy fatigado en la cama,
Ese buen Cid Campeador
Hoy quiere ordenar su alma,
Y presente Alvar Fañez,
Que es escribano de fama,
Y con él cuatro testigos,
Así comienza sus mandas.
«Mi alma quien la crió
»Es muy justo que la haya,
»Mi cuerpo á la dura tierra,
»Pues de la tierra fué planta.
»A mi querida Jimena
»Mando que le sean dadas
»Las mis tierras, que gané
»Con mi valor y mi espada.
»Item, diez maravedis,
»Cada un año esté obligada
»A dar para que se casen
»Huérfanas desamparadas.
»Item mas, siete reales
»Den para hacer una casa
»Donde huéspedes reciban
»Que peregrinando pasan.
»Doña Sol, mi hija mayor,
»Mando que sea mejorada
»En veinte maravedis,
»Y en una aljuba de grana.
»Item, mando á Doña Elvira
»Un arca toda encorada,
»Que fué del rey de Valencia,
»Guarnida de hoja de lata.

»A Martin Pelaez le mando
»El mi troton y dos lanzas,
»Mi sayo con mi jubon,
»Y juntamente mis calzas.
»Tres reales le mando á Nuñez;
»Pero en obligacion haya
»De me decir treinta misas
»Cuando d'este mundo vaya.
»Mando que entre mis soldados
»Seis reales se repartan,
»Porque rueguen por mí á Dios
»En quien está mi esperanza.
»Item, mando que mi cuerpo,
»Acabada la batalla,
»Le lleven luego á San Pedro
»En un atabud, ó andas,
»Y que ante el altar mayor
»Un rico sepulcro se haga,
»Ante quien siempre den luz
»Tres lámparas plateadas.
»Para fábrica del templo
»Y aceite, dejo por manda
»Catorce maravedis
»Que el rey de Córdoba paga.»

(*Romancero general.*)

[1] El autor de este romance parece que lo hizo solamente para exagerar el valor del dinero, comparando la época del Cid con las posteriores. Por eso gradúa en siete reales los fondos para establecer un hospital, en mucho ménos de tres reales la limosna de treinta misas; y en catorce maravedis el gasto necesario, durante un año, para sostener diariamente encendidas tres lámparas. Por mucho valor que se suponga al oro y la plata en tiempo del Cid, muy gran cantidad de estos metales debian contener los maravedis que á tanto bastaban.

899.

MUERTE DEL CID.—CLXXVI.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

La era de mil y ciento
Y treinta y dos que corria,
A quince dias de mayo
Doliente el buen Cid yacia
En Valencia la nombrada,
Que de moros conqueria.
Su mujer está presente
Y privados que tenia;
Haciendo está testamento:
Lo primero ansí decia:
«En San Pedro de Cardeña
»Mi cuerpo se enterraria:
»Mando á cada hijodalgo
»Que á mi servicio habia
»Quinientos maravedis;
»A otros, mill les daria;
»A Doña Jimena Gomez
»Cuantos bienes yo tenia;
»Muy honradamente en ello
»Es mi voluntad que viva;
»Estará en el monesterio,
»De Cardeña se decia.
»Gil Diaz, que es mi privado,
»Mando que la honre y sirva.
»Cabezaleros que nombro,
»Doña Jimena seria,
»Y Don Jerónimo, obispo,
»Alvar Fañez en compañía;
»Mi primo Pero Bermudez
»Gran cargo d'ello ternia.»
Demandaba el Sacramento,
Ya se le acaba la vida;
Con crecida devocion
El buen Cid lo recibia;
Llorando de los sus ojos
Muchas lágrimas vertia;
Acostárase en su cama,
A Cristo llama por guia;
Dijo: — Tuyo es el poder,
Hijo de Virgen María,
Todos los reinos son tuyos,
El mundo te obedecia,
Todo es á tu mandado,
Tu voluntad se cumplia;
Pídote yo por merced
Mi alma no sea perdida,
Y la pongas en la fin,
Que ninguna fin habia. —
Y diciendo estas palabras
El noble varon moria:
Dios la habia recibido,
Que va limpia de mancilla.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Hasta el principio del romance es el mismo con que comienzan los capítulos de las crónicas.

900.

EXEQUIAS DEL CID Y DUELO DE DOÑA JIMENA. — CLXXVII.

(*Anónimo* [1].)

Las obsequias funerales
Celebra Doña Jimena
De Rodrigo de Vivar
En San Pedro de Cardeña,
Juntamente con sus fijas,
A quien el cielo hizo reinas,
Satisfaciendo el agravio
No debido á su inocencia.
Pone el cuerpo en una tumba,
Mas que su esperanza negra,
Y así llorando le dice
Como si vivo estuviera:
— ¡Oh amparo de los cristianos!
¡Rayo del cielo en la tierra!
¡Azote de la morisma!
¡De la fe de Dios defensa!
¿No sois aquel que jamas
Os vieron la espalda vuelta
Los disfrazados amigos
Que causaron vuestra ausencia?
¿No sois el que desterrado,
Por palabras lisonjeras
Allanó para su rey
Mil castillos y fronteras?
¿No sois vos quien sujetó
A la ciudad de Valencia,
Y el que venció en seis batallas
Sin alma, mil almas fieras?
¡Ay amarga soledad
Cómo al sufrimiento enseñas
A sufrir contra justicia
Tan penosa y triste ausencia! —
No pudo pasar de aquí
La madre de la nobleza,
Que sobre el cuerpo cayó
Desmayada, ó casi muerta.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] De fines del siglo XVI.

901.

LOS DEL CID LLEVANDO SU CUERPO SOBRE BABIECA, Y AYUDADOS DE SANTIAGO, VENCEN Á BÚCAR, QUE SITIABA Á VALENCIA. — CLXXVIII.

(*Anónimo* [1].)

Muerto yace ese buen Cid
Que de Vivar se llamaba;
Gil Diaz su buen criado
Cumpliera lo que mandara.
Embalsamara su cuerpo,
Y muy yerto se paraba:

Cara tiene de hermosura,
Muy hermosa y colorada;
Los ojos igual abiertos,
Muy apuesta la su barba;
Non parece que está muerto,
Antes vivo semejaba;
Y para que esté derecho
Este ardid Gil Diaz usaba.
Puso el cuerpo en una silla,
Una tabla en las espaldas,
Y otra delante del pecho,
Y á los lados se juntaban;
Llegaban bajo los brazos,
Y el colodrillo tapaban.
Esta era la de atras,
Y otra llegaba á la barba,
Teniendo el cuerpo derecho
A ningun cabo inclinaba.
Doce dias son pasados
Despues que el Cid acabara;
Aderézanse las gentes
Para salir á batalla
Con Búcar, ese rey moro,
Y contra la su canalla.
Cuando fuera media noche
El cuerpo asi como estaba
Le ponen sobre Babieca,
Y al caballo lo ataban.
Derecho está y muy igual,
Estar vivo semejaba,
Calzas tiene en las sus piernas
De blanco y negro labradas,
Parecian brasonetas
De las que en vida calzaba;
Vistiéronle vestidura,
Que el pespunte se mostraba,
Y su escudo puesto al cuello
Con su divisa ondeada;
Capellina en su cabeza
De pergamino pintada,
Parece que era de fierro,
Segun está bien labrada.
En la su mano derecha
La Tizona le fué atada
Sutilmente, á maravilla
Iba en la su mano alzada.
De un cabo iba el obispo
Don Jerónimo de fama,
Del otro iba Gil Diaz,
El que á Babieca guiaba.
Salió Don Pedro Bermudez
Con seña del Cid alzada,
Con cuatrocientos fidalgos,
Que con él van en su guarda:
Saliera luego el recuaje,
Otros tantos lo guardaban;
Saliera el cuerpo del Cid
Con gente muy esforzada.
Ciento son los guardadores,
Que el cuerpo honrado llevaban,
Tras él va Doña Jimena,
Con toda la su compaña,
Con seiscientos caballeros,
Que para guarda le daban:
Callando van, y tan paso,
Que veinte no semejaban.
Ya están fuera de Valencia,
Claro el dia se mostraba:
Alvar Fañez fué el primero
Que arremetió con gran saña
Contra el gran poder de moros,
Que Búcar trae en su compaña.
Halló delante de sí
Una mora muy gallarda,
Gran maestra en el tirar
Con saetas del aljaba
De los arcos de Turquía;
Estrella era nombrada
Por la destreza que habia
En el herir de la jara.
Ella fuera la primera
Que á caballo cabalgara
Con otras cien compañeras,
Muy valientes y esforzadas.
Los del Cid las fieren recio,
Muertas en tierra quedaran.
Visto los habia el rey Búcar
Con los reyes de su banda,
Y quedan maravillados
En ver la gente cristiana.
Setenta mil caballeros
Les pareció que llegaban,
Todos blancos como nieve,
Y uno que los asombraba,
Mas crecido que ninguno,
En blanco caballo andaba,
Cruz colorada en el pecho,
En su mano señal blanca;
La espada semeja á fuego
Con que á los moros llagaba:
Gran mortandad face en ellos,
Fuyendo van que no aguardan.
El rey Búcar y sus reyes
El campo desamparaban;
Camino van de la mar
Do los navíos estaban.
Los del Cid los van firiendo,
Ninguno habia de escapa;
En la mar se ahogan todos,
Mas de diez mil se anegaban,
Que con la prisa que traen
Todos juntos, no se embarcan.
De los reyes mueren veinte,
Búcar huyendo se escapa;
Los del Cid ganan las tiendas
Con mucho oro y mucha plata;
El mas pobre queda rico
De lo que ende ganara.
Caminan para Castilla,
Como el buen Cid ordenaba;
Llegados son á San Pedro,
De Cardeña se nombraba,
Do quedó el cuerpo del Cid,
El que á España tanto honraba.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.— It. ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

[1] Es el mismo de Sepúlveda, que empieza así: *Muerto es ese buen Cid*.

902.

AL MISMO ASUNTO. — CLXXIX.

(*Anónimo.*)

Miéntras se apresta Jimena
Con algunos de los suyos
Para partir de Valencia
Con el silencio noturno,
Y los nobles castellanos,
Mas valerosos que muchos,
Con fingidas alegrías
Velan los soberbios muros;
Alvar Fañez de Minaya,
Don Ordoño, y Don Bermudo,
Para la batalla aprestan
Del Cid el cuerpo difunto.
No le visten la loriga
Que él en las lides trujo,
Por cumplir lo que mandó
En su postrimero punto.
De pergamino pintado
Le ponen yelmo y escudo,
Y en medio de dos tablones
El embalsamado bulto,
Y de un cendal claro verde
Vestido un tabardo justo,
Al pecho su roja insignia,

Honor y asombro del mundo.
Unas calzas de colores,
Guarnecidas de dibujo,
En lienzo crudo pintadas,
Y ellas son de lienzo crudo.
El derecho brazo alzado,
Al ménos cuanto se pudo,
En la mano su Tizona
El limpio fierro desnudo.
D'esta guisa le aprestaron,
Y cuando aprestado estuvo
Pavor les dió de miralle,
¡Tal se muestra de sañudo!
Trujeron pues á Babieca,
Y en mirándole se puso
Tan triste, como si fuera
Mas razonable que bruto.
Atáronle á los arzones
Fuertemente por los muslos,
Y los piés á los estribos
Porque fuesen mas seguros.
Y á la lumbre del lucero,
Que por verle se detuvo,
Con su capitan sin alma
Salieron al campo juntos,
Donde vencieron á Búcar
Solo porque á Dios le plugo,
Y acabando la batalla,
El sol acabó su curso.

(*Romancero general.*)

903.

CONDÚCESE EL CUERPO DEL CID Á DARLE SEPULTURA EN SAN PEDRO DE CARDEÑA. — CLXXX.

(*Anónimo.*)

Vencido queda el rey Búcar
Con todos sus allegados
De la campaña del Cid
En el campo valenciano.
Para Castilla caminan;
El buen Cid era finado,
Caballero va en Babieca
Con los suyos á su lado.
No llevaba armas ningunas
Sino sobre sí unos paños:
Los que no saben su muerte
Por vivo lo habian juzgado.
Cada vez que hacen jornada
Quitábanlo del caballo,
Quedaba yerto y derecho
En la silla cabalgado.
La buena Jimena Gomez
Su mensaje habia enviado
A los parientes del Cid
Para que vengan á honrallo,
Y tambien á sus dos yernos,
Que eran reyes coronados.
En tanto que ellos venian
Alvar Fañez ha fablado
Que pongan el cuerpo muerto
En ataud y tapado,
Y con púrpura le cubran,
Con clavos de oro clavado.
No quiso Doña Jimena,
Y así los ha razonado:
— El Cid tiene el rostro hermoso,
Los ojos muy aseados,
Miéntras está d'esta suerte
No hay para qué sea mudado,
Que mis yernos folgarán,
Y mis fijas en su cabo
De verlo como ahora está,
Que non su cuerpo enterrado. —
Todos hubieron por bien
Lo que Jimena ha ordenado:
Don Sancho y tambien García
Están al Cid aguardando,
Y media legua de Olmedo
Todos se habian juntado.
Ese buen rey de Aragon
Caballeros tiene armados,
Al reves traen los escudos
De los arzones colgados,
Las capas traian negras,
¡Muy grande duelo mostrando!
Las capillas traen tendidas,
Segun uso castellano.
Doña Sol y las sus dueñas
Estameña han cobijado:
Gran duelo querian hacer,
Mas su madre lo ha vedado,
Porque así lo mandó el Cid,
Y así ha de ser obrado.
El Rey y la su mujer,
Para el Cid habian llegado;
Ambos las manos le besan,
De lo ver se han espantado,
Que no semejaba muerto,
Sino vivo y muy honrado;
Muchos vienen á lo ver
De Castilla, ese reinado;
Tambien vino Don García,
Rey d'ese reino navarro:
Consigo trae su mujer,
Fija del buen Cid loado.
Las manos besan al Cid,
Muchas lágrimas llorando;
Todos van para San Pedro
Porque allí le han enterrado.
Aquese buen rey Alfonso,
Que ha sabido lo pasado,
De Toledo se partiera
Y á San Pedro habia llegado.
Saliéronle á recibir
Los al Cid emparentados:
Mucha honra fizo el Rey
Al cuerpo del Cid honrado;
Mandó que no se enterrase,
Sino que el cuerpo arreado
Se ponga junto al altar,
Y á Tizona en la su mano:
Así estuvo mucho tiempo,
Que fuéron mas de diez años.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.) — It. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

904.

ELOGIO DEL CID Y RESEÑA DE SUS HAZAÑAS. — CLXXXI.

(*Anónimo* [1].)

En Búrgos nació el valor,
Gloria y amparo de España,
Que es costumbre en la cabeza
Poner la insignia mas alta.
Aquel que victorias suyas
De eterna memoria estampa
En los dos polos su nombre
Y el cielo da gloria al alma:
De quien españoles reyes
Tienen de su sangre tanta,
Que si duermen los despierta
A la guerra y las hazañas:
El que á los hijos de Agar
Destruyera sus espadas,
Y á siete reyes venció,
Despues de muerto, en batalla:
El valeroso y leal
A su señor y á su patria,
Que hizo famosa á Hesperia
Y á las estrellas la ensalza:
A quien prudentes varones
Ponen solo entre las armas,
Y por sus grandes proezas

Príncipe d'ellas le llaman,
Y moros sus enemigos,
Por excelencia llamaban,
El invencible Rodrigo,
Y señor de la campaña.
Y siendo cuan bueno fué,
Tiró la envidia su lanza;
Mas las armas de virtud
El hierro suyo no pasan,
Que como sucede siempre,
Quien mal anda mal acaba,
Y golpes de arma traidora
A su mismo dueño matan.
No pudieron las traiciones
De muchos manchar su fama,
Que con la infamia de aquellos
El cielo se la limpiaba.
En San Pedro de Cardeña
Su cuerpo la tierra ensancha,
Que como lo hizo en vida,
Allí tampoco le falta.

(Escobar, *Romancero del Cid*.)

[1] Del fin del siglo xvi.

905.

MILAGRO QUE HIZO EL CUERPO DEL CID CONTRA UN JUDÍO QUE LE INSULTÓ QUERIENDO TOMARLE LA BARBA.— CLXXXII.

(*Anónimo* [1].)

En Sant Pedro de Cardeña [2]
Está el Cid embalsamado,
El vencedor no vencido
De moros ni de cristianos.
Por mando del rey Alfonso
En su escaño está sentado,
Su noble y fuerte persona
De vestidos arreado:
Descubierto tiene el rostro
De gran gravedad dotado,
Su blanca barba crecida
Como de hombre estimado,
La buena espada Tizona
Puesta la tiene á su lado;
No parece que está muerto,
Sino vivo y muy honrado.
Siete años estuvo así,
Como está ya razonado;
Por su alma, que es en gloria,
Hacen fiesta cada año.
A ver su cuerpo tan bueno
Mucha gente se ha llegado.
Fuera de donde está el Cid
La fiesta se hizo un año;
Su cuerpo quedaba solo,
Ninguno le ha acompañado.
Estando d'esta manera,
Un judío habia llegado:
Cuidando estaba entre sí,
D'esta suerte razonando:
— Este es el cuerpo del Cid
Por todos tan alabado,
Y dicen que en la su vida
Nadie á su barba ha llegado.
Quiero yo asirle d'ella,
Y tomarla en la mi mano,
Que pues aquí yace muerto,
Por él no será excusado:
Yo quiero ver qué fará,
Si me pondrá algun espanto. —
Tendió la mano el judío
Para hacer lo que ha pensado,
Y ántes que á la barba llegue,
El buen Cid habia empuñado
A la su espada Tizona,
Y un palmo la habia sacado.
El judío que esto vido
Muy gran pavor ha cobrado:
Tendido cayó de espaldas
Amortecido de espanto.
Halláronlo allí caido
Los que en la iglesia han entrado;
Agua le echan por el rostro
Para facerlo acordado,
Y vuelto que fuera en sí
Todos le han preguntado
Qué cosa fuera la causa
De verlo tan mal parado:
El luego les declaró
La causa de lo pasado.
Todos dan gracias á Dios
Por el milagro contado,
En se acordar que su siervo
No quiso fuese ensuciado
Por mano de aquel judío,
Que tan mal lo habia pensado.
Cristiano se volvió luego,
Diego Gil era llamado:
Fincó en servicio de Dios
En San Pedro el ya nombrado,
Y en él acabó sus dias
Como cualquier buen cristiano.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Ni este romance, ni los que siguen son de la vida del Cid; pero se colocan como serie de ella porque tratan de la memoria de este héroe.

[2] Acaso el poeta tuvo presente para componer este romance el principio del del número 908.

906.

DON SANCHO DE NAVARRA ABANDONA, EN HONOR DEL CID, LA PRESA QUE HIZO Á LOS CASTELLANOS.— CLXXXIII.

(*Anónimo*.)

De Castilla van marchando
A Navarra con su gente
Don Sancho, á quien dieron nombre,
Por sus hechos, de valiente.
Delante lleva el despojo,
Que ganó su brazo fuerte
En las tierras de Castilla,
Sin que nadie le impidiese
Triunfante, rico y contento
Por sus jornadas se vuelve,
Dejando á los castellanos
Despojados de sus bienes.
Por San Pedro de Cardeña
Mandó que el curso enderecen
La escolta y la cabalgada,
Para que por allí fuesen.
Como llegase la fama
Al abad que en guarda tiene
El santo cuerpo del Cid,
Aguardó que el Rey se acerque.
Aderezóse entre tanto,
Como en procesion solemne,
Y con la insignia del Cid
Sale para cuando llegue.
Al son de las roncas cajas,
Marchando de siete en siete,
Al Rey que llevan en medio
Miran ufanos y alegres,
Tremolando las banderas
Junto al Rey, que alegremente
En ellas ponia los ojos,
Como en su mayor deleite.
Yendo el valiente Don Sancho
Marchando con sus ginetes,
Llegó donde el santo abad
Le aguardaba alegremente.
Puso en tierra las rodillas
Diciendo: — Rey, no desprecies.

Mi razon, ni á la voz mia
Tu justo oido le cierres.
Bien sabes, valiente Rey,
Y cuantos estáis presentes,
Que esa presa es de cristianos,
Y no es justo que la lleves.
Las guerras que traen contigo
Son causa para ponerte
Siempre la espada en la mano,
Por su daño, y con sus muertes.
Muy bien pudiera excusarse
La sangre que d'ellos viertes,
Con que volvieras la espalda
A los moros que nos vencen.
Mira, buen Rey, esta insignia
Que es del Cid de quien desciendes,
Y póngotela delante
Para que esa presa dejes. —
Conociendo el Rey la insignia,
Del caballo se desciende,
Y en el suelo de rodillas
La saluda d'esta suerte:
— ¡Oh estandarte poderoso
De aquel varon excelente,
Que fué muro de Castilla,
Y cuchillo de la muerte;
De quien tembló la morisma;
Quien deshizo sus poderes;
Quien venció muerto al rey Búcar,
Y tuvo vasallos reyes;
A quien hablaban los santos,
Y le acompañaban siempre,
Y le alcanzaron de Dios
Que vencido no se viese!
A vos y ante vos consagro,
Como á quien tan bien se deben,
Estos despojos de guerra,
Y en vuestro templo se cuelguen. —
Y en diciendo estas razones,
Mandó que los presos suelten,
Y toda la presa junta
Al bendito abad se entregue
Por amor y reverencia
Del Cid, á quien se la ofrece,
Reconociéndole muerto,
Que nunca su nombre muere.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

907.

AL MISMO ASUNTO. — CLXXXIV.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En Navarra es rey Don Sancho,
Qu'el Valiente se llama,
Biznieto es de ese buen Cid,
Que á España tanto honraba:
Con el rey Alfonso ha guerra
El que en Castilla reinaba.
Don Sancho corre su tierra
Hasta Búrgos la nombrada;
Gran estrago hizo en ella,
Gran cabalgada llevaba.
Llevóle muchos ganados,
Que valian gran ganancia.
Para Navarra se vuelve
Con presuncion muy ufana,
Por no haber quien lo resista,
Ni nadie lo contrallaba.
Pasó cerca de San Pedro,
Que de Cardeña se llama,
Donde está el cuerpo del Cid,
Que de Búcar se llamaba
El valiente Campeador,
Aquel que todos alaban,
Porque no tuvo segundo
En bondad, fuerza, ni maña.
Por mayor del monasterio
Un abad antiguo estaba;
Caballero fué otro tiempo,
Honra en las armas ganara;
Hombre era hijodalgo:
Al abad mucho pesaba
En ver llevar tan gran presa
Como el rey Sancho tomaba.
Tomó la seña del Cid
Del altar adonde estaba;
Fué donde estaba Don Sancho,
La seña llevaba alzada.
El rey se maravilló
Cuando la seña miraba,
Porque en aquella sazon
Semejante no se hallaba
Seña que le pareciese,
Ni la habia en toda España.
El monje le dijo al Rey,
Ante el cual se le humillaba:
— Sabrás, buen Rey y señor,
Ser verdad lo que yo hablaba,
Y es que este monasterio
A mí me fué dado en guarda;
En él yace el noble cuerpo
Del buen Cid que guerreaba:
Yo me atrevo á tu mesura,
La tu merced demandaba;
Temo yo esta seña suya,
Que merece sea acatada,
Ruégote que hayas por bien
De dejar la cabalgada
Por reverencia del Cid,
Y de su seña estimada;
Non lo lleves d'esta vez,
Seráte cosa loada
La que tú, buen Rey, harás
En hacer lo que rogaba.—
El Rey estuvo suspenso,
Que respuesta non tornaba,
Mirando el atrevimiento
Que el abad en él mostraba.
Cuidando estuvo una pieza,
Y d'esta suerte hablaba:
— Yo quiero dejar la presa
Que tú, padre, demandabas,
Por haber muchas razones
Que á lo hacer me obligaban;
La primera, porque vengo
De aquella sangre estimada
De ese buen Cid Campeador,
Que Ruy Diaz se llamaba,
Porque yo soy su biznieto,
Hijo del rey de Navarra,
A quien dijeron García;
Nieto es de quien hablaba,
Hijo fué de Doña Elvira,
Que con mi abuelo casara:
Esta fué hija del Cid,
Persona tan estimada.
Lo segundo, yo la dejo
Por aquesta seña honrada,
Y por honra del su cuerpo,
De quien vos habeis la guarda:
Y á no haber estas razones
Justo fuera la dejara,
Porque si el Cid fuera vivo
Hasta aquí yo non llegara,
Ni osara llevar la presa,
Sin que la muerte cobrara:
Por estas causas que digo
Yo cumplo vuestra demanda. —
Mandó el Rey volver la presa,
Y todo lo que llevaba;
En San Pedro de Cardeña
Fincó muy gran temporada,
Do hizo grandes limosnas
Por el buen Cid, que allí estaba.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

908.

EN LOOR DEL MONASTERIO DE SAN PEDRO DE CARDEÑA, PORQUE DOSCIENTOS MONJES DE ÉL FUÉRON MARTIRIZADOS.

(*Anónimo.* [1])

En Sant Peidro de Cardenna,
Do yace el Cid enterrado,
Con la su donna Jimena,
Que buen paso han entrambos;
Yacen tambien muitos reyes
E muitos homes fidalgos,
Cuyos fazañosos fechos
Los ficieron afamados.
Entre otras muitas grandezas,
Una alza en tanto grado,
Que aun á los cielos admira
La grandiosidad del caso.
E fué que docientos monjes,
Que al gran Beito semejaron
En el hábito é la vida,
Morieron mártires santos.
Otras órdenes benditas
Uno á uno dan los santos;
Mas tú, docientos por uno,
Señal que en ti fincan tantos.
¡Oh Cardenna venturosa!
Magüer en tierra has quedado,
Con la sangre de tus fijos
Fasta el cielo has llegado.
Toda tu gente es de guerra;
Magüer que sí guerrearon,
Unos vencieron moriendo,
Otros vencieron matando.
Que si los infieles moros
En tu casa santa entraron,
No cuidando fallar un Cid,
Docientos Cides fallaron.
E vos, Beito glorioso,
Bien podeis estar ufano,
Viendo que en la vuesa gente
Hay tan famosos soldados.

(BERGANZA, *Antigüedades de España.*)

[1] Cualquiera que haya estudiado los orígenes de nuestra lengua y poesía popular, conocerá que este romance no es del siglo XII, como el Padre Berganza y el Padre Merino lo califican. Su mismo contexto lo indica, pues en este tiempo no habia en España mas órdenes monásticas que las de San Benito, por lo cual el poeta no hubiera dicho : *Otras órdenes benditas*, si no es que se traduzca la palabra órdenes por la de monasterios.— El asunto de este romance nada tiene que ver con el Cid; pero se pone entre los del héroe, porque se le elogia, recuerda y honra en él.

909.

VINDICACION SEMIBURLESCA DE LAS HAZAÑAS DEL CID, QUE SE TIENEN POR FABULOSAS.

(*Anónimo* [1].)

Cuantos dicen mal del Cid,
Ninguno con verdad habla,
Que el Cid fué buen caballero,
De los mejores de España :
Gran servidor de sus reyes,
Gran defensor de su patria,
Enemigo de traidores,
Y amigo de gente honrada,
El que en la vida y la muerte
Mereció digna alabanza,
Aunque malvados poetas
Se atreven y desacatan.
Dice uno : No son verdad
Los hechos que dél se cantan,
Y que las historias nuestras
Son consejas y patrañas.
Contra el que niega el principio,
El filósofo nos manda
Que no arguyamos, y es justo,
Porque niega de ignorancia.
Decir mal de las historias
Suele el que á la verdad falta,
Para decir su mentira
Y arrojarse en la baraja.
Dicen : que los necios crean
Que muerto venció batallas,
Como si fuera imposible
Al que los santos guardaban.
Niegan que no fué verdad,
Que sacó la media espada
Contra el judío que quiso
Tocalle muerto á la barba :
Estos ruines poetas,
Como están fuera de gracia,
No entienden que Dios se acuerda
De los suyos y los guarda;
Y sin que leyes del duelo
Le obligasen á esta causa,
La ley que guardó de Dios
Muerto le libró de infamia.
Los condes de Carrion
Dicen tambien, como enfadan,
Y que no fué caso honroso
Ponellos el Cid demanda.
Qué, ¿quieres tú, mal poeta,
Que los Condes se quedaran
Con semejante traicion,
Y el ofendido no hablara?
¿Qué es lo que del Cid dijeras,
Si con salir á la causa,
Y destruir los aleves,
Lo murmuras y lo ultrajas?
Sin duda de tales fechos
Tu mal intento se paga,
Y en tu mujer y tus hijas
Mas sufrieras, y callaras,
O por faltarte el valor,
O porque cosas tan altas
No son para flacos pechos
Donde las lenguas son almas.
¿Cuál diablo te engañó,
Poeta con piés de caña,
A tratar del noble Cid,
De sus sucesos y casa?
¿No tenias á la mano
Otros con quien te estrellaras,
Que cuanto dijeras d'ellos
Les hiciera consonancia?
¿No pudieras hablar, di,
Con lengua desmesurada,
Del otro que en todas ciencias,
Sin saber romance, habla,
Y come mas colacion,
Que diez asnos beben agua?
¿O del otro adulador,
Que con la voz señalada
Osa murmurar de todos
Como prenda rematada?
¿Del hijo de no sé quién,
Que entre fidalgos se ensancha,
Y es un libro de novelas
La mayor verdad que trata?
Aquí pareciera bien,
Que afilaras la navaja,
Y hablaras á tus anchuras,
Y no del honor de España.
De tu loco atrevimiento
Débese tomar venganza,
Y yo te cito y aplazo
Para que en mi audiencia vayas :
Descomulga tus escritos,
Tus versos repone y tacha,
Condena tu mala lengua,
Y abomina tus palabras.
Ruego á Dios sobre tus obras,
En pago del mal que hablas,

Tantas cámaras te dén,
Que entrar no puedas en cama.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

¹ Con este romance terminan todos los concernientes al Cid, que han llegado à nuestra noticia.—Es de las últimas décadas del siglo XVI, segun parece.

CONTINUAN LOS HECHOS DE ALFONSO VI, Y LOS SUCESOS ACAECIDOS EN SU EPOCA.

910.

REFUGIADO ALFONSO VI EN TOLEDO, JURA PACES CON ALIMAYMON Y SUS HIJOS.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* ¹.)

En Toledo estaba Alfonso
Hijo del rey Don Fernando;
Huido está por el miedo
Del rey Don Sancho su hermano.
Acogióle Alimaymon,
Que Toledo es su reinado;
Mucho quiere á Don Alfonso;
De moros es estimado.
Durmiendo está en una huerta
A sombra que hacie un árbol;
Cerca estaba Alimaymon
Con sus moros razonando.
Dijo : — ¡Qué fuerte es Toledo!
No puede ser conquistado
Si no quitasen el pan
Y las frutas siete años,
Y teniendo siempre el cerco
Sin que se hobiese quitado:
Por la falta de viandas
Tomarse ha el año octavo.—
Don Alonso bien lo oyó,
Finge que dormido ha estado.
Por costumbre habien los moros,
Que su ley se lo ha mandado,
Que degüellen un carnero;
Ya iban á degollarlo.
Con el Rey va Don Alfonso,
Que los iba acompañando,
Y sus cristianos tambien
De Castilla habien llegado.
Don Alfonso es muy fermoso,
De grandes dotes dotado,
Páganse d'ellos los moros,
De todos es muy loado.
Juntos van ambos los Reyes,
Detras dos moros hablando.
El uno le dijo al otro.
—¡Hermoso es este cristiano!
¡Gran señor merece ser!
En él será bien empleado.—
El otro moro le dijo :
— Esta noche yo he soñado
Que Alfonso entraba en Toledo
En un puerco cabalgando :
De Toledo ha de ser rey,
Tenlo por averiguado.—
Ellos hablando en aquesto
Los cabellos se han alzado
A ese rey Don Alfonso :
Alimaymon con su mano
Los apretaba hácia yuso,
Y ellos siempre están en alto.
El rey moro bien oyó
Todo lo que es ya contado :
Hizo llamar á sus moros,
Los que tiene por mas sabios,
Los cuales dicen que Alfonso
Habrá el reino toledano.
Aconsejan que lo mate;
Mas el Rey no lo habie en grado
Porque lo queria mucho;
Mas jura le ha demandado
Que contra él ni sus hijos
Non hará desaguisado.
Alfonso lo prometió,
Y lo cumplió de buen grado :
Mucho lo quiere el rey moro,
Y d'él está asigurado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

¹ Algunos colectores incluyeron este romance entre los del Cid.

911.

EL ARZOBISPO DON BERNARDO Y LA REINA CONSTANZA DESPOJAN Á LOS MOROS DE SU MEZQUITA DE TOLEDO, Y LA HACEN IGLESIA.

(*Anónimo* ¹.)

Ese buen rey Don Alfonso,
El de la mano horadada,
Despues que ganó á Toledo
En él puso su morada,
Dende ganó los lugares
De moros que allí quedaban :
Montalvan y Talavera,
Oropesa y Mejorada,
Y la villa de Escalona,
A Maqueda y Santa Olalla.
Ganó á Canales y á Illescas,
Madrid y Guadalajara,
Alcalá y Tordelaguna,
A Uceda y á Salamanca.
Ganó á Buitrago y Atienza,
Á Sigüenza y á Berlanga,
Y ganó á Medinaceli,
Y ganó toda la Alcarria
De la otra parte del rio,
Que agora Tajo se llama,
Sin otros muchos lugares
Que allen del rio ganara.
Luego, en ganando el lugar,
De cristianos le poblaba :
Luego le hace su iglesia;
Luego le pone campanas.
Déjalos fortalecidos,
Y á Toledo se tornara.
Elegido ha un arzobispo,
Don Bernardo se llamaba,
Hombre de muy santa vida,
De letras y buena fama,
Y de que le hubo elegido,
Por nombre le intitulaba
Arzobispo de Toledo,
Primado de las Españas.
Todo cuanto el Rey le diera
Se lo confirmara el Papa.
Desque ya tuvo el buen Rey
Esta tierra sosegada,
A la reina su mujer
En gobernacion la daba.
Fuése á visitar su reino:
Fué á Galicia y su comarca.
Despues de partido el Rey,
La reina Doña Constanza
Viendo su marido ausente
Pensamientos le aquejaban,
No de regalos del cuerpo,
Mas de salvacion del alma.
Estando asi pensativa,
El Arzobispo llegara;
En llegando el Arzobispo
D'esta manera le habla :
— Don Bernardo, ¿qué harémos
Que la conciencia me agrava
De ver mezquita de moros
La que fué iglesia santa,

Donde la Reina del cielo
Solia ser bien honrada?
¿Qué modo, dice, ternémos
Que torne á ser consagrada,
Que el Rey no quiebre la fe,
Que á los moros tiene dada?—
Cuando esto oyó el Arzobispo
De rodillas se hincaba:
Alzó los ojos al cielo,
Las manos puestas hablaba:
—¡Gracias doy á Jesucristo,
Y á su Madre, Vírgen santa,
Que salis, Reina, al camino
De lo que yo deseaba!
Quitémosela á los moros,
Antes hoy que no mañana:
No dejeis el bien eterno
Por la temporal palabra.
Ya que el Rey se ensañe tanto
Que venga á tomar venganza,
Perdamos, Reina, los cuerpos,
Pues que se ganan las almas.—
Luego aquella misma noche
Dentro en la mezquita entraba:
Limpiando los falsos ritos
A Dios la redificaba
Diciendo este dia misa,
El Arzobispo, cantada.
Cuando los moros lo vieron
Quejas al Rey enviaban;
Mas el Rey cuando lo supo
Gravemente se ensañaba.
A la Reina y al Perlado
Malamente amenazaba:
Sin esperar mas consejo
A Toledo caminaba.
Los moros que lo supieron
Luego consejo tomaban:
Salénselo á recibir
Hasta Olías y Cabañas.
Llegados delante el Rey,
De rodillas se hincaban:
—¡Mercedes, buen Rey, mercedes!—
Dicen, las manos cruzadas.
Mas el Rey que así los vido
Uno á uno levantaba.
— Calledes, buenos amigos,
Que este hecho me tocaba:
Quien á vos ha hecho tuerto,
A mi me quebró palabra;
Mas yo haré tal castigo
Que aina habréis la venganza.—
Los moros cuando esto oyeron
En altas voces clamaban:
—¡Merced, buen señor, merced!
¡La vuestra merced nos valga!
Si tomais venganza de esto,
A nos costará bien cara;
Que quien matare hoy la Reina
Arrepentirse ha mañana.
La mezquita ya es iglesia;
No nos puede ser tornada:
Perdonedes á la Reina,
Y á los que nos la quitaran,
Que nosotros desde agora
Os alzamos la palabra.
El buen Rey desque esto oyera
Grandemente se holgara:
Dándoles gracias por ello,
Perdido ha toda la saña.

(*Cancionero de Romances.*)

[1] No fué esta la primera ni la última vez que el influjo de la civilizacion francesa vino á extraviar nuestra sociedad y el modo con que la íbamos adelantando.—La reina Costanza y Don Bernardo eran franceses, y se emplearon con fruto en someternos cuanto estuvo de su parte á las ideas y planes de la corte de Roma. Aunque el romance es tradicional, tal como está no parece anterior á la segunda mitad del siglo XVI.

912.

MUERTE DE DON GARCÍA, REY DE GALICIA, DESPOSEIDO POR SUS HERMANOS SANCHO II Y ALFONSO VI DE CASTILLA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

En el castillo de Luna
Está preso Don García,
Que era rey coronado
D'ese reino de Galicia:
Prendiérale el rey Don Sancho,
Que su hermano se decia:
El que muriera en Zamora
Cuando el cerco le ponia:
Ese que mató Bellido
En lo mejor de su vida.
Alfonso hubiera los reinos
Que sus hermanos tenian.
García está en la prision,
Veinte años y mas habia:
Con prisiones á los piés,
Moverse non se podia.
No lo osa d'ella sacar
Que muy gran temor tenia,
Que como es tan bullicioso
Que lo desheredaria.
Guardábalo en la prision,
Que Alfonso hijos no habia,
Y si él muere primero
Los reinos le dejaria.
Don García está doliente;
Mucho á Alfonso le dolia.
Mandóle quitar los hierros,
Mas no quiere Don García.
Dijo á Alfonso su hermano,
Con gran dolor le decia:
—Hermano, yo de la muerte
Escapar ya non podia;
No quiero quitar los hierros
Que á los mis piés yo tenia,
Pues no me fuéron quitados
Tantos años de mi vida;
Quiérolos llevar conmigo,
Pues que son mi compañía,
A mi enterrarán con ellos
Ansi á vos lo pedia
En San Isidro en Leon,
Porque ansí yo lo queria.
Ansi como él lo mandó
Don Alfonso lo cumplia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Descontento Don Sancho de que su padre repartiese sus estados, quiso recuperarlos, y despojó a Don García del de Galicia y á Don Alfonso del de Leon. Este entró á reinar despues de Don Sancho; pero retuvo preso á Don García, y gozó tranquilo de cuanto le pertenecía.—Algunos incluyen este entre los romances del Cid.

913.

ALFONSO VI DE CASTILLA SE DESPOSA CON ZAIDA, HIJA DEL REY MORO DE SEVILLA.

(*De Gabriel Lobo Laso de la Vega.*)

La hermosa mora Zaida [1],
Hija del rey de Sevilla,
Sabiendo que el Sexto Alfonso
Sobre su padre venia
Con gran número de gente
De la mejor de Castilla,
En ejército copioso,
Talando la Andalucía;
De sus partes informada,
Gracia, esfuerzo y gallardía,
Término honesto y loable,
Fué de su amor convencida.

Haciendo el poco remedio
Mas acerba su fatiga,
Aflige con vanas trazas
La cuidosa fantasía:
No come ni duerme Zaida,
Mas pena, llora y suspira,
Que este es el pecho que amor
Lleva de quien se le obliga,
El cual la puso en el punto
Postrimero de su vida.
De necesidad se vale,
Que es do el ingenio se afina,
Y los negocios mas arduos
Muchas veces facilita.
Tinta y papel pide Zaida
Y al rey Alfonso escribia.
«No te parezca, Rey, desenvoltura,
La que con escribirte Zaida muestra,
Sino notable falta de ventura
Con quien la dura suerte es tan siniestra,
Que quiere que un papel mi mal te diga,
Sin que el original de sí dé muestra,
Y que te cuente un mudo mi fatiga,
Falto de afectos que obligar pudieran
A creer lo que á llorar me obliga.
Fuera posible, Rey, te enternecieran
Unos cansados ojos, nunca enjutos,
Que solo con tu vista ricos fueran.
Fueros son los de amor, tan resolutos,
Que fuerzan á creer lo que no vieron
Los recatados ojos mas astutos.
No es áspero el dolor que padecieron
Los que cegaron de su bien gozando;
Mas estos con fe sola el sér perdieron.
Una cosa te pido confiando,
Invictísimo Rey, en tu grandeza,
Que va el ser tú á quien pido, asegurada,
Y es que á aqueste castillo y fortaleza
Vengas, señor, mañana do te aguarda
Una mora tan llena de firmeza
Cuan desdichada, si tu vista tarda.»
Envióle con un moro
Zaida al Rey la carta escripta,
El cual vino á su mandado;
Y su pretension sabida,
Que era de casar con él,
Respondió que no podia,
Por ser contraria su ley,
Hacer lo que le pedia;
Mas que dejando la suya
Por mujer la admitiria.
No lo rehusó la mora,
Que quien ama, en ley no mira:
Cristianóse con gran fiesta,
Y fué reina de Castilla,
A quien llamaron despues
La gran cristiana María.

(Lobo Laso de la Vega, *Romancero y tragedias de*.)

[1] De este matrimonio resultó un hijo, de cuya muerte trata el romance siguiente, número 914.

914.

MUERTE DEL HIJO DE ALFONSO VI HABIDO EN LA INFANTA ZAIDA.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En los reinos de Leon
El Sexto Alfonso reinaba,
Ese que ganó á Toledo,
Y á moros se la quitaba.
Hermano es de aquel Don Sancho
El que Bellido matara.
Un hijo solo tenia,
Que lo hubo en Doña Zaida,
Hija del rey de Sevilla,
Que con el Rey se casara.
Nómbrase Sancho el infante,
El cual mucho el Rey amaba:
El Rey estaba doliente,
Mucho d'ello le pesaba,
Porque el Miramamolin
Le tiene á Vélez cercada.
Por no poder socorrerla
A Don Sancho le enviaba,
Y con él iba ese conde
Que de Cabra se llamaba.
Ayo era del Infante,
De quien mucho el Rey fiaba:
Con ellos sus ricoshombres
Los que en las guerras andaban
A Velez fuéron llegados,
Los moros el cerco alzaban;
Los cristianos con los moros
Trabaron fuerte batalla.
Do está el Infante y el Conde
Muchos moros le cercaban:
Al caballo del Infante
Allí los moros le matan:
El Infante queda á pié,
El Conde lo mamparaba;
Los moros como son muchos
A entrambos allí los matan.
Don Alfonso que lo supo,
Muy gran llanto comenzaba,
Diciendo: — ¿Dó es, hijo mio,
Don Sancho, que tanto amaba?
¡Alegría de mi vida
Que mi vejez descansaba!
Mi heredero solo uno,
Su muerte llegó á mi alma.
¡Llevárasme, muerte, á mí,
Y no al que tanto amaba!
¡El era para vivir,
No yo, que te deseaba! —

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

915.

UN MILAGRO DE SAN ISIDRO.

(*De Lorenzo de Sepúlveda.*)

En Leon la muy nombrada
El cuerpo santo yacia
De Isidro, el buen confesor
Arzobispo de Sevilla.
El Sexto Alfonso es el Rey,
Que el gran reinado tenia.
Un caballero estimado
De armas genealogía,
Llamábase Don Pelayo,
Que de nobles descendia,
Grandes delitos ha hecho;
A muchos muerto él habia.
Gran enojo tiene el Rey,
Y mandado ya tenia
Do quier que fuese hallado
Luego dél se haga justicia
Cortándole la cabeza,
Que muy bien lo merecia.
Pelayo, cuando lo supo,
La muerte mucho temia:
No halla lugar seguro
Que la su prision impida;
Acogido se ha al altar
Do Sant Esidro yacia:
Túvose allí por seguro,
Porque el Rey lo acataria.
Gran pesar cobraba Alfonso,
Cuando sabido lo habia,
Porque teme de enojar,
Si allí prenderlo queria,
Al bendito confesor

Que en gran estima tenia:
Mas con enojo crecido
Muchas guardas le ponia.
Mandó so pena de muerte,
Porque Pelayo no viva,
Ninguno le dé á comer
Del pan ni de la bebida:
Siete dias son pasados,
Ninguna cosa comia;
Ya desfallecido de hambre
La muerte tiene vecina.
Fuése ante Sant Esidro,
De rodillas se ponia,
Llorando de los sus ojos
Estas palabras decia:
—¡Oh Sant Esidro muy bueno,
De noble genealogía,
Excelente en santidad;
Todo el mundo lo decia!
Miéntras fuiste en este siglo
Muy santas obras hacias,
Mantenias muchos pobres,
Gran franqueza en tí habia.
Ora que reinas con Dios,
Y estás en gloria cumplida
Donde hay pan celestial,
Tu voluntad no permita
Que yo en la presencia tuya
De hambre pierda la vida.
¡Oh buen confesor glorioso!
De la muerte tú me libra;
En mí muestra la excelencia
Y santidad que en tí habia.
Estando en la su oracion
Gran milagro sucedia [1],
Que las piedras del altar
Manaron agua muy fria,
Tan clara como cristal,
Muy dulce, á maravilla.
Cuando la vido Pelayo
Mucha cantidad bebia:
Matóle la sed y hambre
Que ya muerto lo tenia:
Quedó contento y alegre,
Que sed ni hambre tenia:
Tres dias manó continuo,
Mucha gente allí venia
A ver milagro tan grande,
Como Dios hecho le habia.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Este milagro contra la sed, es muy semejante á aquellos con que Dios favoreció a Sanson y á Moises. Aquí se emplea en favor de un facineroso, sí, pero lleno de viva fe.

916.

ORÍGEN DE LOS GIRONES EN DON RODRIGO DE CISNEROS.

(*De Juan de la Cueva* [1].)

En la sangrienta batalla
Que en la Sagra ha sucedido,
Don Rodrigo de Cisneros [2],
Con ánimo no vencido,
Revuelto con los paganos
Anda, y d'ellos mal herido,
Queriendo cobrar él solo
El ejército perdido,
Que los victoriosos moros
Tenian ya en su dominio,
Dando muerte á los cristianos
Y llevando los cativos.
Aquí ve muerto al criado
Acullá ve al conocido;
Allí echarle la cadena
Al amigo, y d'ella asido
Darle voces, que le valga
En aquel duro peligro.
D'esto airado, entre ellos entra
A estorballes su disinio,
Dando á los soberbios moros
Sin temor, golpes temidos;
Derribando á todas partes
Los que entienden que han vencido.
Pasando por cima d'ellos
Los rompe y hace camino,
Atropellando á los unos,
Y dejando otros heridos.
D'este modo andaba el Conde
Con todos entretegido,
Cuando oyó un grande alboroto
Gran porfía y gran ruido,
Gran algazara de moros,
Gran rumor, gran alarido.
Vuelve la rienda al caballo
Y acude despavorido,
Y en el tumulto confuso
Don Rodrigo se ha metido,
Do halló al Rey su señor
En gran estrecho y peligro,
Muerto el caballo á sus piés,
Y de tantos combatido,
Haciendo mas que á su edad
En tal caso le es pedido.
Don Rodrigo de Cisneros,
Que á su señor así vido,
De nuevo furor se enciende,
De nueva saña movido
Arremete con los moros,
Con valor tan escogido,
Que los hizo retirar
Sin el fin que han pretendido.
Vuelve al Rey, qu'en tal aprieto
Se via y tan oprimido,
Y apéase del caballo,
Y al Rey en él ha subido;
Y al subir, que iba subiendo,
Un giron del real vestido
Se le caia, y el Conde
Le cortó y guardó consigo:
Y así por entre los moros
Al Rey guia Don Rodrigo
A pié, con la fiera espada
Haciendo abierto camino.
Los moros d'esto indinados,
Y de verlos ir, corridos,
Júntase un grueso escuadron,
Y les han acometido.
El Conde le dijo al Rey,
Cuando tal morisma vido:
— Pique vuestra Majestad,
Y salga d'este peligro,
Miéntras yo los entretengo,
Y que le sigan resisto.
Parte el Rey con toda priesa;
Vuelve el Conde enfurecido;
Traba nueva lid con ellos,
Y con él hacen lo mismo.
Hiérenle por todas partes
Y él no cesa de herillos,
Ofendiendo y defendiendo
Con gran valor su partido,
Dando y recibiendo golpes,
Que un muro fuera rompido;
Firme su invencible pecho,
Sin ser de su sér movido,
Aunque ya rotas las armas,
La espada rotos los filos,
Y del cansancio y heridas
Cayó el Conde enflaquecido.
Fué preso allí, y por trofeo
Llevado d'ellos cativo.
Libre el Rey de la batalla,
Cuando ya en salvo se vido,
Teniendo aquel caballero
En la memoria esculpido

Qu'en tan peligroso aprieto
Le hizo tan gran servicio,
Hizo inquisicion quién era,
Porque no fué conocido,
Por traer cubierto el rostro,
Y asi, siendo aquesto oido,
Otro caballero al punto
Dijo al Rey qu'él habia sido
El que le dió su caballo,
Y lo libró del peligro:
Lo cual del Rey escuchado,
Cual lo dijo fué creido,
Y así le remuneró
Con obras tal beneficio.
Don Rodrigo de Cisneros,
En prision y mal herido,
Se concierta con los moros,
Que venidos á partido,
Pagándoles su rescate,
Libre y sano al Rey se vino,
Donde siéndole contado
Del premio qu'el otro ha habido
Con real munificencia
Por el servicio que hizo,
Delante del Rey se puso,
Y al Rey d'esta suerte dijo:
— Muy poderoso Señor,
Cuyo nombre esclarecido
Es celebrado en el mundo,
Y del corazon temido,
Yo soy, si tienes memoria,
De quien fuiste socorrido
En la Sagra de Toledo,
Donde te hallé ofrecido
A los bárbaros airados,
De quien eras oprimido.
Quitéte del poder d'ellos
Por mi brazo defendido;
Bájeme de mi caballo,
Viendo el tuyo mal herido;
Dite por los moros via,
Y d'ellos fui yo cativo;
Has pagado aqueste hecho
A quien lo habia merecido
Por otras nobles hazañas,
No por esta que te dijo,
Que yo soy el que la hice,
Y para claro testigo
Este giron lo declara,
Que corté de tu vestido,
El cual dará testimonio
Ser verdad, lo otro fingido.—
El Rey se admiró del caso,
Y el giron d'él conocido
Le dijo que demandase,
Que d'él le era concedido
Cualquier cosa que pidiese,
Y asi luego Don Rodrigo
Le dijo: — Señor, en esto
Ninguna cosa te pido
Mas de que solo me otorgues
Por el giron que he traido,
Que lo ponga por mis armas,
Y d'él tome mi apellido.—
El Rey se lo otorgó, y luego
En su blason lo ha esculpido,
Y en memoria d'este hecho
Nuevo nombre dió al antiguo.
Don Rodrigo de Cisneros
De los Girones se dijo,
De quien los condes de Ureña
Han por sucesion venido.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

[1] Un hecho semejante al que ejecutó, segun este romance, Don Rodrigo de Cisneros, cediendo al Rey su caballo para que se salvase, se atribuye tambien á Moncada, el cual en la batalla de Aljubarrota murió por haber dejado el suyo al rey Don Juan I, peleando contra los portugueses, y deteniendo su ímpetu para dar tiempo á que el Monarca se pusiese en salvo. Este romance citado es el que comienza diciendo: *Si el caballo vos han muerto*, etc.

[2] Cuentá la crónica, que este Don Rodrigo de Cisneros fué uno de los jueces nombrados para presidir y sentenciar el reto que entre los campeones del Cid y los condes de Carrion se verificó por el ultraje hecho á las hijas de aquel.

EPOCA DE DOÑA URRACA HIJA DE ALFONSO VI.

917.

LEALTAD DE PEDRO ANZURES.

(*De Lorenzo de Sepúlveda* [1].)

Muerto es el rey Alfonso,
El que á Toledo ganara,
Y por ser el Rey tan bueno
Su muerte fué muy llorada.
Por ser querida de toda
Esa gente castellana,
Esa Doña Urraca Alfonso
Los sus reinos heredaba.
No ha el Rey otro heredero;
Segunda vez la casara
Con ese rey de Aragon;
Mas juntos poco duraban,
Por ser parientes cercanos,
Y la Iglesia lo vedaba.
El Rey se vuelve á Aragon,
En Castilla ella quedara.
La Reina pidió sus tierras,
Que del su padre heredara,
A aquellos que las tenian
Y les fuera dado en guarda;
Y ellos luego se las dieran,
Y el homenaje quebraran
Que al rey de Aragon hicieron
Cuando á ella se juntara.
El conde Don Pedro Anzures
Quebrantara su palabra.
Vistióse de paños buenos,
Paños nobles de escarlata,
Encima un caballo blanco,
Una soga á su garganta:
Con él muchos caballeros
Que iban en la su guarda.
Se partió para Aragon,
Adonde el buen Rey estaba,
A quien hiciera homenaje
Por tierra que dél tomara.
Ante el Rey habia llegado
Y grandes de su mesnada,
Y díjole: — Rey Alfonso,
Aquí fué la mi llegada
A ponerme en vuestra mano,
Como aquel que mal obraba.
Póngome á vuestra mesura,
Pues yo quebré mi palabra:
La tierra que vos me distes
Dila yo á Doña Urraca
Mi señora natural,
A quien no podia negalla.
Ahora entrego á vos mis manos,
Y mi boca os entregaba,
Y mi cuerpo, que os hicieron
El homenaje y palabra.
Vos bien me podeis matar
Y en mi vengar vuestra saña. —
Grande enojo tomó el Rey
De aquesto que le contaba:
Luego lo quiso matar;
Mas los suyos lo estorbaban.
Dijeron al Rey, que el Conde
No dañó su buena fama

En haber dado á la Reina
Las tierras que demandaba:
A su natural señora
Hiciera muy bien en darla,
Y con darle su persona
El Conde muy bien obraba.
El Rey loa mucho al Conde,
A Castilla lo enviaba;
Diérale de sus haberes
Con que contento quedara.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

[1] Hé aquí en este romance una de aquellas decisiones prudenciales que entre nosotros se llamaron *Fazañas*, y que declarando un hecho particular se aplicaban á cuantos despues se ocurrian análogos, adquiriendo fuerza de ley general.

FIN DEL TOMO PRIMERO DEL ROMANCERO GENERAL.

TABLA DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

INDICE ALFABETICO.

INDICACION DE LOS SIGNOS

QUE SIRVEN PARA SEÑALAR Á CADA ROMANCE LA CLASE CARACTERÍSTICA Á QUE SEGUN SU ESPÍRITU Y ÉPOCA CORRESPONDE.

I. Clase 1.ª Romances viejos directamente populares, ó cuando mas, modificados en su redaccion cual nos la ha conservado la tradicion oral. Versan casi todos sobre hechos de nuestra historia nacional, posterior ó contemporánea á la conquista de los árabes. Esencialmente objetivos, el poeta solo aparece en ellos como simple narrador, sin mostrar de sí mismo otra cosa que el estilo y el órden que da á las ideas. Pertenecen á una época anterior á la imprenta, y ántes de su descubrimiento se conservaron de memoria, y no existió ninguno, que sepamos, escrito. Su versificacion es imperfecta, tanto en la medida como en la rima, que á cada paso se altera y cambia.

II. Clase 2.ª Romances viejos tradicionales y populares, donde se inicia el espíritu oriental de los moros españoles, y á los que sirven de argumento los hechos históricos ó novelescos, en que se caracteriza mas especialmente su civilizacion tal cual nosotros la concebiamos ó percibiamos. Sus formas son épicas, y el poeta trasmite ya sus propias impresiones tales cuales se las inspiran los hechos, y el modo con que excitan su alma. Pertenecen á una época de tradicion posterior á los de la 1.ª clase. Mezcla en ellos los consonantes con los asonantes, aunque predominan los primeros.

III. Clase 3.ª Romances viejos populares, tambien de tradicion oral, pero compuestos por juglares. Están tomados de asuntos ajenos á nuestra propia historia y costumbres, aunque un tanto asimilados á ellas. Sus fuentes de imitacion son en general las tradiciones y crónicas feudales caballerescas. Aparecen ya con formas épico-narrativas, pero preponderante el elemento objetivo poco alterado. Pertenecen próximamente á la misma época que los de la 1.ª clase. En su prosáica versificacion se usan á la ventura y mezclados el consonante y el asonante, y su medida es incorrecta é inartificiosa.

IV. Clase 4.ª Romances antiguos popularizados. Epoca escrita y de erudicion. Calcados é imitados servilmente sobre los de la 1.ª clase, y tomados sus asuntos y su letra de las crónicas antiguas cuya prosa riman y cuyos giros afectan artificiosamente, estaban destinados á sustituir á los viejos, y á vulgarizar nuestros hechos y tradiciones históricas, que suponian presentar despojadas de su parte fabulosa. Son en su esencia objetivos, y pocas y escasas veces un tanto épicos y razonadores. Su medida y rima es como la de los de la clase 1.ª y 3.ª

V. Clase 5.ª Romances antiguos popularizados. Epoca escrita. Es su tipo característico el de las clases 1.ª, 2.ª y 3.ª, segun los asuntos de que tratan, cuyo espíritu y sencillez conservan en medio de formas mas artísticas, y del lenguaje cultivado propio del tiempo en que se compusieron. Tienen en estas últimas cualidades mucha analogía con los de la clase 7.ª ó artística del siglo xv, y las continúan hasta la sétima década del xvi. En los que imitan ó que proceden de la 1.ª y 3.ª clase, prepondera el elemento épico; y en los que de la 2.ª se desarrolla algo mas el lírico, adornado del colorido oriental de sus modelos. Nótase esmero, cuidado y arte en la medida y rima de sus versos, que casi siempre es de consonantes continuados, sin mezcla de asonantes, aunque hay algun otro en asonancia.

VI. Clase 6.ª Romances nuevos vulgares, producidos próximamente desde la cuarta década del siglo xvi hasta el dia. Escritos con el lenguaje y formas contemporáneas á su composicion. Son, para su tiempo, lo que para el viejo fuéron los de la clase 1.ª y los vulgares son para los posteriores. Sus autores afectan el cultismo que se hallaba inoculado hasta en el vulgo, y dan lugar frecuentemente al elemento subjetivo y lírico que de la poesia artística habia descendido hasta las clases mas ignorantes, y se continúan hasta el dia de hoy con pocas diferencias. Son por lo comun obra de gente lega, pero que presumiendo mas de ciencia y genio que el vulgo, pretende distinguirse de él afectando un lenguaje hinchado y un estilo declamatorio. Su versificacion es incorrecta y llena de ripios.

VII. Clase 7.ª Romances antiguos popularizados de los trovadores y poetas artísticos del siglo xv y primeras décadas del xvi. Son puramente subjetivos, líricos y doctrinales. Se distinguen como imitacion de la poesia provenzal por su sutileza de ideas y pensamientos, y por su tendencia á la alegoria. Su construccion es artificiosa, y su rima y medida bastante bien arreglada. Para su época son lo que fuéron para la suya los de la 2.ª seccion de la clase 8.ª

VIII. Clase 8.ª Romances artísticos modernos popularizados. Consta esta clase de dos series. La primera contiene composiciones donde se conserva la forma épica, y se mezcla con la lírica, doctrinal y descriptiva, guardando todavía mucha importancia el asunto objetivo, aun en medio de los ornatos de la imaginacion y de la parte que de sí propio pone el poeta. Sus formas son artísticas, su expresion oratoria, y degeneran frecuentemente en afectada declamacion. Tienen analogía con los de la 5.ª clase, que á veces les han servido de modelo. La segunda serie de esta 8.ª clase es la mas eminentemente artística, y en sus composiciones se hallan reunidos todos los elementos de la poesía castellana popularizada en romances, cuya base fuéron los viejos y tradicionales, á los cuales el arte impuso nuevas formas, adaptando las antiguas á la intonacion lírica y á la expresion de los sentimientos subjetivos, ya fuesen doctrinales, eróticos, satíricos, etc. Los romances de esta serie, aunque sean históricos los asuntos y hechos sobre que versan, los aceptan como accesorios, y solo sirven de disfraz y de pretexto para que el poeta disimule un tanto su personalidad, y para que exponga sus propias ideas, haciendo del sujeto el objeto principal de sus inspiraciones. Los romances de la primera serie de esta clase 8.ª se llaman vulgarmente heróicos, pertenecen en general á las tres últimas décadas del siglo xvi. Los de la 2.ª corresponden á las dos últimas décadas del mismo siglo, y se continúan hasta el dia, aunque nosotros solo incluimos los anteriores al siglo xviii.

Hemos denominado VIEJOS á los romances que carecen de toda pretension artística, y que conservados por la tradicion oral, son anteriores á la imprenta, y no han llegado á nosotros escritos ántes de dicha época.

Decimos ANTIGUOS á los que, tomados y calcados sobre los viejos, se compusieron por poetas del siglo XVI, desde su segunda hasta su quinta ó sexta década, cuando ya se escribian ó imprimian en pliegos sueltos ó en antologías y colecciones generales y especiales.

Llámamos NUEVOS á los romaces de la 6.ª clase, todos de actualidad, ya en los hechos y asuntos de que tratan, ya en las formas vulgarisimas que aceptan.

Y en fin consideramos como MODERNOS los de la 8.ª clase, por contener en sí, y haber fijado todos los elementos que formaron el sistema poético nacional que llegó á popularizarse, y aun se continúa como emanacion de su tipo primitivo.

ABREVIATURAS.

A. equivale á Amatorio, ó Erótico.	Mor. equivale á Morisco.
Aleg. á Alegórico.	Past. á Pastoril.
Anacr. á Anacreóntico.	Pic. á Picaresco.
B. á Burlesco.	Piscat. á Piscatorio.
C. á Cancionero.	R. á Romancero.
Caball. ó Cab. á Caballeresco.	Rom. á Romance.
D. á Doctrinal.	Venat. á Venatorio.
Fest. á Festivo.	Vill. á Villanesco.
G. á General.	Vulg. á Vulgar.
Histór. ó Hist. á Histórico.	X. á Xácara ó de Xaques.
Joc. á Jocoso.	

INDICE ALFABÉTICO DE ESTE TOMO.

N.° Clase Pág.

FIN DEL ÍNDICE.

